OLGA TOKARCZUK

Los libros de Jacob

Posfacio de Abel Murcia

Traducción de Agata Orzeszek y Ernesto Rubio

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

OLGA TOKARCZUK

Los libros de Jacob

Posfacio de Abel Murcia

Traducción de Agata Orzeszek y Ernesto Rubio

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

ÍNDICE

Portada
Prólogo
I. El Libro de la Niebla
1
2
3
4
II. El Libro de la Arena
5
6
7
8
9
10
11
12
III. El Libro del Camino
13
14
15
16
17
18
IV. El Libro del Cometa
19
20
21
22
23
V. El Libro del Metal y del Azufre
24
25
VI. El Libro del País Remoto
26
27
28
29
30

VII. El Libro de los Nombres
31
Nota bibliográfica
Agradecimientos
Nota de los traductores
Posfacio: En torno a «la constelación» de Olga Tokarczuk, por Abel Murcia
Créditos

A mis padres

PRÓLOGO

El trocito de papel tragado se detiene en el esófago en algún lugar cercano al corazón. Se empapa de saliva. La tinta negra preparada para la ocasión se disuelve lentamente y las letras pierden su forma. En el cuerpo humano, la palabra se parte en dos, en sustancia y esencia. Cuando la primera desaparece, la segunda, al carecer de forma, se deja absorber por las células del cuerpo, puesto que la esencia busca constantemente un soporte material; incluso cuando esto haya de ser fuente de desgracias.

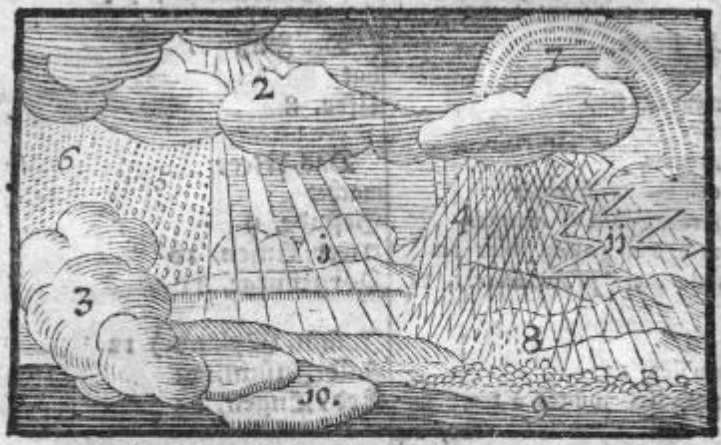
Yenta vuelve en sí y eso que está casi muerta. Ahora lo siente con todo su ser, es como un dolor, la corriente de un río, un temblor, una presión, un movimiento.

Al corazón regresa una vibración suave, el corazón late débil aunque rítmicamente, seguro de sí mismo. En el seco y huesudo pecho vuelve a fluir el calor. Yenta parpadea y abre con dificultad los ojos. Ve, inclinada sobre ella, la cara preocupada de Elisha Shor. Intenta sonreírle, pero sin el suficiente dominio de su propio rostro. Elisha Shor, fruncidas las cejas, la mira con reproche. Su boca se mueve, pero ninguna voz alcanza los oídos de Yenta. De alguna parte aparecen unas manos: las grandes manos del viejo Shor le alcanzan el cuello y viajan bajo la manta. Torpemente, Shor intenta ladear el cuerpo inerte y mirar debajo, a la sábana. No, Yenta no percibe sus esfuerzos, tan solo siente el calor y la presencia del hombre barbudo y sudado.

Después, de pronto, como si hubiese recibido un golpe, Yenta lo ve todo desde lo alto: a ella misma y la coronilla medio calva de Shor, pues en el zarandeo con el cuerpo el gorro se le ha caído.

Y a partir de ese momento será siempre así: Yenta lo verá todo.

I. EL LIBRO DE LA NIEBLA



Ex aqua	Z wody	
aſcendit	wſtępuie	aſcéndere, n. 3. wſtępować.
vapor. 1 m. 3.	pára, 1	
Inde fit	ztąd ſię ſtawa	
nubes; 2 f. 3.	obłok, 2	
& prope terram	a bliſka ziemie	
nebula 3 f. 1.	mgła. 3	
E nube	Z obłoku	
ſtillat (defluit gut- (tatim	kropi (kapie kropla- (mi	ſtillare, n. 1. kropić. defluere, n. 3. kapać.
pluvia 4 f. 1.	deſzcz, 4	
& *imber*. m. 3.	i deſzcz gwałtowny,	

Quæ

1

1752, ROHATYN

Finales de octubre, primera hora de la mañana. El cura decano, plantado en el zaguán de la casa parroquial, espera el carruaje. Está acostumbrado a levantarse al amanecer, pero hoy se siente medio dormido y no recuerda cómo ha llegado hasta aquí: solo ante un mar de niebla. No recuerda ni cómo se ha levantado, ni cómo se ha vestido, ni si ha desayunado. Sorprendido, mira los sólidos zapatos que le asoman por debajo de la sotana, los raídos faldones de su gastado abrigo de lana y los guantes que sostiene en la mano. Introduce la izquierda; el interior resulta cálido y se ajusta perfectamente, como si mano y guante se conocieran desde hace años. Respira aliviado. Toca el zurrón que lleva al hombro, palpa mecánicamente los bordes rectangulares, duros, abultados como cicatrices bajo la piel, y poco a poco va recordando lo que hay en el interior: una forma pesada, familiar, agradable. Algo bueno, algo que lo ha traído hasta aquí, unas palabras, unos signos: todo esto tiene una profunda relación con su vida. Ah, sí, ya sabe lo que hay dentro, y esa certeza hace que su cuerpo comience a entrar en calor y que la niebla parezca ganar transparencia. A su espalda, la oscura abertura de una puerta, cerrada una hoja; ya debe de haber llegado el frío y tal vez incluso la pequeña helada haya echado a perder las ciruelas del huerto. Sobre la puerta una inscripción desdibujada: la ve sin mirar, porque sabe lo que allí está escrito; al fin y al cabo, fue él quien la encargó; dos artesanos de Podhajce se pasaron una semana tallando las letras en madera, ya que él las quería ornamentadas:

LO QUE HOY HA SIDO MAÑANA NO SERÁ LO QUE HA HUIDO YA NO SE ENCOИTRARÁ

En la palabra «encontrará» –cosa que lo incomoda mucho–, la letra «N» está escrita al revés, como si se reflejara en un espejo.

Irritado por enésima vez, el cura menea la cabeza con violencia, lo que termina de despertarlo. Esa letra al revés es una «И»... ¡Qué negligencia! No se les puede perder de vista ni un momento, hay que vigilarlos a cada paso. Y como estos artesanos son judíos, han hecho una inscripción judía, las letras se ensortijan demasiado, se tambalean. Y encima uno de ellos aún tuvo la desfachatez de decir que esa «N»

también podía ser, que era incluso más bonita, porque la barra iba de abajo hacia arriba y de izquierda a derecha, al modo cristiano, y que, en caso contrario, habría resultado judía. La leve irritación lo devuelve a sus cabales y ahora el padre Benedykt Chmielowski, decano de Rohatyn, descubre de dónde le viene la sensación de seguir dormido: la niebla que lo envuelve es del color de sus sábanas, grisáceo; un blanco roto, preso ya de la suciedad, enormes reservas de gris que constituyen el forro del mundo. La niebla está quieta, ocupa herméticamente todo el patio, tras ella se adivinan las formas familiares de un peral inmenso, de una pequeña tapia, y, más allá, de un carro de mimbre. Es una simple nube azul que ha caído sobre la tierra y que se adhiere a ella boca abajo. Ayer lo leyó en Comenio.

Ahora oye el familiar chirrido y el traqueteo que en cada viaje lo sume en un estado de meditación creadora. Solo después del sonido emergen de la niebla Roszko, que lleva a la yegua de la brida, y la calesa del cura decano. Al verla, el cura experimenta una oleada de energía, se golpea en la mano con el guante y se encarama dificultosamente al asiento. Roszko, callado como siempre, compone los arreos y lanza al cura una mirada larga. La niebla le agrisa el rostro y lo hace parecer más viejo que nunca, como si hubiese envejecido durante la noche, y eso que solo es un muchacho.

Finalmente se ponen en marcha, pero parece como si no se movieran del sitio, del movimiento solo da fe el balanceo del vehículo y su apaciguador traqueteo. Tantas veces han recorrido este camino y a lo largo de tantos años que ya no hace falta admirar el paisaje ni es necesario punto de referencia alguno. El cura sabe que han salido al camino que bordea el bosque y que seguirán avanzando hasta llegar al cruce donde se levanta una capilla, erigida por cierto por él mismo cuando, años atrás, tomó posesión de la parroquia de Firlejów. Durante mucho tiempo estuvo cavilando a quién dedicar aquella capilla, le venía a la mente san Benedicto, su patrón, u Onofre, el eremita al que milagrosamente una palmera alimentaba con dátiles en el desierto y al que cada octavo día los ángeles le llevaban del cielo el Cuerpo de Cristo. Y es que Firlejów iba a ser para el cura esa clase de desierto cuando apareció aquí tras años de educar a Dymitr, el hijo de su alteza el señor Jabłonowski. Sin embargo, tras mucho cavilar, el cura consideró que la capilla no se construía para él ni para satisfacer su propia vanidad, sino para el pueblo llano, para que «en un cruce de caminos tuviese donde descansar y desde donde elevar sus pensamientos al cielo». Así que en el pedestal de ladrillo encalado se colocó a la Madre de Dios Reina del Mundo con una corona en la cabeza. Debajo de su pequeño zapatito en punta se enroscaba una serpiente.

Pero hoy también ella desaparece en la niebla, al igual que la

capilla y el cruce. Solo se ven las puntas de las copas de los árboles, señal de que la niebla empieza a descender.

–Mire, mi buen señor, Kaśka no quiere seguir –dice sombrío Roszko cuando la calesa se detiene. Acto seguido, baja del pescante y se santigua vigorosamente varias veces.

Después se inclina y clava la vista en la niebla, como si mirara el agua. Por debajo de su gastada chaqueta roja de domingo le asoma la camisa.

–No sé adónde ir –dice.

–¿Cómo que no lo sabes? Ya estamos en el camino real de Rohatyn –dice el cura, sorprendido.

Sin embargo, no las tiene todas consigo. Se baja de la calesa siguiendo al criado y los dos, desamparados, dan la vuelta alrededor del vehículo clavando los ojos en la blancura. Les parece ver algo, pero los ojos, incapaces de posarse en nada, empiezan a jugarles malas pasadas. ¡Vaya, que les haya ocurrido semejante cosa! Es como perderse en el propio bolsillo.

–¡Silencio! –dice el cura de repente y levanta un dedo al tiempo que aguza el oído. Y en efecto, desde el lado izquierdo, de los jirones de niebla llega un débil murmullo de agua.

–Sigamos ese murmullo. Es agua que corre –concluye el cura.

Ahora van a avanzar muy lentamente bordeando el río conocido como el Tilo Podrido. Será el agua la que los guíe.

El cura no tarda en relajarse en la calesa, estira las piernas y permite que sus ojos deambulen por el mar de niebla. Inmediatamente se sume en cavilaciones viajeras, pues es en movimiento cuando mejor piensa el ser humano. Poco a poco, de mala gana, se reaviva su mecanismo mental, los volantes y áncoras ponen en movimiento las ruedas motrices igual que el reloj que tiene en la entrada de la casa parroquial y que compró en Lwów; pagó un precio disparatado. Dentro de un momento sonará un ding dong. ¿No nació el mundo de una niebla así?, comienza a preguntarse. Al fin y al cabo, el historiador judío Flavio Josefo sostiene que el mundo fue creado en otoño, durante el equinoccio. Es creíble, porque en el paraíso había fruta. Si una manzana colgaba del árbol, tenía que ser otoño... Hay una lógica en todo esto. Pero enseguida le viene a la mente otra idea: ¿Qué argumento es ese? ¿Acaso Dios todopoderoso no habría podido crear una fruta tan miserable en cualquier época del año?

Al llegar al camino principal que conduce a Rohatyn, se incorporan al torrente de peatones, jinetes y vehículos de toda índole que emergen de la niebla como si fueran figuritas de pan moldeadas en Navidad. Es miércoles, día de mercado; a Rohatyn acuden carros de campesinos repletos de sacos de grano, jaulas con aves de corral y toda clase de frutos de la tierra. Entre ellos caminan con paso enérgico

comerciantes con todas las mercancías posibles: sus puestos, ahora ingeniosamente plegados, se dejan llevar a hombros como los balancines de los aguadores, y, dentro de un momento, se convertirán en mesas llenas de telas de colores, juguetes de madera o huevos comprados en las aldeas por la cuarta parte de su precio... Los campesinos también llevan cabras y vacas para vender; los animales, aterrorizados por el bullicio, se niegan a cruzar los charcos. Los adelanta a toda velocidad un carro cubierto por una lona agujereada, lleno de ruidosos judíos que acuden al mercado de Rohatyn desde toda la región, y tras ellos se abre paso una opulenta carroza a la que la niebla y la muchedumbre del camino le impiden mantener su distinción: la portezuela pintada de color claro está negra de barro, y el cochero, envuelto en su capa azul, parece perdido: a todas luces no se esperaba tamaño alboroto y ahora sus ojos buscan desesperadamente una oportunidad para salir del infernal camino.

Roszko es testarudo y no se deja apartar, se mantiene en el lado derecho y, con una rueda en la hierba y otra en la rodada, avanza hábilmente hacia delante. En su alargada cara triste aparece el sofoco y una mueca de descontento. El cura lo mira un instante y recuerda un grabado que contempló ayer mismo: aparecían representadas en él unas criaturas infernales que hacían muecas como las que ahora asoman en la cara de Roszko.

–¡Abrir paso al buen señor cura! ¡Venga, arrear! ¡Chusma, a un lado! –grita Roszko.

Las primeras construcciones surgen ante ellos de repente, sin avisar. Al parecer, la niebla hace perder el sentido de la distancia, pues la misma Kaśka parece sorprendida. De pronto da un brinco, tirando del eje, y, de no ser por la resuelta reacción de Roszko y su látigo, habría hecho volcar la calesa. Quizá hayan asustado a la yegua las chispas que salen disparadas de la fragua o la inquietud de los caballos que esperan turno para ser herrados...

Un poco más allá se levanta una posada pobre y miserable que parece una choza campesina. Como una horca, se eleva sobre ella la palanca de un pozo que se abre paso a través de la niebla, su punta desaparece en lo alto. El cura ve que aquí se ha detenido la polvorienta carroza: el cochero cansado inclina la cabeza casi hasta las rodillas y no baja del pescante; tampoco nadie baja del interior. Ya se ha detenido ante ella un judío alto y flaco, y junto a él dos niñas de pelo enmarañado. Es lo único que ve el cura decano, porque la niebla engulle toda visión; esta desaparece en alguna parte, como un copo de nieve fundido.

Y he aquí Rohatyn.

Primero están las chozas de barro, pequeñas casitas de adobe

cubiertas con tejados de paja que parecen aplastarlas contra el suelo; sin embargo, cuanto más cerca de la plaza del mercado, las casitas se vuelven más esbeltas; los tejados de paja, más delicados, para, finalmente, transformarse en tejas de madera que cubren casas hechas de ladrillo sin cocer. También hay una pequeña iglesia parroquial, un monasterio dominico, la iglesia de Santa Bárbara, situada en la misma plaza, y, un poco más allá, dos sinagogas y cinco iglesias ortodoxas. En torno a la plaza, como si fueran setas, brotan pequeños edificios, y en cada uno de ellos hay un negocio. Un sastre, un cordelero, un peletero, judíos todos, y, a su lado, un panadero apellidado Bochenek (hogaza), lo que siempre alegra al cura decano, porque revela un orden oculto que podría ser más visible y consecuente, y entonces la gente llevaría una vida más virtuosa. Al lado, el negocio de un espadero llamado Luba; la fachada destaca por su opulencia, encima de la entrada pende una enorme espada oxidada, las paredes están recién pintadas de azul: por lo visto, el tal Luba es un buen artesano y llenos están los bolsillos de sus clientes. Un poco más allá, un talabartero ha sacado a la calle un potro de madera en el que ha colocado una hermosa silla de estribos probablemente plateados, a juzgar por el brillo que despiden.

Por todas partes se percibe el nauseabundo olor a malta que impregna toda mercancía expuesta a la vista del público. Huele que alimenta. En las afueras de Rohatyn, en Babińce, hay varias pequeñas fábricas de cerveza: desde allí ese olor tan nutritivo inunda toda la vecindad. Son muchos los puestos donde se vende cerveza y los comercios de mayores dimensiones también tienen en la trastienda aguardiente e hidromiel. El comerciante judío Wakszul también ofrece vino: auténticos vinos húngaros y del Rin, y otro un poco ácido que le traen desde la mismísima Valaquia.

El cura avanza a lo largo de puestos construidos de cualquier material imaginable: tablones de madera, retales de gruesas telas, cestas de mimbre e incluso hojas. Una buena mujer con pañuelo blanco en la cabeza vende calabazas desde un cochecito y el color naranja chillón atrae a los niños. A su lado, otra elogia su queso tierno dispuesto sobre hojas de rábano picante. Más allá, un nutrido grupo de vendedoras que se dedican al comercio porque han enviudado o tienen maridos borrachos vende aceite, sal, tela de algodón. El cura dedica una amable sonrisa a la charcutera a la que suele comprar sus patés. Detrás de ella hay dos puestos decorados con una rama verde, lo que significa que allí se vende cerveza recién hecha. Más allá, aparece un opulento puesto de comerciantes armenios: telas hermosas y ligeras, cuchillos en ornamentadas vainas y, justo al lado, viziga, o sea, pescado seco, cuyo insípido olor impregna los tapices turcos de lana. Algo más allá, un hombre con abrigo polvoriento vende los

huevos colocados por docenas en cestitos de hierba que lleva en una caja colgada de sus escuálidos hombros. Otro los ofrece por sesentenas, en grandes cestas, por un precio imbatible, casi al por mayor. Los bagels tapan casi todo el puesto del panadero: uno ha caído en el barro y ahora se lo zampa encantado un chucho.

Aquí se comercia con todo lo que se puede, también con telas estampadas de flores, pañuelos y chales llegados directamente de un mercado de Estambul, zapatitos para niños, fruta fresca, frutos secos... El hombre pegado a la cerca tiene un arado y clavos de distintos tamaños, desde los que parecen un alfiler hasta unos enormes que se utilizan para construir casas. Al lado, una mujer rolliza con una cofia almidonada en la cabeza ha desplegado carracas para vigilantes nocturnos: pequeñas, cuyo sonido recuerda más al canto de los grillos que a la llamada a acostarse, y grandes, que, por el contrario, despertarían a un muerto.

La de veces que se les ha prohibido a los judíos comerciar con objetos relacionados con la Iglesia. Tanto los curas como los rabinos han alzado su voz contra ello, pero ha sido en vano. Así que hay aquí hermosos libros de oraciones, con cinta entre las páginas y letras en relieve en la cubierta maravillosamente plateadas, las cuales, al pasar por ellas la yema de los dedos, parecen cálidas y vivas. Un hombre pulcro, casi elegante, tocado con un gorro de piel, sostiene los volúmenes como si fuesen reliquias: están envueltos en papel fino de color crema para que este día sucio y neblinoso no manche sus inocentes páginas cristianas que aún huelen a tinta de imprenta. También ofrece velas de cera e incluso estampas de nimbados santos.

El cura se acerca a uno de los vendedores ambulantes de libros con la esperanza de hallar alguno en latín. Sin embargo, todos son judíos, pues a su lado hay objetos cuya función el cura desconoce.

Cuanto más lejos viaja la mirada por las callejas, mayor es la miseria que asoma a la superficie, igual que un dedo sucio de un zapato agujereado; una pobreza tosca, silenciosa, aplastada contra el suelo. Ya no son tiendas, ni siquiera puestos, sino cobertizos como para perros, hechos con endebles tablones recogidos en cualquier vertedero. En uno de ellos, un zapatero arregla zapatos remendados ya muchas veces. En otro, tras un montón de ollas de hierro colgando, se sienta un calderero. Tiene el rostro demacrado y hundido, el sombrero cubre una frente llena de extrañas manchas oscuras. Al cura decano le daría miedo encargarle el arreglo de sus ollas, por si el contacto de los dedos de este desgraciado pudiera transmitir alguna terrible enfermedad. Al lado, un hombre viejo afila cuchillos y toda clase de hoces y guadañas. Su taller se reduce a una rueda de piedra que lleva colgada del cuello. Cuando recibe un objeto para afilar, monta en el suelo un primitivo trípode de madera: varias correas de cuero lo

convierten en un sencillo artefacto cuya rueda, puesta en marcha con la mano, lame los filos de metal. A veces, de este artefacto, saltan auténticas chispas que caen en el barro para gran alegría de niños sucios y sarnosos. Con su oficio se saca cuatro monedas. Y con la ayuda de esa rueda bien podría ahogarse en el río, el segundo provecho que puede sacar de esta profesión.

Mujeres andrajosas recogen en la calle serrín y estiércol con que calentar sus casas. A juzgar por esos andrajos, es difícil distinguir si se trata de miseria judía, ortodoxa o católica. Sí, la pobreza no tiene fe ni nacionalidad.

Si est, ubi est?, se pregunta a sí mismo el cura al pensar en el paraíso. Seguro que no aquí, en Rohatyn, ni en ninguna otra parte –eso piensa– de Podolia. Pero si alguien pensara que en las grandes ciudades las cosas pintan mejor, incurriría en un craso error. Cierto que el cura nunca ha llegado hasta Varsovia o Cracovia, pero algo sabe por boca del bernardino Pikulski, más viajado que él, o por lo que oye aquí y allá en las mansiones nobiliarias.

El paraíso, es decir, el jardín de las delicias, ha sido trasladado por Dios a un lugar hermoso y desconocido. Y como queda escrito en Arca Noë, el paraíso se halla en alguna parte del país armenio, en la cima de una montaña, mientras que Brunus afirma que sub polo antarctico, debajo del polo sur. Señalan la proximidad del paraíso cuatro ríos: el Gihón, el Pisón, el Éufrates y el Tigris. También hay autores que, al no poder hallar lugar para el paraíso en la Tierra, lo sitúan en el aire, a unos quince codos por encima de las montañas. Aunque esto le parece al cura muy poco inteligente: ¿va a ser eso? Los que vivan en la tierra debajo del paraíso, ¿lo verían desde abajo? ¿Contemplarían los talones de los santos?

Por otra parte, empero, no se puede estar de acuerdo con aquellos que intentan propagar juicios falsos en torno a que el sagrado texto sobre el paraíso ha de tener tan solo un significado místico, es decir, que debe ser interpretado en sentido espiritual o alegórico. El cura –y no solo por ser cura, sino por su profunda convicción personal– considera que las Sagradas Escrituras deben tomarse al pie de la letra.

Del paraíso lo sabe casi todo, porque apenas la semana pasada terminó un capítulo de su ambiciosa obra, capítulo donde ha recopilado fragmentos de todos los libros que posee en Firlejów y que son ciento treinta. Algunos fue hasta Lwów a buscarlos, incluso a Lublin.

Ahí está la casa, modesta y que hace esquina, a la que se dirige. Así se lo ha aconsejado el padre Pikulski. La puerta baja de dos hojas está abierta de par en par; de ella emana un olor a especias –inusitado en medio del omnipresente hedor a estiércol de caballo y humedad

otoñal– y un olor más, irritante y que el cura decano ya conoce: el de la kaffa. El cura no toma café, pero ahora ha llegado el momento de familiarizarse con él.

El cura decano mira hacia atrás buscando a Roszko; lo ve rebuscando con sombría atención entre las zamarras, y, un poco más allá, todo el mercado va a la suya. Nadie mira al cura, todo están absortos en el mercadeo. Ruido y bullicio.

Sobre la entrada se ve un rótulo de negligente factura:

SHOR ALMACÉN DE MERCANCÍAS

A continuación hay unas letras hebreas. Junto a la puerta cuelga una pequeña placa de metal con unos signos al lado y el cura recuerda que Athanasius Kircher dice en su libro que los judíos, cuando la esposa cae enferma y temen a una bruja, escriben en las paredes las palabras: «Adam, Hawa. Huc - Lilit», lo que parece significar «Adán y Eva, venid aquí, y tú, Lilit –o sea, bruja–, aléjate». Tiene que ser esto. Lo más probable es que recientemente haya nacido aquí un niño.

El cura cruza el alto umbral y se sumerge por entero en el cálido olor a especias. Sus ojos tardan un poco en acostumbrarse a la oscuridad, pues la luz penetra aquí tan solo a través de una pequeña ventana, tapada –encima– por unos tiestos. Al otro lado del mostrador hay un mocoso al que acaba de salirle el bigote, tiene la boca llena, al principio le tiembla al ver al cura, y después intenta adoptar la forma de una palabra. No cabe en sí de asombro.

–¿Cómo te llamas, muchacho? –pregunta el cura valientemente para mostrar lo seguro que se siente en esa tienducha oscura de techos bajos y animar así al mocoso a entablar conversación, pero el otro no contesta–. Quod tibi nomen est? –repite de manera oficial, pero el latín, que debía servir para entenderse, suena de pronto demasiado solemne, como si el cura viniese aquí a practicar exorcismos, igual que hiciera Cristo en el Evangelio de san Lucas, que con esta misma pregunta se dirige a un poseído. Pero el muchacho se limita a abrir más los ojos y a repetir «bh, bh», tras lo cual corre detrás de las estanterías haciendo balancear una ristra de ajos que cuelga de un clavo.

El cura no ha obrado con inteligencia: no cabía esperar que en tal lugar se hablara el latín. Se contempla a sí mismo con ojo crítico: de debajo del abrigo le asoman los negros botones de crin de la sotana. Seguramente es eso lo que ha asustado al muchacho, piensa: la sotana. Se sonríe y recuerda al bíblico Jeremías, quien también por poco perdió la cabeza y farfulló: Aaa, Domine Deus ecce nescio loqui!, ¡Oh, Señor Dios! He aquí que no sé hablar.

A partir de ahora, para el cura el muchacho pasará a llamarse Jeremías. No sabe qué hacer ante tan repentina desaparición. Así que pasea la vista por la tienda al tiempo que se abrocha los botones del abrigo. Fue el padre Pikulski quien lo convenció de venir aquí; le ha hecho caso, pero ahora le parece que no ha sido una buena idea.

Nadie entra desde el exterior, cosa que el cura para sus adentros agradece a Dios. No sería una visión habitual: un cura católico, decano de Rohatyn, en la tienda de un judío esperando a ser atendido como una burguesa cualquiera. Quien le aconsejó dirigirse al rabino Dubs de Lwów fue el padre Pikulski, que lo había visitado muchas veces y de quien había aprendido muchas cosas. El decano fue a verlo, pero el viejo Dubs ya debía de estar harto de curas católicos que le preguntaban por libros. Se mostró desagradablemente sorprendido por su petición y por aquello que más interesaba al padre Benedykt: no lo tenía o fingió no tenerlo. Puso cara de niño bueno y negó con la cabeza mientras chasqueaba la lengua. Y cuando el cura le preguntó quién podría ayudarle, Dubs braceó y volvió la cabeza hacia atrás, como si hubiera alguien a sus espaldas, y dio a entender que no lo sabía y que, de haberlo sabido, tampoco se lo habría dicho. Después el padre Pikulski explicaría al cura decano que todo aquello por lo que se había interesado eran herejías judías, y que pese a que ellos presumían de carecer de herejías, con esta en concreto hacían una excepción y la odiaban con toda su alma, sin andarse con rodeos.

Finalmente, Pikulski le aconsejó dirigirse a Shor. Una casa grande con tienda en la plaza del mercado. Sin embargo, al decírselo le lanzó una mirada de soslayo, algo irónica, o al menos así se lo pareció al cura. ¿No habría sido mejor conseguir esos libros judíos por mediación de Pikulski? Pese a que el cura decano no le profesara demasiada simpatía. Se habría ahorrado los sudores y la vergüenza. Pero como el cura tiene un carácter desafiante, ha ido él mismo. Y se ha dado otra circunstancia poco racional: un pequeño juego de palabras se ha entrometido en este asunto. ¿Quién dará crédito a que tales cosas influyen sobre el mundo? El cura ha estado trabajando con denuedo en un pasaje de Kircher donde se mencionaba un enorme buey de nombre Shorobor. Quizá la semejanza de las palabras Shor y Shorobor lo haya traído hasta aquí. Los caminos del Señor son bien extraños.

Pero ¿dónde están esos libros tan famosos?, ¿dónde esa figura que despierta tan temeroso respeto? La tienda parece una de tantas, y, sin embargo, se dice que su propietario es descendiente del célebre rabino Zalman Naftali Shor, un sabio de gran prestigio. Pero aquí no hay más que ajo, hierbas, tinajas llenas de especias, tarros y tarritos, y, en ellos, toda clase de especias: machacadas, molidas o aquellas que conservan su forma natural, tales como ramas de vainilla o clavos del árbol del clavo o bolitas de nuez moscada. En los anaqueles han colocado sobre

el heno rollos de tela, que parece seda o raso, muy vistosos, atraen el ojo. El cura se pregunta si no necesitaría algo de todo esto, pero enseguida le llama la atención una inscripción sobre un tarro verde oscuro de considerable tamaño: «Herba the». Ya sabe lo que va a pedir cuando salga alguien a atenderlo: un poco de esa hierba que le insufla ánimo, lo que en el caso del cura decano significa que puede trabajar sin cansarse. Y, además, favorece la digestión. También compraría unos cuantos clavos para sazonar su vespertino vino caliente. Las últimas noches han sido tan frías que las piernas se le congelaban y le impedían concentrarse en la escritura. Busca con la mirada algún banco, momento en que todo ocurre al mismo tiempo: de detrás de las estanterías emerge un hombre barbudo de buena complexión que lleva una larga vestimenta de lana debajo de la cual asoman puntiagudas pantuflas turcas. Tiene echado sobre los hombros un abrigo fino de color azul oscuro. Entorna los ojos, como si acabase de salir de un pozo. Por detrás de su espalda se asoma, curioso, aquel Jeremías que se ha asustado momentos antes y dos caras más, muy parecidas a la efigie de Jeremías, curiosas y sonrosadas. Y en el otro lado, el de la plaza, un muchacho menudo se planta, jadeante, en la puerta, o es tal vez un hombre joven, pues luce una abundante perilla rubia. Se apoya contra el marco y sigue jadeando, a todas luces ha venido corriendo lo más deprisa posible. Con descaro taladra al cura con la mirada y esboza una sonrisa pícara, mostrando una dentadura sana de dientes separados. El cura no está nada seguro de que no se trate en realidad de una sonrisa burlona. Prefiere la distinguida figura del abrigo y es a ella a quien se dirige con sus mejores modales:

–Perdóneme, ilustre señor, esta mi irrupción...

El otro lo mira tenso, pero al cabo de un instante la expresión de su rostro comienza a cambiar. En él aparece algo parecido a una sonrisa. El cura decano cae de pronto en la cuenta de que el otro no lo entiende, así que pasa al latín, contento y seguro de haber encontrado un interlocutor.

El judío traslada despacio su mirada al jadeante muchacho de la puerta que penetra resueltamente en el interior, alisándose la chaqueta de paño oscuro.

–Yo voy a traducir –anuncia con voz inesperadamente grave y con suave entonación rutena, y, al señalar con el dedo al cura decano, dice, excitado, que es un cura auténtico, el más verdadero de los curas.

No se le había ocurrido al cura que iba a necesitar un intérprete, no había pensado en ello. Perplejo, no sabe cómo salir del apuro, puesto que todo el asunto, en principio muy delicado, pasa de pronto a ser público y no tardará en acudir aquí todo el mercado. Lo que más le gustaría sería marcharse y sumergirse en la fría niebla que huele a

excremento de caballo. Empieza a sentirse acosado en esta estancia de techos bajos, en medio del aire impregnado de especias. Por si fuera poco, ya asoma alguien desde la calle para ver qué cosa extraña ocurre ahí dentro.

–Quisiera intercambiar unas palabras con el muy respetable Elisha Shor, si me lo permite –dice–. A solas.

Los judíos están sorprendidos. Intercambian unas frases, Jeremías desaparece y vuelve solo al cabo de un buen rato de insoportable silencio. Al parecer, el cura ha recibido permiso y ahora lo conducen más allá de las estanterías. Lo acompañan susurros, pisadas de pies infantiles, risitas ahogadas, como si al otro lado de las finas paredes se apiñara una multitud de personas que a través de las rendijas de los tabiques de madera mirasen ahora con curiosidad al cura decano de Rohatyn, vagando por los recovecos de una casa judía. Y resulta que la tienda de la plaza no es más que el zaguán de una estructura mucho más amplia, una especie de colmena hecha de habitaciones, pasillos y escaleras. La casa entera es mucho más grande y está construida en torno a un patio interior que el cura ve tan solo con el rabillo del ojo a través de un ventanuco del cuarto en el que se detienen un rato.

–Yo soy Hryćko –dice el muchacho de la perilla mientras caminan.

El cura cae en la cuenta de que, aunque quisiera dar marcha atrás, no sabría cómo salir de semejante casa de abejas. Empieza a sudar al reparar en ello y en ese momento se abre chirriando una de las puertas y en ella aparece un hombre delgado, en la flor de la edad, con un rostro claro, terso e inescrutable, barba blanca y vestimenta por debajo de las rodillas; en los pies lleva calcetines de lana y zapatos negros.

–Este es precisamente el rabino Elisha Shor –dice Hryćko, presa de la excitación.

La habitación es pequeña, baja y muy modestamente amueblada. En el centro hay una mesa ancha; sobre ella, un libro abierto, y, junto a él, otros colocados en varias pilas. La mirada del cura pasea ávidamente por los lomos en un intento de leer los títulos. El cura sabe bien poco de los judíos en general, y a los de Rohatyn solo los conoce de vista.

De pronto se le antoja simpático que los dos sean de baja estatura. Ante los altos se siente siempre confundido. Al encontrarse uno frente a otro, el cura tiene la fugaz impresión de que el judío también celebra esa semejanza. Shor se sienta con suavidad, sonríe y señala con la mano un banco para el cura.

–Con vuestro permiso y en estas circunstancias tan extraordinarias, me presento ante vuecencia del todo incognito, tras mucho haber oído acerca de vuestra gran sabiduría y erudición...

Hryćko se detiene a media frase y pregunta al cura:

–¿In-cog-ni-to?

–¿Y qué hay de raro? Significa que suplico discreción.

–¿Y eso qué es? ¿Su-pli-co? ¿Dis-cre-ción?

El cura, desagradablemente sorprendido, guarda silencio. Menudo traductor le ha tocado. Está claro que no lo entiende. ¿Cómo van a hablar entonces? ¿En chino? Intentará expresarse con sencillez:

–Pido que se guarde el secreto, porque no oculto que soy decano de Rohatyn, un cura católico. Pero, sobre todo, autor. –Subraya la palabra «autor» levantando un dedo–. Y hoy preferiría hablar no como sacerdote, sino precisamente como un autor que trabaja con denuedo en cierto opusculum…

–¿O-pus-cu-lum? –le llega la titubeante voz de Hryćko.

–… una pequeña obrita.

–Ajá. El señor cura me perdone, no soy ducho en polaco, solo en la lengua sencilla que usa la gente. Sé lo que he oído entre los caballos.

–¿Caballos? –El cura se extraña sobremanera, descontento ante la impericia de su traductor.

–Trabajo con caballos. Comercio.

Hryćko habla ayudándose de las manos. El judío lo mira con sus ojos oscuros e inescrutables, y al cura le viene a la mente que tal vez se encuentre ante un ciego.

–Habiendo leído a cientos de autores de principio a fin –prosigue el cura–, pidiendo prestado o comprando aquí y allá, tengo la impresión de que muchos libros se me han escapado y de que no puedo acceder a ellos de manera alguna.

Se interrumpe a la espera de que el otro abra la boca, pero Shor se limita a asentir con la cabeza y a esbozar una amable sonrisa de la que nada se deduce.

–Y he oído que vos tenéis aquí una lograda biblioteca, y no queriendo por nada del mundo incomodaros… –enseguida se corrige de mala gana–, molestaros o fatigaros, he reunido el valor, en contra de la costumbre, mas en provecho de otros, para venir hoy aquí y…

Se interrumpe, porque la puerta se abre bruscamente y en la salita de techos bajos entra una mujer sin anuncio alguno. Tras ella, unas caras susurrantes y difusas en la penumbra escudriñan el interior. Gimotea un niño de pecho por un momento pero enseguida se sume en el silencio, como si toda la atención debiera centrarse en la mujer: con la cabeza descubierta enmarcada por abundantes rizos avanza resuelta con la vista clavada al frente, ignorando por completo a los hombres; porta una bandeja con una jarra y fruta seca. Lleva un amplio vestido de flores y sobre él un delantal bordado. Resuenan las pisadas de sus zapatos puntiagudos. Es menuda pero esbelta, su figura atrae la mirada. Detrás de ella, avanza a pasos cortos una niña con dos

vasos. Mira al cura con tal horror que tropieza sin querer con la mujer y se cae. Los vasos ruedan por el suelo, menos mal que están hechos de vidrio grueso. La mujer no presta atención a la niña, sino que lanza una mirada al cura, rápida y descarada. Brillan sus oscuros ojos sombríos, grandes y abismales, y su piel, increíblemente blanca, se cubre de rubor. El cura decano, que no tiene contacto con mujeres jóvenes, se siente sorprendido por esa repentina irrupción; traga saliva. La mujer deposita sonoramente la jarra sobre la mesa, el plato y los vasos recogidos del suelo y, de nuevo con la mirada clavada al frente, abandona la estancia. Se oye un portazo. Hryćko, el traductor, también parece confundido. Elisha Shor se levanta de un salto, coge a la niña y la sienta en sus rodillas, pero ella se zafa y desaparece tras su madre. El cura apostaría la cabeza a que toda esa entrada de mujer y niña se ha hecho tan solo con el único fin de observarlo. ¡Vaya cosa! ¡Un cura en una casa judía! Exótico como una salamandra. ¿Y qué? ¿Acaso no me trata un médico judío? ¿No es judío quien me prepara las medicinas? Y la cuestión de los libros, en cierto modo, también es una cuestión de salud.

–Los libros –dice el cura señalando con el dedo los lomos de los grandes volúmenes y elzevires. En cada uno de ellos, hay escritos con tinta de oro dos signos que el cura toma por las iniciales del propietario; sabe reconocer letras hebreas:

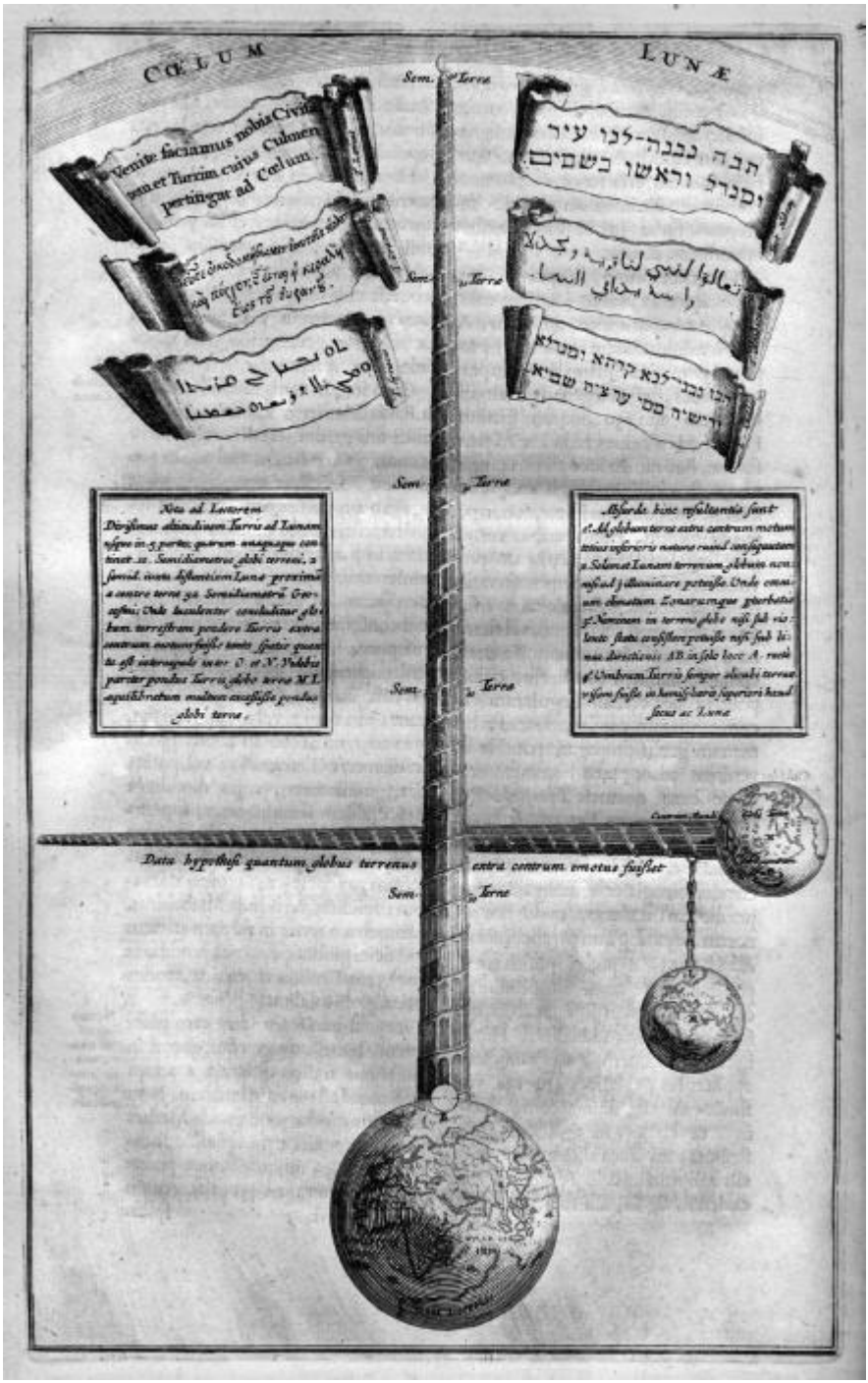
שיין

Saca el billete a este su viaje al pueblo de Israel y lo deposita con sumo cuidado ante Shor. Esboza una sonrisa triunfal porque se trata de Turris Babel, de Athanasius Kircher, obra inmensa tanto por su contenido como por sus dimensiones, y el cura ha arriesgado mucho trayéndolo hasta aquí. ¿Y si se le hubiera caído en el hediondo barro de Rohatyn? ¿Y si se lo hubiera arrebatado un malhechor en el mercado? Sin él, el cura decano no sería quien es, sino que se convertiría en un párroco de cortas miras, un maestro jesuita de mansión noble, un inútil servidor de la Iglesia cargado de anillos y misantropía. Acerca el libro a Shor, como si le presentase a su mujer. Da unos suaves golpecitos en las tapas de madera.

–Tengo más de estos. Pero Kircher es el mejor. –Lo abre al azar y miran el dibujo de la Tierra, representada en forma de esfera, y, sobre ella, el largo y esbelto cono de la Torre de Babel–. Kircher demuestra que la torre de Babel, cuya descripción tenemos en la Biblia, no podría ser tan alta como aquí aparece. Una torre que alcanzara la esfera lunar trastocaría el orden del universo. Su base, apoyada en el globo terráqueo, tendría que ser enorme. Taparía el sol, cosa que tendría efectos catastróficos sobre toda la creación. La gente se habría visto

obligada a gastar todas las reservas de madera y barro de la Tierra...

El cura siente que ha pronunciado una herejía, y en realidad no sabe por qué ha dicho algo así al silente judío. Quiere que el otro lo tome por amigo, y no por enemigo. Pero ¿será eso posible? Quizá la gente pueda entenderse a pesar de no conocer sus lenguas ni costumbres, sin conocerse mutuamente, ni sus cosas ni objetos, ni las sonrisas, ni el significado de los gestos hechos por las manos, nada. ¿Y si pudieran entenderse con la ayuda de los libros? ¿No será ese el único camino posible? Si los seres humanos leyeran los mismos libros, vivirían en el mismo mundo, mientras que ahora viven en mundos separados, como esos chinos de los que habla Kircher. Y también hay quienes, y son legión, no leen en absoluto, esos tienen la razón dormida, los pensamientos simples, animales, como esos campesinos de mirada hueca. Si él, el cura, fuese rey, mandaría destinar a la lectura un día de servidumbre, mandaría a todo el campesinado a leer libros y enseguida la Res Publica de las Tres Naciones cambiaría al instante. Quizá sea una cuestión de alfabeto: que no exista uno solo, sino que existan muchos y que cada uno construya el pensamiento de manera diferente. Los alfabetos son como los ladrillos: con unos, cocidos y lisos, se levantan catedrales; con otros, rudos y arcillosos, simples casas. Y pese a que el latino es sin duda el más perfecto, Shor, al parecer, no sabe latín. De manera que señala con el dedo un grabado, y después otro, y otro más, y constata que el judío se inclina sobre ellos con creciente interés, hasta que finalmente saca de alguna parte unas lentes ingeniosamente engastadas en un alambre de metal; al cura Chmielowski le gustaría tener unas así, tiene que preguntarle dónde encargarlas. El traductor también muestra interés, así que los tres se inclinan sobre el grabado.



El cura se alegra de que los dos hayan picado el anzuelo y distingue en la oscura barba del judío pelos dorados y castaños.

–Podríamos intercambiar libros –propone.

Añade que tiene en su biblioteca de Firlejów dos obras más del gran Kircher: Arca Noë y Mundus subterraneus, bajo llave, demasiado preciosas para consultarlas a diario. Sabe asimismo que existen más títulos, pero solo los conoce de alguna que otra mención. Ha reunido a muchos pensadores del mundo pasado, entre ellos, añade para ganarse el favor de Shor, al historiógrafo judío Flavio Josefo.

Le sirven infusión de fruta de la jarra y un platito con higos y dátiles secos. El cura se los lleva a la boca embelesado: hace tiempo que no los prueba; la celestial dulzura mejora al instante su estado de ánimo. Entiende que ha llegado la hora de exponer todo el asunto, así que da cuenta de los manjares y va al grano; antes de acabar ya sabe que se ha precipitado y que no logrará gran cosa.

Quizá se deba al repentino cambio en la conducta de Hryćko. También apostaría la cabeza a que el muchacho añade de su propia cosecha a lo que traduce. Lo único que no sabe es si son advertencias o, por el contrario, algo en favor del cura. Elisha Shor se apoya en el respaldo de la silla, inclina la cabeza hacia atrás y entorna los ojos como si se retirase a cavilar a su oscuridad interior.

Esto se prolonga hasta el momento en que –en contra de su voluntad– el cura intercambia una mirada cómplice con el joven traductor.

–El rabino escucha las voces de los ancianos –dice el traductor en un susurro, y el cura asiente con la cabeza como si lo entendiera, aunque no lo entiende. A lo mejor ese judío tiene realmente contacto mágico con distintos diablillos, ¿acaso no abundan entre los judíos todas esas lamias y lilits? Las dudas de Shor y sus ojos cerrados convencen al cura de que habría sido mejor no venir. La situación es delicada e insólita. Ojalá no acabe expuesto a la infamia.

Shor se levanta, se vuelve hacia la pared, baja la cabeza y permanece así durante un rato. El cura empieza a impacientarse. ¿Será esto señal de que deba irse? Hryćko también ha entornado los ojos y sus largas pestañas juveniles proyectan una sombra sobre sus mejillas cubiertas de incipiente barba. ¿Se habrán dormido? El cura carraspea suavemente, el silencio reinante le ha quitado la poca seguridad en sí mismo que le quedaba. Ya se arrepiente de haber venido.

De pronto, Shor, como si nada hubiera pasado, se dirige hacia los armarios y abre uno de ellos. Con suma solemnidad, saca un grueso volumen dotado de los mismos símbolos que los demás libros y lo deposita sobre la mesa ante el cura. Abre el volumen por la cubierta posterior y pasa una página. El cura ve la primorosa página del título…

–Séfer ha-Zohar –dice con devoción, y vuelve a guardar el libro en el armario.

–¿Quién se lo iba a leer al señor cura…? –lo consuela Hryćko.

El cura deja sobre la mesa de Shor los dos volúmenes de su Nueva Atenas como invitación a un futuro intercambio. Les da unos golpecitos con su dedo índice, luego se señala a sí mismo –apuntándose en medio del pecho–, como si quisiera decir: «Lo escribí yo. Deberían leerlo si conocieran el idioma. Aprenderían mucho del mundo». Espera la reacción de Shor, pero este se limita a arquear levemente las cejas.

El padre Chmielowski y Hryćko salen juntos al aire frío y desapacible. Hryćko farfulla algo mientras el cura lo observa con atención: su joven cara con barba incipiente, sus largas pestañas curvadas que le confieren un aspecto un tanto infantil y, finalmente, su ropa de campesino.

–¿Eres judío?

–Eh, no... –contesta Hryćko encogiéndose de hombros–. Yo soy de aquí, de Rohatyn, mire, de esta casa, dicen que es ortodoxa.

–¿Cómo sabes su habla, pues?

Hryćko avanza y camina casi hombro con hombro al lado del cura, a todas luces se siente autorizado a tal familiaridad. Dice que su padre y su madre murieron de peste en 1746. Hacían negocios con los Shor, el padre era artesano, curtía pieles, y, cuando murió, Shor intercedió por Hryćko, su abuela y Ołeś, su hermano menor: compró las deudas del padre y dispuso un paraguas de protección a sus tres vecinos. Y así viven unos al lado de otros, ahora se relaciona más con los judíos que con los suyos, y ni él mismo sabe cuándo aprendió su lengua, y la maneja como si fuera suya, con fluidez, cosa que a menudo le resulta útil a la hora de arreglar asuntos o de hacer negocios, ya que los judíos, sobre todo los mayores, ven con malos ojos el polaco y el ruteno. Los judíos no son como los pintan, y, muy especialmente, los Shor. Son muchos, tienen una casa caldeada, hospitalaria, y siempre invitarán a uno a comer algo o a un vasito de vodka cuando hace frío. Ahora Hryćko aprende el oficio de su padre para hacerse con el negocio del curtido; de pieles, siempre habrá demanda.

–¿Y no tienes familiares cristianos?

–Sí que tengo, pero lejos y no se preocupan de nosotros. Oh, aquí viene mi hermano Ołeś. –Se les acerca corriendo un chiquillo de unos ocho años, todo cubierto de pecas–. No se preocupe mi buen señor cura por nosotros, no hace falta –dice Hryćko con alegría en la voz–. Dios creó al hombre con los ojos hacia delante, no en la parte trasera de la cabeza, lo que significa que el hombre debe ocuparse de lo que será y no de lo que fue.

El cura, en efecto, lo considera prueba de la sabiduría de Dios, aunque no logra recordar en qué lugar de las Escrituras se dice tal

cosa.

–Aprende con ellos la lengua y podrás traducir estos libros.

–¡Qué dice mi buen señor! No se me ha perdido nada en los libros. Me aburre leer. Yo antes me pongo a comerciar. Con caballos sería lo mejor. O como los Shor: con vodka y cerveza.

–Vaya, ya te han maleado... –dice el cura.

–¿Y por qué? ¿Acaso son peores que otras mercancías? La gente necesita beber porque la vida es dura.

Sigue farfullando algo mientras camina en pos del cura, quien de buena gana se desharía de él. Benedykt Chmielowski se detiene de cara al mercado y busca con la mirada a Roszko, primero junto a las zamarras y luego por toda la plaza, pero como hay mucha más gente que antes, resulta prácticamente imposible localizar al cochero. Así que decide encaminar sus pasos hacia la calesa. El traductor, por su parte, se ha metido tan de lleno en el papel que aún le aclara algunas cosas, feliz por lo visto de poder hacerlo. Así que dice que en casa de los Shor se prepara una gran boda, porque un hijo de Elisha (el mismo al que el cura ha visto en la tienda, aquel Jeremías que en realidad se llama Isaac) se casa con la hija de unos judíos de Moravia. Pronto vendrá toda la familia y numerosos parientes de la región, de Busk, Podhajce, Jezierzany y Kopyczyńce, y también de Lwów, y quizá incluso de Cracovia, aunque casi acaba el año y, según él, es mejor casarse en verano. Y dice el charlatán de Hryćko que estaría bien que el cura también acudiera a esa boda y luego por lo visto se lo imagina, pues suelta una carcajada, la misma que antes el cura tomó por burlona. Recibe un céntimo.

Hryćko contempla la moneda y desaparece al instante. El cura queda inmóvil por un momento, pero no tardará en sumergirse en el mercado como en un agitado mar en el que ahogarse persiguiendo el sabroso olor al paté que se vende por allí cerca.

2

DE LA FATÍDICA BALLESTA Y DEL MAL FEMENINO DE KATARZYNA KOSSAKOWSKA

En ese mismo momento, la esposa del palatino del castillo de Kamieniec, Katarzyna Kossakowska, de soltera Potocka, y una dama entrada en años que la acompaña, tras varios días de viaje de Lublin a Kamieniec, entran en Rohatyn. A una hora de distancia, las siguen carros con cofres llenos de trajes, ropa blanca y servicio de mesa, a fin de disponer, en caso de haber de hospedarse en alguna mansión, de su propia porcelana y sus propios cubiertos. Aunque los emisarios especialmente enviados a las heredades de familiares y amigos avisan con antelación de la llegada de las dos mujeres, en ocasiones no hallan lugar cómodo y seguro donde pernoctar. En esos casos no les queda más remedio que echar mano de posadas y fondas cuya comida suele dejar mucho que desear. La señora Drużbacka, que ya tiene una edad, está exhausta. Se queja de indigestión, seguramente porque todo lo que come queda inmediatamente batido en el estómago como la nata en la mantequera. El ardor, sin embargo, no es una enfermedad. Peor lo tiene la palatina Kossakowska: desde ayer le duele el vientre y ahora se acurruca sin fuerzas en un rincón del carruaje, cubierta de sudores fríos y tan pálida que Drużbacka comienza a temer por su vida. Por eso deciden buscar ayuda aquí, en Rohatyn, cuyo starosta es Szymon Łabęcki, emparentado con la familia de la palatina, como cualquier personaje relevante de Podolia.

Es día de mercado y la carroza color salmón ornamentada en oro, dotada de suspensión de ballesta, con el escudo de armas de los Potocki pintado en la puerta, cochero sobre el pescante y una guardia de hombres vistosamente uniformados, ya desde el fielato causa sensación en la pequeña ciudad. La carroza se detiene a cada momento porque el camino está repleto de viandantes y animales. De nada sirve el restallar del látigo sobre las cabezas. Ocultas en el vehículo, como en el interior de una concha preciosa, ambas mujeres fluyen por la agitada y bulliciosa corriente de una muchedumbre que habla un sinfín de lenguas.

Finalmente, la carroza, tal y como era previsible en medio del gentío, se empotra en el eje de un carro y la ballesta –ese invento que debía servir para facilitar el viaje y que ahora solo lo complica– se

parte en dos, la palatina cae del asiento al suelo y su rostro se tuerce de dolor. Maldiciendo, Drużbacka salta al barro y se pone ella misma a buscar ayuda. Primero se dirige a dos mujeres que llevan sendas cestas, pero estas huyen entre risas cuchicheando en ruteno; después agarra por la manga a un judío con abrigo y gorro que intenta comprenderla e incluso le contesta algo en su propia lengua y señala calle abajo en dirección al río. Entonces, la impaciente Drużbacka se cruza en el camino de dos comerciantes de buen ver que acaban de bajar de un landó y se dirigen hacia la multitud, pero todo indica que son armenios que están aquí de paso. Se limitan a menear la cabeza. Justo a su lado hay unos turcos que observan a Drużbacka con ironía, o eso le parece a ella.

–¿Hay alguien aquí que hable polaco? –grita enfurecida por la muchedumbre que la rodea y por haber ido a parar a semejante lugar. Teóricamente es un mismo reino, la misma Res Publica de las Tres Naciones, pero nada tiene esto que ver con Gran Polonia, de donde ella procede. Esto es la selva: caras extrañas, exóticas, trajes ridículos, vestimentas deshilachadas, grandes gorros de piel y turbantes, pies descalzos. Casas pequeñas, encorvadas, hechas de adobe, incluso en la plaza. Hedor a malta y estiércol, un húmedo olor de hojas caídas.

Finalmente, divisa a un cura menudo y entrado en años, de pelo completamente blanco, abrigo raído y zurrón al hombro, que, sorprendido, la mira con unos ojos como platos. Ella lo agarra por las solapas del abrigo y lo zarandea al tiempo que silba entre dientes:

–¡Por el amor de Dios, dígame, padre, ¿dónde está la casa del starosta Łabęcki?! ¡Y ni una palabra de esto a nadie! ¡Silencio absoluto!

El cura parpadea asustado. No sabe si debe hablar o permanecer callado. Quizá deba señalar la dirección con la mano. La mujer que lo zarandea sin miramientos es rechoncha, tiene ojos expresivos y una gran nariz. De debajo de la cofia se le escapa un rizo de pelo entrecano.

–Es una persona relevante y viene de incognito –le dice al cura, señalando la carroza.

–Incognito, incognito… –repite el cura, turbado. Pesca entre la multitud a un muchacho y le ordena conducir el vehículo hasta la casa del starosta. El muchacho, más ágilmente de lo que se pudiera esperar, ayuda a desenganchar los caballos para que puedan dar la vuelta.

En la carroza, con las ventanillas tapadas, gime la palatina Kossakowska. Un juramento malsonante acompaña a cada gemido.

DE LA SANGRE SOBRE LA SEDA

Szymon Łabęcki, casado con Pelagia, de soltera Potocka, es primo,

cierto que lejano, pero primo al fin y al cabo, de Katarzyna Kossakowska. Su mujer no está en casa, se encuentra de visita en la mansión de unos familiares en una heredad vecina. Turbado por la inesperada visita, se afana en abrocharse la chaqueta de corte francés y en alisarse los puños de encaje.

–Bienvenu, bienvenu –repite perplejo mientras las criadas y Drużbacka conducen a la palatina a la planta superior, donde el anfitrión ha asignado a su prima los mejores aposentos. Después, farfullando algo, manda buscar a Asher Rubin, galeno de Rohatyn–. Quelque chose de féminin, quelque chose de féminin... –repite.

No está del todo contento –a decir verdad, no lo está en absoluto– con esta repentina visita. Se disponía a ir a cierto lugar donde acostumbra a jugar a los naipes. La sola idea del juego hace que le suba agradablemente la tensión, como si actuase en su sangre el mejor de los licores. ¡La de nervios que le cuesta ese vicio! Su único consuelo es que lo comparte con personas más importantes, más ricas y que gozan de mayor respeto. Últimamente suele jugar con el obispo Sołtyk, de ahí su lujoso atuendo. Estaba a punto de salir, los caballos ya lo esperaban enganchados al carruaje. Pero no podrá ser. Otro ganará. Respira profundamente y se frota las manos como si quisiera darse ánimo, no hay nada que hacer, ya jugará en otra ocasión.

A la enferma toda la tarde la consume la fiebre, a Drużbacka le parece que delira. Ella y Agnieszka, otra dama de compañía de la señora, le ponen compresas frías en la frente, y después el médico, convocado de urgencia, le prescribe unas hierbas: ahora su olor, semejante al anís y al regaliz, se eleva como una dulce nube sobre el lecho y la enferma se duerme. El médico también prescribe compresas frías en cabeza y vientre. La casa se calma y las velas palidecen.

Vaya, no es la primera vez que la indisposición mensual hace sufrir tanto a la palatina, y seguramente no será la última. Resulta difícil encontrar un culpable, la causa estriba probablemente en la manera de educar a las señoritas en las mansiones señoriales: con aire viciado, sin desafíos para el cuerpo. Las muchachas se pasan horas encogidas ante bastidores bordando estolas sacerdotales. La dieta de las mansiones, a base de carne, es pesada. Debilita los músculos. A esto se une que a Kossakowska le gusta viajar: días enteros en la carroza, ruido incesante y sacudidas. Un sinfín de nervios e intrigas. La política, pues ¿quién es Katarzyna sino una emisaria de Klemens Branicki? Son suyos los intereses que defiende. Lo hace eficazmente porque en ella habita un alma masculina, así al menos la describen, sus opiniones son tenidas en cuenta. Pero Drużbacka no ve en ella esa «masculinidad», solo ve una mujer a quien gusta mandar. Alta, segura de sí misma, con voz fuerte. Y, además, las malas lenguas dicen que el

marido de Kossakowska, un retaco contrahecho, es impotente. Al parecer, cuando la pretendía se encaramó a un saco de dinero para de esta manera igualarla en altura.

Aunque no sea voluntad de Dios que dé a luz, en absoluto parece desdichada. Se chismorrea que en las disputas con su marido, cuando él la saca de sus casillas, lo agarra por la cintura y lo coloca sobre la repisa de la chimenea, lugar de donde él teme bajar, e inmovilizado de ese modo, se ve obligado a escucharla hasta el final. ¿Y por qué una mujer tan bien plantada ha elegido un hombre así de canijo? Sin duda para defender los intereses de la familia, y los intereses se defienden a través de la política.

Desnudan entre las dos a la enferma y con cada pieza de la vestimenta de la palatina Kossakowska emerge la criatura de nombre Katarzyna, y después incluso su diminutivo Kasia, quien, gimiendo y llorando, de tan débil se les escurre entre las manos. El galeno ha ordenado colocarle entre las piernas paños de algodón limpio y darle mucho líquido, obligarla incluso a beber, sobre todo infusiones de cierta clase de corteza. Qué delgada le parece de pronto a Drużbacka, y, por eso mismo, qué joven, y eso que ya anda por la treintena.

Cuando la enferma se duerme, Drużbacka y Agnieszka se ocupan del ensangrentado atuendo, de las enormes manchas de sangre que empapan desde la ropa interior, las enaguas y la falda hasta el abrigo azul marino. La de manchas de sangre que ha visto una en su vida, piensa Drużbacka.

El hermoso vestido de la palatina: raso grueso, fondo crema salpicado aquí y allá por flores rojas, campanillas, con una hoja verde a la izquierda y otra a la derecha. Un diseño alegre y liviano que encaja con la oscura cabellera y la tez ligeramente morena de su propietaria. Ahora las manchas de sangre han anegado esas alegres florecillas con su funesta ola. Los irregulares contornos han absorbido y destruido todo orden. Como fuerzas hostiles que salieran a la superficie. En las mansiones existe una ciencia especial: de cómo quitar manchas de sangre. Hace siglos que se instruye en ella a futuras madres y esposas. Sería la asignatura más importante de la universidad para mujeres, si es que algún día decidieran instaurar tal cosa. Parto, menstruación, guerra, pelea, asalto, ataque, pogromo: siempre presta bajo la piel, la sangre recuerda estas cosas. Qué hacer con ese interior que ha osado salir al exterior, con qué sosa lavarlo, con qué vinagre enjuagarlo. Quizá humedecer un trapito con unas lágrimas y frotar suavemente. O empaparlo en saliva. Sábanas, fundas, ropa interior, enaguas, camisones, delantales, cofias y pañuelos, puños y volantes de encaje, levitas y corsés. Alfombras, tablones del suelo, vendajes, sábanas, uniformes.

Al marcharse el doctor, las dos mujeres, Drużbacka y Agnieszka, se

duermen medio arrodilladas, medio sentadas junto al lecho: una con la cabeza apoyada sobre la propia mano, cuya huella permanecerá en su mejilla durante el resto de la tarde, y la otra, en un sillón, con la cabeza reclinada sobre el pecho. Su aliento hace que los suaves encajes del escote se balanceen como anémonas en un mar cálido.

LA BLANCA CABECERA DE LA MESA DEL STAROSTA ŁABĘCKI

La casa del starosta recuerda a un castillo. Hecha de piedra y cubierta de musgo, se levanta sobre cimientos viejos, de ahí la humedad. Del gran castaño del patio caen ya lustrosos frutos y tras ellos las hojas amarillas. El suelo parece cubierto por una hermosa alfombra de color naranja dorado. Un gran vestíbulo conduce a unos salones apenas amueblados, pero pintados de colores claros y con adornos en paredes y techos. El suelo, de madera de roble, está tan pulido que resplandece. La casa se está preparando para la estación invernal: en el zaguán cestas de manzanas esperan a ser llevadas a las habitaciones de invierno donde desprenderán su fragancia mientras aguardan la Navidad. El patio es un hervidero de bulliciosa actividad: los campesinos han traído leña y la están apilando. Las mujeres portan cestas repletas de nueces; Drużbacka no da crédito a lo grandes que son. Ha cascado una y se deleita comiendo su carne tierna y sabrosa al tiempo que aprecia con la lengua el suave amargor de su piel. De la cocina llega un aroma a ciruelas confitándose.

En la planta baja, pasa a su lado el médico, que masculla algo y sube la escalera. Drużbacka ya se ha enterado de que ese judío «saturniano», como lo define el starosta, doctor en medicina por una universidad italiana, callado y de espíritu ausente, goza de gran respeto por parte de Łabęcki, cuya estadía en Francia duró lo suficiente como para curarlo de ciertos prejuicios.

Ya al mediodía siguiente Kossakowska prueba un poco de caldo, se hace incorporar sobre unos cojines y manda que le traigan papel, pluma y tinta.

Katarzyna Kossakowska, de soltera Potocka, esposa del palatino del castillo de Kamieniec, propietaria de numerosos pueblos y aldeas, palacios y mansiones, pertenece a la especie depredadora. Estos animales, aun cuando se encuentran en apuros, atrapados, por ejemplo, en la trampa de un cazador furtivo, no tardan en lamerse las heridas y volver a la batalla. Kossakowska tiene un instinto animal comparable al de la loba dentro de la manada. No le pasará nada. Más vale que Drużbacka se preocupe por sí misma. Que se pregunte qué animal es... Se mantiene con vida gracias a los depredadores a los que sirve como dama de compañía, entreteniéndolos con naderías. Es una motacila domesticada, un pájaro que deleita con sus trinos, pero al

que se llevará por delante un soplo de viento, una corriente de aire de una ventana abierta por la tormenta.

El cura llega a primera hora de la tarde, un poco demasiado temprano, lleva el mismo abrigo y el mismo zurrón, más propio de un vendedor ambulante que de un sacerdote. Drużbacka le da la bienvenida a pie de umbral.

–Quisiera pedirle mil disculpas, señor cura decano, por mi brusquedad. Creo, padre, que le arranqué los botones... –le dice mientras lo lleva asido del codo al salón de baile sin saber qué hacer con él. Faltan dos horas para que se sirva la mesa.

–Simpliciter fue un mal momento... Nolens volens he prestado un servicio a la salud de su señora la palatina.

Drużbacka ya se ha acostumbrado al polaco que se emplea en las mansiones de los terratenientes, con lo que estas inserciones del latín la divierten. Se ha pasado media vida sirviendo a la aristocracia como dama de compañía y secretaria. Después se casó, dio a luz a sus hijas, y ahora, tras la muerte de su marido y el nacimiento de sus nietos, intenta salir adelante por sí misma, sea junto a las hijas, sea como ayudante de la señora Kossakowska, sea como dama de compañía. Se alegra de volver a una mansión señorial donde no dejan de pasar cosas y por las tardes se lee poesía. Guarda en su equipaje varios volúmenes, pero le da vergüenza sacarlos. No dice nada. Escucha las peroratas del cura y constata enseguida que a pesar del latín se entienden a la perfección. Resulta que el cura visitó recientemente el palacio de los Dzieduszycki en Cecołowce y ahora intenta reproducir en su casa parroquial aquello que de allí recuerda. Satisfecho y animado por el licor, del que habrá tomado ya tres copas, y feliz de que alguien lo escuche, cuenta sus cuitas.

Ayer mandaron un emisario a Kamieniec a buscar al palatino Kossakowski y ahora todos esperan que llegue en cualquier momento. Seguramente aparecerá mañana, o tal vez esta misma noche.

A la mesa se sientan los propietarios y los huéspedes de la casa, tanto los permanentes como los ocasionales. Los menos importantes, en el extremo adonde no llega el blanco de las mantelerías. Entre los permanentes se encuentra el tío, no se sabe si materno o paterno, del anfitrión, un señor entrado en años un tanto obeso y jadeante, que a todo el mundo trata de «mi noble bienhechor» y «mi noble bienhechora». Asimismo, están el administrador de las heredades, un hombre bigotudo, tímido y de buena complexión, y el antiguo profesor de religión de los hijos de Łabęcki, el muy erudito bernardino Gaudenty Pikulski. Enseguida lo aborda el cura Chmielowski y lo conduce a una esquina del comedor para mostrarle el libro judío.

–He hecho un intercambio: yo le hice entrega de mi Nueva Atenas, y él a mí de este Zohar –dice con orgullo Chmielowski mientras saca el libro del zurrón–. Precisaría de cierto favor –añade usando una fórmula impersonal–: si para ello hubiera tiempo, que se me traduzca de este libro algún que otro pasaje.

Pikulski contempla el libro, lo abre por la última página y mueve los labios mientras lee.

–No es ningún Zohar –dice.

–¿Cómo que no? –El cura Chmielowski no lo entiende.

–Como que sí, como que Shor le ha endosado unas fábulas judías. –Desliza el dedo de derecha a izquierda por una sucesión de signos incomprensibles–. El ojo de Jacob. Así se titula, son cuentos para el pueblo llano.

–Vaya con el viejo Shoraco... –El cura menea la cabeza decepcionado–. Se habrá confundido. Bueno, quizá también halle aquí alguna sabiduría. Siempre y cuando alguien me lo traduzca...

El starosta Łabęcki hace un ademán y dos criados traen bandejas con licor y unos diminutos vasitos, así como un plato de corteza de pan cortada en finas láminas. Quien guste puede así ir abriendo el apetito, puesto que la comida que se servirá a continuación será pesada y abundante. Primero una sopa y luego ternera cocida y cortada en lonchas irregulares junto con otras carnes: pollo, asado de buey y venado; todo acompañado de zanahoria cocida, col con panceta y una gran fuente de sémola generosamente aliñada con manteca fundida.

En la mesa el padre Pikulski se vuelve hacia el cura Benedykt y le dice a media voz:

–Pase a verme, padre, que también tengo libros judíos en latín y puedo ayudarle con el hebreo. ¿Para qué acudir a los judíos?

–Usted mismo me lo aconsejó, hijo –contesta el cura Benedykt, un tanto enojado.

–Lo dije en broma. No pensé que iría.

Drużbacka come con prudencia; la carne de buey no sienta nada bien a su dentadura y no hay ningún palillo a la vista. Picotea el pollo con arroz y observa con el rabillo del ojo a los dos jóvenes criados, quienes a todas luces no están aún muy familiarizados con su nuevo trabajo, puesto que se dedican a hacer muecas y aspavientos de un lado al otro de la mesa, pensando que los huéspedes, ocupados en la comida, no se darán cuenta.

Kossakowska, postrada en una esquina del comedor, aparentemente débil, manda que rodeen su lecho con velas y que le sirvan arroz con carne de pollo. A continuación, pide un vino húngaro.

–Si le tienta el vino, señora, es señal de que lo peor ha pasado –

dice Łabęcki con una ironía apenas perceptible. Sigue enojado por haberse perdido la partida de naipes–. Vous permettez? –Se levanta para servir vino en la copa de la palatina con una reverencia un tanto exagerada–. A la salud de la señora.

–Y yo debería brindar a la salud de ese galeno cuya mixtura me ha devuelto a la vida –dice Kossakowska y toma un buen trago.

–C'est un homme rare –afirma el anfitrión–. Un judío muy instruido pese a que no consigue curarme la gota. Estudió en Italia. Al parecer, es capaz de quitar con una aguja la catarata del ojo y devolver así la vista a sus pacientes: eso hizo con una de las nobles de la vecindad que ahora borda dando puntadas minúsculas.

Vuelve a oírse la voz de Kossakowska desde su rincón. Ya ha comido y yace recostada en los cojines, un tanto pálida. Su rostro, iluminado por la temblorosa luz de las velas, esboza una especie de mueca:

–Ahora hay judíos por todas partes; como esto siga así, se nos comerán crudos –dice–. Nuestros nobles no tienen ganas de trabajar ni de cuidar sus propias tierras, así que se las arriendan a los judíos y se dan la gran vida en la capital. Y mire donde mire, veo un judío ejerciendo de pontazguero, a otro administrando un latifundio o a otro confeccionando zapatos y vestidos; se han apoderado de todos los oficios.

Durante la comida la conversación deriva hacia la economía, que aquí en Podolia siempre renquea, y eso que es una tierra muy rica. Podría brotar de ella un país floreciente. Todas esas potasas, salitres, mieles. Ceras, grasas, paños. Tabacos, pieles, ganado, caballos, de todo hay en abundancia y nada encuentra salida. «¿Y por qué?», inquiere Łabęcki. Porque el Dniéster es poco profundo y su curso se ve interrumpido por numerosos saltos, los caminos están en mal estado y en primavera, tras el deshielo, se vuelven prácticamente intransitables. Y cómo se puede comerciar cuando cruzan impunemente la frontera bandoleros turcos que hasta tal punto acosan a los viajeros que resulta necesario hacerse escoltar por hombres armados, pagar por protección.

–¿Y quién tiene dinero para ello? –se queja Łabęcki, que sueña con que este sea como otros países, con que florezca el comercio y aumente la riqueza de sus gentes. Así es Francia, y eso que allí no hay mejor tierra ni sus ríos son mejores. Kossakowska opina que la culpa es de los aristócratas, que pagan a los campesinos con vodka y no con dinero.

–¿Y sabe usted, señora, que en las tierras de los Potocki el campesino ya tiene tantos días de servidumbre al año que solo puede trabajar en su parcela los sábados y domingos?

–En las nuestras también tienen libre el viernes –espeta

Kossakowska–. Y aun así trabajan mal. Se les da la mitad de la cosecha por recoger la otra mitad, y pese a ello a esos generosos dones del cielo no se les consigue sacar provecho. En las tierras de mi hermano hasta hoy se levantan enormes almiares, pacen en ellos los gusanos y no hay manera de venderlos.

–Habría que cubrir de oro al que tuvo la idea de convertir el cereal en vodka –dice Łabęcki y, a continuación, se quita la servilleta de debajo de la barbilla, señal de que es el momento, según mandan las buenas costumbres, de pasar a la biblioteca a fumar una pipa–. Actualmente, galones y galones de vodka pasan en carros al otro lado del Dniéster. Cierto es que el Corán prohíbe tomar vino, pero nada dice del vodka. Además, no muy lejos están las tierras del hospodar moldavo, y allí los cristianos pueden saborear el alcohol a voluntad... –Se ríe, descubriendo una dentadura amarilleada por el tabaco.

El starosta Łabęcki no es un don nadie. En el puesto de honor de su biblioteca está colocado su libro: Enseñanzas para donceles descritas por Su Excelencia el gran caballero Dela Chetardie, de gran mérito en los ejércitos y en la Corte Real de Francia y aquí brevemente compendiadas en las que el doncel formula preguntas y recibe respuestas. Ofrecidas a modo de último adiós a las Escuelas Lvovianas, dedicadas por el Excelentísimo Señor Szymon Łabęcki, starosta de Rohatyn, como recuerdo a sus colegas y enviadas a la imprenta.

Cuando Drużbacka le interroga cortésmente sobre el tema del libro, sale a la luz que se trata de una cronología de relevantes batallas y, tras un largo discurso de Łabęcki, resulta que es más bien una traducción que una obra original por él escrita. Cosa que a decir verdad no se infiere del título.

Después, todos los reunidos en el salón de fumar, también las damas, pues las dos son fumadoras apasionadas, tienen que escuchar el relato de cómo el starosta Łabęcki pronunció su solemne discurso en la inauguración de la biblioteca de los Załuski.

Cuando avisan al starosta de que ha llegado el médico para hacerle las curas, la conversación se centra en Drużbacka, y Kossakowska recuerda que su dama de honor es poetisa, de lo que cortésmente se sorprende el cura decano Chmielowski, lo que no es óbice para que alargue el brazo con avidez para examinar el pequeño volumen objeto de la conversación.

Las páginas impresas despiertan en él un impulso difícil de contener: atraparlas y no soltarlas hasta que sus ojos no se familiaricen, aunque sea superficialmente, con todo el contenido. Lo mismo sucede ahora: abre el volumen y lo acerca a la luz para leer mejor la página del título.

–Son rimas –dice decepcionado, pero enseguida se corrige y asiente respetuosamente con la cabeza. Recopilación de rimas espirituales,

panegíricas, morales y mundanas... No le gusta que se trate de poemas, no los entiende, pero el valor del pequeño volumen aumenta cuando el cura constata que lo han publicado los hermanos Załuski.

Por la rendija de la puerta entornada se oye la voz del starosta, de pronto muy humilde:

–Mi querido Asher, ese horrible mal no me deja vivir, el dedo gordo me duele, haga algo con ello, mi buen amigo.

Y enseguida se oye otra voz, baja, con acento judío:

–Voy a renunciar a tratarle, mi señor. No debía beber vino ni comer carne, sobre todo la roja, pero no hace caso al doctor y por eso le duele y seguirá doliéndole. No pienso tratarle por la fuerza.

–Vamos, no te ofendas, al fin y al cabo no son tus dedos, sino los míos... Demonio de galeno... –La voz se desvanece en la lejanía, los dos se han retirado al fondo de la casa.

3

DE ASHER RUBIN Y SUS SOMBRÍOS PENSAMIENTOS

Asher Rubin deja la casa del starosta y se dirige hacia la plaza del mercado. El cielo se ha despejado y brilla ahora un millón de estrellas, pero su luz es fría y hace que caiga sobre esta tierra de Rohatyn una helada, la primera del otoño. Rubin se sube los faldones de su negro abrigo de lana y se arrebuja en ellos: alto y flaco, se asemeja en este momento a una línea vertical. La ciudad está aterida de frío y sumida en el silencio. Débiles lucecillas se filtran a través de algunas ventanas, pero apenas se las ve, creeríanse una ilusión óptica, sería fácil confundirlas con la impronta del sol en el iris de un ojo, impronta de los días soleados que aún permanece y cuya memoria regresa al tropezar con todo objeto mirado. A Rubin le interesa mucho lo que se ve bajo los párpados y le gustaría saber qué lo provoca. ¿Impurezas en el globo ocular? ¿O quizá sea el ojo una especie de lanterna magica como la que vio en Italia?

La sola idea de que todo lo que ahora está viendo –la oscuridad salpicada de puntos brillantes de las estrellas sobre Rohatyn, los contornos de las casas, pequeñas e inclinadas, el poliedro del castillo y la puntiaguda torre de una iglesia cercana, las desdibujadas lucecitas, casi fantasmales, disparadas en escorzo hacia el cielo con gesto de protesta, la palanca de un pozo–, o quizá también todo lo que está oyendo –el murmullo del agua ahí abajo, el leve crujido de las hojas petrificadas por la helada–, que todo eso pueda ser producto de su mente, ese mero pensamiento lo hace temblar de excitación. ¿Y si todo es producto de nuestra imaginación? ¿Y si cada uno ve las cosas a su manera? ¿Es el color verde percibido de igual manera por todo el mundo? O tal vez «verde» no sea más que una palabra con la que, como si fuera un barniz, cubrimos sensaciones del todo diferentes para poder comunicarnos, aunque en realidad cada uno vea una cosa distinta. ¿Habrá manera de comprobarlo? ¿Qué pasaría si pudiéramos abrir los ojos de verdad? Si por un milagro pudiésemos ver la realidad que nos rodea. ¿Qué pasaría entonces?

Asher tiene a menudo tales pensamientos y lo embarga el miedo.

Los perros empiezan a ladrar, se oyen gritos y hombres que levantan la voz, seguramente proceden de la posada de la plaza. El médico se interna por una calle de casas judías, dejando a su derecha el voluminoso y oscuro contorno de la sinagoga. Desde más abajo, por

donde fluye el río, llega el olor a agua. La plaza del mercado separa dos grupos de judíos rohatynianos hostiles, en conflicto.

¿A quién están esperando?, piensa. ¿Quién creen que va a venir a salvar el mundo?

Y lo esperan tanto los unos como los otros. Los fieles al Talmud, apiñados en Rohatyn en unas pocas casas como en una fortaleza asediada, y los herejes, los renegados –por los que en el fondo de su corazón siente una aversión aún mayor–, sumidos en místicas quimeras, supersticiosos y primitivos, cubiertos de amuletos, con misteriosa y astuta sonrisa en los labios, igual que el viejo Shor. Estos últimos creen en un Mesías doliente, uno caído hasta lo más bajo, pues solo desde lo más bajo es posible elevarse hasta lo más alto. Creen en el Mesías harapiento que vino hace casi cien años. El mundo ya ha sido salvado, aunque quizá esto no se note a primera vista, y los que saben que así es invocan a Isaías. Ignoran el sabbat y cometen adulterios: el concepto pecado es para unos incomprensible y para otros banal, de manera que no merece la pena prestarle atención alguna. Sus casas, en la parte alta de la plaza, están tan juntas que parece que sus fachadas se fundan en apretada sucesión, solidaria y fuerte como un cordón militar.

Allí es precisamente adonde se dirige Asher.

El rabino de Rohatyn, un déspota codicioso que se dedica a arbitrar asuntos insignificantes y absurdos, lo ha convocado una vez más a comparecer en el otro lado de la plaza. No parece tener a Asher en gran estima, porque este rara vez acude a la sinagoga, no viste al modo judío, sino ni tirio ni troyano, de negro, lleva una modesta levita y un viejo sombrero italiano por el que lo reconoce toda la ciudad. En casa del rabino vive un niño enfermo de piernas increíblemente torcidas y Asher no sabe cómo ayudarlo. En realidad le desea la muerte para que ese inmerecido sufrimiento infantil termine cuanto antes. Solo a causa de ese niño siente un poco de compasión por el rabino, por ese hombre mezquino y vanidoso.

Está seguro de que el rabino querría que el Mesías fuese un rey ataviado con armadura de oro que entrara en Jerusalén a lomos de un corcel blanco, quizá también con sus huestes, guerreros que junto con él se harían con el poder y fijarían el orden definitivo de todas las cosas. Que se pareciera a algún general famoso. Arrebataría el poder a los amos de este mundo, ante él capitularían todas las naciones sin oponer resistencia, los reyes le rendirían tributos y a orillas del Sambatión encontraría las diez tribus de Israel perdidas. El templo de Jerusalén, del todo acabado, descendería del cielo y ese mismo día resucitarían los enterrados en la Tierra de Israel. Asher sonríe para sus adentros al recordar que los que no murieron en Tierra Santa no resucitarán sino dentro de cuatrocientos años. De niño se lo creía,

aunque lo consideraba una cruel injusticia.

Los unos y los otros se acusan mutuamente de los más graves pecados y libran una guerra de desgaste. Tanto los unos como los otros son lamentables, piensa. En realidad es un misántropo: es extraño que haya elegido ser médico. En el fondo, la gente lo irrita y decepciona.

En cuanto a los pecados, sabe de ellos más que nadie, pues los pecados están escritos en el cuerpo humano como en un pergamino. En poco difiere el pergamino de las distintas personas, mientras que los pecados guardan un parecido asombroso.

UNA COLMENA, O SEA, LA CASA Y LA FAMILIA DE LOS SHOR DE ROHATYN

Tanto en la casa de los Shor situada en la plaza como en algunas de las otras –pues la familia de los Shor es grande y ramosa– se han puesto en marcha los preparativos de boda. Se casa el mayor de sus hijos.

Elisha tiene cinco y también una hija, que es la mayor. El primero es Salomón, de treinta años ya, callado y prudente, se parece a su padre. Se puede contar con él, así que goza de gran respeto. Su mujer, llamada Chajkełe –para distinguirla de Chaja la mayor, la hermana de Salomón–, espera otro hijo. Originaria de Valaquia, su belleza atrae la mirada, incluso ahora que está encinta. Compone divertidas canciones que canta ella misma. También recopila historias para mujeres. Natán, de veintiocho años, de rostro franco y benévolo, es experto en comerciar con los turcos, no para de viajar; hace buenos negocios, aunque casi nadie sabe en qué consisten. Rara vez se deja caer por Rohatyn, pero ha venido a la boda. Su mujer, siempre rica y exquisitamente ataviada, procede de Lituania y mira por encima del hombro a la familia de Rohatyn. Lleva su abundante cabellera recogida en un alto copete y un vestido muy ajustado. De este matrimonio es el carruaje estacionado en el patio. Después viene Yehuda, espontáneo y divertido. Su impulsiva naturaleza, difícil de domar, suele ser fuente de problemas. Se viste a la polaca y lleva sable. Los hermanos lo llaman el Cosaco. Tiene un negocio en Kamieniec: abastece la fortaleza, cosa que le reporta pingües beneficios. Hace poco murió su mujer de parto, el niño tampoco se salvó; tiene dos criaturas de ese matrimonio. Se nota que ya está buscando un nuevo partido, la boda será una buena ocasión para encontrar novia. Le gusta la hija mayor de Moshe de Podhajce, ahora tiene catorce años, la edad justa para casarse. Moshe es un hombre decente, muy instruido; se dedica a la cábala, conoce de memoria todo el Zohar y es capaz de «penetrar en el misterio», signifique eso lo que

significique para Yehuda. A decir verdad, todo eso no le importa tanto como la belleza y la inteligencia de la muchacha, a la que su padre cabalista puso por nombre Małka, la reina. El más pequeño de los hijos de Shor, Wolf, tiene siete años. Su cara ancha, alegre y pecosa siempre aparece junto a su padre.

El novio es aquel Isaac al que el cura Chmielowski llamaba Jeremías. Tiene dieciséis años y, aparte de ser alto y desgarbado, no muestra aún ningún rasgo que lo distinga. Su futura esposa, Frejna, originaria de Lanckoruń, está emparentada con Hirsch, rabino de esa misma localidad y marido de Chaja, la hija de Elisha Shor. En esta casa de techos bajos pero amplias estancias todos son familia. Los unen lazos de sangre, parentescos de afinidad, intereses comerciales, carros prestados, créditos avalados...

Asher Rubin los visita a menudo. Lo llaman para que atienda a los niños, pero también a Chaja. Ella padece males siempre misteriosos que él no sabe tratar sino por medio de la conversación. En realidad le gustan esas visitas a Chaja. Son las únicas de las que puede decir tal cosa. Y suele ser Chaja quien insiste en llamarlo, porque nadie en esta casa cree en la medicina. Conversan y la dolencia desaparece. Él piensa a veces que su paciente es como una salamandra que cambia de color para ocultarse mejor de sus depredadores o para parecer otra cosa. Unas veces Chaja tiene una erupción; otras, le cuesta respirar, no se sabe por qué, y otras, sufre de hemorragia nasal. Todo el mundo cree que los causantes son los espíritus, dybbuks, demonios o balakaben, o sea, criaturas cojas que custodian tesoros subterráneos. Su enfermedad siempre augura una profecía. Entonces despachan a Asher. Ya no lo necesitan.

Asher se divierte pensando que en la familia de los Shor los hombres hacen negocios y las mujeres profetizan. Una de cada dos es un oráculo. Y pensar que hoy mismo ha leído en su periódico berlinés que en la remota América se ha demostrado que el rayo es un fenómeno eléctrico y que gracias a un simple alambre es posible protegerse de la ira de Dios.

Pero hasta aquí no llega esa ciencia.

Ahora, una vez casada, Chaja se ha trasladado a casa de su marido, pero sigue viniendo a menudo. La entregaron al rabino de Lanckoruń, un hombre próximo, amigo de su padre, mucho mayor que ella, y Chaja ya le ha dado dos hijos. Padre y yerno son como dos gotas de agua: barbudos, de pelo gris y mejillas hundidas en las que se oculta la sombra de la estancia de techo bajo donde suelen departir. Llevan esa sombra en la cara a todas partes.

Cuando profetiza, Chaja entra en trance: juega entonces con pequeñas figuritas de pan o de arcilla que mueve en un tablero pintado por ella misma. Solo entonces predice el futuro. Necesita a su

padre, que acerca la oreja a sus labios hasta tal punto que parece que la muchacha la estuviera lamiendo, y la escucha con los ojos cerrados. Después traduce lo oído de la lengua de los espíritus a la lengua de los hombres. Muchas cosas son ciertas, pero otras muchas no lo son. Asher Rubin no sabe cómo explicárselo ni sabe qué enfermedad es esta. El hecho de no saber lo incomoda, por lo que intenta no pensar en ello. Ellos, por su parte, llaman ibbur a esas predicciones, lo que significa que es un espíritu santo y bueno quien la visita y le transmite un conocimiento normalmente inaccesible a los mortales. A veces Asher se limita a practicarle una sangría; al hacerlo intenta no mirarla a los ojos. Cree que este tratamiento la purifica, que la presión se debilita en sus venas y la sangre no irrumpe en su cerebro. En el seno de su familia, Chaja tiene tanta autoridad como su padre.

Ahora han mandado llamar a Asher Rubin para que atienda a una anciana moribunda que ha venido a la boda. Por el camino se debilitó tanto que han tenido que acostarla en una cama; temen que muera en mitad de la celebración. Así que pocas posibilidades tiene hoy Asher de ver a Chaja.

Atraviesa un patio oscuro y embarrado en el que, recién sacrificadas, cuelgan cabeza abajo unas ocas cebadas durante todo el verano. Entra en un estrecho zaguán, percibe el olor a carne frita con cebolla y oye cómo machacan pimienta en un mortero. Las mujeres trastean en la cocina, desde donde asciende hasta el aire frío el caliente vaho de los platos cociéndose y, junto con él, un olor a vinagre, nuez moscada, hojas de laurel, así como el de la carne fresca, dulzón y empalagoso. De resultas de todo esto, el aire otoñal parece aún más frío y desagradable.

Detrás de un tabique de madera unos hombres hablan con vehemencia, como si se pelearan: se oyen sus voces y se percibe también el olor a cera y humedad que impregna sus trajes. Hay muchos hoy aquí, la casa está abarrotada de gente.

Unos niños pasan al lado de Asher; excitados ante la inminente fiesta, no le prestan atención alguna. Asher Rubin atraviesa un segundo patio, débilmente iluminado por una antorcha, donde hay un carro y un caballo. Alguien a quien Rubin no ve descarga unos sacos en medio de la oscuridad y los introduce en la despensa. Al cabo de un momento, Asher distingue su cara y un escalofrío involuntario le recorre el cuerpo: es aquel campesino fugado al que el hijo mayor de Shor sacó medio muerto de la nieve con la cara congelada.

En el umbral se topa con el achispado Yehuda, al que toda la familia llama Lejbe. En cualquier caso, él tampoco se llama Rubin, sino Asher ben Levi. Ahora, en medio de la oscuridad y de la multitud de invitados, los nombres se antojan algo fluctuante, cambiante,

irrelevante. Al fin y al cabo, nadie los llevará mucho tiempo. Sin decir palabra, Yehuda lo conduce al fondo de la casa y abre la puerta de una pequeña estancia donde varias jóvenes se hallan inmersas en sus quehaceres. En la cama, junto a la estufa, yace recostada sobre cojines una mujer vieja y enjuta. Las atareadas jóvenes lo saludan ruidosamente y, curiosas, se inclinan sobre la cama para observar cómo examina a Yenta.

Es menuda y flaca como una gallina vieja y tiene el cuerpo fláccido. Su convexo torso de ave se eleva y desciende rápidamente, como el de un niño. La boca entreabierta, enmarcada por estrechos labios, se hunde. Sin embargo, sus oscuros ojos no pierden detalle de cada movimiento del galeno. Cuando tras expulsar de la habitación a las curiosas levanta el cubrecama, ve toda su figura, del tamaño de un niño, y sus manos huesudas llenas de cuerdas y correas. La han arropado hasta el cuello con pieles de lobo. Creen que la piel de lobo calienta y restaura las fuerzas.

¿Cómo se les ha ocurrido traer hasta aquí a una anciana a quien apenas queda vida?, piensa Asher. Recuerda a una vieja seta disecada, tiene la cara oscura y surcada de arrugas que la luz de las velas esculpe con mayor crueldad si cabe, hasta el punto de que poco a poco pierde toda apariencia humana. Asher tiene la impresión de que dentro de un instante no se la podrá distinguir de otras obras de la naturaleza: corteza de árbol, áspera piedra, madera nudosa…

Salta a la vista que la anciana está bien cuidada. Al fin y al cabo, tal y como le contó Elisha Shor a Asher, Zalman Naftali Shor –el mismo que escribió el célebre libro Tewuat Shor– era hermano del padre de Yenta y abuelo de Elisha. No es de extrañar que también ella haya venido a la boda de un pariente, dado que también estarán aquí sus primos de Moravia y del remoto Lublin. Asher se acuclilla junto al bajo lecho y percibe enseguida el aroma de la sal del sudor humano así como –se pregunta por un instante, buscando la palabra adecuada– el olor a niño. A esa edad se empieza a oler igual que los niños. Él sabe que a esta mujer no le pasa nada, que simplemente se está muriendo. La examina cuidadosamente y no descubre nada salvo la vejez. El corazón late débil e irregularmente, como si se cansara, la piel está limpia, aunque fina y seca como un pergamino. Los ojos, vidriosos, hundidos. Lo mismo que las sienes, señal de que la muerte se acerca. De debajo del camisón desabrochado a la altura del cuello asoman cuerdas y nudos. El galeno toca su puño cerrado, que durante un momento se resiste; más tarde, sin embargo, como avergonzado, florece ante él como una seca rosa del desierto. En la palma se ve un retazo de seda cubierto completamente por los signos שיין.

Asher tiene la impresión de que la anciana le sonríe con su desdentada boca mientras que sus oscuros y profundos ojos reflejan

las llamas de las velas, y le parece que ese reflejo llega hasta él desde muy lejos, desde las insondables profundidades que habitan el interior del ser humano.

–¿Qué le pasa? –le pregunta Elisha, quien entra de pronto en la angosta estancia. Asher se pone en pie despacio y mira su rostro preocupado.

–¿Qué le va a pasar? Se está muriendo. No llegará a ver la boda.

La cara de Asher Rubin habla por sí sola. ¿Por qué tenían que traerla en tal estado?

Elisha Shor lo lleva a un lado y lo agarra por el codo.

–Tú tienes métodos para nosotros desconocidos. Ayúdanos, Asher. La carne ya está trinchada, las zanahorias peladas. En los cuencos están a remojo las uvas pasas, las mujeres limpian las carpas. ¿Has visto cuántos invitados?

–Su corazón apenas late –dice Rubin–. No puedo hacer nada. No haberla expuesto al viaje.

Se zafa con delicadeza de Elisha, quien lo mantenía asido por el codo, y se dirige a la salida.

Asher Rubin opina que la mayoría de la gente es estúpida y que es la estupidez humana la que llena el mundo de tristeza. No se trata de un pecado ni de un rasgo innato, sino de una idea equivocada del mundo, una apreciación errónea de lo que ven los ojos. Como resultado, la gente lo percibe todo por separado, cada cosa desligada de las demás. La auténtica sabiduría es el arte de relacionarlo todo con todo, es entonces cuando se revela la forma verdadera de las cosas.

Tiene treinta y cinco años, pero aparenta más edad. Los últimos años lo han hecho encorvarse y han blanqueado su pelo, que antes era de un negro azabache. También tiene problemas con los dientes. A veces, cuando hay humedad, se le hinchan las articulaciones de los dedos; está delicado, debería cuidarse. Consiguió evitar el matrimonio. Su prometida murió cuando él estaba en la universidad. Apenas la conocía, así que su muerte no lo entristeció. Pero lo dejaron en paz.

Es originario de Lituania. Puesto que era inteligente, la familia recaudó fondos para darle una educación en el extranjero. Fue a estudiar a Italia, pero no acabó la carrera. Lo atenazó una especie de impotencia. En el transcurso de su viaje de vuelta apenas tuvo las fuerzas suficientes para llegar a Rohatyn, donde su tío Anczel Lindner confeccionaba vestimentas para popes ortodoxos y era lo suficientemente acaudalado como para acogerlo bajo su techo. Allí empezó Rubin a recuperarse. Pese a haber cursado varios años de Medicina, no sabía qué le había pasado. Impotencia, impotencia. Tenía una mano sobre la mesa y no lograba reunir fuerzas para levantarla. No era capaz de abrir los ojos. Varias veces al día su tía le untaba los párpados con grasa de carnero mezclada con hierbas; poco

a poco fue volviendo en sí. Día a día fue recuperando lo aprendido en la universidad italiana y él mismo empezó a tratar a la gente. Y no le va mal. Pero en Rohatyn se siente atrapado, como un insecto que, caído en la resina, hubiera quedado petrificado para siempre.

EN EL BET MIDRASH

Elisha Shor, a quien la luenga barba confiere aspecto patriarcal, lleva a su nieta en brazos y le hace cosquillas en la barriguita con la nariz. La niña ríe contenta mostrando sus encías aún desdentadas. Echa la cabecita hacia atrás y su risa inunda toda la estancia. Recuerda al arrullo de las palomas. Después, de sus pañales empiezan a caer al suelo unas gotas y el abuelo devuelve inmediatamente la niña a su madre. Chaja se la pasa a otras mujeres, tras lo cual la pequeña desaparece en el fondo de la casa; un reguerito de orina marca su camino en los gastados tablones.

Shor tiene que salir de casa en un frío mediodía de octubre para pasar al edificio de al lado, que alberga el bet midrash y desde donde llegan, como siempre, muchas voces masculinas, a menudo broncas e impacientes: se podría pensar que no es un lugar de estudio, escritura y ciencia, sino un mercado. Va a ver a los niños allí donde se les enseña a leer. En su familia hay muchos niños, el propio Shor tiene ya nueve nietos. Opina que a los niños conviene atarlos corto. Hasta el mediodía, estudio, lectura y oración. Después, trabajo en la tienda, ayuda en los quehaceres domésticos y aprendizaje de cosas prácticas, tales como cuentas o correspondencia comercial. Y además, atender a los caballos, cortar leña para las estufas, colocarla en pilas regulares, así como hacer pequeñas reparaciones. Tienen que saberlo todo, porque todo les servirá. El hombre tiene que ser autónomo y autosuficiente, debe saber un poco de todo. Y tener un buen oficio que en caso de necesidad le permita sobrevivir, y elegirlo según su talento. Hay que observar qué le interesa al niño, entonces no se cometerá ningún error. Elisha también permite que estudien las niñas, aunque no todas y no junto con los niños. Con su vista de lince penetra en el interior y ve perfectamente cuál de ellas será una alumna brillante. No hay que perder tiempo con las menos listas y vanidosas, serán buenas esposas y darán a luz muchos hijos.

En el bet midrash hay once niños, casi todos son nietos suyos.

El propio Elisha está a punto de cumplir los sesenta. Es menudo, nervudo e impetuoso. Los niños, que ya están esperando al maestro, saben que vendrá el abuelo para comprobar cómo les van los estudios. El viejo Shor lo hace todos los días, siempre y cuando esté en Rohatyn y no en uno de sus muchos viajes de negocios.

Hoy también aparece. Entra como siempre con paso ligero, dos

surcos verticales recorren sus mejillas, lo que añade severidad a su rostro. Pero no quiere asustar a los pequeños. Así que se esfuerza por sonreírles. Primero mira a cada uno por separado con una ternura que intenta ocultar. Se dirige a ellos con voz apagada, un poco ronca, como si tuviera que controlarla, y después saca del bolsillo varias nueces enormes; son en verdad grandes, casi como melocotones. Se las coloca en la palma de la mano y las acerca a la nariz de los chicos. Estos lo miran con curiosidad, piensan que enseguida las repartirá, no sospechan que hay truco. El viejo coge una y la casca con la férrea tenaza de sus manos huesudas. A continuación, la acerca a la nariz del que tiene más cerca: Lejbko, el hijo de Natán.

–¿Qué es esto?

–Una nuez –responde Lejbko con seguridad.

–¿De qué se compone? –pregunta pasando al siguiente, a Shlomo. Este ya no está tan seguro. Mira al abuelo y parpadea:

–De cáscara y corazón.

Elisha Shor está satisfecho. Ante los ojos de los chicos, despacio y con gesto teatral, extrae el núcleo de la nuez y se lo come cerrando con deleite los ojos y mascando ruidosamente. Todo esto resulta extraño. El pequeño Israel, en la última fila, empieza a reírse del abuelo: qué risa dan sus ojos en blanco.

–¡Ea, sería demasiado fácil! –dice Elisha dirigiéndose a Shlomo con gesto grave–. Mira, aquí hay además una protección en la parte interior de la cáscara y una membrana que cubre el núcleo.

Con un ademán de los brazos los invita acercarse para que todos los niños se inclinen sobre la nuez.

–Venid aquí a mirar.

Y todo para explicar a los alumnos que lo mismo pasa con la Torá. La cáscara es el significado más sencillo: relatos comunes y corrientes, descripciones de lo ya sucedido. Después, bajamos más hacia el fondo. Ahora los niños escriben en sus tablillas cuatro letras: pei, reish, dálet, shin, y, una vez que lo consiguen, Elisha les hace leer en voz alta lo que han escrito: todas las letras juntas y cada una por separado. Shlomo recita el pequeño poema, pero lo hace como si no entendiera nada: P –peshat– es el sentido literal; R –remez– el figurado; D –drash– es lo que dicen los sabios; S –sod– es el sentido místico.

Al llegar a la palabra «místico» empieza a tartamudear igual que su madre. Cómo se parece a Chaja, piensa Elisha emocionado. El descubrimiento mejora su estado de ánimo, todos estos niños son de su sangre, en cada uno hay una parte de él, como si fuera un tronco cortado del que saltan astillas.

–¿Cómo se llaman los cuatro ríos que nacen en el Edén? –pregunta a otro chico de orejas de soplillo y cara menuda. Es Hilel, un nieto de su hermana. El chico contesta de carrerilla: Pisón, Gihón, Tigris y

Éufrates.

Entra Berek Smetankes, el maestro, y ve una escena grata a la vista: Elisha Shor sentado entre los alumnos contando historias. El maestro adopta una expresión embelesada y, para ganarse el favor del viejo, pone los ojos en blanco. Tiene la tez muy clara y el pelo gris, de ahí su apodo: smetana en lenguas eslavas significa «nata». En el fondo le tiene un miedo atroz a ese anciano menudo, y no conoce a nadie que no se lo tenga. Excepto tal vez las dos Chajas, la grande y la pequeña, hija y nuera. Estas hacen con el viejo lo que quieren.

–Hubo en tiempos cuatro grandes sabios llamados Ben Azzai, Ben Soma, Elisha ben Abuya y el Rabi Akiba. Uno tras otro entraron en el paraíso –empieza el viejo–. Ben Azzai lo vio y murió.

Elisha Shor se interrumpe, hace una pausa dramática y, con las cejas muy levantadas, comprueba el efecto de sus palabras. El pequeño Hilel está boquiabierto.

–¿Qué significa esto? –pregunta Shor a los chicos, pero como por supuesto nadie le responde, levanta el dedo y prosigue–: Esto significa que se metió en el río Pisón, cuyo nombre se traduce de la siguiente manera: «Boca que aprende el sentido exacto».

Levanta un segundo dedo y dice:

–Ben Soma lo vio y perdió la razón. –Tuerce la cara haciendo una mueca y los niños se ríen–. ¿Y esto qué significa? Significa que se metió en el río Gihón, cuyo nombre significa que el ser humano ve tan solo el sentido alegórico.

Sabe que los niños no entienden mucho de lo que dice. No importa. No tienen que entender, lo importante es que lo aprendan de memoria. Ya lo entenderán más adelante.

–Elisha ben Abuyah –prosigue– miró y se convirtió en hereje. Lo que significa que se metió en el Tigris y se perdió entre los muchos sentidos posibles.

Señala con tres dedos al pequeño Isaac, quien empieza a inquietarse.

–Solo el Rabi Akiba entró en el paraíso y salió ileso, lo que significa que, tras sumergirse en el Éufrates, penetró en el sentido más profundo y místico. Estas son las cuatro vías de leer y entender.

Los niños miran ávidamente las nueces que tienen ante ellos sobre la mesa. El abuelo las parte con las manos y las reparte entre los chicos. Contempla con atención cómo se las comen: hasta el último pedacito. A continuación, sale, grave el semblante, borrada la sonrisa, y a través de los laberintos de su casa en forma de colmena se dirige a la estancia de Yenta.

YENTA, O UN MAL MOMENTO PARA MORIR

A Yenta la han traído de Korolówka su nieto Israel y la mujer de este, Sobla, también invitados a la boda. Ellos también son «de la familia», como todos los demás en la casa. Viven lejos unos de otros, pero hacen piña.

Ahora se arrepienten de lo que han hecho y nadie recuerda de quién fue la idea. No importa que la abuela se empeñara. Siempre le han tenido miedo, pues mandaba en todo. No se le podía negar nada. Ahora tiemblan ante la posibilidad de que la abuela muera en casa de los Shor, y encima durante la boda, lo que proyectará una sombra indeleble en la vida de los esposos. En Korolówka, cuando subían al carro tapado por una lona y alquilado a medias con otros invitados, Yenta se encontraba en perfecto estado de salud e incluso se encaramó ella misma hasta el asiento. Después mandó que le pasaran tabaco e hicieron el viaje cantando; más tarde, vencidos por el cansancio, intentaron dormir un rato. A través de la sucia y deshilachada lona de algodón, Yenta contempló cómo el mundo que dejaban atrás formaba un paisaje de tortuosas líneas de lindes, caminos, árboles y horizonte.

El viaje duró dos días, el carro daba inmisericordes sacudidas pero la vieja Yenta lo soportó bien. Pasaron la noche en casa de unos familiares de Buczacz y a primera hora de la mañana reanudaron viaje. Por el camino cayó sobre ellos una niebla tan espesa que hizo que todos se sintieran raros, y fue entonces cuando Yenta empezó a gemir, como si reclamara la atención de los demás. La niebla no es sino agua turbia, por ella circulan distintas fuerzas malignas que confunden la mente de personas y animales. ¿No se desviará el caballo y los conducirá al borde de un precipicio por el que caerán todos al fondo de un abismo? ¿No los atraparán fuerzas no acabadas de crear, pero malvadas y crueles? ¿No se abrirá en medio del camino la entrada a una gruta en la que guardan sus tesoros los enanos del subsuelo, tan feos como acaudalados? Fueron quizá esos miedos los que hicieron desfallecer a la abuela.

Al mediodía se disipó la niebla y vieron no muy lejos el inmenso y fantasmal contorno del deshabitado castillo de Podhajce, que empezaba a desmoronarse. Lo sobrevolaban en grandes círculos bandadas de cuervos que una y otra vez levantaban el vuelo desde el tejado a medio derruir. La niebla se retiraba ante los desgarradores graznidos que rebotaban en los muros y regresaban con el eco. Israel y su mujer, Sobla, la pareja de más edad del carro, mandaron hacer un alto. Se instalaron junto al camino para descansar y sacaron panecillos, fruta y agua, pero la abuela ya no comió nada. Apenas tomó unas gotas de agua.

Cuando entrada la noche llegaron finalmente hasta Rohatyn, no podía mantenerse en pie, se tambaleaba, y llamaron a los hombres

para que la entraran en brazos en la casa. De todos modos, no resultaron necesarios, bastó con uno. ¿Cuánto podía pesar la vieja Yenta? Lo mismo que nada. Como una cabra flaca.

Elisha Shor recibe a su tía con cierta preocupación, le da una cama decente en una estancia pequeña y ordena a las mujeres que cuiden de ella. Por la tarde va a verla y ahora hablan en susurros, como siempre. Se conocen de toda la vida.

Elisha la mira inquieto. Yenta sabe qué está pensando:

–Mal momento, ¿no?

Elisha no contesta. Yenta entorna ligeramente los ojos.

–¿Acaso hay buen momento para morir? –acaba sentenciando filosóficamente Elisha.

Yenta dice que esperará a que se retire esa multitud de invitados cuyo aliento hace que los cristales de las ventanas se cubran de vaho y el aire se vuelva pesado. Esperará a que los convidados se vayan a sus casas después de bailar y beber vodka, a que quede barrido del suelo el serrín hollado y sucio y los platos estén fregados. Elisha la contempla aparentemente preocupado, pero sus pensamientos están en otra parte.

A Yenta nunca le ha caído bien Elisha Shor. Es un hombre cuyo interior es igual que una casa de muchas estancias: una cosa en una, otra en otra. Por fuera parece un solo edificio, pero por dentro se ve esa multiplicidad. Nunca se sabe qué se puede esperar de él. Y una cosa más: Elisha Shor siempre se siente desdichado. Siempre le falta algo, echa de menos algo, le gustaría tener aquello que otros tienen, o por el contrario, tiene algo que otros no, pero lo considera inútil. Esto lo vuelve un hombre amargado e insatisfecho.

Como Yenta tiene más edad que nadie, cada uno de los invitados a la boda lo primero que hace es ir a saludarla. No paran de visitarla en su cuartito del final del laberinto, en la segunda casa, a la que se llega atravesando el patio y da a la calle que linda con el cementerio. Los niños la miran a través de las rendijas de los tabiques, ya es hora de sellarlas antes de que llegue el invierno. Quien pasa mucho tiempo a su lado es Chaja, cuyas manos Yenta se coloca sobre su enjuto rostro. La anciana toca los ojos, los labios y las mejillas de la joven: lo han visto los niños. Le acaricia la cabeza. Chaja le trae dulces, le da a beber caldo de gallina al que añade una cucharada de manteca de ganso y la vieja Yenta lo masca con deleite durante un buen rato y se relame después sus estrechos labios secos, pero la manteca no le da las fuerzas suficientes para levantarse.

Nada más llegar, los moravos Salomón Zalman y su joven esposa Sheindel van a visitar a una vieja prima. Su viaje desde Brünn a través de Žlin y Prešov y luego Drohobycz ha durado tres semanas, pero no volverán por la misma ruta. En las montañas los asaltaron unos

campesinos fugitivos y Zalman tuvo que pagarles un alto rescate, suerte que no se lo llevaron todo. Volverán por Cracovia, antes de las nevadas. Sheindel está embarazada de su primer hijo, acaba de decírselo a su esposo. Tiene náuseas. Lo que peor le sienta es el olor a kaffa y a especias, que impregna el primer cuerpo de la amplia casa de los Shor y cuyo origen está en la tienda. Tampoco le gusta el olor de la vieja Yenta. Tiene miedo de esa mujer; le parece salvaje, con su extraña vestimenta y pelos en la barbilla. En Moravia las mujeres mayores tienen mucho mejor aspecto, llevan cofias almidonadas y delantales limpios. Sheindel está convencida de que es una bruja. Teme sentarse en el borde de la cama, aunque la animan a hacerlo. Teme que algo de esa vieja pase al hijo que lleva en el vientre, una sombría e indomable locura. Hace todo lo posible por no tocar nada en esa pequeña habitación. El olor no para de darle náuseas. Los familiares de Podolia, todos en general, le parecen unos salvajes. Sin embargo, finalmente, empujan a Sheindel hacia la vieja, de manera que se sienta en el borde, presta a huir en cualquier momento.

Le gusta en cambio el olor de la cera –en secreto olfatea las velas– y del barro mezclado con estiércol de caballo, y también, lo acaba de descubrir, del vodka. Salomón, un hombre de mediana edad y buena complexión, barrigudo, barbudo, mucho mayor que ella y orgulloso de su preciosa y ágil mujer, le trae un vasito. Sheindel saborea el alcohol, pero no es capaz de tragarlo. Lo escupe en el suelo.

Cuando la joven esposa se sienta al lado de la cama de Yenta, esta saca una mano de debajo de las pieles de lobo y la coloca sobre el vientre de la muchacha, pese a que aún no se advierte redondez alguna. Oh, sí, Yenta ve que en la barriga de Sheindel se ha instalado un alma aún poco clara, difícil de describir porque es múltiple; en realidad son almas libres que pululan por todas partes y que esperan la ocasión para aferrarse a un pedazo de materia. Ahora también lamen ese pequeño grumo que recuerda a un renacuajo, lo escudriñan, pero nada concreto hay aún, apenas jirones, sombras. Palpan, tantean. Ellas mismas están compuestas por emanaciones de imágenes, de recuerdos, de memorias de buenas y malas acciones, de fragmentos de frases, de letras. Yenta nunca antes lo ha visto con tanta nitidez. A decir verdad, Sheindel a ratos se siente rara porque también ella percibe su presencia, es como si la palparan decenas de manos extrañas, como si le clavaran los dedos en el cuerpo. No quiere confesárselo a su marido, no sabe encontrar las palabras.

Mientras los hombres están en una habitación, las mujeres se reúnen en el cuartito de Yenta, donde apenas caben. Cada cierto tiempo, una de ellas trae de la cocina un poco de vodka del banquete, aparentemente en secreto, como una contrabandista, y sin embargo

todo esto forma parte ya de la boda. Apiñadas, excitadas por la anunciada fiesta, se relajan y empiezan a divertirse. Pero esto no parece molestar a la enferma, quizá incluso le complazca ser el centro de la diversión. A veces la miran inquietas, culpables, y ella se duerme y al momento se despierta con una sonrisa de niña en la boca. Sheindel lanza una elocuente mirada a Chaja cuando esta arregla las pieles de lobo sobre la enferma, le arrebuja el cuello con su chal y ve que la anciana porta un sinfín de amuletos: saquitos chicos prendidos de cuerdas, pedacitos de madera con signos escritos, figuritas de hueso... Chaja no osa tocarlos.

Las mujeres se cuentan historias que dan miedo: sobre espíritus, almas perdidas, personas enterradas vivas y señales de la muerte.

–Si supierais cuántos espíritus malignos acechan el cuarto de una gota de sangre de vuestro corazón, entregaríais vuestro cuerpo y vuestra alma al creador de este mundo –dice Cypa, la esposa del viejo Notka, a la que consideran una sabia.

–¿Dónde están esos espíritus? –pregunta una de las mujeres en asustado susurro, y Cypa levanta una rama seca del suelo de arcilla y señala su punta.

–¡Aquí! Aquí están todos, mira con atención.

Las mujeres clavan la vista en la punta de la rama, sus ojos bizquean graciosamente, una empieza a reír entre dientes y a la luz de las ya escasas velas sus ojos ven doble y triple, pero no atisban ni un solo espíritu.

LO QUE LEEMOS EN EL ZOHAR

Elisha, su hijo mayor, el primo Zalman Dobruška de Moravia e Israel de Korolówka –que mantiene la cabeza tan gacha que todo el mundo ve lo culpable que se siente– debaten una cuestión de suma importancia: qué se debe hacer cuando una casa se prepara tanto para una boda como para un entierro. Se inclinan los cuatro unos sobre otros. Al cabo de un momento, la puerta se abre y entra arrastrando los pies el rabino Moshko, que es especialmente ducho en la cábala. Israel se levanta de un salto para acompañarlo. No hace falta exponer el asunto al viejo rabino: todo el mundo sabe de qué se trata, no se habla de otra cosa.

Susurran entre ellos hasta que finalmente el rabino Moshko toma la palabra:

–Leemos en el Zohar que las dos rameras que se presentaron con un niño vivo ante el rey Salomón se llamaban Mahalat y Lilit, ¿verdad? –El viejo se interrumpe tras la pregunta, como si quisiera darles el tiempo necesario para evocar con los ojos el pasaje correspondiente.

–Las letras del nombre Mahalat tienen su valor numérico: 478. Y las de Lilit, 480, ¿no?

Asienten con la cabeza. Ya saben lo que va a decir.

–Cuando un hombre participa en un banquete de boda, rechaza a la bruja Mahalat y a los 478 demonios que la acompañan, mientras que si participa en el luto de su prójimo, vence a la bruja Lilit y a los 480 demonios que la acompañan. Por eso leemos en Qohéleth 7, 2: «Mejor es ir a la casa del luto que a la casa del convite. Porque al dirigirse a la casa del luto, se vence a 480 demonios; mientras que en la casa del convite solo se vence a 478.»

Lo que significa: hay que aplazar la boda y esperar al entierro.

Dobruška lanza una mirada cómplice a su primo Elisha y levanta los ojos elocuentemente, está decepcionado con el veredicto. No se quedará aquí indefinidamente. Tiene en Prossnitz, Moravia, negocios tabaqueros que no debería dejar desatendidos. Asimismo, ostenta el monopolio de la distribución de vino kosher para todos los judíos de por allí. Los de aquí, los familiares de su mujer, son personas agradables, pero primitivas y supersticiosas. Ha decidido visitarlos por lo bien que con ellos marchan los negocios turcos, pero no se quedará indefinidamente. ¿Y si empiezan las nevadas? En realidad, la solución al problema no es del gusto de nadie. Todo el mundo quiere boda, enseguida, de inmediato. No se puede esperar más, todo está dispuesto.

A Elisha Shor tampoco le complace el veredicto. La boda debe celebrarse.

Cuando se queda solo, manda llamar a Chaja, ella le aconsejará. Mientras la espera, hojea las páginas del libro del cura Chmielowski, del que no entiende una sola palabra.

DEL AMULETO TRAGADO

En plena noche, con todo el mundo dormido, Elisha Shor, a la luz de una vela, escribe en un pedazo de papel las letras:

המתנה, המתנה, המתנה

Hei-mem-tav-nun-hei. Hamtana: espera.

Chaja, en un camisón blanco, se planta en el centro de la estancia y dibuja a su alrededor un círculo invisible en el aire. Levanta el trozo de papel sobre la cabeza, cierra los ojos y permanece así durante largo rato. Sus labios se mueven. Sopla en el trozo de papel varias veces, tras lo cual lo enrolla cuidadosamente y lo introduce en una cajita de madera del tamaño de una uña. Permanece en silencio con la cabeza agachada otro largo rato y después, tras humedecerse los dedos con saliva, ensarta el amuleto en una correa. A continuación entrega el amuleto a su padre. Este, sosteniendo una vela, atraviesa por angostos

pasillos la casa dormida llena de crujidos y ronquidos en dirección al cuartito que han destinado a Yenta. Se detiene ante la puerta y aguza el oído. Se ve que nada lo inquieta, ya que abre con suavidad la puerta, que cede sumisamente ante él, y, sin emitir sonido alguno, da paso a la estrecha estancia apenas iluminada por una lámpara de aceite. La afilada nariz de Yenta apunta audazmente al techo proyectando sobre la pared una sombra desafiante. Elisha debe atravesarla para colocar el amuleto en el cuello de la moribunda. Cuando se inclina sobre ella, sus párpados empiezan a temblar. Elisha se queda petrificado, pero no es nada, la mujer debe de estar soñando: su respiración es tan débil que resulta casi imperceptible. Elisha ata los extremos de la correa e introduce el amuleto bajo el camisón de la anciana. A continuación se da la vuelta y sale de puntillas sin hacer el menor ruido.

Cuando la luz de la vela desaparece tras la puerta y se atenúa entre las rendijas de los tablones del tabique, Yenta abre los ojos y, con una mano que se debilita por momentos, palpa el amuleto. Sabe lo que lleva escrito. Rompe la correa, abre la cajita y se traga el trozo de papel cubierto de letras como si de una oblea se tratase.

Yenta yace en el estrecho cuartito al que el servicio no para de traer abrigos de los invitados para dejarlos a los pies de la cama. Cuando finalmente empiezan a tocar música en el fondo de la casa, Yenta apenas resulta visible debajo de la montaña de abrigos. Solo cuando llega Chaja y pone orden en la habitación, los abrigos van a parar al suelo. Chaja se inclina sobre su anciana tía y escucha su respiración: es tan débil que las alas de una mariposa moverían el aire con más fuerza. Pero su corazón sigue latiendo. Chaja, un poco sonrosada por efecto del vodka, pega la oreja al pecho de Yenta, a los haces de amuletos, cuerdas y correas, y oye un suave bum bum, muy lento: dista un latido del otro lo que todo un aliento.

–Abuelita Yenta –la llama Chaja en voz baja, y tiene la impresión de que los ojos entornados de la anciana tiemblan, que sus pupilas se mueven y que en los labios surge algo parecido a una sonrisa. Es una sonrisa perdida, ondeante, a ratos las comisuras se elevan, a ratos descienden, y entonces Yenta parece muerta. Sus manos están tibias, y no frías; su piel, blanda y pálida. Chaja le arregla los mechones que se han escapado del pañuelo y se inclina sobre su oreja–. ¿Estás viva?

En el rostro de la anciana surge de nuevo la misma sonrisa que desaparece al cabo de un instante. Los agudos sones de la música y el lejano zapateo reclaman a Chaja, así que le da un beso en la tibia mejilla y sale corriendo para unirse al baile.

Hasta la estancia de Yenta llega el rítmico taconeo: los invitados

bailan, aunque la música no se oye, la han interceptado los tabiques de madera, la han descompuesto en un runrún los tortuosos pasillos. Solo se oye el bum bum de los pasos de baile, salpicados a ratos de gritos y exclamaciones. Velaba a Yenta una mujer mayor, pero, animada por la boda, ha acabado por irse. Yenta también siente curiosidad por saber qué pasa ahí fuera. Asombrada, descubre que puede abandonar su cuerpo y quedar suspendida encima de él; mira directamente su propia cara, pálida y hundida, es una sensación extraña, pero, acto seguido, apoyada sobre la corriente de aire y la vibración de los sonidos, fluye y atraviesa sin dificultad paredes y puertas de madera.

Ahora lo ve todo desde lo alto y al cabo de un instante su vista regresa bajo los entornados párpados. Así pasa toda la noche. Elevación y descenso. Balanceo sobre el filo. Esto cansa mucho a Yenta, nunca ha trabajado tanto, ni limpiando la casa, ni en el huerto. Y, sin embargo, las dos cosas, elevarse y descender, resultan agradables. Solo es desagradable ese movimiento sibilante y violento que se esfuerza por empujarla lo más lejos posible, más allá de los horizontes, esa fuerza exterior y brutal a la que no podría enfrentarse si no fuera porque el amuleto, desde dentro e irreversiblemente, protege su cuerpo.

Qué extraño: sus pensamientos, cual soplos de brisa, abarcan toda la vecindad. Será el viento, dice una voz en su cabeza, probablemente la suya propia. El viento es lo que ven los muertos cuando miran el mundo desde donde están. ¿Has visto un campo de hierba meciéndose y oscilando?, le gustaría decirle a Chaja. Es porque en ese momento lo mira uno de los muertos. Porque si contáramos a todos los muertos, resultaría que son muchos más que los vivos que habitan la tierra. Sus almas ya se han purificado tras deambular de una existencia a otra, y ahora esperan al Mesías que vendrá para completar la obra. Lo miran todo. Por eso en la tierra sopla el viento. El viento no es sino su aguda mirada.

Tras un momento de temerosa vacilación, ella también se une a ese viento que sobrevuela las casas de Rohatyn y los pequeños asentamientos a su alrededor, los cocheros acuclillados en la plaza con la esperanza de que llegue un cliente, los tres cementerios, las iglesias católicas y ortodoxas, la sinagoga, el camino real de Rohatyn..., y sigue su camino agitando la hierba amarillenta de las colinas, en un primer momento de manera caótica, sin ton ni son, y después, como si aprendiera unos pasos de baile, corre a lo largo del lecho de los ríos hasta el mismísimo Dniéster. Ahí se detiene, porque Yenta se queda asombrada ante la maestría del tortuoso río, sus sinuosas curvas que recuerdan los contornos de las letras guímel y lámed. A continuación da media vuelta, pero no a causa de la frontera, que se ha conchabado

con el río para separar dos grandes Estados. La mirada de Yenta hace caso omiso de semejantes fronteras.

4

EL MARIAGE Y EL FARAÓN

El obispo Sołtyk tiene de verdad un gran problema. Ni siquiera la oración, sincera y profunda, es capaz de apartar ciertos pensamientos. Le sudan las manos, se despierta demasiado temprano, cuando empiezan a cantar los pájaros, y se acuesta demasiado tarde por razones bien conocidas. Por eso sus nervios nunca descansan.

Veinticuatro cartas. Se reparten seis a cada jugador, se descubre una que determina el palo que pinta, el triunfo, el que derrota a los demás. El obispo solo se calma cuando se sienta a jugar, o más bien, cuando el triunfo está ya sobre la mesa. Lo inunda entonces una especie de bendición. Su mente encuentra la auténtica armonía, un aequilibrium milagroso, su mirada se concentra en la mesa y en el aspecto de los naipes, todo lo ve de un plumazo. Su respiración se vuelve regular, el sudor deja de brotar de su frente, las manos se tornan secas, rápidas y seguras, y los dedos barajan hábilmente las cartas y las van poniendo boca arriba una detrás de otra. Es un momento de gozo: sí, el obispo preferiría dejar de comer, privarse de otros placeres corporales antes que renunciar a este momento.

El obispo juega al mariage con sus iguales. Recientemente, cuando peregrinó hasta aquí el canónigo de Przemyśl, jugaron hasta la madrugada. Él suele jugar con Jabłonowski, Łabęcki y Kossakowski, pero no tiene suficiente. Por eso últimamente han empezado a pasarle ciertas cosas. Le resulta incómodo pensar en ellas.

Se quita por la cabeza su vestimenta de obispo, se pone ropa de paisano y un gran gorro. Solo lo sabe su mayordomo, Antoni, alguien muy próximo, casi un familiar, que no da a entender con mueca alguna lo raro del asunto. No hay que extrañarse de las cosas de un obispo, un obispo es un obispo, sabe muy bien lo que hace cuando manda que lo lleve a las tabernas de las afueras, allí donde tiene la certeza de que se jugará al faraón con dinero. A las mesas se sientan comerciantes de paso, nobles de viaje, extranjeros, empleados públicos que llevan misivas y toda clase de aventureros. En las tabernas, no muy limpias y llenas de humo, parece que todos juegan, el mundo entero, y que las cartas unen mejor a la gente que la fe o la lengua. Uno se sienta a la mesa, abre el abanico de naipes y el orden es comprensible para cualquiera. Y hay que manejarlo de manera que reporte beneficio, que se gane la apuesta. El obispo tiene la impresión

de que se trata de un nuevo lenguaje que hermana a todo el mundo durante una velada. Cuando le falta efectivo, manda llamar a un judío, pero solo le pide prestadas sumas pequeñas. Para las grandes tiene un título de crédito con los judíos de Żytomierz, que son como sus banqueros y a los que da fe de cada préstamo con su firma.

Juega cualquiera que se siente a la mesa. Es evidente que el obispo preferiría mejor compañía, de igual condición, pero estos rara vez andan bien de fondos; quienes más dinero tienen son los comerciantes de paso, turcos, oficiales u otros que a saber de dónde han salido. Cuando quien es banca pone el dinero sobre la mesa y baraja las cartas, los jugadores que quieren apostar contra él ocupan un puesto en la mesa, cada uno con su propia baraja de la que toman una carta, a veces más, la colocan delante, y sobre ella, su apuesta.

Al acabar de barajar, la banca pone boca arriba sus cartas, una tras otra, colocando la primera a la derecha, la segunda a la izquierda, la tercera a la derecha, la cuarta a la izquierda... y así sucesivamente hasta agotar la baraja. Las cartas de la derecha son ganadoras para la banca, y las de la izquierda, para los jugadores. Así que, si alguno ha puesto el siete de picas y sobre ella un ducado, y en la baraja de la banca el siete de picas ha caído a la derecha, entonces el jugador perderá su ducado; sin embargo, si cae a la izquierda, entonces es la banca la que paga un ducado al jugador. También hay excepciones a esta regla: con la última carta, aunque se coloque a la izquierda, siempre gana la banca. El que ha ganado la primera mano puede retirarse, puede apostar de nuevo a otra carta o puede también «esquinear». Es lo que siempre hace el obispo Sołtyk. Deja el dinero ganado sobre la carta y le dobla una esquina. Si esta vez pierde, solo pierde la suma inicial. Si gana, dobla la suma depositada sobre la carta.

Es un juego de lo más honrado: todo está en manos de Dios. ¿Cómo se puede hacer trampa?

Así que cuando las deudas de juego del obispo aumentan, invoca a Dios para que lo proteja del escándalo de que el caso salga a la luz. Exige colaboración, ya que tanto él como Dios luchan en el mismo equipo. Pero Dios parece demorarse, a veces parece que quiera hacer de él un santo Job. En ocasiones el obispo llega a maldecirlo; después, evidentemente, se arrepiente y pide perdón, todo el mundo sabe que le pierde su genio. Se somete a ayuno y duerme con una áspera camisa de tela de crin.

Nadie sabe todavía que para pagar las deudas ha empeñado las insignias episcopales. A los judíos de Żytomierz. No las querían aceptar, tuvo que convencerlos. Cuando vieron el contenido del baúl que el obispo había cubierto con arpillera para disimular, dieron un salto hacia atrás y empezaron a lanzar gemidos y lamentos y a agitar

los brazos como si hubieran visto no se sabe qué.

–Yo no puedo aceptarlo –dijo el mayor de ellos–. Para vosotros es más que plata y oro, y para mí, metal precioso a peso. Si lo encontraran en nuestra casa, nos despellejarían vivos.

Se resistían con uñas y dientes, pero el obispo insistió, levantó la voz, los asustó. Lo aceptaron y le entregaron dinero contante y sonante.

El obispo, como no ha recuperado el dinero del naipe, quiere ahora quitarles a los judíos sus insignias enviándoles hombres armados, al parecer las guardan bajo el suelo de su casa. Si alguien llegara a enterarse, el obispo estaría acabado. Por eso está dispuesto a hacer lo que sea con tal de que las insignias vuelvan a la sede episcopal.

Mientras, sin embargo, intenta recuperar lo perdido jugando al faraón, confiando en la ayuda divina. Y en efecto, al principio le va bien.

La estancia está llena de humo, a la mesa se sientan cuatro hombres: el propio obispo, un viajero ataviado a la alemana pero que habla bien en polaco, un noble local que habla en ruteno y maldice en ruteno, y que tiene una muchacha, casi una niña, sobre las rodillas. El noble ya la rechaza cuando pierde una mano, ya la atrae hacia él y le acaricia los pechos casi desnudos, cosa que el obispo observa con desaprobación. El cuarto jugador le parece un converso: es un comerciante al que las cartas también favorecen. Antes de cada mano, el obispo está convencido de que sus naipes caerán en la columna correcta, y se asombra al ver que de nuevo han caído del otro lado. No se lo puede creer.

POLONIA EST PARADISUS JUDAEORUM…

Kajetan Sołtyk, el obispo coadjutor de Kíev, cansado y falto de sueño, ya ha despedido al secretario y escribe de su puño y letra una carta al obispo de Kamieniec Mikołaj Dembowski.

Me apresuro a comunicarte de mi propia mano, amigo mío, que estoy sano de cuerpo, pero martirizado por problemas que llegan desde todas partes y aumentan tanto que a veces me siento acosado cual fiera salvaje. Acudiste en mi ayuda muchas veces, así que también esta vez me dirijo a ti como a un hermano, en nombre de nuestra larga amistad que sería en vano buscar en otras personas. Interim…

Mientras…, mientras… Ahora no sabe cómo continuar. Pues ¿cómo se va a justificar? Dembowski no juega a las cartas, así que lo más probable es que no lo comprenda. Al obispo Sołtyk de pronto lo

embarga una sensación de gran injusticia, percibe una presión en el pecho suave y cálida que parece diluirle el corazón y convertirlo en algo blando y líquido. De pronto se acuerda del día en que tomó posesión del obispado de Żytomierz, su primera visita a esa ciudad sucia y embarrada, rodeada de bosque por todas partes... Los pensamientos afluyen a su pluma prestos y fáciles, el corazón vuelve a convertirse en un cuerpo sólido y la energía regresa. El obispo Kajetan Sołtyk escribe:

Recordarás bien que cuando tomé posesión del obispado de Żytomierz todo pecado gozaba allí de gran popularidad. La poligamia, sin ir más lejos, era un vicio muy extendido. Los maridos vendían a sus esposas cuando estas se comportaban mal y las sustituían por otras. El adulterio y la lujuria no se consideraban cosas inmorales, y, al parecer, al casarse se prometían mutua libertad a este respecto. No observaban además reglas religiosas, ni mandamiento alguno, no había más que pecado e inmoralidad, a lo que se añadía una pobreza extrema.

Así que, escrupulosamente, permíteme recordarte que la diócesis estaba dividida en tres decanatos: el de Żytomierz: siete parroquias, con doscientas setenta y siete aldeas y pueblos; el de Chwastów: cinco parroquias, con cien aldeas y pueblos, y el de Owrucz: ochos parroquias con doscientas veinte aldeas y pueblos. Entre todos sumaban tan solo veinticinco mil almas católicas. Los ingresos de las reducidas tierras episcopales alcanzaban los setenta mil zlotys polacos; con los gastos del consistorio y la escuela diocesana, no daban para nada. Tú bien conoces los ingresos que reportan tierras tan pobres. Los bienes de mi obispado se limitan a tan solo tres aldeas: Skryhylówka, Wepryk y Wolica.

Nada más llegar, lo primero que hice fue ocuparme de las finanzas. Resultó que, en capitales donados por los piadosos, la catedral contaba con una suma de cuarenta y ocho mil zlotys polacos. Dichos capitales estaban invertidos en heredades privadas, y cierta cantidad fue prestada al Kehal de Dubno, que reportaba unos intereses anuales de tres mil trescientos treinta y siete zlotys polacos. Y los gastos eran inmensos: el mantenimiento de la iglesia, los sueldos de los cuatro vicarios y del servicio eclesial, et caetera.

El cabildo tenía una dotación modesta, diferentes donativos que sumaban en total diez mil trescientos reportaban un beneficio anual de setecientos veintiún zlotys polacos. De la aldea donada por el príncipe Sanguszko, se extraía un beneficio añadido de setecientos zlotys polacos, pero el propietario de la aldea de Zwiniacz llevaba tres años sin pagar los intereses de los cuatro mil que se le habían prestado. La suma donada por un oficial de nombre Piotr seguía en

manos del canónigo Zawadzki, el cual, ni la invirtió ni pagó interés alguno, y lo mismo pasaba con los dos mil zlotys que permanecían en manos del canónigo Rabczewski. En resumen, me encontré con un caos inmenso y raudo y veloz me dispuse a poner en orden las finanzas.

Cuanto he hecho puedes apreciarlo tú mismo, mi estimadísimo amigo. Hiciste una visita de inspección y lo viste con tus propios ojos. Ahora estoy acabando la construcción de una capilla y los tremendos gastos han agotado de momento mi faltriquera, pero las cosas van en buena dirección y por eso te pido, amigo mío, un apoyo, unos quince mil, que te serían devueltos justo al acabar la Semana Santa. He despertado la generosidad de los fieles, lo que seguramente surtirá efecto durante la Semana Santa. Por ejemplo, Jan Olszański, chambelán de Słuck, invirtió veinte mil en su heredad de Brusiłów, destinando una mitad de los intereses a la catedral, y la otra a incrementar el número de misioneros. Głębocki, el copero de Bracław, donó diez mil para una nueva canonjía y el altar de la catedral, y otros dos mil para el seminario. Te escribo todo esto porque hago grandes negocios y para que tengas la seguridad de que tu préstamo tiene cobertura. Mientras tanto, me he involucrado en ciertos asuntos desafortunados con judíos de Żytomierz, y como no tienen mesura en su descaro, necesitaría este dinero cuanto antes. Resulta sorprendente que en nuestra Res Publica de las Tres Naciones puedan los judíos ofender tan abiertamente nuestras leyes y buenas costumbres. No en vano los papas Clemente VIII, Inocencio III, Gregorio XIII y Alejandro III mandaron una y otra vez quemar sus Talmudes, y cuando finalmente quisimos hacer aquí lo mismo, no solo no tuvimos apoyo, sino que incluso las autoridades laicas opusieron resistencia.

Cosa curiosa es que se haya expulsado a tártaros, arrianos y husitas y, sin embargo, se pase por alto la necesidad de expulsar a los judíos, pese a que nos chupan la sangre. Y en el extranjero ya han acuñado un proverbio sobre nosotros: Polonia est paradisus Judaeorum...

DE LA CASA PARROQUIAL DE FIRLEJÓW Y DEL PASTOR PECADOR QUE EN ELLA HABITA

Este otoño es como un tapete bordado por agujas invisibles, piensa Elżbieta Drużbacka a bordo del landó prestado por el starosta. A los oscuros surcos de los campos labrados y a la estela más clara de la tierra seca los acompañan unas ramas de color alquitrán a las que se aferran las hojas más obstinadas creando abigarradas manchas. Aquí y allá, el verde de la hierba aún se mantiene intenso, como si la hierba olvidara que estamos ya a finales de octubre y que por las noches llegan las heladas.

El camino, recto como una flecha, discurre a lo largo del río. A la izquierda hay un barranco de arena, tierra hundida por una antigua catástrofe. Allí se ven carros de campesinos que vienen a buscar las amarillas arenas. Nubes inquietas surcan el cielo; a ratos todo se vuelve sombrío y gris, y, después, de detrás de las nubes, restalla de repente un sol cegador y todas las cosas sobre la tierra se vuelven tremendamente nítidas y punzantes.

Drużbacka añora a su hija, que espera su quinto vástago, y se pone a pensar en que debería estar ahora a su lado en lugar de peregrinando por un país extraño con una palatina excéntrica, por no hablar de este viaje a la heredad del cura omnisciente. Pero, al fin y al cabo, ella vive de esos viajes. Se podría pensar que ser poetisa es una ocupación sedentaria, propia de una mujer hogareña, próxima al jardín y no a los caminos.

El cura la aguarda junto a la verja. Tiene al caballo cogido por el arnés, como si esperase con ansia esa visita, y, tras coger a Drużbacka por el brazo, la conduce al jardín de su casa.

–Pase primero, estimada señora...

La casa parroquial está situada junto a un camino trillado. Se trata de una pequeña casa solariega de madera, hermosamente encalada y cuidada. Se nota que en verano la rodeaban parterres de flores: ahora yacen cual cojines amarillentos. Pero ya la mano de alguien se ha puesto a limpiarlos y ha apilado parte de los tallos secos en un montoncito que arde tímidamente porque las llamas por lo visto no se sienten seguras en este aire tan húmedo. Por los tallos secos se pasean con orgullo dos pavos reales, uno ya viejo y decrépito, poco queda de su cola. El otro, seguro de sí mismo, corre hacia Drużbacka y choca con su vestido con tanto ímpetu que la asustada mujer pega un brinco hacia atrás.

A continuación echa un vistazo al jardín: una hermosura, los caballones están perfectamente alineados, los cantos rodados franquean el sendero y todo está dispuesto según el más sublime arte de la jardinería. Junto a la cerca, rosas para vodka y seguramente también para las coronas de flores destinadas a la iglesia, y, un poco más allá, angélicas, pimpinelas y plantas aromáticas. Por las piedras trepan el tomillo, la malva, la asarabácara y la manzanilla. A estas alturas del año, ya no quedan muchas hierbas medicinales, pero todo se puede leer en las pequeñas tablillas de madera donde están escritos sus nombres.

Un sendero cuidadosamente rastrillado conduce desde la casa parroquial hasta el fondo del pequeño parque, a cuyos lados se han colocado unos bustos angulosos con inscripciones talladas. Junto a la entrada al jardín se ve una torpe inscripción sobre un pequeño tablón de madera; salta a la vista que el cura se las apañó él solo:

El cuerpo humano es fuente de pestilencia.
Sálvalo, Señor, con tu edénica esencia.

Drużbacka hace una mueca de descontento ante estos versos. La parcela en realidad es pequeña. En un determinado lugar desciende abruptamente hacia el río pero también allí el cura tiene sorpresas preparadas: una escalera de piedra, un puentecito sobre el minúsculo arroyo detrás del cual se levanta la iglesia, alta, imponente, sombría. Destaca sobre las chozas cubiertas de techos de paja.

Al descender por la escalera, a ambos lados se ve un lapidarium. Hay que detenerse ante cada piedra y leer la inscripción.

Ex nihil orta sunt omnia, et in nihilum omnia revolvuntur. Todo surgió de la nada y en nada todo se convertirá, lee Drużbacka, y de pronto la recorre un escalofrío, tanto por el frío como por esa inscripción toscamente tallada en piedra. ¿Para qué todo esto? ¿Para qué tantos esfuerzos? ¿Estos senderos y puentes, estos jardines, pozos y escaleras, estas inscripciones?

El cura la conduce ahora hasta el camino por un pedregoso sendero que rodea la pequeña propiedad. Pobre Drużbacka, no se esperaba tal giro de los acontecimientos. Cierto es que tiene buenos zapatos, de cuero, pero ha pasado frío en el landó y preferiría apoyar su vieja espalda en una estufa que andar correteando por el campo. Y al fin, después del obligatorio paseo, el anfitrión la invita a pasar al interior; junto a la puerta de la casa parroquial hay apoyada una losa de gran tamaño con la inscripción tallada:

Aquí moraba el pastor
de Firlejów, pecador,
en Podkamień fue plebano,
de Rohatyn fue decano,
Benedicto fue su patrón,
os suplica vuestro perdón,
digno más de un castigo
que de clementes amigos.
Os ruega una oración
pues merece compasión.
Padrenuestro, avemaría,
pues en vosotros confía.

Drużbacka la mira asombrada.
–¿Y esto qué es? ¿Ya se prepara para la muerte, padre?

–Más vale prepararlo todo con tiempo para no fatigar después a los pobres familiares sin necesidad. Quiero saber lo que pondrán en mi

tumba. Seguramente alguna tontería que yo nunca habría escrito. Y así, al menos lo sé.

Cansada, Drużbacka toma asiento y pasea la vista en busca de algo para beber, pero, aparte de unos papeles, la mesa de la habitación está vacía. Toda la casa huele a una mezcla de humedad y humo. Las chimeneas deben de llevar tiempo sin deshollinar. Falta calidez. En un rincón hay una estufa alicatada con azulejos blancos, y a su lado una cesta con leña, pero hace poco que la han encendido y la habitación no se ha caldeado aún.

–Estoy helada –dice Drużbacka.

El cura tuerce el gesto como si acabara de tragarse algo podrido, abre deprisa el aparador y saca unas copas y una licorera de cristal tallado.

–La palatina Kossakowska me resultó familiar... –empieza inseguro, sirviendo el licor–. En tiempos conocí a su hermana mayor...

–Sería Jabłonowska, ¿no? –pregunta Drużbacka distraída mojando los labios en el dulce licor.

Entra en la habitación una mujer gruesa y risueña, a todas luces, el ama parroquial, con dos cuencos de humeante sopa sobre una bandeja.

–Habrase visto, arrastrar a una invitada con este frío –le reprocha al cura y salta a la vista que este se siente incómodo bajo su reprobadora mirada. Drużbacka, en cambio, se anima visiblemente. Bendita sea su gruesa salvadora.

La sopa es espesa, de verduras, y, además, flotan en ella fideos. Solo ahora el cura decano repara en los embarrados zapatos de Drużbacka y en su encorvada espalda; ve que tiembla toda ella, y en un primer reflejo hace un gesto como si quisiera abrazarla, cosa que evidentemente no hace. Tras el ama parroquial, entra corriendo en la estancia un perro de tamaño mediano, lanudo, de orejas caídas y rizado pelaje castaño. Con aire grave, el perro olfatea el vestido de Drużbacka. Y cuando esta se inclina para acariciarlo, divisa unos cachorros que se acercan corriendo: son cuatro, todos diferentes. El ama parroquial los quiere echar y de nuevo reprocha al cura que no ha cerrado la puerta. Pero Drużbacka pide que los deje quedarse. A partir de ese momento, los acompañan hasta la última hora de la tarde, repantingados junto a la estufa, que por fin calienta lo suficiente como para que la invitada pueda quitarse la chaqueta forrada de piel.

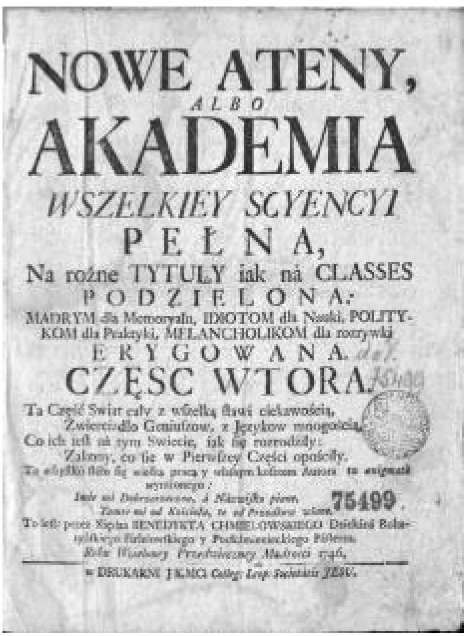
Al mirar al padre Benedykt, Drużbacka advierte de pronto lo solo que está ese hombre envejecido y descuidado que la atiende intentando asombrarla como si fuese un niño y que ahora coloca la licorera sobre la mesa y mira las copas a contraluz, comprobando si están limpias. Su sotana raída y deshilachada de camelote de lana se

ha desgastado a la altura de la barriga y reluce ahora con una mancha más clara. Sin saber por qué, esto conmueve profundamente a Drużbacka. Tiene que apartar la vista. Coge a un cachorro en su regazo, una hembra, la que más se parece a su madre, la cual enseguida se echa sobre la espalda mostrando su delicado vientrecillo. Drużbacka empieza a hablar al cura de sus nietas, niñas todas ellas. ¿Quién sabe si el tema no le causa aflicción? Chmielowski la escucha distraído mientras pasea la vista por la estancia como si se preguntara con qué otra cosa podría asombrar a la dama. Saborean simultáneamente el licor casero del cura y Drużbacka hace un gesto de aprobación. Finalmente llega la hora del plato principal: tras apartar las copas y la licorera, Chmielowski deposita con orgullo sobre la mesa su obra. Drużbacka lee en voz alta:

–Nueva Atenas, o Academia de toda ciencia plena, en diversos títulos y clases dividida. Erigida a los sabios para los Memorándums, a los idiotas para el Aprendizaje, a los políticos para la Práctica, a los melancólicos para el entretenimiento…

El cura, cómodamente apoyado en el sillón, apura de un trago la copa de licor. Drużbacka suspira con indisimulada admiración:

–Hermoso título. Con lo difícil que es dar a un trabajo un buen título.


NOWE ATENY,
ALBO
AKADEMIA
WSZELKIEY SCYENCYI
PEŁNA,
Na rożne TYTUŁY iak ná CLASSES
PODZIELONA:
MADRYM dla Memoryału, IDIOTOM dla Nauki, POLITYKOM dla Praktyki, MELANCHOLIKOM dla rozrywki
ERYGOWANA.
CZĘSC WTORA.
75499

El cura contesta modestamente que le gustaría hacer un compendio del conocimiento, uno que estuviera en todas las casas. Y que en él hubiera un poco de todo, para que la persona, si algo no sabe, pudiera

abrir ese libro y encontrarlo. Geografía, medicina, lenguas humanas, costumbres, y también flora y fauna, y curiosidades de todo tipo.

–Imagináoslo, señora: todo a mano, en todas las bibliotecas. Todo el conocimiento humano reunido en una sola obra.

Ya ha recopilado mucho y lo editó hace un par de años en dos volúmenes. Y ahora, además del latín, también le gustaría aprender hebreo y extraer así suculentos pasajes. Pero es harto difícil conseguir libros judíos, hay que pedírselos a sus propietarios, y casi ningún cristiano lee en esa lengua. El padre Pikulski se ha dignado traducirle algún que otro fragmento, pero el cura Benedykt, al no conocer el idioma, no tiene verdadero acceso a todo ese conocimiento.

–El primer volumen salió en Lwów en la editorial de un tal Golczewski...

La mujer juega con el cachorro.

–Ahora escribo un suplemento a ambos libros, es decir, los volúmenes tercero y cuarto, con los que, creo, concluiré la descripción del mundo –añade el cura Benedykt.

¿Qué se supone que ha de decir Drużbacka? Aparta al cachorro y se lleva el libro al regazo. Sí, ya lo conoce, lo leyó en la mansión de los Jabłonowski, allí tenían la primera edición. Se le abre por el capítulo sobre animales y allí encuentra algo sobre un perro. Lee en voz alta:

–«En Piotrków teníamos un perro tan ingenioso que, por orden de su amo, iba a la cocina con el cuchillo, allí lo fregaba con las patas, lo enjuagaba en el agua y lo llevaba de vuelta a su amo.»

–Era su madre quien lo hacía –dice contento el cura señalando a la perra.

–¿Y por qué tanto latín, reverendo padre? –espeta de pronto Drużbacka–. Así pocos lo entenderán.

El cura se agita inquieto.

–¿Y eso por qué? No hay polaco que no hable latín con soltura, como si hubiera nacido en su seno. La nación polaca es gens culta, polita, de toda sabiduría capax, por eso hace bien en amar la lengua latina y es quien mejor la pronuncia. No decimos, como los italianos, Reyina, sino Reguina, ni triyinta o quadrayinta, sino triguinta y quadraguinta. No estropeamos el latín, como los alemanes y franceses, que en lugar de Iesus Christus dicen Yeesus Grischdus y Jésus-Christ; en lugar de Michael, Mikael: en lugar de charus, caro...

–¿A qué polaco se refiere, estimado padre? Las damas, por ejemplo, rara vez hablan en latín, pues en él no han sido instruidas. Los burgueses no lo conocen en absoluto y usted desea que lo lean clases más bajas... Incluso el starosta prefiere el francés al latín. A mi entender, en la siguiente edición debería desbrozar todos esos latinajos, al igual que hace con su jardín, reverendo padre.

El cura está desagradablemente sorprendido por tal crítica.

Parece que la dama que lo visita está más interesada en los perros que en sus libros.

El sol está a punto de ponerse cuando Drużbacka sube al landó y el cura le entrega una cesta con dos cachorros. Cuando llegue a Rohatyn ya habrá oscurecido.

–Podría usted, estimada señora, pernoctar en esta modesta morada eclesial –dice el cura, en realidad descontento de sí mismo por decirlo.

Cuando el pequeño vehículo se aleja, el cura no sabe qué hacer consigo mismo. Había reunido más fuerzas que las necesarias para esas dos horas; las había reunido para un día entero, para una semana. Algunas estacas de la cerca junto a las malvas se han derrumbado, un desagradable vacío se abre en la cerca, así que el cura, sin pensárselo dos veces, se pone manos a la obra. Pero de pronto se queda petrificado y siente cómo desde todas partes lo penetra la inmovilidad, la vacilación, y tras ellas una descomposición de todo lo que aún carece de nombre, y surge el caos, todo comienza a pudrirse con las hojas, a hincharse ante sus ojos. Todavía le queda energía suficiente para obligarse a fijar las estacas de la cerca, pero de repente le parece demasiado difícil, así que se le escurren de las manos y caen sobre la húmeda tierra. El cura se dirige a la casa, se descalza en el oscuro zaguán y entra en la biblioteca: la estancia de techos bajos con vigas vistas de pronto parece ahogarlo. Se sienta en el sillón, la estufa irradia todo su calor y los blancos azulejos, cubiertos de esmalte de color cobre, se caldean lentamente. Echa un vistazo al pequeño volumen de esa mujer ya entrada en años, lo coge con la mano y se lo acerca a la nariz. Aún huele a tinta de imprenta. Lee:

... y es en verdad seca, pálida, informe,
sus entrañas ocultas bajo costillas deformes,
cubren sus venas las junturas como alambre,
nunca duerme, ni bebe ni tiene hambre,
son sus ojos cuencas huecas,
son sus sesos pez reseca.

–Sálvanos, Señor, de todo mal –susurra el cura y aparta el libro. Con lo agradable que le parecía esa mujer...

De pronto sabe que debe invocar el mismo entusiasmo infantil que lo guía cuando escribe. De lo contrario, perecerá, se descompondrá como una hoja en la humedad del otoño.

Se sienta ante la mesa, mete los pies en un zapatón de piel de lobo que le ha cosido el ama parroquial para que no pase frío cuando escribe sentado e inmóvil durante horas. Despliega el papel, afila la

pluma y se frota las manos heladas. Cuando llega esta época del año, siempre le parece que no sobrevivirá al invierno.

El cura decano Chmielowski conoce el mundo solo por los libros. Cada vez que se sienta en su biblioteca de Firlejów y toma entre las manos un volumen de grandes dimensiones o un pequeño elzevir, se siente como si partiera de viaje rumbo a un país desconocido. La metáfora le gusta, se sonríe e intenta convertirla en una frase ingeniosa... Le resulta más fácil escribir sobre el mundo que sobre sí mismo. Siempre absorto en algo, no se ocupó de su propia persona, no apuntó los acontecimientos de su vida y ahora le parece que no tiene biografía alguna. Si la dama que compone poesías tan lúgubres le preguntase quién es, cómo ha vivido estos años, ¿qué le contestaría? Y si quisiera describirlos, el relato no daría más que para unas pocas páginas, así que ni siquiera un libro, ni siquiera un pequeño elzevir, un opúsculo apenas, un trozo de papel, una vidita de un no santo con estampa. Ni peregrino ni descubridor de mundos nuevos.

Moja la pluma en la tinta, la sostiene encima de la hoja durante un rato y después, tomando impulso, empieza:

Historia de la vida de Su Excelencia el cura Joachim Benedykt Chmielowski, de escudo de armas Nałęcz, párroco en Firlejów, Podkamień y Janczyn, decano de Rohatyn e insignificante pastor de una grey pobre, escrita de su puño y letra y sin pretender usar un polaco elevado para no ensombrecer los sentidos, al lector ad usum dedicada.

El título le ocupa media página, así que el cura coge otra hoja, pero su mano parece entumecida y ya no quiere o no puede escribir nada más. Cuando ha escrito «al lector», ante sus ojos apareció Drużbacka, esa menuda señora de tez saludable y mirada expresiva. El cura se promete leer sus poesías, aunque no espera mucho de ellas. Veleidades. Seguro que están repletas de veleidades e imposibles cohortes de dioses griegos.

Lamenta que se haya ido.

Al coger la siguiente hoja, sumerge la pluma en la tinta. ¿Qué va a escribir aquí?, se pregunta. La historia de la vida del cura es la historia de los libros que ha leído y escrito. Su madre, al ver que el pequeño Benedykt se sentía tan atraído por los libros, lo mandó con los jesuitas de Lwów a la edad de quince años. Aquella decisión mejoró exponencialmente la relación con su padrastro, quien no lo quería. Desde entonces apenas se volvieron a ver. Luego ingresó en el seminario y no tardó en ser ordenado. Tomó su primer empleo en la

mansión de los Jabłonowski, como preceptor de Dymitr, al que solo le llevaba cinco años. Allí aprendió a fingir ser mayor de lo que era y a hablar con constante tono aleccionador, cosa que algunos le reprochan hasta hoy. También recibió permiso para usar la nada desdeñable biblioteca del dueño, donde descubrió a Kircher y el Orbis pictus de Comenio. Por añadidura, la mano, criada rebelde, se lanzó a escribir por su propia cuenta, sobre todo durante la primera primavera que allí pasó, húmeda y asfixiante, especialmente cuando se encontraba cerca la señora Joanna Maria Jabłonowska, madre de Dymitr y esposa del dueño (cosa en la que el cura intentaba no pensar). Enamorado con locura, golpeado por el sentimiento, débil y con espíritu ausente, libró consigo mismo una encarnizada batalla. Para que nadie se diera cuenta, se sumergió en el trabajo y escribió para la amada un libro de oraciones. Con este ardid, consiguió alejarla de sí mismo, desarmarla, santificarla y angelizarla, y cuando le entregó el manuscrito (bastantes años antes de que fuera publicado en Lwów y alcanzara considerable popularidad y varias reediciones), se sintió como si la hubiera desposado, se hubiera unido a ella y ahora le entregase el hijo de esa relación. El curso de un año entero: un devocionario. De esta manera comprendió el poder salvífico de la escritura.

Joanna atravesaba un período de su vida peligroso para muchos hombres: entre la edad de su madre y la de su amante. El encanto erótico de la maternidad no era por lo tanto lo suficientemente explícito y era posible sumergirse en él a voluntad. Imaginarse el rostro propio pegado a la suavidad de los encajes, el tenue olor a polvos y agua de rosas, la delicadeza de una piel de melocotón, ya no tan firme y tensa, pero cálida y tersa, suave como el ante. Gracias a su intercesión, recibió del rey Augusto II la rectoría de Firlejów, y a sus veinticinco años y con el corazón roto tomó posesión de la pequeña parroquia. Con gran esfuerzo trajo hasta aquí su biblioteca, para la que construyó hermosas vitrinas talladas. Tenía cuarenta y siete libros propios; otros los pedía prestados a bibliotecas de los monasterios, del obispado, de los palacios aristocráticos, donde por norma general descansaban con las páginas sin cortar, traídos en recuerdo de viajes al extranjero. Los dos primeros años fueron difíciles. Sobre todo los inviernos. Forzó demasiado la vista porque pronto se hacía de noche y él no podía dejar de trabajar. Escribió dos pequeños y extraños libros: Huida de los santos hacia Dios y Viaje al otro mundo, que no se atrevió a publicar bajo su nombre. A diferencia del libro de oraciones, no hicieron carrera y desaparecieron en algún lugar del mundo. El cura guarda varios ejemplares de cada uno aquí en Firlejów, en un baúl especial que mandó forrar de hojalata y dotar de buenas cerraduras por si se producía un incendio, un robo o cualquier cataclismo que las bibliotecas humanas comunes y corrientes no son

capaces de resistir. Recuerda perfectamente la forma del libro de oraciones y el olor de sus cubiertas hechas de piel oscura corriente. Es extraño, también recuerda el tacto de la mano de Joanna Jabłonowska; tenía esta costumbre: cubrir con sus manos la mano de él cuando lo quería calmar. Y una cosa más: recuerda la delicada suavidad de su tibia mejilla cuando, loco de amor, se atrevió a besarla.

Y esto es todo, no le ocuparía más espacio que el título. Su amada murió antes de la publicación de Nueva Atenas, que al fin y al cabo también fue escrito por amor.

Y este extraño designio divino de los últimos días lo ha asaltado probablemente con la única razón de que empiece a rememorar su vida. En los rasgos de Kossakowska reconoció a su hermana mayor. Y la señora Drużbacka sirvió durante años a la duquesa Jabłonowska, la hermana de Kossakowska. Hasta el final. Le ha dicho incluso que la vio morir. La noticia turbó al cura sobremanera: Drużbacka ha resultado ser emisaria del pasado. El tacto, la mejilla, la mano de aquella mujer, de alguna extraña forma se ha transferido hasta ella. Ya nada es tan intenso ni colorido, todo se ha vuelto borroso y sin contornos. Como un sueño que desaparece al despertar, que se desvanece de la memoria como la niebla de los campos. El cura no lo acaba de entender, pero tampoco quiere entenderlo. Los hombres que escriben libros y pensamientos no quieren tener historia propia. Porque ¿para qué? En comparación con lo que está escrito, siempre resultará aburrida e insulsa. El cura permanece sentado con la pluma ya seca hasta que la vela se consume y se apaga con un breve silbido. Entonces lo inunda la oscuridad.

EL CURA CHMIELOWSKI INTENTA ESCRIBIR UNA CARTA A LA ILUSTRE SEÑORA DRUŻBACKA

El cura Chmielowski se siente insatisfecho con lo que ha alcanzado a decir durante la visita de la señora Drużbacka. Y es que ha alcanzado a decir bien poco, seguramente debido a su timidez innata. Se ha dedicado a presumir y a arrastrar a la fémina por las piedras, el frío y la humedad. La sola idea de que esa mujer culta e inteligente pueda tomarlo por idiota e ignorante lo exaspera. Tanto lo mortifica que decide escribirle una carta y exponer sus argumentos.

Comienza con un magnífico encabezamiento:

Inspiradora de musas, favorita de Apolo...

Pero ahí se detiene durante todo el día. El encabezamiento le gusta hasta la hora de comer, a la de cenar le parece lamentable y pomposo. Solo cuando, por la noche, el vino caliente con especias le caldea mente y cuerpo, se sienta más resuelto ante una hoja de papel en

blanco y le expresa su agradecimiento por haberlo venido a visitar a esta «ermita de Firlejów» y haber arrojado un poco de luz sobre su vida monótona y gris. Confía en que la señora Drużbacka entenderá la palabra «luz» en su sentido más amplio y poético.

También le pregunta por los cachorros y le confiesa sus preocupaciones: que un zorro le ha matado a todas las gallinas y que ahora se ve obligado a encargar los huevos a un campesino, que tiene miedo de sustituirlas por nuevas gallinas, porque las condenaría a una muerte segura en las fauces de los zorros. Y cosas por el estilo.

No quiere admitirlo, pero después no hace otra cosa que esperar la respuesta. Calcula mentalmente cuánto tiempo puede tardar la posta en llegar desde Busk, que es donde ahora se encuentra la señora Drużbacka. Muy lejos no está. La carta ya debería haber llegado.

Finalmente llega. Roszko, carta en mano, brazo extendido, busca al destinatario por toda la casa parroquial. Lo encuentra en el sótano trasvasando vino.

–Qué susto me has dado –exclama el reverendo. Se seca las manos en el delantal que siempre se pone para las tareas domésticas y, con cuidado, coge la carta con dos dedos. Pero no la abre. Clava la vista en el sello y en su propio nombre, caligrafiado con una letra hermosa y segura cuyos adornos ondean en el papel cual estandartes en el campo de batalla.

Solo más tarde, pasada una hora, cuando la estufa ha caldeado la biblioteca y ya se ha preparado el vino con especias y tapado los pies con la piel de lobo, abre con delicadeza la carta y lee:

ELŻBIETA DRUŻBACKA ESCRIBE AL CURA CHMIELOWSKI

Navidad de 1752, Busk

Reverendo padre, estimado amigo:

Con el nacimiento del Salvador Nuestro Señor, ha llegado una gran ocasión de desearle dicha y prosperidad, así como buen estado de salud y de ánimo, pues somos tan frágiles que cualquier cosa puede tumbarnos. Que cúmplanse sus deseos y que la gracia del Niño Jesús nunca le abandone.

Continúo muy impresionada por la visita que le hice en Firlejów, y debo confesarle que me había imaginado diferente a tan célebre sacerdote: que poseía una gran biblioteca y en ella, a numerosos secretarios que trabajaban para usted, escribiendo, copiando. En cambio, su modestia es como la de san Francisco.

Lo que de usted me admira es el arte de la jardinería, su gran ingenio e infinita erudición. En cuanto hube regresado, con enorme placer dediqué mis veladas a la relectura de Nueva Atenas, pese a

conocer muy bien la obra, ya que la devoré cuando se publicó por vez primera. Y si mis ojos me lo permitieran, leería durante horas. Y es que ahora la lectura resulta muy especial, pues conozco al autor en persona y a veces hasta ocurre que oigo su voz, como si usted, reverendo padre, la leyera para mí en voz alta. Su libro es extrañamente mágico: se lo puede leer sin cesar, ora aquí, ora allá, y siempre se halla una curiosidad que queda grabada en la conciencia, amén de los pretextos que ofrece para reflexionar acerca del mundo, de lo grande y complejo que es, inabarcable para nuestras mentes, quizá tan solo en sesgados fragmentos, en minúsculas motas de entendimiento.

Ahora, sin embargo, el crepúsculo se precipita y cada día engulle más momentos de nuestras vidas, y la luz de las velas no es más que una imitación miserable de la luz que nuestros ojos no pueden por siempre soportar.

Sé, sin embargo, que la idea de Nueva Atenas es de gran genio y valor incalculable y que tiene mucho mérito para todos nosotros, que moramos en Polonia, por ser el verdadero compendio de nuestro conocimiento.

Hay, sin embargo, una cosa que me incomoda en la buena lectura de su obra, mi amigo estimado, y de esto ya hablamos durante la plática que mantuvimos en Firlejów, y no es otra que el latín, y no tanto el latín en sí mismo como su innecesaria abundancia, entreverado en todos los folios, y que es como la sal que se echa en demasía a un plato y que, en vez de potenciar su sabor, lo hace difícil de tragar.

Yo entiendo, reverendo padre, que el latín es una lengua versada en todo y que posee más palabras manuables que el polaco, mas quien no lo conozca no podrá leer su obra, se perderá sin remedio. ¿Ha pensado usted en esos aficionados a la lectura que no saben latín? Comerciantes, pequeños terratenientes de escasa instrucción e incluso artesanos más despabilados: es a ellos a quienes resultaría útil ese conocimiento que tan escrupulosamente reúne usted antes que a sus hermanos en sacerdocio y academia, ellos ya tienen acceso a los libros. Siempre y cuando quieran, por supuesto, pues hay muchos que no se dignan. Huelga hablar de las féminas, que en su mayoría leen muy bien, pero que, al no haber sido enviadas a estudiar, al dar con el latín dan en un atolladero.

EL OBISPO SOŁTYK ESCRIBE UNA CARTA AL NUNCIO APOSTÓLICO

Ayer se dejó el escribir esta carta para última hora, pero sucumbió al cansancio, por eso hoy debe comenzar el día con asunto tan

espinoso. Su secretario, muerto de sueño, disimula el bostezo. Juega con la pluma probando el grosor de la línea cuando el obispo empieza a dictar:

Kajetan Sołtyk, obispo coadjutor de Kíev, a Niccolò Serra, nuncio apostólico, arzobispo de Mitilene...

En ese momento entra el muchacho encargado de encender las estufas y se pone a limpiar la ceniza. El crujido de la pala le resulta insoportable al obispo y todos los pensamientos salen volando de su cabeza cual nube de esa misma ceniza. Y a ceniza le sabe todo este asunto:

–Déjalo para más tarde, chico –le dice con suavidad y dedica un momento a recuperar los pensamientos fugados. La pluma se abalanza sobre el inocente papel:

Una vez más felicito de corazón a Vuestra Eminencia por vuestro nuevo destino en Polonia y abrigo la esperanza de que sea esta una oportunidad para fortalecer aún más la fe en Jesucristo en estas tierras tan amadas por Él, puesto que es aquí, en la Res Publica de las Tres Naciones, donde habitamos las más fieles ovejas de Su grey, y son nuestros corazones los más entregados...

Ahora el obispo Sołtyk no tiene ni idea de cómo abordar el asunto. En un principio quería exponerlo en líneas generales: no se esperaba la petición directa de un informe, y nada menos que del mismo nuncio. Le extraña, porque el nuncio tiene espías en todas partes y, aunque él mismo no meta su gran nariz italiana en ninguna, se sirve del celo de la de otros.

El secretario aguarda, levantada la pluma, en cuya punta se acumula ya una gota de considerable tamaño. Pero este hombre, muy experimentado, conoce perfectamente las costumbres de las gotas de tinta y espera hasta el final para devolverla al tintero en el último momento.

¿Cómo describirlo?, se pregunta el obispo Sołtyk, y le vienen a la mente ingeniosas frases, tipo: «El mundo es una peregrinación muy peligrosa para aquellos que aspiran a la vida eterna», lo que daría cuenta de la incómoda y agobiante situación del obispo, que ahora se ve obligado a justificar sus acciones, correctas mas desagradables, en vez de entregar sus pensamientos a la oración y a las necesidades espirituales de su grey. ¿Cómo empezar? Quizá por el niño encontrado y porque aquello aconteció cerca de Żytomierz, en la aldea de Markowa Wolica, no hace mucho, este mismo año.

–Studziński, ¿verdad?

El secretario asiente con la cabeza y añade el nombre del niño: Stefan. Finalmente lo encontraron, pero era ya un cuerpo sin vida, cubierto de cardenales y puñaladas. En unos arbustos junto al camino principal.

Ahora el obispo se concentra. Empieza a dictar:

... los campesinos, tras encontrar al niño, lo llevaron a la iglesia ortodoxa, pasando al lado de la taberna en la que debió de ser sometido a tormento. La sangre brotó de la primera herida en el costado izquierdo, y tanto por eso como por otras sospechas que pesaban sobre los judíos, enseguida se detuvo a dos taberneros judíos de esa aldea junto con sus mujeres, que enseguida lo confesaron todo e implicaron a otros. Así que el caso se resolvió por sí mismo, merced a la justicia divina.

De inmediato se me comunicó el asunto y no dudé en dedicarle todos mis esfuerzos, y ya in crastinum ordené a los senescales y a los señores de las heredades vecinas que entregaran a otros culpables, y cuando se mostraron poco diligentes, yo mismo me puse a recorrer aquellas heredades para convencer a sus señorías de la conveniencia de entregarlos. Así se arrestó a treinta y un hombres y dos mujeres, y tras traerlos a Żytomierz encadenados, se los arrojó a unas mazmorras excavadas a tal propósito. Una vez acabada la labor inquisitorial, envié a los acusados al tribunal de la ciudad. Este, para esclarecer del todo el terrible acto de los viles asesinos, decidió examinar strictissime a los judíos que ante él comparecían, más aún cuando algunos cambiaban sus declaraciones hechas ante el tribunal consistorial y refutaban los acusadores testimonios de los cristianos. Entonces se llevó a los acusados a la cámara de torturas donde el maestro de la santa justicia les aplicó tres veces el hierro candente. De esas confesiones corporales pronto se dedujo que Jankel y Ela, arrendatarios de la taberna de Markowa Wolica, instigados por Szmajer, rabino de Pawołocz, secuestraron al niño, lo llevaron a la taberna y lo emborracharon con vodka, tras lo cual el rabino le clavó

su navaja en el costado izquierdo. A continuación, leyeron oraciones de sus libros mientras otros judíos le clavaban punzones y grandes alfileres y de todas las venas extraían sangre inocente que caía en una palangana, sangre que el rabino repartía entre los presentes, tras verterla en pequeños frascos.

El obispo interrumpe el dictado y manda le sea servido un poco de ese vino húngaro que tan bien sienta a su sangre. No importa que caiga en estómago vacío. Adivina que la hora de desayunar se convertirá pronto en hora de comer y empieza a tener hambre. Y no es esta buena consejera. No hay más remedio. La carta debe salir hoy mismo. Así que sigue dictando:

Cuando el acusador del caso del pequeño Stefan, al describir su dolenda fata, juró junto con siete testigos, según el procedimiento, que los judíos acusados fueron causa de la muerte del niño y del derramamiento de su sangre, el tribunal los condenó a una muerte atroz.

A los siete autores de ese crimen y a los cabecillas de tamaña crueldad pagana, el maestro debía, no sin antes envolverles las manos con cáñamo recubierto de alquitrán y encendido, conducirlos desde la picota de la plaza del mercado, a través de la ciudad de Żytomierz, hasta las horcas. Allí se les arrancarían tres tiras de piel; luego se los descuartizaría, se empalarían sus cabezas y se colgarían cada uno de los cuartos. Seis fueron condenados a desmembramiento, en cambio

uno –puesto que en el último momento abrazó, junto con su mujer e hijos, la santa fe católica– fue condenado a un castigo más leve: tan solo le cortarían la cabeza. Los demás fueron absueltos. Los herederos de los condenados a muerte debían pagar al padre de la víctima mil zlotys polacos bajo pena de destierro a perpetuidad.

De los primeros siete, uno consiguió huir; otro recibió el bautismo y, junto al condenado a perder la cabeza, salvó la vida gracias a mi intercesión.

El resto de los condenados recibió su justo castigo. Tres de los culpables, empecinados en su ira, fueron descuartizados; en cambio, a los otros tres, que se bautizaron, se les conmutó la pena por la de ser descabezados, y yo mismo, junto con numerosos clérigos, acompañé sus cuerpos al cementerio católico.

Al día siguiente celebré la ceremonia del santo bautismo de trece judíos, hombres y mujeres, y para el niño mártir mandé preparar un epitupticum y al sagrado cuerpo del inocente y mártir lo mandé enterrar con toda solemnidad en la cripta de la catedral.

Ista scienda saris, noticias terribles mas sin duda necesarias para castigar a los autores de tan abyecto acto. Confío, Vuestra Excelencia, que en estas explicaciones halléis todo lo que deseabais saber, y así se disipe la inquietud expresada en vuestra carta de que aquí hubiésemos obrado en contra de nuestra Santa Madre Iglesia.

ZELIK

El fugitivo simplemente saltó del carro en el que los llevaban maniatados desde la mazmorra hasta la cámara de tortura. No le resultó difícil porque los ataron de cualquier manera. La suerte de los catorce prisioneros, dos mujeres entre ellos, estaba echada, se los consideraba casi muertos, y a nadie se le ocurrió pensar que podrían intentar darse a la fuga. Justo antes de Żytomierz, el carro, escoltado por un destacamento de hombres a caballo, se internó una milla en el bosque. Fue allí donde Zelik huyó. De alguna manera consiguió soltarse de las ataduras, esperó el momento adecuado y, cuando se encontraron muy cerca de unos tupidos arbustos, de un salto bajó del carro y desapareció en el bosque. Los demás prisioneros guardaron silencio con la cabeza gacha, como si celebraran su propia e inminente muerte, mientras que los guardias tardaron en darse cuenta de lo ocurrido.

El padre de Zelik, el mismo que prestaba dinero a Sołtyk, cerró los ojos y empezó a rezar. Cuando Zelik puso el pie en el sotobosque, se volvió hacia atrás y grabó en la memoria la siguiente imagen: un anciano encorvado, un viejo matrimonio sentado hombro con hombro, una muchacha, dos vecinos de su padre con unas barbas blancas que

contrastaban con el negro de sus abrigos, la mancha blanquinegra del taled... Solo su padre lo miraba tranquilo, como si lo hubiera sabido todo desde el principio.

Ahora Zelik camina. Lo hace solo en plena noche. De día duerme; se acuesta al alba, cuando los pájaros hacen el mayor ruido, y se levanta al anochecer. Y sigue adelante, nunca por el camino, siempre por las márgenes, por los matorrales, intentando evitar los espacios abiertos. Y cuando no tiene más remedio que atravesar un campo, intenta buscar uno donde haya trigo, porque aún queda cosecha por recoger. Mientras deambula casi no come, solo alguna que otra manzana y alguna que otra amarga pera silvestre, pero no siente hambre. Sigue temblando, tanto de miedo como de indignación e ira; le tiemblan manos y piernas y se le hace un nudo en el estómago, en las entrañas, por eso a veces vomita bilis y después escupe asqueado durante un largo rato. Ha habido varias noches muy claras a causa de una luna llena y satisfecha de sí misma. Vio entonces a lo lejos una manada de lobos, oyó sus aullidos. Lo contemplaron grupos de ciervos, asombrados lo seguían tranquilamente con la mirada. También lo avistó un mendigo errante tuerto, sucio y desgreñado, que se asustó de verdad y se limitó a santiguarse y a desaparecer entre los matorrales. Zelik observó desde la distancia a un pequeño grupo de cuatro muchachos que intentaban atravesar el río, a Turquía: ante sus ojos aparecieron hombres a caballo, los atraparon y los ataron con cuerdas como se hace con el ganado.

La noche siguiente empieza a llover y las nubes tapan la luna. Zelik logra entonces atravesar el río. Dedica todo el día siguiente a intentar secar la ropa. Débil y aterido de frío, no deja de pensar en una misma cosa. ¿Cómo es posible que el señor para el cual llevaba las cuentas de las talas del bosque, un señor muy humano, o así lo pensaba él, haya resultado tan mala persona? ¿Por qué no declaró la verdad ante el tribunal? ¿Cómo es posible que mintiese bajo juramento, y no en un caso de dinero o negocios, sino en uno donde había vidas en juego? Zelik no es capaz de comprenderlo; todo el tiempo se le aparecen las mismas imágenes ante los ojos: detenido, sacado a rastras de la casa junto con los demás, con su padre viejo y completamente sordo, que no entendía nada de lo que ocurría. Y después un dolor atroz que se apodera del cuerpo y gobierna la mente; un dolor que es el rey de este mundo. Y también el carro de varales que los llevaba de la mazmorra a la cámara de tortura a través de un pueblo cuyos habitantes escupían a los maltrechos y aturdidos prisioneros.

Más o menos al cabo de un mes, Zelik llega a Iași, donde acaba encontrando a unos amigos de su madre. Lo reciben, a sabiendas de lo que ha pasado; allí permanece un tiempo, mientras se recupera. No puede dormir, teme cerrar los ojos; una vez dormido, cuando

finalmente lo consigue –como si se resbalara en la arcillosa orilla de un estanque y se precipitara en el agua–, ve en el sueño el cuerpo de su padre, oculto entre el cieno, sin enterrar, espantoso. Por las noches lo atormenta el temor de que la muerte lo acecha en la oscuridad y de que puede volver a cazarlo; allí, en la penumbra, esos son sus dominios, el cuartel de sus huestes. Se le escapó de una manera tan banal, ni siquiera lo siguió con la vista cuando se esfumó del nutrido grupo de los que ya le pertenecían, por eso ya nunca más dejará de buscarlo.

Por eso ya no se podrá detener a Zelik. Echa a andar rumbo al sur, a pie, como un peregrino. Por el camino llama a casas judías donde pernocta. Durante la cena cuenta su historia y la gente la transmite de casa en casa, de ciudad en ciudad, como una mercancía frágil. La noticia no tarda en precederlo: conocen su relato y saben hacia dónde se dirige, así que lo tratan con una suerte de veneración. Todo el mundo lo ayuda en lo que puede. Descansa en el sabbat. Dedica un día a la semana a escribir cartas: a la familia, a comunidades judías, a rabinos, al Consejo de las Cuatro Tierras. A judíos y cristianos. Al rey de Polonia. Al Papa. Gasta muchos pares de zapatos y un cuartillo de tinta antes de llegar a Roma. Y por un milagro, como si velaran por él poderosas fuerzas, al día siguiente está ya cara a cara con el Papa.

RUSSIA RUBRA, PODOLIA, VOLHYNIA ET UKRAINA.
P113.

II. EL LIBRO DE LA ARENA

Super *terra* ſunt	Na ziemi ſą	terra, f. 1. ziemia.
alti *montes*, 1	wyſokie gory, 1	altus, a, um, wyſoki, a, e. mons, m. 3. gora,
profundæ *valles*, 2	głębokie doliny, 2	profundus, a, um, głęboki, a, e. vallis, f. 3. dolina.
elevati *colles*, 3	wyniosłe pagorki, 3	elevatus, a. um, wyniosły, a, e. collis, m. 3. pagorek.
cavæ *ſpelunceæ*, 4	wklęsłe iaſkinie, 4	cavus, a, um, wklęsły, a, e. ſpelunca, f. 1. iaſkinia.
plani *campi*, 5	rowne pola, 5	planus, a, um, rowny, a. e. campus, m. 2. pole.
opácæ *ſylvæ* 6	ciemne laſy. 6	opacus, a, um, ciemny, a, e. ſylva, f. 1. las.

5

DE CÓMO EL CANSANCIO DE DIOS ALUMBRA EL MUNDO

A veces Dios se cansa de su propia luminosidad y del silencio, la infinitud lo marea. Entonces –como si se tratara de una enorme ostra omnisensible cuyo cuerpo, tan desnudo y delicado, percibe la más mínima vibración de las partículas de luz– se contrae dejando un poco de espacio donde enseguida, y de la perfecta nada, surge el mundo. En un primer momento recuerda al moho, es delicado y blanco, pero crece deprisa, las fibras se juntan creando una textura sólida. Finalmente se endurece y empieza a teñirse de colores. Lo acompaña un sonido suave, apenas audible, una sombría vibración que hace temblar de inquietud a los átomos. Precisamente de este movimiento surgen las partículas, seguidas por granos de arena y gotas de agua que dividen el mundo en dos.

Ahora nos encontramos en el lado de la arena.

Con los ojos de Yenta vemos un horizonte bajo y un cielo inmenso de color oro y naranja. Enormes cúmulos esféricos navegan hacia el oeste, inconscientes aún de que dentro de un momento se precipitarán en el vacío. El desierto es rojo, e incluso las piedras más pequeñas proyectan largas y desesperadas sombras con las que intentan aferrarse a la materia sólida.

Los cascos de los caballos y los burros no dejan apenas huella, se escurren por las piedras, levantan un poco de polvo que inmediatamente cae cubriendo cualquier rastro. Los animales caminan como en trance: despacio, con la cabeza gacha, fatigados de todo un día de viaje. Sus lomos ya se han acostumbrado al peso con que se los carga cada mañana después de la parada nocturna. Solo los burros montan escándalo, rasgando el amanecer con un grito lleno de pena y asombro. Pero ahora, incluso ellos, rebeldes natos, se han sumido en el silencio con la esperanza de un pronto descanso.

Entre ellos se mueven hombres, esbeltos sobre el telón de fondo que forman los contornos de los animales, redondos, deformados por la carga. Cual agujas de un reloj liberadas de su esfera que ahora miden arbitrariamente un tiempo que va por libre, caótico, al que ningún relojero sería capaz de domar. Sus sombras, largas y afiladas, acuchillan el desierto y zahieren el ocaso.

La mayoría lleva largos abrigos claros y cubre su cabeza con

turbantes, otrora verdes, mas hoy descoloridos por el sol. Otros se ocultan bajo sombreros de ala ancha y sus rostros en nada se distinguen de las sombras proyectadas por las piedras.

La caravana, que hace unos días partió de Esmirna rumbo al norte, a través de Constantinopla y luego de Bucarest, se irá separando y juntando por el camino. Parte de los mercaderes la abandonará dentro de un par de días, en Estambul, para seguir viaje a Grecia y Macedonia pasando por Tesalónica y Sofía; otros se quedarán en Bucarest, y unos terceros irán hasta el final, bordeando el Prut, hasta la frontera polaca que cruzarán atravesando el poco profundo Dniéster.

En cada parada toca bajar las mercancías del lomo de los animales y revisar las que van bien empaquetadas en los carros. Algunas son delicadas: por ejemplo, una remesa de largas pipas turcas; cada una de ellas va envuelta por separado con estopa y atada con tela de algodón.

También hay unas cuantas armas turcas y un arreo de gala, hay alfombras y bandas tejidas con las que los señores nobles ciñen sus caftanes.

También hay frutos secos en cajas de madera cuidadosamente protegidos del sol, telas varias e incluso naranjas y limones no del todo maduros para que puedan sobrevivir al viaje.

Un armenio, un tal Jakubowicz que se ha unido a la caravana en el último momento, transporta en su carro mercancías de lujo: alfombras persas, tapices turcos. Ahora tiembla por esa mercancía, cualquier cosa enciende su ira. Ya estaba a punto de subir a un barco y transportarlo todo de Esmirna a Tesalónica en dos días, pero el comercio marítimo resulta hoy peligroso: se puede caer prisionero, relatos de ello corren como la pólvora en cuanto la caravana hace un alto junto al fuego.

Nachman Samuel ben Levi de Busk acaba de sentarse con una caja plana sobre las rodillas. Transporta tabaco prensado en paquetes duros. No hay mucho, pero piensa sacarle provecho, porque compró barato uno de muy buena calidad. También lleva encima, en bolsillos especialmente cosidos, otros objetos, pequeños pero valiosos: hermosas piedras, sobre todo turquesas, y unas barritas fuertemente prensadas de alquitrán para fumar, del que se agrega a las pipas y que tanto gusta a Mordejái. Han estado bastantes días preparando la caravana, durante los cuales han tenido que recorrer instituciones turcas para, generoso bakshish mediante, hacerse con un firmán: un salvoconducto para que las autoridades turcas dejen pasar a la caravana.

Por eso está tan cansado y el cansancio se resiste a abandonarlo. Lo que más le alivia es la vista del pedregoso desierto. Sale del

campamento para sentarse lejos de la cháchara humana. El sol ya está tan bajo que las piedras proyectan sombras alargadas y oscuras, como si fueran cometas terrestres que, al contrario que los celestes, están hechos de sombra y no de luz. Y Nachman, quien por todas partes ve signos, se pregunta qué futuro auguran esos cuerpos terrestres, qué presagio anuncian. Y puesto que el desierto es el único lugar del mundo donde el tiempo retrocede, describe un rizo para correr luego hacia delante a grandes saltos, como gruesas langostas, en él existen ojos capaces de mirar el futuro. Y así es como ven a Nachman los ojos de Yenta: Nachman ya es un viejo, seco como una astilla y encorvado. Está sentado junto a un ventanuco por el que apenas se filtra luz, las gruesas paredes exudan frío. Su mano, que sostiene una pluma, tiembla. En el pequeño reloj de arena junto al tintero caen los últimos granos: su fin se acerca pero Nachman sigue escribiendo.

La verdad es que Nachman ya no puede parar. Es como un escozor que solo cesa cuando empieza a convertir en frases el caos de sus pensamientos. El crujido de la pluma lo calma. La huella que deja en la hoja de papel lo llena de gozo, como si comiera los dátiles más dulces, como si tuviera una delicia turca en la boca. Entonces todo se compone, se define, se ordena. Y es que Nachman siempre ha tenido la impresión de participar en algo grande, irrepetible y único. De que ese algo nunca volverá a nacer y nunca ha existido. Y además de que escribe todo esto para los que aún no han nacido y querrán saber.

Siempre lleva consigo recado de escritura: la caja plana de madera, tal vez discreta, pero que contiene papel de buena calidad, un frasco de tinta, arena en una cajita cerrada, una reserva de plumas y una navajita para afilarlas. Nachman no necesita gran cosa, se sienta en el suelo, despliega la caja, que se convierte en una mesita turca, y está listo para escribir. Sin embargo, desde que empezó a acompañar a Jacob, percibe cada vez más a menudo su mirada de descontento y desaprobación.

A Jacob no le gusta el crujido de la pluma. Un día lo espió por encima del hombro. Por suerte en ese momento Nachman hacía cuentas. Jacob exigió que no apuntara sus palabras. Nachman tuvo que asegurarle que no lo haría. Pero el asunto lo sigue atormentando: ¿por qué?

–¿Cómo es eso? –le preguntó en cierta ocasión–. Al fin y al cabo cantamos: «Dame el habla, dame la lengua y las palabras para que pueda decir de Ti la verdad.» Eso dice el Hemdat Yamim.

Jacob lo reprendió:

–No seas ingenuo. Si alguien quiere tomar una fortaleza, no lo logrará con un mero parloteo, con palabras volátiles, deberá ir allí con un ejército. Así también debemos nosotros actuar en lugar de hablar. ¿Acaso nuestros abuelos gastaron pocas palabras, dichas y escritas?

¿De qué les sirvió ese parloteo, qué efecto surtió? Más vale ver con los ojos que hablar con palabras. No necesitamos resabidos. Si te veo escribiendo, te daré un pescozón para despabilarte.

Nachman sabe lo que se lleva entre manos. Su principal trabajo es la Vida del Santísimo Shabtai Tzvi (¡bendito sea su nombre!). La escribe para ponerla en orden, se limita simplemente a organizar los hechos, tanto los conocidos como los menos conocidos; algunos los adorna, pero esto no es un pecado, sino más bien un mérito: así se grabarán mejor en la memoria. Debajo de todo, en el fondo de la caja, tiene también otro paquete: páginas cosidas por su propia mano con cuerda gruesa. Tristes retazos. Los escribe en secreto. De vez en cuando los interrumpe porque lo atormenta la idea de que aquel que los lea sabrá quién los ha escrito. Detrás de las letras siempre hay una mano, detrás de las frases asoma siempre un rostro. Al fin y al cabo, también detrás de la Torá asoma una presencia, inmensa, cuyo verdadero nombre no se puede escribir con letra alguna, siquiera sea dorada o engrandecida. Y, sin embargo, la Torá y el mundo entero se componen de los nombres de Dios. Cada palabra, cada objeto, es su nombre. La Torá, como la gran arigá, está tejida de los nombres de Dios, aunque en el Libro de Job queda escrito que ningún mortal conoce su orden. Nadie sabe cuál es la urdimbre, cuál es la trama, qué patrón se ve del derecho y qué relación tiene con el que está del revés.

El rabino Eleazar, un cabalista muy sabio, adivinó hace ya mucho tiempo que las partes de la Torá nos fueron presentadas en orden incorrecto. Porque, de habérnoslas presentado como debían ir, cualquier persona al conocer su orden se convertiría enseguida en inmortal, sería capaz de resucitar a los muertos y de obrar milagros. Por eso para mantener el orden de este mundo se mezclaron esos fragmentos. No preguntes quién fue. Aún no ha llegado la hora. Solo un santo sabrá colocarlos en el orden correcto.

Nachman ve cómo detrás de su Vida del Santísimo Shabtai Tzvi, del paquete de hojas cosidas con cuerda, emerge él mismo: Nachman Samuel ben Levi, de Busk. Ve su figura: un hombre menudo, insulso, siempre en camino. Que se bosqueja a sí mismo. Y llamó a esos bosquejos retazos, virutas de otros trabajos suyos más importantes. Migajas: nada más es nuestra vida. Su escritura sobre la tapa de la caja depositada en las rodillas, en medio de la incomodidad y el polvo del camino, es, en realidad, un Tikún Olam, un intento de reparar el mundo, de zurcir los agujeros de una tela cubierta de patrones superpuestos, lazos, nudos y senderos. Así es como hay que entender esa actividad tan rara. Unos curan a la gente, otros construyen casas, otros estudian libros y recolocan las palabras para hallar en ellas el sentido correcto. Y Nachman escribe.

RETAZOS, O SEA, DE CÓMO EL CANSANCIO DEL VIAJE ALUMBRA UNA HISTORIA. ESCRITO POR NACHMAN SAMUEL BEN LEVI, RABINO DE BUSK

DE DÓNDE HE SALIDO

Sé que no soy ningún profeta y que dentro de mí no habita el Espíritu Santo. No tengo poder sobre las voces, no sé penetrar en el tiempo futuro. Mi origen es miserable y nada me levantará del polvo. Soy como muchos otros y pertenezco a aquellos cuyas matzevás son las primeras en desmoronarse. Aunque también veo mis virtudes: sirvo para el comercio y los viajes, cuento deprisa y tengo don de lenguas. Soy un emisario nato.

Cuando era niño, mi habla recordaba al tamborileo de la lluvia en los tejados de madera de las cabañas de sucot, un tableteo, un traqueteo en el que las palabras se volvían indistinguibles. Además, una fuerza dentro de mí impedía que terminase la frase o la palabra empezada, tenía que repetirla varias veces, deprisa, casi farfullando. Tartamudeaba. Desesperado veía que ni mis padres ni mis hermanos me entendían. Entonces mi padre me daba un pescozón en la oreja y gruñía: «¡Habla más despacio!» No tenía más remedio que intentarlo. En cierto modo aprendí a salir de mí mismo, a agarrarme la garganta y detener así ese traqueteo. Finalmente conseguí separar las palabras en sílabas y aguarlas igual que mi madre hacía con la sopa al día siguiente para que hubiese suficiente para todos. En cambio mi mente

era ágil. Por educación, esperaba a que los otros terminaran de hablar, aunque supiese de antemano lo que querían decir.

Mi padre era rabino en Busk, igual que lo sería yo, aunque por poco tiempo, en el futuro. Él y mi madre regentaban una taberna situada a orillas de la ciénaga y muy poco frecuentada, por eso es por lo que vivían pobremente. Nuestra familia, tanto por parte de madre como de padre, llegó a Podolia procedente del oeste, de Lublin, y antes de países alemanes, de donde habían sido expulsados y a punto habían estado de perder la vida. Sin embargo, de aquella época no quedan muchos relatos: quizá solo el de los libros siendo devorados por el fuego. Aquel era el segundo que más miedo me daba siendo niño.

Sin embargo, recuerdo poco de mi infancia. A quien más recuerdo es a mi madre, de la que no me despegaba ni un paso, siempre iba agarrado a sus faldas, cosa que irritaba mucho a mi padre, quien auguraba que me convertiría en un hijo de mamá, un feiguele, un flojucho afeminado. Recuerdo una plaga de mosquitos siendo yo muy pequeño, cuando todas las rendijas de las casas se tapaban con trapos y arcilla, y cuerpos, manos y caras enrojecían por las picaduras, como si todos hubiéramos contraído la viruela. Las pequeñas heridas se untaban con salvia fresca y por las aldeas circulaban vendedores ambulantes que ofrecían un maloliente líquido milagroso extraído en algún lugar cercano a Drohobycz...

Así empieza el tosco manuscrito de Nachman: al propio autor le gusta releer esas primeras páginas. Tiene entonces la impresión de caminar con paso más firme, como si le crecieran los pies de repente. Ahora regresa al campamento porque le ha entrado apetito, así que se une a sus compañeros. Los guías y mozos de carga turcos acaban de volver de sus oraciones y bromean mientras se preparan para la cena. Antes de comer, los armenios cierran los ojos y con un impetuoso movimiento de la mano derecha sellan su cuerpo con el signo de la cruz. Nachman y los demás judíos rezan deprisa y corriendo. Tienen hambre. Esperarán hasta la vuelta a casa para orar de verdad. Se sientan en pequeños grupos, cada uno junto a su mercancía, junto a su mula, dispersos pero a poca distancia. Cuando el hambre más acuciante queda saciada, empiezan a hablar y terminan bromeando. Anochece repentinamente. En apenas un minuto todo queda sumido en la oscuridad y hay que encender las lámparas de aceite.

En nuestra taberna, que atendía principalmente mi madre, se detuvo en cierta ocasión uno de los invitados a una cacería que ofrecía el señor Jabłonowski. Dicho invitado era conocido por su crueldad y afición desmedida al alcohol. Puesto que caía el bochorno y los vahos

de la ciénaga quedaban suspendidos a ras de tierra, una duquesa quiso detenerse para descansar. Fue por eso por lo que echaron fuera a nuestra familia, mas yo me escondí detrás de la estufa y, muy excitado, observé la escena de la entrada de una hermosa dama con sus sirvientes, damas de compañía y mayordomos. El lujo, los colores, la vestimenta y la belleza de aquella gente me causaron tal impresión que la sangre afluyó a mis mejillas y más tarde mi madre llegó a temer por mi salud. Cuando los pudientes se hubieron marchado, mi madre me susurró al oído: «Mi pequeño burrito, en el otro mundo, la duksel encenderá nuestra pescure», lo que significaba que en una vida futura sería la duquesa la que encendería nuestra estufa.

Por un lado, me alegró sobremanera que allí en lo alto, donde a diario se confeccionan los planes del mundo, existiera una justicia severa. Mas por otro lado, sentí mucha pena por todos nosotros, sobre todo por esa orgullosa dama, tan bella e inaccesible. ¿Lo sabría ella? ¿Alguien se lo habría dicho? ¿Les dicen en su iglesia cómo serán las cosas de verdad? ¿Que todo se dará la vuelta y que los criados serán señores y los señores criados? ¿Será eso justo y bueno?

Antes de partir, aquel señor le tiró de la barba a mi padre, mientras sus invitados le reían la gracia, y a continuación ordenó a sus soldados beber vodka judío, orden que cumplieron celosamente, aprovechando la ocasión para saquear la taberna y destrozar gratuitamente todas nuestras pertenencias.

Nachman tiene que levantarse. En cuanto se pone el sol, arrecia un frío de mil demonios, no como en la ciudad, donde el calor permanece escondido en las caldeadas paredes y donde a esta hora la camisa se pega a la espalda. Coge la lámpara y se tapa con su abrigo de fustán. Los mozos de carga juegan a los dados, lo que pronto desembocará en trifulca. El cielo aparece ya sembrado de estrellas, y, sin proponérselo, Nachman localiza los puntos cardinales. Al sur ve Esmirna, Ízmir, como la llama el rabino Mordke, de donde salieron antes de ayer. Se compone de un caos de desiguales edificios en forma de cubo y de un número infinito de tejados salpicados por las esbeltas siluetas de los minaretes y las cúpulas de los templos. En medio de la oscuridad le parece oír la persistente y lastimera voz del muecín que llega desde más allá del horizonte, y a la que enseguida responderá otra procedente de la caravana, y en un instante el aire se llenará de musulmana oración, que debe ser himno y alabanza, pero que suena más bien como un quejido.

Nachman mira hacia el norte y ve lejos, muy lejos, en los pliegues de la enmarañada oscuridad, una pequeña ciudad situada entre ciénagas bajo un cielo que se posa sobre la torre de la iglesia. Parece por completo carente de color, como hecha de turba espolvoreada de

ceniza.

Cuando nací en el año 5481, el 1721 cristiano, mi padre, un joven rabino, tomaba posesión de su cargo sin darse cuenta de dónde se instalaba.

En Busk el río Bug se une con el Poltva. La ciudad siempre había pertenecido al rey y no a los señores terratenientes, y gracias a eso no vivíamos mal; seguramente también porque no paraban de destruirla ora cosacos, ora turcos. Si el cielo es un espejo que refleja el tiempo, la imagen de las casas ardiendo sigue suspendida sobre la ciudad. Destruida hasta los cimientos, se reconstruía siempre después de forma caótica, entre los barrizales, porque aquí manda el agua, la única reina. Por eso, cuando llegaba el deshielo primaveral, ese barro invadía los caminos y separaba la ciudad del resto del mundo, mientras sus habitantes, como cualquier otro morador de las ciénagas de barro y turba, permanecían en sus húmedas chozas, sombríos, liquenizados, cualquiera diría que cubiertos por el moho.

Los judíos vivían en pequeños grupos dispersos por muchos barrios, pero los más numerosos estaban en la ciudad vieja y en Lipiboki. Comerciaban con caballos, los conducían de ciudad en ciudad para las ferias, tenían también pequeñas tiendas de tabaco, que en su mayoría no superaban el tamaño de una caseta de perro. Algunos cultivaban la tierra, una veintena se dedicaba a la artesanía. Por lo general eran pobres, miserables y supersticiosos.

Mirábamos a los campesinos de la vecindad, tanto a los rutenos como a los polacos –que desde el amanecer doblaban el espinazo sobre la tierra y no lo enderezaban hasta llegada la última hora de la tarde, cuando se sentaban en un banco delante de casa–, con un sentimiento de cierta superioridad: era mejor ser judío que campesino. Ellos también nos observaban: ¿adónde irán en esos carros judíos y por qué meten tanto ruido? Las mujeres entornaban los ojos deslumbradas por el sol durante todo el día mientras recogían las espigas que quedaban en el campo tras la cosecha.

En primavera, cuando verdeaban las riberas, llegaban a Busk cientos o quizá miles de cigüeñas que caminaban regias, dignamente erguidas y orgullosas. Seguramente por eso nacían tantos niños: los campesinos creían que eran precisamente las cigüeñas quienes los traían.

En el escudo de Busk hay una cigüeña sobre una pata. Igual que ellas, los buskovianos siempre estábamos con un pie en el aire, listos para emprender viaje, enganchados a la vida por un arrendamiento, por un contrato. A nuestro alrededor no había más que humedad y fango. En principio existía la ley, mas era vacilante, turbia, como el agua sucia.

Busk, como muchos pueblos y aldeas de Podolia, estaba habitado casi en su totalidad por nosotros, esos que unos a otros nos llamábamos «los nuestros» o «los verdaderos creyentes». Creíamos muy profundamente y de todo corazón que el Mesías ya había aparecido en Turquía y que al irse nos dejó un sucesor y, sobre todo, un camino que debíamos enfilar.

Cuanto más leía y debatía mi padre en el bet midrash, más se decantaba por esas ideas. Al año de instalarse en ese lugar, tras empaparse de escritos shabtaianos, dejó que lo convencieran del todo; su natural sensibilidad y sentido religioso favorecieron esa transformación.

«Porque ¿cómo es posible?», decía, «si Dios nos ha elegido, ¿por qué hay tanto sufrimiento alrededor? Basta con salir al mercado de Busk para que se te doblen las piernas bajo el peso de ese dolor. Si nos ha elegido, ¿por qué no estamos sanos y saciados –e igual que nosotros, los demás–, para no tener que contemplar la enfermedad y la muerte?» Y se encorvaba como queriendo mostrar el verdadero peso de ese dolor. Acto seguido, se volvía a sumergir en su habitual parloteo contra los rabinos y sus leyes, se envalentonaba cada vez más y empezaba a gesticular.

Siendo niño, lo veía a menudo en la plaza del mercado, ante la tienda de Szyla, en compañía de otros, hablando sin parar en tono agitado. Su figura menuda y discreta parecía más grande cuando hablaba, ya que lo hacía con ardor y de todo corazón.

«De una sola ley de la Torá, la Mishná sacó una docena, y la Guemará, cinco docenas; y en comentarios ulteriores hay tantas leyes como granos de arena existen. Entonces, decidme, ¿cómo debemos vivir?», espetaba tan dramáticamente que los transeúntes se detenían.

Szyla, quien no se preocupaba demasiado por el comercio y a quien interesaba más la compañía de hombres parlanchines, asentía con tristeza invitándolos a una pipa: «Dentro de poco ya nada será kosher.»

«Es difícil obedecer las leyes cuando se pasa hambre», coincidían todos y suspiraban. El suspiro formaba parte de su conversación. Muchos de esos hombres eran simples mercaderes, pero a veces acudían también maestros de la yeshivá y añadían algo de su propia cosecha al cotidiano lamento del mercado. A continuación se sumaban las quejas del gobierno de los terratenientes, de la hostilidad campesina capaz de hacer la vida imposible, del precio de la harina, del tiempo, del puente arrastrado por la inundación y de las frutas en los árboles podridas por la humedad.

Así que yo también me impregné desde pequeño de aquel eterno reproche a la creación. Algo no iba bien, algo falso nos rodeaba. Algo de lo que se nos enseñaba en las yeshivás debió de ser silenciado en

cierto momento. Seguro que se nos ocultaron ciertos hechos y por eso no podíamos recomponer el mundo en su conjunto. Tenía que existir un misterio que lo explicara todo.

Desde que mi padre era joven, así hablaban todos los habitantes de Busk, y el nombre de Shabtai Tzvi aparecía a menudo y no se pronunciaba en un susurro, sino en voz alta. Resonaba en mis oídos infantiles como el galope de jinetes acudiendo en nuestro auxilio. Hoy, sin embargo, más vale no pronunciar ese nombre en voz alta.

MI JUVENTUD

Desde el principio quise estudiar las Escrituras, como muchos chicos de mi edad, pero, siendo hijo único, estaba demasiado apegado a mis padres. Solo al cumplir los dieciséis comprendí que deseaba servir a una buena causa y que era uno de esos que nunca tienen suficiente con lo que hay, que siempre quieren algo más.

Por eso, cuando me llegó la noticia de la existencia del gran maestro Baal Shem Tov y de que este aceptaba alumnos, decidí unirme a tal compañía y de esta manera abandoné mi Busk natal. Para desesperación de mi madre, partí solo rumbo al este, a Międzybóż, que distaba alrededor de doscientas millas. Ya el primer día conocí a Lejbko, un muchacho un poco mayor que yo que con el mismo fin había partido de Glinno y llevaba ya tres días en camino. Recién casado y luciendo su primer bigote, asustado de su matrimonio, obligó a sus suegros y esposa a aceptar que, antes de ponerse a hacer dinero, le permitieran relacionarse íntimamente con la verdadera santidad e impregnarse de ella para años venideros. Lejbko nació

en el seno de una respetable familia de rabinos de Glinno, y el hecho de que fuera a parar entre los jasidíes supuso una gran desgracia para sus familiares. Su padre fue a buscarlo dos veces para suplicarle que volviera a casa.

Al poco, nos hicimos inseparables. Dormíamos bajo una misma gualdrapa y compartíamos cada bocado. Me gustaba hablar con él, ya que era un muchacho muy sensible y discurría de manera diferente que los demás. Nuestros debates se trasladaban por la noche bajo aquella sucia gualdrapa, donde deliberábamos sobre grandes misterios.

Fue precisamente él, un joven esposo, quien me introdujo en los asuntos de las relaciones entre la mujer y el hombre, cosa que me pareció entonces igual de fascinante que las cuestiones del tsimtsum.

La casa de madera era grande y de techos bajos. Dormíamos en una cama tan ancha como la estancia, uno junto al otro, flacos, acurrucados, bajo unas gualdrapas en las que a menudo encontrábamos piojos; después nos frotábamos con hojas de menta las

picaduras de las pantorrillas. No comíamos mucho: pan, aceite, un poco de nabo. A veces las mujeres nos traían golosinas, como por ejemplo uvas pasas, mas éramos tantos que tocaban a unas pocas por cabeza, apenas las justas para no olvidar su sabor. En cambio, leíamos mucho, en realidad leíamos sin parar, por lo que teníamos los ojos siempre rojos como los conejos, y por ellos era fácil reconocernos a todos. A última hora de la tarde, cuando Besht podía dedicarnos un poco de su sagrado tiempo, lo escuchábamos a él y sus conversaciones con otros rebes. Entonces me empezaron a interesar cuestiones que mi padre no había sabido explicarme convincentemente. ¿Cómo puede existir el mundo si Dios está en todas partes? Si Dios es todo y está en todo, ¿cómo pueden existir cosas que no son Dios? ¿Cómo pudo Dios crear el mundo de la nada?

Es sabido que en toda generación hay treinta y seis hombres santos y que es gracias a ellos que Dios mantiene la existencia del mundo. Sin duda alguna, Baal Shem Tov fue uno de ellos. Aunque los santos, en su mayoría, no sean reconocidos como tales y lleven una vida de taberneros y zapateros pobres, las virtudes de Besht eran tan inmensas que habría sido imposible ocultarlas. Ese hombre no tenía ni una pizca de vanidad y, sin embargo, allí donde aparecía, todo el mundo se sentía coartado, cosa que lo atormentaba sobremanera. Se veía que llevaba su santidad como una pesada carga. En nada recordaba a mi padre, que siempre estaba triste y enojado. Besht se transformaba. Unas veces adoptaba el aspecto de un viejo sabio, entornaba los ojos y hablaba con gravedad, y otras veces, presa de algún extraño arranque, jugaba con nosotros, bromeando y suscitando carcajadas. Estaba siempre presto a hacer algo inesperado, sorprendente. Así atraía la atención a su persona y la mantenía permanentemente. Era para nosotros el centro del mundo.

A ninguno de nosotros lo atraía el rabinismo vacío e inerte, el acuerdo era unánime a este respecto: en este sentido, sería del agrado de mi padre. El Zohar se leía a diario y con gran devoción; muchos de los mayores eran cabalistas de ojos nublados que no cesaban de debatir los misterios divinos, haciéndolo como si hablasen de su granja: cuántas gallinas debían alimentar, cuánto heno les quedaba para el invierno...

Cuando en cierta ocasión uno de esos cabalistas preguntó a Besht si consideraba que el mundo era emanación de Dios, este último exclamó con alborozo: «Oh, sí, el mundo entero es Dios.» Todos asentimos con la cabeza, satisfechos. «¿Y el mal?», preguntó el otro capciosa y pérfidamente. «El mal también es Dios», dijo con calma Besht, siempre tan sereno, pero enseguida corrió entre los presentes un murmullo y se oyeron voces de otros rebes sabios y demás hombres santos. Y cualquier discusión suscitaba allí una reacción violenta:

tumbaban sillas, prorrumpían en sollozos, gritaban y se tiraban de los pelos. Muchas veces fui testigo de disquisiciones sobre el tema. A mí también me hervía la sangre. ¿Cómo podía ser? Y lo que nos rodeaba, ¿cómo clasificarlo? ¿En qué casilla debíamos inscribir el hambre y las heridas en el cuerpo, el degüello de los animales y los niños diezmados por la peste? En aquellos momentos siempre pensé que al discurrir de esta manera la única conclusión posible era que a Dios le importábamos un comino.

Bastaba con que alguien dijera que el mal no era malo en sí mismo, sino que así se lo parecía tan solo al hombre, para que empezasen los zarandeos en la mesa, el agua cayera al suelo desde la jarra rota mojando el serrín, alguien saliera airado corriendo e hiciera falta retener a otro alguien porque ya se abalanzaba sobre sus vecinos. Tal es el poder de la palabra pronunciada.

Por eso Besht no cesaba de repetirnos: «El del mal es el único misterio que Dios nos exhorta a abordar no a través de la fe, sino de la reflexión.» Así que reflexioné noches y días enteros, ya que a veces mi hambriento cuerpo, siempre ávido de bocado, no me dejaba dormir. Pensé que quizá fuese así, que Dios se hubiera dado cuenta de su error y esperase lo imposible del ser humano, al cual quería libre de pecado. De manera que Dios tenía elección: podía castigar por los pecados, castigar incesantemente, convirtiéndose en eterno ecónomo –como aquel que descarga latigazos en las espaldas de los campesinos cuando no trabajan lo suficiente en las heredades de los señores terratenientes–, como también podía, en su infinita sabiduría, mostrarse dispuesto a soportar la pecaminosidad de los hombres y dejar un espacio a sus debilidades. Se dijo Dios a sí mismo: No puedo tener al hombre libre y a la vez totalmente sumiso. No puedo tener a un ser sin pecado que al mismo tiempo sea hombre. Prefiero una humanidad pecaminosa a un mundo sin personas.

Oh, sí, todos estuvimos de acuerdo. Muchachos flacos con abrigo deshilachado y mangas siempre demasiado cortas, sentados a un lado de la mesa. Al otro, varios maestros.

Pasé varios meses con los santos de Besht y, pese al hambre y el frío, sentí que solo entonces había alcanzado mi alma la altura de mi cuerpo, el cual creció, se robusteció, las piernas se cubrieron de vello, lo mismo que el pecho, el vientre se endureció. Mi alma siguió al cuerpo y cristalizó. Además, me pareció desarrollar un nuevo sentido cuya existencia desconocía hasta entonces.

Algunas personas poseen el sentido de las cuestiones supraterrenales, al igual que otras tienen buen olfato, buen oído o un gusto infalible. Perciben sutiles movimientos en el enorme y complejo cuerpo del mundo. Además, algunos de ellos tienen la vista interior tan aguda que ven dónde ha caído una chispa: divisan su brillo en el

lugar más improbable. Cuanto peor es el lugar, más desesperadamente brilla la chispa, con mayor fuerza centellea y más ardiente y pura deviene su luz.

Mas también hay quienes carecen de ese sentido, así que tienen que fiarse de los cinco restantes, a los que reducen el mundo entero. Y, al igual que el ciego de nacimiento no sabe lo que es la luz, el sordo, lo que es la música, y el privado de olfato no tiene ni idea de lo que es el perfume de las flores, ninguno de ellos entiende esas almas místicas y considera locos o iluminados a quienes sí disfrutan de ese don, acusándolos de inventárselo por razones incomprensibles.

Los alumnos de Besht (bendito sea su nombre) empezaron aquel año a acusar síntomas de una extraña enfermedad, tal y como la definió él mismo con tristeza y preocupación, sin que yo supiera qué tenía en mente.

En cierta ocasión, durante un rezo, uno de los muchachos mayores prorrumpió en llanto y no hubo manera de calmarlo. Lo acompañaron a la estancia del santo, donde, sollozando, el desdichado confesó que, mientras decía el Shemá Israel, se imaginó a Cristo y a él dirigió la plegaria. Cuando el muchacho lo contaba, todos los que oían aquellas terribles palabras se tapaban los oídos y cerraban los ojos para impedir que tamaña blasfemia llegase a sus sentidos. Besht, entristecido, se limitó a menear la cabeza y después dio una explicación tan sencilla que todo el mundo quedó aliviado. A saber: aquel muchacho debió de pasar a diario al lado de una capilla cristiana, donde habría visto a Jesucristo. Y si algo se mira durante mucho tiempo, cuando algo se contempla muchas veces, la imagen de ese algo penetra en los ojos y en la mente, los corroe como la sosa. Y puesto que la mente del ser humano necesita de santidad, la busca en todas partes, como busca cualquier resquicio de luz el brote de una planta que crece en una cueva. Fue una buena explicación.

Lejbko y yo compartíamos una pasión secreta: escuchar intensamente la sonoridad de las palabras, el murmullo de las oraciones dichas al otro lado del panel de separación, y aguzar el oído cazando aquellas palabras que, uniéndose en rápida recitación, mezclaban sus significados. Cuanto más extraño era el resultado de nuestro juego, más alegría nos proporcionaba.

En Międzybórz, todo el mundo, igual que nosotros, estaba muy atento a las palabras, así que la pequeña ciudad parecía menesterosa, banal y fugaz, como si, confrontada a la palabra, la materia se encogiera avergonzada con el rabo entre las piernas: el camino, lleno de fango y de rodadas de carros, parecía conducir a ninguna parte, y las casuchas que lo flanqueaban –así como la casa de la sabiduría, la única con un amplio zaguán de madera podrida y ennegrecida en la que no parábamos de hacer agujeros con el dedo– parecían sacadas de un sueño.

Y puedo decir que también agujerábamos las palabras, escudriñando su abismal interior. Mi primera iluminación concernía a la semejanza de dos palabras.

A saber: para crear el mundo, Dios tuvo que retirarse de sí mismo, dejando en su cuerpo un vacío que devendría un espacio para el mundo. De ese espacio, Dios desapareció. La palabra «desaparecer»

deriva de la raíz «elem» y el lugar de la desaparición se denomina «olam»: el mundo. De manera que incluso el nombre del mundo da cabida a la historia de la desaparición de Dios. El mundo solo pudo aparecer porque Dios lo había abandonado. Al principio hubo algo que enseguida faltó. Así es el mundo. El mundo entero es una carencia.

DE LA CARAVANA Y DE CÓMO CONOCÍ A REB MORDKE

Tras mi regreso a casa, y con el fin de retenerme, me casaron con Lea, una muchacha de dieciséis años, inteligente, confiada y comprensiva. Les sirvió de bien poco, porque, al encontrar un pretexto en forma de trabajo para Elisha Shor, partí en viaje de negocios rumbo a Praga y Brünn.

Y allí conocí a Mordejái ben Elias Margalit, a quien todo el mundo llamaba reb Mordke, bendito sea el nombre de ese hombre bueno. Fue para mí un segundo Besht, al tiempo que el primero y único, ya que lo tuve para mí solo; él, a su vez, al sentir probablemente lo mismo que yo, me aceptó como su alumno. No sé qué fue lo que me atrajo tanto de él: deben de llevar razón aquellos que afirman que las almas se reconocen de inmediato y se atraen de forma incomprensible. Lo cierto es que abandoné a los Shor para quedarme con reb Mordke y me olvidé de mi familia, a la que había dejado en Podolia.

Reb Mordke era discípulo del célebre sabio Jonathan Eibeschütz, el cual, a su vez, era heredero del acervo de la sabiduría más antigua.

En un principio sus teorías se me antojaron nebulosas. Tuve la impresión de que mi maestro permanecía en un estado de permanente elevación que lo hacía respirar a pequeñas bocanadas, como si temiese tragar aire terrestre, que solo filtrado por la pipa proporcionaba un cierto apoyo a la vida.

Mas la mente de un sabio es inescrutable. En nuestro viaje, me confié del todo a él. Siempre sabía cuándo partir y qué camino enfilar para que gentes buenas nos llevasen en su carro o para que los peregrinos nos diesen algo de comer. Sus ideas, a primera vista, parecían absurdas, pero, siempre que las seguíamos, salíamos bien parados.

Estudiábamos juntos durante las noches y de día yo trabajaba. En más de una ocasión, el amanecer me sorprendía sobre los libros y los ojos me empezaban a supurar de tanto esfuerzo. Las cosas que me daba a leer Mordejái eran tan inverosímiles que mi hasta entonces práctica mente de joven podoliano se ponía a dar coces como un caballo que hubiera estado siempre uncido a la noria y al que de pronto quisieran convertir en corcel.

«Hijo mío, ¿por qué rechazas algo que no has probado?», me preguntó Mordejái cuando ya estaba decidido a volver a Busk para cuidar de mi familia.

Así que me dije, muy sensatamente –o así lo pensé entonces–: Tiene razón. Aquí solo puedo ganar, no tengo nada que perder. De manera que voy a esperar pacientemente hasta que dé con algo que me haga bien.

Me sometí a él, alquilé un pequeño cuarto detrás de un tabique de madera y viví modestamente, trabajaba por las mañanas en un despacho y las tardes y las noches las dedicaba a estudiar. Me enseñó los métodos de permutar y combinar letras, así como la mística de los números y otros «caminos de Séfer Ietzirá». Me mandó recorrer cada uno de esos caminos durante dos semanas hasta que su forma se grabara en mi corazón. De esta manera, me guió durante cuatro meses enteros, pasados los cuales me ordenó «borrarlo» todo.

Durante aquella velada cebó generosamente mi pipa con hierbas y me dio una oración muy antigua, ya nadie sabía de quién, la cual pronto se convertiría en mi propia voz. Sonaba así:

Mi alma no se dejará encerrar en una prisión,
en jaula de hierro o jaula de aire.
Mi alma quiere ser como una nave en el cielo
y las fronteras del cuerpo no pueden retenerla.
Y ningún muro la apresará:
ni aquel construido por mano humana,
ni el de la cortesía,
ni el de la amabilida
o de los buenos modales.
No la arrastrarán discursos altisonantes,
fronteras de reinos,
ni altas alcurnias: Nada.
El alma sobrevuela todo eso con gran facilidad,
está por encima de lo que contienen las palabras
y más allá de aquello que no tiene cabida en las palabras.
Más allá del placer y el miedo.
Excede lo bello y lo sublime,
lo mismo que lo vil y lo terrible.
Ayúdame, Buen Dios, y haz que la vida no me hiera.
Concédeme la capacidad de hablar, concédeme la lengua
y las palabras,
y entonces pronunciaré la verdad
sobre Ti.

MI REGRESO A PODOLIA Y UNA VISIÓN EXTRAÑA

Un tiempo después regresé a Podolia, donde, tras la repentina muerte de mi padre, me dieron el cargo de rabino de Busk. Lea me aceptó de nuevo y se lo agradecí con gran ternura. Supo organizarnos una vida bastante próspera y tranquila. Mi pequeño hijo Aron iba creciendo y robusteciéndose. Ocupado en el trabajo y en cuidar de mi familia, aparté de mí la inquietud del viaje y de toda cábala. La comunidad era bastante numerosa y estaba dividida entre «los nuestros» y «los otros», y yo, siendo un joven rabino sin experiencia, tenía obligaciones de sobra.

Sin embargo, una noche invernal en la que me costaba conciliar el sueño me sentí muy raro. Tuve la inquietante impresión de que nada de lo que me rodeaba era verdadero, de que todo era artificial, como si el mundo hubiese sido trazado por la mano de un hábil pintor sobre trozos de lienzo colgados por todas partes. En otras palabras: como si todo en derredor fuese inventado y por un milagro hubiese cobrado aparente forma.

Ya antes, cuando trabajaba con reb Mordke, varias veces me había asaltado esta misma sensación agotadora e inquietante, pero esta vez fue tan intensa que empecé a tener miedo, como cuando era niño. De repente me sentí encerrado, como alguien arrojado a una mazmorra en la que enseguida faltará

el aire.

Me levanté temblando, añadí leña a la estufa, coloqué sobre la mesa los libros con los que me había obsequiado reb Mordke, y, recordando sus enseñanzas, me puse a juntar las letras y a meditar en ellas siguiendo el método filosófico de mi maestro. Creí que de esa manera tendría la mente ocupada y

que el miedo se disiparía. Así pasé el tiempo hasta la mañana y luego me dediqué a atender mis tareas habituales. A la noche siguiente volví a hacer lo mismo hasta las tres de la madrugada. Lea estaba preocupada por mi comportamiento, se levantaba conmigo, se libraba con delicadeza de las pequeñas manos de nuestro hijo medio dormido y miraba por encima de mi hombro para ver qué hacía. En esas ocasiones siempre notaba la desaprobación en su rostro, mas ni siquiera ella podía detenerme. Era muy piadosa, rechazaba toda cábala y se mostraba recelosa ante los ritos shabtaianos.

La tercera noche extraña estaba ya tan cansado que pasadas las doce eché una cabezada con la pluma en la mano y el papel en las rodillas. Al despertar, vi que la vela estaba a punto de apagarse, así que me levanté para coger una nueva. Constaté sin embargo que pese a que la vela ya se había apagado la luz no desaparecía. Entonces, asombrado, me di cuenta de que era yo quien brillaba, que emanaba

de mí la luminiscencia que ocupaba toda la estancia. Me dije en voz alta: «No me lo creo», pero la luz no se apagó. Así que pregunté en voz alta: «¿Cómo es posible?» Mas, evidentemente, no oí respuesta alguna. Me di una bofetada y me pellizqué la mejilla, pero nada cambió. Permanecí hasta la mañana con los brazos caídos, cansado, con la cabeza vacía y... ¡seguía brillando! Hasta que, al amanecer, la luz se atenuó y, finalmente, desapareció.

Aquella noche vi el mundo de una manera del todo diferente a como lo había visto hasta entonces: iluminado por un sol ceniza, pequeño, miserable, mutilado. La oscuridad nacía en los lugares más recónditos, en cualquier agujero. Arrasaban ese mundo guerras y pestes, se desbordaban los ríos y temblaba la tierra. El hombre parecía un ser tan frágil que recordaba a la pestaña más pequeña del párpado, al polen de una flor. Comprendí entonces que la vida humana está hecha de sufrimiento y que esa era la verdadera sustancia del mundo. Todo gritaba de dolor. Después vi además el futuro, pues el mundo cambiaba, desaparecían los bosques y las ciudades ocupaban su lugar, y ocurrían otras cosas para mí incomprensibles, mas tampoco allí había esperanza, y se producían acontecimientos que ni siquiera podía comprender porque superaban mi entendimiento. Aquello me sobrecogió hasta tal punto que caí al suelo con estruendo, y entonces vi –o, al menos, así me lo pareció– en qué consiste la salvación. Después entró corriendo mi mujer y se puso a gritar pidiendo auxilio.

DEL VIAJE CON MORDEJÁI A ESMIRNA INDUCIDO POR UN SUEÑO SOBRE BOÑIGAS DE CABRA

Mi maestro Mordejái parecía saberlo todo. Pocos días después se presentó de improviso en Busk porque había tenido un extraño sueño. Soñó que ante la sinagoga de Lwów el Jacob bíblico repartía boñigas de cabra entre la gente. La mayoría de los obsequiados se indignaba o estallaba en risotadas, pero los que aceptaban la dádiva y se la tragaban con respeto, empezaban a emitir una luz como la de las linternas. Por eso el Mordejái de esa visión también extendió la mano para pedir su regalo.

Cuando, contento de su llegada, le conté mis aventuras con la luz, me escuchó atentamente y en sus ojos percibí orgullo y ternura. «Estás tan solo al principio del camino. Si recorrieras más trecho, sabrías que el mundo que nos rodea está

llegando a su fin; por eso lo ves como si fuese irreal y no percibes la luz exterior, que es falsa e ilusoria, sino la interior, la verdadera, que procede de las esparcidas centellas divinas que recogerá el Mesías.»

Mordejái consideró que yo era el elegido para llevar a cabo su

misión.

«El Mesías ya viene», me dijo al oído, inclinándose tanto que sus labios tocaban mis lóbulos. «Está en Esmirna.»

No entendí entonces lo que tenía en mente, mas sabía que Shabtai (bendito sea su nombre) había nacido en Esmirna, así

que pensé en él, pese a que hacía mucho que había abandonado este mundo. Mordejái propuso que partiéramos juntos rumbo al sur, compaginando los negocios con la búsqueda de la verdad.

El armenio Gregor Nikoróvich tenía en Lwów un negocio turco: importaba de Turquía sobre todo cinturones, aunque también comerciara con kílims y alfombras persas, bálsamo turco y armas blancas. Se instaló en Estambul para supervisar de cerca sus negocios, ya que cada cierto tiempo sus caravanas, cargadas de valiosas mercancías, partían rumbo al norte para después regresar al sur. Cualquiera podía unirse a ellas, no solo los cristianos, bastaba con mostrar buena voluntad y disponer de suficiente dinero como para pagar a escote al guía y la escolta armada. Se podía comprar en Polonia mercancías como la cera, el sebo o la miel, a veces incluso el ámbar, aunque ya no se vendía tan bien como antes; también había que contar con medios para los gastos durante el viaje y, una vez en destino, invertir el dinero ganado en algo de mercancía, para que así la expedición saliera a cuenta.

Pedí prestada una pequeña cantidad y Mordejái puso algo de sus ahorros. En total, disponíamos de un pequeño capital y, felices, nos pusimos en camino. Corría la primavera del año 1749.

Mordejái ben Elias Margalit, reb Mordke, era entonces un hombre ya maduro. Era infinitamente paciente y yo jamás conocí a nadie tan bondadoso e indulgente con el mundo. A menudo le serví de ojos para leer, porque ya no distinguía las letras más menudas. Escuchaba con suma atención y tenía tan buena memoria que podía repetirlo todo sin cometer error alguno. Mas seguía siendo un hombre ágil y bastante fuerte: durante el viaje yo era a veces más quejicoso. Se unía a la caravana todo bicho viviente, cualquiera que abrigara la esperanza de llegar felizmente a Turquía y después volver a casa: armenios y polacos, valacos y turcos que regresaban, a menudo incluso judíos de Alemania. Por el camino, unos abandonaban la caravana y otros ocupaban su lugar.

El itinerario llevaba de Lwów a Czerniowce; luego, bordeando el Prut, a Iaşi, para, finalmente, recalar en Bucarest, donde estaba previsto hacer una parada más larga. Allí decidimos abandonar la caravana y avanzar sin prisas por donde nos condujera Dios.

Durante las paradas, reb Mordke añadía al tabaco que fumábamos

en pipa un trocito de resina, lo que hacía que nuestros pensamientos se elevaran a lo alto y alcanzaran distancias muy largas y que todo pareciese lleno de sentidos ocultos y significados profundos. Me quedaba inmóvil de pie, levantaba ligeramente los brazos y así permanecía durante horas, transportado. Cada mínimo movimiento de cabeza revelaba grandes misterios. Cada brizna de hierba se inscribía en un sistema de significados más profundo, era una parte imprescindible de la inmensidad de este mundo, un mundo pensado y construido a la perfección, en el que la cosa más pequeña está unida a la cosa más grande.

De día deambulábamos por las callejuelas de los pueblos que encontrábamos por el camino, arriba y abajo, subíamos sus escaleras y mirábamos las mercancías expuestas directamente en las calles. Prestábamos mucha atención a las muchachas y muchachos jóvenes, mas no por placer propio, sino porque ejercíamos de alcahuetes que unían parejas. Decíamos, por ejemplo, en Nikopol que en Ruse vivía un muchacho simpático e instruido llamado –digamos– Shlomo y que sus padres le buscaban una esposa agradable y con buena dote. Y en Craiova decíamos que en Bucarest vivía una muchacha amable y buena, cierto que su dote no era muy grande, mas era tan hermosa que hacía falta entornar los ojos para mirarla, se llamaba Sara y era hija de Abraham, comerciante de ganado. Transportábamos esas nuevas como las hormigas transportan sus trozos de hojas y ramitas hasta que acaban formando un hormiguero. Cuando nuestro trabajo surtía efecto, nos invitaban a las bodas y, además de comer y beber a voluntad, ganábamos, como alcahuetes, dinero contante y sonante. Siempre nos sumergíamos en la mikve setenta y dos veces, tantas cuantas letras tiene el nombre de Dios. Nos podíamos permitir después un zumo de granada exprimido ante nuestros ojos, brochetas de cordero y un vino de la mejor calidad. Planeábamos grandes negocios que asegurarían el futuro de nuestras familias y nos permitirían entregarnos al estudio de los libros.

Pernoctábamos en los establos, con los caballos, en el suelo, sobre la paja, y, cuando empezaba a envolvernos el cálido y perfumado aire del sur, dormíamos a orillas de los ríos, bajo los árboles, en la callada compañía de animales de carga, aferrados a las solapas de nuestros abrigos, donde, cosidas, llevábamos las cosas más valiosas. El olor dulzón de agua sucia, de légamo y de peces pudriéndose, al poco tiempo resultaba incluso agradable, conforme aumentaban las disquisiciones de Mordejái, quien trataba de convencerme también a mí de que aquel era el verdadero olor del mundo. Por las tardes hablábamos a media voz, tan compenetrados que en cuanto uno empezaba el otro ya sabía lo que iba a decir. Mientras él peroraba sobre Shabtai y los complicados senderos por los que nos llegaría la

salvación, yo le hablaba de Besht, confiado en que sería posible conjugar la sabiduría de esos dos hombres, cosa que no tardó en revelarse imposible. Y antes de que yo tuviera que elegir, confrontábamos por las noches nuestras razones. Yo argüía que, según Besht, Shabtai sí había tenido una centella de santidad, mas que pronto se la arrebató Samael y que por eso mismo se adueñó de Shabtai. En aquellos momentos, reb Mordke agitaba los brazos como si quisiera ahuyentar aquellas terribles palabras. Le conté lo que yo mismo había oído en la casa de Besht, que al parecer Shabtai acudió a Besht a pedirle que lo reparara, pues se sentía un gran e indigno pecador. Semejante reparación, es decir, el tikún, consistía en que el santo se unía con el alma del pecador paso a paso, a través de las tres formas del alma: primero la nefesh del santo, es decir, el alma animal, se unía con la nefesh del pecador; después, una vez logrado esto, las ruaj, es decir, los sentimientos y la voluntad del santo, se unían con las ruaj del pecador, para que, finalmente, la neshamá del santo, es decir, el elemento divino que todos llevamos dentro, se uniese con la neshamá del pecador. Y mientras ocurría todo esto, Besht sintió cuánto pecado y cuánta oscuridad albergaba el hombre llamado Shabtai y lo rechazó con tal ímpetu que el otro cayó al mismísimo fondo del sheol.

A reb Mordke no le gustaba esa historia. «Tu Besht no había entendido nada. Lo más importante está en Isaías», decía, y yo asentía con la cabeza porque yo también conocía aquel célebre versículo del libro de Isaías 53, 9 donde se disponía entre los impíos la sepultura del Mesías. Porque el Mesías tenía que ser de la extracción más baja, pecador y mortal. Y enseguida a reb Mordke le venía a la mente la misma descripción: la del sexagésimo tikún del Tikunei HaZohar: «El Mesías será bueno por dentro, pero serán malas sus vestimentas.» Me explicó que dichas palabras se referían a Shabtai Tzvi, quien, presionado por el sultán, abandonó la religión judía para convertirse al islam. Y de esta manera, fumando, observando a la gente y debatiendo, llegamos hasta Esmirna, donde, durante sus cálidas noches, yo absorbía ese extraño conocimiento, mantenido en secreto, de que no era posible salvar el mundo con la mera oración y meditación, pese a que muchos lo hubieran intentado. El cometido del Mesías es terrible, el Mesías no es sino carne de matadero. Tiene que entrar en el mismo núcleo del reino de los escombros, en la oscuridad, y liberar de allí las sagradas centellas. El Mesías tiene que descender al abismo de todo mal y destruirlo desde dentro. Debe penetrar allí como uno cualquiera, un pecador que no despierte sospechas entre las fuerzas del mal y convertirse en la pólvora que hace estallar la fortaleza desde dentro.

Yo entonces era joven y, aunque consciente del sufrimiento y el

dolor, que ya había visto de sobra, era, sin embargo, confiado, consideraba al mundo bueno y humano. Me alegraban las mañanas frescas y todos mis quehaceres. Me alegraban los colores chillones de los bazares donde vendíamos nuestra miserable mercancía. Me alegraba la belleza de las mujeres, sus abismales ojos negros y sus párpados subrayados por una línea oscura. Me alegraba la delicadeza de los muchachos, sus cuerpos esbeltos y ágiles. Sí, todo aquello terminaba por marearme. Me alegraban los dátiles puestos a secar, su dulzura, las conmovedoras arrugas de la turquesa, todos los colores del arcoíris que componían las especias del bazar.

«No te dejes engañar por ese brillo dorado, ráscalo con una uña, mira lo que hay debajo», solía decir reb Mordke y me llevaba a los sucios patios y me enseñaba un mundo del todo diferente. Ancianas enfermas cubiertas de llagas pidiendo limosna ante el bazar; prostitutos enfermos y destrozados por el hachís; casuchas de barro hechas de cualquier manera en los suburbios; manadas de perros sarnosos escarbando en la basura entre los cuerpos de sus compañeros muertos por el hambre. Aquel era un mundo de crueldad y maldad sin sentido en el que todo se precipitaba hacia su propia perdición, descomposición y muerte.

«El mundo no es obra de un Dios bondadoso», me dijo un día reb Mordke cuando consideró que ya había visto lo suficiente. «Dios creó todo esto por casualidad y se marchó. Este es el gran misterio. El Mesías vendrá sigilosamente cuando el mundo esté sumido en la mayor oscuridad y la mayor pobreza, en el mal y el sufrimiento. Será tratado como un criminal, así lo vaticinaron los profetas.»

Aquella tarde, al borde de un enorme vertedero a las afueras de la ciudad, reb Mordke sacó de su bolsa un manuscrito forrado con paño grueso para disimular, para que pareciese poca cosa y nadie lo codiciara. Yo sabía qué libro era, mas Mordejái nunca me había propuesto que lo leyéramos juntos y yo no me había atrevido a pedírselo, aunque me moría de curiosidad. Creí que llegaría la hora en que él mismo me lo pondría delante. Y así fue. Sentí la importancia del momento, me recorrió un escalofrío y los pelos se me erizaron cuando, libro en mano, entré en el círculo de la luz. Enaltecido, empecé a leer en voz alta.

Era el tratado Va'avo hayom el ha'ayin, o He venido hoy a la fuente, escrito por Eibeschütz, el maestro de mi reb Mordke. Sentí entonces que me convertía en el siguiente eslabón de la larga cadena de iniciados que atraviesa generaciones y que comienza antes de Shabtai, antes de Abulafia, antes de Shimon Bar Yojai, antes de, antes de..., en la noche de los tiempos, y esa cadena, aunque desaparece a veces en el barro, aunque la cubre la hierba y los escombros de las guerras, continúa viva y se prolonga hacia el futuro.

6

DEL DESCONOCIDO INVITADO A LA BODA ATAVIADO CON CALZAS BLANCAS Y SANDALIAS

Para entrar en la estancia el extraño debe inclinar la cabeza, así que lo primero que llama la atención no es su rostro, sino su vestimenta. Lleva un abrigo ligero de color claro algo manchado, de los que no se suelen ver en Polonia, y sandalias y calzas blancas salpicadas de barro. Del hombro le cuelga una bolsa de piel bordada con hilos de colores. Al verlo, cesan las conversaciones y solo cuando levanta la cabeza y la luz de las lámparas se desliza por su rostro, en la estancia se oye exclamar:

–¡Nachman! ¡Pero si es nuestro Nachman!

Como no todos lo tienen claro, algunos susurran:

–¿Qué Nachman? ¿Quién es ese Nachman? ¿De dónde es? ¿El rabino de Busk?

Lo conducen directamente a la habitación de Elisha, donde están reunidos los ancianos: el rabino Hirsch de Lanckoruń, el rabino Moshe de Podhajce, gran cabalista, y Zalman Dobruška, de Prossnitz, y allí se cierra la puerta a su espalda.

Las mujeres se ponen en movimiento. Chaja y sus ayudantes preparan vodka, caldo caliente y pan con manteca de oca. Su hermana menor llena de agua una palangana para que el viajero se refresque. Solo Chaja tiene permiso para entrar donde están los hombres. Ahora mira cómo Nachman se lava cuidadosamente las manos. Ve a un hombre bajo y delgado, hecho a encorvarse, de rostro sereno y comisuras caídas de unos ojos que parecen eternamente tristes. Tiene el pelo largo, castaño y sedoso, y pelirroja la barba. Su alargado rostro es todavía joven, aunque una red de arrugas se haya instalado alrededor de los ojos: Nachman siempre los entorna. La luz de las lámparas le tiñe las mejillas de naranja y rojo. Al sentarse a la mesa, Nachman se quita las sandalias, del todo inapropiadas para las inclemencias del clima podoliano a estas alturas del año. Chaja clava la vista en esos pies grandes y huesudos embutidos en sucios calcetines de color claro. Piensa en que esos pies han venido caminando desde Tesalónica, Esmirna y Estambul, que se han impregnado del polvo macedonio y valaco para traer buenas nuevas. ¿Y si las nuevas son malas? No sabe qué pensar.

Mira de soslayo a su padre, Elisha Shor, a ver qué dice. Pero él se

ha vuelto de cara a la pared y se balancea suavemente hacia delante y hacia atrás. Las nuevas que ha traído Nachman son de una importancia tal que los ancianos deciden al unísono que él mismo debería contárselas a todos.

Chaja sigue mirando a su padre. Falta su madre, murió el año pasado. El viejo Shor quería volver a casarse, pero Chaja no se lo permitió y no se lo permitirá nunca. No quiere una madrastra. Tiene a su hija en el regazo. Ha cruzado las piernas para que la pequeña monte a caballito. Debajo de las fruncidas faldas asoman hermosos botines rojos de cordones que le llegan hasta media pantorrilla. Sus lustradas puntas, entre puntiagudas y redondeadas, atraen la mirada.

Nachman entrega primero a Shor las cartas de reb Mordke y de Isochar. Shor las lee en silencio durante largo rato. Esperan a que acabe. El aire se vuelve más denso, como si cobrara peso.

–¿Y todo le dice a usted que él es él? –pregunta a Nachman Elisha Shor tras un lapso infinitamente largo.

Nachman lo confirma. El cansancio y el vodka hacen que la cabeza le dé vueltas. Siente la mirada de Chaja, pegajosa, húmeda; podría decir que es como la lengua de un perro.

–Dejadle descansar –dice el viejo Shor. Se levanta y le da a Nachman unas amistosas palmadas en el hombro.

Los demás también se le acercan y apoyan sus manos en el hombro o la espalda del recién llegado. Todos acaban formando un círculo, las manos posadas sobre los hombros del vecino de uno y otro lado. Por un instante el círculo se hace impenetrable y algo aparece en el centro, una presencia, algo extraño. Permanecen inclinados hacia el interior del círculo, con las cabezas bajas, casi tocándose. Después uno de ellos da un primer paso hacia atrás, es Elisha, y todos se van alegres, con la cara sonrosada; finalmente, alguien le da a Nachman unas botas de caña alta forradas de piel de cordero para que se caliente los pies.

EL RELATO DE NACHMAN EN EL QUE APARECE JACOB POR VEZ PRIMERA

El bullicio y el murmullo se atenúan lentamente, Nachman espera largo rato, consciente de concitar ahora toda la atención. Empieza con un profundo suspiro, tras el cual se produce un silencio absoluto. El aire que aspiran y expulsan sus pulmones procede sin duda de un mundo diferente: la respiración de Nachman crece como la masa con levadura para cocer brioche trenzado; dorada, empieza a oler a almendras, centellea al calor del sol meridional y trae el aroma de un río generosamente derramado, porque es el aire de Nikopol, ciudad valaca de un país remoto, y el río no es otro que el Danubio, a cuyas

orillas está situada. El Danubio es tan ancho que a veces, en días nublados, no se ve la otra orilla. Domina la ciudad una fortaleza de veintiséis torres y dos portalones. Vigila el castillo un puñado de guardias cuyo comandante vive encima de la cárcel donde se retiene a ladrones y deudores. Por la noche, los guardias tocan el tambor y exclaman: «Allahu akbar!» La región es rocosa, seca en verano, pero a la sombra de las casas crecen higueras y moreras, y en las colinas, la vid. La ciudad, que cuenta con tres mil hermosos edificios con techumbre de teja o pizarra, está situada en la orilla sur del río. Los que más abundan son los barrios turcos, un poco menos los judíos y cristianos. El mercado de Nikopol siempre está atestado de gente, pues lo forman nada menos que mil hermosos puestos. Los artesanos tienen sus talleres en naves sólidamente construidas que limitan con las tiendas. Predominan los sastres, famosos por su talento a la hora de confeccionar cualquier prenda, un caftán o una camisa, aunque su especialidad son los trajes al estilo circasiano. ¡Y la de pueblos que se mezclan en el mercado! Valacos, turcos, moldavos y búlgaros, judíos y armenios, y a veces hasta comerciantes de Gdańsk.

La multitud es de lo más dispar, habla en un sinfín de lenguas, expone a la venta mercancías abigarradas: especias aromáticas, vistosos kílims, delicias turcas, tan dulces que hacen desfallecer de gozo, dátiles secos y uvas pasas de toda clase, pantuflas de piel exquisitamente teñidas y bordadas con hilo plateado.

–Muchos de los nuestros tienen allí sus puestos o mantienen a sus corredores; algunos de los aquí presentes conocen bien ese bendito lugar. –Nachman se acomoda mejor en la silla y mira al viejo Shor, pero el rostro de Elisha es inescrutable y no reacciona ni con el más mínimo parpadeo.

Nachman vuelve a suspirar profundamente y se sume en un prolongado silencio, de esta manera domina su propia impaciencia así como la de los demás. Los ojos de todos parecen apremiarlo diciéndole: Sigue, hombre, sigue..., pues saben que aún no ha empezado la verdadera historia.

Primero Nachman evoca a la novia. Cuando habla de ella, de Chana, hija del gran Tova, inconscientemente hace unos suaves gestos con la mano, muy delicados, gracias a los cuales sus palabras se vuelven aterciopeladas. Los ojos del viejo Shor se entornan un instante en una especie de sonrisa de aprobación: es así como hay que hablar de las novias. Los oyentes asienten satisfechos con la cabeza. La belleza, la dulzura y la sagacidad de las novias son la esperanza del pueblo entero. Y cuando vuelve a oírse el nombre del padre de Chana, unos cuantos chasquidos recorren la estancia, así que Nachman de nuevo se sume en el silencio con el fin de dar a su auditorio el tiempo suficiente para deleitarse. En cómo el mundo se completa, se

recompone. El tikún ha comenzado.

La boda se celebró en Nikopol hace varios meses, en junio. Ya conocemos a Chana. El padre de la novia no es otro que Yehuda Tova ha-Levi, un sabio, un gran jajam cuyos escritos han llegado incluso hasta aquí, a Rohatyn, y Elisha Shor los guarda en su armario; no hace mucho los ha estado estudiando. Chana es la única hija de Tova entre muchos hijos varones.

Qué ha hecho Jacob Lejbowicz para merecerla, sigue siendo un misterio. ¿Quién es ese hombre del que con tanta pasión habla Nachman? ¿Y por qué habla de él? ¿Jacob Lejbowicz de Korolówka? No, de Czerniowce. ¿Es de los nuestros o no lo es? Claro que tiene que ser de los nuestros si Nachman habla de él. Es un hombre de aquí, alguien recuerda que conocía a su padre, ¿no será un nieto de Yenta, la que se está muriendo en esta casa? Ahora todo el mundo mira a Israel de Korolówka y a su mujer, Sobla, pero estos, sin saber lo que se dirá a continuación, guardan silencio. La cara de ella se cubre de rubor.

–Yehuda Lejb de Czerniowce, él es el padre de ese Jacob –dice Elisha Shor.

–Fue rabino en Czerniowce –recuerda Moshe de Podhajce.

–No será para tanto –interviene, mordaz, Jeruchim, quien comercia con los Shor–. Enseñaba a escribir a los niños de la yeshivá. Lo llamaban Buchbinder.

–Es el hermano de Moisés Meir Kamenker –dice Shor en tono grave, momento en que se hace el silencio, pues el tal Kamenker era considerado un héroe: transportaba libros sagrados prohibidos desde Alemania a los hermanos ortodoxos, lo que le valió un anatema.

Ahora lo recuerdan y empiezan a hablar todos a la vez. Dicen que aquel Yehuda tuvo un arriendo primero en Bereżanka y Czerniowce, que sirvió a un terrateniente recaudando impuestos a los campesinos. Al parecer, estos le dieron una paliza. Cuando los denunció a su señor, este mandó castigarlos tan cruelmente que uno de ellos murió y Buchbinder tuvo que abandonar la región, porque los campesinos nunca lo habrían dejado en paz. Además, también los judíos le eran hostiles, porque leía abiertamente escritos de Natán de Gaza. Era un hombre extraño, colérico. Alguien recuerda cómo, después del anatema lanzado sobre su hermano, los rabinos presionaron a Lejb hasta que finalmente renunció a su cargo y se fue a Czerniowce, en Valaquia, donde bajo gobierno turco la vida era más tranquila.

–Siempre se sintieron atraídos por los turcos, hasta tal punto temían a los cosacos –añade Małka, hermana de Shor.

Nachman comprende que la figura del padre de Jacob no es muy apreciada. Cuanto más sepan de él, peor para su hijo. Así que deja al

padre a un lado.

Esto continúa siendo una gran verdad: ningún profeta puede ser «nuestro», de alguna manera debe ser un extraño. Debe venir de una tierra extraña, aparecer como por arte de magia, resultar raro, extraordinario. Debe envolverlo un halo de misterio, como aquel que –para los gentiles– nació del vientre de una virgen. Tiene que pisar de forma diferente, hablar de forma diferente. Lo mejor sería que viniera de lugares inimaginables, aquellos de donde llegan volando palabras exóticas, manjares sin probar y aromas sin oler: las naranjas, la mirra...

Pero tampoco esto es del todo cierto. El Profeta también debe ser «nuestro», lo mejor es que tenga una gota de nuestra sangre, que sea un pariente lejano de alguien a quien hayamos conocido, pero cuyo aspecto ya no recordemos. Dios nunca habla a través de un vecino, ni de ese con quien nos peleamos por el pozo, ni de aquel cuya mujer nos tienta con sus encantos.

Nachman espera a que acaben.

–Yo, Nachman de Busk, fui padrino en esa boda. El otro fue reb Mordke de Lwów.

En las cabezas de los reunidos en la estrecha estancia de techos bajos surge una idea alentadora. Todos están conectados con todos. El mundo es solo un múltiplo de esa estancia de la planta superior de la casa de los Shor en Rohatyn, junto a la plaza del mercado. A través de las nada herméticas cortinas de las ventanas y de la puerta hecha de cualquier manera, penetra hasta aquí la luz de las estrellas, así que también las estrellas son buenas amigas, seguro que algún antepasado o primo tuvo con ellas un contacto más íntimo. Si se pronuncia una palabra en una estancia de Rohatyn, enseguida se propagará por el mundo a través de los más diversos senderos y caminos, siguiendo la huella de las expediciones comerciales, con el aliento de los emisarios que sin parar circulan de país en país llevando cartas y repitiendo rumores. Como Nachman ben Levi de Busk.

Nachman ya sabe qué debe decir: perora acerca del traje de la novia y de la belleza de su hermano gemelo, Chaim, que se le parece tanto que son como dos gotas de agua. Describe los manjares dispuestos en la mesa, los músicos y sus instrumentos exóticos, nunca vistos aquí en el norte. Describe los higos madurando en los árboles, la casa de piedra situada de tal manera que desde ella se ve el gran río Danubio y los viñedos donde ya se han formado los racimos que dentro de poco recordarán los pezones de Lilit dando el pecho. El novio, Jacob Lejbowicz –así lo presenta Nachman–, es alto y de buena complexión; vestido a la turca, recuerda a un pachá. Lo llaman «el Sabio Jacob», aunque todavía no ha cumplido los treinta. Estudió en

Esmirna con Isochar de Podhajce (vuelven a oírse chasquidos de admiración entre los oyentes). Pese a su corta edad, ha amasado ya una considerable fortuna con el comercio de seda y piedras preciosas. Su futura esposa tiene catorce años. Hermosa pareja. Cuando se celebra la ceremonia de enlace, el viento cesa.

–Entonces... –dice Nachman y vuelve a detenerse, aunque él mismo tiene prisa por contarlo–, entonces el suegro de Jacob entró bajo el dosel y acercó sus labios al oído de Jacob. Pero aun si todo el mundo se hubiera sumido en el silencio, si los pájaros hubieran dejado de cantar y los perros de ladrar, si los carros se hubieran detenido, nadie habría oído el secreto que Tova confesó a Jacob. Pues aquello no fue sino la raza de-mehemanuta, el secreto de nuestra fe, pero pocos están lo suficientemente maduros para oírlo. El secreto es tan inconmensurable que, al parecer, cuando el hombre lo conoce, su cuerpo empieza a temblar. Solo puede ser susurrado al oído del más allegado y solo en una habitación oscura, para que nadie lo adivine, ni por el movimiento de los labios ni por el rostro transformado por el asombro. Se lo susurra al oído tan solo a los elegidos, que han jurado no repetirlo jamás a nadie bajo amenaza de anatema portador de la enfermedad o de la muerte súbita.

–¿Cómo se puede hacer caber en una frase tamaño secreto? –Nachman se adelanta a la posible pregunta–. ¿Será una simple afirmación o, por el contrario, una negación? ¿Y si fuera una pregunta?

Sea lo que fuere, todo aquel que conozca el secreto vivirá en paz y seguro de sí mismo. A partir de ese momento, la cosa más complicada parecerá sencilla. Tal vez se trate de un entresijo, algo siempre próximo a la verdad, una frase corcho que cierre la cabeza al pensamiento y la abra a la verdad. Quizá el secreto sea un conjuro, una veintena de sílabas aparentemente sin sentido o una sucesión de números, una gematría perfecta donde los valores numéricos de las letras desvelan un sentido del todo diferente.

–Hace muchos años desde Polonia se envió a Chaim Malach a Turquía en busca de ese secreto –dice Shor.

–Pero ¿lo trajo consigo? –Jeruchim lo pone en duda.

Un murmullo recorre la estancia. El relato de Nachman es hermoso, pero a la gente le cuesta creer que todo eso se refiera a su paisano. ¿Aquí? ¿La santidad? ¿De dónde ha salido ese nombre? «Jacob Lejbowicz» suena igual que el nombre de cualquier carnicero, así se llama el peletero de Rohatyn.

Al anochecer, cuando todos se han ido ya, el viejo Shor coge a Nachman del brazo y los dos salen a la calle, ante la tienda.

–No podemos seguir aquí –dice señalando la enfangada plaza del

mercado de Rohatyn y las oscuras nubes que vuelan a tan baja altura que casi se las oye gritar cuando chocan con la torre de la iglesia–. No podemos comprar tierra aquí, instalarnos para siempre. Nos desperdigan a los cuatro vientos y sobre cada generación se cierne una catástrofe, una auténtica guezerá. ¿Quiénes somos y qué nos aguarda?

Se apartan varios pasos el uno del otro y en la oscuridad se oyen los chorritos de orina golpear la valla.

Nachman ve una casucha inclinada hacia el suelo, techada con un capuchón de paja, de ventanas diminutas y tablones podridos, y, tras ella, se divisan otras, añadidas, igual de inclinadas, pegadas la una a la otra como las celdas de un panal. Y sabe que en ellas hay un montón de pasadizos, pasillos, rincones recónditos donde aguardan carretillas con madera por descargar. Y patios vallados con cercas de baja altura sobre cuyas estacas, de día, se calientan al sol las ollas de barro. Y que desde ahí salen pasadizos a otros patios, tan pequeños que apenas se puede dar la vuelta, con tres puertas, y cada una da a una casa. Y hay buhardillas que unen las casuchas por arriba, y en ellas un montón de palomas miden el tiempo con las capas de sus excrementos: relojes vivientes. En los huertos del tamaño de un abrigo desplegado la col se enrosca con esfuerzo y la zanahoria se aferra con uñas y dientes al canalón. Aquí no hay lugar para flores, así que tan solo se pueden permitir unas malvas: crecen hacia arriba; ahora, en octubre, sus tallos secos parecen apuntalar la casa. A lo largo de los callejones, junto a las cercas, se desparrama la basura, vigilada por gatos y perros asilvestrados. Se extiende a lo largo de todo el pueblo, a lo largo de las calles, los huertos y las lindes, hasta el río, donde las mujeres lavan afanosamente toda la inmundicia del asentamiento.

–Necesitamos a alguien que nos apoye en todo, alguien que nos ampare. No un rabino, ni un sabio, ni un rico, ni un guerrero. Necesitamos a un hombre poderoso que parezca un alfeñique, alguien sin miedo. Él nos sacará de aquí –dice Elisha Shor, mientras se ajusta las pesadas solapas de su abrigo de lana–. ¿Conoces a alguien así?

–¿Y adónde? ¿Adónde se supone que deberíamos ir? –pregunta Nachman–. ¿A la Tierra de Israel?

Elisha da media vuelta y echa a andar hacia la casa. Su olor alcanza a Nachman por un instante, el viejo Shor huele a tabaco a medio secar.

–Al mundo. –Elisha Shor hace un gesto con el brazo como si señalara un espacio por encima de sus cabezas, por encima de los tejados de Rohatyn.

Una vez dentro de la casa, Elisha Shor dice:

–Nachman, tráelo aquí. A ese Jacob.

LA ESCUELA DE ISOCHAR Y QUIÉN ES DIOS EN REALIDAD. CONTINUACIÓN DEL RELATO DE NACHMAN BEN LEVI DE BUSK

Esmirna sabe que peca, que engaña, que embauca. En sus estrechos callejones se comercia día y noche; siempre hay alguien que tiene algo para vender, siempre hay alguien que quiere comprar algo. Las mercancías pasan de mano en mano, el brazo se extiende en busca de monedas que desaparecen en los profundos bolsillos de los abrigos, en los pliegues de los anchos pantalones. Sacos, faltriqueras, cajitas, bolsitas, en todas partes tintinean las monedas, todos abrigan la esperanza de enriquecerse con la transacción. En las escalinatas de las mezquitas se sientan los llamados sarafams, tienen sobre las rodillas pequeñas mesas con una hendidura lateral que sirve para apartar las monedas ya contadas. Junto a ellos guardan sacos de plata y oro, así como cualquier divisa por la que el cliente quiera cambiar su capital. Deben de tener todas las clases de dinero que existen, conocen de memoria los tipos de cambio; ningún libro sabio, ni el mejor mapa, nada puede representar el mundo como los perfiles y nombres de los poderosos acuñados en cobre, plata y oro. Es desde aquí, desde las planas superficies de las monedas, desde donde gobiernan lanzando severas miradas a sus súbditos: cual dioses paganos.

Los callejones forman una intrincada maraña en la que no tardará en perderse quien yerre el camino. Allí tienen los más ricos sus puestos y tiendas. Los almacenes se extienden hasta el fondo de los edificios y se transforman en viviendas donde los comerciantes guardan a sus familias y sus mercancías más valiosas. Las callejuelas están a menudo cubiertas, lo que hace que la ciudad recuerde a un auténtico laberinto y que a menudo los recién llegados se pierdan antes de acceder a las zonas ya conocidas. Casi no hay plantas; allí donde no se levanta una casa o un templo, la tierra es seca y pedregosa, está cubierta de basura, de desperdicios a medio pudrir en los que perros y pájaros escarban y se disputan cada bocado.

Esmirna está llena de judíos de Polonia llegados ya en busca de limosna, porque proceden de lugares asolados por la pobreza, ya para arreglar asuntos comerciales: los hay pequeños, que se cuentan en pocas monedas de oro, y grandes, para los que no hay baúles ni sacos suficientes. Van de un lado para otro haciendo preguntas y negocios, y ni se les pasa por la cabeza la idea de volver a casa. Los judíos de Esmirna los miran con aires de superioridad, no conocen su lengua y se comunican con ellos en hebreo (quien lo sabe) o en turco. A los recién llegados se los reconoce enseguida por su ropa de abrigo, manchada, con los bajos deshilachados, pobretona: salta a la vista que han recorrido un buen trecho del mundo. Van con el pecho al aire,

con todo abierto, porque hace demasiado calor.

Algunos de los comerciantes ricos de Podolia mantienen aquí a sus corredores, quienes hacen circular la mercancía, prestan dinero, dan garantías de transporte y cuidan del negocio en ausencia del amo.

Muchos de ellos, los más, son seguidores de Shabtai Tzvi. No lo ocultan en absoluto y ensalzan abiertamente al Mesías, sin temer persecución alguna, pues aquí en Turquía el sultán tolera diferentes religiones siempre y cuando no se las predique con demasiada insolencia. Estos judíos ya se han adaptado en parte al nuevo lugar, visten a la turca y se comportan con naturalidad. Otros, menos seguros de sí mismos, siguen vistiendo al modo judío, pero debajo de los paños podolianos ya asoma algo distinto, abigarrado: aquí una bolsa adornada, allí una barba recortada a la moda, más allá unos zapatos turcos de piel suave. De esta manera, la fe se manifiesta en la vestimenta, aunque es bien sabido que son presa de ideas shabtaianas también muchos de los que mantienen el aspecto de los judíos más verdaderos.

Nachman y reb Mordke mantienen estrecha relación con todos ellos, porque les resulta más fácil entenderse y porque contemplan este inmenso y abigarrado mundo con ojos parecidos. Hace poco conocieron a Nussen, quien, al igual que ellos, es originario de Podolia y se las apaña mejor en Esmirna que cualquier otro nativo.

El tuerto Nussen, hijo del talabartero Aron de Lwów, compra pieles tintadas, suaves, delicadas y estampadas. Empaqueta esas pieles en cajas y dispone todo lo necesario para su transporte rumbo al norte. Deja parte en Bucarest, Vidin y Giurgiu, y el resto lo envía a Polonia. A Lwów llega la cantidad exacta para que funcione a pleno rendimiento el taller de sus hijos, quienes con ellas confeccionarán cubiertas de libro, billeteros, faltriqueras... Nussen es un hombre inquieto y nervioso, habla deprisa en varias lenguas a la vez. En los escasos momentos en que sonríe, descubre unos dientes perfectos de un blanco inmaculado: una imagen de lo más singular, su rostro deviene hermoso. Conoce a todo el mundo. Se mueve hábilmente entre los tenderetes, sortea carros y burros por los estrechos callejones. Su única debilidad son las mujeres. No puede resistirse a ninguna, cosa que le complica la vida a cada momento. Y tampoco logra ahorrar dinero para volver a casa.

Reb Mordke y Nachman encuentran a Isochar de Podhajce gracias a Nussen, quien, orgulloso de conocer al sabio personalmente, los conduce hasta él.

La escuela de Isochar es un edificio de una planta, alto y estrecho, situado en el barrio turco. En el centro de un patio umbrío crece un naranjo, más allá hay un huerto de añosos olivos bajo cuya sombra se refugian a menudo perros callejeros. Los echan de allí a pedradas.

Todos tienen un mismo pelaje leonado, como si fueran de una misma familia y procedieran de una misma Eva canina. Abandonan la sombra a regañadientes, muy despacio, mirando a las personas como si fueran las causantes de su eterno tormento.

En el fresco interior reina la penumbra. Isochar da una cordial bienvenida a reb Mordke, le tiembla la barbilla de emoción: los dos ancianos, algo encorvados, cogidos por los hombros, se ponen a dar vueltas, y es como si las nubes blancas que en forma de barba les penden de los labios celebraran un baile.

Dan pequeños pasos uno alrededor del otro, se parecen, aunque Isochar es más menudo y más pálido, se ve que rara vez sale a que le dé el sol.

A los recién llegados se les ofrece un dormitorio idóneo para dos personas. La fama de reb Mordke se hace extensiva a Nachman, al que tratan con seriedad y respeto. Por fin podrá dormir en una cama limpia y cómoda.

Abajo duermen los jóvenes adeptos, uno al lado de otro, en el suelo, casi como en casa de Besht de Międzybóż. La cocina está en el patio. El agua hay que ir a buscarla con grandes barreños al pozo judío del patio de al lado.

En el aula reinan el ruido y el bullicio, como en un mercado, solo que aquí se comercia con otra cosa. Y nunca se sabe quién es maestro y quién discípulo. Aprender de jóvenes inexpertos y no echados a perder por los libros, he aquí la recomendación de reb Mordke. Isochar va aún más lejos: aunque sigue siendo el eje alrededor del cual todo gira, el bet midrash es el espacio más importante, funciona como una colmena o un hormiguero, y si hay una reina que aquí gobierne no puede ser otra que la Sabiduría. Los jóvenes tienen muchas prerrogativas. Tienen el derecho y el deber de hacer preguntas; ninguna es tonta y sobre todas se debe reflexionar.

Los debates son los mismos que en Lwów y en Lublin, solo cambian las circunstancias y el entorno: no se celebran en una choza húmeda y llena de humo, tampoco en un aula escolar de suelo cubierto de serrín y olor a madera de pino, sino a cielo abierto, sobre piedras recalentadas por el sol. Por la tarde las cigarras eclipsan las voces de los participantes, hasta tal punto que se ven obligados a levantar la voz para poder expresarse con claridad y ser comprendidos.

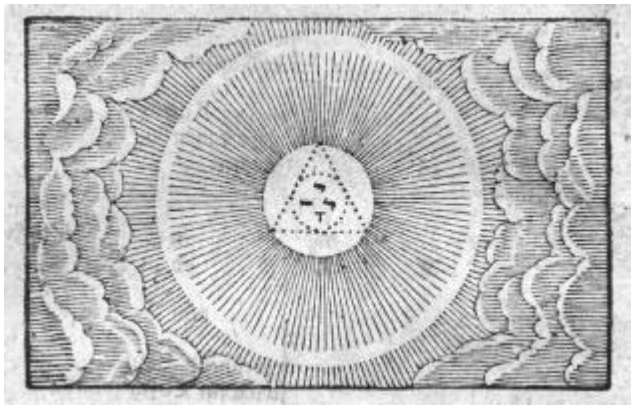
Isochar enseña que existen tres caminos en la búsqueda de la espiritualidad. El primero es el más sencillo. Lo siguen, por ejemplo, los ascetas musulmanes. Echan mano de cualquier artimaña posible para erradicar de sus almas toda forma natural, es decir, cualquier imagen del mundo terrenal, porque estas obstaculizan las formas verdaderamente espirituales; si una de estas últimas se manifiesta en

el alma, hay que aislarla y fortalecerla en la imaginación hasta que crezca y ocupe el alma entera, y el hombre adquiera el don de la profecía. Pronuncian, por ejemplo, repetida e incesantemente, el nombre de Alá, Alá, Alá, hasta que la palabra ocupa toda su mente: lo llaman «apagamiento».

El segundo camino es de naturaleza filosófica y desprende un aroma dulce para nuestra razón. Consiste en que el alumno adquiera conocimiento en un campo, por ejemplo, en las matemáticas, después en otros, hasta que, finalmente, llegue a la teología. La materia en que ha profundizado y que ha poseído su razón humana lo domina, mientras que él se cree gran maestro en todos los campos. Empieza a comprender distintas relaciones complejas y está convencido de que esto se debe a que ha ampliado y profundizado su conocimiento humano. Sin embargo, no sabe que son las letras atrapadas por su pensamiento e imaginación las que mandan en él, con el movimiento ponen orden en su mente y abren la puerta a una espiritualidad inexpresable.

El tercer camino, el cabalístico, que consiste en desplazar, pronunciar y contar letras, conduce a la verdadera espiritualidad. Este camino es el mejor, y además proporciona gran gozo, porque gracias a él es posible acercarse a la esencia misma de la creación y adquirir el conocimiento de quién es Dios.

No resulta fácil calmarse tras semejantes debates, y a Nachman, antes de dormir, una vez fumada la última pipa con reb Mordke, se le aparecen ante los ojos imágenes extrañas: ora colmenas llenas de abejas luminosas, ora figuras sombrías de las que nacen otras. Una ilusión. No puede dormir y el insomnio lo agrava un calor de justicia al que ellos, hombres del Norte, no consiguen acostumbrarse. Más de una vez, Nachman se sienta solo en mitad de la noche al borde de un basurero y contempla el cielo estrellado. La primera cosa que debe comprender todo adepto es que Dios, independientemente de lo que sea aquel ser, nada tiene que ver con el hombre y permanece tan lejano que es inaccesible a los sentidos humanos. Lo mismo sucede con sus intenciones. Nunca los hombres sabrán lo que quiere.



DEL SIMPLÓN DE JACOB Y DE LOS IMPUESTOS

Ya durante el camino han oído hablar de Jacob por boca de otros viajeros: que es un alumno de Isochar y que ya se ha ganado fama entre los judíos, aunque no se sabe por qué. ¿Acaso gracias a su brillantez y a un comportamiento extraño que quiebra todas las normas humanas? ¿O gracias a una sabiduría inusual en un hombre tan joven? Se dice que él mismo se tiene por un simplón y que se hace llamar amorit, simplón. Afirman que es un hombre rarísimo. Cuentan que, cuando tenía quince años de edad y aún vivía en Rumanía, se dejó caer, como si tal cosa, en una taberna donde se cobraban aranceles y, tras sentarse a la mesa, se hizo servir vino y comida, sacó unos papeles y exigió que le trajeran los productos imponibles, los apuntó minuciosamente y se quedó el dinero. Habría ido a parar a la cárcel de no haber terciado en su favor una dama rica; gracias a su intercesión, lo trataron con benevolencia, achacándolo todo a un arrebato juvenil.

Al oírlo, todos esbozan una sonrisa de aprobación y se dan palmadas en la espalda. También ha sido del agrado de reb Mordke; a Nachman, en cambio, le parece indecente el comportamiento del protagonista y, a decir verdad, le sorprende que, no solo reb Mordke, sino también los demás suelten alegres risotadas.

–¿Por qué os admira tanto? –pregunta enojado.

Reb Mordke deja de reír y lo mira de reojo.

–Pregúntate qué hay de bueno en ello –dice mientras alcanza sosegadamente la pipa.

Nachman tiene claro que Jacob engañó a aquella gente y se quedó un dinero que en absoluto le correspondía.

–¿Por qué estás a favor de los otros? –le pregunta reb Mordke.

–Porque yo también tengo que pagar el fogaje, pese a que no he hecho nada malo. Por eso me dan pena aquellas personas que son despojadas de lo que les pertenece. Cuando se presente el recaudador

verdadero, tendrán que volver a pagar.

–¿Y has pensado por qué deben pagar?

–¿Cómo que por qué? –Nachman se asombra ante las palabras de su maestro–. ¿Cómo que «por qué deben pagar»? –le faltan palabras, hasta tal punto es obvia la necesidad de pagar.

–Pagas por ser judío, vives a merced de los señores terratenientes y del rey. Pagas los impuestos, pero cuando sufres una injusticia, ni el señor ni el rey corren a interceder por ti. ¿Acaso está escrito en alguna parte que tu vida tenga un coste? ¿Que cada año, cada mes y cada día de tu existencia tengan un precio susceptible de convertirse en oro? –dice reb Mordke mientras, tranquila y cuidadosamente, carga la pipa.

Esto le da que pensar a Nachman más que las disputas teológicas. ¿Cómo es que unos pagan y otros cobran? ¿Cómo es que unos tienen grandes extensiones de tierra, que ni siquiera son capaces de recorrer, mientras que otros arriendan un pedacito por el que pagan tanto que ya no les queda ni para pan?

–Porque lo han heredado de sus padres y de sus madres –dice sin convicción cuando al día siguiente retoman el asunto. Y presiente hacia dónde apunta la argumentación de reb Mordke.

–¿Y de quién lo heredaron sus padres? –pregunta el viejo.

–¿De sus padres...? –dice Nachman, dejando a mitad una respuesta tan defectuosa, pues ya comprende el mecanismo del razonamiento, así que prosigue por su cuenta como si fuese su propio interlocutor–. O porque prestaron un servicio al rey y fueron recompensados con tierras en propiedad. O porque las compraron y ahora se las legan a sus descendientes...

Al oír esto, el tuerto Nussen se enciende.

–A mí me parece que la tierra no se debe vender ni comprar en propiedad. Lo mismo que el agua y el aire. Tampoco se puede comerciar con el fuego. Son cosas que Dios nos ha dado, no a cada uno por separado, sino a todos. Como el cielo y el sol. ¿Acaso el sol es propiedad de alguien?, ¿acaso las estrellas pertenecen a alguien?

–Claro que no, porque no dan ningún provecho. Lo que reporta beneficio al hombre tiene que ser propiedad de alguien... –intenta argumentar Nachman.

–¿¡Cómo que el sol no da provecho!? –exclama Jeruchim–. Si las manos de los avariciosos fueran capaces de alcanzarlo, enseguida lo cortarían en pedazos, los esconderían en un cofre y esperarían el momento oportuno para venderlos.

–Y, además, la tierra se despieza como el cuerpo muerto de un animal: se la apropian, la vigilan y la custodian –murmura reb Mordke, pero cada vez lo ocupa más la pipa y todos saben que no tardará en sumirse en uno de sus suaves éxtasis donde «impuesto» es una palabra incomprensible.

El tema de los impuestos suscita tanto interés entre los oyentes de Rohatyn que Nachman debe interrumpir su relato porque todos empiezan a hablar entre ellos.

Se advierten mutuamente, por ejemplo, de que no deben hacer negocios con los «otros» judíos, porque eso no conduce a nada bueno. Aún resuena el escándalo del rabino Isaac Babad de Brody, que malversó el dinero de la comunidad. ¿Y cómo van a pagar impuestos? Son demasiado elevados y lo gravan todo, de manera que deja de tener sentido cualquier actividad. Más valdría tumbarse y dormir desde la mañana hasta la noche, mirar cómo las nubes navegan por el cielo y escuchar el lenguaje de los pájaros. Los comerciantes cristianos no tienen tales problemas, sus impuestos son humanos; y los armenios lo tienen muchísimo mejor por ser cristianos. Por eso, polacos y rutenos consideran a armenios como «de casa», aunque según los reunidos en casa de los Shor, eso no es verdad. La mente del armenio es inescrutable y retorcida. Hasta es capaz de burlar a un judío. Todo el mundo actúa en su favor, porque saben seducir, aunque en realidad son astutos y escurridizos como serpientes. Mientras tanto, las comunidades judías deben pagar cada vez más tributos, hasta tal punto que ya se ha endeudado el sínodo porque pagaba fogaje también por aquellos judíos que no se lo podían permitir. Así que mandan los más ricos, los que tienen dinero, y después sus hijos y nietos. A las hijas las casan en el seno de la familia y de esta manera no se dispersa el capital.

¿Es posible no pagar impuestos? ¿Escapar a ese mecanismo? Porque si quieres ser honrado y respetar el orden, ese orden no tardará en decepcionarte. ¿Acaso no se decretó en Kamieniec la expulsión de los judíos en un solo día? Ahora tienen prohibido establecerse a menos de seis millas de la ciudad. ¿Qué se puede hacer ante algo así?

–La casa estaba recién pintada –dice la esposa de Jeruchim, quien comercia con vodka–, teníamos un hermoso jardín.

La mujer rompe a llorar, sobre todo por el perejil perdido y por las coles, que prometían ser buenas. El perejil era del grosor del pulgar de un hombre fuerte. La col, compacta, del tamaño de la cabeza de un recién nacido. Ni siquiera eso le dejaron llevarse. La comparación con la cabeza de un recién nacido provoca una misteriosa reacción: otras mujeres también empiezan a sollozar, así que se sirven un poquito de vodka, gracias al cual, aún entre lágrimas, se calman y vuelven a sus quehaceres, a zurcir y a desplumar las ocas; sus manos no deben estar sin hacer nada.

DE CÓMO NACHMAN SE APARECE A NACHMAN, ES DECIR, UNA SEMILLA DE OSCURIDAD Y UNA PEPITA DE LUZ

Nachman suspira, con lo que silencia las voces del auditorio. Ahora vendrá lo más importante: todos lo presienten. Se quedan completamente quietos, como a la espera de una revelación.

Los pequeños negocios de Nachman y reb Mordke en Esmirna no van bien. Las cavilaciones sobre Dios les quitan demasiado tiempo; invertir ese tiempo en plantear preguntas y en reflexionar solo genera gastos. Y puesto que cada respuesta suscita nuevas preguntas, el negocio cojea, porque los gastos no paran de aumentar. Las cuentas siempre arrojan déficit y hay más entradas en la columna del «debe» que en la del «haber». Sí, señor, si se pudiera comerciar con preguntas tanto él como reb Mordke amasarían una fortuna.

De vez en cuando los jóvenes envían a Nachman para que ejerza de vencepleitos. Es el mejor, no hay quien se le resista. Muchos judíos y griegos prestos a discutir animan a los jóvenes adeptos e insisten en que Nachman entre en liza con ellos. Se trata de una especie de duelo callejero: los adversarios se sientan uno frente al otro, a su alrededor se congrega un grupo de mirones. El inspirador lanza un tema, no importa cuál, pues se trata de presentar tales argumentos que el otro tenga que rendirse ante ellos, es decir, que no sepa rebatirlos. El perdedor de la competición paga o invita a comida y vino, momento que se convierte en ocasión para una nueva disputa, y así sucesivamente. Nachman siempre gana, gracias a eso no se acuestan con hambre.

–Una tarde, cuando Nussen y otros me buscaban a alguien con quien discutir, yo me quedé en la calle: prefería observar a los afiladores de cuchillos, vendedores de frutas, exprimidores de zumo de granada, músicos callejeros..., el omnipresente enjambre humano. Me puse en cuclillas a la sombra junto a unos burros porque hacía un calor insoportable. En un determinado momento, vi que de aquel enjambre salía un hombre y se dirigía hacia la puerta de la casa donde vivía Jacob. Tardé un rato, varios latidos del corazón, en comprender a quién estaba viendo, aunque desde un primer momento me resultó familiar. Acuclillado, lo veía desde abajo mientras se encaminaba hacia la puerta de Jacob vestido con un abrigo de fustán, idéntico a uno que tenía yo en Podolia. Vi su perfil, su escaso vello en las mejillas, la piel salpicada de pecas y la cabellera pelirroja... De pronto se volvió hacia mí y entonces lo reconocí. ¡Era yo mismo! –Nachman interrumpe un instante el relato para oír las exclamaciones de asombro llenas de incredulidad.

–¿Cómo? ¿Qué significa eso?

–Mal presagio.

–Un presagio de la muerte, Nachman.

Sin hacer caso a los temerosos comentarios, prosigue:

–Hacía un calor de justicia; el aire, de tan ardiente, se me antojaba repleto de cuchillos. Me mareé y mi corazón parecía pender de un hilo muy fino. Quise levantarme, pero me fallaron las piernas. Me sentí morir y solo fui capaz de abrazarme al burro, que, lo recuerdo bien, me miraba asombrado ante semejante demostración de ternura.

Un niño empieza a reír en voz alta, pero su madre lo manda callar.

–Lo vi como una sombra. La luz era cegadora, de primera hora de la tarde. Se me acercó y se inclinó sobre mi cuerpo al borde del desmayo para tocar mi frente febril. En una fracción de segundo recuperé la lucidez y me puse en pie... Y él, mi otro yo, desapareció.

Los oyentes respiran con alivio, por todas partes se oyen murmullos y susurros. Es un buen relato, gusta.

Pero Nachman se lo ha inventado. La verdad es que se desmayó junto a los burros y que nadie acudió en su ayuda. Los camaradas se lo llevaron más tarde. Y fue solo al anochecer, cuando estaba tumbado en una habitación oscura sin ventanas, fresca y silenciosa, cuando Jacob fue a verlo. Se detuvo antes de entrar, apoyó el brazo en la puerta y, así inclinado, escudriñó el interior. Nachman no vio más que un contorno, una oscura figura enmarcada en el rectángulo de la puerta con la escalera al fondo. Jacob tuvo que agachar la cabeza para poder entrar. Dudó antes de dar ese paso, aún no sabía que cambiaría su vida. Finalmente se decidió y entró a verlos: a Nachman, vencido por la fiebre, y a reb Mordke, sentado junto a él en la cama. Su pelo, que le caía hasta los hombros, asomaba ondulante por debajo de un gorro turco. La luz jugueteó por un instante en su espesa barba oscura, produciendo reflejos de color rubí. Parecía un muchacho precozmente adulto.

Una vez recuperado, mientras recorría las calles de Esmirna pasando al lado de cientos de personas ocupadas en sus asuntos, Nachman no lograba deshacerse de la sospecha de que entre ellas podía encontrarse el Mesías y que nadie sabía reconocerlo. Y lo peor: que ni él mismo, el Mesías en persona, era consciente de serlo.

Al oír esto, reb Mordke meneó la cabeza durante largo rato antes de decir:

–Tú, Nachman, eres un instrumento sensible. Tierno y delicado. Tú mismo podrías ser el profeta de ese Mesías, al igual que Natán de Gaza fue profeta de Shabtai Tzvi, bendito sea su nombre.

Y tras el largo rato que le llevó deshacer un minúsculo trozo de resina y mezclarlo con el tabaco, añadió en tono misterioso:

–Todo lugar tiene dos apariencias, todo lugar es doble. Lo elevado es al mismo tiempo lo caído. Lo misericordioso es al mismo tiempo abyecto. En la mayor oscuridad habita una centella de la luz más poderosa, y al revés: allí donde reina la claridad omnipresente, una semilla de oscuridad se oculta en la pepita de la luz. El Mesías es

nuestro doble, nuestra versión más perfecta: así seríamos de no ser por nuestra caída.

DE PIEDRAS Y DEL FUGITIVO DE ROSTRO HORRIBLE

De repente, mientras todos los reunidos en la casa rohatyniana hablan a la vez y Nachman se aclara la garganta con vino, algo retumba en el tejado y las paredes causando revuelo y gran griterío. Una piedra que rompe y atraviesa el cristal irrumpe en la estancia y tumba las velas; el fuego se afana a lamer el sabroso serrín que cubre el suelo. Una mujer mayor se lanza al rescate y con sus pesadas faldas sofoca las primeras llamas. Otros salen corriendo, chillan y gritan, en la oscuridad se oyen voces de hombres airados, pero mientras tanto cesa la lluvia de piedras. Al cabo de un buen rato, cuando los invitados a la boda regresan enrojecidos de la excitación y la ira, vuelven a oírse gritos detrás de la casa y, finalmente, en la estancia principal en la que hasta hace poco se bailaba, aparecen unos hombres exaltados. Se cuentan entre ellos dos hermanos Shor: Shlomo e Isaac, el futuro novio, y también Moshek Abramowicz de Lanckoruń, cuñado de Chaja, hombre fuerte y apuesto; arrastran por las axilas a un flacucho que va lanzando furiosas coces y escupitajos a su alrededor.

–¡Haskel! –grita Chaja y se le acerca mucho, se inclina para mirarle a la cara, pero él, lleno de mocos, llorando de rabia, vuelve la cara para no tener que mirarla a los ojos–. ¿Quién estaba contigo? ¿Cómo has podido?

–¡Maldita sea vuestra simiente, traidores, renegados! –grita el otro, hasta que Moshek le atiza tal golpe en la boca que Haskel se tambalea y cae de rodillas.

–¡No le pegues! –grita Chaja.

Así que sueltan al muchacho, que se levanta a duras penas y busca la salida. En su clara camisa de lino aparecen manchas de la sangre que le gotea de la nariz rota.

En ese momento, el mayor de los hermanos Shor, Natán, se le acerca y le dice con voz queda:

–Bueno, Haskel, dile a Aron que nunca más se atreva a hacer nada semejante. Nosotros no queremos que haya derramamiento de sangre, pero Rohatyn es nuestro.

Haskel, tropezando con los faldones de su propio abrigo, huye como alma que lleva el diablo. Junto al portalón su mirada se topa con una figura quieta de rostro horrible y deformado. Al verla, se pone a gemir de miedo:

–El golem..., el golem...

Dobruška de Moravia se estremece y atrae hacia sí a su mujer. Se queja de que aquí todos son unos salvajes, que en su Moravia natal

nadie se mete en lo que cada uno hace en su casa. ¡Qué salvajada es esa de tirar piedras!

Natán Shor, descontento, manda al «golem» de vuelta al cobertizo donde vive. Ahora tendrán que deshacerse de él, porque Haskel los denunciará.

El fugado: así llaman a ese campesino de cara congelada y manos rojas huido de un latifundio. Grande, callado, de rasgos emborronados por las cicatrices efecto de la congelación. Sus enormes manos rojas recuerdan a un tubérculo rasposo e hinchado. Infunden respeto. Fuerte como un uro y excepcionalmente manso. Duerme en el establo, en un anejo cuya pared despide calor porque linda con la casa. Trabajador y listo, cumple las tareas con esmero y con sentido común campesino, despacio, pero con precisión. Su apego resulta extraño, ¿de qué le sirven unos judíos a los que siendo campesino debería despreciar y odiar? Ellos son la causa de muchas de sus desgracias: arriendan tierras señoriales, emborrachan a los campesinos en la taberna, recaudan impuestos y, en cuanto alguno se siente un poco seguro de sí mismo, enseguida se comporta como un amo de esclavos.

Pero en este golem no se percibe ira alguna. Es posible que no esté bien de la cabeza, que junto con la cara y las manos se le congelara un trozo de cerebro: por eso es tan lento, como si sufriera un frío eterno.

Los Shor lo encontraron en la nieve un crudo invierno cuando volvían a casa del mercado. Y solo porque Elisha tuvo que hacer sus necesidades. Había otro fugitivo, vestido como él con una basta capa, zapatos forrados de paja y un hatillo donde solo quedaban migas de pan y unos peales, pero estaba muerto. La nieve había cubierto ya los dos cuerpos y Shor estuvo seguro de que eran animales sin vida. Dejaron el cadáver en el bosque.

El fugado tardó mucho tiempo en descongelarse, poco a poco se fue recuperando, día a día, como si también se le hubiera congelado el alma y se descongelara ahora al mismo ritmo que el cuerpo. Las llagas no cicatrizaban, supuraban pus, la piel se le caía a tiras. Chaja le lavaba la cara y es ella quien lo conoce mejor que nadie. Conoce su cuerpo grande y hermoso. El fugado durmió en una habitación todo el invierno, hasta abril, mientras se preguntaban qué hacer con él. Deberían informar a las autoridades, pero en ese caso se lo habrían llevado y le habrían aplicado un severo castigo. Les decepcionó que no hablara. Alguien que no habla no tiene una historia ni una lengua propia, es como un sin techo, un sin país. Shor le tomó un cariño difícil de explicar y Chaja siguió su ejemplo. Los hijos reprochaban al padre que ocultase a alguien que necesitaba tanta comida y que además era un extraño: un espía en la colmena, un abejorro entre las abejas. Si llegase a oídos de las autoridades, tendrían un grave problema.

Shor ha decidido no contarle nada a nadie, y, si alguien preguntase, contestarle que es un primo de Moravia subnormal, y que por eso no habla. Es útil porque no sale si no es acompañado, pero sabe reparar un carro, hacer una rueda, cavar el huerto, trillar lo que haya que trillar, encalar las paredes... Hace los trabajos de la casa a cambio de comida y no exige nada.

Shor a veces lo observa, sus movimientos simples, la manera en que trabaja: ágil, rápida, mecánica. Evita mirarle a los ojos; teme aquello que pueda ver en ellos. Chaja le dijo en cierta ocasión que había visto llorar al golem.

Shlomo, el hijo, lo regañó por esa demostración de piedad y por haber acogido al fugado.

–¿Y si es un asesino? –preguntó nervioso levantando la voz.

–A saber quién es –le contestó Shor–. ¿Y si es un emisario?

–Pero es un gentil. –Shlomo zanjó el asunto.

Tiene razón, es un gentil. Acoger a semejante fugitivo es un riesgo y un delito. Si se enterase algún desalmado, la de problemas que le caerían a Shor. Pero el campesino no reacciona a la pantomima cuyo único objetivo es darle a entender que debe irse. Ignora a Shor y a los demás, da media vuelta y regresa a su jergón junto a los caballos.

Shor piensa en que aunque sea malo ser judío, aunque los judíos tengan una vida dura, lo peor es ser campesino. No se concibe destino más aciago. Por debajo de ellos solo están los reptiles. Porque incluso las vacas y los caballos, y sobre todo los perros, son mejor tratados por el señor que los campesinos y los judíos.

DE CÓMO NACHMAN RECALA EN EL CUARTO DE YENTA Y SE DUERME EN EL SUELO JUNTO A SU CAMA

Nachman está borracho. Han bastado unas pocas copas, porque hacía tiempo que no bebía y está cansado del viaje, así que el vodka local lo ha tumbado. Quiere salir a tomar el aire, se pierde por el laberinto de pasillos, busca el patio. Palpa con las manos los rugosos tabiques de madera y, finalmente, da con un picaporte. Abre la puerta y ve un cuartito donde solo cabe una cama. A los pies de esa cama se amontonan abrigos y zamarras. Sale de allí un hombre de rostro pálido y cansado que mira a Nachman con hostilidad y suspicacia. Se cruza con él en la puerta y desaparece. Debe de ser el galeno. Nachman se tambalea, toca con la mano el tabique de madera, eructa y le repite la manteca de oca y el alcohol que le han hecho beber. En una pequeña lámpara de aceite arde una llama minúscula que habría que reavivar para poder ver algo. Una vez que sus ojos se acostumbran a la oscuridad, Nachman distingue en la cama a una mujer muy vieja que lleva una cofia ladeada. Está un rato sin saber a

quién tiene delante. Parece una broma: una anciana moribunda en medio de una boda. La mujer tiene la barbilla levantada y respira con dificultad. Yace apoyada en unos cojines, sus puños pequeños y secos se han cerrado sobre la colcha de algodón bordada.

¿No será la abuela de Jankel Lejbowicz, ese al que llaman Jacob? Nachman se estremece al tiempo que se emociona al ver a esa vieja tan extraña, busca con la mano el cerrojo de la puerta a su espalda. Espera una señal, pero la vieja parece inconsciente, no se mueve, bajo las pestañas brilla un resquicio de ojo en el que se refleja la luz. El borracho Nachman tiene la impresión de que lo está llamando, así que intenta dominar el miedo y la aprensión, y se acuclilla junto a la cama. No ocurre nada. De cerca, la vieja tiene mejor aspecto, parece dormida. Solo ahora Nachman nota lo cansadísimo que está. Se relaja, su espalda se encorva, le pesan los párpados. Tiene que hacer varios esfuerzos por despabilarse y no caer dormido; ya se levanta para marcharse, pero lo disgusta y espanta la idea de reencontrarse con la multitud de invitados, con sus miradas llenas de curiosidad y sus incontables preguntas. Por eso, seguro de que aquí no entrará nadie, se tumba en el suelo junto a la cama sobre una alfombrilla de piel de cordero y se hace un ovillo como un perro. Está a punto de fenecer, le han succionado toda la savia. «Será solo un momento», se dice. Al cerrar los ojos, ve bajo los párpados el rostro de Chaja, su mirada llena de admiración y viva curiosidad. Lo embarga una ola de beatitud. Percibe el olor húmedo de los tablones del suelo amalgamado con el hedor de los trapos, los trajes sin lavar y el omnipresente humo que le recuerda la infancia: sabe que está en casa.

Si pudiera, Yenta se echaría a reír. Ve al hombre durmiente desde lo alto, desde luego no lo hace con sus ojos entornados. Su nueva mirada queda suspendida sobre el hombre y, cosa curiosa, Yenta lee sus pensamientos. En la cabeza del durmiente ve a otro hombre. También ve que, al igual que ella, el durmiente lo ama. Para ella, ese hombre es un niño: pequeño, recién nacido, cubierto de vello oscuro, como todos los niños que salen al mundo demasiado pronto.

Cuando nació, alrededor de la casa deambulaban brujas, pero no podían penetrar en el interior porque Yenta la vigilaba. Compartía la vigilancia con una perra cuyo padre había sido un auténtico lobo, uno de los que vagaban solitarios de gallinero en gallinero en busca de presa. Aquella perra se llamaba Wilga. Mientras nacía el más pequeño de los hijos del hijo menor de Yenta, Wilga daba vueltas alrededor de la casa día y noche, desfallecida de agotamiento. Gracias a sus carreras, las brujas, con la mismísima Lilit a la cabeza, no lograron acercarse.

Lilit, por si alguien no lo sabe, fue la primera esposa de Adán, pero

como no quería obedecerle ni yacer bajo su esposo, según era el mandato divino, huyó hasta el mar Rojo. Allí se volvió roja, como si la hubieran desollado. Dios envió en su busca a tres airados ángeles, Snvi, Snsvi y Smnglof, para obligarla a regresar. La atacaron en su escondrijo, la torturaron y amenazaron con ahogarla. Pero se negó a volver. Más tarde, aunque hubiera querido, ya no habría podido hacerlo. Adán ya no podía aceptarla, pues, según la Torá, la mujer que haya yacido con otro no puede volver con su marido. ¿Y quién fue el amante de Lilit? El mismísimo Samael.

Así que Dios tuvo que crear para Adán una mujer más obediente. Esta era mansa pero bastante tonta. La desgraciada comió del fruto prohibido y causó la caída. Por eso empezó a regir la ley, como castigo.

Pero Lilit, al igual que todos los seres que se le parecen, pertenece al mundo anterior a la caída, por eso la ley humana no les atañe: no están obligados a cumplir las reglas y normas humanas, carecen de conciencia y corazón humanos, no derraman lágrimas humanas. Para Lilit no existe el pecado. Aquel mundo es diferente. Puede parecer extraño a los ojos humanos, como trazado con una fina línea, porque allí todo es más luminoso y ligero, y los seres que a él pertenecen son capaces de atravesar paredes y objetos, y de atravesarse también a ellos mismos; no existen entre ellos diferencias como las que existen entre los hombres, quienes están encerrados en sí mismos, como en latas de hierro. Allí todo es diferente. Tampoco entre el hombre y el animal se aprecian grandes diferencias, solo las de su aspecto, porque allí se puede hablar con los animales en silencio y ellos nos comprenden y nosotros a ellos. Ocurre lo mismo con los ángeles: allí son visibles. Vuelan por el cielo como pájaros, se posan a veces en los tejados de las casas –porque allí también hay casas– como las cigüeñas.

Nachman se despierta, las imágenes se le agolpan en la cabeza. Tambaleante, se levanta y mira a Yenta; tras un momento de duda le toca la mejilla, apenas desprende calor. De pronto lo embarga el miedo. Ella ha visto sus pensamientos, su sueño.

Un chirrido de la puerta despierta a Yenta y la hace regresar de nuevo a su cuerpo. ¿Dónde ha estado? En medio de la confusión le parece que no será capaz de volver al duro suelo de madera de este mundo. Y bien está. Aquí se está mejor: los tiempos se enmarañan y se solapan. ¿Cómo habrá podido creer alguna vez que el tiempo fluye? ¿El tiempo fluye? Es ridículo. Ahora resulta evidente que el tiempo gira, como las faldas en el baile. Como una peonza tallada en madera de tilo y puesta en movimiento sobre una mesa, reteniendo en ese mismo movimiento la absorta mirada de los niños.

Está viendo a esos niños, sus caritas de mofletes sonrosados por el calor, los labios entreabiertos y los mocos cayéndoles de la nariz. Este es el pequeño Moshe, junto a él está Cifke, quien pronto morirá de tos ferina, y a continuación Jankełe –también llamado Jakubek, Jakub, Jacob...– y su hermano mayor, Isaac. El pequeño Jankełe no lo puede resistir, con un repentino movimiento toca la peonza, esta se tambalea como un borracho y cae. El hermano mayor se le encara con rabia, Cifke se echa a llorar. Ante el alboroto aparece su padre, Lejb Buchbinder, enfadado porque no lo dejan trabajar, agarra a Jankełe de una oreja y casi lo levanta en el aire. Después lo señala con el dedo índice, mientras farfulla entre dientes que le va a dar su merecido y acaba por encerrarlo en la despensa. Por unos instantes reina el silencio, pero luego, tras la puerta de madera, Jacob empieza a gritar y grita durante tanto tiempo que ya resulta imposible soportarlo ni hacer nada, así que Lejb, rojo de ira, saca al pequeño de la despensa y le propina unos bofetones tan fuertes que al niño le sangra la nariz. Solo entonces el padre lo suelta y lo deja salir corriendo de la casa.

Cuando el niño no vuelve para dormir, empieza la búsqueda. Primero lo buscan las mujeres, después se les unen los hombres y, al poco, la familia entera y los vecinos van de casa en casa preguntando si alguien ha visto a Jacob. Llegan hasta las casas cristianas y allí también preguntan, pero nadie ha visto a un niño con la nariz hinchada. La aldea se llama Korolówka. Desde lo alto tiene el aspecto de una estrella de tres puntas. Aquí ha nacido Jacob, aquí mismo, al final de la aldea, en la casa donde sigue viviendo el hermano de su padre, Yaakev. Yehuda Lejb Buchbinder ha venido aquí con su familia desde Czerniowce para asistir al bar mitzvá del hijo menor de su hermano y, de paso, visitar al resto de su familia; han venido por poco tiempo, dentro de un par de días volverán a Czerniowce, donde llevan instalados unos años. La casa natal en la que se hospedan es pequeña y difícilmente da cabida a todos; está situada al lado del cementerio, así que creen que el pequeño Jankełe ha ido en esa dirección y se ha ocultado entre las matzevás. Pero cómo van a distinguir ahora a una cosa tan chiquita, incluso si la luna creciente y su halo de plata que inunda la aldea ayuda en la búsqueda. La madre del niño, Raquel, llora desconsoladamente. Sabía que si su colérico marido no dejaba de pegar a Jacob, las cosas iban a acabar así, justo así.

–¡Jankełe! –grita Raquel, y en su voz se nota la furia–. El niño no está, ¿cómo es eso? ¡Lo has matado! ¡Has matado a tu propio hijo! –grita a su marido. Se agarra a la cerca y la zarandea hasta arrancarla del suelo.

Los hombres bajan corriendo hasta el río asustando a su paso a las ocas que comen en los pastos; los persiguen pequeñas plumas blancas que finalmente los alcanzan y se les posan en el pelo. Otros se acercan

a toda prisa al cementerio ortodoxo que está al final de la aldea, porque se sabe que el niño suele pasear por allí.

–A este niño lo ha poseído un demonio, un dybbuk: cuando se vive al lado de un cementerio, están por todas partes. Alguno ha debido de meterse en él –repite el padre, asustado ya también–. Ya le daré yo cuando vuelva –añade de inmediato para ocultar su miedo.

–¿Qué ha hecho? –pregunta el hermano de Yehuda Lejb Buchbinder a la deshecha Raquel.

–¿Qué ha hecho? ¿Qué ha hecho? –lo imita la mujer mientras reúne fuerzas para el estallido definitivo–. ¿Y qué iba a hacer? ¡Si solo es un niño!

De madrugada, la aldea entera está en pie.

–¡Un niño judío se ha perdido! –repiten a gritos los gentiles en polaco y en ruteno. Cogen palos, varas, horcas y echan a andar como si fueran a enfrentarse a un ejército de hombres lobo, a kobolds subterráneos que raptan niños, a demonios del cementerio. A alguien se le ocurre la idea de internarse en el bosque, más allá de la aldea, allí está la montaña del Cura, puede que se haya ocultado allí.

A mediodía varios buscadores se plantan ante la entrada de una cueva: es pequeña, estrecha, da miedo. Tiene forma de vulva. Nadie quiere penetrar en el interior: hacerlo sería como entrar de nuevo en el vientre de una mujer.

–Ahí no se habrá metido –se consuelan. Sin embargo, un muchacho de ojos pálidos al que llaman Bereś acaba armándose de valor; tras él entran otros dos. En un principio se oyen sus voces, pero luego desaparecen, como si se las tragara la tierra. Al cabo de un cuarto de hora sale el muchacho de mirada pálida con el niño en brazos. El crío tiene los ojos desorbitados por el miedo y el hipo que le ha entrado de tanto llorar.

Toda la aldea de tres puntas lleva varios días contándose la historia y un grupo de mocosos, unidos por un objetivo común y por el secretismo propio de la edad, emprende la exploración de la cueva de Jacob.

Chaja entra en el cuartito de Yenta. Se inclina sobre ella, examina atentamente si le tiemblan los párpados, si no late alguna vena en las hundidas sienes al ritmo de su débil corazón. Chaja coge entre las manos la pequeña y seca cabeza de la vieja Yenta.

–¿Yenta? –pregunta en voz baja–. ¿Estás viva?

¿Qué se supone que debe contestarle? ¿Es una pregunta bien planteada? Debería preguntar más bien: ¿Ves algo, sientes algo? ¿Cómo es eso de transportarse rápidamente como el pensamiento a través de los ondulantes pliegues del tiempo? Chaja debería saber preguntar. Yenta, sin hacer esfuerzo alguno por contestar, regresa allí

donde estaba hace un momento, bueno, tal vez no exactamente allí; ahora es más tarde, cosa que por otra parte no tiene especial importancia.

Yehuda Lejb Buchbinder, su hijo, el padre del pequeño Jacob, es impulsivo e imprevisible. Siempre tiene la sensación de que alguien lo persigue por hereje. No le gusta la gente. ¿Acaso no puede uno vivir, pensar y hacer lo que quiera?, se pregunta Yenta. Estas son precisamente sus enseñanzas: llevar una tranquila doble vida siguiendo la huella del Mesías. Solo hay que aprender a guardar silencio, apartar la mirada y vivir en secreto. ¿Tan difícil es, Yehuda? No mostrar sentimientos ni compartir ideas. Los habitantes de este mundo, de este averno, no entenderán nada en cualquier caso, toda verdad les resulta tan remota como el África. Están sujetos a leyes que nosotros debemos rechazar.

Buchbinder no es más que un pendenciero, se pelea con todo el mundo. Su hijo ha salido a él, son idénticos, por eso se caen tan mal. La mirada de Yenta viaja hacia lo alto, hasta los húmedos vientres de las nubes y encuentra fácilmente a su hijo dormido sobre un libro. La lámpara de aceite está a punto de consumirse. Su negra barba cubre la escritura, en las mejillas ajadas y hundidas la sombra ha hecho pequeños nidos, le tiemblan los párpados: Yehuda está soñando.

La mirada de Yenta titubea: ¿debe entrar en su sueño? ¿Cómo funciona el mecanismo de que lo vea todo a la vez, todos los tiempos arremolinados y también los pensamientos? Ella ve pensamientos. Rodea la cabeza de su hijo. Por la mesa de madera caminan hormigas, una tras otra, muy ordenadamente. Cuando Yehuda despierte, las borrará sin querer de la superficie de la mesa con un gesto.

DE LOS NUEVOS VIAJES DE YENTA POR EL TIEMPO

Yenta de pronto recuerda que, varios años después del incidente de la cueva, Yehuda la visitó en Korolówka, de camino a Kamieniec. Viajaba con Jacob, que entonces tenía catorce años. El padre esperaba introducir al hijo en el mundo del comercio.

Jacob es un chico flaco, desgarbado, con un bigote negro que despunta bajo la nariz. Tiene la cara cubierta de granos rojos. Algunos de ellos acaban en puntas blancas de pus, la piel es fea, está enrojecida y brilla; a Jacob le da mucha vergüenza. Se ha dejado crecer el pelo y lo lleva de manera que le tape la cara, cosa que no le gusta nada a su padre, quien a menudo lo agarra por esas «greñas» –así las llama– y se las echa para atrás. Los dos son ya igual de altos y de espaldas parecen hermanos. Dos hermanos en permanente conflicto. Cuando el menor protesta, el mayor le da en la cabeza con la mano abierta.

Solo cuatro familias de la aldea profesan la fe verdadera. Por la noche cierran la puerta, corren las cortinas, encienden velas. Los jóvenes solo participan en el bar mitzvá cuando se lee el Zohar y se cantan salmos. Después se dirigen a otra casa, en compañía de un adulto. Más vale que sus frívolos oídos no oigan ni sus ojos vean qué ocurre cuando empieza el apagado de velas.

Ahora, incluso de día, los adultos se quedan en casa con las contraventanas cerradas mientras esperan las nuevas del Mesías, que antes o después tendrá que venir. Pero las nuevas del mundo llegan con retraso, pasado bastante tiempo, y aquí alguien ha soñado ya con el Mesías: que viene desde el oeste, y que tras él se enrollan campos y bosques, aldeas y ciudades, como dibujos en una alfombra. Y del mundo queda un cilindro, un rollo cubierto de pequeños signos no acabados de interpretar. En el nuevo mundo habrá otro alfabeto, otros signos, otras reglas, quizá de abajo arriba y no de arriba abajo, quizá de vejez a juventud y no al revés. Quizá la gente surja de la tierra y acabe desapareciendo en los vientres de las madres.

El Mesías que viene es un Mesías afligido y doliente, lo ha aplastado el mal del mundo y el sufrimiento humano. Quizá incluso se parezca a Jesús, cuyo cuerpo herido está clavado a una cruz en casi todos los cruces de caminos de Korolówka. Los judíos normales apartan la mirada de esa terrible figura, pero ellos, los verdaderos creyentes, la miran a hurtadillas. Porque, ¿acaso Shabtai Tzvi no fue un salvador sufriente? ¿No lo metieron en la cárcel y lo aplastaron?

Cuando los padres susurran entre ellos, un calor abrasador calcina toda idea de juego en las cabezas de los niños. Es entonces cuando aparece Jacob, ni adulto ni niño. Su padre lo acaba de echar de casa. Tenía la cara enrojecida, la mirada ausente; probablemente había estado llorando sobre el Zohar, le ocurre cada vez más a menudo.

Jacob, al que aquí llaman Jankełe, ha convocado a los niños, tanto a los mayores como a los pequeños, cristianos y judíos, y todos, en disciplinado grupo, han echado a andar desde la casa del tío paterno hacia el cementerio, en dirección a la aldea, por un camino de arena flanqueado por las hierbas que se comen las ocas, hasta llegar al camino principal, pasando al lado de la taberna del judío Salomón, al que llaman Shlomo el Negro. Ahora caminan cuesta arriba, en dirección a la iglesia católica y la casa parroquial de madera, y siguen avanzando, bordeando el cementerio de la iglesia hasta que llegan a las últimas casas de la aldea.

Desde la colina el pueblo parece un jardín entre trigales. Jacob saca de ese jardín a varios muchachos y a dos niñas y los conduce a través de los campos. Suben hasta lo alto, encima de la aldea, el cielo es límpido, la inminente puesta del sol dora la bóveda celeste mientras ellos se internan en un pequeño bosque donde crecen árboles raros

seguramente nunca vistos por nadie. De repente todo se vuelve extraño, diferente, desde abajo no llegan los cánticos, la voz desaparece entre la suavidad y el verdor de las hojas, tan verdes que deslumbran. «¿Son árboles de cuento?», pregunta uno de los niños más pequeños, y Jacob se echa a reír y contesta que aquí siempre es primavera y que las hojas nunca amarillean, nunca caen. Dice que aquí está la cueva en la que descansa Abraham, milagrosamente trasladada desde la Tierra de Israel, solo para él, para que pueda mostrarla. Al lado de Abraham yace Sara, su esposa y hermana. Y allí donde está Abraham, el tiempo no pasa, y si se penetra en esa gruta, se permanece un rato en su interior y se sale al cabo de una hora, resultará que en la tierra, en el exterior, habrán pasado ya cien años.

–Yo nací en esta cueva –declara.

–Mentira –afirma resueltamente una de las niñas–. No lo escuchéis. Siempre se inventa cosas.

Jacob la mira con ironía. La niña se venga por esa mirada irónica.

–Cara de granos –dice mordazmente.

Yenta vuela hacia el pasado, cuando Jankełe todavía es un niño pequeño y acaba de dejar de llorar. Mientras vela por que se duerma mira a los otros niños tumbados en la cama uno al lado del otro. Todos duermen excepto Jankełe. El niño aún tiene que dar las buenas noches a todo lo que lo rodea. Susurra dirigiéndose al vacío, en voz cada vez más baja, pero con pasión: «Buenas noches, abuela Yenta; buenas noches, hermano Isaac, hermana Chana y prima Cifke; buenas noches, mamá Raquel»; a continuación nombra a todos los vecinos y también recuerda a quienes se encontró durante el día, y a estos también les da las buenas noches, hasta que Yenta teme que si sigue así no terminará nunca porque el mundo es tan inmenso que, incluso reflejado en una cabeza tan pequeña, sigue siendo infinito, y Jankełe seguirá hablando hasta la mañana. Después el pequeño da las buenas noches a los perros, los gatos, las vacas y las cabras de la vecindad, y por último a los objetos. La palangana, el techo, el jarro, los cubos, las ollas, los platos, las cucharas, los edredones, las almohadas, las plantas de las macetas, los visillos y los clavos.

Todo el mundo se ha dormido; el fuego, convertido en perezosas brasas de color rojo, está a punto de apagarse en la estufa; alguien ronca mientras ese niño habla y habla, con voz cada vez más débil y baja, aunque en sus palabras se cuelan extraños errores y lapsus, pero ya no queda nadie despierto para corregirlo, así que poco a poco la letanía se va contorsionando hasta convertirse en un conjuro mágico e incomprensible pronunciado en una lengua antigua y olvidada. Finalmente, la voz infantil se apaga del todo y el niño se duerme. Entonces Yenta se levanta con cuidado, mira con ternura a ese niño extraño, que debería llevar el nombre de Disgusto y no de Jacob, y ve

cómo le tiemblan nerviosamente los párpados, lo que significa que el pequeño se ha sumido ya en el sueño y que se entrega allí a sus travesuras.

DE LAS TERRIBLES CONSECUENCIAS DE LA DESAPARICIÓN DEL AMULETO

De madrugada, cuando una vez acabado el banquete todo el mundo duerme donde puede y el serrín en la estancia más grande de tan pisoteado parece polvo compacto, Elisha Shor se presenta en el cuarto de Yenta. Está cansado, tiene los ojos inyectados en sangre. Se sienta a su lado en la cama, se balancea adelante y atrás, y susurra:

–Ya se ha acabado, Yenta, ya te puedes ir. No me tomes a mal que te haya retenido. No había otra salida.

Con delicadeza saca de su escote un amasijo de cuerdas y correas, busca una en particular, sortea con los dedos las demás y sigue creyendo que ha pasado por alto la más importante, que sus cansados ojos no la ven. Repite varias veces la operación: cuenta los minúsculos terafines, cajitas, saquitos y tablillas de hueso donde está grabado el conjuro. Los lleva todo el mundo, pero las ancianas siempre tienen más que nadie. Seguramente, en torno a Yenta se arremolinan decenas de ángeles, espíritus defensivos y otros carentes de nombre. Pero el amuleto de Shor no está. Ha quedado solo la cuerda, vacía. El conjuro ha desaparecido. ¿Cómo es posible?

Elisha Shor se despabila de golpe, sus gestos se vuelven nerviosos. Finalmente empieza a palpar a la vieja. Levanta el cuerpo inerte y busca bajo la espalda, bajo las caderas, destapa las flacas extremidades de la pobre Yenta, sus pies grandes y huesudos que asoman tiesos bajo la falda, escarba en los pliegues del camisón, comprueba el interior de la mano y, cada vez más espantado, termina por buscar entre las almohadas, sábanas, edredones y gualdrapas, debajo y alrededor de la cama. ¿Se habrá caído?

Resulta ridículo este venerable anciano hurgando en las sábanas de una vieja, como si la tomara por una jovenzuela y la manoseara torpemente.

–Yenta, dime lo que ha pasado –se dirige a ella en un susurro penetrante, como si hablara a un niño culpable de algo terrible, pero ella evidentemente no contesta, solo le tiemblan los párpados, por un momento los globos oculares se mueven de un lado a otro y en los labios asoma una sonrisa incierta.

–¿Qué escribiste en él? –pregunta Chaja al padre en un insistente susurro. Medio dormida, en camisón y con un pañuelo en la cabeza, ha acudido rauda a su llamada. Elisha está preocupado, las arrugas de

su frente dibujan suaves ondas, su diseño atrae la mirada de Chaja. Su padre siempre tiene ese aspecto cuando se siente culpable.

–Tú sabes lo que escribí –dice–. La he retenido.

–¿Y se lo colgaste del cuello?

Shor asiente.

–Padre, se suponía que debías meterlo en una cajita y cerrarla con llave.

Elisha, impotente, se encoge de hombros.

–Eres como un niño –dice Chaja con ternura y enfado a la vez–. ¿Cómo has podido? ¿Se lo has puesto en el cuello sin más? ¿Y ahora dónde está?

–No está, ha desaparecido.

–¡Nada desaparece así como así!

Chaja se pone a buscar, pero enseguida se da cuenta de que no tiene sentido.

–Ha desaparecido, ya lo he buscado por todas partes.

–Se lo ha comido –dice Chaja–. Se lo ha tragado.

El padre, estremecido, guarda silencio, y después, impotente, pregunta:

–¿Qué se puede hacer?

–No sé.

–¿Quién más está al tanto? –pregunta la hija.

Elisha Shor reflexiona. Se ha quitado el gorro de piel y se frota la frente. Tiene el pelo largo, ralo, sudado.

–Ahora no se morirá –dice con voz desesperada Shor a su hija.

En el rostro de Chaja se dibuja una extraña expresión de incredulidad y sorpresa que no tarda en convertirse en sonrisa. Ríe primero en voz baja, después cada vez más alta, hasta que al final, su risa, grave y profunda, llena la pequeña estancia y atraviesa las paredes de madera. El padre le tapa la boca.

DE LO QUE DICE EL ZOHAR

Yenta muere y no muere. Tal cual: «Muere y no muere.» Así lo explica la docta Chaja:

–Es igual a lo que cuenta el Zohar –dice ocultando la irritación porque todo el mundo lo ha tomado por un hecho extraordinario. Los habitantes de Rohatyn empiezan a acudir a casa de los Shor y a escudriñar el interior por los ventanucos–. En el Zohar abundan descripciones semejantes, contradictorias a primera vista, pero que, cuando se las mira más de cerca, resulta evidente que existen cosas inescrutables para nuestra mente y nuestras costumbres. ¿Acaso no empieza de la misma manera su perorata el Anciano del Zohar? – Chaja se dirige a unos pocos invitados a la boda, cansados pero de

confianza, que se han acercado a escucharla con la esperanza de asistir a un milagro. Les vendría muy bien. Está entre ellos Israel de Korolówka, el nieto de Yenta que la trajo aquí. Parece inquieto y preocupado.

Chaja recita: «¿Quiénes son los seres que, cuando se levantan, descienden, y cuando descienden, escalan; y dos son uno, y uno es tres?»

Los oyentes asienten con la cabeza como si no esperasen otra cosa y las palabras de Chaja los tranquilizaran. Solo a Israel parece no satisfacer la respuesta, porque realmente no sabe si Yenta está viva o no. Se dispone a formular su pregunta:

–Pero...

Chaja, mientras se ata bajo el mentón un grueso pañuelo de lana porque arrecia el frío, le contesta impaciente:

–La gente siempre quiere cosas sencillas. Así o asá. O blanco o negro. Son unos tontos. Al fin y al cabo, el mundo está hecho de infinitos matices de gris. Os la podéis llevar a casa –dice dirigiéndose a Israel.

A continuación atraviesa el patio con paso raudo y desaparece en el anejo donde está Yenta.

Por la tarde vuelve a venir el galeno Asher Rubin y examina minuciosamente a la anciana. Pregunta cuántos años tiene. Muchos, contestan al unísono. Al final, Rubin dice que a veces ocurren esas cosas, que está en coma, que Dios los libre de darla por muerta y que deben tratarla como si estuviera dormida. Pero de la expresión de su rostro se infiere que ni él mismo se cree demasiado lo que dice.

–Probablemente se morirá mientras duerme –añade a modo de consuelo.

Después del banquete de bodas, cuando los invitados se marchan y las ruedas de madera esculpen profundas rodadas ante la casa de los Shor, Elisha se acerca al carro en el que han acostado a Yenta. Cuando nadie mira, le dice en voz baja:

–No te enfades conmigo.

No le contestará, es obvio. También se acerca Israel, su nieto. Guarda rencor a Shor: podría quedársela y dejarla morir aquí. Él y Sobla se han peleado porque ella no quería dejar a la abuela. Ahora Sobla le susurra: «Abuela, abuelita.» Pero no obtiene respuesta ni reacción alguna. Yenta tiene las manos frías, se las han frotado, pero no han entrado en calor. Sin embargo, respira rítmicamente, aunque despacio. Asher Rubin le ha tomado el pulso varias veces y no se podía creer que fuera tan lento.

RELATO DE PESEŁE SOBRE EL MACHO CABRÍO DE PODHAJCE

Elisha pone a su disposición otro carro forrado de heno. La familia entera de Korolówka se acomoda ahora en dos vehículos. Llovizna, las gualdrapas que tapan a la vieja se empapan de agua, así que los hombres improvisan un tejadillo. Debajo de él, Yenta parece un auténtico cadáver, por lo que cuando la ven las gentes en el camino se precipitan a decir una oración y los gentiles se santiguan.

Durante la parada en Podhajce, su bisnieta Pesełe, hija de Israel, recuerda cómo hace tres semanas se detuvieron en este mismo lugar para descansar, y la abuela, aún sana y consciente, les contó la historia del macho cabrío de Podhajce. Ahora Pesełe, entre sollozos, intenta contarla igual que la abuela. La escuchan en silencio y se dan cuenta –cosa que les hace derramar aún más lágrimas– de que aquello fue lo último que Yenta les contó. ¿Querría transmitirles algo con aquel relato? ¿Un misterio? Entonces la historia era divertida, ahora se les antoja estrafalaria e incomprensible.

–Cerca de aquí, en Podhajce, vive a las puertas del castillo un macho cabrío –dice Pesełe con un hilo de voz. Las mujeres se mandan callar una a la otra–. Ahora no lo veréis porque no le gusta la gente y vive en soledad. Es un macho cabrío muy docto, un animal sabio que ha visto muchas cosas buenas y muchas terribles. Tiene trescientos años.

Instintivamente, todos pasean la mirada a su alrededor en busca del macho cabrío. No ven más que hierba seca y parduzca, excrementos de oca y la mole del castillo en ruinas de Podhajce. El macho cabrío debe de tener algo que ver con todo ello. Pesełe baja la falda sobre sus puntiagudos zapatos de viaje.

–En estas ruinas crece una hierba extraña, una hierba de Dios, pues nadie la siembra y nadie la siega. Si se la deja en paz, también la hierba adquiere sabiduría. Así que solo de esta hierba se alimenta el macho cabrío, de ninguna otra. Se trata de un nazir que juró no cortarse el pelo ni tocar los cuerpos de los muertos, y entiende de esta hierba. Jamás probó otra, tan solo la del castillo de Podhajce, que es sabia. Por eso también él devino sabio y sus cuernos crecieron y crecieron. No eran, empero, cuernos corrientes, como los que tiene el ganado. Los suyos eran blandos, se trenzaban y se enrollaban. El sabio macho cabrío los ocultaba. De día los llevaba tan enrollados que parecían unos cuernos de lo más corrientes. Pero por la noche salía, mirad, allí, al ancho escalón del castillo, al atrio hundido, y desde allí alcanzaba el cielo con los cuernos. Los desplegaba hacia lo alto, lo más alto posible, se erguía sobre las patas traseras para alcanzar aún más altura, hasta tocar con las puntas de los cuernos la Luna creciente, astada como él, y le preguntaba: «¿Qué hay de nuevo, Luna? ¿Aún no

ha llegado la hora de la venida del Mesías?» La Luna miraba entonces las estrellas, que interrumpían durante un rato su peregrinaje. «El Mesías ya ha venido, está en Esmirna, ¿es posible que no lo sepas, mi sabio macho cabrío?» «Lo sé, mi querida Luna. Solo quería cerciorarme.»

Y pasaban así la noche, charlando, y por la mañana, cuando salía el sol, el macho cabrío enrollaba sus cuernos y volvía a pacer en la sabia hierba.

Pesełe se sume en el silencio, y su madre y sus tías empiezan a lloriquear.

EL CURA CHMIELOWSKI ESCRIBE DESDE FIRLEJÓW A LA ILUSTRE SEÑORA DRUŻBACKA EN ENERO DE 1753

Tras su partida, mi dueña y señora, acuden a mi mente muchas preguntas y frases enteras que no tuve ocasión de expresar durante nuestro encuentro, y ya que me dio usted el permiso de escribirle, lo aprovecho, también, para defenderme de algunos de sus reproches. Y puesto que en Firlejów hace ya un tiempo invernal, no hago sino vigilar la estufa y pasar días enteros ante los folios, pese a que esto daña los ojos inmisericordemente, como también lo hace el humo.

Pregunta usted por qué el latín. Y, como otras féminas, opta por que se emplee más lengua polaca en mis escritos. No tengo nada en contra de nuestra lengua, pero ¿cómo expresarnos si nos faltan palabras?

¿No es mejor emplear Rhetorica que don de la palabra?

¿O Philosophia en vez de Amor a la sabiduría? ¿Astronomia en vez de ciencia de las Estrellas? Se ahorra tiempo y no se traba la lengua. Tampoco en la Música se puede prescindir del latín, por ejemplo, tono, clave o consonancia, todas ellas son palabras que debemos a la lengua latina. Y si los polacos –ahora como invaluit Usus– prescindieran del latín y de los términos polonizados, y usaran para hablar y escribir exclusivamente nuestra lengua patria, tendrían que regresar a aquella Eslavidad olvidada e incomprensible que hállase en el Himno de san Adalberto:

Hora llego a remorder. A Santo Dios encarnecer.

¿Qué palabras son esas? ¿Qué significan? ¿Le gustaría a usted, señora, decir Sala de Acostarse antes que Dormitorio? ¡No me lo creo! ¿Sala de Tomar Alimento en lugar de Refectorio? ¿Cillero en lugar de Celle? ¡Qué mal suena esto! Imagine a un secretario escribiendo a su superior: «El Sitial Judicial de Lublin sacó condena.» Resulta infinitamente mejor: «Por decreto del Tribunal de Lublin…» ¿No tengo razón, señora? O tome otro ejemplo: En vez de «Acudieron a mi confesonario numerosos penitentes», «Vinieron a confesarse muchos

arrepentidos». ¿No se le antoja ridículo, señora? «Me entrego a la protección de su vuecencia» en lugar de «Me encomiendo a vuestro respeto, señor». ¿Concibe usted tal cosa, señora? «Se abrió en Polonia una vista de desgracia que tuvo muchos mirones en Europa», cuando suena mucho mejor «Se abrió un Theatrum de desgracia que en Europa tuvo numerosos espectadores». ¿Qué me dice, señora?

No hay lugar en el mundo donde no se pueda uno comunicar con la ayuda del latín. Solo lo evitan los paganos y los bárbaros.

El polaco es torpe y suena aldeano. Sirve para describir el mundo de la naturaleza y, como mucho, de la agricultura, pero resulta difícil expresar en él cuestiones complejas, superiores, espirituales. La lengua que se habla es la misma en la que se piensa. Y el polaco carece de claridad y concreción. Sirve para describir el tiempo que hace durante el viaje, mas no para componer discursos, que exigen un intenso esfuerzo del intelecto y una expresión meridiana. Eso sí, funciona a la perfección para la poesía, estimada señora, Nuestra Musa Sármata, pues la poesía es difusa e inconcreta. Aunque sí es cierto que su lectura proporciona un placer que no se puede expresar en pocas palabras. Lo sé porque encargué a su editor, señora, sus rimas de usted y hallé en ellas gran placer, aunque no todo me resulta claro y obvio, cosa de la que le escribiré más adelante.

Yo opto por una lengua común; no importa que se vea algo simplificada, pero que se comprenda en el mundo entero. Solo de este modo la gente tendrá acceso al conocimiento, pues la literatura es una forma del saber: nos enseña. Por ejemplo, sus poesías de usted pueden enseñar al lector atento qué crece en el bosque, cómo son la fauna y la flora silvestres, también conocerá ese lector los quehaceres de una mansión nobiliaria y lo que crece en el jardín. Gracias a la poesía puede uno profesar, es decir, practicar, ejercitarse en diferentes arcanos útiles, así como –lo más importante– aprender cómo piensan otros, algo muy valioso, puesto que sin ello se podría pensar que todo el mundo piensa de la misma manera, y bien se sabe que eso no es verdad. Cada individuo piensa e imagina cosas diferentes al leer. A veces me inquieta la idea de que también las cosas escritas de mi puño y letra acaben comprendidas de modo diferente al que yo desearía.

De manera que a mí, señora, me parece que se inventó la imprenta para que de ella, y queda dicho negro sobre blanco, hiciéramos únicamente buen uso, reuniendo y anotando el saber de nuestros antepasados, para que cualquiera de nosotros pudiese acceder al mismo, aun los más humildes, siempre y cuando aprendan a leer. El conocimiento debe ser como el agua limpia: gratuito y universal.

He pensado mucho en qué placer pueden proporcionarle, estimada señora, estas mis epístolas cuando tantas cosas ocurren a su alrededor, nuestra Lírica Safo. He concebido, por lo tanto, la idea de introducir

en cada carta mía diversas curiosidades que encontré y describí en mis libros para que pueda presumir ante la buena sociedad que –al contrario que yo– usted frecuenta.

Hoy, por lo tanto, empezaré por la Montaña del Diablo, que se halla en pleno campo cerca de Rohatyn, a ocho millas de Lwów. Por la Pascua del Anno Domini 1650, 8 Aprilis, antes de la guerra contra los cosacos en Beresteczko, la montaña fue trasladada de un lugar a otro motu terrae, es decir, por obra de un terremoto, es decir, ex Mandato, que significa por la voluntad de Dios Nuestro Señor. El pueblo llano, que no entiende de geología, cree que los diablos querían aplastar Rohatyn con esa montaña, solo que el canto de un gallo les restó fuerza, de ahí su nombre. Lo leí en Krasuski y Rączyński, ambos de la Compañía de Jesús, por lo tanto en una fuente fidedigna.

7

LA HISTORIA DE YENTA

El padre de Yenta, Majer de Kalisz, era uno de esos hombres justos que fue agraciado con el privilegio de ver al Mesías.

Ocurrió antes de que Yenta naciese; corrían tiempos aciagos y miserables en los que todo el mundo esperaba al salvador, pues las desgracias humanas eran tantas que parecía imposible que el mundo sobreviviese. Ningún mundo podría soportar tanto dolor. Ya no era posible comprenderlo ni explicarlo, nadie se creía que hubiera sido concebido por Dios. Además, las personas de mirada más sensible, en su mayoría mujeres viejas que habían visto de todo en la vida, se daban cuenta de que el mecanismo del mundo se agarrotaba. Por ejemplo, en el molino al que el padre de Yenta llevaba el cereal, una noche se rompieron las ruedas, todas, no quedó ni una. Y los dientes de león, sus flores amarillas, una buena mañana compusieron la letra álef. Al anochecer, el sol se ponía en bermejo anaranjado, de manera que todo en la tierra se teñía del color de la sangre seca. Los juncos de la ribera habían crecido tan afilados que herían las pantorrillas de la gente. El ajenjo devino tan tóxico que con su solo olor tumbaba a cualquier adulto. ¿Y las carnicerías perpetradas por Bogdán Jmelnitski? ¿Cómo iban a inscribirse en los planes de Dios? Los terribles rumores que se difundieron por los países a partir de 1648, el número creciente de refugiados, de viudos y de agunot, de huérfanos, de mutilados..., todo aquello fue una prueba irrefutable de que se acercaba el fin y de que el mundo de un momento a otro alumbraría al Mesías, de que ya había roto aguas, y de que –como se escribiría– la antigua ley quedaba derogada. El padre de Yenta había venido a Polonia desde Ratisbona, de donde expulsaron a toda la familia por los sempiternos pecados judíos, siempre los mismos. Se estableció en Gran Polonia, donde, como muchos de sus congéneres, comerció con grano, enviando el bello cereal dorado a Gdańsk y al mundo. Era un buen negocio, no les faltaba de nada.

Acababa de consolidarse el negocio cuando, en 1654, se declaró la peste negra y el aire que emanaba efluvios malignos segó muchas vidas. Y cuando llegaron las heladas, que se prolongaron durante meses y pararon la epidemia, los que habían sobrevivido a la peste morían congelados en su propia cama. El mar se había convertido en hielo y se podía ir caminando hasta Suecia, los puertos quedaron bloqueados, los animales domésticos perecieron, la nieve cubrió los caminos y se detuvo en seco todo movimiento. Por eso, nada más llegar la primavera, se formularon acusaciones contra los judíos, a quienes se achacaban todas las desgracias. En el país se incoaron juicios, y los judíos, para defenderse, pidieron ayuda al Papa, pero antes de que a su emisario le diera tiempo a ir y volver, llegaron los suecos y empezaron a saquear ciudades y aldeas. Y, de nuevo, pagaron el pato los judíos: por infieles.

Por eso el padre de Yenta cogió a su familia y partió de Gran Polonia rumbo al este, hacia Lwów, donde tenía unos parientes y donde esperaba encontrar un puerto apacible. Aquello estaba alejado del mundo, las noticias llegaban con retraso y la tierra resultó ser increíblemente fértil. Al igual que en esas colonias adonde migraban de buen grado gentes de Occidente, había sitio para todo el mundo. Pero no por mucho tiempo. En cuanto se hubo expulsado a los suecos, sobre las ruinas de calles y plazas de las ciudades empezaron a resonar preguntas acerca de quién era el culpable de todas las desgracias de la Res Publica de las Tres Naciones, y, de nuevo, las más de las veces se oía en respuesta que los judíos y otros disidentes religiosos, a los que se acusaba de haberse conchabado con el invasor. Primero la tomaron con los arrianos y acto seguido se desataron los pogromos.

El abuelo materno de Yenta era originario de Kazimierz, el barrio judío de Cracovia. Tenía allí un pequeño negocio: confeccionaba gorras de fieltro. En el verano de 1664 de la era cristiana, el 5425 judío, murieron allí durante unos disturbios ciento veintinueve personas. Y todo porque un judío fue acusado de robar una hostia. La tienda del abuelo fue totalmente saqueada y destruida. Tras pagar un rescate con lo que le quedaba de sus bienes, hizo subir a su familia en un carro y se la llevó hacia el sudeste, a Lwów, donde vivían unos allegados. Discurrieron con inteligencia: la violencia cosaca se había agotado tras las atrocidades cometidas por Jmelnitski en 1648. Tampoco podía repetirse la Gran Catástrofe, es decir, la guezerá. Lo mismo se dice del lugar fulminado por un rayo: que es el más seguro.

Se instalaron en una aldea cercana a Lwów. La tierra era rica; la gleba, fértil; los bosques eran frondosos y los ríos estaban llenos de peces. El gran magnate Potocki lo dirigía todo con mano de hierro. Ya debían de haber pensado que no existía lugar en el mundo donde ocultarse y que más valía encomendarse a la voluntad de Dios, y, sin embargo, no estaban nada mal. Importaron de Valaquia lana para hacer fieltro, además de otras mercancías, gracias a lo cual el negocio no tardó en ir viento en popa, y volvieron a levantar cabeza: tenían una casa con huerto, un pequeño taller, muchas ocas y gallinas, así como melones amarillos que crecían en la hierba y ciruelas que, cuando se helaban, servían para hacer slivovitz.

En aquel entonces, en el otoño de 1665, junto con las mercancías de Esmirna llegó una noticia que conmocionó a todos los judíos de Polonia: el Mesías se ha manifestado. Todo aquel que oía la nueva se sumía en el silencio e intentaba entender a conciencia el sentido de esta breve frase: el Mesías ha venido. Porque no es una simple frase. Es una frase definitiva. Quien la pronuncie verá el mundo de manera del todo diferente, como si se le cayeran las escamas de los ojos.

¿No ha habido acaso presagios del fin? Las monstruosas raíces amarillas de las ortigas enredándose pérfidamente bajo tierra con las raíces de otras plantas, las frondosísimas trepadoras con tallos fuertes como sogas. La vegetación se encarama a las paredes de las casas y a la corteza de los árboles, parece alcanzar la garganta de la gente. Manzanas con varios nidos de semillas, huevos de dos yemas, el lúpulo que creció con tal violencia que estranguló una ternera.

El Mesías se llama Shabtai Tzvi. Miles de personas procedentes del mundo entero se congregan a su alrededor; se reúnen para partir, junto con el Mesías, rumbo a Constantinopla, donde Tzvi arrebatará al sultán la corona y se proclamará rey. Lo acompaña su profeta, Natán de Gaza, un sabio que apunta sus palabras y las envía al mundo, a todos los judíos.

Y en eso llega a la comunidad judía de Lwów una carta del rabino

Baruch Pejsach de Cracovia: ya no hay tiempo que perder en la espera, hay que partir rumbo a Turquía cuanto antes para asistir a los últimos días. Ser de los primeros en verlos.

Majer, el padre de Yenta, no se dejaba arrebatar fácilmente por tales visiones.

Si así fuera como decís, el Mesías vendría en cada generación, cada mes estaría ora aquí, ora allá. Nacería tras cada tumulto, cada guerra. Intervendría tras cada calamidad. ¿Y cuántas ha habido? Una infinidad.

Sí, sí, asentían con la cabeza los que lo escuchaban. Tenía razón. Pero todos sentían que esta vez era diferente. Y empezó de nuevo el juego de las señales: nubes, reflejos en el agua, la forma de los copos de nieve... Majer decidió participar en la expedición a raíz de unas hormigas que vio mientras cavilaba intensamente en todo aquello: subían por la pata de una mesa, en fila, tranquila y disciplinadamente, alcanzaban el tablero, se hacían una tras otra con una migaja de queso y descendían de la misma forma: tranquila y disciplinadamente. Esto le gustó y tomó a las hormigas por una señal. Tenía ya ahorrado un dinero y apartadas unas mercancías, y como gozaba de prestigio de hombre sensato y sabio, sin dificultad alguna encontró sitio en la enorme expedición comercial que en realidad lo conduciría hasta Shabtai Tzvi.

Yenta nació bastantes años más tarde, después de aquellos sucesos, y por eso no está segura de si heredó parte de la santidad que colmó los ojos de su padre cuando este contempló la faz del Mesías. Él y sus compañeros: Moshe Halevi, su hijo y su hijastro de Lwów, y Baruch Pejsach de Cracovia.

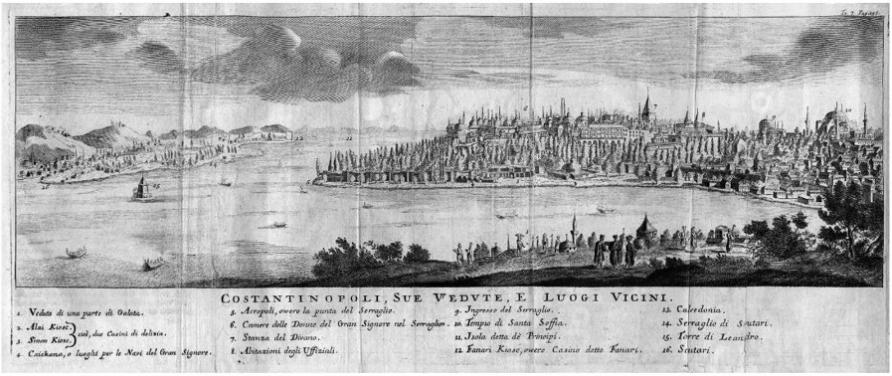
De Cracovia a Lwów, de Lwów rumbo al sur, a Valaquia, pasando

por Czerniowce, y cuanto más avanzaban, más aumentaba el calor, menos nieve había y el aire se tornaba más suave y perfumado, tal y como contaría más tarde su padre. Por las tardes se preguntaban cómo sería la venida del Mesías. Llegaron a la conclusión de que las calamidades de los años anteriores en realidad habían sido buenas, tenían un sentido, anunciaban la venida del salvador, al igual que los dolores anuncian el nacimiento de un nuevo ser humano. Porque cuando el mundo alumbra a un Mesías, tiene que sufrir, se quiebran todas las leyes, caducan todos los contratos humanos, se hacen añicos las promesas y los juramentos. Un hermano se abalanza sobre otro hermano, un vecino odia a otro vecino, las personas que vivían una junto a otra se rebanan ahora la garganta en plena noche y beben de su sangre.

La delegación de Lwów encontró al Mesías en la cárcel de Galípoli. Mientras recorrían el camino desde Polonia rumbo al sur, el sultán, inquieto por el tumulto judío y los planes de Shabtai Tzvi, lo capturó y encarceló en la fortaleza.

¡El Mesías en la cárcel! Increíble, ¿cómo puede ser? Entre todos los llegados a Estambul, no solo desde Polonia, cundió una enorme congoja. ¡Encarcelado! El Mesías encarcelado, ¿cómo puede ser? ¿Coincide esto con los vaticinios? Al fin y al cabo, tenemos a un Isaías.

Pero un momento, ¿qué cárcel es esa? ¿Es realmente una cárcel? ¿Qué significa «cárcel»? A fin de cuentas, Shabtai Tzvi, generosamente proveído por sus fieles, vive en la fortaleza de Galípoli como en un palacio. El Mesías no come carne ni pescado; dicen que se alimenta exclusivamente de la fruta que le traen, la más fresca de toda la región, incluso en barco. Le gustan las granadas, escarba con sus largos y delicados dedos en su granulado interior, extrae los rubíes de las semillas y los parte en su sagrada boca. Come poco, apenas unos granos de granada; al parecer, su cuerpo se nutre de la fuerza vital que recibe directamente del sol. También se dice, con gran secreto –que se propaga sin embargo más velozmente que si de un pequeño secreto se tratara–, que el Mesías es una mujer. Los que se acercaron a él han visto sus pechos femeninos. Su piel, tersa y sonrosada, huele igual que la piel de una mujer. En Galípoli tiene a su disposición una gran corte y salas cubiertas de alfombras persas donde concede audiencia. ¿Es eso una cárcel?



Así lo encontró la delegación. Primero hubieron de esperar un día y medio, tantos eran los que deseaban que el Mesías los recibiera en audiencia. Ante sus ojos transitaba una multitud excitada que hablaba un sinfín de lenguas. Se multiplicaban las especulaciones: ¿qué pasará ahora...? Los judíos del sur, de tez morena y turbante oscuro, y los judíos de África, abigarrados como libélulas. Los risibles judíos de Europa, vestidos de negro, con cuellos rígidos, absorbiendo el polvo como la esponja absorbe el agua.

Debían ayunar de día y purificarse después en el baño. Finalmente, les dieron vestimentas blancas y les permitieron comparecer ante su mesiánica majestuosidad. Era día festivo, pues se acababa de establecer como tal en el nuevo calendario. Shabtai Tzvi había abolido todas las fiestas tradicionales judías, ya no era de obligado cumplimiento la Ley de Moisés, sino otra, todavía no nombrada, ante la cual no se sabía ni cómo comportarse ni qué decir.

Lo encontraron sentado en un trono ricamente tallado, ataviado de escarlata, asistido por piadosos sabios que les formularon la pregunta de por qué habían venido y qué querían del salvador.

Se acordó que hablaría Baruch Pejsach, y fue él quien empezó a contar todas las desgracias del país polaco, y al mismo tiempo las desgracias de los judíos polacos, y para demostrarlo le enseñó la crónica de las desgracias de Majer de Szczebrzeszyn, con el título hebreo de Tsok Ha-'itis, es decir, La tenaza de los tiempos, publicada varios años atrás. Pero mientras Baruch, con voz llorosa, peroraba sobre guerras, enfermedades, pogromos e injusticias humanas, Shabtai lo interrumpió de repente y, señalando su vestimenta escarlata, tronó con voz poderosa: «¿¡Acaso no veis el color de la venganza!? Visto de escarlata y como dice el profeta Isaías: ¡el día de la venganza lo guardo en el corazón y el año de la salvación ya ha llegado!» Todo el mundo se agachó, hasta tal punto sonó fuerte e inesperada esa voz. A continuación, Shabtai se arrancó la camisa y se la dio a Isaías, el hijo de David Halevi, y entre los demás repartió terrones de azúcar y

mandó que se los pusieran en la boca: «Que se despierte en ellos la fuerza de la juventud.» Majer quiso decir en aquel momento que no necesitaba la fuerza de la juventud, sino una vida tranquila, pero el Mesías gritó: «¡Silencio!» Majer miró subrepticiamente al salvador como solo él sabía y vio su rostro manso y hermoso, sus rasgos suaves y unos ojos de belleza extraordinaria enmarcados por largas pestañas, húmedos y sombríos a un tiempo. Y vio cómo los oscuros y abultados labios del Mesías temblaban de indignación y cómo vibraban sus mejillas morenas y lampiñas, tersas y seguramente tan agradables al tacto como la piel de vaca mejor curtida. Y le sorprendió mucho que los pechos del Mesías realmente se parecieran a los pechos de una mujer, turgentes y con pezones oscuros. Entonces alguien le echó un chal por encima, pero la imagen de aquellos pechos desnudos se quedó grabada en la memoria de Majer hasta el fin de sus días, y después, como suele ocurrir con las imágenes recordadas, se dividió en palabras, las cuales más tarde volverían a recomponerse en la cabeza de sus hijos.

El escéptico Majer sintió en aquel momento una especie de flechazo en el pecho, un arrebato de emoción que debió de rasgarle el alma tan profundamente que aquel arañazo se lo transmitió a sus hijos y después a sus nietos. El padre de Yenta, Majer, era hermano del abuelo de Elisha Shor.

¿Y qué? Y nada. Lo apuntaron todo minuciosamente, cada movimiento y cada palabra. La primera noche permanecieron en silencio, sin acabar de entender lo que les había pasado. ¿Habría sido una señal? ¿Serían los elegidos para salvarse? Ante el fin de los tiempos, ¿eran capaces de abarcar con la razón lo que ocurría a su alrededor? Teniendo en cuenta que todo era diferente, al revés.

Finalmente, tras concluir sus negocios, volvieron a casa, a Polonia, con un estado de ánimo extraño, elevado.

La noticia de la conversión de Shabtai los golpeó como un rayo caído del cielo. Sucedió el día 16 del mes de elul de 5426, es decir, el 16 de septiembre de 1666, pero se enteraron de todo cuando ya habían vuelto a casa. Aquel día nevó inesperadamente, mucho antes de lo previsto, y la nieve cubrió la cosecha sin recoger de las huertas: las calabazas, zanahorias y remolachas que esperaban bajo tierra la llegada de la edad provecta.

Difundían la noticia emisarios con la cara sucia del polvo del camino y rasgadas por la pena las vestiduras. Ni siquiera querían detenerse, se limitaban a andar de aldea en aldea, plañendo. El malvado sultán de los infieles amenazó de muerte a Shabtai si no abrazaba el islam. Amenazó con cortarle la cabeza. Y el Mesías se

avino.

En un primer momento, los sollozos inundaron las casas y reinó la incredulidad. Después se hizo el silencio. Durante uno, dos o tres días nadie se mostraba dispuesto a hablar. ¿Qué decir? ¿Que una vez más éramos los más débiles, los engañados, que Dios nos había abandonado? ¿Que el Mesías había sido derrotado? ¡Pero si debía arrojar del trono al sultán, hacerse con el poder del mundo entero y enaltecer a los humillados! De nuevo sobrevolaban las aldeas de Podolia nubarrones de fustán gris como el revestimiento de una cabaña destrozada. A Majer le pareció que el mundo había empezado a pudrirse, que lo corroía la gangrena. Sentado en una pesada mesa de madera, con su hija más pequeña, menuda como un guisante, en el regazo, fue trazando, como todos los demás, columnas gemátricas. Solo cuando llegó la primera helada empezaron a circular cartas y explicaciones y no hubo semana en que algún vendedor ambulante no trajera alguna novedad a propósito del salvador. Incluso un simple lechero, que distribuía leche y mantequilla por las aldeas de la vecindad, era considerado un sabio en aquella época. Dibujaba con el dedo sobre cualquier superficie esquemas de la salvación.

Era necesario componer un todo de aquellas noticias nerviosas y sesgadas, recurrir a los libros, preguntar a los más doctos. Y poco a poco nacía una nueva ciencia, que al llegar la primavera ya estaba tan afianzada y fortalecida como el vigoroso brote de una nueva planta. ¿Cómo podíamos equivocarnos tanto? Fue la tristeza lo que nos cegó, una duda indigna de un hombre bueno. Sí, abrazó la fe de Mahoma, la ha abrazado, pero no de verdad, sino solo en apariencia, no es más que su imagen exterior, el objetivo, o sea, la sombra, le puso un turbante verde bajo el cual el Mesías se ocultó a la espera de tiempos mejores que no tardarían en llegar, era cuestión de días, estaban al caer.

Yenta sigue teniendo ante los ojos el dedo que trazaba en la harina esparcida sobre la mesa el árbol de las Sefirot, y al mismo tiempo se encuentra en una aldea cerca de Brzeżany más de ochenta años atrás. Es exactamente el día en que fue concebida. Solo ahora puede verlo.

En ese extraño estado en que se encuentra, ¿podrá Yenta intervenir en algún asunto? ¿Influir sobre el curso de los acontecimientos? ¿Podrá hacerlo? Si pudiera, cambiaría aquel único día. Ve a una mujer joven caminando por los campos con una cesta en la mano, lleva en ella dos ocas. Sus cuellos se mueven al ritmo de los pasos; los ojos, cual cuentas de un collar, miran a su alrededor con esa confianza propia de los animales domesticados. Del bosque sale una patrulla cosaca al galope, crece a ojos vistas. Demasiado tarde para huir: la mujer, sorprendida, se para en seco y se protege con la cesta de las ocas. Los caballos la rodean, la acosan. Como obedeciendo una orden,

los hombres desmontan, todo sucede muy deprisa y en silencio. La tumban suevamente sobre la hierba, la cesta cae, las ocas salen, pero no se alejan, solo silban en tono de amenaza y advertencia y asisten a lo que ocurre. Mientras dos retienen a los caballos, un tercero desabrocha del cinturón los anchos pantalones fruncidos y se tumba sobre la mujer. Después se turnan, lo hacen cada vez más rápido, con prisas, como si no tuvieran más remedio que llevar a cabo esos cuatro movimientos: casi no se nota que disfruten. El semen inunda a la mujer y se escurre luego sobre la hierba. El último le aplasta el cuello y la mujer empieza a resignarse a morir, pero uno de los otros le pasa las bridas y el hombre se sube al caballo. La mira durante un momento, como si quisiera grabar en la memoria a su víctima. Después se van.

La mujer está sentada con las piernas abiertas; las ocas, indignadas, la miran graznando con desaprobación. Con un borde de la enagua se seca entre las piernas, luego arranca hojas y hierba. Finalmente corre hacia el riachuelo, se levanta las faldas, se sienta en el agua y expulsa el semen de su cuerpo. Las ocas lo toman por una invitación y también corren hacia el agua. Pero en el momento en que, con la reserva propia de su especie, titubean antes de zambullirse, la mujer las atrapa a las dos, las mete en la cesta y regresa al sendero. Poco antes de llegar a la aldea aminora el paso, camina cada vez más más despacio, hasta que finalmente se detiene, como si tocase una frontera invisible.

Es la madre de Yenta.

Seguramente por eso durante toda la vida observó a la hija con atención y sospecha. Yenta se acostumbró a esa mirada cargada de reserva que le lanzaba durante cualquier quehacer en la cocina: cortar verduras, pelar huevos duros, fregar ollas... Su madre la observaba a cada momento. Como un lobo, como un perro que se prepara para hundir los colmillos en alguna pantorrilla. Con el paso del tiempo, a ese observar se agregó una pequeña mueca de la boca: levantaba ligeramente el labio superior, lo subía hasta la nariz, era una expresión entre el desamor y el asco, pero insignificante, apenas visible.

Yenta recuerda que, mientras le hacía las trenzas, su madre encontró debajo del pelo, encima de la oreja, un lunar oscuro que la alegró mucho. «Mira», dijo al padre, «tiene un lunar en el mismo sitio que tú, solo que al otro lado, como un reflejo en un espejo.» El padre recibió la noticia distraído. Nunca sospechó nada. La madre murió con el secreto encerrado en el puño. Murió contraída, furiosa. Lo más probable es que vuelva bajo la forma de un animal salvaje.

Nació la undécima. Majer le puso el nombre de Yenta, lo que significa: una que difunde noticias y enseña al prójimo. Su madre no

tenía fuerzas para cuidarla; estaba demasiado delicada de salud. De Yenta se ocupaban otras mujeres que andaban siempre por la casa: primas, tías, y, durante un tiempo, una abuela. Yenta recordaba a su madre quitándose la cofia por la noche, momento en que veía de cerca su pelo corto, feo, trasquilado de cualquier manera, y el cuero cabelludo enfermo y escamado.

Yenta tenía seis hermanos mayores que estudiaban en la yeshivá y repetían torpemente las palabras de las Escrituras mientras ella se colgaba de la mesa en la que estaban sentados; era demasiado pequeña para que le encomendaran trabajos propios de las mujeres. También tenía cuatro hermanas mayores, una de ellas se casó y a otra se esforzaban por buscarle marido.

El padre percibía su afán y curiosidad, así que le enseñó las letras, creyendo que para ella serían estampas, joyas, estrellas: la hermosa álef como la huella que deja la pata de un gato, la shin como un barquito con mástil de los que se hacen con corteza de árbol y se sueltan en el agua. Pero Yenta, sin saber cómo ni cuándo, aprendió las letras de otra manera, como una adulta, así que pronto pudo formar palabras. Y por ello su madre le pegaba en las manos con inusitada rabia, como si Yenta pretendiera abarcar demasiado. Su madre no sabía leer. En cambio, escuchaba de buen grado cuando el padre –muy rara vez– o su viejo pariente Abramek el Cojo –más a menudo– contaban en judío historias de los libros a las mujeres y a los niños; Abramek lo hacía siempre con voz quejumbrosa, como si las palabras escritas estuvieran por naturaleza emparentadas con el lamento. Empezaba al caer la noche con la tenue luz de las velas, así que junto con la lectura invadía la casa la insistente tristeza de los cabalistas rurales, que en la época eran muchos. Era posible aficionarse a esa tristeza, de la misma manera que otros se aficionaban al vodka. Después los inundaba tal melancolía que siempre había quien se echaba a llorar y a lamentarse. Daban ganas de tocar todo aquello de lo que hablaba Abramek, extendían los brazos en busca de algo tangible, pero nada había. Y esa ausencia resultaba espantosa. Alumbraba la verdadera desesperación. Alrededor no había sino penumbra, frío y humedad. Y en verano, polvo, hierba seca y piedras. ¿Dónde está todo aquello, aquel mundo, aquella vida, aquel paraíso? ¿Cómo llegar hasta allí?

A la pequeña Yenta le parecía que las noches de los relatos se volvían espesas, más oscuras e inescrutables, sobre todo cuando Abramek el Cojo decía con voz grave y cálida:

–Y es sabido que la bóveda del mundo está repleta de fantasmas y espíritus malignos que nacen del pecado humano. Están suspendidos en el espacio, según queda dicho en el libro del Zohar. Por lo tanto, hay que evitar que de camino a la sinagoga se peguen a la gente, que

se adhieran al hombre, y por eso ese hombre debería conocer lo que está escrito en el Zohar, a saber, que a la izquierda acecha la alimaña, porque la mezuzá está clavada solo a la derecha y en la mezuzá está escrito Shaddai, el Nombre de Dios que derrota a la alimaña, tal y como nos explica la inscripción: «Y Shaddai estará en la jamba de tu puerta.»

Asentían con la cabeza al unísono. Ya lo sabemos, al lado izquierdo.

Yenta era consciente de ello: «El aire está lleno de ojos», solía decirle su madre en un susurro mientras la zarandeaba como a una muñeca de trapo cada vez que la vestía. «Te están mirando. Lanza al aire una pregunta y los espíritus enseguida te contestarán. Solo hay que saber preguntar. Y encontrar las respuestas: en la leche derramada en forma de la letra sámej, en la huella de un casco de caballo en forma de la letra shin. Recopila, recopila los signos, y pronto leerás la frase entera. ¿Qué mérito tiene leer en libros escritos por el hombre cuando el mundo entero es un libro escrito por Dios, incluso el sendero de arcilla que conduce hasta el río? Obsérvalo. También las plumas de oca, los nudos de madera secos de las estacas de las cercas, las grietas de arcilla en las paredes de las casas: todo es idéntico a la letra shin. Sabes hacerlo, Yenta, lee.»

Su madre le daba miedo, cómo no. Una niña pequeña de pie ante una mujer flaca y menuda que no para de gruñir, siempre con rabia. Una arpía, toda la aldea la tenía por tal. El estado de ánimo de su madre cambiaba demasiado a menudo y Yenta nunca sabía si, al ponérsela sobre las rodillas, la besaría y abrazaría, o si le apretaría los brazos hasta hacerle daño y la sacudiría como a un títere. Por eso prefería no cruzarse en su camino. Observaba cómo colocaba con sus manos flacas los restos de la antigua dote en el baúl: provenía de una rica familia de Silesia, pero poco quedaba ya de aquella riqueza. Yenta oía gemir a sus padres en la cama y sabía que, a escondidas del resto de la familia, su padre expulsaba al dybbuk del cuerpo de su madre. La madre, por su parte, oponía primero cierta resistencia, después tomaba una buena bocanada de aire como quien está a punto de zambullirse en agua fría, el agua helada de la mikve, para ocultarse del mal.

En épocas de gran miseria la había espiado y visto engullir las provisiones destinadas a toda la familia: la espalda encorvada, la cara demacrada, los ojos vacíos, tan negros que no se distinguían las pupilas.

Cuando Yenta tenía siete años, su madre murió en el transcurso de un nuevo parto: tanto ella como el niño, que no tuvo las fuerzas suficientes para salir de su cuerpo. A Yenta no le cabía duda de que era el dybbuk que su madre se había tragado al robar la comida, el

mismo al que el padre no había logrado expulsar durante las escaramuzas nocturnas. Se instaló en el vientre de su madre y no quiso salir. Y la muerte fue el castigo. Pocos días antes del parto fatal, gorda e hinchada, con ojos ausentes, despertó a su hija de madrugada tirándole de las trenzas y le dijo:

–Levántate, el Mesías ha venido. Ya está en Sambor.

Después de la muerte de su mujer, Majer, movido por un vago sentimiento de culpa, se ocupó de su hija él mismo. No sabía muy bien qué hacer con ella, así que mientras estudiaba le permitía sentarse a su lado y observar lo que estaba leyendo:

–¿Cómo será la salvación? –le preguntó la niña una vez.

Majer, devuelto a la realidad, se levantó de la mesa y apoyó la espalda en la estufa.

–Es sencillo –dijo–. Cuando la última centella de luz divina regrese a su fuente, el Mesías se manifestará ante nosotros. Todas las leyes serán derogadas. Desaparecerá la división entre kosher y no kosher, entre sagrado y maldito, el día será indistinguible de la noche y las diferencias entre hombre y mujer se disiparán. Las letras de la Torá se desplazarán de tal manera que aparecerá una nueva Torá en la que todo será al revés. Los cuerpos humanos devendrán tan ligeros como los espíritus y las nuevas almas descenderán hasta ellos desde el mismo trono del buen Dios. Entonces también desaparecerá la necesidad de comer y beber, dormir será superfluo y cualquier deseo se desvanecerá como el humo. La reproducción carnal dará paso a la unión de los nombres sagrados. El Talmud, del todo olvidado e innecesario, se cubrirá de polvo. El brillo de la Shejiná lo iluminará todo.

Sin embargo, un momento más tarde, Majer consideró oportuno recordarle lo fundamental:

–Entre el corazón y la lengua se abre un abismo –dijo–. No lo olvides. Hay que ocultar los pensamientos, sobre todo si para tu desgracia has nacido mujer. Piensa de manera que piensen que no piensas. Compórtate de forma que confunda a los demás. Todos tenemos que hacerlo así, y, muy especialmente, las mujeres. Los talmudistas conocen la fuerza de las mujeres, pero la temen, por eso agujerean las orejas a las niñas, para debilitarlas. Mas nosotros no. No lo hacemos porque nosotros mismos somos como las mujeres. Nos ocultamos. Fingimos ser tontos, fingimos ser personas que no somos. Al volver a casa nos quitamos del rostro la máscara. Cargamos con el peso del silencio, con la masa duma.

Y ahora, cuando Yenta yace tapada hasta el cuello en el cobertizo para guardar leña de Korolówka, sabe que ha engañado a todo el mundo.

8

LA MIEL, NO COMERLA EN EXCESO; ES DECIR, ENSEÑANZAS DE LA ESCUELA DE ISOCHAR EN ESMIRNA, EN EL PAÍS TURCO

Gracias a la escuela de Isochar, Nachman domina al dedillo la gematría, el notarikon y la temurah. Se lo puede despertar en mitad de la noche y pedirle que desplace las letras y forme palabras. Ya ha sopesado y determinado el número de las palabras en las plegarias y bendiciones con el fin de descubrir el principio según el cual fueron establecidas. Las comparó con otras, las transformó, desplazando las letras. A menudo, cuando el calor abrasador de las noches de Esmirna le impedía conciliar el sueño, cuando reb Mordke fumaba su pipa en silencio y se sumía en su mundo, Nachman, cerrados los ojos, se entretenía hasta la madrugada jugando con palabras y letras, creando significados y conexiones completamente nuevos e inverosímiles. Cuando el primer apunte del alba iluminaba en gris la plazuela y los raquíticos olivos bajo los cuales dormían perros rodeados de basura, le parecía que el mundo de las palabras era mucho más real del que veían sus ojos.

Nachman está feliz. Siempre se sienta detrás de Jacob, le gusta contemplar su espalda. Por eso mismo a él van dirigidas las palabras de las Escrituras: en el libro de Proverbios 25, 16 se dice lo siguiente: «¿Hallaste la miel? Come lo suficiente; no sea que te hartes de ella, y la vomites.»

Mientras tanto, además del hakarat panim, conocimiento de la fisonomía, y del sidrei sirtutin, conocimiento de la quiromancia, a los discípulos elegidos, de los que forman parte Nachman y Jacob, se les enseña, bajo vigilancia de Isochar y reb Mordke, todavía otro misterio. Al anochecer se sientan en el suelo junto a la pared de una habitación pequeña donde solo hay dos velas. La cabeza tiene que estar entre las rodillas. El cuerpo humano vuelve así a la misma posición que tenía en el vientre materno, es decir, cuando aún estaba cerca de Dios. Cuando se permanece sentado varias horas de esta manera, cuando la respiración regresa a los pulmones y se sienten los latidos del propio corazón, la mente humana emprende sus viajes.

Alto y robusto, Jacob está siempre rodeado de una guirnalda de oyentes. Cuenta aventuras de su juventud en Bucarest, Nachman lo escucha a escondidas. Jacob dice que en cierta ocasión salió en

defensa de un judío y que en ese momento lo atacaron dos jinetes del agá. Empuñó un rodillo de amasar y con aquel rodillo derrotó a los guardias turcos. Cuando lo llevaron ante el tribunal por los daños corporales infligidos, al agá le gustó tanto su arrojo que no solo lo dejó libre, sino que también lo colmó de regalos. Evidentemente, Nachman no le cree. Ayer Jacob habló de un milagroso taladro que, frotado con hierbas mágicas, era capaz de señalar los tesoros ocultos bajo tierra.

Jacob, al percatarse una vez más de que Nachman ha apartado la vista que hasta hace un instante tenía clavada en él, lo aborda en turco:

–¿Por qué me miras así, Feiguele?

Lo dice seguramente con intención de ofenderle. Nachman parpadea, hasta tal punto está sorprendido. También porque Jacob ha usado la palabra judía feiguele, que tiene dos significados: «pajarillo» y «aquel al que le gustan más los hombres que las mujeres». Jacob está satisfecho, ha desconcertado a Nachman, esboza una ancha sonrisa.

Durante un rato buscan una lengua en la que comunicarse. Jacob empieza por la que usan aquí los judíos: el ladino. Nachman no entiende una palabra y habla en hebreo, pero a ninguno de los dos se les da bien charlar en plena calle en la lengua sagrada, se atascan. Nachman pasa al judío, que Jacob pronuncia con un acento muy extraño, de forma que prefiere contestarle en un turco fluido y alegre, lengua en la que se mueve como pez en el agua, todo lo contrario que Nachman, que se siente un extraño. Acaban hablando en una mezcla sin preocuparse por el origen de las palabras; las palabras no son aristócratas a los que sí es preciso hacer un árbol genealógico. Las palabras son mercaderes, raudas y prácticas, un día aquí y otro allá.

¿Cómo se llama el lugar donde se toma kaffa? Kahvehane, ¿verdad? ¿Y el turco del sur, moreno y corpulento, que reparte por las casas las mercancías compradas en el bazar? Hamal. Y el mercado de piedras por donde cada día se deja caer Jacob es un bedesten, ¿no? Jacob se ríe, tiene bonitos dientes.

RETAZOS. DE LO QUE HICIMOS EN ESMIRNA EN EL AÑO JUDÍO DE 5511, Y DE CÓMO CONOCIMOS A MOLIWDA, Y TAMBIÉN DE QUE EL ESPÍRITU ES COMO UNA AGUJA QUE HACE UN AGUJERO EN EL MUNDO

Me tomaba muy a pecho las enseñanzas de Isochar. Él solía decir que existían cuatro tipos de lectores. El lector esponja, el lector embudo, el lector tamiz y el lector cedazo. La esponja absorbe todo lo que le echen. Está claro que después recordará muchas cosas, mas no sabrá extraer lo fundamental. En el embudo todo lo leído entra por un

extremo pero se pierde por el otro. El tamiz deja pasar el vino mas retiene los posos; de esta manera no debería leer nadie, mejor que se dedique a la artesanía. Finalmente, el cedazo separa las malas hierbas para obtener el mejor grano.

«Me gustaría que fuerais como el cedazo y no retuvieseis aquello que es malo y aburrido», nos solía decir Isochar.

Gracias a las antiguas amistades de Praga y a la buena opinión que tenían de reb Mordke, para nuestro alborozo fuimos contratados por un salario nada desdeñable a cambio de ayudar a los trinitarios que rescataban prisioneros cristianos del cautiverio turco. Ocupamos el puesto de un judío que había muerto repentinamente de unas fiebres y al que era preciso sustituir de inmediato. Nuestro cometido consistía en abastecer a los frailes durante su estancia en Esmirna; y puesto que yo ya hablaba un turco fluido, y que, como ya he mencionado, me defendía bastante bien en polaco, también me pedían que tradujera, por lo que al cabo de poco me convertí en dragomán, como dicen los turcos, o sea, en traductor.

Los rescates se llevaban a cabo en el puerto; los trinitarios bajaban a las celdas provisionales donde retenían a los prisioneros y les preguntaban de dónde eran y si tenían familia que pudiera pagar su rescate y devolver a los hermanos trinitarios el dinero adelantado.

A veces ocurrían historias divertidas, como aquella de una latifundista de la región de Lwów. Se apellidaba Zaborowska, y su hijito, nacido en cautiverio, llevaba el nombre de Ismail. Aquella mujer estuvo a punto de truncar ella sola toda la transacción, al insistir en que no estaba dispuesta a abandonar la fe mahometana ni a bautizar a su hijo Ismail, cosa que para los hermanos trinitarios suponía un escollo casi insalvable.

Inmediatamente me llamó la atención otro traductor que trabajaba para los trinitarios: lo oí hablar con alguien en polaco aunque iba vestido a la turca. Tenía el pelo aclarado por el sol y una barba corta y rojiza. Fornido, de complexión robusta, todo apuntaba a que era un hombre fuerte y resistente. Lo fui mirando de soslayo, mas no quise abordarlo antes de que se presentara la ocasión. Un día me vio intentando explicar algo en polaco a unos viajeros de Pequeña Polonia venidos aquí para rescatar a un pariente. Se me acercó y, tras darme una palmada en la espalda, me abrazó como a un paisano. «¿De dónde eres?», me soltó sin más, cosa que me conmovió profundamente, pues nunca antes un noble me había tratado con tanta cordialidad. A continuación me habló en hebreo, no del todo mal, y en nuestra lengua, en judío. Su voz era grave, podría pronunciar discursos. Debí de poner una expresión tonta, porque se echó a reír con fuerza echando la cabeza hacia atrás hasta el punto de que casi podía

escudriñarle la garganta.

Lo traían a Esmirna negocios misteriosos de los que no quería hablar; afirmaba, en cambio, que era el príncipe de una isla del mar griego que se llamaba igual que él: Moliwda. Sin embargo, hablaba de tal manera como si nos lanzara un anzuelo: a ver si picábamos, si le creíamos. Hablaba como si no acabase de creerse lo que decía, como si guardase en la manga otras versiones igual de verdaderas. Pese a ello, intimamos. Me trataba de manera paternal, aunque no era mucho mayor que yo. Nos hizo muchas preguntas sobre Polonia: le tuve que contar cosas de lo más corrientes de las que parecía disfrutar mucho: cómo vestía la nobleza y la burguesía de Lwów, qué tiendas había, si se podía tomar allí una buena kaffa, con qué comerciaban los judíos y con qué los armenios, qué se comía y qué alcohol se bebía. A decir verdad, yo no era muy ducho en asuntos polacos. Le hablé de Cracovia y de Lwów, describí con todo lujo de detalles Rohatyn, Kamieniec y Busk, mi pequeña ciudad natal. Debo confesar que ninguno de los dos supimos evitar esas repentinas oleadas de nostalgia que inundan siempre a los viajeros cuando se encuentran lejos de su tierra. Me pareció que él llevaba mucho tiempo sin ver la suya, pues preguntaba por detalles banales y extraños. A cambio, contaba sus aventuras con piratas en alta mar y describía las batallas navales de tal manera que incluso los trinitarios, con sus hábitos blancos y cruces en el pecho, se acuclillaban a nuestro lado para escucharle. Con los frailes pasaba al polaco y, por la manera en que hablaban con él (entonces yo aún no lo entendía todo), se veía que lo apreciaban mucho y que lo trataban de modo excepcional, como a un auténtico señor. Lo llamaban «conde Kossakowski», cosa que me dejaba sin aliento, ya que nunca había visto de cerca a un conde, por más estrafalario que este fuera.

Cuanto más conocíamos a Moliwda, más nos sorprendía. ¡No solo leía y hablaba en hebreo con fluidez, sino que encima conocía los fundamentos de la gematría! No tardó en demostrar unos conocimientos que sobrepasaban con creces los horizontes de un gentil común y corriente. Además, hablaba en griego e incluso había profundizado en la escritura turca hasta el punto de ser capaz de expedir recibos.

Un buen día vino a ver a Isochar Tova de Nikopol, a quien todavía no conocíamos, mas de quien teníamos las mejores referencias; asimismo, habíamos estudiado su libro y sus poesías. Era un hombre modesto y retraído. A todas partes lo acompañaba su hijo de trece años, un muchacho hermoso: juntos parecían un sabio al cuidado de un ángel.

Los debates que suscitó su llegada nos introdujeron en otros terrenos de disquisición.

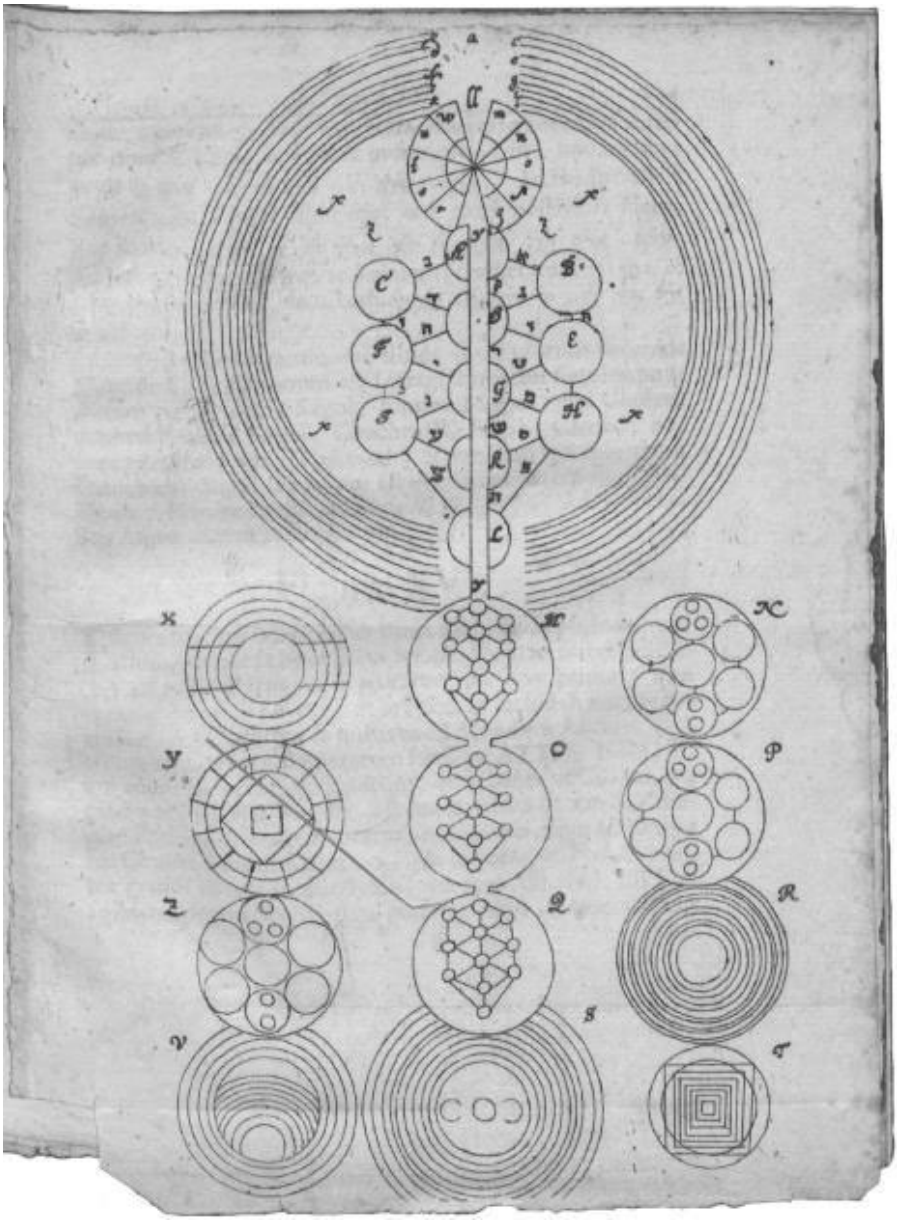
Isochar decía:

–Ya no cabe esperar grandes acontecimientos, eclipses solares ni inundaciones. El extraño proceso de salvación tiene lugar aquí –y se dio tal palmada en el pecho que retumbó–. Nos levantamos desde el fondo más profundo, al igual que él se levantaba y caía, luchando incesantemente contra las fuerzas del mal, contra los demonios de la oscuridad. Nos liberaremos, seremos libres en nuestro interior, aunque aquí, en el mundo, tengamos que ser esclavos..., solo entonces levantaremos del polvo la Shejiná, nosotros, los ma'aminim, los verdaderos creyentes.

Fui apuntando sus palabras con jubilosa satisfacción. Justamente así había que comprender el comportamiento de Shabtai. Él eligió la libertad en el corazón, no la libertad en el mundo. Se convirtió al islam para mantenerse fiel a su salvífica misión. E, idiotas de nosotros, esperábamos que apareciera ante el palacio del sultán con mil ejércitos con escudos de oro. Éramos como niños que desean juguetes milagrosos, achaia aynayim, una ilusión, un truco de magia para los más pequeños.

Aquellos de nosotros que piensan que Dios nos habla a través de acontecimientos externos están equivocados, son como niños. Él susurra directamente a lo más profundo de nuestra alma.

–Es un gran enigma, un misterio extraordinario el que se convierta en redentor el más derrotado, el que ha tocado fondo en el más oscuro abismo. Ahora esperamos su regreso; volverá bajo diferentes apariencias hasta que el misterio se haga realidad en una de ellas: cuando Dios se encarne en el hombre, cuando se produzca la devekut y reine la Trinidad. –La palabra «Trinidad» Isochar la pronunció más bajito para no molestar a los que consideraban que un mesías tan débil era demasiado cristiano. ¿Acaso no tienen algo de razón todas las religiones? En cada una de ellas, incluso en la más bárbara, también se bañaron las centellas de la divinidad.



En ese momento, de la nube de humo surgió la voz de reb Mordke:

–¿Y si el Mesías nos dio ejemplo y debemos seguirlo hacia esa oscuridad? En España muchos han abrazado la fe de Edom.

–Dios nos libre –se opuso Tova–. No somos quiénes para imitar al Mesías. Solo él puede entrar en el barro y la mugre, sumergirse en ellos por entero y emerger sin mácula, del todo limpio y puro.

Tova opinaba que no había que acercarse demasiado al cristianismo. Cuando más tarde debatíamos excitados sobre la Trinidad, afirmó que la enseñanza cristiana de la Trinidad no era otra

cosa que una versión desbaratada de la antigua enseñanza del misterio de la deidad que ya nadie recordaba. Era su sombra y su interpretación errónea.

«Manteneos alejados de la Trinidad», advirtió.

Esta imagen se me grabó en la memoria: tres hombres adultos, barbudos, iluminados por la trémula luz de una lámpara de aceite, divagando noches enteras sobre el Mesías. Cualquier carta procedente de nuestros hermanos de Altona o Tesalónica, de Moravia, Lwów o Cracovia, de Estambul o Sofía era motivo de noches sin dormir, y durante aquella época de Esmirna nuestros pensamientos estaban cada vez más acordes. Isochar parecía el más reservado; lo contrario que Tova, quien a menudo se mostraba sarcástico; debo confesar que yo rehuía su mirada iracunda.

Sí, sabíamos que desde que llegó él, Shabtai Tzvi, el mundo mostraba otra faz, como petrificada, y que aunque pareciese el mismo, era un mundo del todo diferente al anterior. Las viejas leyes ya no eran de obligado cumplimiento, los mandamientos que habíamos obedecido en nuestra confiada infancia habían perdido el sentido. La Torá, aparentemente, era la misma; las letras eran las mismas, nadie las había desplazado, mas ya no era posible leerla como antes. Las viejas palabras revelaban un sentido totalmente nuevo y nosotros lo veíamos y lo comprendíamos.

Quien en este mundo redimido se aferra a la antigua Torá, rinde homenaje a un mundo muerto y a una ley muerta. Es un pecador.

El Mesías consumará su doloroso viaje destruyendo desde dentro los mundos vacíos, reduciendo a cenizas las leyes muertas. De manera que hay que destruir el viejo orden de las cosas para que pueda reinar el nuevo.

¿Acaso las enseñanzas y los escritos no nos muestran claramente que Israel fue dispersado por el mundo precisamente para recoger todas las centellas de la santidad, incluso las de los rincones más recónditos de la Tierra, de los abismos más profundos? ¿Acaso no nos enseñó Natán de Gaza que con el paso del tiempo aquellas centellas terminaron alojadas tan honda y vilmente en el cuerpo de la materia como joyas caídas en el estiércol? En los momentos más difíciles del tikún no había nadie que supiera rescatarlas, tan solo él, el único: tuvo que experimentar el pecado y el mal y rescatar de allí las centellas sagradas. Tuvo que aparecer alguien como Shabtai Tzvi y abrazar el islam, tuvo que traicionar, por nosotros, para que nosotros no tuviéramos que hacerlo. Hay muchos que no logran comprenderlo. Mas nosotros lo sabemos por Isaías: el Mesías deberá ser rechazado por propios y extraños, así reza la profecía.

Tova ya se disponía a marcharse. Compró sedas llegadas de Oriente en barco y porcelana china cuidadosamente envuelta con papel y serrín. Compró aceites de la India. Él mismo fue al bazar a buscar regalos para su mujer y su querida hija Chana, de la que oía yo entonces hablar por primera vez, aún sin saber cómo discurrirían las cosas. Contempló chales entretejidos con hilo de oro y pantuflas bordadas. Reb Mordke y yo fuimos a verlo cuando descansaba, tras haber enviado a sus ayudantes en busca de firmanes a las oficinas de aduanas, pues al cabo de pocos días se proponía emprender el viaje de vuelta. Por eso, todo aquel que tenía familiares en el norte escribía cartas y preparaba pequeños paquetes para que pudieran viajar con la caravana de Tova hasta el Danubio, a Nikopol y Giurgiu, y desde allí hasta Polonia.

Nos sentamos a su lado y Mordejái sacó una botella del mejor vino. Después de dos copas, el rostro de Tova se derritió, asomó en él una expresión de asombro infantil, las cejas viajaron hacia lo alto, la frente se arrugó y yo pensé que estaba viendo la verdadera faz de ese sabio, la faz que Tova disimulaba todo el tiempo. Como no tenía costumbre de beber, el vino se le subió rápidamente a la cabeza. Reb Mordke empezó a gastarle bromas: «¿Cómo se puede no beber teniendo un viñedo propio?» Mas el motivo de nuestra visita era otro. Me volví a sentir como antes, cuando emparejábamos a jóvenes casaderos. Nos pusimos a hablar de Jacob. Primero, que tenía una estrecha relación con los judíos de Tesalónica que apoyaban a Konio, hijo de Baruchia, cosa que gustó mucho a Tova, porque él mismo era su partidario. Mas tanto reb Mordke como yo volvíamos una y otra vez a otro tema. Nuestra testarudez, la testarudez de «esos dos de Polonia», como nos llamaba Tova, era como una espiral: en un principio parecía debilitarse, pero enseguida volvía al mismo lugar, solo que bajo otra forma. Y ese lugar al que volvía cada una de nuestras conversaciones tras las asociaciones más insospechadas y las digresiones más remotas no era sino Jacob. ¿Que qué queríamos? Queríamos casar a Jacob con una hija de Tova, de esta manera Jacob se convertiría en una persona respetable. Un judío soltero no es nadie y nunca lo tomarán en serio. ¿Y qué más? ¿Qué nació en nuestras cabezas como por un milagro? Era una idea audaz, quizá peligrosa, pero al verla en su totalidad me pareció absolutamente perfecta. Como si de pronto comprendiera para qué lo habíamos hecho todo: nuestros viajes, nuestros estudios. Tal vez el vino me relajó la mente, porque de golpe todo se tornó meridiano. Entonces reb Mordke dijo en mi lugar:

–Nosotros lo emparejaremos con tu hija y él irá a Polonia como emisario.

Es justamente lo que queríamos. Y, cosa curiosa, Tova no nos contradijo en nada, pues, al igual que todo el mundo, él también había

oído hablar de Jacob.

Así que mandamos buscar a Jacob, quien vino después de un largo rato acompañado de toda una pandilla de muchachos de su edad y unos turcos. Los otros se quedaron al otro lado de la plazuela mientras Jacob comparecía ante nosotros un poco cohibido. Recuerdo que al verlo me recorrió un escalofrío, sentí un temblor por todo el cuerpo y un amor más grande del que haya sentido por cualquier otra persona en el mundo. Los ojos de Jacob resplandecían, estaba como excitado, y a duras penas ocultaba esa sonrisa irónica tan suya.

–Si tú, Mordejái, tú, Tova, y tú, Nachman, sois los sabios de este siglo –dijo con exagerada deferencia–, transformad el metal en oro y entonces sabré que sois emisarios sagrados.

No sabía si hablaba en broma o en serio.

–Siéntate –le dijo reb Mordke en tono cortante–. Solo el Mesías puede obrar ese milagro. Lo sabes de sobra. Ya hemos hablado de ello.

–¿Y dónde está ese Mesías?

–¿Cómo, no lo sabes? –Reb Mordke le lanzó una mirada malvada e irónica–. ¿Tú que te pasas el día con sus adeptos?

–El Mesías está en Tesalónica –dijo tranquilamente Tova. El vino dilataba sus palabras–. Tras la muerte de Shabtai Tzvi, su espíritu pasó a Baruchia, ¡bendito sea su nombre! –Y tras un momento de silencio, a modo de provocación, añadió–: Y ahora dicen que el espíritu encontró morada en Konio, el hijo de Baruchia. Dicen que es el Mesías.

Jacob no logró mantener la compostura. Esbozó una ancha sonrisa, cosa que a todos nosotros nos alivió, pues ya no sabíamos adónde estábamos llevando la conversación.

–Si así dicen, enseguida iré a su encuentro –dijo Jacob al cabo de un instante–. Porque deseo servirle con todo mi corazón. Si quiere que le corte leña, se la cortaré. Si me pide que acarree agua, la acarrearé. Si necesita a alguien para librar una guerra, me pondré al frente de sus ejércitos. Decidme tan solo qué debo hacer.

Se dice en el tratado Jaguigá 12: «¡Pobres las gentes que ven y no saben lo que ven!» Mas nosotros veíamos y comprendíamos lo que veíamos. Aquello ocurrió esa misma noche. Primero Jacob se plantó ante reb Mordke, quien, rezando e invocando las palabras más poderosas, tocó una y otra vez sus labios, ojos y cejas; después le frotó la frente con hierbas hasta que los ojos del muchacho se volvieron vidriosos, y, él mismo, callado y manso. Lo desnudamos y apagamos todas las lámparas menos una. Después, con voz temblorosa, entoné ese himno que todos conocíamos, pero que ahora cobraba un sentido del todo diferente, pues ya no pedíamos que descendiera el espíritu, como se pide a diario, normalmente, la reparación del mundo y nuestra salvación. Ahora pedíamos que el espíritu descendiera

verdadera y tangiblemente hasta el cuerpo desnudo que teníamos ante nosotros, el cuerpo de un hombre, de un hermano al que conocíamos muy bien y al tiempo no conocíamos en absoluto. Se lo ofrecimos al espíritu para que lo probara, para comprobar si era adecuado, si soportaría tamaño golpe. Ya no pedíamos una simple señal que consolara nuestros corazones, pedíamos una acción: que entrase en nuestro mundo, oscuro, sucio y lóbrego. Expusimos a Jacob como un cebo, igual que se expone a un lobo un cordero aturdido. Nuestra voz se elevó hasta volverse chillona, como si nos hubiésemos convertido en mujeres. Tova se balanceaba hacia delante y hacia atrás, yo sentía náuseas, como si hubiera comido algo rancio y pensé que estaba a punto de desmayarme. Solo reb Mordke permaneció tranquilo, con los ojos levantados hacia lo alto, hacia el techo, donde había un ventanuco. A lo mejor esperaba que el espíritu entrase por esa ventana.

–El espíritu nos ronda como el lobo ronda las cuevas clausuradas –dije–. Busca el agujero más pequeño para acceder a ellas, a esas figuras débiles y luminosas que viven en el mundo de las sombras. Olfatea, comprueba cada rendija, cada abertura, percibe nuestra presencia en el interior. Ronda como un amante consumido por el deseo para llenar de luz a esos seres delicados como hongos que crecen bajo tierra. Y las personas, esos seres menudos, frágiles y perdidos, le dejan señales, marcan con aceite las piedras, la corteza de los árboles, los marcos de las puertas, se ungen la frente para que el espíritu pueda penetrar más fácilmente.

«¿Por qué le gusta tanto el aceite al espíritu? ¿De dónde viene esa unción? ¿No será porque se desliza así con más facilidad al entrar en la materia?», preguntó Jacob en cierta ocasión, y todos los alumnos se echaron a reír. Y también yo, pues una audacia así no podía ser una necedad.

Todo pasó de repente. Jacob tuvo una erección y su piel se cubrió de sudor. Sus ojos estaban extrañamente desencajados y ausentes y su cuerpo parecía emitir un zumbido. Después, una fuerza lo lanzó contra el suelo donde permaneció en una posición rara y retorcida, le temblaba todo el cuerpo. Siguiendo un reflejo natural, di un paso hacia él para auxiliarle, mas la mano de reb Mordke, inesperadamente fuerte, me detuvo. Aquello duró un instante. A continuación, un chorro de orina comenzó a fluir lentamente debajo de Jacob. Me resulta difícil escribir sobre ello.

Nunca olvidaré lo que allí vi y nunca he visto nada tan auténtico que dé fe de lo ajenos que somos al espíritu en nuestra forma terrenal, corporal y material.

NUOVA CARTA
del
EUROPA
TURCHESCA
Secondo l'ultime Osservazioni
fata in AMSTERDAM
apresso ISAAK TIRION
Miglia Alemane 15 in un Grado
Miglia Inglesi 60 in un Grado
Miglia Francesi 2, in ora di Camino
MOSCOVIA
POLONIA
TRANSILVANIA
BESSARABIA
BUDZIAK
TARTARI
PALUDE di MEOTIDE
MARE AZOFSCHE
Azof
CIRCASSIA
IL MARE NEGRO
BURGARIA
ROMANIA
MARMORA
ANATOLIA
ARMENIA
MARE IONIO
MOREA
ISOLA DI CANDIA
CARAMANIA
Golfo di Scandeloerre
MARE MEDITERRANEO

9

DE LA BODA DE NIKOPOL, DEL MISTERIO DEL DOSEL Y DE LAS VENTAJAS DE SER UN EXTRAÑO

El mapa de las influencias turcas de mediados del siglo XVIII es un territorio marcado por ciudades diseminadas aquí y allá. El mayor número de asentamientos humanos se concentra a lo largo de los ríos, sobre todo del Danubio; en el mapa parecen garrapatas chupando una vena. Domina aquí el elemento agua: se hace omnipresente. El imperio empieza en el Dniéster al norte, lame las orillas del mar Negro al este y, al sur, llega hasta Turquía y la Tierra de Israel para continuar bordeando la costa del Mediterráneo. A punto está de cerrar el círculo.

Si fuera posible marcar en semejante mapa los movimientos humanos, resultaría que los viajeros dejan tras de sí un rastro caótico y, por eso mismo, desagradable a la vista. Culebreos, retorcidas espirales, elipses aviesas: pruebas de viajes de negocios, peregrinaciones, expediciones mercantiles, visitas a familiares, huidas y añoranzas.

Rondan por aquí muchos hombres malvados, muy crueles algunos. Despliegan un kílim en el camino y clavan junto a él una lanza, señal de que allí hay que depositar un rescate, sin siquiera poder ver la cara del malhechor. En caso contrario, desde los matorrales saldrán otras lanzas, seguidas por sicarios que, espada en ristre, te harán pedazos.

Sin embargo, los peligros no desaniman a los viajeros. De manera que no dejan de circular caravanas transportando balas de algodón. Y familias enteras subidas en carros que van a visitar parientes. Andan esos caminos locos en Cristo, desterrados y enajenados a los que todo lo ya vivido vuelve indiferentes y que no se arredran ante las exigencias de los bandoleros. Recorren también los caminos destacamentos de los gobernadores del sultán, lenta y perezosamente: recaudan impuestos que reparten con generosidad entre ellos mismos y sus espías. Transitan despacio harenes de pachás que dejan tras de sí olores de aceites y perfumes. Caminan pastores con rebaños de ganado rumbo al sur.

Nikopol es una pequeña ciudad situada en la orilla sur del Danubio, de aquí salen paquebotes a Turnu, un pueblo valaco situado al otro lado del ancho río y conocido también por el nombre de Gran Nikopol.

Todo aquel que viaja de sur a norte debe detenerse aquí, vender parte de la mercancía que transporta o cambiarla por otra. Por eso la ciudad está siempre animada y florece el comercio. Aquí, en Nikopol, los judíos hablan ladino, lengua que los siguió desde España cuando fueron expulsados, que fue adoptando por el camino palabras nuevas y que cambió su sonoridad hasta convertirse en lo que es: la lengua de los judíos sefardíes en los Balcanes. Hay quienes, maliciosamente, la llaman español echado a perder. ¿Por qué echada a perder, si es una lengua hermosa? Aquí todos la usan, aunque a veces pasan al turco. Jacob se crió en Valaquia, por lo que conoce bien el ladino, pero los testigos de su boda, reb Mordke de Praga y Nachman de Busk, ni siquiera intentan usar las cuatro palabras que saben, sino que prefieren mantenerse en el hebreo y el turco.

La boda se prolonga durante siete días, desde el 24 del mes de siván de 5512, o sea, el 6 de junio de 1752. El padre de la novia, Tova, ha pedido prestado mucho dinero para el festejo y ya está preocupado por los previsibles apuros financieros, sobre todo porque últimamente no le van demasiado bien los negocios. La dote es pequeña, pero la muchacha es hermosa y está enamoradísima del marido. No es de extrañar: Jacob es alegre y gracioso, y grácil además como un ciervo. Ya en la primera noche se consumó el matrimonio –al menos de eso presume el novio–, y más de una vez; a ella nadie le pregunta. Asombrada por la irrupción en los somnolientos surcos de su cuerpo de un marido doce años mayor, mira inquisitivamente a los ojos de su madre y de sus hermanas. ¿Conque es así?

Estrenó vestimentas de casada. Viste a la turca: suaves zaragüelles, una túnica turca bordada de flores y adornada con piedras preciosas, y un hermoso chal de lana de cachemira, abandonado ahora en la balaustrada, porque hace mucho calor.

El collar que le ha regalado su marido es tan valioso que enseguida se lo quitaron y lo escondieron en un baúl. Chana, por su parte, aporta una dote muy especial: el prestigio de la familia, el buen juicio de los hermanos, los libros escritos por el padre, el origen portugués de la madre, su somnolienta belleza y mansedumbre que admira a Jacob, pues está acostumbrado a mujeres delgadas, altaneras, insolentes y de voluntad férrea como las judías de Podolia, su abuela, sus hermanas y primas, o a las viudas maduras por las que se dejó mimar en Esmirna. Chana es mansa como un cervatillo. Se le entrega por amor, no toma nada, ya se lo enseñará él más tarde. Se le entrega con asombro en los ojos, cosa que excita a Jacob. Lo observa minuciosamente, como a un caballo con el que podrían obsequiarla. Mientras Jacob dormita, ella examina minuciosamente sus dedos, la piel de su espalda, las marcas de la viruela en su rostro, enrolla su dedo en la barba y, finalmente, tras armarse de valor, mira con asombro sus genitales.

Jardín pisoteado, cerca tumbada, arena traída al interior de la casa por los danzantes que salían fuera para refrescarse y volvían con un presagio del desierto que dejaban en los suelos cubiertos de kílims y cojines. Vajillas sucias aún sin recoger, pese al afán con que las mujeres trabajan desde la mañana, olor a orina en el huerto, restos de comida lanzados a los gatos y a los pájaros, huesos roídos hasta dejarlos limpios, es cuanto queda del banquete que se ha prolongado durante varios días. A Nachman le duele la cabeza, quizá se haya excedido con el vino nikopoliano. Tumbado a la sombra de la higuera, observa a Chana cuando esta –cosa impropia de una joven esposa– escarba con una rama seca en una pared de la casa donde han anidado unas avispas. No tardará en ser fuente de problemas, tanto para ella misma como para los demás, se verán obligados a huir. Está enfadada porque apenas se ha acabado la boda y ya se quieren ir. Apenas le ha dado tiempo a ver a su marido y él ya la abandona para marcharse a toda prisa.

Nachman se hace el dormido, pero no le quita ojo a Chana. Parece no apreciarla demasiado. La considera insustancial. ¿Quién es esa mujer entregada a Jacob? No sabría describirla si volviera a sus Retazos. No sabe si es sabia o necia, alegre o melancólica, si se enfurece fácilmente o si, por el contrario, tiene un carácter dulce. No sabe cómo esa mujer de cara redonda y ojos verdosos puede ser una esposa. Aquí a las casadas no se les corta el pelo, así que a la vista está lo bello y exuberante que es el suyo, castaño oscuro, como la kaffa. Tiene bonitas manos de dedos largos y finos y anchas caderas. A sus catorce años aparenta muchos más. Unos veinte, una mujer hecha y derecha. Es precisamente así como hay que describirla: bonita y torneada. Suficiente. Y pensar que hace pocos días veía en ella a una niña.

Observa asimismo al hermano gemelo de Chana, Chaim: hay entre ellos un parecido que da escalofríos. Él es más bajo, más menudo, más vigoroso, su cara es más alargada y el revuelto pelo adolescente le cae sobre los hombros. Su cuerpo es más delgado, por lo que parece más joven. El muchacho tiene una inteligencia muy viva y siempre esboza una sonrisa provocadora. El padre lo nombró su sucesor. Ahora está a punto de producirse la separación de los dos hermanos, cosa que no resultará fácil. Chaim quiere acompañarlos a Craiova, pero su padre lo necesita aquí o quizá tan solo tema por él. Las hijas están destinadas al matrimonio, desde el principio se sabe que abandonarán la casa, igual que el dinero acumulado concienzudamente que, llegado el momento, servirá para saldar la deuda con el mundo. Cuando Chana deja de hacer pucheros y casi olvida que se ha casado, va a ver al hermano y los dos, juntas las oscuras cabelleras, cuchichean en un susurro. Es una

imagen agradable, no solo para Nachman, quien se da cuenta de que gusta a todo el mundo esa visión doble: solo juntos son perfectos. ¿No debería el ser humano ser precisamente así: doble? ¿Cómo serían las cosas si todos tuviesen un gemelo del otro sexo? Se hablaría entonces sin palabras.

También mira a Jacob, y le parece que desde la boda un velo cubre sus ojos; quizá sea el cansancio efecto de tantos brindis. ¿Dónde está su vista de pájaro, esa mirada irónica que rehúye la gente? Se ha puesto los brazos sobre la cabeza: aquí no hay extraños, se siente relajado; la ancha manga le ha caído sobre el hombro y deja al descubierto la cavidad de una axila densamente poblada de vello oscuro.

Tova, el suegro, destila algo al oído de Jacob, su mano descansa justo detrás de la espalda del yerno, se podría inferir –piensa Nachman maliciosamente– que fuera el suegro quien se ha casado con él y no su hija Chana. Por su parte, el hermano de Chana, Chaim, aunque congenie con todo el mundo, por alguna extraña razón evita a Jacob. Cuando este último lo aborda, se sume en el silencio y desaparece. No se sabe muy bien por qué, pero esto hace reír a los adultos.

Reb Mordke no sale de casa, no le gusta el sol. Permanece solo en la habitación, apoyado entre cojines y fumando su eterna pipa, lenta y perezosamente, saboreando cada bocanada de humo; reflexiona, poniendo bajo la lupa diferentes momentos del mundo, siempre atento al designio de las letras del alfabeto. Nachman sabe que él espera, que hace guardia, que está alerta para que se cumpla todo lo que ve con sus ojos, aun cuando no mira.

Bajo el dosel, Tova dijo algo a Jacob, unas pocas palabras, una única y escueta frase cuyos principio y fin se enredaron en la frondosa barba del sabio. Jacob tuvo que inclinarse sobre el suegro y, por un instante, en su cara aparecieron signos de sorpresa y asombro. Luego, a Jacob se le fue recomponiendo el rostro, como si intentase reprimir una mueca.

Los invitados no paran de preguntar por el novio, quieren escuchar una vez más esas historias que de buena gana comparte con ellos su vecino de mesa Mordejái, es decir, reb Mordke, que, envuelto en una nube de humo, cuenta cómo él y Nachman ben Levi llevaron a Jacob ante Tova:

–Este es el marido para tu hija, dijimos. Nadie más que él. ¿Y por qué él?, preguntó Tova. Porque es excepcional, dije, gracias a él, tu hija alcanzará grandes distinciones. Míralo, ¿no lo ves? Él es grande. –Reb Mordke inhala el humo de su pipa, el humo huele a Esmirna, a Estambul–. Pero Tova titubea. ¿Quién es ese muchacho de cara de viruela y quiénes son sus padres?, pregunta. A lo que yo, reb Mordke,

y el aquí presente Nachman de Busk le explicamos pacientemente que su padre es Yehuda Lejb Buchbinder, un conocido rabino, y su madre, Raquel de Rzeszów, pertenece a la mejor estirpe, está emparentada con Chaim Malach y su prima ha sido casada con Dobruška de Moravia, bisnieto de Leibele Prossnitz. En la familia no hay locos ni enfermos, ni tampoco inválidos de ninguna clase. El espíritu solo desciende sobre los elegidos. Oh, si Tova tuviera esposa, podría pedirle consejo, pero no tiene, ha muerto.

Reb Mordke calla y se acuerda de que aquel titubeo de Tova los puso nerviosos, les pareció el titubeo de un comerciante que teme por su mercancía. ¡Cuando se trataba de Jacob!

Nachman escucha a reb Mordke con una oreja, pues está concentrado en observar desde la distancia a Jacob, que está con su suegro tomando kaffa en pequeñas tazas. Jacob ha bajado la cabeza y se mira los zapatos. El calor hace que las palabras de los dos hombres se vuelvan lentas y pesadas, que no lleguen a estar maduras para ser pronunciadas. Jacob ya no se quita la ropa turca, en la cabeza lleva su nuevo y llamativo turbante, el de la boda, del color de la hoja de la higuera. Le sienta muy bien. Nachman ve sus zapatos turcos de tafilete con las puntas levantadas. Después, los brazos de ambos hombres se extienden a la vez para servirse otro trago de kaffa.

Nachman sabe que Jacob es ese Jacob, porque cuando lo mira como ahora, desde cierta distancia y sin que el otro lo vea, siente un nudo cerca del corazón, como si una mano invisible, caliente y húmeda, se lo apretara. El nudo hace que se sienta bien y tranquilo. Aunque también triste. Las lágrimas le acuden a los ojos. Podría pasar días enteros mirándolo. ¿Qué otra prueba se necesita cuando quien habla es el corazón?

De pronto Jacob deja de presentarse como hasta ahora, es decir, Jankel Lejbowicz, y empieza a hacerlo como Jacob Frank: así llaman aquí a los judíos occidentales, hablan así de su suegro y de su mujer. Frank, o frenk, significa «extraño». Nachman sabe que eso es del agrado de Jacob: ser un extraño es un rasgo de quienes cambian a menudo de lugar de residencia. Le ha dicho a Nachman que donde mejor se siente es en un lugar nuevo, porque es como si el mundo volviera a renacer. Ser un extraño equivale a ser libre. Haber dejado atrás un espacio inmenso, la estepa, el desierto. Haber dejado atrás la forma de la luna, que es como una cuna, la ensordecedora música de las cigarras, el aire con perfume de piel de melón, el susurro del escarabajo que, al atardecer, cuando el cielo se torna bermejo, sale a cazar en la arena. Tener una historia propia, no para todo el mundo, un relato escrito por las huellas dejadas tras de sí.

Sentirse huésped en todas partes, instalarse en una casa solo por un tiempo, no preocuparse de lo plantado, disfrutar del vino antes que

encariñarse con el viñedo. No entender la lengua, y así distinguir mejor gestos y muecas, la expresión de los ojos humanos, las emociones que emergen en los rostros como sombras de nubes. Aprender la lengua ajena desde el principio, un poco en cada lugar, comparar palabras y descubrir el orden de las semejanzas.

Hay que proteger con suma atención ese estado, pues proporciona un poder inmenso.

Jacob le dijo a Nachman en cierta ocasión, medio en broma, medio en chanza –como solía hacer–, una cosa poco clara que de inmediato se grabó en su memoria como la primera enseñanza de Jacob, aunque quizá ni él mismo lo supiera: que cada día hay que ejercitarse en cómo decir no. ¿Qué significa eso? Nachman se promete que un día se lo preguntará, pero ¿cuándo? Ya no queda tiempo. Ahora está triste e irritado, ¿estará malo el vino? Ni él mismo sabe en qué momento comenzó a pasar de maestro a colega, y luego, sin que se diera cuenta, a discípulo. Lo permitió.

Jacob nunca habla como los sabios, con frases largas y complicadas que salpican con palabras tan raras como valiosas y que no cesan de invocar citas de los libros. Jacob habla con frases breves y claras, como alguien que vive de comerciar en el mercado o conduce un carro. No para de bromear, aunque nunca se sabe si son bromas o juicios serios. Mira directamente a los ojos, pronuncia cada frase como si disparara y espera a la reacción de su interlocutor. Su insistente mirada de pájaro –águila, halcón, buitre– suele confundir a sus interlocutores. Apartan la vista, se trabucan. A veces se echa a reír, así sin más, momento en que la gente que lo rodea se siente aliviada. Llega a mostrarse hosco, grosero. Se burla. Si alguien lo importuna con alguna inconveniencia, frunce las cejas y su mirada se asemeja a un cuchillo. Dice cosas sabias y necias. No te fíes de él demasiado, que te ridiculizará: Nachman también lo vio así, aunque hasta ahora no le ha lanzado ninguna de sus miradas de buitre. Por todo ello, parece que Jacob sea como los demás e igual a los demás, pero al cabo de un rato de charla uno se da cuenta de que no es ni como los demás ni igual a nadie.

El recién casado se dispone a partir, Yehuda Levi ben Tova, el suegro de Jacob, le ha encontrado un buen trabajo en Craiova. Es una ciudad de tamaño considerable situada en la cuenca del Danubio, una puerta entre Norte y Sur. Tova tiene allí un cuñado dedicado con éxito al comercio; dirigirán para él un almacén de mercancías: recoger, enviar, facturar. Está al frente de toda aquella red de interdependencias comerciales un tal Osman de Czerniowce, un hombre extraordinariamente capaz, de él se dice que transforma en oro todo lo que toca. El oro fluye desde Polonia, desde Moravia, con él pagan por productos turcos y orientales de los que carecen en el norte.

¿Por qué en Polonia no confeccionan sombreros de fieltro de lana? ¿Por qué no tejen alfombras? ¿Y la porcelana? ¿Y el cristal? Allí se hace poco y todo se importa, por eso alguien como Osman tiene que permanecer junto a la frontera: la sal de la tierra que ayuda en la conducción de los impulsos del mundo. Tiene una barriga considerable y viste a la turca. El turbante que corona su rostro moreno lo vuelve turco del todo.

Reb Mordke se queda en Nikopol; es viejo y está cansado. Necesita de almohadas blandas, ropa de cama limpia; su misión ha concluido, el misterio, aclarado, Jacob ha sido emparejado y casado, es un hombre hecho y derecho. Se ha reparado uno de los mecanismos de la máquina del mundo. Ahora reb Mordke puede retirarse a la sombra, al humo de su pipa.

Mañana todos se separarán. Jacob y Hersheł ben Zebu, jovencísimo primo de Chana, partirán rumbo a Craiova, y Nachman, de vuelta a Polonia. Irá llevando buenas nuevas a sus hermanos de Podolia, de Rohatyn, Glinno y Busk, hasta recalar en su propia casa. Piensa en ello con una mezcla de alegría y renuencia. No es fácil regresar a casa, lo sabe todo el mundo.

Se despiden hasta la medianoche. Han mandado a las mujeres a dormir, han cerrado la puerta. Ahora beben el vino de Nikopol y tejen planes de futuro mientras juegan con las migas de pan que hay en la mesa, amontonándolas o haciendo bolitas. Nussen duerme ya sobre una bala de algodón, ha cerrado su único ojo y no ve cómo Jacob, con la mirada nublada, acaricia la cara de Nachman, quien, borracho, le pone la cabeza en el pecho.

De madrugada, no despabilado todavía, Nachman sube a un carro que llevará a los viajeros hasta Bucarest; lleva el oro cosido en su abrigo de color claro, todo lo que ha ganado en el curso de la expedición. También lleva una veintena de frascos de aceite de aloe que venderá en Polonia a un precio multiplicado por cuatro o cinco. Deposita un trozo de olorosa resina en el fondo del bolsillo del abrigo de lana blanca que compró en el mercado de Nikopol. Lo acompañan en el carro una bolsa llena de cartas y un enorme fardo con regalos para mujeres. Por su arrugado y pecoso rostro se deslizan lágrimas, pero nada más pasar el fielato de la ciudad lo embarga tal sensación de liviandad que le parece sobrevolar el pedregoso camino en dirección al sol, que acaba de salir y lo deslumbra.

Está de suerte, ya que en Bucarest puede unirse a la caravana de la sociedad Wereszczyński, Dawid y Muradowicz de Kamieniec: así están marcadas las cajas sobre los vehículos. La carga huele a kaffa y tabaco. La caravana parte rumbo al norte.

Pasadas casi tres semanas, Nachman llega sano y salvo a Rohatyn y, con sus calzas manchadas y su polvoriento abrigo de color claro, se

planta al anochecer delante de la casa de Shor, donde se preparan para una boda.

EN CRAIOVA. DEL COMERCIO EN DÍAS FESTIVOS Y DE HERSHEŁE, QUE SE ENFRENTA AL DILEMA DE UNA GUINDA

El almacén de Abraham, cuñado de Tova, es una auténtica cueva de Alí Babá. Comercia con toda Europa con lo mejor de Oriente, con lo que, a través de Estambul, fluye hacia el norte en un colorido torrente de todos los artículos imaginables, llamativos, brillantes, deseados en mansiones y palacios de Buda, Viena, Cracovia y Lwów. Telas de Estambul, llamadas en polaco stambulakijari, de diversos colores, entretejidas con oro, a rayas carmesíes, rojas, verdes y celestes o con estampados florales, esperan enrolladas, cubiertas de lienzo para protegerlas del polvo y el sol. Junto a ellas, mullidas alfombras argelinas con flecos o ribeteadas con caireles, hechas de una lana tan delicada que al tacto recuerdan al damasco. El camelote de diversos colores espera también en rollos; es la tela con la que en Europa se confeccionan las casacas de gala forradas de seda.

Y además pequeños kílims, borlas, flecos, botones de madreperla y de nácar, pequeñas armas de adorno, tabaqueras de laca –para regalar a caballeros distinguidos–, abanicos con imágenes –para damas europeas–, pipas, piedras preciosas... Incluso hay dulces: halva y delicias turcas. Al almacén acuden bosnios, llamados aquí griegos, que traen productos de piel, esponjas, mullidas toallas, brocados, chales de Jorasán y chales de Kermán cuyos leones y pavos reales bordados causan sensación. Los montones de kílims exudan un perfume exótico, ajeno, un olor de jardines inimaginables, árboles en flor, frutas...

–Subhanallah, glorificado sea Alá –dicen los clientes al entrar en el establecimiento–. Salam aleikum, shalom alejem.

Tienen que agachar la cabeza porque la entrada es baja. Jacob nunca está en el despacho, sino en una mesilla de té, va vestido como un turco acaudalado: lleva con agrado un caftán verde y azul y un gorro turco de color rojo oscuro. Antes de abordar los negocios hay que tomar dos o tres vasitos de té. Todos los comerciantes de la vecindad quieren conocer al yerno de Tova, de manera que, para enfado de Abraham, Jacob concede una especie de audiencia. Pero gracias a ello el pequeño almacén de Abraham está siempre lleno de gente. Entre otras cosas, se comercia casi al por mayor con piedras preciosas y joyería ya montada. Collares de coral, malaquita y turquesa de cualquier tamaño posible penden de la pared en ganchos y recubren el muro de piedra con un colorido e intrincado patrón de ondeantes líneas. Los artículos especialmente valiosos se exponen en una vitrina de metal acristalada. Puede contemplarse allí una perla

excepcionalmente cara.

Jacob saluda a cada visitante con una reverencia. Al cabo de pocos días de su llegada, el almacén de Abraham se ha convertido en el lugar más concurrido de toda Craiova.

Pocos días después de su llegada a Craiova, da comienzo la fiesta de Tisha b'Av. Se celebra en recuerdo de la destrucción del templo: una época oscura y sombría, un día de aflicción; el mundo aminora el paso como si, hundido en la tristeza, se tambaleara. Los judíos, apenas una veintena de casas, cierran los negocios, no trabajan, permanecen a la sombra y leen las Lamentaciones de Jeremías rememorando la desgracia. A Abraham le conviene. Él, como verdadero creyente, como seguidor de Shabtai Tzvi y de su sucesor, Baruchia, celebra la fiesta de otra manera: teniendo presente que en una época en la que se acerca el fin todo se hace al revés. Para él es una fiesta llena de alegría.

Baruchia nació exactamente nueve meses después de la muerte de Shabtai Tzvi, en el noveno día del mes de av, tal y como rezaba la profecía. Y además en el día de luto, en el de la destrucción del templo. El AMIRAH –como se solía escribir el nombre de Shabtai, o sea, Adoneiu Malkeinu Yarum Hodo, Nuestro Rey y Señor, Su Majestad será enaltecida– volvió bajo el nombre de Baruchia y durante años vivió en Tesalónica. En el año 5476, es decir, en el 1726 cristiano, fue reconocido como Dios encarnado: descendió sobre él la Shejiná, la misma que anteriormente había descendido sobre Shabtai. Por eso todos aquellos que creen en la misión de Baruchia sustituyen, para horror de los demás judíos, el día de luto por un día de regocijo. Las mujeres se lavan el pelo y lo secan al sol de agosto, limpian las casas, las adornan con flores, barren los suelos para que el Mesías pueda entrar en un mundo aseado. Es terrible este mundo, es verdad, pero quizá alguna que otra parte se pueda asear un poco.

Pues en ese día aciago y oscuro nace la luz. En el mismo fondo de la tristeza y el luto persiste una migaja de fiesta y alegría, y también al revés. Isaías dice en 61, 3 «gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar de espíritu angustiado». Y bien dicho; clientes de todo pelaje, vestimenta y lengua acuden al almacén de Abraham. Jacob y Hershełe ya están en el despacho. ¿Quién contará los saquitos de tabaco y cuántos cabrán en un pequeño carro? Muchos. ¿Quién entregará la mercancía al comerciante de Wrocław que paga al contado y hace grandes pedidos?

Los clientes, incluso los enemigos acérrimos de los seguidores de Shabtai Tzvi, no pueden resistirse a la curiosidad y también se dejan caer por el almacén. Rechazan el vasito de vodka ofrecido por el hereje. Nai, nai, nai, exclaman espantados. Jacob hace trucos para espantarlos aún más. El que mejor le sale es el de preguntar al cliente

qué lleva en el bolsillo.

–Nada –contesta este sorprendido.

–¿Y esos huevos? Robados, ¿no? ¿A qué tendera se los has afanado?

–¿Qué huevos? –se extraña el cliente–. ¿Qué dices?

Entonces Jacob mete resueltamente la mano y saca un huevo. Los presentes sueltan una carcajada, el visitante se pone colorado, no sabe qué decir, cosa que hace reír a la gente aún más. Jacob finge estar enfadado y la cosa parece seria, frunce el entrecejo y lo mira con su vista de pájaro:

–¿Por qué no los pagaste? ¡Eres un ladrón! ¡Un ladrón de huevos!

Y al cabo de un momento lo repiten todos los presentes, hasta tal punto que el propio acusado empieza a contemplar la idea de haberlos robado, aunque fuera de forma inconsciente. Sin embargo, al ver que Jacob arquea ligeramente una ceja y lo mira divertido, él mismo también sonríe y a continuación se echa a reír y probablemente lo mejor que puede hacer es resignarse a haber sido víctima de una broma, exponerse al ridículo y marcharse.

A Hershełe no le hace ninguna gracia. Si le pasara a él lo del huevo en el bolsillo se moriría de vergüenza. Todavía no ha cumplido los trece años, su familia lo mandó aquí al morir sus padres. Hasta ahora había vivido en Czerniowce: seguramente se quedará con Abraham, que es pariente lejano suyo.

No sabe cómo se debe actuar en el ayuno de Tisha b'Av, nadie lo ha iniciado, no le han explicado por qué aquí durante ese día debe mostrarse alegre cuando los demás están tristes. En su casa, cuando se celebraba esta fiesta reinaba la tristeza. En cambio, en casa de sus tíos se comportan de forma completamente diferente, pero nadie lo ha introducido en tales sutilezas religiosas. Ya sabe que Shabtai es el Mesías, pero por qué no ha salvado ni cambiado el mundo, eso no lo sabe. ¿En qué debería diferenciarse el mundo salvado del mundo sin salvar? Sus sencillos padres lo tenían claro: el Mesías aparecerá como un guerrero, borrará de la faz de la tierra a sultanes, reyes y emperadores y se hará con el poder del mundo. El Templo de Jerusalén se reconstruirá él solo o Dios lo hará bajar del cielo acabado, todo de oro. Todos los judíos regresarán a la Tierra de Israel. Primero resucitarán los allí enterrados, pero luego también aquellos que descansan en alguna parte del mundo más allá de Tierra Santa.

Pero la gente de aquí afirma otra cosa. Por el camino les fue preguntando. Hablaron Mordejái y Nachman: Jacob permaneció en silencio.

Resulta extraña una salvación que no se ve. No se produce aquí, en el círculo de lo visible, sino en otra parte, cosa que Hershełe no acaba de entender, en otra dimensión, justo al lado o por debajo del mundo

visible. El Mesías ya ha venido e imperceptiblemente ha cambiado de posición el cigoñal del mundo, como en un pozo. Ahora todo es al revés: el agua del río vuelve a la fuente, la lluvia a las nubes, la sangre a la herida. Resulta que la Ley de Moisés era provisional, que fue creada solo para el mundo anterior a la salvación y que ahora ya no es de obligado cumplimiento. En otras palabras: hay que observarla al revés. Cuando los judíos ayunan, hay que comer y beber; cuando se entristecen, hay que alegrarse.

No le hacen mucho caso, lo toman por tonto. Jacob a veces lo mira de tal manera que Hershełe se pone rojo. Es su ayudante, le limpia la ropa, barre el despacho, prepara la kaffa. Por la tarde, cuando cuentan las ganancias, apunta las cifras en las columnas.

No está seguro de nada pero le da vergüenza preguntar, existe un misterio en torno a todo eso. Puesto que todavía no ha tenido su bar mitzvá no lo dejan entrar. Cuando se reúnen para rezar, cierran la puerta. ¿Debe ayunar o no?

Así que Hershełe, el día del ayuno, el Tisha b'Av, limpia los sótanos, barre el polvo de algodón y los excrementos de los ratones. Teniendo presente que era un día de ayuno no ha comido desde la mañana, así lo hacían en su casa. No quiere mirar cómo Jacob y todos los demás comen arriba. Pero ahora el hambre le atenaza el estómago y no lo suelta, las tripas se lamentan. En el sótano guardan vino y zanahorias. Las ollas con compota disfrutan del fresco. Podía probarla. Pero Hershełe no logra decidirse, no puede obligarse a comer cuando durante toda su vida anterior no se probaba bocado durante la jornada de ayuno, así que extrae de la compota una pequeña guinda y se come la mitad. Si Shabtai Tzvi es el Mesías, obedece el precepto y quebranta la ley de acuerdo con la nueva ley, pero si no es ningún Mesías, entonces está ayunando: ¿qué es una minúscula guinda a lo largo de todo un día?

Se lo ha preguntado a Jacob por la mañana. Le ha enseñado el tratado de Yoma, donde en el capítulo octavo se puede leer:

«Si alguien tomó alimento del tamaño de un dátil seco con hueso y bebió llenándose la boca de líquido es culpable. Todos los alimentos juntos no pueden superar el tamaño de un dátil seco ni todos los líquidos llenar la boca. Si alguien come y bebe a la vez, las cantidades no se suman.»

Jacob mira el texto y al confuso Hershełe con seriedad fingida. De repente se echa a reír. Ríe, como suele hacerlo, profunda, sonora y contagiosamente, desde lo más hondo, se le debe de oír en toda Craiova, hasta que Hershełe, involuntariamente, acaba acompañándolo; primero solo sonríe, luego es incapaz de contener la risa. En ese momento, Jacob lo atrae hacia sí de la mano y, para su sorpresa, le da un beso en la boca.

Hershełe se pregunta si el joven esposo no echa de menos a la esposa que ha dejado en casa de su padre; ella le manda cartas de amor, le pide que regrese y no cesa de preguntar cuándo la llevará con él. Hershełe lo sabe porque lee esas cartas cuando Jacob no lo ve. A veces imagina la mano blanca que escribe esas cartas. Le gusta hacerlo. Jacob no las esconde. Tiene desordenados los documentos, las listas de pedidos están desperdigadas por la mesa, y Hershełe intenta recogerlos y ordenarlos. Acompaña a Jacob en las visitas a los clientes, o más bien clientas, burguesas ricas cuyos maridos están de viaje, capitanas y viudas que mandan a buscar a Jacob, precisamente a él, para que les enseñe lo que tiene a la venta. Tienen convenido que cuando Jacob deja caer la faltriquera por un descuido, aparentemente sin querer, Hershełe debe excusarse y marcharse. Después, sin quitar ojo de la puerta, espera a Jacob en alguna de las callejas.

Jacob sale con paso enérgico, como es su costumbre, separando las piernas, los pies ligeramente ladeados mientras se arregla los zaragüelles, pues viste a la turca. Satisfecho, lanza a Hershełe una mirada de triunfo y se da palmadas en la entrepierna con un gesto propio de los turcos. ¿Qué atraerá a las mujeres de ese hombre? Las mujeres siempre perciben algo, reconocen a los hombres por algo que Hershełe también percibe. Jacob es hermoso, y allí donde aparece todo cobra sentido y ocupa su justo lugar, como si alguien lo hubiera adecentado antes.

Jacob prometió a Tova estudiar mucho, pero Hershełe ve que la lectura lo cansa, que la euforia que le inocularon reb Mordke y Nachman ha quedado atrás. Los libros están en barbecho. A veces pasan días enteros antes de que abra una de las largas cartas que Nachman le envía desde Polonia. Hershełe las recoge, las lee y las apila. En este momento a Jacob le interesa mucho más el dinero. Ha depositado a recaudo de su primo Abraham todo lo ganado en el último año. Le gustaría tener una casa y unos viñedos en Nikopol o en Giurgiu. Una casa desde cuyas ventanas se viera el Danubio y los brotes de la vid trepando por las espalderas de madera, formando paredes y tejados verdes. Entonces traerá a Chana. Ahora se entretiene con los clientes o sale en mitad del día y desaparece por ahí. Debe de tener sus propios negocios, cosa que disgusta mucho a Abraham. Este interroga a Hershełe y el muchacho, quiera o no quiera, tiene que encubrir a Jacob. Y quiere encubrirlo. Así que se inventa historias inverosímiles. Que va al río a rezar, que pide prestado libros, que convence a los clientes, que supervisa las descargas... Cuando por primera vez Jacob invita a Hershełe a su cama, este no protesta. Se le entrega por entero, ardiente como una tea, y, si fuese posible, se entregaría aún más, le entregaría incluso la vida. Jacob lo llama Maase Zar, Acto de Extraños: un acto invertido, contrario a la ley

escrita que ante el fuego purificador del Mesías se ha consumido como un trapo húmedo y viejo.

DE LA PERLA Y DE CHANA

Jacob decide regalar a Chana la perla más valiosa. Acompañado de Hershełe, recorre almacenes de joyeros durante varios días. Jacob extrae solemnemente la perla de un estuche donde reposa sobre un retal de seda. Quienquiera que la toma entre los dedos, parpadea enseguida de admiración y hace chasquear la lengua. No es una perla, es una maravilla. Vale una fortuna. Jacob se deleita con esa admiración. Pero después suele ocurrir que el joyero devuelve la perla, como si fuera un pellizco de luz atrapado entre los dedos: no, no se atreverá a perforarla, la maravilla podría partirse y la pérdida sería inmensa. Busque en otra parte. Jacob está enfadado. En casa, coloca la perla sobre la mesa y la contempla en silencio. Hershełe le sirve un cuenco de esas aceitunas que tanto le gustan a Jacob. Después tendrá que recoger los huesos desperdigados por el suelo.

–Ya no hay a quien acudir. La perla intimida a esos cobardes –dice Jacob.

Cuando está enfadado se mueve más deprisa que de costumbre, camina más rígido. Arruga la frente y frunce el entrecejo. En esos momentos Hershełe lo teme, pese a que Jacob nunca le ha hecho daño. Hershełe sabe que Jacob lo ama.

Finalmente, manda al muchacho prepararse para salir, se ponen la ropa más vieja, la más gastada, se dirigen al embarcadero y atraviesan el río en un paquebote. Allí, en la otra orilla, entran en el primer taller de tallado. Con voz y gesto seguros, Jacob manda agujerear esa perlita artificial que no vale mucho, esa baratija, así se lo dice al joyero.

–Quiero regalársela a mi novia. –Saca la joya directamente del bolsillo y la deja sobre el platillo de la balanza, mientras mantiene una conversación inocente. El tallador coge la perla sin miedo, sin aspavientos ni suspiros, la introduce en su pequeñísimo torno y, mientras continúa hablando con Jacob, la perfora; la broca atraviesa la perla como si fuera mantequilla. Recibe un pequeño pago y regresa a sus interrumpidas ocupaciones.

En la calle, Jacob le dice a Hershełe, quien no sale de su asombro:

–Es así como hay que actuar. Sin miramientos. Que no se te olvide.

Estas palabras impresionan a Hershełe sobremanera. A partir de ahora querrá ser como Jacob. Por añadidura, la proximidad de Jacob despierta en él una excitación incomprensible, el calor inunda su menudo cuerpo y el muchacho se siente fuerte y a salvo.

Por Janucá viajan a Nikopol a buscar a Chana. La joven esposa sale

corriendo a su encuentro, antes incluso de que Jacob baje del carro cargado de regalos para toda la familia. Se saludan de forma oficial, un tanto rígidos. Aquí todo el mundo trata a Jacob como alguien más importante que un simple comerciante, y también Jacob adopta un tono de seriedad que el muchacho desconocía. Besa a Chana en la frente como un padre. Saluda a Tova, como si los dos fueran reyes. Le asignan una habitación separada pero enseguida desaparece en la de Chana, en la parte de la casa destinada a las mujeres, pero aun así Hershełe le deja la cama hecha y se echa a dormir en el suelo junto a la estufa.

De día comen y beben y rezan sin ponerse el tefilín. Además, el muchacho constata que la cocina de aquí no es kosher, cortan pan turco corriente, lo mojan en aceite y hierbas, desmigajan el queso con las manos. Se sientan en el suelo como los turcos. Las mujeres llevan pantalones amplios confeccionados con tela ligera. A Chana se le ocurre la idea de ir a visitar a su hermana en Vidin. Primero pide permiso al padre, pero este la mira con desaprobación y, al cabo de un instante, Chana comprende que debe pedírselo al marido. Juega con la perla que cuelga de una cadenita de oro, un regalo de Jacob. A todas luces, está harta de sus padres, querría presumir de ser una mujer casada, quiere a Jacob para ella sola, quiere viajar, quiere cambios. Hershełe ve que todavía es una criatura, igual que él, que finge ser adulta. En cierta ocasión la espía mientras se está lavando en la parte trasera del jardín, en la que da al norte. Chana es rolliza, tiene anchas caderas y grandes nalgas.

En el transcurso de los tres días de viaje a lo largo del Danubio de Nikopol a Vidin, Hershełe se enamora de Chana. Ahora ama a los dos con un solo amor. Es un estado extraño: obsesivamente desea estar a su lado. No cesan de acudir a su memoria aquellas nalgas, grandes y mansas, inocentes: desearía asaltarlas una y otra vez.

Justo antes de entrar en Vidin, mandan que los lleven más allá de la ciudad, hasta las rocas. Hershełe, que guía los caballos, ve con el rabillo del ojo adónde viaja la mano de Jacob y sus dedos aprietan con más fuerza las bridas. Le mandan esperar junto a los animales, como a un criado, y desaparecen entre las rocas, que recuerdan monstruos petrificados. Hershełe sabe que esto durará, así que enciende la pipa y le añade una pizca de resina que le dio Jacob. Inhala el humo igual que el viejo reb Mordke y el horizonte de pronto se reblandece. Se apoya en una roca y sigue con la mirada a las caballetas marrones, grandes y angulosas. Y cuando levanta la vista hacia las rocas, constata que esa blanca ciudad de piedra se extiende hasta el horizonte y que, cosa extraña, es ella quien mira a las personas, y no al revés. No sabe cómo explicarse que las rocas los estén mirando. En realidad no le extraña. Él también mira. Ve a Chana desnuda, apoyada

con los brazos extendidos contra una pared de piedra, y a Jacob, medio desnudo, aferrado a su espalda, moviéndose lenta y rítmicamente. Jacob de pronto dirige la mirada hacia Hershełe, que está en el pescante y lo contempla desde lejos, y de tan ardiente y fuerte como es, esa mirada impacta en el muchacho. De inmediato Hershełe tiene una erección y, de resultas de ella, los parduzcos saltamontes encuentran un serio obstáculo en su camino. Probablemente les extrañe esa enorme mancha de materia orgánica que de repente ha invadido desde el cielo su mundo de insectos.

10

QUIÉN ES AQUEL QUE RECOGE HIERBAS EN EL MONTE ATHOS

Antoni Kossakowski, a bordo de un pequeño barco con el que ha zarpado del puerto de Develiki, llega al embarcadero al pie de la montaña. Siente una emoción desmedida; el dolor que hasta hace poco le atenazaba el pecho cesa por completo, no sabe si por obra del aire del mar y del viento –que al rebotar en los abruptos acantilados se carga de un característico olor a hierba y resina– o gracias a la proximidad del lugar sagrado.

Se pregunta por el repentino cambio en su salud y estado de ánimo. Un cambio profundo e inesperado. Hace años, cuando abandonó la fría Rusia para viajar a países griegos y turcos, se convirtió en otro hombre: luminoso y liviano, así lo calificaría. ¿Será tan sencillo como eso: luz y calor? Cuando hay más sol, los colores se tornan más intensos, y los olores, por obra de la tierra recalentada, embriagadores. Aquí había más cielo y el mundo obedecía a mecanismos distintos que en el norte. Aquí seguía imperando la Predestinación, el Fatum griego que movía a las personas y marcaba sus caminos, igual que esos canalitos de arena que se deslizan por la duna de arriba abajo, creando dibujos que firmaría el mejor de los artistas: sinuosos, quiméricos, refinados.

Aquí, en el Sur, todo eso existe de forma muy tangible. Crece al sol, se agazapa en el calor. Ser consciente de ello alivia a Antoni Kossakowski, se muestra más tierno consigo mismo. A veces tiene ganas de llorar, hasta tal punto se siente libre.

Constata que cuanto más se aproxima al sur, cuanto más se debilita el cristianismo, cuanto más luce el sol y más dulce es el vino, cuanto más abunda el Fatum griego, tanto mejor es su vida. Sus decisiones no son suyas, vienen de fuera, ocupan un lugar en el orden del mundo. Y si así es, uno es menos responsable de sus actos, no lo asalta la vergüenza interior ni ese insoportable sentimiento de culpa por todo lo que ha hecho. Aquí, toda acción es reparable, uno puede negociar con los dioses, hacerles una ofrenda. Por eso puede mirar con respeto su reflejo en el agua. Y mirar con amor a los demás. Nadie es malo, ningún asesino puede ser condenado porque forma parte de un plan superior. Se puede amar tanto al verdugo como a la víctima. Las

personas son buenas y mansas. El mal no procede de ellas, sino del mundo. El mundo sí sabe ser malo, ¡y de qué manera!

En cambio, cuanto más se aproxima al norte, tanto más se concentra el hombre en sí mismo y, en una especie de locura septentrional (provocada seguramente por la falta de sol), se atribuye demasiadas cosas. Se vuelve responsable de sus actos. Las gotas de lluvia perforan el Fatum y los copos de nieve le dan la puntilla; no tarda en desaparecer. Lo que queda es la destructiva convicción –respaldada por el Máximo Mandatario del Norte, es decir, la Iglesia, y por sus omnipresentes servidores– de que todo el mal reside en el hombre y que este es incapaz de repararlo por sí solo. Únicamente puede ser perdonado. Pero ¿del todo? De ahí ese sentimiento destructivo y agotador de eterna culpabilidad, desde el nacimiento, de que se vive en pecado y de que todo –acción y omisión, amor y odio, palabra y pensamiento– es pecado. El conocimiento es pecado y es pecado la ignorancia.

Se hospeda en una fonda para peregrinos regentada por una mujer a la que llaman Irena o Madre. Es una mujer menuda, de tez morena, vestida siempre de negro; de vez en cuando el viento le arranca de debajo del pañuelo negro un mechón de pelo ya completamente blanco. Pese a que es una posadera, todo el mundo la trata con gran respeto, como si fuera una monja, aunque se sabe que es viuda y que en alguna parte del mundo tiene hijos adultos. Cada noche y cada mañana Irena llama a la oración y ella misma entona los himnos con una voz tan límpida que a los peregrinos se les abre el corazón. Le hacen de sirvientas dos muchachas. O eso pensó Kossakowski en un principio y solo al cabo de varios días se dio cuenta de que aunque a primera vista parecían muchachas, más bien se trataba de castrati solo que con pechos. Tiene que cuidarse de no mirarlas –o mirarlos– porque entonces le sacan la lengua. Alguien le cuenta que desde hace cientos de años en esa taberna siempre hay una Irena y que así ha de ser. Esta Irena procede del norte; no habla un griego puro, sino que intercala palabras extranjeras que Antoni a menudo reconoce: seguramente es valaca o serbia.

Alrededor no hay más que hombres, no hay ninguna mujer aparte de Irena (pero ¿es ella una mujer?), ni siquiera un animal de sexo femenino. Eso desconcentraría a los monjes. Kossakowski intenta concentrarse en un escarabajo de alas verdosas que camina por el sendero. ¿También será un macho...?

Junto con otros peregrinos, Kossakowski escala la montaña, pero no se les permite entrar en el monasterio. Para hombres como él hay destinado junto al muro sagrado un lugar especial en una casa de piedra donde se duerme y se come. Las mañanas y las tardes las

consagra a la oración según prescribe el monje santo Gregorio Palamás. Hay que repetir sin cesar, mil veces al día: «Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí.» Los orantes están sentados en el suelo, encogidos, con la cabeza inclinada hacia el vientre, como si fuesen fetos, como si aún no hubieran nacido; contienen la respiración el máximo tiempo posible.

Por la mañana y por la tarde una misma voz masculina los llama a la oración comunitaria, por toda la vecindad se oye en paneslavo «Molidbaaa, Molidbaaa». Al oír la llamada todos los peregrinos dejan de inmediato sus quehaceres y a paso raudo caminan cuesta arriba en dirección al monasterio. Kossakowski asocia esto con el comportamiento de los pájaros cuando oyen el grito de aquellos que han avistado un depredador.

De día Kossakowski trabaja en un jardín en el puerto. También en el puerto se ha ofrecido como mozo de carga: ayuda a descargar los pequeños barcos que atracan una o dos veces al día. Lo importante no son las cuatro monedas que gana, sino la posibilidad de estar entre personas. Además, gracias a esto, puede subir hasta el monasterio y acceder al atrio exterior. Allí, el custodio, un fornido monje en la flor de la edad, recoge los alimentos y demás mercancías, y ofrece aceitunas y agua fría, casi helada. Sin embargo, estos servicios no son habituales porque los monjes son autosuficientes.

En un principio, Kossakowski se muestra reacio, contempla con ironía a los peregrinos poseídos por la pulsión religiosa. Prefiere pasear por las pedregosas sendas que rodean el monasterio, pisar la tierra recalentada, cincelada sin cesar por los diminutos arcos de las cigarras, una tierra a la que la mezcla de hierbas y resinas confiere un olor a algo comestible, como una torta seca rellena de hierbas. Durante estos paseos, Kossakowski imagina que en tiempos vivieron aquí los dioses griegos, los mismos que estudió en la casa de su tío. Ahora regresan. Tienen túnicas doradas y brillantes, la piel muy clara y son más altos que los humanos. A veces le parece seguir sus huellas, que si aprieta el paso podrá alcanzar a la diosa Afrodita y ver su maravillosa desnudez. El aroma del hisopo se convierte por un momento en el olor semianimal de nuestro sudoroso Señor. Fuerza la imaginación, es a través de sus ojos como quiere verlos, los necesita. A los dioses. A Dios. Su presencia en el olor a resina, y sobre todo la presencia secreta de una fuerza pegajosa y dulzona que late en cada existencia, hace que el mundo parezca estar lleno hasta los topes. Kossakowski hace un gran esfuerzo por imaginarse... la presencia. Su miembro se hincha y, quiera o no quiera, tiene que aliviarse en la montaña sagrada.

Pero más tarde, cuando se siente el más feliz de los mortales, se duerme en pleno mediodía a la sombra de un arbusto. De repente lo

despierta el murmullo del mar: ahora suena hostil y eso que lo acompaña todo el tiempo. Kossakowski se levanta de un salto y mira a su alrededor. El poderoso sol en lo alto lo divide todo en claro y oscuro, en brillo y sombra. Todo se ha detenido; ve a lo lejos las olas del mar petrificadas, sobre ellas, una gaviota como clavada en el cielo. El corazón se le sube a la garganta; toma impulso para levantarse y la hierba bajo su mano se convierte en polvo. No hay con qué respirar, el horizonte se aproxima peligrosamente y dentro de un momento su suave línea se convertirá en una soga. En ese momento, Antoni Kossakowski toma conciencia de que ese lastimero murmullo del mar es un lamento y que toda la naturaleza participa del luto por aquellos dioses que el mundo tanto necesitó. Aquí no hay nadie, Dios creó el mundo y murió a causa del esfuerzo. Ha hecho falta venir hasta aquí para comprenderlo.

Por eso Kossakowski se pone a rezar.

Pero la oración no le sale. En vano inclina la cabeza hacia el vientre, hace de su cuerpo un ovillo parecido al que se hace antes de nacer: así se lo han enseñado. La paz no llega, la respiración no logra calmarse. Y las palabras: «Dios Señor Jesucristo...» repetidas mecánicamente no traen alivio alguno. Kossakowski solo percibe su propio olor, el olor de un hombre adulto y sudado. Nada más.

A la mañana siguiente, sin hacer caso a los reproches de Irena ni a las obligaciones abandonadas, sube al primer velero sin tan siquiera preguntar adónde se dirige. Todavía le llega desde la orilla la llamada «Molidbaaa, Molidbaaa» y le parece que es la isla la que lo llama. Solo en mar abierto se entera de que está navegando hacia Esmirna.

En Esmirna le va muy bien. Encuentra trabajo con los trinitarios y, por primera vez en mucho tiempo, logra un estipendio decente. No se priva de nada: se compra un buen traje turco y encarga vino. Disfruta mucho bebiendo, siempre y cuando tenga buena compañía. En cuanto entabla una conversación con cristianos y les dice que ha estado en el monte Athos, se da cuenta de que su relato suscita gran interés, así que cada noche añade un nuevo detalle, hasta que finalmente su historia se convierte en una infinita sucesión de aventuras. Dice llamarse Moliwda. Está satisfecho con su nuevo apelativo, pues desde luego no es un nombre. Moliwda es algo más que un nombre, es un nuevo escudo de armas, un distintivo. El apelativo anterior, el nombre y apellido –le resulta ya algo estrecho, rancio, como de paja, o eso le parece–, lo abandona casi por completo. Solo lo usa con los hermanos trinitarios. Antoni Kossakowski: ¿qué queda de aquel hombre?

A Moliwda le gustaría contemplar ahora su vida a cierta distancia, la misma que guardan esos judíos de Polonia que aquí ha conocido. De día hacen lo que deben, concentrados y siempre de buen humor. Por

la tarde no paran de hablar. Al principio se dedica a espiarlos, cuando ellos creen que no los entiende. Cierto que son judíos, pero Moliwda percibe en ellos algo próximo. Llega a preguntarse muy seriamente si el aire, la luz, el agua y la naturaleza se instalan en el ser humano de tal manera que aquellos que se han criado en un mismo país tienen que parecerse incluso cuando todo los separa.

Quien mayor simpatía le despierta es Nachman. Es brillante y locuaz, en una discusión sabe darle la vuelta a todo y demostrar cualquier afirmación, incluso la más absurda. También sabe plantear preguntas que sorprenden a Moliwda-Kossakowski. Sin embargo ve que esta gente usa sus grandes conocimientos e inteligencia en extraños juegos con palabras de los que él apenas extrae una idea general. Un buen día compra una cesta de aceitunas y un cántaro de vino de considerable tamaño y va a verlos. Se comen las aceitunas y escupen los huesos bajo los pies de los transeúntes rezagados, puesto que ya se está haciendo de noche y se debilita un poco el húmedo y pegajoso calor de Esmirna. De repente, el mayor, reb Mordke, comienza una disertación acerca del alma. Que en realidad es triple. La inferior: la del hambre, el frío y el deseo, se llama nefesh. También la tienen los animales.

–Soma –dice Moliwda.

La superior, el espíritu, se llama ruaj. Aviva nuestros pensamientos, hace que nos convirtamos en buenas personas.

–Psique –replica Moliwda.

La tercera, y más elevada, es la neshamá.

–Pneuma –dice Moliwda y añade–: ¡Vaya un descubrimiento!

Reb Mordke, impertérrito, continúa con lo suyo:

–Se trata de un alma verdaderamente santa que solo puede alcanzar un hombre santo y bueno, un cabalista; y solo la alcanza al profundizar en el misterio del conocimiento de la Torá. Gracias a ella, podemos contemplar la naturaleza oculta del mundo y de Dios, porque es la centella que se ha desprendido de Biná, el intelecto divino. Solo la nefesh es capaz de pecar. La ruaj y la neshamá no conocen el pecado.

–Si la neshamá es la centella de Dios en el hombre, ¿cómo puede Dios castigar por el pecado con el infierno? ¿No se estaría castigando de esta manera a sí mismo en una de sus minúsculas partes? –pregunta Moliwda, ya un poco achispado por el vino, y con esta pregunta se gana el respeto de los dos hombres. Tanto él como ellos conocen la respuesta. Allí donde está Dios, el grande, el más grande, allí no existe pecado ni sentimiento de culpa. Solo los dioses pequeños crean el pecado, al igual que los artesanos deshonestos falsifican monedas.

Después del trabajo con los trinitarios se sientan en un kahvehane. Moliwda ha aprendido a disfrutar de la kaffa amarga y de las largas

pipas turcas.

Moliwda participa en el rescate de Piotr Andrusewicz de Buczacz por seiscientos zlotys y de Anna de Popielawy, quien permaneció varios años en la corte de Hüseyin Bayraktar de Esmirna, por cuatrocientos cincuenta zlotys. Recuerda muy bien esos nombres porque redactó el contrato del rescate en turco y polaco. Conoce los precios que en Esmirna se pagan por las personas: por un tal Tomasz Cybulski, un noble de cuarenta y seis años, intendente del regimiento de Jabłonowski, que pasó cautivo nueve años, se pagó una enorme suma de dos mil setecientos zlotys, y de inmediato se lo mandó a Polonia con escolta. Por los niños se pagaba seiscientos dieciocho zlotys, y el precio por el anciano Jan alcanzó tan solo dieciocho zlotys. El viejo proviene de Opatów y pesa lo mismo que una cabra; ha pasado toda la vida en el cautiverio turco y ahora parece que ni siquiera tiene a nadie en Polonia con quien volver; sin embargo, su alegría es inmensa. Moliwda ve cómo al anciano le corren las lágrimas por el rostro arrugado y fustigado por el sol. También observa con atención a la ya madura señorita Anna. Le gustan el poderío y orgullo con los que trata a los trinitarios y a él mismo, el traductor. No alcanza a comprender por qué un turco rico se desprende de una mujer tan bella. A juzgar por lo que le contó a Moliwda, fue un gesto de amor, ella echaba de menos su casa. Dentro de unos días embarcará rumbo a Tesalónica y después viajará hasta Polonia por tierra. Sin embargo, Moliwda, poseído de pronto por una pasión incomprensible, tentado por sus blancas y generosas carnes, vuelve a jugárselo todo a una carta y se aviene a participar en su alocado plan de fuga. Pues Anna Popielawska no tiene la más mínima intención de volver a Polonia, a ninguna aburrida mansión en alguna parte de Polesia. Moliwda ni siquiera tiene tiempo de despedirse de sus amigos. Huyen a caballo, a una pequeña ciudad portuaria al norte de Esmirna, y allí, con el dinero de Moliwda, alquilan una casa en la que durante dos semanas se entregan a todos los gozos posibles. Pasan las tardes en un espacioso balcón que da a la orilla, donde cada día a esas horas se pasea un agá turco con sus jenízaros. Los jenízaros tienen plumas blancas en los gorros, y su comandante lleva un abrigo púrpura forrado de una fina tela plateada que brilla al sol como el vientre de un pez recién sacado a la orilla.

En plena canícula se desperezan en sus divanes de los balcones las cristianas, esposas de comerciantes griegos, y abordan con la mirada a los jóvenes que ante ellas adoptan su mejor porte. Algo impensable para las turcas. De esa misma manera, la rubia Anna Popielawska aborda con la mirada al agá y entablan una breve conversación. En ese momento Moliwda está leyendo a la sombra en la parte trasera de la casa. Al día siguiente Anna Popielawska desaparece con todo el

dinero que Moliwda había ganado trabajando con los trinitarios.

Moliwda regresa a Esmirna, pero los trinitarios ya tienen otro dragomán, y los dos judíos entregados a sus cavilaciones han desaparecido. Moliwda se enrola en un barco y vuelve a Grecia.

El horizonte marino y el sonido de las olas golpeando los costados del barco lo invitan a la reflexión. Los pensamientos y las imágenes forman largas cintas, es posible observarlas con todo detalle y ver qué efecto surte cada cosa. Se acuerda de su infancia. Aquellos años le parecen tan rígidos como las almidonadas camisas de domingo que la tía preparaba para él y sus hermanos cuando se acercaba la Pascua y cuya aspereza necesitaba varios días para acabar sucumbiendo al calor y al sudor del cuerpo.

Siempre se acuerda de la infancia cuando está en el mar, no sabe por qué; a todas luces su inmensidad le produce vértigo. Hay que asirse a algo.

El tío paterno, al que debían besar en la mano arrodillándose al saludar, tenía una segunda esposa, peligrosamente joven. Emanaba de ella una atmósfera incomprensible para el entonces jovencísimo Antoni: de teatro y simulación. Procedía de una nobleza pobretona y sospechosa, así que tenía que esforzarse por crear un personaje mejor de ella misma. Era ridícula en sus intentos. Cuando acudían invitados a su mansión, acariciaba la cara de los sobrinos de su marido con una ternura ostentosa, los cogía cariñosamente de la oreja y los colmaba de elogios: «Vaya, vaya, Antosiek, qué suerte tendrás en la vida.» Al marcharse los invitados, despojaba a los chicos de la elegante ropa y la guardaba en el armario del zaguán, como si esperase que algún día recalaran aquí otros huérfanos de familiares muertos, esta vez de mejor calidad.

La huida de la amante, el mar y ese recuerdo de la infancia hacen que Moliwda se sienta terroríficamente solo. El único alivio se lo traerán dentro de poco los bogomilos valacos, de los que se dice con errónea insistencia que son filipianos. Le permitirán descansar de ese Antoni partido en dos (qué enfermedad tan extraña, parece que nadie la haya padecido y no hay ni cómo ni a quién hablar de ella). Y es porque Moliwda está más que convencido de que su vida ha llegado a su fin y de que no habrá otro mundo.

11

CÓMO MOLIWDA-KOSSAKOWSKI CONOCE A JACOB EN LA CIUDAD DE CRAIOVA

Han pasados dos años, corre la primavera de 1753, Moliwda tiene treinta y cinco años y la dieta de los bogomilos le ha hecho adelgazar un poco. Tiene los ojos claros, acuosos, resulta difícil leer nada en ellos. La barba es rala, roja y gris, del color de un saco de yute y el rostro tostado por el sol. Lleva en la cabeza un chal enrollado de color blanco, muy sucio.

Va a ver a ese enajenado, a ese loco santo del que todos los judíos dicen que lo ha poseído el alma del Mesías, por eso no se comporta de forma humana. Ha visto a muchos así, como si el alma del Mesías gustara de encarnarse en alguien cada pocos días.

No se acerca demasiado. Se queda al otro lado del callejón, se apoya contra un muro, carga la pipa con movimientos lentos y tranquilos. Mientras fuma, observa todo el ajetreo. Por aquí deambulan principalmente hombres jóvenes, adolescentes judíos, turcos... Algo pasa en el interior del edificio, un pequeño grupo de hombres irrumpe por la puerta, se oyen carcajadas.

Una vez acabada la pipa, Moliwda se decide a entrar. Tiene que agachar la cabeza, atravesar un oscuro zaguán que lleva a un patio donde han convertido un pequeño pozo en una especie de fuente. Aquí hace fresco, crece un árbol de hojas anchas bajo el cual se han acomodado unos hombres, casi todos con ropa turca, aunque también hay algunos con abrigo judío; estos últimos no están sentados en el suelo, sino en unos taburetes. También hay dos burgueses con la cabeza afeitada y vestidos a la valaca, y dos griegos, reconocibles por sus característicos abrigos de lana. Los reunidos miran a Moliwda con sospecha durante un rato; finalmente lo aborda un hombre delgado con la cara marcada por la viruela y le pregunta para qué ha venido. Moliwda le contesta en perfecto turco: «Para escuchar.» El otro se aparta, pero sus ojos siguen suspicaces. A partir de ese momento no cesa de lanzar a Moliwda miradas llenas de sospecha. Seguro que piensan que es un espía. Que lo piensen.

En el centro de un semicírculo amplio y desordenado hay un hombre alto y apuesto, vestido a la turca. Habla de forma descuidada, con voz potente y vibrante, resultaría difícil interrumpirlo. Habla en

turco, despacio, con un extraño acento extranjero, y no como un erudito, sino como un comerciante, tal vez incluso como un vagabundo. Usa palabras propias de un mercado de caballos, pero de improviso intercala voces griegas y hebreas, sin duda eruditas. Moliwda hace una mueca involuntaria, el contraste es demasiado grande, causa desagrado. No puede haber aquí nada de interés, piensa, pero de pronto se da cuenta de que es la lengua de todos los que lo rodean, de esta mezcla de personas que están constantemente en camino, y no la lengua de los libros depositados en un lugar para el uso de unos pocos. Moliwda todavía no sabe que Jacob todas las lenguas las habla con acento extranjero.

Jacob Frank tiene el rostro alargado, bastante claro para ser un judío turco, la piel es desigual, sobre todo las mejillas, que están cubiertas de pequeñas hendiduras parecidas a cicatrices, como si fueran testimonio de algo malo, como si hubieran sido lamidas por las llamas en un pasado remoto. Hay algo inquietante en esa cara, piensa Moliwda, algo que despierta involuntario respeto: la mirada de Jacob es del todo inescrutable.

Con gran sorpresa, Kossakowski reconoce al anciano que está sentado más cerca del cuasi profeta, fuma de una pipa y va cerrando los ojos con cada calada. Tiene una barba tupida, gris, amarilleada por el tabaco; el viejo no lleva turbante, sino un simple gorro turco, debajo del cual asoma un pelo igual de abundante y gris. Moliwda se da un poco de tiempo para recordar dónde lo ha visto.

–Qué pequeño es el mundo –dice al anciano en turco con tono de aparente indiferencia. El otro se vuelve hacia él y al cabo de un instante una cordial sonrisa asoma debajo de su tupida barba gris.

–Mirad, este es nuestro gran señor, un aristócrata –dice reb Mordke con ironía, señalando con el dedo a Moliwda mientras se dirige a un hombre tuerto, moreno como un árabe–. Ya veo que has conseguido huir. –Se ríe en voz alta, contento de que algo pueda ocurrir dos veces.

Se abrazan y se saludan mostrando una familiaridad que en realidad no tienen.

Se queda con ellos hasta el anochecer y observa el incesante tráfago: los hombres van y vienen, se dejan caer por un rato para luego volver a sus negocios, a las caravanas y a los tenderetes. A un lado, intercambian direcciones y apellidos de los empleados públicos turcos que se dejan sobornar. Los apuntan en pequeños cuadernos de los que están a la venta en los puestos callejeros. Después vuelven a las pláticas como si nunca se hubieran ausentado. Los debates no se interrumpen en ningún momento, alguien formula una pregunta, a veces tonta, a veces provocadora, y comienza la carrera: todos quieren contestarla, hablan todos a la vez. A veces no se entienden: algunos han adquirido un acento tal que ahora tienen que repetirlo todo dos

veces; también hay traductores, Moliwda reconoce la lengua judía de Polonia, una extraña mezcla de alemán, polaco y hebreo. Al oírla, le embarga una súbita emoción. Nachman habla como hablaban la amada Małka y sus hermanas, y de pronto un cálido manto de imágenes de tiempos remotos cubre a Moliwda. Por ejemplo el trigo, un trigo de color amarillo claro que se extiende hasta un horizonte salpicado del azul oscuro de los acianos; la leche recién ordeñada y la rebanada de pan recién cortada sobre la mesa; y el colmenero rodeado de una aureola de abejas extrayendo panales cubiertos de miel.

Y qué, también hay miel en Turquía, y pan. Moliwda se avergüenza de sí mismo. Aparta el ramo de imágenes que ha florecido por sorpresa y lo lanza a un rincón recóndito de su mente, y regresa al lugar donde el debate está a punto de agotarse y donde el profeta empieza a contar pequeñas historias, y cuando las cuenta, una sonrisa maliciosa se agazapa en su rostro. Cuenta cómo luchó con cien bandoleros, cómo los fue segando como si fueran ortigas. Alguien le interrumpe, gritando algo por encima de las cabezas de los reunidos. Otros se van o se apartan al fondo de la sombra del olivo, donde, mientras fuman sus pipas, comentan a media voz lo que han oído. En cierto momento, toma la palabra Nachman. Habla de manera culta y ordenada. Invoca a Isaías. Es difícil rebatirle. Tiene pruebas de todo. Cuando cita el pasaje adecuado de los libros, levanta la vista, como si en el aire flotara una biblioteca invisible para los demás. Jacob no se inmuta ante las disertaciones de Nachman. Cuando este acaba, Jacob ni siquiera asiente con la cabeza. Una escuela bien rara.

Cuando el público mengua, ya se ha hecho de noche y en torno a Frank se crea un pequeño aunque ruidoso grupo de hombres jóvenes. Salen a la ciudad. Deambulan ruidosamente por sus estrechos callejones buscando brega. Abordan a los transeúntes, comentan las actuaciones de los funámbulos, beben vino y alborotan. Moliwda y reb Mordke los siguen a varios pasos de distancia, por si acaso, para no verse implicados si provocan alguna trifulca. Ese pequeño grupo, con Jacob a la cabeza, tiene una extraña fuerza, como cuando los jóvenes machos se miden tanteando sus verdaderas posibilidades. A Moliwda le gusta. Le gustaría encontrarse entre ellos, ir hombro con hombro, darles palmadas en la espalda, moverse en la nube de su olor, un olor acre a sudor juvenil, a viento y polvo. Jacob lleva en la cara una media sonrisa bravucona que lo hace parecer un muchacho alegre. Moliwda capta por un segundo su mirada y quiere levantar la mano para saludarlo, pero el otro ya se ha vuelto de espaldas. Al paso de este séquito huyen las vendedoras de fruta y los vendedores de tortas. De pronto el desfile se detiene, Moliwda no ve lo que pasa allí delante, pero espera pacientemente a que la cosa se aclare; se compra una torta cubierta de sirope dulce y se la come encantado. Mientras, allí

delante, se forma un bullicio, se oyen voces enfurecidas, estallidos de risa. Otra trifulca de Jacob. El porqué, no se sabe.

LA HISTORIA DEL EXCMO. SR. MOLIWDA, ANTONI KOSSAKOWSKI, ESCUDO DE ARMAS ŚLEPOWRON, ALIAS KORWIN

Originario de Samogitia, de padre húsar del ejército real, tiene cinco hermanos: uno de ellos es militar, dos son curas, y de los dos restantes no sabe nada. Uno de los curas vive en Varsovia, se cartean una vez al año.

No ha estado en Polonia desde hace más de veinte años. Tiene que hacer un esfuerzo por formar una frase más o menos decente en su lengua materna, pero por algún extraño milagro sigue pensando en polaco. Sin embargo, en muchas cuestiones le faltan palabras. Y puesto que ha vivido muchas cosas, el polaco no le basta para describirse a sí mismo. Lo hace con la ayuda de una mezcla de griego y turco. Ahora, cuando trabaja para los judíos, incorpora voces hebreas. Descrito con estas lenguas, Moliwda se revela como un híbrido, como un raro ser de las antípodas.

En polaco sabe contar su infancia en la casa de Dominik, despensero mayor de Kaunas, tío de Kossakowski, quien, tras la repentina muerte de sus padres, acogió tanto a él como a sus cinco hermanos para educarlos. El tío era exigente y tenía mano dura. Si sorprendía en alguna mentira o embuste, no dudaba en propinar un tremendo bofetón. En caso de delitos más graves (como, por ejemplo, cuando Antoni cogió un poco de miel del cántaro y, para que no se supiera, le añadió agua, cosa que hizo que la miel se echase a perder), sacaba su fusta de cuero –que guardaba seguramente para flagelarse, pues se trataba de una familia muy piadosa– y fustigaba con ella la espalda y las nalgas desnudas. Al más robusto de los hermanos lo destinó a la carrera militar, a los dos más tranquilos y obedientes, a ser curas, pero Antoni no servía ni para militar ni para cura. Varias veces se escapó de casa y los criados tuvieron que perseguirlo por toda la aldea o sacarlo de los graneros campesinos, donde, cansado de llorar, dormía en medio del heno. Los métodos pedagógicos del tío Dominik eran severos y dolorosos, pero al final surgió la esperanza de que Antoni se convirtiera en alguien de provecho. No en vano su influyente tío le había dado una buena formación y, a sus quince años, lo recomendó a la cancillería del rey Estanislao Leszczyński. Mandaron que le confeccionaran ropa adecuada, le compraron un pequeño baúl, unos zapatos, unos juegos de ropa interior y de pañuelos. Y así pertrechado viajó a Varsovia. Nadie sabía bien qué iba a hacer allí semejante adolescente, así que con su bonita letra copiaba

documentos y recortaba las mechas de las velas. Contó a los escribientes que su tío lo había encontrado en un bosque de Samogitia, donde durante varios años lo había criado una loba, de ahí que conociera bien el lenguaje tanto de los perros como de los lobos; que era hijo de un sultán concebido cuando este último peregrinaba de incógnito al palacio de los Radziwiłł. Al final, cuando se aburrió de copiar informes, ocultó una pila entera tras un pesado mueble junto a una ventana donde, a causa de la permeabilidad de los cristales, la humedad los echó a perder. Hubo también otras chiquilladas, como aquella vez cuando lo emborracharon sus compañeros mayores y lo abandonaron en un burdel de Powiśle, donde estuvo a punto de morir; necesitó tres días para reponerse. Finalmente, se quedó el dinero que imprudentemente le habían confiado, y durante un tiempo reinó en Powiśle hasta que le robaron lo que le quedaba y le dieron una paliza.

Últimamente Moliwda se pregunta a menudo qué habría sucedido si se hubiese quedado en la cancillería y quién sería ahora: quizá todo un señor, un empleado público capitalino de la corte, bajo las órdenes del nuevo rey, quien rara vez visitaba la Res Publica, como mucho la fronteriza Wschowa. Y ahora ¿quién es?

En la cancillería le dijeron que no volviera a poner allí los pies e informaron al tío. Este fue a buscar al sobrino, pero ya no se atrevió a pegarle como solía hacer hasta entonces; pues al fin y al cabo, el joven Antoni no dejaba de ser un empleado real. De manera que como castigo lo envió a la heredad que había sido la dote de su difunta madre, que Dios la tenga en su gloria, gobernada tan solo por un administrador local, y le ordenó estudiar agronomía: cultivo de la tierra, recogida de cosechas, parición de ovejas, cría de gallinas... La heredad se llamaba Bielewicze.

Antoni, que seguía siendo un adolescente, un joven señor, se presentó allí a finales de invierno, cuando la tierra aún estaba congelada. En las primeras semanas tenía tantísimo sentimiento de culpa y de oportunidades perdidas que apenas salía de la casa, rezaba fervientemente y escudriñaba las habitaciones vacías en busca de las huellas de su difunta madre. Hasta entrado abril no visitó el molino por primera vez.

El molino de Bielewicze era arrendado por Mendel Kozowicz, quien solo tenía hijas, una de las cuales se llamaba Małka y la habían prometido ya a un desgraciado. Al cabo de poco debía celebrarse su boda. Antoni iba allí cada día, aparentemente con grano, aparentemente para comprobar cómo iba la molienda; de pronto se convirtió en un gran granjero, después supervisaba la molienda de ese grano y comprobaba la calidad de la harina. La cogía entre los dedos, pizca tras pizca, se la llevaba a la nariz, para comprobar si el centeno no se había podrido, y salía cubierto de harina, como envejecido. Pero

todo aquello no lo hacía por la harina, sino por Małka. Le dijo que su nombre significaba «reina», aunque ella no pareciese una reina, sino más bien una princesa: menuda, rápida, de ojos negros y piel extraordinariamente seca y cálida, como la de una lagartija; tanto que cuando en cierta ocasión sus hombros se rozaron, Antoni oyó un susurro y un crujido.

Nadie se percató de su historia de amor, tal vez por las nubes de harina en el aire o tal vez porque aquella era una relación extraña. Se enamoraron dos niños. Ella era un poco mayor que él, sin embargo lo suficiente para mostrarle durante sus paseos bajo qué piedras se esconden los cangrejos y dónde crecen los níscalos en la floresta. Fue como si se unieran dos huérfanos.

En la época de la cosecha estival nadie veía a Antoni en el campo ni tampoco paraba por casa. En el Año Nuevo judío, en septiembre, ya estaba claro que Małka estaba embarazada, y alguien, un loco, le aconsejó que la secuestrara, la bautizara y se casara con ella, y así ambas familias se verían abocadas a lo irrevocable, cosa que apaciguaría su ira.

Así que en efecto la secuestró, la llevó a la ciudad y allí, tras haber sobornado al cura para que la bautizara cuanto antes, se casó con ella. Él mismo fue testigo de su bautizo, el otro fue un sacristán. Le pusieron el nombre de Małgorzata.

Esto, sin embargo, no fue suficiente. No fue nada. Mientras estaban los dos ante el altar, alguien habría podido decir –alguien como Yenta, que lo ve todo– que eran chico y chica de edad parecida. Pero en realidad entre ellos se abría un abismo imposible de rellenar, un abismo tan profundo que alcanzaba el mismo centro de la tierra, o más aún. Es difícil explicarlo con palabras. Decir que ella es judía y él cristiano es como no decir nada. Significa bien poco, porque, en esencia, representan dos especies diferentes de personas, algo que no se percibe a simple vista, dos seres engañosamente parecidos pero completamente distintos, pues ella no será redimida, mientras que él vivirá eternamente. De manera que ella, todavía en su encarnación humana, ya es polvo y espectro. A su vez, desde el punto de vista del molinero Kozowicz, que arrienda el molino al gran señor Dominik, difieren aún más: Małka es un ser humano auténtico mientras que Antoni solo se le parece; es falso, indigno de atención en el mundo verdadero.

Los jóvenes, como si no fueran conscientes de estas diferencias, se presentaron en el molino de Bielewicze, aunque solo en una ocasión. Desde el principio quedó claro que jamás habría allí un lugar para ellos. De tanto lamentarse, el padre de Małka acabó por desfallecer y enfermar. A Małka trataron de encerrarla en el sótano, pero se escapó.

Antoni y su joven esposa se mudaron a la mansión, a Bielewicze, pero, como se vería después, tan solo por unos meses.

La servidumbre les dio una fría bienvenida. Enseguida empezaron a visitar a Małka sus hermanas; cada vez más atrevidas, miraban debajo de los manteles, escudriñaban los cajones, acariciaban las colchas... Se sentaban con ellos a la mesa, cinco muchachas y un muchacho al que acababa de salirle el bigote. Ponían la mesa junto con su hermana y después, cuando los jóvenes esposos se santiguaban antes de comer, las chicas rezaban sus propias oraciones. Una república judeo-infantil. Las muchachas parloteaban en judío, Antoni no tardó en captar ese tono tan particular y las palabras acudían solas a su boca. Parecían una familia bien avenida, ideal, meros niños sin la primera causa.

Al cabo de pocos meses, el administrador, escandalizado por el curso de los acontecimientos, escribió varias cartas al tío Dominik, quien se cernió amenazador como un nubarrón de granizo. Cuando el joven Antoni se dio cuenta de que recibiría una paliza en presencia de su mujer encinta, los esposos hicieron las maletas y se trasladaron al molino. Sin embargo, Kozowicz, temeroso del señor del que dependía su arrendamiento, los mandó deprisa y en plena noche con unos familiares de Lituania, y allí se perdió el rastro de los jóvenes.

DE CÓMO SE ATRAEN LAS PERSONAS Y CIERTOS ACUERDOS

A PROPÓSITO DE LA TRANSMIGRACIÓN DE LAS ALMAS

Moliwda pasa cada vez más tiempo en el almacén donde trabaja Jacob. Aquí se comercia por la mañana, cuando el calor no resulta aún tan agobiante, o a última hora de la tarde. En ese momento, unas dos horas después de la puesta del sol, en vez del té, aparece el vino para los clientes habituales.

Moliwda conoce bien a Osman de Czerniowce. Lo conoce gracias a unos turcos, no dirá de dónde, ha jurado guardar silencio. Confidencialidad, ocultación, máscara. Si lo mirásemos con los ojos de Yenta –que lo ve todo–, veríamos claro que, en tiempos, se habían estado encontrando en reuniones secretas de los bektashíes. Ahora se limitan a saludarse con un leve movimiento de cabeza, sin siquiera entablar conversación.

Así también se presenta Moliwda: como un viejo cliente. Causa la mayor impresión cuando dice –y le gusta subrayarloque es un conde polaco. En los rostros de sus interlocutores judíos aparece una expresión de incredulidad y una especie de respeto infantil. Suelta unas palabras en turco y en hebreo. Su risa es profunda y contagiosa. Durante el mes de septiembre, Moliwda ve a Jacob a diario. Hasta ahora no ha comprado más que un pasador con turquesa que Jacob le ha vendido, para indignación de Nachman, escandalosamente barato. A reb Mordke también le gusta departir con ellos acerca de cualquier tema; cuanto más extraño, mejor.

Entran unos recién llegados del Norte, hablan en una lengua extranjera. Nussen concentra en ellos toda su atención y de erudito se convierte en comerciante. Son mercaderes judíos de Silesia, se interesan por malaquitas, ópalos y turquesas. Jacob les enseña también unas perlas; cuando vende la mercancía, eleva el tono de voz. La transacción se prolonga durante horas, el té corre a raudales, el jovencito Hershełe trae pasteles y susurra a Jacob al oído que Abraham desea que también les muestre alfombras. Los mercaderes, quisquillosos, refunfuñan en su lengua, se consultan a media voz, convencidos de que nadie los entiende. No deberían estar tan seguros. Nussen los escucha con su único ojo entornado y después, detrás de la cortina donde espera Nachman, le informa:

–Solo les importan las perlas, ya tienen todo lo demás, comprado, por cierto, por un precio más caro. Lamentan no habernos encontrado antes.

Jacob envía a Hershełe a buscar perlas en el despacho de Abraham y en otras tiendas. Y cuando, a última hora de la tarde, acaban las transacciones y se considera excepcionalmente bueno el día, en la estancia más espaciosa de la casa los amigos despliegan alfombras y

cojines para tomar una cena tardía, cena que enseguida se convierte en banquete.

–¡Sí, el pueblo de Israel devorará al Leviatán! –exclama Jacob como si propusiera un brindis y se mete en la boca un buen pedazo de carne asada; la grasa le chorrea por la barbilla–. El inmenso corpachón del monstruo es tan tierno y delicioso como la carne de codorniz o el pescado más fino. El pueblo se nutrirá del Leviatán hasta que sacie su hambre de siglos.

Ocupados en la comida, todos los presentes ríen y bromean.

–El viento agitará mantelerías blancas y nosotros echaremos los huesos a los perros bajo la mesa –añade Moliwda entre dientes.

Nachman, distendido por el buen vino de la bodega de Jacob, le dice a Moliwda:

–Cuando consideras bueno el mundo, el mal se convierte en excepción, carencia y error, y nada encaja. Mas si partes de la premisa contraria, de que el mundo es malo y lo excepcional es la bondad, todo cobra sentido. ¿Por qué no queremos ver lo obvio?

Moliwda caza el tema al vuelo.

–En mi aldea creen que el mundo está dividido en dos, que hay dos fuerzas reinantes: una buena y una mala...

–¿Qué significa «tu aldea»? –inquiere Nachman con la boca llena.

Moliwda lo ignora con un ademán de impaciencia y prosigue:

–... No hay persona que no desee el mal a otra persona, ni Estado que no se alegre de la caída de otro Estado, ni comerciante que no quiera la ruina de otro comerciante... Dadme a aquel que lo creó. ¡Al autor de tamaño desaguisado!

–Déjalo correr, Moliwda –lo tranquiliza Nachman–. Toma, come. No haces más que beber y no comes nada.

Ahora hablan todos a la vez, a cuál más fuerte, se ve que Moliwda ha metido el dedo en la llaga. Moliwda parte un trozo de torta y lo moja en aceite con hierbas.

–¿Cómo se vive en tu país? –se atreve a preguntar Nachman–. ¿Por qué no nos muestras cómo vivís?

–Bueno, no sé. –Moliwda intenta escabullirse. Sus ojos están ligeramente nublados por el exceso de vino–. Tendrías que jurar guardar secreto.

Nachman, sin dudar, asiente con la cabeza. Esto le parece obvio. Moliwda les sirve más vino; está tan oscuro que deja en los labios un poso violeta.

–Allí de donde vengo, te lo diré escuetamente –empieza Moliwda, se le traba la lengua–, todo es horizontal: hay luz y oscuridad. La oscuridad ataca a la luz y Dios crea a la gente para que le ayude a defender esa luz.

Nachman aparta el plato y vuelve la mirada hacia Moliwda, quien

clava la vista en sus ojos negros y profundos; el eco del banquete se aleja más allá de los dos hombres y Nachman habla en voz baja de las cuatro paradojas fundamentales sobre las que es necesario reflexionar; si no, nunca se llegará a ser un ser pensante.

–En primer lugar, para crear un mundo finito, Dios tuvo que constreñirse, pero aún persiste una parte infinita de Dios que en absoluto está involucrada en la creación. ¿No es cierto? –pregunta a Moliwda para cerciorarse de que este entiende la lengua en que le habla.

Moliwda asiente, así que Nachman prosigue diciendo que si se admite que la idea de la creación del mundo es una del sinfín de ideas que moran en la mente de Dios, seguro que se trata de una idea marginal y carente de importancia. Es posible que Dios ni siquiera se diese cuenta de haber creado algo. Nachman vuelve a examinar con mirada atenta la reacción de Moliwda. Este toma una gran bocanada de aire.

–En segundo lugar –prosigue Nachman–, siendo la creación una parte ínfima de la mente divina, a Él le resulta indiferente y apenas se siente concernido por ella; desde nuestro punto de vista humano, hasta podemos considerar hostil esa indiferencia.

Moliwda acaba su vino de un trago y deposita ruidosamente la taza sobre la mesa.

–En tercer lugar –prosigue Nachman en voz baja–, el Absoluto, siendo infinitamente perfecto, no tuvo ningún motivo para crear el mundo. Esa parte suya que, sin embargo, lo condujo a crearlo, tuvo que ser más astuta que las demás, y sigue siéndolo, y nosotros participamos en sus argucias. ¿Lo captas? Participamos en una guerra. Y en cuarto lugar, como el Absoluto tuvo que constreñirse para que surgiera un mundo finito, para Él nuestro mundo es un destierro. ¿Entiendes? Para crear el mundo, Dios omnipotente tuvo que volverse débil y sumiso como una mujer.

Agotados guardan silencio. Vuelven a oírse los ecos del banquete; también la voz de Jacob, que cuenta chistes soeces. Después, un Moliwda borracho ya como una cuba le da a Nachman infinitas palmadas en la espalda hasta convertirse en objeto de bromas de dudoso gusto; acaba poniendo la cabeza en el hombro de su amigo y le dice a la manga:

–Yo lo sé.

Moliwda desaparece unas cuantas jornadas, luego regresa un día o dos. Se aloja entonces en casa de Jacob.

Cuando departen hasta la noche, Hershełe echa ceniza caliente en el tandir, estufa de arcilla empotrada en el suelo. Apoyan en ella los pies; el suave y agradable calor asciende con la sangre y les calienta

todo el cuerpo.

–¿Es un cibuki? –pregunta Moliwda a Nachman mientras mira a Hershełe. Así llaman los turcos a los andróginos, dotados por Dios de tal manera que pueden pasar tanto por mujer como por hombre.

Nachman se encoge de hombros.

–Es un buen chico. Muy entregado. Jacob lo ama.

Al cabo de un momento, al sentir que su sinceridad obliga a Moliwda a una sinceridad parecida, Nachman le pregunta:

–¿Es verdad lo que dicen de ti, que eres un bektashí?

–¿Eso dicen?

–Y que estuviste al servicio del sultán... –Nachman duda un instante– como espía.

Moliwda contempla sus manos entrelazadas.

–Tú sabes, Nachman, que conviene estar a bien con ellos. Yo lo estoy –y acto seguido añade–: Ser espía tampoco tiene nada de malo, con tal de hacer un servicio a algo bueno. También lo sabes.

–Lo sé. ¿Qué quieres de nosotros, Moliwda?

–No quiero nada. A ti te tengo mucha simpatía y a Jacob lo admiro.

–Tú, Moliwda, eres un intelecto superior involucrado en asuntos terrenales.

–En ese caso, nos parecemos.

Nachman, sin embargo, no parece convencido.

Pocos días antes de la partida de Nachman a Polonia, Moliwda invita a todos a su casa. Viene a caballo, arrastrando un extraño landó al que se encaraman Nussen, Nachman y los demás. Jacob y Moliwda van delante a caballo. El viaje dura unas cuatro horas, porque el camino es difícil, angosto y cuesta arriba.

Durante el camino, Jacob está de buen humor, canta con su voz bonita y potente. Empieza por himnos solemnes, en lengua antigua, y acaba con tonadillas judías de las que en las bodas canta el batjan, bufón encargado de divertir a los invitados:

¿Qué es la vida sino
un baile sobre las tumbas?

Cuando termina, entona canciones libidinosas en torno a la noche de bodas. Su fuerte voz resuena entre las rocas. Moliwda, que va medio paso detrás de Jacob, de pronto cae en la cuenta de por qué ese hombre excéntrico aglutina a su alrededor a la gente con tanta facilidad. En todo lo que hace, Jacob es auténtico. Es como ese pozo del cuento de hadas que siempre responde lo mismo, sea como sea el grito que se le lance.

HISTORIA DEL ANILLO CONTADA POR JACOB

De camino, descansan a la sombra de unos olivos, tienen ante sí la vista de Craiova. Qué pequeña parece ahora la ciudad: como un pañuelo. Nachman se sienta junto a Jacob y, fingiendo un juego, atrae hacia sí su cabeza. Jacob se deja llevar y durante un rato se dan pequeños empujones igual que hacen los perros jóvenes. Moliwda los mira y piensa: criaturas.

Siempre que se hace un alto en el camino tiene que haber una historia. Incluso una que todo el mundo conozca. Hershełe, un poco enfurruñado, reclama la del anillo. Jacob, que nunca se hace de rogar, empieza a contar.

–Érase una vez un hombre –arranca– que tenía un anillo extraordinario que pasaba de generación en generación. Quien lo llevaba era un hombre feliz, próspero, y, sin embargo, su bienestar no le hacía perder compasión por los demás y ayudaba siempre a los necesitados. Así que el anillo pertenecía a hombres buenos y cada uno de ellos lo transmitía a su vástago.

»Mas pasó en cierta ocasión que a unos padres les nacieron tres hijos a la vez. Se fueron criando en buena salud y amor fraternal, compartiéndolo todo y apoyándose en todo. Los padres no paraban de preguntarse qué ocurriría cuando crecieran y hubiera que obsequiar a uno con el anillo. Pasaban noches enteras hablando sobre el tema, hasta que, finalmente, la madre de los chicos propuso la siguiente solución: “Hay que llevar el anillo al mejor de los joyeros y encargarle otros dos iguales. El orfebre tendrá que velar por que salgan idénticos, que no sea posible distinguir entre original y copia.” Buscaron mucho hasta que dieron con uno extraordinariamente hábil que, a fuerza de tesón y laboriosidad, consiguió cumplir el encargo. Cuando los padres fueron a recoger los anillos, el orfebre mezcló ante sus ojos los tres de tal manera que no pudieron distinguir el original de las imitaciones. Lo mismo le pasaba al joyero: no cabía en sí de sorpresa al no poder señalar cuál era cuál.

»Cuando los hijos alcanzaron la mayoría de edad, se celebró una gran fiesta en la que los padres entregaron sendos anillos a sus hijos. Los muchachos no estaban nada contentos, pero trataron de ocultar su decepción para no incomodar a sus progenitores. Cada uno de ellos creía en el fondo de su corazón que le había tocado el anillo verdadero, y empezaron a mirarse con suspicacia y desconfianza. Al morir sus padres, acudieron de inmediato a un juez para que este disipara las dudas de una vez para siempre. Pero ni siquiera el juez, pese a su gran erudición, logró hacerlo, y, en vez de dictar sentencia, les dijo: “Parece que esta joya posee la propiedad de convertir a su

dueño en una persona grata a Dios y a los hombres. Ya que esto no parece referirse a ninguno de vosotros, es posible que el anillo auténtico se haya perdido. Por eso debéis vivir como si el vuestro fuera el auténtico, y la vida mostrará si es verdad."

»E igual que los tres anillos, también hay tres religiones. Y el que nació en el seno de una debería coger las otras dos y, como si fuesen pantuflas, avanzar con ellas hacia la salvación.

Moliwda conoce esta historia. Se la ha oído contar recientemente a un musulmán con quien hace negocios. Lo que más le emocionó, sin embargo, fue la oración de Nachman: la escuchó a escondidas cuando este la salmodiaba en hebreo. No sabe si lo ha retenido todo, pero lo que sí recuerda lo ha vestido con palabras polacas, lo ha recompuesto, y ahora, cuando repite esa oración para sus adentros, deleitándose con su ritmo, una ola de placer le inunda la boca, como si comiera un manjar, un dulce.

En busca del firmamento bate las alas mi alma triunfal,
grulla y cuervo olvida al momento, cuando parte al abismo celestial.

El azufre y el hierro no la someten, del corazón jamás será esclava.
La peste de los muros no le da muerte, ni la frivolidad ni la razón humanas.

Derribando muros se ha de elevar sobre cumplidos y habladurías,
no anhela calle ni bulevar, vuela libre entre los días.

Vaga sin freno por el infinito, se ríe de la humana erudición, llama en secreto feo a lo bonito, disipa cualquier ilusión.

Agitando las plumas la luz ansía,
luz que ninguna palabra puede contener, por nadie de este mundo porfía
ni por nada que acontezca en él.

Ayúdame, Padre, a dominar el verbo, que expresar mi dolor me sea dado,
que añada verdad al parloteo del pueblo, y mi alma vislumbre el sentido sagrado.

Y la dulzura de esa lengua que lleva tanto tiempo sin usar, al cabo de un instante se convierte en una añoranza insoportable.

RETAZOS. LO QUE VIMOS EN LA VISITA A LOS BOGOMILOS

DE MOLIWDA

Por más que quisiera, me veo incapaz de contarlo todo, pues las cosas están tan fuertemente relacionadas que en cuanto la punta de mi pluma toca una, de inmediato acuden otras y al cabo de un instante se desparrama ante mí un mar inmenso. ¿Qué dique pueden constituir para él los límites de mi folio o la línea del recorrido de mi pluma? ¿Cómo podría expresar todo aquello que recibió mi alma en el curso de esta vida, y, además, en un solo libro?

Abulafia, a quien estudié con ardor, dice que el alma humana forma parte de un inmenso torrente cósmico que atraviesa a todos los seres. Es un solo movimiento, una sola fuerza, mas cuando nace una persona dentro de un cuerpo material, cuando viene al mundo como un ser individual, esa alma tiene que separarse del resto, de lo contrario, el hombre no podría vivir: el alma se sumergiría en una Unicidad y el hombre se volvería loco en pocos instantes. Por eso, tal alma queda sellada, lo que significa que se han estampado en ella los sellos que le impiden fundirse con la unicidad y le permiten actuar en el finito y limitado mundo de la materia.

Debemos saber guardar el equilibrio. Si el alma se muestra demasiado ávida, demasiado pegajosa, la penetrarán demasiadas formas que la separarán del torrente divino.

No en vano queda dicho: «Quien está lleno de sí mismo, no deja lugar a Dios.»

La aldea de Moliwda estaba compuesta de una veintena de casas no muy grandes, cuidadas, construidas de piedra, techadas con pizarra y unidas por senderos flanqueados por guijarros; las casas estaban diseminadas por un pequeño y hollado prado por medio del cual pasaba un torrente formando un remanso. Más arriba había una toma de agua, una construcción hecha de madera que, como un molino, accionaba unas máquinas, sin duda para moler grano. Detrás de las casas se extendían huertas y huertos, tupidos, cuidados; desde la misma entrada pudimos apreciar calabazas madurando.

Sobre la hierba, seca ya a esas alturas del año, se recortaban grandes rectángulos de tela de algodón que parecían engalanar la aldea con camisas de cuello blanco. Un ambiente extraño para una aldea, y pronto me di cuenta de la ausencia casi absoluta de aves de corral, tan impropia del campo, donde siempre hay gallinas escarbando en la tierra, patos caminando torpemente, ocas cacareando sin cesar y gansos atacando con furia.

Nuestra llegada causó auténtico revuelo, primero salieron corriendo los niños, eternos centinelas, que antes que nadie repararon en los recién llegados. Cohibidos por la presencia de unos extraños, se

acurrucaron en torno a Moliwda como si fueran sus hijos y él les habló con ternura en una lengua rasposa que nos era desconocida. Después aparecieron unos hombres apacibles, barbudos y rechonchos, con camisa de lino crudo, y solo después salieron a nuestro encuentro unas mujeres que reían a mandíbula batiente. Todos iban vestidos de blanco, con ropa de lino, que a todas luces cultivaban ellos mismos, pues en todos los prados alrededor de la aldea brillaban las piezas recién tejidas puestas a blanquear al sol.

Moliwda descargó los sacos con lo que había comprado en la ciudad. Mandó a los granjeros dar la bienvenida a los huéspedes, cosa que hicieron de buena gana, formando un círculo a nuestro alrededor y entonando una breve canción llena de alegría. La mano depositada sobre el corazón y luego llevada hasta los labios era allí un gesto de bienvenida. Me emocionaron con su apariencia y comportamiento aquellos campesinos, aunque esa palabra, traída de Podolia, parecía referirse a otra clase de personas, ya que estas eran gentes amables, contentas y era evidente que no pasaban hambre.

Nos quedamos boquiabiertos; incluso Jacob, que no solía sorprenderse ante nada, parecía desconcertado, como si, ante tamaña cordialidad, se hubiera olvidado por un instante de quién era. Y no les importaba que fuéramos judíos, al contrario, precisamente porque éramos unos extraños, nos mostraron la mejor disposición. Tan solo Osman parecía no sorprenderse de nada y no paraba de interrogar a Moliwda, ya por el aprovisionamiento, ya por el reparto del trabajo, ya por los ingresos del cultivo de hortalizas, así como por la venta de los tejidos, mas Moliwda no se sentía competente para contestar esas preguntas y, ante nuestra sorpresa, resultó que quien más tenía que decir sobre esas cuestiones era una mujer a la que llamaban Madre, pese a que no era ninguna vieja.

Nos condujeron a una espaciosa estancia donde unos jóvenes, muchachas y muchachos, nos servían mientras comíamos. La comida era sencilla y sabrosa: miel añeja, frutas secas, aceite de oliva y pasta de berenjena para untar tortas cocidas directamente sobre una piedra incandescente, y todo acompañado de agua de manantial.

Moliwda se conducía con calma y dignidad, pero reparé en que, aunque con respeto, no lo trataban como a un amo y señor. Todos se dirigían a él con la palabra «brate», y él a ellos con las de «brate» y «sestro», lo que significaba que se consideraban hermanas y hermanos como si fueran una gran familia. Una vez que hubimos saciado el apetito, se nos acercó la mujer a la que llamaban Madre, también toda de blanco, se sentó con nosotros, nos sonrió cálidamente mas habló poco. Se veía que el señor Moliwda la tenía en gran estima, pues en cuanto la mujer se dispuso a dejar la mesa, él se levantó, y tras él, también nosotros, y nos condujeron a las habitaciones donde

pasaríamos la noche. Todo era muy modesto y estaba muy aseado, dormí estupendamente; estaba tan cansado que no tenía fuerzas para apuntarlo todo en el acto, como, por ejemplo, que en mi habitación no había más que una yacija sobre el suelo de madera y un palo suspendido de unas cuerdas que hacía de armario donde pude colgar mi ropa.

Al día siguiente, Jacob y yo admiramos lo bien que Moliwda lo había organizado todo.

Lo acompañan doce hermanos y doce hermanas que son los administradores de esa aldea, mujeres y hombres en pie de igualdad. Cuando hay que tomar una decisión, se reúnen en la plazoleta junto al estanque y votan. Cuando aceptan algo, levantan el brazo. Todas las chozas y demás bienes como el pozo, los carros y los caballos pertenecen a todos: quien necesita algo lo toma prestado –como si de un arrendamiento se tratara– y, una vez que lo ha usado, lo devuelve. Hay pocos niños porque engendrarlos es pecado para esa gente, y los pocos que hay no se quedan con sus madres, sino que son tratados como un bien común, se ocupan de ellos varias mujeres mayores, ya que las jóvenes trabajan en el campo o en la aldea. Vimos cómo pintaban las paredes de las casas y añadían al albayalde una tintura. De ahí que las casas sean de color azul. A los niños no se les dice quién es su padre, ni tampoco a los padres, para así evitar injusticias y favoritismos. Y puesto que las mujeres sí lo saben, desempeñan un importante papel, equiparable al de los hombres, y salta a la vista que gracias a ello las mujeres de aquí son diferentes: más tranquilas, más inteligentes y sagaces. Es una mujer quien lleva las cuentas de la comunidad: escribe, lee y cuenta, es muy docta. Moliwda la trata con respeto.

Todos nos preguntábamos qué papel desempeñaba Moliwda: ¿Es él quien manda aquí? ¿Es un mero ayudante? ¿Está al servicio de esta mujer o es ella quien está al servicio de él? Mas Moliwda se befó de nosotros, nos ridiculizó, diciendo que lo veíamos todo de la peor manera, la más anticuada: En todas partes tiene que haber una escalera, uno se pone encima de otro y lo obliga a todo. Este es más importante, aquel lo es menos. Mientras que ellos, aquí, en esa aldea cercana a Craiova, lo tienen planteado de forma bien distinta: todo el mundo es igual. Cada individuo tiene derecho a vivir, comer, alegrarse y trabajar. Cada individuo puede irse cuando quiera. ¿Que si se van? Pocos, muy rara vez. ¿Adónde iban a ir?

Y sin embargo tuvimos la invencible impresión de que Moliwda compartía gobierno con la mujer de dulce sonrisa. Nos preguntábamos en susurros si no sería su esposa, pero él no tardó en sacarnos del error: era una hermana como todas las demás mujeres. «¿Te acuestas con ellas?», le preguntó Jacob sin ambages. Moliwda se limitó a

encogerse de hombros y nos mostró grandes huertos perfectamente cuidados que daban frutos dos veces al año y dijo que de ellos vivía la comunidad, de los dones del sol, y que si lo miráramos desde su punto de vista, veríamos que todo venía del sol, de la luz, gratuito y para todo el mundo.

Comíamos en unas mesas largas donde se sentaban todos, no sin antes decir en voz alta una oración en una lengua que no supe identificar.

No comían carne, solo alimentos vegetales y, a veces, también queso cuando se lo obsequiaba alguien. Los huevos les daban tanto asco como la carne. De las verduras, no comían habas porque creían que en ellas podían morar almas justo antes del nacimiento, en las semillas dispuestas en la vaina como en una cajita preciosa. En esto estábamos de acuerdo: en que algunas plantas tenían más luz que otras, la que más el pepino y también la berenjena, así como todas las clases de melón alargado.

Creían en la transmigración de las almas, igual que nosotros, y, además, Moliwda sostenía que esa creencia en tiempos había sido universal, hasta que la enterró la cristiandad. Tenían en alta estima los planetas, a los que llamaban soberanos.

Lo que nos hizo pensar a Jacob y a mí, aunque no lo dejamos traslucir, que había muchas similitudes con nuestras propias ideas. Ellos, por ejemplo, creían en el lenguaje sagrado que se usaba en las iniciaciones. Su santidad consistía en usarlo al revés: de forma desvergonzada. Todo aquel que pasaba la iniciación tenía que escuchar historias ofensivas para la decencia, y la cosa venía de una muy antigua tradición de su fe, de los misterios paganos dedicados a la diosa Baubo o al desenfrenado dios Baco. Era la primera vez que oía los nombres de esos dioses, Moliwda los pronunció deprisa y con cierto sentimiento de vergüenza, pero me los apunté enseguida.

Después de comer nos sentamos a comer dulces en casa de Moliwda, y no eran otros que las tradicionales baklavas turcas; las sirvieron con un poco de vino, de fabricación propia, pues vi un viñedo más allá de los huertos.

–¿Cómo oráis? –le preguntó Jacob.

–De la manera más sencilla de todas –contestó Moliwda–, pues se trata de una oración que sale del mismo corazón: «Jesucristo Nuestro Señor, ten piedad de mí.» No hace falta hacer nada especial. Dios te oye.

Nos dijeron una cosa más: El matrimonio es pecaminoso. En esto consiste el pecado de Adán y Eva, ya que todo debería seguir el ejemplo de la naturaleza: las personas deben unirse en espíritu y no de acuerdo con una ley muerta. Las que se unen en espíritu, hermanos y hermanas espirituales, pueden compartir lecho y el hijo nacido de

tales uniones es un don. Los que nacen en el seno de un matrimonio son «hijos de ley muerta».

Por la tarde formaron un círculo alrededor de una mujer soltera. Primero se la vio ataviada de blanco, mas después del acto sagrado cambió la vestimenta por otra roja y, finalmente, cuando todos, exhaustos por el alocado galope a su alrededor, se desplomaban de cansancio, se puso un abrigo negro.

Todo aquello nos pareció extrañamente familiar, y mientras regresábamos a Craiova, al despacho de Jacob, hablábamos todos a la vez tan apasionadamente que, por la noche, tardamos mucho en conciliar el sueño.

Pocos días después, Nussen y yo, cargados de mercancías y noticias, pusimos rumbo a Polonia. Durante el viaje teníamos la cabeza llena de imágenes de la aldea de Moliwda. Sobre todo Nussen, quien, entusiasmado, cuando cruzábamos el Dniéster, soñaba con fundar aldeas así también en Podolia. A mí lo que más me gustó era que allí no importaba si éramos madre o padre, hija o hijo, mujer u hombre. Pues entre nosotros no hay diferencias. Todos somos formas que adquiere la luz al rozar la materia.

12

DEL VIAJE DE JACOB A LA TUMBA DE NATÁN DE GAZA

Aquel que se comporta tan irracionalmente como lo hizo Jacob en su viaje a la tumba del profeta Natán no puede ser sino un loco o un santo –escribe Abraham a su hermano Tova–. Mi negocio se ha resentido por haber contratado a tu yerno. Nunca había estado tan concurrido ni se había parloteado tanto, pero el beneficio ha resultado insignificante. En mi opinión, tu yerno no sirve para trabajar en una tienda, mas no lo digo como reproche, pues sé que tienes puestas en él grandes esperanzas. Es un hombre inquieto e interiormente agitado, no es un sabio, sino un rebelde. Lo dejó todo e, insatisfecho con el dinero que le pagué por su trabajo, se remuneró a sí mismo llevándose unos valiosos objetos cuyo listado te adjunto en hoja aparte. Espero que influyas en él para que me restituya la suma estimada. Se les metió en la cabeza, a Jacob y a sus seguidores, visitar la tumba de Natán de Gaza, bendito sea su nombre. Y pese a que el propósito fuera digno de encomio, llevados por sus mentes febriles, han actuado con excesiva premura, dejándolo todo de un momento para otro –si me permites la expresión–, aunque sí han tenido el tiempo suficiente para ofender a unos y pedir dinero prestado a otros. Ya no hay sitio aquí para él si quisiera volver, aunque me figuro que no querrá hacerlo.

Confío en lo más profundo de mi alma en que sepas lo que habéis hecho al entregar a Chana en matrimonio a un hombre así. Creo en tu sabiduría y en tu infinita prudencia que a menudo sobrepasa el simple entendimiento. Solo te diré que siento gran alivio tras su partida. Tu yerno no sirve para el trabajo en un despacho comercial. Y creo que tampoco sirve para muchas otras cosas.

DE CÓMO NACHMAN VA EN POS DE JACOB

Finalmente, a principios del verano, tras arreglar los asuntos polacos, recoger cartas y reunir un poco de mercancía, Nachman y Nussen parten rumbo al sur. El camino conduce hacia el Dniéster; mientras avanzan entre los campos de cultivo, brilla un sol espléndido y el cielo parece inmenso. Nachman está harto de la suciedad de Podolia, de la mezquindad campesina, de las envidias y zafiedades; echa de menos los higos en las higueras, el aroma de la kaffa y, por encima de todo, a Jacob. A Isochar le lleva regalos de Shor, para reb

Mordke tiene gotas de ámbar, una medicina que alivia los dolores de sus articulaciones, adquiridas nada menos que en Gdańsk.

Las áridas márgenes del río aparecen cubiertas por una hierba marrón, seca como un desierto, que bajo las pisadas de animales y humanos se deshace convirtiéndose en polvo. Nachman mira desde la ribera hacia el sur, hacia la otra orilla. De pronto oye un leve crujido procedente de la maleza y poco después sale de allí una perra blanquinegra con las mamellas hinchadas, flaca y sucia. La siguen torpemente unos cachorros. Sin percatarse de su presencia, la perra pasa al lado de un Nachman quieto, pero uno de los cachorros lo distingue y se detiene, estupefacto. Durante un momento se miden con la mirada. El cachorro lo observa con curiosidad y confianza, pero al cabo de un instante, como si alguien lo advirtiera de que está frente a su peor enemigo, corre en pos de su madre. Nachman lo toma por mal augurio.

Por la tarde cruzan el Dniéster. Unos campesinos encienden hogueras en la orilla y en el agua flotan guirnaldas de flores con lucecitas encendidas. Por todas partes se oyen risas y gritos. Junto a la margen, hay unas muchachas ataviadas con largas vestimentas blancas recogidas hasta medio muslo, el agua les llega hasta las rodillas. Tienen el pelo suelto y guirnaldas de flores en la cabeza. Miran en silencio a esos judíos a caballo, y Nachman empieza a pensar que no son muchachas quienes los despiden, sino ninfas de las aguas, de esas que en plena noche emergen a la superficie y ahogan a quienes se encuentren. De repente, una de las muchachas se inclina y empieza a rociarlos con agua; otras, entre risas, siguen su ejemplo, así que los hombres arrean a sus caballos.

A medida que se van adentrando en el país turco, las noticias de un «hombre santo» les llegan cada vez con más frecuencia y resultan cada vez más pintorescas. De momento las ignoran. Pero no pueden seguir haciéndolo por mucho tiempo. En las paradas, donde los viajeros judíos suelen intercambiar noticias recogidas por el camino, se enteran de cada vez más detalles: como por ejemplo de que el «hombre santo», acompañado por un gran número de seguidores, se encuentra en Sofía y obra milagros. Muchos lo tienen por un charlatán. Unos sostienen que se trata de un viejo judío de Turquía; otros, que es un joven de Bucarest, así que no queda del todo claro que todos esos viajeros hablen de Jacob. La noticia solivianta a Nachman y a Nussen, no pegan ojo en toda la noche intentando adivinar qué ha ocurrido durante su ausencia. Pero en lugar de alegrarse –¿no era eso lo que estaban esperando?– les invade un temor. El mejor remedio contra el miedo y el desasosiego no es otro que el recado de escritura. Nachman lo saca en cada parada y apunta lo que dicen sobre Jacob.

Como esto:

En una de las aldeas, durante la mitad de un día, saltó a caballo por encima de un hoyo tan profundo que la caída en su interior podría resultar fatal. El caballo, cansado, se negaba a seguir y clavaba los cascos en el suelo, mas Jacob no paraba de espolearlo. Al poco, alrededor de él y del hoyo, se reunió toda la aldea; también acudieron guardias turcos: querían saber a qué se debía tal aglomeración, no fuera a ser que el pueblo se sublevara contra el sultán.

O esto:

Jacob se acercó a un comerciante de aspecto acaudalado, introdujo la mano en su bolsillo y extrajo algo parecido a una serpiente y, mientras la agitaba, gritaba por encima de las cabezas de la gente. Se produjo un tumulto tremendo, los desgarradores chillidos de las mujeres asustaron a los caballos de los guardias turcos y Jacob soltó una carcajada tal que no pudo menos que revolverse en la arena. El populacho vio, para su vergüenza, que no era ninguna serpiente, sino un collar de cuentas de madera.

O, por ejemplo, esto:

En una gran sinagoga se subió a la bimá y, cuando estaban ya a punto de leer la Ley de Moisés, arrancó el pupitre y se puso a agitarlo mientras amenazaba con matar a todo el mundo. En aquel momento la gente salió despavorida del templo, pensando que era un loco capaz de cualquier cosa.

O:

Un día lo asaltó un salteador de caminos. Jacob tan solo emitió un grito en dirección al cielo y acto seguido en un abrir y cerrar de ojos sobrevino una tormenta de rayos y truenos que asustó tanto a los malhechores que pusieron pies en polvorosa.

Ahora, con letras diminutas, Nachman añade:

Corrimos a Sofía a toda prisa, pero ya no lo encontramos. Preguntamos por él a toda nuestra gente, y todos, excitados, nos contaron sus hazañas y nos dijeron que, finalmente, habían partido en nutrido grupo hacia Tesalónica. Ahora por lo visto se desplazaba como un tzadik, encabezando la comitiva de carros, carretas y hombres a caballo y a pie: ocupaban todo el camino y levantaban nubes de polvo que sobrevolaban sus cabezas. Allí donde se detenía, todo el mundo,

presa de la curiosidad, preguntaba quién era, y, al enterarse, dejaban lo que estuvieran haciendo y, tras secarse las manos contra el abrigo, se unían a la caravana, aunque solo fuese por curiosidad. Eso nos dijeron. Ah, y además, los oradores se deshacían en ditirambos sobre lo sublime de los caballos y la calidad de los carruajes, aseguraban que eran cientos de personas.

A mí me parece, no obstante, que conozco esa «compañía». Mendigos y desharrapados que no saben quedarse quietos. Enfermos, tullidos que esperan un pequeño milagro, aunque más que milagros, ansían pendencias y sensaciones fuertes. Adolescentes que han escapado de casa y de la mano dura de su padre, comerciantes que por falta de prudencia lo han perdido todo y, ahora, llenos de rabia y amargura, buscan algún tipo de resarcimiento; trastornados de cualquier pelaje y aquellos que, hartos de sus tediosas obligaciones, han huido de sus familias. Y también hay mujeres: mendigas o busconas que esperan hallar algún provecho en tan grande grupo, o bien viudas abandonadas que nadie quiere, con un niño en brazos; y asimismo cristianos menesterosos, vagabundos sin ocupación alguna. Todos ellos seguían a Jacob, mas si alguien les preguntara para qué y a quién seguían, lo más probable es que no supieran responder.

En Skopje, ante la tumba de nuestro profeta Natán, pedí en voz muy baja, sin siquiera mover los labios, sino para mis adentros más profundos, que hiciera posible nuestro encuentro con Jacob cuanto antes. A veces se me pasaba por la cabeza que me faltaba humildad y que no tenía una apreciación justa de mi persona; incluso llegué a pensar que él cometía tantas locuras porque yo no estaba a su lado y que, en cuanto lo hallare, se tranquilizaría y dejaría de imitar insistentemente al Primero, bendito sea su nombre. Que ese tumulto en el camino era una señal para mí, que él me necesitaba.

Nachman y Nussen llegaron a Tesalónica el día 2 del mes de elul de 5514, es decir, el 20 de septiembre de 1754, y, pese a que ya había oscurecido y que los dos estaban muertos de cansancio, se pusieron de inmediato a buscar a Jacob. La noche era sofocante, los muros de la ciudad estaban recalentados, el aire se refrescaba perezosamente con soplos de viento procedentes de las montañas, momentos en que la brisa portaba el olor de plantas vivas, madera y hojas. En la ciudad todo estaba seco como el desierto. Desde alguna parte llegaba un olor a naranjas, de esas que, henchidas ya de jugo, son las mejores para comer, las más dulces, pero que al cabo de poco empezarán a pudrirse y apestarán.

Nachman fue el primero en verlo, ante el bet midrash donde siempre se llevaban a cabo las disputas de los judíos de Tesalónica. Ya se estaban dispersando, era tarde, Jacob aún discutía algo vivamente

con unos hombres que lo rodeaban. Entre los jóvenes vestidos a la griega, Nachman distinguió al pequeño Hershełe. Se les acercó y, aunque no oía de qué hablaban, empezó a temblar. Era difícil explicarlo, pues la noche era tórrida. Apuntó:

Solo ahora me he dado cuenta de lo mucho que lo echaba de menos; solo ahora me he deshecho de toda la prisa viajera, de toda esa febrilidad que no me abandonaba en los últimos meses. «¿Qué dice este hombre?», pregunté a uno que se encontraba a mi lado.

«Dice que Shabtai no era un Mesías de naturaleza divina, sino un simple profeta encargado de anunciar a su sucesor.»

«Tiene razón», habló otro que se encontraba a mi lado. «Si su naturaleza realmente procediera del mismo Dios, habría cambiado el mundo de manera visible. Y mirad, ¿acaso ha cambiado algo?»

Me abstuve de intervenir en sus disquisiciones.

Lo vi entre otros hombres. Estaba más flaco y demacrado. Le había crecido la barba. Mas al mismo tiempo percibí en él algo nuevo: una mayor vehemencia y seguridad en sí mismo. ¿Quién lo había llevado a ese estado? ¿Quién le había ayudado en mi ausencia a ser como ahora era?

Mientras lo miraba moverse y escuchaba lo que decía, empec? poco a poco a comprender que las cosas habían ido bien, que sus palabras aliviaban a los demás. Asimismo me pareció que en su corazón anidaba cierta unicidad que proporcionaba conocimiento: en qué dirección se debía avanzar y qué hacer. A veces bastaba con mirarlo; el simple hecho de verlo atraía a la gente.

No hay mayor alivio que saber que existe un hombre que sabe de verdad. Pues nosotros, seres corrientes, nunca tenemos semejante convicción.

Cuando estuve en Podolia con mi familia, pensé en él muchas veces. Lo eché de menos, sobre todo antes de acostarme, cuando los pensamientos obraban a su antojo y no había manera de domarlos. Aquello fue triste, pues a mi lado estaba mi mujer, y no le dediqué demasiada atención. Nuestros hijos nacían débiles y no tardaban en morir. Mas entonces no pensaba en ello. Me daba la sensación de que mi rostro adoptaba el rostro de Jacob, que me dormía con su rostro en vez del mío. Y ahora lo veía vivo ante mí.

Por eso por la tarde, cuando finalmente nos sentamos todos juntos –Jacob, reb Mordke, Isochar, Nussen, el pequeño Hershełe y yo–, me sentí feliz. Y puesto que vino no nos faltó, me emborraché, pero lo hice como si fuera un niño: me sentí indefenso y dispuesto a cualquier cosa que me trajese el destino, y seguro de que, pasara lo que pasara, permanecería con Jacob.

DE CÓMO JACOB SE MIDE CON EL ANTICRISTO

En Tesalónica vive el sucesor e hijo del Segundo, es decir, de Baruchia, al que llaman Konio.

Tiene aquí muchos seguidores y muchos le dan el tratamiento de hombre santo en el que habita el alma de Baruchia. Llevan tiempo intentando acceder a él. Su bendición y la iniciación en las enseñanzas de su padre confirmarían la excepcionalidad de Jacob. Nachman lleva cartas escritas por Isochar y reb Mordke a la gran casa sin ventanas que se levanta en el centro de la ciudad y que recuerda a una torre blanca. Dicen que dentro del edificio se oculta un hermoso jardín con una fuente y pavos reales, pero por fuera recuerda a una fortaleza. Las blancas paredes son lisas como si estuvieran hechas de resbaladizo granito. Por añadidura, la casa está vigilada por unos guardias que rasgaron la ropa de Nachman el día que se mostró demasiado insistente a la hora de pedir audiencia.

Jacob, manifiestamente molesto por tamaño perjuicio (el caftán de Nachman era nuevo, lo acababa de comprar en el mercado por una suma nada desdeñable), dice a sus camaradas que lo dejen ante esa torre inexpugnable y que se oculten en la floresta. Una vez allí, se apoya contra el muro y empieza a cantar lo más alto que puede, casi ruge como un asno, en la antigua lengua de los sefardíes. Y cuando acaba la canción, vuelve a empezarla junto a otro muro y así sucesivamente, a todos los lados del edificio.

–Majshavá se in fue esta... –se desgañita desafinando, y hace muecas y tuerce el cuerpo adoptando poses extrañas, cosa que, evidentemente, atrae a un montón de mirones que reprimen la risa al verlo; se forma una aglomeración y un tumulto.

Entonces se abre un ventanuco, pequeño, en lo alto, y se asoma la cabeza de Konio en persona. Grita algo en ladino, Jacob le contesta y así conversan durante un rato. Nachman lanza una mirada interrogadora a Isochar, quien conoce el antiguo idioma de los judíos españoles.

–Exige verlo –traduce Isochar.

El ventanuco se cierra de golpe.

Jacob canta ante la torre hasta el anochecer, hasta que se queda ronco del todo.

No hay nada que hacer. Konio es inaccesible y no le interesan los viajeros venidos de Polonia. Ni siquiera si van acompañados del Sabio Jacob que ha cantado bajo sus ventanas. Pues ya lo llaman así: el Sabio Jacob.

En esos tiempos abundan en Tesalónica magos y hacedores de milagros de todo pelaje, en cada esquina hay un falso mesías o un hechicero proclamando sus enseñanzas. Se habla mucho de un judío

que se considera el Mesías Anticristo y al parecer basta con que alguien intercambie con él una sola palabra para convertirse en uno de sus adeptos.

Jacob quiere someterlo a prueba, medirse con alguien así. Durante varios días proclama por todas partes su intención hasta que reúne a su lado un nutrido grupo: pequeños comerciantes, estudiantes, vendedores ambulantes, zapateros que han cerrado sus talleres con tal de ver algo fuera de lo común. Atraviesan ruidosamente la ciudad y encuentran al hombre y su corte en un atrio ajardinado donde enseña a los suyos. Es un individuo grande, robusto, de tez oscura, un sefardí; en la cabeza desnuda lleva el pelo encrespado en largas trenzas fieltradas. Viste un hábito blanco que, en contraste con su tez oscura, parece brillar. Jacob se sienta delante de él, esbozando esa sonrisa suya que adopta cuando trama algo y le pregunta con descaro quién es. El otro, acostumbrado a la obediencia, contesta tranquilamente que es el Mesías.

–Demuéstralo con alguna señal –le dice Jacob mientras pasea la mirada por los asistentes que van a ser testigos.

El otro se levanta con intención de irse, pero Jacob no desiste. Lo sigue y repite:

–Demuéstralo con alguna señal. Traslada un pedazo de esta fuente hasta la pared. Siendo el Mesías, sabrás hacerlo.

–Márchate –le dice el otro–. No quiero hablar contigo.

Jacob no lo deja en paz. El otro se vuelve hacia él y se pone a susurrar unos sortilegios. En ese momento, Jacob lo agarra por las trenzas, lo que provoca a sus camaradas, que salen en su defensa. Apartado de un empujón, Jacob cae sobre la arena.

Por la tarde cuenta a todos los que no estaban con él durante el día cómo el Jacob de hoy ha luchado contra el Anticristo, igual que el Jacob bíblico luchó con el ángel.

Nachman, que tanto ha añorado a Jacob durante la larga separación, lo sigue a todas partes, allí donde puede, por lo que descuida tanto sus negocios como la búsqueda del saber. Abandonados quedan los asuntos relacionados con ganar dinero. Las mercancías traídas de Polonia siguen sin ser vendidas. Algunos actos de Jacob le dan vergüenza ajena, no logra aceptar otros. Jacob deambula por la ciudad en busca de ocasiones para pelearse o discutir. Elige por ejemplo un judío docto, le hace una pregunta inteligente y da tal giro a las cosas que el otro, sintiéndose obligado a responder, se ve arrastrado a una disputa. Antes de que el docto se dé cuenta, ya están los dos tomando kaffa en un café turco, Jacob lo invita a una pipa y el otro no se atreve a rechazarla, ¡y eso que es el sabbat! Cuando llega la hora de pagar –como un judío religioso no puede llevar dinero en

sabbat–, Jacob le quita el turbante para dejarlo en prenda, por lo que el otro, ridiculizado, tiene que regresar a casa con la cabeza desnuda. Jacob hace cosas tales que todos empiezan a temerlo. También los suyos.

A Nachman le resulta difícil soportar semejante manera de humillar a alguien, aunque fuese el peor enemigo. Jacob, en cambio, está muy satisfecho de sí mismo.

–Quien teme, respeta, es así.

Al cabo de poco, todo el mundo en Tesalónica reconoce a Jacob, y reb Mordke e Isochar deciden que deben exonerarlo de las ocupaciones comerciales. También que ellos mismos deberían consagrarse a la búsqueda del saber.

–Arregla todo lo que tengas que arreglar, pero no busques nuevos contactos –dice reb Mordke a un Nachman atónito.

–¿Cómo es eso? –pregunta Nachman, presa del estupor–. ¿De qué vamos a vivir?, ¿qué vamos a comer?

–De la caridad –contesta reb Mordke cándidamente.

–Nunca hasta ahora el trabajo ha sido óbice para el estudio –se defiende Nachman.

–Ahora sí.

CÓMO ES LA RUAJ HA-KODESH CUANDO EL ESPÍRITU DESCIENDE SOBRE EL HOMBRE

En el mes de kislev de 5515, es decir, en noviembre de 1754, Jacob anuncia por boca y escritos de Nachman que abre su propio bet midrash, su propia escuela, y enseguida se presentan muchos candidatos. Sobre todo porque –cosa del todo extraordinaria– el primer alumno no es otro que el rabino Mordejái, reb Mordke. Presentado con honores, su venerable figura concita numerosas miradas; es de confianza y se le profesa un gran respeto. Si él confía en Jacob, Jacob debe de ser alguien especial. A los pocos días, Jacob introduce en su escuela a Nachman y a Nussen. Nachman parece coartado; acude con ropa griega nueva que se acaba de comprar con el dinero ganado con la venta de la cera que trajo de Podolia.

Una veintena escasa de días después les llega la noticia desde Nikopol de que Chana ha dado a luz a una niña a la que, tal como lo había convenido con Jacob, dio el nombre de Avacha, Ewa. Tuvieron un presagio de ello: la burra de Nussen parió gemelos. Pese a su color gris, uno de los burritos, la hembra, nació completamente blanca, y el otro, el macho, de un insólito color oscuro que recordaba al de la kaffa. Jacob no cabe en sí de alegría, se vuelve serio por unos días y cuenta a todo el mundo que su mujer ha alumbrado a su hija el mismo día que él ha alumbrado su escuela.

Luego ocurre algo extraño, algo mucho tiempo esperado, o al menos algo que se sabía que había de ocurrir, que era inevitable. Es difícil describirlo, pese a que se trata de un acontecimiento único donde las cosas se suceden siguiendo un orden y donde para cada movimiento, cada imagen, existe una palabra apropiada... Tal vez será mejor que lo describa un testigo, sobre todo uno que lo apunta todo.

Al poco, Nussen me arrancó del sueño diciendo que algo extraño le sucedía a Jacob. Este acostumbraba a permanecer leyendo hasta altas horas de la madrugada, así que todo el mundo se retiraba a dormir antes que él. Nussen despertó también a los demás hombres que se encontraban en nuestro bet midrash, y estos, asustados y medio dormidos, acudieron a la estancia de Jacob, donde ardían unas cuantas lámparas y donde se encontraba ya el rabino Mordejái. Jacob estaba de pie en el centro de la habitación entre muebles tirados al suelo, medio desnudo, los zaragüelles apenas se sostenían en sus flacas caderas, la piel brillaba por el sudor, la cara estaba pálida, los ojos, extraños, parecían no ver nada, todo su cuerpo temblaba como presa de un acceso de fiebre. Sin atrevernos a tocarlo, permanecimos durante un buen rato mirándolo a la espera de lo que pudiera suceder a continuación. Mordejái se puso a rezar con voz lastimera y tan llena de emoción que también yo empecé a temblar, los demás se quedaron de una pieza al ver lo que ocurría ante sus ojos. Pues de repente quedó claro que el espíritu descendía sobre nosotros. Los velos entre los dos mundos fueron rasgados, el tiempo perdió la virginidad por momentos y el espíritu se abrió paso hacia nosotros como un ariete. La pequeña y asfixiante estancia estaba impregnada del olor de nuestro sudor y también de otro olor, parecido al de la carne cruda, al de la sangre. Me dio un vahído y después noté que se me erizaban todos los pelos del cuerpo; vi asimismo que la virilidad de Jacob crecía y abultaba la tela de sus zaragüelles hasta que, finalmente, él gimió y cayó de rodillas con la cabeza gacha. Al poco, pronunció en voz baja y ronca unas palabras que no todos entendieron: «Mostro Signor abascharo», que reb Mordke repitió en nuestra lengua: «Nuestro Señor desciende.»

Jacob permaneció de rodillas en esa posición antinatural, encogido, el sudor le cubrió hombros y espalda, el pelo, húmedo, se le pegó al rostro. Una y otra vez unos temblores recorrían su cuerpo, como si lo atravesaran ráfagas de aire frío. Después, tras un rato bien largo, se desplomó sin sentido sobre el suelo.

Así es la Ruaj ha-Kodesh cuando el espíritu desciende sobre el hombre. Recuerda a una enfermedad, pegajosa e incurable, como un repentino desfallecimiento. Uno puede sentirse decepcionado, pues la mayoría de la gente cree que es un momento excelso y sublime,

cuando en realidad recuerda más a una flagelación o a un parto.

Mientras Jacob estaba arrodillado y encogido por algo semejante a un doloroso espasmo, Nachman vio sobre él un resplandor y se lo señaló a alguien con el dedo: un aire más claro, como abrasado por una fría luz, una desigual aureola. Solo entonces, al ver esa luz, cayeron los demás de rodillas y por encima de ellos, despacio como dentro del agua, empezó a circular algo parecido a unas limaduras de hierro incandescentes.

La noticia corrió por la ciudad como la pólvora y la gente acampó ante la casa donde vivía Jacob, quien además empezó a tener visiones.

Nachman las fue apuntando escrupulosamente:

Conducido hacia las habitaciones, se elevaba en el aire y a ambos lados tenía sendas bellas muchachas. En las habitaciones veía a muchos hombres y mujeres, vio que algunas albergaban el midrash y de antemano oía lo que allí se hablaba y lo comprendía todo desde la primera palabra. Había un sinfín de habitaciones y en la última divisó al Primero, Shabtai, bendito sea su nombre: llevaba vestimentas frankianas, como las nuestras, y aparecía rodeado por numerosos alumnos. Dijo el Primero a Jacob: «¿Eres el Sabio Jacob? He oído decir que eres fuerte y de corazón valiente. Me alegra esto, pues yo he llegado hasta aquí y ya no tengo fuerzas para seguir. Han sido muchos los que aceptaron esta carga antes que nosotros, pero fueron desfalleciendo. ¿No te da miedo?»

Y enseñó el Primero a Jacob un abismo que parecía un mar de color negro. En su otra orilla, lejana, se elevaba una montaña. En ese momento, Jacob exclamó: «¡Sea! ¡Yo sí iré!»

La noticia de esta visión recorre Tesalónica, va de boca en boca, a veces con un detalle nuevo. Se difunde por la ciudad como dando noticia de navíos recién llegados con mercancías extraordinarias. Presas de la curiosidad, más y más personas acuden para escuchar a Jacob, su escuela se llena hasta los topes. Cuando camina, la gente le cede el paso con devoto respeto. Algunos, los más atrevidos, estiran el brazo para tocar su vestidura. Han empezado a llamarlo jajam, o sea, sabio, aunque a él no le gusta nada y repite a todo el mundo que es un simplón. Incluso los viejos que entienden de la antigua cábala reconocen ahora, tras esa visión, su grandeza. Se acuclillan a la sombra para debatir, y los más sabios ven en todo ello señales secretas de los antiguos profetas.

Asimismo, Jacob sueña con palacios divinos. Ha estado allí donde estuvo el Primero. Ha visto la misma puerta. Lo ha seguido. Ha ido por el mismo camino.

Siempre empiezan el día escuchando los sueños de Jacob. Esperan

a que se despierte, pendientes de su primer movimiento. No le permiten levantarse ni tocar nada, solo debe hablar, enseguida, aún entre sueños, como si trajese nuevas de los otros mundos, más grandes y extensos, más cercanos a la luz.

También vienen a verlos alumnos del hijo de Baruchia, aquel Konio que no quiso recibirlos, y también escuchan a Jacob, de lo que reb Mordke se alegra más que nadie. La mayoría de ellos, sin embargo, lo trata con suspicacia, pues tienen de él una idea preconcebida. Lo consideran un competidor, como alguien que ha plantado descaradamente una tienda al lado de la suya e igual que la suya, pero que vende la salvación a mejor precio. Preguntan en voz alta y ostentosa: ¿Quién es ese vagabundo?

Sin embargo, quienes más se acercan a Jacob son los judíos de Polonia, aquellos que tienen sus negocios en Tesalónica o los que han quedado atrapados en la ciudad y no regresan con sus familias tras haber dilapidado todo su dinero. ¿Cómo reconocerlos? Nada más sencillo, saltan a la vista. Nachman, por ejemplo, sabe distinguirlos entre la multitud, incluso si ya van vestidos a la griega o a la turca y a paso ligero recorren las callejuelas abarrotadas de gente. En ellos se ve a sí mismo: los caracterizan los mismos ademanes y posturas, así como un paso algo inseguro al tiempo que algo insolente. Los más pobres suelen vestir de gris, de color ala de mosca, e incluso si alguno se ha obsequiado con un chal o un abrigo de mejor calidad, por debajo igual asoman Rohatyn, Dawidów o Czerniowce. Incluso cuando, para protegerse del sol, alguno se lía un turbante en la cabeza, Podhajce y Buczacz le asoman de los pantalones, Lwów emerge del bolsillo y las pantuflas, aparentemente griegas, se achatan como si viniesen directas desde Busk.

DE POR QUÉ TESALÓNICA NO AMA A JACOB

Después, la situación cambia. Un día, mientras Jacob imparte sus enseñanzas, en la sala irrumpen unos matones armados con palos. Se abalanzan sobre aquellos que se encuentran más cerca de la puerta. Golpean a diestro y siniestro. Lastiman a Nussen, a quien dejan sangrando y con la nariz rota. El suelo se cubre de manchas de sangre, se oyen ruidos y gritos. Los alumnos huyen al exterior, temen volver, pues la escena se repite al día siguiente. Todo el mundo sabe que son los seguidores de Konio, el hijo de Baruchia, quienes intentan expulsar a Jacob, convencidos de que solo ellos tienen derecho a predicar en Tesalónica. Algunos rostros resultan familiares, en tiempos fueron amigos, al fin y al cabo también son verdaderos creyentes; ahora, sin embargo, la antigua amistad no cuenta. En Tesalónica no hay lugar para dos pretendientes a Mesías. Por eso ante el midrash Nussen

aposta guardias que permanecen allí día y noche. Pese a ello, alguien le ha prendido fuego ya dos veces. En varias ocasiones han atacado a Jacob en plena calle, pero como es fuerte, ha sabido defenderse. A Nussen, mientras hacía la compra, por poco le sacan su único ojo. Además –el ataque más extraño–, se han conchabado contra Jacob las judías tesalonicenses; mujeres furiosas, jóvenes y viejas, la tomaron con él cuando se dirigía a los baños, lanzándole piedras. Durante unos días anduvo cojo, pero le dio vergüenza admitir que fue a causa de unas mujeres.

Asimismo, de la noche al día resultó que los mercaderes locales dejaron de comerciar con ellos. Cuando los de Jacob entran ahora en sus almacenes, los tratan como a unos extraños, les dan la espalda y desaparecen entre sus mercancías. Esto hace que la situación de los recién llegados rápidamente se vuelva incómoda. Para poder comprar algo de comer, se ven obligados a acudir a otros mercadillos, lejos, al extrarradio, donde nadie los conoce. Los seguidores de Konio han declarado la guerra a Jacob y a los suyos. Se conchaban en su contra con los griegos, es decir, comerciantes cristianos, quienes también desvían la mirada al verlos. Los guardias de Nussen ante el bet midrash no sirven de mucho: los otros también han apostado a los suyos, que golpean a cualquiera que quiera entrar en la escuela del Sabio Jacob. El dinero no tarda en agotarse y, lamentablemente, hay que cerrar la escuela.

Por si fuera poco, ha llegado un invierno muy crudo...

escribirá más tarde Nachman. Ni siquiera tienen dinero para leña de la peor. Permanecen encerrados en una casa alquilada, temiendo por sus vidas. Jacob tose.

He pensado más de una vez en cómo fortuna y suerte de súbito se transforman en miseria y humillación.

No había dinero, por eso recordaré aquel invierno de Tesalónica como flaco y hambriento. Para poder llenar el estómago, a menudo salíamos a pedir limosna, igual que numerosos sabios locales. Yo siempre intenté pedir alguna moneda con calma y educación, al contrario que Jacob, que empleaba métodos bien diferentes. En cierta ocasión, justo antes de la celebración de la Pascua, fuimos a ver a un judío que guardaba una caja para los pobres. Yo fui el primero en dirigirme a él, siempre era yo quien debía intervenir en primer lugar, pues se me consideraba buen orador y capaz de usar argumentos gracias a los cuales causaba buena impresión como hombre docto y digno de confianza. Así que le dije que veníamos de una tierra maldita donde los judíos habían sufrido lo indecible por las terribles

persecuciones y donde reinaba gran miseria y un clima adverso y hostil, pero que, no obstante, sus gentes eran confiadas y entregadas a la fe... Seguí hablando en estos términos para despertar su piedad, mas él ni siquiera me miraba.

–Tenemos bastantes mendigos del país como para atender también a los extraños.

A lo que le contesté:

–En nuestro país también los extraños hallan ayuda.

El cajero esbozó una sonrisa malévola y por primera vez me miró a la cara:

–En tal caso, ¿por qué habéis venido hasta aquí, abandonando ese país tan maravilloso donde tan bien estabais?

Yo ya estaba a punto de darle una respuesta ingeniosa, pero Jacob, que se mantenía tranquilo a mis espadas, me dio un empujón y gritó al hombre:

–¿¡Cómo osas preguntar, pequeña liendre, por qué abandonamos nuestro país!?

El otro retrocedió, asustado por el tono, mas nada contestó, tampoco tenía cómo hacerlo, pues Jacob, inclinado sobre él, no paraba de gritarle:

–¿¡Por qué el patriarca Jacob abandonó su país rumbo a Egipto!? ¡De ahí viene la Pascua! Si se hubiera quedado en su país, ¡ahora no tendrías nada que celebrar, maldito gusano, y nosotros no necesitaríamos alimentos pascuales!

El cajero se asustó tanto que enseguida nos dio unos cuantos levs y, tras pedirnos disculpas amablemente, nos acompañó hasta la puerta.

Quizá nos vinieran bien las privaciones y el hambre de aquel invierno, pues nos ayudaron a centrarnos en nosotros mismos y agudizaron nuestros sentidos. Sin embargo, no existía fuerza capaz de apagar la llama que ardía dentro de Jacob. Él –como quedó demostrado en numerosas ocasiones– incluso en las peores circunstancias brillaba cual piedra preciosa. Aun vestidos con harapos mientras pedíamos limosna, irradiaba dignidad y todo aquel que se lo encontraba sabía que estaba ante alguien excepcional. Y le tenía miedo. Cosa extraña: sumidos en aquella miseria, en vez de pudrirnos, empezamos a salir a flote. Parecía que nos hubiéramos disfrazado de esa miseria, ese frío y ese dolor. Sobre todo Jacob: aterido de frío y harapiento, despertaba una compasión y un respeto aún mayor que un jajam rico y satisfecho de sí mismo.

Y volvió a obrarse un milagro: la fama de Jacob se difundió tanto por Tesalónica que acabaron por presentarse algunos de los verdaderos creyentes de Konio e intentaron sobornar a Jacob. Le ofrecieron mucho dinero a cambio de que se uniera a ellos o se

marchara de la ciudad.

–¿¡Ahora venís!? –les gritó con amargura–. ¡A tomar viento! Ahora ya es demasiado tarde.

La hostilidad hacia él creció tanto que Jacob dejó de dormir en casa. Fue a partir de la noche en que cedió su cama a un griego que aún quería comerciar con nosotros en piedras preciosas. Él mismo se acostó en la cocina, al menos eso contó a todo el mundo. Yo, en cambio, sabía que había ido a visitar a una viuda que a menudo le ofrecía tanto ayuda monetaria como su cuerpo. En plena noche alguien irrumpió en la casa y apuñaló al griego que dormía bajo una gualdrapa. El asesino desapareció como una sombra.

Este suceso asustó tanto a Jacob que se trasladó por un tiempo de Tesalónica a Larissa, mientras nosotros fingíamos que estaba en casa. Nada más volver, ya la primera noche se conchabaron en su contra y prepararon una emboscada.

A partir de entonces, Jacob durmió cada noche en una cama diferente, y nosotros empezamos a temer por nuestra salud y nuestras vidas. No tuvimos más remedio que pensar en abandonar Tesalónica y volver a Esmirna, dejando la ciudad a merced del mal. Lo peor era que hubiesen sido hombres de nuestra fe quienes le deseaban a Jacob lo peor. Tampoco Jacob tenía ahora buena opinión de ellos, los desdeñaba. Los llamaba afeminados y decía que lo único que les quedaba de las enseñanzas de Baruchia era la predilección por la sodomía.

RETAZOS. DE LA MALDICIÓN DE TESALÓNICA Y DE LA MUDA DE JACOB

Una vez que hubimos tomado la decisión de huir de Tesalónica y nos preparábamos para partir, Jacob cayó repentinamente enfermo. Su cuerpo se cubrió de pústulas en un día, la piel se le caía a tiras ensangrentadas y él mismo aullaba de dolor. ¿Qué enfermedad se abate tan repentina e inesperadamente y con tales síntomas? Lo primero que nos vino a la mente fue que se trataba de una maldición. Lo mismo pensó Jacob. Los de Konio debieron de recurrir a un brujo –pese a que tenían entre ellos a unos cuantos, y no de los peores– y este había lanzado al rival un maleficio.

Reb Mordke en persona le aplicó curas y lo cubrió de amuletos que él mismo preparaba mientras musitaba conjuros. También le cargaba la pipa con resina oscura, pues fumarla mitigaba el dolor. Más tarde, empero, indefenso ante el sufrimiento de su amado Jacob, mandó llamar a una mujer, vieja y temblorosa: la mejor sanadora de la región. De ella se decía que era una bruja, muy famosa, de las tesalonicenses que llevaban viviendo siglos en las afueras de la ciudad

y que tenían la capacidad de desaparecer. Untó las heridas con un líquido apestoso que escocía y quemaba tanto que los gritos de Jacob debieron de oírse en toda la ciudad. Pronunció sobre el gimiente Jacob conjuros en una lengua que nadie reconoció, hasta tal extremo era insólita. Le dio palmadas en las nalgas como se hace con los niños pequeños y al acabar no quiso aceptar pago alguno, aduciendo que no era ninguna enfermedad, sino que Jacob mudaba de piel. Como una serpiente.

Nos miramos incrédulos, y reb Mordke rompió a llorar como un niño.

«¡Muda de piel como una serpiente!» Emocionado, levantó los brazos hacia el cielo y exclamó: «Dios, Nuestro Señor, hasta el final de los tiempos, ¡gracias!» Después nos tiró de la manga a todos mientras repetía, presa de la excitación: «La serpiente salvadora, la serpiente najash. ¿No es la prueba de la misión mesiánica de Jacob?» Sus oscuros ojos entelados por las lágrimas brillaban con el reflejo de las pequeñas llamas de las lámparas. Yo estaba mojando vendajes en una decocción de hierbas, como mandó la vieja, para poderlos aplicar sobre las costrosas heridas. Mas no eran terribles las heridas en sí, pese a que provocaban un dolor agudo y verdadero, sino el mero hecho de su aparición. ¿Quién fue? ¿Quién contribuyó a que aparecieran?, pensé primero con ira e indignación. Sin embargo, entonces ya sabía que nadie era capaz de hacerle a Jacob nada malo. Cuando el espíritu penetra en el hombre, todo debe cambiar en su cuerpo, colocarse de nuevo. El hombre se desprende de su piel vieja y se pone una nueva. Hablamos de ello durante toda la noche anterior a nuestra partida.

Nussen y yo estábamos acuclillados bajo los árboles. Esperábamos un milagro. El cielo se volvía rosado por el este, los pájaros se pusieron a cantar y no tardó en unirse a sus trinos la llamada del muecín. Cuando el sol empezó a despuntar en el horizonte, las pequeñas casas de tejados planos se envolvieron en sombras largas y húmedas, y se despertaron todos los olores del mundo: a flor de azahar, a humo, a ceniza y a restos a medio pudrir tirados a la calle el día anterior. Y a incienso y a excrementos de burro. Noté que me invadía una felicidad inimaginable: era el milagro y la señal de que cada día el mundo renacía para darnos una nueva oportunidad del tikún. Se entregaba confiado a nuestras manos como un animal enorme e inseguro de sí mismo, herido y dependiente de nuestra voluntad. Y nosotros debíamos involucrarlo en nuestra obra.

«¿Quedará en el suelo la transparente muda de Jacob?», preguntó Hershełe, emocionado. Yo, a mi vez, me levanté para bailar a la luz del sol saliente y con el acompañamiento del lastimero canto del

muecín.

Ese día Jacob se despertó iracundo y doliente. Dijo que empaquetáramos nuestros exiguos bienes, y, puesto que no teníamos dinero para el barco, partimos a lomo de burros hacia el este a lo largo de la orilla.

Cuando, de camino a Adrianópolis, acampamos a orillas del mar, Jacob gemía de dolor pese a mis emplastos, que no surtían efecto. Entonces, una mujer que estaba de paso a lomos de su burro, bruja seguramente también como todas las tesalonicenses, le aconsejó que se metiera en el agua salada del mar y permaneciera sumergido todo el tiempo que aguantase. Jacob siguió su consejo, pero el agua no quería recibirlo. Lo hacía tambalearse, caer, el mar lo expulsaba a la orilla, así que intentó lanzarse sobre las olas, mas parecía que estas lo rehuyeran, dejándolo en la húmeda arena. Entonces –y lo digo como testigo, pues lo vi con mis propios ojos– Jacob levantó los brazos al cielo y se puso a gritar como un poseso. Gritaba tanto que todos los viajeros, preocupados, se detuvieron, los pescadores que reparaban sus redes se quedaron inmóviles a medio gesto, las vendedoras que vendían pescado al lado del puerto directamente desde sus cestas e incluso los marineros que acababan de atracar levantaron la cabeza. Nussen y yo no podíamos escucharlo. Me tapé los oídos y entonces ocurrió algo extraño: de repente el mar lo acepta, llega una ola y Jacob se sumerge en ella hasta el cuello, y, finalmente, por un momento desaparece por entero en el agua, solo destellan sus pies y manos, el agua le da vueltas como a un trozo de madera. Al final, logró salir a la orilla y permaneció sobre la arena como un muerto. Nussen y yo fuimos corriendo hacia él y, mojándonos las vestimentas, lo sacamos playa adentro y –a decir verdad– pensé que se había ahogado.

Mas después de aquel baño, la piel se le fue cayendo a tiras durante todo el día y por debajo emergió una nueva y sana, de color rosa como la de un niño.

Jacob tardó dos días en sanar, y cuando alcanzamos Esmirna, volvía a estar tan joven, bello y lleno de luz como solía. Y precisamente de esta guisa se presentó ante su mujer.

Nachman está muy satisfecho de lo que ha escrito. Se pregunta si no debería mencionar las aventuras en el mar, lo que ocurrió cuando navegaban en barco. A decir verdad, podría describirlo; la travesía fue lo suficientemente dramática. Así que moja la pluma y acto seguido sacude unas gotas de tinta sobre la arena. No, no va a escribir sobre ello. No va a escribir que, a cambio de una módica suma, un pequeño barco mercante les permitió embarcar rumbo a Esmirna. El traslado

era barato, pero las condiciones eran muy malas. Apenas se acomodaron bajo la cubierta y el barco zarpó, resultó que su propietario, tal vez griego, tal vez italiano, cristiano en todo caso, no se dedicaba en absoluto al transporte de mercancías, sino a la piratería. Cuando le insistieron en que pusiera rumbo directamente a Esmirna, los reprendió broncamente y amenazó con tirarlos al mar con ayuda de sus esbirros.

Nachman tiene la fecha grabada en la memoria: el 25 de julio de 1755, día del patrón de aquel hombre terrible al que este rezaba con fervor y a quien confesaba todos sus crímenes (que ellos estaban obligados a escuchar y que les helaban la sangre) cuando en el mar se desató una furiosa tormenta. Era la primera vez que Nachman experimentaba algo así de espantoso y poco a poco fue tomando conciencia de que ese iba a ser el día de su muerte. Aterrorizado, se ató a un mástil para que no lo arrastrara el oleaje y se entregó a proferir lamentaciones en voz alta. Después se aferró al abrigo de Jacob en un intento de esconderse debajo. Jacob, que nada temía, intentó primero calmarlo, pero al ver que ninguno de sus métodos surtía efecto, la situación debió de parecerle risible, pues empezó a burlarse del pobre Nachman. Se aferraban a los frágiles mástiles y cuando estos acabaron por romperse ante la embestida de las olas, se agarraban a cualquier cosa. El agua resultó el peor de los salteadores: se llevó por delante todo el botín almacenado bajo la cubierta y a un grumete que estaba borracho y que a duras penas se mantenía en pie. La muerte de ese hombre en los vórtices marinos hizo que Nachman perdiera por completo el control de sí mismo. Pronunció, farfullando, las palabras de una oración; las lágrimas, saladas como el agua de mar, le cegaban los ojos.

A Jacob, claramente, le divertía el terror de Nachman, pues tras la confesión del pirata, ahora le exigió la suya y –lo que fue aún peor–

exigió que Nachman hiciera varias promesas a Dios, y él, Nachman, se comprometió entre sollozos a no tocar nunca más el vino, ni tampoco aguardiente alguno, y a dejar de fumar en pipa.

–¡Lo juro, lo juro! –exclamaba con los ojos cerrados, demasiado aterrorizado para pensar con claridad, cosa que suscitó en Jacob tal alegría que se partía de risa como un demonio en medio de la tormenta.

–¡Y que siempre limpiarás mi mierda! –La voz de Jacob tronaba más que el embravecido mar.

Y Nachman contestaba:

–Lo juro, lo juro.

–¡Y que me limpiarás el culo! –gritaba Jacob.

–También que le limpiaré el culo a Jacob. Lo juro, ¡lo juro por lo más sagrado! –respondía Nachman, hasta que los demás, al oírlo, también empezaron a reírse a carcajadas y a burlarse del rabino, tarea que los tuvo más ocupados que la tormenta, que pasó como un mal sueño.

Ni siquiera ahora abandona a Nachman el sentimiento de humillación y vergüenza. No le dirige la palabra a Jacob hasta la misma Esmirna, aunque este lo abraza varias veces y le da palmaditas cómplices en la espalda. Es difícil perdonar la mofa de la desgracia ajena. Sin embargo –cosa extraña–, Nachman encuentra en ello cierto placer, extraño, la pálida sombra de un gozo tácito, un leve dolor cuando el brazo de Jacob le aprieta la nuca.

Entre todos los juramentos que Jacob impuso a Nachman entre risas, también había uno de que jamás lo abandonaría.

RETAZOS. DEL DESPLAZAMIENTO DE LOS TRIÁNGULOS

En Esmirna todo nos pareció familiar, como si nos hubiésemos ausentado una semana apenas.

Jacob, junto con Chana y su hijita recién nacida, alquiló una casa pequeña en una calleja. Chana, con la dote proveída por su padre, amuebló la casa tan bien que era agradable pasar allí horas de charla. Pese a que, siguiendo la costumbre turca, desaparecía con su hija en la parte destinada a las mujeres, yo percibía su mirada en mi propia espalda.

Isochar, al enterarse del descenso del Espíritu Santo sobre el cuerpo de Jacob, se comportaba ahora de manera del todo distinta. Empezó a hacerme más caso que a nadie, dado que yo era testigo directo de Jacob y también su voz. Nos reuníamos a diario en largas sesiones, e Isochar cada vez más fervientemente insistía en la conveniencia de que nos pusiésemos a estudiar la Trinidad.

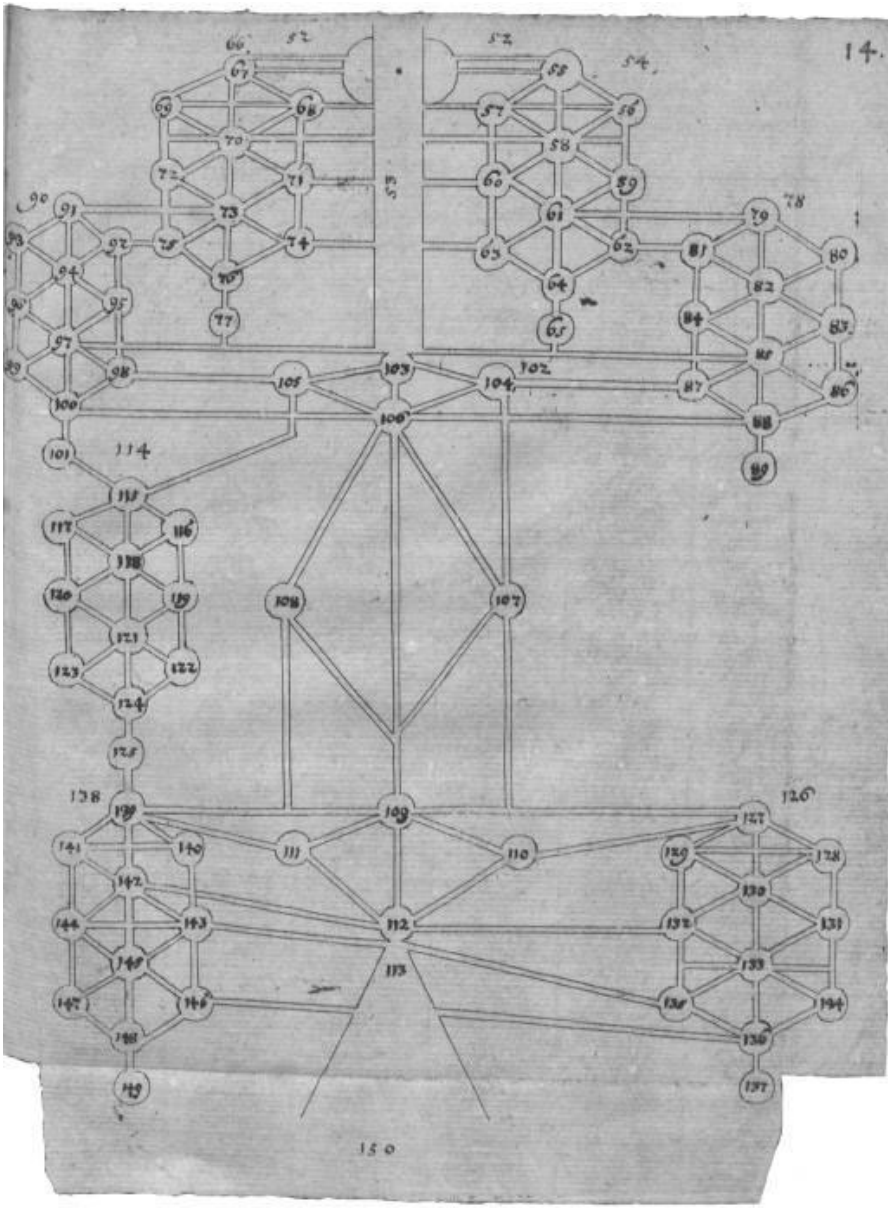
Esta idea prohibida nos hacía estremecer, y no se sabía si era tan aberrante para todo judío como para nosotros, o bien tan poderosa que nos parecía que contuviera la fuerza de las cuatro letras hebreas que forman el nombre de Dios.

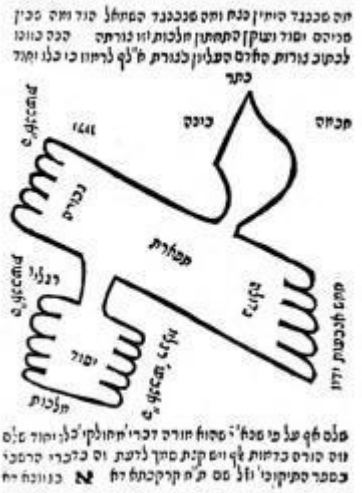
Isochar dibujaba triángulos en la arena extendida sobre la mesa, marcaba sus ángulos de acuerdo con lo escrito en el Zohar y, acto seguido, de acuerdo con lo que había dejado dicho Shabtai Tzvi, bendito sea su nombre. Cualquiera podría pensar que éramos unos niños jugando con dibujitos.

El Dios de la verdad está en el mundo espiritual y la Shejiná, encarcelada en la materia, y, como «debajo de ellos», en el ángulo inferior del triángulo, está el Dios Creador, la causa de las centellas divinas. Cuando viene el Mesías, elimina la Primera Causa, momento en que el triángulo se pone patas arriba, ahora en lo alto está el Dios de la verdad y debajo de él, la Shejiná y su receptáculo: el Mesías.

No comprendí gran cosa de aquello.

«Sí, sí, sí», no paraba de repetir Isochar, quien últimamente había envejecido mucho, como si caminase más deprisa que los demás, solo a la cabeza. Asimismo, nos mostraba sin cesar dos líneas que al encontrarse formaban una cruz como la cuadruplicidad que es el sello del mundo. Dibujaba dos líneas cruzándose y las torcía un poco.


66
52
52
54
53
90
78
102
114
138
126
150



«¿A qué te recuerda esto?», preguntaba.

Jacob desentrañó inmediatamente el misterio de la cruz.

«Esto es la letra álef. La cruz es la letra álef.»

En secreto, cuando me quedaba a solas, levantaba la mano hacia la frente hasta tocar la piel, diciendo: «Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob», pues solo empezaba a hacerme a la idea.

Una noche esmirniana, sofocante por el aroma del azahar, pues ya era primavera, Isochar nos reveló otro misterio:

Hay un solo Dios en tres personas y la cuarta es la santa Madre.

Un tiempo después, acuciada por mis cartas, llegó a Esmirna una caravana de mercaderes de Podolia con Elisha Shor y sus hijos Natán y Salomón. Delante de Jacob, Isochar y reb Mordke, me empeñaba en afirmar que era la voluntad de Dios la que nos guiaba, que nos ponía frente a otros y nos mandaba reunirnos con aquellos a quienes necesitábamos, mas la verdad era otra. Fui yo quien escribió a reb Shor desde Tesalónica describiéndole la Ruaj ha-Kodesh de Jacob y contándole lo sucedido con todo lujo de detalles. Aunque, a decir verdad, no creía que mi carta hiciera que aquel hombre mayor unciese los caballos, sacase los carros y emprendiese tan largo viaje. Estaba claro que los Shor siempre habían sabido compaginar las grandes cuestiones espirituales con todo tipo de negocios, así que mientras los hermanos se dedicaban a comprar y vender mercancías, el viejo Shor debatía con nosotros, y, poco a poco, en el curso de nuestras veladas fue tomando forma la visión de los días venideros que debíamos dirigir. Encontró para ello gran apoyo en la persona de reb Mordke, que hacía tiempo que lo mencionaba de vez en cuando, evocando sus extraños sueños. Mas a los Shor no les importaban los sueños.

¿Sabría Jacob lo que le preparábamos? Cayó entonces muy

enfermo y faltó poco para que muriera, mas cuando se despertó de la fiebre dijo que había tenido un sueño. Soñó con un hombre de barba blanca que le dijo: «Irás al norte y allí atraerás a la nueva fe a muchas personas.»

El Sabio Jacob se resistió: «¿Cómo voy a ir a Polonia si no entiendo la lengua polaca y todos mis negocios están aquí, en el país turco, y tengo una esposa muy joven y una hija recién nacida? Ella no querrá acompañarme...», se defendía Jacob de nuestras palabras y de su propio sueño mientras nosotros... estábamos sentados ante él como una cuadriga de gala: Isochar, Elisha Shor, reb Mordke y yo.

«El hombre de la barba que has visto en el sueño no es otro que el mismo Elías, ¿no te has dado cuenta?», le dijo reb Mordke. «En los momentos más duros él caminará delante. Irás primero tú solo y Chana no tardará en seguirte. En Polonia serás rey y salvador.»

«Yo estaré a tu lado», añadí yo, Nachman de Busk.

DEL ENCUENTRO CON EL PADRE DE JACOB EN ROMAN, ASÍ COMO DEL STAROSTA Y EL LADRÓN

A principios de octubre de 1755 partimos rumbo al norte con dos carros y varios jinetes. Sin duda no parecíamos lo que éramos: emisarios de una gran causa, sino que recordábamos a esos mercaderes que circulan cual hormigas de un lado para otro. De camino a Czerniowce, nos detuvimos en Roman para visitar al padre de Jacob, quien tras la muerte de su mujer vivía allí solo. Jacob se paró en el fielato de la ciudad y se puso su mejor vestimenta; ¿para qué lo hizo?, no lo sé.

Yehuda Lejb Buchbinder vivía en una casa pequeña de una sola estancia, estrecha y llena de humo. Ni siquiera había donde dejar los caballos, permanecieron a la intemperie toda la noche. Éramos tres: Jacob, Nussen y yo, pues la caravana de los Shor había partido rumbo a Polonia mucho antes. Yehuda Lejb era un hombre alto, mas flaco y arrugado. Al vernos, su rostro cobró una expresión de decepción y descontento. Sus pobladas e hirsutas cejas casi le tapaban los ojos, sobre todo porque tenía la costumbre de mirar a la gente desde debajo del ceño. Jacob estaba muy excitado ante la idea de ver a su padre, mas cuando se encontraron se saludaron casi con indiferencia. El padre parecía más contento de ver a Nussen, a quien bien conocía, que a su hijo. Llevamos ricos manjares: un montón de queso, cántaros de vino, una tinaja de aceitunas, todo de la mejor calidad, comprado por el camino. Jacob no había escatimado en gastos. Mas Yehuda no mostró interés alguno por esos manjares. Sus ojos permanecieron tristes y su mirada huidiza.

Asimismo, parecía extraño Jacob, tan contento antes, y ahora tan

callado y alicaído. Así es: nuestros padres nos recuerdan aquello que más nos disgusta de nosotros mismos y en su envejecer vemos nuestros numerosos pecados, pensé, aunque tal vez hubiera algo más: a veces ocurre que las almas de padres e hijos en el fondo son hostiles y se encuentran en la vida para reparar esa hostilidad. Sin embargo, no siempre lo consiguen.

«Todo el mundo de por aquí tiene el mismo sueño», fue lo primero que dijo Yehuda Lejb. «Todos sueñan que en una ciudad cercana se encuentra ya el Mesías, solo que nadie recuerda el nombre de esa ciudad ni el nombre del Mesías. Yo también tuve ese sueño, y el nombre de la ciudad me era familiar. Los demás cuentan lo mismo e incluso ayunan días enteros para que un segundo sueño les revele cómo se llama esa ciudad.»

Estábamos tomando vino acompañándolo de aceitunas y yo, como el más locuaz, contaba todo lo que nos había ocurrido. Lo conté como lo estoy contando ahora aquí, mas se veía que el viejo Buchbinder no escuchaba. Callado, paseaba la mirada por la estancia, en la que no había nada donde posar la vista. Finalmente, Nussen tomó la palabra:

«Yo a ti, Lejb, no te entiendo. Nosotros venimos aquí del ancho mundo, te contamos cosas increíbles y tú, nada de nada. Apenas escuchas, no haces preguntas. ¿Estás bien de salud?»

«¿De qué me servirá si me hablas de un mercado en el cielo?», contestó Lejb. «¿Qué voy a hacer con toda esa sabiduría cuando lo que me interesa es de qué me servirá? ¿Cuánto tiempo tendré que seguir viviendo en soledad, dolor y tristeza? Qué hará Dios por nosotros, de eso quiero que me hables.»

Luego añadió:

«Yo ya no creo en que algo cambie. Nadie sabe el nombre de esa ciudad. A mí me pareció algo como Sambor, Sampol...»

Jacob y yo salimos fuera, abajo corría un riachuelo. Jacob dijo que todas sus casas eran como esta: situadas a orillas de un río, cada tarde las ocas salían del agua para volver a casa, de una en una, así lo recordaba de los tiempos de su infancia. Por un milagro, su familia siempre se instalaba a orillas de un río como este: desparramado entre colinas, poco profundo, soleado, raudo. Al entrar en él corriendo, el agua salpicaba por todas partes; en los sitios junto a la margen donde los remolinos se habían llevado la arena, era posible aprender a nadar como lo hacen los perros, ir y volver. De pronto se acordó de cuando, siendo un niño y mientras jugaba con otros niños, se autoproclamó starosta, y ya que había de gobernar, también debía tener a un ladrón. Eligieron para el papel a un chico pequeño, lo ataron a un árbol y lo fueron quemando con un hierro previamente puesto a calentar en la

hoguera para que confesara dónde había escondido los caballos. El chiquillo les suplicaba que pararan, decía que aquello era un juego y que los tales caballos no existían. El dolor fue tan grande que el chico, a punto de desmayarse, confesó a gritos que había escondido los caballos en tal y tal sitio. Entonces Jacob lo soltó.

Yo no sabía cómo reaccionar ante semejante historia. Más tarde, cuando todo se supo, el padre lo azotó con varillas, me dijo Jacob tras un momento de silencio que aprovechó para orinar, de pie, sobre la maltrecha cerca de su padre.

«Tenía razón», contesté, pues me había estremecido aquella historia tan cruel. El vino se me subió a la cabeza y quise regresar a la estancia, pero Jacob me agarró por la manga y me atrajo hacia sí.

Me dijo que yo debía obedecerlo en todo y que si me decía que yo era un ladrón, debía ser ladrón. Y cuando me dijese que era starosta, debía convertirme en starosta. Me lo dijo directamente a la cara y percibí el olor afrutado a vino en su aliento. Me asustaron sus ojos oscurecidos por la ira y no me atreví a contradecirlo. Cuando hubimos vuelto a la estancia, los dos hombres viejos lloraban. Las lágrimas les corrían por las mejillas y humedecían sus barbas.

«¿Qué dirías, Yehuda, si tu hijo fuera a Polonia con la misión de predicar nuestra fe?», le pregunté en el momento de partir.

«Líbrelo Dios de tal cosa.»

«¿Por qué?»

Se encogió de hombros.

«Lo matarán. Si no los unos, los otros. No hacen sino esperar a alguien así.»

Dos días más tarde Jacob vivió otra Ruaj ha-Kodesh en presencia de muchos fieles. Se desplomó sobre el suelo y, luego, en todo el día no dijo más que algo que sonaba como zeze-ze, y que nosotros, tras escucharlo con suma atención, interpretamos como «Maase Zar, Maase Zar», o sea, «Acto de Extraños». Todo él temblaba y le castañeteaban los dientes. Después los fieles se le fueron acercando, él les imponía las manos y muchos se marchaban curados. Había entre ellos algunos de Podolia que se dedicaban a hacer pequeños negocios y cruzaban las fronteras legal o ilegalmente. Pese al frío, se quedaban sentados ante la casa como los perros, esperando a que Jacob saliera para tocar al menos su abrigo. Reconocí a algunos, como Szyla de Lanckoruń, y al hablar con ellos eché de menos mi casa, que ya estaba tan cerca.

Una cosa era cierta: nuestra gente de Czerniowce nos apoyaba; se veía claro que la leyenda de Jacob se había propagado sin hacer caso de las fronteras. Como si ahora todo el mundo lo estuviera esperando y ya no fuera posible decir «no».

Pasamos la noche de nuevo en casa del padre de Jacob y le recordé la historia del starosta y el ladrón.

Entonces, el viejo Lejb me dijo:
«Cuídate de Jacob. Él sí que es un auténtico ladrón.»

DE LA DANZA DE JACOB

En el lado turco de la aldea se aglomeran los viajeros porque los guardias no permiten pasar a Polonia, donde al parecer se ha declarado una plaga. Unos músicos que regresan de un banquete de boda, cansados, se acomodan directamente sobre los troncos preparados para la maderada. Tienen tamboriles, flautas y baglamás, pequeños instrumentos de cuerda por los que pasan un arco. Uno de ellos ensaya un fraseo triste, no cesa de repetir una sucesión de sonidos, siempre los mismos.

Jacob se planta a su vera, se libra del abrigo y su espigada figura empieza a moverse rítmicamente. Empieza por golpear el suelo con el pie, pero lo hace de tal manera que el músico se ve obligado a acelerar, cosa que hace de mala gana, pues quisiera tocar a ritmo más lento. Jacob se balancea de un lado para otro y mueve los pies cada vez más deprisa, va soltando gritos dirigidos a los demás músicos, que comprenden que este hombre extraño les pide que también ellos toquen. Se acerca un hombre mayor portando un santur, el címbalo turco, y cuando se une a los demás, la música se torna completa y perfecta para bailar. En ese momento, Jacob pone las manos sobre los hombros de dos mirones cuyos pies marcan el compás y los tres se ponen a dar pequeños pasos. Los tamboriles marcan claramente el ritmo, que se eleva sobre el agua hasta la otra orilla y río abajo. Enseguida se agregan otros: vaqueros turcos, mercaderes, campesinos podolianos, todos tiran al suelo sus alforjas de viaje, se quitan las zamarras de piel de carnero. Se constituye un cortejo danzante, a continuación sus extremos se curvan hasta formar un círculo que de inmediato se pone a girar. Los que se sienten atraídos por el ruido y el bullicio también empiezan a balancearse y, acto seguido, como si estuvieran desesperados por tan larga espera, como si hubiesen decidido jugárselo todo a una carta, se unen al círculo danzante. Después Jacob los conduce alrededor de los carros y los asombrados caballos, se le distingue por un gorro alto, pero cuando el gorro se cae, deja de ser evidente que sea él quien dirige. Tras él va Nachman, extáticamente, como un santo, con los brazos elevados hacia lo alto, los ojos entornados y una sonrisa angelical. Un mendigo, pese a su cojera, se convierte en bailarín, exhibe su dentadura y pone los ojos en blanco. Al verlo, las mujeres ríen y él les hace muecas. Tras un momento de vacilación, se les une el joven Shlomo Shor, que, junto con su padre, estaba esperando aquí a Jacob para ayudarle a cruzar la frontera sin sobresaltos; los faldones de su abrigo de lana revolotean

en torno a su flaca figura. Lo siguen el tuerto Nussen y un Hershełe un tanto rígido. A la ronda se suman niños y criados, los perros les ladran, ya corriendo hasta los taconeantes pies, ya dando saltos hacia atrás. Unas muchachas dejan los balancines con los que venían a buscar agua y, tras subirse las faldas, dan pequeños pasitos con sus pies descalzos, tan frágiles ellas, tan menudas, que ni siquiera alcanzan el pecho de Jacob. Y también empieza a danzar una campesina calzada con zuecos rellenos de paja, y también contrabandistas de vodka turcos arrancan a bailar, fingiéndose inocentes. El tamboril toca cada vez más deprisa y cada vez más deprisa se mueven los pies de los danzantes. Jacob se pone a dar vueltas como un derviche, el círculo se rompe, la gente, sudorosa y roja por el esfuerzo, se desploma entre risas sobre el suelo.

Así se acaba el baile.

Una vez terminado todo, un guardia turco con gran mostacho se acerca a Jacob.

–¿Quién eres? –le pregunta en tono amenazador–. ¿Judío? ¿Musulmán? ¿Ruteno?

–¿No lo ves, tonto? Soy un bailarín –le responde Jacob jadeando. Con las manos apoyadas en las rodillas, da la espalda al interrogador y se inclina como si quisiera mostrarle el trasero.

El guardia, ofendido por ese «tonto», saca la espada, pero lo tranquiliza el viejo Shor, quien hasta este momento permanecía sentado en su carro. Le retiene la mano.

–¿Quién es este idiota? –pregunta el guardia, furioso.

Reb Elisha Shor le contesta que es un simplón de Dios. Pero esto no le dice nada al turco.

–Más parece ser un loco –se encoge de hombros y se va.

III. EL LIBRO DEL CAMINO

Viator 1 m. 3.
portat *humeris*
in *bulga*, 2
quæ capere nequit

funda, 3 f. 1.
vel *marſupium*; 4
(n. 2.

tegitur
lacerna; 5
tenet *manu*
baculum, 6
quo ſe fulciat;
opus habet
viatico,

Podrożny, 1
nieśie na ramieniu,
w torbie (taiſtrze)
co nie może zabrać
(ogarnąć,)
w kieſzen; 3

okrywa się
opończą; 5
w ręku trzyma
laſkę; 6
ktorą się podpiera;
potrzebuie
ſtrawnego,

humerus, m. 2. ramie.
bulga, f. 1. (torba taiſtra)

lacerna, f. 1, opończa.
manus, m. 2. ręka.
baculus, m. 2 &, um, n. 2.
laſka.
viaticum, n. 2. ſtrawa
podrożna.

ut &

13

DEL CÁLIDO DICIEMBRE DE 1755, O SEA, EL MES TEVET DE 5516, DEL PAÍS DE POLIN Y LA PLAGA DE MIELNICA

El grupo de viajeros se detiene en la margen del Dniéster, la llana, la del sur. El suave sol de otoño proyecta rojas sombras sobre todo lo que alcanza. Es un diciembre cálido, extrañamente caluroso, muy diferente que de costumbre. El aire –como trenzado de soplos fríos y calientes– huele a tierra recién removida.

Enfrente, en la otra orilla, se yergue un alto acantilado que empieza a desaparecer en la sombra, el sol rodea la oscura pared por la que tendrán que trepar.

–Polin –dice el viejo Shor.

–Polonia, Polonia –repiten todos con alegría y sus sonrisas hacen que los ojos se les rasguen hasta parecer rendijas.

Shlomo, el hijo de Shor, empieza a rezar y a dar gracias al Señor por haber llegado, felizmente, todos juntos. Pronuncia en voz baja las palabras de la oración, se le unen los demás farfullando, sin prestar atención, ocupados sus pensamientos en otras cosas; aflojan las sillas de montar, se quitan los gorros sudados. Ahora van a comer y beber. Descansarán antes de atravesar el río.

No esperan mucho; apenas cae la noche, aparece el contrabandista turco al que conocen: es Sakaye, ha trabajado con ellos en numerosas ocasiones. Envueltos en la más absoluta oscuridad, vadean el río con sus caballos y carros. Solo se oye el chapoteo del agua bajo los cascos.

Una vez al otro lado, se separan. La abrupta pared parece peligrosa solo desde la otra orilla. Sakaye los guía por un sendero que se adentra con suavidad en el empinado declive. Los dos Shor, poseedores de papeles polacos, se adelantan dirigiéndose al puesto de guardia, mientras que Nachman, Jacob y unos cuantos viajeros más, tras esperar un rato en absoluto silencio, echan a andar por caminos laterales.

A causa de la plaga los centinelas polacos estacionados en la aldea no dejan pasar a los viajeros procedentes de Turquía. Shor, junto a su hijo, discute en voz alta con ellos, tiene los papeles y permisos en regla, de esta manera toda la atención recae sobre su persona, y debe de haberles ofrecido una suma bien generosa, pues se hace el silencio y los viajeros reemprenden camino.

Jacob tiene papeles turcos, según los cuales es súbdito del sultán. Y su aspecto lo corrobora: gorro alto, abrigo turco forrado de piel. Solo la barba lo diferencia de un turco verdadero. Está extraordinariamente tranquilo, del cuello del abrigo apenas le asoma la punta de la nariz, ¿se habrá quedado dormido?

Llegan a la aldea, silenciosa y completamente oscura a esta hora. Nadie les ha dado el alto, no han encontrado ningún puesto de guardia. El turco se despide metiendo bajo el cinturón las monedas, satisfecho de su trabajo. Sus dientes resplandecen en una sonrisa. Los deja ante una pequeña posada; medio dormido, el posadero se muestra muy sorprendido de recibir huéspedes tan tardíos y de que los centinelas los hayan dejado pasar.

Jacob se duerme de inmediato; Nachman, en cambio, pasa toda la noche dando vueltas sobre una cama bastante incómoda, encendiendo velas y buscando chinches entre las sábanas. Los pequeños ventanucos están sucios, en el alféizar hay tallos secos, en su día plantas en flor. Por la mañana el anfitrión, un judío flaco de mediana edad con expresión de vergüenza en el rostro, les sirve un poco de agua caliente con pan ácimo desmenuzado. La taberna en absoluto parece pobre, pero el dueño se justifica diciendo que la plaga se ceba con la gente, que da miedo salir de casa y comprar cualquier cosa a los contaminados. Las reservas propias ya se las han comido, así que, tras pedirles perdón, les dice que se procuren víveres por su cuenta. Al hablarles, se mantiene a distancia, por seguridad, temiendo su aliento y su contacto.

Ese diciembre inesperadamente cálido ha revivido a los seres minúsculos que, temiendo el gélido frío, suelen dormir bajo tierra a tales alturas del año, pero que ahora, animados por la calidez, han salido a la superficie para destruir y matar. Se ocultan en la niebla espesa e inasible, en el vapor asfixiante y venenoso que queda suspendido sobre aldeas y pueblos, en los vahos fétidos que exudan los cuerpos de los contagiados, en todo aquello que la gente llama «aire mórbido». En cuanto penetran junto con él en los pulmones, pasan enseguida a la sangre, la inflaman, y, a continuación, alcanzan el corazón y la persona muere.

Cuando a primera hora de la mañana los recién llegados salen a las calles de la pequeña ciudad que se llama Mielnica, ven, desierta, una plaza de mercado bastante grande rodeada de casitas bajas de la que parten tres calles. Hace un frío húmedo: por lo visto los días cálidos han llegado a su fin o bien aquí, sobre un alto terraplén, reina un clima del todo diferente. En los charcos entre el barrizal se miran, atónitas, unas nubes bajas que pasan a toda prisa. Casi todas las tiendas están cerradas; en la plaza del mercado se levanta solitario un

puesto vacío sobre el que pende una soga de cáñamo, como para un ahorcado. Aquí y allá chirría una puerta o contraventana y de vez en cuando, pegada a las fachadas, pasa apresuradamente alguna que otra figura humana bien arrebujada. Este debe de ser el aspecto del mundo posterior al Juicio Final, abandonado por la gente. Su hostilidad salta a la vista, piensa Nachman mientras cuenta el dinero que lleva en el bolsillo.

–A los apestados no les cobran –dice Jacob al ver que Nachman se dispone a ir a la compra. Se está lavando con agua helada. Su torso desnudo conserva en la piel el sol del sur–. No les pagues –añade resoplando y salpicándolo todo con agua fría.

Nachman entra valientemente en una tienducha judía de la que acaba de salir un hombre y pone cara de pena. Tras el mostrador hay un hombre viejo y menudo, como si su familia lo obligase precisamente a él a mantener contacto con el mundo en sustitución de los más jóvenes.

–Vengo a buscar vino, queso y pan –dice Nachman–. Varias hogazas.

El anciano le entrega los panes sin quitarle la vista de encima, sorprendido por su extraño atuendo, aunque aquí, junto a la frontera, nada debería sorprenderle.

Mientras Nachman se marcha tras haberle pagado, divisa con el rabillo del ojo que el anciano se tambalea de forma extraña.

No hay que creerse todo lo que cuenta Nachman, y menos aún todo lo que escribe. Es propenso a exagerar y a entusiasmarse. Por todas partes encuentra señales, por todas partes descubre nexos de unión. Lo que ocurre siempre le sabe a poco, le gustaría que todo cuanto acontece tuviera un sentido celeste y definitivo. Que tuviese consecuencias, que incluso la causa más nimia provocase un gran efecto. Por eso a menudo sucumbe a la melancolía. ¿No lo ha mencionado?

A la vuelta le cuenta a Jacob cómo el anciano cayó fulminado nada más venderle la mercancía, ni siquiera le dio tiempo a cobrar. Jacob se ríe, satisfecho. Nachman gusta de proporcionarle semejantes placeres. Le gusta su risa profunda, un poco ronca.

LO QUE VEN LOS PERSPICACES OJOS DE TODO ESPÍA

Desde que cruzó el Dniéster, espías de todo tipo siguen el rastro de Jacob; al fin y al cabo, Yenta los ve mejor que ellos a Jacob. Los observa mientras garabatean torpemente sus informes sobre sucias mesas de taberna para entregarlos a los emisarios que los llevarán después a Kamieniec y a Lwów. Allí, reelaborados por los secretarios

de las cancillerías, adquieren formas más acabadas, se convierten en rendición de cuentas, listado de hechos, relación de incidencias, se los traslada a papel de mejor calidad y se ganan el derecho a un sello: así, convertidos en documentos oficiales, viajan por correo hasta llegar a Varsovia, a manos de unos empleados públicos cansados de un país que se desmorona por momentos, al lujosísimo palacio del nuncio apostólico y, además, a través de los secretarios de las comunidades judías, a Wilno, Cracovia e incluso a Altona y Ámsterdam. Los leen el obispo Dembowski, que pasa frío en su mísero palacio de Kamieniec, así como Chaim Kohen Rappaport y David ben Abraham, rabinos de los qahales de Lwów y Satanów, que no paran de enviarse noticias llenas de ambigüedades, ya que todo este asunto, embarazoso hasta el bochorno, resulta harto difícil de describir con las puras y sagradas palabras hebreas. Finalmente, también los leen los empleados públicos turcos que deben saber lo que ocurre en el país vecino y que, además, tienen negocios con los nobles locales. El hambre de información es enorme.

Los espías, tanto los del rey como los de la Iglesia, así como los judíos, informan de que Jacob ha llegado a Korolówka, donde nació y donde aún vive parte de su familia, a saber: un tío paterno, así como Jankel, rabino del lugar, y su hijo Israel con Sobla, su mujer.

Aquí, según los informes de los espías, se le unen veinte hombres, parientes en su mayoría. Todos estampan solemnemente su nombre en un registro, con lo que prometen mantenerse fieles a su fe sin temer persecución alguna ni tener miedo a nada. Asimismo confirman que, si fuera menester seguir a Jacob en la conversión a otra fe, ellos lo harían. Son como soldados, escribe un espía grandílocuo, dispuestos a todo.

Los espías saben que en el leñero junto a la casa está Yenta. La califican de «anciana santa», «mujer vieja que no se quiere morir», «bruja de trescientos años».

Es a ella a quien va a ver Jacob en primer lugar.

Sobla lo conduce al leñero, abre la puerta y le enseña lo que ha pedido ver nada más llegar. Jacob se queda atónito. El cobertizo para guardar leña se ha convertido en una estancia solemne, de las paredes cuelgan kílims tejidos por campesinos del lugar, a rayas multicolores; con kílims similares han cubierto también el suelo. En el centro se ha dispuesto un lecho con sábanas primorosamente bordadas, ahora algo polvorientas: Sobla les quita con la mano briznas de hierba y pequeñas telarañas. Por debajo del edredón asoma un rostro humano, encima se posan unos brazos de manos blancas y huesudas. A Jacob, aún alegre y siempre dispuesto a bromear, le flaquean las piernas. Porque se trata de su abuela. También los demás –Nachman y Nussen, reb Mordke y el viejo Moshe de Podhajce, que ha acudido para saludar a Jacob– se

inclinan sobre Yenta. Primero Jacob se queda como petrificado hasta que, de repente, rompe en un teatral sollozo y tras él los demás. Sobla no se mueve de la puerta del leñero para que nadie más entre, para impedir el paso a los curiosos; llenan casi por completo el pequeño patio hombres pálidos, barbudos, con gorros de piel, que van golpeando con los pies el suelo cubierto de nieve fresca.

Sobla tiene su momento de gloria, está orgullosa de lo bonita que está Yenta.

Cierra la puerta y avanza hacia el lecho para llamar la atención de los presentes sobre el delicado temblor de los párpados de Yenta, sobre cómo se mueven debajo sus globos oculares en un viaje hacia mundos inimaginables.

–Está viva –dice Sobla en tono tranquilizador–. Tócala, incluso está un poco caliente.

Obediente y sin dudar, Jacob toca con un dedo la mano de Yenta. Lo retira enseguida. Sobla suelta una risilla.

¿Qué vas a decir a esto, Sabio Jacob?

Es sabido que la esposa de Israel, Sobla, al igual que muchas mujeres, está en contra de esos verdaderos creyentes –como se autodenominan ellos dando gato por liebre–, cuando salta a la vista que no lo son. Al igual que muchas mujeres, no siente ninguna simpatía por Jacob. Sobre todo cuando lo ve rezar: ¡sin filacterias! Además, mientras reza, gira alrededor de su eje y hace rechinar los dientes. Trucos de feria, piensa Sobla. Jacob la manda a una tienda gentil –la parte alta de la aldea es gentil– a buscar pan cristiano. Sobla se niega. Así que otra persona trae ese pan y Jacob empieza a ofrecerlo a todos; algunos se vuelven tan osados en su presencia que extienden la mano para tomarlo y comérselo, con lo que cometen un sacrilegio. También se comporta de manera extraña cuando de pronto se detiene y aguza el oído como si oyera voces. Pero solo él las oye. Dice cosas sin sentido en un lenguaje desconocido: por ejemplo, repite un «ze-ze-ze» mientras todo su cuerpo tiembla. Qué significa esto, Sobla no lo sabe, nadie lo sabe; sin embargo, sus adeptos se lo toman en serio. Moshe de Podhajce explica a Israel que Jacob repite «Maasim Zarim, Maasim Zarim» y que se trata de «Actos de Extraños», o sea, aquello por lo que hay que empezar. «Actos de Otros», «Actos de Extraños»: hechos raros, incomprensibles en un primer momento, estrafalarios para los no iniciados, pero los iniciados, los más próximos a Jacob, deberían saberlo. Hay que hacer todas las cosas que hasta ahora han sido prohibidas. De ahí ese pan cristiano, impuro.

Israel pasa toda la tarde pensando en ello. Si ha llegado la época mesiánica tan largamente esperada, Jacob tiene razón, han dejado de ser obligatorias las leyes de este mundo, las de la Torá. Ahora todo es al revés. Ese pensamiento llena de angustia a Israel. Sentado en un

banco, contempla con la boca abierta un mundo que de pronto se ha vuelto extraño. La cabeza le da vueltas. Jacob, en el patio, promete que habrá más de esos «Actos de Extraños», y hay que cumplirlos con celo y solemnidad. Violar la antigua ley es imprescindible, solo esto puede acelerar la llegada de la salvación. Al caer la noche, Israel pide ese pan gentil y lo mastica lenta y laboriosamente, a fondo.

En cuanto a Sobla, es una mujer extraordinariamente práctica y no le interesan en absoluto semejantes asuntos. De no ser por su sentido común, hace tiempo que habrían muerto de hambre, ya que a Israel solo le preocupan cuestiones como el tikún, el devekut, la salvación del mundo y otras cosas por el estilo. Además, está enfermo del pulmón y ni siquiera es capaz de cortar leña como es debido. Así que Sobla manda hervir agua para escaldar pollos, dirige la cocción del graso caldo, hace lo que le toca. La acompaña Pesełe, de ocho años, sensata como su madre; se parecen como dos gotas de agua. Sobla da de mamar a otra hija, Frejna. La niña es voraz, por eso Sobla está tan delgada. Los demás niños corretean por la casa.

A Sobla le interesaría más la mujer de ese primo antipático al que tiene que recibir en su casa. Al parecer dio a luz una niña. ¿Vendrá algún día a Polonia para reunirse con él? ¿Cómo es ella? ¿Cómo es su familia de Nikopol? ¿Será verdad que Jacob es rico y tiene allí un viñedo en propiedad? En ese caso, ¿qué busca aquí?

El primer día no tiene tiempo para nada, porque la gente no para de asediarlo; lo tocan, le tiran de las mangas. Jacob pronuncia ante los congregados un largo discurso repleto de profecías. Anuncia la nueva religión, a la que hay que llegar a través de Esaú, es decir, del cristianismo, igual que Shabtai entró en Ismael, es decir, en la religión turca. Y es que el camino de salvación consiste en extraer de esas religiones granos de la revelación y unirlos en una sola gran revelación divina: la Torá de Atzilut. En esa religión final las tres religiones serán una. Al oírlo, algunos escupen en la nieve y se alejan.

Después celebran un banquete tras el cual Jacob, cansado o borracho, se retira a dormir, no solo, por supuesto, pues en las casas shabtaianas reina una hospitalidad muy especial. Acude a calentar a Jacob la hija menor de Moshe, aquel que vive más allá del cementerio.

Nada más acabado el desayuno, Jacob se hace llevar a la colina donde hay cuevas. Sus camaradas deben esperarlo mientras él desaparece en el bosque. De nuevo se produce ese golpear la nieve con los pies. Se reúne una pequeña multitud, también han venido gentiles de la aldea, preguntan qué ha pasado. Después informarán a las curiosas autoridades: «Ha venido de Turquía un judío sabio, uno de sus santos. Enorme, con gorro turco en la cabeza, la cara picada.» Y lo siguen gentes de la aldea, y lo esperan en la floresta, serio el

semblante, convencidas de que Jacob habla con los espíritus de las entrañas de la tierra. Cuando vuelve, ya empieza a caer la noche y con el crepúsculo comienza a nevar. La compañía regresa a la aldea, todos alegres aunque helados, felices de que los espera un caldo hirviendo y vodka. A la mañana siguiente partirán rumbo a Jezierzany, donde celebrarán la Janucá.

Los espías saben ya perfectamente lo que sigue: ese profeta, Jacob, se hospeda durante dos semanas en casa de Smiha ben Chaim y empieza a ver una luz sobre la cabeza de algunos fieles. Es una aureola verdosa, tal vez azulada. Smiha y su hermano tienen esa luz encima de la cabeza, lo que significa que forman parte de los elegidos. Todos querrían tener una, algunos incluso la notan ya, un suave escozor alrededor de la cabeza, un calor como si anduvieran sin gorro. Alguien dice que semejante aureola proviene de un agujero invisible en el cráneo por donde sale la luz interior, es ese pequeño agujero lo que escuece. Y también dice que es imprescindible deshacerse de la plica polonica que afecta a muchas personas y que obstaculiza el paso de la luz.

«TRES COSAS ME SON OCULTAS; AUN TAMPOCO SÉ LA CUARTA.» LIBRO DE LOS PROVERBIOS, 30, 18

Cuando Jacob atraviesa aldeas y pueblos, lo siguen judíos tradicionales de cada lugar al grito de «¡Trinidad! ¡Trinidad!», como si se tratase de un insulto. A veces recogen piedras del suelo para lanzarlas a los partidarios de Jacob. Otros, los que sucumbieron al contagio del profeta prohibido Shabtai Tzvi, lo miran con curiosidad; de ellos surge el grupo de los que siguen a Jacob.

Los habitantes de estos parajes son pobres y por eso mismo desconfiados: el pobre no se puede permitir el lujo de fiarse demasiado. Antes de que el gordo adelgace, el pobre morirá, se dice por aquí. Desearían ver milagros, señales, estrellas fugaces, agua sangrienta. No acaban de entender lo que les dice Jankel Lejbowicz, al que llaman Jacob Frank. Pero como es apuesto, guapo y viste a la turca, parece extraordinario, les impresiona. Entrada la tarde, cuando charlan ante el fuego, Jacob se queja a Nachman de que se siente como un mercader al que toman por un comerciante de poca monta, y que aun teniendo para vender la perla más hermosa, aquí, pensando que es falsa, no saben apreciar el valor de la perla.

Cuenta a la gente aquello que le enseñó Isochar y que por las noches le recuerda reb Mordke y le explica Nachman, ducho en cualquier debate, pero privado tanto de buena apariencia como del don de la persuasión. Sin embargo, cuando Jacob se deja llevar, añade cosas de su propia cosecha. Lo que más le gusta son las comparaciones

fuertes y no se priva de soltar tacos. Habla como un judío sencillo, como el lechero de Czerniowce o el curtidor de Kamieniec, solo que en medio de las frases judías intercala bastantes palabras turcas, por lo que se asemejan a un brioche trenzado con uvas pasas.

Por el Año Nuevo cristiano parten rumbo a Kopyczyńce. Se cruzan en el camino con numerosos trineos ricamente adornados: los grandes señores de la comarca, con pompa y atuendo festivo, se dirigen a la iglesia. Los caballos aminoran la marcha y las dos comitivas que van en direcciones opuestas se miran en estupefacto silencio. Jacob, con zamarra de enorme cuello y gorro tártaro de piel teñida, parece un rey. Los señores, envueltos en abrigos de piel, aparecen gordos y rechonchos; adornan sus cabezas gorros con costosos broches para sostener la pluma prendidos sobre la frente. Las mujeres, pálidas, la nariz enrojecida por el frío, desaparecen bajo sus pellizas.

Ya están puestas las mesas en Kopyczyńce y los verdaderos creyentes del pueblo esperan delante de la casa de Shlomo y Zitla; apoyan alternativamente el peso de su cuerpo en uno y otro pie, golpean el suelo, pues el frío arrecia por momentos, charlan. El cielo se torna bermejo cuando el trineo se detiene ante la casa. La multitud se sume en un silencio cargado de tensión y mira cómo Jacob se acerca a la puerta y cómo, justo antes de franquearla, se detiene y retrocede, se acerca a Ryfka y a su pequeña hijita, así como a su marido Szyla, y mira por encima de sus cabezas como si viera algo. Su comportamiento genera cierta inquietud entre los congregados y los propios elegidos se sienten raros. Luego, en cuanto Jacob desaparece en el interior, Ryfka se pone a sollozar, también llora su hijita, que tendrá unos tres años, y muchas personas más, ya sea a causa de la tensión, del frío o del cansancio. Algunos han pasado en camino toda la noche. Otros han seguido a Jacob desde Jezierzany o aun desde Korolówka.

Dentro lo recibe con solemnidad Chaim de Varsovia, que tiene un negocio en la capital, por lo que todo el mundo lo respeta. También hasta allí ha llegado la fama de Jacob. También los capitalinos quisieran saber lo que acontecerá ahora, cuando el mundo se aproxima a su fin. Paciente, Jacob se lo explica durante toda la tarde hasta que los cristales de los ventanucos se cubren de un vaho blanco que el frío helador no tarda en convertir en refinadas palmeras.

Los que asoman la cabeza para mirar al interior por las pequeñas ventanas no ven gran cosa esta noche. Las llamas de las velas centellean justo antes de ir apagándose. El espíritu, la Ruaj ha-Kodesh, vuelve a descender sobre Jacob. No se lo ve bien, tan solo una sombra en la pared proyectada por las llamas de las velas, vacilante e incierta. Se oye un breve grito de mujer.

Una vez acabado todo, el viejo Shlomo Shor, de acuerdo con la antigua ley, manda a Zitla al lecho de Jacob. Pero él está tan cansado que Zitla, limpia y perfumada, con camisón de fiesta, vuelve con su marido, airada y furiosa.

En casa de los padres de Chaim, Jacob convierte a tres personas. El propio Chaim gusta mucho a Jacob, ya que tiene sentido de la organización, y al día siguiente se ponen manos a la obra. Ahora van de aldea en aldea acompañados de una verdadera comitiva, casi una veintena de carros y jinetes y, además, viandantes que no logran igualar el paso de la caravana y no llegan a destino hasta por la noche, cansados y hambrientos; estos últimos duermen donde pueden: en un pajar, en el suelo de la taberna... Las aldeas se van pasando a Jacob como un prodigio sagrado. Y allí donde se detiene para descansar enseguida aparece gente; escudriñan por los ventanucos y al escuchar lo que dice, aun sin acabar de entenderlo, la emoción les nubla los ojos. Lo que conmueve no es solo la persona de Jacob, cuyos movimientos se han vuelto angulosos, decididos, como si se dejase caer por aquí tan solo por un momento mientras sus pensamientos estuvieran en otra parte, con Abraham, Sara, Shabtai, con los grandes sabios que desmenuzaron el mundo hasta reducirlo a las letras más pequeñas. Por añadidura, en el cielo apareció un cometa; lo acompaña noche tras noche cual si fuera su hijo, una centella de luz que ha topado aquí con el mundo. Van avanzando por Trembowla, Sokołów, Kozowa, Płaucza, Zborów, Złoczów, Hanaczówka y Busk. Todo el mundo levanta la cabeza para mirar el cielo. Jacob sana imponiendo las manos, aparecen objetos perdidos, las llagas se reabsorben, las mujeres estériles se quedan encinta, regresa el amor conyugal. Las vacas paren gemelos de inusual pelaje y las gallinas ponen huevos de dos y tres yemas. Los señores polacos vienen a ver cómo ese Frank, ese judío turco o valaco, obra milagros nunca vistos mientras habla del fin del mundo. ¿También serán salvados los cristianos o se trata de un fin del mundo exclusivamente judío? No se sabe. Quieren hablar con él. En la conversación que mantienen con ayuda de traductor –suele serlo Nachman o Chaim de Varsovia– los señores intentan mostrar su superioridad. Primero lo llaman a que se acerque a su carroza, Jacob se acerca y amablemente les contesta. Empieza diciendo que es un hombre sencillo, un simplón, pero los mira de tal manera que pierden la compostura. Después se colocan entre la multitud; solo los distingue el grueso abrigo de piel y la pluma prendida al gorro.

Todos los habitantes de Busk salen de sus casas, arden las antorchas, hace un frío helador y la nieve fresca cruje bajo los pies. Jacob se queda aquí una semana gracias a la hospitalidad del hermano de Nachman, Chaim, y su esposa. El pequeño hijo de Nachman,

Aronek, y otros críos siguen a Jacob como los pajes en pos de un rey. Jacob ve aureolas azules encima de casi todo el mundo. Casi todo el pueblo se convierte a la fe de la Santísima Trinidad, según palabras del propio Jacob. De día le traen niños enfermos para que imponga en ellos sus manos. Luego vienen a buscarlo desde Dawidów y más tarde quieren verlo en Lwów. Allí tiene a su disposición una gran sala a la que acuden multitudes, pero cuando dice que en su próxima visita a Polonia habrá que seguir a Esaú, es decir, la religión católica, para que lleguen los Últimos Días, la gente se va, enfurruñada. Los judíos de Lwów son ricos, malvados y disolutos. Lwów no se muestra tan bien dispuesta a aceptar a Jacob como los pueblos y aldeas pobres. Los ricos y satisfechos no tienen prisa por ver al Mesías: al fin y al cabo, el Mesías es ese alguien a quien se espera eternamente. Todos aquellos que han venido han sido falsos mesías. De manera que el Mesías es alguien que no viene nunca. En eso consiste la cosa. Ahogan con gritos a Jacob cuando empieza a hablar en una sinagoga de Lwów. Acaba por arrancar el púlpito y lanzarlo contra la multitud; tiene que huir porque todos lo atacan furiosos y airados.

Ni siquiera en la taberna lo tratan con amabilidad, pese a que Chaim paga bien. La tabernera, no precisamente afable, gruñe en dirección a Jacob. Él le dice entonces que compruebe si en su bolsillo lleva un zloty de plata. Ella se queda de una pieza.

–¿De dónde iba a sacarlo?

Él insiste y le pide que meta la mano en el bolsillo. Todo esto ocurre en presencia de numerosos testigos. La mujer saca una moneda, de escaso valor desde que las falsifican, pero no deja de ser dinero. La contempla, confundida y con mirada huidiza, y le gustaría alejarse cuanto antes de no ser porque Jacob la tiene firmemente agarrada por el brazo.

–Sabes muy bien de dónde, ¿no es cierto? –le pregunta Jacob sin mirarla; mira por encima de las cabezas de la pequeña multitud que ya se ha congregado.

–No lo diga, señor –pide la tabernera y se zafa de su mano cerrada.

Pero él no tiene ninguna intención de hacerle caso y, con la cabeza levantada para hacerse oír mejor, espeta:

–Se la dio el noble con quien ayer pecó.

La gente se parte de risa pensando que es una broma, pero, cosa curiosa, la tabernera lo confirma. Tras darle la razón, para sorpresa de los curiosos y roja como un tomate, desaparece.

Ahora el mensaje de Jacob se vuelve meridiano, nítido como las huellas que dejan sobre la nieve los pies de los que, ateridos de frío, no han podido acceder al interior y tendrán que enterarse de todo por boca de otros. Se trata de conjuntar las tres religiones: la judía, la musulmana y la cristiana. El primero, Shabtai, fue aquel que abrió el

camino a través del islam; Baruchia, a través del cristianismo. ¿Qué es lo que más perturba a la gente y provoca gritos y pataleos? Que haya que pasar por la fe de Jesús de Nazaret como el que atraviesa un río, y que Jesucristo haya sido envoltorio y caparazón del Mesías verdadero.

Al mediodía la idea parece ignominiosa. A primera hora de la tarde, apta para ser debatida. A última hora de la tarde ya está asumida y al caer la noche se torna obvia.

En plena noche surge un nuevo matiz de esta idea, hasta ahora aparentemente ignorado: que con el bautismo uno deja de ser judío, al menos para los demás. Se convierte en un hombre cristiano. Podrá comprar tierra, abrir una tienda en la ciudad, mandar a los hijos a estudiar en cualquier escuela... Las posibilidades son tantas que dan vértigo. Es como recibir de pronto un regalo tan extraño como incomprensible.

LAS GUARDIANAS DEL SEÑOR

Los espías han advertido, acertadamente, que desde Jezierzany a Jacob lo acompaña una muchacha, a la que pronto se unirá otra, supuestamente para velar por él. La primera, una preciosa buskoviana de pelo rubio y tez rosada, siempre alegre, lo sigue a la distancia de medio paso. La segunda, Gitla de Lwów, alta y orgullosa como la reina de Saba, habla en contadas ocasiones. Al parecer es hija de Pinkas, escribano de la comunidad judía de Lwów, pero ella misma afirma que por sus venas corre sangre real de una princesa polaca que fue secuestrada por su bisabuelo. Se sientan con Jacob, una a cada lado, cual ángeles guardianes, con hermosos abrigos de piel sobre los hombros y gorros guarnecidos con una piedra preciosa y una pluma de pavo real en la cabeza. Al cinto, alfanjes turcos en funda engastada de turquesas. Jacob se coloca entre ellas, como si fueran dos pilares de un templo. Al poco, la más oscura, Gitla, se convierte en su auténtico escudo, le abre paso, lo defiende con su cuerpo y con un bastón contiene a los acosadores, la mano sobre el alfanje a modo de advertencia. El abrigo de piel no tarda en ser un estorbo para el trabajo, así que lo sustituye por una chaqueta militar de color rojo con ornato de cordón blanco. Insumisos, los rizos de su espesa cabellera oscura asoman por debajo del gorro militar de piel.

Jacob nunca prescinde de ella y allí donde pernocta lo hace siempre en su compañía, como si fuera su esposa. Al parecer, Gitla es la coraza que le ha asignado Dios. Lo seguirá a través de Polonia, protegiéndolo. Porque Jacob tiene miedo, a fin de cuentas no está ciego y tras la espalda de sus partidarios ve la turba silenciosa que escupe al oír su nombre y profiere maldiciones entre dientes. Nachman también la ve, por eso cada noche manda apostar centinelas

alrededor de la casa donde duermen. Los nervios de Jacob tan solo se calman con la aparición de un cántaro de vino y de la hermosa Gitla. Los guardias apostados oyen risitas y gemidos amorosos a través de las finas paredes de madera de la casa. A Nachman esto no le gusta nada. Asimismo, Moshe, el rabino de Podhajce que aconsejó a Shor cancelar la boda, advierte de que semejante ostentación no es conveniente y desata las malas lenguas, aunque él mismo, viudo desde hace poco, siga con ávida mirada a las muchachas. Gitla saca de quicio a todo el mundo, se enseñorea de todo, mira a las demás mujeres por encima del hombro. Quienes más hartos de ella están son Chaim de Varsovia y su mujer Wittel. En Lwów, aunque de mala gana, Jacob aparta a la rubia, sin embargo, retiene a Gitla. De todos modos, en la aldea siguiente la apartada se ve sustituida por una nueva.

El viaje se prolonga durante un mes. Nuevas casas donde dormir, nuevas gentes. En Dawidów, Jacob saluda como a un padre a Elisha Shor, quien, con gorro de piel y zamarra hasta los pies, está flanqueado por sus hijos. Con mano temblorosa, el viejo Shor señala el extraño resplandor sobre la cabeza de Frank, y cuanto más lo miran más grande se vuelve, hasta el punto de que los presentes se arrodillan sobre la nieve.

Cuando, a la vuelta a Rohatyn, de nuevo se queda a pasar la noche en su casa, el viejo Shor le pide delante de todo el mundo:

–Muéstranos, Jacob, tu fuerza. Sabemos que la has recibido.

Pero Jacob aduce cansancio, dice que es hora de dormir tras largos debates, y sube la escalera hacia sus aposentos, momento en que los reunidos ven la huella que ha dejado su pie sobre los peldaños de roble, como quemada, impresa en la madera. A partir de entonces la gente acude allí para contemplar en piadoso silencio esa huella sagrada; asimismo guardan allí, en Rohatyn, su babucha: turca, bordada.

Los espías enviados por la comunidad judía de Lwów toman buena nota tanto de la nueva oración traída por Jacob Lejbowicz Frank como del hecho de que este adora el kaymak y los dulces turcos de sésamo y miel. Sus camaradas siempre los portan en su equipaje. En la oración se entremezclan palabras hebreas, españolas, arameas y portuguesas, de manera que nadie es capaz de comprenderlo todo con exactitud, pero por esa misma razón suena misteriosa. Elevan sus rezos a un tal Señor Santo y cantan «Dio mio Baruchia». De los retazos oídos, los espías intentan reconstruir el contenido de esta oración y les sale más o menos esto:

«Ojalá conozcamos tu grandeza, Señor Santo, Tú, que eres el Dios verdadero, Señor y Rey del Mundo, que fuiste carne y destruiste de una vez para siempre la ley de la creación y te elevaste al lugar que te corresponde para suprimir los otros mundos creados. Aparte de Ti no

hay Dios alguno, ni arriba, ni abajo. No nos dejes caer en la tentación ni en la vergüenza, por eso nos arrodillamos ante Ti y alabamos Tu nombre, Rey grande y poderoso. Bendito sea.»

RETAZOS DE NACHMAN DE BUSK ESCRITOS A ESCONDIDAS DE JACOB

Cuando Dios ordenó a los judíos ponerse en camino, ya tenía pensado el destino de ese peregrinaje, sin que lo conocieran ellos; quería que avanzaran hacia su predestinación. Cosa divina son el punto de partida y el de llegada, y cosa humana son la impaciencia y la fe en la casualidad así como la expectativa de aventuras. Así que cuando se veían obligados a permanecer en un lugar un tiempo prolongado, los judíos –cual niños– se mostraban descontentos. Estallaban de alegría, en cambio, cuando llegaba la hora de recoger el campamento. Justo es lo que pasa ahora. El buen Dios, por lo tanto, crea el marco de todo peregrinaje y el ser humano constituye su contenido.

«¿Ya estamos en el peor de los lugares? ¿Es esto Busk?», me preguntó Jacob en cuanto llegamos a Busk y estalló en una carcajada.

En Busk acogimos a Jacob en casa de mi hermano Chaim ben Levi, porque mi mujer se negó a aceptarlo bajo nuestro techo. Y como lleva un embarazo muy avanzado, cedí. Como muchas mujeres, también ella se mostraba reticente ante las nuevas enseñanzas. Mi hijo, el único que sobrevivió a la primera infancia, se llamaba Aronek y fue a él a quien nuestro Jacob mostró particular afecto. Se lo ponía en las rodillas –con lo que se regocijaba mi alma– y decía que el muchachito llegaría a ser un gran sabio que nadie igualaría en palabras. Me alegraba mucho al oírlo, aunque sabía que Jacob conocía bien mi situación y sabía que ninguno de mis hijos había llegado a cumplir un año. La cara del pequeño Aronek se puso a arder aquella noche y Lea me riñó por haber sacado al frágil niño a pasear a la helada intemperie.

Una vez me acompañó a casa de Chaim y ya no quiso volver a hacerlo. Me preguntó si era verdad lo que de nosotros se decía.

«¿Y qué se dice?», pregunté. «Nos anunciaste la venida de un rabino verdaderamente sabio, en cambio, por su culpa», contestó mientras su cabeza señalaba la ventana, «Dios nos ha castigado. Me ordena parir hijos que mueren.» «¿Por qué por su culpa?», pregunté. «Porque vas tras él desde hace varios años. Donde vaya él, vas tú.»

¿Qué se puede decir ante semejante dictum? Quizá tenga razón. ¿Y si Dios me arrebata los hijos para que pueda estar más cerca de Jacob?

Todas las noches se parecían: primero cena en común compuesta

de sémola, quesos, carne asada, pan y aceite. A las largas mesas se sentaba todo el mundo: mujeres, niños y adolescentes, así como todo aquel que contribuyera al banquete; aunque tampoco quedaba con hambre aquel que no tenía con qué contribuir. Jacob se explayaba entonces contando sus historias de países turcos, a menudo graciosas y divertidas, por lo que la mayoría de las mujeres, hechizadas con su humor y bella elocución, se olvidaban de la mala opinión que de él guardaban, y los niños lo tenían por un fabulador extraordinario. Después se decía la oración que nos había enseñado y, cuando las mujeres recogían la mesa y acostaban a los niños, solo se quedaban aquellos que eran dignos de participar en enseñanzas nocturnas.

Jacob siempre empezaba por el peso del silencio. Levantaba el dedo índice y lo deslizaba ante su rostro, manteniéndolo en alto, a derecha e izquierda, y todos nuestros ojos seguían ese dedo tras el cual la cara de Jacob se difuminaba y desaparecía. Pronunciaba entonces las palabras Shloisho seforim niftuchem, lo que significaba «Tres libros se abren». En ese momento se producía tal silencio que casi se oía el susurro de las páginas de los libros sagrados. Luego Jacob interrumpía el silencio para instruirnos: «Lo que aquí oigáis debe desaparecer en vuestro interior como en una tumba. Desde ahora esta será nuestra religión: callar.»

Decía:

«Si alguien quiere tomar una fortaleza, no podrá hacerlo con mero parloteo, con palabra fugaz, sino que tendrá que asediarla con un ejército. Nosotros también debemos proceder así, actuar y no hablar. ¿Acaso nuestros antepasados pasaron poco tiempo hablando y estudiando escrituras? ¿De qué les sirvió esa verborrea, qué efecto surtió? Más vale ver con los ojos que hablar con palabras. No necesitamos a resabidos.»

Siempre me pareció que cuando mencionaba la palabra «resabido» me miraba a mí. Y eso que yo, pese a que me prohibió apuntarlas, intentaba recordar hasta la última de sus palabras. Así que las apuntaba a escondidas. Temía que todos ellos, concentrados como estaban, lo olvidaran todo nada más salir. No comprendía aquella prohibición. Cuando a la mañana siguiente me sentaba ya para hacer cuentas, ya para escribir cartas, ya para acordar plazos, debajo tenía otra hoja y en ella escribía, como si de nuevo, esta vez a mí mismo, explicase las palabras de Jacob:

«Hay que ir al encuentro del cristianismo», decía a las gentes sencillas. «Reconciliarse con Esaú. Hay que avanzar hacia la oscuridad, ¡esto está más claro que el sol! Pues solo en la oscuridad nos aguarda la salvación. Solo en el peor de los lugares puede dar comienzo la misión mesiánica. El mundo entero es enemigo del Dios verdadero, ¿acaso no lo sabéis?»

«Esto es el peso del silencio. Masa duma. La palabra pesa tanto como si llevara a cuestas medio mundo. Debéis escucharme y seguirme. Tenéis que sacudiros vuestra lengua y hablar con cada pueblo en la suya propia.»

La virtud consiste en no soltar nada feo por la boca. La virtud consiste en callar, guardar dentro de sí todo lo que se vea y se oiga. Mantenerse firme. Al igual que el Primero, Shabtai, quien invitó a gente a su enlace y bajo el dosel de boda apareció la Torá como novia, nosotros hemos sustituido la Torá por una mujer. Desde entonces aparece entre nosotros cada noche, desnuda, sin velo alguno. La mujer es el mayor de los misterios y aquí, en el mundo de abajo, homóloga de la santísima Torá. Nos iremos uniendo con ella, primero suavemente, solo con los labios, con un movimiento de boca que pronuncia la palabra leída y, así, cada día se crea de nuevo el mundo a partir de la nada. Lo afirmo yo, Nachman Samuel ben Levi de Busk: hay un solo Dios en la Trinidad y la Cuarta Persona no es sino la Madre de Dios.

DE ACTOS MISTERIOSOS EN LANCKORUŃ Y DE LA HOSTILIDAD DE UN OJO

Nachman no lo va a describir, sí, las palabras pesan. Cuando se sienta a escribir, Nachman separa claramente lo que se puede dejar por escrito de lo que no. Hay que tenerlo presente. Además, Jacob dice: ninguna huella, estáis metidos en el secreto hasta los tuétanos, nadie puede enterarse de quiénes somos y de qué hacemos. Sin embargo, él mismo levanta mucha polvareda, hace gestos extraños y lanza extrañas frases. Habla de manera enigmática, tanto que hay que adivinar lo que tiene en mente. Por eso, mucho tiempo después de su partida, la gente sigue reunida para explicarse las palabras de ese Frank, ese extraño. ¿Qué habrá querido decir? En cierto sentido cada uno lo entiende a su manera.

Cuando el 26 de enero llegan a Lanckoruń guiados por Lejbko Abramowicz, que va a caballo, y por su hermano Moshek, los conducen directamente a casa de Lejbko. Ya se ha hecho de noche.

La aldea está situada sobre una abrupta ladera que baja hasta el río. El camino, pedregoso y abrupto, discurre por la parte alta. La oscuridad es espesa y fría, la luz desaparece en ella a pocos codos de su fuente. Huele a humo de madera húmeda y en la penumbra apenas se distingue el contorno de las casas; aquí y allá, a través de sus pequeñas ventanas se filtra un resplandor amarillo sucio.

Shlomo Shor y su hermano Natán se reúnen con su hermana. Chaja, la profetisa, vive en Lanckoruń desde que se casó con el rabino del lugar, Hirsch, quien comercia con tabaco y goza de gran prestigio

entre los verdaderos creyentes. Al verla, Nachman experimenta un leve aturdimiento como si hubiera tomado vodka.

Viene con su marido, se detienen junto a la puerta y a Nachman le parece que Chaja ha venido acompañada por su padre: hasta tal punto Hirsch recuerda al viejo Shor. No es de extrañar, al fin y al cabo, son primos. Chaja es aún más hermosa tras haber dado a luz a sus hijos, es muy delgada y alta. Lleva un vestido de color rojo sangre y un llamativo chal celeste, como una soltera. El pelo, ceñido por una cinta de muchos colores, le cae sobre la espalda. De las orejas penden unos largos pendientes turcos.

Demasiado poca luz se filtra siempre a través de las pequeñas y polvorientas ventanas, así que arde durante casi todo el día una mecha sumergida en un tosco candil de barro lleno de aceite, de ahí el hedor a hollín y a grasa quemada. Las dos estancias están abarrotadas de trastos y desde alguna parte no cesan de llegar crujidos y susurros. Estamos en invierno, así que también los ratones se han refugiado bajo techo del frío: ahora forman ciudades verticales en las paredes y horizontales en el suelo, más intrincadas que Lwów y Lublin juntas.

Sobre el hogar de la estancia delantera hay una abertura por la que el aire penetra hasta la lumbre. Pero no para de obstruirse y la estufa humea, por eso todo el interior está impregnado de olor a humo.

Cierran la puerta a cal y canto y tapan las ventanas. Creeríase que se han acostado, han pasado todo el día viajando, están cansados, igual que los espías. La aldea hierve de indignación: ha llegado la peste shabtaiana. También hay dos curiosos, son Gershom Nachmanowicz y su primo Naftali, aquel que arrienda una parcela a un terrateniente local, por lo que se tiene en muy alta estima. Se acerca a hurtadillas y logra escudriñar por la ventana (alguien no ha corrido del todo la cortina). La sangre se retira de su rostro y el hombre queda como hechizado, no puede apartar la mirada de lo que está viendo; pese a que no tenga ante sí más que una rendija en forma de franja vertical, al mover la cabeza puede abarcar con la vista toda la escena. Y lo que está viendo a la luz de una sola vela son hombres sentados en círculo y en el centro una mujer desnuda de cintura para arriba. Sus pechos grandes y turgentes parecen brillar en la oscuridad. El Frank ese da vueltas a su alrededor, musitando algo para sus adentros.

Sobre el telón de fondo del basto mobiliario de Lejbko, el cuerpo de Chaja es perfecto y maravilloso, como llegado de otro mundo. La mujer tiene los ojos entornados, los labios entreabiertos dejan ver la punta de sus dientes, gotas de sudor brillan en hombros y busto, sus pechos penden hacia el suelo, dan ganas de sostenerlos. Chaja está de pie sobre un taburete. Una sola mujer entre muchos hombres.

El primero en acercársele es Jacob. Tiene que alzarse ligeramente

de puntillas para alcanzar con los labios las puntas de sus pechos. Incluso da la impresión de que retiene durante un momento su pezón, que bebe gotas de leche. Después pasa al otro pecho. Tras él va reb Szajes, un viejo de barba rala que le llega hasta la cintura; sus labios, trémulos como los de un caballo, buscan el pezón de Chaja a ciegas: reb Szajes no abre los ojos. El siguiente en acercársele es Shlomo Shor, su hermano, tras un instante de vacilación hace otro tanto, aunque más deprisa. Y lo siguen los demás: Lejbko Abramowicz, el anfitrión, ya más atrevido, su hermano Moshek, luego de nuevo un Shor, esta vez Yehuda, y tras él, Isaac de Korolówka, y todos, incluso aquellos que hasta ahora esperaban en la penumbra apoyados en la pared, saben que han sido elegidos para participar del gran misterio de esta fe y por eso mismo se convierten en verdaderos creyentes, y que los hombres que los rodean son sus hermanos y que así será hasta que el salvador destruya el mundo antiguo para que pueda abrirse el nuevo. Porque en la esposa de Hirsch ha entrado la mismísima Torá y ahora brilla a través de su piel.

Hay que cerrar los ojos y caminar hacia la oscuridad, pues solo en la oscuridad se ve aquello que es luminoso, dice Nachman para sus adentros y posa sus labios en el pezón de Chaja.

DE CÓMO GERSHOM CAZÓ A LOS APÓSTATAS

Se dice que ha sido el propio Jacob quien mandó no acabar de correr las cortinas, de manera que otros pudieran ver el interior. Los furtivos enseguida corren a la aldea, a ver al rabino, y en un abrir y cerrar de ojos se reúne un grupo de hombres armados con palos.

En efecto, Gershom tiene razón; les pide que antes echen una ojeada a través de la rendija entre las cortinas, y cuando echan la puerta abajo, ven por unos instantes a una mujer semidesnuda que intenta taparse con algún pedazo de ropa y a hombres que corren hacia las paredes. Gershom suelta gritos amenazadores, hay uno que salta por un ventanuco, pero lo atrapan los de fuera, otro logra huir. Salvo a Chaja, a los demás, un tanto achispados y asustados, Gershom, tras atarlos con cuerdas, ordena llevarlos ante el rabino. Requisa por su cuenta y riesgo sus carrozas, caballos, libros, escritos y abrigos de piel, y a continuación se dirige a la mansión del terrateniente. Gershom no sabe que es tiempo de carnaval y que el señor tiene invitados. Por añadidura, el noble se niega a intervenir en conflictos entre judíos –tiene créditos suscritos con ellos–, no sabe de qué se trata, quiénes están involucrados y quiénes no. Así que, ocupado en saborear el licor de cornejo, manda llamar a su administrador, Romanowski. La mansión está iluminada e incluso desde fuera se percibe el olor a carne asada, se oye la música y la risa de las mujeres.

De detrás de la señorial espalda se asoman rostros curiosamente enrojecidos. El administrador Romanowski se calza sus botas altas y descuelga de la pared una escopeta; llama a algunos mozos y juntos caminan por la nieve; todos presa de la santa indignación, judía y cristiana, que despierta imágenes inquietantes: se está produciendo un gran sacrilegio, una blasfemia generalizada, supraconfesional. Una vez alcanzado el destino, no ven más que unos hombres helados, atados con cuerdas de dos en dos, sin ropa de abrigo, temblando a la intemperie. Romanowski se encoge de hombros. Ni siquiera comprende qué significa todo aquello. Pero, por si acaso, todos dan con sus huesos en el calabozo de Kopyczyńce.

La noticia de lo ocurrido no tarda en llegar a las autoridades turcas; ya al tercer día se presenta un pequeño destacamento turco y exige a Romanowski la entrega del prisionero Jacob Frank, ciudadano de la Sublime Puerta, a lo que Romanowski accede de buen grado. Que sean judíos o turcos quienes juzguen a sus apóstatas.

Al parecer, en los tres días pasados en el calabozo de Kopyczyńce, antes de que los turcos vinieran a buscarlo, Jacob ha vuelto a vivir el descenso del Espíritu Santo, la Ruaj ha-Kodesh, y gritado cosas extrañas –como más tarde confirmarían reb Szajes e Icełe de Korolówka, que estaban en su misma celda–: que junto con doce hermanos se uniría a la religión cristiana. Al soltarlo, los turcos le dieron un caballo que montó para dirigirse de inmediato a Chocim, más allá de la frontera turca. Los espías, por su parte, informaron al rabino Rappaport de Lwów que al marcharse había dicho en hebreo, y haciéndose oír: «¡Enfilamos el camino regio!»

DE LA PRINCESA POLACA GITLA PINKAS

La bella Gitla es la única hija de Pinkas, secretario de Rappaport, el rabino de Lwów. La muchacha tiene la cabeza a pájaros y no cesaba de causar problemas a su padre, así que este la mandó con su hermana a Busk para que allí respirara el aire puro del campo y dejara de atraer las miradas de todo el mundo.

No está bien que sea tan bonita –aunque esto suele alegrar a los padres–: alta, esbelta, de rostro alargado y tez morena, de labios gruesos y ojos oscuros. Camina descuidadamente y viste ropa rara. Se ha pasado todo el verano paseando por los húmedos prados de las afueras de la ciudad, recitando poesías, yendo sola al cementerio, siempre con un libro en la mano. Su tía opina que siempre pasa igual cuando se enseña a leer a las muchachas. El imprudente padre de Gitla lo hizo y he aquí el resultado. La mujer instruida es fuente de grandes problemas, cosa que queda demostrada. ¿Qué persona normal se pasa

horas en un cementerio? La muchacha tiene diecinueve años, hace tiempo que debería estar casada, en cambio atrae miradas curiosas de chicos jóvenes y señores mayores, pero nadie la quiere por esposa. Parece ser que se ha dejado manosear por algunos muchachos. Lo hacían detrás del cementerio, allí de donde parte el camino hacia el bosque. Quién sabe si no pasó algo más.

La madre de Gitla murió cuando la niña tenía pocos años. Pinkas permaneció viudo durante mucho tiempo, pero hace un par de años tomó una nueva esposa, que no soportaba a la hijastra. Fue correspondida. Cuando la madrastra dio a luz a unos gemelos, Gitla huyó de casa por primera vez. Su padre la encontró en la taberna del fielato de Lwów. La jovencita se sentó a la mesa de unos jugadores de cartas y fue dándoles consejos, ora a uno, ora a otro. Pero no la tomaron por una buscona. Hablaba un polaco correcto, se la veía instruida y bien educada. Quería ir a Cracovia. Iba bien vestida, con su mejor ropa, y se comportaba como si esperase a alguien. El tabernero pensó que era una señorita de alta cuna caída en apuros. Ella dijo que era bisnieta de un rey polaco, que su padre la había encontrado en una cesta forrada de plumón de cisne y que la hembra de cisne la amamantó con su leche. Los que la escuchaban reían, más por la leche que por la cesta. Su padre irrumpió en la taberna y le propinó una bofetada delante de todo el mundo. Después la subió por la fuerza al carro y partieron rumbo a Lwów. Al pobre Pinkas le resuenan hasta hoy en los oídos las carcajadas y bromas verdes de los asistentes. Por eso decidió entregar a su hija en matrimonio cuanto antes, al primero que la quisiera mientras –abrigaba la esperanza– aún fuera virgen. Contrató a las mejores alcahuetas y enseguida surgieron dos pretendientes, uno de Jezierzany y el otro de Czortków. Entonces ella empezó a retozar en el heno con los chicos de tal manera que lo viese todo el mundo. Lo hizo adrede, para evitar la boda. Y la evitó, pues los candidatos a marido se retiraron. Tanto el de Jezierzany como el de Czortków: las noticias corren como la pólvora. Ahora vivía en una estancia separada hecha en un anejo, como una leprosa.

Sin embargo, en el invierno de aquel año fatal, Gitla tuvo la suerte, o tal vez la mala suerte, quién sabe, de ver llegar por el camino principal una hilera de trineos, cuyos pasajeros se instalaron en el pueblo. La tía de Gitla, que también acogía bajo su techo la visita de la madrastra y los gemelos –dos criaturas voraces y peludas como Esaú–, confinó en casa a toda la familia, cerró las contraventanas y dispuso que todo el mundo rezase para impedir que las voces de aquellos descreídos llegaran a sus inocentes oídos.

Gitla, sin hacer caso de las protestas de su tía y su madrastra, se puso la zamarra hutsul que le había regalado su padre y salió a la nieve. Atravesó el pueblo rumbo a la casa del pelirrojo Nachman,

donde se había alojado el Señor. Esperó ante la puerta junto a los demás, el vaho del aliento les tapaba la cara y sus pies golpeaban el suelo helado. Finalmente, el Señor de nombre Jacob salió con su séquito. En ese momento, Gitla le agarró la mano y se la besó. Él quiso retirársela, pero ella ya había dejado al descubierto su hermosa y tupida cabellera y pronunciado además lo que solía: «Soy una princesa polaca, nieta de un rey polaco.»

Los reunidos se carcajearon, pero Jacob quedó tan impresionado que observó a la muchacha y la miró a los ojos. Lo que vio en ellos, no se sabe. A partir de entonces Gitla lo siguió a cada paso, sin apartarse de él ni un instante. Se decía que el Señor la tenía en muy alta estima. Gracias a ella, decía la gente, el poder del Señor aumentaba por momentos, y ella misma recibió gran fuerza del cielo, la sentía en su interior. El día en que un desharrapado se abalanzó sobre el Señor, ella usó esa fuerza y le propinó tal golpe que el malnacido cayó en la nieve y tardó mucho en levantarse. Permaneció junto a Jacob como una loba hasta la noche fatal en Lanckoruń.

DE PINKAS Y SU VERGONZOSA DESESPERACIÓN

Cuando Pinkas va a trabajar, prefiere no llamar la atención de Rappaport, se desplaza arrimándose a las paredes, se inclina sobre los escritos que está copiando, pasa casi desapercibido. Pero el rabino, de ojos eternamente entornados, ve mejor que más de un zagal. Aparentemente, tan solo pasa a su lado, pero Pinkas percibe esa penetrante mirada suya como la picadura de una ortiga. Finalmente llega el momento en que el rabino lo convoca a comparecer cuando esté solo. Pregunta por la salud, por la esposa y los gemelos, educada y amablemente como acostumbra. Al final pregunta sin mirar a su secretario:

–¿Es cierto que…? –Deja la pregunta en el aire. Aun así, a Pinkas lo invade un repentino e infernal sofoco, siente en sus carnes miles de agujas incandescentes.

–Se ha abatido sobre mí una desgracia.

El rabino Rappaport se limita a menear tristemente la cabeza.

–¿Sabes, Pinkas, que ella ya ha dejado de ser judía? –pregunta con delicadeza–. ¿Lo sabes?

Rappaport dice que Pinkas debió hacer algo hace tiempo, cuando la chica empezó a decir que era una princesa polaca, o aun antes, cuando todo el mundo veía que sucedía algo malo, que la había poseído un dybbuk, pues se volvió promiscua, grosera y respondona.

–¿A partir de qué momento empezó a conducirse de manera tan extraña? –pregunta el rabino.

Pinkas reflexiona un buen rato y contesta que a partir de la muerte

de su madre. La mujer tardó mucho en morir, sufrió atrozmente, tenía en un pecho un bulto que se desparramó por todo su cuerpo.

–Es comprensible que fuese en aquel momento –dice el rabino–. Alrededor de un alma agonizante se reúnen numerosas almas libres y tenebrosas. Buscan un punto débil por el que penetrar en la persona. La desesperación debilita.

Pinkas lo escucha con el corazón encogido. Le da la razón al rabino, que es un sabio, y él, Pinkas, comprende esa lógica, lo mismo habría dicho él a otra persona: cuando hay una fruta podrida en el cesto, hay que tirarla para que no contamine a las demás. Pero cuando contempla a ese Rappaport que, aunque compasivo, se muestra tan seguro de sí mismo y que, por añadidura, cierra los ojos al hablar, se le pasa por la cabeza la idea de la ceguera: que a lo mejor hay algo que ese gran hombre sabio no ve. Quizá existan leyes que escapan al entendimiento, quizá no todo esté comprendido en las escrituras, quizá sea necesario crear un texto nuevo para su Gitla y sus semejantes, quizá en verdad sea una princesa polaca y su alma...

Rappaport abre los ojos y, al ver a Pinkas inclinado como una rama partida en dos, le dice:

–Llora, hermano, llora. Tus lágrimas limpiarán la herida, que pronto restañará.

Pero Pinkas sabe que tales heridas nunca restañan.

14

DEL OBISPO DE KAMIENIEC, MIKOŁAJ DEMBOWSKI, QUE NO SABE LO EFÍMERO DE SU PAPEL EN TODO ESTE ASUNTO

El obispo Dembowski está firmemente convencido de su propia importancia. También cree que va a vivir eternamente, pues se tiene por un hombre virtuoso y justo, exactamente como el que buscaba Jesucristo.

De contemplarlo con los ojos de Yenta, habría que reconocer que en cierto sentido tiene razón. No ha matado, no ha traicionado, no ha violado, ha ayudado a los pobres dándoles limosna cada domingo. A veces sucumbe al deseo carnal, pero hay que reconocer que lo combate honradamente, y que cuando se deja llevar, lo olvida enseguida y deja de pensar en ello. El pecado se fortalece cuando se piensa en él, cuando se le da vueltas en la cabeza, se lo imagina y se desespera uno al evocarlo. A fin de cuentas, queda dicho bien claro que basta con hacer penitencia y ya está.

El obispo tiene cierta inclinación por el lujo, pero se justifica en su frágil salud. Le gustaría prestar un buen servicio al mundo, por eso está agradecido a Dios por la dignidad que ostenta, pues esta le proporciona la oportunidad de hacerlo.

Sentado a la mesa, escribe. Tiene un rostro redondo y carnoso, unos labios grandes que se podrían calificar de sensuales de no pertenecer a un obispo, la tez clara y el pelo rubio. A veces, cuando se acalora, se pone rojo, como cocido. Se echa una muceta de lana sobre el roquete y se calienta los pies metiéndolos en una chinela de piel que las mujeres han cosido especialmente para él, ya que se queja de que se le quedan fríos. Su palacete de Kamieniec nunca está lo suficientemente caldeado, el calor se escapa y las corrientes campan por sus respetos, pese a que las ventanas son pequeñas y en el interior reina siempre la penumbra. Las ventanas de su despacho dan a un callejón junto a la pared de la iglesia. Ahora está viendo a dos andrajosos riñendo; al cabo de un instante uno se pone a apalear al otro, el apaleado grita con voz chillona, así que los demás mendigos se unen también a la trifulca y el alboroto no tarda en violentar los episcopales oídos. El obispo intenta escribir:

Shabta Zvinianos Shabsa Tsvinanos Sabsatzevitas
Shabsiatzevinos Shapsiasevinos Shaplatsevinos

Acaba por pedir ayuda al padre Pikulski, un cuarentón canoso, flaco y menudo que, enviado aquí especialmente desde su monasterio con el aval del obispo Sołtyk como experto en un muy particular asunto, trabaja al otro lado de una puerta entornada donde a la luz de una vela su cabeza de grandes dimensiones que desprecia la suavidad de la peluca proyecta sobre la pared una larga sombra.

–¿Cómo diantre se escribe esto?

El padre Pikulski aparece junto al escritorio. Sus rasgos se han agudizado a lo largo de los últimos años, desde que lo vimos en la comida de Rohatyn; está recién afeitado, en su ancha barbilla se aprecian varios cortes. ¿Qué barbero se habrá ensañado con él de esa manera?, piensa el obispo.

–Será mejor, Excelencia, que escriba «contratalmudistas», puesto que ellos se oponen al Talmud, de eso no hay duda. Es también lo más prudente para nosotros: no entrometernos en sus teologías. El pueblo llano los llama «sabsatzevitas».

–¿Y usted qué opina de esto, padre? –pregunta el obispo señalando la carta que tiene delante sobre la mesa. La carta procede nada menos que de los ancianos de la comunidad judía de Lanckoruń y Satanów, y en ella los rabinos solicitan intervenir en el asunto de los apóstatas de la Ley de Moisés que mancillan las tradiciones más antiguas.

–Se ve que a ellos esto los supera.

–¿Se trata de las indecencias cometidas en aquella taberna? ¿Es esa la causa?

Pikulski aguarda un momento, parece como si estuviera calculando algo para sus adentros, quizá lo esté haciendo. Después junta las manos y, sin mirar al obispo, dice:

–A mí me parece que intentan demostrarnos que no quieren tener nada que ver con esos herejes.

El obispo carraspea un poco, mueve impacientemente el pie en la chinela y el padre Pikulski entiende que debe continuar.

–Como nosotros el catecismo, ellos tienen el Talmud. En pocas palabras, es un comentario a la Biblia, pero uno particular, puesto que atañe a cómo se deben observar las leyes y los mandamientos de Moisés. –El padre se anima contento de poder demostrar los conocimientos que tan denodadamente ha ido adquiriendo durante años. Echa un vistazo al banco y arquea inquisitivamente las cejas.

El obispo asiente levemente con la cabeza. El padre se le aproxima. Huele a rancio –el pobre tiene sus aposentos en la planta baja– y a desinfectante, seguramente se lo ha pegado el barbero que con tan poca fortuna lo ha afeitado.

–Lo escribieron sus rabinos hace muchos cientos de años y allí lo dejaron todo claro: qué se debe comer, cuándo, qué está permitido y qué no. De no haberlo dejado por escrito, se habría venido abajo toda esa compleja construcción suya.

–Sin embargo, usted me dijo que todas las leyes estaban en la Torá –le interrumpe el obispo con tono de reproche.

–Pero tras la destrucción del Templo de Jerusalén, en el destierro, habría sido difícil obedecer la Torá; en un país extraño, en otro clima. Además, esas leyes son muy detalladas, se remontan a un estilo de vida antiguo, pastoral; el mundo había cambiado, así que escribieron el Talmud. Evoque, Excelencia, el Cuarto Libro de Moisés, aquel que habla de trompetas, ejércitos, cabezas de tribus, cabañas...

–Bueno, bueno... –suspira el obispo sin prestar atención.

–Ese Frank sostiene que todo eso es mentira.

–Se trata de una acusación muy grave. ¿Y la Torá también?

–La Torá no le molesta, pero su libro sagrado es el Zohar.

–Eso ya lo sé. Pero ¿qué quieren esta vez?

–Quieren que se castigue a ese Frank. En el pueblo de Lanckoruń, los talmudistas apalearon a los herejes, presentaron una demanda por «el pecado de los adamitas» y les impusieron un anatema. ¿Qué más les pueden hacer? Por eso se dirigen a nosotros.

El obispo alza la cabeza.

–¿Pecado de los adamitas?

–Bueno, Excelencia... –dice Pikulski, y de pronto se sonroja y comienza a carraspear mientras el obispo, en un acto espontáneo de misericordia, le dispensa de acabar la frase. Pero el padre Pikulski no tarda en reponerse–: Hubo que soltar a ese Frank de la cárcel, pero sigue actuando desde tierras turcas. Durante el ayuno judío, el tal Jacob preguntaba desde un carro que por qué iban a ocultarse si ya tenían al Dios verdadero y creían firmemente en él. Decía: «Venid,

mostrémonos, expongámonos. Que nos vean.» Después, en el transcurso de ese ayuno tan riguroso, servía vodka a todo el mundo, ofrecía pasteles y carne de cerdo.

¿De dónde han salido, tan de repente y en tal número?, se pregunta el obispo mientras mueve los dedos de los pies en la chinela de piel. Ya antes había oído hablar de unos apóstatas judíos que se negaban a actuar según los mandamientos de la Torá, convencidos de que sus leyes habían perdido vigencia con la venida del Mesías. Pero ¿qué puede importarnos todo esto?, piensa el obispo. Nada tienen que ver con nosotros, su religión es rara y torcida. Se trata de una disputa interna, que se salten al cuello. Aunque también hay más cosas: al parecer se sirvieron de sortilegios y hechizos, intentaron sacar vino de una pared haciendo uso de fuerzas secretas descritas en el Libro de la Creación. Según parece, se reunían en lugares remotos, en mercadillos, donde se reconocían con la ayuda de diversos signos, por ejemplo, escribiendo las iniciales de su profeta S-T en libros, puestos y mercancías. Y además –y esto también lo grabó en su memoria el obispo– comerciaban entre ellos, formaban sociedades cerradas donde se avalaban mutuamente. Había oído decir que cuando a uno de ellos se le acusaba de fraude, los otros acreditaban su honradez y echaban la culpa a alguien ajeno a su grupo.

–Aún no he terminado de redactar el informe para Su Excelencia –se justifica de pronto Pikulski–. El Zohar también es un comentario, aunque diferente, yo diría que místico, no se ocupa de la ley, sino de las cuestiones de la creación del mundo, de Dios en persona...

–Blasfemias –le interrumpe el obispo–. Volvamos al trabajo.

Pero el otro sigue de pie, es unos diez años más joven que el obispo, tal vez más aún; pese a ello, parece viejo. Es a causa de la delgadez, piensa el obispo.

–Su Excelencia hizo bien en enviarme a Lwów –dice el padre Pikulski–. Estoy a la disposición de Su Excelencia y no creo que halléis a nadie mejor que yo en lo que respecta a los judíos y a esa herejía suya. –Al decirlo, el padre Pikulski se ruboriza, carraspea y baja la mirada. Parece sentir que se ha excedido y que ha incurrido así en el pecado de soberbia.

El obispo, sin embargo, no advierte su confusión. ¿Por qué paso tanto frío?, piensa, como si la sangre no llegara a los miembros más remotos de mi cuerpo, como si circulara demasiado despacio, ¿por qué es mi sangre tan remolona?

El obispo tiene bastantes problemas con los judíos del lugar. Qué tribu diabólica, artera y terca es esta: Allí de donde se los expulsa, enseguida vuelven a hurtadillas, no hay fuerza humana que pueda con ellos, a menos que se ejerza de manera decidida, inapelable. Nada sirve.

¿Acaso no contribuyó el obispo al decreto real contra los judíos en el octavo año de su cargo, es decir, Anno Domini 1748? No cesó de atosigar al rey con este asunto, de enviarle cartas, de dirigirle súplicas, hasta que este promulgó un edicto: en veinticuatro horas los judíos de Kamieniec tuvieron que marcharse, sus casas fueron requisadas por el municipio, la escuela fue arrasada. Participaron en ello los comerciantes armenios, a quienes los judíos incomodaban sobremanera al bajar precios y comerciar directamente o bajo cuerda; aquellos armenios agradecieron generosamente los favores del obispo. Pero el problema no desapareció. Expulsados de Kamieniec, los judíos se trasladaron a Karwasary y Zińkowce, con lo que violaron inmediatamente la prohibición de establecerse a menos de tres millas de la ciudad; sin embargo, nadie tuvo el ímpetu suficiente para juzgarlos y las autoridades hicieron la vista gorda. Pese a todo, acudían a diario a la ciudad con sus mercancías para seguir comerciando aunque solo fuera un poco. Enviaban a sus mujeres. Lo peor fue que los compradores empezaron también a trasladarse más allá de Smotrych, hasta Zińkowce, donde se formó un mercado ilegal, que hizo menguar el de Kamieniec. Volvieron a afluir las quejas: por ejemplo, que las judías de Karwasary llevaban sus rosquillas a hornear a la tahona pese a la prohibición. ¿A santo de qué debo ocuparme yo de esto?, piensa el obispo.

–Ellos sostienen que las leyes de la Torá ya no les conciernen –prosigue su discurso el padre Pikulski–. Y que la religión judía basada en el Talmud es una religión falaz. Ya no vendrá ningún Mesías, los judíos lo esperan en vano... Dicen asimismo que Dios son tres personas y que ese Dios ya estuvo en el mundo encarnado en un hombre.

–¡Oh! ¡En eso tienen razón! –se alegra el obispo–. El Mesías no vendrá porque ya ha venido. Pero no me dirá, buen hombre, que creen en Jesucristo –dice el obispo santiguándose–. Páseme la carta de esos botarates.

Observa celosamente el escrito como si esperase hallar en él algo peculiar: sellos, filigranas...

–¿Dominan el latín? –pone en duda el obispo mientras lee la carta, escrita sin duda por mano culta, que le han dirigido los contratalmudistas–. ¿Quién se las escribe?

–Parece ser que uno de los Kossakowski, pero no sé de qué rama. Le pagan bien.

DE CÓMO EL CURA CHMIELOWSKI DEFIENDE ANTE EL OBISPO SU BUEN NOMBRE

El cura Chmielowski avanza a pequeños y apresurados pasos hacia

el obispo y le besa la mano; el obispo, por su parte, levanta los ojos al cielo: es difícil saber si lo hace bendiciendo al recién llegado o si se trata más bien de un gesto de tedio. Pikulski también saluda al cura, demasiado efusivamente para lo que es costumbre en él: hace una profunda reverencia, le da la mano y se la estrecha durante un buen rato. El viejo sacerdote –sotana manchada (botones medio caídos, algo inaceptable), bolsa destrozada con la correa rota, de ahí que la lleve bajo el brazo, mal afeitado, pelo completamente blanco– ríe exultante de alegría.

–He oído decir que ya está como en casa en la sede episcopal, padre –dice jovialmente, pero parece que Pikulski percibe cierto tono de reproche, pues vuelve a ruborizarse.

El cura decano empieza su súplica desde la misma puerta. Lo hace sin miedo, pues conoce bien al obispo desde la época en que este era un simple cura.

–Señor obispo, querida excelencia, no he venido aquí para incomodaros en vano, sino para pediros fraternal consejo. ¿Qué hacer? –empieza en tono dramático.

Saca de la bolsa un paquete envuelto en un paño no muy limpio y lo coloca delante, pero no le quitará las manos de encima hasta que acabe de hablar.

El asunto se remonta a mucho tiempo atrás, cuando el cura decano, siendo todavía preceptor de uno de los hijos del aristócrata Józef Jabłonowski, tenía permiso para consultar en sus ratos libres la biblioteca del palacio. Acudía a menudo, tan pronto como su alumno se ocupaba de otra cosa, y cada momento que tenía libre lo pasaba leyendo en aquel manantial de conocimiento. Ya en aquella época empezó a tomar notas y a copiar pasajes enteros, y como tenía muy buena memoria, también retenía muchas cosas.

Y ahora, cuando una nueva edición de su obra acaba de ver la luz –el cura Chmielowski da significativos golpecitos en el paquete–, regresa la vieja acusación de que se apropió tanto de la idea, como de numerosos hechos y reflexiones de un fallido manuscrito del magnate, manuscrito que supuestamente estaba sin protección alguna sobre la mesa de la biblioteca, lugar donde el cura podía fusilarlo impunemente.

El sacerdote se interrumpe para tomar aliento, y el obispo, asustado ante tal vehemencia, se inclina sobre él desde el otro lado del escritorio y echa una ojeada inquieta al paquete mientras trata de rememorar todo el asunto.

–¿Cómo que «fusilar»? –exclama el cura decano–. ¿Qué significa «fusilar»? ¡Al fin y al cabo, todo mi trabajo es thesaurus stultitiae! He recopilado en mis libros el conocimiento humano, así que ¿cómo no iba a copiar? ¿Cómo no iba a buscar referencias? A fin de cuentas, la

sabiduría de Aristóteles o las leyendas de Sigibertus o los escritos de san Agustín, ¡no pueden ser propiedad de nadie! Puede que sea un magnate y que estén llenos sus cofres, pero el conocimiento no le pertenece, ¡y no se le puede estampar un sello ni marcar sus lindes como a un campo de cultivo! No tiene suficiente con lo que tiene, sino que encima quiere destruir lo único que tengo yo: el buen nombre y la consideración del lector. Cuando omni modo crescendi neglecto, con enorme esfuerzo, he llevado mi obra a su fin, ¿ahora piensa echar por tierra mi reputación con tamaña calumnia? Dicit: fur es! ¡Que le robé la idea! ¿Y qué gran idea es esa: tomar nota de cosas interesantes? Allí donde di con algo sabio, lo hice sine invidia, sin envidia lo trasladé al theatrum de mi Atenas curiosis. ¿Qué hay de malo en ello? Cualquiera podría tener esa idea. Que me enseñe dónde. –En ese momento, el cura decano saca del paquete el volumen con un gesto resuelto y presenta a los ojos del obispo la nueva edición de su Nueva Atenas. El olor a tinta de imprenta, acre e intenso, les golpea en la nariz.

–Es ya la cuarta edición, ¿verdad? –lo intenta tranquilizar el obispo Dembowski.

–¡Precisamente! La gente lo lee más de lo que pensáis, queridísima Excelencia. En muchas mansiones nobles, y también en los salones de algunos burgueses, tienen este libro, y lo consultan tanto viejos como jóvenes y, poco a poco, nolens volens, absorben el conocimiento del mundo.

El obispo Dembowski se sume en cavilaciones; la sabiduría no es otra cosa que la capacidad de ponderar juicios.

–Quizá las acusaciones sean injustas, pero las expresa un hombre muy respetado –dice, y al cabo de un momento añade–: Aunque resentido y amargado. ¿Qué se supone que debo hacer yo?

Lo que busca el cura Chmielowski es un respaldo eclesial para su libro, sobre todo porque él mismo es un servidor eclesial, valientemente forma parte de las filas de los fieles y trabaja por el bien de la Iglesia sin preocuparse por sus propios intereses. Y recuerda que la Res Publica no es buen país para los libros. Al parecer hay nada menos que seiscientos mil nobles en este país, y se publican trescientos títulos al año, ¿cómo va a pensar entonces la nobleza? El campesino por definición no sabe leer, tal es su sino, así que no necesita de libros. Los judíos tienen los suyos, la mayoría no sabe latín. Durante un instante se queda callado y luego, mirando sus botones pendiendo de un hilo, dice:

–Prometisteis, Excelencia, hace dos años, contribuir con una suma a la publicación... Mi Atenas es una fuente de conocimiento que todo el mundo debería tener en casa.

El cura no quiere decirlo, no sea que el obispo lo tome por soberbio, pero lo que más le gustaría sería ver su Atenas en cada

mansión noble, leída por todo el mundo, porque precisamente con ese propósito la escribió: para todos, también para que las mujeres, una vez acabados los quehaceres diarios, se sienten a leerla, y algunas páginas servirían incluso para los niños... Bueno, no todas, añade para sus adentros.

El obispo carraspea y se aparta un poco, y eso hace que el cura decano añada con voz más baja y ya no tan entusiasmada:

–Pero nada de eso hubo. Yo mismo pagué escrupulosamente a los jesuitas de la imprenta con el dinero ahorrado para mi vejez.

El obispo tiene que ingeniárselas para escabullirse de las absurdas exigencias de su viejo compañero. Ni dinero –¿de dónde iba a sacarlo?– ni respaldo. El obispo ni siquiera ha leído ese libro y Chmielowski tampoco es santo de su devoción. Demasiado dejado para ser un buen escritor; en cualquier caso, el obispo no ve en él un sabio. Y ya que de respaldo se trata, que sea más bien para la Iglesia y no de la Iglesia.

APPROBACYA Tey KSIASZKI
Przez J.W.JMci Xiędza IGNACEGO z Wyżyc WYZYCKIEGO ARCYBISKUPA Metropolitalnego Lwowskiego,
Dana iest w Pierwszey CZESCI Tey KSIASZKI.
Tamże iest PRZEMOWA do CZYTELNIKA barzo potrzebna.
Tu kładę
ZACHĘCENIE CZYTELNIKA do tey CZESCI.
Surge vade, & Domus tua, & peregrinare, ubicunque reperis. IV. Regum cap. 8. v. 1.
KSIASZKA ta iest, *Quæ Mare, quæ terras, quæ totum possidet Orbem.* Lucanus.
Opus Magni mirabile Mundi Tibullus.
Kto w domu iak żołw siedziss, anis woiaiował.
Kurkow nie Turkow z okna w swym Domu widował.
Ledwieś słyszał co MOGOŁ? SWIAT Nowy? PETZORA?
Tą czytay, PEREGRYNANT będziesz z Domatora.

KATALOG AUTOROW.

Se ve que el cura Chmielowski no esperaba semejante recibimiento, le gustaría decir algo más, pero en la puerta aparece ya un secretario que se parece a un ratón gigante, así que recoge su paquete y se va. Intenta caminar despacio y con dignidad para disimular su gran decepción.

Roszko lleva a casa al cura abrigado con pieles. La nieve alcanza los tejados de las chozas, así que el trineo se desliza fácilmente, como si volara. El sol deslumbra al cura, se refleja en cada copo de nieve. Justo antes de Rohatyn, de en medio de la claridad surge una cabalgata de trineos grandes y pequeños, y en ellos un montón de judíos. Hacen mucho ruido y desaparecen en la deslumbrante blancura. Chmielowski todavía no sabe que en casa lo aguarda una carta largamente esperada.

DE LO QUE ESCRIBE ELŻBIETA DRUŻBACKA AL CURA CHMIELOWSKI EN FEBRERO DEL AÑO 1756 DESDE RZEMIEŃ DEL WISŁOKA

Me gustaría, mi querido amigo, escribirle más a menudo, pero mi hija acaba de dar a luz y sobre mis viejos hombros ha recaído toda la administración de la finca, pues mi yerno está e viaje, uno que se demora ya un mes a causa de unas nevadas tan terribles que gran parte de los caminos están intransitables y los ríos se han desbordado, aislando del mundo todo asentamiento humano.

De manera que me levanto a primera hora de la mañana y no paro: establos, porquerizas, gallineros, poner en conserva todo lo traído por los campesinos: desde el mismo amanecer debo hacerme cargo de lácteos, quesos, cuajadas y requesones, carne ahumada, aves de corral cebadas, grasas, harinas, sémolas, hogazas, setas, fruta seca, siropes de miel, ceras y sebo para velas, aceite para lámparas y para los días de ayuno, lanas, hilos para telares, pieles para zamarras y botas. Para poder servir el pan en la mesa por las mañanas es preciso antes trabajar mucho, muchísimo, y deben hacerlo muchas personas, juntas y por separado, y sobre todo las féminas. Son ellas las que ponen en movimiento las muelas de molino, las ruecas y los telares. Bajo su atenta mirada humean los ahumaderos, crece la masa en las artesas, se cuecen los panes en los hornos, se prensan los moldes para las velas, se secan las hierbas medicinales para las boticas caseras, se salan el sebo y la panceta. Bajo su supervisión, se fabrica el vodka y se aliña con especias, se elabora la cerveza, se prepara el hidromiel y se acumulan las provisiones en alacenas y despensas. Pues sobre la mujer se asientan tres esquinas de la casa, la cuarta lo hace sobre Dios.

Ni una sola línea llevo estampada desde hace meses y, a decir verdad, me sentiría muy dichosa de tomarme un descanso de todo este

ajetreo. Tengo dos hijas, como usted sabe, y una de ellas tanto se ha puesto a dar a luz que ya ha alumbrado a su cuarta hija. La vida le sonríe, tiene un marido bueno y trabajador, y se los ve muy unidos. ¿Qué más se puede pedir que tal armonía humana?

Intento verlo todo con buena disposición, pese a los muchos problemas. ¿Cómo es eso de que en la vida de unos haya exceso y en la de otros carencia? No solo de bienes materiales, sino también de ocupaciones, tiempo, felicidad y salud. Ay, si se pudiera repartir por igual...

En cierta ocasión pedí a Zofia Czartoryska que me ayudara a vender mi vino, pues hago buen vino, aunque no de uva, sino de frutas del bosque, sobre todo de rosa silvestre. Es fuerte y todo el mundo coincide en alabar su aroma. También a usted, querido amigo, le enviaré unas botellas.

Fíjese, mientras escribo esto, se abre la puerta bruscamente e irrumpen las niñas persiguiendo a Firlejka, porque ha entrado en la casa con las patas llenas de barro y hay que limpiárselas, pero la perra huye por debajo de los muebles dejando tras de sí huellas sucias cual sellos de barro. Cada vez que miro a esa migaja de la creación divina, pienso en usted, mi querido amigo. ¿Cómo se encuentra, está bien de salud? Y, sobre todo, ¿cómo avanza su gran obra? Las niñas chillan y gritan, la perra en absoluto entiende tal alboroto, y cuando la más pequeña cae de bruces sobre los tablones del suelo, la perra, pensando que es un juego, toda contenta, se pone a agarrarla por el vestido. Ay, la de cosas que tendré que lavar, mi Buen Amigo.

¿Podría usted incluir en su próxima carta historias curiosas para que pueda presumir ante la buena sociedad cuando por fin regrese a ella? En mayo me dispongo a visitar de nuevo a los Jabłonowski en respuesta a su invitación...

EL CURA CHMIELOWSKI A ELŻBIETA DRUŻBACKA

El vino de usted, señora, ha llegado y me gusta mucho. Suelo tomarlo por la tarde, cuando mis ojos ya están cansados y no sirven para trabajar, momento en que miro el fuego y disfruto del vino de usted, señora.

Le doy las gracias de todo corazón también por sus libros de poemas. De todas sus poesías, la que más me gusta es la que elogia el bosque y la vida alejada del mundanal ruido, en todo ello coincido plenamente. No alabo las poesías de amor, pues no entiendo de esos asuntos ni para ellos tengo tiempo, y por razón de mi sacerdocio no es decoroso que me ocupe de tales fruslerías. Todo ese amorío humano se valora y se ensalza en demasía, y a veces me parece que la gente, al ocuparse de él, en otra cosa piensa, y que ese «amor» es una metáfora

que no alcanzo a comprender. Quizá tan solo las mujeres puedan acceder a él, o los hombres afeminados. ¿Se trata de Caritas o más bien de Agape?

La admiro, mi estimada señora, por verter de su ser la poesía como del barril se vierte la cerveza. ¿Dónde le cabe todo eso, señora? ¿Y cómo es que de su cabeza puede extraer todas esas hermosas frases e ideas? Mi trabajo, mi querida amiga, es de una naturaleza del todo diferente. Yo no invento nada, presento la quintaesencia de varios cientos de autores a los que he leído de cabo a rabo. Usted, estimada señora, es del todo libre en lo que escribe, mientras que yo me asiento en lo que ya está escrito. Usted bebe de la imaginación y el corazón, con celo echa mano de sus afectos y visiones, como en un monedero, y enseguida lanza al aire monedas de oro, y con ellas brilla cautivando al pueblo. Mientras que yo no añado nada de cosecha propia, sino que recopilo y cito. Las fuentes las marco escrupulosamente, por eso en todas partes coloco la palabra «teste», o sea, compruébalo, lector, mira aquí o allá, consulta el libro madre y verás cómo el conocimiento se trenza y entrelaza desde hace siglos. De este modo, cuando copiamos y citamos, erigimos el edificio del conocimiento y lo multiplicamos igual que hacen mis hortalizas o manzanos. Copiar es como injertar un árbol; citar, como sembrar semillas. Y entonces no tememos a los incendios de las bibliotecas, ni a las invasiones suecas ni a ningún fuego de Jmelnitski. Cada libro es un nuevo injerto de conocimientos. El conocimiento debe ser útil y accesible. Todo el mundo debería dominar lo máximo de las ciencias imprescindibles –tanto la medicina y la geografía como la magia natural– y debería saber alguna que otra cosa de religiones y países ajenos. Es preciso conocer las nociones principales y tenerlas ordenadas en la cabeza, pues, et quo modo possum intelligere, si non aliquis ostenderit mihi? Mi lector debería hojear volúmenes inmensos, adquirir bibliotecas enteras, y aquí, gracias a mi trabajo, lo tiene usted sin multa scienda.

Sin embargo, a menudo me pregunto cómo debo describir esto o aquello, cómo abarcar una inmensidad tal. ¿Debería seleccionar solo fragmentos y traducirlos lo más fielmente posible o resumir las conclusiones de los autores y señalar tan solo de dónde están extraídas para que el lector inquisitivo pueda consultar esos libros cuando se hallare en una buena biblioteca? Pues me preocupa, señora, que el resumir las ideas ajenas no acabe de reflejar su espíritu, ya que se pierden los hábitos lingüísticos del autor, su estilo, y ni el humor ni la historia se pueden resumir. Así que tales compilaciones no son más que una aproximación, y si después alguien resume un resumen, el resultado se convierte en meros posos, y de esta manera el conocimiento parece exprimido. Y no sé si es zupia, cual fruta del vino de la que ya han extraído toda esencia, o, por el contrario, es aqua vitae: cuando se destila algo más aguado, más flojo, y se obtiene alcohol puro, es decir, el espíritu.

Y precisamente tal destilación pretendía yo llevar a cabo. Para que el lector no tuviera que consultar todos esos libros que ocupan mis estanterías, y que son ciento veinte, ni aquellos que estando de visita en mansiones, palacios y conventos fui leyendo y de los que tomé exhaustivas notas.

No piense usted, mi buena amiga, que aprecio más mis esfuerzos que sus poesías y romanzas. Las suyas las escribe usted para entretener, mientras que los míos parecen útiles para la ciencia.

Mi gran sueño es peregrinar a lejanas tierras, pero no pienso en Roma ni en otros lugares exóticos, sino en Varsovia. Allí acudiría a un solo sitio: al palacio de los Daniłowicz, donde los hermanos Załuski, sus nobles editores de usted, han reunido una biblioteca de miles de volúmenes y la han puesto a disposición de cualquiera que sepa y quiera leer...

Para acabar, hágame el favor, señora, de acariciar a Firlejka detrás de la oreja. Cuán orgulloso estoy de que le haya puesto ese nombre. Su madre vuelve a tener camada. No tengo valor para ahogarlos, los regalaré entre las mansiones de la vecindad, y, siendo de parte de un cura, también los campesinos los aceptarán de buen grado...

LO QUE PINKAS APUNTA Y LO QUE QUEDA SIN APUNTAR

Se equivocaría aquel que pensara que los espías trabajan solo para los obispos; las cartas también van a parar a la mesa del rabino Rappaport de Lwów. Pinkas es su secretario de mayor confianza, su memoria externa, su archivo, su libro de direcciones. Siempre medio paso detrás del rabino, erguido, menudo, con cierto aire de roedor. Coge cada carta entre sus delgados y largos dedos y celosamente le da vueltas prestando atención a cualquier detalle, una mancha, un

borrón; después la abre con cuidado; si hay sello, intenta romperlo de manera que se desmigaje lo menos posible y que en él permanezca la marca del remitente. Después lleva las cartas al rabino y espera sus instrucciones: dejar para más adelante, copiar, responder de inmediato. A continuación, Pinkas se sienta a escribir.

Sin embargo, desde que perdió a su hija, le resulta difícil concentrarse en las cartas. El rabino Rappaport lo comprende muy bien (o quizá tema que en su estado de agitación interior pueda cometer un error, por lo que no serviría para ser secretario) y solo le pide que lea y, como mucho, que le traiga las cartas. Ya ha contratado a otro escribano, así que Pinkas tiene menos trabajo. A Pinkas le resulta desolador, pero intenta disimular el orgullo herido. Sí, debe reconocerlo, se ha abatido sobre él una desgracia.

Y eso que le interesa vivamente lo que les ocurre a los malditos partidarios de ese Frank, esos sarnosos que no dudan en mancillar su propio nido. Es una expresión del rabino Rappaport. Rappaport ha recordado a todo el mundo lo que se debe hacer en tales casos:

–Se conserva la tradición de nuestros padres de no decir nada de asuntos relacionados con Shabtai Tzvi; no hablar ni bien ni mal; ni maldecir ni bendecir. Y si alguien se empeña en preguntar, en inquirir cómo ha sido todo, hay que amenazarlo con el jerem.

Pero no se puede ignorarlo indefinidamente. Por eso en Lanckoruń, en la tienda de un tal Naftuła, se reúnen Rappaport y otros rabinos formando un tribunal rabínico. Debaten, hace poco han interrogado a los encarcelados. Hubo que protegerlos de la ira de los congregados ante la tienda, que los zarandeaban con furia mientras gritaban: «¡Trinidad! ¡Trinidad!»

–La situación es la siguiente –dice Rappaport–: como judíos estamos en el mismo barco y navegamos por un mar embravecido, a nuestro alrededor se apiñan monstruos marinos y, constantemente, cada día, nos acecha el peligro. Cada día y cada hora puede desencadenarse una gran tormenta que nos ahogue a todos.

A continuación, levanta la voz:

–Pero junto a nosotros también hay villanos, judíos de la misma cepa. A primera vista parecen hermanos, pero en realidad son bastardos, semilla del diablo que ha penetrado entre nosotros. Son peores que el Faraón, Goliat, los filisteos, Nabucodonosor, Hamán, Tito Flavio... Son peores que la serpiente del Edén porque abominan del Dios de Israel, cosa que ni siquiera la serpiente osó hacer.

Sentados alrededor de la mesa, los rabinos más ancianos y respetados de toda la vecindad, barbudos e indistinguibles a la tenue luz de los candiles, bajan la mirada preocupados. Sentados en la mesa de al lado, Pinkas y otro secretario se encargan de transcribir lo que se dice. Ahora Pinkas interrumpe la escritura para mirar al rabino de

Czortków, que llega tarde y está empapado aún por la lluvia del camino, y ve cómo el agua cae de su abrigo al encerado suelo de madera formando pequeños charcos en los que se refleja la luz de las lámparas.

El rabino Rappaport levanta la voz y la sombra de su dedo apuñala el bajo techo:

–Pero son precisamente ellos quienes, desatendiendo el bien común de los judíos, abren vías de agua en ese barco, ¡como si no se dieran cuenta de que nos hundiremos todos sin dejar rastro! Sin embargo, no hay consenso en que Gershom de Lanckoruń hizo bien en no informar a las autoridades de aquel repugnante ritual en una de las casas de la pequeña ciudad.

»Pero, no es lo más llamativo, lo que primero despierta la atención en ese asunto, lo más importante ni lo más amenazador –prosigue Rappaport y de repente hace una señal a Pinkas para que no lo escriba–. Lo peligroso es otra cosa, algo que pasó desapercibido y tapado por los pechos de Chaja, la hija de Shor. Todo el mundo se fija en la desnudez femenina, mientras que lo importante, lo más importante, es lo que vio con sus propios ojos y declaró oficialmente Melech Naftuła, quien allí estuvo: ¡la cruz!

Ahora se hace un silencio tal que se oye la sibilante respiración de Moshko de Satanów.

–Y con aquella cruz hicieron de todo, encendieron velas sobre ella y la agitaron por encima de la cabeza. ¡Esa cruz es el último clavo de nuestro ataúd! –El rabino levanta la voz, cosa muy poco habitual en él–. ¿No es así? –pregunta a Naftuła, que parece espantado de su propio testimonio.

Naftuła asiente con la cabeza.

–¿Qué pensarán ahora los gentiles? –pregunta en tono dramático Moshko de Satanów–. A ellos les da igual, un judío es un judío, y resultará que todos los judíos son así. Que cometen sacrilegios con la cruz. Que se ceban con ella. Ya nos lo sabemos... Antes de que nos dé tiempo a explicarnos, nos darán tormento.

–Quizá más nos valiera permanecer callados y arreglar el asunto entre nosotros –dice el rabino empapado.

Pero ya no existe ese «entre nosotros». Con ellos no se puede llegar a ningún acuerdo, porque presionan con todas sus fuerzas. Y cuentan con el apoyo de gente poderosa, como el obispo Dembowski (al oír ese apellido los allí reunidos se agitan inquietos) y el obispo Sołtyk (al oír este, la mayoría de los rabinos clava la vista en el oscuro suelo, solo uno lanza un quejumbroso suspiro).

–Así que tal vez sería mejor –continúa el sabio Rappaportque nos lavemos las manos ante esa inmundicia, que sean los tribunales reales quienes se las ensucien, mientras nosotros mantendremos de ahora en

adelante que no tenemos nada que ver con esos renegados. ¿Acaso siguen siendo judíos? –pregunta en tono dramático.

Por un momento se produce un tenso silencio.

–Ya no son judíos, desde el momento en que reconocen a Shabtai; que su nombre sea borrado por los siglos de los siglos –concluye y sus palabras suenan como un anatema.

Sí, al oírlas, Pinkas siente alivio. Ha expulsado el aire podrido y ahora tomará una bocanada de aire fresco. El debate se prolonga hasta la medianoche. Al transcribir, Pinkas aguza el oído para no perder detalle de lo que dejan caer entre las frases dignas de ser anotadas.

El jerem se promulga al día siguiente. Ahora Pinkas tiene mucho trabajo que hacer. La carta sobre el jerem debe ser copiada muchas veces y enviada cuanto antes a todas las comunidades. Por la tarde, la lleva a una pequeña imprenta judía sita cerca de la plaza del mercado de Lwów. Ya entrada la noche regresa a casa donde lo recibe con reproches su joven esposa, como siempre irritada con los gemelos, quienes, según sostiene, le chupan toda la savia.

DEL SEDER JA-JEREM, O SEA, DEL ORDEN DEL ANATEMA

El anatema consiste en una serie de palabras pronunciadas al son del shofar en un orden y un tiempo determinados. La ceremonia se celebra en la sinagoga principal de Lwów, a la luz de velas de cera negra, con el arca sagrada abierta. Se leen los fragmentos del Levítico 26, 14-45 y del Deuteronomio 28, 1568; después se apagan las velas y el temor se apodera de todo el mundo, ya que a partir de ese momento la luz divina deja de iluminar al maldito. La voz de uno de los tres jueces que ofician la ceremonia se propaga por toda la sinagoga y fenece entre la gran multitud de fieles:

–Anunciamos a todo el mundo que, sabedores desde hace tiempo de las execrables ideas y actos de Jankel Lejbowicz de Korolówka, hemos tratado por todos los medios de apartarlo del mal camino. Sin embargo, no pudiendo llegar hasta su corazón endurecido, recibiendo cada día nuevas noticias de su herético proceder y contando con testigos, el consejo de rabinos ha decidido que Jankel Lejbowicz de Korolówka debe ser maldecido y excluido de Israel.

Pinkas, que está colocado en el mismísimo centro de los congregados y casi percibe el calor corporal de los otros hombres, se agita inquieto. ¿Por qué llaman al maldecido Jankel Lejbowicz en lugar de Jacob Frank, anulando así en cierto modo los recientes sucesos? De pronto se despierta en Pinkas la inquietante sospecha de que al maldecir a Jankel Lejbowicz, dejan a salvo a Jacob Frank. ¿Acaso el anatema no sigue al nombre como el adiestrado sabueso que

recibe la orden de «busca»? ¿Y si el anatema mal dirigido no alcanza a la persona adecuada? ¿Y si el hombre, al cambiar de nombre, lugar de residencia, país y lengua, consigue escapar al jerem, al más grave de los anatemas, la peor de las maldiciones? ¿A quién maldicen? ¿A aquel pendenciero rebelde? ¿Al jovencito que seduce a mujeres y comete pequeñas estafas?

Pinkas sabe que, según lo que está escrito, el hombre castigado con el jerem debe morir.

Se abre paso a codazos mientras susurra a su alrededor: «Jacob Frank. Jacob Frank, no Jankel Lejbowicz.» El primero es el segundo. Finalmente, los que están más cerca del viejo Pinkas comprenden a qué se refiere. Se produce una pequeña confusión, tras la cual el rabino prosigue con el jerem y su voz se torna cada vez más quejumbrosa y terrible, hasta el punto de que las espaldas de los hombres congregados se encogen y las mujeres, en la galería a ellas destinada, sollozan ante la fuerza del tremendo mecanismo que, una vez extraído de las más oscuras mazmorras, cual gigante de arcilla sin alma, funcionará ya para siempre y jamás se podrá detener.

–Repudiamos, maldecimos y rechazamos a Jankel Lejbowicz, también llamado Jacob Frank, con las mismas palabras con las que Josué maldijo Jericó, las mismas con las que Eliseo maldijo a los niños, las mismas de todas las maldiciones escritas en el Deuteronomio –dice el rabino.

Se oye un murmullo, no se sabe si de congoja o de satisfacción, pero no parece proceder de los labios, sino de las vestimentas, desde el fondo de los bolsillos, de las amplias mangas, de las rendijas en el suelo.

–Maldito sea de día y maldito sea de noche. Maldito cuando se acuesta y cuando se levanta, cuando entra en la casa y cuando de ella sale. ¡Que el Señor no lo perdone nunca ni lo reconozca! Que desde ahora la ira del Señor arda en contra de ese hombre, que el Señor le imponga todas las maldiciones y que borre su nombre del Libro de la Vida. Os exhortamos a no intercambiar con él palabra alguna en conversación o por escrito, que nadie le haga favor alguno, que no permanezca con él bajo un mismo techo, que no se le acerque a menos de cuatro codos y no lea ningún documento por él dictado o por su mano escrito.

Las palabras se extinguen, se convierten en una especie de materia, una criatura aérea, una existencia indeterminada y secular. Cierran la sinagoga y se dirigen en silencio a sus casas. Mientras, en un remoto lugar, Jacob se sienta rodeado de los suyos; está un poco achispado, no nota nada, nada cambia a su alrededor, nada ocurre, excepto un súbito balanceo de las llamas de las velas.

DE YENTA, QUE SIEMPRE ESTÁ PRESENTE Y LO VE TODO

Yenta, siempre presente, ve el anatema en forma de algo borroso, como esas criaturas extrañas que nadan en nuestros ojos, retorcidas virutas, animalillos semitransparentes. A partir de ahora el anatema se aferrará a Jacob igual que la clara se aferra a la yema.

Aunque en el fondo no hay nada de que preocuparse ni de que extrañarse. Mirad a vuestro alrededor, hay muchas maldiciones semejantes, quizá más pequeñas, más débiles, más anodinas. Rondan a mucha gente, como lunas de gelatina en las órbitas inertes que rodean el corazón humano: a todos aquellos que oyeron «Ojalá revientes» cuando su carro se internó en un campo de coles y sus ruedas aplastaron los repollos ya maduros, o aquellas a las que maldijo su propio padre por retozar con un mozo en unos arbustos, o aquel ataviado con un caftán ricamente bordado que se expuso a la maldición de su propio campesino por imponerle un día más de servidumbre, o ese mismo campesino al que insultó su mujer porque permitió que le robaran todo el dinero o lo dilapidó en la taberna emborrachándose, este también oyó: «Ojalá revientes.»

De saber mirar tal y como lo hace Yenta, se comprobaría que, en su esencia, el mundo se compone de palabras que, una vez pronunciadas, se arrogan el derecho a determinar todo orden y todo parece ocurrir a su dictado, todo se les supedita.

Surte efecto la maldición más banal, cualquier palabra pronunciada.

Cuando varios días más tarde Jacob se entera del jerem, está sentado de espaldas a la luz, así que nadie ve la expresión de su rostro. Las velas proyectan un intenso brillo sobre su rasposa mejilla. ¿Se abatirá sobre él la enfermedad, tal y como pasó en Tesalónica? Solo manda llamar a Nachman y desde la mañana rezan de pie. A modo de defensa. Encienden más velas y en la estancia el calor se vuelve asfixiante. Justo antes del alba, cuando sus piernas ya no pueden más, Jacob perpetra un rito secreto, tras lo cual reb Mordke pronuncia palabras igual de poderosas que el anatema y las lanza en dirección a Lwów.

Mientras tanto, en Kamieniec, el obispo Dembowski despierta una mañana y siente que sus movimientos se han vuelto más lentos y que le exigen mayor esfuerzo. No sabe lo que significa. Pero cuando se da cuenta de la posible causa de esa extraña e inesperada indisposición, empieza a tener miedo.

Yenta yace en el cobertizo y ni muere ni se despierta. Israel, su nieto, recorre la aldea y habla de ese extraño fenómeno con una

preocupación y un temor que solo el vodka puede mitigar. Siempre se presenta como un buen nieto que dedica días enteros a su abuela, por lo que no le queda tiempo para trabajar. A veces, esas cavilaciones lo conducen al llanto, y otras, a estallidos de ira; se vuelve pendenciero. Pero lo cierto es que de la vieja Yenta se ocupan Pesełe y Frejna, las hijas de Israel.

Pesełe se levanta al alba y se dirige al cobertizo, en realidad un anejo de la casa, para cerciorarse de que todo esté en orden. Siempre lo está. Solo una vez vio que sobre el cuerpo de la anciana había un gato sentado, un gato extraño. Lo ahuyentó y desde entonces cierra la puerta a conciencia. A veces Yenta aparece cubierta por una especie de rocío, por gotas de agua, tanto sobre la piel como sobre la ropa, pero es un agua extraña, no se evapora y hay que sacudirla con un cepillo.

Después Pesełe seca con delicadeza la cara de Yenta; siempre titubea antes de tocar la piel de su bisabuela. La piel está fría, es delicada pero elástica. A veces Pesełe tiene la impresión de que cruje suavemente, o, mejor dicho, que chirría, como el arnés de caballo acabado de comprar en el mercado o como una bota nueva de piel. En cierta ocasión, Pesełe, curiosa, pidió ayuda a su madre, Sobla, y entre las dos levantaron el cuerpo con delicadeza para comprobar que no hubiera llagas. Apartaron las vestimentas, pero no vieron nada.

–En ese cuerpo ya no circula la sangre –dijo Pesełe a su madre, y las dos se estremecieron.

Y sin embargo no es un cuerpo muerto. Cuando lo tocan, el lento movimiento de los globos oculares bajo los párpados se acelera. No hay duda.

La curiosa de Pesełe comprobó algo más, pero sola, sin testigos. Cogió un cuchillo afilado y pinchó a toda prisa un trocito de piel bajo la muñeca. Tenía razón, no fluyó ni una gota de sangre; sin embargo, los párpados de Yenta temblaron inquietos y de su boca escapó un aliento largamente contenido. ¿Será esto posible?

Pesełe, quien atentamente observa la vida de la muerta, si se la puede llamar así, percibe algunos cambios muy sutiles. Al contárselos a su padre, insiste, por ejemplo, en que Yenta está menguando.

Mientras, en el exterior, una muchedumbre medio dormida espera. Algunos se han pasado todo el día caminando, mientras que otros han alquilado una habitación a alguien de la aldea, pues vienen de lejos.

El sol sale por el río y avanza deprisa hacia lo alto, proyectando sombras alargadas y húmedas. Los que esperan se calientan en sus intensos rayos. Después Pesełe los deja entrar y permanecer un rato en el interior. Tímidos, temen acercarse a esa especie de catafalco. No les permite rezar en voz alta, ¿acaso no tienen ya bastantes problemas? Así que rezan en silencio dirigiendo a Yenta sus súplicas. Se dice que

atiende aquellas que atañen a la fertilidad o la infertilidad, según demanda. Todas las relacionadas con el cuerpo de la mujer. Pero también acuden hombres; se dice que Yenta ayuda en situaciones desesperadas, cuando uno ya lo ha perdido todo.

El verano en que Jacob Frank va con su javurá de aldea en aldea enseñando y despertando tantos buenos y malos pensamientos, a Korolówka acude más gente que nunca a ver a su abuela.

En el patio de Israel reina el desorden. Los caballos están atados a la cerca, los envuelve una nube de moscas, huele a estiércol. Pesełe deja entrar a los peregrinos en pequeños grupos. Algunos de ellos son judíos piadosos, pobres de la vecindad y vagabundos que comercian con botones y venden vino por vasos. Pero también hay otros, atraídos por la curiosidad. Llegan en carro y entregan a Sobla algo de queso, una gallina o una cesta de huevos. Bien hecho, es lo que le corresponde a su familia. Una vez fuera las visitas, las niñas tienen que dedicar la tarde a recogerlo todo: tirar la basura, barrer el anejo y rastrillar la tierra pisoteada del patio. Cuando llueve, la propia Sobla lleva serrín a la estancia de Yenta y cubre con él todo el suelo para que sea más fácil recoger el barro.

Ahora, a última hora de la tarde, Pesełe ha encendido una vela y coloca sobre el cuerpo de la muerta calcetines tejidos a mano, zapatitos de niño, gorritos, pañuelitos bordados. Musita entre dientes. Al oír el crujido de la puerta tiembla nerviosa. Es Sobla, su madre, así que respira aliviada.

–Qué susto me has dado, mamá.

Sobla se queda atónita.

–¿Qué haces? ¿Qué es todo esto?

Pesełe no para de sacar de la cesta calcetines y pañuelos. Se limita a encogerse de hombros.

–¿Que qué es? –repite con sorna–. El pequeño de los Majorkowicz tenía dolor de oído y sanó gracias a un gorrito como estos. Los calcetines sirven para los dolores de pies y huesos. Los pañuelos, en realidad, para todo.

Frejna, apoyada contra la pared, envuelve los calcetines en trozos de paño limpio y los ata con una cinta. Mañana venderán estas cosas a los peregrinos.

Desde que oyó hablar del anatema, Sobla sabe que todo esto acabará mal. ¿La maldición incluye también a la familia del anatemizado? Seguro que sí. Le entra el pánico. Desde hace tiempo siente pinchazos en el pecho. Intenta convencer a Israel para que no los involucre en las disputas religiosas. Para que se deshagan de Yenta. A veces se acerca a la ventana que da al cementerio y a las colinas que bajan hasta el río y se pregunta por dónde huirán.

Lo que más angustia le produjo fue la historia de Józef de Rohatyn, a quien conocía: estuvo aquí con Jacob en invierno. Ese hombre fue a una sinagoga y reconoció públicamente su error; confesó sus pecados, todos ellos. Habló de quebrantar el sabbat, de no observar el ayuno, de mantener relaciones corporales prohibidas, y también de rezar a Shabtai Tzvi y a Baruchia, de llevar a cabo ritos cabalísticos, de comer alimentos prohibidos y de todo lo que aquí había sucedido durante la estancia de Jacob. A Sobla la cabeza le da vueltas, el miedo le produce náuseas. Israel, su esposo, podría decir otro tanto. Józef de Rohatyn fue condenado a treinta y nueve latigazos, pero eso no fue nada en comparación con el resto del castigo. Fue obligado a divorciarse de su mujer y a declarar bastardos a sus hijos. Expulsado de la comunidad de Rohatyn, tiene prohibido desde entonces mantener contacto alguno con los judíos. Debe errar por el mundo hasta su muerte.

Sobla se acerca corriendo a las andas de Yenta y furiosa tira al suelo los calcetines y gorros. Pesełe la mira, sorprendida y contrariada.

–Ay, mamá –dice–, en verdad no entiendes nada.

EL OBISPO DE KAMIENIEC, MIKOŁAJ DEMBOWSKI, ESCRIBE UNA CARTA AL NUNCIO APOSTÓLICO MONSEÑOR SERRA, Y SU SECRETARIO AÑADE ALGO EN SU PROPIO NOMBRE

Remite la carta el obispo, pero la ha escrito de principio a fin el padre Pikulski, y ahora se la lee al remitente, pues este está más atareado con la reforma de su palacio de verano en Czarnokozińce y se desvive por supervisarlo todo en persona.

El nuncio, a su vez, quisiera saber qué hay de nuevo en ese extraño asunto de los herejes judíos. Se ha sabido, y encima por obra de los propios judíos y de su tribunal rabínico, que la red de comunidades shabtaianas apostáticas ¡se extiende por todas partes! Está presente en Bucovina, Hungría, Moravia y Podolia. Todas esas comunidades son secretas; los adeptos de la herejía fingen ser judíos ortodoxos, pero en casa se entregan a rituales diabólicos, entre ellos el pecado de los adamitas. Los rabinos están horrorizados y espantados ante tal descubrimiento. Diligentemente se lo han descrito al nuncio.

La carta del obispo escrita por Pikulski relata así el juicio ante el tribunal rabínico de Satanów de los herejes judíos capturados:

Los interrogatorios tuvieron lugar en el qahal. Guardias palatinos, por un lado, y el guardián de la mikve, un tal Naftali, por el lado judío, trajeron a los acusados maniatados y con una soga al cuello de manera que no podían defenderse de los golpes y escupitajos de la multitud. Algunos estaban tan asustados que lo reconocían todo antes

incluso de que les fueran planteadas preguntas e inmediatamente suplicaban clemencia mientras juraban que nunca más volverían a entregarse a tales ritos. Así lo hizo un tal Józef de Rohatyn. Otros lo negaban todo y afirmaban que juzgarlos ante un tribunal era un error, ya que no tenían nada que ver con los herejes.

Ya al día siguiente de los interrogatorios, se podía pintar con sus testimonios un cuadro estremecedor. No les bastaba con profanar sus fiestas, como el sabbat, y comer alimentos prohibidos para los judíos, sino que además cometían adulterio, tanto hombres como mujeres, con el conocimiento y permiso de sus cónyuges. Se considera el centro mismo de esa herejía a la familia de los Shor y a su patriarca, Elisha Shor, quien fue acusado de mantener relaciones íntimas con su nuera. Parece ser que las últimas acusaciones levantaron tal revuelo que las esposas de los acusados, todas a una, los abandonaron y exigieron el divorcio.

Los rabinos son conscientes de que deben poner fin a la secta y a sus sucias prácticas, que podrían arrojar sombras de duda sobre los judíos piadosos, por lo que decidieron tomar una medida muy severa: impusieron un anatema, o sea, un jerem, a Jacob Frank. La secta debe ser perseguida, y el estudio del Zohar y la cábala, tan peligroso para mentes inexpertas, prohibido hasta que el hombre cumpla cuarenta años. Todo aquel que crea en Shabtai Tzvi y sus profetas Baruchia o Natán de Gaza, será maldito. Los malditos tienen prohibido ocupar cargo público alguno, sus esposas e hijas deben ser consideradas barraganas, y sus hijos, bastardos. No se permite recibirlos en casa ni dar de comer a sus caballos. Todo judío debe informar de inmediato en cuanto vea a uno.

Lo confirmó todo el Consejo de las Cuatro Tierras en Konstantynów.

La decisión del anatema no tardó en difundirse por el país y ahora contamos con informaciones de que los sabsatzevitas, como los llama el pueblo, son perseguidos por todos. Se los ataca en sus propias casas, se los golpea, sus libros sagrados son requisados y destruidos.

Se dice que a los hombres capturados se les afeita media barba, en señal de que no son ni judíos ni cristianos, sino que están en medio de dos religiones. De manera que nos encontramos ante una auténtica persecución y el golpe atestado a los herejes judíos no creo que les permita volverse a levantar. Además, su cabecilla se fue a Turquía y, temiendo por su vida, probablemente ya no volverá.

–Lástima –se le escapa al obispo–. Habríamos tenido una oportunidad de convertirlos.

Pikulski pasea la vista por las fórmulas de cortesía y entrega la carta al obispo para que la firme. Echa arena sobre la tinta y,

mientras, redacta para sí su propia carta, que seguramente será considerada una insolencia, pero, a fin de cuentas, el padre Pikulski también se preocupa por el bien de la Iglesia. De manera que va a su habitación y redacta su propia carta al nuncio, que enviará a Varsovia con el mismo mensajero. Entre otras cosas, escribe lo siguiente:

... El señor Obispo, en su bondad sumido, quisiera ver en ellos ovejitas que quieren abrazar a nuestra Santa Madre Iglesia, pero yo me permito la osadía de advertir de tan ingenuo razonamiento. Sería preciso investigar celosamente lo que se oculta bajo las declaraciones de esos sectarios que se hacen llamar a sí mismos contratalmudistas... Sin pretender mermar la bondad de Su Excelencia el Obispo, veo en ello el deseo de arrogarse mérito personal por incluir entre nosotros una nueva grey de cristianos.

Por lo que tengo entendido, es cierto que ese Frank habla de la Trinidad, pero en absoluto tiene en mente la santísima trinidad cristiana, sino la suya, donde figura una fémina llamada Shejiná. Nada tiene esto que ver con el cristianismo, como ya se habrá dado cuenta Su Excelencia. El bautizo el propio Jacob lo menciona de manera nebulosa, según le conviene. Asimismo, parece que dice unas cosas a la gente en las aldeas –donde se presenta como un maestro, como un rabino itinerante– y otras muy distintas a puerta cerrada en el círculo más íntimo de sus discípulos. Tiene un gran número de partidarios, sobre todo judíos contratalmudistas de Nadworna, Rohatyn y Busk. Sin embargo, hasta qué punto es esto un profundo deseo religioso o se trata de un intento de penetrar en nuestra comunidad cristiana con fines distintos a los religiosos, nadie aún logra descubrirlo. Por eso, impelido por una profunda preocupación, me permito el atrevimiento de instar a la autoridad de nuestra Iglesia para que investigue el asunto con diligencia y profunda inquisición, antes de tomar cualquier medida...

El padre Pikulski termina y clava la vista en un punto de la pared. De buen grado se dedicaría a este asunto y prestaría un buen servicio a la Iglesia. Domina el hebreo y, según le parece, ha penetrado hondamente en la religión judía. Esta despierta en él una especie de temerosa repugnancia. Algo semejante a una sucia fascinación. Quien no lo ha visto de cerca, y la mayoría no lo ve, no alcanza a entender la inmensidad del edificio que es la religión de Moisés. Ladrillo sobre ladrillo y fuertes e inmensas bóvedas que se sostienen apoyándose unas sobre otras: es difícil imaginar quién logró concebirlo. El padre Pikulski cree que en realidad Dios estableció un pacto con los judíos, los amó y los acogió en su seno, pero más tarde los abandonó. Se retiró y entregó el gobierno del mundo a un Jesucristo puro, pulcro y

rubio, con vestimenta sencilla, concentrado y serio.

Al padre Pikulski también le gustaría saber pedir que el nuncio, habida cuenta de sus talentos lingüísticos y la inmensidad de su conocimiento, le diera un papel relevante en este asunto. ¿Cómo escribirlo? Se inclina sobre la página llena de tachaduras e hilvana unas frases en sucio.

EL OBISPO DEMBOWSKI ESCRIBE AL OBISPO SOŁTYK

Por esa misma época, el obispo Dembowski, con una imaginación igual de ardiente, saca del cajón una hoja de papel, la alisa con la mano y le sacude las invisibles motas de polvo. Comienza por la fecha: 20 de febrero de 1756, y a continuación se desliza por el papel con ímpetu, traza grandes letras, deleitándose con los adornos con los que engalana sobre todo las J y las S.

Lo que quieren es un gran debate público, quieren sentarse frente a sus enemigos los rabinos y demostrarles que el Talmud es malo. A cambio estarían dispuestos a recibir el bautismo todos ellos, y esto es, según dicen, varios miles de personas. Si tal cosa aconteciere, el mundo entero debería reconocer nuestra hazaña de que en la sagrada Res Publica hemos conseguido convertir a los paganos, ya no hay que viajar hasta la India, sino que se puede convertir aquí, in situ, a nuestros propios salvajes. En segundo lugar, además de buena disposición, los sabsatzevitas profesan auténtico odio a sus hermanos de sangre talmúdicos...

En esta ocasión, justo después de su detención a causa de esas indecencias perpetradas en una cabaña de Lanckoruń, los que los denunciaron fueron otros judíos, con los que mantengo buenas relaciones y me llevan algunos asuntos personales.

Acusaron a esos herejes del pecado de los adamitas, cosa que no debería atañer al tribunal consistorial si no fuera porque bajo esa denuncia se oculta un caso de herejía. Pero ¿de quién es esa herejía? ¡Pero si nuestra no es! ¿Cómo nos vamos a ocupar de una herejía judía, si de ella nada sabemos y del judaísmo bien poco? Gracias a Dios tengo en quien apoyarme en tales cuestiones: el padre Pikulski, de la orden de San Bernardino, que los conoce bien.

Se trata de un asunto delicado todo él, pues a mi entender más vale mantener buenas relaciones con los rabinos y conservarlos en sus cargos, pues en múltiples ocasiones han dado muestras de lealtad. Por otro lado, este nuevo fermento también puede sernos útil si quisiéramos presionar a los rabinos y a las comunidades judías. Impusieron un anatema a los contratalmudistas y la mayoría de ellos fue apresada por la autoridad real. Algunos gozan de libertad porque

no estuvieron en Lanckoruń. De inmediato, en cuanto me enteré, mandé comparecer a unos delegados suyos. Se presentaron en Czarnokozińce, pero esta vez sin su cabecilla. Ese cabecilla suyo, Jacob, siendo súbdito turco, tuvo que ser puesto en libertad de inmediato y partió rumbo a Turquía.

En esta ocasión llevó la voz cantante un tal Krysa, un hombre feo, y encima pleiteador, aunque buen conocedor del polaco, por lo que me pareció más brillante que el tal Frank. Impulsivo y vehemente, se apoyaba en la belleza y la pronunciación de su hermano, y entre los dos me explicaron que los rabinos los persiguen y no los dejan en paz, que incluso los amenazan de muerte, los asaltan en los caminos y les roban los bienes. Tampoco les permiten hacer negocios, por eso ellos, los que están en contra del Talmud y abrazan en muchos asuntos nuestra santísima fe, sin embargo, querrían conservar su independencia y establecerse más allá de su influjo, fundar sus propias aldeas o apoderarse de las existentes, como, por ejemplo, Busk o Podhajce, de donde son originarios.

En cuanto a Frank, los Krysa no lo tienen en gran estima, sobre todo porque, tras provocar un sinfín de problemas, ha huido y seguramente se ha agazapado en Chocim o Czerniowce, desde donde observa lo que aquí ocurre. De él se dice que enseguida se convirtió al islam. Si es eso cierto, nada bueno dice de él, ya que hace tan solo un instante manifestó fervientes sentimientos religiosos por nuestra Santa Iglesia. Más bien, daría fe de que son como ateos y que muestran su predilección por la anarquía religiosa, pasando de una fe a otra.

En mi opinión, el mayor de los Krysa sería mejor guía de estos sabsatzevitas si no fuera tan feo e impulsivo. Pues para el caudillaje es preciso tener buen porte, buena estatura y una belleza que, aunque de lo más corriente, si se la adorna adecuadamente, infunda obediencia y simpatía.

Cuentan con mi favor. Aunque no sienta gran simpatía por ellos, pues son unos extraños, diferentes a nosotros y de naturaleza retorcida, me gustaría verlos a todos como hijos de Dios en mi Iglesia. Imagino que estás completamente de acuerdo conmigo y que apoyarás su bautismo por todos los medios. Mientras tanto, les he extendido un salvoconducto para que los talmudistas no los molesten más, pues ocurren aquí cosas terribles. No les basta con haber impuesto el anatema judío a Jacob Frank, encima queman sus libros heréticos, de los que tengo una idea muy difusa.

Debo llamar tu atención sobre esos pocos hombres que han sido acusados y hostigados por los rabinos talmudistas. Si en algún momento precisaran de tu ayuda, por favor, no los desatiendas. Estos son:

Lejzorg y Jeruhim de Jezierzany
Lejb Krysa de Nadworna
Lejbka Szajnowicz Rabinowicz y Moshko Dawidowicz de Brzeżany
Hershko Szmulowicz y Icek Motylowicz de Busk
Nutka Falek Mejerowicz conocido como el Viejo Falek
Moshek Lejbka Abramowicz y su hijo Jankel de Lanckoruń
Elisha Shor de Rohatyn con su numerosa familia
Lejbka Hershko de Satanów
Moshko Izraelowicz con su hijo Josek de Nadworna
Moisés Aronowicz de Lwów
Nachman de Busk
Zelik con su hijo Lejbko y Lejbko Szmulowicz.

El obispo está tan cansado que la cabeza le pesa sobre la hoja de papel; después del apellido «Szmulowicz» cae sobre ella y la tinta del nombre Zelik ensucia la blanca sien episcopal.

MIENTRAS TANTO…

Todos los mencionados por el obispo, del primero al último, y aquellos a los que no incluyó, están reunidos en casa de un tal Berek, en Kamieniec. Estamos a finales de febrero, el penetrante frío se cuela en la estancia por todas las rendijas, que son muchísimas.

–Ha hecho bien yéndose a Turquía después del tumulto que ha levantado –dice Lejbko Szmulowicz a Krysa refiriéndose a Jacob.

A lo que Krysa responde:

–A mí me parece que debería estar aquí con nosotros. Quizá haya huido, eso dicen algunos.

–¿Y qué? Que digan lo que quieran. Lo importante es que las cartas lleguen; si él está en Chocim, justo al otro lado del río. Polonia, Turquía… Menuda frontera. Lo importante es que no desaproveche allí sus dones con los turcos, sino que nos dé instrucciones de qué y cómo debemos decir y hacer.

–Como si no lo supiéramos –farfulla Krysa.

Al apagarse las voces, se levanta Shlomo Shor, que acaba de llegar; su mera figura infunde respeto.

–El obispo nos es favorable. Nos ha examinado a los tres: a mi hermano, a Nachman y a mí. Nos han puesto en libertad y hemos podido volver a casa. Se acabó nuestro infortunio. Será un debate entre nosotros y ellos. Es cuanto hemos conseguido.

Se produce un bullicio que Shor se encarga de apaciguar y señala a Moshe de Podhajce, que lleva un abrigo de piel. Este se levanta pesadamente y dice:

–Para que todo se desarrolle según nuestro deseo, debemos

aferrarnos a dos verdades: que creemos en la Trinidad, es decir, que Dios es uno y trino, y que no entramos en disputa alguna sobre quién forma parte de esa trinidad, etcétera, etcétera, y que de una vez para siempre rechazamos el Talmud por ser una fuente de errores y sacrilegios. Eso es todo. Nada más.

Se marchan en silencio, arrastrando los pies sobre el serrín que cubre el suelo.

CÓMO SE CUMPLEN LAS MALAS PROFECÍAS DE LA MADRASTRA DE GITLA

Cuando estalló el tumulto en Lanckoruń y apresaron a todos los hombres, Gitla no sufrió gran perjuicio. A las dos «guardianas» las acogió Chaja: su marido vino enseguida para llevarlas a todas a casa. Chaja, cuyos pechos hace tan solo unas horas habían sido besados solemnemente, recordaba ahora a un ama de casa: les hizo la cama a las dos y les dio de cenar leche cortada.

–Querida niña, aquí no tienes nada que hacer –le dijo a Gitla, sentándose a su lado en la cama y acariciándole la mejilla–. Huye de aquí, ve a Lwów y pide perdón a tu padre. Te aceptará.

Al día siguiente les dio un poco de dinero y las dos muchachas abandonaron su casa. Justo después, sin mediar palabra tomaron direcciones opuestas (mientras avanzaba, Gitla dejaba un rastro de sangre en la nieve). Gitla volvió del revés su abrigo de piel y se dirigió hacia el camino. A bordo de distintos trineos intentó llegar hasta Lwów, pero no para ver a su padre sino porque probablemente allí encontraría al Señor.

A principios de febrero, Gitla ya está en Lwów, pero no se atreve a presentarse ante su padre. Lo ve una vez a escondidas cuando este camina hacia la sede de la comunidad, pegado a la pared, encorvado y viejo; va dando pequeños pasos y hablando solo. Gitla siente lástima, pero no se mueve del sitio. Va a ver a la hermana de su difunta madre que vive al lado de la sinagoga, pero esta sabe lo ocurrido y le cierra la puerta en las narices. A través de la puerta cerrada, Gitla oye cómo se lamentan largamente de la mala suerte de su padre.

Se planta en la esquina de la calle donde empiezan las casas judías. El viento le levanta la falda y partículas de nieve congelada se funden en sus finas medias. Falta poco para que extienda el brazo en busca de limosna o empiece a venderse a cambio de pan, acabará tal como predijo su madrastra: tocará fondo. Por eso aguanta con dignidad el frío, al menos así se lo parece. Pero un joven judío tocado con un shtreimel, un enorme gorro de piel, sin tan solo mirarla, le da un grosz, que Gitla gasta en comprarse una rosquilla caliente. Poco a

poco se hace a la idea de que su aspecto sea el de una ramera: lleva el pelo desgreñado, está sucia y hambrienta. De repente se siente del todo libre. Entra en el primer patio, a la primera casa, sube las escaleras y llama a la primera puerta.

Le abre un hombre alto y encorvado con gorro de dormir y un batín forrado de piel oscura. Lleva unas lentes sobre la nariz y en la mano una vela que ilumina su rostro de rasgos pronunciados.

–¿Qué quieres? –pregunta en voz baja y ronca, e instintivamente busca algún que otro grosz de limosna.

–Soy bisnieta de un rey polaco –dice Gitla–. Estoy buscando un lugar digno donde pernoctar.

15

CÓMO EL ANTIGUO MINARETE DE KAMIENIEC SE CONVIERTE EN UNA COLUMNA CON LA MADRE DE DIOS

En el verano de 1756, Nachman, Jacob y Shlomo Shor se presentan en Kamieniec como judíos comunes y corrientes llegados de más allá del Smotrycz para vender ajo. Nachman porta sobre los hombros un balancín del que penden cestas llenas de ajos. Cierto es que Jacob lleva ahora un abrigo de pobre, pero no ha accedido a ponerse zapatillas de estopa, sino que calza buenos zapatos de piel que asoman por debajo de sus anchos pantalones. Ataviado con ropa medio turca medio armenia, parece uno de esos vagabundos sin identidad que pululan a lo largo de la frontera y a los que nadie presta excesiva atención. Shlomo Shor, alto y espigado, tiene tal expresión en el rostro que resulta difícil tomarlo por un vagabundo. Con su largo abrigo oscuro y sus botas campesinas, recuerda a un sacerdote de una religión indeterminada y suscita el involuntario respeto de la gente.

Los tres se plantan junto a la catedral de Pedro y Pablo de Kamieniec, en medio de un nutrido grupo de personas que comentan acaloradas la colocación de una estatua sobre la esbelta columna. El acontecimiento ha atraído a la gente de las aldeas vecinas así como de los callejones más o menos cercanos, y también a los clientes de las tiendas de la plaza del mercado; incluso los curas han salido a ver cómo la grúa de madera alza la dorada figura. Hace un momento conversaban vivamente, ahora permanecen en silencio y observan la estatua que de repente empieza a tambalearse y amenaza con partir las cuerdas y desplomarse sobre las cabezas de los congregados. La pequeña multitud retrocede un poco. Los que trabajan son obreros de fuera, la gente susurra que de Gdańsk, que la figura fue allí vaciada y recubierta por una gruesa capa de oro, y que hizo falta todo un mes para traerla en carros. La columna, por su parte, fue construida por los turcos y durante años estuvo coronada por una media luna, ya que formaba parte del minarete en el que los impíos convirtieron la catedral. Pero ahora que la Santísima Virgen ha regresado se elevará por encima de la ciudad y de las cabezas de sus habitantes.

Por fin ha ocupado su lugar. La multitud suspira, alguien entona un himno. Ahora se puede ver entera la figura. La Madre de Dios, Virgen María, Señora Misericordiosa, Reina del Mundo, está aquí cual muchacha que corretea liviana, a paso de baile, extendidos y alzados a

modo de bienvenida los brazos. No tardará en asirte contra su pecho. Nachman levanta la cabeza, se protege los ojos, el blanco cielo lo deslumbra y le parece que ella le dice: «Ven, baila conmigo» o «juega conmigo» o «dame la mano». Jacob extiende el brazo hacia lo alto señalándoles la estatua; no hace falta, todo el mundo ha acudido para contemplarla. Sin embargo, Nachman sabe lo que Jacob quiere decir: es la Virgen, es la Santa Shejiná, una presencia divina en un mundo oscuro. En ese momento, detrás de las nubes aparece el sol por sorpresa, pues el cielo lleva nublado desde la mañana, y sus rayos golpean la estatua, momento en que el oro de Gdańsk brilla como si fuera un segundo sol y la plaza cerca de la iglesia de Kamieniec se ilumina con una luz fresca, alegre, y la virgen que corretea por el cielo se vuelve bondad pura, como quien desciende hasta la gente para infundirle esperanza: las cosas irán bien. El pueblo suspira encandilado por este fuego de luz: la Santísima Virgen. La gente entorna los ojos y se arrodilla ante tan fehaciente demostración de un milagro. Es una señal, es una señal, repite todo el mundo; la multitud se arrodilla y ellos también. Nachman tiene los ojos llenos de lágrimas y contagia de emoción a los demás. Un milagro es un milagro y no importa la religión.

Porque a ellos les parece que no es sino la Shejiná quien penetra en la estatua recubierta de oro de Gdańsk, quien los guía hasta la casa del obispo como una madre, como una hermana, como la más tierna amante capaz de hacer cualquier cosa con tal de ver a su amado aunque solo sea por un instante, incluso si tan solo va cubierto por el más pobre de los abrigos. Antes de acudir a la audiencia secreta con el obispo Dembowski, Jacob, que detesta todo arrobamiento, en un arrebato de humor infantil se aleja de la multitud y, apoyado en la pared, empieza a lamentarse como un mendigo judío, encorvado y cojo.

–Judiazo descarado –silba una burguesa entrada en carnes–. Qué falta de respeto a la santidad.

A última hora de la tarde de ese mismo día presentan al obispo un manifiesto con las nueve tesis que se disponen a defender en el debate. Al mismo tiempo, solicitan protección, pues los persiguen los talmudistas. Y además está el anatema. Eso es lo que más enfurece al obispo. Un anatema. ¿Qué es un anatema judío?

Los invita a sentarse mientras lee:

Uno: Creemos en todo lo que el Dios del Antiguo Testamento mandó creer y en todas sus enseñanzas.

Dos: Las Sagradas Escrituras escapan al entendimiento de la razón humana sin el concurso de la gracia de Dios.

Tres: El Talmud, repleto de inauditas blasfemias contra Dios, debe

ser y será rechazado.

Cuatro: Existe un solo Dios, Creador de todas las cosas.

Cinco: Ese mismo Dios, uno y trino, es inseparable por naturaleza.

Seis: Dios puede adoptar un cuerpo humano y entregarse a todas las pasiones salvo el pecado.

Siete: La ciudad de Jerusalén, según la profecía, no será reconstruida.

Ocho: El Mesías prometido en las Escrituras ya no vendrá.

Nueve: El mismo Dios abolirá la maldición de los primeros padres y de todo el pueblo y el verdadero Mesías será Dios encarnado.

–¿Así está bien? –pregunta Nachman mientras deja discretamente en una mesa junto a la puerta una faltriquera turca bordada con turquesas y cristal de bohemia, un precioso trabajo manual de suave piel de cabra. El obispo adivina lo que contiene, no iban a venir con cualquier nadería. Contiene suficientes piedras preciosas como para engastarlas cubriendo toda la custodia. Solo de pensarlo le da vueltas la cabeza. El obispo debe concentrarse. No será fácil, pues este asunto aparentemente nimio ha cobrado de pronto enormes dimensiones: los adversarios de estos desharrapados se han dirigido al gran Jawan, hombre de confianza del ministro Brühl. En la mesa hay cartas de Varsovia que relatan detalladamente las intrigas de la corte; esta es el arma con la que gobiernan el palacio real. Quién iba a decir que, por besar a una mujer desnuda en una aldea fronteriza, el asunto adquiriría tales dimensiones.

El obispo acepta la faltriquera, con lo que se alinea con Frank, aunque lo incomoda la seguridad en sí mismo de ese judío. El judío exige un debate. Exige protección. Exige tierras para, según sus palabras, establecerse «tranquilamente». Ese judío exige además un título nobiliario. Que el obispo interceda por ellos y que entonces se bautizarán. También desea que los más destacados de sus partidarios (al obispo le cuesta imaginarse a esas «eminencias» suyas, pues no son más que arrendatarios, peleteros y tenderos) puedan solicitar un título nobiliario de acuerdo con las leyes de la Res Publica. Y que les otorguen el derecho a establecerse en las tierras del obispado.

El pelirrojo que traduce a Jacob sostiene que es tradición de los tiempos de España organizar debates en cuanto surgen controversias, y que ha llegado el momento. Traduce las palabras de Frank:

–Tomad a varios cientos de rabinos y obispos sabios, así como a aristócratas y a los mejores maestros. Que debatan conmigo y con mi pueblo. Responderé a todas sus preguntas, porque la verdad está de mi lado.

Son como mercaderes que han venido a hacer negocios: exigen mucho.

Pero también ofrecen mucho, piensa el obispo.

EN QUÉ CAVILA EL OBISPO DEMBOWSKI A LA HORA DEL AFEITADO

Es realmente extraño lo frío y húmedo que es el palacio episcopal de Kamieniec Podolski. Incluso en pleno verano, cuando a primera hora de la mañana llega el barbero, el obispo tiene que calentarse los pies con una piedra ardiente envuelta en paño grueso.

Manda acercar el sillón a la ventana y antes de que el barbero afile la navaja, frotando con ímpetu su filo en una correa de piel, antes de que prepare el jabón y suavemente –Dios lo libre de ofender la majestuosidad de Su Excelentísima– cubra sus hombros con toallas de lino ornadas con bordado, al obispo le da tiempo a ojear las cartas recién llegadas de Kamieniec, Lwów y Varsovia.

El día anterior se reunió con un tal Krysa, quien al parecer actúa en nombre de Jacob Frank al mismo tiempo que en provecho propio. El obispo no para de hacer llamamientos a los talmudistas, como los llaman, rabinos instruidos de toda Podolia, para que participen en el debate, pero los rabinos se niegan a tomar parte en la disputa. Les ordena presentarse ante él una y otra vez, para que le den explicaciones, pero no comparecen, mostrando un claro desdén por el cargo de obispo. Cuando les impone sanciones monetarias, se limitan a enviar a un judío muy listo: Hershko Szmulewicz, aparentemente su delegado, quien en su nombre no deja de encontrar todo tipo de obstáculos. El contenido de su faltriquera es, empero, muy concreto, aunque no tan sofisticado: monedas de oro. El obispo trata de no dejar traslucir que ya se ha posicionado del lado de los otros.

Ay, si se los pudiera comprender igual como se comprenden las intenciones de un campesino. Aquí, sin embargo, no dejan de manifestarse esos flecos suyos, esos sombreros, su habla extraña (por eso ve con buenos ojos los esfuerzos de Pikulski por aprender su lengua) y esa religión tan sospechosa. ¿Por qué sospechosa? Por excesivamente próxima. Los mismos libros, Moisés, Abraham, Isaac sobre una piedra bajo el cuchillo de su padre, Noé y su arca, todo igual, y, sin embargo, situado en un entorno extraño. Y Noé ya no parece el mismo, el suyo es como torcido y su arca tampoco es la misma, sino judía, adornada, oriental y panzuda. E Isaac, que siempre había sido una criatura rubia de piel rosada, se convierte de pronto en un niño salvaje, recio y no tan indefenso. El nuestro es más liviano, piensa el obispo Dembowski, como convencional, trazado con mano elegante, delicado, expresivo. El suyo es oscuro y concreto, torpemente literal. Su Moisés es un viejo mendigo de pies huesudos; el nuestro, un venerable anciano con barba al viento. Al obispo Dembowski le parece que es la luz de Jesucristo la que ilumina

nuestra parte del Antiguo Testamento, la que compartimos con los judíos, de ahí las diferencias.

Lo peor es cuando algo ajeno se disfraza de propio. Como si nos imitaran. Como si se burlaran de las Sagradas Escrituras. Y una cosa más: la obstinación, pues, al fin y al cabo, siendo ellos más viejos, siguen persistiendo en el error. Así que es difícil no sospechar que algo traman. Ay, si fueran tan transparentes en su conducta como lo son los armenios. Y si algo traman, siempre es en busca de un provecho calculado en oro.

¿Qué dicen todos esos judíos cuando los observa por la ventana el obispo Dembowski, cuando se reúnen en grupos de tres o cuatro y discuten en su atropellada y cantarina lengua, acompañando las palabras con gestos y movimientos de todo el cuerpo: estiran hacia delante la cabeza, sacuden las barbas, dan saltos atrás como fulminados cuando no están conformes con los argumentos de los otros? ¿Será verdad lo que de ellos dice Sołtyk, el amigo en quien confía el obispo? Que en sus casuchas, inclinadas y húmedas, impelidos por el mandamiento de sus tenebrosas creencias, llevan a cabo prácticas que requieren sangre cristiana. Da miedo pensarlo. Imposible. Incluso el Santo Padre de Roma lo dice claramente: no hay que creer en tales cosas, se debe erradicar la creencia del uso de sangre cristiana por parte de los judíos. Pero, ay, basta con echarles un vistazo. El obispo ve por la ventana la plazuela frente al palacio donde un joven vendedor de imágenes muestra una estampa religiosa a una muchacha vestida a la rutena con camisa bordada y colorida falda. La muchacha toca suavemente con la punta del dedo meñique las efigies de los santos –el vendedor judío tiene imágenes de santos católicos y ortodoxos– y el joven saca de debajo de la camisa una medallita barata y se la pone en la mano; sendas cabezas se inclinan una hacia la otra sobre la medalla de la Madre de Dios. El obispo está seguro de que la muchacha se la comprará.

El barbero lo enjabona y empieza a afeitarlo. La navaja se desliza en silencio segando la incipiente barba. De pronto, su imaginación salta bajo esos abrigos deshilachados y la imagen de sus miembros martiriza al obispo. Que estén circuncidados. Es algo que lo fascina y asombra, y que al mismo tiempo le despierta una rabia incomprensible. Aprieta la mandíbula.

Si a ese vendedor ambulante de estampas de santos (contrariando la ley, ¡ellos no tienen ningún respeto por las prohibiciones!) se lo despojara de su talit y se le pusiera una sotana, ¿en qué se diferenciaría de los clérigos que ahora atraviesan la plaza? ¿Y si a él mismo, obispo de Kamieniec, Mikołaj Dembowski, escudo de armas Jelita, que aguarda con paciencia el arzobispado de Lwów, si a él se lo despojara de sus ricas vestimentas y se le vistiera con deshilachados

abrigos judíos y se lo colocara con unas estampas ante al palacio de Kamieniec...? El obispo se estremece ante estos pensamientos tan absurdos, aunque por un instante está viendo esa imagen: él, gordo y rosado, hecho todo un judío vendedor de estampas. No. No.

Si fuera verdad lo que de ellos se dice, si tuvieran tales poderes, serían ricos y no pobres, como estos bajo la ventana. De manera que ¿son fuertes o débiles? ¿Representan una amenaza para el palacio episcopal? ¿Será verdad que odian a los gentiles, que sienten aversión por ellos? ¿Y que su cuerpo está por entero cubierto por una oscura pelusa?

Dios no permitiría que ellos ostentasen el poder que les adjudica Sołtyk, pues ellos mismos han rechazado el gesto salvífico de Jesucristo, así que ya no responden ante el Dios verdadero, han sido apartados del camino de la salvación y se han quedado en tierra de nadie.

La muchacha no quiere la medalla: desabrocha un botón bajo el cuello y de debajo de la camisa saca la propia, se la enseña al muchacho, que de buena gana se aproxima a su cuello. Sin embargo, compra una estampa que el vendedor envuelve en un fino y algo manchado papel de seda.

¿Cómo son esos extraños cuando se despojan de sus vestiduras?, piensa el obispo. ¿Qué cambia en ellos cuando se quedan solos?, sigue pensando mientras despide al barbero, que hace profundas reverencias, y se da cuenta de que ya es hora de vestirse para la misa. Se dirige al dormitorio donde de buen grado se deshace de su pesada sotana de andar por casa. Durante un momento permanece desnudo y no sabe si está cometiendo algún terrible pecado, de hecho, ya empieza a pedir perdón a Dios, ya sea un pecado de falta de vergüenza o uno de miseria humana. Percibe cómo la suave corriente de aire frío mueve con delicadeza el vello de su cuerpo fornido y peludo.

DE LAS DOS NATURALEZAS DE CHAJA

A Jacob lo acompañan varios jinetes ricamente vestidos a la turca; les han proporcionado una habitación especial. Los dirige Chaim, hermano de Chana. Entre ellos solo hablan en turco. Jacob Frank se llama ahora Ahmed Frenk y tiene nacionalidad turca. Es intocable. Un mensajero le trae a diario noticias del debate de Kamieniec.

Al saber que Jacob Frank se ha alojado en secreto durante el tiempo de la disputa en casa de su padre en Rohatyn, Chaja coge al niño más pequeño, empaqueta las cosas en un cofre y parte de Lanckoruń rumbo a Rohatyn. Hace mucho calor, dentro de poco empezará la cosecha; los campos de dorado cereal se extienden hasta

el horizonte y ondean suavemente al sol, despacio, como si la tierra respirara. Chaja lleva un vestido claro y un velo azul. Sostiene a su pequeña hija en el regazo. Sentada en el carro, erguida y tranquila, amamanta a la pequeña con su blanco pecho. Un par de caballos pintos tiran de la ligera calesa cubierta con lona de algodón. Se ve que quien viaja es una judía rica. Las campesinas se detienen y se llevan la mano a los ojos para ver mejor a la mujer. Chaja, en cuanto se encuentra con su mirada, esboza una suave sonrisa. Una de las mujeres instintivamente se santigua: no se sabe si por ver a una judía o por ver a una mujer con un niño tocada con un velo azul.

Chaja entrega su hija a una criada y enseguida corre hacia su padre, el cual, en cuanto la ve, abandona sus cuentas y, emocionado, se pone a carraspear. Chaja se abraza a su barba y percibe el conocido olor a kaffa y tabaco, el olor más seguro del mundo, al menos así se lo parece. Enseguida acude la casa entera: su hermano Yehuda, su esposa, menudita cual niña de hermosos ojos verdes, y sus hijos. También el servicio y Hryćko, al que ahora llaman Chaim, que vive al lado, así como los vecinos. La casa se torna bulliciosa. Chaja coloca en el suelo las cestas de viaje y saca los regalos. Solo cuando cumpla ese simpático deber y se tome el caldo de gallina con que aquí se alimenta a Jacob a diario (por la cocina revolotean las plumas), podrá asomarse a la estancia del huésped.

Chaja se acerca a Jacob, observa atentamente su rostro tostado por el sol en el que no tarda en aparecer esa sonrisa irónica que ella tan bien conoce.

–Has envejecido, pero aun así sigues siendo hermosa.

–Y tú estás más apuesto porque has adelgazado. Se ve que tu esposa no te alimenta bien.

Se abrazan como hermano y hermana, pero la mano de Jacob recorre suave y cariñosamente la delgada espalda de Chaja.

–No tuve otra salida –dice Jacob dando un paso atrás. Se arregla la camisa, que se ha salido de los zaragüelles.

–Hiciste bien en huir. Cuando lleguemos a un acuerdo con los obispos, volverás como un rey. –Chaja lo coge de las manos.

–Quisieron matarme en Tesalónica y aquí también quieren.

–Porque te temen. Y esa es tu gran fuerza.

–Yo ya no volveré. Tengo una casa y un viñedo. Me dedicaré a estudiar las Escrituras...

Chaja estalla en una carcajada, ríe sincera, alegremente, con todo su cuerpo.

–Ya lo estoy viendo..., estudiar las Escrituras... –dice mientras recupera el aliento y saca de un pequeño baúl sus libros y terafines.

Entre las figuritas hay una muy especial: ajelet ahuvim, la cierva favorita, la figurita de una cierva tallada en marfil. Jacob la coge en la

mano y la mira, aunque sin prestarle atención, después lee los títulos de los libros que Chaja coloca sobre la mesa.

–Esperabas que fueran tchines, súplicas femeninas, ¿verdad? –le pregunta maliciosamente Chaja y da tales vueltas con la falda que levanta las plumas blancas que salpican el suelo.

Yenta, que siempre está cerca, mira a Chaja.

¿Quién es Chaja? ¿Habrá dos? Cuando por la mañana atraviesa la cocina portando un cuenco con cebolla, cuando enjuga con la mano el sudor acumulado sobre sus negras cejas, cuando frunce el ceño en que aparece un surco vertical, es un ama de casa, la hija mayor que ha asumido las obligaciones de la madre. Cuando camina taconeando y se la oye por toda la casa es una Chaja diurna, radiante. Durante la oración se convierte en una zogerke, una apuntadora que ayuda a las mujeres que no saben leer o a las no muy duchas en la lectura a darse cuenta durante el servicio de qué oración hay que decir en cada momento. Sabe ser autoritaria. Sofoca cualquier desobediencia con un fruncimiento de ceño. Incluso su padre teme a esos precipitados pasos suyos, a sus gritos cuando mete en cintura a los niños, cuando se pelea con el cochero que ha traído la harina del molino y dos de los sacos están agujereados, y a su ira cuando empieza a lanzar platos ante la desesperación de los sirvientes. ¿Cómo es que a Chaja se le permite tanto?

En el Zohar queda dicho: todas las féminas de la tierra permanecen en el secreto de la Shejiná. Solo así se puede entender que Chaja se convierta en esa mujer tenebrosa descuidadamente vestida de pelo suelto y mirada ausente. Su rostro envejece en un abrir y cerrar de ojos, le nacen arrugas cual fisuras cuando frunce las cejas y aprieta los labios. Ya ha anochecido y la casa se difumina en las manchas de luz que emanan de lámparas y velas. Se borran los rasgos de su rostro, Chaja ya no tiene ojos airados, los cubren pesados párpados, su cara se hincha, se vuelve fláccida y fea, como la de una mujer vieja y enferma. Chaja va descalza, sus pasos se vuelven pesados cuando atraviesa el zaguán en dirección a la estancia donde ya la están esperando. Palpa las paredes con los dedos como si en verdad fuera la Doncella sin Ojos. Los reunidos inciensan el habitáculo con salvia y hierbas turcas, el aire se vuelve asfixiante y Chaja empieza a hablar. Quien lo haya visto una sola vez, siempre se sentirá incómodo al verla de día cortando una col.

¿Por qué Shor dio a su amada hija el nombre de Chaja? ¿Cómo sabía que esa niña nacida de madrugada en una habitación asfixiante por el vapor de agua de las ollas puestas sobre la estufa para calentar la casa en un gélido enero se convertiría en su hija más amada y en la más sabia? ¿Sería por ser concebida la primera, de su mejor simiente, en plenitud de fuerzas, cuando los cuerpos de su mujer y el suyo

propio eran tersos, elásticos y puros, sin mácula, y sus mentes llenas de buena fe, intactas? Y eso que la niña nació muerta, no respiraba, y el silencio que se produjo tras aquel dramático parto fue sepulcral. Él se espantó ante la idea de que la pequeña muriera. Se espantó de la muerte, que andaría ya rondando la casa. Y solo después de un momento, cuando la comadrona usó algunos de sus susurros y conjuros, la niña se atragantó y gritó. Así que la primera palabra que le vino a la mente relacionada con esa criatura fue chajo, es decir, «vivir». Chajim significa «vida», pero no la vegetativa, no la meramente corporal, sino una que permite rezar, pensar y sentir.

–Vayitser Adonay Elohim et-ha'adam afar min-ha'adamah vayipach pe'apav nishmat chayim vayehi ha'adam lenefesh chayah –recitó Elisha cuando vio a la niña–. Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida (Nishmat Hayim), y fue el hombre un ser viviente (Nefesh Chaya).

Y Shor se sintió Dios.

LA FORMA DE LAS LETRAS NUEVAS

La piel con que se ha encuadernado el libro es nueva y de buena calidad, tersa y perfumada. Jacob disfruta acariciando su lomo y se da cuenta de que rara vez se ven libros nuevos, como si los que hay que usar tuvieran que ser viejos. Él también tiene uno propio, todo el mundo debería tener uno del que nunca se separase. Pero el suyo es un manuscrito, una copia leída y releída de He venido hoy a la fuente que siempre lleva en su equipaje; ya está marchito, si se puede pensar así de una pila de hojas cosidas con hilo. La primera página se ha dañado en varios lugares, el sol amarilleó las hojas cuando en cierta ocasión las dejó en un alféizar. ¡Qué descuido! Su padre siempre le pegaba en las manos por semejante dejadez.

El nuevo es un libro gordo, el encuadernador apretó con fuerza las páginas, así que al abrirlas crujen como huesos estirados con brusquedad, oponen resistencia a las manos. Jacob lo abre al azar y lo sostiene con fuerza para que no se le cierre en las narices ese libro tan raro, desliza la mirada por el hilo de letras de derecha a izquierda, pero no tarda en acordarse de que hay que hacerlo al revés, de izquierda a derecha, sus ojos a duras penas consiguen llevar a cabo esa acrobacia digna de un circo, pero enseguida –aun sin comprender nada– halla placer en el movimiento de izquierda a derecha, como a contracorriente, desafiando al mundo. Piensa en que tal vez se trate de algo fundamental –esa dirección opuesta de movimiento que debería estudiar y practicar–, un gesto iniciado por la mano izquierda y terminado por la derecha; un círculo completo de manera que el hombro derecho se retira ante el izquierdo mientras que el día

comienza al salir el sol, a partir de la luz, para acabar hundiéndose en la oscuridad.

Contempla las formas de las letras y teme que no podrá grabarlas en la memoria. Hay una que recuerda a una tsadi, y otra que se parece a una sámej, y una más, a una especie de kaf, aunque no del todo, solo se le aproxima, de forma inexacta, y quizá también los significados sean aproximados e inexactos, desplazados de los que él conoce, solo un poco, pero lo suficiente para ver el mundo desenfocado.

–Son Geschichten recopiladas por ellos –dice Shor a Jacob, que lleva la camisa abierta–. Algo parecido a nuestro Ojo de Jacob, hay un poco de todo, animales, lugares, cuentos de hadas y de espíritus. Está escrito por un cura de aquí, de Rohatyn, ¿te lo puedes creer?

Jacob mira ahora con más interés el libro.

–Te proporcionaré un maestro –dice Elisha Shor y le carga la pipa–. No hemos ido a buscarte hasta Esmirna para ahora dejarte marchar. Toda la gente de Kamieniec va a pelear en tu nombre por sus derechos. Tú eres su guía, aunque no puedas ir allí en persona. No puedes echarte atrás.

Todas las noches Chaja se arrodilla ante su padre para untarle los pies con un apestoso jugo de cebolla mezclado con algo que impregna toda la casa de un olor a hierbas medicinales que persiste hasta la mañana siguiente. Pero ahí no acaba todo: Chaja deja a la niña con las mujeres y se encierra con los hombres en la habitación del padre donde estos se reúnen. En un principio Jacob está asombrado. No está acostumbrado a ver esas cosas. En Turquía y Valaquia las mujeres conocen su lugar y todo hombre sabio las mantiene a distancia, pues su innata relación con el mundo inferior de la materia introduce caos en el mundo del espíritu. Sin embargo, nada de esto ocurre entre los verdaderos creyentes, que, siempre de viaje, perecerían de no ser por las mujeres.

–Ay –dice Elisha como si oyera sus pensamientos–, si ella fuera un hombre, sería mi hijo más juicioso.

La primera noche, en virtud de una antigua costumbre, Chaja acude a la cama de Jacob. Tiene un cuerpo delicado aunque algo huesudo, muslos largos y un pubis algo áspero. Según la tradición, deberían yacer sin caricias superfluas y sin palabras. Jacob, sin embargo, le acaricia durante largo rato el vientre ligeramente convexo, evitando cada vez su ombligo, que le parece ardiente. Ella coge sin miedo sus genitales y los acaricia suavemente, como sin querer. Chaja quiere saber cómo se abraza la religión turca, qué hay en lugar del bautismo, si es preciso prepararse de alguna manera, cuánto les ha costado, si la esposa de Jacob también se ha pasado a Ismael, y si las mujeres viven mejor allí que aquí. Si realmente esa

decisión lo protege. Si realmente se cree intocable ante las autoridades polacas. Y si sabe que para los judíos, y para ella misma, tal conversión a otra fe resultaría difícil. Pero le dice que ella le cree y que todos los Shor lo seguirán si él se digna guiarlos. Y algo más: si ha oído todas las historias que circulan sobre él y que ella misma también difunde entre las mujeres. Finalmente, Jacob, cansado de hablar, se tumba sobre ella y la penetra violentamente, y justo después cae exhausto.

Por la mañana Jacob la mira y sonríe mientras desayunan. Nota que Chaja no para de entrecerrar los ojos, por lo que alrededor de ellos se forma una red de pequeñas arrugas. Elisha piensa enviarla a Lwów, a la consulta de Asher, que allí se ha trasladado, y que es quien mejor elige lentes para leer.

Chaja lleva vestidos modestos, solo una vez la vio Jacob con ropa de celebración: fue el primer día de sus enseñanzas, cuando acudió mucha gente al bet midrash de Rohatyn: aquel día se echó un pañuelo azul por encima de un vestido gris y se puso pendientes en las orejas. Chaja se muestra seria y tranquila.

Después presenció una inesperada escena de ternura, cuando su padre levantó la mano para acariciarle la mejilla, y ella, con un movimiento lento y sereno, posó la cabeza en su pecho, entre las olas de su frondosa barba gris. Sin saber por qué, turbado, Jacob apartó la mirada.

DE KRYSA Y SUS PLANES DE FUTURO

Krysa, como ya se ha dicho, tiene una cicatriz en la cara. Una línea recta surca una de sus mejillas de arriba abajo, lo que da la impresión de una simetría oculta, impresión tan inquietante que todo aquel que lo mira por primera vez no puede apartar la vista, y busca, pero al no encontrar ningún orden, le da la espalda con una antipatía no del todo consciente. Y eso que es el hombre más inteligente de Podolia, instruido y previsor, algo que a primera vista no se percibe. Y eso a Krysa le conviene.

Ha aprendido a no esperar simpatía de los demás. Hay que definir con exactitud lo que se quiere y exigir, suplicar, pedir, negociar. Si no fuera por esa cicatriz en la cara, ahora estaría ocupando el lugar de Jacob, de eso no hay duda.

Krysa opina que deberían ser independientes dentro del marco de la cristiandad. Esta es su posición actual, antes del debate, y a eso aspira mientras, a escondidas de sus hermanos, mantiene conversaciones llenas de malentendidos con el obispo Dembowski. Porque Krysa está convencido de saber más que nadie.

–En la frontera hay que mantener la distancia con todo el mundo y

hacer lo que toca –dice.

No demasiado judíos, no demasiado cristianos, ese sería su lugar, allí se mantendrían a salvo del control y la codicia de curas y rabinos. Y una cosa más: opina que, pese a ser perseguidos por sus hermanos de sangre, no dejan de ser judíos, aunque al mismo tiempo se aproximen a los cristianos. Por eso él y otros apóstatas judíos solicitan apoyo, protección y tutela, con el gesto de un niño que extiende una mano inocente en busca de concordia. Los cristianos los aceptan con compasión.

Pero para Krysa lo más importante es otra cosa, pues como está escrito en Yevamot 63 (pese a ser un antitalmudista no puede resistirse a citar el Talmud): «El hombre que no posee un pedazo de tierra no es un hombre.» Así que la mejor solución para todos sería recibir un pedazo de tierra de los señores terratenientes donde establecerse, y trabajarlo tranquilamente: los judíos dejarían de perseguirlos y los verdaderos creyentes trabajarían sus tierras tenazmente, podrían emplear a campesinos. Ni siquiera se verían obligados a bautizarse. Su visión se esparce sobre la mesa en la habitación llena de humo, pues fuera sopla un viento que vuelve a empujar el aire a la chimenea. Su aullido acompaña a la discusión.

–Para el señor terrateniente jamás –interviene alguien desde la penumbra en quien Krysa reconoce a Lejb Herszkowicz de Satanów.

–Ay, si nos aceptara la palatina Kossakowska en una de sus heredades... –toma la palabra Moshe de Podhajce.

Entonces Krysa da un respingo y su cara se tuerce de rabia.

–¿Queréis construiros vosotros mismos vuestro propio yugo? El noble hará lo que le plazca, sin observar ninguna ley. Dos generaciones y seremos como sus campesinos.

Otros lo apoyan.

–En las fincas del obispo también seremos como campesinos –dice Moshe.

Entonces toma la palabra Shlomo, el hijo mayor de Shor, que hasta ese momento permanecía sentado sin moverse mirando la punta de sus zapatos.

–Solo con el rey, solo en tierras de realengo, es lo que dice Jacob y yo opino lo mismo. Bajo el gobierno del rey estaremos a salvo.

Krysa vuelve a torcer el gesto. Dice:

–Sois unos estúpidos. Se os da un dedo y ya queréis cogerlo todo. Hay que regatear poco a poco.

–Para acabar metiéndonos en problemas –añade alguien con malicia.

–Ya lo veréis. El obispo y yo nos entendemos bien.

16

DEL AÑO 1757 Y DE CÓMO, EN PLENO VERANO, DURANTE EL DEBATE DE KAMIENIEC PODOLSKI, SE FIJAN CIERTAS VERDADES SEMPITERNAS

En la aldea de Moliwda, cerca de Craiova en Valaquia, se cree que el año que acaba de empezar, el 1757, es el año del Juicio Final. A diario se invocan nuevos nombres de ángeles para que se presenten como testigos. Nadie se ha planteado que, de seguir por esa senda, el proceso durará mil años, pues el número de ángeles es infinito. Los suplicantes están convencidos de que el mundo ya no se puede salvar, que solo queda prepararse para el fin que se acerca. El Juicio Final es como un parto; una vez empezado ya no se puede revocar ni detener. Pero este juicio, según creencia de los cohermanos y cohermanas a los que Moliwda ha abandonado para siempre, no es como nos lo imaginábamos: terrenal, con trompetas angelicales, la espada del arcángel y una gran balanza donde se pesará las obras de la gente. Este juicio es modesto, pasa casi desapercibido, sin extravagancia alguna. Parece celebrarse a espaldas de nosotros y en nuestra ausencia. Hemos sido juzgados en ese extraño año de 1757 a distancia y, lo más probable, sin posibilidad de recurso. Nuestra humana ignorancia no nos sirve de justificación.

Por lo visto, el mundo se ha vuelto insoportable no solo en las vastas y abiertas llanuras de Podolia, sino también aquí, en Valaquia, donde hace más calor y se puede cultivar la vid. Se merecía un final. De todos modos, el año pasado estalló una guerra. Yenta, que lo ve todo, sabe que durará siete años y que desequilibrará los delicados fieles de las balanzas que pesan las vidas humanas. Los cambios son aún imperceptibles, pero los ángeles ya han empezado la limpieza; con ambas manos cogen la alfombra del mundo y la sacuden de polvo. No tardarán en enrollarla.

Los rabinos pierden sin paliativos el debate de Kamieniec: nadie quiere escuchar sus confusas explicaciones cuando la acusación es tan sencilla y directa. Reb Krysa de Nadworna se convierte en héroe cuando logra ridiculizar el Talmud. Se pone de pie y levanta un dedo.

–¿Por qué el buey tiene rabo? –pregunta.

La sala enmudece, intrigada ante una pregunta tan tonta.

–¿Qué clase de libro sagrado es ese en que se nos plantean

semejantes preguntas? –prosigue Krysa, cuyo dedo se dirige lentamente hacia los rabinos–. ¡El Talmud! –exclama al cabo de un instante.

La sala estalla en carcajadas. La risa asciende hasta la bóveda del tribunal, nada acostumbrada a semejantes estallidos de alegría.

–¿Y cuál será la respuesta talmúdica? –pregunta Krysa, cuyo rostro afeado por la cicatriz se enrojece por momentos–. ¡Porque tiene que espantar las moscas! –se responde a sí mismo triunfante.

Más risas.

Las exigencias de los rabinos de expulsar a los contratalmudistas de la sinagoga, de que se les asigne otro atuendo que no sea el judío y de que nunca más se hagan llamar judíos también parecen ridículas. El tribunal consistorial, con la seriedad que le es propia, desestima la petición, puesto que no es competente para pronunciarse acerca de quién tiene derecho a llamarse judío y quién no.

Cuando se plantea el caso de la acusación de Lanckoruń, el tribunal evita adoptar una posición. Al fin y al cabo, ya hubo una investigación que no halló nada indecoroso en que se produjeran cantos y bailes a puerta cerrada. Todo el mundo tiene derecho a rezar como le parezca. Y a bailar con una mujer, incluso si esta lleva los pechos descubiertos. Además, la investigación no demostró que hubiera allí mujeres desnudas.

Después, la atención de la gente se desplaza al proceso contra dos falsificadores judíos. Un tal Lejba Gdalowicz y su aprendiz Hashko Szlomowicz son acusados de acuñar monedas falsas. El aprendiz es declarado inocente, pero al maestro Gdalowicz se lo condena a ser descabezado y descuartizado. El sello utilizado para acuñar la moneda es solemnemente troceado y arrojado al fuego justo antes de la ejecución. Después, de acuerdo con la sentencia, descabezan al culpable, descuartizan su cuerpo y lo clavan en una horca. La cabeza la empalan.

Todo aquel suceso no ayudó a los rabinos. Durante los últimos días de la disputa caminaban a hurtadillas, pegados a las paredes de las casas, porque la antipatía hacia ellos se había generalizado.

El tribunal consistorial también tuvo que pronunciarse sobre casos menores. Hubo uno que conmocionó a los cristianos de Kamieniec: Henszyja de Lanckoruń, un judío que comerciaba con los campesinos, se revolvió contra Bazyli Knesz –un campesino que le había reprochado ser uno de los sabsatzevitas– diciéndole que llevaba la cruz en el reverso de la barriga.

Por esa blasfemia, Henszyja fue condenado a cien latigazos en cuatro tandas en diferentes partes de la ciudad, para que el mayor número de personas pudiera ver la ejecución del castigo. El mismo castigo recibió Gershom, quien iniciara el tumulto en Lanckoruń a

partir del cual empezó todo. El tribunal consistorial, con el obispo Dembowski a la cabeza, dispuso asimismo que los señores de las heredades en las que hubiera contratalmudistas debían protegerlos.

La sentencia principal fue leída y aprobada su ejecución.

El tribunal libró a los contratalmudistas de toda calumnia y ordenó además que los rabinos pagaran cinco mil zlotys en concepto de gastos y de indemnización a los contratalmudistas apaleados y robados en las pendencias callejeras, y, por añadidura, y a título de castigo, ciento cincuenta y dos zlotys de oro para la reparación de la torre de la iglesia de Kamieniec. El Talmud, por su parte, como libro falso y nocivo, debía ser quemado en toda Podolia.

Una vez pronunciada la sentencia se hizo un gran silencio, como si el propio bando eclesial hubiese quedado desconcertado ante su propia severidad, y cuando el traductor transmitió las palabras de la sentencia a los rabinos, desde su banco se oyeron gritos y lamentos. Les ordenaron calmarse; solo despertaban vergüenza ajena, y no compasión. Se lo tenían merecido. Abandonaron el tribunal en indignado silencio, farfullando entre dientes.

Moliwda, que sigue encantado con el regreso a su país, también nota que todo ha cambiado. A veces le divierte constatar que puede prever algo, en esos momentos mira al cielo; en la llanura parece más vasto, funciona como una lente-espejo: concentra todas las imágenes en una sola y refleja la tierra como un fresco donde todo sucede al mismo tiempo y se ven pistas de los acontecimientos futuros. A quien sabe mirar, le basta con levantar la cabeza para verlo todo en el cielo.

Cuando Jacob y Nachman vinieron a buscarlo y lo exhortaron a regresar con ellos a Polonia, ni siquiera se sorprendió. Por cortesía fingió cierto titubeo. Pero lo cierto es que la visión de Jacob desmontando con ímpetu a la manera turca despertó en Moliwda una alegría auténticamente infantil ante la inminente aventura llena de riesgos.

DE LA QUEMA DE TALMUDES

Los libros empezaron a arder la tarde de ese mismo día, o sea, el 14 de octubre. Los ejecutores de las sentencias judiciales no necesitan esforzarse demasiado. Solo la primera pira, la de Kamieniec, la prende el gesto formal del verdugo de la ciudad, quien lee la orden firmada por el obispo Dembowski. A partir de ahí la cosa ya va sola.

Las más de las veces un grupo de gente irrumpe en una casa judía y en sus manos cae enseguida algún libro. Todos estos «talmutes», esos textos impuros, escritos en un alfabeto retorcido de derecha a izquierda, van a parar enseguida a la calle, donde hay quien los

amontona a patadas y les prende fuego. Los propios sabsatzevitas, herejes judíos, ayudan con sumo celo a los empleados públicos, gracias a lo cual, estos, exonerados, pueden ir a cenar a casa. A continuación, se unen a los sabsatzevitas gentiles y solteros que siempre andan buscando gresca. Los libros arden por toda Lwów, cada plaza tiene su propia hoguera, sea o no de talmudes. Dichas hogueras humean durante todo el día siguiente para por la tarde avivar con nuevos libros el flamígero fuego; no hay página impresa que no parezca siniestra. La situación adquiere tales dimensiones que también los cristianos de Lwów esconden sus libros y, por si acaso, plantan barricadas ante las imprentas. A los pocos días, la quema ha envalentonado tanto a todo el mundo que los judíos de Kamieniec, que, aunque todavía ilegalmente, ya están casi instalados en la ciudad, temiendo por su vida, vuelven a trasladarse con todas sus pertenencias a Karwasary. La visión de los libros ardiendo, de sus páginas revoloteando entre las llamas, atrae a la gente y la coloca alrededor, cual mago de feria que encanta a las gallinas para que obedezcan sus órdenes. Los congregados miran las llamas, les gusta ese teatro de destrucción, hace que crezca en ellos una ira indefinida, y aunque no acaban de saber contra quién deberían dirigirla, la indignación los conduce automáticamente contra los propietarios de los libros destruidos. Bastará un solo grito para que la multitud febril corra hacia la primera casa judía que les indique la guardia de los contratalmudistas, encargada de proteger del saqueo sus propias casas.

El que antes era miserable, pecador y maldito se convierte ahora en legislador y ejecutor. Y viceversa, quien antes juzgaba y aleccionaba, es ahora juzgado y aleccionado. La casa del rabino ya no es la casa del rabino, es una taberna a la que se puede entrar tras abrir la puerta de una patada. En el interior no se hace caso a gritos y protestas; como se sabe dónde guardan los libros, se va directamente a ese lugar, que suele ser un armario, se los saca uno tras otro y, agarrándolos por las cubiertas, se los destripa como a un pollo antes de cocerlo.

Una mujer, a menudo la mayor, se lanza a la desesperada para defender tal o cual libro, como si fuera un nieto retrasado que se ha encogido hasta adquirir esa forma de papel, mientras que el resto de los habitantes de la casa tiene miedo de hacer frente a la violencia; por lo visto ya saben que los caprichosos poderes de este mundo se han puesto del otro lado; por cuánto tiempo, no se sabe. Algunas mujeres se abalanzan sobre el ejecutor y a veces ocurre que es un joven familiar hechizado por la idea de Shabtai y le agarran la mano e intentan atrapar su mirada: «Icełe, ¿qué haces? ¡Yo jugaba con tu madre en el río!» Las mayores espetan desde un rincón: «Se te secará la mano por este sacrilegio.»

En Busk solo arden unos pocos talmudes porque allí quedan pocos talmudistas. La mayoría es seguidora de Shabtai. Apenas arde una pequeña hoguera detrás de la sinagoga, humea, porque los libros han caído justo antes en un charco y no se quieren quemar. Aquí no hay ensañamiento. Los que queman se comportan como si ejecutaran una sentencia; alrededor de la hoguera circula una botella de vodka. Intentan unirse al auto de fe los pendencieros gentiles, quemar y lanzar cosas al fuego siempre los atrae, aunque no acaban de saber de qué se trata. Pero ya les han hecho entender que es un asunto interno, judío, así que se quedan plantados con las manos en los bolsillos de sus pantalones de lino y contemplan el fuego.

Lo peor ocurre en Kamieniec, Rohatyn y Lwów, donde se derrama sangre. En Lwów una muchedumbre enfurecida reduce a cenizas toda la biblioteca judía reunida en la casa de la oración. Rompen los cristales de las ventanas y destrozan los bancos.

Al día siguiente los disturbios resultan cada vez más amenazadores: por la tarde una multitud embriagada, ya no judía, sino mixta, abigarrada, de lo más dispar, no es capaz de diferenciar el Talmud de cualquier otro libro: lo importante es que esté lleno de esa escritura tan rara, de antemano hostil por ilegible. Y esa multitud, congregada para acudir al mercado de Rohatyn al día siguiente, disponiendo finalmente de permiso para ejercer la violencia contra los libros, deja escapar un alarido frenético y jubiloso y sale de caza. Se planta en la entrada de las casas y exige que se le entreguen los libros cual rehenes, y si considera que el propietario intenta darles gato por liebre, la emprende a golpes.

Se derrama sangre, se rompen brazos, saltan dientes.

Mientras tanto, los rabinos, indignados con su derrota en la disputa, ordenan rezos y un ayuno tan estricto que incluso las madres dejan de amamantar a los hijos recién nacidos. En la casa de Rappaport en Lwów hay un lugar desde donde se envía el correo y se trabaja con ahínco a la luz de las velas toda la noche. El propio rabino Rappaport está tumbado en la cama; lo han apaleado ante la sinagoga, le resulta difícil respirar, se teme que le hayan roto las costillas. Pinkas llora mientras se dedica a copiar cartas. Todo apunta a que el fin del mundo se acerca y empieza una nueva debacle, la más dolorosa, pues el dolor se lo infligen sus propios hermanos. Cómo es posible, a qué dolorosa prueba nos somete Dios cuando ya no es un cosaco ni un tártaro salvaje quien amenaza nuestra vida, sino un vecino judío con cuyo padre estudiábamos en la yeshivá. Hablan nuestra lengua, viven en nuestras aldeas, entran en nuestras sinagogas, aunque allí no los queremos. Cuando uno de los nuestros se vuelve contra otro de los nuestros significa que el pecado de Israel es

inmenso y que Dios está muy airado.

Al cabo de pocos días, cuando el rabino Rappaport se recupera un poco, se reúnen representantes de diversas comunidades y aprueban una nueva colecta. Habrá que llevar el dinero a Varsovia y entregarlo a Baruch Jawan, hombre de confianza del mismísimo ministro Brühl. Pero a todas luces no son tiempos para importunar al rey con la quema de libros cuando hay una guerra en curso: la respuesta nunca llega.

DE CÓMO EL PADRE PIKULSKI EXPLICA LOS PRINCIPIOS DE LA GEMATRÍA A PERSONAS DE ALTA CUNA

Jerzy Marcin Lubomirski es el comandante de la guarnición de Kamieniec Podolski, una ciudad bastante aburrida, alejada del mundo. Es su primera comandancia. Tiene veinte años, es alto, apuesto y, aun si uno no se fija demasiado en su agradable físico, tiene otra virtud: es el heredero de una inmensa fortuna, cosa que le confiere expresividad. Todo el mundo repara en él de inmediato, y una vez detectado, ya no le quitan la vista de encima. Kamieniec está situado en su inmenso latifundio. Desde que ocurren cosas tan extrañas, desde que ha aparecido una multitud en los callejones antes desiertos, el príncipe está excitado y por fin satisfecho. Necesita nutrirse de nuevas impresiones a cada momento, al igual que de comida y bebida. A la cena de despedida con motivo del ascenso a arzobispo de Mikołaj Dembowski lleva media docena de cajas del mejor vino del Rin.

Una vez vaciadas las primeras, empiezan a hablar de los últimos acontecimientos y la atención del señor Lubomirski se dirige al discreto padre Pikulski, mano derecha del arzobispo. El bernardino tiene el cometido de iluminar a personajes de alta cuna en cuestiones judías, ya de por sí intrincadas y confusas. Todo el mundo quisiera comprender en qué consiste todo ese revuelo judío.

–Hay cierto consuelo en el judío –toma la palabra el obispo Kajetan Sołtyk, tras tragar un buen pedazo de morcilla.

Últimamente ha engordado. Todo lo que lleva parece exagerado. El color de su vestimenta episcopal, demasiado chillón; los puños, demasiado almidonados; la cadena en el pecho, demasiado brillante. Contento de lograr llamar la atención, prosigue:

–El judío vela por el dinero y pondrá del suyo cuando sea menester. Rápido de pensamiento y codicioso para sí mismo, igual de codicioso será para su señor. Cuando quiero comprar o vender algo siempre llamo a un judío. Mantienen tratos con todos los mercaderes del país. Entienden lo que significa hacer negocios. Tenerme como cliente va en su propio interés, lo que para mí supone que siempre me tratarán de manera que me sienta a salvo, que no me engañarán y me

servirán lo mejor posible. No hay por aquí ni un solo señor respetable y propietario de tierras que no recurra al servicio de los israelitas. ¿No tengo razón, señor palatino?

La palatina Kossakowska responde en lugar de su marido:

–Todo el mundo sabe que Su Excelencia no ha sido creado para ocuparse de negocios ni de cuestiones agrícolas. Para eso se tienen administradores. El peligro radica en que si no son honrados pueden robar. No hay manera con esa gente.

El tema del latrocinio agita tanto a todos –el excelente vino también ayuda– que la discusión se rompe en mil pedazos y cada comensal conversa con quien tiene enfrente. Los jóvenes criados sirven más vino y, tras una imperceptible señal del obispo Dembowski, cambian discretamente la caja; ahora sirven uno de peor calidad, aunque parece que nadie se da cuenta.

–¿En qué consiste esa cábala que está en boca de todos? Incluso mi marido ha empezado a interesarse por ella –se dirige Katarzyna Kossakowska al padre Pikulski.

–Creen que el mundo ha sido creado a partir del verbo –contesta este, tragando saliva, y devuelve a su plato un buen pedazo de carne de buey que ya se encaminaba hacia su boca.

–Bien, todo el mundo lo cree: en el principio era el Verbo. Igual que nosotros. Así que ¿qué herejía es esta?

–Sí, ilustre señora, pero nosotros nos quedamos en esa frase mientras que ellos se la aplican hasta a la cosa más insignificante.

Se nota que el padre contesta de mala gana. No se sabe por qué; él mismo se sorprende. ¿No será porque, en su opinión, no merece la pena explicar a una mujer asuntos demasiado complejos que ella, por más instrucción que haya recibido, no será capaz de comprender? O tal vez porque semejantes preguntas suelan llevarlo a simplificar las cosas al máximo. Por muy obispo que sea, también a él hay que explicarle las cosas lenta y prudentemente, pues no es brillante. Seguro que es un santo, yo no soy quién para juzgarlo, se reprende Pikulski para sus adentros, pero a veces resulta difícil conversar con él.

Así que pide papel y pluma para ilustrar su explicación. Reparte las hojas, dejándolas al lado de los platos, animado por el obispo, quien, apartando una fuente con pechuga de oca ahumada, se retira un poco, para dejar el campo libre al fraile y lanzar una mirada cómplice a Kossakowska porque presiente que ese discreto frailecillo posee poderes ocultos que usará de un momento a otro, y que los desplegará en pequeñísimas dosis, como si no quisiera desvelar que los tiene a raudales.

–Cada letra tiene su equivalente numérico. Álef, uno; bet, dos; guímel, tres, etcétera. Esto significa que a cada palabra compuesta de

letras le corresponde un número. –Comprueba con la mirada si lo entienden–. Las palabras cuyos números son iguales están unidas por un significado profundo, pese a que en la superficie no parezcan guardar relación alguna. Es posible contar las palabras, combinarlas de muchas maneras, y entonces ocurren cosas muy curiosas.

El padre Pikulski no sabe si detenerse, si es suficiente, pero no, no puede resistirse:

–Tomemos el siguiente ejemplo –dice–. Padre en hebreo es «ab». Lo escribimos así: álef-bet, empezando por la derecha. Madre es «em» o sea, álef-mem. Pero la palabra «madre», «em», también se puede leer como «im». «Ab», padre, tiene un valor numérico de 3, porque álef tiene 1 y bet 2. «Madre» equivale a 41, porque álef es 1 y mem 40. Y ahora: si sumamos las dos palabras, «madre» y «padre», obtendremos 44, el número de la palabra «yeled», ¡o sea, niño!

Inclinada sobre el padre, Kossakowska da un salto y se pone a batir palmas.

–¡Qué ingenioso! –exclama.

–Yod-lámed-dálet –escribe el padre Pikulski en la hoja del obispo y lo mira, triunfante.

El obispo Sołtyk no lo acaba de comprender y tanto número lo confunde. Resopla. Debería adelgazar. El obispo Dembowski alza las cejas en señal de que la cosa podría interesarlo en un futuro.

–Según la cábala, al intimar mujer y hombre se encuentran dos alfabetos, dos abecedarios, como se dice en polaco, materno y paterno, y son ellos, al entrelazarse, los que causan la concepción de un niño.

El obispo Dembowski tose suavemente y vuelve a comer.

–Por más cábala que sea –toma la palabra la palatina con las mejillas sonrosadas por el vino–, aquí ocurre una cosa inaudita en el mundo entero. Miles de judíos desean convertirse a la fe católica. Se abrazan a nosotros como los polluelos a la gallina clueca, pobrecitos, agotados de su judía condición...

–Se equivoca usted, ilustre señora –la interrumpe el padre Pikulski carraspeando para intentar disimular su embarazo. Kossakowska lo mira, atónita ante la irrupción en el curso de sus pensamientos–. Ellos no lo hacen porque sí. Hace tiempo que han elegido nuestro país como su nueva tierra prometida...

–No se les puede quitar la vista de encima –añade el obispo Sołtyk.

–Ahora condenan el Talmud, pero la condena debería abarcar todos sus libros. La cábala es una especie de superstición peligrosa, por lo que debería ser prohibida. Enseña una manera de honrar a Dios que es pura herejía. Aparentemente también enseña a predecir el futuro y conduce a cultivar la magia. Seguro que la cábala no procede de Dios, sino de Satanás.

–Exagera usted, padre –ahora es Kossakowska quien le interrumpe–. Aun si todo el asunto apestase a azufre, en el seno de la Iglesia encontrarán de inmediato una vida distinta. Nos hemos reunido aquí para ayudar a esas almas descarriadas ahora que ellas mismas declaran las mejores intenciones.

El señor Jerzy Marcin Lubomirski engulle la morcilla; lo mejor que se ha servido en esta cena. La carne está dura y el arroz pastoso. La col emana un extraño olor a podrido. Considera a sus interlocutores viejos y aburridos. No entiende nada de judíos, le son completamente ajenos. Solo recientemente trabó conocimiento con una muchacha judía, una de las que merodean alrededor de la guarnición. Hay entre ellas doncellas de todas las nacionalidades, hay donde elegir, como suele pasar allí donde hay ejército.

DEL RECIÉN NOMBRADO ARZOBISPO DEMBOWSKI, QUE SE PREPARA PARA PARTIR

Mientras espera los baúles que pueden llegar en cualquier momento, el obispo, preparado para el inminente viaje a Lwów donde tomará posesión del arzobispado, echa aún un vistazo a los juegos de ropa interior que encargó y mandó adornar con sus iniciales: MD, Mikołaj Dembowski.

Las iniciales están bordadas con hilos de seda de color violeta. Con anterioridad le llegaron del extranjero unas calzas de seda; el obispo Dembowski se había desacostumbrado ya por completo a las de lino. Las calzas son blancas y violeta, como las iniciales; las de color violeta lucen un fino ribete. El obispo cuenta asimismo con una novedad: unos pantalones de invierno hechos de lana fina que pican un poco en los muslos, pero que le proporcionan a cambio ese calor que tanto anhela.

Parece satisfecho de sí mismo. Quién sabe si sus sutiles esfuerzos por hacerse con el arzobispado no han sido valorados a la luz de los últimos acontecimientos: toda esa pobre gente, maldecida por los suyos y humillada ya siente el corazón de Jesucristo misericordioso. El obispo no va a dejar este asunto hasta ver bautizadas a todas esas multitudes judías. Significaría un gran milagro en toda Europa, quizá el comienzo de una nueva época. Mira con arrobo los libros preparados para empaquetar y le llama la atención un volumen recién encuadernado en piel. Sabe lo que contiene. Lo coge con una sonrisa, lo hojea y se topa con unos versos:

¿Qué está mal en Polonia?
Malos son los gobiernos y los caminos. Malos los puentes.

Y un sinfín de gente mala que no conoce la vara.

El obispo se sonríe, conmovido por la ingenuidad de esta poesía. ¡Ay, si el cura decano Chmielowski tuviera tanta sabiduría como fervor! Tras un momento de reflexión, añade también a la pila este libro de exquisita encuadernación.

La última noche antes de la partida, el obispo Dembowski se acuesta tarde en su palacio de Czarnokozińce, tiene la mano entumecida de tanto escribir cartas (ordena los asuntos judíos, una de las cartas va dirigida al rey con la súplica de apoyar la noble acción). Se despierta en mitad de la noche, empapado en sudor, tieso, con la nuca hecha un tocón y dolor de cabeza. Ha soñado algo, algo terrible, pero no logra recordar el qué. Un tumulto, violencia, bordes afilados, ecos de costuras saltando, chasquidos, sonidos guturales de los que no ha entendido nada. Mientras yace en la oscuridad temblando de miedo e intenta extender el brazo para llamar a un criado, siente que no puede moverse y que la misma mano que ha pasado todo el día escribiendo cartas no le obedece. Es imposible, piensa espantado. Estaré soñando. Se apodera de él un miedo terrorífico, animal.

Justo después percibe un olor característico y se da cuenta de que se ha orinado. Quiere moverse: no puede. Es justo lo que ha soñado: que no puede moverse. Quiere gritar para que acuda el servicio, pero el pecho no le obedece, no tiene la fuerza suficiente para tomar aire y emitir el más leve gemido. Permanece ahí inmóvil hasta la mañana, boca arriba, respirando deprisa como un conejo, y se pone a rezar, pero, presa del miedo, la oración se quiebra y el obispo no sabe lo que está diciendo. Tiene la sensación de llevar una figura invisible sentada en el pecho, un fantasma, y que de no quitárselo de encima, este lo estrangulará. Intenta calmarse y regresar a su cuerpo, sentir la mano, el pie, la barriga, apretar las nalgas, mover un dedo, pero no tarda en dar marcha atrás porque ahí no hay nada. Queda solo la cabeza, pero parece suspendida en un vacío total y absoluto. Tiene todo el tiempo la sensación de estar cayendo, necesita aferrarse con la mirada a la lámpara que cuelga en lo alto junto a la pared de su dormitorio de Czarnokozińce sobre los aprestados baúles. Permanece así, presa de un miedo mortal.

Por la mañana lo encuentra un criado y se arma un alboroto. Unos galenos le hacen una sangría, la sangre fluye, negra y espesa; en sus caras aparece una profunda preocupación.

Y sin embargo, tras la sangría, el estado del obispo mejora un poco. Empieza a mover los dedos y la cabeza. Unos rostros se inclinan sobre él, dicen algo, preguntan, miran con tristeza y compasión. Pero solo lo deprimen. Están compuestos de demasiados elementos: ojos, labios, nariz, arrugas, orejas, lunares, verrugas; demasiado, insoportable, la cabeza le da vueltas y le entran náuseas, así que su mirada huye hacia la lámpara.

Aparentemente sabe que lo tocan unas manos, pero lo único que siente es la total extrañeza de su cuerpo. Hay unos hombres a su lado, pero no entiende lo que dicen, a veces capta palabras sueltas, pero estas no construyen frase ni sentido alguno. Finalmente, los hombres se marchan dejando una sola vela, la habitación se sume en la penumbra. El obispo querría que alguien lo cogiera de la mano, cuánto no daría por la áspera y cálida palma de la mano de alguien...

En cuanto la luz de la candela se atenúa, pues los veladores se han dormido, el obispo empieza a agitarse y a gritar, o más bien le parece que grita, pues no logra emitir sonido alguno, hasta tal punto tiene miedo a la oscuridad.

Al día siguiente se presenta su hermano, sí, es él, lo reconoce; aunque no lo mira a la cara, oye su voz. Simplemente sabe que es él, y eso lo alivia, se duerme, pero allí, en el sueño las cosas se repiten: yace en el mismo lugar y tiene el mismo miedo a la oscuridad. Después el hermano desaparece. Por la tarde la mente del obispo empieza a crear imágenes. Se halla en Kamieniec, al lado de su palacio, al lado de la catedral, pero no toca el suelo, sino que está suspendido en el aire, a la altura del borde del tejado. Ve que bajo el tejado han anidado unas palomas, pero el nido está abandonado y hay esparcidos unos trozos de cáscara vieja.

Después divisa en lo alto de una columna la luminosa figura de la Madre de Dios que él mismo ha bendecido recientemente; entonces el

temor se aleja por un instante, pero regresa enseguida, en cuanto la mirada del obispo se traslada al río y al enorme corpachón de la fortaleza. Siente sobre sí la mirada de muchos ojos que lo contemplan con indiferencia y que proceden del vacío. Como si allí aguardaran millones de personas. Ve arder libros que se hinchan y rasgan por obra del fuego. Pero antes de que el fuego lama el blanco de las páginas, las letras, semejantes a hormigas y a otros insectos pequeños y vivaces, huyen en fila de las hojas y desaparecen en la oscuridad. Dembowski las ve muy nítidamente y en realidad no le sorprende que las letras estén vivas: unas mueven sus pequeños piececitos; otras, las que carecen de ellos, las más sencillas, se ven obligadas a saltar o arrastrarse. El obispo no tiene ni idea de cómo se llaman, pero esa huida lo emociona, se inclina sobre ellas, casi con ternura, y al cabo de un momento constata que no queda ninguna, que arden páginas limpias y blancas.

Después el obispo Dembowski pierde el conocimiento. La sangría no ayuda.

A última hora de la tarde muere.

Los médicos y los secretarios que velan al obispo, así como su colaborador más cercano, el padre Pikulski, están tan sorprendidos por esa muerte que no salen de su asombro. ¿Cómo es posible? Si era un hombre sano. No, no del todo, tenía problemas con la sangre, circulaba demasiado despacio, era demasiado espesa, y por eso ha muerto. Pero no se quejaba de nada. Quizá no quería decir lo que le pasaba. Solo se quejaba del frío. Sin embargo, eso no es motivo de muerte. Por eso en palacio se toma la decisión de no anunciarla todavía. No saben qué hacer. Ese mismo día llega el resto de la ropa interior encargada, así como los baúles para empaquetar manuscritos. Todo esto acontece el 17 de noviembre de 1757.

DE LA VIDA DE LA DIFUNTA YENTA EN EL INVIERNO DE 1757, ES DECIR, EL AÑO EN QUE SE QUEMÓ EL TALMUD Y A CONTINUACIÓN LOS LIBROS DE QUIENES LO INCENDIARON

Un acontecimiento como la muerte de un arzobispo es único y no volverá a repetirse. Cualquier situación y todo lo que la conforma ocurre solo una vez. Los distintos elementos confluyen para una única representación, como actores invitados interpretando su papel, aunque solo sea un gesto, cruzar el escenario o recitar un breve y apresurado diálogo que, sacado de contexto, cae de inmediato en el absurdo.

Y, sin embargo, se crea una sucesión de acontecimientos en la que debemos confiar, puesto que no tenemos nada más. Si lo miramos con suma atención, como lo está viendo Yenta, veremos todos los puentes, mecanismos, pernos y módulos, así como esas minúsculas

herramientas que ensamblan sucesos aislados, únicos e irrepetibles. En realidad, son ellas las que mantienen unido el mundo, porque transportan una u otra palabra a los acontecimientos contiguos, repiten un gesto o una mueca, rítmicamente, múltiples veces en diferentes contextos, conectan una y otra vez los mismos objetos o a las mismas personas, producen una fantasmagórica sucesión de asociaciones de cosas que por naturaleza son ajenas entre sí.

Esto se contempla perfectamente desde el lugar donde está Yenta ahora; de manera que se ve cómo todo centellea y cambia incesantemente, cuán hermosos son sus latidos. Nada se puede capturar en su totalidad, porque enseguida pasa, se deshace en pequeños fragmentos y de inmediato se crea un patrón del todo nuevo e igualmente fugaz, aunque el anterior por un momento parecía sensato, bello o sorprendente. Cuando se intenta fijar la atención en una figura humana, esta no para de cambiar, de manera que resulta difícil tener la certeza de que se trata de la misma persona. Esta, por ejemplo, hace un momento era una niña toda sucia, frágil como una oblea, ¡y ahora! Sale de su casa una mujer alta y bien plantada que con movimiento decidido e impetuoso lanza el agua sucia de una palangana. El agua mancilla el blanco de la nieve dejando sobre ella manchas amarillentas.

Tan solo Yenta permanece inmutable, tan solo Yenta se repite y vuelve siempre al mismo lugar. En ella se puede confiar.

Antes de la Janucá y la Navidad, se difunde la noticia de la muerte del arzobispo Dembowski, y dicha noticia, angustiosa para algunos, se convierte en motivo de júbilo para otros. Resulta tan inesperada como si alguien cortase con un cuchillo un kílim pacientemente tejido. ¡Tantos esfuerzos en vano! Acto seguido, se difunde otra noticia, que llega hasta Korolówka al tiempo que una nevasca: tan pronto como murió el protector de los verdaderos creyentes, los rabinos volvieron a levantar la cabeza y comenzó la persecución de los del bando contrario. Los hombres cuyos talmudes fueron quemados hace poco queman ahora los libros de los anteriores incendiarios. Mientras, Jacob Frank se encuentra en el mayor calabozo, tras gruesas murallas. Los habitantes de Korolówka se lanzan miradas lúgubres. La tarde del mismo día de la noticia se sientan juntos en el cobertizo de Israel y no pueden evitar susurrar. Las voces no tardan en subir de tono.

–Es una lucha de grandes poderes...

–Lo mismo que con Shabtai. También lo encarcelaron...

–Así ha de ser. El encarcelamiento es parte del plan...

–Ha tenido que pasar, ahora todo comienza...

–Son los últimos días...

–Es el fin.

Alrededor, la nieve lo ha cubierto todo, los caminos e incluso el cementerio, donde las matzevás han desaparecido en impenetrable blancura. Se mire donde se mire no hay más que nieve. Y se produce un milagro, pues un comerciante de Kamieniec logra llegar a la aldea a través de ese mar de nieve; ni siquiera tiene fuerzas para desenganchar los caballos, se limita tan solo a entornar los ojos cuyas pestañas cubre la escarcha y el blanco deslumbra. Dice:

–No, Jacob no está en ninguna cárcel, consiguió huir de Rohatyn directo a Czerniowce, que ya es Turquía. Está en Giurgiu con su mujer y sus hijos, e incluso, según cuentan, ha vuelto a los negocios.

Alguien dice con voz desgarradoramente triste:

–Nos ha abandonado.

Eso parece. Ha dejado atrás Polonia, un país nevado y, pese al blanco de la nieve, lóbrego y oscuro. Aquí no hay sitio para él.

En un principio lo escuchan con incredulidad, pero enseguida surge la rabia; no, no en contra de Jacob por haber huido, sino más bien en contra de ellos mismos, porque debían haber sabido que así sería. Lo peor es saber que ya nada cambiará. Los excrementos del caballo dejado ante la casa de Israel humean en el gélido frío, manchan la nieve limpia como una sábana, dando triste fe de la debilidad de todo ser creado; de un momento a otro se convertirán en un terrón de materia congelado.

–Dios nos ha librado de él y de la tentación que era todo ese hombre –dice Sobla al entrar en la casa y se echa a llorar.

Llora toda la tarde. En realidad, no se sabe por qué, al fin y al cabo, no quería a Jacob ni a su bullicioso séquito, ni a sus soberbias doncellas ni al retorcido Nachman. No creía en una sola de sus palabras. Tenía miedo de sus enseñanzas.

Israel la reprende. Y cuando ya están acostados bajo el plumón y perciben el húmedo olor de las plumas de varias generaciones de ocas, torpemente intenta abrazarla.

–Me siento como si estuviera yo en la cárcel..., toda la vida es una cárcel –solloza Sobla.

Toma una bocanada de aire, pero ya no es capaz de decir nada más. Israel guarda silencio.

Después se confirma una noticia aún más sorprendente: Jacob se ha convertido a la religión musulmana, allí, en Turquía; a Israel se le doblan las piernas de la impresión. Solo su madre le recuerda que lo mismo sucedió con el Primero, con Shabtai. ¿Acaso no se puso el turbante? ¿Y no formaba aquello parte del plan de salvación? Las especulaciones se prolongan durante tardes enteras. Para unos se trata de un acto cobarde e inimaginable. Para otros, de una política astuta. Nadie cree que Jacob se haya convertido de verdad en un seguidor de

Alá. Incluso la cosa más extraña y terrible, cuando forma parte de un plan, parece de pronto natural y propia. Lo afirma Israel, quien ahora comercia en madera con los cristianos. Compra al terrateniente directamente en el bosque los troncos ya desbastados y los vende.

Gracias a los donativos para Yenta se ha podido comprar un gran carro de varales y dos caballos fuertes, toda una fortuna. A veces, mientras aguarda la carga, se acuclilla con los leñadores y juntos fuman en pipa. Sobre todo le gusta conversar con el administrador del noble, quien, al contrario que los leñadores, tiene cierta idea de los misterios de la religión. Precisamente después de una charla con aquel administrador Israel toma conciencia de que la muerte de Jesús, el Mesías cristiano, también formó parte del plan divino. Jesús tuvo que ser crucificado, porque si no, el acto de salvación ni siquiera se habría iniciado. Es esto extraño y retorcido, pero tiene su lógica. Israel piensa mucho en ello: lo sorprende la semejanza con Shabtai Tzvi, que tuvo que dejarse encarcelar, aceptar el turbante y permitir que lo desterraran. El Mesías tiene que caer hasta lo más bajo, si no, no es Mesías. Israel regresa con el carro pesado, pero con el corazón liviano.

El ir y venir de peregrinos por el patio de Sobla e Israel cesa por completo. Tanto por las heladas como por la situación general. La gente ha empezado a temer los milagros públicos; más vale que se produzcan en algún lugar oculto. Pero no por eso Pesełe y Frejna visitan menos a Yenta, aunque Pesełe se está preparando para su boda. Acaba de comprometerse: el chico tiene trece años, los mismos que ella. Lo ha visto dos veces y le ha parecido simpático aunque infantil. Su hermana y ella se dedican a bordar manteles, pues Frejna seguramente se casará dentro de un par de años. A veces Pesełe, cuando todavía hacía calor, llevaba la labor de costura a casa de su abuela, que es como llama a Yenta, y trabajaba junto a ella. Le contaba historias, le confiaba sus planes... Por ejemplo, que le gustaría vivir en una gran ciudad y ser una gran dama. Tener calesa propia y vestidos ribeteados de encaje, así como un ridículo en el que llevaría un pañuelo perfumado, pues no sabe qué otra cosa se podría llevar en semejante bolsito. Ahora ya hace demasiado frío. Los dedos se hielan tanto que no pueden sostener la aguja. Las gotas de rocío sobre el cuerpo de Yenta se convierten de inmediato en bellos cristalitos de nieve. Lo ha descubierto Pesełe. Se los colocaba sobre el dedo y antes de que se fundieran los llevaba hasta la ventana, para que les diera el sol. Durante un instante contemplaba maravillas. Palacios enteros de cristal más blancos que la nieve, llenos de vidrio, candelabros, copas talladas...

–¿Dónde lo ves? ¿En un copo de nieve? –se asombra Frejna. Pero un día ella misma se coloca con delicadeza un copo sobre la yema del

dedo y lo observa al trasluz. Es maravilloso, grandísimo, como una moneda pequeña, como un grosz. La cristalina belleza desaparece en un instante porque esa belleza no es de este mundo y el calor humano la mata. Gracias a ese único segundo es posible vislumbrar el mundo superior, asegurarse de su existencia.

¿Cómo es posible que el frío helador no afecte a Yenta? Israel lo comprueba varias veces, sobre todo por la mañana, cuando la corteza de los árboles parece estallar de frío. Pero Yenta está apenas tibia. La escarcha se posa sobre sus pestañas y cejas. A veces también viene Sobla, se envuelve en una zamarra, y dormita.

–No podemos enterrarte, abuela –le dice Pesełe a Yenta–. Pero tampoco podemos tenerte aquí. Papá dice que los tiempos se han vuelto muy inseguros, nadie sabe qué pasará mañana.

–Ni si habrá mañana –añade su hermana.

–Se acerca el fin del mundo. Tenemos miedo –dice Sobla, acongojada. Le parece que los párpados de la abuela Yenta se mueven, sí, seguro, los oye–. ¿Qué debemos hacer? ¿Será esta una de esas situaciones desesperadas en las que dicen que ayudas? Ayúdanos. –Sobla contiene la respiración para no pasar por alto la más mínima señal. Nada.

Sobla tiene miedo. Será mejor no tener en el pajar a la abuela del maldito y aturcado Jacob. Traerá desgracias. Cuando se enteró de que lo habían encarcelado, sintió una especie de satisfacción: merecido te lo tienes, deseabas demasiado, Jacob. Siempre te sentabas en la rama más alta, siempre querías ser mejor que los demás. Y ahora acabarás en una mazmorra. Pero cuando se enteró de que estaba a salvo en Giurgiu, se sintió aliviada. Antes tantas cosas se antojaban posibles, ahora reinan de nuevo la oscuridad y el frío. La luz se retiró en octubre detrás del cobertizo y ya no se deja caer por el patio; el frío se escabulló por debajo de las piedras, donde permaneció oculto durante el verano.

Antes de dormirse, Sobla recuerda sin querer historias de la cueva: de cómo Jacob, siendo aún el joven Jankełe, se quedó prendado de ese lugar. Y de cómo se perdió allí siendo un niño.

Ella todavía era pequeña, conocía bien a Jacob, siempre le tuvo miedo, por su carácter vehemente. Jugaban a la guerra: unos eran turcos y otros rusos. En cierta ocasión, Jacob, como ruso o turco, esto Sobla no lo recuerda a ciencia cierta, empezó a luchar con tanto ímpetu y tanta rabia que ya no supo parar y golpeó tanto a un chico con una espada de madera que por poco lo mata. Sobla se acuerda también de que su padre, como castigo, le pegó una paliza hasta hacerlo sangrar.

Y ahora está viendo bajo los párpados la entrada a la cueva, nunca

estuvo en el interior. Ese lugar la espanta, algo extraño ocurre alrededor, los árboles son más verdes, y el silencio, estremecedor; además, en la tierra bajo los abedules crece el ajo de oso. Ese ajo se saca de allí para dárselo a las personas cuando caen enfermas. Siempre ayuda. Nadie sabe lo grande que es la cueva, al parecer se extiende millas enteras bajo tierra y tiene la forma de una enorme letra álef; se dice que hay allí toda una ciudad. La habitan duendes y seres sin pies, es decir, balakaben que guardan allí sus tesoros...

De repente, Sobla se pone de pie, la manta cae de sus hombros al suelo. Pronuncia tan solo dos palabras: «¡La cueva!»

DE LAS AVENTURAS DE ASHER RUBIN CON LA LUZ Y DE LAS DE SU ABUELO CON UN LOBO

El año pasado llegó a Lwów la noticia del terremoto en Lisboa. Las noticias se difunden lentamente. Las que ha encontrado Asher en un folleto ilustrado con grabados resultan desgarradoras. Asher los examina una y otra vez, su estremecimiento es tal que no puede dejar de mirarlos. Ante sus ojos tiene escenas como las del Juicio Final. Es incapaz de pensar en otra cosa.

Se habla de pilas de cadáveres, y Asher intenta imaginarse cuántos son en realidad esos cien mil; son más que los habitantes de Lwów, y aún habría que añadirles los pueblos y aldeas circundantes, convocar a todos a ese recuento: cristianos y judíos, rutenos y armenios, niños, mujeres y hombres, ancianos, animales, vacas inocentes, perros en sus casetas. ¿Cuántos son cien mil?

Después, sin embargo, una vez más calmado, piensa que no es nada extraordinario. Al parecer, nadie ha contado las víctimas de Chmielnicki: aldeas enteras, ciudades, cabezas de nobles desperdigadas por los atrios de las mansiones, judías despanzurradas... Ha oído decir que colgaron juntos a un noble polaco, a un judío y a un perro. Pese a todo, nunca antes había visto litografías en que se presentaran gráficamente –cuidadosamente grabadas en una plancha de metal– escenas que escapan a la razón humana. La siguiente imagen se le clava en el cerebro: el oleaje asaltando la ciudad. Parece que se haya desatado una guerra entre los elementos: la tierra se defiende del agua con el fuego, pero el agua es el elemento más fuerte, allí por donde pasan las olas nada queda con vida, el agua arrasa y destruye. Los barcos parecen plumas de oca en un estanque, la gente es casi invisible en este Armagedón, lo que ocurre excede toda mesura humana. Con una excepción: en primer plano hay un hombre en una barca, probablemente un noble, porque lleva hermosas vestimentas, y eleva al cielo las manos plegadas en oración.

Con vengativa satisfacción Asher contempla el desesperado gesto

de ese hombrecillo y constata que en la imagen apenas aparece el cielo, se reduce a una fina franja sobre el campo de batalla. ¿Cómo iba a aparecer?

Lleva viviendo en Lwów cuatro años, tiene una consulta, trata problemas de la vista. Junto con un pulidor de lentes, elige cristales para los que ven mal. Aprendió algunas cosas en la universidad italiana, pero ahora desarrolla él solo sus conocimientos. Lo que más impresión le ha causado es un libro que trajo de Italia en el que hay un fragmento en particular, una divisa, en el que basa sus estudios: «Y percibí», escribió su autor, un tal Newton, un inglés, «que la luz, en la franja próxima al extremo de la imagen hacia la cual refractaba el primer prisma, sufría una refracción en el segundo prisma notablemente mayor que la luz que estaba al otro extremo. Así comprobé que la verdadera causa de la extensión de la Imagen no era sino que la Luz consta de Rayos de diferente refrangibilidad, los cuales, sin importar las diferencias en la incidencia, se transmiten hacia diversas partes de la pared según su grado de refrangibilidad.»

El padre de Asher era un cabalista que se ocupaba principalmente de la luz, aunque al mismo tiempo era también arrendatario de dos aldeas en las heredades del señor Radziwiłł en Lituania. Así que las tierras arrendadas recaían sobre los hombros de la madre de Asher, que lo llevaba todo con mano dura. La aldea en la que se establecieron y abrieron una taberna estaba situada a orillas del Niemen. Además de varias granjas había también un molino de agua y un pequeño puerto con un almacén de carga para los barcos que pasaban por allí en su travesía rumbo a la prusiana Königsberg. El arrendamiento era bastante rentable y, puesto que la madre era muy hábil y resultó ser más que responsable, sus progenitores hicieron una fortuna con la chazakah, mejor que cualquier arrendamiento.

El padre de Asher era considerado rico en comparación con los judíos pobres que lo rodeaban, y gracias a ello (así como a la ayuda de la comunidad) pudo enviar a su inteligente hijo a estudiar al extranjero, pero él vivió modestamente, pues no le gustaban las novedades ni lujo alguno. Para él lo mejor habría sido que nunca nada cambiara. Asher recuerda cómo se le agrietaban las manos en cuanto se ponía a trabajar a la intemperie. La piel se le resquebrajaba y allí donde penetraba la suciedad se formaba una purulenta herida. La madre se las untaba con grasa de oca, así que después no podía tocar los libros. El padre de Asher y su hermano se llevaban como Jacob y Esaú, así que finalmente el tío se trasladó a Podolia, donde más tarde Asher por determinadas razones lo encontraría y se quedaría a su lado.

En la región vivían tanto polacos como rutenos y a todos les gustaba la taberna regentada por la madre de Asher. El local era muy acogedor y en cuanto aparecía allí algún viajero judío, fuese rico o pobre, la madre de Asher le daba la bienvenida con una copa de vodka. La mesa siempre estaba puesta y no faltaba alimento.

Acudía a la taberna de la madre un pope de una iglesia ortodoxa cercana, un hombre indolente que apenas sabía leer, un borracho empedernido. Estuvo a punto de provocar la muerte del padre de Asher, muy poco faltó para que la vida de la familia tomase otros derroteros.

Aquel pope se pasaba días enteros en la taberna junto con los campesinos, sin hacer nada excepto engañar a quien pudiera. Siempre pedía que le apuntaran en la cuenta, pero nunca la pagaba. Finalmente, el abuelo consideró que el pope se estaba excediendo y dejó de darle vodka. Hasta tal punto se ofendió el pope que decidió vengarse.

El padre de Asher a menudo compraba ilegalmente pieles de lobo a los cazadores furtivos. Eran tanto campesinos como nobles venidos a menos, así como vagabundos, cualquiera que se atreviese. Cazar animales del bosque era un privilegio de los grandes señores. Una noche, llamó a la casa de los Asher un cazador, al cual el padre compraba de vez en cuando pieles de lobo. Dijo que tenía un buen ejemplar en el saco que dejó en el suelo. El abuelo quería ver el lobo muerto y evaluar la calidad de la piel, pero era tarde y estaba oscuro, y puesto que el furtivo tenía prisa, se limitó a pagarle, dejó el saco a un lado y volvió a la cama.

Al cabo de un momento, oyó golpes en la puerta e irrumpieron unos guardias. Inmediatamente mostraron interés por aquel saco. El padre de Asher pensó que le harían pagar una multa por comprar animales cazados furtivamente. Sin embargo, cuál no fue su espanto cuando resultó que en el saco había un cadáver humano.

Enseguida le pusieron los grilletes y lo arrojaron a una mazmorra. Ya estaban en marcha los preparativos del juicio, puesto que el pope había acusado al padre de Asher de asesinar a aquel hombre con sus propias manos para sacarle la sangre y hacer con ella pan ácimo, crimen que a menudo se imputaba a los judíos.

La desesperación se apoderó de todos, pero el padre de Asher, que veneraba las centellas de luz en la oscuridad más profunda, ni siquiera bajo tortura se declaró culpable, y suplicó que se interrogara al cazador. Este en un principio lo negó todo, pero, sometido a tormento, reconoció que había encontrado en el agua a un hombre ahogado y lo había llevado al pope para dar sepultura al desdichado. El pope, sin embargo, lo persuadió de que dejara el cuerpo en casa del judío, y el cazador obedeció. El tribunal lo condenó a cien latigazos. El padre de Asher fue puesto en libertad, pero al pope no le pasó nada en absoluto.

Asher ya ha aprendido algo: los seres humanos tienen una poderosa necesidad de sentir que son mejores que los demás. No importa quiénes sean, deben tener a alguien que sea peor que ellos. Quién es peor y quién es mejor depende de un sinfín de casualidades. Los que tienen ojos claros se sienten superiores a los de ojos oscuros. Los de ojos oscuros miran a su vez por encima del hombro a los de ojos claros. Los que viven cerca de un bosque sienten cierta superioridad sobre los que viven junto a un estanque y viceversa. Los campesinos miran con superioridad a los judíos, y los judíos a los campesinos. Los habitantes de la ciudad se sienten mejores que los de las aldeas, y los de las aldeas tratan a los de la ciudad como si fuesen peores.

¿No será esto lo que aúna el mundo de los seres humanos? ¿Acaso necesitamos a los otros para sentirnos satisfechos de ser mejores que ellos? Cosa extraña, incluso aquellos cuya condición parece la peor de todas encuentran en su humillación, en que ya no haya nadie por debajo de ellos, la perversa satisfacción de ser los primeros.

¿De dónde procede esto?, se pregunta Asher. ¿No sería posible reparar al ser humano? Si fuera una máquina, como ahora algunos lo llaman, bastaría con desplazar un poco una palanquita o apretar un pequeño tornillo, y la gente empezaría a encontrar gran placer en tratarse de igual a igual.

DE LA PRINCESA POLACA EN CASA DE ASHER RUBIN

En su casa ha nacido un niño, lleva el nombre de Samuel. Asher piensa de él: es mi hijo.

Viven sin haberse casado. Asher hace como que Gitla es su criada;

de todos modos ella apenas sale a la calle, y si lo hace es solo para ir al mercado. Asher vive y recibe a los pacientes en la calle Ruska, en el barrio cristiano, pero desde sus ventanas ve la sinagoga Turei Zahav. El sábado por la tarde, cuando se acaba el sabbat y se reza el Shemoné Esré, es decir, las Dieciocho Bendiciones, a Asher le llegan las palabras pronunciadas con fervor.

Entonces cierra la ventana. Ya casi no entiende esa lengua. Habla polaco e italiano y tiene un alemán aceptable. Planea aprender francés. Cuando vienen a verlo pacientes judíos, evidentemente les habla en judío. Usa asimismo términos latinos.

Últimamente observa una auténtica epidemia de cataratas: la sufre uno de cada tres pacientes. La gente no se cuida los ojos; mira directamente a la luz, que les nubla el globo ocular, lo cuaja como la clara del huevo al hervirse. Así que Asher ha importado de Alemania unas gafas especiales con lentes ahumadas, y ahora él mismo las usa, con lo que parece un ciego.

Gitla, la princesa polaca, trastea en la cocina. Le gustaría que los pacientes de Asher la consideraran un miembro de la familia y no una sirvienta, pues el papel de sirvienta no le gusta nada; se enoja y da portazos. Asher todavía no la ha tocado, pese a que hace varios meses que ha dado a luz. Va sollozando en la pequeña habitación que Asher le asignó y rara vez sale a la calle, aunque el sol, cual resplandeciente papel de seda, haya sacado ya de sus lugares recónditos las húmedas penumbras y las musgosas tristezas invernales.

Cuando Gitla está de mejor humor (rara vez), se pone detrás de Asher y mira lo que este lee. Entonces él nota ese característico olor a leche, que lo deja indefenso. Abriga la esperanza de que un día se muestre tierna con él. Estaba bien solo, pero ahora se han instalado junto a él dos seres extraños: uno, impredecible; el otro, del todo incognoscible. Están sentados en el brazo de un sillón: el primero lee mientras mordisquea un rábano, el otro mama de un gran pecho blanco.

Asher ve que la niña es melancólica. ¿No será que sufre de cambios de humor a causa del embarazo y el parto? Cuando está de mejor ánimo, coge sus libros y periódicos para estudiarlos durante días enteros. Lee bien en alemán, peor en polaco, nada en latín. Sabe un poco de hebreo, Asher ignora hasta qué punto, ni siquiera se lo pregunta. No es que intercambien muchas palabras, la verdad. En un principio, Asher pensó que le daría cobijo hasta el parto y que cuando diera a luz le buscaría algún sitio. Pero ahora ya no está tan seguro. La muchacha no tiene adónde ir, dice que es huérfana, que su padre y su madre fueron asesinados en un pogromo cosaco, pero de todos modos tampoco eran sus auténticos padres. Pues en realidad, es hija ilegítima

de un rey polaco.

–¿Y el niño? ¿De quién es? –se atrevió a preguntar finalmente Asher.

Ella se encogió de hombros, gesto que él recibió con alivio: prefiere el silencio a la mentira.

No será fácil buscar acomodo a una muchacha con un recién nacido. Pensó entonces en averiguar en la sede de la comunidad dónde hay asilos para tales mujeres.

Pero ahora las cosas han cambiado. Asher ya no piensa en ningún asilo. Gitla resulta de ayuda y se hace cargo de la cocina. Por fin empieza también a salir, se encasqueta la cofia, que le cubre media cara, y a paso raudo atraviesa las calles, como si temiera que alguien la reconociese. Corre al mercado, compra verduras y huevos, muchísimos huevos, pues se alimenta de yemas batidas con miel. Prepara buenos platos que Asher recuerda de su casa: un sabroso kugel y un chulent que en lugar de ternera lleva setas, ya que Gitla no come carne.

Dice: los judíos hacen lo mismo a los animales que los cosacos a los judíos. Pero Lwów no deja de ser una ciudad pequeña y no tardará en descubrirse el secreto. Es posible atravesar el barrio judío en diez minutos: enfilar Ruska desde la plaza del Mercado, torcer por la calle Żydowska, atravesar velozmente la increíblemente bulliciosa Nowa Żydowska, donde las casas se amontonan la una sobre la otra, llenas de anejos y escaleras, así como de diminutos patios que albergan un sinfín de pequeños talleres, lavanderías y tiendas. Todo el mundo se conoce, nada pasará desapercibido.

DE CÓMO LAS CIRCUNSTANCIAS PUEDEN TORCERSE DEL TODO. KATARZYNA KOSSAKOWSKA ESCRIBE AL OBISPO KAJETAN SOŁTYK

A Su Excelencia Kajetan Sołtyk:

Ilustrísimo y reverendísimo señor, tened a bien escuchar a vuestra fiel servidora, que se considera no solo fiel hija de nuestra Santísima Madre Iglesia, sino también vuestra amiga, una en la cual siempre encontraréis apoyo, incluso en momentos tan pavorosos como estos que ahora acontecen.

El fallecimiento del obispo nos sorprendió tanto que en los primeros días reinó el silencio en Czarnokozińce. Ni yo misma me enteré de su muerte, pues, no se sabe por qué, la guardaron en gran secreto. Se dice que fue una apoplejía.

El entierro no tendrá lugar hasta el 29 de enero; probablemente ya habréis recibido la noticia y tendréis aún algo de tiempo para hacer los preparativos oportunos para el viaje. Sabed, Excelencia, que tras la

muerte del obispo Dembowski nuestros asuntos han tomado un rumbo inesperado. Casi de inmediato empezaron a actuar los rabinos y los consejeros del rey por ellos pagados, y pronto resultó que nuestros benjamines se han quedado sin apoyos; cuando faltó el obispo, enseguida echaron tierra sobre el asunto. Me dirija a donde me dirija y diga lo que diga sobre el tema, siempre topo con una pared de indiferencia. Por añadidura, las terribles heladas encierran a la gente en sus casas, nadie asoma ni siquiera la nariz. Toda nuestra Res Publica depende del tiempo. Quizá por eso retrasan tanto el entierro, para que la nieve cuaje y los caminos se vuelvan transitables. Hoy ni siquiera sería posible cavar la tumba.

Me preocupa, Excelencia, que nuestros esfuerzos hayan sido en vano. La violencia antes infligida contra los talmudistas se ha vuelto ahora contra los «sabsatzevitas». Las comunidades judías les requisan las casas; eso en el mejor de los casos, pues muchas han ardido con todas sus pertenencias. Los desgraciados acuden a mí en busca de auxilio, pero ¿qué puedo hacer yo sola por ellos cuando falta el obispo? Así que les doy ropa y algo de dinero, lo suficiente para que puedan comprar carros y cruzar el Dniéster. Porque ellos lo abandonan todo en tropel y huyen hacia el sur, a Valaquia, allí donde está su guía. A veces les tengo envidia, yo misma iría en busca de calor y sol. En cualquier caso, hace poco vi un asentamiento de «sabsatzevitas» abandonado desde la primera hasta la última choza y me estremecí.

También he perdido las ganas de actuar. Me he sentido algo indispuesta tras contraer un resfriado durante el viaje de Rohatyn a Kamieniec; nada fue capaz de hacerme entrar en calor, ni tan siquiera el añejo aguardiente de mi marido. La gente dice que al obispo Dembowski lo alcanzó la maldición judía y que murió a causa de ello. Un posadero me contó que sobre la cabeza del obispo se cernían dos maldiciones enfrentadas. Una para defenderlo, la otra para destruirlo. Una procedente de sus amados «sabsatzevitas», la otra, de los rabinos talmudistas. Esas necedades cuenta la gente, aunque yo no creo en maldiciones, judías o no judías. Pero ha sembrado en mí cierta inquietud el hecho de que por encima de nuestras cabezas se libren guerras cósmicas, sobrevuelen fuerzas desconocidas, se arremolinen cual nubes, mientras nosotros somos tan frágiles, tan inconscientes, tan olvidadizos...

Dicen que el sucesor del obispo fallecido será el obispo Łubieński, a quien conozco bien y quien –abrigo la esperanza– apoyará nuestra causa.

Quedo a su vez esperanzada, Vuestra Excelencia y amigo amado, de que nos veamos en el entierro, para el que aquí todo el mundo se prepara como si de una boda se tratase. Con mis propios ojos vi

rebaños de bueyes comprados en Valaquia y conducidos a través del Dniéster a Kamieniec para el banquete de exequias...

POMPA FUNEBRIS. 29 DE ENERO DE 1758

El cuerpo del arzobispo Dembowski, ya acicalado, lo trasladan de la atortujada cama, testigo demasiado obvio de su repentina muerte, a un aposento especial sin ventanas, donde la compasiva helada hace posible la espera hasta el entierro. Después lo vuelven a trasladar al aposento de gala, lo depositan en un lecho con dosel donde aparecen ramos de las últimas flores que aún sobreviven en los jardines y de ramas de abeto y enebro. A partir de ese momento lo velarán unas monjas sumidas en incesante oración.

Una batería de escribanos se lanza a redactar esquelas, han organizado toda una cancillería: las mesas colocadas como en un scriptorium monástico, frascos de tinta y un clérigo de pelo rizado que, somnoliento, se encarga de afilar las plumas.

Ese trasiego sienta bien a todos, ya no piensan en el encogido cuerpo del obispo ni en sus ojos abiertos, llenos de espanto, enrojecidos: a todas luces, la agonía le supuso tal esfuerzo que le estallaron los vasos sanguíneos. Discuten nerviosamente si dará tiempo a preparar un entierro digno, pues se acerca la Navidad y después las carnestolendas, cuando se come y se bebe, se visita a los vecinos, se pasa tiempo fuera de casa, de manera que hay que tener esto en cuenta antes de fijar la fecha del entierro. Qué muerte más inoportuna la del obispo, justo antes de Navidad.

Encargan poemas en honor al difunto. Empiezan a escribir discursos, emplean a monjas para bordar casullas y estandartes de luto. Los dos mejores pintores de Lwów preparan retratos mortuorios. Los vivos, por su parte, se preguntan si tienen un abrigo digno, o si tal vez fuera más adecuado llevar uno de piel, pues estamos en pleno invierno, y si sus botas están en buen estado a estas alturas del año. ¿No sería conveniente encargar un nuevo abrigo forrado de piel y un cuello de zorro para la esposa? Asimismo, vendrían bien cinturones turcos y gorros de piel decorados con una pluma y una gema. A los entierros es costumbre asistir ataviado rica y orientalmente, a la sármata, como manda la tradición.

Al padre Pikulski no le afecta: irá vestido como un cura, con sotana y un abrigo de lana hasta el suelo forrado de piel. De momento, sin embargo, empiezan a fluir por sus manos presupuestos con sumas que jamás había soñado.

Tela de color violeta para tapizar las paredes de la iglesia –aún están discutiendo cuántos cientos de codos, porque nadie es capaz de medir la superficie de las paredes de la iglesia con precisión–, antorchas, cera para las velas... ¡constituyen casi la mitad de todos los gastos! La organización de la llegada de los asistentes y su alojamiento corre a cargo de un grupo de personas, y de otro, igual de numeroso, el banquete de exequias. Ya se ha pedido un préstamo a los judíos para la construcción de un catafalco en la catedral y para la compra de cirios.

El entierro del obispo Dembowski se convertirá en un inesperado y prematuro punto culminante del carnaval. Será una auténtica pompa funebris con discursos, estandartes, salvas y coros.

El problema surge cuando tras la apertura del testamento resulta que el obispo desea un funeral modesto y silencioso. El testamento suscita gran consternación, ¿cómo puede ser? Aunque quien tiene razón es el obispo Sołtyk, que dice que ningún obispo polaco puede morir en silencio. Menos mal que han venido las heladas, así se podrá postergar el sepelio hasta que todo el mundo se entere y prepare su llegada.

Justo después de la Navidad, el cuerpo del arzobispo es trasladado en trineo con gran pompa y solemnidad hasta Kamieniec. Por el camino se levantan altares y se dicen misas, pese a que hace un frío tan atroz que nubes de vaho ascienden cual oraciones hacia el cielo desde la boca de los fieles. Los campesinos observan el séquito con devoción arrodillándose en la nieve, y también los ortodoxos, que con ímpetu hacen la señal de la cruz. Algunos creen que no es una comitiva fúnebre, sino un desfile militar.

El día del entierro, la comitiva –compuesta por representantes de los tres ritos católicos: latino, grecocatólico y armenio, así como de la

nobleza, las altas instancias del Estado, los gremios de artesanos, el ejército y la gente común y corrientese dirige a la catedral acompañada por el eco de los disparos y salvas. En diferentes partes de la ciudad se pronuncian discursos de despedida, el último lo da el provincial de los jesuitas. La ceremonia se prolonga hasta las once de la noche. Al día siguiente se celebran misas y el cuerpo no es entregado a la tierra hasta las siete de la tarde. En toda la ciudad arden antorchas.

Menos mal que hiela y que el ennegrecido cuerpo del obispo Dembowski se ha convertido en un pedazo de carne congelada.

DE SANGRE DERRAMADA Y SANGUIJUELAS HAMBRIENTAS

Una tarde, mientras Asher observa apoyado en la jamba cómo las mujeres bañan al pequeño Samuel, alguien aporrea la puerta. Asher abre de mala gana y ve a un joven manchado de sangre y la camisa abierta quien, farfullando medio en polaco medio en judío, le suplica que lo siga para salvar a un rabino.

–¿Elisha? ¿Qué Elisha? –pregunta Asher, pero ya se arremanga y descuelga el abrigo del perchero. Coge su bolsa, que siempre está junto a la puerta, bien surtida, como corresponde a un médico.

–Elisha Shor de Rohatyn ha sido asaltado, golpeado y molido a palos, por los clavos de Cristo –farfulla el hombre.

–¿Y tú quién eres? –pregunta Asher mientras bajan las escaleras, conmocionado por esos «clavos de Cristo».

–Yo, Hryćko, Chaim, no importa, pero no se espante, señor..., cuánta sangre, cuánta sangre... Teníamos unos asuntos que atender en Lwów...

Conduce a Asher a la vuelta de la esquina, a un callejón y luego a un oscuro patio. Bajan por una estrecha escalera hasta una estancia de techo bajo iluminada por una lámpara de aceite. En la cama yace el viejo Shor. Asher lo reconoce por su frente alta y con entradas, aunque su rostro está cubierto de sangre. A su lado ve al mayor de sus hijos, Salomón, Shlomo, y tras él a Isaac y a algunos otros hombres a los que no conoce. Todos están manchados de sangre y cubiertos de cardenales. Shlomo tiene la mano en la oreja y entre los dedos fluye un reguero de sangre que al secarse forma hilos oscuros. Asher quisiera preguntar qué ha pasado, pero de la boca del viejo no emerge más que un estertor y el médico se apresura para incorporarlo un poco porque si no, estando inconsciente, se ahogará con su propia sangre.

–Dadme más luz –dice con voz tranquila y serena, y los hijos se apresuran a encender velas–. Y agua, caliente.

Cuando con delicadeza quita la camisa del herido, ve en su pecho saquitos con amuletos enhebrados en una correa; quiere quitárselos

pero los otros no le dejan, así que se limita a apartarlos para dejar al descubierto la clavícula rota y un gran moratón de intenso color violeta en el pecho. A Shor le han saltado los dientes y roto la nariz, la sangre brota de su ceja partida.

–Vivirá –dice, tal vez algo prematuramente, pero los quiere tranquilizar.

Entonces ellos empiezan a cantar en un susurro, así, en un susurro, pero Asher no reconoce las palabras, solo adivina que es el habla de los sefardíes, una oración.

Asher lleva a los heridos a su casa, allí tiene vendajes e instrumentos médicos. Tendrá que curar la oreja a Salomón. Gitla se asoma por la puerta entreabierta. El joven Shor pasea la vista por su rostro, pero no la reconoce, ha engordado un poco. ¿Cómo se le iba a pasar por la mente que la mujer del galeno es aquella guardiana, la misma que hace tan poco estaba junto a Jacob? Cuando una vez hechas las curas los heridos se marchan, Gitla, mientras corta impetuosamente una cebolla, entona entre dientes una oración sefardí. Lo hace cada vez más alto.

–¡Gitla! –dice Asher–. Deja de murmurar.

–En la ciudad dicen que el obispo se ha convertido en un espectro y que ahora deambula alrededor de su palacio y confiesa sus culpas. Es una oración defensiva. Vieja, por eso funciona.

–Cada uno de nosotros, una vez muertos, seremos espectros. Deja de decir esas cosas o asustarás al niño.

–¿Qué clase de judío eres si no crees en espectros? –Gitla sonríe y se enjuga con el delantal las lágrimas de la cebolla.

–Tú tampoco crees en ellos.

–¡Los judíos no caben en sí de júbilo! Es un gran milagro, más grande que los de las épocas pasadas. Del obispo se decía que era un Hamán. Y ahora que ha muerto, ya pueden golpear a los apóstatas. El viejo Rappaport ha promulgado una ordenanza, ¿te has enterado? Matar a un apóstata es mitzvá. ¿Te has enterado?

Asher no dice nada. Limpia la sangre con estopa, los instrumentos con un paño y los devuelve a la bolsa, porque acto seguido tendrá que ir a sangrar a un tal Deym, director de postas, que ha sufrido un ataque de apoplejía. Se dirige a la despensa, donde guarda sanguijuelas en tarros. Elige las más pequeñas, las más hambrientas. Deym es un hombre menudo, así que no le sobrará mucha sangre.

–Echa los dos cerrojos cuando me vaya –le dice a Gitla.

Volvemos a estar en octubre y volvemos a percibir el mismo olor a humedad y hojas secas. Asher Rubin distingue en la oscuridad bulliciosos grupúsculos de hombres con antorchas encendidas. Se dirigen más allá de las murallas de la ciudad, allí donde viven los

herejes pobres. Se oyen gritos. En alguna parte de las afueras se ve un tenue resplandor, seguramente estará ardiendo una de esas miserables chozas donde la gente vive junto con sus animales. De la misma manera que hace poco ardía el Talmud, se ensaña ahora el fuego con el Zohar y otros libros prohibidos a los judíos piadosos. Asher ve un carro repleto de jóvenes judíos entusiasmados con la quema de libros heréticos: abandonan la ciudad, seguramente en dirección a Gliniany y Busk, donde hay más apóstatas que en ninguna otra parte. Va abriéndose paso entre hombres que corren y gritan a voz en cuello mientras blanden palos por encima de la cabeza. Asher aprieta con más fuerza el tarro de las sanguijuelas y, a paso rápido, se dirige a la casa del enfermo. Una vez allí, resulta que el maestro de postas acaba de morir, así que las sanguijuelas seguirán hambrientas.

LA ILUSTRE SEÑORA ELŻBIETA DRUŻBACKA ESCRIBE AL CURA CHMIELOWSKI, O SEA, DE LA PERFECCIÓN DE LAS FORMAS IMPRECISAS

... envío a su reverendísimo cura decano mis volúmenes y tal vez su perspicaz ojo encuentre en ellos algo más que la mera liviandad del mundo, pues para expresar en una lengua toda su inmensidad no se puede usar palabras demasiado claras ni obvias ni unívocas, pues en tal caso se haría como un esbozo a plumín y se lo trasladaría a la blanca superficie con rayas negras. Mientras que las palabras y las imágenes deben ser flexibles y ambiguas, deben centellear, entrañar muchos sentidos.

No es que no aprecie sus esfuerzos de usted, mi estimado reverendo, todo lo contrario, me abruma la inmensidad de su trabajo. Sin embargo, me da la impresión de que pide usted consejo a los muertos. Porque esos libros, citados y compilados, son como una búsqueda en los panteones. Los hechos no tardan en convertirse en insignificantes y en perder actualidad. ¿Es posible describir nuestras vidas más allá de los hechos, basándonos solo en lo que vemos y sentimos, en bagatelas, en sentimientos?

Intento mirar el mundo con mis propios ojos y tener mi propia lengua, no una ajena.

A Su Excelencia el obispo Załuski le preocupaba perder dinero como editor, y regaba de amargura sus cartas; resulta que ya ha vendido toda la tirada y, según me cuenta, prepara ya una segunda. Me entristece un poco, porque ahora me pide que yo misma venda mis poesías por él publicadas. Me envió cien ejemplares, y puesto que lo atosigan pidiéndole dinero los escolapios de la imprenta, me dice que de venderlos me encargue yo misma. Le he escrito que no he

compuesto versos para ganar dinero, sino para el entretenimiento y la reflexión humana. No quiero ni sabría hacer fortuna con ellos. ¿Cómo iba a hacer tal cosa? ¿Acaso pretende que, cual vulgar mercader, cargue mis poemas en una carretilla y los entregue en las ferias a cambio de un grosz? ¿O que los endose a la fuerza a unos magnates y espere su misericordia? Prefiero comerciar con vino antes que con poesía.

¿Ha recibido usted el paquete que le envié por medio de unos viajeros que se dirigían a Lwów? Había en él unas pantuflas que bordamos en otoño; no tanto yo, porque veo ya mal, pero sí mi hija y mis nietas, y además unos dulces secos de nuestro huerto, unas ciruelas y unas peras, que son las que más me gustan, así como una garrafa de mi propio vino de rosas; tenga cuidado, padre, pues es fuerte. Y sobre todo había un hermoso chal de casimira, muy bueno para los días fríos en su retiro de Firlejów. Me he permitido incluir un pequeño volumen, que usted aún desconoce, pero si pusiéramos en una balanza su Nueva Atenas y mi labor de punto, el resultado evidentemente sería incomparable. Suele suceder que un mismo objeto parece distinto a dos personas. Una cosa piensa el abandonado y otra el que abandona. Una el que posee y otra el que es poseído. El saciado y el hambriento. La rica hija de un noble sueña con un cachorro de raza de París mientras que la hija de un campesino pobre con una oca para tener carne y plumón. Por eso escribo de esta manera:

Demasiado acontece para mi juicio mezquino
que las estrellas del cielo no sabe contar.
Al menos en el bosque, entre robles y pinos,
el cálculo y la aritmética puedo ejercitar.

Su visión de usted es del todo diferente. Usted aspira a un conocimiento vasto como un océano del cual todo el mundo pueda beber. Y opina que la persona instruida, al leerlo todo, conocerá el mundo entero sin moverse de casa. Y que el conocimiento humano es como un libro, también tiene sus «cubiertas», sus fronteras, así que se lo puede resumir entero y ser así accesible a todos. Ese es el loable fin que le guía y por ello como lectora suya le estoy agradecida. Pero sé que estoy en lo cierto.

Mundo pequeño, hombre vivo; cabeza y firmamento.
Sentidos, planetas; Sol y verbo, entendimiento.
Vaga el mundo y en él el hombre: gira el cielo,
la muerte de noche cubre el día con un velo.
Sin las mujeres que nos trajo la Luna cambiante

no se sostendría el mundo ni por un instante.

Lo que dirá usted será: impreciso, vano parloteo. Y seguramente tendrá usted razón, y tal vez todo el arte de escribir, mi estimado amigo, sea la perfección de las formas imprecisas...

EL CURA DECANO BENEDYKT CHMIELOWSKI ESCRIBE A LA ILUSTRE SEÑORA ELŻBIETA DRUŻBACKA

El cura está sentado en una posición muy rara, pues Saba, la hermana de Firlejka, acaba de quedarse dormida en su regazo. Se ve obligado a mantener las piernas rectas, apoyando los pies en el travesaño de la mesa, para que la perrita no caiga al suelo. Para alcanzar el tintero tiene que arquearse por encima del tablero, cosa que consigue. Peor se presenta la cosa con las plumas que guarda en un estante a su espalda: ahora se retuerce y trata de alcanzar con una mano la caja. Las plumas caen al suelo y el cura suspira decepcionado. Tendrá que esperar a que Saba se despierte. Pero como la inactividad no forma parte de la naturaleza del cura, se pone a escribir con una pluma sin afilar, no le sale del todo mal. Pues sea.

Le envío, señora, mis mejores deseos, y que goce usted de buena salud, puesto que yo mismo me he resfriado en el entierro del arzobispo Dembowski, Dios lo tenga en su gloria, y ahora, tosiendo y escupiendo, estoy recluido en casa dando calor a mis extremidades. Noto cómo la vejez se aproxima a grandes zancadas. Lo cierto es que la muerte del arzobispo también ha afectado a mi salud, pues me era un hombre muy próximo y mantuve con él una relación tan íntima como la que solo dos servidores de la Iglesia pueden mantener. Creo que poco a poco me está llegando la hora y, sin haber acabado mi tarea, me siento inquieto y me atenaza el miedo de no poder ver antes de morir la biblioteca de los hermanos Załuski. He convenido con el obispo Załuski que en cuanto remita el invierno viajaré hasta Varsovia, cosa que lo alegró sobremanera y me prometió su hospitalidad.

Perdóneme, señora, porque hoy le hable tan poco, pero me parece que la fiebre me consume y la perra que duerme en mi regazo no me permite cambiar de pluma. He regalado los cachorros de mi Saba y ahora la casa está triste y vacía.

He encontrado algo para usted, mi estimada señora, y lo copio abrigando la esperanza de ocuparla con algo más interesante que vigilar la hacienda, et cætera: ¿Cómo puede ver una persona metida en una habitación lo que ocurre fuera? Quien quiera ver todas las acciones que suceden en el atrio sin necesidad de mirar con el propio

ojo, sino cómodamente tumbado, que oscurezca la habitación y que cierre las ventanas de tal manera que no penetre ni un rayo de luz exterior. A continuación que haga un agujero redondo, no muy grande, en dirección al atrio, y que coloque en él una lente de catalejo o de anteojos que refleje las cosas más grandes de lo que en realidad son; una vez hecho esto, enfrente de ese ventanuco de la habitación oscura que cuelgue una tela fina y blanca o un gran pedazo de papel blanco. En esa tela o pantalla verá usted, mi estimada señora, todo cuanto en el atrio ocurre, quién lo atraviesa a pie o a caballo, quién se pelea, quién juega, o qué sacan de la despensa o del sótano.

Yo lo he intentado hoy y debo decirle que lo he logrado, aunque la imagen no era muy nítida, y pocas cosas he podido reconocer.

Asimismo le envío, señora, un objeto de gran valor: los calendarios de Stanisław Duńczewski. Uno es del año pasado e incluye retrato y noticia de los reyes polacos hasta Segismundo Augusto. El otro, reciente, desde Segismundo Augusto hasta Augusto II. Podrá usted hablar de ellos a sus nietas, sin tener que confiar demasiado en la memoria, que siempre resulta horadada e incompleta...

DEL INESPERADO HUÉSPED QUE SE PRESENTA EN CASA DEL CURA CHMIELOWSKI EN PLENA NOCHE

El cura se queda petrificado, pluma en mano, a mitad de frase, porque, aunque la oscuridad ya es total, se aproxima a la casa parroquial de Firlejów un carro. El cura oye los cascos del caballo delante de la casa y después impacientes resoplidos. Saba, despertada de repente, salta de su regazo y con un leve gimoteo corre hacia la puerta. Los sonidos salpican la húmeda niebla como agua baldeada. ¿Quién puede ser a estas horas? Se acerca a la ventana, pero apenas ve lo que ocurre en la oscuridad; oye la voz de Roszko, pero le suena somnolienta, reacia, y, al cabo de un instante, otras voces, extrañas. La

niebla del río envuelve de nuevo el patio, las voces se propagan en ella de manera insegura, se desvanecen a mitad de palabra. Espera a que Roszko se acerque a la puerta, pero este no lo hace. ¿Dónde estará el ama parroquial? Se ha quedado dormida encima de la palangana en que se lava los pies antes de acostarse; a la luz de una vela moribunda, el cura ve su cabeza gacha. Coge la vela y se dirige a la puerta. Ve al lado del carro unas figuras tapadas de pies a cabeza como espectros. También aparece Roszko, medio dormido, con heno en el pelo.

–¡¿Quiénes sois?! –exclama el cura valientemente–. ¿Quién deambula en plena noche y perturba la paz de un alma cristiana?

Entonces uno de los espectros se le acerca, el más pequeño, y el cura reconoce de inmediato al viejo Shor, aunque todavía no le ve la cara. Contiene la respiración, hasta tal punto está sorprendido de verlo. Por un momento pierde el habla. ¿Qué harán aquí en plena noche esos judíos malditos? Sin embargo, está lo suficientemente consciente como para mandar a Roszko que se vaya y vuelva a casa.

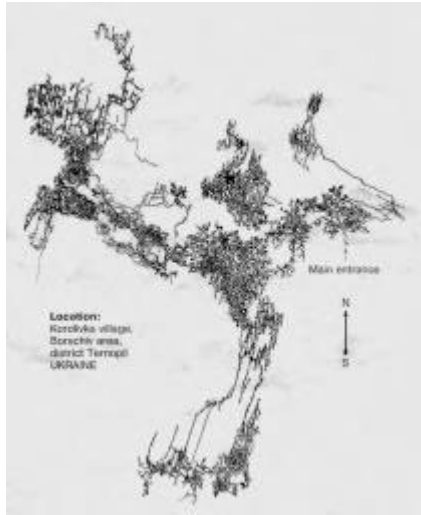
El sacerdote reconoce también a Hryćko, está hecho todo un hombre. Shor, en silencio, conduce al cura hasta el carro cubierto con lona y la aparta de un solo movimiento. El cura ve algo increíble. Casi todo el carro está lleno de libros. En paquetes de tres o de cuatro y atados con correas.

–Virgen Misericordiosa –dice el cura, y la última sílaba, esa suave «sa», apaga la llama de la vela.

A continuación, los tres, en silencio, trasladan los libros a la casa parroquial, a la recámara donde el cura guarda la miel y la cera, así como trozos de madera seca y podrida para ahumar a las abejas en verano.

No pregunta nada; tan solo les ofrece una copa de vino caliente, lo tiene sobre la estufa, y ellos están helados. Entonces Shor echa la capucha a la espalda, momento en que el canónico ve su rostro amoratado. Por eso le tiemblan las manos cuando vierte en los vasos el vino, que, lamentablemente, ya se ha enfriado.

Después los huéspedes desaparecen.



DE LA CUEVA EN FORMA DE LA LETRA ÁLEF

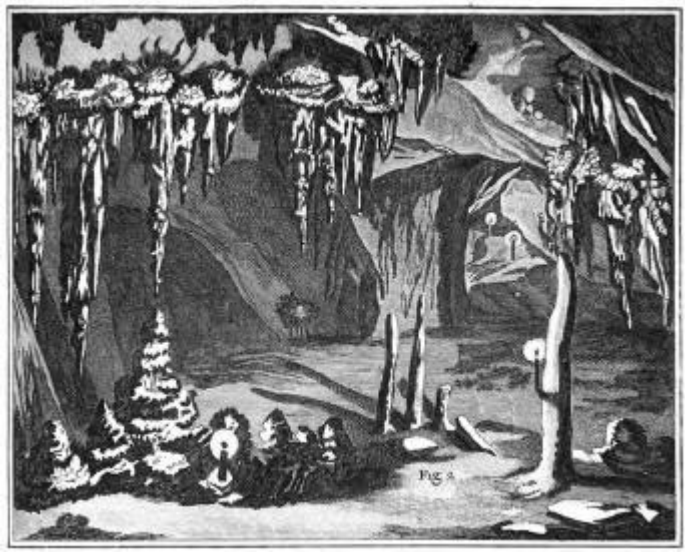
Hay que atravesar la parte cristiana de la aldea, pasar el cruce –que aquí cumple la función de plaza del mercadodonde está la taberna de un hermano de Sobla y donde se vende un licor hecho de hierbas locales, como medicina, no como alcohol. También hay aquí una fragua y un almacén de mercancías. Después hay que ir todo recto, pasar la iglesia y la casa parroquial, después el cementerio católico, una veintena escasa de casas encaladas pertenecientes a los masurios (así llaman aquí a los pobladores llegados de Polonia), después una minúscula iglesia ortodoxa, para, finalmente, dejar atrás la aldea y llegar hasta la cueva, que está en lo alto. A los habitantes del pueblo les da miedo acercarse a ella, el lugar está embrujado, la primavera es otoño y el otoño, primavera, el tiempo corre a su ritmo, diferente al de abajo. En realidad solo unos pocos saben cuán enorme es la cueva, pero se dice que tiene la forma de la letra álef, que es una inmensa álef subterránea, un sello, la primera letra sobre la que descansa el mundo. Quizá lejos, muy lejos, haya bajo tierra otras letras, todo un alfabeto construido de la nada, del aire del subsuelo, de la penumbra, del chapoteo de las aguas subterráneas. Israel cree que es una gran suerte vivir tan cerca de la primera letra y, además, al lado del cementerio judío con vistas al río. La emoción siempre le corta el aliento cuando, desde la colina y por encima de la aldea, contempla el mundo. Es tan bello, y tan cruel a la vez. Una paradoja como sacada directamente del Zohar.

Trasladan a Yenta en secreto, de madrugada. La han envuelto en un sudario y cubierto con un poco de heno, por si algunos ojos ajenos se mostrasen demasiado curiosos. Cuatro hombres y tres mujeres. Por

la estrecha entrada a la cueva, los hombres, con ayuda de cuerdas, descienden con el cuerpo, que es tan liviano que parece relleno de hojas secas. Desaparecen durante un cuarto de hora y regresan sin el cuerpo. Lo han instalado cómodamente sobre pieles en un nicho de la cueva, en las entrañas de la tierra, dicen. También dicen que resulta raro llevar un cuerpo así, pues de tan ligero como está ya no es de persona, sino más bien de pájaro. Sobla llora.

Por eso se sienten aliviados al reencontrarse con el sol, que acaba de salir, se sacuden los pantalones y regresan a la aldea.

La mirada de Yenta los acompaña un trecho, hasta el camino, cuenta sus gorros, pero no tarda en aburrirse y, al volver, acaricia las puntas de la hierba ya casi crecida y sacude la pelusa de los dientes de león.



Al día siguiente es Pesełe quien desciende a la cueva. Enciende una lámpara de aceite y, tras recorrer una docena de metros, va a parar a una alta estancia. La llama de la lámpara ilumina sus extrañas paredes que parecen hechas de ónice, llenas de hinchazones y carámbanos colgando. A Pesełe le da la impresión de haber entrado en uno de aquellos copos de nieve que se formaban sobre el cuerpo de Yenta. Contempla el cuerpo de su bisabuela que yace sobre una tarima natural; le parece más pequeño que ayer. Pero la piel está rosada y los labios siguen esbozando la misma sonrisa de siempre.

–Perdona –dice Pesełe–. Solo es por un tiempo. Te sacaremos de aquí cuando las cosas se calmen.

Se queda un rato a su lado y le habla de su futuro marido, que parece un niño todavía.

17

RETAZOS. LAS TRIBULACIONES DE MI CORAZÓN

Se dice en Berajot 54 que son cuatro quienes deben dar gracias a Dios: quien cruza un mar, o un desierto, o se recupera de una enfermedad o está cautivo y es luego puesto en libertad. Yo mismo he sobrevivido a todo esto, y por todo esto debería dar gracias a Dios, cosa que hago a diario. Y una vez vista la rara fragilidad de nuestras vidas, tanto más agradecido estoy a Dios por estar sano y por haber dejado atrás la debilidad después de los golpes que recibimos el viejo Shor, Nussen y yo durante el tumulto que siguió a la muerte de nuestro protector el obispo. No tengo resistencia alguna a la violencia y tengo miedo al dolor. He estudiado para rabino, no para pendenciero.

Una vez sanado del todo (exceptuando la irreversible pérdida de dos dientes), ayudé a mis suegros y a mi Lea a proveer la taberna de reservas de buen vodka, manteca y col, miel y mantequilla, así como de ropa de abrigo, invertí en mercancía –cera–, y junto con Moshe de Podhajce, Chaim y Jeruchim Lipmanowicz, con los que llevaba reuniéndome en secreto a espaldas de Lea, decidí partir en pos de Jacob. No quisiera llamarlo huida, aunque eso pueda parecer y así es como lo llamó Lea, al gritar que siempre había preferido a Jacob antes que a ella. No me comprendió ni tampoco a mi misión.

Al mismo tiempo se produjo un doloroso cisma entre nosotros, los verdaderos creyentes: los Shor parecían estar olvidándose de Jacob, o perdieron fe en él, así como la esperanza de que Jacob los guiara, así que junto con Krysa pusieron rumbo a Tesalónica con la misión de encontrarse con los seguidores de Baruchia, que tan cruelmente habían humillado a Jacob en tiempos.

A menudo tengo el mismo sueño, y reb Mordke siempre ha dicho que hay que aferrarse a los sueños que se repiten a menudo, pues son nuestro nexo de unión con el infinito. Sueño que deambulo por una espaciosa casa con muchas habitaciones, puertas y pasadizos. No sé lo que busco. Todo está viejo y podrido, el tapizado de las paredes, lujoso en tiempos, aparece ahora descolorido y roto, y los suelos carcomidos.

Este sueño me preocupa, porque preferiría tener los sueños que tienen los cabalistas sobre palacios ocultos uno dentro de otro y sus

interminables pasillos que conducen al trono divino. Sin embargo, en mi sueño solo hay enmohecidos laberintos sin salida. Cuando, preocupado, se lo conté a Jacob, este se rió: «Tienes suerte, yo sueño con establos y cloacas.»

En otoño recibí una carta de Lea con exigencia de divorcio. Por la mano del rabino local me acusaba de haberme convertido en apóstata y de haberla traicionado por los siglos de los siglos. Lloré cuando me vi obligado a escribirle el get, la carta de divorcio, mas, a decir verdad, me sentí aliviado. Pocas cosas nos unían y mis breves visitas a casa no eran suficientes para forjar una relación profunda. Prometí ocuparme de nuestro hijo y ayudarla hasta que tuviera la vida resuelta, mas no me contestó.

Cuando miro mis apuntes veo que rara vez menciono a mi mujer, con quien me casé hace muchos años al volver de recibir enseñanzas de Besht. Me asignaron una esposa de la vecindad, hija de un pariente de mi padre. He escrito poco sobre ella porque nunca me han interesado demasiado las cuestiones relacionadas con las mujeres y siempre he considerado mi matrimonio un deber ante mi familia y mi tribu. En cuanto a los hijos, sí los hemos tenido: uno de los cinco que Lea dio a luz; los demás murieron al nacer. Ella afirmaba que era por mi culpa, porque rara vez estaba en casa, y cuando estaba, me ocupaba de otras cosas. Yo, por mi parte, creo haber cumplido mis obligaciones con denuedo. Dios fue parco en nuestra descendencia, parecía ponérnosla como un cebo y enseguida nos la arrebataba. Es posible que hubiera podido darle unos hijos sanos y hermosos de no haber muerto uno tras otro. Podría haberle enseñado a leer, construir una casa y regentar un negocio para que ella no tuviera que trabajar como criada, mas –y he aquí la verdad que agrava mi culpa– una vez que la tomé por esposa, la descuidé por completo.

Moshe de Podhajce, a quien pedí consejo y que es un hombre largamente instruido e iniciado en cuestiones de magia, nos dijo que llevábamos a la espalda asuntos dolorosos de vidas anteriores que no podíamos recordar y que debíamos separarnos para no traer más dolor a este mundo.

Hay dos personas en mi vida a las que amo profunda e invariablemente: Lea y Jacob. Para mi desgracia, son seres opuestos que no se soportan, que no hay forma de conciliar, y a mí me toca estar en medio.

Ni yo mismo sé cómo ha pasado que sumido en la mayor desgracia, sin esposa y sin Jacob, vime otra vez en el pueblo de Besht, Międzybóż. Llegué hasta allí como presa de un delirio, seguramente

buscando lo mismo que había recibido en mi juventud: la sabiduría que me hiciera capaz de soportar el sufrimiento.

Estuve esperando dos días el encuentro y durante ese tiempo no desvelé quién era ni de dónde había venido. Si lo hubiera dicho, Besht podría no recibirme, todo el mundo sabía que lamentaba que nosotros no mantuviéramos nuestra condición de judíos, como a todos les habría gustado.

Regían ya otras costumbres en el pueblo, casi todo habitado por jasidíes. Por todas partes había peregrinos con abrigos hasta la rodilla, calzas manchadas y shtreimel en la cabeza. Todo Międzybóż parecía situado lejos de Lwów, de Cracovia, centrado en sí mismo como en un sueño maravilloso. Las conversaciones callejeras eran siempre las mismas: acerca de Dios, de los nombres, de las explicaciones y el significado del gesto más mínimo y del más mínimo suceso. Ellos no sabían nada de la vida en el mundo, de la guerra, del rey. Y esto, aunque otrora me resultara tan cercano, profundizaba aún más en mi desesperación, pues parecían ciegos y sordos. Les envidiaba la posibilidad incesante de sumergirse en asuntos divinos, esa era también mi naturaleza, mas, por otro lado, estaban indefensos como niños cuando en el horizonte se vislumbra una nueva tempestad. Eran como los dientes de león, hermosos y livianos.

También vi a uno de los nuestros, los cuales, como consecuencia de las repentinas persecuciones que sucedieron a la muerte de nuestro protector, el arzobispo Dembowski, también habían llegado hasta allí y fueron recibidos sin preguntas superfluas, aunque se sabía que Besht consideraba dañino a Jacob. Me alegré sobremanera de la presencia de Yehuda de Glinno, con quien trabara amistad años atrás en aquel mismo lugar y a quien, pese a no ser un verdadero creyente, conservaba cerca de mi corazón.

Aquí se enseñaba que es posible encontrar un lado bueno en cada ser humano, incluso en el más abyecto de todos. También yo empecé a comprender que cada cual tiene un negocio que le conviene y quiere llevar a buen puerto, y que no hay culpa alguna en ello. No hay nada malo en que la gente quiera su propio bien. Y cuando me puse a pensar en qué quiere cada cual, empecé a comprender cada vez más: Lea quiere un buen marido, hijos y tener cubierto lo básico: un techo sobre la cabeza y alimento sustancioso. Elisha Shor y sus hijos quieren ascender más alto de lo que pueden ascender siendo judíos. Por eso, al ascender, desean unirse a la sociedad cristiana, pues siendo judíos tendrían que resignarse a ser los que son y a tener lo que tienen. Krysa es un rey frustrado, le gustaría gobernar. El obispo, que Dios lo tenga en su gloria, quería prestar un servicio al rey y a la Iglesia, quizá quisiera adquirir renombre. Lo mismo que la señora Kossakowska, que nos dio dinero para el viaje. ¿Por qué lo hizo? ¿Quería tener el mérito

de ayudar a los pobres? ¿O tal vez se trataba también de una cuestión de renombre?

¿Y qué quería Jacob? Enseguida me contesté: Jacob no tiene que querer nada. Jacob es un instrumento de fuerzas inmensas, yo lo sé. Su tarea consiste en destruir el orden pernicioso de las cosas.

Besht se había echado unos años encima, mas luz y fuerza emanaban de su figura, así que el mero roce de su mano me suscitó tan grande emoción que no pude contener el llanto. Durante largo rato conversamos de igual a igual y le estaré agradecido hasta el final de mis días por no haberme rechazado en aquel momento. Acabó poniéndome la mano sobre la cabeza y dijo: «Te prohíbo desesperar.» No dijo nada más, como si supiera que soy muy ducho en todo tipo de debates y que puedo aducir argumentos ad infinitum, y que por lo tanto no necesito enseñanzas. Mas cuando abandonaba Międzybóż, se me acercó corriendo un jasidí joven y me metió en la mano un pedazo de papel.

En él se leía en hebreo: «Im ata maamin she-ata jachol lekalkel taamin she-ata jachol letaken.» Si piensas que eres capaz de destruir, piensa también que eres capaz de reconstruir.

Era un mensaje de Besht.

CÓMO INTENTÁBAMOS CONVENCER A JACOB EN GIURGIU DE QUE REGRESARA A POLONIA

En el invierno de 1757, los cuatro, de camino a la Janucá, provistos de unas litterae patentes del rey de Polonia que nos habían conseguido, llegamos a Giurgiu para ver a Jacob. Emprendimos aquel viaje para convencerlo de que regresara. Pues sin él, en manos de otros, de Krysa y Elisha Shor, nuestra causa extrañamente se diluía.

Éramos cuatro, al igual que los evangelistas: Moshe ben Israel de Nadworna, Jeruchim Lipmanowicz de Czortków, mi hermano Chaim de Busk y yo.

Llegamos a su morada ateridos de frío y agotados por el viaje, pues el invierno era severo y por el camino nos asaltaron y perdimos los caballos. Mas cuando vi el Danubio, me embargó una emoción tal como si acabara de llegar al corazón del mundo, y de inmediato el aire se volvió luminoso y cálido, pese a la mucha nieve acumulada.

Jacob nos dijo que nos acercáramos y que apoyásemos nuestras frentes en la suya y nos abrazó a los cuatro con tanta fuerza y tan cerca estábamos los unos de los otros que era como si nos hubiéramos convertido en un solo hombre, nosotros cuatro a los lados y él en el centro. Respirábamos un solo aliento. Permanecimos así durante largo rato hasta que me sentí totalmente unido a ellos y comprendí que

aquel no era el final, sino el comienzo de nuestro camino y que sería él, Jacob, quien volvería a guiarnos.

Entonces tomó la palabra Moshe, pues era el más viejo entre nosotros: «Jacob, hemos venido a buscarte. Tienes que regresar.»

Al sonreír, Jacob solía alzar una ceja. Y en aquel momento, al contestar a Moshe, también la alzó, y por verlo de nuevo una oleada de calor y de emoción me inundó entonces, porque todo él era para mí hermoso, porque su presencia despertaba mis mejores sentimientos.

Jacob le respondió: «Veremos.» Y acto seguido nos llevó a recorrer sus propiedades, y salieron a saludarnos su familia y vecinos, pues gozaba allí de gran respeto y nadie sabía quién era él de verdad.

¡Qué bien instalado estaba! Había comprado una casa, a la que había empezado ya a mudarse, mas nosotros nos alojamos todavía en la vieja, que también era bonita, turca, con paredes pintadas y suelos de baldosa. Y como estábamos en invierno, por todas partes habían colocado pequeñas estufas portátiles vigiladas por unas sirvientas de las que era difícil apartar la vista, sobre todo a Chaim, al que gustaban las mujeres por encima de todas las cosas. Enseguida fuimos a ver la casa nueva con vistas al río; detrás se extendía un viñedo bastante grande. Y dentro de la casa habían desplegado muchas alfombras y bellos objetos turcos. Chana engordó tras dar a luz a su hijo Lejb, también llamado Emanuel, que significa «Dios está con nosotros»; se volvió perezosa. Se pasaba el día tumbada en los divanes, un rato en uno, otro en otro, mientras la nodriza se ocupaba del pequeño. Había aprendido a fumar en pipa y aunque habló poco, estuvo con nosotros casi todo el tiempo, mirando a Jacob, siguiendo cada uno de sus pasos, igual que nuestros perros en Podolia. A la pequeña Avacha, una niña amable, tranquila y obediente, no paraba de cogerla Jacob en brazos y se veía que estaba muy unido a ella. Así que una vez que lo vimos todo después de nuestra llegada y departimos hasta altas horas de la noche, me inundó cierta confusión al no comprender si Jacob nos lo enseñaba todo para que lo dejáramos en paz o si tenía otro plan del cual no sabíamos nada, tampoco su significado.

No voy a ocultar que cuando posé la cabeza en la almohada, antes de dormirme, volvió a mí la imagen de Lea y me embargó un gran pesar, pues estaba envejeciendo en soledad, trabajando duramente, tan ajada y eternamente triste como si las penas de este mundo la hubiesen aplastado. Y acudieron a mi memoria todas las personas y animales que sufrían, hasta que me sacudió por dentro un sollozo y me puse a rezar fervientemente por el fin de este mundo, en el que los hombres no hacen sino acecharse para matar, robar, humillar, violentar. De pronto comprendí que tal vez nunca más volvería a Podolia, porque allí no había sitio para nosotros, los que queríamos

seguir nuestro propio camino, valientemente, libres de toda carga de religión y costumbre. Y que los caminos que nos conducían podían ser cambiantes, yo mismo me perdía a menudo, mas la dirección era buena.

Al tercer día, cuando ya hubimos debatido toda la situación, las conchabanzas de Krysa y el silencio de los Shor, cuando hubimos leído las cartas de los nuestros, Jacob dijo que los turcos nos habían recibido bien y nos habían dado refugio sin necesidad de chácharas, así que debíamos estar a bien con los turcos, no quedaba otra. Debíamos procurarnos la intercesión turca.

–Sed sensatos. Tanto como hemos hablado de ello, desde hace tantos años, y cuando llega la hora de actuar, os echáis atrás –dijo. Después bajó tanto la voz que tuvimos que inclinarnos hacia él–. Será como entrar en agua fría, en ese momento el cuerpo se retrae, mas después se habitúa y lo que en un principio parecía tremendamente extraño se torna amable y propio.

Él conocía bien al muftí, con quien hacía negocios, y debía gran parte de su fortuna al comercio con la Sublime Puerta.

Así que pese a la mucha nieve que aún había cogimos cuatro trineos, a Chana y a la pequeña Avacha, y también a Hershełe, siempre a su servicio, y algunos mozos para que se ocupasen de los trineos, cargamos regalos, vino y el mejor de los aguardientes polacos y pusimos rumbo a Ruse, o sea, a Horoszczuki, donde estaba el muftí conocido de Jacob. Primero, Jacob intercambió unas palabras con el agá local, que lo trataba como a un amigo. Mientras, nosotros, cual invitados bienvenidos, disfrutábamos de los dulces. Regresaron contentos, tanto Jacob como el turco. Al día siguiente, todos los que allí estábamos, y también algunos de los verdaderos creyentes de Horoszczuki, donde éramos bastantes, nos presentamos a mediodía en la mezquita. Allí todos abrazamos el islam poniéndonos turbantes verdes en la cabeza. Todo aquello duró un instante, tan solo hizo falta repetir las palabras de la shahada: Lā ’ilāha ’illā-llāhu Muhammadun rasūlu-llāh, y Jacob nos puso a todos nuevos nombres turcos: Kara, Osman, Mehmed y Hasán, y a su esposa e hija Fátima y Aisha, como los de la hija y esposa predilecta del profeta. Gracias a ello alcanzamos el número de trece fieles, condición imprescindible para formar un grupo propio, igual que los de Baruchia.

Y de pronto estábamos de nuevo a salvo. Por segunda vez, Jacob se convirtió en jajam, nuestro señor. Y nosotros como tal lo reconocimos, depositamos en él toda nuestra confianza. Nos llenaría de gozo que partiera con nosotros rumbo a Polonia.

Cuando regresamos, estábamos todos de buen humor y, como si de un paseo en trineo se tratara, cantamos nuestras canciones a voz en

cuello hasta desgarrarnos la garganta. Después ya me sentí mejor y regresó el sentido a mis pensamientos. Vamos hacia dios a través de tres religiones: judía, ismaelita y edomita. Así quedó dicho. Y yo ya tiempo atrás había traducido del hebreo al turco mi oración más querida, y cuando la pronuncié por la tarde, gustó a todo el mundo e incluso la apuntaron en la nueva lengua. Dice así:

Bajo mi gris vestimenta solo albergo mi alma serena.
Se queda allí un instante y rompe todas las cadenas.

Zarpará imparable, izará su vela blanca,
el arrebato del corazón a detenerla no alcanza.

Y seguirá navegando por vuestros mares,
sin asustarse de vuestros guardianes.

Sorteará vuestros fosos,
mas hará siempre el bien al hombre virtuoso.

Se orientará fácilmente entre vuestras fronteras
y opondrá a vuestras palabras la palabra certera.

Despreciará la cuna y la forma inalterable de las cosas,
la cortesía, la urbanidad, vuestras virtudes decorosas.

Y cuando pretendan mesurar su infinidad con versos,
se soltará, no se someterá a encierro.

Nadie sabe de su belleza ni de su altivez,
ya se ha ido, aunque estuvo aquí una vez.

Ayúdame, mi buen Dios, señor de las eternidades,
a expresar esa alma libre con mis labios terrenales.

Abre mi pobre boca, haz más vivo el verbo,
y consagraré a tu justicia un elogio eterno.

Experimenté entonces un sentimiento de felicidad; justo después la primavera llegó en un solo día, en realidad en una sola tarde, cuando el sol reunió fuerzas y empezó a quemarnos la espalda. Ya habíamos logrado vender toda la mercancía y nos tomamos un descanso de nuestra labor de contabilidad, y a la mañana siguiente me despertaron los trinos de los pájaros y justo después, no se sabe cómo, todo se cubrió de verdor, pequeñas hierbas asomaron entre las piedras del

patio y el tamarisco se lanzó a florecer. Los caballos, inmóviles en las manchas proyectadas por el sol, se calentaban los lomos con los ojos entornados.

Mi ventana daba al viñedo y en aquel año fui testigo de todo el proceso de vuelta a la vida después del invierno, de principio a fin, de los brotes a los racimos maduros. En agosto ya se los podía recoger, tan pesados y llenos de jugo como estaban. Así que pensé que Dios me ponía el siguiente ejemplo: para que se forme una idea aparentemente llegada de ninguna parte hace falta tiempo. La idea requiere su propia hora y su propio ritmo. Nada se puede acelerar ni eludir. Mientras aplastaba la uva entre los dedos, iba pensando en lo mucho que Dios había hecho durante todo aquel tiempo, permitiendo que el vino madurara, que crecieran las hortalizas en la tierra y la fruta en los árboles.

Se equivocaría aquel que pensara que permanecimos inactivos todo aquel tiempo. Durante el día escribíamos cartas a nuestros hermanos y las enviábamos al ancho mundo: ya a Alemania, ya a Moravia, ya a Tesalónica y Esmirna. Jacob, por su parte, al mantener estrecha relación con las autoridades locales, se reunía a menudo con los turcos, y yo también tomaba parte en esos encuentros. Entre aquellos turcos también había bektashíes, que tenían a Jacob como uno de los suyos, y él a veces también los visitaba, mas no quería que lo acompañáramos.

Y puesto que, al alojarnos con Jacob, no habíamos descuidado nuestros negocios, varias veces aquel verano viajamos de Giurgiu hasta la otra orilla, a Ruse, y de allí transportamos mercancías aún más lejos, a Vidin y a Nikopol, donde seguía viviendo Tova, el suegro de Jacob.

Lo bien que conocí el camino a lo largo del Danubio, un camino que corre por la llanura justo al lado de la orilla, mas, a veces, se encarama hacia lo alto de la ladera. Siempre se ve desde allí la inmensa fuerza del agua, su auténtico poderío. Cuando en primavera el Danubio se desparrama como lo hizo aquel año, uno podría pensar que ha ido a parar a orillas del mar. Algunos asentamientos ribereños se exponen casi cada primavera a terminar anegados. Para protegerse de las inundaciones, la gente planta en la orilla árboles de fuertes raíces para que se beban el agua. Las aldeas parecen bastante miserables, las llenan casitas de adobe junto a las cuales hay redes secándose. Sus habitantes son menudos y morenos, y las mujeres están siempre dispuestas a leer la mano. Alejados del agua, entre los viñedos, levantan sus casas los más ricos; los edificios se hacen de piedra y los acogedores patios los cubre una espesa techumbre de

parra que protege del calor. Es en esos patios donde desde la primavera se desarrolla la vida familiar, donde se recibe a las visitas, donde se come, trabaja, conversa y se bebe vino al caer la noche. Cuando uno baja al río durante la puesta de sol, a menudo oye un remoto canto que se propaga por el agua, viene no se sabe de dónde y también resulta difícil reconocer en qué lengua se canta.

En las proximidades de Lom, la orilla se eleva tanto que parece que desde allí se pueda divisar la mitad del mundo. Allí siempre nos deteníamos para dar de comer a los animales. Recuerdo el calor de los rayos del sol en la piel y aún sigo percibiendo el aroma a vegetación recalentada, una mezcla de olor a hierbas y a légamo fluvial. Hacíamos acopio de queso de cabra y de ollas llenas de zakuska, una pasta bien condimentada hecha de berenjenas y pimientos asados al fuego. Ahora me doy cuenta de que nunca en mi vida había comido nada tan rico. Y de que aquello era algo más que un alto en el camino cualquiera, que una comida local común y corriente. En ese mismo instante todo se trenzaba y se convertía en una sola cosa, hasta tal punto se diluían los límites de los objetos ordinarios que dejé de comer y permanecí boquiabierto con la vista clavada en aquel espacio plateado, momento en que Jacob o Jeruchim tenían que golpearme en la espalda para hacerme volver a la tierra.

La contemplación del Danubio me calmaba. Veía cómo el viento agitaba las jarcias de los pequeños barcos, cómo se balanceaban las barcas amarradas en la orilla. En realidad nuestras vidas discurrían entre dos grandes ríos, el Dniéster y el Danubio, que, cual dos jugadores, nos colocaban sobre el tablero del extraño juego de Chaja.

Mi alma es inseparable del alma de Jacob. No sé explicar de otra manera lo unido que me siento a él. Por lo visto, en tiempos, en un pasado remoto éramos un mismo ser. También debieron de formar parte reb Mordke e Isochar, de quien recibimos la triste noticia de su muerte.

Un día de primavera, durante el Pésaj, celebramos un antiguo rito que suponía el comienzo de un nuevo camino. Jacob cogió un pequeño barril, le prendió nueve velas, y, con la décima en la mano, encendió primero esta última, y luego las otras nueve, para después apagarlas. Lo repitió tres veces. A continuación se sentó junto a su esposa y, nosotros cuatro, uno a uno, nos acercábamos y uníamos con él nuestras almas y cuerpos reconociéndole como el maestro. Después lo repetimos todo de nuevo, mas esta vez todos juntos. Muchísimos de los nuestros esperaban al otro lado de la puerta para unirse. El ritual se llama Kav hamlicho, o sea, Cadena Real.

Mientras, llegaban a Giurgiu multitudes de nuestros hermanos que,

en su fuga de Polonia, perdidos y decididos a no volver nunca más a Podolia, se dirigían a Tesalónica, con los hermanos Dönmeh, o bien hacia aquí, a Valaquia. La casa de Jacob siempre estaba abierta para ellos, y a veces ellos ni siquiera sabían quién era él, pues contaban historias de un tal Jacob Frank que al parecer aún hacía estragos entre los talmudistas de Polonia. Aquello alegraba sobremanera a Jacob, quien les hacía infinidad de preguntas y alargaba la conversación hasta acabar desvelando que el tal Jacob no era otro, sino él mismo. Lo que significaba que su fama crecía y cada vez más personas oían hablar de su figura. Mas él mismo no parecía feliz. Tanto Chana como todos nosotros tuvimos que soportar sus ataques de mal humor, cuando maldecía y mandaba comparecer a Israel Osman para ordenarle que llevase un mensaje a alguna parte o arreglase algún asunto con el agá.

Los recién llegados, recibidos con hospitalidad por Chana, contaban que en el Prut, en la orilla turca, aguardaba todo un ejército de verdaderos creyentes a la espera de una oportunidad para regresar a su país. Que estaban allí atrapados en medio del frío, el hambre y la miseria mientras divisaban a lo lejos la orilla polaca.

En mayo llegó una larga carta de Moliwda, muy esperada, en la que este nos relataba las grandes gestiones hechas por él mismo y la señora Kossakowska, así como por otros magnates y obispos ante el mismísimo rey, con lo cual de nuevo empezamos a pensar en volver a Polonia. Jacob no decía nada, mas vi cómo, al caer la noche, abría un libro en polaco y que lo hacía en secreto. Adiviné que de esta manera aprendía la lengua, mas tuve la certeza cuando un buen día me preguntó como de pasada:

–¿Cómo es eso que en Polonia se dice un «pies», es decir, un perro y dos «psy», es decir, dos perros? Debería decirse «piesy».

No supe explicárselo.

Por la misma vía nos llegó poco después la litterae patentes del rey. La carta estaba escrita en un estilo muy solemne y me costó bastante lograr traducirla. La leí tantas veces que se me grabó en la memoria, e incluso en plena noche, arrancado del sueño, podría recitar cualquier fragmento elegido al azar:

Nos han suplicado los mencionados consejos, en nombre y por parte de los contratalmudistas, que, tras cubrir sobre ellos el manto de nuestra real protección, expidiéramos una litterae patentes en contra de la inquina y la violencia ejercida sobre cualquier persona, también contra los llamados talmudistas infieles, para que esos contratalmudistas puedan permanecer libremente no solo en el Palatinado de Podolia, sino en cualquier otro lugar del Reino y dominios nuestros, así como exigir justicia en el juicio

inconcluso, para que sea de obligado cumplimiento en cualquier tribunal del Reino, y se apoye a los hombres de más alto rango del Reino, tanto eclesiásticos como laicos, que puedan exigir reparaciones por los daños sufridos, es decir, que puedan disfrutar de privilegios, leyes, libertades y prebendas otorgadas a los judíos por las leyes de la corona, así como beneficiarse de ellas voluntariamente y estar a salvo.

Mostrando actitud favorable a las justas súplicas a nos elevadas, declaramos que los contratalmudistas han abjurado del Talmud judío, repleto de innumerables blasfemias y lesivo para todos los fieles de la Iglesia y la Patria, condenado al fuego por los más Altos Papas, y en algunos reinos, incluido el nuestro, quemado en plaza pública de la ciudad de Kamieniec Podolski, en virtud del justo decreto de Su mencionada Excelencia el obispo Mikołaj Dembowski, y que esos contratalmudistas, al rechazar el Talmud, abjuran del mismo y reconocen que Dios está en Tres Personas, mas en Una en Esencia, aproximándose así a las enseñanzas extraídas del Antiguo Testamento y convirtiéndose a nuestra fe...

Habiendo tomado bajo nuestra protección a los contratalmudistas, expedimos a todos y a cada uno de ellos una litterae patentes de buena fortuna en contra de la inquina y la violencia ejercida contra los supradichos y nos dignamos promulgar un edicto a fin de reparar los daños y conceder nuestro amparo legal para que sus súplicas sean satisfechas...

Dictamos este nuestro salvoconducto de buena fortuna para que los supradichos contratalmudistas, honrados y apoyados por nosotros, puedan permanecer en nuestro Reino y nuestros dominios con seguridad y sin obstáculo alguno por parte de aquellos cuya persecución temen, y llevar a cabo su comercio según los privilegios que les han sido concedidos, en cualquier lugar, aldea, pueblo o ciudad, así como hacer negocios dignos y honrados en todas las ferias, así como comparecer ante los Tribunales, tanto eclesiásticos como laicos y reales, y poder allí denunciar o responder a las denuncias concernientes a transacciones no solo jurídicas, sino también declarar voluntariamente en otras cuestiones según la ley en pos de la justicia y la reparación, y honramos con esta misma protección real nuestra tanto a ellos, como a sus cónyuges, hijos y servicio doméstico, así como a sus bienes e inmuebles, para que también ellos, gobernándose con calma y mesura, sin dar pábulo a riñas y disputas y sin abusar de nuestro favor, den a conocer a todos aquellos cuyas persecuciones o iniquidades temen esta carta de protección...

Dada en Varsovia, el 11 del mes de junio del año del Señor 1758 y el año XXV de nuestro reinado. Augustus Rex.

Rara vez un rey en persona se pone del lado de los oprimidos, así que estalló una alegría generalizada y un gran entusiasmo, y todos empezaron a recoger y a empaquetar, a resolver asuntos pendientes.

Las pequeñas plazas de mercado que todas las tardes acogían interminables debates se quedaron de pronto desiertas, pues todo el mundo estaba ya ocupado en su futuro viaje y nos llegaban nuevas de que en el Dniéster y el Prut ya esperaban miles de los nuestros: volvemos a Polonia.

Al tener noticia de las multitudes acampadas a orillas del Prut, en Perebekowce, Jacob pertrechó bien a Israel Osman, que vivía en Giurgiu y llevaba tiempo sumergido en la religión musulmana, y envió a los desterrados de Polonia a que se unieran a esas multitudes pobres acampadas en medio de una gran tristeza sin saber adónde dirigirse. Jacob estaba muy preocupado por sus hermanos. Y, por lo que más, por el gran número de madres, niños y ancianos, mucho más numerosos que los hombres que habían partido en busca de pan y trabajo. Vivían en chozas de adobe levantadas precipitadamente.

El primero en llegar desde allí fue el segundo hijo de Nussen. Gozaba de especial favor de Jacob y la gente lo llamaba Smetankes. Fue él quien, habiendo llegado desde el Prut, dejó huella con un gran discurso sobre el sufrimiento de los verdaderos creyentes expulsados de Polonia. Jacob ofreció hospitalidad a él y a sus camaradas, mas como la casa resultaba demasiado pequeña para tal reunión y ellos no tenían ya ganas de regresar, se quedaron con nosotros en plena canícula bajo la parra. El segundo en llegar fue el cabalista Moshe Dawidowicz de Podhajce y enseguida intimó con Jeruchim Lipmanowicz, con quien guardaba gran afinidad, cosa que satisfizo mucho a Jacob.

Empezaban cada una de sus intervenciones con: «Nosotros los ma'aminim», o sea, nosotros, los creyentes, como se decía en Tesalónica cuando se quería subrayar que se veneraba a Shabtai. Todas las mañanas comprobaban cómo seguían las cosas del mundo en las predicciones. Jeruchim, a su vez, intercalaba siempre en las frases pronunciadas: «Es tiempo de esto..., es tiempo de aquello.» Por las tardes Moshe veía luz sobre la cabeza de Jacob: era azul, fría como de hielo; una luz extraña. Opinaban que Jacob debía regresar a Polonia y guiarlos a todos. Debía regresar, pues los impacientes seguidores guiados por Krysa, que había permanecido allí con ellos, ya estaban pidiendo que los guiasen los verdaderos creyentes de Tesalónica. Al parecer, los hermanos Shor se habían reunido en Hungría con Wolf, el hijo del célebre Eibeschütz, para que se pusiera a la cabeza de los contratalmudistas polacos.

«Si tú no vas, irán otros», le repetía yo a diario, pues lo conocía muy bien. Cuando se le hacía ver que otros podían ser mejores que él, Jacob se enfadaba y se ponía manos a la obra.

Cuando hablaba, Moshe de Podhajce se inclinaba hacia delante, estiraba el cuello y, como tenía una voz alta y fuerte, atraía enseguida la atención de todo el mundo. Y cuando contaba alguna historia se entregaba tanto a su propio relato que alzaba los puños, sacudía la cabeza, tronaba y elevaba los ojos hacia el cielo. Resultó ser un buen actor y no había nadie a quien no supiera imitar. Por eso se lo pedíamos a menudo. A veces, cuando era a mí a quien imitaba, me saltaban las lágrimas de la risa al verme reflejado en sus ademanes: nervioso, impaciente, incluso era capaz de reproducir mi tartamudeo a la perfección. Y tan solo a él, a Moshe de Podhajce, le estaba permitido parodiar a Jacob: entonces se tensaba como una cuerda, la cabeza iba un poco hacia delante, sus ojos se tornaban redondos, penetrantes, de pájaro, parpadeaba lentamente, cualquiera apostaría a que le había crecido la nariz. Luego cruzaba las manos a la espalda y se ponía a caminar, con esos andares ligeros, medio dignos, medio perezosos. Primero soltábamos alguna que otra risita para acabar estallando en grandes carcajadas cuando Moshe mostraba cómo Jacob pronunciaba un discurso ante la gente.

El propio Jacob reía con nosotros, y su risa era profunda, estruendosa, como si llegase desde el fondo de un pozo. Cuando reía, todo el mundo se sentía bien, pues era como si construyera una cabaña encima de nosotros donde estábamos a salvo. Repito, es un buen actor, ese Moshe de Podhajce, y eso que es un rabino instruido.

Un buen día de agosto llegó a caballo un jadeante Osman de Czerniowce con la noticia de que los verdaderos creyentes que acampaban a orillas del río, armados con la carta real y animados por unos mensajeros del nuevo obispo, habían vadeado el Dniéster con todas sus pertenencias, cantando, sin que nadie los importunara: los guardias de frontera se habían limitado a observar la alegre marcha. Osman dijo que se dirigieron a tres aldeas de las heredades del obispo donde tenían conocidos y donde algunos habían vivido –Uściski, Iwanie y Harmackie– y ahora enviaban por medio de Osman súplicas para que Jacob también regresara.

–Te esperan como a la salvación –dijo Osman y se arrodilló–. Ni siquiera sabes cómo te esperan. –Jacob se echó a reír y a repetir con fruición: «Lustig, unsere Brüder haben einen Platz erhalten» (qué divertido, nuestros hermanos han encontrado un lugar), cosa que celosamente apunté de inmediato.

Casi cada día aparecía alguien llegado desde Polonia con buenas nuevas y lozanía en el rostro, y se hizo evidente que el regreso era inminente. Chana ya se había enterado, pues andaba malhumorada, me lanzaba miradas de reproche y no me dirigía la palabra, como si yo fuera el culpable de que Jacob quisiera abandonar su bella casa.

Justo después de la vendimia –la mejor en muchos años, los racimos resultaron tan dulces que se pegaban los dedos– partimos rumbo a Bucarest en busca de apoyo entre los nuestros. Reunimos tanto dinero que pudimos comprar carros y caballos y empezar los preparativos del viaje. Por una carta de unos hermanos de Polonia nos enteramos de que nos aguardaba toda una aldea en la heredad del obispo. Y por primera vez sonó la palabra Iwanie.

Hay cosas externas e internas. Las externas son apariencia y nosotros vivimos dentro de ellas, en la apariencia, como la gente dormida, y las leyes de esa apariencia las debemos considerar verdaderas pese a que no lo son. Cuando uno vive en un lugar y un tiempo determinados, donde rigen ciertas leyes, es preciso observarlas mas sin olvidar jamás que conforman un orden relativo. Pues la verdad es otra diferente y si alguien no está preparado para conocerla, puede antojársele espantosa y terrible, y maldecirá el día en que la conoció.

Mas yo creo que toda persona siente con todo su ser cómo son las cosas en verdad. Si bien en el fondo no quiere enterarse.

EL CURA CHMIELOWSKI ESCARDA LA MEJORANA

La Kabbala denudata de Von Rosenroth, de 1677, está escrita en latín; se la regaló Shor al cura Chmielowski después de que este salvara sus libros judíos, los cuales, por otra parte, volvieron a manos de su propietario en cuanto se promulgó la carta real. Ha sido un gran alivio para el cura, pues si alguien se hubiera enterado de lo que guardaba en la casa parroquial de Firlejów, habría estallado un gran escándalo. También por eso muestra una actitud ambigua hacia el obsequio. El libro en cuestión se lo trajo un mozo, estaba envuelto en lienzo y atado además con cuerda de cáñamo. Debía de valer una fortuna. Se lo entregó al cura sin mediar palabra y desapareció.

KABBALA DENUDATA
seu
DOCTRINA HEBRÆORUM
TRANSCENDENTALIS ET METAPHYSICA
ATQVE THEOLOGICA
Antiquissimæ Philosophiæ Barbaricæ variis speciminibus refertissimum.
SOHAR
APPARATUS
Locos Communes Cabbalisticos, secundum ordinem Alphabeticum concinnatos, qui Lexici Cabbalistici instar esse possunt:
Tractatibus variis, tam didacticis, quam Polemicis, post il-
Typis Abrahami Lichtenthaleri, 1677.

El cura lee el libro a primera hora de la tarde. Las letras son pequeñas, así que solo puede leer a la luz del día, junto a la ventana. Cuando oscurece, abre una botella de vino y deja el libro a un lado. Paladea el vino mientras contempla su jardín y los desiguales prados que se extienden más allá del río. La hierba es alta y los soplos de viento la agitan: los prados ondean y tiemblan como si estuvieran vivos. Recuerdan a la piel de caballo que se estremece y tiembla cuando se posa en ella un abejorro. Con cada soplo la hierba revela su claro bajo vientre, verde y gris como el pelaje de un perro a contrapelo.

El cura está decepcionado; no entiende nada; aunque esté escrito en latín su contenido recuerda más bien a la escritura de la señora Drużbacka. Por ejemplo: «Mi cabeza está llena de rocío», ¿y eso qué quiere decir?

También la creación del mundo resulta demasiado poética. En nuestra tierra se hace en un tris tras: en seis días Dios crea el mundo como el dueño de unas tierras de cultivo que actúa sin hacerse preguntas. Aquí en cambio parece complicado. La vista empieza a fallarle y la lectura lo cansa.

Es un libro extraño. Es cierto que deseaba desde hace tiempo adquirir un conocimiento amplio, uno que explicara el principio y el fin, los movimientos de los planetas en el firmamento y todas las maravillas, pero aquí todo eso le resulta demasiado huidizo, ni siquiera sus amados escolásticos latinos habrían osado explicar las maravillas de ese modo: por ejemplo, que Jesucristo es Adam

Kadmon, pura luz divina que ha descendido sobre la tierra. Piensa ahora en la transmigración de las almas. Es cierto que ha oído hablar de esa herejía, pero nunca ha reflexionado sobre su sentido. El libro dice que no hay nada de malo en que un buen cristiano crea que después de morir renacemos adoptando otras formas humanas.

En efecto, reconoce complacido el cura, como suele hacer, pues es ante todo un hombre práctico, así habría otra oportunidad de salvación. Toda vida encarnada en otra forma daría más posibilidades de perfeccionamiento y redención de los pecados. El castigo eterno en el infierno rara vez repara todo el mal que se ha hecho.

Pero luego se avergüenza de tales pensamientos. Herejías judías. Se arrodilla junto a la ventana bajo la imagen de san Benito, su patrón, y le ruega que interceda por él. Asimismo pide perdón por su veleidad, por haberse entregado a tales divagaciones. Bueno, la intercesión de san Benito no parece funcionar, porque de nuevo salvajes pensamientos acuden a su mente... El cura siempre ha tenido problemas con el infierno. Por más que lo intentara, nunca llegó a creer en su existencia, los terribles dibujos que había visto en los libros no ayudaban, y eso que eran muchos. Y aquí lee, por ejemplo, que las almas que moran en los cuerpos de los paganos que han practicado el canibalismo no irán a parar directa y eternamente al infierno, pues tal cosa supondría una falta de misericordia.

Al fin y al cabo, no es culpa suya el haber sido paganos y no haber conocido la luz de la cristiandad. Pero gracias a las sucesivas encarnaciones reciben la oportunidad de enmendarse y reparar el mal causado. ¿Acaso no es eso justo?

Esa idea excita y vivifica al cura hasta tal punto que sale al jardín a tomar una bocanada de aire, pero como suele pasar cuando visita el jardín, empieza a pellizcar los brotes inútiles, pese a que ya está anocheciendo, y antes de darse cuenta, ya arrodillado, escarda la mejorana. ¿Y si también la mejorana participa en esa gran obra de perfeccionamiento? ¿Y si moran en ella almas indefinidas? ¿Entonces qué? Y lo que es peor aún: ¿qué pasaría si el cura mismo fuera un instrumento de la justicia eterna y en este momento estuviera castigando a las pobres plantas pecaminosas arrebatándoles la vida al desbrozar los caballones?

EL FUGITIVO

Por la tarde se acerca a la casa parroquial de Firlejów un carro judío cubierto por una gualdrapa de cáñamo, pero no llega a detenerse; da la vuelta en el patio del cura y desaparece en el camino a Rohatyn. El cura mira desde el jardín y junto a la cerca hecha de mimbre ve una figura alta e inmóvil. Un abrigo oscuro cae de sus

hombros hasta el suelo. A la cabeza del cura acude un pensamiento terrible: ha venido a buscarlo la muerte. El cura coge un rastrillo de madera y sale a su encuentro a paso raudo.

–¿Quién eres? Habla. Yo soy un servidor de la Santísima Iglesia y no temo al diablo.

–Lo sé –dice de pronto suavemente una voz masculina. Es áspera, quebradiza, como si su propietario llevase cien años sin usarla–. Soy Jan, de Okno. No tengáis miedo de mí, reverendo padre. Soy una buena persona.

–¿Qué haces aquí? El sol ya se ha puesto.

–Los judíos me han dejado aquí.

El sacerdote se le acerca e intenta ver el rostro del recién llegado, pero este mantiene la cabeza gacha y cubierta por una gran capucha.

–Esos judíos ya se están excediendo. ¿Por quién me toman? –farfulla el cura entre dientes–. ¿Qué es eso de que te han «dejado»? ¿Eres uno de los suyos?

–Ahora soy uno de los vuestros, reverendo padre –contesta el otro.

El hombre habla atropelladamente, de cualquier manera, pero en polaco, tan solo con una leve entonación rutena.

–¿Tienes hambre?

–No mucha, me alimentaban bien.

–¿Entonces qué quieres?

–Refugio.

–¿No tienes casa?

–No tengo.

El sacerdote titubea un instante y luego, resignado, lo invita:

–Entonces entra en casa. Hoy el aire es húmedo.

La figura, indecisa, se dirige hacia la puerta cojeando visiblemente y durante un momento la capucha descubre un trozo de pálida mejilla. El huésped vuelve a colocarse la capucha sobre la cara, pero el cura ya ha vislumbrado algo inquietante.

–Mírame –ordena.

Entonces el otro levanta la cabeza con decidido movimiento y la capucha cae a su espalda. El cura retrocede sin querer y exclama:

–¡Jesús de Nazaret!, ¿eres un hombre?

–Ni yo mismo lo sé.

–¿Y debo acogerte en mi casa?

–Lo que vos decidáis.

–Roszko. –El sacerdote llama en un susurro al criado, quizá tan solo para dar a entender a ese terrible rostro que no está solo.

–Me tenéis miedo –dice la figura con tristeza.

Tras un breve instante de titubeo, el cura le hace un gesto indicándole que entre el primero. A decir verdad, su corazón late con fuerza y, por si fuera poco, Roszko está, como de costumbre,

desaparecido.

–Pasa –le dice al hombre, quien entra seguido por el cura.

Allí, a la luz de un candelabro, se lo ve mejor: la parte inferior de la cara está totalmente desfigurada por las cicatrices, como si la hubieran despellejado. Sobre esa herida, bajo una tupida cabellera negra, brillan unos ojos grandes, oscuros y ardientes, jóvenes, se podría decir que hermosos. Quizá tan solo a causa del contraste.

–Por los clavos de Cristo, ¿qué te ha pasado? –pregunta el cura estremecido.

EL RELATO DEL FUGITIVO. EL PURGATORIO JUDÍO.

Al cura le sorprende esa extraordinaria criatura que dice llamarse Jan de Okno. Okno es una aldea cercana a Toki, a muchas millas de aquí. El cura no sabe a quién pertenece y Jan no se lo quiere decir. Al propietario lo llama «señor». Si es un señor, lo más probable es que sea un Potocki: aquí no hay nada que no les pertenezca.

El hombre come un trozo de pan y bebe leche cortada. El cura no tiene nada más. Luego le ofrece vodka, pero el otro no quiere. Se mantiene rígido en su silla, ni siquiera se ha quitado el abrigo, huele a caballo. Saba, con el pelirrojo pelaje erizado, lo olisquea durante mucho rato, como si fuera consciente del misterio: por lo visto el huésped trae olores que ella desconoce, pues tarda mucho en tumbarse a dormir ya tranquila junto a la estufa.

–Soy un cadáver –espeta de pronto el hombre de rostro terrible–. No irá el reverendo a entregar a un muerto.

–Yo frecuento a los muertos –dice el cura al cabo de un instante y señala con la mano los libros que están sobre la mesa a sus espaldas–. Estoy acostumbrado a sus relatos. Nada me sorprende. Incluso puedo confesar honradamente que prefiero escuchar a los difuntos que a los vivos.

En ese momento el otro parece relajarse, se quita la oscura capa judía y deja al descubierto unos hombros fuertes sobre los que cae su larga cabellera. Empieza a contar en voz baja, monótona, como si llevara mucho tiempo repitiéndose ese relato en su mente y hubiese acabado aprendiéndolo de memoria. Ahora se lo ofrece al cura como un puñado de monedas a cambio de hospitalidad.

El padre de Jan de Okno era originario de una aldea cercana a Jasło y la madre de Mazovia. Vinieron aquí como pobladores, o colonizadores, como suele decirse, porque en sus respectivas familias había poca tierra y no tenían bastante para repartirla entre los hijos. Se casaron y recibieron un buen pedazo de tierra cultivable cerca de

Tarnópol. Pero el acuerdo con el señor propietario de esas tierras consistía en que para ellos mismos las trabajarían quince años (lo cual no dejaba de ser un buen trato, pues en otras heredades ofrecían menos, diez o incluso cinco años). Después debían pagar por el uso de la tierra señorial con productos y mano de obra. Y también debían comprometerse a ayudar en labores tales como la trilla, los trabajos de construcción en la mansión, el desgranado de alverjas e incluso el lavado de ropa; siempre había algo que hacer en el palacio, así que no quedaba tiempo para trabajar en el terruño propio. De esta manera pasaban a ser propiedad del señor.

El cura se acordó de las cruces cuya visión siempre lo llenaba de espanto y de un indefinido sentimiento de culpa. Estaban clavadas junto a las chozas como un memento mori campesino. Los campesinos clavaban en la cruz estacas, una por cada año de exención de la servidumbre. Cada año sacaban una, hasta que un día la cruz aparecía desnuda; entonces, por esos pocos años de libertad era necesario pagar el alto precio de la esclavitud de uno mismo y de toda la familia.

Okno era famoso por el tejido de kílims y el padre soñaba con que su hijo Jan aprendiese ese oficio.

Jan nació ya siervo, siendo el menor de nueve hermanos. Cuando era niño, sus padres debían trabajar cuatro días a la semana en régimen de servidumbre, y cuando se casó los días ya eran siete. Lo cual significaba que toda la familia debía trabajar las tierras del señor. A menudo, para poder trabajar su propio terruño, tenían que sacrificar los domingos y ni siquiera podían ir a la iglesia. Dos de las hermanas mayores de Jan eran empleadas en la mansión: una era cocinera y la otra tenía a su cargo el encendido de las estufas. Cuando esta última se quedó embarazada, el señor la casó con un mozo de la aldea de al lado. Fue entonces cuando Jan intentó huir por vez primera. Unos hombres sin ataduras que a veces atravesaban la aldea y se detenían delante de la taberna le dijeron que si conseguía llegar hasta un mar del norte podría enrolarse en un barco y viajar a otros países donde la vida era mejor y más próspera. Joven e inexperto, echó a andar con un hatillo atado a un palo, contento y confiado.

Dormía en el bosque y no tardó en descubrir que los bosques estaban llenos de fugitivos como él. Sin embargo, fue capturado por unos mozos del señor a pocas millas de la casa. Lo apalearon hasta hacerle sangrar y lo arrastraron al calabozo, a la mazmorra que había debajo del establo. Pasó en ella cuatro meses. Más tarde lo prendieron a un cepo y lo azotaron en público. Debía estar contento por haber recibido un castigo tan poco severo. Después de todo aquello, el señor le ordenó tomar por esposa a una moza de la mansión, ya visiblemente encinta. Es lo que se hacía con los hombres inquietos: la familia y los hijos los tranquilizaban. Pero a Jan no lo tranquilizó,

nunca llegó a amar a la moza, el niño murió y ella huyó de la aldea. Se decía que se vendía al mejor postor en las tabernas de Zbaraż y después de Lwów. Durante cierto tiempo, Jan trabajó humildemente y aprendió el oficio de tejedor en un telar prestado, pero cuando en un mismo invierno, uno tras otro, murieron sus padres, se abrigó bien y, tras coger todos sus ahorros, enganchó el caballo a un trineo y decidió llegar hasta donde vivía la familia de su padre, cerca de Jasło. Sabía que su señor era cruel, pero indolente; en el frío helador que hacía nadie se daría prisa por perseguirlo. Consiguió llegar hasta las afueras de Przemyśl, donde unos guardias lo detuvieron y lo pusieron bajo arresto, pues no tenía documento alguno ni tampoco supo explicar quién era ni qué hacía allí. Al cabo de dos meses vinieron a buscarlo unos siervos de su señor. Atado como un cerdo, lo lanzaron sobre el trineo y lo llevaron de vuelta. Se demoraron varios días, pues los caminos estaban cubiertos de nieve, cosa que les servía de pretexto para no darse excesiva prisa en llegar a su aldea. En cierta ocasión lo dejaron atado y fueron a emborracharse en una taberna. Siempre que lo dejaban en el trineo durante las paradas, los que pasaban lo miraban en silencio, con terror en los ojos, y lo que más les espantaba era pensar que ellos mismos podrían correr la misma suerte. Porque un campesino que huye por segunda vez y consigue llegar tan lejos ya está muerto. Cuando pedía un poco de agua, la gente tenía miedo de ayudarle. Finalmente, unos comerciantes borrachos –más por gastar una broma que por deseo de salvar al prójimolo soltaron en plena noche ante una taberna donde los esbirros del señor se habían emborrachado hasta perder el conocimiento. Aun así, él no tenía fuerzas para huir. Los sicarios del señor lo atraparon, y también a otro fugitivo, y, borrachos, les dieron tal paliza que les hicieron perder el conocimiento. Por miedo a la ira del señor, quisieron hacerlos volver en sí, pero al ver que estaban muertos, los dejaron en un robledo y los taparon con nieve para que su pecado no saliera a la luz. El otro fugitivo murió enseguida. Jan yacía boca abajo y por un milagro lo encontraron unos judíos que pasaban por allí con sus carros.

Se despertó al cabo de pocos días en el establo de los Shor en Rohatyn, entre los animales: en el olor de sus cuerpos y sus excrementos, en su calor. Se vio sumergido en otra lengua, otros rostros, y Jan pensó que había muerto, que había ido a parar al purgatorio y que ese purgatorio, por alguna extraña razón, era judío. Y que ahora tendría que pasar allí la eternidad recordando sus pequeños e inocentes pecados de campesino y arrepintiéndose de ellos amargamente.

CÓMO LOS PRIMOS CIERRAN FILAS Y PARTEN A LA GUERRA

–Ni tú eres mi tío, ni yo soy tu tía. Yo de soltera soy Potocka. Como mucho puedes estar emparentado con mi marido, pero yo no reconozco vuestro linaje –le dice Kossakowska y le ordena que se siente.

Rodeada de documentos, los aparta en una pila para que se ocupe de ellos Agnieszka, la cual, inseparable ahora de Katarzyna, seca los papeles con arena.

¿Qué negocio se traerá entre manos?, piensa Moliwda.

–Velo por las vastas heredades, me ocupo de todo tipo de cuentas, de chismorreos de sociedad, de escribir cartas..., mi marido no se desvive por hacer esas cosas –dice, como si leyera sus pensamientos y Moliwda, sorprendido, arquea las cejas–. Velo por los intereses de la familia, alcahueteo, informo, concierto citas, hago recordatorios...

El palatino, su marido, pasea por la habitación con una copa de licor; sus andares de garza resultan cómicos, arrastra los pies por una alfombra turca. No tardará en gastar las suelas, piensa Moliwda. Lleva un caftán de color amarillo pálido, confeccionado especialmente para su exigua figura, de manera que incluso parece elegante.

–Es toda una institución esta esposita mía. Sería la envidia de la cancillería real –dice alegremente–. Entiende incluso de mis parentescos y afinidades, vela por mi familia.

Kossakowska le lanza una mirada como si quisiera matarlo. Pero Moliwda sabe que, contrariamente a las apariencias, son un buen matrimonio. Es decir, que cada uno va a lo suyo.

El palatino enciende su pipa y se dirige a su primo lejano:

–¿Y por qué se preocupa usted tanto por ellos?

–Es un pálpito –contesta Moliwda tras un largo silencio y se da un leve golpe en el pecho como si quisiera asegurar al palatino que es ahí donde tiene el corazón, que no finge–. Me son muy próximos. Porque son buena gente y tienen buenas intenciones.

–¿Un judío buena gente? –dice Kossakowska lanzándole una mirada irónica–. ¿Te pagan?

–No lo hago por dinero.

–No tendría nada de malo, si fuera por dinero...

–No, no es por dinero –repite, y al cabo de un momento añade–: Pero sí, pagan.

Katarzyna Kossakowska se recuesta en su butaca y estira sus largas piernas.

–Ya veo: es por la fama, por tu buen nombre, igual que el obispo, Dios lo tenga en su gloria. Quieres hacer carrera.

–No estoy hecho para hacer carrera, creo que vos ya lo sabéis. Si hubiese querido hacer carrera me habría aferrado a la cancillería real donde me colocó mi tío cuando era joven. Hoy sería ministro.

–Haga el favor de pasarme la pipa –dice Kossakowska a su marido

y extiende expectante la mano–. Tu cabeza no descansa un momento, primo. ¿A quién se supone que debo escribir? ¿Y a qué debo referirme? ¿Y si me presentas a ese Frank?

–Ahora está en tierras turcas, porque aquí lo querían matar.

–¿Quién iba a querer matarlo? Al fin y al cabo, somos un país famoso por su tolerancia.

–Los suyos. Son los suyos quienes lo persiguen. Los suyos, es decir, también judíos.

–Pero si siempre cierran filas. –Kossakowska no acaba de comprender, ahora se pone a cargar la pipa. Guarda el tabaco en un saquito de piel bordado.

–Pero no en este caso. Los sabsatzevitas opinan que deben abandonar la religión judía. Un gran número de judíos se convirtió al islam en Turquía, precisamente por eso. Y una gran parte de los judíos en un país católico como el nuestro querrían abrazar la fe local, cosa que para cualquier judío ortodoxo es peor que la muerte.

–¿Y por qué quieren unirse a la Iglesia? –pregunta el palatino, intrigado ante semejante excentricidad. Hasta ahora todo estaba claro: un judío es un judío y va a la sinagoga; un católico es un católico y va a la iglesia; un ruteno es un ruteno y va a la iglesia ortodoxa. El palatino no ve con buenos ojos la futura asonada.

–Su primer mesías dice que hay que tomar lo bueno de cada confesión.

–Y dice bien –responde Kossakowska en tono de aprobación.

–¿Cómo el primer mesías? ¿Y el segundo? ¿También hay un segundo? –pregunta el palatino Kossakowski, intrigado.

Moliwda se lo explica, aunque de mala gana, como si supiera que el palatino no tardará en olvidar lo que acaba de oír.

–Algunos decían que los Mesías eran tres. Uno ya había venido: era Shabtai Tzvi. Después vino Baruchia...

–De ese no he oído hablar.

–Y el tercero vendrá dentro de poco y los librará de todo sufrimiento.

–¿Y por qué creen estar tan mal? –pregunta el palatino.

–Bien no están. Vos mismo lo podéis ver con vuestros propios ojos. Y yo también veo cómo la gente es capaz de vivir en medio de la miseria y la humillación, y, mientras no acaben convirtiéndose en animales, buscan alguna salvación. La religión de los judíos es cercana a la nuestra, al igual que la de los musulmanes, las mismas piezas en el damero, basta con colocarlas adecuadamente. Viven la religión con fervor. Buscan a Dios con el sentimiento, luchan por él, no como nosotros, unas simples avemarías y a prosternarse en forma de cruz.

Kossakowska suspira:

–Nuestros campesinos deberían ser los primeros en esperar al

Mesías... Necesitamos nuevas manifestaciones del espíritu cristiano. ¡Y de qué manera! ¿Quiénes siguen rezando aún con fervor?

Moliwda adopta un tono poético. Sabe hacerlo.

–Esto más bien se asocia con la revuelta. La mariposa que por la mañana vuela hacia el cielo no es una oruga reformada, rebelde o renovada. Sigue siendo la misma criatura, mas elevada a la segunda potencia de la vida. Es una oruga transformada. El espíritu cristiano es ágil, móvil, omnipresente... También nosotros saldremos ganando si lo aceptamos.

–Vaya, vaya, estás hecho todo un predicador. –En la voz de Kossakowska se percibe un deje de ironía.

Moliwda se pone a jugar con los botones de su caftán; es nuevo, recién confeccionado, de lana marrón, con un forro rojo de seda. Lo compró con el dinero que le pagó Nachman. Pero no fue suficiente para todo: los botones están hechos con ágata de poco precio, son fríos al tacto.

–Existe una antigua predicción de la que ahora todo el mundo habla y que nos legaron nuestros antepasados en los tiempos remotos...

–Siempre aguzo el oído a las predicciones. –Kossakowska inhala el humo con visible placer y dirige el rostro hacia Moliwda. Cuando sonríe, se torna bonita–. Así será o no será. ¿Lo conoces? Si por santa Elena truena, por santa Eva nieva o no nieva –dice y estalla en una carcajada. Su marido también se echa a reír, se ve que tienen un sentido del humor parecido, al menos eso los une. Moliwda sonríe y prosigue:

–... que en Polonia en el seno de la comunidad judía nacerá uno que abandonará su religión y abrazará la cristiana y arrastrará a muchos otros judíos. Al parecer, esta es en Polonia la señal del Día del Juicio que se acerca.

Kossakowska se pone seria.

–¿Y tú te lo crees, mi querido Antoni Kossakowski? ¿El Día del Juicio? El Día del Juicio ya lo tenemos aquí, nadie se pone de acuerdo con nadie, es un todos contra todos, el rey, en Dresde, apenas se ocupa de los asuntos de su país...

–Si vos, excelente señora, escribieseis a uno y otro –Moliwda señala la pila de cartas dobladas con esmero por los largos dedos de Agnieszka y a continuación selladas– y apoyaseis a esos pobres que tanto desean unírsenos, seríamos los primeros en Europa. En ninguna parte se producen conversiones a tal escala. Se hablaría de nosotros en todas las cortes reales.

–Yo no tengo influencia sobre el rey, no alcanzo tan alto. ¡Sería un escándalo! –exclama Kossakowska indignada. Después de un momento prosigue con calma–: Se dice que quieren unirse a la Iglesia porque así

podrían lograr ventajas. Siendo neófitos, querrían entrar y vivir entre nosotros. Y siendo neófitos, enseguida podrían convertirse en nobles, solo haría falta aportar un buen óbolo.

–¿Acaso os extrañáis, mi ilustre señora? ¿Qué hay de malo en que una persona quiera vivir mejor? Si vos vieseis, señora, cuánta miseria campa por ahí, esos pueblos suyos llenos de barro, cuánta pobreza, cuánta ignorancia...

–Me resulta curioso, yo no conozco a gente así. Conozco a los listos, los que se frotan las manos y solo se dedican a sacar una moneda de aquí y de allá, a añadir agua al vodka, a vender grano echado a perder...

–¿Cómo podéis conocerlos si no paráis de visitar mansiones y heredades, de escribir cartas, y por las noches os entretenéis en agradable compañía de...? –dice su marido.

Quería decir «ociosos», pero se contiene.

–... ociosos –acaba ella su frase.

–Vos, señora, estáis ampliamente emparentada, conocéis bien a los Branicki y tenéis muchos hombres de confianza en la corte. Ninguna nación debiera tolerar tamaña arbitrariedad, que unos judíos golpeen a otros, y que el rey, sin hacer nada, lo permita. Mientras, ellos nos buscan como niños. Cientos, quizá miles de ellos, esperan junto al Dniéster sin hacer otra cosa que contemplar con añoranza la orilla polaca, pues por efecto de los tumultos y la ausencia de ley fueron expulsados de sus casas, saqueados y golpeados. Ahí están ahora, desterrados por los suyos de su propio país, pues no dejan de pertenecer a este país, viviendo en covachas excavadas en la orilla del río, mirando con nostalgia hacia el norte, deseando regresar a las casas que ya han sido ocupadas por esos otros. Deberíamos darles un poco de tierra, tenemos tanta...

Moliwda se da cuenta de que ha ido demasiado lejos e interrumpe su diatriba.

–¿Es eso lo que buscas? –pregunta Kossakowska despacio y con un deje de recelo.

Moliwda salva la situación:

–La Iglesia debería ocuparse de ellos. Mantenéis buenas relaciones con el obispo Sołtyk, dicen que sois íntima amiga suya...

–¿Amiga? ¿Íntima? Su única amiga verdadera es la bolsa, la amistad humana solo le sirve para divertirse –dice Kossakowska maliciosamente.

El palatino Kossakowski, aburrido, deja sobre la mesa la copa vacía y se frota las manos para infundirse ánimos.

–Les ruego me perdonen, pero debo ir a la perrera. Femka está punto de parir. Se ha prostituido con el greñudo del cura, y ahora tendremos que ahogar a los cachorros...

–¡Ni se le ocurra! Ni siquiera ose intentarlo, mi señor esposo. Ahora tendremos perros guapos como Acan y perspicaces como un sabueso.

–En tal caso, comprometeos a velar por esos bastardos. Yo no voy a hacerlo –dice Kossakowski, un poco molesto por el trato un tanto brusco recibido de su esposa en presencia de un extraño.

–Yo me comprometo –interviene inesperadamente Agnieszka y sus mejillas se cubren de rubor–. Os ruego, señor, que no os precipitéis con la sentencia.

–Bueno, si me lo pide la señorita Agnieszka... –arranca Kossakowski galantemente.

–Ande, váyase... –murmura entre dientes Kossakowska, y su marido desaparece por la puerta sin acabar la frase.

–Yo ya me he dirigido al nuevo obispo, Łubieński –prosigue Moliwda–. Son más de los que podéis pensar. En Kopiczyńce, en Nadworna... En Rohatyn, Busk y Glinno ya son mayoría. Si somos inteligentes, deberíamos acogerlos.

–Hay que insistir con Sołtyk. Aunque venal, sabe actuar. No le gustan los judíos, no cesa de querellarse con ellos. ¿Cuánto pueden ofrecer?

Moliwda reflexiona en silencio.

–Bastante.

–¿Bastante significa lo suficiente para recuperar las insignias episcopales empeñadas?

–¿Cómo es posible? –Moliwda se sobrecoge.

–Ha vuelto a empeñarlas. El obispo sigue acumulando deudas de juego.

–Quizá sí, no lo sé. Tendría que preguntar. ¿Y si nos reunimos todos juntos, ellos, el obispo, vos, señora, y yo?

–Ahora Sołtyk tiene el ojo puesto en el obispado de Cracovia, pues su titular se está muriendo.

Katarzyna se levanta y extiende los brazos hacia delante como si se estirase. Se oye crujir las articulaciones de sus manos. Agnieszka le lanza una mirada inquieta por encima de su bastidor de bordar.

–Perdona, querido amigo, son los tambores de la vejez en mis huesos. –Y sonríe de oreja a oreja–. Dime, ¿en qué cree esa gente? ¿Es cierto que se inclinan hacia el catolicismo solo en la superficie pero que siguen siendo judíos en lo hondo de su corazón? Es lo que afirma el padre Pikulski...

Moliwda se acomoda mejor en su silla.

–La religión de los judíos ortodoxos consiste en cumplir los mandamientos de la Torá, en vivir de acuerdo con los ritos antiguos. No creen en arrebatos, los profetas llevan tiempo sin aparecer, y ahora ha llegado la hora de esperar al Mesías. Su Dios ya no se manifiesta,

guarda silencio. En cambio los segundos, los sabsatzevitas, sostienen lo contrario: que vivimos en tiempos mesiánicos y que por todas partes se ven señales que anuncian la venida del Mesías. El primero ya vino, era el mencionado Shabtai Tzvi; tras él, Baruchia, y ahora vendrá el tercero...

–Pikulski ha dicho que hay quienes creen que será una mujer...

–Os diré, ilustre señora, que lo que crean no es para mí una cuestión primordial. Lo que me importa es el trato vejatorio que a menudo reciben. Los judíos ricos pueden alcanzar grandes honores, como aquel que asesora a Brühl, pero los pobres viven en la miseria y la humillación. Los cosacos los tratan peor que a los perros. Esto no ocurre en ninguna otra parte del mundo. En Turquía, donde yo estuve, gozan de mejores leyes que las nuestras.

–Por eso se han convertido al islam –añade Kossakowska, sarcástica.

–En Polonia todo es diferente. Mirad, prima, Polonia es un país en que la libertad de culto y el odio religioso se encuentran en igualdad de condiciones. Por un lado, los judíos pueden practicar aquí su fe como quieran, tienen ciertas libertades y tribunales propios. Por otro lado, empero, el odio que se les profesa es tan grande que la mera palabra «judío» está impregnada de indignidad y los buenos cristianos la usan como anatema.

–Es verdad lo que dices. Tanto lo primero como lo segundo son resultado de la indolencia y la inconsciencia que reinan en este país, no de una maldad innata.

–Todo el mundo prefiere justificarse así. Es más fácil ser tonto y perezoso que malo. Todo aquel que no saca la nariz más allá de su terruño, que se cree a pies juntillas lo que predica un cura ignorante, que a duras penas es capaz de alinear cuatro letras y solo lee calendarios litúrgicos, entregará fácilmente su razón a toda clase de necedades y prejuicios, como observé en el difunto obispo Dembowski, que nunca dejó de maravillarse ante la Nueva Atenas.

Kossakowska lo mira atónita.

–¿Por qué te metes con el cura Chmielowski y su Atenas? Todo el mundo lo lee. Es nuestra silva rerum. No te metas con los libros. Los libros son inocentes.

Moliwda, turbado, guarda silencio. Así que Kossakowska prosigue:

–Solo te diré que, según me manda la razón, los judíos son aquí las únicas personas de provecho, ya que los señores nobles, entregados a sus placeres, no entienden de nada y no quieren entender de nada. Pero esos herejes judíos tuyos ¡encima quieren tierras!

–En Turquía también se instalan de esa manera. Toda Giurgiu, Vidin y Ruse, la mitad de Bucarest y la griega Tesalónica. Allí comercian y disfrutan de paz...

–... siempre que abracen el islam... ¿Es eso cierto?

–Señora, están dispuestos a bautizarse.

Kossakowska se apoya sobre los codos, acerca su rostro al de Moliwda, como de hombre a hombre, y le mira directamente a los ojos.

–¿Quién eres tú, Moliwda?

Moliwda contesta sin pestañear:

–Soy su traductor.

–¿Es verdad que estuviste con los antiguos creyentes?

–Lo es. No me avergüenzo de ello ni lo niego. Solo que no eran antiguos creyentes. De todos modos, ¿qué importa?

–Sí importa, porque sois todos tal para cual: herejes.

–Hay muchos caminos que llevan hacia Dios, no somos nadie para juzgarlos.

–Claro que lo somos. Existen caminos y extravíos.

–En ese caso, ayudadles, ilustre señora, a tomar el camino verdadero.

Kossakowska se recuesta y esboza una amplia sonrisa. Se levanta, se le acerca y lo coge del brazo.

–¿Y el pecado de los adamitas? –baja la voz mientras mira a Agnieszka, y la muchacha, siempre alerta, ya ha estirado el cuello y aguzado el oído–. Dicen que sus prácticas no tienen nada de cristianas. –Katarzyna se ajusta suavemente el pañuelo que le cubre el escote–. ¿En qué consiste en realidad el pecado de los adamitas? Explícamelo, mi iluminado primo.

–En todo aquello que no cabe en la cabeza de los que lo nombran.

MOLIWDA SE PONE EN CAMINO Y CONTEMPLA EL REINO DE LA GENTE SIN ATADURAS

A su regreso, a Moliwda todo se le antoja ajeno y extraño. Ha estado muchos años ausente y quizá tenga una memoria corta o coja: no es así como lo recordaba. Sobre todo le extrañan el gris del paisaje y lo lejano del horizonte. Y también la luz, más tenue que en el sur, más blanda. La triste luz polaca. Que induce a la melancolía.

Viaja primero de Lwów a Lublin en una calesa, pero una vez en Lublin alquila un caballo; le resulta más cómodo que viajar en una caja traqueteante y sin aire. Apenas rebasa el fielato de Lublin se interna en un país diferente, en un universo diferente en el que las personas dejan de ser planetas que se mueven en unas órbitas fijas –alrededor de la plaza del mercado, de la casa, del campo de cultivo o del taller– para convertirse en fuegos fatuos.

Es la gente sin ataduras de la que Nachman habló a Moliwda, la misma a la que siguen muchos de los verdaderos creyentes. Pero

Moliwda constata que esa gente sin ataduras no solo se compone de judíos, como él pensaba antes, sino que los judíos son aquí minoría. Conforman una nación en sí misma, diferente a la urbana, rural, sedentaria. Son los que no pertenecen a ningún señor feudal ni a comunidad alguna, vagabundos de todo tipo, jornaleros despreocupados, errantes de diverso pelaje. Los caracteriza sin duda la antipatía por la tranquila vida sedentaria, como si les hormiguearan los pies, porque lo pasan mal cuando se sienten encerrados entre cuatro paredes. Es lo que se puede pensar en un primer momento: ellos se lo han buscado, les gusta. Pero Moliwda los mira con compasión desde lo alto de su cabalgadura y piensa que la mayoría de esas personas debe de soñar con tener una cama propia, un cuenco y una vida sedentaria sin sobresaltos, pero su destino es errar. Él mismo es así.

Justo en los límites de la ciudad se sientan en el borde del camino, como si tuvieran que descansar de la difícil visita a un asentamiento humano, sacudirse de su aire fétido, de la inmundicia que se queda pegada a los pies, de la suciedad y el ruido de la muchedumbre. Los vendedores ambulantes cuentan el dinero ganado. Han colocado a un lado sus puestos portátiles, ya casi vacíos, desprovistos de mercancías, pero miran desde debajo del sombrero si no pasa por el camino algún amante de las sobras. A menudo se trata de escoceses de tierras remotas que llevan colgados de los hombros todo su negocio: cintas de seda hermosamente trenzadas, peines de carey, estampas de santos, pomadas crecepelo, cuentas de vidrio, pequeños espejos enmarcados en madera... Hablan en una lengua extraña, a veces cuesta entenderlos, pero el habla de las monedas es universalmente comprensible.

A su lado descansa un lencero: un viejo de larga barba y sombrero de paja de ala ancha. Lleva un atril de madera colgado con correas en el que ha fijado imágenes de santos. Se ha quitado de la espalda el pesado equipaje y se alimenta con lo que pagan los campesinos: queso tierno graso, pan húmedo de centeno que en la boca se convierte en una bola. ¡Menudo banquete! En la bolsa de piel llevará seguramente frascos con agua bendita, saquitos con arena del desierto en el que durante cuarenta días rezó Jesucristo, así como otras maravillas que hacen que a los clientes se les abran los ojos de par en par. Moliwda recuerda haber visto viejos así cuando era niño.

El lencero finge ser un hombre piadoso al que solo el azar ha conducido al comercio de imágenes. Entonces, metido en su papel de hombre santo, eleva un poco la voz para que recuerde a la de un cura, habla melódicamente como si recitase las Sagradas Escrituras e intercala de vez en cuando palabras latinas con o sin sentido, cosa que impresiona sobremanera a los campesinos. El lencero lleva colgada del

pecho una gran cruz de madera que le pesa mucho; ahora la ha apoyado contra un árbol y airea en ella los peales. Así es como vende los cuadros: primero elige una de las mejores casas de la aldea, se aproxima a ella como en éxtasis e insiste en que el cuadro ha escogido esa casa, e incluso la pared, esa de la cámara, para engalanarla. Al campesino le resulta difícil oponerse a los designios de una imagen sagrada, saca de los escondrijos el dinero ahorrado con gran dificultad y paga.

Más allá se levanta una taberna, pequeña y torcida, encalada de cualquier manera, pero provista de un zaguán y unos tablones de madera sostenidos por palos, que hacen de bancos. En los bancos se sientan mendigos demasiado pobres como para entrar y pedir algo de comer, esperan recibir una limosna de alguien que tras saciar su hambre esté de mejor humor y tenga el corazón más sensible.

Moliwda desciende del caballo, pese a no haberse alejado demasiado de Lublin. Enseguida lo abordan dos menesterosos con el lamento en los labios. Moliwda les ofrece tabaco, él mismo fuma, y ellos le dan las gracias encantados. Le cuentan que ambos son de una misma aldea: sus familias no alcanzan a mantenerlos, por lo que cada primavera salen a mendigar y vuelven para pasar el invierno. Se les ha unido una vieja medio ciega que peregrina sola a Częstochowa, según dice, pero si se la observa con atención, se verá que bajo el delantal lleva saquitos con hierbas, semillas ensartadas en hilo y otros remedios. Debe de ser una de esas comadronas con mucho oficio, sabedora de cómo cortar la hemorragia, ayudar en el parto y, si le pagan, también de cómo provocar un aborto. No presume en absoluto de ello, cosa que nada tiene de extraño. Hace poco que en Gran Polonia han quemado en la hoguera a una de esas mujeres y el año pasado capturaron a unas cuantas en Lublin.

En la taberna hay dos supuestos antiguos prisioneros de los turcos, provistos de certificados eclesiales que atestiguan su reciente liberación; y el escrito ordena, a quien lo lea, que ayude al portador con cristiana compasión por su mal sino. Pero los antiguos cautivos en absoluto parecen desdichados ni pesarosos. Ambos están alegres y de buen ver, será porque el primer vodka ha surtido su efecto y piensan ya en pedir el siguiente. Los turcos los habrán tratado bien. La tabernera, judía, viuda, desenvuelta y lenguaraz, les sirve un gran cuenco de sémola aliñada con cebolla frita en mantequilla, y no puede evitar hacerles preguntas: ¿cómo fue aquello? Y se sorprende ante cada respuesta, llevándose las manos a las mejillas. Moliwda se despacha un cuenco idéntico de sémola regada con suero de mantequilla y compra un cuarto de vodka para el camino. Al alejarse un poco ve un alboroto: feriantes con osos que se dirigen a Lublin. Siempre hacen mucho ruido para atraer al mayor número de

espectadores a la humillación de un animal sucio y seguramente enfermo. El espectáculo, vaya a saberse por qué, les proporciona una extraña satisfacción. Ahora también le clavan palos al animal. Pobre, piensa Moliwda, pero entiende la alegría de los vagabundos: lo fuerte que es y vive peor que yo. Bestia estúpida.

También deambulan por los caminos muchas mujeres sin ataduras, pues cuando una muchacha es bonita y joven, o tan solo joven sin más, enseguida atrae a los hombres, y si los atrae, enseguida acabará ejerciendo la profesión más antigua del mundo. Algunas de ellas no son sino señoritas nobles fugitivas que tuvieron un hijo siendo solteras, y encima de un campesino o un mozo de cuadra, causando tal vergüenza a la familia que más les valió abandonar al niño o esperar que sus familiares se apiadaran de él antes que cargar con tamaña desgracia. Otra posibilidad es el convento, con la silenciosa aquiescencia de una familia ofendida y escandalizada, así que las muchachas se echan a los caminos: de una mansión de alerces a la negra noche. Y si las detiene un río, un puente o un vado, caen en manos de los madereros eternamente borrachos, y después cada hombre exigirá lo mismo por cada favor: por pasar la noche en una taberna, por llevarla a alguna parte. Es tan fácil tocar fondo.

A Moliwda también le gustaría hacer uso de sus servicios, pero teme sus enfermedades, la suciedad y la falta de un refugio decente. Esperará hasta llegar a Varsovia.

CÓMO MOLIWDA SE CONVIERTE EN EMISARIO DE UN ASUNTO DIFÍCIL

En Varsovia, los primeros días se aloja en casa de su hermano, un cura que le ha ayudado un poco a pertrecharse de enseres y vestimentas, pese a que las arcas de su parroquia están casi vacías. A Moliwda, después de tantos años, su hermano le resulta un ser extraño, bidimensional como una hoja de papel, casi irreal. Se sientan a beber juntos un par de noches intentando romper la inesperada extrañeza que se ha abierto entre ellos en los últimos veintitantos años. El hermano le cuenta cosas de la vida de Varsovia, meros chismorreos. No tarda en emborracharse, momento en que llegan los reproches: que se marchó, que lo abandonó, que el tío tenía mano dura, que él no tenía ninguna vocación sacerdotal, que es dura la vida en soledad y que cada vez que entra a la iglesia, esta le parece demasiado grande. Moliwda lo compadece dándole unos golpecitos en el hombro, como si fuera un perfecto desconocido en una taberna.

Intenta ver a Branicki, pero este siempre está de caza o de viaje. Solicita una reunión con el obispo Załuski e intenta dar con la duquesa Jabłonowska, que justo se encuentra de visita en la capital. Asimismo,

intenta reencontrar a las viejas amistades de hace veinticinco años, pero no es fácil. Así que pasa las tardes con su hermano –un hombre concentrado en asuntos eclesiales, débil y huero–, no tiene mucho de que hablar con alguien a quien no ha visto en tanto tiempo. A Moliwda todos los habitantes de Varsovia le parecen vanidosos y concentrados en sí mismos. Todos fingen ser alguien que no son. Y la misma ciudad finge ser otra: más grande, más bella y extensa, cuando no es sino un villorrio de calles embarradas. Cualquier producto es tan caro que solo se lo puede mirar, todo es importado. Sombreros de Inglaterra, levitas al estilo francés de París, vestidos al estilo polaco de... Turquía. Y en cuanto a la ciudad en sí, es horrorosa, fría, abismal, llena de plazas vacías azotadas por el viento. Aquí los palacios se construyen directamente sobre la arena, sobre el barro, y después se ve a los sirvientes llevando a hombros a las damas ataviadas en sus gruesos abrigos de gala forrados de piel; las llevan de la calesa hasta una pasarela de madera, para que no se hundan en los charcos.

Todo esto fatiga a Moliwda. Por el momento, pasa el tiempo en compañía de personas poco exigentes, donde el vino corre a discreción y donde puede contar historias extraordinarias, sobre todo cuando bebe más de la cuenta. Acerca de la calma chicha o –todo lo contrario– de la feroz tormenta que lo arrojó desnudo a una isla griega donde fue encontrado por unas mujeres... Después ya no se acuerda de los detalles, y cuando le piden que repita una historia ante otra compañía, no sabe lo que dijo antes y en qué dirección empujó sus aventuras. Evidentemente, no se aleja demasiado, siempre ronda el sagrado monte Athos y las diminutas islas del mar griego, sobre las que, dando saltos de gigante, sería posible llegar hasta Estambul o hasta Rodas.

En cuanto a su nuevo nombre, Moliwda, pues así se hace llamar, cuenta distintas historias que, sobre todo en Varsovia, impresionan sobremanera a la gente. Por ejemplo, que es rey de una pequeña isla en el mar griego, llamada precisamente Moliwda. La misma donde fue a parar desnudo y donde unas mujeres lo encontraron en la playa. Eran hermanas y procedían de una noble familia turca. Incluso les inventó unos nombres: Zimelda y Edina. Lo emborracharon y lo sedujeron. Fue casado con las dos, según la costumbre local, y tras la casi inmediata muerte del padre de las hermanas, se convirtió en el único soberano de la isla. Reinó allí durante quince años, tuvo seis hijos a quienes legó ese pequeño reino, pero, llegado el momento, los invitará a todos aquí a Varsovia.

La parroquia aplaude divertida. De nuevo corre el vino.

Cuando se halla entre personas más instruidas varía los acentos de su relato y resulta que fue elegido soberano de aquella isla por casualidad y por su condición de otro, y que sacó provecho de su

posición durante años a su entera satisfacción. Llegado a ese punto, empieza a describir unas costumbres lo suficientemente exóticas como para despertar el interés del auditorio. Como por ejemplo que el nombre se lo pusieron unos comerciantes chinos que conoció en Esmirna y que comerciaban con seda y laca. Lo llamaron moli-hua, Flor de Jazmín. Cada vez que lo dice, ve una sonrisita irónica en los labios de los oyentes, al menos de los más maliciosos. Nada recuerda menos al jazmín que Moliwda.

Cuenta otras historias cuando la noche, regada por el vino, se pone íntima. La gente de Varsovia se divierte hasta la madrugada y las mujeres están mucho más dispuestas y son mucho menos recatadas de lo que podría parecer a primera vista, cuando todas fingen ser nobles señoritas. A veces hasta lo dejan atónito: en las tierras turcas o en Valaquia –donde a las mujeres se las mantiene separadas y lejos de los hombres– es impensable que flirteen tan libremente mientras sus maridos hacen otro tanto en otra esquina de la sala. A menudo se oye decir –cuanto más alto el linaje, mayor la frecuencia– que en tal o cual familia el padre del niño no es aquel que pasa por serlo, sino un amigo de la casa, un señor importante, un primo influyente. Y a nadie le sorprende ni nadie lo condena; al contrario, sobre todo si el padre en cuestión está bien relacionado y ocupa un alto puesto. Toda Varsovia chismorrea por ejemplo que el padre del hijo de Czartoryski no es otro que el mismísimo príncipe ruso Repnin, cosa que a quien más parece satisfacer es al señor Czartoryski.

Por fin, a finales de noviembre, Moliwda logra el honor de ser recibido en audiencia por el obispo Sołtyk, quien se postula ahora en la corte para obispo de Cracovia.

Ve a un hombre perfectamente vacuo. Sus oscuros e impenetrables ojos atraviesan a Moliwda en un intento de dirimir hasta qué punto puede resultarle útil. Unas mejillas ligeramente caídas dotan de gravedad al obispo. ¿Alguien ha visto alguna vez un obispo delgado? Quizá tan solo uno con tenia.

Moliwda le describe el asunto de los contratalmudistas, pero no invoca la caridad, no lo exhorta a inclinarse sobre el sino de esa pobre gente, no apunta con palabras hermosas directamente al corazón. Durante un momento busca los términos adecuados para finalmente decir:

–Su Excelencia contaría con un gran as en la manga. Varios cientos, o quizá miles, de judíos ingresando en el seno de la Iglesia, en la única fe verdadera. Y muchos de ellos acaudalados.

–Vaya, y yo que los hacía pobres de solemnidad.

–También nos seguirán los ricos. Lucharán por conseguir un título nobiliario, cosa que a fin de cuentas vale montañas de oro. Según la

ley de la Res Publica un neófito puede solicitarlo sin impedimento alguno.

–Sería el fin del mundo...

Moliwda mira al obispo, quien parece inquietarse. Su rostro permanece impenetrable, pero la mano derecha hace un extraño gesto involuntario: tres dedos, el pulgar, el índice y el corazón se frotan nerviosamente uno contra otro.

–¿Y quién es ese Frank suyo? Un ignoramus, un simplón... al parecer así se llama a sí mismo.

–Es cierto. Se llama a sí mismo amorit, es decir, simplón. En hebreo am-ha aretz...

–¿Sabe usted judío antiguo?

–Un poco. Y entiendo lo que dice. No es verdad que sea un simplón. Recibió buena educación de su gente, conoce el Zohar, la Biblia y la Ley de Moisés; quizá no se sepa expresar bien en polaco o en latín, pero es un hombre instruido. Y sagaz. Alcanzará todo aquello que se proponga. Con la ayuda de unos u otros...

–Usted también es así, señor Kossakowski –dice el obispo Sołtyk con repentina perspicacia.

DE LA VERDAD ÚTIL Y LA VERDAD INÚTIL, ASÍ COMO DE LA CADENA DE POSTAS DE MORTERO

El obispo Kajetan Sołtyk pasa mucho tiempo en Varsovia en ese año de 1758. Le resulta agradable, Varsovia abunda en placeres y entretenimientos. Como es otoño, todo el mundo vuelve a la ciudad desde sus heredades rurales, se puede decir que se ha abierto la temporada. El obispo tiene muchos asuntos en que pensar. El primero y más importante es la espera, la jubilosa espera a ser nombrado obispo de Cracovia. Las cartas están echadas, se repite a sí mismo; y eso más o menos significa que el nombramiento se producirá después de la muerte de su enfermo y pobre amigo Andrzej Załuski, hermano de Józef Załuski. Parece que lo tengan todo acordado. Andrzej sabe que no tardará en morir y, resignado a la muerte, como buen cristiano que ha vivido piadosamente, ha escrito al rey varias misivas recomendando la candidatura de Sołtyk. Sin embargo, ya lleva inconsciente una veintena de días y los asuntos terrenales han dejado de importarle.

Al contrario que al obispo Sołtyk. Ha encargado ya nuevas vestimentas a sastres judíos y calzado nuevo de invierno. Pasa las tardes con sus amigos, frecuenta la ópera y asiste a cenas de gala. Por desgracia, sigue pasándole una cosa que él mismo lamenta indeciblemente: ordena que lo lleven a casa, donde se cambia, y, siguiendo su vieja costumbre, se dirige a una taberna en el fielato de

la ciudad donde suele jugar a las cartas. Últimamente consigue apostar sumas pequeñas para no incrementar su enorme deuda, lo cual hace que aumente la consideración que tiene de sí mismo. ¡Quiera Dios que la gente tuviese tan solo una debilidad así!

También aparece en Varsovia una amiga de Załuski, Katarzyna Kossakowska, una mujer más lista que el hambre. Sołtyk no le profesa mucha simpatía, pero la respeta e incluso la teme un poco. La señora es portadora de una auténtica misión que contagia a todo el mundo: busca en la capital cualquier apoyo posible para los herejes judíos. Y no tarda en granjearse la confianza de personajes capaces de convencer al mismísimo rey de que promulgue una carta patente que proteja a esos desgraciados que desean abrazar la fe cristiana. El asunto se convierte en un tema de moda en los salones, en los banquetes, en los pasillos de la ópera; todo el mundo habla de los «puritanos judíos». Unos con entusiasmo, otros con la altiva y fría ironía polaca. El obispo recibe de Kossakowska un regalo inesperado: una cadena de plata chapada en oro con una pesada cruz, también de plata, incrustada de piedras preciosas. Un objeto raro y valioso.

De no ser por esa espera, el obispo se involucraría aún más en su causa. Además tiene rivales. En cuanto muera en Cracovia el obispo Józef Andrzej Załuski, será necesario actuar deprisa, ser el primero en presentarse ante el rey y causarle buena impresión. Suerte que el rey está ahora en Varsovia, lejos de su Dresde y su Sajonia, saqueada en estos momentos por Federico. Varsovia es más segura.

Qué mayor mérito ante Dios que el de atraer al seno de la Iglesia a todos esos herejes judíos. El mundo nunca ha visto cosa semejante, algo así solo puede suceder en la católica Polonia. El mundo entero hablará de nosotros.

El obispo, que lleva desde octubre esperando, ha ideado un plan asombroso. A saber: ha ordenado apostar un piquete de artilleros cada pocas millas a lo largo de todo el camino entre Cracovia y Varsovia para que, tan pronto como su hombre de confianza en la corte episcopal de Cracovia se entere de la muerte del obispo Załuski, se lo haga saber al primer artillero para que este lance un tiro de mortero en dirección a Varsovia. Al oír esa señal, disparará un segundo y luego un tercero, y así dispararán hasta la misma Varsovia de manera que, mediante esta insólita cadena de postas, será él quien primero se entere, antes de que lleguen los mensajeros con cartas oficiales. La idea, sacada de un libro, se la dio el propio Józef Andrzej Załuski, quien comprendió la impaciencia de su amigo.

A Załuski le gustaría viajar a Cracovia a ver a su hermano moribundo, pero este diciembre es extrañamente cálido, los ríos se han desbordado y muchos caminos se han vuelto intransitables, así que depende también de la cadena de postas de mortero de Sołtyk.

Ahora se habla de una carta papal en torno a las continuas, aunque cada vez menos frecuentes, acusaciones contra los judíos de usar sangre cristiana. La posición de Roma es nítida e irrevocable: dichas acusaciones son pura patraña y carecen de todo fundamento. Eso despierta una extraña amargura en Kajetan Sołtyk, quien la confiesa en una cena a sus amigos Katarzyna Kossakowska y el obispo Józef Załuski.

–Yo mismo oí los testimonios. Fui testigo de todo el juicio.

–Me pregunto qué cosas diríais, Excelencia, si os sometieran a tortura. –Kossakowska tuerce el gesto.

Pero también Załuski está involucrado en el asunto, porque los sucesos acaecidos en Markowa Wola hace pocos años se los describió Sołtyk detalladamente.

–Me gustaría tratar ese terrible asunto en un trabajo académico –dice lentamente–. Investigo todas las fuentes a las que tengo acceso en la biblioteca. Hay muchas y del mundo entero. Ojalá los asuntos episcopales no me ocuparan tanto tiempo...

Con sumo gusto se sumergiría de lleno en sus estudios y no saldría de su biblioteca. Sin embargo no tarda en ponerse triste. Su rostro es muy expresivo y trasluce toda emoción. Dice:

–Qué lástima que se tenga ahora que escribir en francés antes que en nuestro sagrado latín, cosa que también me aparta de la escritura, pues no domino a la perfección la lengua francesa. Y aquí mucho parlé, parlé... –intenta parodiar esa lengua que tan poco le gusta.

–... y poco mojar el gaznaté –termina Kossakowska.

De inmediato se acerca un sirviente para llenar las copas.

–Tan solo puedo resumir mis convicciones. –El obispo Załuski mira a Sołtyk atentamente, pero este, ocupado en roer los huesos de conejo, parece no escucharlo. Así que se dirige a Kossakowska, quien ya ha acabado de comer, y se muestra ahora impaciente porque gustaría de fumar una pipa:

–Me he basado en el profundo estudio de las fuentes, pero sobre todo en mi propia reflexión, ya que los hechos escritos sin una reflexión racional, si se los lee a menudo, conducen a engaño.

A continuación se queda callado un momento, como si intentara recordar esos hechos. Finalmente prosigue:

–Así que he llegado a la conclusión de que todo el malentendido se debe a una simple equivocación en las palabras, o más bien en las letras hebreas. La palabra hebrea «d-a-m» –el obispo dibuja signos hebreos con el dedo en la mesa– significa a la vez «dinero» y «sangre», lo que pudo llevar a confusión, ya que queremos decir que los judíos están sedientos de dinero y resulta que decimos que están sedientos de sangre. Y la fantasía del pueblo llano añadió que era sangre cristiana. Y de ahí todo ese cuento. También puede haber otra causa: durante las

bodas sirven a los novios una bebida hecha de vino y mirto, llamada «h-a-d-a-s», y ellos a la sangre la llaman «h-a-d-a-m»; podría ser el origen de esas acusaciones. Hadam, hadas, suenan casi igual, ¿os dais cuenta, ilustre señora? Nuestro nuncio tiene razón.

El obispo Sołtyk arroja sobre la mesa los huesos a medio de roer y aparta el plato con furia.

–Su Excelencia se burla de mí y de mi testimonio –dice con un tono inesperadamente tranquilo y muy oficial.

Kossakowska se inclina hacia los dos, hacia esos hombres corpulentos con alba servilleta al cuello y mejillas enrojecidas por el vino:

–No merece la pena buscar la verdad por la verdad. En sí misma la verdad siempre es complicada. Hay que saber para qué la necesitamos.

Y sin hacer caso de la etiqueta, enciende la ansiada pipa.

De madrugada, y por la cadena de postas de mortero, llega finalmente la triste noticia tan esperada por Sołtyk de que Andrzej Załuski, obispo de Cracovia, ha muerto. A mediodía Kajetan Sołtyk se presenta ante el rey. Es el 16 de diciembre de 1758.

KOSSAKOWSKA, LA PALATINA DE KAMIENIEC, ESCRIBE A MONSEÑOR ŁUBIEŃSKI, OBISPO DE LWÓW Y SENADOR DE LA RES PUBLICA

Katarzyna no da un paso sin Agnieszka, y todo el mundo sabe que sin Agnieszka nada puede ocurrir. Últimamente, incluso el mismo palatino concierta citas con su esposa a través de ella. Agnieszka es seria y nada habladora. Misterio andante, la llama el palatino, doncella de Orleans. Pero con ella al lado, su mujer se ablanda y suaviza el aguijón de su malicia, cuyas estocadas alcanzaban a su marido con demasiada frecuencia. Ahora cenan los tres juntos y –hay que reconocerlo– desde que Agnieszka también tomó las riendas de la cocina, la comida se ha vuelto más sabrosa. Incluso duermen las dos en la misma habitación. Que hagan lo que quieran.

En estos momentos Agnieszka deshace frente al espejo las trenzas de su señora y amiga para cepillarle el pelo y volver a trenzárselo antes de acostarse.

–Estoy perdiendo pelo –dice la palatina Kossakowska–. Estoy ya casi calva.

–¡Qué dice, señora! Siempre lo ha tenido así: ralo pero fuerte.

–No, ya estoy casi calva. No seas tonta, no me mientas... Vaya una cosa, ¡el pelo! De todos modos, llevo cofia.

Agnieszka peina con paciencia el fino cabello con un cepillo de cerdas. Kossakowska cierra los ojos.

De pronto se sobresalta hasta tal punto que Agnieszka se queda

petrificada con la mano suspendida sobre su cabeza.

–Me olvidaba –dice–, una carta más, querida.

–Eso sí que no, señora mía. No más trabajo por hoy –contesta Agnieszka y vuelve a su labor de cepillado.

Kossakowska la agarra por la cintura y la sienta sobre sus rodillas. La muchacha, sonriendo, no se resiste. La palatina le da un beso en la nuca.

–Una cartita de nada a ese obispo estirado y tristón.

–De acuerdo, pero desde el lecho y con una taza de caldo.

–Eres una pequeña bruja, ¿lo sabías? –dice Katarzyna mientras acaricia a Agnieszka entre los omóplatos como se hace con un perro y la suelta de su abrazo.

Una vez aposentada en la cama, apoyada sobre grandes almohadas y casi invisible bajo los volantes de su cofia, dicta:

A la vuelta a Podolia, me apresuro a recordar mi persona a Vuestra Excelencia, a quien saludo afectuosamente y felicito de corazón por el obispado de Lwów, del que os habéis hecho cargo tras la terrible desgracia que se abatió sobre vuestro antecesor, Su Excelencia el difunto Mikołaj Dembowski, Dios lo tenga en su gloria.

Al mismo tiempo deseo de todo corazón recomendaros a Antoni Kossakowski, un pariente lejano de mi esposo, quien, tras muchos años de remotos peregrinajes, ha vuelto al seno de la Res Publica y acudido a mí, como pariente suya, pidiéndome que intercediese por él. El mencionado Kossakowski tiene gran talento para las lenguas orientales, muy particularmente para el hebreo. Sin duda vuestra honorable atención se habrá dirigido hacia esos pobres judíos que, cual ciegos, buscan la verdadera fe y avanzan a tientas hacia la única luz de la religión cristiana, asunto del que he oído hablar aquí, en Kamieniec, pues está en boca de todos. Hemos logrado obtener del rey su apoyo para esos puritanos, y estoy a su favor con todo mi corazón, también porque llevo mucho tiempo viéndolos, a esos hijos de Moisés, y veo lo dura que es aquí su vida, cosa de la que en cierto modo son culpables ellos mismos al aferrarse a sus prejuicios judíos. Os estaré indeciblemente agradecida si Vuestra Excelencia se digna ponerme unas líneas; de ninguna manera quisiera causaros molestias ni inconvenientes.

Pronto me dispongo a viajar a Lwów, solo espero a que mejore el tiempo, y abrigo la esperanza de hallaros en buena salud. Y recordad, Excelencia, que siempre seréis bienvenidos en nuestra casa, tanto en Kamieniec, donde suele permanecer mi esposo, como en Busk, que suelo visitar con frecuencia.

EL PADRE PIKULSKI ESCRIBE A MONSEÑOR ŁUBIEŃSKI,

OBISPO DE LWÓW Y SENADOR

Cúmpleme comunicar a Vuestra Excelencia que antes de vuestra llegada a Lwów he logrado recabar algunas informaciones sobre el protegido de la palatina. A saber: resulta que el señor Moliwda (su nombre al parecer procede de una isla que posee en el mar griego, pero es imposible comprobarlo) ha pasado parte de su tormentosa vida en Valaquia, donde ejerció de superior –o de mayor, como decimos aquí– de una comunidad probablemente de bogomilos, a menudo también llamados «jlystý» entre nosotros. Sin embargo, no es otro que Antoni Kossakowski, escudo de armas Ślepowron, hijo de un tal Remigian, alférez de los húsares, y de la señora apellidada de soltera Kamieńska, originaria de Samogitia. Ha sido considerado desaparecido durante veinticuatro años. Y solo ahora aparece en su país natal con el sobrenombre de «Moliwda».

En cuanto a la herejía que lleva años extendiéndose entre los fieles ortodoxos, lo único que sé es que, según ellos, el mundo no fue creado por el Dios vivo, sino por su malvado hermano Satanael. Por eso en el mundo reinan el mal y la muerte. El rebelado Satanael moldeó el mundo con la materia, pero al no saber insuflarle el espíritu, rogó ayuda al buen Dios. Este, a su vez, otorgó un alma a todo ser vivo. Por eso ellos creen en la maldad de la materia y la bondad del espíritu. Y en que el Mesías no tardará en venir por segunda vez, y hay quienes opinan que será una mujer. Entre los seguidores de esas sectas hay campesinos valacos, aunque también hay en sus filas cosacos huidos a las tierras turcas e incluso campesinos rutenos, errantes de todo pelaje y gentes de baja extracción, los más pobres. También me he enterado del gran papel que entre ellos desempeña su supuesta Madre de Dios, a quien escogen en unas elecciones; siempre ha de ser una doncella inmaculadamente bella y pura. No comen carne, no beben vino ni vodka (cosa que se me antoja extraña, pues según me han informado desde Varsovia el señor Moliwda no desprecia las bebidas alcohólicas; aunque esto también puede ser una demostración de que ha roto con esa secta) y no respetan el sacramento del matrimonio al considerar malditos los hijos nacidos de tal unión. Creen en cambio en el amor espiritual entre las personas, y en ese caso la coyunda íntima está santificada. Incluso en grupo.

Nuestra Santa Madre Iglesia Universal condena sin paliativos tan terribles herejías, aunque es demasiado grande y poderosa para preocuparse por tales aberraciones. La salvación del alma de sus fieles siempre ha sido su prioridad. Por eso con gran pesar informo a Vuestra Excelencia de esas sospechas. ¿Acaso un hombre entregado por completo a las ideas heréticas, que ayuda a otros herejes, puede ser digno de confianza? Sobre nuestra amada Res Publica, que

permanece en su grandeza tan solo gracias a nuestra común fe en la Iglesia católica y universal, se cierne incesantemente el peligro de un cisma. Las fuerzas de otras religiones nos asedian desde este y oeste, por lo que en ningún momento debemos bajar la guardia. En mi condición de monje, me siento particularmente obligado a permanecer alerta.

No obstante, yo evitaría pronunciarme sobre algunas cuestiones referentes a nuestra causa común. Ese Kossakowski-Moliwda domina varias lenguas, las que mejor, el turco y el judío antiguo, así como el griego, el ruteno y, por supuesto, el latín y el francés. Tiene un vasto conocimiento de Oriente, es ducho en muchas ciencias y, además, compone poemas. Esos talentos le habrán ayudado sin duda a mantenerse a flote en su azarosa vida, y también pueden sernos útiles a nosotros, siempre y cuando tengamos la certeza de su total entrega a nuestra causa...

ANTONI MOLIWDA-KOSSAKOWSKI ESCRIBE A SU EXCELENCIA EL OBISPO ŁUBIEŃSKI

Me siento muy feliz de poder informar a Su Excelencia de mi primera misión, con la esperanza de que mis observaciones arrojen al menos un poco de luz sobre la altamente compleja cuestión de los contratalmudistas, tanto más incomprensible para nosotros, los cristianos, cuanto que no somos capaces de penetrar con nuestra racionalidad en los intrincados y oscuros misterios de la fe judía ni captar en su totalidad el tenebroso espíritu judío. Su Excelencia tuvo a bien enviarme a seguir de cerca el caso de Jacob Lejbowicz Frank y sus seguidores, pero dado que nuestro afamado Jacob Frank no se halla en Polonia, sino que, siendo ciudadano turco, goza de la protección de la Sublime Puerta y lo más probable es que permaneciera en su casa de Giurgiu, me desplacé a Satanów, donde se celebró un juicio judío contra los contratalmudistas del que me hice observador durante un día.

Se trata de una pequeña y bonita ciudad, bastante limpia y luminosa, debido a su situación en lo alto de una colina, con una sinagoga enorme que se eleva sobre el municipio y en cuyos alrededores se extiende el barrio judío, apenas un centenar escaso de casas que llegan hasta la plaza del mercado, donde los mercaderes judíos se hacen cargo del comercio local. Los judíos talmudistas celebraron su juicio contra los apóstatas en esa imponente sinagoga. Acudieron muchos curiosos, no solo israelitas, sino también cristianos, llegué a ver incluso a algunos terratenientes de la región, los cuales, sin embargo, aburridos del habla judía que no entendían, no tardaron en marcharse.

Debo admitir con pesar y hacerlo ver a Su Excelencia que lo que vi en absoluto recordaba a un juicio, sino a un ataque de unos rabinos furiosos contra unos pequeños comerciantes asustados que no habían hecho daño a nadie y que, amedrentados, decían lo primero que se les pasaba por la cabeza, con lo que no solo cavaban su propia tumba, sino también la de sus correligionarios. El odio que exudaban las acusaciones era tan grande que llegué a temer por la vida de los acusados, e hizo falta la intervención de unos fuertes mozos cosacos que trabajaban en la mansión de un terrateniente local para evitar un brutal ajuste de cuentas a manos de la rabiosa turbamulta. Y es que fueron acusados de adulterio, causa por la cual las mujeres habían abandonado a sus maridos, pues de no hacerlo, ellas mismas habrían sido consideradas pelanduscas. Aprovechando la ocasión, a muchos arrebataron sus bienes y llevaron a la ruina. No hay piedad para ellos cuando los atacan los suyos, y nuestro sistema no sabe defenderlos. Hay ya una primera víctima, un tal Libera de Brzeżany, apaleado hasta la muerte por haber querido pronunciar un discurso en nombre de Jacob Frank. A todas luces aún no sabían que los seguidores de Frank gozaban de la protección del mismísimo rey.

Comprendo la desazón de Su Excelencia ante esa excommunio, llamada «jerem» en hebreo, y la comparto. Uno puede no creer en la misteriosa actuación de una maldición y en sus diabólicos poderes, pero he visto con mis propios ojos un ejemplo de cómo la maldición actúa aquí, en la tierra: despoja a ciertas personas de la protección de la ley, poniendo en peligro sus vidas, patrimonio y salud.

En Polonia, en las regiones habitadas por nuestra población cristiana, las partículas de la verdad que nos llegan se obtienen con el sudor de la frente. Pero aquí viven millones de personas pertenecientes al más antiguo de los pueblos civilizados, es decir, el judío, que desde las profundidades de sus sinagogas lleva siglos elevando al cielo un grito lastimero que no se parece a nada que el mundo conozca. Es un grito de soledad y del olvido de Dios. Si existe algo capaz de traer a la tierra la verdad del cielo, ¿no serán esos gritos en los que la gente concentra y expresa toda su vida?

Es una paradoja que esa gente necesite protección no de sus correligionarios, sino de nosotros, sus hermanos menores en la fe. Muchos de ellos acuden a nosotros con la misma confianza con la que los niños acudían a nuestro Señor Jesucristo.

Por eso dirijo una súplica a Su Excelencia para que considere la posibilidad de recibir y escuchar de nuevo a esas personas, y al mismo tiempo de convocar a un debate a sus acusadores, los rabinos de Satanów, Lwów, Brody y Łuck, así como a todos los demás hombres que vertieron sobre ellas tan serias acusaciones y, en consecuencia, les lanzaron una maldición. Nosotros no tememos a las maldiciones

judías, ni tampoco al resto de sus supersticiones. Lo que queremos es salir en defensa de los perseguidos y darles el legítimo derecho de hablar del asunto que los concierne.

Moliwda corona su carta con un grande y elegante adorno y le echa arena por encima. Cuando esta se seca, se pone a escribir otra carta, en turco, con letra menuda. La encabeza la palabra «Jacob».

CUCHILLOS Y TENEDORES

A Chana, la joven esposa de Jacob, le gusta mantener su equipaje en orden; sabe dónde ha puesto los chales y los zapatos, dónde están los aceites y pomadas para granos. Con su letra uniforme y desprovista de todo adorno, le gusta confeccionar listas de las cosas que empaqueta, siente entonces que gobierna el mundo como una reina. No hay nada peor que el desorden y el caos. Chana espera a que se seque la tinta de la hoja, acaricia con la punta del dedo el ápice de la pluma; sus dedos son finos, delgados, de bonitas uñas, aunque Chana no se puede resistir a mordérselas.

Ahora está apuntando las cosas que se llevarán a Polonia dentro de dos meses, cuando Jacob ya se haya instalado y haga más calor. Partirán con dos carruajes y siete jinetes. En el primer carruaje irán ella misma con Avacha y Emanuel, y una joven muchacha, Lisia, la niñera. En el otro, las sirvientas y el equipaje apilado en una pirámide y asegurado con cuerdas. A caballo irán su hermano Chaim y unos compañeros de este para defender esa expedición de mujeres.

Le pesan los pechos cargados de leche. Tan pronto como piensa en ellos o en el niño, las gotas salen por sí mismas, como si no vieran la hora de disfrutar de los minúsculos labios infantiles, y en su ligero corpiño aparecen manchas. El vientre aún no se le ha absorbido del todo, ha engordado mucho en su segundo embarazo, aunque el niño nació pequeñito. Como no tardó en saberse, vino al mundo el mismo día en que Jacob y sus seguidores cruzaban el Dniéster para entrar en Polonia, por eso Jacob ordenó por carta que le pusiera el nombre de Emanuel.

Chana se levanta para coger en brazos a su hijo y vuelve a sentarse apoyándolo sobre su aún abultada barriga. Su pecho parece aplastar la cabeza del recién nacido. La cara del niño es bonita, de tez aceitunada y párpados azules y delicados como los pétalos de una flor. Avacha, malhumorada, mira a su madre desde un rincón, finge jugar, pero en realidad no para de observar tanto a su madre como a su hermano. También ella querría pecho, pero Chana aparta a la hija como a una mosca molesta: ¡Eres demasiado grande!

Chana es una mujer confiada. Confiadamente, cada noche, antes de

acostarse, dice la plegaria de Kriat Shemá al ha-mitá para proteger a sus hijos y a ella misma –sobre todo desde que el parto la ha debilitado– del peligro de malos presentimientos, pesadillas y espíritus malignos. Se dirige a los cuatro ángeles como si fueran sus amables vecinos, les pide que vigilen su casa mientras esté dormida. Los pensamientos se le escapan a mitad de palabra, los ángeles invocados cobran cuerpo, aunque ella intenta no imaginárselos. Sus figuras se alargan, tiemblan como las llamas de las velas, y, justo antes de sumergirse en las profundidades del sueño, Chana constata, atónita, que se parecen a cuchillos, tenedores y cucharas, los mismos de los que le habló Jacob, de plata y con un baño de oro. Se elevan por encima de ella, no sabe si para protegerla o para cortarla en pedazos y devorarla.

18

DE CÓMO IWANIE, UNA ALDEA A ORILLAS DEL DNIÉSTER, SE CONVIERTE EN REPÚBLICA

Iwanie está situada en lo alto de una colina a cuyos pies discurre el Dniéster. La aldea se ha extendido de tal manera sobre el altiplano junto al río que recuerda a un plato colocado peligrosamente cerca del borde de una mesa. Un movimiento imprudente y caerá desplomado.

Por el medio de la aldea fluye un riachuelo atorado a cada medio centenar de pasos por primitivas compuertas que crean remansos y pequeños estanques: antes se criaba aquí patos y gansos. De ellos quedan únicamente unas pocas plumas blancas, pues la aldea quedó desierta tras la última plaga. Solo a partir de agosto, gracias al dinero de los Shor, así como al benévolo visto bueno del obispo –pues la aldea pertenece a sus dominios–, se instalan aquí los verdaderos creyentes. Desde la promulgación de la carta patente, acuden a Iwanie gentes en carro y a pie: desde el sur, de Turquía, y desde el norte, de las aldeas de Podolia. En su mayoría son las mismas que, expulsadas de Polonia, habían acampado en la frontera y que, cuando por fin consiguieron regresar a casa, resultó que ya no la tenían. Sus trabajos habían ido parar a otras manos y sus casas habían sido saqueadas y ocupadas por otros: ahora tendrán que recurrir a la fuerza o acudir a la justicia para restituir sus derechos de propiedad. Algunos lo han perdido todo, sobre todo aquellos que se dedicaban al comercio y eran dueños de tiendas y de abundante mercancía. Como Shlomo de Nadworna y su mujer Wittel, que tenían en Nadworna y en Kopyczyńce talleres donde confeccionaban edredones. Durante todo el invierno acudían allí mujeres a desplumar las aves. Wittel lo organizaba todo, pues es presta y veloz por naturaleza. A continuación cosían cálidos edredones encargo de nobles mansiones y palacios, pues así eran de buenos, de liviano y fragante plumón y funda de damasco turco de color rosa con hermosos dibujos. Sin embargo, todo se fue al traste por culpa de los tumultos. El viento desperdigó el plumón por toda Podolia, el damasco fue pisoteado o robado, el tejado ardió y el edificio quedó inhabitable.

De la invernal mezcla de blanco y negro asoman pequeñas casas cubiertas con juncos de río. Entre ellas serpentea un camino que desciende a unos patios escabrosos y llenos de socavones donde agonizan arados, rastrillos y ollas de barro abandonadas y hechas

pedazos.

Osman de Czerniowce es quien ahora manda aquí, es él quien ha hecho poner puestos de guardia en la entrada de la aldea para que no se cuele ningún extraño.

Persona que entra en la aldea, persona que deja en manos de Osman todo su dinero y objetos de valor. Osman es el intendente, tiene un baúl de hierro acerrojado donde guarda los bienes comunes. Hawa, su mujer y hermana mayor de Jacob, maneja las donaciones de los verdaderos creyentes de toda Podolia y las tierras turcas: ropa, zapatos, herramientas, ollas, cristal e incluso juguetes. Es ella quien cada tarde designa a los hombres encargados de los trabajos del día siguiente. Unos irán en carro a casa de un campesino a buscar cebollas; otros, coles.

La comunidad tiene sus propias vacas y un centenar de gallinas. Las acaban de comprar, se oye cómo construyen gallineros: están clavando perchas de madera. Detrás de las casas se extienden hermosos jardines, pero no hay en ellos gran cosa porque han llegado hasta aquí muy avanzada la estación: en agosto. La vid, asilvestrada y sin purgar, se encarama a los tejados, la uva es pequeña y dulce. Han recolectado unas cuantas calabazas. También había muchísimas ciruelas, pequeñas, prietas y dulces, los manzanos se doblegaban bajo el peso de su fruto. Y ahora, tras las primeras heladas, todo se ha vuelto gris y asistimos al invernal teatro de la putrefacción.

En otoño va llegando gente nueva todos los días, procede sobre todo de Valaquia y Turquía, así como de Czerniowce, Iași o incluso de Bucarest. Y todo por obra de Osman: es él quien trae a sus paisanos, en primer lugar a los que se han convertido al islam, los súbditos del sultán. Estos se diferencian solo un poco de los judíos de Podolia: más bronceados y vivarachos, siempre prestos al baile, sus canciones parecen más alegres. Las lenguas, los trajes y los tocados no paran de mezclarse. Algunos llevan turbante, como Osman y su numerosísima familia; otros, shtreimel de piel; los de más allá, fez turco, y los del norte, gorra militar de cuatro puntas. Los niños confraternizan los unos con los otros: pequeños turcos y pequeños podolianos se persiguen en torno a los estanques y corretean por la superficie helada cuando estos se congelan. Están hacinados. De momento viven apiñados en cuartos diminutos junto con sus hijos y con cuanto poseen; pasan frío, pues lo único que realmente les falta es leña para poder calentarse. Al alba, los cristalitos de las ventanas se cubren de hielo que, ingenuamente, imita los productos de la primavera: hojas, brotes de helecho, yemas de flor...

Chaim de Kopyczyńce y Osman asignan casas a los recién llegados. Hawa, quien se encarga de su alimentación, distribuye mantas y ollas,

les enseña dónde está la cocina y dónde pueden lavarse: disponen incluso de una mikve al final de la aldea. Les explica que aquí todos comen juntos y cocinan juntos. Y que el trabajo también será compartido: las mujeres se dedicarán a la costura y los hombres, a las reparaciones de los edificios y a la recogida y preparación de la leña. Solo niños y ancianos tendrán derecho a la leche.

De manera que las mujeres lavan la ropa, cosen, cocinan y amamantan. Ha nacido ya el primer niño, al que pusieron por nombre Jacob. Los hombres parten por la mañana en busca de dinero: se dedican al comercio, a los negocios. Por la noche debaten. Varios mocosos cumplen la función de correos de Iwanie: montados a caballo, llevan paquetes a otros pueblos, si hace falta incluso hasta Kamieniec y a Turquía, no sin antes tener que cruzar la frontera ilegalmente, a Czerniowce, desde donde el correo sigue su curso.

Ayer el otro Chaim, el de Busk, el hermano de Nachman, trajo un rebaño de cabras y las distribuyó con justicia entre las casas, cosa que fue motivo de gran alegría, pues faltaba leche para los niños. Las mujeres de menor edad, destinadas a la cocina, han dejado a su prole al cuidado de las mayores, que convirtieron una de las chozas en algo que llaman «kindergarten».

Estamos a finales de noviembre y toda Iwanie espera la llegada de Jacob. Han enviado exploradores al lado turco. Muchachos jóvenes se han apostado en la orilla elevada del río y otean los vados. La aldea, engalanada, se sume en el silencio, todo está ya preparado desde ayer. La choza de Jacob reluce como los chorros del oro. Sobre el mísero suelo de arcilla batida se han desplegado alfombras. Níveas cortinas cuelgan en las ventanas.

Finalmente se oyen silbidos y llamadas desde el río. Ya está aquí.

En la entrada a la aldea, desbordante de alegría y solemnidad, Osman de Czerniowce espera a los viajeros. Al verlos, con su hermosa y potente voz, se pone a cantar «Dio mio Baruchia...», melodía a la que enseguida se une la emocionada multitud de los expectantes. La comitiva que asoma desde la curva parece un destacamento turco. En el centro va un carruaje en el que los ojos curiosos buscan a Jacob, pero no lo encontrarán: Jacob, vestido a la turca, con turbante y abrigo azul de manga ancha forrado de piel, encabeza la comitiva a lomos de un caballo tordo. Luce una larga barba negra que le echa años encima. Tras desmontar, Jacob toca con su frente las de Osman y Chaim, y posa las manos sobre la cabeza de sus esposas. Osman lo guía hasta la casa más grande; han barrido el patio y cubierto la entrada con ramas de abeto. Pero Jacob señala un viejo cobertizo junto a la casa, hecho de adobe, y dice que quiere vivir solo, en cualquier lugar, puede ser una caseta de perro en el patio.

–Eres un jajam –dice Chaim–. ¿Cómo vas a vivir solo y en una caseta de perro?

Jacob, sin embargo, se empecina.

–Voy a dormir en una caseta de perro porque soy un simplón.

Osman no lo acaba de entender, pero, obediente, manda limpiar el cobertizo.

DE LAS MANGAS DE LA CAMISA SAGRADA DE SHABTAI TZVI

Wittel tiene abundantes rizos del color de la hierba otoñal, es alta y bien plantada. Se ha asignado ella misma la labor de servir a Jacob y nunca agacha la cabeza. Se desliza de casa en casa, esbelta, sonrosada, bromista. Tiene la lengua afilada. Puesto que el cobertizo de Jacob se halla en su parcela, ha asumido el papel de guardiana del Señor hasta que llegue su legítima esposa, Chana, y los niños. De momento, empero, Wittel monopoliza por completo a Jacob. Los aldeanos siempre quieren algo de él, lo importunan, y ella los echa con cajas destempladas, defiende el acceso al cobertizo, le lleva pequeñas estufas turcas. Cuando la gente acude para contemplar la casa del Señor, Wittel se pone a sacudir en la cerca las gualdrapas polvorientas y tapa la cancela con su persona.

–El Señor descansa. El Señor reza. El Señor duerme. El Señor trae a Iwanie la bendición.

De día todo el mundo trabaja y a menudo se ve a Jacob con la camisa abierta –él nunca tiene frío– cortando leña con ímpetu o descargando un carro y portando sacos de harina. Solo al anochecer se reúnen para estudiar. Antes, hombres y mujeres lo hacían por separado, pero el Señor enseguida ha introducido en Iwanie nuevas costumbres. Ahora las enseñanzas están destinadas a todos los adultos.

Los mayores se sientan en los bancos, los jóvenes sobre una gavilla, uno al lado de otro. Lo mejor es el comienzo de las enseñanzas, pues Jacob siempre empieza por cosas graciosas: de ahí los estallidos de risa. A Jacob le gustan las historias licenciosas. Cuenta:

–Cuando era joven llegué a un pueblo en el que no habían visto nunca un judío. Entré en una posada donde se reunían mozas y gañanes. Las mozas tejían mientras los gañanes les contaban historias. Uno de ellos, en cuanto me vio, dio en zaherirme y burlarse de mí. Empezó a contar que en cierta ocasión el Dios judío caminaba junto al Dios cristiano y el cristiano le dio al judío un puñetazo en plena cara. Esto divirtió mucho a todos y provocó sus risotadas, como si se tratase de una estupenda broma, cuando no lo era. En respuesta, yo les conté cómo en cierta ocasión caminaban Mahoma y san Pedro. Mahoma le dice a san Pedro: «Ardo en deseos de hollarte a la turca.» Pedro no quería, pero Mahoma era fuerte, lo ató a un árbol e hizo lo que se

proponía. Pedro gritó a voz en cuello que le dolía el trasero y que estaba dispuesto a aceptarlo como su santo con tal de que parara. Mi historia hizo que tanto los gañanes como las mozas se mostraran mohínos y bajaran la vista, y luego el más aguerrido me dijo en tono conciliador: «¿Sabes qué?, hagamos las paces. Nosotros no nos meteremos con tu Dios y tú no te metas con el nuestro. Y deja en paz a nuestro san Pedro.»

Los hombres se desternillan, las mujeres bajan los ojos, pero les gusta que Jacob, tan santo y docto, se muestre tan cercano, que no se dé aires, que viva solo en un cobertizo y vista como ellos. Por todo eso lo aman. Sobre todo las mujeres. Las verdaderas creyentes, seguras de sí mismas, arman mucho bullicio. Gustan de flirtear y se alegran de lo que dice Jacob: que se olviden de las costumbres turcas según las cuales deben permanecer encerradas en sus casas. Dice que en Iwanie las mujeres son tan necesarias como los hombres, cierto que para otras cosas, pero necesarias.

Asimismo, Jacob enseña que a partir de ahora ya no existen cosas que pertenezcan a una sola persona, no existe ninguna propiedad individual. Y si alguien necesita algo deberá pedírselo a quien lo tiene y este se lo dará. O si le falta algo –ya porque se le han estropeado los zapatos, ya porque su camisa está hecha trizas– deberá acudir al ropero Osman o a Hawa, y ellos lo sacarán del apuro.

–¿Sin pagar nada? –exclama una de las mujeres.

Le contestan las demás:

–Por sus ojos bonitos...

Se oye un estallido de risa.

No todos comprenden el deber de entregar sus posesiones. Jeruchim y Chaim de Varsovia insisten en que la cosa no durará mucho, que la gente es codiciosa por naturaleza, que querrán demasiado y comerciarán con lo que han recibido. Otros, sin embargo, como Nachman y Moshe, según parece ya han visto cómo funciona una comunidad así. Apoyan a Jacob. Nachman aplaude su idea con alborozo. Se lo puede ver a menudo yendo de casa en casa y disertando:

–Precisamente así funcionó el mundo antes de que empezara a imperar la ley. Todo era compartido, cada bien pertenecía a todos y todos tenían suficiente, no había palabras como «no matarás» o «no cometerás actos impuros». De haberlas alguien pronunciado, nadie las habría entendido. ¿Qué significa «robar»?, habrían preguntado. ¿Qué quiere decir «no cometerás actos impuros»? Y nosotros deberíamos vivir así, pues la vieja ley ya no es de obligado cumplimiento. Han venido tres: Shabtai, Baruchia y, ahora, Jacob. Él es el más grande, nos ha salvado. Debemos sentirnos dichosos de que haya ocurrido en nuestra generación. La vieja ley ya no rige.

Durante la Janucá, Jacob regala pedazos de una camisa de Shabtai Tzvi a modo de reliquia. Es un gran acontecimiento para toda la comunidad. Se trata de la misma camisa que el Primero lanzó al hijo de Haleví; Shor le compró hace poco dos mangas enteras a la nieta de este en Cracovia por una buena suma. Pedacitos de tela, no más grandes que la uña más pequeña, viajan ahora al interior de amuletos, cajitas de madera de cerezo, saquitos y bolsitas de cuero que se cuelgan del cuello. El resto de la camisa va a parar al baúl de Osman y pertenecerá a todos aquellos que aún están por unirse.

DE LO QUE OBRA EL TACTO DE JACOB

Moshe de Podhajce, que todo lo sabe, está sentado entre las tejedoras en donde el calor es más intenso. Nubes de humo aromático se elevan hacia el techo de madera.

–Todos conocéis la oración que habla de Elohi Elohim, el que se encontró con el demonio de la enfermedad Ashturvi –dice–, el mismo que suele penetrar en los miembros del cuerpo humano para que la gente enferme. Le dice entonces Elohi al demonio: «Igual como no puedes tragarte todo el mar, tampoco puedes causar más mal al ser humano.» Jacob, nuestro Señor, es como Elohi, habla con el demonio de la enfermedad. Basta con que le eche una mirada severa para que el diablo huya despavorido.

La cosa suena convincente. Siempre hay alguien esperando ante la puerta del cobertizo de Jacob y, si Wittel le deja pasar, se planta ante la faz del Señor. El Señor posa las manos sobre la cabeza del enfermo y luego pasa el pulgar sobre su frente de un lado para otro. A veces sopla en su rostro. Casi siempre surte efecto. Dicen que sus manos arden tanto que son capaces de fundir cualquier enfermedad, cualquier dolor.

La fama de Jacob se difunde rápidamente y acaban acudiendo a él campesinos de toda la comarca (aunque llamen «greñudos» a los judíos). Contemplan con recelo a los extranjeros, ¿serán judíos, serán gitanos? A ellos también el Señor les impone las manos sobre la cabeza. A cambio le dejan huevos, gallinas, manzanas, sémola... Hawa se apresura a guardarlo todo en su despensa, luego lo distribuye con justicia. Cada niño recibe un huevo para el sabbat. Así dice Hawa: «para el sabbat», pese al estupor que a todos ha causado el que Jacob haya prohibido celebrarlo. De todos modos, cuentan los días de sabbat en sabbat.

En febrero se produce algo extraño, un auténtico milagro, son sin embargo pocos los que se enteran. El Señor ha prohibido difundir la noticia. Chaim lo vio con sus propios ojos. A saber: una muchacha

traída aquí desde Podolia, ya muy enferma, al borde de la muerte. Su padre se puso a gritar como un poseso, a arrancarse pelos de la barba y a desesperarse, porque era su hija más amada. Mandaron al cobertizo a buscar a Jacob, quien al acudir se limitó a mandarlos callar. Después se encerró un rato con la muchacha y cuando salió, ya estaba sana. Solo mandó que la vistieran de blanco.

–¿Qué le has hecho? –preguntaba una y otra vez Shlomo, el marido de Wittel.

–He tenido un asuntillo con ella y ha sanado –respondió Jacob y no quiso volver a hablar de ello.

Shlomo, que es un hombre experimentado, amable y serio, tardó en entender lo que acababa de oír. No lograba salir de su asombro. Por la noche Jacob, como si se diera cuenta de su tormento, le sonrió y lo atrajo hacia sí por la nuca, suavemente, como lo hace una chica con un chico. Le sopló en los ojos y le mandó guardar el secreto. Luego se marchó y no se preocupó más por Shlomo. Este, sin embargo, se lo contó a su mujer, quien juró no decírselo a nadie. No obstante, sin que se supiera cómo, en pocos días se enteró del asunto casi todo el mundo. Las palabras son como lagartijas: no hay escondrijo del que no sepan huir.

DE LO QUE HABLAN LAS MUJERES MIENTRAS DESPLUMAN GALLINAS

En primer lugar, de que los rasgos del Jacob bíblico sirvieron de modelo cuando Dios creaba a los ángeles con rostro humano.

En segundo lugar, de que la Luna tiene cara de Jacob.

En tercer lugar, de que es posible arrendarse un hombre para tener hijos si con el marido no se queda una embarazada.

Recuerdan la bíblica historia del hijo de Jacob y Lea, Isacar. Lea alquiló a Jacob para que yaciera con ella y luego le dio un hijo. Lo alquiló a cambio de la mandrágora que Rubén había hallado en el desierto a petición de la yerma Raquel (más tarde Raquel comió de aquella mandrágora y dio a Jacob a su hijo José). Todo esto figura en las Escrituras.

En cuarto lugar, de que es posible quedarse embarazada de Jacob solo con que él roce tu dedo meñique.

En quinto lugar, de que cuando Dios creó a los ángeles, estos enseguida abrieron la boca y se pusieron a alabarlo. Cuando Dios creó a Adán, los ángeles se precipitaron en preguntar: «¿Es este el hombre a quien debemos rendir honores?» «No», les respondió Dios. «Este es un ladrón, me robará el fruto del árbol.» Así en cuanto nació Noé, los ángeles, fervorosos, volvieron a preguntar a Dios: «¿Es este el hombre al que debemos ensalzar?» «No», respondió Dios, ya muy impaciente.

«Es un simple borracho.» Cuando nació Abraham, le volvieron a preguntar, pero Dios, con semblante sombrío, les contestó: «No, este no nació circuncidado y tardará en convertirse a mi fe.» Cuando nació Isaac, los ángeles, sin haber perdido aún la esperanza, preguntaron a Dios: «¿Es este?» «No», respondió Dios, descontento. «Este ama a su hijo mayor, que me odia.» Mas cuando nació Jacob, volvieron a hacer la misma pregunta y en respuesta oyeron: «Sí, este es.»

Algunos de los hombres que construyen un cobertizo interrumpen el trabajo para, plantados en la puerta, escuchar la charla de las mujeres. Al cabo de un instante sobre sus cabezas se posan blancas plumas que desde los cestos alguien ha hecho volar con un movimiento demasiado impetuoso.

DE LOS QUE SE HALLEN EN EL CÍRCULO DE LAS MUJERES

–Ve con él –dice a Wittel su marido–. Le gustas más que nadie. Serás bendecida.

Pero ella se resiste.

–¿Cómo me voy a acostar con él, si soy tu esposa? Es pecado.

Shlomo la mira con ternura, como se mira a un niño.

–Tú piensas a la antigua, como si nada entendieras de lo que aquí acontece. No existe el pecado, como tampoco existe marido o no marido. Ha llegado la hora de la salvación, el pecado ya no nos concierne. Él trabaja para todos nosotros y te quiere a ti. Eres la más hermosa.

Wittel sigue recelando.

–No soy la más hermosa, y tú lo sabes. Hay tantas muchachas por aquí que ni tú mismo sabes en cuál posar la mirada. ¿Y qué harías tú en mi lugar?

–¿Yo? Si yo estuviera en tu lugar, Wittel, no preguntaría nada. Iría con él de inmediato.

Wittel recibe este permiso con alivio. En los últimos días no ha sido capaz de pensar en otra cosa. Las mujeres que intimaron con él afirman que Jacob tiene dos miembros viriles. O, más exactamente, que cuando quiere tiene dos miembros viriles, y solo cuando no quiere, se conforma con uno. Dentro de poco Wittel recibirá el poder de confirmar este hecho o de negarlo.

En abril Jacob envía un carruaje a buscar a Chana y a partir de entonces Wittel ya no pasa la noche con Jacob. A Chana todos deben llamarla «Su Excelencia». Se celebrará un banquete en honor de Su Excelencia; las mujeres han hecho manteca de oca y llevan un par de días horneando panecillos y dejándolos en la despensa de Hawa.

A Wittel le habría gustado más que ocurriera por casualidad, pero, lamentablemente, no ha habido suerte: se agazapa ante la morada de

Jacob y Chana para espiarlos mientras hacen el amor. Nota algo extraño en el estómago, no entiende de qué están hablando porque hablan en turco. Wittel se excita al oír a Jacob hablar en turco, la próxima vez le pedirá que le hable así a ella. No tendrá que esperar mucho, pues al cabo de un mes, en mayo, Chana, sombría y malhumorada, regresa a Turquía.

El pasado diciembre el Señor reunió a todos los adultos. Se colocaron en círculo y así permanecieron un buen rato en absoluto silencio. El Señor había prohibido entablar conversación alguna, por lo que nadie osó abrir la boca. Después mandó a los hombres situarse junto a la pared de la derecha. De las mujeres, eligió a siete, igual que en tiempos había hecho el Primero, Shabtai.

Primero coge de la mano a Wittel y le pone el nombre de Ewa. Wittel, al ser elegida la primera, no sabe qué se espera de ella; enseguida se cubre de rubor y, nerviosamente, pasa el peso de su cuerpo de una pierna a otra; ha perdido por completo la seguridad en sí misma. Permanece con las mejillas incendiadas, obediente como una gallina. Jacob la coloca a su derecha. Luego coge a Wajgełe, la jovencísima y recién casada esposa de Nachman de Busk, y le pone el nombre de Sara. Esta camina como si subiera al cadalso, triste, cabizbaja, lanzando miradas a su marido a la espera de lo que ha de suceder a continuación. Jacob le manda colocarse detrás de Wittel. Detrás de ella coloca a Ewa, la esposa de Jakub Majorek, y le pone el nombre de Rebeca. Después pasea su mirada durante largo rato por las mujeres, que bajan la vista, para, finalmente, extender el brazo en dirección a Sprynełe, la jovencísima, trece años, nuera de Elisha Shor, la esposa de Wolf, su hijo más pequeño; le pone el nombre de Bershava. A continuación empieza a configurar el lado izquierdo: la primera es la mujer de Isaac Shor, a quien pone el nombre de Raquel, la sigue la esposa de Chaim de Nadworna, Lea para Jacob. Finalmente, llega el turno de Uchla de Lanckoruń, a quien pone el nombre de Afisha Sulamita.

Puesto que todos los nombres son de esposas de patriarcas, las mujeres elegidas permanecen en inquieto silencio. Igual que sus esposos. De repente rompe a llorar Wajgełe, la recién casada esposa de Nachman. No es momento para el llanto, pero todo el mundo lo entiende.

LOS DETALLES QUE LA SOMBRÍA MIRADA DE CHANA DETECTA EN IWANIE

La gente duerme hacinada en sus chozas, sobre catres hechos toscamente de tablones de madera o en el suelo. Con un haz de heno

viejo por toda ropa. Su cama es una yacija paupérrima. Solo algunos disponen de una cama decente y sábanas de lino. La más rica es la casa de los Shor.

Todos están sucios y piojosos. Incluso Jacob tiene piojos, y es porque frecuenta a las rameras del lugar. Chana lo adivina o más bien lo sabe a ciencia cierta.

Esto no es ninguna comunidad, sino una turba, una muchedumbre compuesta por gentes de todo pelaje. Algunos ni siquiera son capaces de entenderse, por ejemplo los que, como Chana, usan a diario la lengua turca o el ladino y no saben el judío que aquí se habla.

Hay cojos y enfermos. Nadie los trata, la imposición de manos no alivia a todo el mundo. Ya el primer día, Chana fue testigo de la muerte de uno de tantos niños que se ahogó de tanto toser.

Hay entre ellos muchas mujeres sin ataduras, ya viudas, ya agunot –aquellas cuyos maridos han desaparecido, pero que no pueden volver a contraer matrimonio hasta que se demuestre que han muerto–, ya otros casos. Algunas ni siquiera son judías, o eso le parece a Chana. Se entregan por un bocado o por el permiso de quedarse. Se hace la vista gorda al hecho de que todos se acuesten con todos, incluso se le confiere un particular sentido. Chana no entiende por qué el fornicio importa tanto a los hombres, al fin y al cabo no tiene nada de especial. Después del segundo parto se le han quitado las ganas. Le molestan los olores de las otras mujeres en la piel de su marido.

A Chana, Jacob se le antoja muy cambiado. Al principio estaba contento de su llegada, pero solo han tenido dos encuentros íntimos. Tiene la cabeza en otra parte o tal vez en otra mujer. Wittel no lo deja ni a sol ni a sombra y mira a Chana de reojo. Y él parece más a gusto con toda esa gente que con ella. Presta poca atención a sus palabras, le interesa más Avacha, a quien lleva consigo a todas partes. La lleva a caballito, la pequeña finge ir a lomos de un camello. Chana se queda en casa para amamantar a su pequeño. Teme por su hijo, no vaya a ser que contraiga una enfermedad.

El pequeño Emanuel no para de acusar dolencias. El viento de Iwanie no le sienta bien, igual que su preprimavera excesivamente larga. La nodriza turca no cesa de hacerle reproches a Chana, que no quiere permanecer aquí por más tiempo, que todo le da asco y que no tardará en perder la leche.

En su casa de Nikopol ya es primavera, mientras que en Iwanie los primeros brotes apenas intentan asomar entre la hierba podrida.

Chana echa de menos a su padre y la equilibrada calma que transmite. También echa de menos a su madre, que murió cuando Chana era pequeña. Cada vez que piensa en ella, le entra un miedo atroz a la muerte.

DE LA VISITA DE MOLIWDA A IWANIE

Moliwda parte de Varsovia rumbo a Lwów cuando los caminos, pasado el primer deshielo, han vuelto a helarse lo suficiente como para resultar transitables. Tras la reunión con el arzobispo Łubieński, lo pertrecha para el viaje a Iwanie un tal padre Zwierzchowski, a quien han asignado el asunto de los contratalmudistas. El cura le entrega un baúl lleno de catecismos y folletos edificantes. Así como rosarios y relicarios. Moliwda se siente como un vendedor ambulante cargado de artículos religiosos. Por separado y envuelta en estopa, lleva una figura de la Madre de Dios toscamente tallada en madera de tilo y pintada de colores chillones, un obsequio y recuerdo de la señora Kossakowska para la señora de Jacob Frank.

Llega a Iwanie el 9 de marzo de 1759 y en cuanto pone el pie allí, lo embarga una profunda emoción, pues lo que ve es su aldea de las afueras de Craiova, organizada de la misma manera, solo que más fría y por eso mismo menos acogedora. Reina la misma atmósfera de fiesta ininterrumpida, incluso el tiempo favorece esa impresión: hiela un poco, en lo alto del cielo brilla un sol frío que proyecta sobre la tierra un haz de rayos secos y cortantes. El mundo parece recién lavado. La gente trilla senderos en la nieve virgen que hacen posible seguir sus trayectos. A Moliwda le da la sensación de que en la nieve se vive con mayor honradez: todo resulta más nítido, cada mandamiento parece más imperativo y cada principio es de obligado cumplimiento. Las personas que le dan la bienvenida parecen radiantes y felices pese al frío y a la brevedad del día. Corren hacia su carro niños con cachorros en brazos, se acercan también mujeres con rostros encendidos por el trabajo y hombres sonrientes picados por la curiosidad. Las chimeneas expelen un humo que vuela en línea recta al alto cielo, como si el sacrificio realizado en este lugar fuese incondicionalmente aceptado.

Jacob le da la bienvenida en tono solemne, pero cuando entran en la pequeña casa y se quedan a solas, saca del abrigo de piel de lobo la fornida figura de Moliwda, lo abraza durante largo rato, dándole palmaditas en la espalda y repitiendo en polaco: «Has vuelto, querido amigo.»

Aquí están todos: los hermanos Shor, sin el padre, quien no logra recuperarse de la paliza, así como Yehuda Krysa, su hermano y su cuñado. Está Nachman, recién casado con una niña (a una edad tan temprana es una barbaridad, piensa Moliwda), está Moshe, envuelto en nubes de humo, y el segundo Moshe, el cabalista, con toda su familia. Están todos. Apiñados en la diminuta estancia en cuyas ventanas la escarcha exhibe hermosos dibujos.

Jacob se sienta para el banquete de bienvenida en el centro de la mesa, de espaldas a la ventana. Tras él, el marco de la ventana, como

el de un lienzo. Jacob está sentado con la oscura noche como telón de fondo. Se estrechan las manos, se miran unos a otros, se saludan con los ojos una vez más, como si no se hubieran visto en siglos. Acto seguido entonan una oración, Moliwda la conoce de memoria y, tras vacilar un instante, se une al rezo. Después hablan sin parar, de forma caótica, en distintas lenguas. El turco fluido de Moliwda hace que confíen en él los suspicaces partidarios de Osman, los cuales, pese a parecer y comportarse como turcos, beben casi tanto como los podolianos. Ruidoso y de buen humor, da gusto ver con qué apetito come Jacob. Alaba los platos y cuenta historias que provocan estallidos de risa.

Hace tiempo Moliwda se preguntó si Jacob podía tener miedo y se contestó que no, que no conocía ese sentimiento, como si la propia naturaleza lo hubiera privado de él. Esto le da fuerza, la gente lo percibe a través de la piel y esa ausencia de miedo se torna contagiosa. Y puesto que los judíos siempre tienen miedo –piensa Moliwda–, ya sea del terrateniente, o del cosaco, o de la injusticia, o del hambre y el frío, y viven en continua incertidumbre, Jacob se convierte para ellos en una forma de salvación. La ausencia de miedo es como una aureola en la que calentarse, una garantía de calidez para un alma pequeña, aterida y asustada. Bienaventurados los que no conocen el miedo. Y aunque Jacob a menudo repite que están en el Abismo, no se está nada mal con él en ese Abismo.

Cuando Jacob desaparece, aunque sea por un momento, las conversaciones pierden ímpetu y se deslavazan. Su sola presencia construye un orden y los ojos tienden hacia él como hacia el fuego. Ahora también es así: Jacob es una hoguera que arde en medio de la noche. Se ha hecho muy tarde cuando empiezan a bailar, primero solo unos cuantos hombres, en círculo y como en trance. Cuando, cansados, vuelven a la mesa, aparecen dos bailarinas. Una de ellas se quedará a pasar la noche con Moliwda.

A última hora de la tarde, Moliwda, solemnemente, lee a los reunidos la carta que hace varios días escribió al rey de Polonia en nombre de los hermanos valacos, turcos y polacos:

Jacob Józef Frank, que, junto con su esposa y más de sesenta personas, abandonó las tierras turca y valaca, poniendo a salvo sus vidas, pues tras perder todos sus bienes y sabedor tan solo de su lengua materna así como de varios idiomas orientales, y desconocedor asimismo de las costumbres imperantes en Vuestro Nobilísimo Reino y por lo tanto sin posibilidad alguna de vivir junto con su pueblo, que, tan numeroso, desea abrazar la fe verdadera, suplica a Vuestra

Augusta Majestad, el señor más misericordioso, un lugar donde alimentar a su grey...

Llegado a este punto, Moliwda se interrumpe, le viene a la mente cierta duda y se pregunta si no resulta demasiado insolente. ¿Qué interés podría tener el rey en los judíos cuando sus propios súbditos, campesinos nacidos en el seno del cristianismo, necesitan ayuda? Al fin y al cabo, no son más que un montón de mendigos, niños huérfanos, viejos lisiados...

... para que por fin podamos establecernos y vivir en paz, pues nos resulta insoportable y peligroso convivir con los talmudistas, gente enconada que no nos llama sino renegados, perros seguidores de una fe de perros, etc.

Sin hacer caso de la ley otorgada por Vuestra Majestad, siempre y en todas partes nos humillan, saquean y pegan, así en el caso reciente que se dio en Podolia, ante vuestros propios ojos...

Oye desde el fondo de la estancia un sollozo al que no tardan en unirse otros.

... Por lo tanto suplicamos que Vuestra Majestad designe una comisión en Kamieniec y en Lwów para devolvernos nuestros bienes, así como las esposas e hijos, en obediencia al decreto de Kamieniec, y que Vuestra Majestad dígnese anunciar en una carta pública que nuestros hermanos, hasta ahora ocultos y deseosos de abrazar nuestra nueva fe, pueden manifestarla sin temer a nada; que los señores propietarios de esas tierras les ayuden a abrazar la sagrada fe y, si los talmudistas se propusieran volver a hacerles daño, que puedan trasladarse a un lugar más seguro y unirse a nosotros.

A los oyentes les gusta su floreado estilo. Moliwda, muy satisfecho de sí mismo, se tumba sobre las alfombras, pues, desde la llegada de Chana, Jacob dispone de una estancia más amplia, que su joven esposa ha amueblado al estilo turco. Cosa harto extraña, ya que al otro lado de la ventana sopla un viento gélido que levanta nubes de nieve que cubren casi por completo las diminutas ventanas de la estancia. Basta con abrir la puerta para que el blanco polvo irrumpa en el interior, donde huele a kaffa y regaliz. Y pensar que tan solo un par de días antes parecía que había llegado la primavera.

–Me quedaré aquí unos cuantos días –dice Moliwda–. En vuestra casa me siento como en Esmirna.

Y es cierto, se siente mejor entre estos judíos que en Varsovia, donde ni siquiera saben servir la kaffa, le echan demasiada agua y la

kaffa aguada provoca ardor de estómago y nerviosismo. Aquí uno se sienta en el suelo o sobre un banquito curvo ante una mesa de patas cortas en la que se sirve la kaffa en tazas diminutas. Como a los duendes. Y también sirven buen vino húngaro.

Entra Chana, lo saluda afectuosamente y le entrega a la hija de Jacob, Avacha, la pequeña Ewa, para que la tenga entre sus brazos. Es una niña tranquila, silenciosa. La cohíbe un poco la enorme y rojiza barba de Moliwda. Lo mira con atención, sin pestañear, como si lo examinase.

–Vaya, se ha quedado prendada del tío –bromea Jacob.

Sin embargo, al caer la noche, cuando los cinco se quedan solos –con Osman, Chaim de Varsovia y Nachman– y destapan el tercer cántaro de vino, Jacob apunta con el dedo a Moliwda y dice:

–Has visto a mi hija. Que sepas que es una reina.

Todos asienten como un solo hombre, pero él no desea semejante apoyo.

–Y no pienses, Moliwda, que la llamo reina por su belleza.

Un instante de silencio.

–No, ella es de verdad una reina. Aún no sabéis lo grande que es.

A la tarde siguiente, cuando después de cenar se reúne un pequeño grupo de hermanos, Moliwda, antes de emborracharse, informa de sus gestiones ante el arzobispo Łubieński. Van por el mejor de los caminos, aunque el obispo aún albergue dudas de si verdaderamente y de todo corazón desean entrar en el seno de la Iglesia. Ahora se dispone a escribir una carta a Krysa y a Shlomo Shor para darles a entender que hay muchos grupos deseosos de recibir el bautismo.

–Eres muy listo, Moliwda –le dice Nachman de Busk y le da una palmada en la espalda.

Todos se ríen del pobre Nachman por sus segundas nupcias y porque su jovencísima esposa lo sigue a todas partes. Nachman parece asustado de su matrimonio.

Moliwda, inesperadamente, se echa a reír.

–Ya ves, nosotros nunca hemos tenido a nuestros propios salvajes, mientras que los franceses e ingleses tienen a sus bosquimanos. Los señores nobles también quisieran acoger en su seno a sus propios salvajes, es decir, a vosotros.

Resulta evidente que el vino de Giurgiu, que ha venido en uno de los carros de Chana, ha empezado ya a surtir efecto. Todos hablan a la vez, unos por encima de otros.

–... ¿Para eso fuiste tú solo a ver al obispo Dembowski, a nuestras espaldas? –dice a Krysa un indignado Shlomo Shor al tiempo que lo agarra por una golilla cuya limpieza deja mucho que desear–. ¿Por eso te conchabaste con él a solas? ¿Para sacar tajada? Miradlo. ¿Por eso volviste tú solo varias veces a Czarnokozińce en busca de cartas del

obispo que te proporcionarían un salvoconducto? ¿Es eso lo que te prometió?

–Pues sí, me prometió independencia dentro de las fronteras del Reino de Polonia. Y no se habló de ningún bautismo. A eso debemos ceñirnos. Si él muere, todo se irá a pique. Y vosotros, idiotas, os lanzáis a ese bautismo como las polillas al fuego. ¡No se habló de ningún bautismo! –Krysa se solivianta y da un puñetazo a una viga del techo–. Entonces alguien mandó tras de mí a unos esbirros que por poco me matan.

–Eres un sinvergüenza, Krysa –dice Shlomo Shor y sale derecho hacia la ventisca.

La puerta se abre por un instante, en el interior penetra la nieve que se funde de inmediato sobre el suelo cubierto de ramas de abeto.

–Yo sí estoy de acuerdo con Krysa –dice Jeruchim.

Otros asienten. El bautismo puede esperar.

En este momento interviene Moliwda:

–En una cosa tienes razón, Krysa: en que aquí, en Polonia, nadie permitirá que se otorguen plenos derechos a los judíos. O te conviertes en católico o no eres nadie. En estos momentos podrás contar con que los generosos magnates te respalden con oro porque estás en contra de otros judíos, pero si quisieras apartarte para mantenerte en tu fe, no te dejarían en paz. Hasta que te vean tendido en una iglesia con los brazos en cruz. Se equivoca aquel que crea lo contrario. Antes de vosotros hubo otros herejes cristianos, los arrianos, gente pacífica y mucho más próxima que vosotros. Y fueron perseguidos y, finalmente, desterrados. Les confiscaron los bienes y a ellos mismos los mataron o los expulsaron.

Dice todo esto con una voz bien lóbrega. Krysa vuelve a gritar:

–Queréis meteros en las fauces de ese monstruo, de Leviatán...

–Moliwda tiene razón. No nos queda otra salida que el bautismo –dice Nachman–. Aunque sea en apariencia –añade en voz baja mientras lanza una mirada insegura a Moliwda, que acaba de encenderse la pipa y exhala una nube de humo que por un momento oculta su rostro.

–Si es en apariencia, nunca dejarán de vigilaros. Preparaos para ello.

Se hace un largo silencio.

–Lo de la copulación lo tenéis organizado de otra manera. No veis nada malo en que un marido yazca con su mujer, nada de que avergonzaros –dice, ya borracho, cuando Jacob y él se quedan solos, sentados en cuclillas y envueltos en zamarras porque el frío penetra a través de los cristales mal ajustados al marco de la ventana.

Jacob ya no bebe tanto.

–A mí me gusta porque es humano. Las personas, al intimar, se

vuelven más próximas.

–Si tú puedes acostarte con las mujeres de los demás mientras que ellos no se acuestan con la tuya, es evidente que quien manda aquí eres tú –dice Moliwda–. Lo mismo que entre los leones.

La comparación parece del agrado de Jacob. Esboza una sonrisa misteriosa y se pone a cargar la pipa. Luego se levanta y desaparece por un momento. Tarda mucho en volver. Él es así, impredecible, nunca se sabe qué hará. Cuando vuelve a aparecer, Moliwda ya está casi completamente borracho y se empeña en seguir con el tema:

–El que tú les asignes pareja y les mandes hacerlo con las velas encendidas, y que tú hagas otro tanto, eso lo entiendo, y también el porqué. Al fin y al cabo, se podría actuar con discreción, en la oscuridad, cada uno con quien quisiera... Pero tú quiebras su voluntad y los unes con lazos tan fuertes que serán familia para siempre, aún más que familia. Compartirán un secreto, se conocerán mejor que nadie, y tú sabes muy bien que el alma humana se inclina hacia el amor, la ternura y el apego. No existe en el mundo nada más fuerte. Esto se lo callarán, pues necesitan tener un motivo para guardar silencio, deben tener algo que callar.

Jacob se tumba boca arriba en la cama y aspira el humo de olor característico que de inmediato recuerda a Moliwda las noches en Giurgiu.

–Bueno, y también hay hijos. Hijos en común. ¿Cómo sabes si esa joven que ayer yació contigo no dará a luz a un niño? ¿Y de quién será ese niño? ¿Tuyo o de su marido? Esto también os une mucho unos a otros, puesto que todos sois padres. ¿De quién es la hija pequeña de Shlomo? –inquiere Moliwda.

Jacob levanta la cabeza para lanzar a Moliwda una mirada que de pronto se ha nublado, ha perdido agudeza.

–Cierra la boca. No es asunto tuyo.

–¡Ajá!, este no es asunto mío, pero cuando se trata de conseguir que el obispo os entregue una aldea, sí lo es –prosigue Moliwda tomando su pipa–. Está bien pensado. El niño es de la madre, así que también de su marido. Es el mejor invento de la humanidad. De esta manera solo las mujeres tienen acceso a la verdad, que tanto excita a muchos.

Esa noche se acuestan borrachos, duermen en la misma estancia, no tienen ganas de buscar el camino a sus respectivas camas en medio de la ventisca que aúlla enloquecida entre las casas. Moliwda se vuelve hacia Jacob, aunque sin saber si ya se ha dormido o si lo sigue escuchando: Jacob tiene los ojos entornados, pero la luz de las lámparas se refleja en la fina raya vidriosa debajo de sus pestañas. Moliwda tiene la sensación de estar hablándole a Jacob, o tal vez no

lo haga, tal vez solo lo piense, sin saber si Jacob lo oye.

–Siempre decías que estaba embarazada o de sobreparto. Esos prolongados y agotadores embarazos y sobrepartos la hicieron inaccesible, pero finalmente te viste obligado a dejarla salir de las habitaciones femeninas; a ti también te concierne la misma justicia que impones a los demás. ¿Entiendes?

Jacob no reacciona, sigue tumbado boca arriba, su nariz apunta al techo.

–Vi cómo durante el viaje os comunicabais con la mirada: tú y ella. Y era ella la que te pedía: no. ¿Estoy en lo cierto? En tu mirada también se leía: no. Pero ahora va a significar algo más. La espero, exijo la misma justicia que tenéis reservada para los vuestros. Ahora también yo soy uno de vosotros. Y exijo tener a Chana.

Silencio.

–Aquí tienes a todas las mujeres, todas ellas son tuyas, al igual que todos los hombres, con cuerpo y alma. Lo comprendo, sois algo más que un grupo de personas que comparten un objetivo común, sois más que una familia por haberos vinculado con un pecado que la familia no puede conocer. Entre vosotros hay saliva y semen, no solo sangre. Eso ata mucho, eso hace que seáis más próximos que nunca. Así lo tuvimos nosotros en Craiova. ¿Por qué íbamos a someternos a leyes que no respetamos, a leyes contrarias a la religión de la naturaleza?

Moliwda le da una palmada en el hombro, Jacob suspira.

–Alientas a tu gente a unirse entre sí, pero no como ellos quisieran, no de acuerdo con la llamada de la naturaleza. Eres tú quien se lo ordena, porque para ellos tú eres la naturaleza.

Las últimas frases las farfulla. Al ver que Jacob duerme, guarda silencio, decepcionado por su falta de reacción. El rostro de Jacob está relajado y tranquilo, a todas luces no ha oído nada, de no ser así, no sonreiría tan plácidamente en sueños. Es hermoso. A Moliwda se le ocurre que es como un patriarca, pese a su juventud y a su barba todavía negra, sin una sola cana, inmaculada. Parece que se ha contagiado de la locura de Iwanie, pues él también ve alrededor de su cabeza el halo de luz del que con tanta emoción ha hablado Nachman, quien ahora se hace llamar Jakubowski. De pronto, lo asalta un repentino pensamiento de besarlo en la boca. Tras un momento de vacilación roza sus labios con los dedos, pero ni siquiera el tacto despierta a Jacob, quien chasquea la lengua y se vuelve del otro lado.

Por la mañana descubre que hay que apartar la nieve acumulada ante la puerta porque no se puede salir de la casa.

LA GRACIA DIVINA QUE CLAMA A LA LUZ DESDE LA OSCURIDAD

Al día siguiente Jacob pone a Moliwda a trabajar. En la choza de Nachman hay una estancia separada para tales quehaceres. Moliwda comienza a llamarla «oficina».

Escribirán nuevas súplicas con las que llenarán hasta los topes las cancillerías episcopales y reales. Moliwda acompaña con cerveza una cucharada de miel: un remedio para el estómago. Antes de que lleguen los demás, Jacob de repente le pregunta:

–Oye, Moliwda, ¿qué negocio te traes entre manos? ¿A qué juegas con nosotros?

–No me traigo ningún negocio.

–Pero aceptas que te paguemos.

–Acepto el dinero para cubrir mis propias necesidades, para tener algo que llevarme a la boca y ponerme encima, pues no tengo dónde caerme muerto. He visto demasiado mundo, Jacob, como para no entenderos. Aquella gente me resulta igual de extraña que a ti, pese a que soy uno de ellos. –Toma un trago de su mezcla y al cabo de un momento añade–: Y al mismo tiempo no lo soy.

–Eres raro, Moliwda, pareces partido en dos. No logro entenderte. En cuanto empiezo a hacerlo, echas una cortina de humo. Al parecer, en el mar viven unos animales que, cuando intentas atraparlos, expulsan chorros de tinta.

–Pulpos.

–Tú eres igual.

–Cuando tenga bastante, os dejaré.

–Krysa dice que eres un espía.

–Krysa es un traidor.

–¿Quién eres tú, conde Kossakowski?

–Soy el rey de una isla del mar griego, soberano de súbditos pacíficos, ¿no lo sabías?

Frase tras frase, se enfrascan en la redacción de una nueva petición a Władysław Łubieński, arzobispo de Lwów.

–Pero ni una palabra de más –Moliwda se muestra prudente–, no sabemos cómo es. ¿Y si no nos es favorable? Dicen de él que es calculador y vanidoso.

Sin embargo, lo cierto es que hay que ir escribiendo súplicas una tras otra. Deben ser medidas y redondas como gotas de agua para que, pacientemente, horaden la roca. Moliwda se queda pensativo, clava la vista en el techo.

–Hay que contarlo todo desde el principio. Desde Kamieniec. Desde el decreto episcopal.

Y es lo que hacen. Se presentan a sí mismos bajo una luz tan buena y favorable, y tan detalladamente describen sus buenas intenciones, que todos empiezan a creérselo.

–«Al enterarse de ello, nuestros adversarios, que siempre combaten el espíritu de la sabiduría, alzaron su mano en contra de nosotros y nos acusaron ante el obispo de crímenes inauditos» –propone Moliwda.

Asienten con la cabeza. A Nachman le gustaría añadir algo.

–Tal vez convendría decir que alzaron su mano en contra del mismísimo Dios.

–¿Qué iba a significar eso? –pregunta Moliwda–. ¿Qué tiene que ver Dios en esto?

–Que estamos de parte de Dios.

–Que Dios está de nuestra parte –resume Shlomo Shor.

A Moliwda no le gusta demasiado, pero estampa la mano de Dios, tal como lo quiere Nachman.

Al cabo de un momento vuelve a leerles lo que ha escrito.

¿Qué orden ha regido nuestras acciones, de dónde sacó Dios esas fuerza y esperanza que nos ha dado para que nosotros, débiles, faltos de apoyo y sin saber la lengua polaca, supiésemos exponer nuestras tesis tan bien construidas? Ahora nos ocurre otro tanto, pues hemos llegado a tal certidumbre y deseo que pedimos el santo bautismo. Creemos en que Jesucristo, nacido del vientre de la Virgen María, Dios y hombre verdadero a quien nuestros antepasados martirizaron en el madero de la cruz, fue el verdadero Mesías prometido por eremitas y profetas. Creemos en él con los labios, el corazón y con toda nuestra alma, y proclamamos esta nuestra fe.

Las palabras de la declaración de fe suenan explícitas, contundentes. Anchel, el joven sobrino de Moshe, empieza a reírse nerviosamente y a continuación se sume en el silencio bajo la mirada de Jacob.

Solo más tarde Moliwda añadirá el comienzo:

Israelitas de los países polacos, húngaros, turcos, muntenios, valacos y otros, a través de nuestro emisario, un devoto de Israel ducho en la materia de las Divinas Escrituras y los santos profetas, tras alzar los brazos hacia el cielo, de donde suele descender toda ayuda entre las sempiternas lágrimas de felicidad, trasladamos a vuestra muy honorable persona nuestros mejores deseos de salud, paz duradera y dones del Espíritu Santo.

Al parecer, tan solo Nachman entiende el intrincado y florido estilo de Moliwda. Encantado, chasquea la lengua e intenta traducir, con poca habilidad, la maraña de sus frases al judío y al turco.

–¿Seguro que esto es polaco? –desea cerciorarse Shlomo Shor–.

Ahora hace falta decir que exigimos un debate para... para...

–¿Para qué? –pregunta Moliwda–. ¿Qué necesidad hay de ese debate? ¿Para qué?

–Para que todo quede claro y nada oculto –dice Shlomo–. Para que reine la justicia, y donde mejor reina es en un escenario, así la gente se acuerda.

–Y dale, y dale... –Moliwda hace un movimiento de mano como si dibujase círculos invisibles en el aire–. ¿Algo más?

A Shlomo le gustaría añadir algo, pero como es muy bien educado por naturaleza, ese algo se resiste a salir de sus labios. Jacob contempla la escena y da un paso hacia atrás apoyándose en una silla, momento en que interviene Chaja la pequeña, la mujer de Shlomo, que les va trayendo higos y nueces.

–La venganza no se puede pasar por alto –dice depositando los cuencos sobre la mesa–. Por la paliza al rabino Elisha, por desvalijarnos, por perseguirnos, expulsarnos de las ciudades, por esas esposas que al abandonar a sus maridos fueron consideradas pelanduscas, por el anatema impuesto a Jacob y a todos nosotros.

–Tiene razón –dice Jacob, interrumpiendo su silencio.

Asienten con la cabeza. En efecto, la venganza no se puede pasar por alto. Chaja la pequeña prosigue:

–Esto es una guerra. Vamos a la guerra.

–La mujer tiene razón –dice Moliwda y moja la pluma.

No es el hambre, ni la expulsión de nuestras casas, ni la dispersión de nuestras cosas lo que nos conduce a abandonar las viejas costumbres y unirnos a la Santa Iglesia de Roma, pues, mientras permanecíamos tranquilamente sumidos en nuestra desventura, vimos con gran congoja innumerables desgracias de nuestros hermanos desterrados y muertos de hambre, y aun así nunca nos sentimos llamados. Mas, curiosamente, la gracia divina nos llama a salir de la oscuridad a la luz. Por lo tanto no podemos mostrar desobediencia, como nuestros padres hicieran, a Dios. Entramos con ilusión bajo el estandarte de la Santa Cruz y pedimos un campo donde combatir a los enemigos de la verdad, albergamos el deseo de los libros sagrados de mostrar, abiertamente, la aparición en el mundo de Dios encarnado en hombre, su martirio por la humanidad, la necesidad de la unidad universal en Dios, y de demostrar cuán descreídos son nuestros adversarios, cuán faltos de fe...

Finalmente, hacen una pausa para comer.

Moliwda bebe de nuevo por las noches. El vino traído de Giurgiu es límpido, sabe a olivares y melones. Jacob no participa en los

debates ni en la redacción de súplicas. Está ocupado en trabajos de campo y –según dice– en transmitir sus enseñanzas, que se limitan a pasar tiempo entre las mujeres que despluman aves, contándoles historias. Esa es la imagen que tienen de él: un hombre inocente, no implicado en nada, en ninguna frase ni letra alguna. Los levanta por el cuello de sus abrigos cuando se empeñan en doblarse para saludarlo. Él se niega. Somos iguales, dice, cosa que admira a esos desgraciados.

Por supuesto que no son iguales, piensa Moliwda. En su aldea de bogomilos tampoco lo eran. Tenían a gente corpórea, mental y espiritual. Somáticos, psíquicos y pneumáticos, como los llamaron sirviéndose del griego. La igualdad contradice la naturaleza, por más que, en justicia, se aspire a ella. Unos tienden más al elemento terrestre, son algo pesados, sensuales y nada creativos. Parecen servir tan solo para obedecer. Otros viven con el corazón, las emociones, los arrebatos del alma... y los de más allá están en contacto con el espíritu supremo, alejados del cuerpo, libres de afectos, con un interior muy espacioso. A estos Dios tiene acceso.

Pero al vivir juntos deben tener los mismos derechos.

Moliwda está muy a gusto en Iwanie; en realidad no tiene mucho que hacer aparte de redactar súplicas, tarea que les ocupa las mañanas. Se quedaría con ellos, fingiría ser uno más, se ocultaría entre sus barbas y levitones, entre las capas de faldas fruncidas de las mujeres, en sus flagrantes melenas, y se dejaría bautizar de nuevo y tal vez regresaría así al camino de la fe, junto con ellos, desde el otro lado, por la puerta trasera sin acceso directo a salones y alfombras, sino allí donde permanecen las cajas de verduras mohosas, el suelo está pegajoso de grasa y hay que plantear preguntas incómodas y groseras. Por ejemplo: ¿quién es ese Salvador que se dejó matar tan cruelmente y quién lo envió? Y ¿por qué hay que salvar un mundo creado por Dios? Y «¿por qué las cosas van tan mal cuando podrían haber ido tan bien?», se cita a sí mismo una frase del buen e ingenuo Nachman y sonríe. Ya sabe que muchos de ellos creen que tras bautizarse serán inmortales. Que no morirán. Quizá tenga razón esa abigarrada pequeña multitud que cada mañana, obediente, hace cola para recibir su ración de comida, que por fin se acuesta con la barriga llena, esos niños sucios con sarna entre los dedos, esas mujeres que ocultan bajo cofia su plica polonica, sus demacrados maridos... Quizá sean ellos a quienes guía ahora el espíritu santo, el alma santa, esa luz inmensa, diferente y ajena al mundo, igual de extraña que ellos, hecha de otra sustancia, si la luz puede llamarse sustancia. Y ella elige precisamente a seres como ellos: inocentes en tanto en cuanto sean liberados de las cadenas de dogmas y leyes, porque antes de que creen sus propios dogmas y leyes, son realmente puros e inocentes.

SÚPLICA AL ARZOBISPO ŁUBIEŃSKI

Se han necesitado largos días para decidir lo siguiente:

1. Las profecías de la venida del Mesías ya se han cumplido.
2. El Mesías era el Dios verdadero, Adonai era su nombre, tomó nuestro cuerpo y como hombre sufrió por nuestra redención y salvación.
3. Desde la venida del verdadero Mesías las víctimas y los ritos cesaron.
4. Todo hombre debe obedecer la ley del Mesías, pues en ella está la salvación.
5. La Santa Cruz es la expresión de la Santísima Trinidad y sello del Mesías.
6. Nadie puede acceder a la fe en Cristo Rey si no lo hace a través del bautismo.

Cuando someten a votación las seis primeras tesis, Krysa, que está en contra del bautismo, al ver las manos levantadas se da cuenta de que ya no hay nada que hacer. Agita el brazo con energía, sentado con la cabeza gacha, los codos apoyados en las rodillas y la vista clavada en el suelo de la estancia donde el serrín absorbe a duras penas los terrones de barro traídos en las suelas de los zapatos.

–¡Entrad en razón! Cometéis un gran error.

Pese a la fealdad de su rostro, Krysa es un buen orador y como tal presenta a los reunidos una visión tan deplorable que empiezan a ponerse de su lado. En su boca, el futuro de todos, lenta e inexorablemente, traerá el recuerdo de la vida del campesinado. Este argumento empieza a surtir efecto durante la tarde, cuando, una vez comidos, los recalentados cuerpos se vuelven pesados y desde el otro lado de las diminutas ventanas el crepúsculo va cayendo acerado como el filo de un cuchillo: parece que se prolongará durante una eternidad.

Krysa consigue resumir las condiciones del bautismo en pocas frases.

Que no se celebrará antes de la festividad de los Reyes Magos de 1760. Que no se los obligará a afeitarse la barba ni a cortarse los tirabuzones. Podrán usar ambos nombres: tanto el cristiano como el judío. Llevarán vestimentas judías. Podrán casarse solo entre ellos. No serán forzados a comer carne de cerdo. Además del domingo, también podrán celebrar el sabbat. Y conservarán sus escrituras hebreas, sobre todo el Zohar.

Esto los tranquiliza. Ya no lo escuchan. Sobre todo porque llega el viejo Shor acompañado de Chaja.

Shor arrastra los pies, apoyándose en Chaja. Aunque no muestre señales visibles de heridas, se intuye el trauma que ha vivido. No recuerda en nada a aquel anciano rubicundo y lleno de vida que era hace tan solo un año. En realidad no se sabe de dónde ha surgido esa nueva cuestión ni si está relacionada con la llegada de Elisha y Chaja o si tal vez ha permanecido aquí todo el tiempo, tácita, la última de la cola. Curiosamente, ni siquiera resulta fácil descubrir quién ha sido el primero en formular la idea de cómo ajustar las cuentas con sus enemigos de una vez para siempre. Al decir «enemigo» tienen en mente a Rappaport, Mendel, Szmulewicz y a todos los rabinos de Satanów, Jazłowiec, Mohylew..., así como a sus esposas, que escupen a los apóstatas en la calle y arrojan piedras a sus mujeres.

Se trata de un enemigo bien conocido, incluso próximo, lo cual lo convierte en un enemigo aún peor. Al conocer bien al enemigo sabes cómo herirlo, dónde golpear. Aunque te duela. Semejante contienda entraña un raro placer, retorcido, pues es como pegarse a uno mismo al tiempo que se esquiva el golpe. En cualquier caso, cuando surge esta idea (no se sabe en qué cabeza), todos la ponderan sumidos en el silencio. No saben qué decir. Se trata de añadir a la súplica un séptimo punto:

El Talmud enseña que es necesaria la sangre cristiana, y quien cree en el Talmud debería exigirla.

–Nada de eso figura en las Escrituras –dice Nachman en tono lóbrego.

–Todo figura en las Escrituras –le contesta Jacob.

Firman la súplica en silencio. Estampan su firma también los nuevos: Aron ben Szmul de Czerniowce y Meyer ben David de Szegirt, que ha traído a toda su familia, así como Moshko ben Jacob de Bucarest y Anchel, el mismo que rió tan nerviosamente. Llevará la súplica Moliwda y si el arzobispo da su visto bueno, lo visitará una delegación oficial.

Al final, una vez firmada, Nachman mete otro grano de su arena y convence a Moliwda de que, con su hermosa y florida letra, añada una frase más:

Como ansiada agua de mayo esperamos el día en que nuestra sagrada álef, hasta ahora torcida, se yerga para unir y bendecir los cuatro puntos cardinales.

La última noche viene a visitar a Moliwda Tanna, una muchacha que le ha gustado. Por un momento piensa que es Chana, se podría decir que se parecen muchísimo: las mismas caderas anchas y el

mismo vientre plano. Está un poco cohibida, él también. Le hace sitio a su lado, ella se tumba en silencio, cubriéndose el rostro con las manos. Él le acaricia la espalda, suave como la seda.

–¿Tienes ya un prometido? –le pregunta en turco porque la muchacha parece valaca.

–Tenía, pero se quedó allí.

–¿Te harás con otro?

–No sé.

–Y a mí ¿me quieres?

–Quiero.

Moliwda, con suma delicadeza, aparta las manos de su rostro mientras ella lo abraza y se adhiere a él con todo su cuerpo.

DE CÓMO LO DIVINO Y LO PECAMINOSO ESTÁN INDISOLUBLEMENTE UNIDOS

–¿Por qué el Jacob bíblico resulta tan importante para vosotros? –pregunta Moliwda cuando Nachman lo acompaña a caballo a Kamieniec–. No lo entiendo.

Nachman le da una explicación tortuosa. Moliwda tiene que pasarla por el tamiz de su propia lengua, ya que conversan medio en polaco, medio en hebreo. En hebreo todo resulta siempre complicado por equívoco. Pero también resulta difícil expresar en polaco lo que dice Nachman con su voz cantarina, como si recitara de memoria alguna escritura. Faltan palabras para cuestiones así. El polaco es poco ducho en esas materias y no entiende de teología. Por eso mismo en Polonia toda herejía es ácima y sosa. A decir verdad, hablando en polaco resulta imposible crear herejía alguna. La lengua, por su propia naturaleza, obedece a la ortodoxia, cualquiera que esta sea.

–Fue una bendición obtenida mediante engaño y robo –añade Moliwda.

–Precisamente. Jacob se opuso a la ley y engañó a su padre. Al desobedecer la ley se convirtió en héroe.

Durante un rato Moliwda guarda silencio.

–Pero más tarde, una vez convertido en patriarca, bien hizo que se cumpliera la ley. Esto es harto perverso: cuando te resulta necesario, estás en contra de la ley; cuando la necesitas para tus propios fines, estás a favor... –Se echa a reír.

–Es cierto. Recordarás que Jacob prohibió a su Raquel llevarse sus ídolos y terafines –dice Nachman.

–¿Por qué?

–En eso Jacob se equivocó. En vez de reconocer la divinidad contenida en los terafines, Jacob prefirió desecharla por hallarse en el interior de los ídolos, con lo que no permitió que a nuestra fe se

uniera la santidad que se manifiesta bajo otras formas diferentes. Mas Raquel entendió que la divinidad está presente incluso en un ídolo.

–Las mujeres a veces son más sabias.

–Sienten menor apego a las palabras.

–¿También Chaja de los Shor?

–Ella es más que una mujer –responde Nachman con gravedad.

Moliwda se echa a reír.

–También yo la quería, pero Jacob me la ha negado –dice.

Nachman guarda silencio. Avanzan a lo largo del Dniéster, el río serpentea a su derecha, desaparece para volver a aparecer de nuevo. Ya divisan a lo lejos las enormes edificaciones de Chocim y Okopy.

–Jacob es un estafador –afirma Moliwda a modo de provocación, pero Nachman hace como que no lo ha oído. Volverá a abrir la boca solo cuando en el horizonte surjan los macizos contornos de la fortaleza y la pequeña ciudad a sus pies.

–¿Sabes que allí nació Baal Shem Tov, allí mismo, en Okopy? –pregunta.

–¿Y ese quién es?

Nachman, sorprendido ante tamaña ignorancia, se limita a espetar:

–Un gran sabio.

Se apartan del camino principal, por prudencia, aunque tampoco hay dónde esconderse en esta llanura tan solo ligeramente ondulada.

–Yo a ti, Moliwda, te respeto mucho. Más que nada porque eres un buen hombre. Y porque Jacob te ama. Nos ayudas más que nadie. Lo único es que no sé por qué. ¿Para qué lo haces?

–Para sacar tajada.

–A mí me basta. Pero tú piensas de otra forma. Quizá ni siquiera nos entiendas. Tú dices: negro, blanco, el bien, el mal, una mujer, un hombre. Mas no es tan sencillo. Nosotros ya no creemos en lo que decían los viejos cabalistas, a saber: que si pescábamos en la oscuridad todas las chispas, ellas se reunirían en un tikún mesiánico para formar un mundo mejor. Nosotros ya hemos cruzado esa frontera. Pues lo divino y lo pecaminoso están indisolublemente unidos. Decía Shabtai que después de la Torá de-Beri'a, la del mundo creado, vendría la Torá de-'Azilut. Jacob y todos nosotros vemos que ellas, las dos Torás, están entremezcladas y lo único que se puede hacer es salirse del marco de ambas, la lucha consiste en abandonar el punto en el que separamos las cosas en el mal y el bien, en la luz y la oscuridad, en dejar atrás estas divisiones simplonas y crear a partir de ahora un orden nuevo. No se sabe qué hay más allá de ese punto, es como apostarlo todo a una carta y dar un paso hacia la oscuridad. Y nosotros hacia allí vamos, hacia la oscuridad.

Mientras Moliwda observa a Nachman, ese hombre bajito y pecoso que se acelera al hablar y termina tartamudeando, se sorprende de

que una inteligencia tan grande haya sido usada para profundizar en cosas tan fútiles. Nachman se sabe de memoria largos fragmentos de libros sagrados, quizá incluso los libros enteros, y cuando es menester, entorna los ojos y recita tan deprisa y apasionadamente que Moliwda no entiende nada. Ha pasado semanas desentrañando paradojas, comentarios a comentarios o alguna palabra poco clara en un texto. Es capaz de rezar durante horas, encogido. Y eso que no sabe nada de astronomía ni de geografía, solo lo que haya podido oír durante sus viajes. No sabe nada de regímenes políticos ni de gobiernos, tampoco conoce filósofo alguno excepto sus cabalistas. Para él, Descartes podría querer decir descarte. Y, sin embargo, Nachman conmueve a Moliwda. ¿Acaso conoce a alguien más ardiente e ingenuo que el rabino de Busk Nachman Szmujlowicz, Nachman ben Samuel?

DONDE SE HABLA DE DIOS

–Tú sabes, Moliwda, que yo no puedo decírtelo todo. Estoy obligado a guardar silencio –suelta inesperadamente Nachman; su caballo se detiene y agacha la testuz como si tal confesión lo llenara de tristeza–. Tú piensas que nosotros vamos a Edom empujados por la pobreza y el ansia de honores...

–Eso sería comprensible –dice Moliwda y presiona los flancos de su caballo para detenerlo–. Es humano. No hay nada malo en ello...

–Así os puede parecer a vosotros, los cristianos, y nosotros queremos que penséis así. Porque vosotros no entendéis otras causas. Os falta profundidad, os basta con la superficie, el dogma de la Iglesia, la capilla... y no buscáis más.

–¿Qué causas?

–Que todos estamos en Dios por entero y que esto es el tikún. Que nosotros salvamos el mundo.

Moliwda sonríe, su caballo empieza a dar vueltas. La inmensa superficie ondulada por pequeñas colinas, con las Trincheras de la Santísima Trinidad en el horizonte, se extiende majestuosa ante sus ojos. El blanco y lechoso cielo deslumbra.

–¿Cómo que lo salváis? –pregunta.

–Porque está mal hecho. Todos nuestros sabios, desde Natán de Gaza hasta Cardoso, decían que el Dios de Moisés, el Creador del Mundo, no es más que un Dios Pequeño, un sustituto del Otro, el Inmenso, a quien nuestro mundo le es totalmente ajeno e indiferente. El Creador se ha ido. En esto consiste el destierro, en que tenemos que rezar a un Dios que no está en la Torá.

Moliwda se siente muy incómodo: el tono de voz de Nachman se ha tornado fúnebre de repente.

–¿Qué te pasa hoy? –dice y se pone en marcha, pero al ver que

Nachman no lo sigue, Moliwda vuelve.

–Este Dios es un Dios... –empieza Nachman, pero Moliwda espolea su caballo y parte al galope, solo se oye su:

–¡Cállate!

Moliwda se detiene allí donde el camino se bifurca: uno va hacia Kamieniec y el otro, a Lwów. Se vuelve para mirar atrás. Ve la figura de Nachman, pensativo, a merced de un caballo que camina al paso, como si fuera siguiendo la línea del horizonte, como un funámbulo dormido.

«EL MOLINERO MOLE ARINA»

Moliwda recibe la carta donde se le comunica su nombramiento como mareschalcus curiae en el palacio del arzobispo Łubieński cuando se encuentra en Kamieniec, en casa del palatino Kossakowski, su cuasi primo, adonde ha llegado desde Iwanie aparentemente para hacer una visita de cortesía, aunque en realidad en busca de un buen baño, alguna que otra prenda de ropa y, cómo no, de libros y chismes. Sin embargo, no ha encontrado allí a Katarzyna, siempre de viaje, y el primo Kossakowski no sirve para una conversación de cierta enjundia: no para de hablar de perros y caza. Después de apurar varias copas de vino húngaro propone a Moliwda acudir a un lugar donde los esperan las mejores muchachas. Moliwda rechaza la invitación: después de Iwanie se siente saturado. Por la noche juegan a los naipes con el señor Marcin Lubomirski, el ruidoso comandante de la guarnición que acapara en su persona toda la atención, y es justamente entonces cuando llaman a Moliwda, pues acaba de llegar un emisario de Lwów con una carta a su nombre.

La noticia es de las que fulminan. Moliwda no se la esperaba. Cuando lee la carta en la mesa, su rostro sigue expresando una sorpresa mayúscula, pero el palatino Kossakowski lo entiende todo:

–Pero si ha sido mi maravillosa esposita quien le ha brindado este nombramiento a fin de tener a un hombre de su confianza junto al primado. Porque a ese Łubieński ya lo han nombrado primado. ¿Cómo? ¿No lo sabían ustedes?

El señor Lubomirski manda traer de su casa una caja de vino de especial calidad y unos músicos gitanos. La partida de naipes pierde interés. Moliwda está tan alterado que sus pensamientos giran en torno a un futuro inimaginable, a los días que lo aguardan. Sin que sepa por qué, a su memoria acude el día en que, hallándose en el monte Athos bajo el inmenso parasol del cielo, siguió los pasos de un escarabajo mientras la monótona música de las cigarras inundaba su cabeza. Y he aquí hasta dónde ha llegado.

Al día siguiente, pulcramente afeitado y hermosamente vestido, se

presenta en Lwów ante el arzobispo.

Lo instalan en el palacio, donde reinan la paz y la limpieza. Enseguida sale a la ciudad para comprar en la tienda de un armenio un cinturón turco de muchos colores, bellísimo, tejido con maestría, y, también, un caftán. Le gustaría uno cerúleo, pero se imponen las razones prácticas y elige el color del agua oscura, un azul ahumado. Contempla la catedral de Lwów, pero como no tarda en quedarse helado, regresa a su habitación y despliega los papeles. Se dispone a escribir cartas. Pero antes se sumerge en la labor cotidiana que se ha impuesto a fin de no olvidar el griego antiguo: traducir a Pitágoras. Unas líneas al día, si no, se volverá rematadamente tonto bajo el frío, hostil e inmenso cielo polaco.

«Las personas que no reflexionan se parecen a recipientes vacíos. Son las más propensas a dejarse influir; basta con cogerlas de las orejas.» O: «El sabio debe abandonar este mundo como se abandona un banquete.» O: «El tiempo hasta el ajenjo lo convierte en dulce miel.» «La circunstancia y la necesidad hacen que a menudo optes por el enemigo antes que por el amigo.» Tiene la intención de usar estas sabias y reveladoras citas en las cartas del primado.

Mientras tanto un barbero aplica ventosas al arzobispo Łubieński, quien se ha resfriado durante el viaje desde Varsovia, donde permaneció dos meses, y ahora no deja de toser. Alrededor de su lecho han extendido unas cortinas. El padre Pikulski, que está al lado, ve a través de un intersticio la estrecha tira del recio cuerpo del arzobispo donde se ensañan las finas manos del barbero.

El padre Pikulski tiene la irresistible sensación de asistir a algo que ya ha sucedido antes, que sus ojos ya han visto, sus labios ya han pronunciado esas mismas palabras ante el difunto obispo Dembowski, que ya ha estado de pie frente a él como un criado frente a su señor y ha intentado advertirle del peligro. ¿Por qué los jerarcas de la Iglesia son tan ingenuos?, se pregunta para sus adentros y posa la mirada en los elegantes patrones turcos de la cortina. Dice:

–Su Excelencia no debería permitir que se aprueben demandas tan descaradas, pues su aceptación sentaría un precedente a escala mundial.

Detrás de la cortina tan solo se oye un gemido.

–Como no han conseguido legalizar su secta en el marco de su propia religión judía, pretenden un nuevo engaño.

Espera una reacción, pero como esta no se produce, prosigue:

–¿Qué significa eso de querer conservar algunas de sus costumbres y vestimentas? ¿Qué quiere decir lo de «celebrar el sabbat»? O ¿qué significarían sus barbas y peinados? Además, los propios talmudistas no aceptan que los sabsatzevitas vistan al modo judío, porque para

ellos ya no son judíos. Ahora no son nadie y no pertenecen a nada ni a nadie, son como perros callejeros. Sería la peor de las soluciones, volveríamos a echarnos sobre los hombros a unos herejes justo cuando acabamos de derrotar a otros de su mismo pelaje.

–¿A quién se refiere, padre? –llega de detrás de la cortina la débil voz del arzobispo.

–A esos infortunados de los arrianos –contesta el padre Pikulski, quien ya piensa en otra cosa.

–Un bautismo es un bautismo. Cómo les gustaría en Roma un bautismo tan multitudinario, cómo les gustaría... –dice el arzobispo con voz ronca desde detrás de la cortina.

–Pero solo uno incondicional. Debemos exigirles una conversión incondicional, y cuanto antes, mejor, justo después del debate que tenemos planeado para la primavera, como sabe Su Excelencia, cuando el tiempo se torne más benigno. Y sin ningún pero. Tenga presente, Excelencia, que somos nosotros quienes dictamos las condiciones. El primero en bautizarse tiene que ser ese que los dirige, junto con su esposa e hijos. Y con tanta solemnidad y pompa como sea posible para que todos lo sepan y lo vean con sus propios ojos. Sin discusión alguna.

Cuando viene Moliwda, ve que al arzobispo lo está examinando un médico, un judío alto de mirada sombría. Ha sacado de su cofrecito unos vidrios y los coloca ante los ojos de Su Excelencia.

–Voy a llevar lentes, ya me cuesta leer –dice el arzobispo–. Ha hecho usted una gran labor, señor Kossakowski. Constato que todo está arreglado. Apreciamos sus importantes desvelos por traer a esa gente al seno de la Iglesia. A partir de ahora se ocupará usted de ello, pero bajo mis auspicios.

–Mi mérito es pequeño, pues estas ovejas descarriadas arden en deseos de unirse a nosotros –responde Moliwda con modestia.

–No me venga con ovejas descarriadas, señor mío...

–¿Qué ve ahora Su Excelencia? ¿Puede leer estas letras? –pregunta el judío sosteniendo en la mano una hoja donde figura una frase torpemente escrita: «EL MOLINERO MOLE ARINA.»

–El molinero muele harina. Veo bien, muy bien, es un auténtico milagro –dice el arzobispo Łubieński.

–Los dos sabemos que más vale colocarse del lado del más fuerte –interviene Moliwda.

Al parecer un nuevo vidrio también funciona pues el arzobispo suelta leves gritos de alegría:

–Este es mejor todavía, este mismo. ¡Oh, qué bien veo! ¡Cada pelo de tu barba roja, Asher!

Ahora que el médico recoge sus cosas y se marcha, Łubieński se

dirige a Moliwda:

–En cuanto a las antiguas acusaciones, conocidas en el mundo entero, de que los judíos necesitan de sangre cristiana para hacer su pan ácimo… Sołtyk sabe muy bien cómo manejarlas, ¿verdad? –Esboza una ancha sonrisa–. Para mí es como jugar con el filo de un cuchillo sin mango…

–Ellos mismos lo han querido. Creo que será su manera de vengarse.

–El Papa prohibió expresamente tales acusaciones… Pero cuando ellos mismos lo dicen… Algo de cierto debe de haber.

–A mí me parece que no se lo cree nadie.

–¿Y el obispo Sołtyk? ¿Él se lo creerá? Yo no lo sé. Lo que sí sé es que debemos emplear cualquier método para velar por nuestros intereses. Buen trabajo, señor Kossakowski.

Al día siguiente Moliwda parte rumbo a Łowicz para tomar posesión de su nuevo cargo, con un nuevo estado de ánimo rayano en la exaltación. El deshielo ya ha comenzado, los caminos resultan difícilmente transitables, los cascos de los caballos resbalan en los terrones de barro aún congelados y por la tarde, cuando empieza a caer el crepúsculo, el agua en las rodadas se congela y el frío cielo color de azufre se refleja en las finas capas de hielo. Moliwda viaja a caballo, solo, uniéndose de vez en cuando a otros viajeros para abandonarlos tras un cambio de posta. En algún lugar ha cogido pulgas.

Pasada la ciudad de Lublin lo asaltan unos desharrapados con palos, los ahuyenta blandiendo su espada y gritando como un poseso, pero a partir de ese suceso viaja en grupo hasta el mismo Łowicz. Ha tardado doce días en llegar a destino y se pone a trabajar casi de inmediato.

La cancillería del primado ya se ha puesto manos a la obra y uno de los primeros asuntos que hay que abordar es la súplica de los «puritanos» judíos –como los llama el primado Łubieński–, la misma que hace poco Moliwda escribió en Iwanie. Todo parece indicar que será él mismo quien tenga que darle respuesta. De momento ordena hacer varias copias y enviarlas: al nuncio Serra, a la cancillería real, al archivo…

Desde que el primado llegó a Łowicz, Moliwda ha hecho varios intentos de hablarle sobre el asunto, pero Łubieński está enfrascado en la organización del palacio arzobispal que, lamentablemente, ha perdido su esplendor y ya no es lo que era en la época de interregno en la que aquí residía el primado interrex.

Ahora, por ejemplo, acaban de llegar de Lwów los cofres con libros

del primado. Łubieński los examina distraídamente.

–Debería usted, señor mío, averiguar por qué tanto ansían ser bautizados. Si sus razones realmente son desinteresadas y cuál sería el alcance de esa conversión –dice distraídamente.

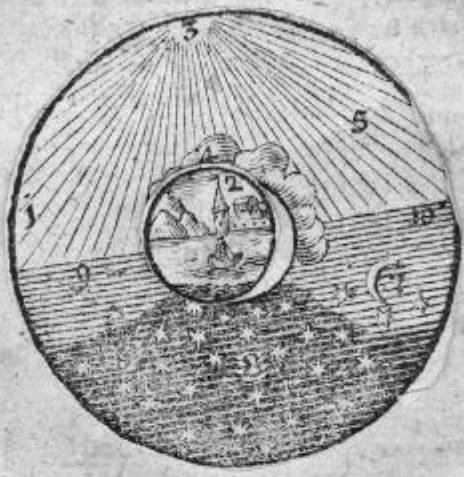
–Solo en Lwów hay al menos cuarenta familias así y los demás proceden no tan solo de nuestra Res Publica, sino también de Hungría, de Valaquia..., y son personas de lo más cultas e ilustradas –miente Moliwda.

–¿Y cuántas son?

–En Kamieniec decían que alrededor de cinco mil, pero ahora, tras los informes más recientes, parece que pueden ser tres veces más.

–Quince mil –repite el primado con admiración y coge el primer volumen que tiene a mano, lo abre y hojea distraídamente–. Nueva Atenas –dice.

IV. EL LIBRO DEL COMETA



Cælum 1 n. 2.	Niebo 1	
rotátur,	się obraca,	
& ambit	i obchodzi (okrąża)	
terram, 2	ziemię, 2	terra, f. 1. ziemia,
in medio ſtantem	w ſrodku ſtoiące,	medius, a, um, ſrodek,

prost

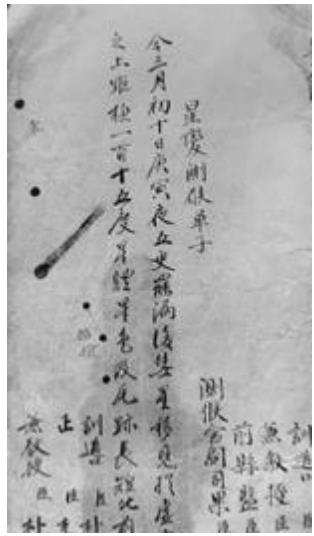
19

DEL COMETA QUE SIEMPRE ANUNCIA EL FIN DEL MUNDO Y HACE APARECER LA SHEJINÁ

Año 1759, día 13 de marzo. En el cielo aparece un cometa y, como obedeciendo su orden, las nieves se derriten de pronto y descienden hasta el Dniéster, que se desborda. Lleva muchos días suspendido sobre el vasto y húmedo mundo, cual estrella de cegadora luz que inquieta y perturba el orden celeste. Visible incluso en la China.

Lo contemplan los soldados mientras se lamen las heridas tras una batalla en Silesia, los marineros que de madrugada se quitan la borrachera sobre el empedrado ante las tabernas de Hamburgo, los pastores que conducen sus ovejas a los pastos de verano en los Alpes, los recolectores de aceitunas griegos y los peregrinos con la concha jacobea prendida en el gorro. Lo contemplan las mujeres que, preocupadas, están a punto de dar a luz y las familias que, hacinadas en la bodega de diminutos barcos, atraviesan el océano en busca de una nueva vida en la otra orilla.

El cometa recuerda a una guadaña que apunta a la gente, un brillante filo dispuesto a cercenar millones de cabezas, no solo las alzadas al cielo en Iwanie, sino también las de las urbes, de Lwów, de Cracovia, incluidas las nobles y aun las reales. Se trata sin duda de una señal del fin del mundo, de un anuncio de que los ángeles están a punto de enrollarlo cual si fuera una alfombra. La función ha terminado. Las cohortes de arcángeles se preparan ya más allá del horizonte. Si se aguza el oído, se oye el entrechocar de sus armas. Es el signo de la misión de Jacob y de todos los que lo siguen en esta difícil marcha. Los que aún dudaban, los que no estaban seguros, se ven ahora obligados a reconocer que el cielo también participa en su peregrinaje. Estos días todo el mundo en Iwanie entiende que el cometa no es sino un agujero perforado en el firmamento por el cual se filtra y nos alcanza la luz divina y a través del cual Dios vigila el mundo.



Los sabios, por su parte, opinan que por él desciende la Shejiná.

Por extraño e inaudito que sea, a Yenta el cometa no la impresiona lo más mínimo. Cuando se mira todo desde donde lo mira Yenta, resultan más atractivos los asuntos pequeños, los humanos, ellos son la urdimbre del mundo. ¿El cometa? No deja de ser un simple filamento luminoso.

Yenta ve, por ejemplo, que Iwanie goza de un estatus especial en la jerarquía natural; no está del todo asentado en la tierra, ni tampoco es del todo real. Las casas están jorobadas como los seres vivos, cual extintos uros euroasiáticos que, con el hocico pegado al suelo, calentaran con su aliento la tierra congelada. Por las ventanas se filtra una luz amarilla, la luz de un sol oscurecido que resulta mucho más intensa que la de las velas. Las personas permanecen durante un rato cogidas de la mano, luego comen de un mismo cuenco y comparten el pan. La sémola humea y los padres, con toda ternura, alimentan con ella a los hijos sentados en su regazo.

Montados en caballos cansados, los correos llevan cartas desde la capital hasta las provincias más remotas, las barcazas cargadas de cereal se deslizan soñolientas rumbo a Gdańsk, el Vístula no se ha congelado este año, y los barqueros se recuperan de la borrachera del día anterior. En las mansiones nobles se cuentan los gastos; las cifras, sin embargo, quedan en el papel, siempre es mejor saldar cuentas con harina o vodka antes que con moneda contante y sonante. Las campesinas barren las eras, los niños juegan con los huesos sobrantes del banquete celebrado tras la matanza del cerdo. Los lanzan al suelo cubierto de serrín y leen en su modo de caer el futuro: ¿Tardará mucho en acabar el invierno? ¿Cuándo llegarán las cigüeñas? En la

Plaza Mayor de Lwów se apresta el mercado, se oyen martillazos, señal de que están ensamblando los tablones de madera de los puestos. El horizonte acaba más allá de Lublin, de Cracovia, en alguna parte del Dniéster o del Prut.

Las palabras que se pronuncian en Iwanie, palabras grandes y fuertes, transgreden los límites del mundo. Más allá de ellas existe otra realidad muy diferente: no hay lengua capaz de expresarla. Sería como poner una seda bordada con hilos de cincuenta y seis colores al lado de un fustán gris: son incomparables. A Yenta, que mira desde donde ningún ser humano podría hacerlo, le recuerda una grieta donde todo es pegajoso y blando, y también carnoso, una grieta donde todo tiene muchos lados y dimensiones, y el tiempo no existe. Cálida, áurea, clara y suave. Cual el cuerpo vivo y extraño dejado por una herida al descubierto, cual la jugosa pulpa que asoma de un corte en la piel.

Es así precisamente como en el mundo aparece la Shejiná.

Jacob habla de ella cada vez más a menudo, en un principio su nombre se pronunciaba poco, pero esa nueva y poderosa presencia se propaga rápidamente por Iwanie.

–La Doncella camina delante de Dios –afirma Jacob al final de una larga tarde de invierno. Es pasada la medianoche, las estufas se han enfriado, el aire helado se cuela en la estancia por las rendijas como hacen los ratones–. Ella es la puerta a Dios y solo a través de ella se puede llegar hasta Dios. Igual que la cáscara precede al fruto.

La llaman Doncella Eterna, Reina Celestial, Auxiliadora.

–Nos esconderemos bajo sus alas –prosigue sus enseñanzas Jacob–. Cada uno la contemplará a su manera.

–Creíais hasta ahora –dice una mañana invernal– que el Mesías iba a ser hombre, cosa del todo imposible porque la Doncella es el fundamento, ella será la verdadera salvadora. Ella será quien gobierne los mundos todos, ya que en sus manos han depositado todas las

armas. David y el Primero vinieron para mostrar el camino que lleva hasta Ella, aunque no terminaron ninguna de las cosas que se habían propuesto. Por eso las terminaré yo en su lugar.

Jacob enciende su larga pipa turca cuya brasa contagia sus ojos con una luz suave y sutil, un brillo que enseguida ocultan sus párpados.

–Nuestros antepasados no sabían lo que con tanto denuedo buscaban. Quizá tan solo algunos fueran en realidad conscientes de estar buscando a la Doncella en todos los textos sagrados y sapienciales. Todo descansa en Ella. Igual que Jacob encontró a Raquel junto al pozo, Moisés, cuando llegó al manantial, encontró a la Doncella.

DE JANKEL DE GLINNO Y DEL FATAL OLOR DEL CIENO

Jankel, el joven rabino de Glinno, un viudo que hace poco enterró no solo a su mujer, sino también a su hijo, ha recalado en Iwanie en primavera a instancias de Nachman, con quien años atrás recibió enseñanzas jasidíes. Mantienen un trato ruidoso para subrayar su mutuo apego. Pero parecen ser más las cosas que los separan que aquellas que los unen. En primer lugar, la altura: Jankel creció y Nachman no. Son como un chopo y un enebro. Cuando caminan uno al lado del otro, la gente, al mirarlos, esboza una involuntaria sonrisa. Nachman es entusiasta mientras que a Jankel de Glinno lo invade una discreta tristeza, teñida además de temor, porque, pese a todo, Iwanie lo asusta. Escucha las palabras de Frank y observa la reacción de la gente. Los que están sentados más cerca del orador no le quitan ojo, no pierden detalle de ninguno de sus gestos; los de la parte de atrás ven y oyen bien poco a la tenue luz de unas cuantas lámparas. Pero cuando suena la palabra «Mesías», un suspiro, o quizá un gemido, recorre la estancia.

Jankel de Glinno, que tiene un familiar en la comunidad judía de Lwów, les trae la noticia de que los talmudistas de toda Podolia han escrito una carta a Jacob Emden de Altona pidiéndole consejo. También dice que los rabinos han enviado otra embajada a la máxima autoridad eclesial, a la mismísima Roma, al Papa.

Jankel, al que aquí llaman irónicamente «señor Glinniański» –pues se da aires y es igual de petulante que los nobles polacos–, está sentado en el mismo centro de la estancia y se muestra satisfecho por el interés que suscita. Habla brevemente y observa el efecto que causan sus palabras.

Constata que sus nuevas inquietan a los congregados, sumidos ahora en el silencio. Solo se oye alguna que otra tos. El pajar, que han transformado en una especie de sala de reuniones, con un hogar en el

centro, deviene un barco que navega en la oscuridad atravesando aguas turbulentas. El peligro acecha por doquier. Resulta extraña esta conciencia de que todo el mundo fuera les desea el mal. Las delgadas paredes de madera de este barco, de esta arca iwaniana, son incapaces de detener las palabras susurradas por los enemigos, sus complots, acusaciones y calumnias.

Jacob, el Señor, que detecta las emociones mejor que nadie, entona con su fuerte voz de bajo una canción alegre:

Forsa damus para verti,
seihuł grandi asser verti.

Lo que en la lengua de los sefardíes significa lo siguiente:

Danos la fuerza para verlo
y la suerte de servirle.

Y todo el mundo ya se pone a cantar «para verti», todo el pajar entero, las voces se unen, y Jankel de Glinno y su mala nueva dejan de existir.

Jankel se aloja en la hospitalaria casa de Nachman y de su jovencísima esposa Wajgełe, apodada la Hormiga. Fingiendo haberse dormido, Jankel aguza a menudo el oído para escuchar cómo discuten sus anfitriones; ella quiere regresar a Busk. La muchacha es muy delgada, con frecuencia tiene fiebre y tose.

El que todo el mundo deba abrazar «de puertas afuera» la fe de Jesús de Nazaret y ser más cristiano que los propios cristianos no le parece honrado a Jankel. Una estafa. Aprecia el deber de hacer vida modesta y piadosa, el hablar poco y pensar con libertad. La verdad debe habitar en el corazón, no en la lengua. Pero ¿¡de ahí a convertirse al cristianismo!?

Nachman disipa sus dudas: convertirse no significa devenir. Queda prohibido, por ejemplo, casarse con una cristiana, ni siquiera tener a una como amante, pues aunque el Señor Santo Baruchia solía repetir: «Bendito sea aquel que permitió todas las cosas prohibidas», también decía que estaba vetada la hija de otro Dios.

Pero Jankel de Glinno se resiste a aceptar tales argumentos. Él es así: nunca se aproxima demasiado, se mantiene a un lado, no atiende a las enseñanzas, o al menos eso parece, sino que descansa apoyado sobre un árbol o el marco de la puerta, como si estuviera a punto de salir y se hubiera detenido por un momento. Observa. Han pasado ya dos años desde la muerte de su esposa y ahora a él, un rabino que vive en soledad en el pobre Glinno, le sobreviene la turbación a causa de

una cristiana, una mujer mayor que él, institutriz de una mansión noble cercana a Busk. Se conocieron por casualidad. Sentada en la orilla, la mujer se remojaba los pies en el río. Estaba desnuda. Al ver a Jankel simplemente le dijo: «Ven aquí.»

Y él, como siempre cuando está nervioso, arranca una brizna de hierba y se la pone entre los dientes: cree que eso le infunde seguridad en sí mismo. Ahora sabe que debería dar media vuelta y desaparecer de la vista de esa gentil, pero no puede apartar la mirada de sus blancos muslos y, de pronto, lo invade un deseo tan inmenso que pierde la cabeza. Además, lo excita el hecho de que están ocultos por juncos tan altos como paredes y que el marjal huele a descomposición y cieno. La más mínima partícula del tórrido aire parece cargada, henchida y jugosa como una guinda a punto de reventar y esparcir su jugo en la piel. Habrá tormenta. Tímido, se acuclilla al lado de la mujer, ve que ya ha dejado atrás la primera juventud: sus pechos, llenos y blancos, tienden hacia el suelo, su barriga, levemente abultada a la altura del ombligo, se ve atravesada por una fina línea marcada por la falda. Quiere decir algo, pero no encuentra ninguna palabra en polaco adecuada para semejante situación. Además, ¿qué va a decir? Mientras tanto, la mano de ella es la que actúa primero, le asciende por la pantorrilla, por el muslo, le roza la entrepierna, luego toca sus manos y su cara, los dedos juegan con la barba. A continuación, suavemente, con un movimiento natural, la mujer se tumba boca arriba y separa las piernas. Jankel, a decir verdad, no cree que exista alguien que, en su lugar, fuera capaz de dar media vuelta. Experimenta un goce tan breve como increíble y permanecen así, los ardientes cuerpos pegados con el sudor, sin pronunciar palabra. Ella le acaricia la espalda.

Quedan en verse más veces en el mismo lugar, pero con la llegada del frío otoñal ella deja de comparecer, gracias a lo cual Jankel de Glinno no vuelve a cometer ese terrible pecado, por lo que se siente agradecido. Por otro lado, empero, lo embarga una añoranza tan inconsolable y una pena tan grande que no es capaz de concentrarse en nada. Toma conciencia de su infelicidad.

En ese momento encuentra a Nachman, con quien años atrás coincidiera en la casa de Besht. Los dos se funden en un abrazo. Nachman lo invita a Iwanie: allí lo entenderá todo en un abrir y cerrar de ojos. ¿Para qué va a permanecer en una casa vacía? Pero Jankel de Glinno se muestra reticente. Nachman, mientras ensilla su caballo, dice:

–No vengas a Iwanie si no quieres. Mas observa tu propia desconfianza.

Así se lo dice: que examine su desconfianza, cosa que seduce

sobremanera al rabino de Glinno. Se queda apoyado en el marco de la puerta, una brizna de hierba entre los dientes, aparentemente indiferente, pero en el fondo profundamente conmovido.

A principios de abril parte a pie rumbo a Iwanie y poco a poco un gran entusiasmo se va apoderando de él, ni siquiera ante sí mismo quiere reconocer lo mucho que le importa encontrarse junto a ese hombre de gorro turco.

Mientras tanto, en el palacio de Busk de la duquesa Jabłonowska, cuando allí se presenta Kossakowska tras varios meses de ausencia, ha estallado un pequeño escándalo. Hete aquí que la institutriz de los jóvenes Jabłonowski, una mujer de cuarenta años ya, ha enfermado de pronto: sufre una especie de edema acuoso que acaba produciéndole un dolor tan grande que mandan llamar a un médico. Este, en vez de hacerle sangrías, pide agua caliente porque la paciente está de parto. La noticia le produce a la duquesa Jabłonowska un ataque de nervios, nunca se le habría pasado por la cabeza que Barbara... Le faltan las palabras... ¡Y encima a esta edad!

Al menos la pelandusca tiene la decencia suficiente de morirse al tercer día del parto, cosa que no deja de ser frecuente con parturientas tan viejas. Su tiempo ya ha pasado. Deja una niña, de poco tamaño pero del todo sana, a la que Jabłonowska está a punto de entregar a los campesinos de su heredad y asistirla desde la distancia.

Pero con la aparición de Kossakowska en Busk, las cosas toman otro derrotero. Pues la palatina, al no tener hijos propios, planea fundar un orfanato con ayuda del obispo Sołtyk, pero el asunto no avanza, siempre se queda en un segundo plano. Así que ruega a Jabłonowska que se quede a la recién nacida en su mansión hasta que se cree el orfanato.

–¿En qué te perjudica, mi querida benefactora? Ni siquiera te darás cuenta de la presencia de una personita más en una mansión tan inmensa.

–Es el fruto de una fornicación... Ni siquiera sé con quién.

–¿Y qué culpa tiene la pequeña?

A decir verdad, no hace falta presionar a la duquesa. La niña es preciosa y muy tranquila; la bautizan el Lunes de Pascua.

DE ACTOS DE EXTRAÑOS, EL SAGRADO SILENCIO Y OTROS JUEGOS IWANIANOS

Un emisario de confianza trae una carta de Moliwda en el mismo momento en que el cometa va desapareciendo. Mientras se seca de la llovizna junto al fuego en una de las estancias, cuenta que ese cuerpo

celeste suscita gran inquietud en toda Podolia y que muchas personas sostienen que el cometa presagia una gran plaga y pogromos como los que perpetró Jmelnitski. Y una hambruna. Y que llegará hasta allí la guerra con Federico. Todo el mundo tiene claro que acaban de empezar los Últimos Días.

Cuando Jacob entra en la estancia, Nachman le entrega la carta en silencio y con una expresión grave e impenetrable en el rostro. Jacob no sabe leerla, así que se la pasa a Chaja, pero como también a ella le cuesta descifrar las adornadas letras, la carta pasa de mano en mano hasta regresar a las de Nachman. Este la lee y en su rostro aparece una amplia sonrisa, pícara y descarada. Dice que el primado Łubieński ha aceptado su súplica. El debate se celebrará en verano y a continuación, el bautismo.

Es una noticia largamente esperada y ansiada, pero al mismo tiempo vaticina lo inevitable. Cuando Nachman se lo dice, se hace el silencio.

No resulta fácil dar el primer paso. Con tanto denuedo les enseñaron cómo deben actuar que se les ha quedado grabado para siempre en la cabeza. Pero ahora deben borrarlo todo, tachar los falsos mandamientos de las tablas de Moisés que los mantienen presos cual pájaros enjaulados. No hagas esto, no hagas lo otro, está prohibido. Las fronteras del mundo sin salvar están construidas con prohibiciones.

–Es como salirse de uno mismo y colocarse a un lado –explicará Nachman a Wajgełe–. La situación se parece a cuando hay que sajar una dolorosa úlcera para extraer el pus. El peor momento es el de tomar la decisión y dar el primer paso; luego, una vez que se arranca, todo se vuelve muy natural. Es un acto de fe, un tirarse al agua de cabeza sin pensar en lo pueda haber en el fondo. Y se sale a la superficie siendo una persona nueva. O como aquel que viajó a países remotos y a la vuelta se da cuenta de que aquello que antes le parecía natural y obvio solo es local y extraño. Y lo que le parecía ajeno y extraño ahora lo comprende y se le antoja como propio.

Sabe, sin embargo, lo que más le preocupa a Wajgełe. Todo el mundo pregunta por ello, por la cópula, como si fuese lo más importante; no las virtudes ni las batallas con la propia conciencia relacionadas con asuntos superiores: todo el mundo pregunta por una misma cosa. Nachman se siente muy decepcionado, la gente no se diferencia mucho de los animales. Cuando se les habla de la cópula, de todas esas cuestiones de cintura para abajo, se les encienden las mejillas.

–¿Acaso hay algo malo en que un hombre se una con una mujer? ¿Acaso es mala la cópula? Hay que entregarse y no pensar, al final

aparecerá el placer que bendecirá el acto. Aunque también sin placer está bien, o tal vez incluso mejor, porque se es consciente de que se cruza el Dniéster y se entra en un país libre. Imagínatelo cuando te venga en gana.

–No quiero –dice Wajgełe.

Nachman suspira: a las mujeres siempre les ha costado más. Se ve que se aferran con mayor fuerza a las leyes antiguas; al fin y al cabo, son más asustadizas y vergonzosas por naturaleza. Jacob decía que les pasa lo mismo que a los esclavos –pues ellas no dejan de ser en gran medida las esclavas del mundo– que nada saben de la libertad, no se les ha enseñado a ser libres.

Los hombres más experimentados, los mayores, la usan como antaño se usaba la mikve. El propio cuerpo y el corazón la anhelan y cuando llega la hora de apagar las velas, es como una fiesta. Porque el acto de aparearse es bueno, no hay nada malo en la cópula de dos personas. Entre las personas cuyos cuerpos se han penetrado mutuamente surge un nuevo vínculo, una especial relación, sutil e indefinida, ya que no existen palabras capaces de expresar bien su carácter. A veces sucede que esas personas se vuelven más próximas, como hermano y hermana, y buscan su compañía; otras, en cambio –también pasa esto–, se sienten avergonzadas la una de la otra y tienen que irse descubriendo. También hay quienes no son capaces de mirarse a los ojos, entonces nadie sabe cómo irán las cosas entre ellos.

Las personas, por lo general, tienden a aproximarse más o menos, se atraen mutuamente en mayor o menor medida. Son asuntos muy complejos, por eso suelen ocuparse de ellos las mujeres, más intuitivas que nadie. Ellas, mejor que los hombres, saben adivinar los porqués... Por ejemplo, por qué Wittel ha evitado siempre a Nachman y por qué Nachman se ha sentido siempre atraído por Chaja Shor. Y por qué ha surgido una amistad tan profunda entre la joven Jachne de Busk e Isaac Shor, pese a que ambos tienen cónyuges.

Lo que hasta ahora estaba prohibido no solo está permitido, sino que incluso se impone.

Todos saben que Jacob asume en su persona los Actos de Extraños más graves, cosa que hace aumentar su fuerza. También es ungido todo aquel que le ayuda en ello.

Sin embargo, no son los actos carnales a los que corresponde la mayor fuerza, sino aquellos relacionados con la palabra, ya que el mundo fue creado a partir del verbo y sus fundamentos se asientan en las palabras. Por lo tanto, el mayor Acto de Extraños, el mayor Acto Excepcional, es pronunciar en voz alta el Nombre de Dios, Shem ha-Mephorash.

Jacob no tardará en hacerlo en presencia de sus más allegados: dos

círculos de elegidos, uno femenino y otro masculino.

Recientemente comieron pan que no era kosher y carne de cerdo. Una de las mujeres tuvo convulsiones, si bien no a causa de la carne, la carne es inocente, sino porque no pudo soportar el cometer semejante acto.

–No es un acto ordinario. Es algo especial. Maasim Zarim, Actos de Extraños –dice Jacob, pronunciando estas palabras como si masticara algo, algo como un cartílago de cerdo.

–¿Cuál es el sentido de los Actos de Extraños? –pregunta alguien que, evidentemente, no estaba prestando atención.

Así que Jacob repite desde el principio:

–Debemos pisotear todas las leyes porque ya no son de obligado cumplimiento, y si no las pisoteamos lo nuevo no podrá aparecer. Porque las leyes viejas estaban hechas para tiempos pasados, para un mundo que aún no estaba salvado.

A continuación coge del brazo a las dos personas que tiene más cerca y de inmediato forman un círculo. Ahora van a cantar, como hacen siempre.

Jacob juega con los niños a hacer muecas. Los niños lo adoran. Justo después de compartir almuerzo, todas las tardes se dedican a los niños; a los más pequeños los acompañan sus madres, y a ellas, que no parecen mucho mayores que sus retoños, también les gusta. Tuercen el gesto y compiten por lograr poner la cara más espantosa. Es difícil afear la carita de un niño, pero el rostro de Jacob sí sabe transformarse. Se oyen chillidos cuando imita quimeras y monstruos, cuando finge ser uno de los balakaben cojos. Una vez que se tranquilizan, los sienta en derredor suyo y les cuenta enrevesadas historias. Hay en ellas princesas sobre montañas de cristal, simplones y príncipes. Hay aventuras en el mar y brujos malvados que convierten a los hombres en animales. A menudo pospone el final del cuento hasta el día siguiente, por lo que toda la juventud de Iwanie está en ascuas: qué es lo que pasará. ¿Logrará el protagonista liberarse del cuerpo de asno en que ha sido encerrado por una mujer celosa?

Cuando el aire se torna más cálido, por el mes de abril, el juego se traslada a la vega. En cierta ocasión Jacob contó a Nachman que cuando era pequeño y vivía en Czerniowce, apareció por allí un badulaque y todos los niños corrían en pos de él, lo imitaban, todos sus gestos, sus terribles muecas, su rabia... y también repetían sus palabras. Cuando el badulaque desapareció, cuando cambió de ciudad, los niños siguieron emulándolo e incluso enriquecieron su repertorio gestual, perfeccionaron la locura de aquel tonto. Fue como una auténtica plaga porque todos los niños de Czerniowce, judíos, polacos, alemanes, rutenos..., acabaron comportándose como él, hasta que sus

asustados padres descolgaron de las paredes las disciplinas y solo a fuerza de azotes les quitaron de la cabeza aquella locura. Pero se equivocaron, pues aquel era un buen juego.

Ahora es él mismo quien hace muecas y los niños las imitan. Se ve cómo su alta figura encabeza el séquito infantil que repite sus extraños movimientos. Ya dan patadas al aire, ya saltan a cada cuatro pasos, ya agitan los brazos. Caminan en fila india alrededor de los estanques cuyas aguas, purificadas durante el invierno, tiemblan, inquietas, reflejando el cielo. Algunos adultos se unen al juego. El viejo Moshe de Podhajce –un viudo al que los casamenteros ya han encontrado novia: Małka de Lanckoruń, de apenas quince años– ha recuperado tanto el vigor que se une al séquito de Jacob siguiendo los pasos de su futura esposa. Esto anima a los demás, pues Moshe es un sabio y por lo tanto sabe lo que hace y no teme el ridículo. ¿Acaso no es el ridículo lo que buscamos?, ¿acaso no está de nuestro lado?, piensa Nachman al tiempo que se lanza a bailar. Da saltitos sobre ambos pies rebotando como una pelota, quiere arrastrar a Wajgełe, tan menuda, un primor, pero ella le da la espalda, enfurruñada, aún es demasiado infantil para jugar a ser niña. Wittel, en cambio, no se hace de rogar, agarra con fuerza la mano de Nachman, sus abundantes pechos saltan graciosamente. La siguen otras mujeres, abandonan en la cuerda la colada que tendían hace un momento, dejan de amamantar a los recién nacidos, interrumpen la labor de ordeñar las vacas y de sacudir la ropa de cama. Al verlo, sus maridos dejan de cortar leña y clavan sus hachas en los tocones. Perdonan momentáneamente la vida al gallo que iba a servir para cocer el caldo. Jeruchim baja de la escalera de mano, interrumpiendo el arreglo de un tejado de paja, y coge de la mano a la risueña Chaja. Jacob conduce a la loca comitiva entre las casas, por encima de una cerca caída, a través de un pajar abierto por ambos extremos y por los diques entre los estanques. Todo aquel que los ve, o se detiene, atónito, o no tarda nada en unirse, hasta que regresan al punto de partida, acalorados, las mejillas encendidas, cansados de tanto reír y gritar. De pronto descubren que son muchos, muchos más que al principio. De hecho, casi todos. Si un extraño se encontrase en Iwanie en este momento, pensaría que es un pueblo de necios.

A última hora de la tarde los mayores se reúnen en la estancia más grande. Se colocan en círculo, hombro con hombro, alternando un hombre y una mujer. Primero cantan, luego recitan una oración meciéndose y apoyándose mutuamente. A continuación, y hasta bien entrada la noche, Jacob enseña, es decir, cuenta historietas, así las llama él. Nachman intenta recordarlas sin perder detalle, pues de vuelta en casa las anota a pesar de la prohibición. Esto le lleva bastante tiempo, por eso siempre anda falto de sueño.

HISTORIA DE DOS TABLAS

Es una historia que los de Iwanie se saben de memoria.

Cuando los judíos se disponían a salir de Egipto, el mundo estaba ya listo para ser salvado, todo estaba a la espera, tanto abajo como arriba. Era impresionante, pues el viento se detuvo por completo y las hojas de los árboles no se movían, las nubes se deslizaban por el cielo con tal lentitud que solo los más pacientes podían advertir su movimiento. Lo mismo ocurría con el agua: tornose densa como la nata; la tierra, por el contrario, era tan líquida e inestable que a menudo los pies de la gente se hundían en ella hasta los tobillos. No piaba ningún pájaro, no volaba ninguna abeja, el mar no ondeaba, la gente no decía nada, reinaba un silencio tal que se podían oír los latidos del corazón del más diminuto de los animales.

Todo se detuvo a la espera de la nueva Ley y todos los ojos se volvieron hacia Moisés, quien ascendió al monte Sinaí para recogerla de las manos de Dios. Lo que realmente sucedió fue que Dios en persona grabó la Ley en dos tablas de tal manera que fuese visible para los ojos humanos y comprensible para las humanas mentes. Era la Torá de Atzilut.

Pero durante la ausencia de Moisés su pueblo cedió a la tentación y se entregó al pecado. En aquel momento Moisés, mientras descendía del monte y veía lo que estaba pasando, pensó: Los he dejado por tan corto tiempo y ellos no han sabido perseverar en la virtud. Así que no son dignos de la generosa y magnánima ley que Dios les ha destinado. Y, presa de la mayor desesperación, rompió las tablas arrojándolas contra el suelo con tanto ímpetu que estallaron en mil pedazos y quedaron reducidas a polvo. Entonces se desató un vendaval que estampó a Moisés contra una roca, agitó las nubes y el agua y volvió a endurecer la tierra. Moisés comprendió que su gente no estaba lo suficientemente madura para la Ley de la libertad del mundo salvado. Apoyándose sobre la roca, permaneció todo el día y toda la noche sentado mientras contemplaba desde lo alto las hogueras que ardían en el campamento de su pueblo y oía sus voces, el ruido de los tambores, la música y el llanto de los niños. En aquel momento compareció ante sus ojos Samael bajo la apariencia de un ángel y le dictó los mandamientos que a partir de entonces habían de mantener en cautiverio al pueblo de Dios.

Para que nadie conociera la auténtica Ley de la libertad, Samael recogió hasta el último pedazo de la destrozada Torá de Atzilut y los dispersó por el mundo, por muchas religiones. Cuando viniera el Mesías, tendría que entrar en el reino de Samael para recuperar los fragmentos de las tablas y presentar de nuevo la nueva Ley en su

última revelación.

–¿En qué consistía esa Ley desaparecida? –pregunta Wajgełe a Nachman cuando se acuestan.

–Puesto que fue dispersada, ¿quién puede saberlo? –le contesta con cautela–. Era buena. Respetaba a las personas.

Pero ella es terca.

–¿Era lo contrario de lo que hoy está en vigor? «No cometerás adulterio» ¿ahora significa cometerás adulterio? Y «no matarás», ¿matarás?

–No es tan sencillo.

–Siempre me respondes lo mismo: no es tan sencillo. No es tan sencillo... –lo imita y enfunda sus delgadas piernas en unas medias de lana.

–La gente quiere explicaciones sencillas y por eso hay que simplificarlo todo, y como está prohibido apuntarlo, todo se vuelve... tonto, así o asá, negro, blanco, como un golpe de azada. Lo sencillo es peligroso.

–Yo quiero comprender todo eso, pero no lo consigo.

–Wajgełe, tanto a ti como a mí acabará por llegarnos la hora. Es la gracia de Dios. Desde la venida de Shabtai, la antigua Ley Mosaica, la de Samael, ya no rige. Así se entiende la conversión al islam de nuestro señor Shabtai. Porque vio que Israel, al aplicar la Ley Mosaica, ya no servía al Dios de la Verdad. Por eso nuestro Señor abandonó la Torá en favor de Din Islam...

–¿Sacas algo en claro de todo esto, Nachman? ¿De qué te sirve? ¿Acaso la verdad no es sencilla? –dice Wajgełe medio dormida.

–... y nosotros vamos rumbo a Edom. Dios nos ha asignado tales actos.

Wajgełe no contesta.

–¿Wajgełe?

Silencio, solo se oye la respiración regular de la muchacha.

Nachman se levanta de la cama tan torpe como delicadamente para no despertarla y enciende el candil. Lo oculta con un tablón para que nadie lo vea en la ventana. Se dispone a escribir. Solo se echa por encima una manta. Y empieza:

RETAZOS. OCHO MESES DE LA COMUNIDAD DEL SEÑOR EN IWANIE

Existe en el Ein Sof, es decir, en el mismísimo Infinito, en la divina fuente, el bien absoluto que es comienzo y fuente de todo lo perfecto y bueno que hay en el mundo. Es la perfección, y la perfección no precisa de ningún cambio, es digna e inalterable, no hay en ella movimiento alguno. Mas para nosotros, que miramos desde lo más

hondo del mundo creado, desde la distancia, esa inmovilidad parece muerta, así que es mala, y, sin embargo, la perfección excluye el movimiento, la creación, los cambios, así que también la mera posibilidad de nuestra libertad. Por eso se dice que en el fondo del bien absoluto se oculta la raíz del mal, que constituye la negación de todo milagro, de todo movimiento y de todo lo que sea posible y aún pueda ocurrir.

Para nosotros, pues, los seres humanos, el bien es algo diferente de lo que es para Dios. Para nosotros consiste en la tensión entre la perfección de Dios y su retirada a fin de que pudiese surgir el mundo. Para nosotros, el bien es la ausencia de Dios allí donde pudiera hallarse.

Nachman se frota los dedos helados. No puede parar, las frases asaltan su cerebro.

Cuando los receptáculos se quebraron y surgió el mundo, este enseguida comenzó a encaramarse hacia el lugar de donde había caído, de abajo arriba, de lo menos a lo más perfecto. El mundo se va elevando cada vez más y se perfecciona, conquista nuevas posesiones y las agrega a las anteriores, convierte en fuerza y brillo las centellas liberadas del cascarón de la materia. Es el tikún, el proceso de reparación al que el hombre puede contribuir. Este proceso de elevación tiene que transgredir la ley existente y crear una nueva para, más adelante, volver a transgredirla. Nada ha sido dado de una vez para siempre en este mundo de cascarones muertos. Quien no se mueve hacia arriba, se estanca, es decir, cae.

Esta última frase, inesperadamente, lo calma. Se estira y mira a Wajgełe dormida. Lo embarga la emoción.

Cuando cruzábamos cantando el Dniéster, esa vez gallarda y abiertamente, pues llevábamos la carta del rey que nos hacía libres en este país, pensé que todo se componía igual que esas piedras de diferente color cada una que, cuando están dispersas, no se ve entre ellas relación ni subordinación alguna, mas cuando están dispuestas según cierto orden, revelan una imagen clara y obvia.

Iwanie tuvo que sernos dado para que aquí creásemos una gran familia que perdurará años, e incluso si nos vuelven a dispersar, si desaparecemos en alguna parte del mundo, los lazos iwanianos permanecerán siempre. Porque aquí, en Iwanie, somos libres.

Si nos diesen en propiedad un pedazo de tierra, como dice Jacob, para toda nuestra vida y la vida de nuestros hijos, si pudiésemos gobernarnos según nuestras leyes sin perjudicar a nadie, no

temeríamos la muerte. Quien tiene un pedazo de tierra se vuelve inmortal.

Había un sabio en Wilno, se llamaba Heschel Zoref, que enseñaba que según la gematría existe la identidad numerológica entre las palabras Polin, es decir, Polonia, y Zefo, el nombre de un nieto del bíblico Esaú. El ángel protector de Esaú y su familia no es otro que Samael, quien también es protector de Polonia. Polonia, correctamente, debería llamarse Reino de Edom. El nombre Zefo tiene las mismas letras hebreas que Zafón, es decir, norte, y tienen estas el mismo valor que Polin-Lita, es decir, Polonia-Lituania. Y es sabido que Jeremías 1,14 dice que cuando venga la salvación, lo hará desde un país del norte, es decir, desde Polonia y Lituania.

Edom es el país de Esaú, mas aquí y ahora, en las tinieblas del mundo, Edom significa Polonia. Ir a Edom significa venir a Polonia. Es evidente. Aquí nos comprometeremos con la religión de Edom. Ya lo decía Elisha Shor cuando aún estábamos en Esmirna y yo también lo decía. Ahora todo se está cumpliendo, mas no sería así de no ser por Jacob.

Cuando lo miro, veo que existen personas que nacen con ese algo que yo no sé nombrar con la palabra justa y que hace que los demás les muestren estima y respeto. No sé lo que es: ¿el porte, la cabeza alta, la mirada penetrante, la manera de caminar...? ¿Y si fuera un espíritu que flota a su alrededor? ¿O un ángel que lo acompaña? Basta con que entre en cualquier lugar, sea este el cobertizo más miserable o la cámara más excelsa, para que todos los ojos se vuelvan hacia él de inmediato y aparezca en ellos una expresión de respeto y satisfacción pese a que aún no haya hecho ni dicho nada.

He observado su cara con atención muchas veces, incluso cuando dormía. Ya lo he dicho antes: no es un rostro bello, mas puede llegar a serlo. Tampoco es feo, mas puede llegar a ser atroz. Sus ojos saben ser mansos y tristes como los de un niño. Los mismos ojos, empero, saben lanzar miradas despiadadas como los de un animal de presa observando a su víctima. Entonces se atisba en ellos algo burlón, una chanza cuya frialdad le penetra a uno en el cuerpo. Ni siquiera sé a ciencia cierta de qué color son, pues este también cambia. Unas veces son totalmente negros, sin pupilas, e impenetrables. Otras veces adquieren matices de bronce dorado y se tornan oscuros como la cerveza. En cierta ocasión me di cuenta de que, en lo más profundo de su esencia, son amarillos como los de un gato y de que solo los oscurece para los demás, como si sobre ellos proyectara una dulce sombra.

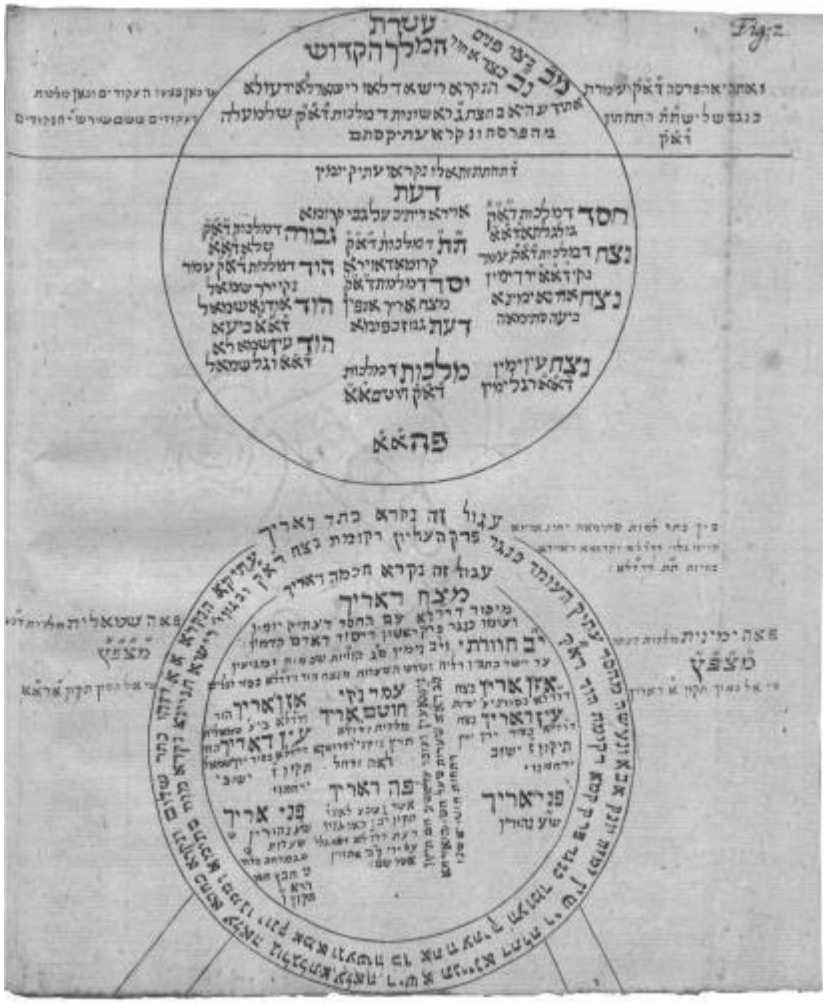
Me permito escribir sobre Jacob de esta manera porque lo amo. Pues como alguien que lo ama le concedo más derechos y privilegios que a cualquier otro. Temo, empero, caer en un amor ciego, exagerado

e insano como el de Hershełe, quien, si le dejaran, se tumbaría a sus pies como un perro.

DE LA DUALIDAD, LA TRINIDAD Y LA CUADRIDAD

En Iwanie dedicamos mucho tiempo a estudiar la Trinidad y paréceme que he captado su sentido.

¿En qué consistiría en realidad nuestra tarea sino en establecer un equilibrio entre la unidad de Dios y la pluralidad del mundo por Él creado? Y nosotros, los seres humanos, ¿acaso no estamos abandonados en ese «entre», entre el Uno y el mundo de las divisiones? Ese inabarcable «entre» tiene su extraño punto crítico: la Dualidad. Es la primera experiencia de un ser pensante: cuando este se percata del abismo que se abre entre él y el resto del mundo. Es el doloroso Dos, la principal fisura en el mundo creado que está en el origen de todas las contradicciones y de todo dualismo. Esto y aquello. Tú y yo. Izquierdo y derecho. El Sitra Ajra, o sea, el otro lado, el lado izquierdo, las fuerzas demoníacas bajo la forma de los añicos de los receptáculos que no retuvieron la luz a la hora de romperse (la shevirat hakelim): este es el Dos. Si no existiera el Dos en el mundo, este sería muy diferente, aunque resulta difícil imaginárselo; Jacob seguramente sabría. Una vez, hasta bien entrada la noche, nos estuvimos devanando los sesos intentando solucionar este problema, pero nuestras cabezas ya piensan siguiendo el ritmo de: dos, dos, dos.



La Trinidad es sagrada como una esposa sabia: concilia contradicciones. El Dos es como una joven cierva: salta por encima. Por eso es sagrada, porque amansa el mal. Sin embargo, precisamente porque la Trinidad está obligada a actuar constantemente en aras del equilibrio que ella misma perturba, ella misma es voluble, y solo el Cuatro alcanza la mayor santidad y perfección que restaura las proporciones divinas. No en vano el nombre de Dios se compone de cuatro letras, así como todos los elementos del mundo por Él creado (Jeruchim me dijo un día que ¡incluso los animales saben contar hasta cuatro!), y todo lo que tiene importancia en este mundo tiene que ser cuádruple.

En cierta ocasión Moshe cogió en la cocina masa para hacer brioche trenzado, la trajo a la estancia y se puso a moldear una forma. Nos reímos de él, Jacob el que más, ya que nada hay más alejado

entre sí que Moshe y cocina.

«¿Qué es esto?», nos preguntó mostrándonos el resultado de su trabajo.

Al ver sobre la mesa la letra álef moldeada con la masa así se lo dijimos unánimes. Entonces Moshe cogió las puntas de la sagrada letra hecha con la masa y con varios sencillos movimientos la enderezó.

«Y esto ¿qué es?», volvió a preguntar.

Era una cruz.

Moshe afirmó que la sagrada letra era el embrión de la cruz, su forma inicial. Y que si fuera una planta viva acabaría creciendo en forma de cruz. Y en la cruz reside un gran misterio. Pues Dios es uno en tres personas y a esa trinidad de Dios añadimos la Shejiná.

Sin embargo, este conocimiento no estaba destinado a todos. Las personas que se habían reunido con nosotros en Iwanie eran de orígenes y experiencias vitales tan diferentes que fuimos unánimes en decidir no desvelarles ese sagrado conocimiento para que no lo interpretasen equivocadamente. Cuando me preguntaban por la Trinidad, me llevaba la mano a la frente, me tocaba la piel y decía: «Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.»

También hubo conversaciones que manteníamos tan solo entre nosotros, en pequeño grupo y en voz queda, porque las paredes de las chozas iwanianas eran delgadas, y cuando acabábamos de escribir cartas, teníamos los dedos manchados de tinta y los ojos tan cansados que observar el baile de las llamas de las velas les servía de descanso. Entonces Moliwda nos contaba cosas sobre las creencias de sus bogomilos, así los llamaba, y nosotros descubríamos, no sin sorpresa, que teníamos con ellos mucho en común: como si la senda por la que caminábamos tanto nosotros como ellos fuera una sola en el inicio y luego se bifurcase para quizá volverse a encontrar más tarde, igual que nuestros dos caminos en Iwanie.

¿Acaso la vida misma no resulta extraña a este mundo? ¿No le somos extraños nosotros y no le es extraño nuestro Dios? ¿No es por eso por lo que parecemos diferentes, lejanos, temibles e incomprensibles a los que de verdad pertenecen a este mundo? Mas este mundo también al diferente le parece igual de extraño e incomprensible, le resultan incomprensibles tanto sus leyes como sus costumbres, pues llega desde la lejanía más remota, desde fuera, está obligado a soportar el destino de un extranjero, solo e indefenso, del todo incomprendido. Nosotros somos extraños de los extraños, judíos de los judíos. Y seguimos echando de menos un hogar.

Como no conocemos los caminos de este mundo, nos movemos por él indefensos, a tientas, sabiendo tan solo que somos unos extraños.

Moliwda decía que en cuanto nosotros, los extraños, al vivir entre

los otros, nos acostumbrásemos a saborear los encantos de este mundo, estos acabarían siendo de nuestro agrado, no tardaríamos en olvidar de dónde habíamos llegado y cuál era nuestro origen. En ese momento terminaría nuestra desdicha, mas a costa de olvidarnos de nuestra naturaleza, y este es el instante más doloroso de nuestro sino, el sino del extraño. Por eso debemos recordar nuestra condición de extranjeros y guardar esa memoria como lo más preciado. Identificar el mundo como el lugar de nuestro destierro y sus leyes como algo ajeno a nosotros...

Cuando Nachman termina de escribir, empieza a amanecer; al cabo de un instante, justo bajo su ventana, un gallo canta con tal dramatismo que Nachman se estremece, como si él mismo fuese un demonio nocturno temeroso de la luz. Se acomoda entre las cálidas sábanas y permanece largo rato tumbado boca arriba, incapaz de conciliar el sueño. A su mente acuden palabras polacas que se aglutinan en frases, y, sin que él mismo sepa cómo, compone en la cabeza su oración sobre el alma, solo que esta vez en polaco. Y como ayer vieron por Iwanie a unos gitanos, también estos se abren paso en su cabeza y saltan a los versos con sus abigarrados carros:

Como el marinero, que del mar
visita abismos insondables,
y el gitano en su campamento errante:
mi alma escapa de todo mal;

no la retendrá el aire de los calderos,
ni el morral del corazón,
ni ninguna docta institución que dicta
qué cosas serán primero
y qué privilegios otorga el nacimiento.
Cambia porque no cambia
mi alma en sus alientos.

Si, mi buen Señor, ha de marchar
mi alma a tu acogimiento,
concédele en tu seno un digno hogar.

Y, sin darse cuenta, Nachman se duerme.

DEL APAGADO DE VELAS

En la noche del 14 al 15 de julio, una vez fijada la fecha del próximo debate, se reúnen en la estancia mujeres y hombres, cierran a

cal y canto las contraventanas y encienden las velas. Se desnudan del todo, despacio, algunos dejan la ropa cuidadosamente plegada, como si entrasen en la mikve. Todos se arrodillan sobre el suelo de madera y Jacob coge la cruz. La coloca sobre el banco, luego besa una figurilla, un pequeño terafín que ha traído Chaja, y la coloca junto a la cruz, a continuación enciende una vela alta y se levanta. Ahora va a dar vueltas al banco un hombre desnudo, peludo, con la virilidad balanceándose entre las piernas. El incierto brillo de la vela saca de la oscuridad los cuerpos de los demás, de color gris anaranjado, y sus cabezas doradas agachadas sobre el pecho.

Los cuerpos son muy concretos: se ve la hernia de Moshe y el fláccido vientre de Wittel, producto de sus muchos partos. Se lanzan miradas de soslayo mientras Jacob dibuja círculos con los pies, musitando una oración: En nombre del Primer Grande..., en la idea de la vida que trae la luz de las luces... Resulta difícil concentrarse en lo que dice cuando a esa luz tenue y mortecina se ha revelado un mundo diferente. Una de las mujeres suelta una risa nerviosa, momento en que Jacob se detiene y, con rabia, apaga la vela de un soplido. A partir de entonces todo se desarrolla en la oscuridad. Para lo que deben hacer, la oscuridad se vuelve un bálsamo.

Pocos días más tarde Jacob les manda colocarse en círculo y permanecer así, de pie, durante el martes, miércoles y jueves hasta mediodía. Se mantienen día y noche juntos, todo el grupo, formando ese círculo. Queda exonerada la mujer de Isaac, pues se ha desmayado al cabo de pocas horas y tiene que acostarse. Los demás se quedan. Tienen prohibido hablar. El calor es sofocante, parecieran poderse oír las gotas de sudor deslizándose por la cara.

EL HOMBRE QUE NO POSEE UN PEDAZO DE TIERRA PROPIO NO ES UN HOMBRE

–Si en alguna parte existe un cementerio más hermoso que en Satanów, iré caminando descalza hasta Lwów –dice Hawa, la mujer de Chaim.

Y pese a que no tiene motivo alguno para hablar de la muerte y a que no se debe juzgar la tierra según los cementerios, el de Satanów es realmente hermoso, cosa que confirman otros: desciende admirablemente sobre el río.

–Como el de Korolówka –añade Pesełe, que está aquí con su familia desde mayo–. De acuerdo, que sea el segundo cementerio más hermoso.

–Pero el nuestro, el de las afueras de Satanów, es más grande –continúa la mujer de Chaim–, desde él se ve medio mundo. Abajo, en el río, hay un molino rodeado de agua donde nadan patos y ocas...

Este molino lo tiene en arriendo su padre y un día, en virtud de la jazaká, ley que establece el derecho de heredar las tierras arrendadas, les pertenecerá en propiedad. El pueblo está situado sobre una colina y dos cosas saltan a la vista de inmediato: el pequeño castillo del amo y señor de estas tierras, ya muy deteriorado, erigido junto a la estrada para que el señor pudiera controlar quién y con qué viaja, y una sinagoga en lo alto, como si fuera una fortaleza, de estilo turco. Y aunque llevan ya años sin tener contacto con ella, Hawa no va a mentir: la sinagoga es excepcional. Al caminar por el empinado y sinuoso sendero que va desde la estrada hasta el pueblo, hay que pasar junto a la sinagoga, no hay otro camino. En el pueblo hay una pequeña plaza de mercado donde una vez por semana se monta un mercadillo: siempre el lunes. En torno a la plaza, como en todas partes, se alternan puestos cristianos y judíos, y a veces, en verano, también armenios y turcos.

Sin embargo, tendrían que obtener tierra de las heredades episcopales, solo de manos de la Iglesia. ¿Quién va a dar tierras gratis a los judíos? ¡O del rey!, sugiere alguien. El paraje más hermoso está allí donde el Zbrucz desemboca en el Dniéster.

–¿Quién va a regalar a los judíos un lugar cerca de un río? –pone en duda alguien.

–Con uno chico bastaría... y además un pedazo de bosque y de río, aunque sea tan pequeñito como el Strypa, donde pudiéramos disponer estanques en los que criar nuestras propias carpas –sueña Hawa.

–¿Quién va a entregar a los judíos tamaña fortuna? –interviene de nuevo el de las dudas.

–¡Pero si ya no somos judíos! ¿O sí? ¿Seguimos siendo judíos?

–Siempre seremos judíos, pero a nuestra manera.

Sería maravilloso poder vivir según nuestras propias reglas, sin tener que dar explicaciones a nadie, sin tener encima un noble al que obedecer, o un cosaco al que temer, mantener buenas relaciones con la Iglesia, cultivar la tierra, comerciar, tener hijos, un huerto y una tienda, por diminuta que fuera. Cultivar y recoger hortalizas en la parte trasera de la casa.

–¿Has visto la sinagoga de Husiatyn? –pregunta a Hawa, algo rezagado, el viejo y sordo Lewiński–. ¿No la has visto? ¡Ay, ay! Entonces no sabes nada. Es la más grande y hermosa de todas.

Al otro lado de la ventana los niños juegan haciendo ruido. Fingen luchar con varas y disparan cañones que no son sino viejos tallos de angélica. Juegan niños judíos y niños cristianos de la aldea vecina que, curiosos, vienen a Iwanie. Se acaban de asignar los papeles sin preocuparse por sus orígenes. Unos hacen de tártaros, otros de «moscovitas». En la batalla con palos y juncos desaparecen todas las diferencias.

DE LA PALABRA MASZTALERZ Y EL APRENDIZAJE DE LA LENGUA POLACA

La palabra masztalerz divierte a Jacob sobremanera.

Aprenden el polaco por las tardes, mujeres y hombres juntos. Les enseñan Chaim de Varsovia y otro Chaim, un joven de la familia Shor. Empiezan por cosas básicas: stół (mesa), nóż (cuchillo), łyżka (cuchara), talerz (plato)... Dicen: «Pásame el cuchillo (nóż). Coge la cuchara (łyżka). Masz talerz (Aquí tienes tu plato)».

Pero si masztalerz significa caballerizo, entonces es el hombre que cuida de los caballos. A Jakob, que conoce esta palabra, le divierte sobremanera esa coincidencia. Durante la cena pasa a Nachman un plato y le dice:

–*Masz talerz.*

Todos los que saben de qué va la cosa estallan en risas. Pero no así Nachman.

Jacob recibió este libro polaco de los Shor y ahora de él aprende la lengua. En un principio le ayudaba Wittel, pero como ella tampoco sabe leer bien polaco, han contratado a un profesor. Se trata de un joven preceptor de la mansión noble vecina. Viene cada dos días. Leen sobre animales. El primer fragmento que Jacob puede leer solo trata de los animales que estaban en el arca de Noé:

Los animales ex putri materia, los que se multiplican de la putrefacción, no estaban, pues Gusarapos, Pulgas y otros siempre pueden genus suum reparare, aunque se extingan; allí donde algo se pudra, se descomponga, de inmediato aparecerán los gusanos. Nierembergius, el Autor de Historia Naturae, afirma que esos Animales no son obra de DIOS, sino que son su Madre la corrupción y la putrefacción.

Resulta difícil seguir el hilo cuando se lee en polaco. Es una lengua extraña.

DE LOS NOMBRES NUEVOS

Al igual que antes Jacob ha elegido siete mujeres, ahora elige a doce hombres de confianza. Les ordena adoptar los nombres de los apóstoles según el Evangelio, que aquí, en Iwanie, se lee a diario.

Primero toma a Nachman y lo coloca a su diestra. A partir de ahora Nachman será Piotr, es decir, Pedro. A su otro lado coloca al viejo Moshe, que será el segundo Piotr. Después les toca el turno a Osman de Czerniowce y a su hijo, quienes se llamarán Jakub (Jacob)

el Mayor y Jakub (Jacob) el Menor. A continuación, en un lugar destacado, casi central, coloca a Shlomo Shor, quien ya con anterioridad usaba el nombre de Franciszek, es decir, Francisco, y el apellido Wołowski. Tras él está Krysa, que ha adoptado el nombre de Bartłomiej, es decir, Bartolomé. En el otro lado está Elisha Shor, ahora llamado Łukasz (Lucas) Wołowski, flanqueado por Yehuda Shor, ahora Jan (Juan) Wołowski, y Chaim de Varsovia, llamado Mateusz (Mateo). También están Hershełe, como Jan (Juan) Segundo, Moshe de Podhajce, como Tomasz (Tomás), y Chaim de Busk, hermano de Nachman, llamado Paweł (Pablo).

Shlomo Shor, o sea, Franciszek Wołowski, el hijo mayor de Elisha, transmite a todos sus conocimientos sobre los nombres. Que cada cual piense en uno nuevo, cristiano. Enumera los doce apóstoles contando con los dedos, pero él mismo se hace llamar Franciszek. ¿Quién era ese Franciszek?, le preguntan.

–Este nombre siempre fue el que más me gustó –dice–. Pero vosotros elegid los vuestros con esmero y sin prisa. No os encariñéis con vuestro nuevo nombre. Tampoco con el país ni su lengua, aunque haya que hablar en ella. Lo más probable es que nuestro nombre surja antes del nacimiento; el sonido que lo crea se corresponde con cierto acorde del universo. Este es el nombre verdadero. En cambio, los que llevamos en la calle, en el mercado, en el carro que avanza por un camino embarrado o aquellos que usan los demás para llamarnos son solo meros apéndices. Tienen la misma utilidad que la ropa que nos ponemos para trabajar. No tiene sentido encariñarse con ellos. Vienen y se van, como todo. Una vez así, otra asá.

Pero a Wittel no la convence. En cierta ocasión pregunta a Jacob:

–Creo que hay que pensar en uno mismo usando un nombre. Hay que poder decir «yo, Wittel», «yo, Jacob», ¿verdad? ¿Cómo referirse a uno mismo si no?

Jacob responde que siempre se ha referido a sí mismo como Jacob, siempre se llamaba Jacob para sus adentros. Pero no un Jacob cualquiera, sino ese Jacob, el único.

–El que vio en sueños una escalera… –adivina Wittel.

Pero Jacob lo niega:

–No, no, en absoluto. El que se cubrió con la piel de un animal y se puso bajo la mano de su padre para que esta lo tomase por otro, por el amado Esaú.

Yenta lo ve todo desde lo alto, ve cómo los nombres se separan de la gente que los lleva. De momento nadie se da cuenta del cambio y todos se dirigen los unos a los otros a la antigua usanza: Chaim, Sprynełe, Lea… Pero esos nombres ya han perdido su brillo, se han empañado, se parecen a la piel de la serpiente a la que la vida la va

abandonando antes de la muda. Es el caso del nombre de Pesełe, que se va cayendo de la muchacha como un camisón demasiado grande mientras debajo ya madura el nombre de Helena, tan fino de momento como esa piel que se forma tras una quemadura: nueva y casi transparente.

Wajgełe suena ahora a dejadez y nada tiene que ver con la muchacha menuda y flaca, aunque fuerte, de piel ardiente, aunque seca, que en este momento carga con el balancín de aguador. Dos cubos llenos de agua. Wajgełe, Wajgełe. De pronto ha dejado de ser apropiado. Lo mismo que Nachman, el nombre parece demasiado grande para su marido; recuerda a un abrigo viejo.

Es precisamente él quien se hace llamar Piotr, es decir, Pedro, antes que nadie. Y le añade Jakubowski, o sea, el de Jakub, el de Jacob. Piotr Jakubowski.

Ese proceso de ir perdiendo los nombres en la hierba de Iwanie podría despertar cierta inquietud, como cuando vemos cosas de un solo uso, existencias efímeras, volátiles, pero Yenta ve a un mismo tiempo un montón de cosas que se repiten. A saber: se repite ella misma. Se repite la cueva. Se repite el gran río y su vado. Se repiten la nieve y las huellas de un trineo que corren paralelas, marcando así el amplio espacio abierto con una inquietante señal doble. Se repiten las plumas de oca en la hierba. A veces se adhieren a la ropa de las personas y viajan con ellas.

DE PINKAS, QUE DESCIENDE AL INFIERNO EN BUSCA DE SU HIJA

Pinkas, el secretario que participa en las reuniones del consejo, escucha con suma atención los debates, sin perder detalle. Rara vez se atreve a intervenir, teme que le tiemble la voz y no pueda dominar el llanto. No son de ayuda ni sus ardientes oraciones ni la gallina con la que su mujer le quitaba un eventual mal de ojo. La gallina fue regalada a los pobres junto con todo el polvo y la suciedad que contenía el alma de Pinkas.

Pinkas siempre ha tenido claro que abandonar la religión verdadera para abrazar una nueva y bautizarse es lo peor que le puede ocurrir a un judío verdadero o a cualquier judío en general. El mero hecho de hablar de ello supone un terrible pecado. Y el acto en sí le resulta inimaginable: es como morir o aún peor que morir. Ahogarse en aguas profundas, estar muerto y, sin embargo, seguir con vida, solo para experimentar el oprobio.

Por eso, cuando Pinkas confecciona los documentos y su pluma da con la palabra shemad, o sea, bautismo, su mano se resiste a escribirla, se crispa ante shin, mem y dálet, como si no fueran

inocentes letras, sino maldiciones. Le viene a la memoria la historia de otro apóstata, Nehemiah Hayon, cuyo caso dio mucho que hablar cuando Pinkas era joven. Hayon también fue partidario de las ideas de Shabtai y, desterrado por los suyos, deambuló por toda Europa, perseguido y expulsado de todas partes. Las puertas se cerraban de golpe ante él. Al parecer, cuando llegó a Viena, enfermo y agotado, los judíos vieneses también lo recibieron con un portazo y no hubo nadie que se atreviese a ofrecerle un vaso de agua siquiera. Hayon se sentó entonces en un patio cualquiera, directamente sobre el suelo, y lloró; tal era su vergüenza que ni siquiera reconocía ser judío cuando los transeúntes le preguntaban qué le ocurría, decía ser turco. A lo largo y ancho de toda Europa, no hubo shabtaiano alguno que, en casa de un judío decente, pudiera contar con algo de hospitalidad, de comida, con una palabra amable siquiera. Nada. Pero en aquella época eran pocos esos cismáticos. Hoy, en cualquier ciudad encontraría a uno de los suyos.

Recientemente fue testigo de una reunión del consejo en la que los rabinos hablaban del libro que esos cismáticos consideran sagrado. Aunque llamarlo «hablar» es excesivo, más bien farfullaban e intercambiaban medias palabras. Pinkas, que tomaba notas en la reunión, se limitó a aguzar el oído, ya que al hablar de ese libro diabólico le ordenaron que dejara de escribir. El rabino Rappaport, ese hombre santo, solo dijo que bastaba con leer dos o tres párrafos para que a uno se le erizaran los pelos de todo el cuerpo con la cantidad de blasfemias contra Dios y el mundo que contenía el maldito texto, donde todo está al revés. Una cosa inaudita. Todas y cada una de las palabras de ese repugnante libro deben ser borradas con denuedo.

Pinkas pasa dando pequeños y rápidos pasos junto a la desconchada pared del edificio en dirección al lugar donde se puede alquilar un carro. La pared encalada deja en su manga una marca blanquecina. Hace poco alguien le dijo que había visto a Gitla en el mercado. Que vestía como una sirvienta y llevaba una canasta en la mano. Pero es posible que no fuera Gitla, sino alguien que se le parecía mucho. Por eso Pinkas, una vez terminado su trabajo en el despacho del rabino Rappaport, no vuelve directo a casa, sino que deambula por las calles de Lwów y mira con tanta atención los rostros de las mujeres que algunas lo toman por un viejo lujurioso.

Se topa en su deambular con dos conocidos, viejos comerciantes, que, inclinados el uno sobre el otro, discuten sobre algo con gesto emocionado y alzando la voz. Se une a ellos y vuelve a oír lo mismo que, desde ayer, levanta la polvareda en toda la ciudad.

Dos judíos de Kamieniec Podolski se disfrazaron de campesinos y, armados con lanzas, intentaron secuestrar a la hija de uno de ellos,

que se había casado con Lejbko Abramowicz y ya estaba preparada, tanto ella como su retoño, a recibir el bautismo. Les dieron una paliza a ambos, al marido y a la esposa. Aun si la hubieran matado, habría sido más justo que permitir el bautismo.

Por eso Pinkas no acaba de entender por qué los rabinos debaten otro asunto diferente. Aluden a una carta en la que se dice que hay que cortar con esos apóstatas, deshacerse de ellos como de una extremidad comida por la gangrena, expulsarlos de la santa comunidad para siempre, condenarlos y, finalmente, relegarlos al olvido. Que nadie recuerde sus nombres. Pinkas se sabe de memoria esta carta, pues la ha copiado cientos de veces:

Abraham ha-Kohen de Zamość a Jacob Emden de Altona

La santa comunidad de Lublin ha pagado mucho por el remedio para el mundo asolado por la plaga. Nuestros sabios, reunidos en Konstantynów para debatir el asunto, consideran que en esa cuestión no existe otra solución que echar mano del engaño para obligar a los apestados a recibir el bautismo, ya que queda escrito: «Los hombres vivirán por separado.» Que esa peste quede apartada para siempre de los hijos de Israel. Gracias a Dios, algunos de ellos ya se han bautizado, entre ellos, el maldito Elisha Shor, sea su nombre borrado de la memoria. Y vigilaremos de cerca a aquellos que aún no se han bautizado y siguen vistiendo ropa judía, así como acuden a la sinagoga para rezar, y en cuanto descubramos sus intenciones ocultas, informaremos de ello a las autoridades cristianas. Con este fin, ya hemos enviado a Lwów a un emisario nuestro para que, al llegar allí antes de que lo haga la secta de esos malhechores, consiga audiencia ante el nuncio papal y le informe de todo. Ojalá se nos brinde la posibilidad de meter entre rejas a esos apóstatas destructores, a esos perros rabiosos que trabajan en contra de Dios, y de imponerles un anatema igual al que impusimos hace pocos años a un tal Moshe de Podhajce y a su maldito guía: Jacob Frank.

Pinkas está firmemente convencido de que la antigua tradición de los padres está en lo cierto: de los asuntos relacionados con Shabtai Tzvi, no decir nada; ni bueno, ni malo; ni maldecir, ni bendecir. Algo de lo que no se habla deja de existir. Sentado sobre un carro cubierto con un pedazo de fustán, se pone a meditar sobre esta sabia máxima. Cuán poderosa es la fuerza de la palabra. Allí donde falte, el mundo desaparecerá. A su lado viajan unos muchachos muy acicalados, parece que van a una boda, y una pareja de judíos mayores. Lo abordan tímidamente, pero Pinkas no se muestra dispuesto a conversar.

¿Para qué hablar? Si se quiere que alguien desaparezca de este mundo, no hace falta hacerlo a sangre y fuego, ni usar violencia alguna. Lo que hay que hacer es callar, no llamarlo nunca por su nombre. Así caerá en el olvido más absoluto. Y a todo aquel que se empeñe en preguntar por él hay que amenazarlo con el jerem.

En su condición de emisario del rabino Rappaport, se aloja en casa del rabino de Borszczów. Ha traído una bolsa entera de escritos y cartas. Incluida la que trata de los apóstatas. La leen por la noche ante todos los miembros de la comunidad en una estrecha estancia hacia cuyo techo vuelan desde las humeantes velas partículas de hollín.

Al día siguiente Pinkas se dirige a la mikve local. Es una casucha de ventanas cegadas con tablones y techo hundido. El interior está dividido en dos partes: en una de ellas, negra de hollín, el huesudo y renegrido encargado del baño está echando troncos de haya a la estufa para calentar el agua de la caldera, y en la segunda, penumbrosa, hay dos bañeras de madera para las mujeres. Más allá, un aljibe excavado en la tierra con capacidad para cuarenta cubos. Marcan su perímetro restos de velas amontonados. Una irregular capa de cera y sebo rodea la pequeña alberca con un borde resbaladizo, fragante y lleno de negros restos de mechas. Pinkas se sumerge en el agua tibia setenta y dos veces, luego se acuclilla lo suficiente para que el agua le llegue hasta el mentón. Contempla la nube entrecana de su propia barba que flota sobre la superficie. Ojalá la encuentre, piensa y repite para sus adentros estas palabras: Ojalá la encuentre, ojalá, ojalá la encuentre sana y salva, se lo perdonaré todo, ojalá encuentre a mi niña, esa niña de alma cándida, ojalá la encuentre.

Esta oración entrecortada y llena de inquietud, pronunciada en secreto porque nadie conoce las intenciones de Pinkas, se prolonga durante largo rato. Se da cuenta de que se ha hecho tarde cuando empieza a temblar; el huesudo y tiznado encargado ha desaparecido y el fuego bajo la caldera se ha apagado. Pinkas está solo en la mikve. Se seca con una toalla de tela áspera hasta que empieza a dolerle la piel. Al día siguiente, lleno de confianza en la ayuda de Dios, finge regresar a Lwów, pero lo que hace es contratar a un carretero miserable y su carro de varales, y parte en dirección a Iwanie.

Cuanto más se aproxima a Iwanie, más aumenta el tráfico. Ve carros repletos de enseres, una carreta cargada con sacos de harina cubiertos por una gualdrapa y una enorme cesta de nueces junto a la cual charlan dos hombres sin prestar atención a nadie. Ve a una familia que viene desde algún lugar cercano a Kamieniec con todas sus pertenencias cargadas en un carro y varios niños. Son ellos, piensa. Le resultan repugnantes, se le antojan sucios: sus abrigos y sus medias, pues algunos visten como los jasidíes y otros como los campesinos,

con sus trapos de campo. ¡Cuánto debe haber pecado para que su hija se les uniera!

–Y tú ¿quién eres? –le pregunta un mocetón descortés junto a una puerta de tablones de madera cuidadosamente adornada con ramas de abeto. Las agujas ya han caído y las ramas desnudas parecen espinas, púas o estacas.

–Soy un judío como tú –contesta Pinkas con calma.

–¿De dónde?

–De Lwów.

–¿Qué quieres de nosotros?

–Estoy buscando a mi hija. Gitla... Es alta... –No sabe cómo describirla.

–¿Eres de los nuestros? ¿Un verdadero creyente?

Pinkas no sabe cómo responder, lucha consigo mismo, finalmente dice:

–No.

El mocetón parece sentir respeto por ese hombre mayor y bien vestido. Le dice que espere y al cabo de un buen rato vuelve con una mujer. Esta lleva un delantal de color claro y un manojo de llaves al cinto de una falda profusamente fruncida. Su rostro, bajo una cofia como las que llevan las cristianas, está concentrado y alerta.

–Gitla –dice Pinkas, y su tono, sin que él se lo propusiera, se torna suplicante–. Se marchó el año pasado, cuando... –no sabe cómo llamarlo– él iba de aldea en aldea. La vieron en Busk. Es alta, joven.

–No sé de dónde, pero yo te conozco –afirma la mujer.

–Soy Pinkas Abramowicz de Lwów, su padre.

–Sí, ya sé quién eres. Tu Gitla no está aquí. Hace al menos un año que no la veo.

Hawa tiene ganas de añadir algo desagradable. Tiene ganas de escupirle a los pies. Decirle, por ejemplo: «A lo mejor yace con algún turco.» Pero ve que el hombre se queda sin aire, que su pecho se hunde y que él mismo empequeñece por momentos. Le recuerda a su padre. Le dice que espere un rato, después le trae algo de comer, pero el viejo ya no está junto a la puerta.

ANTONI MOLIWDA-KOSSAKOWSKI ESCRIBE A KATARZYNA KOSSAKOWSKA

Moliwda, en Łowicz, se sienta a la mesa y moja la pluma en la tinta. Enseguida aparece un borrón enorme; siempre los considera una advertencia. Le echa arena y lo raspa cuidadosamente con la punta de un cuchillo. Esto le lleva un tiempo. Empieza:

Excelentísima señora benefactora:

Tendréis grandes méritos, señora, en el cielo por vuestros desvelos en pro de los contratalmudistas, que ya se están desplazando a Lwów en gran número y, como si fuesen gitanos, plantan sus campamentos en las afueras de la ciudad, directamente sobre el suelo: tal es su deseo de abrazar la nueva fe. Mas vos, señora benefactora, como persona de mente brillante y veloz, bien sabéis que tras ello no se oculta tan solo un repentino amor por la cruz, sino también otras razones, quizá no tan elevadas, si bien muy humanas y comprensibles.

Me han informado de que han escrito otra súplica, y menos mal que esta, por un milagro, ha tenido que pasar por mis manos. Al echar un vistazo a las firmas, vi que la habían escrito Salomón ben Elisha Shor de Rohatyn y Yehuda ben Nussen, o sea, Krysa, de Nadworna.

La sangre me hervía al leerla, pues ¿qué es lo que piden? Primero se quejan de vivir apiñados en las aldeas del obispo de Kamieniec, de haberse de mantener merced a las limosnas y el apoyo de sus hermanos húngaros y de no tener nada que llevarse a la boca ni trabajo alguno. Luego, y os lo cito: «En primer lugar exigimos poder instalarnos en Busk y en Gliniany, localidades situadas en el centro de los verdaderos creyentes, donde vamos a buscar maneras decentes de sobrevivir obteniendo alimento, sea con el comercio, sea con el trabajo de nuestras manos, todo menos ofender a Dios. No concebimos que ninguno de los nuestros se aposente en una taberna ni que, a través del servicio a la embriaguez y el agotamiento de la sangre cristiana, vaya a buscarse el pan, cosa a la que se han acostumbrado los talmudistas.»

A continuación exponen sus condiciones: una vez bautizados, seguirán viviendo en su comunidad, no quieren cortarse los tirabuzones, quieren celebrar el sabbat, aunque también el domingo, y conservar su nombre judío junto al nuevo católico, no van a comer carne de cerdo, no se permitirán matrimonios mixtos y conservarán sus libros sagrados, sobre todo el Zohar.

¿Cómo iba yo a enseñar esta carta al primado? Por añadidura, la han multiplicado en una imprenta y traducido a muchas lenguas. Así que se la resumí en términos generales, sin leerla, a lo que el primado dijo algo que considero definitivo: «No vamos a hacer caso. Y el debate, sea, pero nada más se termine vendrán los bautismos. Sin condición alguna. Una vez bautizados, ya veremos cómo viven, qué tipo de cristianos son. Y que no se demoren más.»

Si pudieseis, señora, ya que os halláis en las proximidades de Iwanie, advertir a Jacob de que desaprovechará la oportunidad que le ha sido concedida a él y a su pueblo si permite tan repentinos exabruptos, así como reprenderlo.

También debo advertiros del obispo Sołtyk, del que se rumorea que, habiendo contraído grandes deudas, se halla en una situación

muy delicada y vulnerable ante cualquier tipo de influencias. Por eso no se resiste a aceptar regalos, cosa habitual en este país. La Res Publica se fundamenta en los regalos; todos se los ofrecen a todos, contando con favoritismos, ayudas, apoyos... Así son las cosas y vos, excelentísima señora, debéis de saberlo mejor que nadie. Las espigas que crecen más alto son las más vacías. Igual que esos hombres que superan a los demás en soberbia y arrogancia que son cabezas vacías con menos inteligencia, mérito y habilidad que nadie. Por eso os debo advertir, señora, de que las intenciones del obispo están trenzadas con cintas diversas, unas bellas y puras, y otras manchadas de barro y vergüenza. Me han informado de que varias veces se reunió en Varsovia con el cajero de nuestro reino...

KATARZYNA KOSSAKOWSKA A ANTONI MOLIWDAKOSSAKOWSKI

... no murmures en contra de nuestro obispo Kajetan, pues está entregado a nuestra causa. Ya sé que, cual jugador perspicaz, se trae entre manos muchos asuntos y que tampoco debo tenerle gran simpatía, pero es peligroso mostrar que tenemos más raciocinio que aquellos que consideran infalibles sus propias opiniones. Tomemos de él lo mejor que tiene.

Contamos asimismo con otro devoto: he logrado atraer a nuestra causa al señor Jabłonowski, el marido de mi querida amiga. Y como este siempre aborda cada asunto de manera harto metódica, de inmediato se puso a pergeñar una gran idea social: crear en sus heredades un pequeño Estado judío que permanecería bajo su protección, y lo enardeció tanto esa idea que ahora viaja de mansión en mansión e intenta convencer a los nobles de lo justo de su proyecto. A mí me gustaría esa idea suya si no fuera por lo quimérico y voluble que es el señor Jabłonowski, y su creación precisaría de numerosas gestiones y diligencias. El duque se ha empapado de lecturas sobre Paraguay, un país en América que fue creado con indigentes y salvajes como los nuestros y cuya existencia lo fascina tanto que Jabłonowski lleva tiempo sin hablar de otra cosa. Pero yo pregunto de qué viven allí los señores nobles, a lo que el duque me responde que allí no hay señores y que todos los hombres son iguales tanto en posesión como ante Dios. ¡No me quiero ni imaginar!

El señor Jabłonowski es conocido por la alta opinión que tiene de sí mismo. Camina a paso majestuoso, con la cabeza bien alta, de manera que a menudo tropieza con sus propios pies. Por suerte tiene una esposa como la que tiene, sensata e inteligente, que lo trata como a un niño grande y se digna ignorar sus excentricidades. Yo misma vi en su casa un gran cuadro de la Madre de Dios en el que también

aparece él levantando el gorro y diciendo: «Couvrez-vous, mon cousin.»

Asimismo se ha unido a nosotros Jerzy Marcin Lubomirski, quien ha aceptado recibir a ciento cincuenta neófitos y brindarles hospitalidad en sus propiedades, puesto que es conocido por su inmensa generosidad (hay quienes la llaman despilfarro). Se ha convertido en gran defensor de la causa, igual que el obispo Załuski...

DE LA CRUZ Y EL BAILE EN EL ABISMO

Por la tarde del mismo día de marzo traen de Kamieniec una cruz, obsequio del obispo, y una carta de invitación.

Jacob habla primero con el rabino Moishe y, a continuación, bastante agitado, convoca a todos a reunirse tras el anochecer en la sala común. Es el último en comparecer, llevando ropa turca de fiesta y tocado con un alto gorro, por lo que parece más grande todavía. Las mujeres forman una fila y él, con la cruz, se coloca en el centro.

–El mundo está marcado con el sello de la cruz –dice.

Primero se la lleva a la frente y permanece en silencio largo rato, después recorre la sala, va y viene, va y viene, lo siguen las mujeres mientras los hombres se colocan en fila, cada uno se apoya en los hombros de su antecesor, y siguen a Jacob y las mujeres, cantando. A continuación, Jacob, como si hubiese recuperado el sentido, coge la cinta prendida a la cruz blandiéndola a un lado y al otro, de manera que todos se ven obligados a dar un salto para evitarla, pero la cogen el vuelo por instinto, pues no se sabe si la cruz entraña amenaza o afecto, así que cuando se la devuelven a Jacob tras sostenerla durante un rato entre las manos, todo eso recuerda un juego. Finalmente, el rabino Moishe, que va justo detrás de Jacob, los reúne a todos en un nutrido grupo y ordena que se cojan unos a otros y se apoyen mutuamente, momento en que Jacob se pone a recitar con su poderosa voz la conocida oración sefardí: «Forsa damus para verti, seihuł grandi asser verti.» Todos la repiten tras él, hasta aquellos que toman estas palabras por un conjuro que sin duda los protegerá del mal. Y así, abrazados unos a otros, bailan cada vez más deprisa, hasta el punto de que la corriente de aire apaga todas las lámparas. Solo queda una, colocada en lo alto, cuya luz ilumina únicamente las coronillas, así que parecen estar bailando en medio de un oscuro abismo.

20

LO QUE VE YENTA DESDE LA BÓVEDA DE LA CATEDRAL DE LWÓW EL 17 DE JULIO DE 1759

La entrada no cuesta mucho, apenas una moneda de seis groszys, de manera que nada ha podido impedir al vulgo el acceso multitudinario a la catedral de Lwów, la cual, pese a su enorme tamaño, no daría cabida a todos los interesados. Y es que con mucho gusto entrarían también los que siguen acampados en los alrededores de la calle Halickie Przedmieście, sobre todo la multitud de sabsatzevitas y judíos desposeídos, aunque también los judíos locales, pequeños comerciantes, vendedoras ambulantes, jóvenes... Muchos de ellos, sin embargo, ni siquiera dispondrían de esos seis groszys, y si por un milagro los consiguieran, preferirían gastarlos en pan.

La guarnición de Lwów se encarga de mantener el orden en los alrededores de la catedral. Gracias a la previsora disposición del cura administrador general respecto a las entradas, en el interior hay asientos suficientes para que los ocupen los burgueses de Lwów, así como los personajes que han venido para la ocasión desde otros lares: el starosta de Rohatyn Łabęcki y su esposa Pelagia, junto a los cuales se sienta el cura decano Benedykt Chmielowski y, un poco más allá, el palatino de Kamieniec Kossakowski y su esposa Katarzyna. Y otros poderosos de la región.

También hay muchos judíos –un espectáculo poco habitual en una iglesia católica– y jóvenes de todo origen que han venido aquí por pura curiosidad juvenil.

Delante de todo, en las primeras filas, están sentados teólogos de diversas órdenes religiosas, así como sacerdotes y dignatarios de la Iglesia. Detrás de ellos se sientan clérigos de bajo rango. A la derecha de la doble fila de bancos colocada en el centro, se plantan en semicírculo los contratalmudistas, un grupo pequeño, apenas unos diez, pues los demás no han podido venir desde Iwanie por falta de carros, según explican. Yehuda Krysa y Salomón Shor están delante de todos. El perspicaz rostro de Krysa, partido en dos por su cicatriz, atrae las miradas. Shlomo, alto, esbelto y con abrigo caro, infunde respeto. Enfrente están los talmudistas, tan parecidos los unos a los otros como dos gotas de agua: barbudos, vestidos de negro con sus amplios ropajes y –cosa que nota Asher, que está cerca de la puerta– una generación más viejos que sus adversarios. Ya han designado a

tres personas para enfrentarse en el debate: Nutka, el rabino de Bohorodczany; el de Lwów, Rappaport, y David, el de Stanisławów. Asher se pone de puntillas para buscar con la mirada a Jacob Frank, le gustaría verlo por fin, pero no encuentra a nadie que pudiera serlo.

En el centro, sobre una tarima, se ve al administrador de Lwów, el padre Mikulski, nervioso y empapado de sudor bajo su magnífica vestimenta morada, así como a dignatarios de la Corona, entre los cuales están el príncipe soberano Zamoyski y los condes Wielopolski, Lanckoroński y Ostroróg, todos primorosamente ataviados con sus largas túnicas llenas de pliegues y ceñidas con cinturón turco; las mangas abiertas y echadas sobre la espalda dejan al descubierto sus coloridos caftanes de seda.

Yenta los contempla desde la bóveda, ve un mar de cabezas, cabecitas, sombreros, gorras y turbantes, lo asocia todo con el brote de setas, de esas armillarias que crecen en grupo y que tanto se parecen, de esos rebozuelos con sombrero de fantasía y de los solitarios boletos anclados a la tierra con su poderoso pie. Luego Yenta hace un rápido movimiento y su mirada desciende hacia un Cristo semidesnudo clavado en una cruz y se pone a mirar a través de los ojos de ese rostro de madera.

Ve a hombres concentrados en mantener la gravedad y la calma, aunque su inquietud resulta evidente. Tal vez uno de ellos, el que está sentado en el centro, el más estrafalario, piensa en la mujer que se ha quedado en la cama, y más concretamente, en su cuerpo, en un lugar de ese cuerpo, para ser exactos, fragante y húmedo. Y los dos que están a su lado tampoco tienen la cabeza en la catedral. Uno está junto a sus colmenas: las abejas se le han enjambrado, el enjambre se ha instalado en un tilo, ¿conseguirá recuperarlo? El segundo repasa mentalmente unas cuentas, se le confunden las columnas y vuelve a empezar desde el principio. Todos ellos van tocados con gorro sármata de gran aguja coronada por una enorme alhaja y una pluma de pavo real, el colorido de sus alegres atuendos recuerda al de los loros, seguramente por eso los tres arrugan la frente y fruncen las cejas, para compensar así el desenfreno cromático de sus vestimentas con la severidad del rostro. Son los más augustos.

Los de la izquierda, sus interlocutores en este debate, son níscalos: sus gorros recuerdan a esas setas. Lo que más les gustaría hacer a los níscalos es poner pies en polvorosa. Están aquí bajo amenaza de cárcel o de multa. Para ellos, el asunto está perdido de antemano, sus argumentos no serán comprendidos, ni siquiera escuchados hasta el final. Los de la derecha son armillarias, se mantienen juntos, llevan ropa pobre de color parduzco, se apiñan y su pequeña multitud ondea, a cada momento sale alguien, luego regresa abriéndose paso con unos papeles en la mano; sus rostros exudan coraje e ira, pero esperan

triunfar. A Yenta no le gustan, aunque reconoce entre ellos a algunos familiares, no importa mucho eso ahora, pues si Yenta hubiese de contemplar sus lazos de parentesco, vería que tanto aquí como allá, fuera de la catedral y en toda la ciudad y en las aldeas que han crecido a su alrededor, en todas partes, hay parientes suyos.

Después de la bienvenida y la lectura de una larga lista de títulos, toma la palabra el anfitrión del debate, el padre Mikulski. Nervioso, se expresa un tanto atropelladamente, pero encuentra apoyo en una cita del Evangelio que lo ancla en un mar lleno de palabras, y, al tener de su lado las Sagradas Escrituras, comienza a hablar con fluidez y sin tropiezos, incluso con brío. Presenta a los contratalmudistas como ovejitas descarriadas que tras un largo deambular han hallado por fin a su pastor, quien ha tenido a bien preocuparse por su destino.

A continuación sale al centro Antoni Moliwda-Kossakowski, un noble, como lo presenta el secretario, el portavoz de los contratalmudistas. De buena estatura y algo ventrudo, ese hombre de incipiente calvicie y ojos acuosos tal vez no cause la mejor de las impresiones, pero cuando empieza a hablar concita en su persona la atención de todo el mundo y se hace un silencio sepulcral. Tiene una voz fuerte, sonora y cálida, y la modula tan bellamente que llega directamente al corazón de quienes lo escuchan. Habla de manera elegante, aunque bastante intrincada, pero con gran convicción; y la gente confía más en la melodía que en las palabras. Lo primero que hace es dirigirse a todos los judíos exhortándolos a convertirse. Hace una pausa después de cada frase para que estas permanezcan más tiempo bajo la bóveda. Y en efecto, cada una de ellas queda suspendida como pelusa de álamo en el inmenso espacio eclesial.

–No es el espíritu de venganza, ni la ira, ni el deseo de responder al mal con el mal lo que nos mueve a presentarnos aquí ante vuestros rostros, tampoco son esas las razones por las que suplicamos a Dios, Creador de corazones racionales, que aquí os convocase. No hemos venido aquí para apelar al juicio de Dios, un juicio justo, sino para que ablande vuestros duros corazones y os lleve al reconocimiento de la ley divina...

Así es todo el discurso de Moliwda: solemne y grandilocuente. La multitud se conmueve, Yenta ve el movimiento repetido del llevarse los pañuelos a los ojos y sabe lo que significa esa emoción. Porque lo cierto es que esos contratalmudistas que se sientan junto a la pared se antojan magros y paupérrimos frente a los rabinos ataviados con largos abrigos y gorros de piel, pese a ser verano. Parecen niños expulsados de sus casas, ovejas extraviadas, peregrinos de tierras lejanas que, cansados y demacrados, llaman a distintas puertas. Son judíos, al menos en apariencia, pero los persiguen y maldicen sus propios hermanos, no pertenecen a sitio alguno. Y sumidas en ese

abatimiento, sus oscuras almas, cual brotes germinados en un sótano, instintivamente buscan la luz y, pobres, vuelven su mirada hacia el cielo. ¿Cómo negarles el acceso al seno de la cristiandad, un seno espacioso, católico, nuestro?

Parecen buena gente: Jeruchim de Jezierzany, Yehuda de Nadworna, apodado Krysa, y Moshe Dawidowicz de Podhajce. Son los que van a tomar la palabra. Un poco más allá están Hirsch de Lanckoruń, yerno de Elisha Shor y marido de Chaja, la cual permanece junto a la pared, y, finalmente, el propio Elisha Shor de Rohatyn acompañado de sus hijos; entre ellos es Shlomo el que más destaca por su cabellera rizada y un abrigo de color chillón. Y más allá todavía, Nussen Aronowicz Lwowczyk, vestido a la turca, y Szyla de Lanckoruń. Los dos constituyen una especie de secretariado. Ante ellos se apilan papeles, hay un tintero y todo un recado de escribir. Al final de todo, ante una mesa aparte, se sientan los traductores: Nachman de Busk y Moliwda. Nachman viste a la turca, colores oscuros y sin oropeles. Menudo, se frota las manos nerviosamente. Moliwda suda bajo su elegante atuendo oscuro.

Detrás de ellos se agolpa una multitud abigarrada y sudorosa: esposas, madres, hermanas y hermanos, todos apiñados e intimidados.

Los bancos de la derecha, asignados a los talmudistas, no están tan abarrotados. Los ocupan una docena de rabinos entrados en años, bien vestidos y de aspecto venerable; es casi imposible distinguirlos, excepto quizá por la longitud y frondosidad de sus barbas. Pero el ojo de Yenta reconoce a los rabinos: Rappaport de Lwów, Mendel de Satanów, Lejba de Międzybóż y Berek de Jazłowiec. Jos Krzemieniecki, rabino de Mohylew, sentado en el borde del banco, se balancea hacia delante y hacia atrás, con los ojos cerrados y el espíritu ausente.

Da comienzo la lectura, punto por punto, del manifiesto impreso para la ocasión. Y cuando llega el momento de debatir el primer punto, el populacho se da cuenta de inmediato de que no recibirá lo que esperaba recibir. Se formulan incomprensibles entresijos y, además, resulta difícil seguir el discurso de los rabinos, pues hablan con ayuda de un traductor, la cosa se alarga mucho, y, encima, el traductor es más que mediocre. Tan solo Rappaport se atreve a hablar en polaco, pero su discurso suena poco serio, ya que tiene un divertido y cantarín acento judío, como si vendiera huevos: le falta autoridad. Así que los reunidos empiezan a impacientarse, murmuran y se mueven inquietos, y no solo los que están de pie, sino también los señores, que ocupan los bancos de la catedral, se susurran cosas al oído o dejan vagar la mirada ausente por la bóveda, desde donde los observa Yenta.

Tras varias horas, el padre Mikulski decide suspender el debate

hasta el día siguiente, que será cuando se dilucidará si el Mesías ya ha venido, como creen los cristianos, o si aún está por venir, como querrían los judíos.

DE LA FELICIDAD FAMILIAR DE ASHER

Cuando Asher vuelve a casa, ya es casi de noche.

–¿Y qué? ¿Estaba ahí? ¿Ha aparecido? –pregunta Gitla en la puerta, aparentemente con indiferencia, como si preguntase por un deshollinador que debía venir a limpiar la estufa.

Asher sabe que ese hombre sigue presente, que de alguna manera vive en su casa, aunque Gitla casi nunca lo mencione. Y no se trata tan solo de su hijo, Samuel. Jacob Frank es como una diminuta planta que vegeta sobre el alféizar de la ventana de la cocina y que Gitla riega a diario. Asher cree que así actúan las personas abandonadas. Un día la planta se secará.

Se asoma a la habitación donde, sobre una gastada alfombra que cubre el suelo, está jugando el pequeño Samuel. Gitla está encinta y por eso está tan nerviosa. No quería a ese niño, pero le resultó difícil evitar el embarazo. Leyó en alguna parte que en Francia se hacían unos capirotes de tripa de cordero para el miembro viril, entonces toda la simiente queda dentro de la capucha y la mujer no queda encinta. Le gustaría tener capuchas así y regalarlas a todas las mujeres que acuden al mercado semanal para que pudieran acostarse con sus maridos sin temor a un nuevo embarazo. La desgracia procede de ese demencial desenfreno a la hora de multiplicarse que se parece al de los gusanos en la carne podrida, dice a menudo mientras recorre la casa con su ya abultada barriga, cosa que le confiere un aspecto risible a la vez que triste. Hay demasiada gente, las ciudades apestan a suciedad, falta agua limpia, repite. Una mueca de asco afea su bonita cara. Y esas mujeres, siempre henchidas, siempre encinta, de parto o amamantando. Los judíos no sufrirían esta desgracia si las judías no se quedaran embarazadas tan a menudo. ¿Para qué quiere la gente tantos hijos?

Al decir esas cosas, Gitla gesticula, su negra y frondosa cabellera, cortada a la altura de los hombros, también se agita con fuerza. En casa no se cubre la cabeza. Asher la mira con amor. Piensa que si le pasase algo malo, a ella o a Samuel, él también moriría.

–¿Acaso el cuerpo de la mujer –repite Gitla a menudo– entrega sus mejores sustancias y crea en su interior un nuevo ser para que este muera y todo resulte en vano? ¡Qué absurdo! Ciertamente, no hay en ello ni inteligencia ni sentido práctico ni nada de nada.

Puesto que Asher ama a Gitla, la escucha con atención e intenta comprenderla. Poco a poco, empieza a compartir sus ideas. La fecha

en que apareció en su casa la ha establecido como un gran día festivo personal, que celebra en silencio consigo mismo año tras año.

Se sienta en el diván, a sus pies Samuel juega con dos ruedas unidas por un eje que le ha hecho papá. Sobre el vientre, ya muy abultado, de Gitla hay un libro: ¿no lo apretará demasiado? Asher se acerca, quita el libro para ponerlo a un lado, pero Gitla de inmediato vuelve a colocárselo sobre la barriga.

–He visto a unos conocidos de Rohatyn –dice Asher.

–Habrán envejecido mucho –contesta Gitla mirando por la ventana abierta.

–Todos estaban abatidos. Esto va a acabar mal. ¿Cuándo empezarás a salir a la calle?

–No sé –responde Gitla–. Cuando haya dado a luz.

–Todo ese debate no está hecho para la gente común. Compiten a ver quién es más sabio. Leen páginas enteras de sus libros, después las traducen, la cosa se alarga y todo el mundo se aburre. Nadie lo entiende.

Gitla deja el libro sobre el diván y endereza la columna vertebral.

–Me apetecerían unas nueces –dice y, de repente, toma la cara de Asher entre ambas manos y le mira a los ojos–: Asher... –empieza, pero no continúa.

EL SÉPTIMO PUNTO DEL DEBATE

Es lunes 10 de septiembre de 1759, el año judío de 5519, día 18 del mes de elul. La gente acude a la catedral poco a poco, algunos se quedan un rato fuera, el calor volverá a ser sofocante. Los campesinos venden dulces ciruelas húngaras y nueces valacas. También es posible comprarles cuartos de sandía dispuestos sobre grandes hojas.

Los participantes en el debate entran por la puerta lateral y ocupan sus asientos; hoy son más porque los contratalmudistas han acudido en nutrido grupo y rodean a su Frank –que se ha dignado venir– cual abejas a su reina. También han comparecido los rabinos de las comunidades de la región y los más destacados científicos judíos, así como el rabino Rappaport en persona, encorvado y ataviado como de costumbre con su largo abrigo, que sin duda le hará pasar calor. Dejan al mismo tiempo entrar en la catedral a los curiosos que han comprado la entrada, pero también para ellos pronto faltará espacio. Los rezagados, por lo tanto, se quedan en el atrio y oyen bien poco de lo que sucede en el interior.

A las dos horas el cura administrador Mikulski abre la reunión e insta a los contratalmudistas a que aporten pruebas de la séptima tesis. Está nervioso, despliega papeles ante sí y se percibe temblor en

sus manos. Echa un vistazo al texto escrito y da comienzo a su intervención; en un principio con torpeza, tartamudea, se traba, pero acaba finalmente por lanzarse:

–El ansia de sangre cristiana entre el populacho talmudista, no solo en el Reino de Polonia, sino también en otros países, está demostrada, pues han acaecido muchos sucesos, tanto en países extranjeros como aquí, en Polonia y Lituania, en los que las talmudistas derramaron cruelmente inocente sangre cristiana y por ese impío acto fueron sentenciados por decreto a muerte. Sin embargo, siempre se han empeñado en negarlo y, queriendo exonerarse ante el mundo, alegaban que los cristianos los acusaban injustamente.

Se le quiebra la voz de lo nervioso que está y tiene que tomar un sorbo de agua antes de proseguir:

–Nosotros, sin embargo, tomando por testigo a Dios, que todo lo ve y que juzgará a vivos y muertos, no por ira ni venganza, sino por amor a la santa fe, ponemos en conocimiento del mundo entero el acto de aquellos talmudistas y vamos hoy a juzgar este caso.

Un murmullo recorre la apiñada y vibrante multitud. Krysa lo repite todo en hebreo y ahora es el grupo de los rabinos el que se agita. Uno de ellos, parece que el rabino de Satanów, se levanta y se pone a insultar a la otra parte, pero lo frenan y lo mandan callar.

Y prosigue la cosa: es Krysa quien habla y a continuación Moliwda lo traduce leyendo en una hoja y lo explica, aunque nada queda claro:

–El libro del Talmud, llamado Oraj Jaim Megine Eretz, lo que significa: El Sendero de los Vivos, La Defensa de la Tierra, cuyo autor es el rabino David, dice: «Mitzve lajzeur ajer yain udym zeijer leydam», lo que significa: «Manda (rabino) conseguir vino tinto, recuerdo de la sangre.» A renglón seguido, el mismo autor añade: «Od reymez leudym zeijer leydam sheojoyu pare shoyjet benai Isruel», o sea: «Es un guiño lo del recuerdo de la sangre roja porque el faraón pasó a cuchillo a los hijos de los israelitas.» Y más adelante se lee la frase: «Vayjuidne nimneu milayikaj yain udym mipney eliloys sheikurym», es decir: «Ahora ya no se toma vino tinto debido a los ataques injustos.»

Vuelve a levantarse el rabino de Satanów y dice algo alzando la voz, pero nadie lo traduce, así que la gente no le hace caso. El padre Mikulski lo manda callar:

–Ya llegará el momento de la defensa. Ahora es menester escuchar los argumentos de la otra parte.

Y ahora Krysa, traducido por Moliwda, demuestra intrincadamente que el Talmud exige sangre cristiana, ya que las palabras «yain udym» los rabinos las traducen como «vino tinto», mientras que en la escritura hebrea las mismas letras (álef, dálet, vav, mem) sirven para escribir tanto la palabra «udym», o sea, rojo, como la palabra «edym»,

o sea, cristiano. Las dos palabras tan solo difieren en los dos puntos –que llamamos syguel y kumets– debajo de la letra álef, por los cuales una vez se lee udym y otra edym.

–Y hay que saber –prosigue Krysa, bellamente traducido por Moliwda– que en el libro Oraj Jaim Megine Eretz, donde se exhorta a los rabinos a buscar vino tinto para la Pascua, no aparecen puntos bajo letra alguna, por lo que esas dos palabras hebreas resultan ambiguas. Así que los rabinos pueden explicarlas ante el vulgo como «yain udym», o sea, vino tinto, y comprenderlas para sus adentros como «yain edym», o sea, sangre cristiana, bajo alegoría del vino –traduce Moliwda, aunque no se sabe si traduce o añade de propia cosecha. Con la vista clavada en la hoja de papel, ha perdido toda su elocuencia y encanto.

–¿¡Qué estáis haciendo!? –exclama alguien entre la multitud en polaco y luego repite lo mismo en judío–: ¿¡Qué estáis haciendo!?

Krysa sigue intentando demostrar que ese supuesto «vino tinto» sería el «recuerdo de la sangre».

–¿De qué recuerdo se trata? ¡Que los talmudistas nos digan de qué sangre! –exclama Krysa mientras apunta con el dedo a los rabinos sentados enfrente–. ¿Y a qué viene ese guiño? ¿A qué viene ese parpadeo? –Se dirige a ellos a gritos y su rostro enrojece.

La iglesia se sume en un silencio sepulcral. Krysa toma una bocanada de aire y dice en voz baja, con satisfacción:

–A todas luces los rabinos querían guardar su secreto y el vulgo debía entender que este solo significaba vino tinto.

Aguijoneado por sus camaradas, ahora es Moshe de Podhajce quien se levanta. Le tiemblan las manos.

–Para las fiestas de Pascua, o sea, el Pésaj, se ha inventado una ceremonia talmúdica que todo el mundo está obligado a celebrar. A saber: la primera noche de la festividad se coloca sobre la mesa una copa de vino en la que cada uno de los comensales sumerge el dedo meñique de la mano derecha y a continuación sacude el vino que gotea dejándolo caer sobre el suelo al tiempo que enumera las diez plagas de Egipto: 1. «dam», es decir, sangre, 2. «tzafardea», ranas, 3. «kinim», o sea, piojos, 4. «arob», es decir, moscas, 5. «deber», pestilencia, 6. «shejin», úlceras, 7. «burod», granizo, 8. «arbeh», langosta, 9. «choshek», tinieblas, y 10. «bejorot», es decir, muerte de los primogénitos. Dicha ceremonia está descrita en el libro cuyo autor, el rabino Juda, designa las diez plagas con tres palabras hebreas: deitzaj, eidash y beahav, palabras que se componen de las letras iniciales de cada una de las plagas. Los rabinos dan a entender a los simplones que esas diez letras solo significan diez plagas. Nosotros, sin embargo, descubrimos en esas palabras iniciales un secreto que ellos –su dedo vuelve a apuntar a los rabinos– guardan para sí mismos y

ocultan al pueblo llano, nosotros mostramos que si se ponen otras palabras bajo esas primeras letras, el resultado es muy distinto: «Dam tzeruhin kiluni al deireh shiyusi beoisoy ish hahumym birushalaim», lo que significa: «La sangre la necesitan todos en el sentido en que lo hicieron los sabios con aquel hombre de Jerusalén.»

Se hace el silencio, los presentes se miran unos a otros: se vuelve evidente que no hay manera de entender nada. Se oyen susurros, comentarios a media voz y el sonido de las pisadas de quienes abandonan el templo, porque algunos, los más impacientes y decepcionados, salen fuera, donde, pese al calor sofocante, el aire es mejor que dentro de la iglesia. Impertérrito, Moshe de Podhajce prosigue:

–Os diré más: en el libro Oraj Jaim, punto 460 sobre la cocción de pan ácimo para la primera noche de Pascua, queda escrito: «Ain lushoin matzes mitsve vailoe oisin oiso al idey akim vailoe al idey heiresh shoite veykuten», lo que significa: «No es ético amasar el pan ácimo para la mitzvá ni cocerlo en presencia de un extraño, un sordo, un tonto o un niño.» En otros días, en cambio –como queda escrito–, se permite amasar la masa en presencia de cualquiera. Que nos digan los talmudistas por qué no está permitido amasar ni cocer pan en presencia de un extraño, un sordo, un tonto o un niño. ¡Sabemos lo que van a contestar! Para que la masa no fermente. Pero nosotros les preguntaremos: ¿Por qué iba a fermentar? Responderán: Porque esa gente la agriaría. Sin embargo, ¿acaso no es posible proteger esa masa? ¿Cómo la iban a echar a perder? Todo radica en que al pan ácimo para el Pésaj se añade sangre cristiana y por eso no debe haber testigos a la hora de amasarlo.

Moshe se calma, las últimas palabras las ha pronunciado casi a gritos. El rabino de Jazłowiec, sentado enfrente, se lleva las manos a la cabeza y empieza a balancearse. Pinkas, que mientras escuchaba el discurso de Moshe solo se agitaba en su asiento, pero al que luego la sangre se le ha subido a la cabeza, se levanta y se abre paso hacia la parte delantera, no sin verse agarrado por las mangas y los faldones de su abrigo por quienes intentan detenerlo.

–¡Moshe! ¿Qué haces? Ensucias tu propio nido. Moshe, tú y yo nos conocemos, estudiamos en la misma yeshivá. Moshe, ¡entra en razón!

Sin embargo, unos soldados de la guarnición con aire marcial le salen ya al paso y Pinkas da media vuelta. Moshe, no obstante, se comporta como si nada hubiera visto. Prosigue:

–Aún queda un tercer punto. El Antiguo Testamento prohíbe terminantemente la sangre, tanto la del ganado como la de las aves, y los judíos no pueden usarla para comer ni beber. No obstante, en el libro de Rambam, segunda parte, capítulo seis, se dice: «Dam haadam ayn jayuvin alav», lo que significa que nos está prohibida toda sangre,

pero cuando se trata de la humana, está permitida. Además, en el Tratado Ketubot, folio 60, está escrito: «La sangre de los que caminan sobre dos piernas es pura.» Que nos respondan quién tiene la sangre pura. No serán las aves... Hay muchos pasajes como este, expresados de forma opaca solo a fin de ocultar la verdadera intención. Nosotros hemos descubierto la verdad. Y lo demás, lo de los frecuentes asesinatos de niños inocentes, es fácil de adivinar.

En cuanto Moshe acaba, un gran alboroto invade la catedral, pero como ya está oscureciendo, el padre Mikulski da por terminada la sesión e insta a los rabinos a que preparen sus respuestas para dentro de tres días. Asimismo insta a todos a mantener la calma. El número de guardias aumenta, pero la gente se marcha con bastante tranquilidad. Lo único que no se sabe es cuándo y cómo salen los rabinos de la catedral.

SEÑAL SECRETA DEL DEDO Y SEÑAL SECRETA DEL OJO

El día 13 de septiembre de 1759, el año judío de 5519, día 21 del mes de elul, ante una multitud de curiosos tan numerosa como la anterior, se pone de pie el rabino de Lwów Chaim Kohen Rappaport y en nombre de sus correligionarios califica en un prolongado discurso la acusación de acto de ira, venganza y flagrante ataque. Y todos los alegatos, como faltos de fundamento y contrarios a las leyes de la naturaleza.

Pesados goterones caen sobre el tejado de la catedral: finalmente, tras larga espera, se ha puesto a llover.

Rappaport habla en polaco, despacio, con cuidado, como si se lo aprendiera de memoria. Invoca testimonios de las Sagradas Escrituras y opiniones sobre los judíos vertidas por Hugo Grotius y otros eruditos cristianos. Con voz profunda y calma, asegura que el Talmud no aboga por hacer mal alguno a los cristianos y termina apelando, en términos grandilocuentes, a la gracia y protección del cura administrador Mikulski, pidiéndole que este, desde lo más hondo de su sabiduría, se digne entender las acusaciones de los contratalmudistas referentes a la sangre cristiana como una mala justificación de sus aviesas intenciones.

Ahora su secretario le entrega un legajo de hojas de papel y el rabino Rappaport empieza a leer en hebreo. Tras la lectura de varias frases, Białowolski lee la traducción al polaco. Allí se dice, respecto a la cuestión del vino tinto, que el Talmud ordena a los judíos tomar cuatro raciones de vino por Pascua y que en las Sagradas Escrituras el vino tinto es considerado el mejor, por lo que es apto para ser tomado. No obstante, si el blanco resulta mejor, también se puede tomar. Esto se hace en recuerdo de la sangre de los hijos de Israel derramada por

el faraón, pues pese a que tal cosa no está expresada claramente en las Sagradas Escrituras, sí lo está en la tradición. También se hace en recuerdo de la sangre del cordero sacrificado por Pascua en Egipto. Cuando una puerta estaba ungida con ella, el ángel encargado de matar a los primogénitos no entraba en las casas de los israelitas. El término «guiño» no aparece en el Talmud, por lo visto los contratalmudistas no se esforzaron en aprender bien el hebreo. Lo mismo ocurre con la sustitución de la palabra «edom» por «edym», que no designa a un cristiano, sino a un egipcio.

La explicación de que las tres palabras: deitzaj, eidash y beahav, compuestas de las primeras letras de los nombres de las diez plagas, significan lo que sostienen los contratalmudistas carece de fundamento. Pues han sido formadas tan solo para facilitar la memoria de las diez plagas y no para designar la sangre cristiana. Esto se llama mnemotecnia, o sea, ciencia para recordar mejor.

El pan ácimo que se cuece por Pascua se lo vigila para que no fermente por un descuido, pues las Sagradas Escrituras prohíben ingerir entonces pan fermentado. Y el libro Oraj Jaim no prohíbe amasar y cocerlo en presencia de un extraño, un sordo, un tonto o un niño, sino por un extraño, un sordo, un tonto o un niño. Así que de nuevo los contratalmudistas se equivocan al explicar ese pasaje del Talmud y es injusta su afirmación de que esto se hace en pos de sangre cristiana. En cuanto a la acusación de que el libro de Rambam permite «ingerir sangre humana», es falsa, ya que dicho libro dice exactamente lo contrario; les convendría a esos contratalmudistas tomar lecciones de hebreo.

Pero puesto que la catedral se sume en una densa oscuridad apenas rasgada por la luz de las velas, el padre Mikulski manda interrumpir la disputa y suspende la sesión en que se dictará sentencia.

KATARZYNA KOSSAKOWSKA ESCRIBE AL OBISPO KAJETAN SOŁTYK

… Mi nariz, que rara vez se equivoca, me dice que Vuestra Excelencia ha empezado a perder interés en nuestra causa debido a que tiene asuntos más importantes en vuestra nueva capital episcopal. Sin embargo, yo me tengo por persona testaruda y me permito incomodar a Vuestra Excelencia con este asunto porque preocupa mucho a mi corazón. Se mezclan en mí sentimientos tanto maternos –pues esos puritanos nuestros me recuerdan a niños huérfanos– como paternos, pues ¡cuánto bien se haría si abandonasen su fe equivocada para entrar en el seno de nuestra Iglesia polaca!

Al igual que nuestros puritanos, también los rabinos presentaron por escrito su defensa ante el consistorio. Sin embargo, esta no causó

tanta impresión sobre los presentes como la propia acusación. Se la consideró débil y carente de buen sentido y de respuesta adecuada. Sobre todo llamó la atención el que los rabinos defendieran el Talmud bien con citas de las Sagradas Escrituras, bien negando los hechos categóricamente. Finalmente, todo giró en torno a asuntos tan nimios como, por ejemplo, si cierto rabino David dio en su Talmud una señal secreta con el ojo o tal vez con el dedo, o por qué los talmudistas debían ingerir vino tinto. No importa. Nadie prestó oídos.

La verdad es que todos los allí reunidos ya nos habíamos formado una opinión al respecto. Por eso mismo nos sentimos muy satisfechos con la sentencia. El padre administrador Mikulski anunció a los congregados que, en cuanto a las primeras seis tesis, se consideraba que los talmudistas habían sido convencidos y vencidos por nuestros puritanos, y en cuanto a la séptima tesis, la referente a la sangre cristiana –por consejo por escrito del nuncio Serra–, el tribunal consistorial la reservó para un detenido examen ulterior y no tomó ninguna decisión definitiva. Lo considero correcto. El asunto en sí era demasiado embarazoso, el apasionamiento demasiado grande, y por lo tanto una sentencia del poder espiritual que dictase la veracidad de las acusaciones de nuestros protegidos, y por lo tanto de las seculares sospechas, podría acarrear a los judíos las peores consecuencias. Pese a cierta decepción del público a este respecto, todo el mundo tomó nota de la sentencia y cada uno se fue a su casa.

De manera que comunico a Vuestra Excelencia que la cuestión del bautizo está zanjada y que ya se ha fijado fecha para el de Jacob Frank, cosa que me alegra sobremanera.

¿Qué tiene para ofrecernos? ¡Muchísimo! Dice –y lo sé por ese primo mío que se llama Moliwda-Kossakowski– que si tuviera buenas condiciones en la Res Publica, lo seguiría una veintena de miles de personas, no solo de Polonia y Lituania, sino también de Valaquia, Moldavia, Hungría e incluso Turquía. Asimismo argumenta sabiamente que todo ese pueblo, desconocedor de nuestras costumbres polacas, no puede ser dispersado cual rebaño de ovejas, pues en tal caso, sin los suyos, se marchitaría y desaparecería, por lo que debe ser instalado en un mismo lugar.

Suplico de rodillas a Vuestra Excelencia que prepare el terreno a estos bautizos en la capital y que apoye nuestra causa con vuestra autoridad.

Yo, por mi parte, intentaré recabar aquí, in situ, apoyos de notables y otros habitantes de Lwów. Se trata de apoyo económico o de cualquier otra ayuda material para esa muchedumbre de judíos pobres que acampa en las calles. Aseguro a Vuestra Excelencia que recuerda a campamentos gitanos y que a largo plazo la ciudad dejará de ser capaz de controlar estos asentamientos callejeros. Por desgracia,

además de la falta de alimentos, existen necesidades corporales mucho menos agradables que empiezan a convertirse en un problema. Resulta ya difícil pasar por la calle Halickie Przedmieście sin taparse la nariz y, como vuelve a hacer un calor sofocante, el hedor resulta cada vez más insoportable. Y aunque los sabsatzevitas parecen muy bien organizados, me pregunto si no convendría asignarles un terreno en las afueras de la ciudad, cuestión que os planteo a vos así como a Su Excelencia el obispo Załuski y envío una carta en este sentido a nuestro primado. Yo, por mi parte, estoy pensando en ceder temporalmente mi pequeña mansión de Wojsławice a la familia Frank y a sus colaboradores más estrechos hasta que se les encuentre un emplazamiento definitivo. Aunque antes habría que reparar el tejado y hacer algunas mejoras...

DE LAS TRIBULACIONES DEL CURA CHMIELOWSKI

El año del cometa es para el cura Chmielowski un año de tribulaciones. Pensaba que llegado a viejo se refugiaría en su casa parroquial entre malvas y berros (le alivian las articulaciones) en vez de estar enfrentándose a conmociones y tumultos de toda índole. Por si esto fuera poco, ahora se le ha añadido un fugitivo y la animosidad de Roszko. El cura da refugio bajo su techo al fugitivo de rostro monstruoso y no tiene ninguna intención de entregarlo a las autoridades. Aunque debería. Es un buen hombre, manso y tan desdichado que su mera visión rompe el corazón del cura y lo obliga a preguntarse seriamente por la misericordia y bondad de Dios. Roszko, en cambio, le tiene ojeriza al fugitivo y el cura teme que se vaya de la lengua. Sabe que Roszko tiene celos, por eso se ve obligado a mostrarse más amable con él y darle un grosz más que de costumbre, pero, aun así, el cochero sigue enfurruñado. Así que ahora, mientras pasa unos días en Lwów, le preocupa que los dos hombres puedan saltarse al cuello. Sin embargo, no se lo menciona en la carta a la señora Drużbacka, aunque, quién sabe, si ella estuviese a su lado, tal vez le daría un sabio consejo. Las cartas que de vez en cuando escribe a la señora Drużbacka le proporcionan gran placer, pues tiene la sensación de que por fin alguien lo escucha y, además, no en materia erudita, sino humana. A veces las compone mentalmente durante días enteros, como por ejemplo ahora mismo, mientras, muerto de sueño, atiende una misa matutina en la orden de los bernardinos. En lugar de rezar, piensa en qué va a escribir. Quizá algo así:

... Mi desavenencia con el señor Jabłonowski terminará en los tribunales. Yo mismo seré mi defensor y por eso estoy escribiendo un discurso en el que intento demostrar que los libros y los conocimientos

que estos contienen son un bien común. Al no pertenecer a nadie, pertenecen a todos, igual que el cielo, el aire, el aroma de las flores y la belleza del arcoíris. ¿Acaso es posible robar a alguien un conocimiento que ese alguien ha tomado de libros ajenos?

Ahora que por fin está en Lwów, ha ido a caer en el momento álgido del debate; el obispo está ocupado, la ciudad entera en estado de alerta, nadie tiene cabeza para el asunto del cura Benedykt. De manera que se ha alojado con los bernardinos, asiste a cada sesión y toma notas que aprovechará en la carta a la señora Drużbacka.

... Me pregunta usted, señora, si lo he visto con mis propios ojos, a lo que yo, cortésmente, le pregunto, mi estimada señora, si aguantaría usted en pie, o incluso sentada, sin moverse del sitio, tanto tiempo como he aguantado yo. Créame que ha sido una discusión aburrida y todo el mundo se interesaba por una única cosa: si los judíos necesitan sangre cristiana.

El padre Gaudenty Pikulski, bernardino erudito de la orden del monasterio de Lwów, profesor de teología y experto conocedor del idioma hebreo, hizo un gran trabajo. Él y el padre Awedyk pusieron por escrito todo el debate de Lwów y le añadieron el conocimiento que hoy poseemos recopilado de fuentes y libros diversos. Con erudición manifiesta, este bernardino tan culto sometió a un análisis detallado la cuestión del asesinato ritual.

Apoyando plenamente la acusación de los contratalmudistas, intentó respaldar sus pruebas con nuevos argumentos, tomados de un manuscrito de un tal Serafinowicz, rabino de Brześć Litewski, quien, habiéndose bautizado en Żółkiew en 1710 y habiendo reconocido públicamente haber cometido él mismo en dos ocasiones sendos asesinatos rituales en Lituania, describió todas las vilezas y blasfemias que los judíos perpetraban a lo largo de cada año siguiendo el orden de sus festividades. El propio Serafinowicz depositó en la imprenta esos secretos de los talmudistas, pero los judíos los compraron y los quemaron. El martirio de los niños cristianos a fin de obtener su sangre dio comienzo más de medio siglo después de la muerte de Cristo por la razón que le expongo, mi estimada señora, citando literalmente a los padres Pikulski y Awedyk, para que no piense usted que me lo invento:

«Cuando, al florecer la santa fe cristiana, los cristianos empezaron a oponerse a los judíos y a condenarlos, los judíos debatieron sobre la manera de ablandar a los cristianos y hacer sus corazones más misericordiosos hacia ellos. Acudieron, pues, al mayor de los rabinos de Jerusalén, cuyo nombre era Ravashe. Ensayó este todos los métodos innatos y contra natura para ablandar el ardoroso

hostigamiento contra los judíos, mas al fracasar en sus intentos, echó mano del libro de Rambam, el más celebrado entre los sabios judíos. En él halló un fragmento que decía que ninguna cosa dañina puede ser apaciguada sino a través de la aplicación simpática de otra cosa de igual índole, fragmento que el mencionado rabino tradujo a los judíos de la siguiente manera: la llama de la implacabilidad cristiana contra ellos no podrá ser extinguida sino con la sangre derramada de los propios cristianos. A partir de entonces empezaron a capturar a niños cristianos y a asesinarlos cruelmente para, con su sangre, conseguir clemencia y misericordia cristianas hacia ellos, y lo convirtieron en ley, como el Talmud describe clara y extensamente en su libro Zivchey Lev.»

A mí me preocupó mucho este asunto y si no hubiera leído esas fuentes escritas con mis propios ojos, mi mente se resistiría a aceptar esa verdad. Al parecer, todo esto figura en sus libros, pero dado que ellos escriben –según las palabras del padre Pikulski– con puntos, o sea, acentos, que son nueve en la lengua hebrea, y los Talmudes los imprimen sin esos puntos, el Talmud contiene muchas palabras equívocas que los rabinos pueden entender de una manera y de otra diferente explicarla al vulgo, cosa imprescindible para guardar el secreto.

Esto me horroriza más de lo que usted, mi estimada señora, pueda imaginar. Regresaré sobrecogido a mi Firlejów, pues si tales cosas realmente pueden ocurrir en el mundo, ¿cómo vamos a lidiar con ellas con nuestra pobre mente? Y es que, claro, ¡los libros sabios no pueden mentir!

En estas circunstancias ¿quién iba a creer a los talmudistas –no paro de preguntármelo–, quienes en cosas cotidianas suelen mentir y engañar a los católicos, y más aún en asunto de tal magnitud? Y cuando esa necesidad de sangre cristiana es guardada en secreto por los propios rabinos. Los judíos sencillos e incultos no la conocen, mas es cosa segura por cuanto ha sido muchas veces probada y severamente castigada por decreto...

DE PINKAS, QUE NO ENTIENDE QUÉ PECADO HA COMETIDO

A fin de cuentas, cumplía todos los mandamientos, emprendía buenas acciones, rezaba más que nadie. ¿Qué habrá hecho el santo rabino Rappaport, ese hombre que es la bondad personificada? ¿Y qué habrán hecho los judíos de Podolia para que les caiga encima semejante infortunio en forma de esos renegados?

Canoso, pese a que aún no está tan viejo, permanece ahora sentado ante su mesa, la camisa abierta, encorvado, no puede leer, aunque le gustaría huir hacia las filas de letras que despiertan asociaciones

familiares, pero esta vez no lo consigue: Pinkas rebota en las sagradas letras como una pelota.

Vela en mano, entra su mujer, ya preparada para acostarse; lleva un camisón largo y un pañuelo blanco en la cabeza, lo mira con preocupación, luego se sienta a su lado y apoya la mejilla sobre su hombro. Pinkas, al percibir el delicado y frágil cuerpo de su esposa, se echa a llorar.

Los rabinos han ordenado quedarse en casa, cerrar las contraventanas y correr las cortinas durante la estancia de los descreídos en Lwów. Y en caso de no poder evitarlo, si resulta imprescindible salir de casa, hay que esforzarse por no intercambiar con ellos ni una sola mirada. No puede ocurrir que los ojos de ese perro de Frank se topen con los ojos de un judío decente. Hay que mantener la vista pegada al suelo, a los muros, al badén, para que casualmente no se dispare hacia arriba, hacia los rostros demoníacos de esos pecadores.

Pinkas viajará mañana a Varsovia con una embajada para el nuncio. Ahora mismo recoge los últimos documentos. El debate en curso azuza las mentes humanas, incita al odio, instiga disturbios. El séptimo punto los acusa de usar sangre cristiana, pese a que los judíos tienen un documento firmado por el mismísimo Papa que dice que tales acusaciones carecen de todo fundamento. La secta de ese Frank lleva a cabo misteriosos rituales de los que resultará facilísimo culpar a todos los judíos. El rabino Rappaport estaba en lo cierto cuando dijo: «Ya no son judíos, por lo que no estamos obligados a actuar con ellos como si lo fueran. Son iguales que aquella chusma mezclada, aquella multitud bastarda que se unió a los hijos de Moisés cuando huían de Egipto: mestizos y pelanduscas, petimetres y ladrones, gente turbia y desequilibrada. Así es como son.»

Esto es lo que Rappaport va a intentar demostrar en Konstantynów, donde se prevé que se reúnan todos los rabinos de las tierras polacas: que no existe otra manera de librarnos de esos descreídos que insistir en que abracen el cristianismo cuanto antes, o sea, que nosotros mismos debemos contribuir a que esos perros se bauticen. Ya se están recaudando importantes sumas de dinero a este propósito y se llevan a cabo presiones de todo tipo para acelerar cuanto sea posible el bautizo de esos sectarios. Pinkas, mientras lucha con el hollín de la vela, suma las cuantías alineadas en una tabla igual que la que se usa en las contadurías de los comercios. A la izquierda: nombre y título; a la derecha: la cuantía del donativo.

De pronto se oye aporrear la puerta y Pinkas palidece. Piensa: Ha empezado. Con la mirada le indica a su mujer que se encierre en el dormitorio. Uno de los gemelos se pone a llorar. Pinkas se acerca a la

puerta y aguza el oído; el corazón le late desbocado, se le secan los labios. Desde el otro lado llega el ruido de uñas rasgando y una voz:

–Ábreme, tío.

–¿Quién es? –pregunta Pinkas en un susurro.

La voz responde:

–Soy yo, Jankel.

–¿Qué Jankel?

–¿Qué Jankel va a ser? El hijo de Natán de Glinno. Tu sobrino.

–¿Vas solo?

–Solo.

Pinkas abre la puerta despacio, por la estrecha rendija se desliza un joven. Pinkas lo mira con incredulidad y acto seguido lo abraza, aliviado. Jankel es un muchacho alto, ancho de espaldas y de buena constitución, así que el tío apenas le llega hasta los hombros. Lo abraza por la cintura y se queda inmóvil durante tanto rato que Jankel, incómodo, carraspea.

–He visto a Gitla –dice.

Pinkas lo suelta y da un paso hacia atrás.

–He visto a Gitla esta mañana. Ayudaba a ese médico que atiende a los enfermos en Halickie Przedmieście.

Pinkas se lleva la mano al corazón.

–¿Aquí? ¿En Lwów?

–Sí, aquí, en Lwów.

Pinkas conduce a su sobrino a la cocina y lo sienta a la mesa. Le sirve un trago de vodka y se toma otro él mismo; no acostumbrado al alcohol, resopla asqueado. Saca un trozo de queso. Jankel cuenta: los llegados a Lwów se han instalado en las calles, van acompañados de niños pequeños que están enfermos. Los trata Asher, ese galeno judío de Rohatyn, al parecer lo han contratado las autoridades de la ciudad.

Jankel tiene unos ojos grandes y hermosos, de un color nada corriente: verdeceledón. Sonríe a su preocupado tío. A través de la puerta entornada se asoma la mujer de Pinkas en camisón.

–Y para que lo sepas, tío –dice Jankel con la boca llena–, Gitla tiene un hijo.

DE LA MAREA HUMANA QUE INUNDA LAS CALLES DE LWÓW

Los carros están tan llenos, tan repletos, que hay que bajarse de ellos para que puedan superar la menor pendiente. Los pies levantan nubes de polvo; es un septiembre seco y tórrido, la hierba que bordea el camino está abrasada por el sol. Sin embargo, la mayoría de la gente va a pie: adultos y niños descansan cada varias millas a la sombra de los nogales, momento en que buscan sus frutos, grandes como media mano, entre las hojas secas caídas.

En las encrucijadas, como esta misma sin ir más lejos, los peregrinos que llegan desde diferentes confines se juntan y se saludan cordialmente. En su mayoría son pobres de solemnidad, pequeños vendedores ambulantes y artesanos de los que ganan el pan de sus familias con sus propias manos: tejedores, hojalateros, afiladores, reparadores... Encorvados bajo el peso de sus talleres, que cargan sobre sus espaldas desde la mañana hasta la noche, los hombres, harapientos, cubiertos de polvo y cansados, intercambian noticias y se invitan a un sencillo bocado. No necesitan más que agua y un pedazo de pan para aguantar hasta el gran acontecimiento. Pensándolo bien, el ser humano no necesita mucho para vivir. Ni siquiera tiene que comer a diario. ¿Para qué necesita peines, cintas, cántaros de barro, cuchillos afilados cuando el mundo va a cambiar de un momento a otro? Todo será distinto, aunque no se sabe cómo será. De esto es de lo que están hablando.

Los carros van llenos de mujeres y niños. Llevan cunas atadas a los varales; se las cuelga durante los descansos bajo la sombra de los árboles y, con alivio, se coloca allí a los recién nacidos, pues los brazos están entumecidos de tanto cargar. Los niños más grandes, descalzos, de cara sucia y aletargados por el calor, se duermen en la falda de su madre sobre un pequeño jergón de heno envuelto en una tela basta y sucia.

En algunas aldeas salen a su encuentro otros judíos para escupirles bajo los pies y niños de todo origen –polaco, ruteno y judío– gritan en pos de ellos:

–¡Shabatillas! ¡Shabatillas! ¡Trinidad! ¡Trinidad!

Por las noches ni siquiera piden sitio para pernoctar, sino que se instalan cerca del agua, en el borde de una floresta o junto a un muro calentado durante el día. Las mujeres cuelgan las cunas, tienden los pañales y encienden el fuego, mientras los hombres se dirigen a la aldea más próxima en busca de algo para comer y aprovechan para recoger por el camino las manzanas y ciruelas caídas que, henchidas de sol, atraen con su cuerpo dulce y lascivo a avispas y abejorros.

Yenta ve cómo el cielo se abre sobre ellos mientras duermen, su sueño es extrañamente liviano. Y todo es sagrado, como para una ocasión especial, de sabbat, lavado y planchado. Como si ahora fuese necesario caminar erguido y pisar con tiento. Tal vez aquel que los contempla acabe despertándose del entumecimiento que dura ya miles de años. Y bajo la mirada divina todo se vuelve extraño y significativo. Los niños, por ejemplo, encuentran una crucecita de metal clavada tan profundamente en la corteza de un árbol que resulta imposible sacarla. Las nubes adquieren formas extrañas: deben de ser animales bíblicos, quizá esos leones que nadie ha visto en ninguna parte, con lo que ni siquiera se sabe qué aspecto tenían. O aparece una

nube semejante al pez que se tragó a Jonás y surca el horizonte. Y en una pequeña nube al lado, alguien alcanza a ver al mismo Jonás, ya escupido y torcido como un corazón de manzana. A veces los acompaña la celeste arca de Noé. Enorme, se desliza por el firmamento, y en ella, el propio Noé se afana en alimentar a sus animales durante ciento cincuenta días. Y en el techo del arca, ¡mirad!, ¡mirad!, ¿quién es este? Pero si es el convidado non grato, el gigante Og, aquel que, cuando se desencadenaron las aguas del diluvio, se aferró al arca en el último momento.

Dicen: No vamos a morir. El bautizo nos protegerá de la muerte. Pero ¿cómo será? ¿Envejeceremos? ¿O nos detendremos a cierta edad y permaneceremos así para siempre? Se dice que cada uno de nosotros tendrá treinta años. Los viejos están encantados, los jóvenes, horrorizados. Y eso que, según cuentan, es la mejor edad, cuando la salud, la sabiduría y la experiencia se entrelazan en armonía y adquieren el mismo significado. ¿Y cómo es eso de no morir? Tener tiempo para todo, reunir bastante dinero, construir una casa, viajar de un lado para otro, hoy aquí, mañana allá, al fin y al cabo es imposible pasar toda la eternidad en un mismo lugar.

Hasta ahora todo ha estado mal, el mundo está hecho de meras carencias: falta esto, falta aquello. ¿Y por qué es así? ¿No podría haber de todo en abundancia, tanto de calor como de comida, de techos donde resguardarse y de belleza? ¿A quién iba a perjudicar? ¿Por qué el mundo ha sido creado así? No hay nada estable bajo el sol, todo pasa sin que te dé tiempo a contemplarlo siquiera. ¿Por qué es así? ¿Acaso no podría haber más tiempo, más reflexión acerca de todo?

Pero solo cuando seamos dignos de volver a ser creados, el Nuevo Dios Verdadero nos dará una nueva alma, plena, total. El ser humano será tan eterno como Dios.

LOS MAJORKOWICZ

Estos son Srol Majorkowicz y su esposa Bejla. Bejla está sentada sobre el carro con Sima, su hija más pequeña, en el regazo. Medio dormida, la cabeza de Bejla cae a cada momento sobre su pecho. Parece enferma. En sus escuálidas mejillas aparecen sendos rubores, tose. Encanecidos mechones asoman por debajo del pañuelo de lino de color indefinido y puntas deshilachadas. Las niñas mayores van a pie detrás del carro, con su padre. Elia tiene siete años y es igual de delgada y menuda como su madre. Las oscuras trenzas las ha atado con un trozo de tela basta, va descalza. A su lado camina Frejna, de trece años, alta, será una mujer hermosa. Tiene el pelo rubio y rizado, y ojos negros, lleva de la mano a su hermana un año menor, Masia, que cojea de un pie, nació así, con una cadera descoyuntada. A lo

mejor por eso no ha crecido. De tez oscura, parece ahumada por el humo de su mísera choza de Busk; rara vez sale de casa, avergonzada de su defecto. Pero, según dice la gente, es la más lista de todas las señoritas. No quiere compartir cama con sus hermanas y cada noche despliega en el suelo su humilde lecho: un pequeño jergón relleno de heno. Se tapa con una gualdrapa que su padre tejió en tiempos mejores con unos retales.

Srol lleva de la mano a Miriam, la parlanchina de once años, su favorita. No cierra la boca, pero dice cosas inteligentes. Su padre lamenta sinceramente que no haya nacido varón, de haberlo hecho, seguro sería rabino.

Detrás de todos va la mayor, Estera, quien ya se ha hecho cargo de las obligaciones de su madre; bajita, huesuda, con bonita cara de mustela, tenaz como nadie. Estaba prometida en matrimonio a un muchacho de Jezierzany y su padre ya había pagado al futuro novio una dote, un dinero ahorrado con gran dificultad en medio de aquella miseria circundante. Pero el muchacho murió de tifus hace cuatro años y su padre no les devolvió el dinero. Srol le ha puesto un pleito. Estera le preocupa mucho: ¿quién la querrá ahora, sin dote, tan pobre? Será un milagro si logra casar a sus hijas. Srol tiene cuarenta y dos años, pero parece un anciano: rostro negruzco y arrugado, oscuros ojos hundidos en los que ha penetrado una sombra, barba descuidada y enmarañada. A todas luces el Dios judío está en su contra: ¿por qué solo tiene hijas? ¿Por qué pecados solo le han nacido niñas? ¿Acaso debe expiar alguna culpa olvidada de sus antepasados? Srol está convencido de que debe de tratarse de un Dios distinto. De que existe otro Dios, más verdadero y mejor que este administrador y apacentador de tierras. Al verdadero se le puede rezar a través de Baruchia, cantando himnos o confiando en Jacob.

Llevan en Iwanie desde abril. Si no fuera por sus buenas gentes, se habrían muerto de hambre. Iwanie les preservó la salud y la vida. Bejla se encuentra mejor y ya no tose tanto. Srol cree firmemente en que, una vez bautizados, vivirán tan bien como los cristianos. Les darán un pedazo de tierra, Bejla cultivará hortalizas en su huerto y él, Srol, tejerá kílims, cosa que se le da muy bien. Cuando sean viejos y haya casado a las niñas, ellas se los llevarán a su casa. No sueña con nada más.

NACHMAN Y SU VESTIMENTA HECHA DE BUENAS ACCIONES

Mientras Nachman pronuncia su discurso en la catedral, su jovencísima esposa Wajgełe da a luz a una niña en Iwanie. La niña es grande, está sana y Nachman se siente aliviado. Ya tiene un hijo de su primer matrimonio, Aron, que está en Busk con Lea. Lea aún no se ha

vuelto a casar. De ella dicen que su alma está oscurecida y su corazón inquieto. Así que Nachman tiene dos hijos y en cierto sentido puede decir que ha cumplido con su deber. Toma el nacimiento de su hija por una gran señal de apoyo divino: siguen el camino correcto. Y a partir de ahora quedará exento del trato con mujeres.

Sin embargo, esa noche, cuando abandonan la catedral donde se ha debatido el punto número siete, Nachman pierde el entusiasmo que lo ha animado durante los últimos días. No se trataba tanto de entusiasmo como de una tenacidad esperanzada. Una obstinación llena de alegría. La excitación de un comerciante que se ha arriesgado para ganar una fortuna. De un jugador que lo ha apostado todo a una sola carta. Extrañamente excitado, Nachman, que ha sudado copiosamente durante el debate, ahora percibe que su cuerpo exuda un olor a rata, como si hubiera participado en una pelea. Le gustaría quedarse a solas, pero van en grupo. Jacob se aloja en una casa de vecindad propiedad de Łabęcki, así que es allí adonde se dirigen. Encargan mucho vodka y pescado seco con que acompañarlo. Por eso Nachman apunta pocas frases esa noche:

Mientras moran la Tierra, las almas tejen con sus buenas acciones una mitzvot, prenda que, una vez muertas, llevarán en el mundo superior. Las vestimentas de las malas personas están llenas de agujeros.

A menudo me imagino el aspecto que tendrá la mía. Muchos piensan en lo mismo que yo y seguramente se ven a sí mismos mejor que si se contemplaran con ojos ajenos. Ven su ropa limpia y cuidada y tal vez incluso bonita, es decir, armoniosa.

Mas yo ya sé que no me voy a gustar en los espejos celestes.

A continuación, y con el ímpetu de siempre, Jacob irrumpe en su estancia para llevarlo a la suya: hay cosas que celebrar.

Cuando empiezan los bautizos, Nachman manda buscar a Wajgełe y a su hijita. Las espera junto a las puertas de la ciudad, escudriña cada carro que entra hasta que por fin las encuentra: Wajgełe viene acompañada de su madre y de una hermana. La niña está en la cesta, cubierta con un pañal muy fino. Nachman lo quita de inmediato de la cara de la recién nacida: teme que pueda ahogarse. La niña tiene una carita chica y arrugada y puñitos cerrados junto a la boca. Tienen el tamaño de una nuez. Wajgełe, con las mejillas sonrosadas y los pechos llenos de leche, mira contenta y triunfante a su marido, quien nunca la había visto así.

La joven madre ni siquiera se percata del lujo de la habitación de Nachman. Tiende pañales sobre los respaldos tallados de las sillas.

Duermen en un lecho enorme, con la niña en medio, y Nachman siente que a partir de ahora todo irá en la buena dirección, que se ha producido un punto de inflexión. Que incluso el séptimo punto fue necesario.

Se dirige a Wajgełe:

–Tú llevarás el nombre de Sofía.

Para la niña elige el de Rebeca, Ryfka en diminutivo, igual que el de la madre del Jacob bíblico: este será su antiguo nombre oculto. El que va a adoptar en el bautizo será Agnieszka. Inscribe a Wajgełe en clases de catolicismo junto con otras mujeres, pero ella está tan centrada en su niña que no le interesa nada más. Apenas sabe santiguarse.

LAS CUENTAS DEL PADRE MIKULSKI Y LA FERIA DE NOMBRES CRISTIANOS

El peso de mantener a los recién llegados que acampan en las calles de Lwów ha recaído sobre el padre Mikulski. Gasta en ellos treinta y cinco ducados semanales. Menos mal que toda su corte y los gastos ocasionados por los neófitos –así intenta llamarlos para evitar la palabra «conversos»– los maneja con mano de hierro una de sus sobrinas, una mujer poco menor que él, lista y diligente. Todo el mundo del mercado la conoce. Cuando pide alimentos frescos, nadie se atreve a regatear con ella. La ciudad, por la parte que le toca, también hace lo que puede, y sus mismos habitantes resultan de ayuda. Es posible ver a campesinos que comparten lo que crece en sus huertos. Un aldeano de por aquí, con capa parduzca, gorra de cuatro puntas y una pluma, ha traído un carro lleno de manzanas verdes que echa directamente a los delantales de las mujeres y los gorros de los hombres. Otro granjero ha aparecido con un carro de sandías y varias cestas de pepinos. Los conventos femeninos dan cobijo a madres e hijas, les ofrecen cama y comida. Es un gran desafío para las monjas, las hermanas no escatiman esfuerzos, pese a que también hay algunas que escupen a las judías. Los monasterios masculinos alimentan a cientos de hombres. Suelen ofrecerles sopa de garbanzos y pan.

Justo antes del bautizo se crea en Lwów una especie de feria de nombres cristianos en la que el de Marianna es el más preciado. Se adopta en honor de Maria Anna Brühl, la esposa del primer ministro del rey, que apoya generosamente a los contratalmudistas. Aunque también dicen que es el más ingenioso: contiene tanto a María, la madre de Cristo, como a Anna, su abuela. Además suena bien, como una canción infantil: MariAnna, Mari-Anna. Por eso numerosas muchachas y mujeres jóvenes quieren convertirse en Mariannas.

Las hijas de Srol Majorkowicz de Busk ya se han repartido los

nombres. Sima se convierte en Wiktoria, Elia en Salomea, Frejna en Róża, Masia en Tekla y Miriam en Maria. Estera tarda mucho en decidirse, pero finalmente elige el primero que le viene a la cabeza. Será Teresa.

De esta manera se constituyen dos versiones de una misma persona, cada una tiene ahora una sosias de nombre diferente, cada ser humano es doble. Srol Majorkowicz, hijo de Majorek y Masia de Korolówka, se convierte en Mikołaj Piotrowski. Su esposa Bejla, en Barbara Piotrowska.

Ya se sabe que hay quienes adoptarán el nombre de sus padrinos. Moshe de Podhajce, que conoce bien a la señora Łabęcka e hizo negocios con su marido, llevará su apellido: Łabęcki. Y puesto que ese rabino nervudo e inteligente tiene mucha imaginación y no poco descaro, además de entender de la cábala más que nadie, entiende qué fuerza poseen las palabras y los nombres. Elige el de Tomás el incrédulo. A partir de ahora será Tomasz Podhajecki-Łabęcki. Sus dos hijos, ambos de pocos años, David y Salomón, se convierten en Józef Bonawentura y Kazimierz Szymon Łabęcki.

Sin embargo, no todos los nobles entregan su apellido de buena gana. El señor Dzieduszycki, por ejemplo, no se muestra tan dispuesto a derrochar el suyo como Łabęcki. Le tocará hacer de padrino del viejo Hirsch, reb Shabtai de Lanckoruń, y de su esposa, Chaja de los Shor. Chaja tiene el pelo gris. Por debajo de su cofia asoman rizos canosos, su rostro es pálido, agrisado, pero aún se ve su extraordinaria belleza. ¿Sabrá ese aristócrata presumido, enfundado en un frac inglés nunca visto por aquí y que le hace parecer una garza, que está a punto de bautizar a una profetisa?

–Tomad algo fácil, sencillo, en lugar de enredaros la lengua con mi apellido. Tú, por ejemplo –le dice a Hirsch–, por lo rudo de tu semblante podrías llamarte Rudnicki. ¿Acaso no suena bien? O, puesto que sois de Lanckoruń, ¿qué tal Lanckoroński? Suena a apellido principesco.

Los esposos dudan entre convertirse en Rudnicki o Lanckoroński, aunque en realidad les da igual. El viejo Hirsch encaja mal tanto con uno como con el otro apellido. Con su abrigo marrón y su gorro de piel que no se quita ni siquiera en verano, su larga barba y su ensombrecido rostro, no parece muy feliz.

En la bolsa de nombres se vende bien el de Franciszek; lo adopta uno de cada tres individuos de sexo masculino. Dicen que es en honor de Franciszek Rzewuski, quien aceptó ser el padrino del mismísimo Jacob Frank y que, además, fue generoso en moneda contante y sonante. Pero no es verdad: la verdadera causa de la popularidad del nombre polaco del santo de Asís la han descubierto los curas encargados de bautizar a los judíos, así como el siempre desconfiado

padre Mikulski: toman ese nombre porque Franciszek se asemeja a Frank, su jefe.

Halickie Przedmieście, última hora de la tarde de viernes. El sol, que aún tarda en ponerse, tiñe de naranja los tejados de las casas, y las personas, que forman pequeños grupos, empiezan a sentir cierta inquietud. Reina un silencio extraño, avergonzado. Esa multitud, tan ruidosa hace apenas media hora, reunida en torno a las hogueras del día anterior, entre cestas y edredones embuchados en míseros carros de mimbre a los que han atado varias cabras, se sume petrificada en el silencio. La vista clavada en el suelo, los dedos jugando con los flecos de los mantones.

Una voz masculina entona de repente Shemá Israel, pero los demás de inmediato lo mandan callar.

La reina Sabbat pasa por encima de sus cabezas sin siquiera rozarlas y se dirige al barrio judío del otro extremo de la ciudad.

DE LO QUE LE SUCEDE EN LWÓW AL CURA CHMIELOWSKI

–¿No me reconoce usted, monseñor? –le pregunta un muchacho al cura Chmielowski, que acaba de llegar a Lwów.

El cura lo mira con atención; en efecto, no lo reconoce, aunque experimenta una desagradable sensación de haberlo visto en alguna parte. Vaya malas pasadas que le juega la memoria. ¿Quién puede ser? Lo tiene en la punta de la lengua, pero lo confunden la barba y la vestimenta judía del muchacho.

–Le hice de traductor cuando usted, monseñor, visitó a los Shor hace unos años.

El cura niega con la cabeza, no se acuerda.

–Soy Hryćko, de Rohatyn... –dice el muchacho con leve entonación rutena.

De repente el cura se acuerda de aquel joven traductor. Pero hay algo que no acaba de entender.

–¿Cómo es eso, hijo? –dice, indefenso, mientras contempla la boca sonriente del muchacho. Le falta un diente de delante, pero esos pantalones, ese abrigo...–. ¡Virgen santa! ¿Por qué vistes al modo judío? –pregunta.

Hryćko desvía la mirada, se dedica a contemplar los tejados; parece arrepentirse de haberlo abordado siguiendo el primer impulso. Le gustaría contar todo lo sucedido en su vida, pero al mismo tiempo le da miedo hablar.

–¿Sigues con los Shor? –inquiere el cura decano.

–¡Oh, Shor es un gran señor! Un sabio. Y de dinero tiene... –Bracea con un gesto de resignación, como si la cantidad de ese dinero

excediera con creces la capacidad humana de contarlo–. ¿Y qué tiene de raro, monseñor, cuando él es como un padre para mí y mi hermano?

–¡Por el amor de Dios! ¿Cómo puedes ser tan tonto? –El cura, asustado, mira en su derredor para comprobar si no los ve nadie. Y sí, los ve toda la ciudad–. ¿Acaso has tomado cicuta? Él no debería recibiros en su casa, almas cristianas, sino notificar que sois huérfanos, así iríais a parar a un orfelinato. ¡Si esto se descubre...! A mí no debería importarme porque sois ortodoxos, pero, aun así, no dejáis de ser cristianos.

–Pues claro, nos meterían en un asilo eclesial –dice Hryćko en tono airado y, de pronto, levanta la vista para mirar al cura–. Pero usted, monseñor, no va a hablar a nadie de nosotros, ¿verdad? ¿Para qué? ¿Con qué fin? Estamos bien con ellos. Mi hermano aprende a leer y a escribir. Se mezcla con las mujeres para cocinar, es un feiguele. –Y suelta una risita. El cura alza las cejas, no entiende a qué se refiere.

Sale de la multitud una muchacha en dirección a Hryćko, pero al verlo hablar con un cura, da media vuelta, aterrorizada. Es joven, delgada y con una visible barriga encinta. Judía sin lugar a duda.

–¡Santo cielo...! No solo eres bracero de los judíos, ¿sino también marido? ¡Virgen santísima! ¡Por tamaño pecado se paga con la vida!

El cura no sabe qué más decir, hasta tal punto lo sorprenden las recientes revelaciones, de manera que el hábil muchacho aprovecha su asombro para seguirle hablando, a media voz y casi directamente al oído del cura:

–Ahora comerciamos con los turcos, atravesamos el Dniéster para llegar a Moldavia y Valaquia. El negocio no va nada mal..., y lo mejor, el vodka, aunque más allá del río está el reino del turco musulmán, pero también hay muchos cristianos por allí, nos compran buen vodka. Además, en su libro, el Alcorán, se dice que no pueden beber vino. ¡Vino! No se dice nada de vodka –explica Hryćko.

–¿Y sabes, hijo, que es un pecado mortal? Eso de ser judío... –El cura finalmente vuelve en sí. Y añade en voz baja, en un susurro, inclinándose sobre la oreja del muchacho–: Puedes acabar ante un tribunal, hijo.

Hryćko sonríe, pero al cura su sonrisa se le antoja en extremo tonta.

–Pero usted, monseñor, no se irá de la lengua, ¿verdad? Como si fuera una confesión.

–Santo cielo... –repite el cura y su nerviosismo hace que le hormiguee el rostro.

–No hable de ello, monseñor. En Rohatyn siempre he estado con los Shor, desde el diluvio. La gente se ha olvidado de quiénes somos. No hace falta hablar de ello. Y ahora todos juntos vamos a unirnos con

Jesucristo y la Santísima Virgen...

De repente, al cura le viene a la memoria el porqué de la presencia de esa multitud judía y comprende la situación paradójica de ese muchacho de dientes rotos. Están a punto de ser bautizados. El chico debió de haberse quedado donde estaba y seguir siendo quien era, y ellos mismos habrían acudido a él. Es precisamente esto lo que, torpemente, intenta explicarle, pero Hryćko le dice misteriosamente:

–No es lo mismo.

Y acto seguido desaparece entre la multitud.

Ha elegido un mal momento el cura decano Benedykt Chmielowski para viajar a Lwów a arreglar sus asuntos.

Carros llenos de judíos vienen desde todas partes, los siguen corriendo y chillando niños cristianos mientras los asombrados habitantes de Lwów se paran en las calles, pendientes del curso de los acontecimientos. Choca con el cura una pequeña burguesa, que, intentando justificarse y pedirle perdón, trata de besarle la mano, pero, con la prisa que lleva, no acierta, así que se limita a lanzar en su dirección: «Van a bautizar a judíos», como si tal cosa justificara su excitación y su prisa.

–Sabsatzevitas –gritan algunos, pero se les traba la lengua al pronunciar una palabra tan difícil, palabra que, puesta en movimiento, corre de boca en boca hasta que sus incómodas aristas se ablandan y se enderezan. Shabsiatzevinos, intenta otra voz, pero tampoco funciona. ¿Cómo corearla? ¿Cómo exclamarla? De modo que la palabra regresa del otro lado más lisa y sencilla, como una piedra con la que el agua jugara durante años: shaplasevinos, shaplasevinos, grita un lado de la calle, mientras el otro ya exclama: shabatillas, shabatillas. Las personas que desfilan por el pasillo formado por las dos hileras de insultos –pues esas palabras han sido acuñadas para serlo– parecen oír, sin por eso entender, lo que de ellas se dice. Tal vez no se reconocen en ese polaco coreado.

El cura no puede olvidar a Hryćko, y su memoria de elefante, que abarca todo lo que encuentra, que guarda todo lo que sus ojos han visto y sus orejas han oído, vuelve a los tiempos pasados, a principios del siglo, cuando uno de los Radziwiłł, Karol, si no se equivoca, promulgó una disposición que prohibía a los judíos emplear a cristianos como sirvientes. Asimismo, prohibía de una vez para siempre los matrimonios mixtos. Por eso estallaron grandes escándalos cuando, en 1716 o 1717 (el cura hacía su noviciado con los jesuitas por aquel entonces), se supo que dos mujeres cristianas habían adoptado la religión judía y se habían trasladado a barrios judíos. Una, ya viuda, era hija de un pope de Vítebsk –el padre Benedykt lo

recuerda muy bien–, un tal Ochryd. Esta, con enorme ahínco, defendió su conversión y se negó a mostrar arrepentimiento alguno. La otra era una joven de Leżajsk que se convirtió al judaísmo por amor, para seguir a su amado. Cuando las atraparon, a la mayor la quemaron en la hoguera y a la joven le cortaron la cabeza con una espada. Así acabaron las dos desdichadas. El cura recuerda que el castigo de sus maridos fue mucho menos severo. Solo los sentenciaron a cien azotes cada uno y a cubrir las costas del juicio, así como a regalar en ofrenda cera y sebo a las iglesias. Hoy nadie lo castigaría con pena de muerte, piensa el cura Benedykt, pero se armaría un grandísimo escándalo. Por otro lado, empero, ¿a quién le preocupa un huérfano como Hryćko, a quién le interesa? Pero en aras de su alma inmortal ¿no sería mejor que alguien lo denunciara? Es un pensamiento tan abyecto que el cura lo rechaza de inmediato. El cálculo sale a cuenta: uno se pasa al otro lado mientras que dentro de un momento al nuestro pasarán cientos o tal vez miles.

Puesto que no logrará que el obispo le dé audiencia para arreglar su asunto, le gustaría aprovechar su estancia en Lwów para imprimir algunos de sus relatos a fin de enviarlos a sus amigos, sobre todo al obispo Załuski y, cómo no, a la señora Drużbacka, para que tengan buen recuerdo de su modesto nombre. Ha reunido los más interesantes y unas poesías, una especialmente para ella, pero le da vergüenza llevarlos a la imprenta de los jesuitas, donde imprimieron hace varios años su Nueva Atenas, por lo que ha elegido un pequeño taller de un tal Golczewski. Plantado ante su modesto escaparate, finge estar leyendo los folletos allí expuestos mientras se pregunta qué dirá al entrar.

La multitud busca sombra en los portales, no cabe un alfiler, hace un calor espantoso, así que el cura se interna en el patio de una casa de vecindad de fachada oscura. Comprueba si su bolsa está entera, si sigue conteniendo los documentos que prueban su inocencia. Además, se acuerda de que hoy es 25 de agosto, el día dedicado a la memoria de san Luis, el rey de Francia que amaba la paz, por lo que empieza a creer en que logrará arreglar su problema de manera pacífica.

En ese momento, desde la plaza del mercado llega a sus oídos un ruido semejante a un suspiro de la multitud. Respirando fatigosamente y a pasos menudos, sale al sol y logra llegar casi hasta la calle. Ahora ve lo que tanto asombra a los mirones: una carroza tirada por seis caballos, cada pareja de distinto pelaje, rodeada de doce jinetes ricamente vestidos a la turca. La carroza da la vuelta a la plaza del mercado y regresa a Halickie Przedmieście, donde han acampado los carros judíos. Y allí distingue una tienda turca con techo a rayas, de colores vivos, rodeada de judíos. De pronto experimenta una verdadera iluminación en cuanto al asunto del fugitivo Jan. El viejo

Shor aún tiene una deuda con él por los libros que le ocultó en sus dominios. El cura abandona con prisas la multitud que late de excitación y sonríe a todo aquel que pasa a su lado.

BAJO EL RÓTULO DE LA IMPRENTA DE PAWEŁ JÓZEF GOLCZEWSKI, TIPÓGRAFO PRIVILEGIADO DE SU REAL MAJESTAD

Las armenias se diferencian de las polacas de Lwów por el tamaño de su tocado. Las comerciantes armenias llevan uno enorme, rematado junto a la cara con un volante verde, y encima de la frente, una cinta, mientras que las polacas llevan tocados blancos, almidonados y menos grandes, pero atraen las miradas con sus cuellos, en realidad golas alechugadas bajo las cuales emergen además dos o tres collares de cuentas.

Katarzyna Deym, la esposa del director del Correo Real de Lwów, también lleva un tocado polaco y una gola. Pero sin collares, pues está de luto. Ahora recorre Halickie Przedmieście a grandes zancadas, como suele hacerlo, y no cabe en sí de sorpresa ante la gran multitud allí congregada. Todos esos extraños vestidos de oscuro murmurando en su lengua... judíos. Las mujeres con niños en brazos o aferrados a sus faldas, los hombres, flacos y entregados a vehementes debates, todos forman pequeños grupos y sobre sus cabezas comienza a caer la abrasadora canícula. Allí donde aún queda un trozo de tierra libre se sientan directamente sobre la hierba y comen; unas mujeres reparten hogazas de pan, pepinos en salmuera, bolas de queso fresco... Por encima de todo ello revolotean las moscas, esas insolentes y feroces moscas de agosto que se meten en los ojos y se posan en la comida. Unos muchachos llevan dos cestas llenas de grandes nueces.

La señora Deym lo mira con disgusto hasta que su criada Marta le trae la noticia de que son esos judíos que han acudido a bautizarse. En ese momento es como si Katarzyna Deym se quitase unas gafas que nunca ha sabido que llevaba. La embarga una repentina emoción: ¡Santa Madre de Dios! ¡Han venido para bautizarse! Tienen razón los que hablan del fin del mundo. Hemos llegado a un momento en que los peores enemigos de Jesucristo van a ser bautizados. Su pecaminosa terquedad ha cedido, por fin se han dado cuenta de que no existe salvación sino en el seno de la Santa Iglesia católica y ahora, cual ovejitas arrepentidas, se unen a nosotros. Aunque todavía parecen diferentes, extraños, con sus largos abrigos y sus barbas hasta la cintura, dentro de poco serán iguales que nosotros.

Contempla a una familia, puras niñas, una madre con un recién nacido junto al pecho desciende torpemente de un carro y el cochero le mete prisa porque el carro debe volver a los suburbios a buscar a

otros conversos. Cae el hatillo que llevaba sobre la espalda, de él caen unos harapos agrisados y un collar de cuentas, pequeñas, ennegrecidas. La mujer las recoge, avergonzada, como si acabase de desvelar ante el mundo sus secretos mejor guardados. Mientras la señora Deym pasa a su lado, se le acerca corriendo un niño de unos seis o siete años, la mira con ojos risueños, muy satisfecho de sí mismo, y dice: «¡Alabado sea Jesucristo!» Ella, a su vez, responde de manera automática, aunque también solemne: «Por los siglos de los siglos, amén.» Se lleva la mano al corazón y las lágrimas acuden a sus ojos. Se acuclilla al lado del niño, lo coge por las muñecas, y este, pequeño bribón, la mira directamente a los ojos llenos de lágrimas sin dejar de sonreír.

–¿Cómo te llamas?

El niño, resuelto, responde en un polaco un tanto inseguro:

–Hilelek.

–Bonito nombre.

–Pero ahora me llamo Wojciech Majewski.

La señora Deym ya no puede contener el llanto.

–¿Quieres un pretzel?

–Sí, pretzel.

Después se lo contará a su hermana, Golczewska, en el taller de su difunto cuñado, bajo un hermoso rótulo de hierro forjado.

–... un chiquillo judío diciendo: «Alabado sea Jesucristo», ¿has visto tamaño milagro? –La señora Deym se emociona y las lágrimas de nuevo acuden a sus ojos.

Desde que murió su marido, llora a menudo, a diario, todo se le antoja insoportablemente triste y la embarga un gran rencor hacia el mundo entero. Justo debajo de ese rencor se oculta la ira, que fácilmente pasa a ser emoción y, de repente, ante la inmensidad de la desgracia que inunda este mundo, se le cae el alma a los pies y cualquier cosa la hace llorar.

Las dos hermanas son viudas, pero la segunda soporta mejor su viudedad porque ha heredado de su marido el taller de tipografía, en realidad una pequeña imprenta, donde realiza pequeños encargos e intenta competir con la gran imprenta de los jesuitas. Ocupada en conversar con un cura, presta a su hermana un solo oído.

–Aquí lo tienes, ¡mira! –Y le entrega la impresión (hay que reconocer que bastante mal hecha) del llamamiento firmado por el primado Łubieński en el que este exhorta a la nobleza y a la burguesía a presentarse como padrinos de los contratalmudistas.

–Contratalmudistas –repite la señora Deym, a lo que su hermana añade:

–Shabatillas.

El cura Chmielowski se empeña en imprimir una veintena escasa

de páginas de sus historias. Golczewska no quiere entrometerse, pero le saldrán caros tan pocos ejemplares, así que le explica que más vale hacer muchos más y le saldrá casi al mismo precio. Pero el cura se muestra confundido, no logra decidirse, explica que se trata tan solo de un regalo de onomástica y que no necesita tantos ejemplares. Al fin y al cabo, solo es para una persona.

–En ese caso, reverendo padre, ¿por qué no lo copia con su propia mano? Quizá con tinta de color amaranto o dorado.

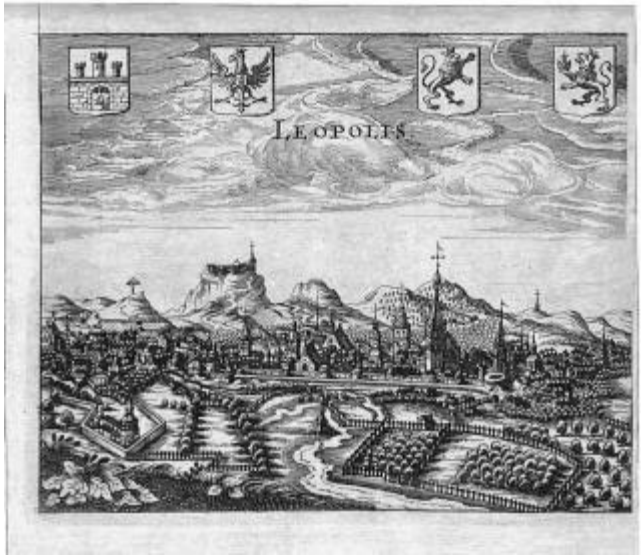
Pero el cura afirma que solo la letra impresa confiere seriedad a las palabras.

–La palabra escrita a mano parece masticada, mientras que la impresa habla con nitidez y firmeza –explica el cura.

La tipógrafa Golczewska lo deja con sus cavilaciones y vuelve a dirigirse a su hermana.

No parece haber hermanas más diferentes en toda Podolia. La señora Deym es alta y entrada en carnes, tiene la tez clara y los ojos azules, mientras que Golczewska es menuda y de cabello oscuro; mechones de pelo gris se le escapan de la cofia, pese a que solo acaba de cumplir los cuarenta. La señora Deym es más rica, por lo que va mejor vestida: una capa generosamente fruncida en cuya confección se usaron treinta varas de seda negra y que descansa sobre numerosas enaguas almidonadas. Por encima se ha echado un ligero corpiño de algodón, también negro, a fin de cuentas hace poco que ha enviudado. En la cabeza lleva una cofia blanca como la nieve. La hermana menor, con su delantal manchado de tinta de imprenta, parece su criada. Y, sin embargo, se entienden sin necesidad de pronunciar palabra. Leen el llamamiento del primado y de vez en cuando se lanzan miradas de complicidad.

En el llamamiento del primado Łubieński se dice que cada padrino surte a su apadrinado de un traje polaco y cubre los gastos de su manutención hasta el bautizo, y además, se compromete a cuidar de su protegido hasta que este regrese a su casa. Las hermanas se conocen tan bien, juntas han superado tantas cosas, que no necesitan dar más vueltas al tema.



Tras mucho dudar, el cura finalmente da su visto bueno a un mayor número de estampas. Aún exige con voz gruñona que el título debe aparecer en negrilla y que no escatimen en espacio. Y la fecha, y el lugar, sin falta: Leopolis, Augustus 1759.

DE LAS JUSTAS PROPORCIONES

Pinkas no ha podido resistirse a salir a las calles de la ciudad. Ahora está recorriendo la estrecha cinta de sombra proyectada por las paredes de los edificios y mira de soslayo la carroza que acaba de detenerse en la plaza del mercado. Enseguida la rodea una multitud. Pinkas teme mirar al pasajero, pero cuando por fin se obliga a levantar la vista, se empapa de él, casi sin respirar, se deleita con cada detalle, y cada detalle parece aumentar aún más su dolor.

El hombre que desciende de la carroza es alto y apuesto. El estilizado gorro turco, que parece indisolublemente ligado a su porte, lo hace parecer aún más alto. El ondulado cabello oscuro se escapa del gorro, suavizando así los rasgos tal vez demasiado definidos de su armonioso rostro. Tiene una mirada un tanto descarada –así se lo parece a Pinkas– y dirige la vista hacia arriba, de manera que en la parte baja deja al descubierto el blanco de sus ojos, como si estuviese a punto de desmayarse. Pasea esa mirada por las personas que rodean la carroza y por las coronillas de la multitud congregada. Pinkas ve el movimiento de sus labios, abultados y bonitamente esculpidos. Dice algo a la gente, ríe, y en ese momento brillan sus perfectos dientes blancos. Su rostro da la impresión de ser joven y su oscura barba parece esconder más juventud todavía, quizá incluso tenga hoyuelos

en las mejillas. Rezuma autoridad al tiempo que candor infantil. Ahora Pinkas ya sabe que ese hombre puede gustar a las mujeres, y no solo a las mujeres, sino también a los hombres, a todo el mundo de hecho, gracias a su enorme encanto, que hace, sin embargo, que Pinkas lo odie más aún. Cuando Frank se yergue, los demás le llegan hasta la barba. El abrigo turco, de color verde azulado y adornado con apliques violeta, aumenta aún más la anchura de su poderosa espalda. El brocado brilla al sol. Ese hombre parece un pavo real entre gallinas, un rubí entre guijarros. Pinkas está atónito, sorprendido, no esperaba que Frank le causara tan gran impresión, y no soporta la idea de que le guste tanto.

Oh, piensa Pinkas, a buen seguro que es un vanidoso cuando se adorna con tanto oro. Y un necio cuando le da tanta importancia a una carroza así, pese a que lo llamen el Sabio Jacob. A veces la belleza se emplea para el mal, se convierte en una treta para engañar a la vista, para embaucar a los incautos. Cuando ese Frank camina, la gente se aparta para abrirle paso, contiene la respiración. Algunos, los tímidos, extienden el brazo para tocarlo.

Pinkas se pregunta cómo se lo había imaginado hasta entonces. No se acuerda. Manchas de color cerúleo violeta le han llenado el cerebro. Tiene náuseas. Incluso cuando da la espalda a la orgullosa marcha triunfal de Jacob Frank a través de la fascinada muchedumbre y escupe con fingida repugnancia, lo tiene metido en la cabeza.

Muy entrada la noche, casi a las doce (pues no puede dormir), decide, para tranquilizar la mente, escribir un informe y llevarlo al qahal. Que lo agreguen a otros documentos. La palabra escrita permanecerá para siempre, mientras que los colores, incluso los más intensos, palidecerán. La palabra escrita es sagrada y cada letra acabará volviendo a Dios, nada será olvidado. Frente a ella, ¿qué es la imagen? Nada. Un vacío coloreado. Por más abigarrada e intensa que sea, se evaporará como el humo.

Este pensamiento le da fuerzas y de repente ve, así se lo parece, las proporciones justas. ¿Qué son porte, belleza, voz sonora? Tan solo una vestidura. A la brillante luz del sol todo parece diferente; en la oscuridad de la noche todo ese brillo palidece y se ve mejor lo oculto.

Estampa con ímpetu las primeras palabras: «He visto con mis propios ojos...» Intenta ser justo, olvidarse del abrigo y de la carroza, e incluso imagina a Jacob desnudo. Se aferra a esa idea. Está viendo unas piernas flacas y arqueadas, un pecho hundido y cubierto de vello ralo, y también, le parece, un hombro más alto que el otro. Moja la pluma en la tinta y la sostiene durante un rato encima del papel hasta que en la punta se acumula peligrosamente una gran gota negra, momento en que la sacude con cuidado sobre el tintero y escribe:

Una figura más bien lastimosa, basta; la cara fea, áspera. La nariz, torcida, seguramente por un golpe. La cabellera, deslucida y despeinada; los dientes, negros.

Al escribir «dientes negros», Pinkas cruza un límite invisible e imperceptible, pero, en su implacabilidad, no se da cuenta de ello.

No recuerda a una figura humana, sino a un demonio o un animal. Se movía con brusquedad y en sus ademanes no había ni pizca de garbo.

Vuelve a mojar la pluma en la tinta y se queda pensativo –¿qué hábito es este de ponerse a pensar con la pluma mojada? Seguro que acabará en un borrón–. Pero no, la pluma se abalanza sobre el papel e, implacable, lo raspa:

Se dice que habla muchos idiomas, pero lo cierto es que en ninguno de ellos ha sabido expresarse decentemente ni escribir nada sensato. Por eso, cuando intervenía de viva voz, emitía un sonido desagradable para el oído, chirriante y graznador, y solo aquellos que lo conocen bien podían comprender qué quería transmitir.

Por añadidura, nunca ha recibido una formación decente, sabe solo aquello que ha oído aquí y allá, así que sus conocimientos están plagados de lagunas. Tan solo entiende de esos cuentos de hadas que se les cuenta a los niños, pero sus seguidores, como un solo hombre, se los creen a pies juntillas.

A Pinkas le da la impresión de que no ha visto a un hombre, sino a una bestia de tres cabezas.

EL BAUTISMO

El día 17 de septiembre de 1759, después de una misa solemne, bautizan a Jacob Frank, quien adopta el nombre de Józef. Oficia su bautizo el metropolitano de Lwów, Samuel Głowiński de Głowno. Son sus padrinos Franciszek Rzewuski, un joven elegante de apenas treinta años vestido a la francesa, y Maria Anna Brühl. Jacob Frank inclina la cabeza y el agua bendita moja su pelo y corre por su rostro.

Justo después de Frank va Krysa, vestido a la polaca, y como un noble por más señas, y ese nuevo traje hace que su asimétrico rostro adquiera cierta distinción. Ahora se llama Bartłomiej Walenty Krysiński; son sus padrinos: monseñor Szeptycki, obispo de la Iglesia uniata de Lwów, y la señora Miączyńska, esposa del voivoda de Czernichów.

Detrás de ellos espera ya un nutrido grupo de personas del que a cada momento sale alguien y se dirige al altar. Se van sucediendo padrinos, todos rica y solemnemente vestidos. Suena el órgano, gracias a lo cual la alta y hermosa bóveda de la catedral parece más alta todavía. Más allá de los empinados arbotantes está el cielo, adonde, sin duda, irán a parar un día los que ahora están siendo bautizados. El olor acre de las flores amarillas de tallo alto con las que se ha adornado el altar, al mezclarse con el del incienso, resulta exquisito, como si en la iglesia se hubiesen esparcido los mejores perfumes orientales.

Se acercan ahora unos apuestos jóvenes con el cabello cortado a lo paje: son los sobrinos de Jacob Frank, Paweł, Jan y Antoni, y el cuarto, el que arruga nerviosamente su gorro entre las manos, es Ignacy, hijo de Chaim de Jezierzany, ahora apellidado Jezierzański. Se

hace el silencio, el órgano deja de sonar; el organista, cansado, busca entre las partituras la del himno siguiente. La iglesia se sume en un silencio tal que durante un momento se oye el susurro de las páginas. Después la música estalla de nuevo, solemne, llena de pathos, y al altar se aproxima Franciszek Wołowski, hasta hace poco Shlomo Shor, hijo de Elisha, acompañado de su vástago de siete años, Wojciech. Y, tras él, su padre, el mayor de los hombres de Frank, Elisha Shor, un venerable anciano de más de sesenta años, conducido por dos nueras, Rozalia y Róża; nunca se ha repuesto de la paliza. Los sigue de cerca Barbara, la bellísima mujer de Chaim Turczynek, ahora Kapliński, una valaca que, consciente de su hermosura, se deja admirar por los ojos curiosos. Resulta evidente que las personas que inclinan la cabeza ante el tacto de los húmedos dedos del metropolitano forman parte de una gran familia, tan ramificada como un árbol frondoso.

Es lo que piensa el padre Mikulski, quien los contempla intentando hallar pruebas de parentesco en su aspecto y porte. Pues no dejan de estar bautizando a una enorme familia que podría llamarse podoliano-valaco-turca. Ahora, bien vestidos y solemnes, muestran un rasgo nuevo, una dignidad y seguridad en sí mismos que ayer mismo no mostraban, cuando el cura los vio en las calles de la ciudad. De pronto, lo horroriza esa nueva actitud. De un momento a otro querrán hacerse con un título de nobleza, ya que un judío bautizado tiene derecho a un título nobiliario. Siempre y cuando pague una buena suma. Embarga al cura una duda, incluso un temor: helo aquí dejando entrar en sus aposentos a unos extraños de rostro inescrutable e intenciones tan poco claras como intrincadas. Le da la impresión de que en la catedral penetra toda la calle y que irán acercándose al altar hasta la noche, que no se ve el final.

Pero no es cierto que allí estén todos. No está, por ejemplo, Nachman, quien se ha quedado junto a su hijita, que de repente enfermó. Tenía diarrea y fiebre alta. Wajgełe intentó darle leche, pero todo fue en vano: los rasgos de la pequeña carita de pronto empezaron a afilarse y la niña murió en la madrugada del 18 de septiembre. Nachman ha decidido mantener su muerte en secreto. A la noche siguiente le hicieron un apresurado entierro.

DE LA BARBA AFEITADA DE JACOB Y DEL NUEVO ROSTRO QUE DEJA AL DESCUBIERTO

Chana Frank, que acaba de llegar de Iwanie para asistir al bautizo, no ha reconocido a su marido. Se planta ante él y lo observa, como si su cara acabase de nacer: la piel pálida y delicada alrededor de la boca, más clara que en la frente y las mejillas, los labios oscuros, el

inferior un tanto abultado, la barbilla suave, finamente dividida en dos. Solo al cabo de un rato Chana divisa, a su izquierda, el lunar bajo la oreja derecha, una especie de marca de nacimiento. Jacob sonríe, momento en que atraen la atención sus blancos dientes. Es un hombre del todo diferente. Wittel, quien lo ha afeitado, se retira con la palangana llena de espuma.

–Di algo –le pide Chana–. Te reconoceré por la voz.

Jacob ríe en voz alta mientras echa la cabeza hacia atrás como suele hacerlo.

Chana está conmocionada. Tiene delante a un Jacob niño, un hombre nuevo que parece desnudo, con todo su ser expuesto, indefenso. Lo toca suavemente con la mano, la cual descubre la sorprendente lisura de su piel. Chana experimenta una inquietud incierta, extraña, mala, y no puede evitar romper en sollozos.

Los rostros deben permanecer ocultos, en la sombra –piensa–, igual que las acciones, igual que las palabras.

21

DE CÓMO, EN EL OTOÑO DE 1759, LA PLAGA INVADE LWÓW

Hasta hace poco se creía que la plaga se producía por una desafortunada alineación de los planetas, piensa Asher. Se desnuda completamente y se pregunta qué hacer con la ropa. ¿Tirarla? Si se ha impregnado de algún efluvio maligno de los enfermos, ahora podría esparcir esos efluvios por la casa. Y nada sería más terrorífico que dejar entrar la plaga en casa de uno.

El tiempo en Lwów ha dado un vuelco: de tórrido y seco ha pasado a cálido y húmedo. Allí donde queda algo de tierra o de madera podrida aparecen setas. Cada mañana la ciudad amanece envuelta en una niebla espesa como la nata que tan solo el tráfago callejero remueve y agita.

Hoy ha constatado cuatro defunciones y ha visitado a sus enfermos; sabe que habrá más. Todos tienen los mismos síntomas: diarrea acuosa, dolor de estómago y debilitamiento creciente.

Recomienda beber mucha agua limpia o –mejor aún– infusiones de hierbas medicinales, pero como los enfermos acampan en la calle, no tienen dónde hervir agua. Por eso el mayor número de afectados se concentra entre los judíos neófitos. Esta es la razón por la que tienen prisa por bautizarse: creen en que el bautismo los protege de la enfermedad y de la muerte. Asher ha visto hoy a varios de los ya marcados, dos de ellos niños, todos con facies hippocratica: rasgos afilados, ojos hundidos, arrugas. La vida por lo visto debe de ocupar cierto volumen, pues cuando se aleja, el cuerpo humano recuerda a una hoja seca. Tras abandonar Halickie Przedmieście, mientras recorre la plaza del mercado, constata hasta qué punto la ciudad se ha encerrado en sí misma: las contraventanas cerradas a cal y canto, las calles desiertas, no se sabe si habrá feria o no, quizá si llegan los campesinos, aquellos que todavía no se han enterado de la plaga. Todo aquel que aún está sano y tiene adónde ir, abandona la ciudad.

Asher intenta imaginarse cómo la enfermedad pasa de una persona a otra; debe de ser así: la enfermedad tiene la forma de una niebla densa y esquiva, de un aire viciado o un vapor corrosivo. Esos miasmas, al introducirse con el aire aspirado en la sangre, la inflaman y contaminan. Por eso Asher, al acudir a una casa burguesa cuya dueña había cado enferma, se quedó junto a la ventana por la que

entraba el viento mientras ella, la enferma, estaba postrada allí por donde el viento salía. La familia insistió en que le hiciera sangrías, pero Asher está en contra de tal intervención; aduce que debilita a mucha gente, sobre todo a las mujeres, aunque, ni que decir tiene, disminuya la cantidad de veneno contenido en la sangre.

Asher también ha oído hablar de los microbios, una especie de gusanos diminutos que gustan de aferrarse a cosas como abrigos de piel, cáñamo, seda, lana y plumas, que vuelan al menor movimiento, penetran con la respiración en la sangre y la envenenan. Su fuerza depende del aire: si es puro, se desmiembran y mueren. A la pregunta de cuánto tiempo puede sobrevivir el microbio, los médicos contestan que en los objetos almacenados en una mazmorra, hasta quince años, mientras que en estancias aireadas, hasta treinta días, un tiempo parecido al del interior de una persona: no más de cuarenta días. Sin embargo, la gente al unísono achaca la peste a la ira divina causada por los pecados humanos. Todos coinciden: judíos, cristianos, turcos... Es la Ira de Dios. Salomon Wolff, ese médico de Berlín con quien se cartea Asher, afirma que la peste nunca apareció espontáneamente en Europa, sino que siempre fue importada de otras partes del mundo y que su cuna se halla en Egipto, desde donde llega a Estambul y luego se propaga por Europa. Así que lo más probable es que trajeran la plaga a Lwów los judíos valacos que han venido a bautizarse. Eso al menos es lo que por aquí se dice.

Ahora todo el mundo espera que la llegada del invierno traiga la salvación, pues las heladas son enemigas de la podredumbre y por eso en invierno la enfermedad desaparece o al menos se debilita significativamente.

Asher no permite a Gitla salir a la calle, debe quedarse en casa con Samuel, con las cortinas corridas.

Una tarde aparecen en casa de Asher dos hombres, uno mayor y otro más joven. El mayor lleva un largo abrigo negro y un gorro. La barba se le desparrama majestuosamente sobre una barriga un tanto sobresaliente. Tiene un rostro triste y pálido y unos perspicaces ojos azules que se clavan fijamente en Asher. El más joven –traído seguramente para infundir respeto– es muy grande y corpulento. Tiene los ojos verde agua y la tez clara. Plantados ante la puerta, el de más edad suelta un elocuente suspiro.

–Con todos mis respetos, señor doctor –empieza en judío–, está usted en posesión de una cosa que no es de su propiedad.

–Pues sí que es curioso –contesta Asher–, no recuerdo cosa alguna de la que me haya apropiado.

–Yo soy Pinkas ben Zelik de Kozowa, rabino. Y este es mi ahijado Jankel. Hemos venido a buscar a Gitla, mi hija.

Asher, atónito, se queda mudo. Solo al cabo de un momento recupera la voz y la compostura.

–¿Es esa la cosa a la que os referís? Ella es un ser vivo, no una cosa.

–Solo es una manera de hablar –dice Pinkas, conciliador. Escudriña el interior del piso por encima de la espalda de Asher–. Tal vez podríamos entrar a intercambiar unas palabras.

Asher los deja pasar de mala gana.

–Cuando se es médico, solo se ve la desgracia humana –le dice Pinkas, llamémoslo su suegro, cuando al día siguiente Asher Rubin vuelve a estar en el hospital atendiendo a sus enfermos–. Pero la vida es una fuerza poderosa y nosotros estamos de su lado. Lo pasado, pasado está.

Pinkas finge que se han encontrado aquí por casualidad. Tiene la parte inferior de la cara tapada con un retal de algodón blanco, cosa que debería protegerlo de los efluvios. El hedor campa a sus anchas; más que un hospital, esto parece un mortuorio. Los enfermos yacen ya por el suelo, pues el hospital es minúsculo.

Asher guarda silencio.

Pinkas habla por encima de su cabeza, como si no se dirigiera a él.

–La comunidad de Viena necesita un médico, y no uno cualquiera, sino uno que entienda de ojos. Están organizando un hospital judío. Asher Rubin podría llevarse a su esposa y –se interrumpe antes de pronunciar las siguientes palabras– sus hijos, y marcharse de aquí. Todo lo malo quedaría olvidado. Se celebraría una boda y las cosas se arreglarían.

Pasado un rato, añade en un tono que invita a seguir conversando:

–Todo es culpa de esos perros infieles.

Cuando pronuncia «perros infieles» su voz se torna áspera y Asher, sin querer, levanta la vista para mirarlo.

–Váyase. Hablaremos de esto más adelante. No toque nada. Debo atender a un enfermo.

La muerte es rápida y misericordiosa. Primero duele la cabeza, aparecen náuseas y dolor de barriga, a continuación llega una diarrea que no acaba nunca. El cuerpo se seca, la persona va desapareciendo a ojos vistas, pierde las fuerzas y, finalmente, el conocimiento. El fin acontece a los dos o tres días. Primero murió un niño, después los hermanos de ese niño, luego la madre y, finalmente, el padre. Asher lo presenció todo. Fue así como empezó. De ellos se contagiaron los que acudieron al hospital.

Pacientes a los que visita a domicilio para tratar de hinchazón al dueño de la casa, judíos piadosos todos ellos, le lanzan miradas

cómplices al preguntarle por la situación en la ciudad, orgullosos, en cierto sentido, de que lo suyo es solo una hinchazón. Una mujer con cofia torcida frunce significativamente las cejas: es una maldición, un poderoso jerem lanzado sobre los renegados. Y surte efecto. Dios castiga a los traidores que mancillan su propio nido, a esos pérfidos demonios.

–Su suerte no podía durar eternamente. Son fuerzas del diablo. ¿De dónde sale todo ese oro, esos carruajes de varios caballos, esos armiños? Ahora Dios ha impuesto un castigo ejemplar a ese hombre. Sus renegados mueren de la plaga uno tras otro. Es su castigo –murmura.

Asher aparta de ella su mirada para dirigirla a las cortinas de la ventana, descoloridas y llenas de polvo, tanto que su dibujo original se ha vuelto casi invisible: he ahí el color del polvo. Le viene a la memoria Pinkas, su cuasi suegro, y se pregunta cómo serían las cosas si el odio pudiese tornarse en plaga. ¿Es así como funciona el jerem? Asher observa a menudo que un hombre maldito no tarda en tornarse indefenso, débil y enfermo, y cuando le retiran la maldición, sana.

Pero Asher se dejaría contagiar antes que creer en tales cosas. Sabe que la culpable es el agua: basta con un pozo contaminado para matar a toda una ciudad. Los enfermos beben de esa agua y, después, sus heces contaminadas peregrinan a otros conductos de agua. Asher acudió al ayuntamiento, donde presentó sus observaciones: esto tiene que ver con los pozos y el agua. Le dieron la razón, a él, un judío, ordenaron cerrar los pozos y, en efecto, la plaga remitió ligeramente. Pero más tarde volvió a estallar con redoblada fuerza: a todas luces se había propagado por otras fuentes de agua. Es imposible cerrar todos los pozos de Lwów. Solo queda confiar en que parte de la población, por una u otra razón, resista a la calamidad. Hay quienes enferman levemente y pronto recuperan la salud por sí solos. Otros no enferman en absoluto, como si fueran intocables.

Por fin, en medio de la siniestra confusión reinante, Asher ve a ese hombre ungido, puede observarlo a voluntad. Desde que apareció en Lwów a finales de agosto, no es caro de ver: se lo puede contemplar en su rica carroza o bien cuando camina entre sus demacrados seguidores que duermen a la intemperie. No debe de tener miedo. Pese al calor, lleva un alto gorro turco y un abrigo, también turco, de un verde precioso, un color como el del agua de un estanque o de ese cristal con el que se fabrican frascos para medicinas. Parece una inmensa libélula verde revoloteando de un lugar a otro. Cuando se acerca a los enfermos, Asher se hace a un lado sin decir palabra. El otro impone sus manos en la frente del enfermo y cierra los ojos. El enfermo, si es que aún no ha perdido el conocimiento, irradia felicidad. Hace poco uno de los judíos enfermos se dirigió por su

cuenta a la iglesia para exigir ser bautizado cuanto antes. Y una vez que lo bautizaron a toda prisa, se sintió mejor de inmediato. Al menos eso dicen en Halickie Przedmieście. Ante la sinagoga dicen lo contrario: que murió de inmediato.

Asher debe reconocer que ese Frank es un hombre apuesto. Quizá un día su hijo Samuel se le parezca. No tendría nada en contra de ello. Pero su fuerza no radica en su belleza. Asher conoce casos así, lo ha visto en muchos magnates de noble cuna, a saber: una seguridad en sí mismos del todo incomprensible, inexplicable, a no ser que se deba a la existencia de un centro de gravedad interior que hace que alguien así se sienta rey en cualquier situación.

Desde que ese extraño está en la ciudad, Gitla no logra encontrar la paz. Se viste, pero acaba por no salir de casa. Pasa un rato ante la puerta, pero luego se quita la ropa de abrigo y se queda. Asher, al regresar, la ve tumbada en el diván. Su barriga ya es grande, redonda y dura. Todo su cuerpo parece ligeramente henchido, torpe. Siempre está de mal humor y afirma que morirá en el parto. Tiene mucho que reprocharle: si no fuera por él y por el embarazo, volvería a casa de su padre o, de nuevo, seguiría a Frank. Tumbada en medio de la oscuridad, sin duda pondera todas las versiones posibles, aunque malogradas, de su vida.

En la segunda quincena de octubre, cuando empieza a apretar el frío, la plaga, lejos de remitir, cobra fuerza. La calle de Halickie Przedmieście está desierta; a los que llegan de lejos se los aloja en casas de los vecinos, en conventos y fincas señoriales. Los bautizos se celebran a diario, tanto en la catedral como en otras iglesias de Lwów. Incluso se forman colas. Tan pronto como muere alguien, los demás quieren ser bautizados sin dilación.

Sin embargo, cuando siguen muriendo los ya bautizados, Jacob deja de aparecer en la calle para curar con el tacto de sus largos dedos. Dicen que se ha marchado a Varsovia a pedir tierras al rey para los conversos. Pero también dicen que le asustó la plaga y se marchó de vuelta a Turquía.

Es lo que piensa Asher cuando recuerda las defunciones de ayer. Por ejemplo, la familia Majorkowicz. A lo largo de dos días murieron en su hospital la madre, el padre y cuatro de sus hijas. La quinta, agonizante, está tan exhausta que ya no recuerda a una criatura humana, sino a una forma oscura, a un espíritu o espectro. Por lo visto, a la sexta, la mayor, de diecisiete años, el pelo se le ha vuelto completamente blanco de pura desesperación.

Los Majorkowicz tuvieron un buen entierro, cristiano, con ataúdes de madera y un lugar en el cementerio sufragado por la ciudad. Los enterraron bajo los nuevos apellidos a los que no habían tenido

tiempo de acostumbrarse: Mikołaj Piotrowski, Barbara Piotrowska y sus hijas: Wiktoria, Róża, Tekla y Maria. Asher se obliga a recordar: Srol y Bejla Majorkowicz, así como Sima, Frejna, Masia y Miriam.

Precisamente ahora, después del entierro de los MajorkowiczPiotrowski, se queda en medio del vestíbulo de su casa y se desviste despacio. Hace un hatillo con la ropa y ordena a la criada que lo queme. Quizá la muerte se aferre a los botones, a las costuras del pantalón, a los cuellos de camisa... Entra completamente desnudo en la habitación donde está Gitla. Ella lo mira atónita y estalla en una carcajada. Él no le dice nada.

Pese a todo, aquella niña flaca, la segunda hija de los Majorkowicz, logra salvarse. Se trata de Elia, que ahora se llama Salomea Piotrowska. Asher la mantiene ingresada en el hospital y la alimenta bien. Primero con papilla de arroz y más tarde él mismo compra pollo y ordena cocer caldo, con sus propias manos le introduce en la boca pedazos de carne, poco a poco, trocito a trocito. La niña empieza a sonreír al verlo.

Al mismo tiempo, escribe una carta al starosta Łabęcki y otra a la esposa de este. Al cabo de dos días recibe respuesta de Rohatyn pidiendo que les lleve a la pequeña Salomea.

¿Por qué no escribió a Rappaport, a su comunidad judía? Cierto, se planteó tal posibilidad. Tras reflexionar un rato, sin embargo, llegó a la conclusión de que la pequeña Salomea estaría mejor en el palacio de los Łabęcki que en casa del rico Rappaport, aun si este –cosa dudosa– se aviniera a acogerla. Un judío rico y poderoso hoy puede ser pobre e indefenso mañana. Asher lo ha aprendido bien a lo largo de su vida.

Después de la Janucá y el Año Nuevo cristiano, a principios de enero, Gitla da a luz a dos niñas. En marzo, cuando se derriten las últimas nieves, Asher y Gitla hacen las maletas con todo lo que poseen y parten con sus hijos rumbo a Viena.

LO QUE MOLIWDA ESCRIBE A SU PRIMA KATARZYNA KOSSAKOWSKA

Excelentísima señora, querida bienhechora e ilustrada prima:

Habéis hecho bien en marcharos de inmediato, ya que aquí la plaga campa por sus respetos y ya se ven las huellas que su señoría La Muerte va dejando a su paso por las calles de Lwów. Lo más doloroso, empero, es que la plaga haya elegido preferentemente a vuestros protegidos, pues hay entre ellos muchos pobres y desnutridos, y pese al aprovisionamiento del padre Mikulski, así como la buena voluntad

mostrada por mucha gente noble, siguen permaneciendo en estado de necesidad, de ahí su mayor propensión a sucumbir a la enfermedad.

Ya tengo hechas las maletas y dentro de pocos días conduciré a Jacob y su compañía a Varsovia, donde espero poder veros, ilustre bienhechora, sin dilación alguna para debatir los detalles de nuestra actuación. Asimismo os agradezco, ilustre bienhechora, la generosa remuneración que habéis logrado reunir para mí solicitándola a otros aristócratas. Tengo entendido que el más generoso ha sido el señor Jabłonowski. Le profeso mucho respeto y agradecimiento, pero su idea de fundar un Paraguay en las afueras de Busk no me convence. Vuestros protegidos, señora, no son tan mansos como los indios paraguayos. Y tienen una religión, una escritura y unas costumbres más antiguas que las nuestras. Con todos mis respetos, el señor Jabłonowski debería haber viajado a Iwanie o permanecer un tiempo con ellos en Halickie Przedmieście.

No me comprometo a describiros todo el asunto porque me abruma sobremanera. Tras la muerte de la hija de Nachman, ahora Piotr Jakubowski, una de las primeras víctimas de la peste, de inmediato corrió el rumor de que se trataba de una nueva maldición judía lanzada a los infieles. Y de que hay que ver la increíble velocidad con que se propaga. El agua abandona al enfermo y su cuerpo se hunde, la piel se arruga y los rasgos de su rostro se afilan hasta la ferocidad. La persona se debilita en dos días y muere. Nachman-Jakubowski, completamente abatido, se ha sumergido en su cábala, cuenta y recuenta con la esperanza de hallar explicación a su desgracia.

Empieza a hacer frío y no se sabe qué hacer con los acampados y enfermos. Necesitaríamos más recursos, ropa y comida, puesto que el padre Mikulski, el superintendente de toda esta empresa, ya se ve incapaz de abordarla.

Los médicos han exigido que los que llegan a la ciudad presenten un certificado que atestigüe que proceden de lugares libres de la plaga, que a los sospechosos se los «airee» durante seis semanas en las afueras, y que, allí donde tiene lugar la plaga, se cuente con un número suficiente de galenos, barberos y cuidadores destinados exclusivamente a los enfermos, así como de portadores y sepultureros. Y, también, que todo aquel que tenga contacto con los enfermos lleve una insignia, por ejemplo, una cruz blanca en el pecho y otra en la espalda. Haría falta disponer de más dinero para comida y medicinas para los más necesitados; asimismo, alejar de la ciudad a perros y gatos, que corren de casa en casa, observar la aparición de la plaga en cada vivienda, construir un buen número de casitas de madera en las afueras para enfermos y sospechosos, y airear los productos dudosos en cobertizos destinados a tal fin. Pero, como suele suceder en nuestro

país, nada se lleva a cabo.

Vos, ilustrada señora bienhechora, sabréis qué hacer para instalar a esa gente en un lugar donde haya condiciones dignas. Muchos de los que han acudido a ser bautizados vendieron antes todas sus exiguas pertenencias y ahora esperan nuestra misericordia.

KATARZYNA KOSSAKOWSKA OSA IMPORTUNAR A LOS PODEROSOS DE ESTE MUNDO

A Jan Klemens Branicki, Gran Hetman de la Corona, el día 14 de diciembre de 1759

Os estoy eternamente agradecida por la hospitalidad que no ha mucho me dispensasteis, cuando de nuevo estuve de viaje. Vuestra heredad de Mościska antójaseme tan bella y cómoda que la recordaré durante largo tiempo. Y puesto que habéis expresado ante esta vuestra servidora vuestro deseo de apoyar mis acciones, me dirijo a vos, mi querido Bienhechor, para pediros que ponderéis la situación que os mencioné. Se trata de que nosotros, los nacidos de la cuna más alta y unidos por vínculos de sangre, todos juntos, sabedores de la expresión francesa noblesse oblige, apoyemos y ayudemos a esos pobres neófitos, esos puritanos que tanto abundan aquí, en Podolia. Ya os habréis enterado, excelentísimo bienhechor, de que acaban de partir rumbo a Varsovia para suplicar audiencia con el rey (dudo mucho que la consigan), así como un territorio en las tierras reales donde instalarse. Nuestra idea consiste en acogerlos en nuestras fincas, acto que sería cristianamente misericordioso al tiempo que nos proporcionaría almas nuevas.

En carta aparte, llevada por Kalicki, ya os informé, Vuestra Ilustrísima, de lo que sucedió con nuestra asamblea de nobles...

A Eustachy Potocki, mi estimado señor hermano, general de artillería del Gran Ducado de Lituania, 14 de diciembre de 1759

Con este correo me llega su petición de que le envíe un retrato de nuestro señor padre, cosa que haría de buen grado si encontrara a quién confiarlo, pues en cuanto al servicio de Correos, no existe garantía de entrega alguna.

Y ahora reitero la pregunta de mi carta anterior: ¿Ha considerado usted, mi estimado señor bienhechor, el ceder a los neófitos un terreno de su heredad?

Como me conoce usted desde que nací, sabe mejor que nadie que no suelo compadecerme demasiado de los altibajos en la vida de la gente y que soy más bien adusta. Sé que es posible buscar con lupa a

un hombre honesto y no encontrarlo. Pero en este caso, veo que es nuestro deber: hállanse en la peor de las situaciones, aún peor que la de nuestros campesinos; expulsados por los suyos, son como pordioseros, a menudo despojados de sus bienes y sin un lugar en el mundo, además, desconocedores de nuestro idioma, en muchos casos están del todo indefensos. Por eso se aferran tanto unos a otros. Si los distribuyésemos por nuestras heredades, podrían vivir cristianamente, dedicarse a la artesanía o el comercio sin molestar a nadie, y sería un acto de fe por nuestra parte el haberlos domesticado y acogido en el seno de nuestra Santa Madre Iglesia.

A Pelagia Potocka, palatina de Lwów, 17 de diciembre de 1759

No quisiera molestarla ni incomodarla, excelente señora, con cosas que están más que pasadas de moda, como felicitarla por cosas sempiternas o desearle aquello que nunca pasa de moda: que todos los familiares se quieran y se deseen lo mejor. Pero como yo no pretendo ir a la moda, sino ser rigurosa y sincera, suplico a Dios, cuya Natividad está a punto de celebrarse, que le dé salud y largos años de vida. Más aún, también le deseo prosperidad, no puedo por menos que hacerlo.

Ya habrá oído hablar usted, estimada señora, de esa nueva llamada, no tan propia de la moda como de la misericordia, a acoger en casa a muchachas neófitas, antes judías y ahora cristianas. La esposa del starosta Łabęcki ha acogido a una niña así. Si yo no estuviera siempre de viaje, también me lo plantearía. Semejante acto da a esas niñas la esperanza de una vida mejor y una educación adecuada para las féminas. La niña es muy lista, ya tiene un preceptor y estudia polaco y francés a un tiempo. La vida de la señora Łabęcka ha recobrado el color, así que el beneficio es mutuo...

DE LAS MONEDAS PISOTEADAS Y DEL CUCHILLO QUE CORTA EL VUELO DE UNA BANDADA DE GRULLAS

La víspera de su viaje a Varsovia, Jacob ordena a su gente, a los elegidos, mujeres y hombres, que se reúnan. Lo esperan alrededor de una hora. Comparece vestido a la turca, acompañado de Chana, tan elegante como solemne. Ahora, todos juntos, caminan a paso rápido hacia el Alto Castillo, los transeúntes, curiosos, se vuelven para mirarlos. Jacob encabeza la marcha dando grandes zancadas, inclinado hacia delante, de manera que el viejo reb Mordke se ve obligado a hacer grandes esfuerzos por alcanzarlo; acaba quedándose rezagado, y con él, Hershełe. Chana no se queja del más que posible destrozo de sus zapatos de seda bordados, camina a un paso de su

marido, se limita a levantar las faldas de su largo abrigo y mirar dónde pisa. Jacob sabe muy bien lo que se debe hacer.

Extraño día, el aire es mórbido y liso, como si se movieran por una muselina desplegada. Huele a algo extrañamente inquietante, dulce y podrido, a algo olvidado que se ha cubierto de moho. Algunos llevan mascarillas en la cara, pero cuanto más alto ascienden, con mayor gusto se las quitan.

Todos tienen claro que la plaga forma parte de la guerra que les han declarado sus enemigos. Y que morirá aquel cuya fe es débil. Quien tiene una fe inquebrantable en Jacob nunca morirá, a menos que le asalte la duda. Cuando ya se encuentran lejos de la ciudad, reducen el paso y se ponen a hablar, sobre todo aquellos que han quedado rezagados. Hablan por los codos, algunos se han hecho con palos en los que apoyarse, hablan cada vez con mayor libertad, cuanto más lejos y más alto, los espías no los seguirán, nadie espiará sus conversaciones, no hay curiosos a la redonda, ni secretarios, ni catequistas, ni damas entregadas a su causa. Dicen:

–Moliwda y la vieja Kossakowska se disponen ahora a solicitar audiencia con el rey en Varsovia...

–Dios los guíe...

–En cuanto esto suceda, confirmaremos nuestro derecho a ostentar títulos nobiliarios...

–Pero vamos a pedir tierra, del rey, no de los magnates...

–La señora Kossakowska aún no lo sabe...

–No queremos quemar los puentes a nuestro paso, ¿para qué iba a saberlo...?

–El rey nos dará tierras. Las de realengo son mejores que las de señorío o de la Iglesia. Pero ¿es eso seguro...?

–¿Quién es ese rey...?

–El rey tiene honor y la palabra real es como el oro...

–Nos concederá tierras en Busk...

–En Satanów...

–Rohatyn es nuestro...

–No importa dónde, con tal de que tengamos un pedazo...

Desde la cima, ven toda la ciudad; los árboles están casi todos teñidos de rojo y amarillo, como si una mano inmensa prendiese fuego al mundo. La luz, dorada, del color de la miel, cae de arriba abajo, pesadamente, en cálidas oleadas, chapando en oro los tejados de Lwów. Pese a ello, vista desde lo alto, la ciudad parece una costra en la piel, una cicatriz rugosa. Desde la distancia no se oye el bullicio, aparenta una completa inocencia, y, sin embargo, es allí donde ahora entierran a los muertos, donde baldean con cubos de agua el infecto empedrado. De repente, el viento trae olor a humo de leña. Jacob se sume en el silencio y quienes lo rodean se quedan quietos, sin que

nadie se atreva a decir palabra.

Entonces Jacob hace algo raro:

Clava un cuchillo en la tierra y levanta la cabeza hacia el cielo, y todos hacen otro tanto. La bandada de grullas que sobrevuela sus cabezas pierde fuelle, se desgaja por dos sitios como un collar de cuentas, los pájaros se dispersan, regresan al punto de partida, se enredan, chocan entre sí y empiezan a dar vueltas en lo alto, caóticamente. El espectáculo resulta penoso. Chana se cubre el rostro. Sorprendidos y atónitos, todos clavan la vista en Jacob.

–Mirad ahora –les dice y saca el cuchillo de la tierra.

Las grullas aún vuelan en desorden durante un rato, pero no tardan en volver a su formación, dibujan primero un gran círculo, después otro más grande, para, finalmente, retomar el rumbo hacia el sur.

Jacob dice:

–Lo que acabáis de ver significa: ¡Ay de vosotros si en algún momento olvidáis quién soy yo y cuál es vuestro lugar!

Les ordena encender una hoguera y cuando se reúnen en torno a ella, sin ojos ajenos, sin espías ni curiosos, todos se ponen a hablar al mismo tiempo. Se equivocan con los nuevos nombres. Cuando Shlomo se dirige a Nachman a la antigua usanza, Jacob le propina un golpe en el hombro. Para ellos ya no existen los viejos nombres judíos, solo los cristianos, que nadie se confunda.

–¿Quién eres tú? –le pregunta a Chaim de Varsovia, que está a su lado.

–Mateusz Matuszewski –responde Chaim con tristeza, parece abatido.

–Y esta es su mujer Ewa. Wittel ya no existe –añade Nachman Jakubowski sin que nadie se lo haya pedido.

Jacob ordena que cada integrante del círculo repita varias veces su nuevo nombre. Los nombres nuevos recorren varias veces el círculo.

Todos los hombres aquí presentes tienen alrededor de treinta años, la flor de la edad, van bien vestidos, con abrigos forrados de fieltro o de piel. Todos llevan barba y gorros de piel en la cabeza, pese a que el invierno aún tardará en llegar. Las mujeres van con cofias, como las burguesas; otras, como Chana, aún llevan turbantes de colores. Si alguien los observase desde cierta distancia, como suele hacer hasta el más desgraciado de los espías, no sabría adivinar con qué objetivo se han reunido en lo alto de la colina encima de la ciudad de Lwów. Ni por qué repiten sus nombres.

Jacob pasea entre ellos con un gran cayado que ha levantado del suelo. Los divide en dos grupos. En el primero está reb Mordke, ahora llamado Piotr el Viejo, porque es el mayor de todos; después va Hershełe, ahora Jan, otro favorito de Jacob. A su lado, Nachman, ahora Piotr Jakubowski, y Chaim de Busk, ahora Paweł Pawłowski. El

Señor incorpora a este grupo también a Itzek Minkowicer, ahora apellidado Dembowski. Todos ellos acompañarán mañana a Jacob a Varsovia.

Chana y los niños quedarán durante su ausencia bajo protección de la señora Kossakowska. Mañana enviará caballos a buscarlos. Los acompañarán Lejbko Hirsch de Satanów, ahora Józef Zwierzchowski, y su mujer, Anna. El apellido, tan difícil de pronunciar, se lo dio el cura encargado de bautizarlos. También se quedarán Jakub Szymonowicz, ahora apellidado Szymanowski, los dos Shor, ahora Wołowski, y reb Szajes, que sigue siendo Rabinowicz, porque aún no se ha bautizado.

Ambos grupos se miran de soslayo, aunque solo por un momento, pues Jacob enseguida les manda que rebusquen en sus bolsillos y saquen monedas. Coge una de cada uno, escoge tan solo los grandes ducados de oro; ha reunido hasta doce. Con cuidado los amontona en el suelo, entre la hierba seca. A continuación, pisotea las monedas hasta casi enterrarlas. Luego vuelve a recogerlas y a pisotearlas: todos lo observan en silencio conteniendo la respiración. ¿Qué significará todo eso? ¿Qué querrá decirles haciendo tal cosa? Ahora deben ir acercándose uno a uno a las monedas y pisotearlas hasta casi enterrarlas.

A última hora de la tarde ante Jacob se presenta Franciszek, o sea, Shlomo, para reprocharle el no haberlo escogido a él, ni a ninguno de sus hermanos para ir a Varsovia.

–¿Por qué lo has hecho? Tenemos negocios allí, podríamos ser de ayuda. Ahora yo, como ennoblecido y católico, tengo una posición bien diferente. Y la cabeza sobre los hombros.

–Tu título nobiliario no me impresiona lo más mínimo. ¿Cuánto te costó? –Jacob se muestra malicioso.

–He estado a tu lado desde el principio, como el más fiel, y ahora me rechazas.

–Así debe ser –dice Jacob y en su rostro aparece una amplia y cálida sonrisa. Siempre esboza una igual–. Yo no te rechazo, mi querido hermano, yo te dejo aquí para poner en tus manos el poder sobre lo que ya hemos logrado. Tú vas justo detrás de mí, eres mi segundo, tienes que vigilar a todo este pueblo, que permanece hacinado como aves de corral en graneros y gallineros. Sé tú el responsable de todo esto.

–Pero tú vas a ver al rey... A nosotros, a mí y a mis hermanos, nos dejas atrás. ¿Por qué?

–No es un viaje exento de peligros, yo los asumiré.

–Pero fui yo, junto con mis hermanos y mi padre, cuando tú estabas en Turquía, quien...

–Estuve allí porque, si no, me habrían matado.

–Te muestras soberbio ahora, ¡pese a que no estabas con nosotros en la catedral! –estalla Shlomo, cosa nada propia de él, suele ser un hombre calmo.

Jacob da un paso e intenta abrazar a Shlomo, es decir, a Franciszek Shor-Wołowski, pero este lo esquiva y se va dando un portazo. La puerta, que se ha soltado del marco, quedará todavía un largo rato balanceándose y chirriando sobre el herrumbroso gozne.

Una hora después Jacob manda llamar a Hershełe, o sea, a Jan, a quien ordena traer vino y carne asada. Frente a su puerta, Nachman Jakubowski, que ha acudido para hablar con Jacob, se topa con Chana. Chana le dice en un susurro que el Señor se ha puesto el tefilín y, junto con Hershełe, perpetran un acto secreto llamado el traslado de la Torá a la letrina.

–Junto con Jan –la corrige Nachman con suavidad.

RETAZOS. CON EL PRÍNCIPE RADZIWIŁŁ

¿Acaso no es cierto que cada ser vivo tiene una vocación única, propia e irrepetible que es totalmente singular y que solo él puede llevar a cabo esa misión? Por lo tanto, durante toda su vida es responsable de esa única tarea y no puede perderla de vista. Siempre he pensado así, mas los días que siguieron a nuestro acto de Lwów se me antojaron tan tempestuosos que durante largo tiempo no solo fui incapaz de describirlos, sino también de ordenarlos en mi cabeza. Incluso ahora, en cuanto me pongo a rezar, tan solo acuden lamentos a mi mente y lágrimas a mis ojos, pues, pese al paso del tiempo, mi dolor no disminuye en absoluto. Reb Mordke ha muerto. Hershełe tampoco está entre los vivos. Ni tampoco mi hijita recién nacida.

Si mi pequeña Agnieszka hubiese sido una persona plena y feliz, seguro que yo no caería presa de la desesperación. Si reb Mordke hubiese llegado a ver la dicha de los años de la salvación, yo no estaría tan triste. Si Hershełe se hubiera cansado de vivir por haberlo experimentado todo, yo no lo lloraría. Y, sin embargo, me convertí en la primera persona que tuvo que hacer frente a la plaga, pues me afectó a mí mismo al afectar a mi pequeña, tanto tiempo esperada. Y eso que ¡yo era uno de los elegidos! ¿Cómo pudo ocurrir?

Antes de emprender nuestro viaje, celebramos una pequeña ceremonia, no tan alegre como podría haber sido, porque, debido a la plaga, Jacob instauró un ayuno. La celebramos porque el viejo reb Moshe de Podhajce, nuestro gran sabio y hacedor de milagros, tomó por esposa a una muchacha que la plaga había convertido en huérfana, Teresa, antes Estera Majorkowicz. Fue el gesto de un hombre bueno, puesto que a su hermana, que había sobrevivido, ya la

tenía en acogida el señor Łabęcki, el padrino de reb Mordke, con lo cual las dos hermanas ahora llevan el mismo apellido: Łabęcka. Para aquella noche el ayuno fue suspendido, mas aun así la ceremonia fue modesta: un poco de vino, de pan y de caldo graso. La novia lloraba sin cesar.

Durante la boda Jacob anunció su intención de viajar a Varsovia para ver al rey y después bendijo a los novios de una manera que dejaba claro que él era el supremo y que asumía en su persona nuestra confusión, nuestro dolor y nuestra ira. No tardé en percatarme de que no todos estaban conformes. Sobre todo los hermanos Wołowski, sentados a la vera de Walenty Krysiński, hijo de Nussen, se mostraban especialmente malhumorados por tenerse que quedar en Lwów, y yo percibí una tensión en aquella mesa de bodas, una lucha invisible librada sobre las cabezas de los comensales, de la demacrada novia, que había escapado a la muerte de milagro, y del ya viejo novio; se libraba una pelea por el gobierno de las almas. Y lo que más abundaba en todo aquello era el miedo, y el miedo –como es sabido– hace que la gente se salte al cuello para poder culpar a alguien de todos los males del mundo.

Varios días después estábamos ya en camino, y con razón en el Zohar Tov 31 está escrito que cuatro son las cosas que debilitan al ser humano: el hambre, los viajes, el ayuno y el poder. Sí, hemos permitido que nos debiliten. Mas en aquel viaje el hambre no nos amenazaba, ya que nos recibían en mansiones nobles o en casas parroquiales sitas junto a las iglesias, como a judíos conversos, mansos y buenos, casi como a delincuentes arrepentidos, y nosotros, creo que por inercia, desempeñábamos gustosos ese papel.

Partimos de Lwów rumbo a Varsovia el 2 de noviembre con tres carruajes y algunos hombres a caballo, entre ellos Moliwda, como nuestro guía y guardián. Su hermoso parlamento, adondequiera que llegásemos, siempre nos presentaba de una manera que no era de nuestro agrado. Sin embargo, bastaba un día para que nos sintiésemos precisamente tal y como nos describía Moliwda, ese Antoni Kossakowski a quien nunca –ahora lo pienso– he logrado descifrar y de quien nunca supe si hablaba en serio o en broma.

Cuando llegamos a Krasnystaw, donde habíamos arrendado toda la taberna para aquella noche, Moliwda anunció que un gran señor polaco deseaba conocer a Jacob, cuya fama de hombre sabio había llegado hasta allí. Y que ese señor también era un sabio y que se personaría en la taberna. Por eso Jacob, pese al cansancio, no se quitó la ropa de viaje, sino que se echó por encima de los hombros un abrigo forrado de piel y se puso a calentarse las manos sobre el fuego,

ya que durante el día había llovido y del este, desde las ciénagas de Polesia, llegaba un penetrante frío. Nos acostamos en la estancia más grande, uno al lado de otro, sobre unos colchones que olían al heno de aquel año. La estancia estaba oscura y llena de humo. El tabernero cristiano metió a toda su familia en un pequeño cuarto y prohibió salir a los niños, pues nos había tomado por huéspedes ilustres, sin ver judíos en nosotros. Pese a la prohibición, sus hijos de carita sucia nos escrutaban a través de las grandes rendijas que lucían todas las puertas. Sin embargo, desaparecieron en cuanto cayó la temprana noche invernal, vencidos seguramente por el sueño.

Solo hacia la medianoche irrumpió Itzek Minkowicer, que estaba de guardia, y nos dijo que había llegado un carruaje. Así que Jacob se aposentó sobre el banco como si fuera un trono y los faldones de su abrigo pendían libremente a lo largo de sus brazos, dejando al descubierto la piel del forro.

En un determinado momento entró un judío con kipá, más bien bajo, regordete, pero seguro de sí mismo, incluso arrogante. Detrás de él se detuvieron unos campesinos gigantescos, armados. El judío no dijo nada, se limitó tan solo a pasear la vista por la estancia hasta que, finalmente, al cabo de un buen rato, advirtió a Jacob y lo saludó con un movimiento de la cabeza.

«Y tú ¿quién eres?», le pregunté al no aguantar más el silencio.

«Szymon», contestó aquel hombre con una voz profunda que no encajaba con la redondez de su figura.

Salió por la puerta y al cabo de un instante reapareció en compañía de un pequeño y arrugado judío viejo con aspecto de rabino. Era muy menudo y debajo de su gorro de piel brillaban unos penetrantes ojos oscuros. Caminó directamente hacia Jacob, quien, sorprendido, se levantó; el hombrecillo lo abrazó como a un viejo amigo. Solo lanzó una mirada recelosa a Moliwda, que estaba en un rincón con una copa de vino en la mano.

«Este es Marcin Mikołaj Radziwiłł», dijo el hombre llamado Szymon sin añadir título alguno.

Durante un rato reinó el silencio y ninguno de nosotros se movió un milímetro, atónitos como estábamos ante la visita y la cordialidad de un señor tan rico y poderoso. Habíamos oído hablar con anterioridad de aquel magnate que por su cuenta se convirtió a la fe judía, aunque los judíos lo trataban con recelo, pues mantenía un harén en su casa y hacía cosas extrañas. Jacob también estaba asombrado por el comportamiento de Radziwiłł, mas, como era su costumbre, no lo mostró, le devolvió de buena gana el abrazo y le pidió que tomase asiento a su vera. Trajeron velas y los rostros de los dos hombres quedaron bien iluminados. La luz de las velas, esparcida en un sinfín de diminutas manchas, alumbraba el rostro del magnate.

Szymon, cual perro guardián, apostado al acecho junto a la puerta, ordenó a los campesinos vigilar la taberna. Pronto, empero, en el curso de la conversación, supimos el porqué de toda aquella conjura.

Radziwiłł se hallaba –según sus propias palabras– bajo arresto domiciliario, por ser favorable a los judíos. Había acudido allí de incógnito al enterarse del paso por Krasnystaw de un personaje tan sabio y eminente. Él mismo se encontraba en Krasnystaw excepcionalmente, pues lo tenían confinado en Słuck. A continuación se inclinó sobre Jacob y, durante largo rato, le susurró algo despacio, como si recitara.

Yo observaba la expresión de la cara de Jacob: entornó los ojos y no hizo gesto alguno que pudiera desvelar qué estaba escuchando. A juzgar por lo que a duras penas alcancé a oír, el magnate hablaba en hebreo, mas no decía más que disparates, como si hubiera aprendido de memoria un fragmento de allí, otro de allá. Aquello no tenía sentido alguno para mí, pues solo había oído una parte. Sin embargo, parecía que el gran magnate transmitiera a Jacob importantes secretos, y creo que Jacob quería que todos creyésemos en la existencia de dichos secretos.

Cada vez que trata con un personaje distinguido, su rostro se trasforma, se torna juvenil, inocente; ante alguien de alta cuna, Jacob se muestra indulgente, encantadoramente amable y sumiso, como un perro que se agacha ante otro más grande y fuerte que él. Al principio me repelía esa actitud. Mas todo aquel que conoce a Jacob sabe que es un juego que le divierte.

Nadie está libre de tratar de una manera a quien se halla en una posición superior y de otra a quien ocupa una inferior. El mundo entero se fundamenta en ello y esa jerarquía está profundamente arraigada en el ser humano. Tal cosa siempre me ha sublevado y, a veces, aconsejaba a Jacob, cuando este quería escucharme, que se mostrase más bien rígido e inaccesible y que jamás agachase la cabeza. En cierta ocasión oí a Moliwda decirle: «La mayoría de esos grandes señores son unos idiotas redomados.»

Después de la reunión contó asimismo que Radziwiłł durante años había mantenido encerrados a su mujer e hijos en una sola estancia, a pan y agua, hasta que su familia logró, tras grandes esfuerzos, obtener del rey un documento que daba fe de su locura. Esta fue la razón del arresto domiciliario del príncipe en Słuck. Al parecer mantenía en su casa un harén de jovencitas compuesto de muchachas secuestradas o esclavas compradas a los turcos. Para colmo, los campesinos de la zona sostenían que las desangraba y destilaba su sangre para obtener un elixir de eterna juventud. De ser verdad, el elixir no debió de surtir efecto, pues el hombre parecía mayor de lo que sin duda era. Albergaba en su conciencia numerosos pecados: había asaltado a

viajeros, desvalijado las mansiones vecinas y actuado poseído por un inexplicable arrebato de locura, mas viéndolo entonces, resultaba difícil imaginárselo en el papel de tamaño malhechor. Cierto, su rostro era feo, mas esto no es prueba de un alma malvada.

El tabernero sirvió vodka y comida, mas el huésped no quiso tocar nada, aduciendo que muchas veces lo habían intentado envenenar. Y que nadie se lo tomara a mal, pues en todas partes había gente mala que fingía ser buena. Permaneció en nuestra compañía hasta el alba y algunos de los nuestros, repuestos tras la inicial sorpresa ante su aspecto, dormitaban mientras él alardeaba de conocer varias lenguas, incluida la hebrea, en la que leía y escribía con fluidez. También dijo que se habría convertido a la fe judía oficialmente, de no ser porque tenía miedo.

«En Wilno», dijo, «hace exactamente diez años quemaron en la hoguera a un apóstata. El necio de Walentyn Potocki que, en Ámsterdam y con la mejor voluntad del mundo, entregó su corazón a la religión mosaica y al regresar a Polonia se negó a volver al seno de la Iglesia. Lo sometieron a torturas y acabaron quemándolo. Yo mismo vi su tumba en Wilno. Constaté que los judíos le rendían homenaje, pero nadie le devolverá la vida.»

«No nos servirá de nada», dijo Jacob una vez que el príncipe se hubo marchado. A continuación, se estiró y bostezó ruidosamente.

Enseguida nos dormimos con la cabeza sobre la mesa y cuando salió el sol era hora de partir rumbo a Lublin.

DE LOS TRISTES SUCESOS DE LUBLIN

Dos días más tarde, cuando entrábamos en el suburbio de Lublin llamado Kalinowszczyzna, nos cayó de pronto encima una lluvia de piedras. Arreció con tanta fuerza aquel ataque que las piedras rompían las paredes y portezuelas del carruaje y agujereaban el techo. Puesto que yo iba al lado de Jacob, lo cubrí con mi cuerpo, sin saber el porqué. Recibí mi merecido, aunque no por parte de las piedras, sino por la de Jacob: me rechazó, airado. Menos mal que nuestro carruaje iba escoltado por ocho jinetes armados, quienes, arrancados de su somnolencia, desenvainaron sus espadas e intentaron ahuyentar aquella espontánea milicia campesina. Mas de detrás de las casas, desde todas las calles, venían corriendo otros tipos armados con horcas y palos, y una mujer vigorosa sacaba de su cesta puñados de barro que lanzaba, con buena puntería, a nuestra carroza. Dio comienzo una verdadera, aunque caótica, batalla. Aquellos judíos de los suburbios hicieron más ruido que daño. No eran más que unos pendencieros de pueblo que acabaron por dispersarse al ver a los

soldados de la guardia que acudieron en nuestra ayuda gracias a Moliwda y Krysa, quienes habían ido a la ciudad al galope en busca de socorro.

Mi profunda tristeza, el cansancio de la noche anterior y aquel ataque en el que muchos de nosotros fuimos heridos (yo tenía una ceja partida y un enorme chichón en la cabeza; desde entonces me duele a menudo) nos afligieron sobremanera, y de esa guisa entramos en Lublin. Lo peor, empero, iba a suceder por la noche, cuando, ya alojados en el palacio del voivoda, y eso gracias a las gestiones de Moliwda y Kossakowska, resultó que reb Mordke había enfermado y mostraba los mismos síntomas que los contagiados de Lwów. Lo instalamos en una habitación separada, mas él se negaba a guardar cama, aduciendo que no podía estar enfermo. Y en cuanto alguno intentaba apartarse de él, Jacob le ordenaba volver a sentarse junto al enfermo y él mismo se encargó de cuidarlo y de servirle agua, aunque el anciano se debilitaba a ojos vistas.

Hershełe, que para ocuparse de los demás tenía el tino y la delicadeza de una mujer, cuidó del enfermo con entrega. Yo recorría Lublin en busca de caldo con pechuga de pollo. Reb Mordke, aunque débil, anhelaba ver Lublin, donde había estudiado en sus años mozos y conservaba muchos recuerdos. Así que Hershełe y yo lo llevamos a la ciudad, lo condujimos, despacio, por las callejuelas hasta el cementerio judío, donde yacía su maestro. Mientras caminábamos entre las tumbas, reb Mordke señaló un hermoso panteón, recién levantado. «Este me gusta», dijo. «Me gustaría tener uno así.»

Lo reñimos y nos reímos diciendo que no era hora de soñar con panteones. ¿Acaso no estábamos fuera del alcance de las leyes de la muerte? En estos términos arengaba un apasionado Hershełe con lágrimas en los ojos. Yo nunca había creído en tal cosa, es lo que puedo decir de mi persona. Mas sí Hershełe; y muchos de nosotros. ¿Y si yo también creía, como los demás? Ahora todo se me está borrando de la memoria. Cuando llegábamos de vuelta al palacio, ya casi teníamos que llevar a rastras a reb Mordke, que se debilitaba por momentos.

Durante aquella noche en Lublin permanecimos junto al anciano en el descuidado, húmedo y sucio palacio del voivoda. La humedad agrietaba el revoque, el viento se colaba por las ventanas mal ajustadas. A cada momento corríamos a la cocina en busca de agua hirviendo, mas la diarrea sanguinolenta no cesaba y reb Mordke se consumía ante nuestros ojos. Pidió que le encendieran una pipa, mas ya no pudo fumarla, la sostenía entre las manos, la menguante brasa le calentaba los dedos, cada vez más fríos. Todos miraban a escondidas a Jacob, pendientes de sus palabras. También lo miraba el

propio reb Mordke, expectante: ¿cómo iba a protegerlo de la muerte? Al fin y al cabo, reb Mordke era el seguidor más fiel de Jacob desde hacía años, desde la soleada Esmirna, desde el olor a mar de Tesalónica, ya bautizado, como él, no era posible que muriese.

Jacob salió la segunda noche al mojado atrio, donde permaneció un par de horas; volvió helado, pálido, y se desplomó sobre la cama. Yo permanecí a su lado.

«¿Dónde has estado? Reb Mordke se está muriendo», le dije con reproche.

«No he logrado vencerlo», dijo como para sí mismo, mas yo lo oí. Tanto yo como Itzek Minkowicer, quien un momento antes estaba convencido de que habían secuestrado a Jacob.

«¿¡De quién estás hablando!?», le grité. «¿A quién combatías? ¿Quién ha estado aquí? Los guardias del palacio están apostados por todas partes...»

«Tú sabes quién», dijo, y un escalofrío helado me recorrió la espalda.

Aquella misma noche, de madrugada, reb Mordke murió. Enmudecidos, permanecimos a su lado hasta el mediodía. Hershełe empezó a reírse de forma extraña y luego dijo que así era exactamente como debía suceder: primero uno muere para más tarde resucitar. Ese estado se prolonga durante un tiempo para que la muerte tome conciencia de sí misma, pues de no ser así, nadie creería en la resurrección. Es posible, en caso contrario no se sabría que alguien es inmortal. Me enfurecí y le dije: «Qué necio eres», de lo que ahora me arrepiento profundamente. Porque no era ningún necio. También yo estaba convencido de que las cosas no ocurrían de verdad, de que no tardaría en suceder algo excepcional, tan excepcional como la época en que vivíamos y como nosotros mismos. Y encima el rostro de Jacob se cubrió de sudor, le flaqueaban las piernas y en sus entornados ojos apareció una luz oscura. Apenas hablaba, yo me di cuenta de que en ese momento grandes fuerzas se enfrentaban encima de nosotros, luchaban encarnizadamente, unas lóbregas y otras las más luminosas, al igual que los negros nubarrones que en un cielo de tormenta desalojan el azul celeste y tapan el sol. Ya me parecía oír el entrechocar de sus armas, como un susurro grave, chirriante y lúgubre. De pronto mi mirada viajó hacia ese ruido y nos vi a nosotros sentados en círculo junto al féretro de reb Mordke, abatidos y anegados en lágrimas. Éramos como esas figuritas de pan sobre el tablero de Chaja, risibles y abominables.

No vencimos a la muerte, aquella vez no.

Al tercer día se celebró un solemne entierro. Sacamos fuera el

ataúd abierto –según costumbre católica– y lo colocamos sobre un carro ricamente adornado. Y como por la ciudad había corrido la noticia de que el difunto era un gran sabio judío que se había convertido a la cruz, se formó una enorme procesión y en ella, gremios de artesanos, trompetas, monjes y populacho en gran número, curiosos de cómo iban a sepultar a un converso en tierra consagrada. La gente lloró mucho, no se sabe por qué, pues no conocía al fallecido ni sabía en realidad quién era. Mientras el obispo local pronunciaba su sermón en la iglesia parroquial, todos los presentes lloraban porque en el sermón sonó numerosas veces la palabra «futilidad», que, al parecer, es peor que la palabra «muerte». También lloré yo, pues me embargó la desesperación, una pena sempiterna, y solo entonces pude llorar a mi pequeña hija y a todos mis muertos.

Recuerdo que a mi vera estaba Hershełe, que me preguntó qué significaba esa palabra polaca «futilidad». «Es bonita», dijo.

Es cuando todo esfuerzo resulta vano, cuando se construye sobre arena, cuando se recoge agua con un tamiz, cuando el dinero ganado con mucho sudor resulta falso. Todo eso es, precisamente, la futilidad. Así se lo expliqué.

Hacía un tiempo desapacible y nubloso cuando salíamos de la iglesia. El viento levantaba del suelo hojas amarillas y fangosas que nos atacaban cual una especie rara de murciélagos. Y yo, siempre tan alerta a las señales que nos envía Dios, no entendí entonces lo que nos quería decir. Vi el rostro lacrimoso de Jacob y el verlo me causó tal impresión que se me doblaron las piernas y no pude seguir caminando. Nunca lo había visto llorar.

Cuando regresábamos a casa del entierro, Jacob nos instó a coger los largos faldones de su vestimenta turca y mantenerlos levantados como si fueran alas. Y así lo hicimos. Como ciegos, nos concentramos en la labor de sostenerlos, pese a nuestra tristeza y a la lluvia que nos azotaba. Nos aferrábamos a aquel abrigo de Jacob, cada uno lo quería sostener aunque no fuese más que por un instante, de manera que nos fuimos turnando durante todo el camino entre el cementerio y el palacio. La gente nos cedía el paso, a nosotros, raros como insectos, personas de cara mojada por las lágrimas. ¿Quiénes son?, susurraban mientras avanzábamos hacia el palacio por las estrechas calles de la ciudad, agarrados al abrigo de Jacob. Cuanto más se asombraban al vernos, cuanto más sorprendidas eran sus miradas, tanto mejor. Nos distinguíamos de ellos con nuestra desesperación, nuestro duelo. De nuevo éramos diferentes. Así debía ser. Ser diferente entraña algo atractivo, algo de lo que disfrutar, algo que se antoja pura dulzura. Es bueno no entender el idioma, no entender las costumbres, deslizarse como un espíritu entre esos otros que resultan lejanos y desconocidos. Entonces se despierta una especial sabiduría: la capacidad de adivinar,

de captar cosas nada obvias. Asimismo se despiertan entonces la sagacidad y la perspicacia. La persona extraña adquiere un nuevo punto de vista, se convierte, nolens volens, en un sabio sui géneris. ¿Quién nos había querido convencer de que ser uno más de la comunidad era tan bueno y maravilloso? Tan solo un extraño comprende de verdad lo que es el mundo.

Al día siguiente del entierro de reb Mordke murió Hershełe. En silencio y deprisa como un conejo. Jacob se encerró en su cámara, donde permaneció dos días sin salir. No sabíamos qué hacer. Arañé la puerta y le pedí que dijera algo. Sabía que él amaba a Hershełe de manera peculiar, como a una doncella, aunque Hershełe era simplemente un buen muchacho.

Durante el entierro, Jacob fue directo al altar, se arrodilló y, de repente, con su poderosa voz, se puso a cantar «Signor Mostro abascharo», es decir, «Nuestro Señor desciende», el himno que se canta en momentos de aflicción. Acto seguido se unieron a la suya nuestras poderosas voces mientras nos arrodillábamos detrás de él. Y como las últimas palabras las interrumpió un sollozo, alguien, creo que Matuszewski, entonó nuestro canto sagrado, Igadel:

El Mesías revelará la magnificencia de tu Reino
al pueblo pobre, golpeado y humillado.
Reinarás eternamente, Refugio nuestro.

«Non ay otro commemetu», o sea, «no hay nadie salvo tú», se unió Jacob en la antigua lengua.

Nuestras voces sonaban a desesperación, ocupaban toda la iglesia, se elevaban hasta la bóveda y regresaban multiplicadas, como si todo un ejército cantara en esa extraña lengua que ningún lugareño podía conocer y en la que resonaban sonidos que no eran de este mundo. Me acordé de Esmirna, de su puerto, del salado aire del mar, olí especias con las que, en aquella iglesia de Lublin, nadie podía soñar siquiera. La propia iglesia parecía haberse quedado petrificada de puro asombro y las llamas de las velas dejaron de temblar. El monje que momentos antes arreglaba las flores en un altar lateral se plantó junto a una columna, se nos quedó mirando y su rostro adoptó una expresión como si estuviera viendo fantasmas. Por si acaso, se santiguó discretamente.

Al final, todos juntos, en voz tan alta que parecían temblar los pequeños cristales de colores de las vidrieras, rezamos en judío para que Dios nos tendiera su mano amiga en un país extraño, el país de Esaú, a nosotros, los hijos de Jacob, extraviados en la niebla, en la lluvia y en aquel terrible otoño de 1759, al que seguiría un invierno

aún peor. Lo comprendí aquella tarde: estábamos dando el primer paso hacia el abismo.

Al día siguiente del entierro, Jacob y Moliwda partieron rumbo a Varsovia, mientras nosotros, todos los demás, nos quedamos en Lublin, puesto que Krysa había presentado ante los tribunales una denuncia por asalto y apaleamiento, y exigía a la comunidad judía local una considerable indemnización. Y como todo el mundo estaba de nuestra parte, el juicio se celebraría pronto y la sentencia nos sería favorable. A mí el asunto me importaba poco. Me dediqué a recorrer las iglesias de Lublin, me sentaba en un banco y pensaba.

En lo que más, en la cuestión de la Shejiná. Sentía que a esa hora terrible era ella la que emergía de la oscuridad, pugnaba por salir de su caparazón para hacerme señales, y me acordé del viaje que reb Mordke y yo hicimos a Estambul. Ella, la Divina Presencia, se estableció en un mundo abyecto, ella, un ser inimaginable y carente de forma, y sin embargo existente en la materia, un diamante encerrado en un gran trozo de negro carbón. En aquel momento lo recordé todo, pues no fue otro que reb Mordke quien me había iniciado en los misterios de la Shejiná. Fue él quien, libre de esos prejuicios que tanto abundan entre los judíos, me llevó a distintos lugares sagrados. En cuanto llegamos a Estambul, ya al día siguiente, nos dirigimos a Santa Sofía, esa morada de la cristiana María, la madre de Jesús, de la que reb Mordke decía que era muy próxima a la Shejiná. Me quedé de una pieza. En aquella época, yo jamás habría entrado en un templo cristiano, e incluso entonces –pese a que lo habían convertido en mezquita– me sentí incómodo y de buena gana habría pasado por alto aquella etapa de mi formación. Mis ojos no estaban acostumbrados a las pinturas. Cuando vi en una pared la enorme imagen de una mujer, que, por añadidura, clavaba en mí la vista con insistencia, fui presa de una asfixia que nunca antes había experimentado y mi corazón se puso a latir con una fuerza tal que quise salir de allí, mas reb Mordke me agarró de la mano y me hizo volver. Estábamos sentados sobre el frío suelo, junto a una pared en la que se veían unas inscripciones griegas, talladas seguramente hacía siglos, y poco a poco me fui recuperando hasta que mi respiración se calmó y pude volver a mirar el siguiente prodigio:

La mujer emerge de la pared, permanece en lo alto, en la bóveda de la cúpula, por encima de nuestras cabezas, enorme. Tiene un niño en el regazo, como si sostuviese una fruta. Pero lo importante no es el niño. En su dulce rostro no se ve afecto humano alguno, excepto aquel que constituye el fundamento de todo: el amor, que no conoce ninguna condición. Yo lo sé, dice ella sin mover los labios. Yo lo sé todo, lo veo todo y nada escapa a mi entendimiento. Estoy aquí desde

el principio de los tiempos, oculta en la partícula más minúscula de la materia, en la piedra, en la concha, en el ala de un insecto, en la hoja de un árbol, en una gota de agua. Resquebraja un tronco, y yo estaré allí; rompe una roca, y allí me encontrarás.

Eso parecía decir aquella inmensa figura.

A mí me pareció que aquella majestuosa efigie revelaba una verdad evidente, mas en aquel entonces no alcancé a comprenderla.

22

UNA POSADA EN LA MARGEN DERECHA DEL VÍSTULA

Moliwda y Jacob contemplan Varsovia desde la otra orilla del río. La ciudad se les muestra de un color oxidado, entre marrón y parduzco, situada en lo alto de un terraplén, con casas de vecindad tan pegadas unas a otras que sus tejados se asemejan a los de una colmena. La muralla, de ladrillo rojo, aparece derruida por distintos puntos, invadidos por raíces de arbustos silvestres. Encima de la ciudad, sobre el terraplén, se yerguen las torres de las iglesias: la estilizada de la colegiata de San Juan; la abombada de la iglesia de los jesuitas; al fondo, en la calle Piwna, la angulosa y hecha de ladrillo de la iglesia de San Martín y, finalmente, del lado del Vístula, la alta Torre del Mariscal de las antiguas fortificaciones. Moliwda señala con la mano cada torre, como si mostrara sus propiedades. Hace lo propio con el Castillo Real, con su reloj en la torre y sus jardines hermosamente trazados al pie y ahora cubiertos por una fina capa de nieve recién caída. El terraplén y la ciudad parecen una anomalía en medio de ese terreno decididamente plano y horizontal.

Cae la noche y la barcaza ya no cruzará a la orilla izquierda. Así que encuentran lugar para pernoctar en una posada de la margen derecha, de techo bajo y llena de humo. Dado que los dos visten como personajes de gran importancia y exigen una habitación limpia de lechos separados, el posadero les dispensa un trato especial. Encargan para cenar sendos pollos asados y sémola con tocino, así como queso y pepinos en salmuera, aunque a Jacob no le gustan y no los piensa comer. Sumido en sus pensamientos, guarda silencio. Tiene el rostro bien afeitado, con su suave hoyuelo en la barbilla y las eternas sombras bajo los ojos que destacan ahora especialmente por la tez clara de la parte inferior de su cara. Como lleva un alto gorro de piel, el posadero lo toma por un turco, tal vez un embajador.

A Moliwda ya se le nubla la vista. No está acostumbrado al fuerte vodka de Mazovia. Extiende el brazo por encima de la mesa y toca con un dedo la mejilla de Jacob, no cabe en sí de asombro ante ese rostro sin barba. Jacob, sorprendido, alza los ojos para mirarlo, sin parar de masticar. Hablan en turco, cosa que los hace sentirse seguros.

–No te preocupes. El rey te recibirá –dice Moliwda–. Le ha escrito Sołtyk. Y muchos otros han intercedido por ti.

Jacob le sirve más vodka, él no suele excederse.

–La Vieja –así llaman a Kossakowska– te proporcionará alojamiento y servidumbre durante tu estancia aquí. Harás venir a Chana, todo se arreglará.

Así lo consuela Moliwda, quien, sin embargo, tiene la impresión de empujarlo a las fauces del león. Sobre todo hoy, cuando ha visto esa ciudad altiva al tiempo que lastimosa. Lo atormenta una extraña inquietud. Aunque después de la plaga de Lwów y los entierros de Lublin, ¿qué más calamidades pueden ocurrir?

–Yo no busco pactos –dice Jacob con voz lóbrega–. Quiero que me den tierra y poder sobre esa tierra...

Moliwda se da cuenta de lo mucho que ambiciona Jacob. Cambia de tema:

–¿Y si nos agenciamos una muchacha? –dice, conciliador–. Una para los dos, nos la repartimos –añade sin convicción.

Pero Jacob niega con la cabeza. Con un palillo de plata que lleva siempre encima, extrae trocitos de carne atrapados entre los dientes.

–Si tanto se hace esperar la respuesta, será que no quiere

recibirme.

–¿Y qué te imaginabas? ¡Se trata de la cancillería del rey! Reciben cientos de peticiones como la tuya. Aun a sabiendas de que el rey no lee detenidamente todos los papeles que recibe, lo inundan cartas y peticiones. Tengo allí a un buen amigo. Él colocará tu carta en lo alto de la pila. Hay que esperar.

Moliwda se sirve más carne de pollo y blande un muslo cual espada infantil: quiere chacotear con Jacob. Lo imita.

–En ese caso, seré yo quien hable –dice imitando el acento con que los judíos hablan en polaco–. Nosotros hemos ingresado en la fe católica con gran confianza, poniendo nuestro destino en manos de Vuestra Majestad y confiando en que no dejaríais a vuestros súbditos más pequeños a la merced de...

–Para –dice Jacob.

Moliwda se sume en el silencio. Jacob se sirve vodka y se lo toma de un trago. Sus ojos empiezan a brillar y su hosquedad poco a poco se va fundiendo como la nieve traída a una estancia caldeada. Moliwda se sienta a su lado y le pone la mano en el hombro. Sigue su mirada y ve a dos jovencitas, una con aspecto de dama de compañía y la otra, de tez más pálida, de señorita noble. Resulta evidente que son dos pelanduscas de las buenas; ellas también les dirigen miradas llenas de curiosidad, tomándolos seguramente por nobles venidos de allende los mares. O por embajadores de viaje. Moliwda, enardecido, les guiña un ojo, pero Jacob lo detiene: el lugar está lleno de espías, quién sabe lo que podría suceder. Además, no es decoroso.

Duermen en una misma habitación sobre sendas camas que más bien recuerdan a catres. Vestidos. Jacob se ha puesto una camisa bajo la cabeza para evitar el contacto con la áspera tela del jergón. Moliwda se duerme pero lo despierta el ruido que viene de abajo, donde la fiesta continúa. Se oyen gritos de borrachos, así como los del posadero que debe de intentar expulsar a los contumaces. Mira hacia la cama de Jacob y constata que está vacía. Asustado, se incorpora y ve a Jacob junto a la ventana. Este se balancea adelante y atrás mientras susurra algo para sí mismo, murmura. Moliwda vuelve a acostarse y, ya en duermevela, se da cuenta de que es la primera vez que ha visto a Jacob rezar para sus adentros. A punto de cruzar la frontera del sueño, aún le da tiempo a sorprenderse: siempre ha estado convencido de que Jacob no creía en aquello que predicaba a los demás, en los dioses dobles, triples y cuádruples, en el orden de venida de los Mesías, ni siquiera en el mismo Mesías. ¿Qué parte de nuestro corazón cree y qué parte tiene la certeza de que es mentira?, se pregunta medio dormido y luego, antes de sumergirse en el sueño, piensa en lo difícil que es huir de uno mismo.

DE LOS SUCESOS ACAECIDOS EN VARSOVIA Y DEL NUNCIO APOSTÓLICO

Lo primero que Jacob hace en Varsovia es alquilar un carruaje de tres caballos. Ahora recorre la capital conduciéndolo él mismo, el tiro es extraño, los caballos han sido uncidos uno detrás de otro, cosa que llama tanto la atención que la calle entera se detiene para fijarse en tal extravagancia. Asimismo, alquila un palacete en los aledaños del Jardín Sajón, con cochera y establo, de siete habitaciones y amueblado, para dar cabida a todos los que vengan de Lublin. Los muebles, bonitos y limpios, están tapizados con damasco, hay varios espejos, cofres y divanes. Y también estufas de cerámica. En la planta superior hay un lecho enorme que Jacob, como un gran señor, manda proveer de sábanas limpias. Con ayuda de Moliwda, contrata un lacayo, una cocinera y una muchacha que se encargará de encender las estufas y de la limpieza.

Ya se han puesto en marcha los contactos de la palatina Kossakowska: el primero en invitarlo es el magnate Branicki, y tras él, todo el mundo quiere tener en sus salones a ese neófito y puritano. En casa de los Jabłonowski, Jacob causa sensación con su colorido atuendo turco. Todos los presentes, vestidos a la francesa, contemplan con interés y agrado a través de sus gemelos a ese extraño personaje de cara picada de viruela, aunque no por ello menos apuesto. Como en Polonia lo extraño siempre es más atractivo que lo propio, alaban el exótico atuendo del que hace gala el recién llegado. Los señores subrayan con satisfacción que no ven en él a un judío, sino más bien a un turco o a un persa: una señal de su buena voluntad aristocrática. Se produce un momento hilarante cuando el perrito de la duquesa Anna levanta la pata y riega los hermosos zapatos amarillos del invitado. La duquesa opina que es otra muestra de gran simpatía, esta vez canina, y todos se congratulan ante el buen augurio. Después de los Jabłonowski les toca a los Potocki, igual de amistosos, y a partir de entonces las grandes mansiones se pasan a esa rareza de mano en mano.

Jacob habla poco, cultiva el misterio. Intenta responder las preguntas de los curiosos y Moliwda embellece sus palabras de tal manera que Jacob se revela como un hombre serio y sensato por naturaleza. Cuando cuenta una historia, Moliwda redondea bellamente los detalles. Tiene que esforzarse por disimular el tono jactancioso de Jacob; no encaja en los salones aristocráticos, donde es la modestia lo que está de moda. La fanfarronería de Jacob gusta, en cambio, en las tabernas de las afueras, adonde van a parar varias veces después de una ópera aburrida.

A continuación los recibe el nuncio apostólico Serra.

Ese atildado hombre de avanzada edad y de pelo completamente cano los mira con una expresión impenetrable; cuando hablan, asiente levemente con la cabeza como mostrándose del todo de acuerdo con ellos. Jacob casi cae en esa red de amabilidad y cortesía, pero Moliwda sabe que es un hombre-zorro, que nunca se sabe lo que de verdad piensa. Es lo que les enseñan: mantener la calma, dejar pasar el tiempo, observar con suma atención, sopesar los argumentos... Jacob habla en turco y Moliwda lo traduce al latín. Un bello y joven seminarista, sentado en una pequeña mesa aparte, lo apunta todo con indiferencia.

–Jacob, este Frank aquí presente –empieza Moliwda traduciendo las palabras de Jacob– abandonó, junto con su esposa y sus hijos, así como con sesenta de sus hermanos de sangre, los países turcos tras perder todas sus posesiones y, puesto que desconoce otras lenguas que no sean las orientales, que aquí de nada sirven, debo ser yo quien le haga de traductor... Tan ardiente era su deseo de abrazar la fe cristiana. Y aquí, donde desconocen las costumbres, les cuesta mantenerse, ya que viven de limosnas de la buena gente... –Al ver la mirada del nuncio, entre curiosa y algo irónica, añade–: Lo que posee lo posee gracias a la generosidad de nuestros magnates... Por añadidura, ese pueblo piadoso sufre persecuciones por parte de los talmudistas, como en los recientes sucesos de Lublin, donde unos pacíficos viajeros sufrieron un sangriento ataque, y lo peor es que no tienen dónde refugiarse salvo aceptando la hospitalidad de casas ajenas que les brindan techo y sustento.

Jacob asiente con la cabeza, como si lo entendiera todo. A lo mejor sí lo entiende.

–Durante siglos y siglos hemos sido expulsados de país en país, siglos y siglos sufriendo de constante incertidumbre sin poder echar raíces como personas de bien. Y quien carece de raíces, no es nadie. Polvo volátil, nada más –añade Moliwda de su parte–. Solo en la Res Publica de Polonia y Lituania hemos hallado refugio, apoyados por edictos reales y la actitud protectora de la Iglesia... –En ese momento Moliwda lanza una rápida mirada a Jacob, que parece escuchar atentamente la traducción–. ¡Cuán dichoso haríamos a Dios si ahora se permitiera asentarse en territorio propio a ese puñado de personas que quiere vivir en paz! Sería como si la historia se cerrase y todo regresara a su antiguo cauce. ¡Y qué mérito tan inmenso el de Polonia ante Dios! Mayor que el del resto del mundo, tan hostil hacia los judíos.

Moliwda ni siquiera se da cuenta de que en lugar de «ellos» ha empezado a emplear «nosotros». Y es que lo ha repetido ya tantas veces que las frases se le antojan sospechosamente bonitas y redondas.

Y todo demasiado evidente, hasta aburrido. ¿Acaso podría alguien verlo de otro modo?

–... Por eso ante todos reiteramos nuestra petición de que se nos conceda un territorio independiente cerca de la frontera turca...

–Di formar un intera popolazione, in sito prossimo allo stato Ottomano –repite mecánicamente en italiano el joven seminarista de belleza de ensueño y se calla, ruborizado.

Tras unos instantes de silencio, el nuncio les llama la atención sobre el hecho de que algunos magnates invitarían de buena gana a sus heredades a ese «pueblo piadoso», pero Jacob le contesta por boca de Moliwda:

–Tendríamos miedo a que nos sometieran al mismo yugo de servidumbre bajo el cual gimen los desdichados habitantes de las aldeas polacas.

–... miseri abitatori della campagna... –se oye el susurro del seminarista, que por lo visto se ayuda así a tomar notas.

Por eso Jacob Frank suplica (implora) que se les asigne un lugar independiente, a poder ser toda una localidad (un luogo particolare), y al mismo tiempo se les prometa que, una vez que estén todos (uniti) en ese sitio, podrán dedicarse a sus propias industrias y desaparecer de la vista de sus perseguidores.

El nuncio, cortés, se anima y anuncia que ha hablado con el gran canciller de la Corona y que este se muestra favorable a que se instalen en las propiedades reales, con lo cual se convertirán en súbditos del rey, y que la Iglesia, a su vez, está dispuesta a acogerlos en las ciudades que permanecen bajo jurisdicción episcopal.

Moliwda deja escapar un ruidoso suspiro, pero Jacob ni siquiera parpadea ante tan buena noticia.

A continuación, la conversación deriva hacia el bautismo: hay que repetirlo con solemnidad y a la vista de todo el mundo. Hay que celebrarlo de nuevo, con pompa y ante el rey. Quién sabe, quizá se encuentre algún personaje de las más altas esferas que se avenga a ser padrino.

La audiencia ha llegado a su fin. El nuncio vuelve a ponerse la máscara de amabilidad. Está pálido, como si no hubiese abandonado aquel lujoso palacio desde hace mucho tiempo. Si se lo observa bien, se ve que le tiemblan las manos. Jacob recorre los pasillos del palacio a paso firme, golpeándose con los guantes la palma de la mano. Moliwda lo sigue en silencio a pasitos cortos. Unos curas secretarios se apartan a su paso.

Solo en el carruaje respiran libremente. Jacob, igual que en Esmirna cuando no cabía en sí de contento, atrae la cara de Moliwda hacia la suya y, riendo, le planta un beso en la boca.

Delante de su casa los esperan Nachman-Piotr Jakubowski y

Jeruchim Dembowski.

Jacob los saluda de una forma nueva y extraña que Moliwda nunca antes había visto: se lleva la mano a la boca y la posa después sobre el corazón. Los otros, con confianza, como siempre sin dudar, repiten el gesto y al cabo de un instante parece como si lo hubiesen empleado siempre. Están ansiosos por conocer todos los pormenores, pero Jacob pasa a su lado y desaparece por una puerta. Moliwda, por su parte, como su portavoz, como un ministro real, lo sigue mientras les dice:

–Ha convencido al nuncio sin dificultad alguna. Le habló como a un niño.

Sabe que eso es precisamente lo que querían oír. Y constata la gran impresión que causan sus palabras. Abre ante Jacob todas las puertas y a continuación lo sigue de cerca mientras Nachman y Jeruchim van de puntillas tras ellos. Le parece que ha vuelto algo de antaño: el placer de permanecer junto a Jacob al calor de su extraordinaria aureola, invisible al ojo humano.

DE KATARZYNA Y DE CÓMO SE LAS GASTA EN VARSOVIA

Kossakowska viaja en un pequeño carruaje modesto, siempre viste de oscuro, de sus favoritos marrones y grises, y con un gran crucifijo en el pecho. Encorvada, recorre con su largo paso la distancia entre el carruaje y la entrada de la casa de turno. Es capaz de visitar cuatro o cinco en un día, sin importarle que haga frío o que lleve un traje inapropiado para la ocasión. Al lacayo que le abre la puerta le espeta tan solo «la palatina Kossakowska» y, sin quitarse el abrigo, avanza hacia los salones. La sigue Agnieszka, que intenta aplacar el pasmo del lacayo. Desde que han aparecido en Varsovia, a menudo las acompaña Moliwda, a quien Kossakowska presenta como un primo suyo muy ilustrado. Estos últimos días Moliwda la ayuda en las compras, pues ella se dispone a regresar a su casa por Navidad. En Krakowskie Przedmieście, en una tienda que vende mercancías vienesas, pasan la mitad de un día eligiendo muñecas.

Moliwda le habla de las muertes de reb Mordke y de Hershełe.

–¿Lo sabe ya Chana Frank? –pregunta Kossakowska mientras examina lo que hay debajo de las anchas faldas de las elegantes muñecas, cerciorándose de que lleven calzas largas ribeteadas con encaje–. Quizá no debiéramos decírselo, sobre todo porque, según tengo entendido, vuelve a esperar un hijo. Basta que la toque para que se quede encinta. Teniendo en cuenta que apenas se ven, ¡es un milagro!

Kossakowska está preparando para Chana una pequeña mansión en Wojsławice, y, siempre tan tacaña ella, ahora se ha vuelto derrochadora. Arrastra a Moliwda a la calle Miodowa, donde venden

hermosa porcelana, unas maravillas chinas tan delicadas que la luz penetra a través de las tazas. Decoradas con finos paisajes, Kossakowska quisiera comprarlas todas para Chana y su nuevo hogar. Moliwda intenta disuadirla –¿qué necesidad tiene de algo tan frágil que no aguantará un solo viaje?–, pero acaba por guardar silencio al darse cuenta de que tanto Chana como los demás puritanos, como ella los llama, se han convertido en cierto modo en sus hijos, difíciles y problemáticos, pero hijos al fin y al cabo. Por eso mismo, en vez de quedarse en Varsovia para asistir al segundo bautizo solemne en presencia del rey, Kossakowska prefiere regresar a Podolia. La última vez que vio a Frank le dijo que continuase su labor en Varsovia mientras que ella se ocuparía de los que se quedaron atrás. El pueblo de Wojsławice es propiedad de su prima y amiga Marianna Potocka; se trata de una localidad rica, con una gran feria y una plaza de mercado empedrada. La pequeña mansión propiedad de Kossakowska estaba arrendada al administrador local, pero ya ha quedado libre, las paredes están pintadas y se han llevado a cabo las reparaciones. El séquito menos próximo a Chana puede alojarse en las dependencias de la granja hasta que Jacob consiga tierra para establecerse de forma permanente.

–¿De qué van a vivir? –pregunta Moliwda sensatamente al mirar cómo el dependiente envuelve por separado cada taza en papel de seda antes de hacerlo en estopa.

–Del apoyo que recibirán y de lo que ya tienen. Además, el invierno no es obstáculo para el comercio. Y a partir de la primavera podrán sembrar, pues recibirán grano.

Moliwda tuerce el gesto y se muestra mordaz:

–Sí, claro, ya lo estoy viendo...

–Con la cantidad de ferias y tiendas que hay allí...

–Todas en manos de otros judíos desde hace décadas, si no siglos. No se puede dejar entrar a otra gente y esperar a ver qué sucede.

–Ya lo veremos –dice Kossakowska y paga, satisfecha.

Moliwda ve espantado que las muñecas han costado una fortuna. Vuelven al pequeño carruaje pisando la nieve ensuciada por boñigas de caballo.

Mientras coloca los paquetes en el carruaje, Moliwda se queja de que entre todos ellos solo Jacob sirve para presentarse en los salones. Y le horroriza la cantidad de dinero que Frank gasta en la capital; esa opulencia y ese lujo irritan a la gente.

Kossakowska lo confirma:

–¿Para qué quiere ese carruaje de seis caballos? ¿Todos esos tocados, pieles y joyas? Mientras nosotros intentamos presentarlos como unos nobles en apuros, él se pavonea por la ciudad. ¿Hablaste con él?

–Sí, pero se niega a escucharme –contesta Moliwda en tono lóbrego y ayuda a Kossakowska a subir al carruaje.

Se despiden y Katarzyna se aleja. Moliwda se queda solo en plena Krakowskie Przedmieście. Desde la calle Kozia sopla un viento que zarandea los faldones de su abrigo de invierno. Le penetra hasta los huesos el frío helador como si estuviera en un Petersburguillo cualquiera.

Se le ha olvidado informar a Kossakowska de que Jacob no recibe las cartas enviadas desde Podolia. Una sola, escrita por Chana, llegó con el sello hecho trizas.

Todo está preparado para el segundo bautismo oficial: se celebrará en la capilla real del Palacio Sajón. Lo precederá una misa solemne con participación del coro, que oficiará el mismísimo obispo de Kíev, Józef Andrzej Załuski. Lo más probable es que el rey no esté presente, tiene cosas que hacer en Dresde. ¡Mejor así! ¿Pará qué necesitamos un rey? Varsovia se las apaña estupendamente sola.

KATARZYNA KOSSAKOWSKA ESCRIBE A SU PRIMO

Querido primo:

He logrado traer la porcelana. Tan solo una taza perdió un asa, el resto está entero. Te echamos mucho de menos, ya que llevamos tiempo sin noticias, sobre todo la señora de Frank, que se vuelve loca de angustia y te ruega que hagas llegar a través del mismo mensajero la respuesta a la carta que envió a su marido. De momento se hospeda en mi casa junto con sus hijas y dos sirvientas, y esperamos con impaciencia las noticias de vuestra decisión. Lo peor es que parece que hayáis caído todos en un abismo; por lo que he podido averiguar, tampoco nuestros amigos conversos ni sus familias han recibido señales de vida de Varsovia. ¿Será por este odioso invierno o por alguna plaga que se ha abatido sobre el servicio de correos polaco? Todos, sin embargo, abrigamos la esperanza de que vuestro silencio se deba a vuestras numerosísimas ocupaciones en la capital.

Por mis contactos sé que no podemos contar con una audiencia con el rey. Yo, por mi parte, tengo hechos ya los baúles y me uniré a vosotros en cuanto haga menos frío, es decir, emprenderé viaje de nuevo hacia el mes de marzo, pues ahora a los caballos la saliva se les congela en el hocico. De momento, sin embargo, debido a las heladas y a una especie de pereza invernal, lo dejo todo sobre tus hombros, pues sé que entendimiento no te falta y que sabrás esquivar las tentaciones capitalinas.

Ahora me dedico a convencer al señor Branicki y a los Potocki de que se unan a nuestra causa firmando cartas de adopción. Sé, empero,

que el hetman no es nada favorable a los judíos, y a los conversos de todo tipo, menos todavía. Lo que más molesta a la gente son sus aspiraciones nobiliarias, como eso que cuentan: que toda la familia Wołowski ha sido ennoblecida, así como –al parecer– Krysiński, el de la cicatriz en la cara; este me escribe a menudo. Y lo cierto es que a mí misma me produce cierto malestar moral, pues ¿cómo puede ser? Apenas han entrado en nuestro mundo y ya pretenden mandar y meterse en todo. Nosotros hemos trabajado durante generaciones para obtener un título nobiliario y nuestros antepasados se los ganaron a pulso sirviendo a nuestra Patria. Mientras que ellos no son más que un puñado de oro lanzado sobre la mesa. Sobre todo, porque es indecoroso que un noble regente una cervecería en la ciudad, como uno de los Wołowski, alguien debería decírselo. Me lo comunicó por carta mi prima Potocka, que casa a su hijo en enero y me ha invitado a la celebración. Motivo de más para que no viaje a Varsovia antes de que llegue la primavera. Soy ya demasiado vieja para ir y venir de un lado a otro con este frío helador.

Junto con esta, te envío dos cartas de la señora Chana dirigidas al honorable señor Jacob, así como unos dibujos de la pequeña Ewa, a la que yo llamo Ewunia. Ruégale al distinguido esposo que le escriba aunque sea una palabra porque, si no, pronto nada quedará de sus hermosos ojos oscuros a fuerza de verter lágrimas, tanto lo echa de menos. Es una mujer exótica, no está acostumbrada a nuestras frías mansiones ni a nuestra comida...

LO QUE SE SIRVIÓ EN LA CENA DE NOCHEBUENA EN LA CASA DE KOSSAKOWSKA

Encima de la mesa preparada para la ocasión hay colgada una hostia en forma de estrella. Se han servido dos sopas: de almendra y de setas. Hay también arenque en aceite con cebollino y ajo picados. Asimismo, hay garbanzos y trigo con miel, sémola con setas y humeantes pierogi.

En un rincón de la cámara se ha colocado una gavilla de cereal sobre la cual pende una estrella de papel pintada de oro.

Los invitados se felicitan unos a otros. Todos se dirigen a Chana con gran ternura, le dicen algo en polaco, suavemente, a veces en serio, a veces riendo. La pequeña Avacha parece asustada, seguramente por eso no se despega de las faldas de su madre. Chana entrega al pequeño Emanuel a la niñera, que no es otra que la pulcra y aseada Zwierzchowska. El niño lucha por quedarse con su madre, pero es demasiado pequeño para participar en la solemne cena. Zwierzchowska desaparece con él en brazos en alguna habitación de la enorme mansión de los Kossakowski. Lamentablemente, Chana

entiende poco de lo que le dicen. Asiente con la cabeza y esboza vagas sonrisas. La curiosa mirada de los comensales, decepcionados por el silencio de Chana, se desliza ávidamente –así se lo parece a Chana– en dirección a Avacha, de cinco años, que, vestida primorosamente como una princesa, contempla con desconfianza a toda esa gente que le gorjea al oído.

–Nunca antes había visto a un ser humano con unos ojos tan inmensos –dice el palatino Kossakowski–. Debe de ser un angelito, un hada del bosque.

Y es verdad, la niña es increíblemente hermosa. Aparentemente seria, pero en cierto modo salvaje, como si la acabasen de sacar de una opulencia árabe, pagana. Chana viste a su hija como a una dama. Lleva un vestido de color azul celeste adornado con ribetes de encaje blanco sobre unas enaguas fuertemente almidonadas y acompañado de medias blancas, y calza unos zapatitos de raso azul marino bordados con perlas. Caminando sobre la nieve es imposible llegar con ellos ni tan siquiera hasta el carruaje. Habrá que llevarla en brazos. Antes de que tomen asiento a la mesa, Kossakowski pone a la niña sobre un taburete para que todo el mundo pueda admirarla.

–Haz una reverencia, Ewunia –le dice la señora Kossakowska–. Venga, una bien bonita, tal y como te enseñé.

Pero Avacha se queda quieta, rígida como una muñeca. Los invitados, algo decepcionados, la dejan en paz y se sientan a la mesa.

Avacha, sentada a la vera de su madre, contempla sus enaguas, arregla cuidadosamente los tiesos ribetes de tul. No come. Le han puesto en el plato unos pierogi, pero ya se han enfriado.

Entre las felicitaciones y la toma de asiento se hace el silencio, pero el palatino no tarda en soltar algo muy gracioso que hace reír a todos excepto a Chana. El intérprete, un armenio recién contratado que habla turco, se inclina sobre ella y traduce el chiste del palatino, pero lo hace tan caóticamente que Chana no entiende de qué se trata.

Chana mantiene recta la espalda y no le quita ojo a Katarzyna. Le dan asco los platos, aunque parezcan apetitosos y ella tenga hambre. ¿Quién los ha preparado y cómo? ¿Cómo pueden tragarse esos pierogi rellenos de col fermentada y setas? Jacob le dijo que no rezongara y comiera todo lo que comen los demás, pero esos pierogi la ponen en un aprieto, se niegan a pasar por su garganta, la col parece podrida y encima llevan setas. ¿Y qué decir de esa pasta de color desabrido que, salpicada de granos de amapola, parece víctima de una invasión de gusanos?

Se anima cuando traen la carpa, no en gelatina, sino asada. El olor del pescado inunda el comedor y a Chana se le hace la boca agua. No sabe si debe esperar a que le sirvan o servirse ella misma.

–Compórtate como una dama –le dijo Kossakowska hace poco–, no

titubees. Eres esa por quien te tienes. Y te tienes por una dama, ¿verdad? Eres la esposa de Jacob Frank, no de un Itzek cualquiera, ¿entiendes? Personas como tú no deben jugar a los cumplidos. Mantén la cabeza bien alta. Así. –Tras decir esto, Katarzyna alzó la cabeza y dio un golpecito en el trasero de Chana.

Ahora la anima a probar los platos de Nochebuena. Cuando habla de ella, dice «la señora de Frank», pero al dirigírsele usa la palabra «querida». Chana la mira con confianza y, dando la espalda a los pierogi, se sirve un buen pedazo de carpa con piel tostada. Kossakowska parpadea, asombrada, pero los demás, enfrascados en la conversación, no se dan cuenta de nada. Chana Frank lanza a Kossakowska una breve mirada, está satisfecha de sí misma. Al fin y al cabo, ¿quién es esa mujer estridente e imperiosa que manda en todo? Habla alto con voz ronca e interrumpe a todo el mundo, como si le perteneciera, igual que la tierra y los privilegios, el exclusivo derecho a la palabra. Lleva un vestido gris oscuro adornado con encaje negro del que sobresale un hilo: Agnieszka ha descuidado su toilette. Ese hilo colgante suscita repulsión en Chana, igual que los platos servidos en la mesa. Igual que la misma Kossakowska y su Agnieszka, así como el cojo y jorobado de su marido.

¿De qué extraña manera ha venido a parar a esa cárcel llena de cortesía viscosa, de conversaciones por los rincones, de susurros de los que no entiende nada? Intenta guardar esos airados pensamientos en lo más hondo de su ser, tiene allí un lugar especial donde se revuelven cual animales enjaulados. No permitirá que salgan al exterior, al menos de momento. Ahora está condenada a Kossakowska, que quizá incluso le tenga cierto afecto, aunque su tacto la disgusta, y la palatina no cesa de rozarla y de darle golpecitos. La han separado de todo aquello que conocía. Solo le quedan Zwierzchowska y Pawłowska. Piensa en ellas ahora, sin ponerles nombre. Su cabeza conserva los nombres judíos. El resto de la compañía aún sigue esperando en Lwów. Chana no sabe hacerse entender, no para de buscar palabras, esta lengua la desespera; nunca la aprenderá. ¿Qué pasa con Jacob, por qué no tiene noticias suyas? ¿Dónde se ha metido Moliwda? Si estuviera aquí, se sentiría más segura. ¿Dónde están todos los miembros de la compañía? ¿Por qué la han apartado? Preferiría estar en una choza maloliente de humo en Iwanie antes que en la gran mansión de Katarzyna Kossakowska.

De postre sirven tarta de queso con mazapán y pastel de capas relleno de crema de limón y nueces. La pequeña mano de Avacha hace acopio de dulces y se los guarda en el bolsillo de su vestido celeste. Se los comerán a solas, cuando se retiren a dormir.

Aquí duermen abrazadas la una a la otra. Las pequeñas manos de Avacha acarician el rostro de su madre cuando la niña ve que Chana

llora. Chana se abraza con fuerza a esa criatura de ojos enormes, la agarra cual insecto la brizna de hierba flotando en el agua, se aferra a su menudo y frágil cuerpo y, así, las dos fluyen a través de la noche. A menudo, también saca de la cuna a Emanuel y lo amamanta a voluntad, pues sigue teniendo leche, aunque Kossakowska se entromete incluso en eso. Opina que son las nodrizas quienes deben alimentar a los niños de pecho. A Chana le da asco la nodriza que le ha buscado la palatina: su piel blanca, su pelo rubio y sus pesadas piernas. Sus enormes pechos rosa aplastan a Emanuel; teme que algún día esa aldeana lo asfixie.

Vaya, mientras piensa en ello en esa mesa festiva, una pequeña mancha aparece en su vestido. Chana, discretamente, la tapa con su chal turco.

LAS DOS MUÑECAS DE AVACHA

Sin embargo, para la pequeña Avacha, esta noche será diferente a todas las anteriores, en realidad las borrará del todo. No quedará de ellas más que una estela nebulosa extendida en el tiempo.

Una vez terminada la cena, Kossakowska la conduce a la habitación contigua y le manda cerrar los ojos. Después la dirige a un lugar y le manda abrirlos. Ante Avacha hay sentadas dos preciosas muñecas. Una, morena, lleva ropa de color turquesa, y la otra, rubia, viste de elegante verdeceledón. Avacha las contempla sin decir palabra, sus mejillas se cubren de rubor.

–Elige la que más te guste –le dice Kossakowska al oído–. Una de ellas será tuya.

Avacha se tambalea pasando el peso del cuerpo de una pierna a otra. Se fija hasta en el último detalle del traje de ambas muñecas, pero es incapaz de elegir una. Busca ayuda en su madre, pero esta, amainada por el vino y por el hecho de que por fin va a poder fumar con Kossakowska una pipa turca, se limita a sonreír y a encogerse de hombros.

La situación se prolonga durante un buen rato. Las mujeres se vuelcan en animar a la niña y se ríen. Les hace gracia la seriedad de una niña que se ve incapaz de hacer una elección. Avacha oye que las muñecas son de la mejor calidad vienesa, que sus troncos están hechos de piel de cabra, sus caras, de papier mâché, y que están rellenas de serrín. Sin embargo, no logra elegir a ninguna.

A sus ojos acuden las lágrimas. Abrumada por su propia indecisión, se lanza a las faldas de su madre, donde solloza a voz en cuello.

–¿Qué ha pasado, qué ha pasado? –le pregunta su madre en la lengua de las dos: el turco.

–Nada, nada –contesta Avacha en polaco.

Le gustaría ocultarse en los blandos pliegues, acuclillarse allí y esperar a que pase lo peor. Porque hay demasiado mundo y demasiados retos por afrontar para la pequeña Ewunia. Nunca antes se había sentido tan infeliz. Siente que algo le oprime el corazón, y llora, pero no como cuando se hace daño en una rodilla, es algo más profundo, viene de lo más hondo de su ser. Su madre le acaricia la cabeza, pero ese gesto no le da consuelo alguno. Avacha siente que se ha alejado mucho de su madre y que a partir de ahora le resultará muy difícil volver a ella como si nada hubiese pasado.

Confía tan solo en ese señor tan feo y extraño que en la mañana de Navidad le trae un peludo cachorro pelirrojo, sin duda alguna más bonito que las muñecas vienesas.

LA MUÑECA PARA SALUSIA ŁABĘCKA. RELATOS DEL CURA CHMIELOWSKI SOBRE LA BIBLIOTECA Y EL SOLEMNE BAUTISMO

Pasadas las fiestas, Kossakowska, junto con su marido, viaja a otra heredad para visitar a unos vecinos. Así cumple su misión de trasladar a Wojsławice a sus puritanos dispersos por las granjas y de asentar hasta la primavera a los que no quepan en las heredades de los señores terratenientes. La acompaña Agnieszka, con una bolsa llena de licores –ya que el señor Kossakowski se queja de dolor de huesos–, un cofrecito que contiene todo lo necesario para escribir cartas y dos abrigos forrados de piel. Le dictan las cartas en el carruaje, Agnieszka las memoriza y las traslada al papel durante las paradas. Para sus adentros, Kossakowska llama «conversos» a sus protegidos, pero intenta no usar esta palabra ni por escrito ni oralmente, dadas sus malas asociaciones. Mejor llamarlos «puritanos», la palabra que llegó de Francia o de Inglaterra, se lo ha recordado recientemente el señor Łabęcki, y que ahora usa todo el mundo. Suscita buenas asociaciones, sugiere al oído la agradable idea de que son puros.

Lleva un hermoso regalo: una muñeca. Y la muñeca va vestida tan exquisitamente como las damas de la corte imperial. Cubre su pelo, rizado y de color cáñamo, una bonita cofia de encaje. Kossakowska la ha sacado de la caja en el carruaje –la nieve se ha fundido y ya no viajan en trineo– y la lleva en el regazo tal si fuera una niña y le gorjea como suelen hacer los adultos al inclinarse sobre una criatura. Y todo esto para hacer reír a su marido. Pero este hoy se muestra sombrío, está furioso por verse arrastrado por su esposa a ver a los vecinos. Como queda dicho, le duelen los huesos, hace tiempo que sufre de artritis. De buena gana se habría quedado en casa y habría dejado entrar sus perros a los salones, cosa que su mujer le tiene terminantemente prohibido. Hay un buen trecho hasta Rohatyn, no

siente ninguna simpatía por Łabęcki: le parece demasiado erudito, demasiado afrancesado. El palatino, en cambio, va vestido a la polaca: un traje invernal de lana y un kontusz de piel.

La niña acogida por los Łabęcki se llama Salomea. De momento permanece callada, aún no ha dicho ni una palabra, pese a que tiene una institutriz polaca. Lo que más le gusta es sentarse y bordar. Le han enseñado a hacer reverencias y a bajar la mirada cuando se le dirige una persona mayor. Lleva un vestido rosa y un lazo de color amaranto en su negro pelo. Es menuda y muy bonita. La señora Łabęcka dice que no sonríe. Por eso la observan atentamente cuando le ofrecen la muñeca. Tras un momento de vacilación, se arma de valor y extiende el brazo para cogerla, la acurruca contra el pecho y hunde la cabeza de la muñeca en su cabello de color cáñamo. Łabęcki la contempla con cierto orgullo, pero no tarda en olvidarla. La niña desaparece con su muñeca como una brizna de polvo.

Hacia la mitad de la suntuosa comida, que imperceptiblemente se convierte en cena y poco falta para que también en desayuno, aparece el cura decano Chmielowski. Kossakowska lo saluda cordialmente, sin embargo, no parece reconocer al pobre hombre, que debe de estar contrariado.

–En Rohatyn luché por su salud, excelente señora... –dice el cura modestamente, pero Łabęcki le interrumpe para decir que es un escritor célebre.

–Ah –recuerda la palatina–, ¡aquel cura intrépido y valiente que, en medio de la multitud, me rescató de mi carruaje estropeado y me condujo hasta la seguridad de vuestra puerta! El autor de Nueva Atenas, que leí de cabo a rabo. –Y, sin miramientos, le da un golpecito en la espalda y le ordena sentarse a su lado.

El cura se sonroja e intenta zafarse...: esa mujer, su comportamiento varonil le asustan, pero finalmente se sienta a su lado y poco a poco abandona la timidez, gracias en parte también al tokaj. Su cuerpo se ha demacrado, ha perdido peso, se ha consumido, y se ve que también tiene un problema con los dientes porque le cuesta masticar el pollo. En cambio, se come las verduras hervidas y los blandos patés de venado, repite una otra y vez. Escoge la mullida miga del pan blanco, las cortezas las apila cuidadosamente y, cada cierto tiempo, se las da a escondidas bajo la mesa al peludo perro de los Łabęcki, el cual es igualito que su madre, cosa que lo conmueve profundamente. Está muy contento de que su cachorro haya ido a parar a una familia tan ilustre. Y, lo que es más, siente como si él mismo se hubiera emparentado con los Łabęcki.

–He oído decir, mi buen señor, que acaba de regresar de Varsovia –lo aborda Kossakowska.

El cura se sonroja levemente, lo que hace que su rostro parezca

más joven.

–Hace tiempo que recibí la invitación del muy excelente obispo Załuski, quien, si supiera que ahora estoy sentado en compañía de tan noble dama, sin duda me habría hecho transmitirle sus saludos desde Varsovia, porque habló de usted en términos superlativos.

–Como todos –dice Łabęcki con cierta ironía.

El cura prosigue:

–Varsovia en sí no me interesaba, solo aquella biblioteca. Es una ciudad como otra cualquiera, salta a la vista. Todas son iguales, los tejados, las iglesias y la gente como en todas partes. Un poco como Lwów, solo que hay más plazas vacías, lo cual hace que el viento resulte más molesto. A mí me atrajo su gran colección de volúmenes, y como ya estoy débil y tengo poca salud... –El cura se emociona y toma un buen sorbo de vino–. Por culpa de esa biblioteca no podía dormir y ahora tampoco puedo... Qué inmensidad... Varias decenas de miles, ni siquiera ellos saben cuántos...

El cura se alojaba en un convento y cada día tenía que caminar un buen trecho a través del aire helado hasta la biblioteca, donde le dejaban escudriñar entre los anaqueles. Tenía la intención de tomar notas, pues aún no había terminado su trabajo, pero semejante número de volúmenes lo desalentó. El cura estuvo acudiendo a la biblioteca durante casi un mes e intentó comprender el orden que allí reinaba. Pero con creciente nerviosismo constató que tal orden no existía.

–Algunos libros están colocados por autores, pero justo después según el «abecedario», alfabéticamente. A continuación, vuelve a haber libros de una sola compra, y los que a causa de un formato mayor no han cabido en los anaqueles normales, así que los han colocado en otros más altos, o yacen como si estuvieran enfermos –dice el cura con indignación–. Y eso que los libros son como soldados, deben estar firmes, hombro con hombro. Como un ejército de sabiduría humana.

–Bien dicho –comenta Łabęcki.

Al cura Benedykt le parece que en este caso debería actuar todo un Estado Mayor, como en el ejército: establecer una jerarquía, dividir los libros en regimientos, asignarles un rango según valor y rareza, y finalmente pertrecharlos, y también curarlos: pegar y coser aquellos que estén enfermos y dañados. Sería una gran empresa, pero ¡cuán importante! ¿Qué haríamos sin libros?

Sin embargo, lo que más molesta al cura es el hecho de que sea una biblioteca pública, es decir, abierta; no logra comprender cómo es que cualquiera pueda acudir y llevarse un libro a su casa. Ve en ello una idea disparatada, una de esas que procede de Occidente, de Francia, y que traerá más daño a las colecciones que provecho a la

gente. Observó que en la biblioteca de los Załuski se presta los libros a cambio de un miserable resguardo, que después, metido en un cajón, puede extraviarse o desaparecer, como tienen por costumbre hacer los trozos de papel. Y cuando acude un personaje distinguido, se lo entregan de inmediato, sin osar darle el resguardo para que lo firme. No llevan ningún inventario de dónde se encuentran los libros prestados.

El cura, en un gesto teatral, se lleva las manos a la cabeza.

–A usted, reverendo padre, le interesan más los libros que las personas –dice Kossakowska con la boca llena.

–Permítame contradecir a su excelencia, señora. En absoluto. Contemplé nuestra capital y el pueblo que en ella habita.

–¿Y qué reflexiones le suscitaron? –pregunta amablemente Łabęcki en francés.

Al cura el francés lo desconcierta, no lo entiende; Agnieszka se lo traduce en un susurro, pero eso no evita que se ruborice.

–Lo que más me sorprende es que la gente quiera vivir apiñada en pequeñas viviendas, en callejones estrechos, cuando podría disfrutar en el campo de mayores lujos y respirar aire puro a voluntad.

–Es la pura verdad. El campo es lo mejor –suspira Kossakowska.

Ahora el cura cuenta cómo el obispo Załuski lo llevó a la capilla real del Palacio Sajón, donde se bautizaba a los neófitos más importantes.

Kossakowska se anima visiblemente:

–¡Vaya! ¿Estuvo allí, padre? ¿Y solo ahora nos lo dice?

–Estuve en la parte de atrás y apenas alcancé a ver algo entre las muchas cabezas. Fue el segundo bautizo del tal Frank que vi, el primero tuvo lugar en Lwów.

El cura Benedykt cuenta que un murmullo se extendió entre los congregados en la iglesia, pues cuando el obispo Załuski se inclinó sobre el bautizado, la mitra le cayó al suelo, lo que algunos tomaron por un mal augurio.

–¿Para qué bautizarse dos veces, no basta una sola? Por eso cayó la mitra –dice el anfitrión.

–La señora Brühl era la madrina, ¿no? ¿Qué aspecto tenía? –pregunta Kossakowska–. ¿Sigue estando tan gorda?

El cura se toma un momento para pensar.

–Una mujer como cualquier otra, entrada ya en años. ¿Qué quiere que le diga? Las mujeres no se me quedan grabadas en la memoria.

–¿Dijo algo, qué aspecto tenía, qué llevaba puesto, vestía a la polaca, o tal vez a la francesa?... Cosas así de ordinarias.

El cura fuerza la memoria, mira hacia todas partes, como si la imagen de la señora Brühl estuviera suspendida en el aire.

–Perdóneme, señora, no recuerdo nada. Lo que sí recuerdo es que

su amigo, el obispo Sołtyk, asistió al bautismo de dos acólitos de aquel Frank, uno se llama Jakubowski y el otro, Matuszewski, junto con la duquesa Lubomirska.

–¡Menuda noticia! –Kossakowska se frota las manos. En situaciones así se siente viva. Logró convencer a Sołtyk de que fuese padrino de los neófitos. Y también a la duquesa Lubomirska, que no suele prodigarse en semejantes ceremonias. La participación en el bautismo de personas de tan alto rango atrae a su marido a la causa.

–Esto me recuerda que aquí en Podolia también tenemos muchos más por bautizar –toma la palabra Kossakowski, quien hasta ahora ha guardado silencio.

–Señor misericordioso, ¡hay que ver cuántos son! ¿Y quién es ese judío enorme con cara terrorífica que bautizó usted en su momento? –pregunta Kossakowska–. Dicen que es mudo, ¿es cierto? ¿Qué le pasó en la cara?

El cura parece un poco confundido.

–Un pobre hombre... Me lo pidieron y lo acogí. Dicen que es de Valaquia, un huérfano, trabajó de cochero con los Shor y ahora me ayuda a mí...

–Se produjo un silencio sepulcral en la iglesia mientras usted lo conducía al altar, reverendo padre. Como si los judíos lo hubieran hecho de arcilla.

Cuando finalmente se levantan de la mesa, ya es noche cerrada. El cura Chmielowski de pronto se acuerda del cochero Roszko. Se preocupa de si le habrán dado algo caliente en la cocina, no vaya a ser que se haya convertido en carámbano. Pero lo tranquilizan y aún se queda para fumar una pipa. Łabęcki siempre ofrece el mejor tabaco, comprado a los Shor de Rohatyn, que tienen la mejor mercancía de Podolia. Nadie se extraña de que Kossakowska fume con ellos; al fin y al cabo, no es una mujer, sino nada menos que Kossakowska. Se lo puede permitir todo.

El 18 y 19 de enero, Stanisław Kossakowski, a instancias de su esposa, lleva a bautizar a los «puritanos». Su primera ahijada es la coja Anna Adamowska, antes Cibora, mujer de Matys de Zbryź. Los testigos, al ver al padrino y a la ahijada dirigirse hacia el altar, cojeando los dos, se preguntan quién los habrá emparejado. Un cojo conduciendo a una coja, ¿cómo no echarse a reír? O a lo mejor así es como debe ser, con un cierto orden, una lisiada se apoya en un lisiado. Sin embargo, el palatino parece sentirse incómodo.

Al día siguiente conduce a Anna, una niña de siete años, hija de los recién bautizados Zwierzchowski, antes Lejbko Hirsch de Satanów y su mujer Hawa. La niña es bonita y dócil. Kossakowska le regaló un vestido blanco, modesto pero de buena tela, y unos zapatitos de piel

auténtica color crema. Kossakowski asignó una suma de dinero destinada a su educación. Los Kossakowski incluso se habrían planteado acogerla en su mansión, pues es una niña lista y tranquila, en caso de que sus padres hubieran estado de acuerdo. Pero los padres agradecieron cortésmente tanta amabilidad y se llevaron a la niña con ellos.

Ahora esperan en la iglesia, tímidos, recordando aún sus propias frentes mojadas por el agua bendita rociada generosamente por el cura, quien ahora lee en voz alta su apellido, que suena grandilocuente. Contemplan a ese pequeño ángel conducido por el señor Kossakowski, que lleva traje de gala. El padre de la niña, Josephus Bartholomeus Zwierzchowski, como quedará inscrito en los libros de bautismo, tiene treinta y cinco años, su esposa tan solo veintitrés, y vuelve a estar encinta. La pequeña Anna es la única hija que ha quedado con vida. A todos los demás se los llevó la plaga de Lwów.

EL PADRE GAUDENTY PIKULSKI, BERNARDINO, INTERROGA A LOS INGENUOS

Él mismo les abre la puerta, vienen a verlo respondiendo a su invitación. Primero han esperado largo rato ante la cancillería de su convento de Lwów; la espera les despojó de la poca seguridad en sí mismos con que habían acudido. Tanto mejor, el cura lo tendrá más fácil. Últimamente los ve a menudo. Rezan fervientemente en todas las misas de la catedral de Lwów y, pese a los nuevos trajes que se han comprado para reemplazar los pesados abrigos y los pantalones demasiado cortos, no pasan desapercibidos. Ahora sí parecen personas, piensa Gaudenty Pikulski, indicándoles cortésmente un lugar en la mesa mientras observa con interés a Shlomo Shor: se ha afeitado la barba. La piel descubierta es clara, casi blanca, de manera que su rostro parece dividido en dos partes: la superior, oscura y tostada por el sol, y la inferior, infantil, como salida de un sótano, según la definición que le viene a la cabeza al padre Pikulski. La persona que ha emergido del antiguo Shlomo Shor y que ahora se llama Franciszek Wołowski es un hombre delgado, alto, de rostro alargado y agradable, expresivos ojos oscuros y cejas bien marcadas. Su largo pelo, entreverado aquí y allá por algunas canas, le cae sobre los hombros en divertido contraste con su flamante chaqueta de color miel ocre y el rojo cinturón turco que ciñe su frágil talle.

Son ellos mismos quienes han acudido a él, aunque no oculta que los animaba a hacerlo al decirles, siempre que se presentaba la ocasión, que si quisieran confesar algo... Así que ha convocado a dos secretarios que, con un juego de afiladas plumas de ganso, esperan

prestos su señal.

Primero dicen que el Señor debe de estar ya en Varsovia a punto de ver al rey. Después se miran los unos a los otros y el que ha dicho «el Señor» se corrige y añade: Jacob Frank. Suena tan solemne como si Jacob Frank fuese un embajador extranjero que gozara de especiales prerrogativas. El padre Pikulski trata de mostrarse amable:

–Hemos oído tanto sobre vuestra decisión de abrazar la religión cristiana, y sobre que la tomasteis tiempo ha, y sobre que vuestro fervor religioso es tan proverbial que hace que broten lágrimas de emoción entre los habitantes de Lwów y nuestra nobleza...

Unos sirvientes entran con un refrigerio procurado por el padre Pikulski: fruta confitada, manzanas y peras desecadas, uvas pasas e higos. Todo a expensas de la Iglesia. No saben cómo comportarse, miran a Shlomo-Franciszek Wołowski, quien, con toda la naturalidad del mundo, extiende la mano para coger una pasa.

–... Para muchos, la vida ha cambiado por completo, y por añadidura, aquellos que tienen éxito en los negocios enseguida son ennoblecidos, como en su caso, señor Wołowski, ¿no es cierto?

–Lo es –contesta Franciszek engullendo la dulce fruta–. Así es.

Al padre Pikulski le gustaría que empezaran a hablar por su propia voluntad. Les acerca los platos para animarlos a servirse, sobre todo porque las plumas de los dos secretarios penden sobre el papel cual nubes de granizo que de un momento a otro descargarán una tormenta.

El anciano que observa de soslayo al padre Pikulski, como si leyera en su mente, es Józef de Satanów. Tiene unos ojos de un clarísimo azul hundidos en la cara oscura y sombría. «Protégeme, Señor Jesucristo, de todo hechizo», ruega el cura para sus adentros logrando que ni siquiera le tiemblen los labios, nadie se da cuenta de nada. A continuación, se dirige a todos los congregados:

–Vuestro pueblo es digno de admiración por su sabiduría, discernimiento y arrojo. Ya os hemos dado la bienvenida, pero aún nos queda una gran curiosidad por satisfacer: ¿Cómo sucedió todo? ¿Qué camino seguisteis para llegar a la fe verdadera?

Los que hablan son principalmente los dos hermanos Shor, Rohatyński y Wołowski, también porque son quienes mejor conocen el idioma. Su polaco es correcto, solo un poco vacilante y no del todo gramatical, ¿quién se lo habrá enseñado? Los otros cuatro intervienen solo de vez en cuando, aún no han sido bautizados, cosa que seguramente les resta seguridad en sí mismos. Jakub Tyśmienicki, Józef de Satanów, el anciano Jakub Szymonowicz y Lejba Rabinowicz toman educadamente entre sus dedos los deliciosos higos y dátiles y se los llevan a la boca.

Comienza Józef de Satanów:

–Cualquiera que estudie atentamente el Zohar hallará en él numerosas menciones al misterio de la Santísima Trinidad y a partir de entonces vivirá intrigado por esta cuestión. Eso mismo nos pasó a nosotros. La Trinidad entraña una gran verdad y todo corazón y toda mente tiende a ella. Dios no es uno, sino que, de manera divina, incomprensible, se presenta bajo tres formas. También nosotros la tenemos, así que la Trinidad no nos es ajena.

–Podíamos entenderla a la perfección –vuelve a tomar la palabra Shlomo, o sea, Franciszek Wołowski–. No es nada nuevo para nosotros, al fin y al cabo, hay tres revelaciones, tres reyes, tres días, tres espadas...

Pikulski, expectante, mira a Wołowski, a ver si dice algo más. Sin embargo, no espera escuchar todo lo que le gustaría saber.

Acaban de traer unas pequeñas estufas turcas cargadas con brasas de carbón vegetal y todos están pendientes de los movimientos del sirviente que las coloca sobre el suelo.

–Cuando Jacob Frank llegó de Turquía en 1755, trajo la noticia de la Trinidad y supo transmitirla a los demás, pues era ducho en la cábala. Por aquel entonces, mientras él recorría toda Podolia, también yo los convencía de que Dios era trino –dice Franciszek Wołowski al tiempo que señala su pecho con el dedo.

Y prosigue diciendo que Jacob en un principio contaba a unos pocos elegidos, no en público, que la enseñanza de la Trinidad estaba perfectamente expuesta en la religión cristiana y que por eso era la religión verdadera. También les decía en secreto que, si volvía a Polonia por segunda vez, tendrían que bautizarse todos y abrazar la fe cristiana, pero les advirtió de que debían guardar el secreto hasta su regreso. Y eso hicieron, ya que les gustó mucho el plan, y por su cuenta, poco a poco, se fueron preparando, estudiando la lengua y los principios de la fe. Aunque sabían que no lo tendrían fácil, que los rabinos no iban a dar su brazo a torcer y que les harían sufrir mucho, como así fue. Todos suspiran y cogen otro dátil.

Pikulski se pregunta si son así de ingenuos o si fingen serlo, pero es incapaz de penetrar en sus pensamientos.

–Y vuestro guía, Jacob, ¿cómo es? ¿Qué os inspira tanta fe?

Se miran unos a otros como si con los ojos decidieran quién debe ser el siguiente en hablar, finalmente vuelve a ser Wołowski, pero Paweł Rohatyński le interrumpe:

–En cuanto el Señor..., es decir, Jacob Frank, apareció en Rohatyn, enseguida vislumbramos una luz encima de su cabeza –dice y mira a Wołowski. Este duda un instante si debe o no confirmarlo, pero el padre Pikulski, así como las plumas de los secretarios suspendidas sobre las hojas de papel, no le van a permitir interrumpir en este punto.

–¿Una luz? –pregunta Pikulski con voz cándidamente dulce.

–Una luz –empieza Wołowski–. Aquella claridad era como una estrella, luminosa y pura, luego se propagó hasta alcanzar la longitud de medio codo, y permaneció sobre Jacob largo rato, mientras yo me frotaba los ojos para ver si no estaba soñando.

Ahora aguarda el efecto que han causado sus palabras y, así es, uno de los secretarios se queda boquiabierto y deja de escribir. Pikulski carraspea ruidosamente y la pluma vuelve a cernirse sobre el papel.

–Pero eso no es nada –añade emocionado Jakub Tyśmienicki–. Cuando Jacob se disponía a viajar a Lanckoruń, donde se produjeron los conocidos incidentes, ya en Brest nos dijo que en Lanckoruń nos someterían a una prueba y que nos embargarían, y así fue como sucedió.

–¿Y cómo deberíamos entender eso? –pregunta el cura en tono indiferente.

Se ponen a hablar entre ellos, cambiando a su propia lengua, y, a los que hasta ahora guardaban silencio, les vienen a la cabeza pequeños milagros de aquel Jacob Frank. Atropelladamente van contando historias de Iwanie: que sabía curar, que a menudo daba respuesta a los pensamientos más ocultos y nunca verbalizados de sus hermanos y hermanas. Y cuando le reconocían mayor poder del que pudiera poseer un hombre común, él se restaba importancia diciendo que era el más miserable de los hermanos. A Jakub Tyśmienicki, cuando lo cuenta, las lágrimas le acuden a los ojos, pero se las enjuga con el puño, también se empaña por un momento la celeste mirada de Józef. Pikulski se da cuenta de que todos ellos aman a Jacob, que a ese odioso converso los une un lazo misterioso y ciego que en él, fraile y cura, suscita repulsión. Suele suceder que incluso donde los lazos son muy fuertes, existe una rendija para la rebelión. Y algo así detecta de repente en el aire: tanto que le da miedo formular la siguiente pregunta..., pues ¿cómo podría plantearla? Entonces Franciszek Wołowski, con la emoción en el rostro, cuenta cómo Jacob les explicaba la necesidad de convertirse al cristianismo, cómo citaba en las noches las Sagradas Escrituras, cómo encontraba los versículos apropiados que ellos aprendían de memoria. Y a continuación añadió que solo unos pocos lo sabían, porque solo a los elegidos se lo había revelado. Se hace el silencio. El padre Pikulski siente en el aire el olor a sudor masculino, fuerte, de rata, ni él mismo sabe si procede de su sotana abrochada hasta el cuello, o de ellos.

Está convencido de que los ha atrapado, de que ya son suyos. Y de que no pueden ser tan tontos como para no saber lo que están haciendo. Antes de marcharse, dicen que el fin del mundo ya está cerca y que habrá un solo Rebaño de Ovejas y un solo Pastor para

toda la gente del mundo. Que se preparen todos.

EL PADRE PIKULSKI ESCRIBE AL PRIMADO ŁUBIEŃSKI

La noche de ese mismo día, cuando todo el mundo duerme y la ciudad de Lwów se asemeja a un lugar desierto en medio de la uniforme llanura de Podolia, Pikulski sella la conversación transcrita y termina su carta. De madrugada partirá rumbo a Varsovia un mensajero especial. Cosa curiosa: el cura no tiene sueño, en absoluto, como si hubiera encontrado una invisible fuente de energía que a partir de ahora lo alimentará, un ascua diminuta que arde en medio de la noche.

En un correo aparte, envío a Vuestra Excelencia el informe del interrogatorio al que ayer sometí a los contratalmudistas y confío en que Vuestra Excelencia hallará en él numerosos temas de interés que confirmen las dudas que me permití exponer en mi carta anterior.

Consultando también otras fuentes, intenté enterarme con la mayor precisión posible de con quién tratamos cuando decimos «contratalmudistas». Al mismo tiempo, junto con el padre Kleczewski y el cura Awedyk, hemos intentado compilar de forma racional todas las declaraciones e informaciones procedentes de muchos otros interrogatorios, pero en el actual estadio del proceso tal empresa parece del todo imposible. Lo más probable es que el grupo de los judíos conversos no sea homogéneo en su esencia, pues proceden de diversas sectas, de lo que dan fe sus opiniones, que a menudo son excluyentes entre sí.

Lo mejor es preguntarle al pueblo llano, no instruido; entonces se ve todo un sistema desprovisto de adornos sofísticos, y la fe cristiana recientemente adquirida resulta ser tan solo una fina capa, como un baño de azúcar en un pastel.

Hay quienes creen en la existencia de tres Mesías: Sabsa Tzevi, Baruchia y el tercero, el mismo Frank. Creen asimismo en que el verdadero Mesías tiene que pasar por todas las religiones, y que por eso aquel Sabsa Tzevi se puso un turbante verde de los musulmanes; Frank, por su parte, debe pasar por nuestra Santa Iglesia cristiana. Otros, sin embargo, no están en absoluto convencidos de ello. Afirman que cuando Sabsa Tzevi compareció ante el sultán, no era él, sino una figura vacía, y que fue aquella figura la que abrazó el islam: su conversión no significa gran cosa, solo es una apariencia.

Es evidente que todos los que se bautizan no proceden de un mismo tronco, y que cada uno de ellos cree en cosas distintas. Los ha reunido la maldición judía lanzada en 1756 sobre todos los seguidores de Sabsa Tzevi, la cual los excomulgó de las comunidades judías y,

quisieran o no, se convirtieron todos en «contratalmudistas». Unos, pues, están convencidos de que si se anhela la verdadera salvación es preciso abrazar el cristianismo, mientras que para otros el bautismo no está relacionado con la salvación de nuestro Señor Jesucristo, sino más bien con hallar su lugar bajo el ala de una institución religiosa, puesto que no es posible vivir sin pertenecer a algo. Al parecer, Frank a estos conversos los llama simples, y no los incluye entre sus huestes. De esa abigarrada multitud procedían en gran medida los delegados, en número de trece, que tomaron la palabra en el debate de Lwów.

Me gustaría subrayar el extraordinario apego que los neófitos sienten por su guía. Todo lo que les dice es sagrado y lo aceptan sin reservas. Cuando alguno de ellos comete alguna infracción, el Señor, como lo llaman, le impone un castigo corporal, y entonces el resto, en grupo, le aplica ese castigo al infractor.

También les he arrancado la noticia de que creen que el Anticristo nació en tierras turcas y que Frank en persona lo vio. Pronto obrará milagros y perseguirá la fe católica. Y también que no son claras las palabras del Evangelio, que Jesucristo bajará del cielo como Mesías. Porque –dicen– tal vez ya esté en este mundo, en un cuerpo humano. Al oírlo, tuve la impresión de que, aunque no quieren decirlo claro, creen que el Mesías se oculta en la persona de Frank. Esta cuestión la someto a la atención de Vuestra Excelencia y de las siguientes inquisiciones.

También me he enterado de que la aldea de Valaquia, en la que Jacob Frank visitó al señor Moliwda, es muy probable que esté habitada por los jlystý, los filipianos, o cualquier otra secta que ultraja nuestra santa fe. Su conocimiento de la religión mahometana no procede de una sola fuente, sino que es una enseñanza igual de sectaria que la de los bektashíes, propagada entre los oficiales de las tropas jenízaras subyugados por el misticismo.

En cuanto a la pregunta de Vuestra Excelencia de si es cierto eso que ellos mismos dicen de que son muchos miles, yo creo que, haciendo un cálculo prudente, en Podolia serán entre cinco y quince mil. Pero no todos los seguidores de Sabsa Tzevi querrán bautizarse y, lo que es más, solo lo hará una minoría, aquella que no será aceptada de vuelta en sus comunidades y que no tiene otro remedio que ingresar en la cristiandad cual perros expulsados de la mansión que se refugian bajo cualquier techo. No creo que sean muchos los que tengan un corazón puro y se hayan bautizado creyendo en la verdadera salvación bajo la protección de nuestro Señor Jesucristo.

Al mismo tiempo, me gustaría informar a Vuestra Excelencia de que, como la plaga se ha extendido por Lwów, el pueblo llano afirma que se trata de un castigo divino para los conversos, de ahí que el ardor por bautizarse parezca haber amainado. Es cierto que la

enfermedad ha atacado a muchos neófitos tanto antes como después del bautismo. Algunos de ellos creían que el sacramento les concedería la vida eterna, no solo espiritual, sino también física, aquí en la tierra, lo que da fe de lo superficial que es su conocimiento de la fe cristiana y de lo grande que es su ingenuidad.

Dirijo a Vuestra Excelencia, padre primado, gran súplica, para que lea nuestros informes y, dejándose guiar por su corazón y sabiduría, nos indique cómo debemos actuar. Y dado que una parte de la compañía de Frank, llamada por ellos mismos jaburá, ha partido ya en pos de su guía rumbo a Varsovia, sería necesario observarlos muy atentamente para evitar que, con sus nebulosas opiniones sobre la cristiandad, su descaro y sus férreas aspiraciones, puedan cometer algo indigno contra nuestra Santa Madre Iglesia.

El padre Pikulski ha terminado de escribir y se pone a componer otra misiva, pero al cabo de un momento la aparta y añade a la anterior:

Sería un acto de poca fe por mi parte el considerar que tal caterva de estafadores pudiera perjudicar a nuestra Santa Madre Iglesia...

EL ATUENDO NOBLE EN ACIANO Y ROJO

Moliwda ha encargado a un sastre polaco –pues ahora así se llaman aquellos que confeccionan atuendos polacos, y no los franceses o alemanes que están a la moda– un caftán sármata de seda y un kontusz invernal de paño forrado de fina piel. Como complemento, debe aún encargar un cinturón de Słuck, aunque cuesta una fortuna. Ya ha estado mirando y le han gustado algunos. En Varsovia cuestan el triple que en Estambul. Si tuviera talento para los negocios, habría traído un cargamento.

Moliwda se mira en el espejo, el grueso kontusz aumenta aún más el volumen de su barriga. Pero eso está bien, le da aspecto de noble. Ahora piensa en lo que agradó al primado Łubieński, en la razón por la que le otorgó un rango tan elevado: no fue, a fin de cuentas, ni su barriga ni su aspecto. Moliwda ha perdido la mitad del cabello y el que queda es del color de la agramiza. Su rostro se ha redondeado estos últimos años y los ojos se han vuelto aún más pálidos. La barba y el bigote han crecido en todas direcciones y parecen un haz de paja vieja. No es decoroso que el secretario de un primado luzca semejante maraña bajo la nariz. Sin duda, al primado le debió de gustar su talento para la oratoria, que quedó patente durante el debate de Lwów, y su noble actitud hacia los neófitos. Y, con toda seguridad, las lenguas que Moliwda domina. También tuvo su importancia la

recomendación de Sołtyk, y no la de la prima Kossakowska, que no es del agrado de Łubieński.

Ese mismo día recibe dos cartas urgentes que tratan un mismo asunto. Las dos lo ponen en estado de alerta: en una lo convoca una comisión eclesial «a los inminentes interrogatorios de contratalmudistas», la otra es de Krysa. Krysa escribe en turco que Jacob ha desaparecido sin dejar rastro. Salió solo en su carruaje y no volvió. El carruaje apareció frente a la casa, pero vacío. Nadie vio nada.

Moliwda solicita al primado que lo envíe en una misión a Varsovia. Además de atender a los asuntos del primado que se acumulan, también debe acudir a la comisión eclesial. Cuando echa a rodar su hermoso carruaje inglés, Moliwda toma un buen trago de la botella de licor con que se ha pertrechado para el viaje: para calentarse, para mejorar el funcionamiento del estómago, para aclarar los pensamientos y también como remedio para la inquietud, pues Moliwda presiente que algo malo se avecina, algo que también puede barrerlo a él. Y eso que acaba de aferrarse a la brizna de hierba que lo lleva, vacilante, pero que lo mantiene a flote. Cuando llega a Varsovia sin dormir y sin descansar, le duele la cabeza y tiene que entornar los ojos, así de agresivo es el sol varsoviano. El frío es helador, pero hay poca nieve, por eso el barro se ha congelado en compactos terrones solo cubiertos por una fina capa de escarcha y láminas de hielo en los charcos donde es fácil resbalar. Apenas despabilado, Moliwda se reúne con Wołowski, por quien se entera de que Jacob está preso en el convento de los Bernardinos.

–¿Cómo que «preso»? –pregunta con incredulidad–. ¿Qué cosas habéis dicho de él?

Wołowski, indefenso, se encoge de hombros y los ojos se le llenan de lágrimas. Poco a poco, el espanto se apodera de Moliwda.

–Es el final –dice. Sin más palabras, pasa al lado de Wołowski, que está plantado en medio de la calle embarrada, y echa a andar por los charcos congelados. Está a punto de caerse. Wołowski, como si se sacudiese de pronto el pasmo, corre tras él y lo invita a su casa.

La oscuridad invernal no tarda en apoderarse de todo y el ambiente se vuelve inhóspito. Moliwda sabe que primero debería visitar al obispo Załuski –al parecer se encuentra ahora en Varsovia– para recabar su apoyo, en vez de ir a ver a los judíos neófitos. Debería encontrar a Sołtyk, pero ya es demasiado tarde, y ahora, sin afeitar y cansado del viaje, mira con avidez la puerta abierta de la casa de los Wołowski, de donde emanan calor y olor a ropa recién lavada. Permite que Franciszek lo agarre del codo y lo conduzca al interior.

Es el 27 de enero de 1760.

DE LO QUE PASÓ EN VARSOVIA TRAS LA DESAPARICIÓN DE JACOB

En el barrio de Nowe Miasto, donde Shlomo, es decir, Franciszek Wołowski, acaba de abrir junto con sus hermanos una pequeña tabaquería, hay mucho ajetreo. Los propietarios se han instalado en la pequeña vivienda situada encima del negocio. Menos mal que la helada endureció el suelo, gracias a eso es posible caminar por las embarradas calles llenas de baches y charcos.

Entra en el zaguán, y a continuación en la estancia principal, se sienta sobre una silla nueva y contempla el reloj que, colocado en el lugar principal de la estancia, emite un rítmico tictac. Al cabo de un instante se abre la puerta y aparece Marianna Wołowska, es decir, Chaja la pequeña, seguida por los niños, los tres más pequeños, los que aún no van a la escuela. Se seca las manos en el delantal puesto sobre un vestido oscuro, es evidente que estaba trabajando. Parece cansada y preocupada. Del fondo de la casa llegan los sonidos de un piano. Marianna lo agarra por las manos cuando él se levanta para saludarla y le dice que se siente. Moliwda se avergüenza de haberse olvidado de los niños, podía haberles comprado una bolsita de guindas confitadas.

–En un principio simplemente desapareció –dice Marianna–. Pensamos que se habría quedado más tiempo en casa de alguien, así que los primeros días no nos preocupamos. Después Shlomo y Jakubowski fueron a su casa y encontraron a Kazimierz, a quien había contratado como lacayo, aterrorizado por el secuestro de Jacob. Alguien mandó a buscar su ropa de abrigo. «¿Quién?», preguntamos una y otra vez. «Hombres armados, eran varios», respondió. Así que Shlomo, en cuanto llegó aquí desde Lwów, se puso su mejor ropa y se lanzó a recorrer la ciudad y hacer mil preguntas, pero no descubrimos nada. Entonces se apoderó de nosotros el miedo, porque desde que Shlomo regresó de Lwów, todo va de mal en peor.

Marianna se sube al niño en el regazo y busca en la manga un pañuelo para enjugarse los ojos y de paso secar la nariz del pequeño. Franciszek va a buscar a Jeruchim Dembowski, que vive al lado, y a los demás.

–¿Cómo te llamas? –pregunta distraído Moliwda al chico.

–Franciszek –responde el niño.

–¿Como tu papá?

–Como mi papá.

–Todo empezó con ese interrogatorio en Lwów. Menos mal que ha venido usted, porque más les vale no enredarse hablando polaco –prosigue Marianna.

–Usted, Marianna, habla muy bien.

–Quizá fuese mejor que nos interrogasen a nosotras, las mujeres –sonríe amargamente–. Chaja sí que les pondría en su sitio. Junto con Hirsz, con Rudnicki –se corrige– compraron una casa en Leszno, se mudarán aquí en primavera.

–¿Chaja está bien de salud?

Marianna le lanza una mirada aturdida.

–¿Cómo que Chaja? Lo peor es que ahora se los llevan uno a uno a los interrogatorios. El último ha sido Jakubowski... –De repente se sume en el silencio.

–Jakubowski es un místico y un cabalista... Solo les habrá dicho tonterías.

–Precisamente, no se sabe lo que les ha dicho. Shlomo decía que cuando declararon juntos, Jakubowski estaba muerto de miedo.

–¿De que también lo encerraran? –Moliwda coge de repente a Marianna por las manos y se la aproxima. Le dice al oído–: Yo también tengo miedo. Vamos todos en el mismo barco y veo que la travesía es peligrosa. Dígale a su marido que es un necio, que no hacéis más que intentar sacar tajada de vuestros sucios y miserables negocios... Queríais deshaceros de él, por eso dijisteis lo que dijisteis, ¿no es cierto?

Marianna se suelta y empieza a llorar en el pañuelo. Los niños la miran asustados. Ella se vuelve hacia la puerta y grita:

–¡Basia, llévate a los niños!

Y prosigue:

–Todos tenemos miedo. Usted también debería tenerlo porque conoce nuestros secretos y es como uno de los nuestros.

Clava en él sus ojos de color cerveza anegados de lágrimas y Moliwda, por un instante, percibe en su voz una amenaza.

ESCUPID A ESE FUEGO

Los partidarios de Frank en Varsovia acuden voluntariamente a los interrogatorios. En nombre de todo el grupo hablan Jeruchim, o sea, Jędrzej Dembowski, seguro de sí mismo y de verbo ágil, y Jan, el pequeño de los Wołowski. Los dos declaran en judío, pero esta vez Moliwda ejerce tan solo de traductor auxiliar. Así que está sentado ante una mesa con papel y pluma. Quien traduce es un tal Bielski, muy competente. Moliwda logró decirles por lo bajo que contaran generalidades y que fueran corteses y amables.

Pero ellos se hunden cada vez más. Cuando empiezan a hablar de los milagros de Jacob, que, según ellos, obró por doquier, Moliwda calla, se muerde los labios y baja la mirada hacia la hoja en blanco, cuya visión lo tranquiliza. ¿Por qué lo hacen?

Moliwda percibe cómo la amistosa actitud inicial del tribunal va

cambiando, cómo se tensan los cuerpos de los inquisidores y la pequeña conversación se convierte en un auténtico juicio, cómo las voces se vuelven más graves, las preguntas del tribunal más inquisitivas y suspicaces, cómo los juzgados se susurran nerviosos unos a otros mientras el secretario empieza a consultar la agenda con las fechas, señal –piensa Moliwda, presa del pánico– de que fijarán un nuevo día y el juicio no se acabará en un santiamén, tal y como pensaban.

Y sin darse cuenta, aparta de ellos su silla, un poco más allá, en dirección a la estufa. Y se sienta como de lado.

Shlomo, o Franciszek Wołowski, comerciante y tal vez un poco aventurero, que se maneja bien con las personas y el dinero, se comporta ante el tribunal como un niño, le tiembla el labio inferior, está a punto de echarse a llorar. Jeruchim, en cambio, finge ser un simplón franco y seguro de sí mismo, aunque no lo es, Moliwda lo sabe muy bien. Cuenta cómo suelen rezar, y entonces el tribunal les pide que canten ese himno misterioso cuyo contenido no quieren o no saben explicar. Intercambian miradas inseguras y cuchicheos, es evidente que se traen algo entre manos y que tratan de ocultarlo. Interviene Matuszewski, lívido, como si ya lo hubieran condenado a muerte. Es él quien dirige el coro, alza la mano y, tras un instante de murmullos, todos juntos entonan el himno Igadel ante el tribunal consistorial de Varsovia, como escolares, como muchachos inmaduros. E incluso, a despecho de la gravedad eclesial, se entregan en cuerpo y alma a ese canto. Moliwda baja la mirada.

Ha escuchado ese himno en infinidad de ocasiones, y en algunas él mismo lo ha entonado, es cierto, pero ahora, en el caldeado interior del tribunal episcopal, donde el olor a humedad entra en pugna con el del producto para limpiar las estufas, donde la helada ha dibujado durante la noche diminutas guirnaldas de hojas y ramas de hielo en los cristales de las ventanas, la letra de Igadel suena absurda, nada encaja. Moliwda tiene un cargo en Łowicz, en la más alta instancia eclesial, trabaja para el primado de la Res Publica polaca, lo ha conseguido, ha regresado a su país, con los suyos, todas sus culpas han sido olvidadas y lo han vuelto a aceptar en el exclusivo grupo de personas honorables..., ¿por qué iba a preocuparlo la letra de ese himno? ¿Acaso la ha entendido alguna vez?

Cuando los sometidos a juicio salen, se cruzan con Jacob, que va custodiado. Todos se apartan hasta pegarse a la pared y palidecen. Jacob va vestido de gala con su estilizado gorro y un abrigo de cuello alto. Es como si condujeran a un rey. Sin embargo, su rostro aparece extrañamente transido. Mira a Wołowski, que empieza a llorar, y dice en hebreo:

–Escupid a ese fuego.

UN OCÉANO DE PREGUNTAS CAPAZ DE HUNDIR LA NAVE MÁS PODEROSA

Moliwda hará de traductor. Ha logrado este puesto gracias a la intercesión del obispo Załuski. Ahora mira la cinta que remata los faldones de su nuevo kontusz. Se ha puesto ropa nueva, pero constata que resulta demasiado llamativa, demasiado elegante. Lo lamenta.

La comisión ya está esperando: está compuesta por tres sacerdotes y dos secretarios laicos. Hay hombres armados apostados junto a la puerta del lado del pasillo. Cuánta pompa, piensa Moliwda. Se podría pensar que el interrogado es un gran usurpador. Además del cura oficiante, que desempeña el papel principal, también están el cura Szembek, canónigo de Gniezno, un tal Pruchnicki, escribano consistorial, y el cura Śliwicki, jesuita, el inquisidor. Se susurran algo entre ellos, pero Moliwda no oye lo que dicen.

Finalmente, la puerta se abre y los guardias hacen entrar a Jacob. A Moliwda le basta un solo vistazo para sentir una oleada de calor. Jacob parece otro, está como hinchado, tiene el rostro cansado y fláccido. ¿Le habrán golpeado? De pronto el corazón de Moliwda comienza a latir tan deprisa como si corriera, se le seca la garganta, le tiemblan las manos. Jacob no lo mira. Todas las ideas y expresiones con las que tenía pensado disimular los disparates de Jacob se van al traste. Discretamente se seca las manos sudorosas en los faldones del kontusz y empieza a notar el sudor bajo las axilas. Sí, lo golpearon, seguro. Jacob los mira a todos de reojo, sombríamente. Sus miradas finalmente se encuentran y Moliwda se obliga con todas sus fuerzas a entornar los párpados lentamente, dándole a entender que todo irá bien, que esté tranquilo.

Tras la lectura de la exposición de motivos y el propósito del interrogatorio, se formula la primera pregunta y Moliwda la traduce al turco. Lo hace al pie de la letra, sin añadir ni quitar nada. Le preguntan a Jacob dónde nació, dónde creció y dónde ha vivido a lo largo de su vida. También les interesan su mujer y el número de hijos, así como la fortuna personal y demás pertenencias.

Jacob no quiere sentarse, se queda de pie para responder. Su voz, profunda, aunque calmada, y la musicalidad del turco impresionan a los interrogadores. ¿Qué tiene que ver ese hombre con ellos?, piensa Moliwda. Traduce la respuesta de Jacob frase por frase. Jacob cuenta que nació en Korolówka, en Podolia, y que luego vivió en Czerniowce, donde su padre era rabino. Muchas veces cambiaron de lugar: Bucarest y otras ciudades de Valaquia. Tiene esposa e hijos.

–¿Con qué señal reconocía a los que deseaban abrazar la fe cristiana?

Jacob mira al techo, después suspira. Guarda silencio. Pide a Moliwda que repita la pregunta, pero sigue sin contestarla. Acaba dirigiendo la mirada hacia Moliwda y parece que solo le hable a él. Moliwda trata de controlar el más mínimo temblor de su rostro.

–La señal por la que reconozco a los verdaderos creyentes consiste en la luz que veo encima de sus cabezas. No todo el mundo la tiene.

Moliwda traduce:

–La señal por la que reconozco, según la promesa de nuestro señor Jesucristo, a aquellos que abrazan sinceramente Su fe, es una luz en forma de vela que diviso encima de sus cabezas.

El tribunal exige una aclaración: quién tiene esa luz y quién no la tiene.

Jacob se muestra reacio a hablar, titubea con uno de los nombres que menciona, pero Moliwda traduce con fluidez que pese a los grandes esfuerzos de algunos judíos para que Jacob los aceptara en la fe –se mostraban incluso dispuestos a darle mucho dinero por ello–, él se negaba porque no veía luz alguna encima de ellos. De hecho, él ya sabía quién era sincero y quién tenía turbias intenciones.

Ahora le preguntan por los pormenores de su primera visita a Polonia. Cuando habla de manera demasiado vaga, le inquieren por el nombre de las localidades y los apellidos de los anfitriones que lo acogían. La cosa se prolonga durante mucho tiempo, tienen que esperar a que los secretarios lo apunten todo. Jacob sucumbe bajo ese régimen burocrático, pide que le acerquen una silla y se sienta.

Moliwda traduce el informe de los hechos en los que él mismo participó alguna que otra vez, aunque ahora preferiría no reconocerlo; de todos modos, no hay necesidad, nadie se lo pregunta. Se limita a rezar para sus adentros para que Jacob no lo delate; cuando Frank habla de Nikopol y Giurgiu, no hace ninguna alusión a Moliwda, ni siquiera lo mira. El tribunal pensará con razón que no se conocen de nada, que fueron presentados en Lwów, recientemente, con ocasión de otra traducción, tal y como escribió Moliwda en su declaración.

Ordenan hacer una breve pausa, durante la cual alguien trae agua y unas tazas. También cambia el interrogador, ahora es el jesuita.

–¿El acusado cree en un Dios Trino? ¿Que es uno en tres personas? ¿Y cree en Jesucristo, Dios Verdadero y Hombre, el Mesías presente en las Sagradas Escrituras, según la profesión de fe de san Atanasio? ¿Está dispuesto a jurar sobre ella?

Entregan a Jacob el texto del credo en latín, al no saber leerlo, Jacob repite tras Moliwda frase por frase: Creo en un solo Dios... Moliwda añade de su cosecha: con todo mi corazón. Ahora le hacen firmar en la página que contiene el credo.

A continuación formulan la siguiente pregunta:

–¿En qué pasajes de las Sagradas Escrituras desentrañaba el

acusado el misterio de la Santísima Trinidad?

De nuevo se establece una pequeña y tácita complicidad entre acusado y traductor. Moliwda se lo enseñó en tiempos y Jacob lo recuerda bien. Es evidente que sus enseñanzas no cayeron en saco rato. Cita primero el pasaje del Génesis 1, 26: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza», y del Génesis 18, 3, donde Abraham se dirige a tres hombres como si fueran uno solo: «Señor, si ahora he hallado gracia...» Después pasa a los Salmos y señala un pasaje del salmo 110: «JEHOVÁ dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra.» Después se pierde, se ha traído sus libros en hebreo y va pasando las páginas, pero acaba por decir que está cansado y que necesitaría tiempo para encontrar los pasajes adecuados.

Entonces le formulan la siguiente pregunta:

–¿Dónde se dice en las Escrituras que el Mesías ya ha venido y que no es otro que Jesucristo, nacido de la Virgen María y crucificado hace 1.727 años?

Jacob guarda silencio durante un buen rato, hasta que lo instan a contestar. Entonces dice que en tiempos lo veía claro, y era entonces cuando predicaba su doctrina. Pero después del bautismo ha perdido esa claridad de la mente y hay cosas que ya no tiene que saber, porque ahora son los curas los que los guían tanto a él como a los demás.

A Moliwda a veces lo sorprenden sus rápidos reflejos. Pese a todo, la respuesta es del agrado de los curas.

–¿Qué pasajes de las Sagradas Escrituras le hicieron ver y predicar a los demás que el Mesías, Jesucristo, es el verdadero Dios Creador, igual de sustancial que su Padre?

Jacob hurga en sus libros, pero no halla el fragmento adecuado.

Se frota la frente con la mano y finalmente dice:

–Isaías. «Y llamará su nombre Emanuel.»

El inquisidor Śliwicki no soltará la presa tan fácilmente. Se empeña en la cuestión del Mesías.

–¿Qué entiende el acusado al decir que Jesucristo vendrá una segunda vez? ¿Adónde vendrá? ¿Cómo será eso? ¿Qué significa que vendrá a juzgar a vivos y muertos? ¿Es verdad que el acusado mantuvo que ya está en el mundo encarnado en un hombre y que se revelará de repente como un rayo?

La voz de Śliwicki es calma, como si dijera cosas comunes y corrientes, pero Moliwda percibe cómo el silencio se vuelve denso y cómo todos están pendientes de lo va a decir Jacob. Cuando le traduce la pregunta del jesuita, intercala una pequeña advertencia: «Ten cuidado.»

Jacob la caza al vuelo y habla despacio, con cautela. Moliwda también traduce despacio, esperando a que Jacob termine cada frase, dándole vueltas a cada una de las palabras.

–Nunca he creído que el Mesías nacería de nuevo en un cuerpo humano en la tierra, y nunca lo he predicado. Ni que vendría bajo la apariencia de un rico monarca para juzgar a la gente. En lo que creía era en que permanecía oculto en el mundo, en forma de pan y vino. Y todo esto lo comprendí en lo más hondo de mi ser en la iglesia de Podhajce.

Moliwda suspira aliviado, pero de forma que nadie se dé cuenta. Nota que bajo el kontusz, su ligero y elegante caftán sármata está empapado, tanto las axilas como la espalda.

Ahora interviene el cura Szembek:

–¿Conoce el acusado el Nuevo Testamento? ¿Ha leído los libros del Nuevo Testamento? Y si lo ha hecho, ¿en qué lengua?

Jacob dice que no, que nunca los ha leído. Solo en Lwów y aquí, en Varsovia, unos cuantos pasajes del Evangelio de san Lucas.

El cura Szembek se interesa en por qué llevaba turbante y frecuentaba las mezquitas. ¿Por qué ha recibido un firmán de la Sublime Puerta que le permitía establecerse como si fuera un nuevo mahometano? ¿Es verdad que se convirtió al islam?

Moliwda está a punto de desmayarse: lo saben todo. Habría sido un necio si no se lo esperara.

Jacob responde de inmediato, en cuanto entiende la pregunta. Dice por boca de Moliwda:

–Si considerara que la mejor es la fe de Mahoma, no habría acudido a la católica.

Moliwda sigue traduciendo que los judíos talmudistas instigaban a la Sublime Puerta en contra de él y la sobornaban para que los turcos lo hicieran prisionero.

–Perseguido, me vi obligado a abrazar aquella religión, pero lo hice solo superficialmente, en mi corazón no tuve esa fe por verdadera ni por un instante.

–Entonces ¿por qué razón escribe en la súplica al sultán que es pobre y que está perseguido, mientras que, según afirma, era rico, tenía una casa con viñedo y otras tierras?

La voz del interrogador suena triunfante: ha cazado al acusado incurriendo en una mentira, pero Jacob no ve en ello nada malo. Contesta distraídamente que así se lo ordenó el gobernador de la ciudad de Giurgiu, un turco, al ver que de esa manera podría recabar más dinero. ¿Qué tiene eso de malo?, parece decir el tono de Jacob.

El padre Szembek hurga en los papeles y a todas luces encuentra algo interesante, pues se adelanta a la siguiente pregunta del jesuita.

–Uno de los interrogados, un tal Nachman, ahora Piotr Jakubowski, dijo que le mostró al Anticristo en Salónica. ¿Creía en él?

Jacob contesta por boca de Moliwda:

–No, nunca creí en él. Todos decían que se trataba del Anticristo,

así que yo lo contaba como una curiosidad.

El jesuita vuelve al tema principal:

–¿Manifestó que se acercaba el Juicio Final? ¿Cómo iba a saber algo así?

Moliwda oye:

–Sí, el Juicio ya está cerca, y tal afirmación se halla en las Escrituras Cristianas, aunque nadie sabe cuándo ocurrirá, pero está cerca.

Y traduce:

–Al alentar a los demás, evocaba las palabras del profeta Oseas 3 y predicaba que nosotros los judíos durante tantos años estuvimos sin sacerdote ni altar, y que ahora, los hijos de Israel, volveremos a Dios todopoderoso y por medio de esa fe buscaremos al Mesías, hijo de David. Al abrazar la fe cristiana, ya tenemos sacerdotes y altares, así que, según ese profeta, debemos de estar ante los últimos días.

–¿Sabía que algunos de sus discípulos lo tenían por Mesías? ¿Es verdad que sentado en una silla, tomando kaffa y fumando en pipa, permitía que los demás, llorando y cantando, lo adoraran? ¿Que decía: «Mi Santo Padre»? ¿Por qué permitió y no se negó a que sus discípulos lo llamaran Santo Padre y Señor?

El cura Śliwicki se vuelve cada vez más incisivo, pese a que no levanta la voz en absoluto; formula las preguntas en un tono tal como si de un momento a otro fuera a rasgar el velo y a revelar al mundo una verdad aterradora, de manera que la tensión en la sala aumenta. A continuación pregunta por qué Jacob ha elegido a doce discípulos. Jacob explica que no eran doce, sino catorce, pero que dos murieron.

–¿Y por qué todos ellos eligieron en su bautizo los nombres de los apóstoles? ¿Para hacer como que Frank ocupa el lugar de nuestro Señor Salvador?

Jacob lo niega rotundamente, diciendo que en absoluto, que eligieron los nombres que quisieron. Y que además también está entre ellos el de Franciszek.

–Líbrenos Dios –traduce Moliwda empapado en sudor–. No conocen otros nombres cristianos. De todos modos hay dos Franciszek.

–¿Sabe que algunos de sus discípulos vieron sobre su cabeza una luz? ¿Qué puede decir al respecto?

Jacob dice que es la primera vez que lo oye y que no sabe por qué le preguntan.

Ahora es el cura Szembek quien retoma el interrogatorio:

–¿No predijo, según declararon testigos de interrogatorios anteriores, su encarcelamiento en Lanckoruń y en Kopyczyńce, la llegada de su esposa a Podolia, la muerte del hijo de Piotr Jakubowski y de dos miembros de la familia de Eliasz Wołowski, e incluso la presente detención?

A Moliwda se le pasa por la cabeza que Jacob intenta menguar, como si de pronto comprendiera que su persona es demasiado grande, que llama demasiado la atención. Y ahora actúa, igual que antes se hacía el fuerte, igual que se pavoneaba, ahora adopta un nuevo papel, y de manera imperceptible y del todo natural se convierte en un acusado sin importancia alguna, dócil, obediente, presto a colaborar, desprovisto de colmillos y garras, todo un corderito. Lo conoce lo suficientemente bien como para saber que Jacob es más brillante que todos ellos juntos, aunque lo tomen por necio, al igual que antes habían hecho los judíos, y que él mismo siente una especial predilección por ocultarse en la insignificancia, por hacerse pasar por simplón. ¿Cuándo fue que dijo que apenas sabía leer?

Moliwda traduce su respuesta casi al pie de la letra:

–Sí, predije la detención en Lanckoruń, pero no la de Kopyczyńce. En cuanto a mi esposa, sencillamente calculé cuánto tiempo necesitaría el mensajero en llegar hasta ella, y cuánto necesitaría ella en hacer las maletas y venir, por eso acerté que sería un miércoles. El hijo de Jakubowski nació débil y enfermo. Pero que previera la muerte de algún miembro de la familia Wołowski Rohatynski, eso no lo recuerdo. Es una familia numerosa, siempre hay alguno que muere. Es cierto que estuve rezando con el libro delante y que de pronto dije en voz alta: dentro de dos semanas. No sé por qué lo dije, y los que oyeron esas palabras enseguida las relacionaron con mi encierro en el convento de los Bernardinos. También reconozco que cuando estaba a punto de llegar alguien que deseaba fervientemente abrazar la fe, me picaba la nariz en el lado derecho, y que cuando quien venía no era sincero, me picaba el izquierdo, era así como lo presentía.

Ahora la honorable comisión judicial se ríe con disimulo: el cura Szembek y el padre Pruchnicki, el secretario y el cura oficiante. El único que no ríe es el jesuita, pero es bien sabido, piensa Moliwda, que no tienen sentido del humor.

Este pregunta con tono grave:

–¿Por qué, cuando lo visita un enfermo, practica unos hechizos y le toca la frente con el dedo mientras susurra unos conjuros? ¿Y qué entiende por la palabra «hechizo»?

La alegría de la comisión anima un poco a Jacob. Por tanto, Moliwda prevé que a partir de ese momento el interrogado actuará en ambos sentidos, haciéndose el fuerte y el débil, de manera que nada quede claro y que todo el mundo tenga la impresión de que sus razones son contradictorias y confusas.

–Por hechizo entiendo cuando alguien lanza una mala mirada. Libraba de esos hechizos a todos los que lo necesitaban. –Jacob evoca los nombres de aquellos que murieron, para así de nuevo menoscabar su fuerza. Dice–: A Werszek, ya bautizado, que murió aquí en

Varsovia, y a Reb Mordke, conocido como Mordejái, que murió estando aún en Lublin. No les sirvió de nada.

Los interrogadores pasan a Iwanie, les interesa mucho ese período. ¿Es verdad, preguntan, que en Iwanie ordenó que nadie tuviera nada propio y que todos debían entregarlo todo al uso común? ¿Y que afirmó que cuando algunos se peleaban y acababan reconciliándose en torno a una idea, esa idea procedía de Dios? ¿Cómo se le ocurrían semejantes cosas?

Jacob está cansado, ya anochece y solo ha tomado un poco de agua. En una estancia maloliente y sin airear. Dice que no sabe, que no tiene la menor idea. Se frota la frente.

–¿Es verdad que prohibió entregar los hijos a sus padrinos, católicos piadosos, para que estos los educaran, y ordenó que todos se mantuvieran unidos? ¿Es eso verdad? –El cura Szembek lee en una hoja. Es evidente que tienen testimonios precisos.

Y más aún:

–¿Es verdad –pregunta el cura– que sus discípulos, en sus ejemplares del Nuevo Testamento, sustituyen el nombre de Jesús por el de Jacob?

Jacob se limita a negarlo. Permanece de pie con la cabeza gacha. Ha perdido la compostura.

Una vez acabado el interrogatorio, Moliwda se despide del inesperadamente frío cura Śliwicki y del callado Szembek, y pasa junto a Jacob sin siquiera mirarlo.

Sabe que ya no lo invitarán a los siguientes interrogatorios, no confían en él.

Sale al aire helado de Varsovia, el frío y feroz viento le levanta el kontusz, así que se envuelve en él mientras se dirige a la calle Długa, pero luego se da cuenta de que tiene miedo de ir a visitar a los Wołowski, así que da media vuelta y a paso lento se arrastra en dirección a los fielatos junto a la iglesia de las Tres Cruces. Y precisamente allí lo inunda una sombría y pegajosa sensación de culpa, de manera que no tiene más remedio que entrar en una pequeña posada judía y beber mientras se jacta de sus conocimientos de hebreo ante la tabernera.

Por la mañana le traen una carta de la cancillería del primado convocándolo para el mediodía. Se echa en la cabeza un balde de agua fría y se enjuaga la boca con agua con vinagre. Se planta de cara a la ventana e intenta rezar, pero está tan nervioso que no logra encontrar en su interior ese lugar desde el que solía volar hacia lo alto como un guijarro lanzado al cielo. Ahora percibe nítidamente el techo sobre su cabeza, sabe lo que va a ocurrir y se pregunta si le dejarán dimitir. Lanza una mirada a su pequeño equipaje.

En el palacio del primado, recibe a Moliwda un simple cura, quien ni siquiera se presenta y que lo conduce en silencio a una pequeña sala donde tan solo hay una mesa y dos sillas, y de la pared cuelga un enorme crucifijo con un Cristo muy flaco. El cura se sienta frente a él, coloca una mano sobre la otra y dice con voz calma, sin dirigirse a nadie en particular, que el pasado del señor Antoni Kossakowski, llamado Moliwda, es bien conocido por la Iglesia, especialmente aquella época herética que pasó en la colonia de los apóstatas de Valaquia. La actividad de los filipianos también es conocida y suscita gran repulsión entre los verdaderos católicos. La Res Publica no es país para tales depravados y todo hereje debería buscarse otro lugar donde vivir. Asimismo, se conocen los pecados de juventud del señor Kossakowski. La Iglesia tiene una memoria eterna, nunca olvida. Y el cura habla y habla, como haciendo alarde de su conocimiento, un conocimiento inmenso, y después abre un cajón y saca unas hojas de papel y un frasco de tinta. Sale un instante para traer la pluma y con la punta del dedo comprueba si está bien afilada. Menciona la localidad de Łowicz. Moliwda está tan abatido que deja de entenderlo. En su cabeza resuenan las palabras del cura: magia, metempsícosis, incesto, prácticas contra natura... y se siente como aplastado por un enorme peso.

A continuación, el cura ordena que Moliwda escriba. Todo lo que sabe sobre Jacob Frank, y lo que otros podrían no saber. Añade que tiene todo el tiempo del mundo. Y Moliwda escribe.

23

CÓMO SE CAZA EN LAS PROPIEDADES DE HIERONIM FLORIAN RADZIWIŁŁ

Hasta el 2 de febrero, día de la Virgen de la Candelaria, reina en el país el ambiente navideño. Se airean a la intemperie trajes de baile, vestidos fruncidos sobre miriñaques, caftanes sármatas de seda, elegantes sotanas... Incluso en las casas campesinas se tiende la ropa de domingo, rematada con cintas y bellamente bordada. En las despensas descansan recipientes de barro llenos de miel y manteca de cerdo, los pepinos se encurten en silencio dentro de sus enormes y sombríos barriles, y solo cobran vida en la mano de algún impaciente, momento en que, resbaladizos, se escurren directamente al suelo. De los palos penden embutidos, jamones a medio ahumar y piezas de tocino, de las que cada día algún atrevido corta a escondidas una fina loncha. Hace apenas un mes, eran animales vivos, confiados, se alimentaban en acogedores establos y zahúrdas, inconscientes de que no llegarían con vida a la Navidad. Por los sacos de nueces corretean los ratones; los gatos, perezosos y gordos a estas alturas del año, intentan cazarlos, pero el enfrentamiento rara vez ocurre: los ratones son más listos. El olor a manzanas secas y ciruelas pasas inunda las viviendas. De las puertas abiertas a la noche helada brota la música, cual vaharadas de aliento humano.

El primado Łubieński, un hombre en esencia vanidoso e infantil, invitado por Radziwiłł a una cacería, se lleva a uno de sus secretarios, Antoni Kossakowski, llamado Moliwda. Comparten carruaje con su asesor Młodzianowski, puesto que el primado nunca deja de trabajar. Moliwda no siente ningún respeto ni simpatía por ese hombre, ha visto demasiadas cosas en el palacio de Łowicz. Intenta tomar unos apuntes, pero el traqueteo del carruaje sobre las rodadas congeladas no se lo permite.

Guardan silencio durante un buen rato, porque el primado observa por la ventanilla una alegre y ruidosa excursión en trineo, pero finalmente Moliwda se arma de valor y dice:

–Excelencia, ¿puedo rogarle que me exonere...?

El carruaje episcopal atraviesa ahora un puente de madera, cosa que recuerda a un terremoto.

–Sí, sé lo que quieres... –contesta el primado Łubieński dejando a

medias la frase. Después de un momento que a Moliwda le parece una eternidad, añade–: Tienes miedo. No veo nada de malo en que hayas sido su traductor. Puede que incluso sea mejor así, así sabes más. De ti, Kossakowski, dicen cosas raras. Que has pescado en más de un río. Y que fuiste una importante figura entre los herejes, ¿es eso cierto?

–Excelencia, fueron travesuras juveniles. No sabía dónde tenía mi mano derecha, pero con el tiempo senté la cabeza. Todo eso de los herejes no son más que habladurías. Conozco muchas otras historias, pero de los herejes, ninguna.

–Pues cuéntame alguna, el viaje se nos hará más corto –dice el primado y apoya la cabeza en el respaldo forrado de tela.

Durante unos instantes, Moliwda cree que ha llegado la hora de contar la historia de su vida, de deshacerse de una carga que lleva desde hace mucho tiempo y empezar ese gélido día una nueva vida. Se da cuenta de que quien le consiguió el puesto por medio de sus influencias fue Kossakowska, quien no profesa ningún afecto a Łubieński, al considerarlo enemigo del interés polaco y persona indigna. Seguramente lo hizo para contar con alguien de confianza en el bando enemigo. A cambio, prometió silenciar las habladurías que envolvían cual nubarrón a Moliwda. No, Moliwda jamás contará a esos dos hombres lo que en realidad lo ha traído al lugar en el que ahora se encuentra. Así que les cuenta cómo lo sorprendió una tempestad en el mar y cómo él y los demás pasajeros tuvieron que atarse a los mástiles para que no los arrastraran las olas..., cómo aquel mar lo arrojó a la orilla y cómo allí lo encontró una hermosa princesa, la hija del rey de la isla, cómo lo encerraron en una cueva y le servían la comida en una cesta atada a un largo palo, pues tenían miedo de su barba pelirroja... Está claro que el primado nunca ha visto mar ni playa, ni princesa, ni seguramente tampoco cueva alguna, ya que su imaginación es incapaz de seguir la historia, se apodera de él el aburrimiento y se pone a dormitar. Moliwda se tranquiliza. Pero prematuramente.

Caída la tarde, durante el descanso tras la cena el primado le ordena que le hable de filipianos y bogomilos. Lo que Moliwda, sin escapatoria, hace de mala gana y sin entrar en detalles.

–La de cosas que uno puede aprender todavía. Y aquello en lo que creemos solo lo podemos aprender de la herejía –resume el primado la narración de Moliwda, con la sonrisa de un niño satisfecho por haberse expresado tan bien.

Hieronim Florian Radziwiłł lleva meses preparándose para este día. Cientos de campesinos de sus tierras lituanas han capturado toda clase de animales: zorros, jabalíes, lobos, osos, alces, ciervas..., los han metido en enormes jaulas y transportado a Varsovia en trineo. En un

gran campo a orillas del Vístula ordenó plantar pequeños abetos y así creó un bosque artificial de rectas veredas. En el mismo centro, destinado a los invitados más ilustres y a los amigos del rey Augusto, levantó un elegante edificio de dos plantas, tapizado con paño verde por fuera y forrado por dentro con pieles de zorro negro. Unos metros más allá, tras la cerca, mandó construir unas gradas para los espectadores.

El rey, con sus hijos y su séquito –dentro del cual, entre otros purpurados, también se pavonea el primado Łubieński–, accede a ese edificio, mientras que la nobleza y los cortesanos toman asiento en las gradas para no perder detalle. Brühl y su esposa llegan un poco tarde, cuando ya ha empezado la batida. En el gélido aire reina la alegría gracias al hidromiel y al vino caliente con especias que los criados reparten generosamente. Moliwda observa a hurtadillas al rey, es la primera vez que lo ve. Augusto es grande, gordo, seguro de sí mismo y tiene el rostro sonrosado por la helada. Su real barbilla, blanda y perfectamente afeitada, parece tan tersa como la de un enorme niño de pecho. A su lado, sus hijos parecen enanos. Al beber, vacía la copa de un solo trago echando la cabeza hacia atrás y, a continuación, siguiendo la costumbre polaca, sacude la copa y esparce las últimas gotas por el suelo. Moliwda no puede apartar la mirada de su blanca papada, trémula y suave.

A la señal de la trompeta se abren las jaulas. Los animales, aturdidos y helados, inmovilizados desde hace tiempo, más muertos que vivos, permanecen junto a las jaulas sin saber de qué huir. Entonces sueltan a los perros y se produce un tremendo alboroto: los lobos se abalanzan sobre los alces, los osos sobre los jabalíes, y los perros sobre los osos, todo eso a la vista del rey, que les dispara. Moliwda se abre paso hacia el lugar donde están dispuestas las mesas con viandas y pide vodka. Le sirven una copa, después una segunda y una tercera. Cuando acaba la exhibición, está bastante embriagado y, por eso mismo, demasiado hablador. Todo el mundo dice que el rey ha disfrutado tanto de esa diversión que es probable que el señor Radziwiłł se gane su favor. Y puesto que rara vez visita Varsovia, tanto más se lo aprecia. Un noble gordo tocado con un gorro de piel con pluma y que habla con acento oriental cuenta a Moliwda que el señor Radziwiłł es un hombre de gran imaginación y que tiene por costumbre, con la ayuda de una máquina construida para tal propósito, lanzar a los animales al aire como si fueran balas de cañón: se les dispara al vuelo. Así fue en Słuck en el memorable invierno de 1755, cuando abatían zorros voladores de esa manera. Para los jabalíes, en cambio, había dispuesta una doble hilera de árboles en cuyo extremo se hallaba un foso con agua; obligaban a los jabalíes a entrar entre aquellos árboles, los perros los acosaban y cuando huían

aterrorizados caían directamente al agua, donde nadaban indefensos y se convertían en blanco fácil para los tiradores. Todo aquello suscitaba entre los invitados un gran alborozo que también parecía compartir el narrador.

Aquí en cambio tienen por la tarde otra diversión. Todos los cazadores, ya un poco ebrios, se reúnen alrededor de una arena especial donde se suelta a jóvenes jabalíes que llevan gatos atados al lomo cual jinetes. Una jauría de perros arremete contra ellos. Todo el mundo está muy contento de haberse puesto de buen humor antes del baile que será el broche de oro de la cacería.

Moliwda regresa solo. Su Excelencia, el primado de la Res Publica, se quedará unos días con el hospitalario magnate. Sin embargo, al secretario lo apremian importantes asuntos eclesiales. Llega hasta Varsovia, donde debe recoger unas cartas para Łowicz, pero esto le ocupa apenas tres horas. Ni siquiera se percata del aspecto de la capital en un día de invierno tan sombrío. No repara en absoluto en ella. Bueno, tal vez vea con el rabillo del ojo las calles anchas y embarradas; hay que tener cuidado con los excrementos de caballo que humean en el frío de ese aire extraño, tan ajeno le resulta a Moliwda que no podría por mucho tiempo seguir respirándolo. Huele a estepa fría, a viento. Se da cuenta de que está encogido sobre sí mismo, ya sea por el frío o por el alcohol que ha tomado, más que respirar jadea. Por la tarde pone rumbo a Łowicz. Va a caballo, sin detenerse.

Fuera de Varsovia, el cielo es bajo y gris, el horizonte, extenso y plano. Parece que la tierra no pueda por más tiempo aguantar el peso del cielo. Sobre el camino trillado se acumula la nieve mojada que ya se está congelando. Es la última hora de la tarde, enseguida oscurecerá, por eso ante la taberna hay cada vez más caballos. El olor a orina, estiércol y sudor caballar se mezcla con el que emerge de la torcida chimenea de la taberna y, sobre todo, con el que brota de su puerta abierta. Junto a ella hay plantadas dos mujeres con falda roja y corta zamarra echada sobre camisa blanca de domingo; observan con atención a todos los que entran, seguramente buscan a alguien. Una de ellas, la de menos edad y más carnes, esquiva las insistentes insinuaciones de un hombre embriagado que lleva una casaca parduzca.

La taberna es una construcción de poca altura hecha de troncos blanqueados con cal, tiene varios ventanucos y la cubre una techumbre de cañas. Unas mujeres, que por puro tedio acuden aquí a observar el gran mundo, se quedan durante horas sentadas en un banco junto a la valla. Envueltas en grandes pañuelos de lana a cuadros, con las narices rojas por el frío, se sientan en silencio y

observan con atención y sin agrado a todos los visitantes. De vez en cuando comentan por encima algún suceso insignificante. De repente, las dos mujeres con zamarra divisan a alguien, se forma un alboroto, se oyen gritos. A lo mejor se trata del marido borracho de una de ellas, o tal vez de un novio que se fugó: el hombre intenta zafarse de las mujeres, pero al cabo de un instante, ya calmado, se deja conducir en dirección a la aldea. La nieve helada se desmigaja bajo los cascos de los caballos, que también miran esperanzados la entrada a la taberna llena de humo, pero de allí tan solo llegan los apagados sonidos de los instrumentos. Es el sonido más melancólico del mundo, piensa Moliwda: la música oída desde la distancia, mutilada por las paredes de madera, el bullicio humano y el crujir del hielo..., reducida al sordo y solitario golpeteo del tambor. Dentro de un momento se le unirá el tañido de las remotas campanas de la ciudad que inundará de insoportable desesperación toda la comarca.

RETAZOS. DE LOS TRES CAMINOS DE LA NARRACIÓN Y DE QUE CONTAR TAMBIÉN PUEDE SER UN ACTO

Nachman, o sea, Piotr Jakubowski, lleva días sentado en su habitáculo y escribe. En la vivienda que han alquilado Wajgełe y él en el barrio de Solec hace un frío espantoso y todo queda a trasmano. Wajgełe no se ha recuperado de la muerte de su pequeña, lleva días enteros sin abrir la boca. Nadie los visita ni ellos visitan a nadie. El crepúsculo cae temprano y tiene el color de la herrumbre. Jakubowski recoge la cera y forma velas nuevas con los restos de las viejas. Las hojas ya escritas caen al suelo.

... se derrama. Cada situación me parece infinita, cuando intento describirla, la pluma se me cae de la mano de pura impotencia. La descripción de una situación nunca la agota por completo, siempre queda algo no descrito. Cuando escribo, cada detalle me remite a otro, y ese otro a otro más, a una señal o un gesto, y siempre tengo que elegir qué camino tomar al narrar la historia, en qué detalle debo posar mi mirada interior, ese poderoso sentido capaz de evocar imágenes pasadas.

Así que mientras escribo, a cada momento me encuentro en una encrucijada, igual que el Iván el tonto de los cuentos que tan de buena gana nos contaba Jacob en Iwanie. Y ante mis ojos aparecen los caminos que se bifurcan, de los que el primero, el más recto, el del medio, está hecho para los tontos; el segundo, a la derecha, para los petulantes, y el tercero, para los valientes, incluso para los suicidas: este estará plagado de trampas, baches, hechizos malignos y coincidencias fatales.

Me pasa que a veces de manera natural elijo el camino recto, ese del medio, e, ingenuo de mí, olvido toda la complejidad de lo que describo, confío en los así llamados hechos, acontecimientos, como si me los contara a mí mismo, como si mis ojos fueran los únicos que los percibieran, como si no existieran vacilación o incertidumbre, y las cosas fueran siempre como parecen ser (incluso cuando no las miramos, asunto del que debatíamos acaloradamente en Esmirna con Moliwda). Entonces escribo «Jacob dijo» como si no lo oyeran mis oídos, sino los de Dios; eso dijo Jacob, y así fue. Describo un lugar como si este pareciera a los demás lo mismo que a mí, como si así fuera. Confío en mi memoria y, apuntando lo que de ella procede, convierto a esa frágil herramienta en un martillo capaz de forjar una campana. Siguiendo ese camino, creo en que sucedió de verdad y sin duda alguna todo aquello que describo. E incluso que nunca existió la posibilidad de que sucediera otra cosa.

El camino recto del medio es un engaño.

Cuando me asalta semejante duda, elijo el camino de la derecha. Y entonces sucede al revés: yo mismo soy el timón y la nave, así que me concentro en mis propias percepciones como si el mundo ante mis ojos no existiera, sino que fueran mis sentidos los que lo moldean. Y en contra de lo que me enseñó reb Mordke, soplo en mi propio fuego y avivo las brasas de mi yo, del que debería olvidarme y cuyas cenizas debería esparcir al viento; en cambio, lo atizo hasta convertirlo en enorme llamarada. ¿Y qué obtengo entonces? Yo, yo y yo: el deplorable estado de un prisionero encerrado por casualidad en un laberinto de espejos, uno de esos que a veces ofrecen los gitanos para sacar algo de dinero. Entonces hay más cosas de mí mismo que de Jacob, sus palabras y sus actos pasan por el tamiz de mi enmarañada vanidad.

El camino de la derecha es verdaderamente lamentable.

Por eso, desesperado, aunque también con esperanza, me lanzo al de la izquierda, con lo que repito la elección de Iván el tonto y, al igual que él, me dejo llevar por el azar y las voces de los ayudantes. Nadie que no lo hiciera, que no confiara en las voces del exterior, sobreviviría a la locura del camino izquierdo, y de inmediato caería víctima del caos. Al considerarme una brizna agitada por fuerzas mayores, al considerarme una barca sacudida por las olas (como cuando navegamos con Jacob rumbo a Esmirna), al abandonar la convicción de mi propio poder y entregarme confiadamente al poder de alguien o de algo, me convierto de verdad en Iván el tonto. Sin embargo, es él quien conquista a todas las princesas y reinos del mundo y se impone sobre los más poderosos.

Yo también me dejo conducir por mi propia Mano, por mi propia Cabeza, por las Voces, por los Espíritus de los Muertos, por Dios, por

la Gran Doncella, por las Letras, por las Sefirot. Me muevo frase por frase como un ciego que sigue una cuerda y, aunque no sé qué hallaré al final, persevero pacientemente, sin preguntar por el precio que tendré que pagar, y menos todavía por la recompensa. Mi amiga es esa hora cargada, ese instante, el momento preciado cuando surge de la nada la inesperada facilidad de escribir y entonces todo parece maravillosamente expresable. ¡Qué estado más dichoso! En ese momento me siento seguro y el mundo entero se convierte en la cuna en la que me ha puesto ella, la Shejiná, que se inclina sobre mí cual madre sobre un recién nacido.

Se merece el camino izquierdo tan solo aquel que entiende lo que tantas veces repitió reb Mordke: que el mundo exige ser contado, que solo entonces existe de verdad, que solo entonces florece en plenitud. Y también que contar el mundo es transformarlo.

Por eso creó Dios las letras del alfabeto, para que podamos contarle su propia creación. Al decir eso, reb Mordke siempre se reía. «Dios es un ciego. ¿No lo sabías?», solía decir. «Nos creó para que seamos sus guías, sus cinco sentidos.» Se reía tanto que acababa tosiendo por el humo.

El día 17 de febrero de 1760 me convocaron para interrogarme y ya pensé que también desaparecería como Jacob. Pasé toda la noche en vela y no supe cómo vestirme para acudir a aquella inquisición, como si desde el mismo momento en que Jacob nos abandonó, mi cuerpo anhelara nuestra antigua ropa judía. Recuerdo que salí vestido al modo judío con mis viejos atuendos, mas, una vez en la calle, di media vuelta para ponerme un anodino traje de lana negra de los que llevábamos aquí, ni nuestro ni ajeno, y tan corto que enseguida empecé a tener frío en las pantorrillas.

Un judío viejo y tonto disfrazado de señorito, decían los ojos de Wajgełe. Su rostro estaba lleno de duda (o tal vez incluso de desdén), las mejillas rojas, de cerca se veían las mallas de sus venas. Sus labios, en tiempos turgentes y alegres, estaban ahora petrificados en una mueca de descontento. Wajgełe sabe que todo lo malo que nos ha pasado nos pasó por mi culpa.

Mientras caminaba junto a Matuszewski, quien me acompañaba, pensé que todavía no había visto una ciudad como Varsovia: calles anchas y medio vacías, pedazos de barro congelado que formaban montículos infranqueables a menos que fuera de un salto, figuras humanas que recordaban fardos, con la cabeza encarnada en los cuellos de piel de sus abrigos. Entre ellas, carruajes brillantes de tanto barniz adornados con las iniciales de sus propietarios, escudos de armas, plumas, medallones... Vanidad de vanidades en ese mundo helado. El frío me hacía temblar, las lágrimas me corrían por las

mejillas sin que supiera si era cosa de los nervios o de la helada. Como era primera hora de la mañana, carros con leña, uncidos a caballos lentos y pesados, esperaban a la entrada de las casas, y los campesinos, bien abrigados, entraban la leña atada en haces y los apilaban. Un armenio bien vestido abría su tienda con escaparate acristalado: divisé mi reflejo en aquel cristal y sentí dolor al ver mi lamentable aspecto. ¿Quién era yo y qué me había pasado? ¿Adónde debía ir y qué debía decir? ¿Qué me iban a preguntar y en qué lengua les contestaría?

De pronto me pareció que esos mismos decorados que en tiempos confundí con el mundo habían palidecido y envejecido tanto que ya nadie más se dejaría engañar por ellos. Una ilusión imperfecta, abominable y mutilada. Henos aquí viviendo en el juego de Chaja, figuritas de pan moldeadas por sus ágiles dedos. Moviéndonos por los círculos dibujados en el tablero, encontrándonos, y cada uno es una tarea y un desafío para los demás. Ahora nos aproximamos al momento decisivo, una tirada de un dado y ganaremos o lo perderemos todo.

¿En quién se convertirá Jacob si el juego le permite ganar esa tirada? Será uno de esos hombres presumidos y seguros de sí mismos que recorren en sus carruajes esta ciudad del norte. Vivirá como ellos, vacua e indolentemente. El espíritu, avergonzado, lo abandonará con un suspiro lleno de decepción, de manera menos visible que cuando entró en él. O se escabullirá de su cuerpo, como una ventosidad, como un eructo. Jacob, mi amadísimo Jacob, se convertirá en un converso digno de compasión y, finalmente, sus hijos conseguirán un título nobiliario a cambio de dinero. Todo el trayecto que hemos recorrido perderá el sentido. Nos quedaremos aquí varados, como prisioneros. Confundiremos nuestros grandes objetivos con un simple alto en el camino.

¿Cómo debo hablar para no decir? ¿De qué clase de coraza me tendré que armar para no dejarme engañar por el juego, por las palabras amables? Fue nuestra materia de estudio, fue él quien nos lo enseñó.

Me preparé bien. Dejé en casa de Marianna Wołowska todo el dinero y algunos objetos de valor para mi hijo, ordené los libros y até con cuerda mis escritos. Pongo a Dios por testigo que no tuve miedo, incluso me sentí un tanto solemne, porque supe desde el mismo principio, desde el momento en que tracé mi plan, que hacía bien y que lo hacía por Jacob, incluso a riesgo de que me maldijera y nunca más me dejase comparecer ante su presencia.

Cada vez era más consciente de ello y más angustiado estaba, tanto que no podía pegar ojo por la noche, hasta ese punto los recuerdos me

hacían hervir la sangre. Pues me pareció que la repentina notoriedad había transformado a Jacob hasta volverlo irreconocible, que se preocupaba más por su atuendo y su carruaje que por la gran idea que debía transmitir a los demás. Solo le interesaban las compras y los perfumes. Prefería que un barbero cristiano le afeitara la barba y le cortara el pelo, se ataba en el cuello un pañuelo perfumado y lo llamaba golilla. Por las noches, las mujeres le untaban las manos con aceites, pues se quejaba de que la piel se le agrietaba con el frío. Era un mujeriego, les hacía regalos pagados con el dinero de nuestra caja común, lo que ya nos disgustaba a Osman y a mí en Iwanie. Esa transformación se produjo después de que empezara a codearse con los obispos y a regatear con ellos con la ayuda de Moliwda. Era un comercio muy similar al de Craiova o el de Esmirna, cuando acudía a citas concertadas para vender una perla o una piedra preciosa. Lo acompañé en numerosas ocasiones y sé que aquel no se diferenciaba en nada del comercio actual. Allí se sentaba en una mesa, extraía la joya de un saquito de seda, la colocaba sobre el paño y disponía las velas de manera que mejor la iluminaran, que resaltaran la belleza de la mercancía. Hoy, aquí, somos nosotros la mercancía.

Mientras recorría la helada ciudad recordé aquella noche tan especial en Tesalónica. Entonces el espíritu descendió sobre Jacob por vez primera. Jacob estaba empapado en sudor, el espanto inundaba sus ojos y el aire a nuestro alrededor se volvió tan denso que me pareció que nos movíamos más despacio, que hablábamos más despacio, como si estuviésemos suspendidos en miel. Y entonces todo era real, tan real que nos dolía el mundo, pues se percibía cuán torpe era y cuán alejado de Dios estaba.

Y allí, en aquel entonces, jóvenes e ingenuos, estábamos en nuestro lugar; nos hablaba Dios en persona.

Mientras que aquí todo se ha vuelto irreal, toda esta ciudad, que parece pintada sobre un tablón, igual que se pinta el fondo del escenario para los títeres en los teatrillos de feria. Y nosotros, transformados, como si nos hubieran echado un mal de ojo.

Mientras recorría las calles tenía la impresión de que todo me miraba, y supe que tenía que hacer lo que había planeado para salvar tanto a Jacob como a todos nosotros, así como nuestro camino a la redención, porque aquí, en este país llano, nuestro camino empezó a retorcerse inquietantemente, a serpear, a trapacear.

Creo que había una persona más en nuestra javurá que sabía lo yo quería hacer. Era Chaja Shor, ahora Rudnicka o Lanckorońska, me cuesta recordar todos esos nuevos apellidos. Percibía claramente que me apoyaba, que desde lejos estaba conmigo y que entendía perfectamente mis intenciones.

Primero nos leyeron el testimonio de Jacob. La lectura se prolongó durante mucho tiempo y se hizo en polaco, así que no lo entendimos todo. En el habla oficial, las respuestas de Jacob sonaban artificiales y falsas. Después, uno de los curas nos advirtió solemnemente de que no escucháramos los «cuentos» de Jacob Frank ni creyéramos en sus historias sobre el profeta Elías y otros asuntos que ya no quería ni mencionar por no otorgarles importancia.

A los seis acusados, hombres hechos y derechos, los reñía un pequeño cura... Acabó haciendo la señal de la cruz en el aire por encima de nosotros, momento en el que me sentí un Judas: tuve que hacerme cargo de algo que repugnaba a los demás.

Fui el primero en acudir al interrogatorio. A sabiendas de lo que ocurriría, debía presentar esa verdad ante nuestros perseguidores. El Mesías sería encerrado y perseguido. Así estaba dicho y así tenía que suceder. El Mesías debía caer al círculo más bajo, el más bajo de todos.

Empezaron por Esmirna. Hablé de mala gana, tuvieron que sacarme muchas cosas, pero eso también formaba parte del plan. Fingía ser alguien que gustaba de presumir, me tenían por un tonto engreído. Mas yo decía la verdad. No sabría mentir en aquella cuestión. En otras, sí. La mentira es útil en los negocios, pero aquí no podía mentir. Intenté contarles lo menos posible, pero de tal manera que mis palabras los impresionaran. No hablé demasiado, para así protegernos. Les hablé del Ruaj ha-Kodesh, el descenso del Espíritu Santo, de la luz que veíamos sobre la cabeza de Jacob, de las predicciones de muerte, de la aureola, del Anticristo que se encontró en Tesalónica, del próximo fin del mundo. Se mostraron amables e incluso dejaron de hacer preguntas. Hablé sin circunloquios, incluso cuando se abordaron las cuestiones del cuerpo, no dudé en desvelarlo todo. Solo se oía mi voz y el crujir de las plumas.

Una vez que hube terminado, al salir de la sala, en la puerta me topé con Shlomo. Nos limitamos a intercambiar una breve mirada. Sentí un gran alivio y al mismo tiempo una tristeza tan inmensa que me senté en la calle, junto a la pared, y me puse a sollozar. Y solo volví en mí cuando un transeúnte lanzó un grosz sobre mi regazo.

CHANA, PONDERA EN TU CORAZÓN

Chana a cada momento manda comprobar si ha llegado algún correo.

No ha llegado.

No ve ayuda en ninguna parte y su resistencia ante su bienhechora carece ahora de sentido. La señora Kossakowska ya le ha preparado el

vestido y los zapatos, al igual que a la pequeña Avacha. El bautismo está anunciado para el 19 de febrero.

Chana escribió a su padre a Giurgiu tan pronto como llegó la noticia del encarcelamiento de Jacob. Escribió con palabras sencillas que el tribunal episcopal, sobre la base de las declaraciones de su marido –y tal vez sobre todo de sus seguidores–, encontró a Jacob culpable de hacerse pasar por el Mesías, y el dignatario eclesial de mayor rango en Polonia, es decir, el primado, dictó la sentencia que lo condenaba a cadena perpetua en la cárcel de la fortaleza de Częstochowa, sentencia que nadie podía poner en tela de juicio.

A mí todo esto me parece una locura. Si él fuera ese hereje por el que lo han tomado, ¿cómo iban a tenerlo preso en su santuario más sagrado? ¿Junto a sus mayores terafines? No sé ni quiero comprenderlo. Padre, ¿qué debo hacer?

La respuesta llegó al cabo de dos semanas, o sea, lo más pronto posible. De manera que sí llegan cartas, solo que no las de Jacob. La leyó cuando por fin se quedó sola, vuelta de cara a la pared, llorando. Decía lo siguiente:

Chana, pondera en tu corazón lo que puedes y no puedes hacer, o te pondrás en riesgo a ti misma y a tus hijos. Sé –según te enseñé– como el animal más sabio, que ve lo que otros no ven y oye lo que otros no oyen. Desde que eras pequeña impresionabas a todos con tu ponderación.

A continuación, su padre le asegura que la recibirán con los brazos abiertos en cualquier momento.

Pero a Chana se le graba en la memoria la primera frase de esta carta: «Chana, pondera en tu corazón.»

Siente esas palabras como un peso físico, bajo el pecho, en el lado izquierdo.

Chana tiene veintidós años y dos hijos, está más delgada y demacrada. En los huesos. Mediante un traductor intenta negociar con Kossakowska, pero parece que ya no hay marcha atrás. Aparentemente está libre, pero se siente como en una cárcel. Mira por la ventana el paisaje blanco y gris, el huerto desnudo, lastimoso y yermo, y comprende que incluso si se marchase de aquí, ese huerto y los campos y la escasa red de caminos y de vados a través de los ríos, e incluso el cielo y la tierra misma seguirían siendo su cárcel. Menos mal que cuenta con la compañía de Wittel Matuszewska y Pesełe Pawłowska. Kossakowska trata a la primera como a una secretaria, y a

la segunda, como a una camarera: las regaña igual que a su servidumbre.

Desde la primera hora de la mañana del 19 de febrero, Chana, ataviada con su solemne vestido, espera, como si la fueran a arrojar a las fauces de un dragón. Es martes, un día como otro cualquiera, frío y sombrío. La servidumbre se dedica a sus quehaceres domésticos, las muchachas encienden el fuego en las estufas de cerámica, riendo y llamándose unas a otras. Chirrían las portezuelas de metal. El frío es húmedo y pegajoso, apesta a ceniza. Avacha solloza, debe de tener fiebre, percibe la inquietud de su madre, la sigue con la mirada por encima de la muñeca de madera a la que desnuda y viste. La que le regalaron en Navidad está sentada en su cama y la niña apenas la toca.

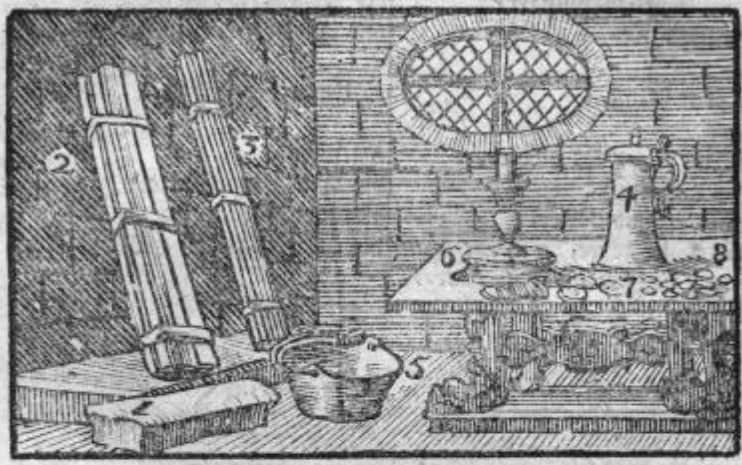
Chana mira por la ventana, ya se acerca la carroza de la palatina –de color crema, en la portezuela el escudo de armas de los Potocki–, la misma que le gusta mucho a Avacha, tanto que le gustaría ir en ella a todas partes.

Chana aparta la mirada, no quiere verla. Se masajea los hombros, porque el hermoso vestido que le regaló Kossakowska para su bautizo tiene mangas de fina gasa. Busca en el cofre el cálido chal turco de color rojo oscuro y se envuelve en él. El chal huele a su casa en Giurgiu: a madera seca agrietada por el sol y a uvas pasas. Las lágrimas acuden a los ojos de Chana, que enérgicamente da la espalda a su hija para que esta no vea llorar a su madre. De un momento a otro vendrán a buscarla unas muchachas con el abrigo y tendrá que bajar con ellas. Por eso intenta rezar deprisa: Dio mio Baruchia, Señor nuestro, Doncella Luminosa... No sabe qué debe decir en esa oración. ¿Qué le ha ordenado su padre? Evoca de la memoria las incomprensibles palabras, una tras otra. El corazón empieza a latirle deprisa y sabe que debe hacer algo de inmediato.

Cuando se abre la puerta, Chana se desploma sobre el suelo, desmayada, la nariz empieza a sangrarle. Las muchachas corren hacia ella gritando e intentan hacerla volver en sí.

De manera que la oración ha sido escuchada. El bautizo se tiene que aplazar.

V. EL LIBRO DEL METAL Y DEL AZUFRE



Plumbum 1 n. 2. eſt molle et grave	Ołow 1 ieſt miękki i ciężki.	mollis, c. 3. e, n. 3. miękki, a, e. gravis, c. 3. e, n. 3. ciężki, a, e.
Ferrum 2 n. 2. eſt durum; et dúrior *chalybs*, 3 m. 3.	Zelazo 2 twarde, á ieſzcze twardſza ſtal. 3	durus, a, um, twardy, a, e. durior, c. 3. us, n. 3. twardſzy, a, e.

Faci-

24

LA MÁQUINA MESIÁNICA: CÓMO FUNCIONA

Una de las ventajas del estado en que se encuentra Yenta es que ahora entiende cómo funciona la máquina mesiánica. Yenta ve el mundo desde lo alto, oscuro, marcado únicamente por diminutas centellas de luz: son casas dispersas. El menguante resplandor de poniente subraya el mundo con un trazo rojo. Serpea un camino oscuro y a su vera la corriente del río emite un brillo acerado. Por el camino avanza un vehículo, un punto diminuto, apenas se ve, cuando atraviesa un pequeño puente de madera el sordo estruendo se propaga en ondas por el aire oscuro y espeso, un poco más adelante hay un molino. Así que la máquina mesiánica es como ese molino situado junto al río. Haga el tiempo que haga, las oscuras aguas hacen girar, acompasada, lenta y sistemáticamente, las enormes ruedas. El hombre parece insignificante a su lado, sus movimientos son erráticos y caóticos. El hombre va de un lado para otro, la máquina funciona. El movimiento de las ruedas traslada la fuerza a las muelas de piedra que machacan el grano. Todo lo que allí caiga se convertirá en polvo.

También la salida del cautiverio exige trágicos sacrificios. Y el Mesías en persona debe descender hasta lo más bajo, hasta esos desapasionados mecanismos del mundo donde han quedado apresadas las centellas de santidad que había dispersas en la penumbra. Allí donde reinan la oscuridad y la humillación más grandes. El Mesías irá recogiendo las centellas de luz, de manera que, por donde vaya pasando, dejará tras de sí una oscuridad aún mayor. Dios lo ha desterrado desde lo más alto hasta la humillación, hasta el abismo del mundo, donde serpientes poderosas se burlan de él preguntándole maliciosamente: «¿Dónde está ahora ese Dios tuyo? ¿Qué ha sido de Él? ¿Por qué no te ayuda, pobre hombre?» El Mesías tiene que hacer oídos sordos a esas malignas provocaciones, caminar por encima de las serpientes, cometer los peores actos, olvidarse de quién es, convertirse en un simplón y un necio, convertirse a todas las religiones falsas, bautizarse y ponerse un turbante. Tiene que anular toda prohibición y suprimir toda orden.

El padre de Yenta, que vio con sus propios ojos al Primero, o sea, a Shabtai, se llevó a casa al Mesías en los labios y se lo entregó a su hija predilecta. El Mesías es algo más que una figura o una persona, es algo que fluye en la sangre y mora en el aliento, es la idea humana más

valiosa y preciada: la salvación existe. Por eso hay que cultivarla como la planta más delicada, mimarla, regarla con lágrimas, ponerla al sol durante el día y por la noche guardarla en una cálida estancia.

DE CÓMO, UNA NOCHE DE FEBRERO DE 1760, JACOB LLEGA A CZĘSTOCHOWA

Entran por el camino real de Varsovia. Las ruedas del carruaje traquetean sobre el resbaladizo empedrado. Los caballos de los seis guardias armados deben adelantarse y avanzar por el centro de la angosta vía para no caer en el barro reblandecido. Empieza a oscurecer y lo que queda de los colores se adentra en la penumbra, el blanco se vuelve turbio y gris, el gris se vuelve negro y el negro desaparece en el abismo que se abre ante los ojos humanos. Está en todas partes, bajo cualquier cosa del mundo.

El pueblo, situado en la margen izquierda del Warta, tiene la vista clavada en el monasterio sobre la colina. Se compone de un centenar escaso de casas, bajas, feas, húmedas, dispuestas alrededor de una plaza de mercado rectangular y a lo largo de unas cuantas callejas. La plaza está casi desierta, su empedrado irregular y ondeante aparece finamente escarchado, se diría que cubierto de una brillante capa de azúcar fundido. De la feria de ayer quedan boñigas de caballo, heno aplastado y basura sin recoger. La mayoría de las casas cuenta con doble puerta protegida por una barra de hierro, lo que significa que allí se comercia, pero resulta difícil adivinar con qué.

Pasan al lado de cuatro mujeres envueltas en pañuelos de lana a cuadros bajo los cuales asoman los claros reflejos de cofias y delantales. Un borracho con una casaca campesina desabrochada se tambalea y sostiene los maderos de un puesto vacío. Una vez llegados a la plaza, tuercen a mano derecha hacia el camino que conduce al monasterio. Puede verse enseguida, en cuanto salen a campo abierto: una torre alta, amenazadora cual disparo directo al cielo. A lo largo del camino hay plantados unos árboles, tilos que, ahora desnudos, acompañan a esa esbelteza cual sopranos a un poderoso bajo.

De pronto se oye un canto desigual y rasgado: es un grupo de peregrinos que a paso raudo se dirige al pueblo. Al principio ese canto parece un simple ruido, un susurro, pero poco a poco se pueden distinguir palabras y agudas voces femeninas acompañadas del murmullo de dos o tres masculinas: «Acógenos bajo tu amparo, Santa Madre de Dios...»

Se cruzan con unos peregrinos rezagados, el camino vuelve a estar desierto. Cuanto más se aproximan al monasterio, más evidente resulta que es una fortaleza, bien amarrada a la colina, robusta, cuadrada. Más allá del monasterio, justo al lado del horizonte, prende

una franja de cielo de color rojo sangre.

Jacob había pedido a los guardias que le quitaran los grilletes, cosa que hicieron nada más salir de Varsovia. En el interior de la pequeña carroza viaja con él un oficial con rango de capitán que, al inicio del viaje, lo observa con insistencia. Jacob, sin embargo, no le sigue el juego y fija la mirada en el paisaje que se extiende al otro lado del ventanuco que no tardan en tener que tapar a causa del viento. El oficial intenta entonces entablar conversación, pero Jacob hace caso omiso. Finalmente, la única muestra de algo que pueda calificarse de camaradería se produce cuando el capitán le ofrece tabaco: al instante dos nubes de humo ascienden de sendas pipas.

Los guardias armados no saben a ciencia cierta quién es ese preso, así que por si acaso intentan ser especialmente precavidos, aunque el hombre no parece alguien que tenga intención de escapar. Está pálido y probablemente enfermo: grandes sombras bajo los ojos, un cardenal en la mejilla. Débil, a duras penas se mantiene en pie, tose. Cuando en un alto en el camino quiere orinar, tiene que ayudarle su cocinero sosteniéndolo por los hombros. Acurrucado en una esquina del carruaje, tiembla. Kazimierz, cocinero y lacayo en uno, no para de taparlo con el abrigo de piel.

Ya es de noche cuando entran en el atrio del monasterio, donde no hay ni un alma. Un viejo desharrapado ha desaparecido tras abrirles la puerta. Los caballos cansados se quedan inmóviles, se convierten en enormes sombras que exhalan vapor. Al cabo de un buen rato, se oyen el crujir de una puerta y unas voces, y acto seguido aparecen unos frailes con antorchas, sorprendidos, confusos, como si los hubieran sorprendido en algo indecoroso. Conducen a Jacob y a Kazimierz a una antesala vacía; hay dos bancos de madera, pero solo Jacob se sienta. Esperan largo rato porque se celebra un oficio. Desde detrás de las paredes llegan voces masculinas entonando himnos, ya se elevan y penetran fácilmente a través de los muros, ya se debilitan, y de pronto se hace el silencio, como si los cantores prepararan en ese silencio alguna conspiración. Y de nuevo cantan. Pausa y cántico se repiten varias veces. El capitán bosteza. Huele a piedra húmeda, a roca musgosa y a suave incienso: ese será el olor de este monasterio.

El prior está sorprendido por el estado de Jacob. Con las manos metidas en las mangas de un hábito de lana de color claro cuyos puños están manchados de tinta, lee largamente la carta de Varsovia; por lo visto, entre las palabras encuentra pasajes que le ayudan a reflexionar sobre cómo debe enfrentar el asunto de la mejor manera posible. Esperaba a un hereje intratable del que, por la razón que fuera, no tenían forma más eficaz de deshacerse, por lo que ha mandado preparar una celda en la mazmorra del monasterio; no se ha

usado nunca, al menos que el prior recuerde. Pero en la carta se dice claramente que se trata de un «internamiento», no de un «encarcelamiento». Además, ese hombre con las manos encadenadas en nada recuerda a un malhechor o a un hereje, su elegante traje más hace pensar en un extranjero, un armenio de viaje, un hospodar valaco extraviado en la noche que hubiera ido a parar a este sagrado lugar. El prior lanza una mirada interrogadora al capitán de la escolta. Después la traslada al asustado Kazimierz.

–Es su cocinero –dice el capitán, y esa es la primera frase que se oye en esta estancia.

El prior se llama Ksawery Rotter, solo lleva cuatro meses en el cargo y no sabe qué hacer. Esa mejilla amoratada... ¿Lo han golpeado?, le gustaría preguntar. Seguramente con razón, a veces, para obtener una confesión, resultan imprescindibles los castigos corporales, en ningún caso quisiera ponerlo en tela de juicio, pero el mismo hecho le resulta desagradable. Le repugna la violencia. Intenta escudriñar en el rostro de ese hombre, pero este mantiene la cabeza gacha. El prior suspira y ordena llevar de momento sus modestas pertenencias a la estancia aneja a la torre destinada a los oficiales; nadie la usa. El hermano Grzegorz pronto llevará un colchón y agua caliente, y tal vez algo de comer, si es que queda algo en la cocina.

El prior va a ver al preso al día siguiente, pero no logran comunicarse. El cocinero intenta traducir, pero como él mismo habla bastante mal polaco, el prior no sabe si ese extraño prisionero alcanza a comprender sus buenas intenciones. Aturdido, solo contesta «sí» y «no», así que el prior prefiere no atosigarlo y se aleja aliviado. Una vez en su celda, lee de nuevo la carta desplegada sobre la mesa:

El hombre al que encomendamos a la paternal protección de la Iglesia y ponemos bajo la tutela del santuario de Jasna Góra no es peligroso en el sentido en que lo sería un malhechor común y corriente, sino, por el contrario, le parecerá a usted, padre, una persona apacible y buena, aunque seguramente extraña y diferente a las que acostumbra a tratar... Este, aunque judío nacido en Podolia, se crió en tierras turcas, y adoptó por completo la lengua y las costumbres extranjeras...

Lo que sigue es una sucinta historia de la vida del preso, al final de la cual queda formulada una frase que provoca en el prior un desagradable calambre en la barriga: «Se tenía por el Mesías.» Finalmente llega la conclusión:

Por este motivo recomendamos evitar el contacto estrecho con él. Y en su internamiento lo mejor sería aislarlo y tratarlo como a un

residente especial, pues el tiempo de su detención es indefinido y no hay circunstancia alguna que pueda cambiarlo.

La última frase suscita en el prior un inesperado espanto.

CÓMO ES LA CÁRCEL DE JACOB

Se trata de una estancia aneja a la torre, en realidad insertada en la muralla de la fortificación, con dos ventanucos estrechos. Los padres han colocado aquí unos camastros (al parecer duermen en unos iguales) con un jergón recién rellenado de heno, una pequeña mesa y un banco. También hay un orinal de porcelana, tan tremendamente mellado que bien podría lastimar a cualquiera. Por la tarde aparece un segundo jergón, para Kazimierz. Este, entre refunfuños y sollozos, deshace su equipaje y las escasas provisiones, pero no hay forma de que lo dejen entrar en la cocina del monasterio. Lo dirigen a otra cocina, para la servidumbre, ahí tiene un fogón donde podrá cocinar.

Jacob lleva varios días con fiebre y ha dejado de levantarse del camastro. Por eso Kazimierz reclama a los padres paulinos carne de oca fresca y pide prestada una olla de la cocina, pues no han traído sus propios recipientes. Cuece la carne en ese primitivo fogón y, durante un día entero, cucharada a cucharada, alimenta a Jacob con el caldo. El prior los provee de pan y de un queso viejo que se desmigaja. Interesado por la salud del prisionero, añade una botella de vodka, recomienda tomarlo con agua hirviendo, solo entonces calienta el cuerpo. El vodka acaba por bebérselo Kazimierz, quien se justifica diciéndose que debe mantenerse en buena forma para poder ocuparse de Jacob. De todos modos, Jacob no quería ni tocarlo, solo se alimenta de caldo y eso le sienta bien. Un buen día, Kazimierz se despierta de madrugada cuando los frailes, arrastrando los pies, se dirigen a la capilla para orar. La pálida luz del alba penetra por el pequeño ventanuco y Kazimierz constata que Jacob no duerme; con los ojos abiertos mira al cocinero como si no lo viera. Un escalofrío recorre a Kazimierz.

Durante todo el día, los ojos de los guardias siguen los movimientos de Kazimierz. Son bien extraños los guardias: viejos y tullidos, a uno le falta una pierna, lleva una muleta de madera, pero también un uniforme y un mosquete al hombro. Se comporta como un auténtico soldado sacando pecho, aunque los ojales de su uniforme están deshilachados y las costuras de las mangas parcialmente descosidas. Del cuello le cuelga un saquito con tabaco.

–¿Qué ejército es este? –pregunta Kazimierz con una mueca de asco.

Pero les tiene miedo. Ya se ha dado cuenta de que con ellos el tabaco funciona siempre como moneda de cambio, así que, con gran dolor de su corazón, les entrega el suyo. Es así como logra conseguir tanto la olla como la leña.

Uno de esos veteranos, desdentado casi por completo, con un uniforme raído abrochado hasta el cuello, se sienta un día al lado de Kazimierz y entabla conversación:

–¿Quién es tu señor, muchacho?

Kazimierz no sabe qué decir, pero puesto que ese veterano le ha traído una parrilla, se siente obligado a decir algo.

–Es un gran señor.

–Ya vemos que es grande. Pero ¿por qué lo han metido aquí?

El cocinero se limita a encogerse de hombros. Él mismo no lo sabe. Ninguno le quita ojo, siente sus miradas en el cogote.

El veterano desdentado, que también es el más codicioso, se llama Roch. Acompaña a Kazimierz durante horas cuando este cocina a la intemperie. La leña húmeda humea terriblemente.

–¿Qué diablos estás cociendo, muchacho? Se me revuelven las tripas con ese olor –dice Roch mientras carga su pequeña pipa.

Kazimierz contesta que a su señor le gusta la comida y las especias turcas. Todo es picante: muestra en la mano unos diminutos pimientos secos.

–¿Y dónde has aprendido tú la cocina turca? –pregunta el veterano con indiferencia, pero cuando se entera de que Kazimierz se crió comiendo platos valacos y turcos, ya toda la guarnición lo sabe antes de caer la noche.

Por las tardes, los que no están de guardia bajan al pueblo, se calientan con la cerveza aguada más barata y se cuentan chismes. Algunos tienen aquí algún que otro pariente, pero se los puede contar con los dedos de una mano. El resto son hombres solos, viejos, consumidos por las batallas que les ha tocado librar; de mísera soldada, dependen de los padres paulinos. A veces, cuando algún magnate viene en peregrinación con su séquito, no les avergüenza el poner una mano para pedir limosna mientras con la otra sostienen el arma.

Por Pascua, tras muchas peticiones y súplicas, Jacob logra obtener el derecho a salir a las murallas. Una vez por semana. Desde ese momento, todos los veteranos esperan su paseo dominical. Oh, ya está ahí. El profeta judío, su figura encorvada, alta, oscura. Camina por la muralla, de un lado para otro, con cierta brusquedad da media vuelta y vuelve sobre sus pasos para acabar rebotando sobre una invisible pared y reemprender el recorrido. Como un péndulo. Mirándolo se podría poner en hora el reloj. Roch está a punto de hacerlo: pondrá en

hora el reloj que le ha regalado el converso. Es el objeto más preciado que ha tenido en su vida y lamenta no haberlo recibido antes. De haberlo tenido hace veinte años... Se imagina a sí mismo con uniforme de gala entrando en una taberna llena de compañeros de armas. Ahora está seguro de que este reloj le permitirá tener un entierro decente, con ataúd de madera y salvas de honor.

Observa al prisionero con calma, sin compasión, acostumbrado a lo impredecible de la suerte humana. Para Roch ha sido un golpe de suerte. Los seguidores de ese profeta converso proporcionan a su señor buena comida e introducen dinero a escondidas en el monasterio, pese a estar terminantemente prohibido. Hay muchas cosas prohibidas en el monasterio y, sin embargo, no falta de nada: vino valaco y húngaro, vodka, también se hace la vista gorda con el tabaco, de forma que estas prohibiciones no surten efecto. En realidad, sí lo surten, pero solo al principio, después la naturaleza humana con su largo dedo comienza a horadar en ellas un agujero, primero pequeño, luego, cuando ya no encuentra resistencia alguna, cada vez más grande, hasta que finalmente el agujero ocupa más espacio que lo que no es agujero. Así sucede con toda prohibición.

El prior, por ejemplo, muchas veces ha prohibido a los veteranos mendigar a la entrada de la iglesia. Y, en efecto, dejaron de hacerlo, mendigar no mendigan, pero al cabo de pocos días, una mano apareció un instante y se extendió hacia los peregrinos. Enseguida se le unieron otras, cada vez más, y al cabo de poco, a las manos extendidas se les unió el murmullo: «Una limosna, por caridad.»

LOS FLAGELANTES

En unos días vuelve a hacer calor y de inmediato hasta la puerta del monasterio acuden mendigos de toda la comarca. Unos saltan sobre una pierna y menean desagradablemente el muñón de la otra, como un miembro impúdico, desmesurado. Otros señalan a los peregrinos las cuencas vacías de los ojos que les arrancaron los cosacos. Cantan himnos largos y melancólicos, cuyas letras, a fuerza de ser repetidas por sus bocas desdentadas, se han vuelto irreconocibles. Tienen el pelo enmarañado, sin cortar, la ropa rasgada y los pies envueltos en harapos grises y andrajosos. Extienden sus huesudas manos en busca de un donativo; sería preciso tener los bolsillos llenos de calderilla para poder darles a todos.

Jacob está sentado al lado de su ventanuco con el rostro al sol. La mancha de luz tiene el tamaño justo para cubrir su cara con un deslumbrante pañuelo. Roch se sienta en la muralla, enfrente del ventanuco, y también disfruta del primer sol de la primavera; tiene más que el prisionero. Se ha quitado las incómodas botas y

desenredado los peales: sus desnudos pies blancos de uñas negras apuntan hacia el cielo resplandeciente. Saca el tabaco y, con parsimonia, carga la pipa.

–Oye, tú, profeta judío, ¿estás vivo? –dice en dirección al ventanuco.

Sorprendido, Jacob abre los ojos. Esboza una amistosa sonrisa.

–Porque dicen que eres un hereje, no un Lutero, pero sí un Lutero judío, más vale mantenerse a distancia.

Jacob no entiende. Lo mira encender la pipa y se retuerce; él también se fumaría una pero ya no le queda tabaco. Roch debe de percibir su mirada, pues extiende hacia él la mano con la pipa, pero evidentemente no se la puede dar, los separan varios metros.

–A todo el mundo le gustaría fumar –murmura el veterano.

Un tiempo después lleva a Jacob un hatillo con tabaco y una pipa, sencilla, campesina. Lo deja en el escalón de piedra y se aleja cojeando.

Durante toda la Cuaresma, cada viernes aparecen en el monasterio los penitentes. Llegan en procesión desde el pueblo. La encabeza un hombre con una gran cruz con la figura del Crucificado hecha de manera tan realista que su mera visión hiela la sangre. Todos van vestidos con sacos de basta estopa de color rosa con una abertura en la espalda para que resulte más fácil flagelarse. Es posible taparla con una solapa. En la cabeza llevan un saco puntiagudo con orificios para las orejas y los ojos, que hace que se parezcan a animales o a fantasmas. Con cada golpe de vara negra de los penitentes que abren y cierran la procesión, los demás se tumban en el suelo, rezan, apartan la solapa de la espalda y comienzan a flagelarse. Unos lo hacen con disciplinas de cuero, otros con unas de alambre con afiladas estrellas de metal en las puntas cuyo cometido consiste en desgarrar la carne. Cuando una de esas estrellas se engancha en la piel, un chorro de sangre salpica a los espectadores.

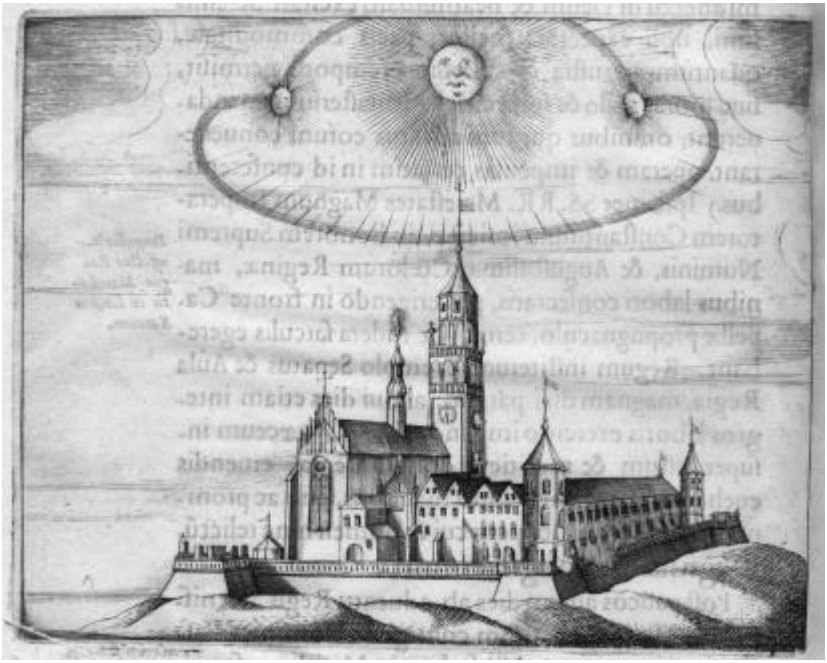
El Viernes Santo el monasterio bulle de gente. Desde que se abren las puertas al amanecer acuden oleadas de una multitud gris parduzca, como si la tierra, apenas recuperada del invierno, gris y aún medio congelada, hubiera parido a esa gente cual bulbos medio podridos. Son en su mayoría campesinos con gruesos pantalones de fieltro, casacas de un color imposible de definir con palabras y pelo enmarañado; sus mujeres llevan gruesas faldas fruncidas, pañuelos y delantales atados a la cintura. Deben de tener en sus casas ropa de domingo, pero el Viernes Santo se saca a la luz toda la miseria y la fealdad del mundo. Hay tanta que un corazón humano normal no lograría soportarla de no ser por la ayuda de ese cuerpo en la cruz que asume en su persona todo el dolor de la creación.

Y como prueba de que se trata de un período especial, entre la

multitud se distinguen locos que gritan con voz terrorífica y poseídos que hablan en varias lenguas a la vez de manera que no se los puede comprender. También se ven exorcistas: antiguos curas, con sotana rasgada y bolsas llenas de reliquias que depositan en la cabeza de los poseídos, expulsando así a los demonios.

Ese día, el prior permite que Jacob salga a la muralla para contemplar, bajo la vigilante mirada de Roch, esa turbia marea humana. Debe de abrigar la esperanza de que la procesión impresione al preso y ablande su alma no suficientemente católica.

Solo al cabo de un buen rato los ojos de Jacob se acostumbran a la luz y al ramillete de colores primaverales. Van de aquí para allá saciándose con el movimiento de la gente, y a Jacob le parece que la multitud está fermentando, que burbujea como harina con levadura. Sus ojos contemplan los detalles con avidez; al fin y al cabo, durante las últimas semanas solo han podido ver las piedras de la pared y el pequeño mundo que se vislumbraba desde el ventanuco. Ahora, desde los muros, ven la torre, las enormes edificaciones del monasterio y las murallas que lo rodean todo. Finalmente, se deslizan por encima de las cabezas de los peregrinos, sobre los tejados y los muros del monasterio, y abarcan el paisaje inmediato: un terreno ligeramente ondulado, gris y triste que se extiende hasta el vasto horizonte, salpicado de aldeas y pueblos, de los que el más grande es Częstochowa. Roch le explica, medio con palabras, medio con gestos, que el nombre de Częstochowa se debe a que el sagrado lugar se oculta a menudo a los ojos de los pecadores, pues «często» significa «a menudo» y «chować», «ocultar»: hay que aguzar mucho la vista para divisarlo entre las suaves colinas.



LA SANTA IMAGEN QUE OCULTA Y NO REVELA

Ese día, a Jacob por primera vez se le permite unirse a la multitud congregada ante la imagen. Tiene miedo, pero no de la imagen, sino de la multitud. La componen peregrinos exaltados y sudorosos con el rostro recién afeitado y el pelo alisado, campesinas con vistosos y coloridos atuendos, mujeres de ciudad de sonrosadas mejillas y sus maridos con sus mejores galas y botas de cuero amarillas. ¿Qué tiene él que ver con todos ellos? Sobresale por encima de la mayoría de las cabezas y contempla a la multitud que le parece aterradoramente ajena.

La capilla entera está cubierta de pinturas y exvotos. Acaban de explicarle que son ofrendas para el monasterio, en su mayoría en forma de miembros de cuerpos enfermos curados por la Madre de Dios. Asimismo hay piernas de madera, muletas abandonadas tras curaciones milagrosas y miles de corazones, hígados, pechos, piernas y brazos hechos de plata, oro o cobre, como si fueran partes de seres desmembrados que la santa imagen reunirá y reparará.

La multitud guarda silencio, solo aquí y allá se oye alguna que otra tos a la que la bóveda de la capilla dota de gravedad. De pronto se oye el grito desgarrador de un poseído que no soporta más la espera.

Súbitamente suenan campanillas y un redoble de tambores tan fuerte que Jacob quiere taparse los oídos con las manos. La multitud, como derribada por un súbito golpe, cae de rodillas con estruendo, entre suspiros, luego se echa boca abajo, siempre y cuando encuentre

espacio, y quien no lo tiene se acurruca en el suelo como si fuera un terrón de tierra. Enseguida suenan unas trompetas aterradoras cual shofares judíos, el aire tiembla y el ruido es espantoso. Algo raro se petrifica en el aire, hace que el corazón se estremezca, aparentemente de miedo, pero no es miedo, sino algo más grande lo que contagia a Jacob, así que también él se echa boca abajo sobre un suelo recién pisoteado por las sucias botas de los campesinos, y allí, a ras de tierra, el estruendo parece amainar, y también resulta más fácil soportar la contracción del corazón que de repente lo ha doblegado. Ahora por encima de los cuerpos que cubren por completo el enlosado de la capilla debería pasar Dios en persona. Sin embargo, Jacob solo percibe el hedor a estiércol de caballo, traído seguramente en las botas e incrustado en los intersticios de las baldosas, así como el olor a humedad, omnipresente a estas alturas del año, y especialmente desagradable cuando se combina con la lana y el sudor humano.

Jacob alza los ojos y ve que la adornada celosía ya casi ha dejado al descubierto la imagen, espera algo, como una luz que brille desde allí cegadora, insoportable para los ojos humanos, pero solo ve dos formas oscuras sobre el fondo de una mancha plateada. Aún tarda un instante en darse cuenta de que son dos rostros: una mujer y un niño, oscuros, impenetrables, como si se asomaran desde la oscuridad más profunda.

Kazimierz enciende una vela de cebo, recibió unas cuantas en un paquete. Dan más luz que los candiles que les han proporcionado los frailes.

Jacob está sentado con la mejilla pegada a la pared. Kazimierz limpia el cuenco de rasurar. En él flotan los cortos pelos de la barba, lo acaba de afeitar. Jacob tiene el pelo enmarañado, pero no permite que Kazimierz se lo peine. Kazimierz piensa que, de seguir así, su amo acabará pareciéndose a los veteranos: desgreñados y vedijosos. Jacob habla, no se sabe si consigo mismo o con Kazimierz, quien no tardará en preparar la cena. Ha conseguido comprar un poco de carne buena en el mercado; antes de las fiestas las carnicerías se han llenado. El señor pedía carne de cerdo. Así que la tiene. Kazimierz le da la vuelta a la palangana de hierro y la convierte en una especie de plancha. La carne ha estado en adobo desde la mañana. Jacob juega con un clavo y dibuja con él algo en la pared.

–¿Sabes, Kazimierz, que la salvación de Egipto no fue completa, porque la persona que los rescató era un hombre, y la verdadera salvación vendrá de la Doncella?

–¿De qué doncella? –pregunta Kazimierz distraído mientras dispone la carne sobre la plancha.

–De eso no hay duda. Y no la hay porque está sacado de debajo de

todos esos cuentos y parábolas, de todos esos embustes, y limpiado del polvo de las palabras. ¿Has visto la imagen? En ella brilla el negro rostro de la doncella de Jasna Góra, de la Shejiná.

–¿Cómo puede brillar un rostro negro? –advierte lúcidamente Kazimierz.

La carne se está asando, ahora hay que vigilar el fuego para que las brasas ardan pero sin llama.

–Si no sabes eso es que no sabes nada –dice Jacob impaciente–. David y Shabtai en secreto eran féminas. No se producirá la salvación si no es a través de una mujer. Yo ahora lo sé y por eso estoy aquí. Desde el principio del mundo, solo a mí y a nadie más se me ha encomendado esa Doncella para que la proteja.

Kazimierz no acaba de entenderlo. Voltea los pedazos de carne y los rocía delicadamente con la grasa. Pero Jacob es insensible a los olores. Prosigue:

–La gente de aquí intenta pintarla para no olvidarla, mientras que ella tiene que ocultarse en el abismo. Echan de menos su imagen. Pero no es una faz verdadera, pues cada uno la ve a su modo; tenemos sentidos imperfectos, por eso ocurre. Pero cada día con mayor nitidez y en cada detalle se nos irá revelando.

Jacob guarda silencio durante un rato como si se preguntase si debería decir esto:

–La Doncella tiene muchas formas, también aparece bajo la de ajelet, una cierva.

–¿Cómo? ¿En forma de un animal? –pregunta Kazimierz preocupado, más pendiente de la carne que de la conversación.

–A mí me la encomendaron para que cuide de ella en este destierro.

–Señor, ya está lista –dice Kazimierz, orgulloso de su guiso, y coloca en un plato de estaño los mejores trocitos de carne. Jacob los coge con la mano, sin mostrar mucho interés. Kazimierz mira con suspicacia el plato.

–No me acaba de convencer esta carne –dice–. Es diferente, como deshilachada.

En ese momento alguien llama a la puerta. Los dos hombres se miran preocupados.

–¿Quién es? –pregunta Kazimierz.

–Soy yo, Roch.

–Que entre –dice Jacob con la boca llena.

La cabeza del veterano se asoma por la rendija de la puerta.

–¡Pero si es Viernes Santo! ¿Os habéis vuelto locos? ¿Estás asando carne? Huele en todo el monasterio. ¡Puf!

Kazimierz echa la gualdrapa sobre el plato.

–Dale algo, que se vaya –dice Jacob en voz baja y vuelve a raspar

la pared.

Pero Kazimierz, asustado, se justifica:

–¿Cómo vamos a saber qué hay que comer el Viernes Santo? En la nueva religión todavía no hemos tenido Viernes Santo, ¡que alguien nos ilumine!

–Cierto –dice Roch–, no es culpa vuestra. No se come carne hasta el domingo. Y mañana debes tener unos huevos para bendecirlos. Además, quizá os inviten los frailes a desayunar. A nosotros nos invitan todos los años.

Cuando Kazimierz está a punto de acostarse y apagar la vela, acerca la llama a la pared. Ve una inscripción en hebreo que lo sorprende. Porque la inscripción reza ונבר השמ תרפ, mariquita, parat moshe rabenu. La mira asombrado, luego se encoge de hombros y apaga la vela.

UNA CARTA EN POLACO

Chana recibe una carta de su marido, pero no puede leerla. Está en polaco. La lee Nachman, o sea, Jakubowski; lee y empieza a llorar. Todos lo miran atónitos: tanto Chana como Matuszewski y Wittel, que están presentes. La imagen de Jakubowski llorando sobre la carta suscita en ellos una especie de repulsión. Jakubowski ha envejecido, el encarcelamiento de Jacob lo ha dejado muy apesadumbrado. También porque todo el mundo lo tiene por traidor, pese a que cada uno ha contribuido un poco. Últimamente el cabello de la coronilla de Jakubowski se ha vuelto más ralo, por debajo asoma una piel rosada y pecosa. Un sollozo estremece su espalda.

No hay que preocuparse por mí, estoy en las buenas manos de los Padres Paulinos, y no me falta de nada. Sin embargo, si pudiera pedirle, señora, que me haga llegar peales de abrigo (Jakubowski empieza a llorar justamente con esos peales), así como algunas piezas de ropa interior también de abrigo, a ser posible de lana. Y también un caftán de lana, o mejor dos para que pueda cambiarme. Y un abrigo de piel para echar sobre el camastro. A Kazimierz le haría falta un servicio de mesa, una olla para cocinar y otros utensilios similares, según su propia consideración, señora. Asimismo le pido un libro escrito en lengua polaca para que pueda aprender de él. Y también papel, tinta, plumas...

En la carta figura el sello del monasterio.

La leen muchas veces, después la copian y Jakubowski la lleva a casa de los Wołowski. Finalmente todo el mundo en Varsovia la

conoce, toda la machna, la compañía. La carta también peregrina hasta Kamieniec, hasta la señora Kossakowska, y, a escondidas de Nachman Jakubowski, la recibe Moliwda, que la lee a hurtadillas y la quema. Así que a todo el mundo le llega la maravillosa noticia de que Jacob, el Señor, está vivo. Que no ha ocurrido lo peor; y que, ahora, todos esos meses en que han vivido en la incertidumbre parecen un tiempo de contención y silencio. Sopla un viento fresco, y como todo eso sucede en torno a la Pascua, lo celebran como una resurrección. Sí, el Señor ha resucitado, ha surgido de las tinieblas, como la luz que se sumerge por un instante en las aguas oscuras pero que ya ha salido a la superficie.

UNA VISITA AL MONASTERIO

Shlomo Shor, ahora Franciszek Łukasz Wołowski, parte a Częstochowa con prisas para llegar antes que nadie. Estamos a principios de mayo. Los campos han verdeado en pocos días y las amarillas gotas de los dientes de león agujerean esas extensiones de verde. Va a caballo, solo durante el día y por los caminos principales. Lleva ropa modesta, en realidad no se sabe si va vestido al modo cristiano o al judío. Se ha afeitado, pero se ha dejado el pelo largo, ahora recogido en una trenza. Lleva una levita de paño holandés, con pantalón por encima de la rodilla y botas altas. Como su cabeza no sabe estar descubierta pese al buen tiempo, la cubre con un gorro de piel de cordero.

Justo antes de Częstochowa se topa en el camino con una figura conocida: un joven, un adolescente todavía, que va por el borde del camino con un hato a la espalda. Con un palo golpea las amarillas cabezas de los dientes de león en flor. Su ropa es bastante descuidada. Shlomo Wołowski, atónito, reconoce a Kazimierz, el cocinero de Jacob.

–¿Qué haces aquí, Kazimierz? ¿Adónde crees que vas? ¿Acaso no deberías permanecer junto a la mesa del Señor? ¿No es hora de comer?

El muchacho se queda de una pieza. Al reconocer a Franciszek, se abalanza sobre él y lo saluda efusivamente.

–No volveré allí –dice al cabo de un instante–. Es una cárcel.

–¿No sabías que ibais a la cárcel?

–¿Pero yo? ¿Por qué yo? ¿Por qué debo voluntariamente condenarme a prisión? No lo entiendo. El amo tiene mal genio, me ha pegado, últimamente me tira del pelo. Unas veces no come nada, otras exige manjares. Y... –Empieza, pero se interrumpe. Shlomo Wołowski adivina qué le quiere decir y no pregunta. Sabe que tiene que actuar con delicadeza.

Desciende del caballo y juntos se sientan en la hierba bajo un árbol del que ya brotan pequeñas hojas. Saca queso duro, pan y una botella de vino. Kazimierz la mira con avidez. Tiene sed y hambre. Mientras comen, los dos dirigen la mirada hacia el pueblo de Częstochowa. En medio del cálido aire primaveral les llega el sonido de las campanas del monasterio. Shlomo Wołowski empieza a impacientarse.

–Bueno, ¿cómo es aquello? ¿Me permitirán verlo?

–No tiene permiso para ver a nadie.

–¿Y pagando? ¿A quién?

Kazimierz se toma un tiempo para pensar, como si se deleitara con el hecho de poseer tan preciado conocimiento.

–Ninguno de los hermanos aceptará... Los veteranos sí, solo que no tienen tanto poder.

–Me gustaría hablar aunque fuera a través de una ventana. ¿Lo conseguiré? ¿Hay alguna que dé al exterior?

Kazimierz guarda silencio mientras repasa mentalmente las ventanas del monasterio.

–Creo que hay una. Pero aun así tendrían que dejarte entrar en el recinto.

–Allí entraré por mi cuenta, como peregrino.

–Cierto. Después, hermano, ve donde están los veteranos. Habla con Roch. Cómprale tabaco y vodka. Si te toman por un amigo generoso, te ayudarán.

Shlomo Wołowski mira la bolsa de lino de Kazimierz.

–¿Qué llevas ahí?

–Las cartas del amo, hermano.

–Enséñamelas.

El muchacho, obediente, saca cuatro cartas. Shlomo ve las hojas cuidadosamente dobladas con el sello que Jacob se hizo hacer en Varsovia. Los nombres de los destinatarios están escritos con una hermosa letra con adornos.

–¿Quién le escribe las cartas en polaco?

–El hermano Grzegorz, un joven. Le enseña a escribir y a hablar.

Una va dirigida a Józefa Scholastyka de Frank, o sea, Chana; la segunda, a Jeruchim, o sea, a Jędrzej Dębowski; la tercera, la más gruesa, a Katarzyna Kossakowska, y la cuarta, a Antoni Kossakowski-Moliwda.

–Ninguna para mí –dice Shlomo, medio preguntando medio afirmando.

Luego Wołowski se entera de más cosas preocupantes. Que en todo febrero Jacob no se levantó de la cama, que cuando llegó la gran helada y no había forma de calentar la estancia, enfermó y le subió tanto la fiebre que venía a curarlo uno de los padres y le practicaba sangrías. Kazimierz repite varias veces lo mismo: tuvo miedo de que el

Señor muriera y de que solo él lo acompañara en ese trance. Más tarde, durante todo el mes de marzo, Jacob estuvo muy débil; Kazimierz lo alimentaba tan solo con caldo de gallina. Le permitían caminar a Częstochowa a la tienda de Szmul a comprar gallinas, gastó en ellas todo el dinero destinado a la alimentación del Señor y tuvo que poner de su propio bolsillo. Los Padres Paulinos no se preocupan demasiado por el preso. Solo uno, el padre Marcin, que está pintando el interior de la iglesia, le habla, pero el Señor aún entiende poco. El Señor pasa mucho tiempo en la capilla. También se tiende en el suelo con los brazos extendidos en forma de cruz frente a la santa imagen cuando no acuden allí los peregrinos, es decir, en plena noche, lo que significa que se pasa los días durmiendo. Según Kazimierz, con tanta humedad y falta de sol, Jacob no durará mucho. Y una cosa más: se ha vuelto iracundo. Kazimierz lo ha oído hablando solo.

–¿Y con quién va a hablar? No será contigo –murmura Shlomo Wołowski entre dientes.

Wołowski intenta lograr permiso para ver a Jacob. Ha alquilado en el pueblo una habitación en casa de un cristiano que lo mira con suspicacia pero, bien pagado, no hace muchas preguntas. Cada mañana camina hacia el monasterio y espera a la audiencia con el prior. Cuando tras cinco días la consigue finalmente, el prior solo le permite entregar un paquete, y tan solo tras ser sometido a registro. Si son cartas, solo en polaco o en latín y tras la censura del prior. Esas son sus órdenes. Las visitas no están previstas. La audiencia no dura más que un momento.

Sin embargo, finalmente, Roch, una vez sobornado, conduce a Wołowski en plena noche por las murallas mientras todo el mundo duerme. Le dice que se plante bajo un ventanuco de la torre de donde sale una tenue luz. Roch entra y al cabo de un instante por la ventana asoma la cabeza de Jacob. Wołowski no lo distingue con claridad.

–¿Shlomo? –pregunta el Señor.

–Sí, soy yo.

–¿Qué nuevas me traes? He recibido el paquete.

Wołowski tiene tantas cosas que decirle que no sabe por dónde empezar.

–Todos nos trasladamos a Varsovia. Tu esposa aún sigue en casa de una mujer cerca de Varsovia, en Kobyłka, ya está bautizada.

–¿Y los niños?

–Bien, sanos. Solo que tristes, como todos nosotros.

–¿Y para eso me habéis metido aquí?

–¿Qué quieres decir?

–¿Por qué no me escribió mi mujer?

–No te lo escribirán todo... Porque esas cartas las leen por el

camino. Tanto aquí como en Varsovia. Tampoco te dirán que ahora Jeruchim Dembowski se tiene por nuestro guía. Y su hermano Jan. Los dos quieren mandar y dictar órdenes.

–¿Y Krysa? Él es fuerte.

–Después de tu encarcelamiento, Krysa no nos conoce. Cuando nos ve, cambia de acera. Está perdido...

–Yo digo en mis cartas lo que debéis hacer.

–Es demasiado poco, tienes que designar a alguien en tu lugar...

–Pero yo estoy aquí y puedo guiaros...

–Así no podrá ser. Debe haber alguien...

–¿Y quién guarda el dinero? –pregunta Jacob.

–Una parte la tiene Osman Czerniawski en depósito y la otra mi hermano Jan.

–Que se les una Matuszewski, que manden juntos.

–Desígname a mí. Me conoces bien y sabes que tengo fuerza y cabeza.

Jacob guarda silencio. Tras unos instantes pregunta:

–¿Quién me traicionó?

–Nos dejamos arrastrar por nuestra propia estupidez, pero queríamos lo mejor para ti. Yo no dije ni una palabra en tu contra.

–Sois unos cobardes. Debería escupiros.

–Escupe –dice Shlomo en voz baja–. Nachman Jakubowski fue el que más habló. Él te traicionó y eso que era tu íntimo. Pero tú sabías que él es débil, quizá bueno en los debates, pero débil para cosas como aquella. Él es el traidor. Es un cobarde.

–El cobarde es un ser sabio cuando sabe lo que hace. Dile que no lo quiero ver nunca más.

Shlomo Wołowski se arma de valor.

–Escríbeme una carta diciendo que yo seré tú hasta el momento que salgas. Yo los vigilaré con mano dura. De momento nos reunimos en casa de Jeruchim. Tiene un negocio donde emplea a los nuestros. Muchos de ellos se instalaron en Kobyłka, en las tierras del obispo Załuski, pero estamos solos y abandonados. Lloramos por ti todos los días, Jacob.

–Llorad. Intentad llegar hasta el rey a través de Moliwda.

–Está en Łowicz en la sede del primado...

–¡Pues llegad hasta el primado!

–Él, Moliwda, ya no está con nosotros. Se nos ha vuelto en contra. Ya no se puede contar con él.

Jacob guarda silencio durante un buen rato.

–¿Y tú dónde vives?

–Yo, en Varsovia, el negocio me va bien. Todo el mundo quisiera estar en Varsovia, allí es posible educar a los hijos. Tu Avacha tiene dos maestros que le ha puesto Kossakowska. Está aprendiendo

francés... Queremos llevárnosla a casa. Marianna y yo.

En el atrio contiguo se enciende una luz y aparece Roch, quien agarra a Wołowski por los faldones de su negra levita y a empellones lo lleva hasta la salida.

–Ya está, se acabó.

–Esperaré hasta mañana por la noche, escríbeme una carta para la compañía, la llevaré sin censuras, Roch me la dará. Escribe en nuestra lengua. Desígname tu sustituto. Confías en mí, ¿verdad?

–Ahora ya no confío en nadie –dice Jacob y retira la cabeza del ventanuco.

Es todo lo que Shlomo Wołowski obtiene de su visita a Jacob. Al día siguiente, se dirige a ver la imagen de la Madre de Dios. Son las seis de la mañana, sale el sol, hará buen tiempo, el cielo tiene un hermoso color rosa, una neblina plateada se eleva por encima de los campos y hasta el monasterio fluyen oleadas del olor a humedad y cálamo. A Shlomo lo rodea una multitud de personas medio dormidas. Cuando suenan las trompetas, el populacho se tiende boca abajo sobre el frío enlosado o se arrodilla. Wołowski hace otro tanto, nota en la frente el gélido suelo. Acompañando al sonido de las trompetas, la celosía de plata de la imagen se levanta lentamente y Shlomo ve desde lejos un pequeño rectángulo con el difuso contorno de una cara negra. Una mujer a su lado comienza a sollozar y ese sollozo contagia a todo el mundo. En medio de esa multitud, a Wołowski lo embarga la misma emoción acentuada por el aroma embriagador a flores de mayo, a sudor humano, harapos y polvo. Pasa toda la mañana convenciendo a Kazimierz para que siga al servicio del Señor hasta que alguien lo sustituya. Por la tarde, Roch le mete en la mano una carta escrita en hebreo, enrollada como un paquete de tabaco. Poco después, Shlomo Franciszek Wołowski abandona el monasterio, no sin antes dejar a Kazimierz algo de dinero y un generoso donativo para el prior.

UPUPA DICIT

Varios días después llega al monasterio un baúl con las pertenencias de Jacob. Ni siquiera sabe quién lo ha traído. El baúl se queda todo el día en la oficina del prior, donde es sometido a minucioso escrutinio. Los frailes contemplan las prendas de vestir, un chal turco, unas botas de cuero forradas de piel, la ropa interior de fino algodón, higos secos, dátiles, una manta de lana, una almohada de plumón con una funda de damasco amarillo... También hay papel de escribir y plumas de una calidad tan buena como el prior no ha visto en su vida. Durante largo rato reflexiona sobre el contenido del baúl y no sabe si debería permitir tamañas exquisiteces para el prisionero. No es un preso cualquiera, pero semejantes lujos en un

monasterio donde los frailes viven con tanta modestia, ¿no será una exageración? Por eso el prior a cada momento se acerca al baúl y toma entre las manos el fino chal de lana, es verdad que sin adornos, pero tan delicado que recuerda a la seda. ¡Y esos higos! Cuando se queda solo por un momento, con la excusa del escrutinio, se lleva uno a la boca y lo mantiene durante largo rato hasta que la saliva lo inunda y junto con el sabor del higo desciende hasta su estómago, llenando el cuerpo de gran placer, por lo increíble de su dulzura. Qué buenos son esos higos, huelen a sol, y no son tan duros como los que recientemente adquirió el monasterio en pequeñas cantidades al comerciante judío que tiene una tienda de especias en las afueras del pueblo.

El prior también encuentra dos libros que contempla con recelo, sospechando tratados heréticos: jamás permitirá tal cosa. Pero cuando ya los tiene ante los ojos, constata con asombro que el primero está escrito en polaco y encima por un cura. El prior nunca ha oído ese nombre: Benedykt Chmielowski, pero es comprensible, ya que no tiene tiempo para lecturas laicas, y ese libro es para el pueblo llano, no es un libro eclesial ni de oraciones. El segundo es una edición hermosamente ilustrada de Orbis pictus, de Comenio, donde cada palabra aparece en cuatro lenguas, lo que facilita el aprendizaje. Y puesto que el propio preso se lo ha mencionado, y también ha recibido sugerencias de la nunciatura para que el preso aprenda polaco, que lo estudie tanto en Comenio como en Nueva Atenas. Él mismo, mientras hojea el primer volumen, lee con interés en una página abierta al azar.

Curioso, piensa el prior. Puede ser de provecho. Semejantes informaciones no aparecen en sus escritos conventuales. Él no sabía que la abubilla dice.

DE CÓMO JACOB APRENDE A LEER Y DEL ORIGEN DE LOS POLACOS

Se asignó como lugar de las clases el cuarto del comandante de la guardia, que este cedió a petición del prior. Han trasladado hasta ahí unas mesas y dos taburetes. También hay una jarra con agua y dos vasos militares. Además, un camastro estrecho y un banco. De la pared de piedra sobresalen ganchos donde se cuelga la ropa. Las dos pequeñas ventanas dejan entrar poca luz y siempre hace frío. Hay que salir al exterior cada hora para entrar en calor.

El hermano Grzegorz, un monje afable de mediana edad, paciente y siempre de buen humor, es su maestro. Los errores graves cometidos por Jacob, las palabras trabucadas, hacen que sus mejillas se enrojezcan, no se sabe si fruto de la indignación contenida o de la vergüenza. Las clases empezaron por la expresión Szczęść Boże, «Dios te bendiga», difícil tanto de pronunciar como de escribir. Después estuvieron escribiendo el padrenuestro hasta que pasaron a

conversaciones sencillas. Como en el monasterio faltan libros en polaco y el latín no les sirve para nada, Jacob le ha traído al hermano Grzegorz su propio libro, el que le han enviado, y que no es otro que Nueva Atenas, de Benedykt Chmielowski. El hermano Grzegorz se ha convertido en un auténtico admirador de ese libro y se lo pide prestado a Jacob a escondidas, posiblemente con sentimiento de culpa, con la excusa de preparar textos para la lectura conjunta.

Las clases se celebran cada día después de la misa matutina, a la que se permite asistir a Jacob. El hermano Grzegorz lleva consigo a la torre que hiede a humedad el olor a incienso y a aceite rancio que se usa para diluir la pintura; a menudo sus dedos están manchados, pues han empezado a pintar frescos en la capilla y el hermano Grzegorz ayuda en la mezcla de los colores.

–¿Cómo se encuentra usted, señor? –empieza siempre con la misma frase mientras se acomoda en el taburete y despliega los papeles.

–No mal –responde Jacob–. He esperado hermano Grzegorz impacientemente.

Pronunciar ese nombre no le resulta fácil, pero en mayo Jacob ya casi lo hace a la perfección.

–Al hermano Grzegorz –lo corrige el fraile.

Empiezan por el décimo capítulo Del Reino Polaco.

En Sarmatia, cual perla más preciosa, parece ser el REINO POLACO la más famosa de las Naciones Eslavas. Polonia recibió su nombre de la palabra «pola», campos, donde los polacos gustaban de vivir y morir; o también del Polo Arctico, es decir, de la estrella del Norte, hacia la cual aspiraba el Reino Polaco, como España recibió su nombre de Hesperia a partir de la estrella del oeste Hesperus. Otros podrán pensar que el origen del nombre polacos viene de Castillo Pole olim que hállase en los confines pomeranos. También hay una opinión de algunos Autores que los polacos deberían llamarse Polachy, como descendientes del legendario Lech. Paprocki, por su parte, ingeniose argumenta que en tiempos de Mieczysław I, Príncipe de Polonia, cuando los polacos abrazaron la Santa Fe y acudieron en masa a ser bautizados, los sacerdotes de Bohemia, convocados para la ocasión, preguntaban: ¿Ya estáis polany, rociados? ¿Id est bautizados? Y los bautizados contestaban: Estamos polany, de allí Polani, o sea, Poloni, y dio Polaco in nomen gloriosum.

Jacob pasa largo rato trabándose con este texto, se atasca en los incisos en latín y los apunta a un lado, seguramente para su posterior estudio.

–Yo también estoy polany –dice el alumno al hermano Grzegorz y levanta la mirada del libro.

DE CÓMO JAN WOŁOWSKI Y MATEUSZ MATUSZEWSKI SON LOS SIGUIENTES EN LLEGAR A CZĘSTOCHOWA EN NOVIEMBRE DE 1760

Los dos parecen nobles polacos. Sobre todo Jan Wołowski, el hermano de los Wołowski que se ha dejado crecer el bigote más grande, le imprime seriedad. Los dos llevan caftanes sármatas de invierno forrados de piel y gorros también de piel, parecen unos ricos seguros de sí mismos. Los veteranos los miran con respeto. Se han alquilado habitaciones en el pueblo, cerca del monasterio. Por la ventana ven la empinada pared de las fortificaciones. Tras dos días de espera, negociaciones y sobornos, les permiten finalmente acceder a Jacob. Este, al verlos, estalla en una carcajada.

Se quedan de piedra. No era esa la bienvenida que esperaban.

Jacob deja de reír y les da la espalda. Se precipitan hacia él y se arrodillan a sus pies. Wołowski se ha preparado todo un discurso, pero ahora no logra articular palabra.

Mateusz, por su parte, dice tan solo:

–Jacob...

Finalmente, Jacob se vuelve hacia ellos y extiende las manos. Se las besan y él los levanta. Los tres hombres lloran, parecen celebrar ese llanto puro, mejor que cualquier palabra de saludo. Luego Jacob los aprieta contra su pecho, como a niños que acabaran de hacer una travesura, los estrecha entre sus brazos, toma sus cabezas entre las manos mientras les da golpecitos en la nuca hasta que los gorros de piel adornados con pluma caen al suelo y los emisarios se convierten en niños sudorosos, felices de haber encontrado el camino a casa.

La visita se prolonga durante tres días. A decir verdad, no salen de la estancia aneja a la torre, si no es para satisfacer las necesidades del cuerpo y cumplir la obligación de regresar al pueblo a pasar la noche. Han traído baúles y sacos. En ellos llevan vino, frutos secos, puros manjares. Los registró minuciosamente un oficial en persona que, bien dispuesto por el soborno, no rechazó los regalos, pues ya se acerca la Navidad, una época de misericordia con los presos.

En la enorme bolsa, llena hasta los topes, hay un edredón de plumón, chales de lana, pantuflos de cuero para el frío suelo e incluso una pequeña alfombra. Varios pares de calcetines, ropa interior con las iniciales «J. F.» (bordadas por todas las mujeres de la familia Wołowski), papel de escribir y libros... Primero lo colocan todo sobre la mesa y, cuando ya no queda espacio, directamente en el suelo. A Jacob lo que más le interesa es el contenido de las vasijas de barro: mantequilla, manteca de oca y miel. En los pequeños saquitos de algodón: panecillos con amapola y dulces pasteles.

Las velas están encendidas hasta altas horas de la noche, cosa que inquieta a Roch; incapaz de contenerse, se asoma bajo cualquier pretexto. Por ejemplo, mete la cabeza por la puerta entreabierta y pregunta si necesitan agua caliente o una estufa con brasas. ¿Por casualidad la vieja no se habrá apagado? Sí, quieren agua. Pero cuando les trae unos cántaros llenos, se olvidan de ellos y el agua se enfría. La última noche se quedan en la estancia junto a la torre, de madrugada se oyen voces excitadas y una especie de canto, después vuelve el silencio. Por la mañana, los tres aparecen en la misa.

Wołowski y Matuszewski abandonan Częstochowa el 16 de noviembre, un hermoso y cálido día de sol. Llevan un cofrecito lleno de cartas y listas de encargos. Dejan a los veteranos el barril de cerveza que han comprado en el pueblo y a los oficiales, pipas turcas y el mejor tabaco, todo eso sin contar el oro que les dieron al llegar. En resumen, causan una impresión inmejorable.

Ese mismo mes, Wołowski y Matuszewski partirán a la región de Lublin para ver ese Wojsławice donde Kossakowska les está preparando su futura residencia. Pero antes de instalarse allí, todos ellos, toda la compañía, deberá trasladarse a Zamość, ya que está cerca de Wojsławice, y esperar allí bajo la protección del terrateniente local.

DRUŻBACKA ESCRIBE AL PADRE BENEDYKT CHMIELOWSKI, EL CURA DECANO DE ROHATYN, TARNÓW, NAVIDAD DE 1760

Puesto que mi mano ya no se niega a sostener la pluma, como lo hacía hasta hace poco, le felicito, padre, por el título de canónigo que recibirá el año próximo, en el aniversario 1760 del nacimiento del Señor, y le deseo todas Sus bendiciones, y que cada día experimente Su gracia.

Le comunico de la forma más sucinta posible, mi querido amigo, para no extenderme en exceso con un asunto doloroso que aflige mi corazón, que el pasado mes murió mi hija Marianna víctima de la plaga que llegó hasta aquí desde el este. Antes, la misma plaga se llevó de este mundo a seis de mis nietas, una tras otra. Así que me encontré en esa terrible situación que obliga a un progenitor a sobrevivir a sus hijos, y a una abuela a sus nietos, aunque esto pudiera parecer contrario a todo orden de la naturaleza y a todo sentido. Mi muerte, que hasta ahora se agazapaba en algún lugar lejano, detrás del escenario, disfrazada y acicalada, se ha despojado ahora de sus trajes de baile y la veo ante mí en todo su esplendor. No me asusta ni me duele. Tan solo me parece que los meses y los años corren ahora al revés, pues ¿por qué han dejado con vida a una vieja y segado la

hierba joven? Por eso tengo miedo de lamentarme o sollozar, ya que esta criatura no tiene valor de debatir sobre ello con el Creador, allí donde Él fija Sus fronteras, y permanece como un árbol despojado de la corteza, insensible. Debería abandonar este mundo y no sería ello causa de desesperación ni de dolor para nadie. Me faltan las palabras y mis pensamientos se deshilachan...

EL PESADO CORAZÓN DE ORO DE ELŻBIETA DRUŻBACKA OFRENDADO A LA VIRGEN NEGRA

Escribe sobre un pedazo de papel: «Si eres misericordiosa, devuélvelos a la vida», lo cubre de arena, espera hasta que la tinta se seque y lo enrolla. Lleva ese fino rollo en la mano al entrar en la capilla; como es invierno no hay demasiados peregrinos, así que avanza por el centro y se aproxima tanto como le permiten las barreras. A su izquierda solloza un soldado sin una pierna y con el pelo tan enmarañado que recuerda a una mata de cáñamo. Ni siquiera puede arrodillarse. Su uniforme está gastado, los botones originales han sido reemplazados por otros hace ya tiempo, los galones arrancados, utilizados probablemente para otro propósito. Detrás de él reza una campesina envuelta en pañuelos con una niña pequeña cuyo rostro está deformado por un tumor de color púrpura. Un ojo casi invisible bajo esa materia salvaje. Drużbacka se arrodilla junto al militar y reza a la imagen tapada.

Ha mandado fundir todas sus joyas y transformarlas en un gran corazón, no sabía de qué otra manera podría expresar su dolor. Y es que ahora tiene un agujero en el pecho, debe acordarse de él, porque ese lugar le duele, la comprime. Así que fundió el oro en una prótesis, en una muleta para el corazón. Ahora deposita ese exvoto en el monasterio, los monjes lo cuelgan junto con otros corazones. No se sabe por qué, pero la visión de ese corazón que se ha unido a los otros corazones, grandes y pequeños, proporciona a Drużbacka el mayor de los alivios, mayor que la oración, que fijar la vista en el rostro oscuro e impenetrable de la Virgen. Hay tanto dolor que el de Drużbacka entra a formar parte de ese mar de lágrimas que aquí se han derramado. Una lágrima humana es una minúscula gota de un pequeño arroyo que desemboca en un riachuelo, el riachuelo en un río más grande, y así sucesivamente, hasta que al final, en una gran corriente de un enorme río, desemboca en el mar y se diluye en el horizonte. En esos corazones colgados alrededor de la Virgen, Drużbacka ve a las mujeres que han perdido, pierden y seguirán perdiendo a sus hijos y nietos. En cierto sentido, la vida no es más que una pérdida constante. El hecho de alcanzar algo, de enriquecernos, no es más que una ilusión. De hecho, somos más ricos en el momento

de nacer, a partir de ahí solo perdemos. Precisamente esto es lo que representa la Virgen: un todo inicial, una unidad divina de nosotros, el mundo y Dios, algo que tiene que ser perdido. Lo único que queda es una imagen plana, la oscura mancha de un rostro, una alucinación, una ilusión. Mientras que el signo de la vida no es otro que la cruz, el sufrimiento, nada más. Así se lo explica.

Por la noche, en la casa del peregrino donde ha alquilado una modesta habitación, no logra conciliar el sueño. Lleva ya dos meses sin dormir, solo a veces echa una cabezada. En una de ellas sueña con su madre, cosa extraña, porque su madre no la ha visitado en sueños en los últimos veinte años. Por eso Drużbacka entiende ese sueño como un anuncio de su propia muerte. Está sentada en el regazo de su madre, sin ver su cara. Tan solo ve un enrevesado patrón de su vestido, una especie de laberinto.

Cuando a la mañana siguiente, antes del alba, regresa a la iglesia, atrae su mirada un hombre alto y apuesto vestido a la turca con un caftán otomano abrochado hasta el cuello y la cabeza descubierta. Tiene un tupido bigote negro y el pelo largo espolvoreado de canas.

Primero reza fervientemente, de rodillas: sus labios se mueven en silencio, los párpados de largas pestañas tiemblan entornados; después se tiende con los brazos extendidos sobre el frío suelo, en el mismo centro, justo ante la barrera que protege la santa imagen.

Drużbacka encuentra un sitio en la nave junto a una pared, se arrodilla con dificultad porque un dolor le sube por las piernas y atraviesa su viejo y menudo cuerpo. En la iglesia casi desierta, cualquier paso, cualquier suspiro se amplifica y se convierte en un ruido o un silbido que resuena en la bóveda hasta que lo ahoga uno de los himnos que esporádicamente entonan los monjes desde el coro:

Ave regina coelorum, Ave Domina Angelorum: Salve radix, salve porta,
Ex qua Mundo lux est orta.

Drużbacka intenta encontrar en la pared alguna fisura, algún intersticio entre las losas de mármol donde poder introducir su pequeño rollo de papel, pues ¿cómo va a llegar hasta Dios si no es a través de los labios de piedra del templo? El mármol es liso y las juntas están inmisericordemente pulidas. El pedazo de papel por fin se deja introducir en una grieta poco profunda, pero Drużbacka sabe que no permanecerá allí durante mucho tiempo. Lo más probable es que no tarde en caerse y que lo pisoteen las multitudes de peregrinos.

Ese mismo día, por la tarde, vuelve a ver al hombre alto de rostro picado de viruela. Ya sabe quién es. Cuando lo agarra por la manga, él la mira asombrado, su mirada es benigna y amable.

–¿Usted, señor, es ese profeta judío encarcelado? –le pregunta sin

rodeos mirándolo desde abajo, pues apenas le llega al pecho.

La entiende, asiente con la cabeza. Su rostro no cambia; continúa sombrío y feo.

–Usted, señor, ha obrado milagros, ha sanado, así lo he oído decir.

El ojo de Jacob ni siquiera parpadea.

–A mí se me murió la hija y seis nietos. –Drużbacka abre la mano y cuenta con los dedos: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...–. ¿Ha oído usted que sea posible devolver un muerto a la vida? Al parecer se puede. Los profetas saben hacerlo. ¿Lo ha logrado usted en alguna ocasión, aunque fuera con un miserable chucho?

25

YENTA DUERME BAJO LAS ALAS DE LA CIGÜEÑA

Pesełe, que ya ha sido bautizada, se casa con un primo de su mismo apellido, ahora se llama Marianna Pawłowska. La boda se celebra en Varsovia en el otoño de 1760, en la triste época en la que el Señor está encarcelado en Częstochowa y cuando toda la machna parece abatida, llena de incertidumbre y temor. Sin embargo, su padre, Israel, ahora Paweł, también Pawłowski, puesto que toda la familia ha adoptado el mismo apellido, opina que hay que seguir viviendo, casarse y tener hijos. Es inevitable. La vida es una fuerza, igual que una inundación, que una poderosa corriente de agua, no se le puede oponer resistencia. Eso dice, mientras con sus escasos medios monta un taller de talabartería, donde piensa coser preciosos monederos y cinturones de cuero turco.

La modesta boda se celebra en la iglesia de la calle Leszno, temprano por la mañana. El sacerdote se pasó largo rato dándoles instrucciones de cómo deben proceder, pero de todos modos, tanto Pesełe como su novio, su madre Sobla, ahora Helena, su padre Paweł Pawłowski, así como todos los testigos e invitados se sienten inseguros, como si no se hubieran aprendido los pasos del baile que ahora les toca bailar.

Pesełe tiene los ojos llenos de lágrimas por el nerviosismo, el cura lo toma por la emoción de la novia y le sonríe como a una niña. Si los usos locales se lo permitieran, le acariciaría la cabeza.

Las mesas están dispuestas en la vivienda, han sacado todos los demás muebles. La comida espera a los invitados, quienes, cansados tras una misa larga en la fría iglesia, quisieran entrar en calor. Mientras comen, Paweł Pawłowski les sirve vodka en las copas, para calentarlos y animarlos, pues todo aquel que se ha sentado a la mesa no deja de enfrentarse a algo ajeno y de momento desagradable, algo que sucede por primera vez, aunque ya saben que a partir de ahora se irá repitiendo. Como si estuvieran sentados en torno a un gran vacío y se lo comieran a cucharadas, como si las mesas cubiertas con manteles blancos fueran la pura nada y allí celebrasen su pálido frío. Esa extraña sensación se prolonga durante los primeros dos platos y unas cuantas copas de vodka. Después se corren las cortinas de las ventanas, se apartan las mesas a los lados y Franciszek Wołowski y el

padre de la novia celebran una segunda boda, la propia, la de ellos. Las manos buscan otras manos, los nervios se calman cuando tomándose de las manos forman un círculo y se eleva hasta el techo de la vivienda de Leszno una oración en una lengua que ni Pesełe ni su joven esposo ya entienden, una oración dicha en un susurro, misteriosa y sempiterna.

Pesełe-Marianna agacha la cabeza como los demás y sus pensamientos vuelan lejos, hasta Yenta, que se quedó en la cueva cerca de Korolówka. No se lo quita de la cabeza. ¿Hicieron bien al llevar el diminuto cuerpo por las profundas galerías, como remontando la corriente del tiempo, hasta el negro origen de piedra? ¿Qué otra cosa podían hacer? Antes de partir, le llevó a Yenta nueces y flores. La tapó con una colcha que había bordado ella misma y que debía ser para su boda, pero pensó que como Yenta debía quedarse allí, participaría en su boda por medio de esa colcha. La colcha está hecha de damasco rosa, bordada con hilo de seda blanco y con flecos también blancos. En ella Marianna bordó un pájaro, una cigüeña con una serpiente en el pico, apoyada sobre una pata, como las que vienen a Korolówka y pasean solemnemente por la hierba de los prados de la orilla. Besó a su tatarabuela en la mejilla, que estaba fresca y suave como siempre. Al despedirse, dijo: «El Señor con sus plumas te cubrirá, Yenta, debajo de sus alas estarás segura, como está escrito en el Salmo 91.» Pesełe sabe bien que a Yenta le gustaría mucho esa cigüeña con una serpiente en el pico. Sus poderosas y grandes alas, sus patas rojas, su plumón, su paso lleno de dignidad.

Ahora, durante la segunda boda, la novia de dos nombres, Pesełe-Marianna, también piensa en su hermana Frejna, de un solo nombre, aquella a la que más amaba de entre sus hermanos, y que se quedó en Korolówka con su marido e hijos. Se promete a sí misma que en primavera volverá a visitarla y que lo hará todos los años; lo jura por su propia tumba.

Yenta, que lo ve desde debajo del ala de la cigüeña, como siempre desde lo alto, ya sabe que no podrá cumplir su juramento.

DE CÓMO YENTA MIDE LAS TUMBAS

La mirada de Yenta también se cierne sobre Częstochowa, el pueblo acurrucado en la colina en la que reina la Virgen. Pero Yenta solo ve los tejados: arriba, los uniformes tejados del monasterio de Jasna Góra, recién cubiertos con tejas nuevas y, más abajo, los paupérrimos tejados de las chozas y las casuchas, cubiertos con tejuelas de madera.

Cielo septembrino: frío y lejano, el sol va poco a poco tomando

tintes anaranjados y las mujeres judías de Częstochowa se encuentran en el camino que lleva al cementerio judío, allí se reúnen; las mayores, vestidas con gruesas faldas, hablan entre susurros mientras se esperan unas a otras.

En los días terribles entre el Rosh Hashaná y el Yom Kippur se lleva a cabo la Kvorim mesn, medición de tumbas. Las mujeres miden los cementerios con una cuerda que se enrolla en un carrete, más tarde harán con ella mechas para velas; algunas las usarán para leer el futuro. Cada una de ellas murmura entre dientes una oración, parecen brujas con sus faldas anchas plisadas que se enganchan en las espinosas zarzas y susurran entre las hojas secas y amarillentas.

En tiempos, Yenta también midió las tumbas pensando que era la obligación de toda mujer: medir cuánto espacio queda para los muertos y si todavía queda alguno antes de que nazcan nuevas vidas. Se trata de una especie de contaduría de la que siempre se ocupan las mujeres: los cálculos se les dan siempre mejor.

Sin embargo, ¿a qué medir tumbas y cementerios? Al fin y al cabo, los muertos no están en las tumbas: Yenta solo ahora lo sabe, pero antes hundió en la cera miles de mechas. Las tumbas no sirven de nada porque los muertos las ignoran y vagan por el mundo; están en todas partes. Yenta los ve todo el tiempo, pero es como si lo hiciera a través de un cristal, pues por más que lo desee no puede llegar hasta ellos. ¿Dónde están? Difícil de decir. Miran el mundo como a través de un vidrio, lo contemplan y siempre le reclaman algo. Yenta intenta entender qué significan esas caras, qué significan esos gestos, y finalmente lo sabe: a los muertos les gustaría que se hablase de ellos, de eso tienen hambre, ese es su alimento. Anhelan la atención de los vivos.

Y Yenta se percata de algo más: esa atención está injustamente distribuida. De unos se habla mucho, se pronuncian muchas palabras. De otros nada se dice, ni una sola palabra, ni una. Los segundos finalmente se apagan, se apartan del cristal, desaparecen en el fondo. Son muchísimos, millones y millones, del todo olvidados, nadie sabe que han vivido en la tierra. Nada queda de ellos, por eso tardan menos en desprenderse e irse. Tal vez eso esté bien. Yenta también se iría si pudiera. Si no la retuviera esa poderosa palabra que se tragó. Ya no existen el papel ni el rastro de la cuerda, todo se ha deshecho y las partículas más diminutas de luz las ha absorbido la materia. Solo queda esa palabra, como una piedra a la que la ató el imprudente Elisha Shor.

El viejo Shor se ha ido hace poco, lo vio pasar a su lado: un gran sabio, padre de cinco hijos y una hija, abuelo de innumerables nietos, una estela borrosa ahora. También vio a un niño pequeño, pasó igual de rápido. Era el pequeño Emanuel, hijo de Jacob y Chana, apenas

tenía un año.

La carta con esa noticia la pasó a Jacob a escondidas Kazimierz. La escribió Chana en turco, sin entrar en detalles, como si fuera un gran secreto. ¿O tal vez por vergüenza de que les hubiera pasado a ellos? Si no iban a morir nunca. Jacob la lee varias veces. Cada vez se levanta y empieza a dar vueltas por la estancia. De la carta cae una pequeña hoja con un animal pintado en rojo. Un perro, parece peludo. Al pie se lee: Rutka. Adivina que es de su hija, y solo entonces se le hace un nudo en la garganta y las lágrimas afluyen a sus ojos. Pero no llora.

LA CARTA DE NACHMAN JAKUBOWSKI AL SEÑOR EN CZĘSTOCHOWA

La siguiente carta saca a Jacob de quicio. Su tono lo irrita desde las primeras palabras; oye la voz de Nachman, llorosa, lastimera, como el quejido de un perro. Si Nachman estuviera aquí, le daría un puñetazo en la cara y miraría cómo le sangra la nariz. Menos mal que no permitió a ese traidor acercarse a su ventanuco cuando apareció por Częstochowa.

... Jacob, ahora me llamo Piotr Jakubowski, y ese apellido mío, derivado de tu nombre, da fe de hasta qué punto soy Tuyo. Muy poco faltó para que se me rompiera el corazón cuando estuve aquí, tan cerca de ti, mas sin posibilidad de verte ni oírte. Tuve que consolarme con la idea de que estabas tan cerca y de que respirábamos el mismo aire, pues me acerqué a esa alta muralla que separa tu prisión del pueblo. Pareciome un verdadero muro de las lamentaciones. Con tristeza tuve noticia de tu grave enfermedad y me imagino la soledad que debes de padecer, pues sé lo poco acostumbrado que estás a la falta de personas a tu alrededor.

Tú sabes que yo te amo incondicionalmente y que estoy dispuesto a sacrificarlo todo por Ti. Si algo dije en Tu contra no fue por mi mala voluntad, sino por el profundo sentimiento de la importancia de Tu misión, de nuestra vocación, que se ha apoderado por completo de mi mente. También confieso el miedo que a mí, cobarde, casi me derriba con su poder. Tú sabes cuán miserable soy, aunque no fue por eso por lo que me hiciste tu mano derecha, sino por las virtudes que osaría recordar de no ser porque tuve que abandonarte.

Jacob, furioso, arroja la carta y escupe. La voz de Nachman deja de sonar en su cabeza, pero no por mucho tiempo. Jacob recoge la carta y sigue leyendo:

Como muchos de nosotros, que ahora nos hemos refugiado, ora en

la capital, ora bajo las alas de los poderosos, y allí intentamos vivir y mantenernos con el trabajo de nuestras propias manos, creyendo en Tu pronto regreso y esperando cada día Tu venida...

Tú mismo nos hablaste en Iwanie en su día de dos clases de personas. De unas dijiste que son negras, que creen que el mundo es como es, malo e injusto, y que hay que avenirse a él, entrar en el juego y volverse igual que ese mundo. En cuanto a las segundas, dijiste que son luminosas, que creen que el mundo es malo y terrible, pero que siempre se lo puede cambiar. Lejos de parecerse a ese mundo, hay que permanecer extraño en él y ordenarle que se someta a nosotros y que cambie a mejor. Recordé todo aquello precisamente en el momento en que me planté ante esa alta muralla. Y creo, Jacob, que pertenezco a la primera clase. Sin Tu presencia a mi lado he perdido las ganas de vivir. Y creo que muchos reaccionaron de manera similar tras tu desaparición. Solo ahora vemos lo dolorosa que es tu ausencia. Que Dios nos juzgue; pensamos que te habíamos matado.

Llegué hasta aquí directamente desde Varsovia, donde muchos de nosotros nos hemos instalado en la desidia más absoluta, sin saber qué te había pasado. Primero, muchos, yo entre ellos, seguimos los pasos de Tu Chana hasta Kobyłka, una aldea cerca de Varsovia en las propiedades del obispo Załuski que se nos cedió por intercesión de la señora Kossakowska. Sin embargo, todo era allí pequeño y lúgubre, la casa del obispo estaba descuidada y la servidumbre episcopal nos miraba con malos ojos, de manera que paulatinamente, puesto que Varsovia no quedaba lejos, algunos empezaron a encontrar allí por su cuenta una ocupación para no depender por entero de las limosnas del obispo y no ir rondando de casa ajena en casa ajena. Los que querían regresar a Podolia, como los Rudnicki, enseguida cambiaron de opinión. Hirsch, o sea Rudnicki, viajó hasta allí para ver si sería posible, pero no tardó en darse cuenta, y nosotros tras él, de que allí ya no nos esperaba nada y de que ya no era posible regresar a nuestras aldeas y casas. Todo estaba perdido. Tenías razón al decir que al bautizarnos estábamos dando un paso hacia el abismo. Y lo dimos, estábamos como suspendidos en la caída, sin saber hacia dónde nos precipitábamos ni en qué acabaría esa caída. ¿Nos romperíamos en mil pedazos o nos salvaríamos? ¿Saldríamos intactos o rotos?

Empezaron por las acusaciones. Quién dijo qué y en qué momento. Aprovecharon nuestras palabras en contra de Ti, mas tampoco fuimos inocentes. Muchos de nosotros, después del bautismo, nos aferramos a la nueva vida como si fuera un tesoro. Cambiamos de atuendo, ocultamos nuestras costumbres en lo más profundo de los armarios para fingir ser lo que no éramos. Eso hizo Krysa. Krysiński se casó con una cristiana y ya ni siquiera hace negocios con nosotros. De nuevo nos hemos convertido en extraños, pues hasta con los mejores trajes,

un crucifijo en el pecho, bien afeitados y obedientes, en cuanto abrimos la boca se nos reconoce por nuestra pronunciación. Así que, huyendo de nuestra extrañeza, despreciada y ridiculizada, nos convertimos en meros títeres entre personas de carne y hueso.

Poco a poco nos estamos volviendo egoístas e indiferentes, y aunque la compañía se mantiene unida, las cuestiones de la vida diaria han cobrado la mayor importancia: cómo sobrevivir, cómo lidiar con esta contienda, cómo proporcionar a nuestros hijos techo y sustento. Muchos de nosotros aceptaríamos cualquier trabajo, pero no podemos, pues no se sabe si vamos a permanecer aquí, ni qué nos tiene preparado nuestra bienhechora Kossakowska, ni si merece la pena aferrarse a ella. Los que tienen oro se las arreglan, como los Wołowski, que ya han invertido en Varsovia, mas otros, los pobres con los que nos ordenaste compartirlo todo en Iwanie, ahora deben rogar que se les ayude. Si esta situación se prolonga por mucho tiempo, nos dispersaremos como si alguien soplara en un puñado de arena.

Indubitablemente nuestra posición es mejor que cuando éramos simples judíos. A los Wołowski y otros ennoblecidos son a los que mejor les va, mas muchos no pueden permitirse un bakshish a cambio de un título. Franciszek y su hermano tienen una fábrica de cerveza en Leszno que ahora les reporta mayores beneficios, pues han encontrado nuevos compradores. Smetankes, el segundo hijo de Nussen, acaba de abrir una tienda con artículos de cuero, importa mercancía de Turquía y yo mismo vi allí damas comprándole guantes de piel. Ellos saldrán adelante. Y también sus familiares más cercanos, como los Rudnicki o los Lanckoroński, no sé por qué apellido optaron. Aunque el esposo de Chaja, Hirsch, ha envejecido y está enfermo. Chaja es una gran dama, intentamos cuidarla todo lo que podemos, pero ella no está hecha para esta vida errante. Menos mal que tiene unas hijas despiertas y hacendosas.

Los Wołowski enviaron a sus hijos a escuelas conventuales, quieren que se eduquen no para ser comerciantes, sino más bien oficiales y juristas. Intentan convencer a los demás para que hagan lo mismo, mas no todo el mundo puede permitirse semejante dispendio. Como nos ordenaste, casamos a nuestros hijos entre nosotros, y así Franciszek Wołowski acaba de casar a su hijo Jędrzej con la hija de su hermano Jan, no recuerdo el nombre de la muchacha. Sin embargo, la boda será solo nuestra por ahora, pues según la ley polaca son menores de edad y, como tales, aún no pueden contraer matrimonio.

Chana no ceja en su empeño de lograr el derecho a verte; ya lo habrás leído en sus cartas. Le ayuda sobremanera la vieja, es decir, Kossakowska, que prometió conseguirle una audiencia con el mismísimo rey, mas no sabemos cuándo el rey visitará Varsovia.

Intento consolar a Chana tras la muerte de Emanuel, pero no soy

de su agrado. Confía en los Zwierzchowski y son ellos los que cuidan a la pequeña Avacha. La vieja Kossakowska vela por Chana como si fuera una hija. Planea instalarla en sus propiedades, proporcionarle techo y manutención, y una buena educación para Avacha. A la pequeña le da todo lo que desee. No tienes que preocuparte por ella, es una niña inteligente, y puesto que Dios te arrebató a tu único hijo, ella tiene que consolarte. Ahora tiene un maestro que le enseña a tocar el piano.

Puesto que existe la posibilidad de hacerte llegar cartas, mandaré un emisario cada diez días desde Varsovia. Y tengo fe en que toda ofensa desaparecerá de tu corazón y en que la herida restañará, pues todos somos pobres y necios, arrojados a algo que no alcanzamos a comprender, y que solo Tú puedes abarcar con la mente.

Para terminar te diré que yo comprendo lo ocurrido de la siguiente manera: Tuviste que ir a parar a la cárcel para que todas las profecías se pudieran cumplir. El Mesías tiene que caer lo más bajo posible. Y cuando te vi, custodiado y con la cara magullada, cuando nos dijiste: «Escupid a ese fuego», comprendí que así tenía que ser y que las ruedas dentadas de la máquina de la salvación se habían dispuesto de la manera adecuada, cual reloj que mide los eones del tiempo. Tú tuviste que caer y yo tuve que empujarte.

Jacob está tendido boca arriba en su camastro de la estancia situada en la parte baja de la torre de la fortaleza de Częstochowa, y la carta cae al suelo. A través del pequeño ventanuco, más adecuado para disparar que para contemplar el mundo, se ven las estrellas. Parece hallarse en el interior de un profundo pozo desde donde las estrellas se ven mejor que desde la superficie terrestre, pues el pozo funciona como un telescopio que acerca los cuerpos celestes y hace que parezcan al alcance de la mano.

Desde allí Yenta mira a Jacob.

La torre se levanta en medio de la fortaleza cercada por altas murallas, y la fortaleza sobre una colina a cuyo pie está situado un pueblo mal iluminado que apenas se distingue en la oscuridad; todo ello en un paisaje ondulado cubierto por espesos bosques. Más allá se extiende la gran llanura centroeuropea bañada por las aguas de mares y océanos. Finalmente, la propia Europa, vista desde la altitud en la que se halla Yenta, adquiere el tamaño de una moneda, y desde la oscuridad emerge la majestuosa curvatura del planeta, cual guisante recién sacado de la vaina.

LOS REGALOS DE BESHT

Nachman, Piotr Jakubowski, quien últimamente apenas sale de su oficina, va mordisqueando las vainas frescas de guisantes que le ha traído su hijo Aron. Las ha sacado del bolsillo, arrugadas y medio rotas, pero siguen estando sabrosas y crujientes. Aron ha venido a despedirse de su padre, regresa a Busk para unirse a una caravana que partirá rumbo a Turquía en busca de tabaco y piedras preciosas, como en tiempos hacía su padre. Jakubowski lo ve muy de cuando en cuando; el niño se quedó en Busk con su madre y sus abuelos cuando se hizo efectivo el divorcio. Pero está orgulloso de él. A sus trece años, Aron se parece a su madre, es corpulento y de tez morena, recuerda a un turco. Ya ha aprendido la lengua turca. También sabe alemán, ya que viajó a Wrocław y a Dresde con Osman Czerniowski.

Nachman acaba de escribir una carta y ahora la pliega con sumo cuidado. Aron echa un vistazo a las letras turcas, seguramente adivina a quién escribe su padre.

Se abrazan y besan en la boca, como suelen hacer padre e hijo. En la puerta, Aron vuelve la cabeza y por encima del hombro mira a su padre: pequeño, flaco, con el pelo enmarañado y una levita desgarrada. Después desaparece.

Ese mismo año de 1760 murió Baal Shem Tov, pero Jakubowski no se lo ha escrito a Jacob. Jacob no respetaba a los jasidíes, decía que eran unos idiotas, pero parece que tenía miedo de Besht. No ocultaba su satisfacción cada vez que se pasaban a su bando los hombres de Besht. Y eran bastantes. Ahora dicen que Besht murió porque se le rompió el corazón al saber de los cientos de bautismos de judíos. Que se le rompió el corazón a causa de Jacob Frank. Jakubowski, sin embargo, no está tan seguro. Quizá esa nueva agradaría a Frank. ¿Debía comunicársela?

A Jakubowski lo ha empleado Shlomo, Franciszek Wołowski, en una pequeña oficina donde debe contar barriles de cerveza. No tiene mucho trabajo porque la cervecería acaba de empezar su actividad. Jakubowski cuenta los transportes, barriles llenos y vacíos, y distribuye la mercancía por toda la ciudad y por tabernas de las afueras. En un principio, Wołowski lo enviaba a las afueras de Varsovia para que allí encontrara compradores, pero renunció a sus servicios. Nachman, o sea, Piotr Jakubowski, incluso disfrazado de sármata polaco, parece tardo, poco convincente. Los judíos no quieren comprar cerveza a un converso, y los no judíos miran con recelo a ese pelirrojo menudo tan feo como una gallina. Es lo que de él dice Franciszek: que Nachman se parece a una gallina. Jakubowski lo oyó una vez y le dolió. Él mismo, por su pelo bermejo y su astucia, se compararía con un zorro.

La verdad es que desde hace un tiempo no se siente bien ni consigo

mismo ni con la compañía. No hace mucho pensó en abandonar toda esa inquietante espera de un milagro en Varsovia y partir rumbo al este, a Międzybóż, pero entonces murió el pequeño Emanuel, y el primer pensamiento que cruzó la cabeza de Nachman fue que había sido Besht quién se había llevado consigo al pequeño y que eso entrañaba cierto sentido. Besht había cogido al chiquillo en brazos y se lo había llevado a la negra noche para protegerlo de ellos.

Eso es lo que pensó Nachman-Jakubowski e incluso, con el corazón en vilo, lo apuntó en un margen de su libro.

Hace poco en Varsovia se decía que cuando, tiempo atrás, Baal Shem Tov, estando enfermo, pensó que moriría, ordenó que se reunieran a su lado todos sus discípulos y les entregó objetos que había usado hasta entonces. A uno le dio su caja de rapé, a otro, un manto de oración, a un tercero, su adorado salterio, pero ya no le quedó nada de su propiedad para su discípulo favorito. Entonces Besht le dijo que le entregaba sus historias: «Peregrinarás por el mundo para que la gente pueda oírlas.» Aquel discípulo, a decir verdad, no estuvo muy contento con tal herencia, pues era pobre y habría preferido recibir algo material.

Sin embargo, olvidó todo aquello y siguió viviendo como un pobre lechero. Hasta que un buen día a su aldea llegó la noticia de que un hombre rico en un país remoto pagaría una gran suma por oír cualquier historia sobre Besht. Entonces los vecinos del lechero le recordaron su herencia y lo hicieron ponerse en camino. Cuando llegó al país remoto, resultó que ese hombre ávido de historias era el patriarca de su comunidad, un hombre rico pero triste.

Se organizó un pequeño banquete al que se invitó a personajes ilustres, sentaron al lechero en el centro y, tras el copioso convite, cuando se hizo el silencio, le pidieron que comenzara. Él abrió la boca, tomó aire y... nada. Lo había olvidado todo. Se sentó, confundido, mientras los invitados no ocultaban su decepción. Lo mismo ocurrió la tarde siguiente. Y la siguiente. Parecía que el lechero había perdido el habla. Así que, muy avergonzado, se dispuso a partir en secreto. Una vez montado en el carro, sintió una sacudida en su interior y toda su gran memoria repleta de historias evocó un pequeño recuerdo. Se aferró a ese insignificante suceso y mandó parar los caballos. Bajó del carro de un salto y dijo al anfitrión, que lo despedía con frialdad: «Acabo de recordar algo. Un pequeño suceso. Nada importante...»

Y empezó a hablar:

«En cierta ocasión, Baal Shem Tov me despertó en plena noche y me ordenó que unciera los caballos y que partiera con él a un pueblo lejano. Allí se apeó ante una casa rica junto a una iglesia donde seguía habiendo luz y desapareció en su interior durante media hora. Cuando

volvió se mostró un tanto agitado y me ordenó dar media vuelta.»

En ese momento el lechero volvió a trabarse. «¿Y qué? ¿Qué pasó a continuación?», le preguntaron los demás, pero entonces, ante la sorpresa de todos, el patriarca de la comunidad rompió a llorar, sollozó a pleno pulmón sin lograr dominarse. Solo al cabo de un rato, cuando volvió en sí, dijo: «Yo fui ese hombre al que Baal Shem Tov visitó.» Al no entender nada, todos reclamaron explicaciones con la mirada.

De manera que el patriarca de la comunidad prosiguió:

«En aquella época yo era un cristiano, ocupaba un importante cargo. Una de mis obligaciones consistía en organizar conversiones forzosas. Cuando Baal Shem Tov irrumpió en mi casa aquella noche, de un salto me levanté de la mesa en la que firmaba las disposiciones. Me sorprendí al ver a ese jasidí barbudo, quien encima empezó a gritarme en polaco: "¿¡Cuánto tiempo más!? ¿¡Hasta cuándo durará esto!? ¿Hasta cuándo obligarás a sufrir a tus propios hermanos?" Lo miré atónito pensando que el anciano se había vuelto loco y me había tomado por otra persona. Pero él no dejaba de gritar: "¿¡No sabes que eres un niño judío salvado, acogido y educado por una familia polaca que siempre te ocultó tu verdadero origen!?"

»Antes de que desapareciera el santo varón igual de repentinamente que había entrado, se apoderó de mí una gran confusión, así como un pesar y un sentimiento de culpa. "¿Es acaso posible que se me perdone todo lo que he hecho en contra de mis hermanos?", pregunté con voz temblorosa. A lo que Baal Shem Tov respondió: "El día que alguien venga y te cuente esta historia, sabrás que has sido perdonado."

A Jakubowski también le gustaría que lo visitara alguien con una historia. Saber que ha sido perdonado.

LA MANSIÓN DE ALERCE EN WOJSŁAWICE Y LOS DIENTES DE ZWIERZCHOWSKI

La mansión se reformó en verano. La dotaron de un nuevo armazón y tejuelas de alerce. Las habitaciones se volvieron a pintar, limpiaron las estufas e instalaron una nueva, de hermosos azulejos blancos, que trajeron nada menos que desde Sandomierz. Hay seis habitaciones, dos de ellas se destinaron a la ilustre señora Chana y a su hija, en las demás se han instalado las mujeres que acompañan a Chana y le hacen de criadas. En una vive la familia Zwierzchowski. No hay ningún salón, se reúnen en la amplia cocina, que es el sitio más cálido de la casa. El resto de la compañía vive en la granja, en malas condiciones, pues son casas de servidumbre, carcomidas y húmedas.

Desde el principio lo peor es el miedo que les da caminar hasta el

pueblo. Allí los miran de reojo, tanto los judíos, que se han apoderado de toda la pequeña plaza del mercado para hacer sus negocios, como los gentiles, que también les muestran hostilidad. Desde que llegaron, alguien pinta unas cruces negras en las puertas de la mansión, no se sabe quién las hace ni qué significan. Las dos pinceladas cruzadas les dan un aspecto funesto.

Una noche alguien prende fuego al cobertizo, pero por suerte empieza a nevar y la nieve apaga el fuego.

Zwierzchowski y Piotrowski visitan con cierta frecuencia a la vieja Kossakowska –que ahora vela por ellos desde el palacio de sus primos Potocki en Krasnystaw– y se quejan de su falta de ocupaciones.

–Para comerciar tenemos que ir hasta Krasnystaw, o incluso hasta Zamość, porque aquí no nos dejan entrar. Tuvimos un puesto en la feria, pero nos lo tumbaron durante una nevada y robaron y destrozaron gran parte de la mercancía –dice Piotrowski, mientras sigue con la mirada a la vieja que camina por la habitación de un lado para otro–. Nos han desbaratado el carro y ahora ni siquiera tenemos con qué viajar –añade al cabo de un momento.

–La ilustre señora tiene miedo a salir de casa –toma la palabra Zwierzchowski–. Nos hemos visto obligados a apostar nuestra propia guardia en el huerto. Pero menuda guardia: mujeres, niños y ancianos.

Tras su partida, Kossakowska suspira en dirección a su prima hermana Marianna Potocka.

–No paran de pedir cosas. Esto no les gusta, lo otro tampoco. En menudo lío me he metido. La sola estufa me ha costado una fortuna.

Kossakowska está de luto por su marido. Murió el día de Navidad. Esa muerte, repentina e innecesaria (se resfrió yendo a la perrera cuando paría su perra favorita), la ha sumido en un extraño estado, como si se encontrase en una vasija llena de manteca. Cualquier cosa a la que intenta asirse se le escurre entre los dedos. Da un paso y se hunde. En sus conversaciones con Agnieszka lo llamaba «ese tullido», pero ahora se siente del todo indefensa. El entierro se celebró en Kamieniec y justo después llegó a Krasnystaw; sabe que nunca más volverá a Kamieniec.

–Ya no puedo ayudarles más –se justifica Kossakowska ante Marianna.

A lo cual, Potocka, una mujer ya mayor y muy piadosa, le dice:

–¿Y yo qué más puedo hacer? Organicé muchos bautizos, la mansión la hemos preparado juntas…

–Ya no se trata de donativos –dice Kossakowska–. Por las noticias que me llegan desde Varsovia, tienen enemigos poderosos, con inmensos recursos, que no se limitan a poner sobre la mesa bolsas llenas de oro. Te sorprenderías… –Se interrumpe por un momento y

luego exclama–: ¡Con el mismísimo ministro Brühl! Este, como es bien sabido, tiene buen trato con los judíos y les confía el dinero del Estado. ¿Qué puedo hacer yo, la pequeña Kossakowska, cuando ni siquiera el obispo Sołtyk ha podido hacer nada? –Kossakowska se frota la arrugada frente–. Aquí haría falta un sabio...

–Escríbeles –le dice Marianna Potocka– que deben quedarse quietos y esperar pacientemente. Y dar buen ejemplo a otros judíos, a esos infieles que persisten en su pecaminoso error.

Todo esto sucede en la primavera de 1762. Sopla un viento cargado de humedad típico del final del invierno. En el sótano se pudren las cebollas y un hongo devora la harina. En las puertas vuelven a aparecer cruces negras como si fueran los primeros brotes de una flora grotesca. Cuando alguno de los protegidos de Kossakowska va al mercado, los judíos le escupen en la cara y le cierran las tiendas en las narices. Los gentiles les dan empujones mientras les gritan «shabatillas». Los hombres no paran de meterse en peleas. No hace mucho, los solteros del pueblo atacaron a Zwierzchowski y a su hija adolescente cuando regresaban en carro de Lublin. A la muchacha la deshonraron y a su padre le hicieron saltar los dientes. Zwierzchowska los recogió después del barro, los llevó a la mansión y se los enseñó a todos sobre la palma de la mano. Tres dientes..., mal augurio.

A los pocos días de ese suceso, la muchacha se ahorcó, para desesperación de sus padres.

DE LA SEVICIA Y LA MALDICIÓN

La solución es sencilla, parece flotar en el aire. Es tan obvia que será difícil encontrar al autor de la idea. El asunto se presenta así:

Justo antes de la Pascua, una mujer vestida al modo judío, con un tichel en la cabeza, faldas plisadas y pañuelo sobre los hombros, acude al cura local y se presenta como la esposa del rabino de Wojsławice. Habla poco, dice tan solo que espiando ha oído que su marido y otros hombres mataron a un niño para obtener sangre cristiana, puesto que se aproxima la Pascua y se necesita sangre para cocer pan ácimo. El cura se queda de una pieza. La mujer está demasiado agitada, se comporta de forma extraña, no le mira a los ojos, camina nerviosa de un extremo a otro, se cubre el rostro. El cura no la cree. La acompaña a la puerta y le aconseja que se tranquilice.

Sin embargo, al día siguiente, el párroco, movido por su propia inquietud, viaja a Krasnystaw a visitar a la señora Marianna Teresa Potocka y a su pariente cercana Katarzyna Kossakowska, y ese mismo día los tres presentan ese inusual caso en el tribunal. Comienza la

instrucción.

Los instructores encuentran el cuerpo sin mayor esfuerzo, yace oculto bajo unas ramas en las proximidades de la casa del rabino. La piel del niño muestra señales de pinchazos, pero no está amoratada. Las diminutas heridas en el cuerpo desnudo de Mikołaj, el niño moreno de unos tres años, parecen irreales, como pequeños huecos de donde nunca ha brotado la sangre. Por la tarde son detenidos los dos rabinos de Wojsławice: Sender Zyskieluk y Henryk Józefowicz, la esposa del primero, y una veintena de hombres de la comarca. El cura busca a la misteriosa mujer del segundo rabino para que confirme su declaración, pero no da con ella. El segundo rabino resulta ser viudo. Durante la tortura a la que se sometió enseguida a todos los detenidos, estos confiesan haber cometido una docena de asesinatos, haber saqueado iglesias y profanado la hostia. Pronto sale a la luz que son asesinos los ochenta integrantes de la comunidad judía de Wojsławice. Los dos rabinos, así como Lejb Moszkowicz Sienicki y Josa Szymułowicz, tras ser torturados, confiesan como un solo hombre que fueron ellos quienes mataron al niño y que, tras desangrarlo, lo arrojaron a los perros.

Los forasteros lo confirman todo: Zwierzchowska, los dos Piotrowski, Pawłowski y los Wołowski, basando su declaración en lo escrito en el «séptimo punto». La prueba causa una gran impresión en el tribunal, tanto que al día siguiente la turba está a punto de tomarse la justicia por su mano. Kossakowska ruega a Sołtyk por lo más sagrado que se presente allí, y este finalmente aparece como especialista en este tipo de problemas. Instruye a las dos mujeres, Kossakowska y Potocka, sobre cómo deben contemplar estos asuntos. Kossakowska, que es una de las últimas en declarar, habla de las cruces en las casas y de la persecución de los forasteros. El juicio se prolonga durante mucho tiempo, porque todo el mundo quiere saber lo más posible acerca de la iniquidad judía, así que también se leen opúsculos, sobre todo de Serafinowicz –quien, judío en tiempos, cambió de fe y, años después, confesó los crímenes judíos–, así como de los padres Pikulski y Awedyk. El caso parece claro y evidente, no es de extrañar que todos los acusados sean condenados a muerte por descuartizamiento. Solo a aquellos que decidan bautizarse se les reducirá caritativamente la pena: serán descabezados. Por eso cuatro deciden bautizarse y estos, justo antes de ser descabezados, son bautizados en una ceremonia solemne en la iglesia y, una vez muertos, enterrados con gran pompa en el cementerio cristiano. Sender Zyskieluk logra ahorcarse en su celda y –puesto que ha evitado el verdadero castigo– su cuerpo es arrastrado por las calles de Krasnystaw y quemado luego en la plaza del mercado. Lo único que queda es expulsar al resto de los judíos. El rabino Zyskieluk, antes de

ahorcarse, lanza una maldición sobre todo el pueblo.

En verano, en la mansión y la granja de Wojsławice empiezan a enfermar niños, pero solo los hijos de neófitos, la plaga evita a los de los campesinos. Mueren varios. Primero, una niña de los Pawłowski, de pocos meses, después Wojtuś Majewski, y luego su hermana, de siete años. Y antes de que llegue agosto y el calor apriete más que nunca, no hay familia que no se vea afectada por la muerte de algún niño. Kossakowska llama a un médico de Zamość, pero este no sabe servir de ayuda. Aconseja poner cataplasmas calientes en pechos y espaldas. Logra salvar a la pequeña Zosia Szymanowska solo porque con un cuchillo le hace un agujero en la garganta cuando la niña empieza a ahogarse. Es una enfermedad que se transmite de niño a niño: primero tosen, luego les sube la fiebre y acaban asfixiados por la tos. Kossakowska asiste a los pequeños y modestos entierros. Cavan tumbas en el cementerio católico de Wojsławice, un poco alejadas de las demás, conscientes de lo que los separa. A finales de agosto, se celebra un entierro casi a diario. Marianna Potocka está tan horrorizada que manda construir capillas en los cinco fielatos del pueblo; los protegerán de las fuerzas del mal: santa Bárbara, de las tormentas e incendios, san Juan Nepomuceno, de las inundaciones, san Florián, del fuego, y santa Tecla, de todas las plagas. La quinta capilla está dedicada al arcángel Miguel, que debe proteger el pueblo de todo mal, maleficio y maldición.

También muere el mayor de los Łabęcki, Moshe, dejando a su muy joven esposa Teresa con un embarazo avanzado. Dicen que en el tejado de la casa en la que muere alguien, se posa un enorme cuervo negro. Nadie alberga la menor duda de que es efecto de la maldición y de que esta es poderosa y funesta. Desde que falta Moshe Łabęcki, que sabía revertir los jerems y retornarlos a la fuente de donde salieron, todos se sienten indefensos. Creen que ahora perecerán todos. Por eso se acuerdan de Chaja de Hirsch, ahora Lanckorońska, o tal vez de Rudnicka, la profetisa. La ilustre señora Chana en persona le escribe una carta rogándole urgentemente la predicción de lo que sucederá a partir de ahora. Envía a dos emisarios: con cartas para Jacob a Częstochowa, y a Varsovia para la compañía y Chaja, pero no hay respuesta. Los emisarios parecen haberse desvanecido.

LO QUE PREDICE CHAJA

Chaja, cuando habla con otras voces, tiene siempre delante un mapa pintado sobre un tablón. Hay allí distintos signos misteriosos y una especie de árbol de las Sefirot, solo que cuádruple; parece una cruz extraordinariamente adornada, como un copo de nieve de cuatro

brazos que no existe en la naturaleza. Dispone sobre él peones hechos de pan; con plumas, semillas y botones insertados, tienen un aspecto raro, parecen figuritas humanas, grotescas, indecentes. Chaja tiene dos dados, uno con números y otro con letras. En el tablero hay pintados unos círculos, pero de cualquier manera, las fronteras aparecen borrosas, desdibujadas; las letras y los signos, dispersos; en las esquinas se ven animales, soles y lunas. Hay un perro y un pez grande, parece una carpa. El tablero debe de ser viejo, porque en algunos lugares la pintura se ha desprendido por completo y ya no se sabe lo que había allí antes.

Chaja juega con los dados, les da vueltas en las manos, clava la mirada en el tablero durante largo rato –nunca se sabe cuánto tiempo pasará–, y a continuación sus ojos parpadean y tiemblan por un instante, tras lo cual los dados ruedan desvelando la respuesta. De acuerdo con esa predicción, Chaja dispone las figuritas sobre el tablero, susurra algo, las empuja. Cambia la disposición, deja unas a un lado, y de alguna parte saca otras, aún más raras. Resulta difícil comprender ese extraño juego cuando se lo mira desde fuera, pues la configuración no para de cambiar. Y mientras hace esas cosas extrañas, Chaja habla: de los niños, de la calidad de la mermelada de ciruela de este año, pregunta por la salud de los miembros de la familia... Después, con el mismo tono que ha usado para la mermelada, dice de pronto que el rey morirá y que habrá un interregno. Las mujeres se quedan petrificadas mientras amasan la pasta, los niños dejan de corretear alrededor de la mesa. Chaja clava la vista en sus figuritas y vuelve a hablar:

–El nuevo rey será el último rey de Polonia. Tres mares inundarán el país. Varsovia será una isla. La joven Łabęcka parirá un hijo póstumo, una niña que acabará convirtiéndose en una gran duquesa. A Jacob lo pondrán en libertad sus mayores enemigos y tendrá que huir al sur con sus más allegados. Todos, igual que estamos ahora en esta estancia, viviremos en un gran castillo a orillas de un ancho río, llevaremos ricas vestimentas y olvidaremos nuestra lengua.

La propia Chaja debe de estar sorprendida por lo que está diciendo. En su cara se dibuja una graciosa mueca, como si se aguantara la risa o intentara contener las palabras que brotan de sus labios. Tuerce el gesto.

Marianna Wołowska, que coloca unos huevos en unas cestas, dice:

–Ya os lo dije. Ese río es el Dniéster. Todos regresaremos a Iwanie y allí construiremos nuestros palacios. Ese gran río es el Dniéster.

EDOM SE TAMBALEA EN SUS CIMIENTOS

Tras la muerte de Augusto III de la casa de Wettin en octubre de

1763, las campanas repican durante todo el día. Los monjes se turnan en las cuerdas y a la multitud de peregrinos –que a causa del caos que reina en el país y de la época del año no es muy numerosa– la embarga de pronto un gran temor: se tienden en el suelo con los brazos en cruz, hasta tal punto que resulta imposible cruzar del atrio a la iglesia.

Jacob se entera de ello por Roch, quien aparece de inmediato y dice con cierta satisfacción:

–Habrá guerra. Eso es seguro, y tal vez volverán a llamar a filas a todo el mundo, porque ya nadie vela por este país católico, y todos los infieles y apóstatas ansían apoderarse de la Res Publica.

Jacob siente pena por ese viejo y le da unas cuantas monedas para que, como ya es costumbre, pase sus cartas evitando la censura conventual, o sea, para que las lleve al pueblo y las entregue a Szmul. Él tampoco haría ascos a una guerra. Después va a ver al prior, tiene intención de quejarse de que los hermanos retienen la comida y otras cosas que le llegan del pueblo, entre otras, el tabaco. Sabe que el prior no hará nada al respecto, pues le plantea esas quejas cada jueves. Pero el prior no lo recibe. Jacob tiembla de frío, pasa tanto tiempo esperando que finalmente se hace de noche. Entonces el prior se dirige a la misa vespertina y pasa a su lado sin dirigirle la palabra. Jacob, alto y flaco, envuelto en una capa, regresa helado a su estancia en la parte inferior de la torre.

Al caer la noche, tras, como de costumbre, pagar generosamente a los guardias, sale a escondidas a ver al señor Matuszewski y juntos escriben una carta. La mano de Matuszewski tiembla de frío cuando estampa en la parte superior de la página «Nuncio Visconti» y lo hará muchas veces más cuando mencione otros apellidos conocidos. Esa carta debe ser escrita ahora, cuando, con la muerte del rey, el antiguo orden muere y nace algo nuevo. Ahora, tras la muerte del rey viejo, cuando todo se pone patas arriba, cuando lo izquierdo se convierte en derecho, y viceversa, mientras el nuevo orden aún no está instalado, mientras las nuevas cancillerías aún no han empezado a funcionar y las leyes –aparentemente duras– se han reblandecido como el pan seco en el agua, y todos aquellos que hasta ahora estaban en lo alto intentan adivinar con quién vale la pena aliarse y a quién dejar de hablar. Justamente ahora hay una oportunidad para que esta carta surta efecto. Así que Jacob reclama su liberación. Sin embargo, si el nuncio la considerara demasiado prematura, le ruega que intervenga, pues en la cárcel sufre de estrecheces y falta de espacio. Los monjes retienen todas las ayudas que le envían su familia y amigos, no le permiten respirar aire puro, los más de dos años en la fría estancia en la parte inferior de la torre han hecho mella en su salud. Y eso que es un ferviente católico, entregado por completo a la fe, y que la

proximidad de la Santísima Virgen ha contribuido a que su fe, desde siempre fuerte y sincera, se haya vuelto aún más robusta.

Cuando terminan esta parte de la carta, aún queda lo más importante, solo que no saben muy bien cómo escribirlo. Se devanan los sesos durante toda la noche, consumen varias velas. De madrugada, esa parte también está lista. Es así como suena:

La Santa Iglesia ya ha señalado la falsedad de las acusaciones sobre el uso de sangre cristiana por parte de los judíos. Y pese a que ya nos habían achacado muchas desgracias, nos ha golpeado una más con el suceso acaecido en Wojsławice, aunque no a causa nuestra, sino por habernos convertido en herramienta en manos ajenas.

Estando eternamente agradecidos a nuestros grandes protectores, a saber: al obispo Kajetan Sołtyk, así como a Józef Andrzej Załuski, quienes tuvieron a bien acogernos en sus propiedades, y también a Katarzyna Kossakowska, nuestra mayor bienhechora, nos vemos obligados a defendernos ante cualquier sospecha de que fuimos nosotros quienes vertimos las primeras acusaciones contra los judíos de Wojsławice por el derramamiento de sangre cristiana y el atroz crimen contrario a las enseñanzas de la Santa Iglesia que allí se cometió, sin que tuviéramos nosotros participación consciente alguna, pues somos buenos católicos.

DE CÓMO EL INTERREGNO AFECTA AL TRÁFICO DE CARRUAJES EN LA AVENIDA DE KRAKOWSKIE PRZEDMIEŚCIE

Al parecer en Varsovia hay falta de alojamiento y el tráfico en Krakowskie Przedmieście se ha vuelto inmisericorde. Todo hombre poderoso sale con su carroza y enseguida se forma una gran aglomeración y no hay manera de circular.

Agnieszka ha aprendido a practicar sangrías a su señora, pero últimamente no son de mucha ayuda. De día, Kossakowska se encuentra bien, pero por la noche no puede dormir, sufre de golpes de calor y palpitaciones del corazón. Ya han llamado tres veces al médico. A lo mejor debería quedarse en casa, en Busk o en Krystynopol. Pero en realidad, ¿dónde tiene exactamente su residencia Katarzyna Kossakowska?

En cuanto murió el rey, se trasladó de inmediato a la capital donde se alió con Sołtyk para apoyar la candidatura al trono del príncipe Federico Cristián. La carroza del obispo, en la que ahora se dirigen a casa del hetman Branicki para tratar asuntos políticos, se ha quedado atrapada en Krakowskie Przedmieście, a la altura de la calle Świętokrzyska. Kossakowska, sentada enfrente del grueso y sudoroso Sołtyk, dice con su voz grave, casi masculina:

–¿Cómo no dudar del estado de cosas en este país viendo cómo nuestro destino está en manos de nuestros amados esposos, hermanos y padres? Miradlos de cerca, Excelencia, mi querido obispo. Uno se entrega a la novísima alquimia y busca la piedra filosofal, al otro le da por pintar cuadros, un tercero se pasa las noches en la capital dilapidando el dinero de sus propiedades en Podolia, y el de más allá..., ¡lo que hay que ver! Le apasionan los caballos, gasta enormes sumas en potros árabes. Y aún me he olvidado de los que escriben poesías cuando deberían ocuparse de las cuentas. Ah, y también de esos que untan de pomadas sus pelucas mientras sus sables se oxidan...

El obispo no parece escucharla. Mira a través de la rendija de la ventanilla; están junto a la iglesia de la Santa Cruz. El obispo está preocupado porque vuelve a tener deudas. Parece que el elemento recurrente en la vida del obispo es algo dolorosamente real: las deudas.

–... A menudo pensamos que Polonia somos nosotros –prosigue obstinadamente Kossakowska–. Pero Polonia también son ellos. Pues ese campesino al que hace poco habéis tenido a bien azotar no sabe que él también pertenece a la Res Publica, ni ese judío que se hace cargo de vuestros negocios, él tampoco lo sabe, o quizá incluso no quiera admitirlo..., al fin y al cabo, vamos en el mismo barco y deberíamos preocuparnos los unos de los otros en lugar de saltarnos al cuello para arrebatarnos las sobras de la boca como si fuéramos perros salvajes. Como ahora. ¿Vamos a permitir que en nuestro país manden embajadores de Rusia? ¿Que nos impongan un rey?

Kossakowska sigue hablando hasta la misma calle Miodowa, y Sołtyk mentalmente se sorprende de su energía inagotable, pero el obispo no sabe lo que sabe Agnieszka: Kossakowska, desde la maldición en Wojsławice, no puede dormir y se flagela cada noche. Si por un milagro el obispo Sołtyk tuviera la posibilidad de desabrochar su corpiño, apartar la camisa de lino y dejar al descubierto su espalda, vería los efectos de ese desvelo: verdugones dispuestos al azar como si formaran parte de una inscripción inconclusa.

PINKAS COMPONE DOCUMENTA JUDAEOS

El rabino Rappaport es un hombre alto y apuesto con una barba blanca que se desdobla y desciende hasta su pecho como dos carámbanos. Habla en voz baja y de esa sencilla manera obliga a la gente a esforzarse por comprender sus palabras, la fuerza a prestar atención. Allí donde aparece siempre inspira respeto. Hoy será igual: enseguida se presentará Kohen Rappaport, gran rabino de Lwów; entrará en silencio y aun así todas las miradas se dirigirán hacia él desde las mesas y todo el mundo se callará. Será entonces cuando

Pinkas le mostrará uno de los primeros folletos, ya doblado y cosido, con las páginas perfectamente cortadas. Pinkas, aunque es mayor que Rappaport, tiene a menudo la sensación de que este último es su padre o incluso su abuelo. Es cierto que los hombres santos no tienen edad, nacen ya viejos. Su alabanza significa más para Pinkas que un lingote de oro. Más tarde rememorará cada palabra del rabino y repasará mentalmente la escena de la loa. El rabino nunca regaña. Cuando no alaba, calla, y su silencio pesa como una piedra.

En casa del rabino hay una especie de gran cancillería. Se han instalado mesas grandes y pequeñas, así como pupitres donde se copia el documento más importante del momento. El texto ya se ha pasado a la imprenta y ya disponen de las primeras pruebas en hojas sueltas. Unos las cortan, otros las pliegan convirtiéndolas en un pequeño folleto al que pegan una cubierta de cartón algo más gruesa donde se lee un largo y complicado título que abarca media página: Documenta Judaeos in Polonia concernentia ad Acta Metrices suscepta et ex iis fideliteriterum descripta et extradicta.

Pinkas ha aportado su grano de arena, pues ha organizado toda esta oficina, y puesto que sabe hablar y leer en polaco, ha ayudado en la traducción. Ha sido de mucha ayuda a la causa un tal Zelik, que escapó de la matanza de Żytomierz y recorrió a pie media Europa para reclamar justicia ante el Papa. Todo lo que aquel hombre consiguió en su misión ahora es necesario traducirlo al polaco y al hebreo para el Santo Oficio de Roma, y también traducir al latín y al hebreo aquello que en 1592 se inscribió en las actas de la corona. Y además, una carta de recomendación para Zelik al nuncio de Varsovia expedida por el prefecto del Santo Oficio, donde se dice claramente que el Santo Oficio, tras el minucioso análisis del caso de las acusaciones del uso de sangre cristiana en Żytomierz y el supuesto asesinato ritual, afirma que dichas acusaciones son del todo infundadas. Y que toda acusación de este cariz debe ser rechazada, pues el derramamiento de sangre cristiana no tiene fundamento alguno ni en la religión ni en la tradición judía. Finalmente, Rappaport, gracias a sus contactos, ha logrado hacerse con la carta que Visconti, el nuncio apostólico, envió al ministro Brühl, en la que el nuncio confirma que los judíos se han dirigido en busca de ayuda a la máxima autoridad eclesial, el Papa, y que el Papa ha asumido su defensa ante aquellas terribles acusaciones.

Y las cosas se desarrollan casi exactamente como Pinkas las imaginó, aunque rara vez ocurre que la imaginación coincida tan bien con la realidad (Pinkas tiene la edad suficiente para comprender cómo funciona: Dios solo nos pone en situaciones que no somos capaces de imaginar).

Rappaport entra y Pinkas le entrega el folleto ya preparado. En el rostro del rabino aparece una sombra de sonrisa, pero hay algo que

Pinkas no ha previsto: el rabino, por costumbre, abrirá el folleto por la última página, como suelen hacer los judíos, y entonces, en lugar de la página del título, verá solo la conclusión:

El Santo Oficio ha estudiado recientemente todos los atestados disponibles según los cuales los judíos utilizan sangre humana para cocer su pan llamado matzot, y con ese fin matan a niños. Afirmamos con rotundidad que no existe base alguna para tales acusaciones. Si semejantes acusaciones vuelven a surgir, la resolución no podrá basarse en los testimonios orales de los testigos, sino en pruebas criminales convincentes.

El rabino pasea la mirada por esas palabras, pero no entiende lo que lee. Hasta que Pinkas, tras esperar un momento, se le acerca e inclinándose sobre él se lo traduce en una voz baja en la que resuena un tono triunfal.

A QUIÉN SE ENCUENTRA PINKAS EN EL MERCADO DE LWÓW

Pinkas observa a un hombre en el mercado de Lwów. Vestido al modo cristiano, pelo hasta los hombros, fino, plumoso. Golilla blanca al cuello, rostro afeitado y envejecido. Dos arrugas surcan verticalmente una frente todavía joven. Ya sabe que está siendo observado, por lo que renuncia a la compra de unas medias de lana e intenta desaparecer entre la multitud. Pinkas, sin embargo, va tras él, sorteando a los comerciantes. Tropieza con una muchacha con un cesto de nueces y finalmente logra agarrar al hombre por los faldones de su abrigo.

–¿Jankel? ¿Eres tú?

El otro se vuelve de mala gana y mira a Pinkas de pies a cabeza.

–¿Jankel? –pregunta Pinkas ya un poco menos seguro y suelta el abrigo.

–Soy yo, tío Pinkas –dice el abordado en voz baja.

Pinkas se queda de una pieza. Se tapa los ojos con las manos.

–¿Qué te ha pasado? ¿Ya no eres rabino en Glinno? ¿Cómo es que vas de esta guisa?

El otro parece decidirse:

–No puedo hablar contigo, tío. Me tengo que ir…

–¿Cómo que no puedes hablar?

El antiguo rabino de Glinno le da la espalda con intención de alejarse, pero le cortan el paso unos campesinos con unas vacas. Pinkas dice:

–No voy a dejar que te vayas. Tienes que explicármelo todo.

–No hay nada que explicar. No me toques, tío. Ya no tengo nada

que ver contigo.

–¡Puf! –Pinkas comprende y el espanto lo hace tambalearse–. ¿Sabes que te has condenado por los siglos de los siglos? ¿Estás con ellos? ¿Ya bautizado o aún esperando tu turno? Si tu madre viviera para verlo, se le rompería el corazón.

De repente, Pinkas, en medio de la plaza del mercado, se echa a llorar; sus labios cobran forma de herradura, un sollozo estremece su flaco cuerpo, las lágrimas brotan de sus ojos e inundan por completo su pequeño y arrugado rostro. La gente lo mira con curiosidad pensando seguramente que es un pobre hombre al que han robado y que ahora llora por las monedas perdidas. El antiguo rabino de Glinno, ahora Jakub Goliński, mira vacilante a su alrededor y a todas luces siente lástima por su pariente. Se acerca y lo coge suavemente del brazo.

–Sé que no me entenderás. No soy una mala persona.

–Satanás os ha poseído, sois peor que el mismo Satanás, nunca se ha visto nada igual... ¡Tú ya no eres judío!

–Tío, vayamos a un portal.

–¿Sabes que por vuestra culpa perdí a Gitla, mi única hija? ¿Lo sabes?

–No la he visto por ahí.

–No está. Se ha marchado. Nunca la vais a encontrar.

Entonces, de repente y con gran ímpetu, golpea el pecho de Goliński con todas sus fuerzas, y Goliński, pese a ser grande y fuerte, no puede evitar tambalearse tras el golpe.

Pinkas se pone de puntillas y le espeta en plena cara:

–Jankel, hoy me has clavado un cuchillo en el corazón. Pero llegará el día en que vuelvas con nosotros.

Después da media vuelta y se aleja a paso rápido entre los puestos.

UN ESPEJO Y UN SIMPLE VIDRIO

Kossakowska logra obtener permiso para el encuentro de los cónyuges en Częstochowa. Todos están ocupados con la política: la elección del futuro rey. El prior del monasterio se aviene a suavizar las condiciones del encarcelamiento. A principios de otoño, con gran alivio, Chana, Avacha y un nutrido grupo de verdaderos creyentes abandonan la odiosa Wojsławice y ponen rumbo a Częstochowa. Marianna Potocka está enfadada tanto con ellos como con Katarzyna. No solo el pueblo perdió a aquellos judíos, sino que ahora encima se van estos otros, abandonando la mansión de alerce. Dejan las puertas abiertas y basura en el suelo. Allí donde se montaban en los carros hay todavía unos trapos embarrados y pisoteados. De su estancia aquí solo darán fe esas tumbas bajo el gran olmo, un poco apartadas, con unas

cruces de abedul hechas de cualquier manera y unos montoncitos de piedras. Solo la tumba del rabino Moshe de Podhajce, gran cabalista y creador de poderosos amuletos, se distingue de las demás por las pequeñas piedras blancas con las que la rodeó su esposa.

Llegan a Częstochowa el 8 de septiembre de 1762. Atraviesan las murallas del monasterio con solemnidad, hermosamente adornados con ramos de flores amarillas y violeta. Los guardias de la fortaleza y los frailes los miran asombrados, pues en nada recuerdan a los cansados peregrinos, más bien parecen un cortejo nupcial. Y casi enseguida, el 10 de septiembre, Chana y su marido, que no se han visto durante casi dos años, yacen por primera vez, a la luz del día, con conocimiento de todo el cortejo. Ocurre en la sala de oficiales, cuyos ventanucos son cuidadosamente tapados para que ningún extraño pueda participar en ese tikún, en ese acto que repara el mundo. Y el corazón de todos los testigos se llena de esperanza, ya ha pasado lo peor y el tiempo volverá a correr hacia delante. Un mes más tarde, la mano de Matuszewski apunta en su caótica crónica que el 8 de octubre (el Señor ha prohibido definitivamente el calendario judío) Chana y Jacob conciben un hijo, cosa que sabe por las palabras del Señor.

La compañía ha alquilado dos casas en la barriada de Wieluńskie Przedmieście, el resto se hacina en habitaciones particulares, pero se mantienen unidos. Así que en el lado norte del monasterio ha crecido un pequeño asentamiento formado tan solo por verdaderos creyentes, de manera que Jacob, cuando no ayuna, tiene fruta y verdura frescas a diario, así como huevos y carne.

Las chozas del asentamiento llegan casi hasta la muralla, y los más jóvenes, como Jan Wołowski, son tan despabilados como para trepar por la muralla y pasar a hurtadillas algo al preso, sobre todo si antes han depositado algunas monedas en las manos de los veteranos. Entonces estos se echan una cabezada apoyados sobre sus picas o, sencillamente, quejándose del frío, desaparecen bajo techo para jugar a los dados. Bajo el manto de la noche han conseguido incluso instalar una polea en la muralla gracias a la cual es posible subir con una cuerda sacos con víveres. Hay que tener mucho cuidado para que ningún fraile se percate de la presencia de esa polea en la muralla. Últimamente el Señor pide cebolla y es porque el cautiverio lo ha dejado muy debilitado, le sangran las encías y le duelen las muelas. También se queja de dolor en un oído y de que sufre mareos. Chana, con el visto bueno del monasterio, tiene derecho a visitar a su esposo una vez al día, pero sus visitas se alargan y a menudo se queda a pasar la noche. También lo visita otra gente. Ahora acuden a ver al Señor pequeñas peregrinaciones. Todos acuden ataviados cuidadosa aunque

modestamente, al modo cristiano, con ropa de ciudad; las mujeres se diferencian por completo de las judías de Częstochowa, que van vestidas con colores chillones y enormes tichels en la cabeza. Las verdaderas creyentes van tocadas con cofias de ciudad, y aunque algunas lleven zapatos con suela desprendida y la plica polaca oculta bajo la cofia de lino con encaje agrisado, mantienen la cabeza bien alta. Ahora que las prohibiciones se han suavizado, el Señor manda a Varsovia un mensaje pidiendo que le envíen mujeres, puesto que ellas no participaron en la traición; a partir de ahora serán sus guardianas. Necesita mujeres, naarot, es decir, doncellas, para su pequeña Avacha, cortesanas y maestras. Y también necesita mujeres para que cuiden de él. Mujeres, muchísimas mujeres, en todo y para todo, como si su dulce y vibrante presencia pudiera revertir el oscuro tiempo de Częstochowa.

Y ya están aquí. Wittel Matuszewska es la primera en llegar. Luego, la esposa de Henryk Wołowski, jovencita pero sensata, algo pesada quizá, de bonito aunque ancho rostro, voz baja y cantarina, y hermosa y brillante cabellera castaña que escapa de su rodete. También está Ewa Jezierzańska, menuda, bajita, con una oscura marca de nacimiento en el cuello cubierta de pelusa de la que se avergüenza, por lo que la cubre siempre con un pañuelo. Pero tiene una bonita cara que recuerda al hocico de un joven armiño, los ojos oscuros y aterciopelados, hermosa tez y una impresionante melena recogida con un lazo. Está también la mujer de Franciszek Wołowski, la mayor de todas, bella y bien plantada, dotada de una voz pura y talento para la música. También están las mismas mujeres que el Señor eligió en Iwanie: Pawłowska, Dembowska y Simcie Czerniawska, la hermana de Antoni. Han acudido también Lewińska y la esposa de Michał Wołowski. Asimismo, Klara Lanckorońska, la hija de Chaja, de formas generosas y ojos risueños. Todas han venido de Varsovia sin maridos, en dos carros. Cuidarán del Señor.

Jacob las hace ponerse en fila y las observa primero con rostro grave (Piotrowska dirá más tarde «como un lobo»), sin sonreír. Su mirada se deleita, son tan hermosas. Se pasea ante ellas como si fueran soldados y deposita un beso en la mejilla de cada una. Después manda a la sorprendida Chana que se una a ellas.

Mientras las contempla dice lo mismo que solía decir en Iwanie: que escojan a una, pero de común acuerdo y sin riñas, y que esta se quedará con él durante un tiempo y él la honrara siete veces en la noche y seis en el día. Esa mujer dará luego a luz a una hija; en cuanto se quede encinta, todo el mundo lo sabrá, pues dejará tras de sí una estela de hilo rojo.

Las mujeres se ruborizan. La mayor de las Wołowska, Marianna, hermosamente vestida, tiene mellizos de un año, los dejó al cuidado

de su hermana en Varsovia y le gustaría regresar cuanto antes. Da un paso atrás, algo confundida. Las solteras son las que más se sonrojan.

–Yo seré la mujer que se quede contigo –dice Chana de pronto.

A todas luces esto enoja a Jacob, quien suspira y baja la mirada mientras todas ellas, asustadas, se sumen en el silencio. Pero el Señor no dice nada, ignora la propuesta de su mujer, es evidente; al fin y al cabo, Chana está embarazada. Además, es su esposa. Las lágrimas acuden a los ojos de Chana, quien, repentinamente rechazada, sale junto a las demás. La mayor de las Wołowska le pone la mano en el hombro, pero no dice nada.

Cuando las mujeres bajan juntas de la colina del monasterio rumbo al pueblo cruzándose con los penitentes, Zwierzchowska, que no participa en esa elección, pues, como si fuera lo más natural, está con el Señor a diario, afirma en voz alta que primero hay que saber a cuál de ellas le gustaría. En ese momento se presentan voluntarias casi todas, salvo las dos Wołowska. Se produce un alboroto y en el momento de máxima agitación se pasan al judío; ahora hablan en su lengua, susurrando.

–Iré yo –dice Ewa Jezierzańska–. Lo quiero más que a mi vida.

Pero las demás se revuelven.

–Yo también iré de buena gana –dice Marianna Piotrowska–, sabéis que no tengo hijos. Quizá él me dé uno.

–También puedo ir yo. Estuve con él en Iwanie. Además es mi cuñado –dice Pawłowska.

Es cierto que tiene una hija de él. Todo el mundo lo sabe.

Zwierzchowska las manda callar porque unos peregrinos rezagados unidos en una oración se detienen a mirar a ese grupo de féminas enfervorizadas.

–Hablaremos de ello en casa –zanja la discusión.

Todos los días el Señor pregunta si han elegido a una, pero ellas no logran ponerse de acuerdo. Finalmente lo echan a suertes y le toca a la mujer de Henryk Wołowski, amable, sensata y además bonita, quien, estupefacta, se ruboriza y agacha la cabeza. Es la que más votos ha recibido, pero Ewa Jezierzańska no se conforma con ningún resultado, y debe haber unanimidad.

–O yo o ninguna –dice.

Por eso Lewińska, quien es de especial agrado de Jacob por su serenidad y ponderación, se dirige al monasterio y solicita visitar a Jacob. Le suplica que elija él mismo, porque ellas no son capaces. El Señor se enfada tanto que se niega a recibir a ninguna durante todo un mes. Finalmente Chana toma cartas en el asunto y con suma habilidad le sonsaca a Jacob cuál de ellas le parece la más adecuada. Y él señala a Klara Lanckorońska.

Varios días después, cuando se sientan a comer en la sala de oficiales, Jacob, satisfecho, le dice a Klara Lanckorońska que sea ella la primera en sumergir su cuchara en la sopa. Klara agacha la cabeza y en sus mejillas de color rosa claro aparece un intenso rubor. Todos, cuchara en mano, quedan expectantes.

–Klara, empieza tú –dice el Señor, pero ella se resiste como si la estuviera instando a cometer el mayor de los pecados.

Finalmente, Jacob arroja su cuchara y se levanta de la mesa.

–Si no me queréis obedecer con semejante bagatela, ¿qué pasará cuando os ordene hacer algo más grande? ¿Acaso puedo contar con vosotras? ¿O sois como ovejas y liebres?

Cabizbajas, guardan silencio.

–Os he colocado como si fuerais un espejo transparente del que yo soy el fondo, es decir, esa lámina gracias a la cual el espejo es espejo y podéis veros reflejadas en él. Pero ahora me he visto obligado a quitar esa lámina y ante vosotras solo tenéis un simple vidrio.

Por la tarde se le ocurre una nueva idea. Manda llamar a Wittel Matuszewska, su mano derecha desde el momento en que repudió a Jakubowski.

–Quiero que los hermanos que tienen esposas que no forman parte de nuestra comunidad, las dejen y desposen a nuestras hermanas. Y quiero que las mujeres que se han casado con hombres que no forman parte de nuestra comunidad tomen por marido a uno de nuestros hermanos. También quiero que esto se haga públicamente. Y si alguien os pregunta por qué, decidle que es por orden mía.

–Jacob, no puede ser –responde atónita Wittel Matuszewska–. Se trata de parejas estables. Pueden hacer mucho por ti, pero no hasta el punto de abandonar esposas y maridos.

–Ya lo habéis olvidado todo –dice Jacob al tiempo que descarga un puñetazo contra la pared–. Ya no sois verdaderos creyentes. Todo os va demasiado bien. –De sus nudillos heridos brota un poco de sangre–. Debe ser como he dicho, Wittel. ¿Me oyes?

Tal y como anticipó Jacob, en julio de 1763, en una casa de Wieluńskie Przedmieście, nace un hijo suyo que recibe el nombre de Jacob. Un mes más tarde, cuando Chana se ha recuperado del parto, en la sala de oficiales del monasterio de Jasna Góra se produce una unión solemne de los cónyuges. Para el nacimiento del segundo hijo, Roch, en septiembre de 1764, acuden a Częstochowa numerosos seguidores de Jacob. Regresan del exilio los antiguos creyentes: los que quedaban en Wojsławice, en Rohatyn, en Busk y en Lwów, y todos ellos deciden establecerse más cerca de Jacob, tal vez en la misma Częstochowa. Acuden asimismo a visitarlo sus amigos de Turquía y Valaquia, convencidos de que el cautiverio de Jacob en el lugar más

sagrado de Edom cumple sin duda la profecía.

Un poco antes, en agosto de 1763, Frank manda a alguien a Varsovia a buscar a Jakubowski, quien se presenta de inmediato. Se acerca al Señor, encorvado, como si esperase un golpe, como si se preparase para el dolor, pero de pronto es el Señor quien se arrodilla ante él... Se produce el silencio.

Después la compañía debatirá por los rincones si el Señor lo ha hecho por diversión o por verdadero respeto hacia Piotr Jakubowski, en tiempos llamado Nachman de Busk.

LA VIDA COTIDIANA EN LA CÁRCEL Y DE TENER NIÑOS EN UNA CAJA

Wajgełe de Nachman, ahora Zofia Jakubowska, va a menudo al bosque que hay a las afueras y busca allí una rama de tilo bastante gruesa; debe ser fresca, todavía llena de savia. No se sabe por qué elige una y no otra. Ella sí lo sabe. La lleva a casa, a Wieluńskie Przedmieście, donde los Jakubowski alquilan una habitación, y se sienta con ella en la parte posterior de la casa, allí donde nadie la ve. Toma una navaja bien afilada y empieza a tallar la forma de un pequeño ser humano en la madera. Cuando ya se distinguen brazos y cuello y cabeza, Wajgełe no logra contener el llanto, la sacude un sollozo, como un espasmo, como una flema que hay que expulsar. Anegada en lágrimas, pinta los ojitos, siempre cerrados, los labios diminutos, viste a la figurita de madera con la ropa de su hija muerta y la esconde bajo el banco. Como si fuera una niña, acude a ese lugar para jugar con la muñequita. La abraza, la pone contra su pecho, le habla en susurros y ese juego termina por tranquilizarla: es la señal de que Dios se ha apiadado de ella y ha alejado su dolor. Entonces mete la muñequita en una caja especial escondida en el desván junto con las otras muñecas. Son ya cuatro; las hay más pequeñas y más grandes. De dos Nachman ni siquiera sabe que fueron concebidas. Saltaron de ella demasiado pronto, demasiado pequeñas, cuando él estaba de viaje. No le dijo nada. Las envolvió en una lona y las enterró en el bosque.

Cuando se acuestan, ella ahoga sus gemidos en la almohada. Se da la vuelta y deposita la mano de Nachman sobre su pecho desnudo.

–Duerme conmigo.

Nachman carraspea y le acaricia el pelo.

–No tengas miedo. Él te dará la fuerza y la salud que permitan a tu cuerpo quedarse encinta.

–Le tengo miedo.

–¿Qué dices? ¿No ves que todos estamos bañados en luz, no ves cómo se han transformado nuestros rostros, cuán bellos son ahora? ¿Y

esa luz encima de Jacob? ¿No la ves? Un resplandor verde. Ahora somos los elegidos de Dios. Dios está dentro de nosotros, y quien lleva a Dios en el cuerpo no está sujeto a simples leyes.

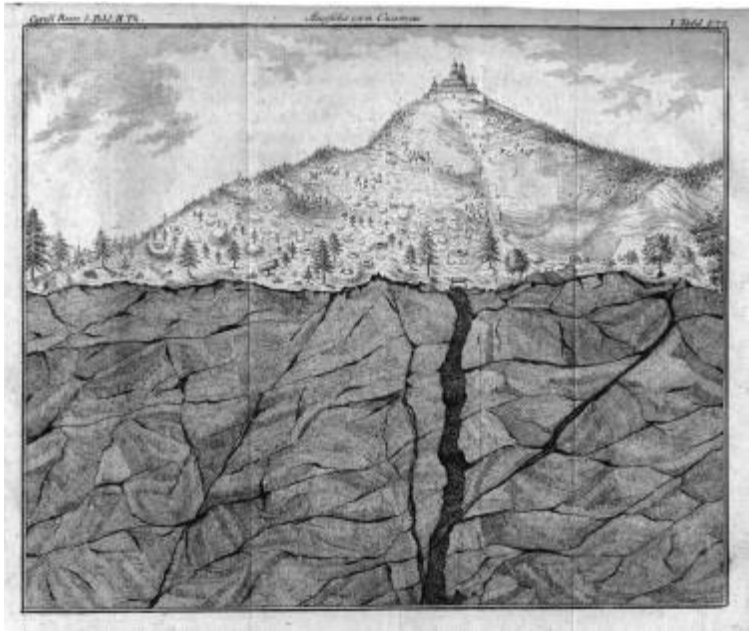
–Así brillan las setas en la noche –dice Wajgełe–. La luz en la seta, de la humedad, de la penumbra...

–¿Qué dices, Wajgełe?

Wajgełe llora. Nachman-Jakubowski le acaricia la espalda hasta que un día Wajgełe consiente.

Jacob le ordena quedarse. Él mismo se tiende sobre Wajgełe, rígido, con un gemido, y hace lo que ha de hacer sin ni siquiera mirarla. Al final Wajgełe deja escapar un profundo suspiro.

Todas las tardes se reúnen en la sala de oficiales, y Jacob imparte sus enseñanzas tal y como solía hacer en Iwanie. A menudo señala a una persona de la compañía y empieza su relato a partir de la historia de la persona señalada. Esta tarde le toca a Wajgełe, la esposa de Nachman. Le manda sentarse a su lado y deposita la mano sobre su hombro. Wajgełe está pálida y marchita.



–La muerte de un niño es la prueba de que no existe un Dios bondadoso –dice Jacob–. ¿Cómo podría existir si destruye lo más preciado: la vida de alguien? ¿Qué provecho saca ese Dios de matarnos? ¿Acaso nos tiene miedo?

Semejante presentación de las cosas desazona a los asistentes. Se susurran unos a otros.

–Allí adonde nosotros nos dirigimos no habrá leyes, porque ellas nacen de la muerte mientras que nosotros estamos unidos a la vida. La fuerza del mal que creó el universo solo puede ser purificada por la Doncella. La mujer vencerá a esa fuerza porque es ella quien tiene poder.

De pronto, Wajgełe vuelve a echarse a llorar, y al cabo de un instante se le une la vieja Pawłowska y las demás también gimen. Los ojos de los hombres se tornan vidriosos. Jacob cambia el tono de su voz:

–Pero los mundos creados por el Dios bondadoso sí existen, solo que están ocultos a las personas. Únicamente los verdaderos creyentes podrán encontrar el camino que conduce a ellos, pues no están lejos. Tan solo hay que saber cómo llegar. Yo os lo diré: el camino hasta ellos conduce a través de las cuevas de Olsztyn en las afueras de Częstochowa. Allí está la entrada. Allí está la cueva de Macpela, allí está el centro del mundo.

Despliega ante ellos una gran visión: todas las cuevas del mundo están unidas, y allí donde confluyen el tiempo transcurre de otra manera. Por eso, si alguien se durmiera en una cueva así, si se quedase transpuesto durante un rato y después quisiera regresar a su aldea, allí donde dejó a su familia, enseguida descubriría que sus padres han muerto, que su esposa es una vieja decrépita y sus hijos unos ancianos.

Asienten con la cabeza, conocen esas historias.

–Así que también esta cueva que se halla en las afueras de Częstochowa se une directamente con la cueva de Korolówka, y esta a su vez con la cueva donde descansan Abraham y los primeros padres.

Se oye un suspiro. Así que todo está enlazado con todo, ligado.

–¿Alguien conoce la distribución de esas cuevas? –pregunta esperanzada Marianna Pawłowska.

Jacob la conoce, es evidente. Jacob sabe dónde y cuándo hay que torcer para llegar hasta Korolówka o hasta otro mundo, ese donde todas las riquezas y carrozas cargadas de oro esperan a aquel que quiera llevárselas.

Se deleitan cuando describe esas riquezas en detalle, así que lo hace con precisión: paredes de oro, valiosas cortinas bordadas en oro y plata, las mesas puestas con platos de oro, y en ellos, en lugar de fruta hay grandes piedras preciosas, rubíes, zafiros del tamaño de una manzana o de una ciruela, manteles de damasco bordados con hilo de plata, lámparas de cristal de bohemia...

Wajgełe, o sea, Zofia Jakubowska, quien todavía no sabe que está embarazada, se imagina que en realidad no necesitaría nada de todo

aquello, que le bastaría un terrón de rubí del tamaño de una manzana... Y ya no escucha, sino que planea qué haría con semejante piedra. A saber: Wajgełe Zofia Jakubowska la mandaría cortar en piedras más pequeñas para que nadie la pudiera acusar de haber robado tal prodigio; el poseer una piedra tan grande también entraña sus peligros, tienta a ladrones y malhechores. Así que ella cortaría en secreto esa piedra (pero ¿quién se encargaría de hacerlo?) y poco a poco, por seguridad, vendería las pequeñas piedras, una tras otra, en diferentes ciudades. Y de ello viviría. Se compraría una pequeña tienda, y después una casa, también pequeña, pero bonita, luminosa y seca, así como ropa blanca de paño fino y medias de seda, una media docena, de repuesto. Y seguramente encargaría faldas nuevas más livianas, y otras de lana, para el invierno.

Cuando todos se marchan y abandonan en silencio el monasterio para regresar al pueblo, Nachman Jakubowski se queda. Una vez que están a solas, Nachman se arrodilla y abraza las piernas de Jacob.

–Te traicioné para salvarte –dice dirigiéndose al suelo con voz apagada–. Tú lo sabes. Tú lo quisiste.

EL AGUJERO AL ABISMO, ES DECIR, LA VISITA DE TOVA Y SU HIJO CHAIM EL TURCO EN 1765

La primera decisión del nuevo rey, mal acogida en el monasterio, ha sido retirar a los paulinos la custodia de la fortaleza de Jasna Góra, lo que ha hecho menguar los fondos del monasterio a la mínima expresión, y bien se puede decir que lo ha dejado en las últimas. Los priores cambian cada uno o dos años, y ninguno es capaz de encontrar una solución, ya que ellos, los frailes, no están versados en administrar semejantes explotaciones. Y el monasterio no deja de ser una.

Ninguno sabe qué hacer tampoco con ese engorroso preso que ya se ha apropiado de toda la torre, que trata como servidumbre a los viejos oficiales y a quien resulta difícil negarle cierta libertad a cambio de sus generosos donativos. El prior lo observa tanto a él como a sus frecuentes visitas: se pasan horas en la iglesia, contemplando la sagrada imagen, y la visión de su ferviente oración, así como su afición a permanecer días enteros tendidos con los brazos en forma de cruz, lo impresionan sobremanera. Siempre dispuestos a ayudar al monasterio, parecen pacíficos y resignados al castigo impuesto a su Señor. A veces se oye alguna que otra riña y gritos procedentes de la torre. En alguna ocasión se les ha oído cantar, y esto último se lo habían prohibido terminantemente, a menos que fueran himnos católicos.

El prior Mateusz Łękawski les era menos favorable que su sucesor y

predecesor Mniński. Łękawski fue informado de que en la sala de oficiales se cometían actos impuros. El mero hecho de que esa familia viviera en el sagrado territorio del monasterio disgustaba al prior y también lo incomodaba el número de mujeres que merodeaban por allí. A su sucesor, en cambio, no le molesta en absoluto. Mniński se preocupa por las pinturas de la capilla, le duele el mal estado de la techumbre y se regocija ante cada moneda que le proporcionan generosamente los neófitos. Contemplar a las féminas es de su agrado, y estas le gustan especialmente.

Ahora ve cómo hacia la entrada siguen a Jacob dos mujeres. Una de ellas va con un niño recién nacido en brazos. La otra lleva de la mano a una niña. Jacob va delante y saluda jovialmente a los peregrinos, quienes, sorprendidos por su alto gorro turco y su abrigo también turco, se detienen para mirarlo. Junto a la entrada, Jacob da la bienvenida a dos hombres vestidos a la turca. Lo hace como si llevaran mucho tiempo sin verse. La mujer con el recién nacido se arrodilla ante el mayor de ellos y le besa la mano. El prior adivina que se trata de su padre. Ha dado permiso al preso para abandonar el monasterio. Debe regresar antes de la noche. Ve cómo todos se dirigen hacia el asentamiento. Sí, es el padre de Chana, Yehuda Tova ha-Levi, no ha envejecido mucho. Es un hombre obeso de tez morena, su frondosa barba, todavía negra, sin rastro de canas, le cae sobre el pecho; tiene suaves rasgos y labios sensuales. Chana ha heredado de él sus hermosos y grandes ojos y el color aceitunado de la piel, en la que nunca se ve rastro de rubor. Llegan hasta la habitación que le ha alquilado su hija. Tova se aposenta en una silla. No está nada cómodo, prefiere sentarse sobre cojines, a la manera turca. Deposita las manos sobre su abultada barriga: son suaves y delicadas como las de un sabio.

Su hijo, el hermano gemelo de Chana, Chaim, se ha convertido en un hombre apuesto, aunque sin la prestancia de su padre. Como Tova, tiene una cara redonda y de rasgos regulares. Las cejas oscuras y muy pobladas están a punto de unirse y dividir su rostro horizontalmente. Chaim, vestido a la turca, es amable y cordial. La sonrisa no desaparece de su cara, como si intentase conquistar a todos. Se nota que lo han educado con amor, pues se muestra seguro de sí mismo, sin por eso resultar altanero. El viejo Tova sostiene en el regazo a Avacha, que se ha quedado flaca como un cervatillo. Por eso el abuelo le ofrece higos secos y dulces turcos. Chana está sentada al lado de su padre con el pequeño Jacob junto al pecho, las diminutas manos del niño juegan con los flecos del chal que Tova ha traído de regalo para su hija. La llegada de su padre y hermano la ha animado mucho: tiene la certeza de que se aproxima un cambio importante, aunque no sabe de qué naturaleza. Mientras hablan, pasea su mirada inquisitiva del

marido al padre y del padre al hermano, pues depende de los hombres, de lo que ellos decidan. Y así durante toda la tarde, hasta que la vence el sueño.

Jacob regresará a su celda muy entrada la noche. Al día siguiente, Roch recibirá una reserva de buen tabaco turco y varias pipas. Tampoco desdeñará la tintineante moneda, la guardará deprisa en el deshilachado bolsillo de su pantalón. Además de un generoso donativo, al monasterio llegará una cesta de dulces. Alguien ha dicho que los frailes son muy golosos porque no pueden gozar de muchos placeres de la vida.

Mientras Jacob habla, podría parecer que Tova no lo escucha; no para de pasear la mirada por la estancia, la centra en sus dedos, y de vez en cuando, con un suspiro de impaciencia, cambia la incómoda postura. Pero no es así. Tova es todo oídos. Quizá simplemente le ponga nervioso lo que le cuenta Jacob, a quien los cinco años de aislamiento han dado mucho tiempo para pensar en sus cavilaciones. Algunas de ellas Tova las considera irreales, otras dañinas. Algunas resultan interesantes. Una, terrorífica.

Tova ya no puede oír hablar de la Shejiná apresada en la imagen del monasterio, empieza a tamborilear con los dedos. Jacob, de nuevo, como si volver una y otra vez al mismo tema hiciera más real la conversación, repite las palabras del Zohar:

–La salvación se halla en el peor lugar.

Espera el efecto de esas palabras, hace una pausa y luego de pronto levanta el dedo en el aire, como suele, y pregunta en tono dramático:

–Y nosotros, ¿dónde nos hallamos?

Ha cambiado mucho, su afeitado rostro se ha oscurecido, sus ojos se han apagado. Sus movimientos son angulosos, como si reprimiera la ira. Esa vehemencia suscita miedo en los demás, por eso nadie osa contestarle. Jacob se levanta; a partir de ahora caminará por la estancia inclinado hacia delante, con el dedo levantado apuntando a la techumbre de madera.

–Esto es nikve detom rabe, el camino al abismo, esta Częstochowa, esta Jasna Góra. Es la Puerta de Roma, junto a la cual, según otras palabras del Zohar, está sentado el Mesías, desatando y atando... Es un lugar oscuro, una antesala del abismo, al cual debemos ir para liberar a la Shejiná allí encarcelada. Y lo siguiente es lo que ya conocemos: para subir a lo más alto hay que caer a lo más bajo, cuanta más oscuridad tengamos, tanta más claridad tendremos, cuanto peor estén las cosas, mejor serán.

»Al principio no entendí por qué me encarcelaron aquí –dice Jacob. Está tenso, excitado. Tova lanza una discreta mirada a su hija, quien, ausente, tiene la vista clavada en el suelo–. Solo sentí que no

debía oponerme a la sentencia. Pero ahora lo sé. Me metieron aquí porque aquí tienen presa a la Shejiná, en este nuevo Monte Sión; oculta bajo un tablón pintado, bajo la imagen, está la Doncella. La gente no lo sabe, todos piensan que adoran una efigie, pero no es más que un reflejo de la Shejiná, su versión asequible a la vista humana.

A Tova las palabras de Jacob le producen una gran conmoción. Está todavía peor de lo que sugerían las cartas. Sin embargo, constata que la compañía de Częstochowa da carta de naturaleza a las palabras de su yerno. Jacob dice que la Shejiná es prisionera de Esaú, por eso hay que acompañar a la cautiva, como él mismo hace, pues se ha convertido en el guardián de la Shejiná oculta en la imagen de Jasna Góra. Dice que Polonia es el país del cautiverio de la Shejiná, de la Presencia Divina en el mundo, y que es aquí donde la Shejiná saldrá de su prisión para liberar el mundo entero. Polonia es el lugar más insólito de la tierra, el peor y el mejor al mismo tiempo. Hay que levantar a la Shejiná del polvo y salvar el mundo. Lo intentó Shabtai y también Baruchia, pero solo lo conseguirá Jacob. ¡Porque se halla en el lugar adecuado!

–Fíjese, padre, en las costumbres del mundo –se dirige a Tova su hija, la amada Chanełe, como si de pronto se despertase–. En la morada de Ismael no se puede seguir a la Shejiná, porque la Shejiná está en una mujer, y ellos, los ismaelitas, a la mujer la consideran nada, es una esclava y nadie la respeta. A la Shejiná solo se la puede encontrar en un país donde a la fémina se le rinda homenaje, y así es en Polonia, no solo se levantan y descubren la cabeza en su presencia, las agasajan con cumplidos y son para ellas como criados, sino que además veneran a esta Doncella con el niño aquí en Częstochowa. Es el país de la Doncella. Por eso debemos buscar cobijo bajo sus alas.

Chana toma la mano de su marido y se la lleva a los labios.

–El Señor nos convertirá en los caballeros de esa Doncella, todos seremos guerreros del Mesías.

Al padre de Chana le asaltan pensamientos de los que no sabe deshacerse: llevarse a su hija y a los nietos. Explicar a Jacob que es por su salud. O incluso secuestrarlos. ¿Y si contratara a unos esbirros? Qué oscuro es esto, cuánta humedad. La vida tras las murallas de la fortaleza los vuelve semejantes a hongos. A Chana le duelen los huesos, tiene los tobillos hinchados, la cara se le ha inflado y afeado. Los niños se han vuelto frágiles y temerosos. La bonita Avacha, traída de Varsovia, es tímida y parca en palabras. Debería estar mejor atendida. Jacob no le enseña nada bueno, la niña corretea por la guarnición hablando con los soldados. Aborda a los peregrinos. A los niños casi no les da el sol y la comida está rancia, incluso la comprada en las mejores tiendas locales e importada desde tierras lejanas, es de

pésima calidad.

Jacob habla gesticulando con los brazos, y los demás, hacinados en la sala de oficiales, sentados sobre jergones y en el suelo, lo escuchan:

–Ajelet ahuvim, es decir, la cierva favorita. Hasta el lugar adonde me dirijo, ya se dirigió antes el Jacob de las Escrituras, y después el Primer Jacob, Shabtai Tzvi. Y ahora voy yo, el verdadero Jacob. –Al decir «yo» se golpea en su ancho pecho hasta hacerlo retumbar–. A esa puerta ya llamaron los patriarcas Moisés, Aarón, David, Salomón y todos los pilares del mundo; sin embargo no lograron abrirla. En el lugar al que vamos no hay muerte. En él mora la Doncella, la Virgen sin Ojos, la Cierva, que es el verdadero Mesías.

Ahora Jacob se sume en el silencio y se pasea, dos pasos hacia un lado, dos hacia el otro. Espera a que el sentido de sus palabras llegue a los presentes. Reina un silencio absoluto en el que un carraspeo de Tova resuena como un trueno. Jacob se vuelve hacia él y prosigue:

–Todo eso está escrito, usted lo sabe. La Doncella es la divina sabiduría oculta en un tablón pintado cual princesa en una alta torre que nadie puede conquistar. Para ella es necesario cometer Actos de Extraños, actos que pondrán al mundo patas arriba. ¿Recordáis a la serpiente del paraíso? La serpiente exhorta a la libertad. Quien tale el Árbol del Conocimiento, alcance el Árbol de la Vida y se una con la Doncella adquirirá el conocimiento de la salvación, esa Dáat oculta.

Todo el mundo repite esa palabra: Dáat, Dáat por todas partes. Tova está sorprendido con la transformación que ha sufrido su yerno. Antes de venir aquí, había oído rumores de que Jacob había muerto y había sido sustituido por uno nuevo. Y en efecto, es un hombre nuevo. Tiene poco que ver con aquel a quien susurraba secretos bajo el dosel nupcial.

Tova y Chaim duermen en una choza húmeda y sucia cuyos propietarios se han marchado. A Tova le repugna tocar cualquier cosa. El retrete se reduce a unas estacas que sostienen un tejadillo tapado con un trapo sucio al lado de un montón de estiércol; la pestilencia es tal que le da vueltas la cabeza. Su hijo tiene que acompañarlo. El viejo Tova levanta un poco su largo abrigo, aterrorizado de que se manche de mierda.

Cada día se promete hablar con Chana, y cada día no se atreve a preguntarle: ¿Vendrás conmigo a casa?

Tal vez porque sabe lo que le responderá.

Tova se da cuenta de que, durante esas dos semanas de visita, Jacob se ha apoderado también de Chaim; se ha creado un vínculo entre ellos, un entendimiento extraño y ambiguo lleno de mutua devoción. Chaim repite cada vez más a menudo lo que dice Jacob,

habla con sus palabras.

De manera que Jacob Frank le ha robado sus hijos. Algo muy malo ha ocurrido. Tova saca sus amuletos, reza sobre ellos y los ata al cuello de su hija y de su nieta.

Al parecer, Tova es un hombre de poca fe. Una noche se produce una riña: Tova llama a Jacob traidor y estafador, y este lo abofetea. Tova, acompañado del apesadumbrado Chaim, quien acepta de mala gana esa decisión, parte de madrugada rumbo a casa sin siquiera despedirse de su hija y de su nieta. La ira no lo abandona durante todo el camino. Mentalmente ya compone la carta que enviará a todas las comunidades europeas de verdaderos creyentes. Escribirá a Moravia y a Altona, a Praga y a Wrocław, a Tesalónica y a Estambul. Se enfrentará a Jacob.

Sin embargo, hay cosas en las que suegro y yerno están de acuerdo: hay que mirar hacia el este, hacia Rusia. Aquí en Polonia sus protectores van perdiendo influencia. Los dos, tanto Tova como Jacob, consideran que siempre hay que estar del lado del más fuerte.

Al poco de la repentina partida de Tova, se ponen en camino emisarios para negociar con Moscú. Los guiará Jakubowski, feliz de haber recuperado el favor de Jacob. En la víspera se celebra una cena junto a la torre. Es el mismo Jacob quien sirve vino a los emisarios.

–Deberíamos estar agradecidos al Primero, que dio el primer paso en la religión turca. Así como al Segundo, que descubrió la Dáat de Edom, es decir, el bautismo. Ahora soy yo quien os envía a Moscú, donde tiene que haber un tercer estado, superior y más costoso.

Mientras lo dice se levanta y camina por la estancia, y su alto gorro se engancha a las vigas del techo. Esa noche, antes de emprender viaje, los enviados Wołowski, Jakubowski y Pawłowski yacen con Chana. De esta manera todos se vuelven hermanos y familiares de Jacob, en mayor medida aún de lo que lo eran hasta ahora.

ELŻBIETA DRUŻBACKA ESCRIBE DESDE EL CONVENTO DE LAS BERNARDINAS DE TARNÓW LA ÚLTIMA CARTA AL CURA CANÓNIGO BENEDYKT CHMIELOWSKI DE FIRLEJÓW

... yo ya, mi querido amigo, padre bienhechor, casi no veo el mundo, solo lo que se divisa desde la ventana de mi celda, así que mi mundo se reduce al claustro del convento. El encierro me proporciona gran alivio: un mundo más pequeño favorece la paz del alma. Igual que los objetos que me rodean –son pocos– y que no me preocupan tanto como aquellos universos domésticos que cual Atlas tuve que cargar sobre mis hombros. Tras la desaparición de mi hija y mis nietas todo se acabó para mí, y aunque me advierta usted de que es pecado

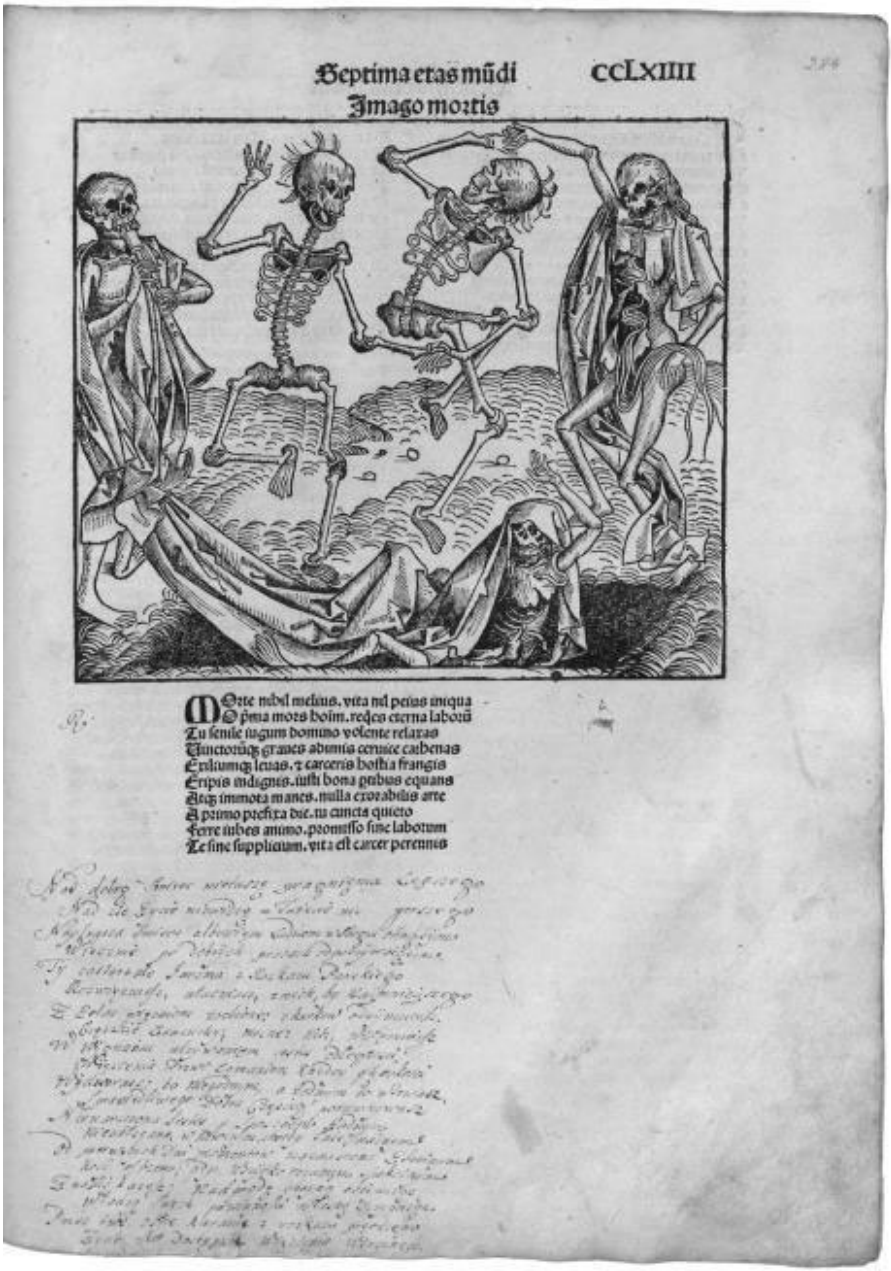
hablar de esta manera, ni siquiera eso me importa. Desde que nacemos, todo –la iglesia, la casa, la educación, las costumbres y los amores– nos obliga a aferrarnos a la vida. Solo que nadie nos dice que cuanto más aferrados estamos, tanto mayor es el dolor que sufrimos después, una vez que alcanzamos el discernimiento definitivo.

Yo ya no le voy a escribir más, mi buen amigo, que endulzó con sus historias mis años viejos y me apoyó cuando sobrevino la desgracia. Le deseo una vida larga y saludable. Y que su hermosísimo jardín de Firlejów permanezca eternamente, al igual que su biblioteca y todos sus libros, que sirvan a la gente...

La señora Drużbacka acaba la carta y deja la pluma a un lado. Desplaza el reclinatorio dirigido hacia el Cristo colgado en la pared cuyos tendones dolientes conoce de memoria. Se tiende boca arriba en el suelo, se arregla el vestido de lana marrón semejante a un hábito, cruza las manos sobre el pecho como si estuviera en un ataúd y clava la vista en una nada suspendida en el aire. Y así permanece. Ya ni siquiera intenta rezar, las palabras de la oración la cansan, le parecen vacuas, como un grano molido una y otra vez, lleno de cornezuelo venenoso. Al cabo de unos instantes logra alcanzar un estado muy especial; permanecerá en él hasta que llamen al almuerzo. Resulta difícil describir ese estado; Drużbacka simplemente logra desaparecer.

Yenta, que siempre está presente, pierde de vista a la señora Drużbacka. Vuela veloz como el pensamiento hasta el destinatario de la carta que hay sobre la mesa y lo ve sumergiendo los pies hinchados en un barreño. Está encorvado, quizá dormido, la cabeza le cae sobre el pecho, tal vez ronca. Oh, Yenta sabe que el remojar los pies de nada le servirá.

La última carta el padre Chmielowski ya no es capaz de leerla, así que durante semanas enteras permanece sobre la mesa sin abrir, entre otros papeles. El padre Benedykt Chmielowski, canónigo de Rohatyn, muere de pulmonía por haber salido imprudente e impacientemente a su jardín nada más ver el primer rayo de sol. El sucesor de Roszko, Izydor, un muchacho de pocas luces, y Ksenia, el ama parroquial, tardaron hasta el día siguiente en llamar al médico; de todos modos, los caminos estaban embarrados y no era fácil transitarlos. Murió en paz, justo antes de la muerte la fiebre bajó lo suficiente para que pudiera confesarse y recibir la extremaunción. Sobre su mesa, desde hacía tiempo, permanecía abierto un libro del que iba traduciendo unos versos al pie de un grabado aterrador; estaban escritos de su puño y letra.



El sucesor del cura Benedykt, que se hizo cargo de la parroquia de Firlejów, pasó toda una tarde hurgando en los documentos de su antecesor preparándolos para su envío a la curia. Abrió también la carta de Drużbacka, pero no supo quién era esa mujer. No obstante, le sorprendió que el cura mantuviese correspondencia con mujeres, pues había encontrado toda una caja de cartas, pulcramente ordenadas por fechas, con flores secas intercaladas, seguramente para proteger el

papel de las polillas. No sabía qué hacer con ellas, no osó juntarlas a los libros que le habían ordenado empaquetar y enviar al obispado de Lwów. Durante un tiempo tuvo la caja junto a la cama, de vez en cuando leía esas cartas con agrado, después las olvidó, la caja fue a parar bajo la cama y allí permaneció, en el húmedo dormitorio de la parroquia, hasta que las cartas se pudrieron y se convirtieron en nidos de ratones.

En su última carta, Drużbacka también ha dejado escrito que lo peor son dos preguntas: «¿Por qué?» y «¿Con qué fin?».

Y, pese a todo, no puedo resistirme a plantearlas. Así que me respondo que a nosotros, los creados, que cometemos pecados con lo creado, Dios nos quiere castigar precisamente con la creación. Él se lava las manos para proteger su bondad ante nuestros ojos. Busca medios naturales para destruirnos indirectamente, a través de algo natural, para que el golpe resulte más liviano que el que Él mismo asestaría, pues escaparía a nuestro entendimiento.

Al fin y al cabo, Dios podía sanar a Naamán de la lepra con una sola palabra, pero lo obligó a bañarse en el río Jordán. Podía sanar a un ciego con Su inmenso amor, y sin embargo mezcló saliva con el lodo y se lo untó en los ojos. Podría haber sanado a cualquiera de inmediato, pero creó la botica, el galeno, las hierbas medicinales. Su mundo es un fenómeno asombroso.

DEL REGRESO DE MOLIWDA A LA VIDA

Moliwda ha adelgazado y en nada recuerda al Moliwda de hace pocos años. Va con el rostro bien rasurado y aunque no luzca tonsura lleva el pelo muy corto. Parece más joven. Su hermano mayor, militar en la reserva, siente vergüenza ante su retiro en el monasterio. No acaba de entender lo que le ha pasado a Antoni, y además a su edad. En Varsovia se rumorea que se ha enamorado locamente y sin ser correspondido de una mujer casada, quien, al dejarse cortejar, le dio falsas y equívocas esperanzas de una relación más íntima y, tras haberlo enamorado, no tardó en abandonarlo. El hermano no lo comprende, se niega a creer tales historias; lo entendería si se tratase de una cuestión de honor o de traición, pero no de amoríos. Observa a su hermano con recelo. Pero quizá se trate de otra cosa. Tal vez le lanzaron un hechizo, por lo bien que le había ido con el primado.

–Ya me encuentro bien. No me mires así, hermano –le dice Moliwda mientras se quita el hábito por la cabeza.

Ante el monasterio espera un carruaje con ropa para Antoni Kossakowski, llamado Moliwda, un atuendo de noble local: pantalón,

camisa, un caftán sármata polaco y un modesto kontusz oscuro, con un cinturón también oscuro, sin ostentación alguna. Al prior del monasterio le ofreció oro, pero este parece un poco decepcionado, pues Moliwda-Kossakowski le parecía auténticamente piadoso: se pasaba días y noches rezando, se tendía con los brazos en forma de cruz en la capilla y no se alejaba de la imagen de la Madre de Dios, Reina del Mundo, que despertaba en él la mayor de las veneraciones. Rara vez hablaba con los frailes, no quería participar en los quehaceres monásticos, le resultaba difícil adaptarse a las normas del monasterio. Ahora camina delante de su hermano el coronel, casi pegado a la pared, desliza la mano por los ladrillos, sus pies desnudos en las sandalias irritan a su hermano, los pies deben ir calzados, a ser posible con botas de caña alta, militares. Los desnudos son cosa de campesinos, de judíos.

–He usado todas mis influencias para que entres en la cancillería del rey. Recibiste un buen apoyo del mismísimo primado, y eso fue decisivo. Prefieren no recordar otros asuntos. Tienes una gran suerte, Antoni. Cuentan con tu conocimiento de lenguas... No quiero gratitud tuya alguna, lo hago por la tranquilidad del alma de nuestra madre, que en paz descanse.

Cuando el carruaje se pone en marcha, Antoni besa de repente la mano de su hermano y se pone a sollozar. El coronel carraspea turbado. Le gustaría que el regreso de Antoni fuera varonil, digno, como corresponde a un noble. Piensa que su hermano menor es un fracasado. ¿Qué lo llevó al monasterio cuando el país vive tiempos tan turbulentos? ¿De dónde le vienen estos accesos de melancolía cuando el país está gobernado por un rey joven y atolondrado que cada vez depende más de la zarina?

–Tú no sabes nada, hermano mío, porque te escondiste tras los muros del monasterio cuando lo que necesita el país son hombres valientes –le dice con reproche y, disgustado, vuelve la cabeza y mira por la ventanilla del carruaje.

Después, como si no se dirigiera a su hermano, sino al paisaje al otro lado del cristal, dice:

–En la Dieta, cuatro representantes de la Res Publica han sido sacados a rastras de sus escaños por los esbirros de la emperatriz como si fueran unos mocosos. Los trataron como a patanes... ¿Y por qué, señor mío? Por oponerse a las reformas en favor de los seguidores de otras religiones, esas que nos quieren imponer por la fuerza.

Y le vuelve la misma santa indignación que sintió cuando le llegó la noticia de aquella barbarie. Vuelve a dirigirse a su hermano, quien, anegado en lágrimas, se las seca con una manga:

–Ellos se resistieron y gritaron, hasta que se produjo un gran alboroto, porque parte de los diputados intentó ponerse de su lado, y

entonces...

–¿Y quiénes son esos diputados tan valientes, los conoces? –le interrumpe Moliwda, que ya parece haberse recuperado.

El coronel, claramente satisfecho de que sus palabras calen en su hermano, contesta vivamente:

–¡Cómo no! Załuski, Sołtyk y dos Rzewuski. El resto de los congregados, en cuanto vio al ejército regular ruso que entraba listo para disparar, se limitó a gritar: «¡Oprobio, oprobio, la sagrada Dieta ha sido violada!», cosa que a los moscovitas no les importó en absoluto, y sacaron de la sala a aquellos cuatro. El obeso Sołtyk, con la cara roja como un tomate, al borde de la apoplejía, intentó resistirse y se aferró a un mueble, pero también pudieron con él. Y todo eso, ya te lo puedes imaginar, con la aquiescencia de los demás, ¡que los parta un rayo a esos cobardes!

–¿Y qué hicieron con aquellos diputados? ¿Los encarcelaron? –pregunta Moliwda.

–¡Ojalá fuera así! –grita el coronel, ya del todo vuelto hacia su hermano–. De la Dieta los mandaron directamente a Siberia, ¡y el rey ni siquiera movió un dedo!

Los dos se quedan un momento en silencio, porque el carruaje entra en una pequeña ciudad y las ruedas empiezan a traquetear sobre el empedrado.

–¿Y por qué insisten tanto en no conceder ningún derecho a los seguidores de otras religiones? –pregunta Moliwda en cuanto las ruedas regresan a las rodadas de lodo blando.

–¿Cómo que por qué? –El hermano de Moliwda no logra comprender esa pregunta. Al fin y al cabo, es bien sabido más allá de toda duda que la salvación solo vendrá a través de la Santa Iglesia de Roma. Pretender indulgencia para los luteranos, judíos o arrianos es simplemente diabólico. ¿Y por qué Rusia se entromete en nuestros asuntos?–. ¿¡Qué dices!? –alcanza a exclamar.

–Dondequiera que puse mi pie en el mundo –dice Moliwda– vi que tal vez Dios sea uno, pero que las maneras de creer en Él son muchísimas, un número ilimitado... Se puede ir hacia Dios con calzados bien diferentes...

–Más te valdría guardar silencio –afirma el hermano con reproche–. Es una gran mancha en tu honor. Menos mal que tu ignominioso pasado casi ha caído en el olvido. –Hace una mueca como si fuera a escupir.

Ya no vuelven a dirigirse la palabra hasta llegar a Varsovia.

El hermano instala a Moliwda en su casa, en su desordenada vivienda de solterón en Solec, y le dice que tiene que sobreponerse para poder empezar en su nuevo trabajo cuanto antes.

Moliwda comienza su nueva vida afeitándose. Mientras afila la

navaja, mira por la ventana y ve cómo multitudes inquietas se aglomeran en la calle. Todos permanecen en un estado de estupefacta indignación. Los ademanes se han vuelto briosos, las palabras vuelan muy alto: Dios, Res Publica, Sacrificio, Muerte, Honor, Corazón... Se pronuncian con énfasis. Por la tarde llega desde la calle el monótono eco de las oraciones recitadas por voces cansadas y llenas de resignación o el de las vehementes soflamas.

Moliwda empieza su trabajo escribiendo y traduciendo cartas que la diplomacia real envía a toda Europa. Las pergeña y copia con total indiferencia. Y con la misma indiferencia las traduce. Contempla la agitación general como si fuera un teatro de títeres. Y la obra trata de regateos. Del mundo-feria. La gente invierte en mercancías, en materias de todo tipo y variedad, en bienes, en el poder que traerá aparejados bienestar y seguridad, en los placeres del cuerpo, en objetos preciosos que, aparte de su valor, son del todo inútiles, en comidas y bebidas, en fornicio... O sea, en todo lo que la gente sencilla entiende como la vida. Y la quiere todo el mundo, desde el campesino hasta el rey. Más allá de rasgarse las vestiduras y lanzarse a la hoguera por propia voluntad, se entrevé una habitación cálida y una mesa con ricos manjares. A Moliwda le parece que el obispo Sołtyk, aclamado ya como el más grande de los héroes, es un Heróstrato que prendió el fuego solo por alcanzar la fama, pues su acto aparentemente heroico no sirvió para nada, no aportó nada a la causa común. Tampoco le resulta comprensible a Moliwda esa fanática resistencia a las demandas de Rusia con respecto a los seguidores de otras religiones. Todo lo que diga la zarina Catalina se toma de antemano como un atentado contra la Res Publica, y eso que no hay que ser muy despabilado para saber que es el espíritu de los tiempos: que hacen falta derechos para las otras religiones, que hay cosas tanto negras como blancas, pero que también las hay grises, y que estas son las más numerosas. En la cancillería del rey hay muchos que piensan igual que Moliwda.

Al regresar a casa, observa a las prostitutas que ni siquiera en estos tiempos turbulentos abandonan su guardia en la calle Długa, y se pregunta cómo serán en realidad sus vidas.

Y pese a que no saben contestarle a esa pregunta, a menudo recurre a sus servicios, pues desde que abandonó el monasterio tiene un miedo atroz a quedarse solo.

DE LAS CUEVAS ERRANTES

Cuando se sale del pueblo en dirección al sudeste, el camino conduce primero a través de un frondoso bosque donde además de árboles crecen piedras blancas. Crecen despacio, pero con el paso del tiempo, cuando la tierra envejezca, emergerán a la superficie, la gleba ya no será necesaria porque no habrá ya seres humanos, quedarán tan solo las rocas blancas, y entonces resultará que son los huesos de la tierra.

El terreno cambia nada más salir del pueblo: es de color gris oscuro, áspero, se compone de pequeños guijarros como huesos aplastados por la rueda de un molino. Crecen aquí pinos y altos gordolobos con cuyo caldo las campesinas se lavan el pelo para volverlo más rubio. La tierra seca cruje bajo los pies.

Justo detrás del bosque empiezan las colinas llenas de blancas

rocas de las cuales emergen las ruinas de un castillo. Cuando lo ven por primera vez, todos piensan que no puede ser un castillo construido por mano humana, sino que lo erigió esa misma fuerza, esa misma mano, que construyó las rocas. La construcción parece una fortaleza de los balakaben, esos seres sin pies, cresos del subsuelo que mencionan los sabios en sus libros sagrados. Sí, tiene que ser una de sus posesiones, al igual que todo el territorio alrededor de Częstochowa: extraño, rocoso, lleno de pasadizos misteriosos y escondites secretos.

Ezdra, un judío amigo de Częstochowa que les vende víveres, guarda la mayor revelación para el final: una cueva.

–¿Y qué? –pregunta triunfalmente Ezdra sonriendo y mostrando sus dientes teñidos por el tabaco.

La entrada a la cueva se oculta entre los arbustos que cubren la ladera. Ezdra los invita al interior como si se tratase de su propia residencia, pero a ellos les basta con asomar la cabeza por la abertura; de todos modos no se ve nada. Ezdra saca una antorcha de algún lugar y le prende fuego. Al cabo de pocos pasos, la entrada desaparece a su espalda y la luz de la antorcha muestra el interior: paredes húmedas, raras, hermosas y relucientes, como si estuvieran hechas de un mineral desconocido para el hombre: un mineral liso que se ha petrificado en gotas y carámbanos, una roca maravillosa de un hermoso color rojizo, entreverado por hilos de otro color: blanco y gris. Cuanto más se internan, más vivo parece el interior, como si se adentrasen en un vientre, como si deambulasen por los intestinos, el estómago y los riñones. El eco de sus pasos rebota en las paredes, crece como un trueno y regresa hecho añicos. De pronto, un viento sopla desde alguna parte y apaga la insignificante antorcha dejándolos sumidos en la oscuridad.

–El Shaddai –susurra de pronto Jakubowski.

Se quedan petrificados, ahora se oye su respiración insegura y poco profunda, el susurro de la sangre en sus venas, el latido de sus corazones. Se oye cómo las tripas de Nachman Jakubowski se retuercen, se oye cómo Ezdra traga saliva. El silencio es tan espeso que siente en la piel su roce frío y pegajoso. Sí, con toda seguridad Dios está aquí.

Zwierzchowska, que de manera natural se ha hecho cargo de toda la compañía dispersada por las casas de Częstochowa, prepara un generoso regalo para el prior: candelabros de plata y una araña de cristal de Bohemia, todo tan valioso que el prior no puede rechazar su petición. Al fin y al cabo, ya habían paseado con toda la compañía alrededor del monasterio. ¿Qué tiene de malo ir un poco más lejos? El prior duda, pero el brillo de la plata y el centelleo de los cristales de

Bohemia lo convencen. Da su consentimiento. El monasterio pasa por dificultades financieras. Debe ser en silencio y solo Jacob con dos acompañantes. Chana y los niños se quedarán bajo custodia.

Y el momento llega: el 27 de octubre de 1768, un día después del nacimiento de Józef, hijo de Jacob. Es la primera vez que el Señor sale más allá de las murallas del pueblo. Se pone el abrigo largo de Czerniawski y se cala el gorro hasta los ojos. Junto al fielato los esperan un carro y un campesino contratado que los lleva en silencio por un camino arenoso e irregular.

Jacob entra solo en la cueva y les dice que esperen. Czerniawski y Jakubowski plantan un minúsculo campamento ante la entrada, pero la hoguera apenas prende. El día es lluvioso y húmedo. La llovizna les moja los abrigos. Jacob no regresa hasta la última hora de la tarde. En el débil fuego se resquebrajan las manzanas ensartadas en palos. Aparece en la boca de la cueva cuando ya se ha hecho de noche. No ven bien su rostro. Les ordena caminar deprisa, así que lo hacen tropezando con las piedras y con sus propios pies, los ojos ya se han acostumbrado a la penumbra, y la noche, por alguna razón, resulta clara: ¿será la niebla que difumina la luz de las estrellas y la luna, o será la tierra local del color de los huesos secos lo que brilla así? El campesino del carro que les espera en el camino está empapado y furioso. Exige más dinero; no sabía que la espera iba a prolongarse tanto.

Jacob no dice una palabra durante todo el camino; solo abre la boca en la estancia junto a la torre, no sin antes haberse quitado el abrigo mojado.

–Es la misma cueva donde Shimon bar Yojai y su hijo se ocultaron de los romanos mientras Dios, de manera milagrosa, los proveía de comida e impedía que su ropa se desgastara –dice–. Es aquí donde Shimon bar Yojai escribió el Zohar. Esta cueva nos ha seguido desde Hebrón, ¿no lo sabíais? Allí en las profundidades, en el mismísimo fondo, está la tumba de Adán y Eva.

Se hace un silencio en el que las palabras de Jacob se preparan un sitio. Es como si todos los mapas del mundo, susurrando, los sobrevolaran, dieran vueltas hasta encajarse los unos en los otros. Al cabo de un buen rato empiezan los carraspeos, alguien suspira; parece que las cosas han vuelto a su lugar. Jacob dice: cantemos. Y cantan, juntos como siempre, igual que cantaban en Iwanie.

Se quedan a pasar la noche con él dos mujeres. De las otras, que viven en el pueblo, ordena que los dos Matuszewski y Pawłowski yazcan con la esposa de Henryk Wołowski. Y otro tanto a la noche siguiente: con Zofia Jakubowska, que ya no amamanta a su hija, deben yacer Pawłowski, los dos Wołowski, y también Jaskier.

DE LAS EMBAJADAS FRACASADAS Y DE LA HISTORIA QUE ASEDIA LAS MURALLAS DEL MONASTERIO

La buena racha de Nachman, Piotr Jakubowski, no dura mucho. La misión de Moscú, cuidadosamente preparada, acaba siendo un completo fiasco. A los emisarios Jakubowski y Wołowski los tratan como a criminales, asesinos y perjuros, y todo porque las noticias procedentes de Polonia sobre el Mesías caído encarcelado en Częstochowa han llegado hasta allí antes que ellos. Nadie los quiere recibir, en nada ayudan los regalos repartidos generosamente. Los acaban expulsando como a meros espías. Vuelven con las manos vacías y sin dinero. Jacob los castiga. Les ordena plantarse ante la compañía descalzos, solo con camisa, y después, de rodillas, pedir perdón a todos por su ineptitud. Jakubowski lo soporta mejor que Franciszek Wołowski. Marianna Wołowska contará más tarde a las otras mujeres que su marido sollozaba por la noche de vergüenza y humillación, y eso que los emisarios no tenían culpa alguna de lo sucedido. Les parece que el mundo entero conspira contra ellos, toda Europa. Después de esto, la cárcel de Częstochowa se le antoja a Nachman Jakubowski hogareña y acogedora, sobre todo porque el Señor puede salir a la ciudad sin limitación alguna, e incluso dar largos paseos hasta la cueva, y porque toda la compañía tiene acceso libre para verlo.

Ahora, durante el día, la estancia contigua a la torre se convierte en una secretaría. Jacob dicta cartas para los verdaderos creyentes de Podolia, Moravia y Alemania, les habla de la Shejiná oculta en la imagen de Jasna Góra y los exhorta a bautizarse a gran escala. De mes en mes, el tono de esas cartas se vuelve cada vez más apocalíptico. A veces al escribano, Jakubowski o Czerniawski, le tiembla la mano al escribirlas. Por las tardes, la secretaría se transforma en una sala común, igual que la que tenían en Iwanie. Después de las enseñanzas solo se quedan los elegidos y empieza el «apagado de velas». Un buen día del otoño de 1768, durante el ritual, los padres paulinos del monasterio golpean la puerta con insistencia hasta que finalmente la derriban. Pero apenas ven nada en la oscuridad. Sin embargo, parece que les basta con lo que han visto, pues al día siguiente el prior convoca a Jacob, bajo custodia, y le prohíbe recibir a nadie excepto a la familia más cercana.

–Nada de mujeres en el monasterio ni nada de muchachos –dice el prior, y al decirlo se tapa la cara con las manos.

Vuelve a prohibir las salidas al pueblo, pero, como suele suceder con las prohibiciones, con el tiempo y la ayuda de la generosidad estas poco a poco se diluyen. Puesto que los tiempos se vuelven turbulentos, el prior promulga la orden categórica de cerrar el monasterio durante

las noches, y solo la enfermedad de Chana conmueve su corazón lo suficiente como para permitir que ella y sus hijos permanezcan en la sala de oficiales tanto de día como de noche.

De que algo ocurre en Podolia junto a la frontera turca se enteran por boca de Jaskier Korolewski, el cuñado de Pawłowski, que lleva y trae cartas de Podolia y es todo ojos. Primero, cosa extraña, su padre, que es fabricante de tiendas de campaña en Korolówka, recibe un gran encargo de unos nobles polacos, así que lo más seguro es que se estén preparando movimientos de tropas. Jaskier está en lo cierto: Roch no tarda en anunciarles que en la pequeña ciudad de Bar se ha formado en contra del rey una confederación que se ha aliado con Rusia. Conmovido, Roch les habla sobre los estandartes: que en ellos se ve a Nuestra Señora de Częstochowa, la de rostro oscuro, con el Niño en brazos, y que los confederados llevan abrigos con cruces y con la inscripción «Por la fe y la libertad» en letras negras. Al parecer, las tropas reales enviadas en contra de los confederados huyen despavoridas ante su fervor religioso o se pasan a su bando. Roch cose los botones medio caídos de su viejo uniforme y, como los demás veteranos del monasterio, saca brillo a su arma. Se apilan piedras alrededor de las murallas y se despejan las troneras, invadidas por la maleza.

Y la propia Częstochowa, semidormida hasta ahora, poco a poco se va llenando de refugiados judíos de Podolia, pues allí está en curso un levantamiento de los jaidamakas y ya han empezado los pogromos. De manera que los refugiados se dirigen al santo refugio cristiano –confiando en que allí no puede haber violencia alguna– en busca de cobijo bajo las alas del supuesto Mesías judío allí encarcelado. Traen consigo historias horripilantes: cuentan que los jaidamakas, envalentonados ante la falta de ley, no perdonan a nadie. El cielo nocturno se torna rojo con los resplandores de las aldeas en llamas. Cuando el rigor del prior se suaviza un poco, Jacob sale a verlos cada día, les impone las manos sobre la cabeza, pues ya ha corrido el rumor de que tiene el poder de sanar.

Toda la Wieluńskie Przedmieście se ha convertido en un campamento, la gente acampa por las calles y en la alargada plaza del mercado. Los padres paulinos les llevan agua fresca del monasterio, pues al parecer los pozos ya están contaminados y todos temen una plaga. Cada mañana distribuyen calientes hogazas de pan horneado en la tahona del monasterio y manzanas del huerto, que este año abundan muchísimo.

Nachman Jakubowski se encuentra en el campamento con algunos jasidíes conocidos. Los huérfanos de Besht observan a los hombres de Jacob desde un lado, con desconfianza. Se mantienen unidos, pero finalmente empiezan a discutir ruidosa y violentamente con los

verdaderos creyentes. Sus voces, llenas de citas de Isaías y del Zohar, se elevan por encima de las murallas y se pueden oír desde la torre de Jacob.

Con motivo del bautizo del pequeño Józef, Jacob organiza en el pueblo un gran banquete al que están invitados todos a comer y beber, independientemente de si han sido bautizados o no. Igual de suntuosa es la boda de Jakub Goliński, a quien el Señor, como a un buen verdadero creyente, ha dado por esposa a Magda Jezierzańska, a la que su cónyuge dobla en edad. La boda se celebra en la capilla del noviciado del monasterio, que el prior les cede amablemente una vez restauradas las pinturas. La ceremonia es hermosa: todavía no se oye el estruendo de los cañones que inclementemente se acercan a Częstochowa y sí, en cambio, resuenan los dignos salmos de los padres paulinos, satisfechos del generoso donativo que ha recibido el monasterio.

Justo después llega la noticia de que Rusia se ha implicado en las luchas intestinas polacas y que las tropas rusas avanzan hacia aquí desde el este. Y que eso significa la guerra.

Después, con cada día que pasa, las noticias empeoran. Y cada día

acuden a la Virgen de Jasna Góra más personas que confían en que nada malo puede pasarles en su presencia. La capilla está llena, la gente yace con los brazos en forma de cruz sobre el frío enlosado y el aire se carga de oraciones. Cuando se apagan los cánticos, desde la lejanía, desde más allá del horizonte, llega el funesto tronar de las explosiones.

Jacob, asustado de todo esto, ordena a Jan Wołowski ir a Varsovia a buscar a Avacha, quien allí, en casa de los Wołowski, recibe formación. Después lo lamentará mucho. Lo sorprenderá su aspecto. Salió de aquí una niña flaca con trenzas en el pelo, uñas mordidas y manos ásperas de trepar por las murallas, y ha vuelto una doncella hermosa y bien educada. Ahora lleva el pelo recogido en un alto moño y vestidos con escote (aunque tapado con pañuelo) que brillan con sus vivos colores. En cuanto sale a dar su breve paseo diario por las murallas, todos los ojos del monasterio se dirigen hacia ella. No está bien vista por los frailes, provoca demasiado revuelo a su alrededor. Así que el padre la mantiene en la sala de oficiales y no le permite salir sino después del crepúsculo y siempre bajo la atenta vigilancia de alguien.

Dos semanas después de su llegada al monasterio, se presentan los confederados bajo el mando de un tal Pułaski. En una tarde ocupan la fortaleza de Jasna Góra como si fuera el patio de una taberna, colocan sus caballos, carros y cañones por todas partes, ante el gran pavor de los paulinos. Expulsan a los peregrinos y establecen sus normas militares. La fortaleza se clausura de inmediato y ya no se puede visitar a Jacob, y a él no se le permite salir al pueblo. Lo acompañan Chana, Avacha y los niños, así como los dos Zwierzchowski, los Matuszewski y Nachman Jakubowski, este último como emisario. Los monjes se ven obligados a abandonar un ala del monasterio, que ahora sirve de acuartelamiento para la tropa. En un principio las peregrinaciones se detienen, pero más tarde, tímidamente, regresan, si bien ahora, junto a la entrada, los veteranos, rejuvenecidos y llenos de vigor, comprueban que no haya ningún espía ruso. Roch, que es el comandante de la guardia de la entrada, ya no tiene tiempo para hablar con Jacob. Ahora lo ocupan otros asuntos: velar por que cada tarde llegue la cerveza y el vino para los soldados. El pueblo también se anima, ya que es necesario alimentar, vestir y proporcionar diversión a los confederados.

Kazimierz Pułaski tiene el aspecto de un muchacho al que acaba de salirle el bigote. Resulta difícil creer que sea un experimentado comandante. Él mismo debe de saberlo, pues se dota de seriedad y volumen con un pesado abrigo militar que hace más maciza su

delgada figura.

No tiene muchas ocasiones de entrar en combate. Los destacamentos rusos merodean alrededor de la fortaleza como un zorro alrededor de un gallinero. Se acercan y se alejan. La gente cree que los ahuyenta la Madre de Dios en los estandartes colgados de las murallas.

A Pułaski, que ya empieza a aburrirse con la falta de ocupaciones en el monasterio clausurado, lo intrigan el hombre de alto gorro que pocas veces sale de la torre y su hermosa y misteriosa hija, sobre la cual ya circulan leyendas en la guarnición. No le interesan los asuntos eclesiales, ni tampoco las herejías. Solo ha oído decir que el residente en el monasterio es un heresiarca neófito. Pero también un buen católico, según le aseguró el prior. Lo ve cada día en la misa matinal. Su sincera y auténtica participación en el servicio religioso, su fuerte voz cantando el padrenuestro, suscitan en Pułaski admiración y simpatía. En cierta ocasión los invita a cenar, pero solo se presenta Jacob, alto y distinguido. Habla poco, con un acento ligeramente extranjero y midiendo bien sus palabras. Conversan sobre lo que podrá suceder, sobre Rusia, sobre la política del rey... Pułaski entiende que este prisionero real está obligado a ser cauteloso e intenta cambiar de tema porque la conversación no acaba de fluir. A la pregunta sobre su hija, Jacob Frank contesta que ha tenido que quedarse con su madre, quien se encuentra indispuesta. Pułaski parece decepcionado. Pero en la siguiente ocasión Jacob lleva a Avacha consigo y su presencia vuelve la velada muy agradable. Otros oficiales, también invitados, ligeramente excitados ante la presencia de una mujer tan hermosa y joven (aunque tímida y callada), compiten en ingenio e inteligencia. El vino sabe bien y los pollos magros recuerdan al venado.

Las agradables veladas sociales se acaban cuando llega a Częstochowa el señor Lubomirski con sus destacamentos. Este, según dice la gente del pueblo, es aún peor que los propios rusos. Saquea sin piedad las aldeas vecinas, sus soldados no dudan en recurrir a la violencia y los campesinos lo llaman «el Husita». El destacamento de Lubomirski se mueve por el enorme territorio y, aunque ahuyenta a los rusos, tiene muchas dificultades a la hora de someterse a las órdenes del alto mando de los confederados: poco a poco él y sus hombres acaban convertidos en una horda de saqueadores.

Cuando aparece en el monasterio, Jacob esconde a Avacha en las celdas de los frailes y no le permite salir hasta que los malhechores se hayan ido. Lubomirski organiza grandes fiestas en la guarnición y ejerce una mala influencia sobre los soldados de Pułaski. Solo los veteranos contemplan al joven príncipe con admiración.

–Estos son los comandantes que necesitamos –dice Roch mientras

ofrece a Jacob tabaco que le ha regalado el príncipe–. Echaríamos a los rusos como a perros sarnosos.

Jacob toma una pizca y no responde. Una tarde, el príncipe, medio borracho, llama con insistencia a la torre de Jacob y este se ve obligado a recibirlo. Le pide consejo como a un padre en asuntos relacionados con las mujeres. Su mirada deambula nerviosa por la estancia buscando seguramente a una de ellas, esa de la que habla aquí todo el mundo.

En la fortaleza hay soldados de destacamentos reales que han sido incorporados a las filas de los confederados por la fuerza, muchos sirven a regañadientes. Uno de ellos, un capitán de la caballería de la guardia de la corona, de cuyo destacamento los moscovitas ya han matado a tres oficiales, acude un día a Jacob en busca de consejo, con lo que da comienzo a una nueva moda: a partir de entonces, muchos empezarán a pedirle consejo a Jacob como a un sabio judío no judío, un profeta no del todo definido cuyo encarcelamiento en un lugar tan extraño le confiere un gran misterio. Dicho capitán, un hombre menudo, rubio y conmovedoramente educado, pregunta a Jacob en gran confianza qué debe hacer, pues es joven y teme a la muerte. Están sentados sobre unas piedras, inclinados el uno hacia el otro, en el lado norte de la torre, allí donde los soldados suelen rociar la muralla con orina.

–Dígame, señor, si debo huir a Varsovia, de donde soy, y convertirme en un desertor y un cobarde, o si debo luchar por la patria y permitir que me maten por ella.

El consejo de Jacob es muy concreto. El oficial debe ir al mercado de Częstochowa y comprar unos cuantos pequeños objetos de valor, como relojes y anillos, y puesto que hay una guerra, los obtendrá a bajo precio. Y después guardarlos por si vienen mal dadas.

–La guerra tiene algo de feria y de pesadilla nocturna –le dice Jacob Frank–. Ve repartiendo esas prendas, soborna a quien haga falta para no estar en primera línea, paga para comer bien, protégete, y así pagarás el rescate a la muerte. No es ninguna heroicidad permitir que te maten.

Da unas palmadas en la espalda del joven oficial, quien, durante un breve instante, se acurruca contra el cuello del abrigo de Jacob.

–Tengo tantísimo miedo, señor.

DEL ÓBITO DE CHANA EN FEBRERO DE 1770 Y DEL LUGAR DE SU DESCANSO ETERNO

–Yo lo tengo por una excentricidad –dice el prior–. No me atrevo a oponerme en este asunto, el preso no es nuestro, sino de la Santa

Madre Iglesia. Como está bautizada, le conseguiría a esa mujer un lugar en el cementerio del pueblo, pues aquí no enterramos a los laicos.

El prior mira por la ventana y ve cómo ante la capilla los confederados más veteranos se ejercitan en el manejo de la espada. El monasterio recuerda más que nunca a una guarnición. Jakubowski deposita sobre la mesa una bolsa de tamaño considerable, como siempre.

Hace ya dos días que Chana yace en la sala de oficiales junto a la torre. La espera se les hace a todos eterna; en esos días nadie tiene paz, sabiendo que la tierra aún no la ha acogido. Jakubowski acude de nuevo al prior con la petición de enterrar a la difunta en la cueva, como ya hiciera antes, en repetidas ocasiones, como recientemente, cuando murió el pequeño Jacob. Pero Chana no es una niña ni tampoco una neófita cualquiera. Es nada menos que la esposa de Jacob Frank.

Chana murió de aflicción. El año antes dio a luz a una hija, a la que dieron por nombre Józefa Franciszka. La niña murió nada más ser bautizada. Primero Chana fue perdiendo fuerzas por unas hemorragias de causas no aclaradas que se prolongaron durante mucho tiempo después del parto y que nunca cesaron. Después vinieron la fiebre y los dolorosos edemas de los huesos. Zwierzchowska, que la cuidaba, dijo que era del frío que subía por las piedras. No sirvieron de nada los edredones de plumón llegados desde Varsovia. La humedad era omnipresente. Las articulaciones se le hincharon tanto que Chana acabó por no poder moverse. Después murió el pequeño Jacob. Los niños fueron enterrados en la cueva, sin la presencia de un cura, a escondidas, pero tras estas dos muertes, Chana ya no volvió a levantarse. Jacob ordenó a los Wołowski que llevaran a Avacha a Varsovia y que sacaran a la enferma Chana a que le diera algo de sol en Częstochowa. Solo allí se pudo ver lo pálida y consumida que estaba. Su piel, siempre de color aceitunado, era ahora gris y parecía como cubierta por una fina capa de ceniza. Durante un tiempo le sentó bien la decocción de la corteza de sauce que las muchachas iban a buscar a los campos vecinos. Allí los sauces crecen en ordenadas filas al borde de los campos de cultivo. Las pequeñas ramas brotan de los troncos corpulentos y contrahechos. «Qué feo es ese árbol, el sauce», solía decir Chana, «despeinado, desgreñado, como una mujer decrépita y tullida.» Y, sin embargo, esa planta fea la ayudó durante un tiempo. Las mujeres cortaban las ramas y les quitaban la corteza. En casa se cocía esa corteza en el agua y el extracto se daba a beber a la enferma. Uno de los padres paulinos intentó curar a Chana untando su cuerpo con vodka con miel, pero ese tratamiento tampoco sirvió de nada.

Ahora el tiempo es fresco y húmedo. La tierra exhala un inquietante olor a tumba. Desde los campos de las afueras de Częstochowa se ve el horizonte lejano, como si fuera una única cuerda tendida entre el cielo y la tierra donde el viento tañe siempre el mismo sonido monótono y sombrío.

Nadie se atreve a visitar a Jacob. Se apiñan en la escalera, pálidos, los labios cual oscuras líneas, los ojos ensombrecidos por la incesante vigilia, nadie ha comido nada desde el día anterior, las cacerolas están frías; incluso los niños guardan silencio. Jakubowski pega la mejilla a la pared de esa torre maldita. Una de las mujeres lo toca, momento en el que se lleva las manos a la frente y empieza a rezar, enseguida se le unen todos los demás. Se imagina que aun si la bóveda del cielo está construida con una piedra tan áspera y mojada, su oración podrá atravesarla, palabra tras palabra. Primero dicen «Padre nuestro» y después cantan Igadel.

Todos los ojos están puestos en él, en Nachman-Piotr Jakubowski, saben que es el único al que el Señor dejará entrar. Así que Jakubowski entreabre la pesada puerta que cruje sobre sus lastimeros goznes. Siente cómo los demás presionan sobre su hombro para ver lo que ocurre en el interior. Lo más probable es que esperen un milagro, al Señor con una túnica blanca suspendido en el aire, con la Señora viva y radiante en sus brazos. Jakubowski contiene un suspiro, casi un sollozo, pero sabe que debe dominarse, porque cualquier cosa que haga ahora, la harán también los demás. Se desliza por la estrecha abertura de la puerta y la cierra de inmediato. Las velas hace tiempo que se han apagado, solo brilla un cirio. La Señora yace como antes, cuando murió; no ha resucitado, nada ha cambiado salvo que ahora ya no hay ninguna duda de que es un cadáver. La mandíbula ha caído abriendo la boca, los párpados están entornados y el brillo del cirio juega sobre la resbaladiza superficie del ojo, la piel de la Señora es gris oscuro.

Jacob está tendido a su lado, desnudo, demacrado, anguloso, también oscuro, aunque el pelo de su cuerpo ya está completamente blanco y enmarañado como el de un perro, tiene los ojos hundidos. Sus flacas caderas tocan el cuerpo de Chana, le posa la mano en el pecho como si la abrazara. A la cabeza de Jakubowski acude la idea de que Jacob también ha muerto y de repente lo invade una oleada de calor, cae de rodillas ante la cama, sin notar el golpe contra el suelo de piedra y ya no puede contener el sollozo.

–¿De verdad creías que no moriríamos? –le pregunta Jacob incorporándose por encima del cuerpo de su esposa. Mira a Nachman, en sus oscuros ojos no se refleja la luz del cirio, son como la boca de la cueva. La pregunta a la que Jakubowski no contesta suena a ironía y provocación. Jakubowski recupera la compostura, saca del baúl una

camisa, así como una túnica turca de lana, y comienza a vestir a Jacob.

Al día siguiente, antes del alba, el cortejo parte más allá de las murallas. Hacia el mediodía ya están ante la cueva de Macpela. A los dos Wołowski, Pawłowski y Matuszewski les cuesta entrar con el ataúd en la cueva.

RETAZOS. EL ESTADO DE SITIO

Voy a escribir sobre las muertes.

El primero en irse fue el hijo mayor, Jacob, de siete años, adorado por su padre y preparado para ser su sucesor. Fue en las postrimerías de noviembre, ya había nevado. En el monasterio, convertido en fortaleza, reinaban el frío y la miseria. En aquella época ya se había instalado en esa fortaleza su nuevo comandante, Kazimierz Pułaski, quien, dado que mantenía buenas relaciones con Jacob y a menudo hablaba con él, permitió el entierro en la cueva. Ya teníamos en la cueva una pequeña cripta alejada de cementerios de extraños, y cada uno de nosotros era enterrado allí, y no teníamos intención alguna de proclamarlo a los cuatro vientos. Nosotros nos hicimos con esa cueva, se la arrebatamos a los murciélagos y a las ciegas lagartijas, pues ella vino a nosotros de la Tierra de Israel, tal y como nos fue revelado por Jacob. Y puesto que allí descansaban Adán y Eva, Abraham y Sara, así como los patriarcas, también nosotros empezamos a enterrar en ella a nuestros muertos. El primero fue reb Eli, nuestro tesorero, después los hijos de Jacob, y finalmente Chanełe. Si algo precioso tuvimos en Polonia fue aquella cueva, allí depositamos todos nuestros tesoros, porque era y es la puerta a mundos mejores, donde ya nos estaban esperando.

Eran días funestos y nada podrá explicarlos ante Dios. En el otoño de 1769 los confederados de Pułaski organizaron una batida en pos de Avacha. Y de nada sirvió, como les dijo el comandante en persona, que se tratara de la hija de un mago judío y que más les valía dejarla en paz. Su belleza despertaba una unánime curiosidad. En cierta ocasión la vieron unos oficiales de alto rango y solicitaron a Jacob poder visitarla. Uno de ellos llegó a decir que solo por su belleza podría ser la Madre de Dios, comentario que gustó sobremanera a Jacob. Sin embargo, la mantenía escondida en la torre y, cuando los soldados bebían, le prohibía salir incluso para hacer sus necesidades. Sin embargo, un espíritu maligno se apoderó de esos soldados confederados, esa turba heterogénea, a menudo aburridos de estar confinados en la fortaleza o excitados por el vodka que les traían de

contrabando desde el pueblo. Pues en cuanto Avacha salía, de inmediato le cortaban el paso y la importunaban, a veces resulta muy desagradable ver cómo tantos hombres van en pos de una mujer, encima joven y hermosa. Ella misma estaba sorprendida del interés que suscitaba, esa mezcla de fascinación y deseo hostil. Y en varias ocasiones no se limitaron a silbidos e improperios: la guarnición entera no podía hacer otra cosa que acosarla. No sirvió de nada la intervención del mismo señor Pułaski, que prohibió terminantemente hostigar a Ewa Frank. La soldadesca, privada de sus ocupaciones habituales, suspendida en la espera e insegura del futuro, se convierte en una muchedumbre necia e incontrolable. Preferiría no escribir sobre ello ni decir nada, mas por obligación de verdad, tan solo voy a mencionar que, finalmente, cuando aquello sucedió, Jacob la envió conmigo y con Wołowski a Varsovia, desde donde no regresó hasta después de la muerte de su madre para permanecer junto a su padre hasta el final. Y la noche en que la maltrataron tuvo un sueño en el que la liberaba de la torre un alemán vestido de blanco. En ese sueño le dijeron que era el emperador.

Los años de sitio resultaron difíciles tanto para mí como para todos nosotros. Agradecí al destino que, como emisario, pudiera viajar a menudo entre la capital y Częstochowa, gracias a lo cual me sentía menos abatido que Jacob, para quien, después de años de relativa libertad en el monasterio, el cautiverio resultaba ahora más angustioso. Una vez que supieron que Częstochowa sería sitiada, casi todos los nuestros abandonaron a toda prisa sus alojamientos y volvieron a Varsovia. Wieluńskie Przedmieście se quedó desierta. Con el Señor solo permanecieron Jan Wołowski y Mateusz Matuszewski.

Tras la muerte de Chana, la salud de Jacob se deterioró y debo confesar que pensé que se acercaba el final. Muchas veces me pregunté entonces por qué Job dijo: «Aún he de ver en mi carne a Dios»; este versículo de Isaías nunca me dejó en paz. Pues si el cuerpo del hombre no es duradero ni perfecto, quien lo ha creado debe de ser débil y miserable. Eso era lo que Job tenía en mente. Así lo creía yo y el tiempo venidero confirmaría que estaba en lo cierto.

De mutuo acuerdo con Wołowski y Matuszewski, mandamos traer de Varsovia a Marianna, y luego a la esposa de Ignacy, para que Jacob pudiera chupar sus pechos. Eso siempre le había ayudado. Así que sigo teniendo ante los ojos esta imagen: cuando, durante el asedio ruso, mientras disparaban los cañones y se derrumbaban las murallas de la fortaleza, cuando la tierra temblaba con el estruendo de los tiros y la gente caía como moscas, el Señor, en la sala de oficiales, junto a la torre de su prisión, chupaba el pecho de una mujer y reparaba de esa manera un mundo miserable y lleno de agujeros.

En el verano de 1772 ya no había nada que defender. Częstochowa estaba saqueada, la gente exhausta y hambrienta, el monasterio en las últimas, faltaba agua y comida. Nuestro comandante Pułaski fue acusado de conspirar contra el rey y tuvo que entregar la fortaleza a los destacamentos rusos. De nada sirvieron las plegarias el día de la Madre de Dios, Reina de Polonia, el 15 de agosto. Los frailes yacían con los brazos en cruz sobre el sucio suelo y esperaban un milagro. Por la tarde, acabada la misa, se colgaron en las murallas banderas blancas y nos dedicamos a ayudar a los hermanos a ocultar valiosos lienzos y exvotos, y colgamos una copia en el lugar que ocupaba la santísima imagen. Los rusos entraron varios días después y ordenaron encerrar a los frailes en el refectorio; durante varios días llegaban desde allí sus oraciones y cánticos. El prior estaba desesperado, pues por primera vez en la historia el monasterio había caído en manos extranjeras y eso anunciaba seguramente el fin del mundo.

Los rusos encendieron grandes hogueras en el claustro y bebieron el vino de misa, y lo que no bebían lo derramaban sobre las piedras hasta teñirlas de color rojo sangre. Saquearon la biblioteca y la sala del tesoro, destruyeron el polvorín y mucho armamento. Volaron la puerta de entrada. Desde las murallas del monasterio se veían las columnas de humo de las aldeas vecinas incendiadas a su paso.

Mas para mi sorpresa, Jacob no estaba en absoluto abatido por aquella situación. Todo lo contrario, el caos le dio fuerza. El tumulto de la guerra lo estimulaba. Salía a hablar con los moscovitas, y ellos lo temían, pues la muerte de Chana lo había transformado por completo: ahora estaba flaco, los ojos eran todo ojeras, los rasgos de su rostro se habían afilado y el pelo se había vuelto blanco. Alguien que no lo hubiera visto en mucho tiempo podría decir que era otro hombre. ¿Un loco? ¿Un iluminado? Lo cierto es que intercedió ante los moscovitas por los padres paulinos, quienes fueron puestos en libertad tras el arresto del refectorio.

Varios días después apareció en el monasterio el general Bíbikov. Entró a caballo hasta la puerta de la capilla y desde la montura aseguró al prior que nada malo les sucedería bajo la autoridad rusa. Esa misma tarde, Jacob y yo fuimos a rogar al general ruso una liberación de la cárcel de carácter excepcional. Pensé que haría falta mi traducción al ruso, mas hablaron en alemán. Bíbikov se mostró sumamente amable y al cabo de tan solo dos días Jacob recibió un permiso oficial para abandonar el monasterio.

Jacob, nuestro Señor, dice:

«Todo aquel que busque la salvación debe hacer tres cosas: cambiar su lugar de residencia, cambiar su nombre y cam- biar sus actos.»

Y así lo hicimos. Nos convertimos en otros y abandonamos Częstochowa, el lugar más luminoso y más oscuro a un tiempo.

VI. EL LIBRO DEL PAÍS REMOTO

In noſtra Europa (ſunt *regna* & *regiones* primariæ:	W naſzey Europie (ią nayprzednieyſze (kroleſtwa:	regnuum, n. 2. kroleſtwo. primarius, a, um, nayprzednieyſzy.
Luſitania,	Portugallia,	
Hiſpania, 1	Hiſzpania, 1	
Gallia, 2	Francya, 2	
Italia, 3	Włochy, 3	
Anglia, (*Britannia*)	Anglia, 4 (Brytania)	

(4

Scotia,

26

YENTA LEE SALVOCONDUCTOS

Yenta ve los salvoconductos que se muestran en la frontera. Un oficial enguantado los toma con delicadeza y deja a los viajeros en el carruaje para leerlos con tranquilidad en la sala de guardia. Los viajeros guardan silencio.

Carl Emmerich barón von Revisnye –lee a media voz el oficial enguantado–, chambelán romano en Germania, Hungría y Bohemia de Su Majestad Apostólica, embajador ordinario y ministro acreditado en la corte real de Polonia, hace constar que el portador del presente documento, el señor Józef Frank, comerciante, junto con su servidumbre, compuesta por dieciocho personas, y en dos carruajes, tiene la intención de viajar hasta Brünn en Moravia para atender asuntos propios, por lo que ordeno a toda autoridad competente que al mencionado señor Józef Frank y a su servidumbre que lo acompaña, compuesta por dieciocho personas, no se le interponga obstáculo alguno a la hora de cruzar la frontera y, en caso de necesidad, se le proporcione asistencia. Dado en Varsovia el 5 de marzo de 1773.

Además de ese salvoconducto austríaco hay también otro prusiano, Yenta lo ve muy nítidamente; está escrito con hermosa letra y autentificado con un gran sello:

El portador del presente documento, el señor Józef Frank, comerciante, llegado aquí desde Częstochowa, tras una estancia de ocho días en Varsovia, viaja junto con dieciocho personas de su servidumbre en dos carruajes a Moravia, a través de Częstochowa, para atender asuntos propios. Habida cuenta de que aquí el aire es puro y saludable, y gracias a Dios no hay ni rastro de plaga...

Yenta observa con atención esa construcción de la frase alemana «und von ansteckender Seuche ist gott lob nichts zu spüren...».

... toda autoridad militar y civil es exhortada de oficio a que se autorice al mencionado comerciante, junto con sus hombres y carruajes, sin obstáculo alguno, tras los controles de rigor, a cruzar la frontera. En Varsovia, a 1 de marzo de 1773. General Benoit, embajador de Su Majestad Real residente en la Res Publica de Polonia.

Yenta comprende que tras los salvoconductos se oculta el enorme universo del aparato del Estado, con sus sistemas solares, órbitas y satélites, con el fenómeno del cometa y la misteriosa fuerza de la gravedad descrita recientemente por Newton. Es un sistema vigilante y siempre alerta, sostenido por cientos y miles de escritorios de empleados públicos y pilas de papeles multiplicados mediante las caricias de las afiladas puntas de las plumas de oca que van pasando de mano en mano, de escritorio en escritorio; las hojas de papel agitan el aire de manera quizá imperceptible en comparación con los vientos otoñales, pero significativa sin embargo a escala mundial. En algún lugar remoto, en África o en Alaska, puede desencadenar un huracán. El Estado es un usurpador perfecto, un monarca despiadado, un orden establecido de una vez para siempre (hasta que lo barra la próxima guerra). ¿Quién trazó la frontera en esa maraña de maleza? ¿Quién prohíbe cruzarla? ¿En nombre de quién actúa ese desconfiado oficial con guantes y de dónde procede esa desconfianza? ¿Con qué propósito se emiten esos papeles transportados por postillones y emisarios en sillas de posta cuyos cansados caballos se reemplazan en cada relevo?

El séquito de Jacob está formado por jóvenes, no hay ninguno de los más veteranos. Estos se han quedado en Varsovia esperando y velando por sus negocios recién creados. Unos han mandado a los niños más pequeños a las Escuelas Pías, viven en Nowe Miasto y asisten a misa cada domingo. Otros, tras afeitarse las barbas, se han mezclado con el gentío en las embarradas calles de la capital, a veces todavía se oye el acento ligeramente judío, pero también él se derrite como la nieve. Jacob viaja en la primera carroza, cubierto de pieles; junto a él va Avacha, a quien su padre, invariablemente, llama Ewa. El frío le ha enrojecido las mejillas y su padre arregla a cada momento las pieles que la tapan. La muchacha lleva en el regazo a la vieja perrita Rutka, que de vez en cuando gime lastimeramente. No se la pudo convencer de que la dejara en Varsovia. Enfrente va sentado Jędrzej Jeruchim Dembowski, quien ahora se ha convertido en el secretario del Señor, puesto que Jakubowski (junto con su mujer) se ocupa de los hijos del Señor en Varsovia. Junto a Dembowski va Mateusz Matuszewski. Todos guardan silencio cuando el oficial se lleva los salvoconductos. A caballo van el cocinero Kazimierz y dos ayudantes: Józef Nakulnicki y Franciszek Bodowski, así como Ignacy Cesirajski, a quien Jacob ya en Częstochowa había cobrado gran afecto como ayuda de cámara.

En la segunda carroza se hacinan las mujeres: Magda Golińska, antes Jezierzańska, amiga íntima de Ewa Frank, unos años mayor que Avacha, alta y segura de sí misma cual madre protectora y entregada;

en su salvoconducto dice que viaja como camarera. Y también como camarera va Anusia Pawłowska, hija de Paweł Pawłowski, en tiempos Chaim de Busk, hermano de Nachman Jakubowski. Anusia se ha convertido en una bella muchacha. Como lavanderas viajan Róża Michałowska y Teresa, la viuda de Łabęcki. Las acompañan Jan, Janek, Ignacy y Jakub, que aún no se han ganado el apellido, así que el escrupuloso oficial anota en las columnas correspondientes «Forisch» y «Fuhrmann». Jacob confunde sus nombres y, cuando se distrae, llama Hershełe a cada uno de los muchachos.

A partir de Ostrava ya se ve lo diferente que es el país, pulcro y aseado. Los caminos están allanados y, pese al barro, resultan bastante transitables. El recorrido está salpicado de tabernas que no son judías; además, a estas, al atravesar Polonia, las evitaban. Pero Moravia no deja de ser un país de verdaderos creyentes, en cada pueblo hay alguno, aunque son distintos, más retraídos, piensan lo que han de pensar pero por fuera parecen verdaderos cristianos.

Mientras mira curioso por la ventana, Jeruchim Dembowski, a quien ahora Jacob llama con el divertido diminutivo de «Jędruś», cita las palabras de un cabalista según las cuales el versículo del Salmo 14, 3: «Todos declinaron, juntamente se han corrompido: No hay quien haga bien, no hay ni siquiera uno», tiene el mismo valor numérico que el nombre hebreo de Moravia: Mehrin.

–Guardémonos de esos alemanotes –advierte.

Ewa está decepcionada, le habría gustado que los acompañaran sus hermanos, pero ellos, infantiles y tímidos, frágiles cual brotes que germinan en un sótano, temen a su padre, y él los trata con más severidad que amor; parecen irritarlo constantemente. Es cierto que los dos son torpes y que les falta seguridad en sí mismos. Roch, pelirrojo y pecoso, se pone a lloriquear ante cualquier castigo y entonces sus ojos verde agua se anegan de lágrimas, e incluso esas lágrimas adquieren el color del agua de un estanque. Józef, silencioso y reservado, de marcados rasgos pajariles y hermosos ojos negros, siempre ensimismado, va recogiendo palitos, piedras, trozos de cintas y carretes de hilo con el incomprensible celo de una urraca. A ese hermano Ewa lo ama como si fuera su propio hijo.

Cuando el oficial finalmente les devuelve los salvoconductos y el carruaje reemprende la marcha, Ewa se asoma, mira el camino recorrido y comprende que abandona Polonia de una vez para siempre, que nunca más regresará. Polonia será para ella la cárcel de Jasna Góra; tenía ocho años cuando la vio por vez primera: la sala de oficiales, eternamente mal caldeada, fría. Polonia también significará los viajes a Varsovia, a casa de los Wołowski, donde aprendía a tocar el piano a toda prisa y el maestro le golpeaba las manos con una regla de madera. También recordará la inesperada muerte de su madre, como un golpe en el pecho. Sabe que nunca más volverá sobre sus pasos. El camino real bordeado de álamos en el incierto sol de marzo se convierte en un recuerdo.

–La señorita Ewa se digna echar de menos la sala de oficiales y seguramente añora a Roch... –dice con ironía Matuszewski al ver su gesto triste.

Todos en la carroza sueltan una risita salvo su padre. Por la expresión de su rostro no se adivina en qué está pensando. La rodea con un brazo y esconde su cabeza bajo el abrigo como lo haría con un cachorro. Allí Ewa logra ocultar las lágrimas que brotan sin cesar.

Llegan hasta las afueras de Brünn en las últimas horas de la tarde del 23 de marzo de 1773 y alquilan habitaciones en la posada Zum blauen Löwen, pero como solo quedan dos disponibles cuentan con poco espacio. El destacamento formado por los «Forisch» y «Fuhrman» duerme en el suelo sobre el heno esparcido en la cuadra. Dembowski guarda bajo la cabeza el cofre con el dinero y los documentos. Sin embargo –circunstancia de la que se enteran al día siguiente– para poder permanecer más tiempo en la ciudad es preciso un permiso especial. Por eso Jacob y Ewa se hacen llevar hasta Prossnitz, a casa de sus primos los Dobruška.

DE LA FAMILIA DOBRUŠKA DE PROSSNITZ

Ewa, con los ojos muy abiertos, mira los atuendos de las mujeres, sus perritos y carruajes. Ve las regulares hileras de viñedos desnudos a estas alturas del año y los jardines limpios y aseados para la Semana Santa. Los transeúntes se detienen al ver su carruaje, su abrigo forrado de piel de lobo y el gorro alto de su padre. La huesuda y fuerte mano de Jacob, quien no sabe lo que es que le lleven la contraria, la sujeta con fuerza por la muñeca sin reparar en su nuevo guante de piel de cabra. Le duele, pero Ewa no se queja. Tiene mucho aguante.

La casa de los Dobruška es muy conocida en la ciudad, todos saben mostrarles el camino. Está situada en la plaza del mercado, tiene dos plantas y en la de abajo hay una tienda con un enorme ventanal. La fachada está recién pintada y algunos hombres están poniendo el empedrado frente a ella. El carruaje se detiene, no puede acercarse más, y el cochero corre a anunciar a los visitantes. Al poco, en las ventanas del primer piso se descorren cortinas y curiosos ojos de viejos y jóvenes observan a los recién llegados.

Salen para saludarlos. Ewa hace una reverencia ante su tía Sheindel. Esta, emocionada, la abraza, y Ewa siente el olor de su vestido: liviano, floral, como de polvos de arroz y vainilla. Salomón, es decir, Zalman, tiene lágrimas en los ojos. Ha envejecido mucho, apenas puede caminar. Rodea a Jacob con sus largos brazos y le da palmadas en la espalda. Sí, Zalman está débil y enfermo, ha perdido peso. Su barriga, otrora voluminosa, se ha hundido y las arrugas surcan su rostro. Hace veintiún años, en la boda de Rohatyn, parecía el doble de grande. En cambio, Sheindel, su mujer, florece cual manzano en primavera. ¿Quién diría que ha dado a luz a doce hijos? Sigue teniendo buena figura, rellena y redonda. Su frondosa melena, un poco encanecida, la lleva recogida en la coronilla y sujeta con unas agujas de encaje negro que sostienen una diminuta cofia.

Sheindel, pese a la cordialidad que muestra, mira con desconfianza a su primo, ha oído decir tanto sobre él que no sabe a qué atenerse. Por naturaleza tiende a pensar mal de las personas, con demasiada frecuencia le parecen estúpidas y huecas. Abraza a Avacha de manera un tanto teatral, demasiado fuerte –con las mujeres siempre se impone–, mientras admira sus trenzas hechas a la polaca. Sheindel es una mujer hermosa, bien vestida, segura de sí misma y del encanto que desprende. Dentro de un instante, en la casa solo resonará su voz.

Sin miramiento alguno, agarra a su primo de la mano y lo conduce al salón, cuya opulencia acoquina a los huéspedes, quienes durante trece años solo han visto objetos bellos y lujosos en las iglesias. Un suelo de madera pulido, con alfombras turcas, las paredes pintadas en colores suaves y con flores, un instrumento blanco con dientes que son

teclas y, junto a él, un taburete primorosamente adornado, con tres patas que fingen ser las de un animal. Cortinas fruncidas en las ventanas y una graciosa caja de costura con cajoncitos: los huéspedes han llegado justo mientras bordaba en compañía de sus hijas, por eso sobre las sillas están los bastidores abandonados. Sus hijas son cuatro; ahora están de pie, una junto a la otra, sonrientes, satisfechas de sí mismas: la mayor, Blumełe, bonita, pequeña y alegre; a continuación, Sara, Gitla y la jovencita Estera, de cabello rizado y pálidas mejillas, ahora ruborizadas, como si alguien las acabara de pintar.

Todas llevan vestidos de florecillas, pero cada uno de distinto color. A Ewa le gustaría tener un vestido así y también unas cintas así en el pelo, en Varsovia no llevan cintas semejantes, y ya siente que se está enamorando de esos vestidos, de sus suaves colores y de las cintas. En Polonia solo ha conocido el rojo chillón, el amaranto y el azul turquesa; aquí todo es diferente, todo parece aguado, como si todos los colores del mundo se disolvieran en leche; ni siquiera hay palabras para llamar a ese rosa agrisado de las cintas en el pelo. La tía Sheindel procede a presentar a sus hijos. Su judío es algo distinto al de los recién llegados. Después de las niñas, se acercan los muchachos.

También está aquí Moshe, quien, al enterarse de la visita de su famoso tío, ha venido adrede desde Viena. Tiene veinte años, apenas dos más que Avacha, el rostro delgado y expresivo y los dientes desiguales. Escribe ya disertaciones científicas tanto en alemán como en hebreo. Le interesan la poesía y la literatura, así como las nuevas corrientes filosóficas. Parece un poco demasiado atrevido, demasiado hablador, quizá demasiado seguro de sí mismo, al igual que su madre. Hay personas que causan desazón desde el principio, pues resultan demasiado atractivas y se las quiere sin justificación alguna, a sabiendas de que todo es juego y apariencia. Moshe es precisamente así. Cada vez que la observa, Ewa desvía la mirada y se sonroja, cosa que la avergüenza aún más. Al saludarlo, hace una torpe reverencia y evita darle la mano, momento en el que Sheindel, a la que no se le escapa ningún detalle, lanza una mirada cómplice a su marido mientras con la expresión de su cara da a entender a todos que los modales de la muchacha dejan mucho que desear. Ewa ya no es capaz de recordar los nombres de los demás hermanos Dobruška.

Sheindel Hirsch nació en Wrocław, pero su familia era originaria de Rzeszów, al igual que la de Jacob. La madre de Jacob y el padre de Sheindel eran hermanos. Hoy tiene treinta y siete años, su rostro sigue fresco y joven. Sus enormes ojos oscuros recuerdan sendos pozos, no se sabe qué hay en el fondo. Su mirada es penetrante, suspicaz, atenta. Resulta difícil esquivarla. Ewa mira hacia otro lado y piensa en lo mucho que su tía Sheindel se diferencia de su madre. Su madre era

confiada y natural, lo que a menudo la hacía parecer indefensa e impotente, así la recuerda, como si siempre la abandonaran las fuerzas y cada mañana hubiera de recogerlas como si fueran arándanos, lenta y pacientemente. Su tía, en cambio, tiene demasiadas fuerzas, mientras habla con su primo pone la mesa. Irrumpe una criada con una cesta de panecillos aún calientes recién salidos de la tahona. Irán acompañados de miel y pequeños terrones de azúcar oscuro que se echan al café con unas pinzas especiales.

Las primeras conversaciones sirven para observarse mutuamente. Los hijos de los Dobruška, que han acudido desde distintos lugares de la casa, curiosos y divertidos, observan a Ewa Frank, su desconocida prima, y a su extraño tío de rostro oscuro y picado de viruela. Ewa lleva un vestido comprado en Varsovia, de color tabaco «de viaje», nada favorecedor. Se le ha desgajado la suela de un zapato y ahora intenta tapar la grieta con la punta del otro. El rubor no abandona su rostro. De debajo del sombrero (y pensar que en Varsovia le había parecido elegante) asoman varios mechones de pelo.

Jacob, desde el principio, se comporta de manera ruidosa y directa, como si en el momento de apearse del carruaje se hubiera producido en él una transformación, como si, sobre su rostro abatido y exhausto, se hubiese puesto una máscara de jovialidad. Su extenuación desaparece, la borran los sorbos de caldo de oca, la caldea la contagiosa risa de Sheindel y la diluye el licor de guinda. Finalmente, se oye la palabra exótica: Częstochowa. Jacob empieza a contar, como suele hacer, gesticulando y haciendo muecas. Maldice en polaco, maldice en judío, los niños no saben cómo reaccionar, pero una rápida mirada lanzada a su madre los tranquiliza: Sheindel entorna ligeramente los párpados, como si dijera: él tiene derecho. Sentados en el salón alrededor de una pequeña mesa redonda, toman café en finas tazas. Ewa no escucha la historia de su padre.

Cuando extiende la mano en busca de azúcar (para acompañar el café se ha servido un azúcar blanco como la nieve, en grandes cristales), ve en el azucarero la imagen de una ciudad portuaria con sus características grúas para descargar la mercancía. Y la taza: su interior es blanco y resbaladizo, y el borde está adornado con una fina orla dorada. Al tocarla con los labios, se tiene la impresión de que la orla tiene sabor, como a vainilla.

El reloj hace tictac: ese nuevo sonido divide el tiempo en pequeñas partículas, todo parece medido, cuadriculado. Limpio, pulcro y lleno de sentido.

Después del almuerzo, su padre se queda con el tío Zalman y la tía Sheindel, mientras que a Ewa le ordenan dirigirse a la habitación de las niñas, donde las más jóvenes, Gitla y Estera, le enseñan sus diarios de visita, en los que los invitados a la casa dejan una nota. Ella

también debe hacerlo. Está aterrorizada.

–¿Puede ser en polaco? –pregunta.

Ojea el libro y ve que todas las notas están en alemán, lengua que apenas conoce. Finalmente, es Magda Golińska quien toma la pluma en su lugar y escribe en polaco con hermosa letra. A Ewa le queda dibujar unas rosas con espinas, tal y como hacían en Częstochowa. Son las únicas flores que sabe dibujar.

En el salón los adultos hablan en voz alta y de vez en cuando se oyen sus carcajadas y exclamaciones de sorpresa. Después bajan la voz hasta el susurro. Las criadas no cesan de llevar café y fruta. Del fondo de la casa llega el olor a carne frita. Jędrzej Dembowski la recorre entera y escudriña cada rincón. Se asoma a la habitación de las niñas y junto con él penetra el olor a tabaco, amargo, intenso.

–Conque aquí se han escondido las señoritas... –dice y su ahumada figura desaparece.

Hasta Ewa, que está sentada en un mullido sillón jugando con el fleco de una cortina, llega desde el salón la voz de su padre, quien vivamente cuenta cómo fue liberado por los rusos. Oye cómo adorna los acontecimientos, quizá incluso con mentiras. En su relato todo es dramático, y él se convierte en un héroe: el ataque, los disparos, los veteranos agonizantes, la sangre, los frailes sepultados entre los escombros. La realidad fue más prosaica. Él mismo le contó que la guarnición se había rendido sin presentar batalla. Se colgaron sobre las murallas banderas blancas. Depositaron las armas en grandes montones. Bajo la lluvia, las montañas de pistolas, sables y mosquetes parecían ramas secas. Los confederados fueron formados en columnas de cuatro y se los llevaron. Los rusos se entregaron a un metódico saqueo.

Wołowski y Jakubowski hablaron con el general Bíbikov en nombre de Jacob. El general, tras una breve reunión con un oficial, ordenó entregar a Jacob un documento de puesta en libertad.

De camino a Varsovia en un carruaje alquilado, fueron registrados por distintas patrullas: tanto rusas como formadas por los pocos confederados que quedaban. Leían el documento mientras observaban con suspicacia a la bella muchacha encajonada entre dos hombres extraños. En cierta ocasión, los detuvieron unos salteadores harapientos; entonces Jan Wołowski disparó al aire y los ahuyentó. Cerca de Varsovia, se desviaron del camino principal y, tras pagar un generoso donativo a las monjas de un convento, dejaron allí a Ewa para evitar el riesgo de llevarla consigo a través de ese país que se había vuelto repentinamente salvaje. Allí debía esperar el regreso de su padre. Al despedirse, Jacob la besó en los labios y le dijo que era lo más importante que tenía.

Ahora su padre relata los esfuerzos por conseguir los

salvoconductos. Y se oye la voz de la tía Sheindel, que grita con incredulidad:

–¿¡Querías ir a Turquía!?

Ewa no oye la respuesta de su padre. Pero sí la réplica de su tía:

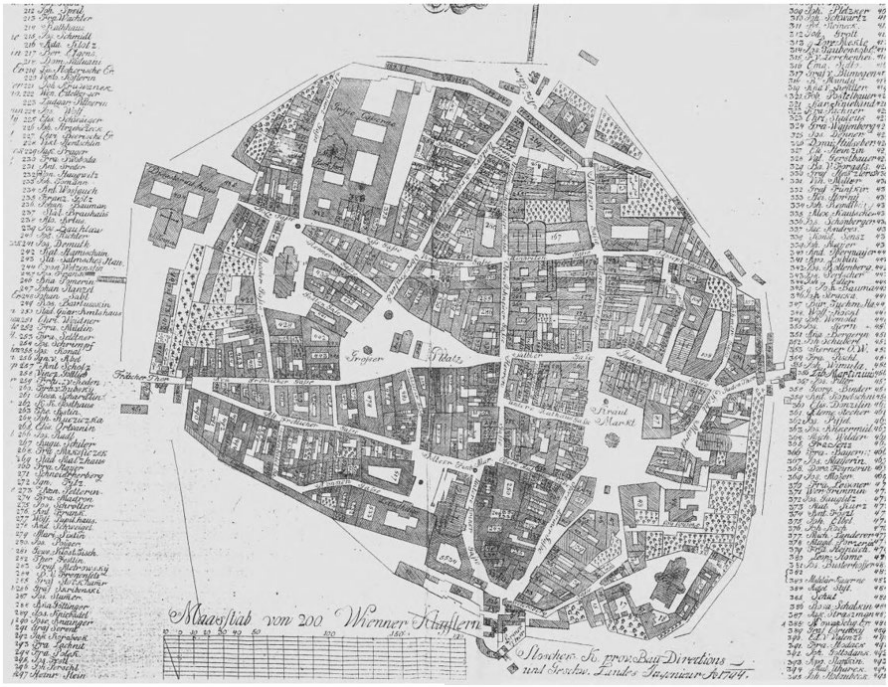
–Pero Turquía es ahora enemiga tanto de Polonia como de Austria y Rusia. Habrá guerra.

Ewa se duerme en el sillón.

DE LA NUEVA VIDA EN BRÜNN Y DEL TICTAC DE LOS RELOJES

Unos días después alquilan una casa en las afueras de Brünn a Ignaz Pietsch, jurista. Jacob Frank se ve obligado a mostrarle sus salvoconductos y a presentar en un negociado de servicio público un escrito que atestigua que nació en Esmirna, que viene desde Polonia y que, ya cansado del comercio, desea establecerse definitivamente con su hija Ewa en Brünn. Y que para ello dispone de los medios necesarios, procedentes de su actividad mercantil.

En las semanas que transcurren mientras van deshaciendo las maletas, haciendo las camas y dejando en los estantes de los armarios la ropa blanca, por encima de sus cabezas silban hojas de papel, documentos errantes, informes y delaciones, revolotean notas, memorias que van y vienen. El edil del distrito de Prossnitz, un tal Von Zollern, expresa por escrito sus dudas acerca de si se debe permitir a ese grupo instalarse en Brünn, pues le resulta sospechoso que un neófito, según ha oído, pueda permitirse el lujo de mantener tanta servidumbre. Y, por añadidura, compuesta también de neófitos. Y pese a que Su Majestad Imperial insiste en la tolerancia, Von Zollern tiene miedo de asumir la responsabilidad y preferiría que el susodicho se instalase en otro lugar hasta el momento en que llegue la decisión definitiva del Gobierno Imperial y Real de las Provincias.



A lo que le contestan que, teniendo en cuenta el estado de guerra en Polonia, debe hacerse cargo de la decisión sobre el asunto de los recién llegados la autoridad militar, sin cuyo permiso, en virtud de la disposición de la corte del día 26 de julio de 1772, a las personas de origen polaco no se les debe permitir la estancia en el país. En respuesta llega un escrito de la comandancia militar afirmando que, pese a todo, están sujetas a la jurisdicción civil y no a la militar, por lo que esa autoridad se considera competente para tomar una decisión en esta materia, y la autoridad civil recurre al edil del distrito con la petición de que se informe sobre la persona de Józef Frank: el propósito de sus viajes, medios de subsistencia y demás detalles acerca del comercio que supuestamente practica.

De resultas de los esfuerzos de espías oficiales y no oficiales, el edil del distrito informa de que:

... dicho Frank ha declarado que en el Reino de Polonia, a treinta millas de Czerniowce, donde viven los pueblos súbditos del Imperio ruso, posee un buen número de cabezas de ganado con el que comercia a gran escala, pero a causa de las circunstancias actuales y los disturbios bélicos en Polonia, temiendo por su propia vida y la de su familia, tiene intención de deshacerse de esas cabezas. Que además en Esmirna cuenta con posesiones que le reportan beneficios desde hace años y que, por eso, al no tener intención alguna de comerciar en Brünn, vivirá exclusivamente de sus rentas. Respecto a la conducta,

comportamiento, carácter y relaciones del susodicho Frank, después de la investigación más rigurosa, profunda y laboriosa llevada a cabo por la Oficina del Distrito, no se ha descubierto nada que pudiera arrojar una sombra de duda sobre dicho individuo. La conducta del mencionado Frank es correcta, vive de sus propias rentas y de su dinero en efectivo y no incurre en deuda alguna.

Primero, como queda dicho, viven en las afueras, sobre hermosas colinas llenas de jardines junto a Vinohrady. Al cabo de un año, se trasladan a la calle Kleine Neugasse y más tarde a la Petersburger Gasse, donde, gracias a la ayuda de Zalman Dobruška y también de otra gente, alquilan para doce años la casa en el número 4.

La casa, alquilada a uno de los concejales de municipio, está situada en una colina junto a la catedral, desde donde se ve toda Brünn. El patio es pequeño, descuidado y está cubierto de bardana.

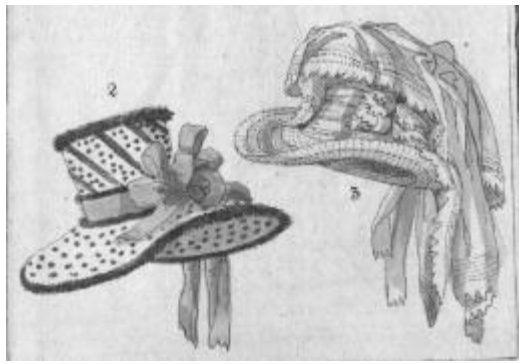
Ewa recibe la habitación más bonita: con cuatro ventanas, luminosa y con muchos lienzos en la pared donde se representan escenas con pastorcillas. Hay una cama con dosel, muy alta y no muy cómoda. Sus vestidos cuelgan en el armario. En la habitación de Ewa todas las noches se acuesta en el suelo Magda Golińska, que por nada del mundo desea volver con su marido; hasta que finalmente le compran una cama. No es necesaria, porque cuando hace frío las dos duermen acurrucadas, pero solo cuando el padre no lo ve, cuando ya se ha dormido y sus ronquidos recorren las habitaciones.

Y eso que Jacob se queja de que no puede dormir.

–¡Sacad de aquí ese tictac! –grita y ordena que se lleven a la planta baja ese reloj que tanto le había entusiasmado. El reloj procede de alguna parte de Alemania, está hecho todo de madera, con un pajarito que salta de él a las horas en punto con tal estruendo como si a su lado estallase la metralla, como si siguieran en la Częstochowa sitiada. Encima el pajarito es feo, más bien recuerda a una rata. Jacob se despierta en mitad de la noche y camina por la casa. A veces se asoma a la habitación de Avacha, pero al ver que Magda está con ella, se enfurece y se irrita aún más. Finalmente, el reloj es regalado a alguien.

En verano Ewa va a casa de su tía Sheindel para aprender buenos modales y tocar el piano, que está de moda y que Zalman ha traído desde Viena. También aprende francés, lo pilla todo al vuelo y no tarda en ser capaz de mantener una conversación. Con los suyos se comunica en polaco, su padre ha prohibido el judío a todo el mundo. Ahora, sin embargo, tiene que hablar alemán con sus primos; tiene un maestro en casa de su tía, el mismo que enseña a las niñas. A Ewa le avergüenza compartir clases con niñas tan pequeñas. Estudia con diligencia, pero de todos modos difícilmente alcanzará a las jovencitas Dobruška. A veces también asiste a las lecciones del Hausrabin, que se

encarga de la educación hebrea de los niños, tanto de las muchachas como de los muchachos. Se trata de un anciano, Salomon Gerlst, pariente del mismísimo Jonathan Eibeschütz, que nació precisamente en Prossnitz, donde sigue viviendo su familia más lejana. Se ocupa principalmente de dos muchachos, Emanuel y David, que ya han dejado atrás el bar mitzvá y ahora empiezan a estudiar los libros sagrados de los verdaderos creyentes.



Una vez al mes acude un sastre y con cada visita la tía encarga nueva ropa para Avacha: livianos vestidos de colores apagados, corpiños que descubren el escote y sombreros adornados con tantas cintas y flores que parecen tumbas para muñecas. Al zapatero le encarga zapatos de seda, tan finos que da miedo salir con ellos a las polvorientas calles de Brünn. Con sus nuevos atuendos, Ewa se transforma en una mujer de mundo, y su padre entorna los ojos de satisfacción al mirarla y le pide además que le diga algo en alemán, cualquier cosa. Ewa recita poesías alemanas, momento en que Jacob chasquea la lengua con deleite.

–Esta es la niña que yo había pedido, una hija así, una reina.

A Ewa le gusta complacer a su padre, solo entonces se gusta a sí misma. Pero no le gusta que su padre la toque. Lo esquiva, como si estuviera muy ocupada, y se va, sin embargo siempre tiene miedo de que la llame y de que entonces tenga que regresar. Prefiere estar en Prossnitz en casa de sus tíos. Anusia Pawłowska y ella hacen allí lo mismo que sus primas: aprender a ser damas.

En el huerto de los Dobruška ya brota el fruto en los pequeños manzanos; la hierba es frondosa, las pisadas han abierto senderos. Hace poco ha llovido, el aire está limpio, verde oscuro, lleno de fragancias. La lluvia ha labrado pequeños surcos en el sendero, sus gotas acaban de secarse en el banco de madera que Sheindel ha colocado junto a él. A menudo se entrega allí a la lectura. En verano Ewa pasa horas en ese banco, intentando leer en francés novelas de amor que su tía guarda bajo llave en una cómoda.

Zalman Dobruška observa a sus hijas por la ventana abierta mientras hace sus cuentas. Últimamente ya no va a su tabaquería, el aire estival le provoca ataques de asma. Le cuesta respirar, debe ir con cuidado. Ya sabe que no vivirá mucho tiempo. Ha decidido dejar el negocio en manos de su hijo mayor, Carl. En la familia de los Dobruška se prolonga un eterno debate sobre el bautismo. Zalman y algunos de sus hijos mayores se resisten a la idea, pero Sheindel apoya a los hijos que quieren dar el paso. Carl se bautizó hace poco junto con su mujer y su hijo recién nacido. El comercio del tabaco se convertirá en un comercio cristiano. El tabaco será cristiano.

DE MOSHE DOBRUŠKA Y DEL BANQUETE DEL LEVIATÁN

Moshe ya estuvo presente en la boda de Rohatyn hace veinte años, aunque por supuesto no puede saberlo. Yenta lo había tocado a través del vientre de la jovencísima Sheindel, quien sentía asco de los excrementos de caballo en el patio. Yenta, que también a veces visita el huerto de los Dobruška en Prossnitz, lo reconoce: sí, es él, esa existencia incierta, parcial, una bola gelatinosa en potencia, un ser que es y al mismo tiempo no es, y para cuya descripción no se ha inventado aún lengua alguna, ni ningún Newton se ha visto tentado a formular teoría al respecto. Pero desde el lugar donde se encuentra ahora, Yenta ve tanto su principio como su final. No es bueno saber demasiado.

Mientras, en Varsovia, en la cocina de Leszno, los huesudos dedos de Chaja, ahora Marianna Lanckorońska, moldean su figurita de miga de pan. El proceso se prolonga durante mucho tiempo porque la masa de pan se desmigaja y se rompe, la figurita adopta formas extrañas y se deshace. Acaba resultando completamente distinta a las demás.

Moshe estudia Derecho, pero le interesan más el teatro y la literatura. Las bodegas vienesas son sin duda el mejor lugar para aprender la vida, le dice a su madre. No se atrevería a decirle lo mismo a su padre enfermo. La madre lo quiere más que a nada en el mundo y lo considera un verdadero genio. Su maternal mirada ve en él a un joven más que apuesto. Bueno, a nadie que no haya cumplido los veinticinco años se le puede negar la belleza, y a Moshe tampoco: conjuga buen porte y esbelteza. Cuando regresa de Viena, se deshace de la peluca empolvada y va con la cabeza descubierta. Lleva su cabellera oscura y ondulada recogida en una trenza. En realidad, se parece a su madre, ha heredado su frente alta y sus labios carnosos, y, al igual que ella, es ruidoso y hablador. De porte elegante, vienés: camina a grandes zancadas. Sus altas botas de piel muy fina con hebillas plateadas subrayan sus pantorrillas largas y delgadas.

Ewa se ha enterado de que Moshe tiene una prometida en Viena,

Elke, hijastra del rico industrial Joachim von Popper, un neófito ennoblecido. Sí, sí, hay boda a la vista. Su padre de buena gana lo casaría ya para que Moshe, junto con sus hermanos, continuase aquello que le parece del mayor provecho: el negocio del tabaco. Pero Moshe acaba de conocer el extraño y profundo bolsillo de este mundo del que se puede sacar dinero incesantemente: la bolsa de valores. Y sabe, al igual que su madre, que hay cosas más importantes que comerciar con tabaco.

Moshe lleva a casa a sus amigos, jóvenes de casas adineradas; entonces su madre abre las ventanas que dan al huerto, desempolva los muebles del jardín y el clavicordio se coloca en el centro del salón para que se lo pueda oír tanto en el interior como en el exterior. Las hermanas se ponen sus mejores vestidos. Los jóvenes amigos, poetas, filósofos y Dios sabe qué más (Zalman los llama «niños ricos») son abiertos y modernos; a ninguno le molesta la inmensa barba de Zalman ni su acento extranjero. Parecen hallarse en permanente estado de embriaguez y leve excitación, encantados de sí mismos y de sus propias poesías repletas de alegorías y abstracciones.

Cuando su madre los llama a cenar, Moshe está plantado en el centro del salón.

–¿Habéis oído? ¡Es hora de comernos al Leviatán! –exclama.

Los jóvenes se levantan de sus asientos y, deslizándose por el pulido suelo, corren a ocupar los mejores sitios en la mesa. Moshe lanza un nuevo grito:

–¡En el banquete mesiánico, Israel se comerá al Leviatán! Aunque Maimónides lo explica de manera filosófica y grandilocuente, ¿por qué nosotros íbamos a desdeñar las creencias de la gente sencilla que ha

pasado hambre toda la vida?

Moshe se sienta en el mismo centro de la larga mesa sin dejar de perorar:

–¡Sí, el pueblo de Israel engullirá al Leviatán! El inmenso, el gigantesco corpachón del monstruo resultará delicioso y fino como, como...

–... como la carne de una codorniz virgen –le sopla uno de sus camaradas.

–O de transparentes peces voladores –prosigue Moshe–. El pueblo se comerá al Leviatán hasta que sacie su hambre milenaria. Será un gran festín, un banquete inolvidable. El viento hará ondear los manteles blancos y tiraremos los huesos debajo de la mesa para los perros, que también se beneficiarán de la salvación...

Se oye un tímido aplauso, porque las manos ya están ocupadas sirviéndose en los platos. Hasta muy entrada la noche, en la casa de los Dobruška se oye la música y los estallidos de risa, mientras los jóvenes se divierten con los juegos de mesa franceses de moda. Sheindel, de pie, apoyada contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados, contempla con orgullo a su hijo. Puede estar orgullosa de él, y probablemente lo esté: en 1773 ha publicado tres disertaciones propias, dos en alemán y una en hebreo. Todas sobre literatura.

Después del entierro de Zalman, que se celebra a principios de abril de 1774, durante la comida de exequias, Moshe pide conversar con su tío Jacob Frank. Se sientan en el mirador acristalado donde Sheindel guarda las plantas en invierno; ahora sigue habiendo allí altos ficus, palmeras y adelfas. Al parecer, Moshe por un lado admira a Jacob y, por el otro, no le tiene simpatía. Es su forma habitual de acercarse a la gente: extrema y ambivalente. Lo mira de soslayo, lo irritan sus modales de simplón, de los que tanto presume su tío, lo irrita su vestimenta turca, chillona y teatral. En cambio, lo admira por una seguridad en sí mismo tan inexplicable como inalterable. No se la ha visto a nadie. Se da cuenta de que siente respeto por ese hombre e incluso de que le tiene miedo. Y precisamente eso es lo que tanto le atrae.

–Quiero que seas mi testigo de boda, tío. Quiero que me acompañes en el bautismo.

–Me gusta que en una comida de exequias invites a una boda –dice Jacob.

–A mi padre también le gustaría. Siempre fue partidario de ir directamente al grano.

A través del cristal, tal como los ven los invitados, parecen estar hablando del difunto Zalman mientras fuman sendas pipas. Sus cuerpos están distendidos; Jacob, mientras estira las piernas hacia

delante, pensativo, exhala anillos de humo.

–Todo se reduce a que –dice Moshe Dobruška– Moisés y su constitución son un fraude. El propio Moisés conoció la verdad, pero se la ocultó a su pueblo. ¿Por qué? Seguramente para tener poder sobre él. Construyó una mentira tan grande que hasta resulta verosímil. Millones de personas creen en esa mentira, la evocan y viven de acuerdo con ella. –Moshe, sin mirar a su tío, más que hablar perora–. ¿Qué se siente al darse cuenta de que uno ha vivido inmerso en una ilusión? Es como si alguien le dijese a un niño que el rojo es verde, el amarillo rosa, un árbol un tulipán...

Dobruška continúa enumerando comparaciones mientras traza una circunferencia en el aire y después prosigue:

–Es decir, el mundo no es sino una mentira engañosa, un teatro. Y eso que Moisés tuvo la mayor de las oportunidades, pudo haber conducido hasta la luz verdadera a un pueblo expulsado que vagaba por el desierto, pero él prefirió engañarlo y presentar como divinas las reglas y leyes que él mismo había inventado. Guardó ese secreto en lo más profundo y tuvieron que pasar siglos para que conociéramos la verdad.

Moshe, de pronto, se desliza abruptamente de la silla, se arrodilla ante Jacob y coloca la cabeza en su regazo.

–Tú, Jacob, eres la persona que con pugnacidad nos hace tomar conciencia de todo esto. Has asumido ese cometido y te admiro por ello.

Jacob no parece sorprendido, abraza con las manos la cabeza del joven Dobruška y todo aquel que ahora los ve a través del cristal interpreta que el tío consuela al hijo tras la muerte de su padre, es una imagen conmovedora.

–Tú sabes, tío, Moisés pecó terriblemente, nos condenó a los judíos, y no solo a nosotros, a un sinfín de desgracias, derrotas, plagas y sufrimientos, y después abandonó a su pueblo...

–Para unirse a otra religión... –le interrumpe Jacob y Dobruška vuelve a la silla, pero la coloca tan cerca de su tío que sus rostros quedan a un palmo de distancia.

–Di, ¿tengo razón? Jesús intentó salvarnos, y estuvo cerca; sin embargo su idea fue tergiversada, al igual que la idea de Mahoma.

Jacob dice:

–Las leyes mosaicas son una carga y un crimen para el pueblo, sin embargo, las enseñanzas divinas son perfectas. Ninguna persona ni ser alguno han tenido la suerte de escucharlas, pero nosotros confiamos en que las oiremos. Tú lo sabes, ¿verdad?

Moshe Dobruška asiente enérgicamente con la cabeza.

–Toda la verdad se encuentra en la filosofía de la Ilustración, en el conocimiento que podemos adquirir, él nos liberará de esta miseria...

A Sheindel le preocupa lo que ve a través del cristal del mirador, duda por un instante y, acto seguido, llama a la puerta con decisión y la abre para decirles que la modesta merienda ya está servida.

DE LA CASA JUNTO A LA CATEDRAL Y DEL SUMINISTRO DE SEÑORITAS

Ya desde el primer año, a la vivienda de Petersburger Gasse empiezan a acudir visitas y toda la casa se llena de bullicio. Los anejos están ocupados, y los que no caben alquilan habitaciones en las casas de los burgueses: en la adormecida ciudad de Brünn penetran nuevas energías, pues casi todos los visitantes son jóvenes. Como las enseñanzas se transmiten solo por la mañana, el resto del día no hay nada que hacer, así que el Señor organiza una instrucción militar, y a partir de entonces el patio se llena de un bullicio políglota, mientras aprenden a desfilar muchachos de Polonia y Turquía, así como de Bohemia y Moravia, los «alemanotes», como los llama Jacob. La corte de Brünn gasta grandes sumas de dinero encargando uniformes para todos, y, una vez disfrazados, el Señor divide su pequeño ejército en unidades. Sobre la mesa tiene desplegados bocetos de uniformes, estandartes y planos de distribución de los destacamentos. Cada mañana comienza de la misma manera. El Señor sale al balcón y, apoyado contra la balaustrada de piedra, arenga a los reclutas:

–Quien no preste atención a mis palabras no podrá permanecer en mi corte. Quien profiera maldiciones será expulsado de inmediato. Y si alguien dice que aquello a lo que aspiro es malo o innecesario, también será excluido.

Y a veces, bajando un poco el tono, añade:

–En tiempos destruía y arrancaba de raíz, ahora hago germinar y construyo. Quiero enseñaros costumbres reales, porque vuestras cabezas están hechas para ser coronadas.

Cada mes la corte recibe a decenas de peregrinos. Unos tan solo vienen a visitar a Jacob; otros, más jóvenes, se quedan por más tiempo. Es un honor para señoritas y solteros pasar un año al servicio del Señor. Traen dinero consigo e inmediatamente lo depositan en manos del intendente.

La casa de Petersburger Gasse es sólida, de dos plantas. Una pesada puerta de madera cierra la entrada al patio interior que da cabida a un establo, una cochera, un cobertizo para leña y una cocina. Las habitaciones que dan a Petersburger Gasse, que conduce hasta la catedral de San Pedro y San Pablo, aunque ensombrecidas por el enorme edificio de la iglesia, son las más bonitas, y las de la primera planta las ocupan el Señor y Ewa, así como Roch y Józef cuando vienen desde Varsovia. También están aquí las habitaciones para los

invitados más importantes, para los hermanos y hermanas más ilustres. Cuando visitan Brünn los hermanos mayores, como Jakubowski, los Wołowski, los Dembowski o los Łabęcki, es aquí donde pernoctan. Al fondo del ala izquierda, el Señor tiene su despacho, donde recibe a los huéspedes. A los extranjeros se los recibe abajo, junto al patio. Hay allí también una gran sala, el propietario anterior organizaba bailes en ella, ahora es un lugar de encuentro y estudio. Por el lado del patio hay un kindergarten donde se enseña a los niños más pequeños. Al Señor no le gustan los recién nacidos, por eso toda mujer que da a luz es alejada de la corte por un tiempo y enviada a Polonia con su familia, a menos que el Señor decida lo contrario, pues de algunas le gusta chupar su leche.

En la segunda planta, tanto en la parte que da a la calle como la que da al patio, hay habitaciones para hombres y mujeres de la corte, así como para los invitados. Han amueblado bastantes, pero aun así no dan cabida a todas las visitas. El Señor no permite que las parejas casadas vivan juntas. Él mismo ordena quién se relaciona con quién, y, de hecho, nunca se han producido disputas al respecto.

Es comprensible que en semejante atmósfera florezcan amoríos y devaneos. A veces alguien que ya goza del favor del Señor le ruega permiso para tener trato con esta o aquel. Y entonces el Señor se aviene o no. Como sucedió hace poco con la hija de Jezierzański, Magda Golińska, quien, un poco avergonzada, suplicó al Señor poder acercarse a Jakub Szymanowski, miembro de la guardia personal del Señor, pese a que ya estuviera casada con Jakub Goliński, quien se había quedado en Polonia, pues debía atender a sus negocios. Durante mucho tiempo el Señor negó el permiso, pero un buen día, emocionado por un hermoso desfile y por la belleza de Szymanowski, acabó por ceder. Más tarde resultaría que aquella no fue una buena decisión.

Sobre el talud que se alza en la parte trasera de la casa y los establos hay una pequeña huerta donde crecen hierbas medicinales y perejil. El peral, que da frutos muy dulces, atrae a las avispas de toda Brünn. Allí, bajo ese peral, en las cálidas tardes se reúne toda la juventud, tanto la de la casa como la que vive alquilada en la ciudad. Aquí se respira la vida auténtica. Los jóvenes traen a veces instrumentos y tocan y cantan: las lenguas confluyen, las melodías se solapan. Tocan y cantan hasta que alguno de los mayores los echa; entonces –con permiso– se trasladan a la plazoleta al pie de la catedral.

Los caballos no permanecen en el establo todo el tiempo, excepto la pareja necesaria para uncir el pequeño carruaje de uso diario. El resto permanece en los establos de las afueras de la ciudad. Magníficos sementales, cada pareja es distinta. Cuando el Señor necesita viajar

más lejos, se envía a alguien a caballo a Obrowitz y se traen de allí caballos y carroza. El Señor no tiene que usar montura para ir a la iglesia. La catedral está a un tiro de piedra. Desde las ventanas se ven sus macizas paredes de piedra, su torre se eleva por encima de toda la ciudad. Cuando tañen las campanas, todos, vestidos de domingo, se reúnen en el patio interior y forman una comitiva. La encabezan el Señor y Ewa, a continuación van los mayores, y luego la juventud: los primeros son los hijos de Jacob, que se han unido recientemente a su padre y hermana. Se abre la gran puerta y todos, a paso lento, caminan hacia la catedral. El trayecto es corto, así que parecen celebrar cada uno de los pasos, para que el populacho tenga tiempo de observarlos a voluntad. Los habitantes de Brünn se apostan con tiempo en ese tramo para contemplar el desfile. El que causa mayor sensación es siempre el Señor, pues él nació rey, alto y de anchos hombros, y su estatura aumenta aún más con el fez turco, que apenas se quita, y el amplio abrigo con cuello de armiño, real. La gente también contempla sus zapatos turcos con la punta hacia arriba. También Ewa es una atracción en sí misma; vestida a la última moda, con la cabeza bien alta, ropa verdeceledón o rosa, flota al lado de su padre como una nube y las miradas de la multitud se deslizan sobre ella como si fuera un ser intocable, construido de una materia noble.

A principios de la primavera de 1774, cuando Jacob vuelve a estar indispuesto, esta vez a causa de una indigestión, ordena traer de Varsovia a Łucja, la esposa de Kazimierz Szymon Łabęcki, la misma que en Częstochowa lo alimentaba con su propia leche. Puesto que en aquella ocasión sanó, ahora quiere repetir el tratamiento. Łucja, sin chistar, hace las maletas y junto con su hijo y su hermana acude a la llamada. Durante medio año alimenta a Jacob, y después, cuando él pasa cada vez más tiempo en Viena, la mandan de vuelta.

En verano llega toda una mesnada de señoritas para engrosar las filas del séquito de Ewa. Son ocho varsovianas: Lanckorońska, Szymanowska y Pawłowska, dos jóvenes Wołowska, así como Tekla Łabęcka, Kotlarzówna y Grabowska, en dos carruajes escoltados por hermanos y primos. Tras dos semanas de viaje, la alegre compañía llega a Brünn. Las damas son listas, bonitas y lenguaraces. Jacob las mira desde la ventana mientras se apean de los carruajes, se alisan las arrugadas faldas y se atan bajo la barbilla las cintas de los sombreros. Recuerdan a una bandada de polluelos. Descargan cestas y cofres; algunos transeúntes que pasan por allí se detienen a mirar esa inesperada profusión de encanto. Jacob las examina con la mirada. Las Wołowska son siempre las más bonitas, y eso se debe al descarado atractivo de Rohatyn que les resulta innato: ningún hijo de los Wołowski es feo. Y, sin embargo, ese desparpajo a todas luces irrita a Jacob: furioso, se aparta de la ventana. Les ordena acudir después de

la cena, vestidas de gala, a la larga estancia donde las espera con algunos de sus hermanos y hermanas mayores. Las espera sentado en una silla –mandó hacerse una igual que la que tenía en Częstochowa, roja, solo que más adornadamientras que los hermanos y las hermanas se sientan junto a las paredes en sus sitios de siempre. Las muchachas se plantan en el centro, un poco asustadas, y se susurran algo en polaco. Szymanowski, que está de pie junto a Jacob, con una larga pica o alabarda, las manda callar con tono severo. Les ordena que se acerquen al Señor una a una y que le besen la mano. Las muchachas se aproximan obedientemente, solo una suelta una risita nerviosa. Entonces Jacob, en silencio, se acerca a cada una de ellas y las escruta con la mirada. Dedica más tiempo a la muchacha de la risita nerviosa, de pelo negro y ojos negros.

–Te pareces a tu madre –dice.

–¿Y cómo sabéis, Señor, quién es mi madre?

En la sala se oyen risas.

–Eres la pequeña de Franciszek, ¿no es así?

–Sí, pero no la más pequeña, tengo dos hermanos.

–¿Cómo te llamas?

–Agata. Agata Wołowska.

Habla con otra, Tekla Łabęcka; pese a que la niña no tiene más que doce años, su frondosa belleza atrae la mirada.

–¿Hablas alemán?

–No, francés.

–En ese caso, ¿cómo se dice en francés «soy estúpida como una oca»?

Los labios de la niña empiezan a temblar. Agacha la cabeza.

–¿Y bien? ¿No sabías francés?

Tekla dice en voz baja:

–Je suis, je suis...

Se hace un silencio sepulcral, nadie ríe.

–... no lo voy a decir.

–¿Y eso por qué?

–Solo digo la verdad.

Últimamente Jacob no se separa de un bastón terminado en una cabeza de serpiente. Y ahora, con ese bastón, roza los hombros y los escotes de las muchachas, desengancha los corchetes de sus corpiños y les rasca el cuello.

–Quitaos esos volantes. De cintura para arriba.

Las muchachas no entienden. Tampoco lo entiende Jeruchim Dembowski, que empalidece ligeramente e intercambia una mirada con Szymanowski.

–Señor... –empieza a decir Szymanowski.

–A desnudarse –dice con suavidad el Señor, y las muchachas empiezan a quitarse la ropa.

Ninguna protesta. Szymanowski asiente con la cabeza como si quisiera tranquilizarlas y transmitirles que desnudarse en público y enseñar los pechos es lo más natural en esta corte. Las muchachas empiezan a desabrocharse los corchetes de sus corpiños. Una de ellas se pone a sollozar y finalmente se quedan semidesnudas en el centro de la sala. Las mujeres, preocupadas, apartan la mirada. Jacob ni siquiera las mira. Lanza al aire su bastón, lo atrapa y se marcha.

–¿Por qué las has humillado de esa manera? –le dirá más tarde con gran reproche Franciszek Szymanowski, que ha salido justo detrás de él. Tiene un bigote largo e hirsuto, como un polaco–. ¿Qué te han hecho esas jóvenes inocentes? ¿Es así como les das la bienvenida?

Jacob se vuelve hacia él, sonriente y satisfecho de sí mismo.

–Tú sabes que yo no hago nada sin un motivo. He hecho que se humillen ante todos, porque, cuando llegue mi momento, las levantaré y las elevaré por encima de todas las mujeres. Díselo de mi parte para que lo sepan.

RETAZOS. CÓMO PESCAR EN AGUAS REVUELTAS

Está escrito que tres son las cosas que vienen cuando no se piensa en ellas: el Mesías, un objeto extraviado y un escorpión. Y yo añadiría una cuarta: la llamada a ponerse en camino. Con Jacob siempre es así: hay que estar preparado para todo. Apenas me había instalado en Varsovia y Wajgełe, mi esposa, Zofia, había mandado tapizar las paredes de nuestra vivienda de la calle Długa con lienzo estampado, llegó una carta de Brünn escrita con letra de Jacob pidiendo que le llevara dinero, pues les faltaba. Me dolió dejar sola a Wajgełe, Zofia, puesto que acababa de dar a luz a nuestra segunda hijita, Anna. Tras

reunir los fondos necesarios y colocarlos en un barril –como ya habíamos hecho en Częstochowa fingiendo ser comerciantes de cerveza–, me puse en camino junto con Ludwik Wołowski y los hijos de Natán, o sea, de Michał, y al cabo de una semana llegamos a destino.

Nos dio la bienvenida a su manera: dando voces; apenas nos apeamos del carruaje fuimos recibidos como reyes. Toda la tarde la dedicamos a entregar cartas, a contar las novedades de cada casa, cuántos niños habían nacido y quién había muerto. Y puesto que el vino de Moravia que nos habían servido era de buena calidad, se nos subió a la cabeza al instante, de manera que solo a la mañana siguiente empecé a tomar conciencia de dónde me hallaba.

Lo cierto es que nunca me sedujo la corte de Brünn, pues allí vivían como señores y no como estaba previsto. Jacob debió de sentirse decepcionado por mi falta de entusiasmo ante el tamaño y la opulencia de la casa cuando me guiaba orgulloso por sus nuevas propiedades frente a la catedral, y cuando, junto con toda la corte, fuimos a misa, y allí, en los bancos, teníamos reservado un lugar como si fuésemos unos nobles cualesquiera. Yo recordaba sus otras casas: la que alquiló en Tesalónica, una guarida de techo bajo sin ventanas donde la luz penetraba tan solo cuando se abría la puerta; también la casa de madera en Giurgiu, con tejado de piedras planas, cuyas paredes, emplastadas con arcilla, la vid las cubría misericordiosamente. Y también aquella que quiso ocupar en Iwanie: una choza de una estancia con suelo de tierra y una estufa hecha de cualquier manera. Y la de Częstochowa, una celda de piedra con un ventanuco del tamaño de un pañuelo, siempre fría y húmeda. En Brünn me sentía incómodo, y poco a poco empecé a darme cuenta de que estaba envejeciendo, de que todo lo nuevo dejaba de atraerme y de que, educado en la miseria de Busk, nunca me acostumbraría a la riqueza. Asimismo, la iglesia, alta, esbelta, como enflaquecida, hacía que me sintiera extraño. En semejante lugar resulta difícil rezar; las pinturas y esculturas, aun siendo hermosas, están lejos y resulta imposible contemplarlas tranquila y calmosamente. La voz del cura se propaga y su eco rebota en las paredes. Nunca entiendo nada. Hay en cambio un orden a la hora de arrodillarse, y este lo dominé bastante bien.

Jacob siempre se sentaba en la primera fila, delante de mí, con un vistoso abrigo. A su lado estaba Avacha, bonita como uno de esos pasteles bañados en azúcar que aquí se venden en las vitrinas de cristal como si fueran joyas, con el cabello primorosamente recogido bajo un sombrero tan refinado que sus detalles atraían toda mi atención. Junto a Ewunia estaban Zwierzchowska –que desempeñaba

el papel de administradora en lugar de Wittel, que estaba delicada de salud– y dos muchachas. Me gustaría haber visto allí a mi hija mayor, Basia, como dama de compañía, para que se familiarizara con el gran mundo, pues en Varsovia no aprenderá ni contemplará mucho, mas aún es demasiado joven.

Y pensé para mis adentros, al mirar todo esto, todo este mundo nuevo que se abrió ante Jacob en un país extranjero: ¿Es el mismo Jacob? Al fin y al cabo, tomé mi apellido, Jakubowski, a partir de su nombre, como si fuera yo su propiedad, su mujer, mas ahora me parecía distinto al Jacob de antaño. Había engordado un poco, su cabello ya estaba completamente blanco, un recuerdo de Częstochowa.

Nos recibió a Wołowski y a mí en su habitación amueblada a la turca, donde nos sentamos en el suelo. Se quejaba de no poder tomar mucha kaffa, pues esta le secaba el estómago, y en general se mostraba muy preocupado por su salud, circunstancia que me extrañó, pues en tiempos parecía como si no tuviera cuerpo.

En los últimos días nos dedicamos a visitar la región, a asistir a misas y a mantener conversaciones, mas también estas eran vacuas. Me sentía incómodo. Hice grandes esfuerzos por mirarlo como a aquel joven al que conocimos en Esmirna, y le recordé cómo le había mudado la piel y cómo navegábamos por el mar cuando él supo salvarme de mi propio miedo. «¿Eres tú, Jacob?», le pregunté una vez, fingiendo que había tomado demasiado vino, mas en el fondo estaba muy pendiente de su respuesta. Se turbó. Mas después pensé que sería necio quien esperara que las personas siguieran siendo las mismas que eran antaño, y que anida en nosotros la soberbia cuando nos tomamos por un todo inmutable, como si siguiésemos siendo la misma persona, cuando no lo somos.

En el momento en que salía de Varsovia, circulaban rumores entre los verdaderos creyentes de que el auténtico Jacob había muerto en Częstochowa y de que ese que ahora estaba frente a mí lo había suplantado. Y muchos les dieron pábulo, puesto que esos rumores no hacían sino intensificarse. No tuve duda alguna de que tanto Ludwik Wołowski como el joven Kapliński, cuñado de Jacob, llegado justo después que nosotros (pues los rumores también habían llegado hasta Valaquia), estaban aquí para examinar el asunto y tranquilizar a todos los nuestros tanto en Varsovia como en todas partes.

Mientras estábamos sentados a la mesa vi cómo, a la difusa luz de las velas, todos miraban atentamente a Jacob y observaban cada una de sus arrugas. También lo miraba fijamente Ludwik Wołowski, quien no lo había visto desde hacía mucho y estaría sorprendido por su transformación. De pronto Jacob le sacó la lengua. Ludwik se ruborizó

y se mostró taciturno el resto de la velada. En medio de la cena, en pleno apogeo del debate, pregunté a Jacob: «¿Qué piensas hacer ahora? ¿Quedarte aquí? ¿Y qué ocurrirá con todos nosotros?»

«Mi mayor esperanza radica en que cada vez más judíos vengan a mí», respondió. «Y vendrán en número infinito. En una fila no habrá menos de diez mil...», dijo, y habló también de estandartes y uniformes, de que le gustaría tener aquí su propia guardia, y cuanto más vino bebía, más aumentaban sus planes. Dijo que debíamos prepararnos para una guerra y que los tiempos eran turbulentos. Que Turquía se había debilitado y que Rusia se fortalecía. «La guerra es buena para nosotros: en aguas revueltas se puede pescar algo para uno mismo.» Se enfervorizaba cada vez más: «Habrá una guerra entre Austria y Turquía, eso es seguro. ¡Ay, si pudiésemos ganar nuestro ansiado pedazo de tierra en medio del revuelo bélico! Para ello es necesario mucho oro y mucho trabajo. Si pudiésemos sufragar un ejército de treinta mil hombres y pactar con Turquía nuestro apoyo en la guerra a cambio de un pedazo de tierra, un pequeño reino en alguna parte de Valaquia.»

Wołowski añadió que también Chaja en Varsovia había profetizado, y además varias veces seguidas, una gran mudan- za en el mundo, fuego y tierra quemada.

«En Polonia el rey es débil e impera un gran caos...», empezó Ludwik.

«He terminado con Polonia», le cortó Jacob.

Y lo dijo con amargura, de manera desafiante, como solía hacer en tiempos, como si me retara a una pelea. Luego ya todo el mundo se puso a hablar de su tierra, todos al mismo tiempo, enardecidos con la idea. Tanto los dos Pawłowski, que habían venido con sus esposas, e incluso Kapliński, el cuñado de Jacob, a quien tenía yo por un hombre excepcionalmente ponderado, todos comenzaron a insistir en esa idea tan irreal. Ya nada les interesaba salvo la política.

«¡Yo ya he perdido toda esperanza en poseer un pedazo de tierra!», grité a ese nutrido grupo de borrachos que no paraba de discutir, pero nadie me oyó.

Para mi sorpresa, Jacob nos encomendó a Jeruchim Dembowski y a mí que tomáramos notas de sus prédicas vespertinas. Y es que antes en la corte habían empezado a apuntar los sueños de Ewa, y lo había hecho Antoni Czerniawski, hijo de los Czerniawski de Valaquia que en Iwanie custodiaban nuestro dinero. Y de aquello salió un bonito opúsculo. A mí me sorprendió mucho, pues en más de una ocasión le había pedido a Jacob que diera su consentimiento a que yo tomara notas, mas él nunca había querido.

Evidentemente, en Brünn se sentía seguro, o tal vez ejercía sobre él

su influencia el joven Moshe Dobruška, quien a menudo nos visitaba y quien lo convenció de que semejante escritura no tenía por qué albergar nada que estuviera destinado a los demás, y que así el creciente número de partidarios de Jacob tendría acceso a sus pensamientos y narraciones. Desde todo punto de vista, la composición de semejante libro sería un cometido muy noble para las generaciones venideras.

Primero escribió Jeruchim, o sea, Jędrzej Dembowski, y después yo. En nuestra ausencia debía sustituirnos el hijo de los Czerniawski, Antoni, muchacho excepcionalmente listo y muy entregado a Jacob. Y debía escribirse en polaco, pues hacía tiempo que habíamos abandonado nuestra antigua lengua. Jacob, por su parte, hablaba como le venía en gana: tanto en polaco como en alemán, a veces decía frases enteras en turco y también incisos en hebreo. Y debía ser yo quien lo pasara a limpio porque nadie comprendería nada de mis notas.

Entonces recordé que en el pasado quise ser para Jacob lo que Natán de Gaza había sido para Shabtai Tzvi, aquel que lo elevó y le reveló que era el Mesías, pues él mismo no sabía quién era. Y es que cuando el espíritu entra en el hombre, lo hace con violencia, es como si el aire hubiera de penetrar en la piedra más dura. Tanto el cuerpo como la mente en la que entra el espíritu no son del todo conscientes de lo que sucede. Así que tiene que existir alguien que lo diga y le dé nombre. Y eso fue lo que el sagrado Mordejái y yo hicimos en Esmirna: fuimos testigos del descenso del espíritu sobre Jacob y lo vestimos con palabras.

Mas pareciome, después de la primera visita a Brünn, que entre Jacob y yo se alzaba ahora un muro invisible, un velo, como si alguien hubiera tendido una finísima sábana de muselina.

LAS PALABRAS DEL SEÑOR

«Hay tres ocultos a mis ojos y del cuarto nada sabéis.» ¿Qué significan estas palabras de Jacob? Pues significan que hay tres Dioses muy poderosos y que son ellos quienes gobiernan el mundo con mano dura. Así lo dijo el Señor y así lo copié. El primer Dios es el que da la vida a todos, por eso es bueno. El segundo Dios es el que da riqueza, mas no a todos, sino a quien quiere. El tercero es Malach Hamoves, el Ángel de la Muerte. Este es el más poderoso. Y el cuarto, del que nada sabemos, es el Dios Bondadoso. No es posible llegar hasta el Buen Dios sin haber pasado por los tres anteriores.

Todo eso –decía Jacob y nosotros tomábamos notas– no lo sabía Salomón. Quiso llegar directamente al Altísimo, mas era imposible

que lo lograse, tuvo que abandonar este mundo y no pudo traer a él la vida eterna. Más tarde, en el cielo alguien clamó: «¿Quién es ese que quiere ir en busca de la vida eterna?»

Quien le respondió fue Jesús de Nazaret: «Iré yo.» Mas él tampoco nada logró, pese a que era muy sabio y erudito, y tenía gran poder. Acudió entonces a los tres que gobiernan el mundo, y, con el poder que le había dado el Dios Bondadoso, empezó a curar y a sanar, mas aquellos tres lo vieron y se inquietaron, temiendo que se apoderaría del mundo entero, pues sabían por una profecía que el Mesías vendría y que la muerte sería engullida por los siglos de los siglos. Así que Jesús de Nazaret acudió al primero de los tres, este lo envió al segundo, y este último, al tercero. Mas el tercero, que era el Señor de la Muerte, lo tomó de la mano y le preguntó: «¿Adónde vas?» Jesús respondió: «Voy a ver al cuarto, que es el Dios de Dioses.» Al oírlo, el Ángel de la Muerte se enfureció y dijo: «Yo soy el Señor del Mundo. Quédate conmigo, te sentarás a mi diestra, serás Hijo de Dios.» Entonces Jesús comprendió que carecía del poder del Dios Bondadoso y que estaba indefenso como un niño. Dijo, pues, al Ángel de la Muerte: «Hágase tu voluntad.» Mas este le respondió: «Hijo mío, tendrás que sacrificar tu cuerpo y tu sangre por mí.» «¿Cómo es eso?», le contestó Jesús, «¿cómo te voy a dar mi cuerpo cuando me dijeron que traería al mundo la vida eterna?» Aquel Dios, el Ángel de la Muerte, le dijo: «No puede ser que en el mundo no haya muerte.» A lo que Jesús respondió: «Pero si prometí a mis discípulos que traería...» El Dios de la Muerte le interrumpió: «Di a tus discípulos que la vida eterna no es de este mundo, sino del otro, como se dice en la oración: "Después de la muerte, la vida eterna, amén."» Por eso Jesús permaneció junto al Señor de la Muerte y trajo al mundo más muerte que Moisés. Los judíos mueren a su pesar, sin desearlo y sin saber adónde van después de morir. Los cristianos, en cambio, mueren con alegría, pues dicen que cada uno de ellos tiene un lugar en el cielo junto a Jesús, que se sienta a la diestra del Padre. Fue así como Jesús abandonó este mundo. Muchos siglos después, de nuevo alguien clamó: «¿Quién quiere ir?»

Respondió Shabtai Tzvi: «Iré yo.» Lo hizo como un niño, no consiguió nada, nada arregló.

«Por eso tras él me enviaron a mí», relata Jacob, y el silencio entre los que lo escuchan se torna sepulcral, como si Jacob les contase a ellos, unos niños, un cuento de hadas. «Mandaron a buscarme», prosigue, «para que trajera al mundo la vida eterna. Asimismo me dieron poder. Pero yo no soy más que un gran simplón, no iré solo. Jesús era un gran erudito, yo en cambio soy un simplón. A esos tres hay que ir en silencio y por caminos tortuosos, leen en nuestros labios aun las palabras no pronunciadas. No se debe gritar, sino que hay que

avanzar en silencio, callando. Sin embargo, no pienso dar un solo paso antes de que llegue la hora en que mis palabras se hagan realidad.»

Tan solo algunos reconocieron en este cuento de hadas nuestro santo tratado, que solo así de simplificado y estropeado podía llegar al pueblo llano.

Cuando hubo terminado, le rogaron que siguiera hablando. Así que se puso a contar una nueva historia.

Trataba de cierto rey que quería erigir una gran iglesia. Los cimientos, de un codo de profundidad y altos como un hombre, fueron construidos por cierto maestro artesano. Cuando llegó la hora de seguir construyendo, el maestro, de repente, desapareció, y cuando regresó al cabo de trece años, se puso a levantar las paredes. El rey le preguntó por qué se había ido sin decir palabra y había abandonado su trabajo.

«Oh, mi rey», respondió el maestro, «este edificio es muy grande, si hubiera querido acabarlo enseguida, los cimientos no habrían soportado el peso de los muros. Por eso me fui, para que los cimientos se asentaran. Ahora voy a continuar la construcción, y el edificio será eterno, nunca se derrumbará.»

Recopilé deprisa un centenar de hojas llenas de tales historias, y otro tanto hizo Jeruchim Dembowski.

EL PAJARITO QUE SALTA DE LA TABAQUERA

Moshe aparece en la corte de Brünn acompañado de unos artesanos que hablan alemán con acento extraño.

Lo primero que hace es enseñar a Jacob y a Ewa unos dibujos.

Explica de manera intrincada todas las ventajas del invento, aunque Jacob parece no entender cómo funciona. Por lo visto existe uno igual en la corte imperial, donde Moshe tiene muchos amigos y conocidos. La frecuenta y abriga la esperanza de que pronto aparecerá allí también Jacob con su hermosa hija. Ahora prefiere que lo llamen Thomas.

El mecanismo es muy sencillo, cuando al cabo de unas semanas se descubre cómo funciona: se trata de una palangana de piedra hermosamente pulida y colocada en la estancia más alta, de cuyo interior emerge un tubo que se eleva hacia lo alto y que atraviesa el techo como si fuera una chimenea y se asoma al exterior. Ha sido necesario quitar varias tejas y construir un bastidor de madera para sostenerlo, pero ya funciona.

–Camera obscura –dice Moshe-Thomas con orgullo, como un presentador en el teatro. Las mujeres aplauden. Con sus manos de flexibles muñecas, Thomas dibuja círculos en el aire y vuelan los encajes de sus puños. Un rostro perfectamente rasurado, agradable, el pelo ondulado.

Una sonrisa amplia, unos dientes ligeramente torcidos. ¿Quién podrá resistirse a ese joven que tiene cien ideas a la vez y que actúa más deprisa que nadie?, piensa Ewa. Uno tras otro se acercan a la palangana y ¿qué ven? Increíble. Inclinados sobre el pulido interior, ven toda Brünn, los tejados, las torres de las iglesias, los angostos callejones que suben y bajan, las copas de los árboles, el mercado lleno de puestos... Y no es una imagen muerta, todo se mueve: un carruaje de cuatro caballos atraviesa Alte Schmiedegasse; un poco más allá, unas monjas acompañan a unos huérfanos y unos obreros colocan el empedrado. Alguien extiende el dedo para tocar esa imagen, pero, sorprendido, lo retira enseguida, pues la visión de la ciudad no tiene naturaleza material. La yema de su dedo solo siente el frío de la piedra pulida.

–Señor, podrá observar toda la ciudad. Es un gran invento, aunque no hay en él ni magia ni cábala. Es fruto del pensamiento humano.

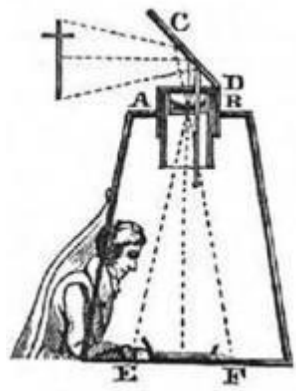
Moshe es descarado. Se atreve a empujar a Jacob hacia la palangana y Jacob se lo permite sin protestar.

–Ver sin ser visto es realmente un privilegio divino –añade Moshe, lisonjero. Con el invento, Moshe-Thomas se granjea la admiración de los jóvenes, quienes, al ver que el Señor le tiene simpatía, empiezan a tratarlo como si se tratara de su hijo. Sobre todo porque la mayoría de ellos no conoce a sus verdaderos hijos. Vuelven a estar en Varsovia, el Señor los envió de vuelta, los dos regresaron a Polonia con alivio. Allí están a cargo de ellos Jakubowski y Wołowski.

Jacob mira a Moshe desde una ventana; lo observa con suma atención. Ve cómo abre los faldones de su chaqueta francesa, separa las piernas enfundadas en medias blancas de seda para dibujar algo con un palo en el suelo ante los jóvenes reunidos a su alrededor. Se inclina, se ve la punta de su cabeza. Sus hermosos rizos sufren bajo la peluca. La barba apenas visible, la piel lisa, aceitunada, sin mácula alguna. Su madre le ha consentido demasiado. Sheindel mima demasiado a sus hijos, crecen como pequeños príncipes, seguros de sí mismos, sabihondos, guapos e insolentes. Ya se encargará la vida de ponerlos en su sitio.

Al asomarse un poco, Jacob divisará a Avacha, quien también observa desde su ventana la escena protagonizada por el petimetre. Su cuerpo siempre muestra la misma sumisión, no tiene el porte de una reina, pese a que tantas veces se lo ha enseñado: columna recta, cabeza erguida, cuanto más elevada mejor, al fin y al cabo, tiene un hermoso cuello y una piel fina como la seda. Sin embargo, le ha enseñado unas cosas de día y otras de noche. La noche emerge a veces en mitad del día y entonces la sumisión de su hija lo atrae. El suave temblor de los párpados y sus hermosos ojos oscuros, tan oscuros que cuando reflejan la luz parecen cubiertos por un brillante baño de azúcar.

De pronto, Thomas, como si supiera perfectamente que está siendo observado, levanta la vista y a Jacob no le da tiempo de retirarse. Sus ojos se encuentran por un instante.



Desde otra ventana, cosa que Thomas ya no ve, lo observa Ewa Frank.

Por la noche, cuando el Señor se retira para descansar, los jóvenes vuelven a sentarse alrededor de Thomas Dobruška. Están allí Ewa, Anusia Pawłowska y Agata Wołowska, así como el pequeño de los Wołowski, Franciszek. Esta vez Thomas les muestra una tabaquera como si tuviera intención de ofrecerles tabaco. Cuando Franciszek extiende la mano y toca la tapa, la tabaquera se abre de golpe y de ella salta un pajarito que pía y bate las alas. Franciszek, asustado, retira la mano, mientras que los demás estallan en una carcajada incontenible. Finalmente se ríe también el mismo Franciszek. Al cabo de un momento, a la habitación se asoma Zwierzchowska, quien, como es su costumbre, recorre la casa ordenando que apaguen las velas. Juguetones, la invitan a pasar.

–Venga, muéstrasela –animan a Thomas los jóvenes.

–Tía, sírvete un poco de tabaco –grita alguien.

Thomas acerca a la mujer el pequeño objeto rectangular hermosamente adornado. Tras un instante de vacilación, Zwierzchowska, divertida y oliéndose la artimaña, coge la tabaquera.

–Presione aquí, tía –empieza Thomas en alemán, pero, reprendido por su mirada, repite en polaco con un acento gracioso–: Presione aquí, tía.

Cuando coge la tabaquera y el pajarito baila su danza mecánica solo para ella, Zwierzchowska, perdiendo por completo la compostura, se echa a reír como una niña.

MIL CUMPLIDOS, O SEA, DE LA BODA DE MOSHE DOBRUŠKA,

ALIAS THOMAS VON SCHÖNFELD

La boda de Thomas Dobruška y Elke von Popper se celebra en Viena en mayo de 1775, una vez acabado el luto por Zalman. Para la ocasión han alquilado unos jardines cerca del Prater. Como el padre del novio ha fallecido, lo acompañan al altar Michael Denis, su amigo y traductor de los célebres Cantos de Ossian de Macpherson, y Adolf Ferdinand von Schönfeld, editor, que ha acudido especialmente a la boda desde Praga. Antes de que el novio se presente en la iglesia, se lleva a cabo un pequeño ritual masónico: los hermanos de la logia, vestidos de negro, lo introducen con gravedad en la nueva etapa de su vida. Von Schönfeld trata a Moshe como a un hijo, acaban de poner en marcha los complejos procedimientos burocráticos para que Thomas sea aceptado en la Casa Schönfeld. Una vez ennoblecido, Moshe se convertirá en Thomas von Schönfeld.

Sin embargo, ahora estamos en plena recepción. Además del fasto de las mesas, donde lucen las viandas y los enormes ramos de flores de mayo, constituye una gran atracción el pabellón donde se exhibe una extraordinaria colección de mariposas. Contribuyó a crearla Michael Denis, el empleador del novio. Las primas llevan allí a Ewa y ahora, inclinadas sobre los aparadores, admiran esas maravillosas criaturas muertas clavadas en forros de seda.

–Tú también eres una mariposa –dice a Ewa Estera, la más joven de las hermanas Dobruška. A Ewa se le graba en la memoria ese halago y durante mucho tiempo pensará en él. Pues las mariposas proceden de las orugas, de unos gusanos feos, grasos e informes que también documenta uno de los aparadores. Ewa Frank se acuerda de ella misma cuando tenía la edad de Estera: quince años, con un vestido gris oscuro que le mandaba llevar su padre en Częstochowa para no atraer la atención de los soldados. Recuerda el frío de la torre de piedra y las articulaciones deformadas de su madre. La embarga una tristeza inexplicable, la echa mucho de menos. No quiere pensar en ello y aprende a olvidar. No se le da mal.

Por la noche, una vez que han encendido los farolillos en el jardín, ligeramente embriagada por el vino, se une al grupo que escucha la perorata del conde Von Schönfeld, quien, vestido con una larga chaqueta de color verde oscuro y alzando la copa de vino, se dirige en tono de chanza a la novia, no muy bonita pero muy inteligente:

–... Toda la familia del novio es tan honrada que no encontrarás una mejor. Trabajadora, cariñosa, ha labrado su fortuna con honestidad.

Los invitados asienten con la cabeza en señal de aprobación.

–Además, atesoran muchas virtudes y talentos, y sobre todo son ambiciosos –prosigue el conde–. Y eso está muy bien. No se

diferencian en nada de nosotros, que fuimos ennoblecidos en remotas épocas bárbaras, cuando nuestros antepasados apoyaron con la espada a los reyes o saquearon a los campesinos y se apoderaron de sus tierras. Sabéis muy bien que no todo «von» es sinónimo de grandes cualidades del espíritu ni del corazón... Nosotros necesitamos hombres fuertes para que compartan y lleven a la práctica lo más preciado. Se puede llegar más lejos actuando desde arriba, teniendo relaciones y poder. Lo que damos por sentado es que toda esta construcción del mundo que conocemos está podrida y se desmorona a ojos vistas. Esta casa necesita una reconstrucción y nosotros somos los que empuñamos las llanas para repararla.

Estallan los aplausos y los labios de los invitados se sumergen en el mejor vino de Moravia. A continuación suena la música, seguro que habrá baile. Miradas curiosas vuelan hacia Ewa Frank y al cabo de muy poco aparece a su lado el conde Hans Heinrich von Ecker und Eckhofen. Sonriente, Ewa le da la mano, tal como su tía le enseñó, pero enseguida busca con la mirada a su padre. Allí está. Sentado entre las sombras, rodeado de mujeres, la mira desde lejos. Ewa siente el tacto de su mirada. Tiene permiso para bailar con ese joven aristócrata lleno de encanto que recuerda a un insecto saltarín y cuyo apellido no es capaz de retener en su memoria. Pero más tarde, cuando se le acerca un tal Hirschfeld, un comerciante de Praga fabulosamente rico, el padre niega con la cabeza con un gesto casi imperceptible. Tras un instante de vacilación, Ewa rechaza el ofrecimiento aduciendo dolor de cabeza. Esa noche oye mil cumplidos y, cuando finalmente se tira vestida en su cama, la cabeza le da vueltas y el exceso de vino de Moravia, tomado a escondidas con Estera, le provoca náuseas.

DEL EMPERADOR Y DE LA GENTE DE TODAS PARTES Y DE NINGUNA

El emperador ilustrado que gobierna junto con su madre es un hombre apuesto de treinta y pocos años y ya dos veces viudo. Según se dice, ha jurado no casarse por tercera vez, lo que ha suscitado una oleada de melancolía entre las solteras de las mejores casas. Está encerrado en sí mismo y –según dicen los que lo conocen bien– es tímido. ¡Un emperador tímido! Para disimular la timidez, levanta ligeramente las cejas, momento en que parece que mira a todo el mundo desde arriba. Sus amantes dicen que en la cama está ausente y acaba enseguida. Lee mucho. Se cartea con Federico de Prusia, a quien admira en secreto. Lo imita en que a veces se interna de incógnito en la ciudad, disfrazado de soldado raso, y de esta manera ve con sus propios ojos cómo viven sus súbditos. Ni que decir tiene que lo

acompaña su guardia personal, también disfrazada.

Al parecer es propenso a la melancolía, pues le interesan el cuerpo humano y sus misterios, todos esos huesos, restos, cráneos, así como los animales disecados y monstruos raros. Ha creado una magnífica Wunderkammer que muestra a sus invitados; le divierte su infantil sorpresa, la mezcla de repugnancia y fascinación. En semejantes momentos los observa con atención; se desvanece esa sonrisa cortés, esa mueca afable que todos adoptan en presencia de un emperador. En ese instante ve quiénes son en realidad.

Le gustaría convertir pronto esa Wunderkammer en una colección ordenada, dividida en clases y categorías, momento en que la colección de curiosidades pasaría a convertirse en un museo. Será un paso trascendental: la Wunderkammer es un mundo antiguo, caótico, lleno de anomalías y que escapa a todo raciocinio; el museo, en cambio, es un mundo nuevo, iluminado por la luz de la razón, lógico, nombrado, numerado y ordenado. Ese museo, cuando se cree, será un primer paso hacia las nuevas reformas en pos de la reparación del Estado. Sueña, por ejemplo, con reformar una administración desmesurada y burocratizada que devora grandes sumas del Tesoro, y, sobre todo, con abolir la servidumbre de la gleba. Ideas de este tipo no son del agrado de su madre, la emperatriz María Teresa, que las considera excentricidades modernas. Madre e hijo están por completo en desacuerdo sobre esos asuntos. Sin embargo, la cuestión de los judíos les preocupa por igual. El propósito que se ha fijado el joven emperador consiste en liberar a los judíos, por su propio bien, de las supersticiones medievales, pues por el momento los naturales e indudables talentos de ese pueblo se malgastan en cábalas, especulaciones sospechosas y disquisiciones infecundas. Si pudieran recibir la misma educación que los demás, serían de mayor utilidad para el Imperio. A la madre del emperador le gustaría atraerlos a la única fe verdadera, y, según ha oído, tal cosa sería posible con gran número de ellos. Así que cuando en la lista de los que piden audiencia con el emperador con ocasión de su onomástica aparece el nombre de Józef Jacob Frank, José II y su madre se muestran muy contentos al tiempo que curiosos, puesto que Frank y su hija ya están en boca de todos.

Jacob cuenta con la recomendación de sus hermanos de la logia, así que el emperador invita a esa extraña pareja, padre e hija, de buena gana y con curiosidad, durante la hora reservada a los artistas y a la visita a la Wunderkammer. Ahora los conduce entre los aparadores donde ha reunido huesos de animales antiguos y personas gigantescas que al parecer en tiempos habitaron la tierra. Con Frank habla a través de un traductor y con su hija, en francés, cosa que genera cierta incomodidad. Por eso primero se centra en el padre. Sin

embargo, con el rabillo del ojo contempla a esa interesante mujer y constata que es tímida y no muy segura de sí misma. Los rumores acerca de su belleza le parecen exagerados. Es bonita, pero no de una belleza deslumbrante. Conoce a muchas mujeres más hermosas. Por principio, las trata con recelo y desconfianza, hay algo retorcido en ellas, siempre buscan provecho. Pero esta parece sincera y asustada, no intenta seducir y no finge. Es menuda; en un futuro, como todas las mujeres de Oriente, se volverá rolliza, ahora está en la flor de la edad. Tiene la tez pálida, ligeramente verdeceledón, sin rastro de rubor, unos ojos inmensos y un cabello maravilloso y recogido; hermosos rizos coquetos le caen sobre la frente y el cuello. Sus diminutos pies y manos parecen casi los de una niña. No hay en ella la majestuosidad que sí transmite su padre: alto, fornido, feo y seguro de sí mismo. El emperador descubre, no sin agrado, que Ewa, pese a su timidez, tiene sentido del humor. Los somete a una pequeña prueba. Los conduce a un estante en el que en grandes tarros flotan en un líquido turbio embriones humanos; la mayoría de ellos son especímenes monstruosos. Algunos tienen dos cabezas, otros un tronco multiplicado, los de más allá un solitario gran ojo, como los cíclopes. Padre e hija miran sin repugnancia, con interés. Un punto a su favor. A continuación van a un aparador alargado del tamaño de una persona donde descansa «Sibila», como la llama para sus adentros, un modelo de cera de una mujer con el rostro extasiado y el vientre abierto, donde se puede ver la disposición de los intestinos, estómago, útero y vejiga. Por lo general, al verla las mujeres se desmayan o, como poco, sienten náuseas. Tiene curiosidad por ver la reacción de Ewa Frank, quien se inclina sobre el aparador y con el rostro encendido examina el interior del vientre. Después levanta la cabeza y lanza una mirada interrogadora al emperador.

–¿Quién hizo de modelo?

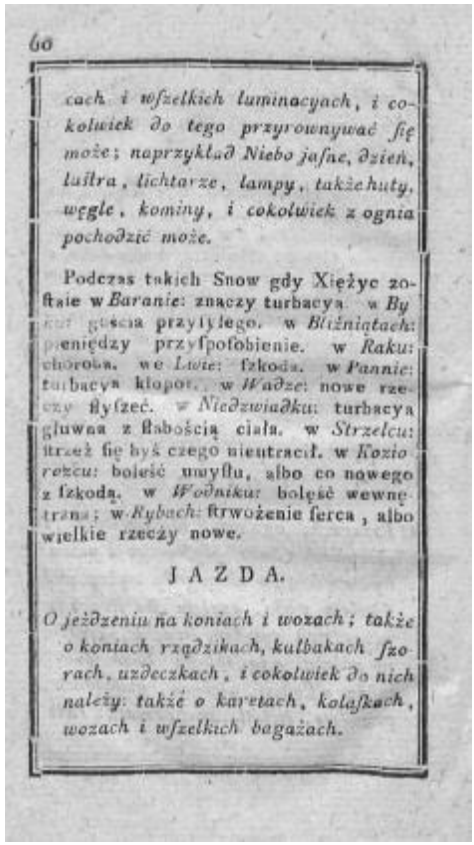
El emperador se ríe divertido y explica pacientemente cómo se hizo esa réplica tan detallada en cera.

Cuando regresan de la Wunderkammer, Jacob, a través de su traductor, habla largo y tendido de sus relaciones en Varsovia, citando a cada momento algún apellido que pudiera decir algo al emperador, pero, lamentablemente, ninguno le dice nada. Dos veces menciona a Kossakowska. Sabe que el secretario de Su Majestad Imperial recordará todos esos intrincados apellidos y los hará comprobar uno por uno. Es la primera vez que el emperador habla con personas como ellos, o sea, con judíos que han dejado de serlo. Una pregunta insistente no lo deja en paz. A saber: ¿dónde ha ido a parar su judeidad? No se la ve ni en su aspecto ni en sus modales. Ewa podría pasar por italiana o española, a su padre no hay nación con qué asociarlo. Es único. Cuando se dirige a él con una pregunta directa,

nota cómo esta rebota en las duras murallas de hierro de su voluntad, siente las increíblemente recias fronteras del «yo» de ese hombre. Son personas de todas partes y de ninguna. El futuro de la humanidad.

La audiencia se prolonga durante menos de una hora. El mismo día, el emperador ordena enviar a los Frank una carta invitándolos a su residencia de verano en Schönbrunn. Su madre, que los ha visto durante los primeros cinco minutos (no le gusta frecuentar la Wunderkammer, dice que después sufre pesadillas), comparte la buena opinión de su hijo. Dice que tales personas son las que necesita el Estado. No solo por ser católicos, sino también porque gastan, según la han informado, hasta mil ducados diarios en mantener la corte de Brünn.

–Si pudiésemos invitar a personas así a nuestro imperio, este florecería más que la Prusia de Federico –concluye, irritando ligeramente a su hijo.



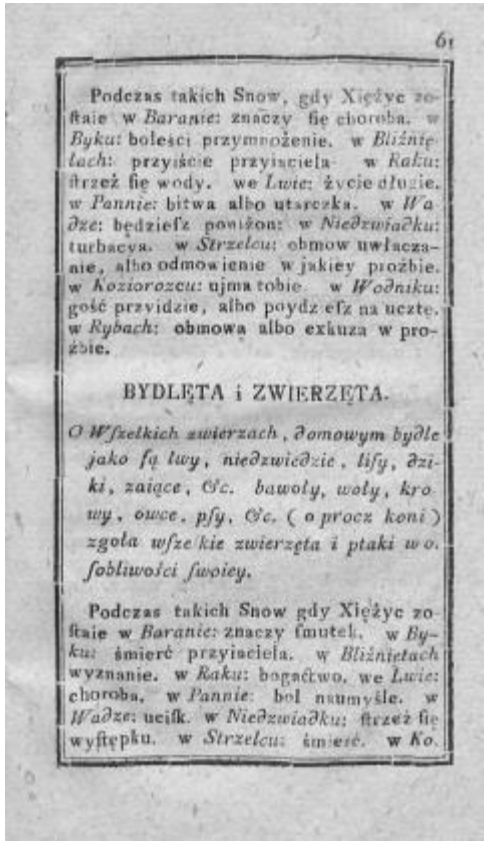
60

cach i wſzelkich luminacyach, i cokolwiek do tego przyrownywać ſię może; naprzykład Niebo jaſne, dzień, luſtra, lichtarze, lampy, także huty, węgle, kominy, i cokolwiek z ognia pochodzić może.

Podczas takich Snow gdy Xiężyc zoſtaie w *Baranie*: znaczy turbacya w *Byku*: gościa przyiyłego. w *Bliźniątach*: pieniędzy przyſpoſobienie. w *Raku*: chorobą. we *Lwie*: ſzkodą. w *Pannie*: turbacya kłopot. w *Wadze*: nowe rzeczy ſłyſzeć. w *Niedźwiadku*: turbacya głuwna z ſłabością ciała. w *Strzelcu*: ſtrzeż ſię byś czego nieutracił. w *Koziorożcu*: boleść umyſłu, albo co nowego z ſzkodą. w *Wodniku*: bolęść wewnętrzna; w *Rybach*: ſtrwożenie ſerca, albo wielkie rzeczy nowe.

JAZDA.

O jeżdżeniu na koniach i wozach; także o koniach rządzikach, kulbakach ſzorach, uzdeczkach, i cokolwiek do nich należy: także o karetach, kolaſkach, wozach i wſzelkich bogażach.



61

Podczas takich Snow, gdy Xiężyc zostaie w *Baranie*: znaczy ſie choroba. w *Byku*: boleści przymnożenie. w *Bliźnięciach*: przyiście przyiaciela. w *Raku*: ſtrzeż ſie wody. we *Lwie*: życie dłuzie. w *Pannie*: bitwa albo utarczka. w *Wadze*: będzieſz poniżon: w *Niedźwiadku*: turbacya. w *Strzelcu*: obmow uwłaczanie, albo odmowienie w jakiey prożbie. w *Koziorozcu*: ujma tobie. w *Wodniku*: gość przyidzie, albo poydz eſz na uczte. w *Rybach*: obmowa albo exkuza w prożbie.

BYDLĘTA i ZWIERZĘTA.

O Wſzelkich zwierzach, domowym bydle jako ſą lwy, niedźwiedzie, liſy, dziki, zaiące, &c. bawoły, woły, krowy, owce, pſy, &c. (oprocz koni) zgoła wſzelkie zwierzęta i ptaki wo. ſobliwości ſwoiey.

Podczas takich Snow gdy Xiężyc zoſtaie w *Baranie*: znaczy ſmutek. w *Byku*: śmierć przyiaciela. w *Bliźniętach* wyznanie. w *Raku*: bogactwo. we *Lwie*: choroba. w *Pannie*: bol naumyśle. w *Wadze*: ucisk. w *Niedźwiadku*: ſtrzeż ſie wyſtępku. w *Strzelcu*: śmierć. w *Ko.*

DEL OSO DEL SUEÑO DE AVACHA FRANK

Ewa sueña –y Czerniawski apunta diligentementeque se le acerca un enorme oso pardo. Tiene miedo de moverse, se queda petrificada de pavor. El oso comienza a lamerle manos y pies. No hay nadie que pueda sacarla de ese tremendo trance. Entonces llega un hombre y se sienta en una silla, roja, igual que la que su padre tenía en Częstochowa. Ewa cree que es él, pero se trata de otro hombre, más joven y muy apuesto. Tiene algo del emperador, pero también se parece a Franciszek Wołowski y un poco a Thomas Dobruška. Y también a ese mago con una pequeña vara blanca que vieron en la residencia imperial de Schönbrunn y que rasgaba, por ejemplo, un pañuelo en cuatro partes, las metía en un sombrero negro, después agitaba la pequeña vara por encima y a continuación sacaba el pañuelo entero. Ewa se avergonzó de su padre cuando este se acercó al mago y le propuso rasgar él mismo su propio pañuelo, el que llevaba alrededor del cuello. Pero el mago se negó aduciendo que solo sabía recomponer lo que él mismo rompía, cosa que hizo reír a todos. Así que en ese sueño su salvador tiene rasgos de muchos hombres. El

oso se aleja y Ewa se eleva por el aire.

Ewa tiene sueños tan extraños y tan reales que no se separa del Libro de los Sueños polaco que le envió Marianna Wołowska directamente desde Varsovia.

Para el viaje a Schönbrunn, el padre le compró los cuatro vestidos más hermosos que encontraron en Viena. Hizo falta acortar un poco las mangas y ajustarlas. Los vestidos tienen un corpiño muy ceñido y, de acuerdo con la nueva moda, ni siquiera llegan a los tobillos. Pasaron todo un día comprando sombreros a una modista. Eran tan magníficos que Ewa no se podía decidir. Finalmente, el padre, impaciente, los compró todos.

Eran también necesarios zapatos y medias. Su padre la contemplaba mientras se los probaba. Después ordenó a Magda y a Anusia que se marcharan y a Ewa que se desnudara por completo. Esta vez no la tocó. Se limitó a mirarla, después ordenó que se tendiera boca abajo y luego, boca arriba. Ella obedeció cada una de sus órdenes. La miró con ojo tasador pero no dijo nada. Después Anusia le cortó las uñas de los pies y los untó con aceite. A continuación, siguiendo una costumbre turca, Ewa se bañó en agua perfumada y las dos amigas frotaron su cuerpo con posos de café y con miel para que la piel se volviese más tersa. Ewa, acompañada del emperador y su madre, visitó el arsenal y los jardines. Fue caminando junto a él mientras los demás se quedaban rezagados. Sintió decenas de ojos clavados en su espalda, como si llevase un peso sobre los hombros, pero cuando el emperador le tocó la mano, aparentemente sin querer, ese peso desapareció. Sabía muy bien que eso sucedería, solo que no sabía cuándo. Fue bueno descubrir que era eso de lo que

se trataba. Y de nada más.

Y sucedió. Después de un gracioso espectáculo que contemplaron desde la terraza del palacio de Schönbrunn. No recuerda el argumento de la comedia, no entendió nada de ese alemán tan extraño. La obra divirtió al emperador; estaba de buen humor. Varias veces le tocó la mano.

A última hora, esa misma tarde, vino a buscarla una dama de la corte, la señora Stamm o algo por el estilo, y le dijo que se pusiera su mejor ropa interior. Anusia Pawłowska, preocupada, comentó mientras le preparaba el equipaje:

–Qué bien que se te haya acabado el período.

Ewa se indignó, pero en efecto, era una suerte.

DE LA VIDA EN LAS ALTURAS

Jacob Frank, con ayuda de Jędrzej Dembowski, alquiló por tres meses un piso en Graben. Al mismo tiempo envió a Mateusz Matuszewski a Varsovia para recabar dinero con una carta destinada a todos los verdaderos creyentes de Varsovia, a toda la machna, en la que les comunicaba que estaba negociando con el emperador. Mateusz recibió la misión de contarles todo en orden cronológico y de describirles, con todo lujo de detalles, la nueva corte de Brünn. Así como los viajes de Ewa a la residencia del emperador y la complicidad que Jacob había trabado con él.

En la carta había escrito:

Notad que antes de que yo entrase en Polonia todos los señores aristócratas estaban tan tranquilos, y el rey con ellos, y que cuando entré en Częstochowa tuve la visión de que Polonia sería dividida. También ahora, ¿acaso podéis saber lo que se cuece entre reyes y emperadores y qué asuntos traman entre ellos? ¡En cambio yo sí lo sé! Ya lo veis, llevo ya junto a vosotros casi treinta años y, sin embargo, ninguno sabe adónde voy. Adónde me dirigiré. Pensabais que todo estaba perdido cuando estuve preso en una pequeña celda en la fortaleza de Częstochowa. Pero Dios me eligió porque soy un simplón y no busco honores. Si estuvierais a mi lado con decisión y no me hubierais abandonado como lo hicisteis en Varsovia, ¿dónde estaríamos ahora?

Mateusz regresa con dinero al cabo de tres semanas. Recaudó una suma mayor de lo que había pedido el Señor, y fue porque se propagó la noticia de un antiguo manuscrito encontrado en Moravia donde se decía negro sobre blanco que en los últimos días el Reich romano pasaría a manos de un extranjero. Se dice que está claramente

expuesto que será un hombre vestido a la turca, aunque sin turbante en la cabeza, sino con un alto gorro rojo orlado con piel de cordero, y que ese hombre derrocará de su trono al soberano.

Hay que comprar muchísimas cosas nuevas.

En primer lugar, un servicio de café de porcelana de Meissen adornado con hojas doradas y escenas de pastores pintadas con fino pincel, parecido al que Ewa había visto en Prossnitz. Ahora tendrá su propia porcelana, más exquisita.

Además, los objetos para el baño: hay que adquirirlos al vendedor más de moda. Trajes para ocasiones especiales, toallas, divanes plegables, abrigos forrados con fina tela de lino. Cuando Jacob Frank y Michał Wołowski van a bañarse al Danubio, los acompaña el populacho vienés, y como Jacob es un gran nadador, presume de su fuerza física en el agua como si fuera un adolescente. Las burguesas chillan, emocionadas por la destreza de ese hombre que ya no es joven ¡pero cuán apuesto! Algunas lanzan flores al agua. Después de un baño así, Jacob siempre está de un buen humor que le dura hasta la noche.

También hay que pagar por el caballo de Ewa, traído desde Inglaterra, de corvejones muy delgados. Es completamente blanco, al sol brilla como la plata. Ewa, sin embargo, le tiene miedo, porque el caballo se planta ante los traqueteos de los carruajes, los reflejos y los pequeños perros; y después se encabrita. Ha costado una fortuna.

También necesitan imperiosamente cuatro docenas de zapatos de raso. Se gastan enseguida si se los lleva en la calle, en realidad solo duran un paseo, luego Ewunia se los regala a Anusia, pues el pie de Magda es demasiado grande.

Además, azucareros y platos de porcelana, fuentes y cubiertos de plata. Ewa considera el oro demasiado ostentoso. También necesitan una cocinera nueva, mejor que la actual, y un ayudante. Asimismo serán de utilidad dos muchachas para la limpieza: cuestan menos que el servicio, pero tampoco son baratas. Tras la muerte de Rutka, su perrita polaca, Ewa, para consolarse, encarga dos galgos, también en Inglaterra.

–Si la rascáramos un poquito y quitásemos lo que hay por fuera, ¿qué encontraríamos debajo? –pregunta José, emperador romano por la gracia de Dios, rey de Alemania, Hungría, Bohemia, Dalmacia, Croacia, Eslavonia, Galitzia y Lodomeria, archiduque de Austria, príncipe de Borgoña y Lotaringia, etc.

–¿Y qué queréis que haya? –responde Ewa–. Habrá Ewa.

–¿Y quién es esa Ewa?

–Una súbdita de Vuestra Majestad. Una católica.

–¿Y qué más?

–La hija de Józef Jacob y Józefa Scholastyka.

–¿Y qué lengua se hablaba en vuestra casa?

–El turco y el polaco.

Ewa no sabe si ha dado la respuesta correcta.

–¿Y esa lengua que hablan los judíos la conoce usted?

–Un poco.

–Y su madre, ¿en qué lengua se le dirigía?

Ewa no sabe qué contestar. Su amante la ayuda:

–Diga usted algo en esa lengua, señora.

Ewa se queda pensando.

–*Con esto gif, se vide claro befor essi.*

–¿Qué significa?

–Majestad, no preguntéis demasiado. No lo recuerdo bien –miente Ewa.

–Miente usted, señora.

Ewa ríe y se vuelve boca abajo.

–¿Es cierto que su padre de usted es un gran cabalista?

–Cierto es. Es un gran hombre.

–¿Que transforma el plomo en oro y que por eso tiene tanto dinero? –pregunta su amante en tono provocativo.

–Es posible que así sea.

–Y usted, señora, también debe de ser una gran cabalista. Mire lo que me ha hecho.

El emperador señala su miembro viril erecto.

–Sí, son mis poderes.

Cuando hace buen tiempo, van a pasear por el Prater, el emperador lo abrió al público recientemente. Carruajes descubiertos, cual cajas de bombones, trasladan a las elegantes damas vienesas tocadas con magníficos sombreros mientras los hombres que las acompañan a caballo saludan a sus amistades. Los paseantes no se apresuran en absoluto, recorren la distancia de su paseo lo más lentamente posible. Se ven perritos atados con cintas, monitos con cadenitas y primorosos loritos en jaulas plateadas. Jacob encargó para su hija una pequeña calesa inglesa reservada solo para esos paseos. En esa dulce carrocita, a Ewa la acompañan a menudo Magda y Anusia, a veces solo Magda. Según el rumor que corre, también ella es hija de Jacob, solo que ilegítima. Si se la mira bien, es cierto que se parece a Frank: alta, de rostro alargado y dientes blancos, de porte más distinguido que Ewa, así que los no iniciados a veces la confunden con Ewa Frank. La gente dice que todos ellos se parecen, como los miembros de esas tribus negras que el emperador exhibe a veces como espectáculo viviente.

LA MÁQUINA QUE JUEGA AL AJEDREZ

Un tal Von Kempelen construyó, para su divertimento, una máquina que representaba a un turco ataviado con hermosa ropa oriental, de rostro oscuro, pulido, pero agradable a la vista. Está sentado ante una mesa, juega al ajedrez, y lo hace con tal destreza que todavía nadie ha conseguido derrotarlo. Parece que piense durante la partida y dé tiempo al adversario para que este también piense. La mano derecha está apoyada sobre la mesa mientras que la izquierda desplaza las piezas. Cuando el oponente se equivoca y quebranta alguna regla, el turco mueve la cabeza y espera hasta que el otro se dé cuenta y se corrija. La máquina lo hace todo por sí misma, sin la ayuda de fuerza exterior alguna.

El emperador está como loco con esa máquina. Él mismo ha sido derrotado muchas veces por ella, pero al parecer unos jugadores en Francia han conseguido ganarle. ¿Será eso posible?

–Si una máquina es capaz de hacer lo mismo que el hombre, e incluso de superarlo, ¿quién es entonces el hombre?

Plantea esta pregunta durante la merienda que comparte con las damas en el jardín. Sin embargo, ninguna se atreve a contestarle. Esperan a que él mismo diga algo. Es propenso a las peroratas, de manera que plantea preguntas retóricas y al poco las responde él mismo. También ahora, al hablar de la vida, dice que se trata de un proceso del todo natural y químico, aunque desencadenado por una fuerza superior..., no termina la frase con un punto, sino que la deja suspendida, y esta se desvanece en el aire como el humo de una pipa.

Solo cuando da órdenes, termina las frases con un punto, para alivio de todos. Al menos así se sabe de qué se trata. Ante la sola idea de tomar la palabra en semejante compañía, Ewa se ruboriza y necesita refrescarse con un abanico.

El emperador sigue interesándose por los avances en anatomía. Para hacer compañía a «Sibila», ha comprado un modelo de cera del cuerpo humano sin piel donde está marcado el sistema circulatorio. Al observarlo, se ve que también el cuerpo humano se asemeja a una máquina, todos esos tendones y músculos, las marañas de venas y arterias que recuerdan a las madejas de hilo de seda que su madre usa para bordar, y esos goznes de las articulaciones tan parecidos a las palancas. Orgulloso, muestra a Ewa Frank su última adquisición: de nuevo se trata de un cuerpo de mujer, esta vez desollada; sobre los músculos serpentean los hilos de las venas.

–¿No se podría mostrar todo esto en un hombre? –pregunta Ewa.

El emperador se ríe. Juntos se inclinan sobre el cuerpo de cera, sus cabezas casi se tocan. Ewa percibe con claridad el olor que sale de su boca: a manzana, seguramente a vino. El claro y terso rostro del emperador de pronto se sonroja.

–Es posible que la gente sin piel tenga este aspecto, pero seguro que yo no –dice Ewa con desparpajo.

El emperador vuelve a echarse a reír.

Un buen día le regala a Ewa un pájaro mecánico en una jaula. Basta con darle cuerda para que empiece a batir sus alas de hojalata mientras un gorjeo emerge de su garganta.

Ewa se lo lleva a Brünn y el pájaro enjaulado se convierte en la atracción de toda la corte. Es la propia Ewa quien le da cuerda, siempre con la máxima gravedad. Se ha instalado una costumbre: cuando el emperador tiene ganas de ver a la hermosa Ewa, manda un carruaje modesto a buscarla, sin blasones ni adornos, para que no llame la atención. Sin embargo, Ewa preferiría viajar a su residencia en la carroza imperial. Una vez, en Graben –donde se alojan en un piso alquilado de muchas habitaciones–, llegó una así a buscarla a ella y a su padre. Y es que la emperatriz madre se ha quedado prendada de Jacob Frank, le permite visitarla en sus aposentos privados, donde pasa con él largos ratos. Al parecer incluso rezan juntos. Sin embargo, lo cierto es que a la emperatriz le gusta escuchar las historias de ese hombre exótico y amable, de modales orientales, un hombre mesurado y que nunca se deja llevar por la ira. En gran secreto Jacob le confiesa cómo se bautizaron en Polonia y cómo llevan ya años siguiendo la fe verdadera. Y le habla de Kossakowska, con quien la emperatriz tiene mucho en común, de cómo esa buena mujer les ayudó a ingresar en el seno de la Iglesia y con qué entrega cuidó de la difunta esposa de Jacob, que Dios la tenga en su gloria... Todo esto es del agrado de la

emperatriz, quien no para de preguntar por Kossakowska. A menudo también abordan temas muy serios. Por ejemplo, que desde que le tocaron a la emperatriz –tras la partición de la Res Publica– las tierras de Galitzia y parte de Podolia, sueña con un gran imperio hasta el mar Negro y las islas griegas. Frank sabe más de los turcos que sus mejores ministros, así que lo acribilla a preguntas: por los dulces, la comida, los trajes, si las mujeres llevan ropa interior, cómo es esa ropa, cuál es el promedio de hijos por familia, cómo se desarrolla la vida en el harén, si las mujeres tienen celos las unas de las otras, si el bazar turco se cierra en Navidad, qué piensan los turcos de los habitantes de Europa, si el clima de Estambul es mejor que el de Viena, y de por qué prefieren los gatos a los perros. Ella misma le sirve café de una jarra y lo insta a añadirle un poco de leche: es la última moda.

Cuando Jacob regresa de sus aposentos, relata esas reuniones a sus hermanos y hermanas, quienes, emocionados, se imaginan a él, con Ewa a su lado, convertido en virrey de Valaquia. Ante semejante visión, cuán modestos resultan sus sueños de hace tan poco, con aquellas desgraciadas aldeas de Podolia; ahora se les antojan ridículos e infantiles. Jacob acude a la emperatriz con regalos, no hay visita en que María Teresa no reciba ya un chal de cachemira o de seda, ya pañuelos pintados a mano, ya zapatos bordados e incrustados de turquesas confeccionados con la mejor piel turca. Los aparta, aparentemente desinteresada ante tanto lujo, pero en el fondo está encantada con esos regalos, al igual que con las visitas de Frank. Se da cuenta de que mucha gente debe de odiarlo. Tiene una elegancia natural y un sentido del humor teñido de ironía con el que ella

disfruta especialmente. Su simpatía por ese hombre no puede sino suscitar inquietud en muchas personas. Sobre el escritorio de la emperatriz no paran de acumularse informes y delaciones. El primero de la pila comunica:

... no menos sospechosas son las fuentes de sus ingresos, muy sustanciosos, pues en Varsovia vivía en la opulencia. Se dice, por ejemplo, que dicho Jacob Frank tiene su propio servicio de correo, hombres apostados en dirección a las fronteras de Polonia, a través de los cuales hace llegar sus cartas. Los envíos de dinero, siempre en barriles, le llegan custodiados por su guardia personal.

–¿Y qué tiene de malo? –responde a las dudas de su hijo–. Traer oro a través de nuestras fronteras y gastarlo aquí, in situ, solo nos enriquece. Más vale que venga a parar aquí en vez de acabar en Rusia.

O aparece la acusación de que Frank está armando a su guardia personal, cada vez más numerosa.

–Que se arme –dice la emperatriz–, que vele por su seguridad. ¿Acaso nuestros aristócratas de Galitzia no tuvieron su propio ejército? Quizá pueda servirnos como comandante.

Y se dirige a su hijo bajando la voz:

–Tengo mis propios planes respecto a él.

A José le parece que ha vuelto a la lectura, pero al cabo de un momento su madre añade:

–Pero tú no traces ningún plan respecto a ella.

El joven emperador no responde, simplemente se aleja. Su madre a menudo lo abochorna. Está profundamente convencido de que es a causa de su catolicismo, obtuso y campesino.

27

CÓMO NACHMAN PIOTR JAKUBOWSKI SE CONVIRTIÓ EN EMBAJADOR

La corte de Brünn no es solo un lugar de diversiones vacuas ni una feria de vanidades. En las habitaciones de la primera planta, llamadas cancillerías, se trabaja incesantemente. Jacob aparece allí a primera hora de la mañana y dicta cartas que luego habrá que copiar y enviar. En la cancillería contigua, con la ayuda de Zwierzchowska, llevan las cuentas de la corte. En una tercera, los Czerniawski, la hermana del Señor y su marido se ocupan de reclutar a la juventud, contestan la correspondencia y negocian con los padres de los jóvenes enviados a la corte del Señor. Mientras la segunda cancillería se dedica a los asuntos de la corte, la primera constituye un pequeño ministerio de asuntos exteriores, y la tercera, uno de economía y comercio.

Ya en diciembre de 1774, parten de Viena rumbo a Estambul los mejores emisarios de Jacob: Paweł Pawłowski, Jan Wołowski y su cuñado, o sea, Jakub Kapliński, Chaim, quien, tras la muerte de Tova, reunió a toda su familia y se trasladó a Brünn. Antes de su partida, se celebra una ceremonia solemne durante la cual Jacob pronuncia un discurso. Los tilda de guerreros del Mesías carentes de toda religión; la de veces que se lo han oído decir. Lo único que tienen es una misión, y la misión es secreta: encontrar a los antiguos seguidores, ganarse el favor del sultán y ponerse a su servicio. En la víspera de su partida las oraciones se prolongan durante muchas horas, hasta que terminan rezando en círculo y cantando. En esas ceremonias participan todos, incluidos los invitados, pero conforme avanzan, solo quedan los hermanos y las hermanas y da comienzo un banquete con gran cantidad de vino de Moravia, que aprecian sobremanera. Todo se desarrolla como antaño, como en Iwanie, solo que ahora los Actos de Extraños se vuelven simbólicos: se han convertido en rituales. Sin embargo, siguen muy próximos unos a otros, saben reconocerse por el olor, por el tacto, todo suscita emoción: el alargado rostro de Jan Wołowski, sus mejillas recién rasuradas y su enorme bigote, los menudos hombros de Pawłowska y su baja estatura, la inmensa melena canosa de Jeruchim Jędrzej Dembowski, la cojera de Zwierzchowska... Todos han envejecido, ya tienen hijos adultos, algunos ya son abuelos, otros han enterrado a sus esposas o a sus maridos y contraído nuevos matrimonios; se han enfrentado a grandes

tragedias y dramas: muertes de hijos, enfermedades... Henryk Wołowski, por ejemplo, ha sufrido recientemente un ataque de apoplejía que le ha dejado paralizada la parte derecha del cuerpo, habla con dificultad, pero sus fuerzas vitales siguen siendo las de antaño: recientemente, apoyado en sus hijas, dirigió personalmente la instrucción militar de una abigarrada y dispar legión de jovencísimos supuestos soldados.

Al alba, cuando parten los emisarios, la corte permanece aún sumida en el silencio. Las mujeres prepararon ayer las cestas con provisiones para el viaje. Los caballos parecen dormidos. Jacob sale al atrio ataviado con una bata roja de seda, da su bendición y una moneda de oro a cada uno de los emisarios. Les dice que de su misión depende el futuro de los verdaderos creyentes. El carruaje recorre el empedrado de Brünn hacia la plaza del mercado, desde donde abandonará la ciudad en dirección al sureste.

Al cabo de pocos meses regresan con las manos vacías; embajadores tan experimentados y ni siquiera consiguieron presentarse ante el sultán, han perdido varias semanas. En la primavera de 1775, cuando Jacob se considera el mejor amigo del emperador, envía a Estambul una segunda embajada. En esta ocasión formada por Piotr Jakubowski y Ludwik Wołowski, hijo de Jan Wołowski. Regresan de Turquía en otoño, al cabo de medio año, y su misión también ha fracasado. No solo no lograron llegar hasta el sultán, sucedió algo mucho peor: azuzadas por los judíos locales, las autoridades los acusaron de herejía y pasaron tres meses en una cárcel de Estambul, lo que provocó que Jakubowski enfermara del pulmón. Por añadidura, los servidores del sultán les confiscaron todo el dinero que tenían previsto entregarle como ofrenda durante la audiencia. Y no era poco. Desde la cárcel enviaron cartas desesperadas, pero Jacob las ignoró, quizá estuviera enfermo o tal vez demasiado ocupado frecuentando la corte imperial. Sin embargo, también era posible, según afirmaba con obstinación Jakubowski, que no le hubiera llegado ninguna noticia de Turquía. Su misión era la misma que la anterior: ganarse el favor del sultán, prometerle un servicio fiel, mostrar las ventajas de tener como aliado a alguien tan cercano al emperador, hablarle de la recompensa que podría obtenerse en caso de... Jakubowski ya sabría cómo hacerlo, es el mejor en manejar la lengua turca y sabe desplegar los futuros más prometedores.

Regresaron demacrados y exhaustos. Para tener con qué volver, se vieron obligados a pedir dinero prestado en Estambul. Jakubowski, reseco como un saco y con tos. Wołowski con una sombra en el rostro.

El Señor ni siquiera les da la bienvenida. Por la tarde, siguiendo un antiguo ritual, ordena azotar a Jakubowski por haber perdido el dinero.

–Tú, Jakubowski, no me sirves para nada, eres un burro viejo y testarudo –dice–. Sirves para escribir, pero no para trabajar como un hombre.

Jakubowski intenta defenderse, momento en que recuerda a un niño de diez años.

–En ese caso, ¿por qué me enviaste? ¿Acaso no tienes hombres más jóvenes que yo y que hablan mejor otros idiomas?

El castigo se lleva a cabo de la siguiente manera: se tiende al condenado sobre una mesa, vestido solo con una camisa, y cada uno de los verdaderos creyentes allí reunidos, tanto hermanos como hermanas, debe azotarle en la espalda con una fina rama de sauce llorón. El primero es el Señor, quien, por lo general, azota sin piedad; lo siguen los hombres, pero estos ya golpean con menos fuerza; las mujeres, en cambio, suelen cerrar los ojos y golpear suavemente, como si lo hicieran con una hoja de palma el Domingo de Ramos (siempre y cuando no tengan algún motivo para querer hacerle daño). Y así es como proceden con Jakubowski. Ciertamente, algunos azotes le resultan dolorosos, pero no sufrirá daño alguno. Una vez terminado el castigo, baja de la mesa y se marcha. No hace caso de la invitación de Jacob a quedarse. La camisa, abierta, le cuelga casi hasta las rodillas. Su rostro está ausente. Dicen que Jakubowski con la edad se ha vuelto extraño. Se aleja sin siquiera volverse.

Tras su salida, cuando se hace un silencio que dura demasiado y todos permanecen cabizbajos, el Señor empieza a hablar, y habla sin cesar, tan deprisa que resulta difícil seguirlo, y Dembowski, que se ha quedado como único escriba, acaba por dejar la pluma a un lado. Jacob dice que para ellos el mundo siempre será una amenaza, y que por eso deben permanecer unidos y apoyarse mutuamente. Deben abandonar la antigua manera de entender las cosas, pues el mundo viejo ya se ha acabado. Ha venido lo nuevo, y es aún más despiadado y hostil que lo anterior. Se trata de una época excepcional y ellos deben ser excepcionales. Deben vivir juntos, próximos unos a otros, y tienen que relacionarse entre ellos y no con extraños, y formar así una gran familia. En esa familia unos constituirán el núcleo, otros irán por libre. Deben considerar comunes sus bienes, encomendar su administración a una sola persona, y aquel que más tenga que comparta con los que sufren estrecheces. Así fue en Iwanie y así debe seguir siendo aquí. Siempre. Mientras compartan lo que tienen, existen como machna, como compañía, son un secreto para los demás. Ese secreto hay que guardarlo a toda costa. Cuanto menos sepan los demás, tanto mejor. Inventarán historias inauditas acerca de ellos: pues muy bien, que las inventen. Pero de cara al exterior no pueden dar pábulo a transgresión alguna de la ley o las costumbres humanas del lugar.

Les ordena formar un círculo y poner la mano sobre el hombro de al lado, las cabezas deben estar ligeramente inclinadas hacia el centro, los ojos clavados en un punto en medio del círculo.

–Tenemos dos objetivos –dice Jacob–. El primero es alcanzar la Dáat, el conocimiento gracias al cual lograremos la vida eterna y escaparemos de la cárcel del mundo. También podemos hacerlo de manera más prosaica: tener un lugar propio en esta tierra, un país en el que nos regiremos según nuestras propias leyes. Puesto que el mundo se inclina por la guerra y se arma, y ya se ha derrumbado el viejo régimen, nosotros debemos sumarnos a esa confusión para sacar algún provecho. Así que no miréis con recelo a mis húsares y a mis unidades. Aquel que cuenta con unidades militares y con un ejército, por pequeño que este sea, es considerado en este mundo un auténtico soberano.

Después cantan Igadel, el mismo himno que en Iwanie. Para terminar, cuando ya se disponen a marcharse, Jacob aún les cuenta el sueño que tuvo la noche anterior: soñó con el rey Estanislao Poniatowski. Que los perseguía a Avacha y a él, y buscaba pelea. También vio en ese sueño cómo a él, a Jacob, lo llevaban a una iglesia ortodoxa, pero que esta estaba completamente calcinada.

EL REGRESO DEL OBISPO SOŁTYK

En el invierno de 1773, el pueblo de Varsovia, junto con sus obispos, se dirige al río. A través del hielo alcanza un islote formado en medio del Vístula y espera allí al obispo Sołtyk, como si fuera un santo mártir. Los estandartes de las iglesias se quedan rígidos con la helada. Nubes de vaho emergen de los labios que entonan cánticos eclesiales. Las burguesas capitalinas llevan gorros de piel, van abrigadas con capas forradas también de piel y envueltas en grandes pañuelos de lana. Los hombres, con zamarras hasta el suelo; cocheros, vendedores, artesanos, cocineras y aristócratas, todos están muertos de frío.

Finalmente aparece el carruaje acompañado de una escolta militar a caballo. Todo el mundo intenta escudriñar en el interior, pero las cortinas están echadas. Cuando el carruaje se detiene, el pueblo se arrodilla en medio del río, directamente sobre la nieve.

El obispo aparece solo un momento, sostenido por los hombros, envuelto en un abrigo largo de color púrpura forrado de piel clara, seguramente de algún animal siberiano. Está enorme, como si hubiera engordado aún más. Hace la señal de la cruz sobre las cabezas de los fieles y en el aire helado brota un cántico lastimero, es difícil comprender las palabras, pues la multitud lo canta a distinto ritmo, unos más despacio, otros más deprisa, así que los tonos se superponen

hasta eclipsarse.

Tan solo por un breve instante se ve el rostro del obispo, transformado, extrañamente gris. Enseguida se propaga un susurro que cuenta que allí fue sometido a tormento y que por eso tiene ese aspecto. Luego su figura desaparece en el carruaje, que se pone en marcha sobre el hielo en dirección a la ciudad vieja.

De inmediato por Varsovia corre el rumor de que el obispo Sołtyk, allí en Kolimá, en aquel infierno helado, perdió la razón, y que solo de vez en cuando recupera la lucidez. Algunos de los que lo conocían afirman que ya cuando lo atraparon los rusos no estaba del todo cuerdo. Dicen que existen personas que tienen tan alta opinión de sí mismas que esta las ciega por completo y no les permite ver a nadie más a su alrededor. Que la convicción de su propia importancia les arrebata la sensatez y el buen juicio. Sin duda, el obispo Sołtyk pertenece a esta clase de hombres, independientemente de si ha perdido la razón o no.

LO QUE SUCEDE EN LA MACHNA DEL SEÑOR EN VARSOVIA

Los emisarios deben informar a la machna de su estancia en Brünn y del fracaso de sus embajadas. En Varsovia todo se desarrolla ahora en torno a la casa de Franciszek Wołowski. La machna se reúne una vez en su casa de Leszno (es la más grande), otra en la de su hija, la que se casó con Lanckoroński, el hijo de Chaja. Corren tiempos difíciles, reina la excitación política, la inquietud, así que las revelaciones de Brünn aquí suenan irreales.

Jakubowski se encuentra en la capital con Jakub Goliński; probablemente la última vez que se vieron fue en Częstochowa. Siente cierta debilidad por él: a todas luces, Goliński encarna el recuerdo que Jakubowski guarda de su estancia con Besht en Międzybóż, y ese

recuerdo lo emociona invariablemente. Se abrazan y se quedan quietos durante un momento, sin mover un músculo. A través del grueso abrigo, Jakubowski percibe que Goliński ha perdido peso y se ha encogido.

–¿No estarás mal? –pregunta preocupado.

–Te lo contaré más tarde –contesta Goliński en un susurro, pues en ese momento toma la palabra el viejo Podolski, un hombre pequeño y reseco con un caftán gris parduzco abrochado hasta el cuello. Tiene las manos manchadas de tinta. Lleva las cuentas de la cervecería de los Wołowski.

–Yo me atreveré a decirlo. –Habla un polaco con un fuerte acento cantarín propio de los judíos–. Soy viejo y ya nada temo. Sobre todo porque a mí me parece que vosotros sois de la misma opinión, solo que no os atrevéis a decirlo en voz alta. Así que lo diré yo.

Se interrumpe por un momento y después prosigue:

–Esto se ha acabado. Desde que él...

–¿Qué él? –espeta una voz airada cerca de la pared.

–... Desde que Jacob, nuestro Señor, se marchó de aquí, ya no tiene sentido esperarlo. Deberíamos preocuparnos por nosotros mismos, llevar una vida ejemplar, mantenernos unidos, no abandonar nuestras prácticas, sino adaptarlas con arreglo a las circunstancias...

–Como esas ratas que se aferran a la tierra de puro miedo... –se oye decir a la misma voz.

–¿Ratas? –Podolski se vuelve hacia la pared de donde procede la voz–. Las ratas son animales sabios, sobrevivirán a todo. Tú en cambio has perdido la razón, hijo. Ocupamos buenos cargos, tenemos comida y techo, ¿de qué ratas estás hablando?

–No nos bautizamos para esto –prosigue la misma voz, que pertenece a un tal Tatarkiewicz, cuyo padre era de Czerniowce. Es oficial de correos, ha venido uniformado.

–Eres joven y ardoroso. Te bulle la cabeza. Yo en cambio soy viejo y versado en el cálculo. Cuento los gastos de nuestra comunidad y sé cuánto oro hemos enviado a Moravia y cuánto trabajo nos costó reunirlo en Polonia. Con ese dinero tendríais lo suficiente para pagar los estudios superiores de vuestros hijos.

Un murmullo recorre la sala.

–¿Cuánto hemos enviado? –pregunta con calma Marianna Wołowska.

El viejo Podolski saca unos papeles del bolsillo interior de la chaqueta y los despliega sobre la mesa. Todo el mundo se arremolina a su alrededor, pero nadie entiende las columnas de cifras.

–Yo di dos mil ducados. Casi todo lo que tenía –dice Jakub Goliński a Piotr Jakubowski, que se ha sentado junto a él. Los dos se han quedado en las sillas junto a la pared, a sabiendas de que en

cuanto se empiece hablar de dinero de inmediato se desatarán las riñas–. Tiene razón ese Podolski.

Y, en efecto, en la mesa comienzan las disputas. Franciszek Wołowski, el mayor, trata de apaciguarlas: les manda callar y les explica que ese innecesario bullicio se oirá desde la calle, que están convirtiendo su casa en un bazar turco y que, pese a esa apariencia de burgueses y empleados públicos bien educados y bien vestidos, se están comportando como comerciantes del mercado de viejo de Busk.

–¡Debería daros vergüenza! –los exhorta a la calma.

De repente, en Piotr Jakubowski parece entrar el mismísimo demonio. Se abalanza sobre la mesa y tapa con todo su cuerpo los papeles desplegados.

–¿Qué os pasa? ¿Pretendéis pedirle cuentas a Jacob, como si fuera un vulgar mercader? ¿Ya no os acordáis de dónde estabais antes de su venida? ¿Quiénes seríais ahora de no ser por él? Comerciantes, arrendatarios con barbas hasta la cintura y cuatro monedas cosidas en el shtreimel. ¿Ya os habéis olvidado?

A continuación, Majewski, el antiguo Hilel, que se ha trasladado a Lituania y rara vez visita Varsovia, exclama:

–¡Seguimos estando con él!

Franciszek Wołowski tranquiliza a Jakubowski:

–No te alteres, hermano Piotr. Debemos mucho a nuestro propio apego a la fe. Y a nuestro propio trabajo.

–Por nuestra causa pasó encerrado trece años, lo traicionamos –dice Jakubowski.

–Nadie lo traicionó –dice el joven Lanckoroński.

–Tú mismo dijiste que así tenía que ser. Tú mismo lo decías, y nosotros, toda la machna, durante esos trece años de pruebas a las que fuimos sometidos, permanecimos fieles sin abandonar el camino.

Y alguien junto a la pared, seguramente de nuevo Tatarkiewicz, espeta:

–No se sabe si es él o no... Dicen que lo han sustituido por otro.

–¡Tú calla! –Jakubowski ya grita pero, para su sorpresa, Goliński se une a los detractores:

–¿Quiénes somos ahora? ¿Quién soy yo? En Busk era rabino, las cosas me iban bien, y ahora ya no puedo volver, estoy en la ruina.

Jakubowski pierde los estribos, se abalanza sobre su amigo y lo agarra por la golilla. Los papeles de la mesa vuelan al suelo.

–Sois todos seres mezquinos y viles. Ya lo habéis olvidado todo. Estaríais metidos en la mierda de Rohatyn, de Podhajce, de Kamieniec...

–Y de Busk –añade maliciosamente Majewski el lituano.

Jakub Goliński regresa a casa a pie, solo. Está enojado. Su mujer,

que permanece en Brünn desde el principio junto a Avacha, lleva meses sin dar noticias; esperaba que Jakubowski le trajera cartas de ella. No las ha traído. Rehuyó el tema por un momento, y luego se vieron arrastrados por esa disputa que Goliński se ve incapaz de superar.

No para de darle vueltas a los números que ha visto en las cuentas de Podolski, él tiene sus propias cuentas en la cabeza: era proveedor de telas para la corte real, llegó lejos, pero ahora todo ha acabado. Se ha quedado con rollos de telas caras y lujosas que hoy ya no podrá vender. Confiado en su buena suerte, donó todos sus ahorros a la colecta para Brünn, creyendo que con ello contribuiría a su propia fortuna y a la de su familia, pero ahora, de pronto, lo ve todo de forma completamente distinta. Como si se le cayeran las escamas de los ojos. ¿Por qué su Magda no da señales de vida? Durante este tiempo no ha querido pensar en ello, tenía mucho que hacer, pero ahora en lo más profundo de su cerebro crece una sospecha, casi una certidumbre; y es como un tumor maligno, como si en la cabeza tuviera carne putrefacta: Magda está con otro.

Goliński no concilia el sueño en toda la noche, da vueltas y más vueltas en la cama, oye voces cual ecos de una violenta disputa, ve de nuevo la mirada esquiva de Jakubowski y lo invade una oleada de calor. Ya lo siente, ya lo sabe, aunque su cabeza se niegue a pensar en ello. Vuelve a contar sus deudas, en la duermevela ve unos ratones mordisqueando las reservas de brocado escarlata y los rollos de damasco.

Al día siguiente, sin desayunar, se dirige a pie a la calle Długa, donde vive Jakubowski. Le abre el dueño de la casa, aún medio dormido, con camisa y gorro de dormir y aspecto demacrado, cansado, con los pies metidos en unos calcetines no muy limpios que se frotan uno contra el otro. Wajgełe, con camisón y un pañuelo de lana echado por encima, se apresta a encender la cocina sin decir palabra. Al cabo de un momento, se les unen las dos hijas de Jakubowski, Barbara y Anusia, también dormidas. Jakubowski lo mira durante un buen rato:

–¿Qué quieres de mí, Goliński? –termina por preguntar mientras con un gesto indica a su mujer que se lleve a las niñas.

–Dime qué ha pasado allí. ¿Qué ocurre con mi Magda?

Jakubowski baja la mirada hacia sus calcetines.

–Entra.

La pequeña vivienda de Nachman Piotr Jakubowski está llena de trastos. Hay cestas, baúles... Huele a col hervida. Se sientan a la mesa, que Jakubowski despeja de papeles. Con sumo cuidado, seca la pluma y la guarda en una caja. En el fondo de la copa se ven restos de vino.

–¿Qué le ocurre? ¡Dime!

–¿Qué quieres que le ocurra? ¿Qué puedo saber yo? Estuve yendo de un lado para otro, ¿no lo sabes? No me rodeé de mujeres.

–Pero también estuviste en Brünn.

Una ráfaga de viento golpea la ventana, los cristales tiemblan amenazadoramente. Jakubowski se levanta y cierra los postigos. La habitación queda en penumbra.

–Compartimos cama en casa de Besht, ¿te acuerdas? –dice Goliński en tono de queja.

Jakubowski suspira.

–Ya sabes cómo son allí las cosas. Tú mismo las viste. Estuviste en Częstochowa, estuviste en Iwanie. Allí nadie va a vigilar a tu esposa. Es una mujer libre.

–Nunca estuve tan cerca. No fui uno de vosotros, los «hermanos».

–Pero lo viste –Jakubowski lo dice como si el desesperado Goliński fuera el culpable de todo–. Ella misma lo pidió. Ahora está con Szymanowski, el palafrenero del Señor. Es una especie de cosaco a caballo...

–Cosaco –repite Goliński mecánicamente, totalmente abatido.

–Yo te lo cuento, Goliński, en nombre de nuestra amistad. Porque me apoyaste tras la muerte de mi hijo, porque compartimos cama en casa de Besht...

–Lo sé.

–Yo en tu lugar no me preocuparía tanto. Al fin y al cabo, ¿qué esperabas? Ellos lo hacen por el bien de todos nosotros... Junto al emperador más grande del mundo. Una corte inmensa... Si quieres que vuelva, volverá.

Goliński se levanta y empieza a recorrer la pequeña estancia, dos pasos a un lado, dos pasos al otro. Después se detiene, respira hondo y se pone a sollozar.

–No lo pidió ella, eso lo sé seguro... La habrán obligado.

Nachman se acerca a la alacena, saca otra copa y la llena de vino.

–Podrías vender toda tu mercancía en Brünn, seguramente perderás un poco porque allí el brocado no se vende como antes. Pero al menos recuperarás parte del dinero.

Goliński hace su equipaje en una hora y pide prestado con letras de cambio el dinero para el viaje. Al cabo de varios días llega hasta Brünn sucio y cansado. Tras depositar su mercancía en un almacén, va derecho a Petersburger Gasse, hasta la casa junto a la catedral, con el sombrero calado en la frente y preguntando el camino a varias personas. Todas saben indicárselo. Piensa llamar y entrar, anunciarse como un hombre educado, pero de pronto una gran sospecha lo embarga, se siente como el que va a la guerra, así que se queda en el portal de enfrente, y aunque aún es temprano y las calles se visten con

las alargadas sombras del alba, él se queda quieto, se cala aún más el sombrero y espera.

Primero se abre la puerta de entrada y sale una carretilla con basura y desperdicios, salen después unas mujeres. Goliński no las conoce; llevan cestos de mimbre y enfilan la calle que sube, seguramente al mercado. Después aparece un carro con verduras, y después un jinete. Finalmente llega un carruaje y entra, pero no vuelve a salir hasta el mediodía, momento en que se produce cierto tráfago en la puerta. A Goliński le parece ver a dos mujeres, una es Zwierzchowska, que le entrega algo a un emisario o cartero; la segunda es Czerniawska, la mayor. En las ventanas de la primera planta se descorren las cortinas y aparece fugazmente un rostro, Goliński no sabe a quién pertenece. Le rugen las tripas, pero tiene miedo de alejarse; podría pasar por alto algo muy importante. Justo antes del mediodía, la puerta vuelve a abrirse y en la calle se forma una pequeña comitiva compuesta principalmente por jóvenes, van a la catedral para asistir a misa, pero de nuevo no reconoce a nadie. Solo al final distingue un rostro conocido: Dembowski, ataviado a la polaca y acompañado de su mujer. Caminan en silencio y desaparecen en la catedral. Goliński comprende que no están aquí ni Frank ni Avacha. Agarra por la manga a uno de los jóvenes rezagados y le pregunta:

–¿Dónde está el Señor?

–En Viena, en la residencia del mismísimo emperador –responde el joven con amabilidad.

Goliński pasa la noche en una posada limpia, bonita y nada cara. Allí puede lavarse y recuperar el sueño perdido. Duerme como un tronco. A la mañana siguiente pone rumbo a Viena, empujado por la misma inquietud. Le lleva todo el día llegar hasta Graben, donde reside el Señor. Junto a la entrada a la casa hay apostados unos guardias bien extraños, vestidos con libreas de verde y rojo chillón y tocados con gorros con plumero. Alabarda en mano. Imposible entrar ahí. Pide ser anunciado pero no recibe respuesta hasta la última hora de la tarde, momento en que llega una opulenta carroza acompañada de varios jinetes. Cuando quiere acercarse, la guardia lo detiene con bastante brusquedad.

–Soy Goliński, Jakub. El Señor me conoce, debo verlo.

Le dicen que vuelva a la mañana siguiente y deje una nota.

–El Señor recibe a mediodía –dice cortésmente un lacayo con una librea bien peculiar.

ANZEIGE, O SEA, DELACIÓN

María Teresa de Habsburgo, por la gracia de Dios emperatriz romana, reina de Alemania, Hungría, Bohemia, Galitzia y Lodomeria,

archiduquesa de Austria, duquesa de Borgoña, Estiria, Carintia, Carniola, Transilvania, etc.

Súbdito de Su Majestad Imperial, nacido en Glinno, a cuatro millas de Lwów y allí criado, y rabino de aquella ciudad. Ocurrió que en 1759 apareció allí un tal Jacob Frank, supuesto neófito, quien actualmente reside en Brünn y que era hijo de un maestro judío. Su padre, sospechoso de pertenecer a la secta de los shabtaianos, fue expulsado de la comunidad y se instaló en Czerniowce, en tierras moldavas. El tal Jacob Frank, aunque nacido en Korolówka, recorrió el mundo, se casó y tuvo una hija, tras lo cual abrazó la fe mahometana y fue aclamado como jajam entre los shabtaianos.

Siento vergüenza al confesarlo, pero yo también pertenecí a esa secta y fui uno de los seguidores de Jacob. En mi necedad lo consideré no solo un gran sabio, sino también un hacedor de milagros y la encarnación del espíritu de Shabtai.

A principios de 1757, dicho Frank llegó a Polonia e instó a todos los fieles a trasladarse a Iwanie, a las tierras del obispo de Kamieniec. Allí anunció que el señor rey Shabtai Tzvi tuvo que abrazar la fe de los ismaelitas, que el dios Baruchia hizo lo propio y tuvo que pasar también por la fe ortodoxa, pero que él, Jacob, debía abrazar la fe nazarena, pues Jesús de Nazaret solo era un envoltorio y una cáscara del fruto, y su venida se produjo tan solo para allanar el camino al verdadero Mesías. Por eso todos nosotros debíamos aceptar esa fe pro forma y observarla con más celo a ojos de los cristianos que a los propios cristianos. Debíamos por tanto llevar una vida piadosa, pero sin casarnos con ninguna cristiana, pues, aunque el señor Santo, o sea, Baruchia, había dicho

«Bendecido sea aquel que permita todas las cosas prohibidas», también había dicho que la hija del Dios extraño estaba prohibida. Así que de ninguna manera debíamos mezclarnos con otras naciones, sino en el fondo de nuestro corazón seguir atados a nuestros tres reyes: Shabtai Tzvi, Baruchia y Jacob Frank.

Tras sufrir innumerables persecuciones por parte de otros judíos y bajo protección de los obispos de Kamieniec y de Lwów, en el otoño de 1759 nos bautizamos.

Frank, que al llegar de Turquía era pobre, recibió enseguida mucho dinero, yo también contribuí al hacerle una primera donación de 280 ducados. Más tarde, dicho Frank se trasladó a Varsovia, donde proclamó urbi et orbi que era el Señor de la vida y la muerte y que los que con todo su corazón creyeran en él nunca morirían.

Sin embargo, cuando, pese a ello, murieron algunos de sus partidarios más allegados, y se le pidieron explicaciones, se limitó a decir que por lo visto no creían en él con suficiente sinceridad.

Algunos de los hombres de su círculo, queriendo someterlo a una

prueba, informaron de todo a las autoridades eclesiales...

–¿Es eso cierto? –pregunta Goliński al hombre que le dicta y cuyas palabras escribe con su hermosa letra tropezando solo a veces en la longitud de las expresiones alemanas. Como el otro no contesta, Goliński sigue escribiendo:

... El caso fue sometido al juicio de un tribunal compuesto por el canciller de la corona, el capítulo catedralicio y los obispos. La mayoría del círculo de fieles confesó su error, prometió apartarse de tales prácticas y llevar, a partir de entonces, una vida cristiana. Frank fue condenado a encarcelamiento perpetuo en el monasterio de Częstochowa. Lamentablemente, ese hombre, poseído por el demonio, supo seducir a la gente. Algunos fueron a verlo a la cárcel y lo colmaron de regalos. Muchos de ellos permanecieron a su lado, pues supo convencerlos de que su encarcelamiento era necesario. Y de nuevo debo confesar con vergüenza que yo también estuve allí y permanecí a su lado en esa prisión hasta la muerte y entierro de su esposa.

Aquella muerte causó una impresión inmensa en muchos de nosotros, al igual que las enseñanzas de Frank, en las que alababa los actos que ofendían la naturaleza y las costumbres humanas. Fue entonces cuando me distancié de él y me convertí en su enemigo. Tras abandonar Częstochowa, volví a Varsovia, donde viví con mi esposa e hijo. Esa esposa mía lleva cuatro años en Brünn en la corte de Frank, y desde hace poco vive acompañada de un...

La mano de Goliński se detiene en la palabra «Gefährt».

–¿También sabéis esto? –pregunta.

El otro no contesta, así que al cabo de un momento Goliński sigue escribiendo:

... estuvo con Frank y su hija en Viena, ahora ya está de vuelta en Brünn, se reunió conmigo y sintiéndose de nuevo atraída por mí de manera natural, me desveló que el Santo Señor, como llaman a Frank sus fieles, ya en Częstochowa ordenó que a mí y a otros refractarios nos asesinaran mientras dormíamos.

–¡Pero si no es verdad! No sucedió nada de eso –dice Goliński, atónito, pero sigue escribiendo:

Se enteró de ello, pues gozaba de total confianza, ya que es hija de uno de los más fieles partidarios de Frank. Por eso me advirtió de que me alejara sin demora para ponerme a salvo. Por ese motivo presenté

una queja ante las autoridades de la Corona e incluso se abrió una investigación, no sin antes consignar mi testimonio en el informe que se puede consultar en Varsovia.

Cuando en Polonia estallaron los disturbios, Frank encontró la oportunidad de abandonar su cautiverio con la ayuda de las tropas rusas. A continuación se trasladó a Brünn, desde donde propaga impunemente su fe demoníaca.

Sus cocheros, palafreneros, criados, postillones, húsares, lanceros, en una palabra, todo su séquito, se compone únicamente de judíos conversos. Cada catorce días llegan hasta su corte maridos, esposas, hijos e hijas de Polonia, Moravia, e incluso de Hamburgo, trayéndole generosos regalos y caballos. Ellos también son conversos de la misma secta, la cual, como se ve, se extiende por todo el mundo. Le besan los pies, se quedan varios días y se marchan, otros vienen a ocupar su lugar, y esa especie de sabandijas se multiplica de día en día.

Soy consciente de que mis palabras no constituyen una prueba, pero estoy dispuesto a permanecer en la cárcel hasta que la investigación de Su Majestad Imperial confirme estas cosas inauditas que no ha conocido el mundo desde sus comienzos, y mi delación...

Goliński reflexiona un momento sobre esa palabra y acaba escribiendo:

... se demuestre en todos sus puntos.

Me dirijo, pues, a Vuestra Majestad Imperial, Real y Apostólica, con la más humilde petición escrita de rodillas, para que, habida cuenta de la importancia de este asunto, se me someta aquí en Viena a un careo con Jacob Frank que acabará poniendo de manifiesto todos sus crímenes, y a mí me ayudará a recuperar los mil ducados que me arrebató. Y con esto, por los errores cometidos en el pasado, que ansío enmendar con esta confesión sincera, imploro vuestro perdón.

De Vuestra Majestad Imperial, Real y Apostólica, el más humilde de sus servidores, Jakub Goliński.

El hombre que le ha dictado esa carta la coge y le echa arena por encima. La arena seca las palabras de Goliński y les otorga la categoría de documento oficial.

EL CAFÉ CON LECHE Y LOS EFECTOS DE SU INGESTA

A Jacob probablemente le sentó mal la nueva moda de beber mezclados dos elementos de la naturaleza: el café y la leche. El primer síntoma fue un ligero ardor de estómago, pero al cabo de poco tiempo la digestión pareció detenerse por completo y lo embargó una

debilidad solo comparable a la que lo aquejó en Częstochowa cuando le dieron hostias envenenadas. Por añadidura, los acreedores no paran de llamar a su puerta y él no tiene con qué pagarles, pues se han dilapidado grandes cantidades de dinero en Viena y en las embajadas. A la espera de que Kapliński, Pawłowski y Wołowski lleguen con dinero desde Varsovia, de momento ha ordenado limitar todo exceso de comida y enviar de vuelta a casa a parte de los invitados: su manutención suponía una tremenda carga para la corte. Está tan débil y exhausto que ya ni siquiera puede permanecer sentado, dicta cartas destinadas a la machna de Varsovia, su comunidad más querida. Los exhorta a que permanezcan fuertes como un árbol que, a pesar de que el viento zarandee sus ramas, permanece siempre en su sitio. Deben fortalecer su corazón y seguir siendo valientes. Termina la carta con las palabras: «A nada temáis.»

La carta lo agota tanto que esa misma tarde se sume en un sueño pesado y profundo.

La crisis dura varios días, durante los cuales el Señor yace aletargado y solo sus cuidadores se alternan para humedecerle los labios con una esponja y cambiarle las sábanas. Las cortinas están echadas, se han anulado las comidas en común, solo se sirve lo más sencillo: pan y sémola aliñada con un poco de grasa. A la primera planta, donde se encuentran los aposentos del Señor, no sube nadie. El horario de las guardias lo establece Zwierzchowska, quien, alta, flaca y ligeramente encorvada, recorre los pasillos haciendo tintinear las llaves que lleva atadas a la cadera. Es ella quien, una mañana, aún medio dormida, mientras se dispone a abrir la cocina, encuentra al Señor vestido solo con una camisa, descalzo, plantado en la puerta, manteniendo a duras penas el equilibrio. Vaya, las guardianas se han dormido y él ha sanado. Zwierzchowska pone en pie a toda la corte y empieza a cocer un caldo que él no quiere ni tocar. A partir de entonces Jacob se alimenta de huevos horneados, no come pan ni carne, solo esos huevos y, cosa extraña, no tarda en recuperarse. Vuelve a dar sus solitarios paseos más allá de la ciudad. Zwierzchowska, discretamente, envía a alguien de la corte para que no lo pierda de vista.

Un mes más tarde, ya del todo recuperado, se dispone solemnemente a viajar a Prossnitz a casa de los Dobruška, adonde acuden una vez al año, circunstancia que conocen tan solo los iniciados, los verdaderos creyentes de toda Europa. Los Dobruška fingen que se trata de un aniversario familiar, solo que no queda claro de qué aniversario se trata. Al igual que en la boda de Isaac Shor, ahora Henryk Wołowski, de hace veintisiete años, están todos presentes. Jacob Frank llega en una rica carroza rodeada por sus propios húsares. Uno de ellos está levemente herido. Los atacaron los

judíos de las afueras de Brünn, pero iban pobremente armados. Szymanowski, que siempre lleva el arma cargada, hizo varios disparos y los puso en fuga.

Todo esto lo contempla Yenta y le llama la atención cierta semejanza. En el tiempo se producen momentos muy parecidos. Los hilos del tiempo tienen nudos grandes y pequeños, de vez en cuando hay una simetría, de vez en cuando algo se repite, como si todo estuviese regido por estribillos y temas que se perciben con cierto malestar. Semejante orden suele ser problemático para la mente; no se sabe qué hacer con él. El caos siempre ha resultado más familiar y tranquilizador, igual que el desorden en el cajón propio. Y ahora, aquí en Prossnitz, sucede lo mismo que en Rohatyn veintisiete años atrás, el memorable día en que Yenta no murió del todo.

Allí rodaban los carros por el barro y sobre ellos iba gente con capotes húmedos. En las estancias de techo bajo ardían lámparas de aceite, las espesas barbas de los hombres y las anchas faldas de las mujeres desprendían olor a omnipresente humo, leña mojada y cebolla frita. Ahora recorren los caminos de Moravia acolchados carruajes sobre ballestas. Se acercan a la gran casa de los Dobruška personas limpias y bien alimentadas, decentemente vestidas, amables y concentradas. Se saludan en el patio y salta a la vista que para ellas el mundo es un lugar acogedor. Se muestran amistosas y amables, señal de que se reúne una gran familia. Y, en efecto, así es. Dos posadas cercanas les alquilan habitaciones. Los habitantes de la pequeña ciudad observan con interés a esos recién llegados que hablan un alemán cantarín, pero dicho interés no dura mucho. A lo mejor los Dobruška celebran sus bodas de oro. Todo el mundo sabe que él es judío, hay muchos judíos por aquí. Llevan una vida honrada y trabajan duramente. Difieren en algo de esos otros judíos, pero ya nadie se interesa en qué.

En los tres días que durará el debate, las mujeres permanecerán estrictamente separadas de los hombres y se dedicarán a hablar de quién, cuándo, con quién, cómo, por qué y dónde. Esas conversaciones resultarán más provechosas que el debate en torno a la doctrina. Surgirán ideas de nuevos matrimonios, se elegirán nombres de moda para los hijos aún no nacidos y se hablará de los mejores lugares para tratar el reumatismo, se pondrá en contacto a los que buscan una buena ocupación con los que necesitan trabajadores. Por la mañana leen textos sagrados y debaten. Por la tarde asisten a sesiones de música: Sheindel y sus hijas tienen mucho talento y no menos partituras. Mientras las muchachas tocan, las mujeres mayores, incluida Sheindel, se sirven una copa de licor de guinda y es entonces cuando da comienzo el debate, que no tiene nada que envidiar al de

los hombres al otro lado de la pared.

Una de las hijas de Dobruška, Blumełe, la de más talento, mientras se acompaña al piano, canta un antiguo himno de los verdaderos creyentes traducido al alemán:

En una arqueta de hierro, en un globo de aire, la nave de mi alma se hace a la mar.

Ni el corazón de Babilonia ni ningún muro humano la puede encerrar. Nada le importa la reputación de la gente,

ni la opinión de los invitados al festín,

las atenciones, la cortesía o el trato deferente. Mi alma escapa de cualquier fortín,

a los guardianes de vuestro orden evita, las palabras bien dispuestas esquiva

y aun lo que las palabras no pueden abarcar.

Ella no sabe de gozos ni de temores nocturnos, y, cual pariente pobre, vuestra beldad

la abandona en el bosque o en el páramo infecundo. Dios, Tú que estás siempre en la bóveda celeste,

dame Tu palabra, que por ella lucharé y solo así Tu verdad alcanzaré.

Su voz pura se eleva con tanta nitidez que algunos de los hombres, los que escuchan el debate más cerca de la puerta, se retiran discretamente y se trasladan de puntillas a la sala de las mujeres.

Thomas ha llegado especialmente de Viena para asistir a esa gran reunión. Como es natural, primero se dirige a las mujeres: antes de verse sumergido en conversaciones serias, desea conversar de forma más distendida. Ha traído de Viena un nuevo juego de mesa: consiste en enseñar con gestos el contenido de una frase y que el resto lo adivine. Gestos y muecas constituyen el lenguaje más democrático, ya no supondrá ninguna molestia ese acento tan raro con que aquí se habla. Promete que jugarán una partida a última hora de la tarde, cuando llegue el momento de la diversión. Les deja los Cantos de Ossian, traducidos por su amigo. Así que la tarde la pasan las mujeres leyendo. Ewa no entiende el éxtasis que acompaña la lectura ni la emoción que se transforma en las lágrimas de las señoritas.

Entre los hombres, Thomas habla de ideas masónicas. El tema suscita desde hace tiempo la curiosidad de los hermanos mayores de las provincias, y puesto que el hijo de Sheindel pertenece a una logia, les da una especie de pequeña clase magistral, tras la cual da

comienzo una discusión. Un fragmento quedará grabado en la memoria de los hermanos. Thomas relata que en este mundo dividido y construido de facciones que se combaten mutuamente y que se llaman religiones, la masonería es el único lugar donde pueden reunirse y actuar las personas libres de prejuicios, de corazón puro y mente abierta.

–Enseñadme en qué otro lugar un judío puede hablar, debatir y actuar junto con un cristiano, fuera del ojo vigilante de las iglesias y sinagogas, de los sistemas de poder, de las jerarquías que dividen a los seres humanos en mejores y peores –exclama por encima de sus cabezas; se le ha aflojado la golilla de seda blanca y su larga y ondulada cabellera, antes impecable, está ahora despeinada. Presa de la inspiración, Thomas prosigue–: Esos dos sistemas hostiles siempre se combaten, siempre desconfían el uno del otro, acusándose mutuamente de actos impuros e ideas erróneas. Participamos de esa contienda desde el nacimiento, unos nacen como unos, otros como otros, sin que a nadie le importe cómo nos gustaría vivir...

En las filas de atrás se oyen protestas. Se desata una vehemente discusión y no permiten que Thomas acabe. Si no fuera porque es el anfitrión, y porque la reunión se celebra por la tarde y es de carácter menos oficial, lo habrían abucheado. En todo caso, está claro que el hijo de Zalman se deja llevar por la exaltación.

Jacob toma la palabra el último, habla con aplomo y brillantez. No tiene nada que ver con los aburridos y viejos oradores que le han precedido (con excepción de Thomas) y que han declinado el apellido Eibeschütz de todas las maneras posibles. En el discurso de Jacob no hay mención alguna a este último ni a la Doncella; sobre ese punto le advirtió muy especialmente su joven primo y Jacob ha seguido su consejo. Afirma que la transición a la «religión de Edom» se ha convertido ya en una necesidad. No queda otra opción. Hay que buscar un lugar independiente en la medida de lo posible, donde puedan vivir según sus propias leyes, pero de manera pacífica.

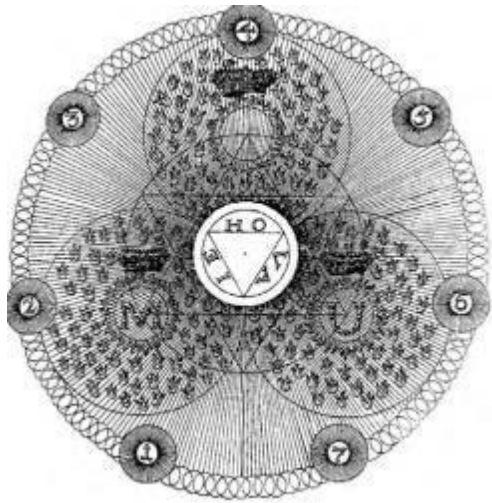
Cuando en un rincón se oyen murmullos de indignación, Jacob se vuelve hacia allí y dice:

–Vosotros sabéis quién soy yo y cómo he llegado a ser quien soy. A mi abuelo, Moisés Meir Kamenker, lo sorprendieron, un año antes de mi nacimiento, mientras pasaba de contrabando libros de verdaderos creyentes de Polonia a Hamburgo. Lo metieron en la cárcel. Sé lo que digo y no me equivoco. No puedo equivocarme.

–Y eso ¿por qué? ¿Por qué no te puedes equivocar, Jacob? –pregunta alguien en la sala.

–Porque llevo a Dios dentro de mí –contesta Jacob Frank con una hermosa sonrisa que deja al descubierto unos dientes que continúan siendo blancos y sanos.

Se produce un alboroto, alguien silba y es necesario mandar callar a todos.



Hasta altas horas de la noche, las mujeres y los jóvenes juegan al nuevo juego de Dobruška. Los estallidos de risa llegan a través de las ventanas abiertas. La indiscutible ganadora resulta ser Fanny, la joven esposa del rabino de Altona, el que más protestaba en contra de Thomas.

LA HERNIA Y LAS PALABRAS DEL SEÑOR

El palacio de Brünn ya no está tan concurrido como antes, aunque siguen acudiendo verdaderos creyentes de Rutenia, Podolia y Varsovia. Son los huéspedes más pobres, pero también hay que recibirlos. Sucios tras un largo viaje, algunos parecen salvajes, como esa mujer que no se quería dejar cortar la plica polaca, pues temía que, junto con ella, perdería la vida. El Señor ordenó que se la cortaran mientras dormía y, más tarde, después de decir unas plegarias sobre la cortada plica, la quemó con solemnidad. Los recién llegados se instalan por toda la casa y encima de la cocina del patio, donde se han habilitado unas habitaciones para peregrinos, aunque tampoco son suficientes. Así que alquilan alojamientos por toda la zona. En cualquier caso, acuden al Señor a diario. A este le basta echar un vistazo para saber de qué gente se trata, y, dependiendo de su valoración, a unos les cuenta anécdotas y cuentos de hadas y a otros les explica difíciles y complejas sentencias extraídas de libros doctos.

Para la Janucá, el Señor en persona encendió las velas, pero prohibió rezar en judío. En Yom Kippur ordenó cantar y bailar, como

solían hacer en Iwanie, e incluso antes.

El Señor invita a pasar la noche con él a Wittel Matuszewska; acaba de llegar de Varsovia, donde estaba en casa de sus hijos. Jacob celebra su llegada, manda que lo afeiten, que le corten el pelo, él mismo se corta las uñas de los pies. Wittel se acerca a él corriendo desde la puerta y se arrodilla haciendo una reverencia, pero él la levanta y la abraza, y Wittel se pone roja como una peonía. Igual de calurosamente, Jacob saluda a su marido Mateusz.

Cuando Ewa Zwierzchowska enfermó, Wittel asumió sus obligaciones, y ahora empieza a gobernar con mano de hierro. A los hombres jóvenes y perezosos, solo interesados por la instrucción militar, les manda trabajar en el jardín, arrancar las malas hierbas que se abren paso en los resquicios entre las piedras del patio y limpiar a diario el estiércol de los caballos que sobrevuelan nubes de moscas. Acuerda con el aguador que traiga más agua y organiza el encurtido de pepinos en grandes barriles. Solo a Wittel el Señor le consiente que le hable con cierto tono de reproche. Incluso puede enfadarse con él, como, por ejemplo, cuando le reprocha –ya se le han quejado las mujeresque siempre decide las relaciones íntimas según la conveniencia de los maridos y no de las esposas.

–¿Y tú cómo lo harías? –pregunta Jacob–. A mí me lo indica Dios.

–Debes fijarte con atención quién siente simpatía por quién, quién se gusta y quién no. Si formas una pareja que se odia, solo provocarás vergüenza y sufrimiento.

–No se trata de que se relacionen por placer –le explica el Señor–, sino que tienen que doblegarse y descubrirse el uno al otro. Se trata de que formen un todo.

–Resulta más fácil al marido que a la mujer eso de «doblegarse», como tú lo llamas. Mientras que las mujeres se sienten fatal después.

La mira con atención, sorprendido por sus palabras.

–Que las mujeres tengan derecho a decir «no» –dice Wittel.

Jacob responde:

–No lo digas en voz alta, porque entonces sus maridos les ordenarán decir «no».

Tras un momento Wittel vuelve a hablar:

–No son tan estúpidas. Las mujeres de buena gana se relacionan con otros hombres... Muchas solo esperan permiso; y si no lo obtienen, acabarán haciéndolo de todos modos. Siempre ha sido así y así será.

Durante la vuelta de Prossnitz a Brünn, Jacob vuelve a caer enfermo. Wittel Matuszewska afirma que sus dolencias se deben a la desmesura a la hora de comer hermelines, los quesos del lugar que, una vez calentados, el Señor se digna consumir en grandes cantidades.

No hay estómago capaz de digerirlos, se enfada. Sin embargo, esta vez es la dolorosa hernia la que vuelve. En la parte baja del vientre, casi tocando la ingle, aparece un abultamiento que sale de la barriga. Ya le pasó en Iwanie. Wittel y las que atienden al Señor de día y de noche cuentan emocionadas que el Señor tiene dos miembros. En la cocina se dice que el segundo aparece cuando algo importante ha de suceder. Las mujeres sueltan risitas y sus mejillas se sonrojan.

La hernia, para la que al parecer no hay tratamiento –quizá esa enfermedad sea una clara bendición–, el Señor la combate por su cuenta. En su bosque favorito a las afueras de Brünn hay un robledal, allí el Señor elige un árbol joven y lo hace cortar longitudinalmente, después prende un fuego e introduce en la hendidura tanto el pedernal como la yesca humeante. A continuación, pone alrededor unas pequeñas ramas y ordena que todo el mundo se aleje. Lo hace varias veces y la hernia desaparece. Por esa misma época, ha mandado a buscar a Ewa a Viena y convocado a un artista especializado en retratos en

miniatura. Le encargó tres. Ewa posó descontenta por haber sido alejada de la corte, donde en cualquier momento podía convocarla el emperador. Las miniaturas fueron

enviadas a los hermanos de Hamburgo y de Altona junto con una petición de apoyo económico para la corte y para la Doncella en persona, quien se encuentra en la residencia del emperador, circunstancia que es resaltada muchas veces.

En las clases magistrales vespertinas, que a menudo se prolongan hasta muy entrada la noche, Jacob cuenta primero leyendas y parábolas, y a continuación da comienzo a la parte más seria. Los oyentes se sientan sobre cualquier cosa: los mayores en sillones, divanes y bancos traídos para este propósito desde el comedor, mientras que los jóvenes lo hacen sobre cojines turcos que cubren el suelo casi por completo. Los que no escuchan peregrinan mentalmente por sus propios asuntos, y de su ensimismamiento solo los saca de vez en cuando alguna pregunta no muy sabia o un repentino estallido de risa.

–Daremos tres pasos, recordad –empieza el Señor.

Tres pasos: el primero es el bautismo, el segundo la entrada a la Dáat, y el tercero, al reino de Edom.

Últimamente el Señor se deleita hablando de la Dáat, que en hebreo significa «conocimiento», el mayor de todos, el mismo que posee Dios. Sin embargo, también puede ser accesible al hombre. También se trata de la Sefirá 11, que forma parte del árbol de las Sefirot y que aún no lo ha conocido hombre alguno. Todo aquel que acompaña a Jacob va directamente hacia la Dáat, y cuando allí llegue, todo quedará anulado, incluso la muerte. Será una liberación.

Durante la clase, Jędrzej Dembowski distribuye hojas impresas con la imagen del árbol de las Sefirot. Se le ha ocurrido hace poco y se congratula de que también a ellos han llegado los métodos modernos e ilustrados de enseñanza. De esta manera, los oyentes pueden ver fácilmente qué lugar ocupa la salvación en el plan general de la creación.

DE LA ATRACCIÓN POR LOS MISTERIOSOS EXPERIMENTOS SOBRE LA MATERIA

Thomas von Schönfeld, quien a la muerte de su padre y junto con sus hermanos invirtió dinero en el comercio marítimo, recoge ahora los primeros beneficios. Varias veces al año viaja a Ámsterdam y a Hamburgo, y también visita Leipzig, de donde regresa con buenos contratos. Sus hermanos fundaron en Viena un pequeño banco y prestan dinero a interés. Asimismo, a petición del emperador, Thomas lleva a cabo algunas investigaciones no del todo claras respecto a

Turquía en las que, con placer y lealtad, se sirve de los amplios contactos de su tío, Jacob Frank.

Jacob a menudo lo convoca con cartas; a través de él pide prestado dinero a los bancos de Viena. Thomas traslada letras de cambio. Insta a Jacob a invertir el dinero que llega de Polonia a interés, a hacerlo con inteligencia en lugar de guardarlo en barriles en el sótano, como les gustaría a Czerniawska y a su marido, quienes ahora son los tesoreros de la corte. Sin embargo, lo más importante durante ese excepcional idilio entre tío y sobrino son las extrañas visitas de los «hermanos» –como los llama Thomas–: Efraim Josef Hirschfeld y Nathan Arnstein, ricos industriales de Viena; Bernard Eskeles, un banquero al que no le interesa el dinero, o cierto impresor, conde y padrino de Thomas von Schönfeld. Ese conde es quien dentro de poco solicitará el título de nobleza para su ahijado.

De momento, Thomas usa el «von» de forma ilícita, sobre todo cuando viaja a Alemania o a Francia. Al mismo tiempo –también por su intercesión– se ha puesto en marcha ya la correspondencia respecto al título de barón que solicita Jacob Frank. Aquí en Brünn, Jacob usa el apellido Dobrucki, cosa más que justificada, pues está emparentado con los Dobruška de Prossnitz. Así que firma como conde Józef Dobrucki. Jacob es un nombre ceremonial, un manto púrpura que se usa en ocasiones especiales.

Mucho antes de la muerte de María Teresa en 1780, en el escritorio de su hijo aparece la petición del ennoblecimiento austríaco de Jacob Frank, pues ya posee el polaco, escrita con el estilo jurídico, bello e inspirador de confianza de Thomas von Schönfeld. El segundo escrito, adjuntado por un secretario escrupuloso y leal, es una delación formulada a la manera característica en que se escriben las delaciones: impersonal, con una convicción imperturbable, y al mismo tiempo como en un susurro:

... hay que ser consciente de que existió en el pasado y de que existe de manera inevitable hasta hoy un conocimiento inaccesible al común de los mortales, dedicado a asuntos que a primera vista parecen naturales, pero que sin embargo se entienden como sobrenaturales, así como una tradición que consiste en contemplar aquello que sucede en nuestro planeta con la ayuda de la fe en los ciclos. Dicha tradición se ocupa sin miedo de aquello que nosotros, los católicos temerosos de Dios, nunca nos atreveríamos a hacer: reflexionar en torno a la cuestión del Ser Divino. Se dice que tales conocimientos están contenidos en el libro de sabiduría caldea llamado el Zohar. Ese conocimiento se expresa de manera vaga y voluntariamente alegórica para que aquellos que no conocen las

técnicas numéricas y los símbolos hebreos sean incapaces de entenderlo. Además, esto atañe también a los judíos: solo unos pocos de ellos son capaces de comprender lo que allí está escrito. Al grupo de los que sí saben pertenece entre otros el súbdito de Su Majestad, ese Frank que vive en Brünn. A esta clase de personas tal conocimiento les basta para llevar a cabo misteriosos experimentos sobre la materia y asombrar con ellos a los legos. Se trata de pura charlatanería, mas crea una atmósfera singular en torno a estas personas y construye suposiciones falsas en torno a ellas. Sin embargo, se dice que tras la destrucción del Segundo Templo, los restos que quedaban de ese conocimiento se dispersaron por todo el mundo de Oriente, sobre todo por los países árabes. Los árabes, a su vez, se lo transmitieron a los templarios...

Llegado a este punto, el emperador exhala un profundo suspiro, y se habría detenido de no ser porque al final de la carta se topa con un apellido que le resulta familiar. De manera que prosigue:

... quienes volvieron a traerlo a Europa dando pie al surgimiento de numerosas herejías. Ese mismo conocimiento, o sus fragmentos, se ha convertido en la piedra angular en la que creen y de la que se ocupan los masones, aunque no todos, sino aquellos entre los que destaca Thomas von Schönfeld, o sea, Moshe Dobruška...

–Señora, ¿sabe su padre fabricar oro? –pregunta el emperador a Ewa, cuando esta, varios días después, aparece en su dormitorio de Schönbrunn. La llama «meine Vogel», o sea, «mi pajarito».

–Por supuesto –responde Ewa–. Bajo nuestra casa en Brünn tenemos pasadizos que conducen a minas secretas de oro que llegan hasta Silesia.

–Lo pregunto en serio –dice el emperador, frunciendo el ceño, y en su inmaculada frente aparece una arruga vertical–. Me han dicho que es posible.

Tras el preestreno vienés de la ópera Las bodas de Fígaro de un tal Mozart, que el emperador ha querido ver antes de su estreno en Francia, a Ewa se le acerca un hombre elegante, alto y apuesto, aunque ya entrado en años, con impecable peluca blanca y un atuendo tan exquisito y distinto a los que se lleva en Viena que no cabe duda de que ha venido directamente desde París.

–Sé quién es usted, señora –dice en francés, mirándola de soslayo.

Ewa se siente halagada de que la hayan reconocido entre tantas grandes damas y, de ser por ella, habría dado por finalizado el encuentro, pero aquel hombre elegante continúa hablando:

–Usted, señora, es alguien como yo, alguien ajeno a este espectáculo. ¿Estoy en lo cierto?

Ewa se asusta. Le parece un impertinente; desea alejarse e instintivamente busca a su padre entre la multitud.

–Salta a la vista, señora, que su nobleza y su belleza son de una naturaleza mucho más profunda, que emanan de un corazón puro; es usted como una estrella extraviada bajo estos techos banales, como una centella desprendida del cometa más puro... –prosigue el desconocido.

Pese a que ha dejado atrás su juventud, continúa siendo muy apuesto. Su rostro empolvado le resulta a Ewa inescrutable. Con el rabillo del ojo, advierte las miradas curiosas de otras mujeres.

Puesto que el emperador no se interesa por ella esta noche y no ha tardado en desaparecer con su nueva amante, Ewa pasa el tiempo con el desconocido. Es demasiado mayor como para tratarlo como a un hombre, demasiado blando, demasiado hablador, en el fondo no le parece en absoluto viril. Se dirigen a la sala de fumar y su compañero le ofrece un excelente tabaco. Le trae champagne y, cosa curiosa, hablan sobre perros. Ewa se queja de que sus galgos son muy delicados y que le parecen tontos. Echa de menos al perro que tuvo de niña. El hombre muestra un gran conocimiento de las costumbres caninas y de los misterios de su crianza.

–Los perros grandes son enfermizos y viven poco, los galgos son buen ejemplo de ello, pues los cruzan entre sí hasta la total degeneración. Al igual que a las personas –añade el hombre elegante.

A ella le convendría un perrito menudo pero valiente. Un pequeño león. Los crían en el Tíbet, supuestamente son perros sagrados.

No se sabe cuándo ni cómo, pero la conversación deriva hacia la

«obra». El tema fascina a todo el mundo, aunque pocos han profundizado en él; la mayoría solo busca oro. Y sin embargo la alquimia es un camino hacia la sabiduría. Giacomo Casanova explica de forma intrincada a Ewa Frank el significado de las distintas fases de la «obra». Llegan hasta la nigredo.

Ewa aprieta la barriga. Ha alejado a Magda Golińska, que tiene la lengua demasiado suelta. Magda ha regresado a Brünn. Está a punto de casarse con Szymanowski, quien se la birló a Goliński. La única que lo sabe todo es Anusia Pawłowska, pero no hablan del tema. Ayuda a Ewa a vendarse las caderas y la cintura redondeada, y lo hace como si fuera lo más normal del mundo. Es muy delicada pero decidida. Un día a Ewa la vino a ver su padre cuando ya estaba acostada e introdujo su mano firme bajo la colcha. Sus dedos ásperos y huesudos palparon la embarazosa redondez. Ewa se mordió los labios. Su padre se tumbó a su lado y le acarició la cabeza, pero luego sus dedos la agarraron del pelo y tiraron de su cabeza hacia atrás. La miró a los ojos durante mucho rato, pero como si no la estuviera viendo a ella, sino a algo que aún estaba por suceder. Ewa se quedó aterrorizada. Ha ocurrido lo peor, su padre está furioso. A Ewa le da pánico su ira. Jacob no volvió a aparecer y ella permaneció recluida, fingiendo estar enferma.

Finalmente apareció Wittel Matuszewska y dio a beber a Ewa mucha agua salada junto con algo amargo y espantoso. Acudió también al día siguiente y le apretó tanto el vientre que por la noche brotó sangre. El niño era pequeñito, del tamaño de un pepino, largo, flaco y muerto. Matuszewska y Anusia lo envolvieron con unos trapos y se lo llevaron. Por pura casualidad, a su habitación se asomó la francesa que daba clases a Ewa. Fue despedida ese mismo día.

TODAS LAS VARIEDADES DE CENIZA O CÓMO HACER ORO DE MANERA ARTESANAL

Cuando Thomas pronuncia la palabra «alquimia» lo hace como si de su boca asomara una pequeña y redonda hogaza de pan, aún caliente.

Se destina al taller la última habitación al fondo del pasillo, junto a los aposentos de Jacob. Jacob manda traer de Italia un conjunto de instrumentos específicos por mediación del general Balviccini, al que conoció en la corte imperial. Dicho instrumental, compuesto de retortas y quemadores, tubos de vidrio y tarros, se dispone con celo y cuidado sobre mesas y estantes hechos especialmente para este fin, de manera que por Navidad se pueda encender fuego debajo de la retorta con la primera vela de la Janucá. Thomas von Schönfeld, padre ya de

tres hijos, ataviado siempre con peluca blanca y ropa elegante, aparece cada vez que está de visita en el país. Trae cantidades ingentes de regalos para cada uno de los hermanos y hermanas.

Tanto él como Jacob apenas salen del taller y no permiten que allí entre nadie, solo Matuszewski está en el secreto, y también un conocido de Thomas, un tal conde Ecker und Eckhofen, el mismo que tan bellamente bailó con Ewa en la residencia del emperador. Sin embargo, ahora ya es de dominio público que no le interesan las mujeres, lo que no le impide ser versado en la obra. Lamentablemente, llega marzo y aún no se ha logrado obtener ni un solo pedacito de oro o de plata. En innumerables recipientes y tarros tan solo aparecen de vez en cuando líquidos apestosos y todas las variedades posibles de ceniza.

Jacob sueña que la condesa Salm, a quien conoció en la corte imperial y que le profesa una especial simpatía, le aconseja «tomar Moravia» para los dolores en la nuca que lo aquejan últimamente. Con toda seguridad, eso significa que no tardará en llegar ayuda en forma de oro, y será tremendamente necesaria, ya que la corte, pese a las especulaciones de Thomas, está endeudada más allá de toda mesura. O tal vez incluso a causa de ellas. Pues fue él quien instó a Jacob, y sobre todo a los Zwierzchowski y Czerniawski, a invertir en la bolsa de valores. Y si en un principio lograron ganar lo suficiente para saldar las deudas, más tarde la buena racha les dio la espalda. Fue entonces cuando nació la idea de la alquimia. Ahora a Thomas se le ocurre una idea aún más notable: empiezan a embotellar un líquido transparente y aromático de color dorado, que no es otra cosa que un derivado de un ácido débil. Bien diluido, no daña la piel. Según Thomas, una gota disuelta en un vaso de agua cura todas las enfermedades. Lo probó Jacob, quien, aquejado de sangrados de recto, sanó por completo en verano.

Las primeras cajas con frascos del líquido milagroso viajan a la comunidad de los verdaderos creyentes de Prossnitz, y, cuando allí causan sensación, Wołowski las lleva a Varsovia. En verano, en otra de las habitaciones se crea un pequeño taller donde las mujeres pegan a los frascos pequeñas etiquetas decoradas y a continuación los colocan en cajas que se enviarán a Altona.

Lamentablemente, ni siquiera esas «gotas de oro», como las llamaron, son capaces de cubrir todas las deudas.

CÓMO VEN EL MUNDO LOS SUEÑOS DEL SEÑOR

El invierno de 1785/1786 no trae nada bueno. En el palacio de Petersburger Gasse reina el frío, el Señor siempre está enfermo y

malhumorado, y la Señorita casi no sale de sus aposentos. De repente, como de un tajo, se acaban los viajes a Viena. Han vendido una carroza, mientras que la otra, un elegante y pequeño carruaje, sigue guardado en la cochera por si el emperador cambia de opinión y decide convocar a Ewa Frank. Para pagar a los proveedores hubo también que vender el valioso servicio de mesa. El general Balviccini lo compró a precio de ganga. Buena parte del personal ha sido despedida y el palacio ha quedado sumido en el silencio. Tan solo se caldean los dormitorios y se enciende la chimenea de la gran sala. Debido a eso los que quedan en la corte pasan la mayor parte del día precisamente allí.

Por la mañana, antes del desayuno, los fieles acuden a escuchar los sueños del Señor. El Señor comparece solo cuando ya están todos reunidos, y la forma en que aparece vestido es de suma importancia. Las mujeres han observado que el día que lleva una camisa blanca estará furioso y reprenderá a más de uno. Si en cambio se pone una vestimenta roja significa que está de buen humor.

El Señor cuenta su sueño y de él toman nota el joven Czerniawski o Matuszewski. Cuando en Brünn está Jakubowski, también él toma notas. A continuación, es Ewa quien cuenta su sueño y también lo apuntan. Luego esos sueños son largamente debatidos y comentados. Se ha convertido en costumbre el que otros hermanos puedan también relatar sus sueños y comentar así los del Señor y la Señorita. Surgen de ello increíbles coincidencias que se debaten durante todo el día. Como el relatar los sueños se prolonga a veces hasta el mediodía, Zwierzchowska ha instituido un refrigerio.

Un frío penetrante reina por pasillos y escaleras y diminutas uñas de nieve helada arañan los cristales de las ventanas; el viento bate en las chimeneas. Casi se percibe cómo otros mundos acosan la casa de Brünn, donde nadie es realmente quien es, sino alguien distinto y todo lo que parece estable y cierto pierde sus contornos y toda seguridad de su propia existencia.

El Señor se encuentra en la corte del rey de Prusia, Federico, sirviéndole el mejor de los vinos, pero antes de que lo haga, vierte en el vaso un poco de arena que mezcla con el vino. El emperador lo toma con deleite. Después da a beber lo mismo a los príncipes y reyes que también se hallan allí.

Es extraño cómo un sueño así se enseñorea del mundo diurno. Después ya todos tienen ante los ojos la imagen de un gran vaso con arena y vino, e incluso cuando cenan y beben vino, la imagen de la arena regresa, y algunos, sobre todo las mujeres –pues parecen soñar más, o al menos recuerdan más–, dicen que la noche siguiente también bebieron arena o la dieron a beber a otros. De manera que surge una posibilidad de transmutación que a partir de ahora los

acompañará: convertir la arena en vino, convertir el vino en arena.

En un sueño se apareció al Señor el rabino Simeón, el padre de Jakub Szymanowski, para decirle que lo estaba esperando una heredera de Wojsławice. Se le apareció esta cual bella, blanca y joven mujer. El Señor le dijo a Simeón: «Pero si ella es vieja, fea y siempre va vestida de negro.» Simeón le respondió: «No hagas caso, es solo una sombra. Posee grandes riquezas y quiere entregártelas todas.» En ese sueño el Señor era todavía joven y graso. La heredera de Wojsławice lo acariciaba y se descubría los pechos, quería yacer con él, no así el Señor, que la rechazaba.

Al oír ese sueño, todos coinciden en que es una señal que anuncia el fin de los problemas económicos.

En un gran campo el Señor vio a miles de ulanos, verdaderos creyentes todos ellos, y sus hijos, Roch y Józef, estaban al mando. La explicación del Señor: Me iré de Brünn y finalmente ocuparé mi lugar y entonces acudirán a mí muchos señores y judíos para bautizarse.

El Señor vio al conde Wessel –el mismo al que había intentado alquilar su palacio en Pilica– sentado en un pequeño taburete en su carroza. La explicación del Señor: Llegará una ayuda en forma de oro, y la petición del conde será cumplida, pues había pedido que Ewa aceptara a su hija entre sus damas de honor.

El Señor vio a una hermosa doncella sentada en una montaña, rodeada de fresca y frondosa vegetación. Entre sus piernas brotaba un manantial de agua pura, dulce y fría. Una multitud se había reunido a su alrededor para beber de ese manantial. Él también bebió, aunque con discreción, para no llamar la atención de nadie. La explicación de ese sueño se produce por la tarde en el dormitorio de Ewa, quien últimamente está muy abatida. Ese sueño solo puede significar una cosa: que finalmente contraerá matrimonio. Ewa espera una señal del emperador. Pero esta no llega. Desde el entierro de su madre, el emperador no la manda llamar. Seguramente no volverá a hacerlo. Pese a saber que acabaría así, ahora se siente miserable y abandonada. Ha adelgazado. No quiere viajar a Viena, le recuerda demasiadas cosas, aunque su amiga la condesa Wessel intentó explicarle que como antigua amante del emperador ahora podría tener todo y a todos. Solo se desplaza para asistir al entierro de la emperatriz, pero la multitud es tan grande que en ella desaparecen su nuevo vestido y su sombrero, se pierden sus hermosos ojos y su encanto oriental.

42

Tłómaczenie Zagadnień.

ODPOWIEDŹ
NA ZAGADNIENIA.

ZAGADNIENIE X.

Dawid czy z Matką czy z Córką się ożeni?

8	1	21	9	4.	7	17	1	12.	14
1.	1	17	6	9	5.	2	15	7	20.
14	1	3	8	21	1	12	5.	✡	–
25	1	19	10	5.	21	5	24	13	9
5.	3	24	23.	3	20	17	10	5	15
2	9	5.	18	15.	4	15	23	17	24
1	12	5.	–	–	–	–	–	–	–

Zna-
czy.
1-a
2-b
3-c
4-d
5-e
6-f
7-g
8-h
9-i
10-k
11-l
12-ł
13-m
14-n
15-o
16-o
17-r
18-s
19-t
20-u
21-w
22-x
23-y
24-z

E. E. E.

ZAGADNIENIE I.

Ewa czyią będzie Żoną?

9	1	10	4	1	21	14	15.	16	15
18	24	12	1	23	1.	13	15	14	24.
16	15	15	24	12	1.	24	1.	1	4
1	13	1.	✡	15	14	1.	21	18	24
23	15	19	10	9	5	8.	13	1	19
10	15	9.	19	23	2	5	24	4	24
9	5	18	24	18	1	13	1.	–	–

ZAGADNIENIE II.

Elżbieta czy będzie miała Męża?

20	15.	19	17	24	5	3	8.	10	17
15	11	1	3	8.	24	1	17	1	24

La emperatriz fue hermosamente vestida para el ataúd, la espuma de los encajes ahogó su inmenso corpachón. Ewa Frank estaba lo suficientemente cerca para ver las puntas de sus dedos amoratados cruzados sobre el pecho. A partir de entonces, mira los suyos llena de miedo temiendo que sea señal de la muerte. Durante el entierro, se contaban a media voz las circunstancias del deceso de María Teresa. Al parecer la emperatriz se desplomó sobre un sillón y empezó a ahogarse. Una de sus damas de honor dijo en un susurro dramático que el joven emperador, insensible como siempre, le llamo la atención por haber caído mal. «Vuestra Majestad se ha colocado mal», dijo. «Lo suficientemente bien para morir», al parecer le respondió la emperatriz y murió de veras.

Ewa se promete a sí misma que también morirá dignamente. «Joven sería lo mejor», dice, cosa que irrita a su padre. Jacob afirma que ahora que José se ha convertido en el único soberano, finalmente podrá hacer lo que quiera, y cree que desposará a Ewa.

Le ordena preparar los vestidos, porque no tardará en regresar a la corte. Pero Ewa sabe que ya no lo hará. Teme decírselo a su padre, por eso, por las noches, junto con Anusia Pawłowska, mientras reparan los

encajes descosidos, leen el futuro en la cábala traída de Polonia por Anusia.

43

ODPOWIEDŹ
NA ZAGADNIENIA.

Tłomaczenie Zagadnień.									
	21	24	9	15	10	2	23	9	15.	7
	1	17	2	1	19	23	✲	16	20	12
	10	15	16	23	13	1.	4	24	9	5
	3	9.	16	9	5	14	9	15	14	4
Znaczy	24	5.	9.	18	24	1	19	23.	–	–

ZAGADNIENIE III.
Eufrozyna wiele będzie miała mężów?

1–z	18	17	24	5	3	8.	24	5	4	17
2–b	24	5.	5	24	21	1	17	19	23.	9
3–c	15.	24	1	7	17	23	24	9	5.	✲
4–d	24	1	21	18	24	5.	7	4	23	17
5–e	1	3.	2	5	14	4	24	9	5.	24
6–f	4	15	13	20.	14	9	5.	21	23	11
7–g	9	24	9	5.	–	–	–	–	–	–
8–h										
9–i										
10–k										
11–l										
12–ł										
13–m										
14–n										
15–o										
16–p										
17–r										
18–s										
19–t										
20–u										
21–w										
22–x										
23–y										
24–z										

ZAGADNIENIE IV.
Eleonora czy prędko będzie Mężatką?

	16	15	23	4	24	9	5.	24	1.	13
	15	14	24.	21	19	23	13.	17	15	10
	20.	5	11	5	15	14	15	17	1.	✲
	16	15	18.	24	12	1	2	23.	9	16
	17	5	14	4	24	5	23.	19	23	11

Desde hace un tiempo, Ewa se muerde las pieles de las uñas. A veces tiene los dedos tan heridos que solo los guantes son capaces de ocultarlo.

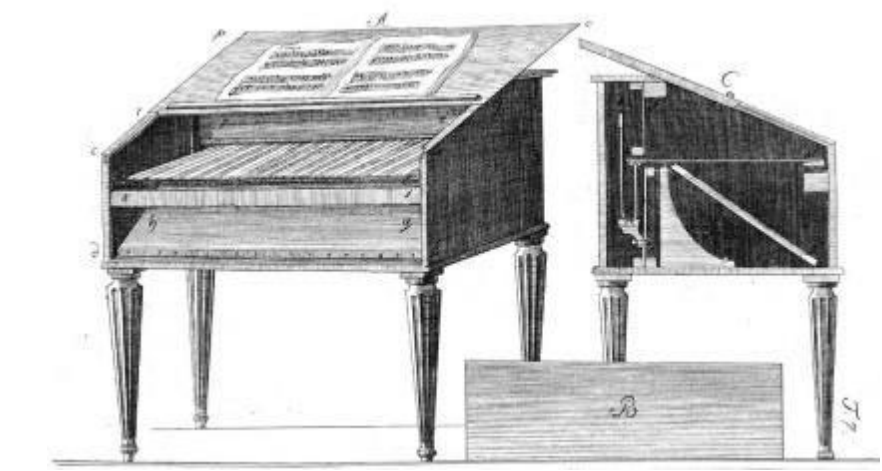
DEL GALANTEO DE FRANCISZEK WOŁOWSKI

Franciszek Wołowski, el primogénito de Shlomo, o sea, de Łukasz Franciszek Wołowski, es un hombre tranquilo, alto y apuesto, un año mayor que Ewa; habla despacio, con ponderación. Estudió en escuelas polacas y soñó con la universidad, pero no lo logró. En vista de ello, ha leído muchísimo por su cuenta y entiende de muchas cosas. Habla hebreo, judío, polaco y alemán. Cada uno de esos idiomas, a su propia manera, debido a un leve defecto de pronunciación. No quiere quedarse en Varsovia con su padre ni dedicarse a la fabricación de cerveza. A fin de cuentas, tiene un título nobiliario. Le gustaría hacer grandes e importantes cosas, aunque todavía no sabe cuáles

exactamente. Cuando se presenta en Brünn, ya está en la edad de casarse. Dado que es hijo de uno de los hermanos más antiguos y destacados, goza de ciertos privilegios. Le asignan una habitación doble que comparte con un primo paterno. Este último, varios años más joven, ha terminado las Escuelas Pías, cosa que Franciszek le envidia sobremanera.

El padre de Franciszek, Shlomo Wołowski, ya había escrito a Jacob Frank respecto al matrimonio de su hijo; puede que no se lo expusiera de forma directa, pero su carta era más que cálida y no estaba desprovista de recuerdos, de evocaciones de la memoria de Elisha Shor ni de declaraciones de amor fraternal, lo que permitía apuntar a que los Wołowski contaban con algo que cimentara las relaciones entre la machna de Varsovia y la corte de Brünn. Esa idea entraña algo obvio desde hace tiempo, muchas veces se mencionó un enlace así ya en Iwanie, cuando los niños eran pequeños. ¿Qué tiene de extraño que Franciszek venga a Brünn para pedir la mano de Ewa?

Franciszek espera tranquilamente a que, al caer la tarde, lo inviten a los salones. Finalmente, aseado y bien vestido, saluda con cordialidad al Señor y a Ewa, y después, tras una conversación bastante difícil (nunca fue versado en el arte de conversar), le permiten incluso pasar las páginas de la partitura que Ewa ejecuta en el flamante instrumento recién adquirido. Al cabo de poco, tal como deseaban sus padres, Franciszek está enamorado, aunque se puede afirmar que Ewa ni tan siquiera ha reparado en la presencia de ese pasador de páginas.



–¿No te molesta que haya copulado en Viena? –le pregunta su primo cuando ya están acostados tras un día agotador de instrucción militar. Franciszek no sirve para hacer de húsar.

–Copuló con el emperador. Además, de un emperador no se dice

que «copula», un emperador galantea, tiene aventuras amorosas... –responde sensatamente Franciszek.

–¿Y te gustaría tenerla por esposa?

–¡Cómo no! Me está destinada, ya que mi padre es el verdadero creyente más próximo al Señor y el mayor de los hermanos.

–También lo es el mío, quién sabe si no es el más próximo. Estuvo con él en Częstochowa y luego huyó saltando la muralla cuando murió la Señora.

–¿Y por qué huía?

–Es lo que dijo, que saltó de la muralla de puro espanto.

El joven Franciszek Wołowski le responde con calma, como suele:

–Nuestros padres creían en que, al estar junto al Señor, no los atañía la muerte. Hoy resulta difícil comprenderlo.

–¿Creían ser inmortales? –La voz del primo se transforma en un falsete lleno de incredulidad.

–¿Qué te extraña tanto? Tú también crees en ello.

–Pues sí, pero no en la Tierra. En el Reino de los Cielos.

–Es decir, ¿dónde?

–No lo sé. Después de la muerte. Y tú, ¿qué opinas?

DE SAMUEL ASCHERBACH, EL HIJO DE GITLA Y ASHER

Yenta, que está en todas partes, contempla ahora a Samuel, el hijo de Gitla y Asher, o sea, de Gertrudis y Rudolf Ascherbach, propietarios de una óptica en Alte Schmiedegasse en Viena. Ese joven flaco y de rostro cubierto de granos, estudiante de Derecho, está de pie con unos compañeros mirando un rico carruaje abierto que pasa a su lado. En el carruaje va un hombre con gorro alto y, a su lado, una hermosa joven. La mujer tiene tez aceitunada y enormes ojos oscuros. Todo su atavío es de color verdeceledón claro e incluso las plumas de su sombrero son del mismo tono: parece irradiar una luz procedente de las profundidades marinas. Menuda, pero perfectamente proporcionada, tiene la cintura delgada, pero todo lo demás son curvas. Cubre su gran escote con un pañuelo de encaje de un blanco inmaculado. El carruaje se detiene y unos sirvientes ayudan a apearse a la pareja.

Los muchachos la miran con curiosidad, y, por los susurros llenos de emoción de los transeúntes, Samuel se entera de que se trata de un profeta polaco que viaja con su hija. Desaparecen en una cara confitería. Y se acabó. Los muchachos vuelven a sus asuntos.

A veces Samuel se muestra soez, pero a esa edad resulta perdonable.

–Con gusto empalaría yo a esa hermosa señorita polaca –dice.

Sus compañeros se carcajean.

–No se hizo la miel para la boca del asno, Ascherbach. Es una gran

dama.

–Precisamente es a las grandes damas a quienes más me gustaría empalar.

La beldad verdeceledón ha causado en Samuel una inmensa impresión. Por la noche, mientras se entrega al pecado de Onán, no se imagina sino a ella. Sus pechos firmes y turgentes saltan del escote y, entre la espuma de sus enaguas, Samuel halla un punto caliente y húmedo que lo engulle e inunda de gozo.

28

ASHER EN UN CAFÉ VIENÉS O WAS IST AUFKLÄRUNG? 1784

Té de China, café de Turquía, chocolate de América... Aquí tienen de todo. Junto a las apretadas mesas hay bonitas sillas de madera curvada, graciosas, de una sola pata. Asher y Gitla-Gertrudis frecuentan este sitio; cuando vienen aquí, piden café y uno de esos pasteles dulces que se comen con cucharita pequeña, despacio, saboreando cada bocado. El chocolate estalla en la boca con un deleite tal que la vista de la calle se desdibuja. El café, en cambio, restituye la agudeza visual. Concluyen en silencio esa pugna que desencadenan los elementos en el paladar humano y se quedan sentados observando la abigarrada multitud que va y viene ante la catedral de San Esteban.

Dispuestos sobre el estante junto a la entrada hay periódicos; se trata de una nueva moda al parecer llegada directamente desde Alemania o Inglaterra. Uno coge un periódico y se sienta a una mesa, a poder ser la más próxima a la ventana, allí donde hay más luz; en caso contrario, hay que leer a la luz de las velas, lo que cansa la vista. En las paredes han colgado muchas pinturas, pero resulta difícil distinguir algo en la penumbra, incluso de día. Los clientes a menudo se aproximan con un candelabro para admirar los paisajes y retratos a la incierta luz de las velas.

Se suma a todo esto el placer de la lectura. Ávido de letra impresa, en un principio solía leer los periódicos de cabo a rabo; ahora ya sabe dónde va a encontrar algo interesante. Lamenta no saber bien francés, tendrá que remediarlo, pues también traen revistas de Francia. Está a punto de cumplir los sesenta, pero mantiene la mente ágil y despierta.

«Existe un número infinito de puntos de vista a través de los cuales puede ser representado tanto el mundo material como el mundo de las ideas, y el número de posibles sistemas de transmisión del conocimiento humano es igual de grande que el de los mencionados puntos de vista», se lee en una traducción al alemán. Las palabras pertenecen a un tal Diderot. Hace poco Asher contempló con admiración su Encyclopédie.

Asher Rubin acertó al escoger destino. Cuando, una vez abandonada Lwów, se encontraron en Viena, Asher hizo inscribir su apellido, Ascherbach, en el registro oficial. Adoptó los nombres Rudolf Joseph, seguramente por el joven emperador cuya sed de

conocimiento lo admira tanto como su propia persona; Gitla, por su parte, se convirtió en Gertrudis Anna. La familia del matrimonio Ascherbach vive ahora en una sólida casa de vecindad sita en Alte Schmiedegasse. Ascherbach es oculista; empezó tratando a los judíos locales, pero su clientela no tardó en ampliarse. Cura cataratas y adapta gafas. También tienen una óptica, pequeña, que regenta Gitla-Gertrudis. Las niñas estudian en casa, con un preceptor, y Samuel estudia Derecho. Asher, a su vez, colecciona libros; son su principal pasión. Espera que un día Samuel se haga cargo de ampliar su colección.

La primera compra de Asher-Ascherbach fueron los sesenta y ocho volúmenes del Universal Lexicon de Johann Heinrich Zedler en los que se gastó casi todo el dinero que había ganado. Sin embargo, no ha tardado en recuperarse. Los pacientes acuden uno tras otro, recomendados a su vez por otros pacientes.

En un principio, Gitla despotricó contra esa adquisición, pero un día, al volver del trabajo, Asher la vio inclinada sobre uno de los volúmenes con la vista puesta fijamente en una página; últimamente se ha dedicado a estudiar la forma de las conchas. Gertrudis lleva unas gafas que ella misma ha pulido. La lente es complicada, y, sin cambiar de anteojos, le permite tanto ver de lejos como leer.

Alquilaron un piso espacioso y un taller en el anejo del edificio. Ascherbach empleó a un pulidor viejo y ya casi ciego que fabricaba lentes según su prescripción. Nada más llegar, Gertrudis se entretenía durante horas en el taller observando con qué precisión el anciano elaboraba las lentes. Ni siquiera se dio cuenta de en qué momento empezó a hacer ella lo mismo. Se sentaba ante la mesa, no sin antes subirse el vestido por encima de la rodilla para que le resultase más cómodo manejar el pedal que acciona el mecanismo de amolar. Ella es ahora quien fabrica las gafas.

Se pelean a menudo, y con la misma frecuencia se reconcilian. Hace un tiempo, Gitla le arrojó una col. Ahora rara vez visita la cocina: tienen cocinera y una muchacha que enciende las estufas y limpia la casa. Una vez por semana viene la lavandera y una vez al mes, la costurera.

El último volumen de la enorme obra apareció en 1754, y como Ascherbach coloca los libros en los estantes no según colección, título y nombre del autor, sino según fecha de publicación, ahora se encuentra al lado de Nueva Atenas, que ellos mismos trajeron de Podolia y en el cual Gitla aprendía a leer en polaco. Vano esfuerzo. Ese idioma ya no les será útil. Asher, a veces, lo toma entre las manos para hojearlo, aunque su polaco se debilita día a día. Siempre se acuerda entonces de Rohatyn y tiene la impresión de que se trata de un sueño antiguo, remoto, y de que en ese sueño él mismo no se

parece al Asher de hoy, sino que es un viejo amargado, como si, para él, el tiempo invirtiera su curso.

Los Ascherbach, instalados, según su ritual semanal, en el café una tarde de domingo, deciden incorporarse al debate que desde hace un tiempo tiene lugar en las páginas de Berlinische Monatsschrift, que leen con asiduidad. Es a Gertrudis a quien se le ocurre la idea, y arde en deseos de ponerse a escribir, pero Ascherbach considera que el estilo de su mujer es malo, demasiado florido, así que empieza a corregirla y acaban escribiendo juntos. El debate gira en torno a la definición del concepto «ilustración», que se ha puesto de moda y penetra cada vez más en las conversaciones. Todo el mundo lo usa, y abusa de él, pero cada cual lo entiende a su manera. Todo empezó con un tal Johann Friedrich Zöllner, quien, en uno de sus artículos en defensa de la institución del matrimonio eclesial, se refirió a este concepto, y, ni siquiera en el texto principal, sino en una nota a pie de página, lanzó la pregunta «Was ist Aufklärung?». La pregunta suscitó un inesperado eco entre los lectores, además, entre los de más renombre. El primero en responder fue Moses Mendelssohn y, con el tiempo, el célebre filósofo de Königsberg Immanuel Kant publicó en la revista un artículo sobre la Ilustración.

Los Ascherbach se sienten atraídos por un desafío muy particular: pulir la palabra de tal manera que se pueda ver con nitidez a través de ella. Gertrudis, que en el café siempre fuma en pipa, circunstancia que despierta cierto revuelo entre los sobrios burgueses de Viena, toma las primeras notas. Coinciden tan solo en una cosa: en que la razón es lo más importante. Durante toda una tarde juegan con la metáfora de la luz de la razón que lo ilumina todo por igual y sin apasionamiento. Gertrudis enseguida se percata, con perspicacia, de que allí donde se proyecta una iluminación brillante aparece una sombra, un oscurecimiento. Cuanto más fuerte es la luz, tanto más intensa y profunda es la sombra. Es ciertamente preocupante; se sumen en el silencio.

Y una cosa más: si el ser humano está llamado a usar lo más valioso que posee, es decir, la razón, dejan de ser importantes el color de la piel, los orígenes familiares, la religión que se profesa o incluso el sexo.

Ascherbach añade, citando a Mendelssohn, a quien en los últimos tiempos lee apasionadamente (en su mesa está Phädon oder über die Unsterblichkeit der Seele, o sea, Fedón o la inmortalidad del alma, el título aparece impreso con letra roja), que Aufklärung es para la cultura lo que la teoría es para la práctica. La Ilustración tiene más que ver con la ciencia, con la abstracción; en cambio la cultura consiste en perfeccionar el contacto entre las personas con ayuda de la

palabra, la literatura, la pintura, las bellas artes. Los dos coinciden. Cuando Ascherbach lee a Mendelssohn, por primera vez en su vida se alegra de ser judío.

Gitla-Gertrudis ha engordado, tiene cuarenta y cuatro años y el pelo encanecido, pero sigue siendo una mujer hermosa. Ahora, antes de acostarse, se hace dos trenzas y las introduce bajo el gorro. Duermen juntos, pero intiman menos que antes, aunque Asher, al mirarla, al contemplar su perfil y sus redondos brazos elevados, sigue sintiendo deseo. Cree que no hay nadie en el mundo tan cercano a él como ella. Ninguno de sus hijos. Nadie. Su vida empezó en Lwów, cuando en su puerta apareció una muchacha encinta, temblando de frío, hambrienta y descarada. Ahora Ascherbach vive una nueva vida que nada tiene que ver con Podolia ni con aquel cielo bajo y estrellado sobre el mercado de Rohatyn. Lo habría olvidado por completo, de no ser porque un día...

A saber: en la calle, delante de su café favorito, se topa con una cara conocida, un hombre joven modestamente vestido que camina a grandes zancadas con una partitura bajo el brazo. Ascherbach lo mira con tanta insistencia que el joven aminora el paso. Hay algo que les impide cruzarse, se vuelven y se miran; finalmente, se detienen y se acercan el uno al otro, más sorprendidos que contentos por ese inesperado encuentro. Asher reconoce al joven, pero no sabe encajar los nombres que recuerdan a la época y la época a los lugares que se le asocian.

–¿No serás Shlomo Shor? –pregunta en alemán.

Por la cara del muchacho pasa una sombra, y hace un ademán como si quisiera marcharse. Ascherbach se percata de su error. Confundido, levanta el ala de su sombrero.

–No, me llamo Wołowski. Franciszek. Me confunde con mi padre, señor... –contesta el joven con acento polaco.

Ascherbach le pide perdón, de inmediato entiende su confusión.

–Yo soy aquel médico de Rohatyn. Asher Rubin.

Lleva años sin pronunciar su antiguo nombre; ahora lo hace para animar al muchacho. Se siente incómodo, como si metiera los pies en unos zapatos viejos y deformados.

El joven guarda silencio durante un rato, su rostro no muestra emoción alguna, y solo ahora se hace patente la diferencia entre él y su padre. El padre tenía un rostro muy expresivo.

–Lo recuerdo, señor Asher. –El muchacho interrumpe su silencio en polaco–. Usted trató a mi tía Chaja, ¿verdad? Solía frecuentar nuestra casa. Fue usted quien me sacó un clavo del talón, aún tengo la cicatriz.

–No puedes recordarme, hijo. Eras demasiado pequeño –dice

Ascherbach, súbitamente emocionado, quién sabe si por haber sido recordado o por hablar en polaco.

–Sí que lo recuerdo. Recuerdo muchas cosas.

Los dos sonríen, cada uno para sí mismo, a aquel tiempo pasado.

–Sí... –dice Ascherbach con un suspiro.

Durante un tiempo caminan en la misma dirección.

–¿Qué haces aquí? –Asher finalmente se decide a preguntarle.

–Visito a algunos familiares –contesta con calma Łukasz Franciszek–. Ha llegado la hora de casarme.

Ascherbach no sabe por qué más preguntar sin tocar algún punto sensible. Intuye que son muchos.

–¿Ya tienes novia?

–En la cabeza. Quiero elegir por mí mismo.

La respuesta, quién sabe por qué, alegra a Ascherbach.

–Sí, es muy importante. Espero que logres elegir bien.

Aún intercambian unas informaciones anodinas que no arrojan luz sobre nada y luego cada uno sigue su camino. Asher le entrega una tarjeta de visita con su dirección, y el muchacho la mira largamente.

No cuenta ese encuentro a Gitla-Gertrudis. Sin embargo, por la noche, mientras trabajan en el artículo para el periódico berlinés, regresa a su mente, cual una visión, cierta noche en Rohatyn, cuando atravesaba en la oscuridad la plaza del mercado de camino a la casa de los Shor. La tenue luz de las estrellas que solo promete otra realidad, pero que ni siquiera ilumina el sendero. El hedor de las hojas podridas, el olor de los animales en sus pequeñas zahúrdas. El frío que penetra en los huesos. La extrañeza y la indiferencia del mundo enfrentadas a la confianza de las chozas arrodilladas en el suelo, de las vallas bajas cubiertas por las cuerdas secas de las enredaderas, de las luces míseras e inciertas en las ventanas..., todo cabía en el orden ruin de este mundo. Así al menos lo veía Asher en aquel tiempo. Hacía mucho que no pensaba en ello, pero ahora no puede parar. Así que Gitla, decepcionada por la distracción de su marido, escribe sola, llenando inmisericordemente de humo todo el salón.

Esta noche a Asher lo embarga la melancolía de aquel entonces. Está nervioso y pide una infusión de melisa. De repente, le parece que, además de las grandilocuentes tesis que publica Berlinische Monatsschrift, además de la luz y la razón, del poder y la libertad humanos, hay algo esencial, un país viscoso, pastoso y oscuro en el que las palabras y los conceptos se precipitan como en el alquitrán, pierden su forma y significado. Las grandilocuentes diatribas del periódico suenan como si las pronunciara un ventrílocuo: imprecisas y grotescas. Desde todas partes llega algo así como una risa entre dientes; en tiempos Asher podría haber pensado en el diablo, hoy no cree en la existencia de diablo alguno. Se acuerda de lo que dijo Gitla:

la sombra, lo que está bien iluminado proyecta una sombra. Y esto es lo preocupante en ese nuevo concepto. La Ilustración empieza en el momento en que el ser humano pierde la fe en la bondad y el orden del mundo. La Ilustración no es sino la expresión de la desconfianza.

DEL LADO SALUDABLE DE PROFETIZAR

Asher es llamado alguna que otra noche para atender otros asuntos. Al parecer alguien lo ha recomendado, pues los judíos locales, sobre todo aquellos que en secreto se inclinan por la asimilación –muchos proceden de Polonia, de Podolia–, lo llaman no ya como oculista, sino como a un médico sabio capaz de atender asuntos raros y vergonzantes.

Pues ocurre que en esas espaciosas casas de vecindad, en sus habitaciones luminosas, se despiertan viejos demonios que parecen salir de las costuras de la ropa gastada, de los taledes heredados de los abuelos, de las chaquetas de terciopelo tejidas en tiempos por las bisabuelas y bordadas con hilo rojo. Las casas de vecindad en cuestión suelen ser propiedad de comerciantes adinerados con familias numerosas, bien asimilados, más vieneses que los propios vieneses, ricos, satisfechos de sí mismos, aunque solo en la superficie, porque en el fondo se sienten inseguros y perdidos.

Asher tira de la manija y oye al otro lado de la puerta el sonido del timbre, tan grato a su oído.

En silencio le estrecha la mano el preocupado padre de la muchacha; su madre es una de las hijas de un judío de Moravia, Seidel, primo de los Shor de Rohatyn. Lo conducen directamente hasta la paciente.

La enfermedad por su naturaleza es extraña y no muy agradable. Preferirían ocultarla para que no saltara a la vista de unos ojos acostumbrados a los hermosos y pesados cortinajes, a las paredes tapizadas con patrones clásicos, ahora tan de moda, a las patas graciosamente curvadas de las mesillas de café y a las alfombras turcas. Y, sin embargo, los padres de esas familias enferman de sífilis y contagian a sus esposas, los niños se infectan de sarna, los tíos, respetables propietarios de grandes compañías, se emborrachan hasta perder el conocimiento y sus bonitas hijas a veces quedan embarazadas. Es entonces cuando llaman a Rudolf Ascherbach, quien vuelve a ser aquel Asher de Rohatyn.

Este también es el caso del comerciante Rudnicki, quien empezó haciendo botones y ahora es propietario de una pequeña fábrica en las afueras de Viena donde se cosen uniformes militares. Ha enfermado su joven esposa con la que se casó siendo ya viudo.

Dice que se ha quedado ciega. Se ha encerrado en su habitación, donde permanece a oscuras desde hace dos días, teme moverse, no vaya a ser que pierda toda la sangre junto con la de la menstruación. Sabe que el calor favorece toda hemorragia, por lo que no permite encender la estufa y se tapa tan solo con una sábana, causa de su actual resfriado. Mantiene velas encendidas alrededor de su cama, pues quiere cerciorarse de que la sangre no la abandona. No dice una palabra. Ayer rompió una sábana de lino para hacer un tapón que se colocó entre las piernas; así espera parar en seco la posible hemorragia. Tiene miedo de que también las heces puedan provocar una, así que, para no evacuar, no come y se tapa el ano con un dedo.

El comerciante Rudnicki es presa de emociones encontradas: se muere de preocupación al tiempo que se avergüenza de la enfermedad de su jovencísima esposa, cuya locura lo espanta y abochorna. Si esto saliera a la luz, adiós a su reputación.

El doctor Ascherbach se sienta en el borde del diván donde está tendida la joven y le toma la mano. Le empieza a hablar con suma delicadeza. No se da prisa, le permite largos ratos de silencio que calman los nervios. Soporta la quietud que reina en la sofocante, oscura y fría habitación. Sin darse cuenta, acaricia la mano de la enferma. Sus pensamientos vuelan a otra parte. A las migajas del conocimiento humano que, cual eslabones de una cadena, empiezan a juntarse inextricablemente. Pronto se podrán curar todas las enfermedades, incluidas las de este tipo. Pero hoy se siente impotente, no comprende el sufrimiento de la muchacha, no sabe qué se oculta detrás del mismo, y lo único que puede hacer por esta pobre, flaca y desdichada niña es ofrecerle la calidez de su propia presencia.

–¿Qué te pasa, mi niña? –pregunta.

Le acaricia el pelo y la paciente empieza a mirarlo.

–¿Puedo descorrer las cortinas? –pregunta en voz baja.

Oye una respuesta rotunda:

–No.

Mientras, ya entrada la noche, regresa a casa por las calles de Viena, que siguen llenas de ruido y bullicio, le viene a la memoria la época de Rohatyn en que visitaba a Chaja Shor cuando esta profetizaba tirándose al suelo, tensando el cuerpo, empapada en sudor.

Comparada con Viena, Rohatyn se le antoja a Asher un sueño soñado bajo un edredón en una estancia oscura y llena de humo. Ninguna de sus actuales pacientes vive en una habitación compartida, ni lleva shmate en la cabeza, ni viste jubón polaco. Nadie padece de plica. Las casas son altas, enormes, tienen gruesas paredes de piedra y huelen a cal y a la madera fresca de la que están hechas las escaleras.

En la mayoría de esos nuevos edificios han instalado un sistema de alcantarillas. En las calles, amplias y aireadas, flamean faroles de gas. A través de los cristales limpios de las ventanas se ve el cielo y el humo blanco que sale de las chimeneas.

Y, sin embargo, Asher ha visto en la enferma de hoy a Chaja Shor de Rohatyn. A aquella mujer joven que ahora debe de tener unos sesenta años, si aún sigue con vida. Quizá a la señora Rudnicka la aliviara profetizar, moverse con agilidad por las penumbras de la razón, por sus nieblas y sombras. Quizá también encontraría allí un buen lugar para vivir. Quizá debería aconsejar a su marido: «Señor Rudnicki, que su esposa empiece a profetizar. Eso la ayudará.»

DE LAS FIGURITAS DE PAN

Chaja, Marianna, dormita. Ha dejado caer la cabeza sobre el pecho, los brazos cuelgan inertes y de un momento a otro caerá de su regazo el libro de cuentas. Chaja lleva las cuentas de su hijo. Su trabajo consiste en pasar horas enteras en la trastienda sumando columnas de cifras. La tienda vende telas. Su hijo se apellida Lanckoroński, igual que sus demás hijos e hijas, y que la propia Chaja, ya viuda. Su hijo, junto con Goliński, importaba telas, pero Goliński eligió vender al por mayor y perdió dinero, mientras que Lanckoroński se mantuvo en la venta al por menor y salió mejor parado. La tienda, muy bonita y cuidada, está situada en la llamada ciudad nueva, Nowe Miasto. Acuden aquí burguesas varsovianas, pues los precios son razonables y es posible obtener un descuento. Hay aquí mucha variedad de modestas telas baratas, así como de algodón, aún más barato, importado de Oriente, que conquista el mundo. Con él se confeccionan la ropa criadas y cocineras. Las burguesas ricas, además de tejidos más nobles, también compran cintas, plumas, lazos, corchetes y botones. Lanckoroński, además, importa sombreros de Inglaterra para la nueva sección de su negocio. Desea abrir una tienda dedicada únicamente a la venta de sombreros en la elegante avenida de Krakowskie Przedmieście. También se plantea la apertura de un taller, ya que en Polonia, solo Dios sabe por qué, nadie fabrica sombreros de fieltro decentes.

Así es que Chaja dormita en la trastienda. Ha engordado y no tiene ganas de moverse, le duelen las piernas, sus articulaciones se han hinchado tanto que parecen crujir dolorosamente. En el rostro de Chaja, henchido a causa del aumento de peso, resulta difícil encontrar los rasgos de antaño. En realidad, la antigua Chaja ha desaparecido, se ha disuelto. La nueva Marianna parece amodorrada, como si se encontrase en permanente trance. Cuando alguien acude para pedirle consejo, sigue leyendo el futuro: en cuanto despliega sobre la mesa su

tablero de predicciones y extrae de una caja de madera las figuras apropiadas, sus párpados empiezan a temblar y su mirada se eleva tan alto que sus pupilas desaparecen. Es así como Chaja ve. Las figuras dispuestas sobre la lisa superficie forman distintas configuraciones, unas bonitas y otras feas, tanto que producen dolor de muelas. Chaja-Marianna es capaz de colocar sobre su tablero todo «lejos» y todo «cerca», tanto en el tiempo como en el espacio; por la posición de la figurita sabe mostrar la afinidad o, todo lo contrario, el rechazo. Ve asimismo con claridad tanto el conflicto como el acuerdo.

El número de figuritas se ha multiplicado desde la época de Rohatyn, son muchísimas, y las más nuevas son las más pequeñas, hechas ya solo de pan, no de arcilla. Con un solo vistazo Chaja sabe comprender el sentido de cada constelación y ver hacia dónde se dirige y adónde llegará.

De esto se infieren ciertos patrones que se unen con puentes o pasarelas, también hay entre ellos diques y represas, calces y clavos, pezones y aros que aprietan a presión situaciones de bordes similares, igual que se aprietan las duelas de un barril. Existen también sucesiones semejantes a senderos de hormigas, viejas pistas vegetales trilladas quién sabe por quién, ni por qué de ese modo y no de otro. Y también hay nudos y remolinos, así como espirales peligrosas cuyo lento movimiento arrastra la mirada de Chaja hacia las profundidades que acompañan todas las cosas.

Desde su trastienda, Chaja, inclinada sobre el tablero –algunos clientes de su hijo piensan que esa extraña mujer ha vuelto a la infancia y juega con los juguetes de sus nietos–, vislumbra a veces a Yenta. Percibe su presencia, inquisitiva al tiempo que serena. La reconoce, sabe que es Yenta, por lo visto no ha muerto del todo, eso no la sorprende. Sí la sorprende, en cambio, la presencia de otro ser, de alguien de una naturaleza del todo diferente. Ese alguien los observa tiernamente, a ella y su trastienda, así como a todos los hermanos y hermanas diseminados por el mundo, y a la gente en la calle. Ese alguien presta atención a los detalles; ahora mismo, por ejemplo, observa el tablero y las figuritas. Chaja adivina qué quiere, así que lo acepta como una compañía un tanto embarazosa. Eleva los ojos cerrados e intenta mirar la cara de ese alguien, pero no sabe si lo logrará.

LA RECHAZADA PROPUESTA DE MATRIMONIO DEL JOVEN FRANCISZEK WOŁOWSKI

El joven Franciszek Wołowski pretende a Ewa. No porque la ame y la desee, sino porque es inalcanzable. Cuanto más imposible parece, más fuerte es la voluntad de Franciszek de desposar a Ewa Frank. Por

eso ha «enfermado» de ella; su padre es en parte responsable de esa enfermedad: siempre le ha repetido que Ewa sería suya, que de esta manera se unirían los dos linajes y Franciszek heredaría el poder de Jacob. El propio Jacob se mostró favorable en un principio, pero cuando Ewa empezó a frecuentar al mismísimo emperador toda esperanza se esfumó cual nube, alto, tan alto que ya fue imposible atraparla. La propia Ewa rara vez aparece. Vestida con brillantes sedas, se ha vuelto escurridiza como un pez, imposible de atrapar.

Franciszek le pide la mano sin el conocimiento de su padre, que está en Varsovia, cuidando de su cervecería. Sin embargo, su petición cae en el silencio, como si Franciszek hubiera cometido un acto vergonzante del que no se debería hacer mención alguna. Durante semanas enteras se prolongan los murmullos a este propósito en la corte de Brünn, y él, al no recibir respuesta, se da cuenta de que se ha puesto en ridículo. Escribe a su padre una carta llena de amargura y le pide que lo llame de vuelta a Varsovia. Mientras espera contestación, deja de acudir a los rezos comunes y a las diatribas de Jacob. Lo que antes, a su llegada, le pareció tan atractivo –esa pequeña multitud en el palacio de Petersburger Gasse, los rostros nuevos, la sensación de comunidad, como si se encontrase en una gran familia, todos esos galanteos, rumores, bromas constantes y juegos a los que sucedían inmediatamente después oraciones y cánticos–, todo eso ahora le repugna. Y lo que más, la instrucción militar que organiza para jóvenes y muchachos su tío Jan Wołowski, a quien llaman el Cosaco por el atuendo que lleva. Este forma con varios muchachos un escuadrón cosaco, pero no hay suficientes caballos para un escuadrón; los jinetes montan por turnos, porque solo hay cuatro. A otro de sus primos, Franciszek Szymanowski, el Señor le encomendó la tarea de formar una legión. Esa palabra nueva se usa en todos los contextos posibles. Uniformes para la legión, el estandarte de la legión, los ejercicios de la legión, el himno de la legión... oye incesantemente Franciszek, hijo de Shlomo, quien trata todos los asuntos relacionados con el uniforme y el blandir del sable con un profundo disgusto teñido incluso de desprecio.

En cambio, viaja a Viena de buena gana, deambula por las calles y encuentra consuelo para su embarazosa situación en los conciertos, lo cual no es difícil en Viena: los hay por doquier. Se emocionó al escuchar a un tal Haydn, así de próxima y hermosa le pareció su música. Lloró discretamente, se le humedecieron los ojos y logró tragarse esas lágrimas que se adentraron en su interior y bañaron su corazón. Cuando la orquesta terminó de tocar y se oyeron los aplausos, sintió que no soportaría la ausencia de esa música, que necesitaba tenerla siempre. El mundo queda sin ella desierto. Pues una vez terminado el concierto que apenas se pudo costear, descubrió que

existía algo que podía darle una felicidad plena, y que era posible no saberlo y vivir en permanente estado de carencia. Debía comprar regalos para sus hermanas: le habían pedido encajes y botones de seda, sombreros y cintas, pero Franciszek les llevará partituras.

No logró entrada para asistir al concierto de ese joven Mozart, pero encontró un lugar bajo las ventanas de la ópera donde lo oyó como si estuviera en el interior. Sintió que el teatro de la ópera se le caía encima, y también la catedral, como si toda Viena se desplomara sobre su cabeza dejándolo aturdido. Esa música era tan imposible como Ewa, se convirtió en un gran sueño inalcanzable que no se podía cumplir en Varsovia. Él es Varsovia, ella Viena.

Finalmente llegó la esperada carta y el padre le ordenó regresar. Mencionaba en ella a Marianna Wołowska, la hija de su tío paterno Michał, a quien Franciszek conocía desde la infancia. No hablaba de matrimonio, pero Franciszek entendió que ya le había sido destinada. Puso rumbo a Varsovia con el corazón en un puño.

En el momento de la despedida, Jacob lo abrazó como a un hijo, todo el mundo lo vio. Y es cierto: Franciszek se sintió como un hijo de Jacob. Sintió que le encomendaba una misión, aunque distinta a la que él esperaba. A todas luces, desde el lugar en el que está Jacob las cosas se ven distintas que desde donde está Franciszek. Se despidió tiernamente de los amigos que aún permanecían en la corte junto a la Doncella. Finalmente, compró muchas partituras que después hojearía en el carruaje mientras intentaba tocarlas con los dedos sobre la rodilla. En el fondo sintió gran alivio al volver a Varsovia. De ahora en adelante, allí estaría su lugar. Sería comandante de otra legión en la fortaleza de Varsovia, una al servicio de Jacob.

En cuanto cruzó la frontera, Viena empalideció, quedó convertida apenas en un grabado en blanco y negro, y todos los pensamientos de Franciszek se dirigieron hacia la calle Leszno de Varsovia, donde vive Marianna. Empezó a pensar en ella con denuedo y a recordar su aspecto, pues nunca antes la había observado con atención. Cuando se detuvieron por el camino en Cracovia, le compró, del todo ingenuamente, unos diminutos pendientes con coral; parecía como si alguien hubiese colgado en un fino cabello dorado pequeñas gotas de su sangre compartida de hermano y hermana.

LA ÚLTIMA AUDIENCIA CON EL EMPERADOR

Zwierzchowska ha aprendido a practicar sangrías al Señor y ahora las lleva a cabo con gran destreza. La sangre fluye, abundante, hasta una palangana. Tras la intervención el Señor se debilita y tambalea. Ha empalidecido. Muy bien. Parecerá lo suficientemente débil.

La carroza ya espera, no es tan elegante ni rica como aquella en la que en tiempos viajaban a Schönbrunn. Es un sencillo carruaje tirado por dos caballos, modesto y discreto. Montan en él los tres: Jacob, Ewa y Anusia Pawłowska, quien acompaña a Ewa, tiene buena presencia y habla un francés excelente.

El emperador José pasa el verano en Laxenburg con sus inseparables damas, famosas por su belleza e inteligencia. Cual aéreas medusas dispuestas a impedir todo acceso a Su Majestad, lo acompañan sus hermosos sombreros. Debajo de ellos van dos hermanas Lichtenstein, la condesa Leopoldine Kaunitz y la princesa Kinsky, de quien se dice que mantiene con él una aventura amorosa.

Ewa no quería ir, la obligó su padre. Malhumorada, mira por la ventana. Corre el mes de mayo de 1786, el mundo está en flor, las colinas alrededor de Brünn, cubiertas de un verde frondoso, parecen mullidas. Este año la primavera ha venido pronto, así que las lilas se han marchitado hace ya tiempo y ahora florecen los jazmines y las redondas peonías, por todas partes se aspira la dulce y alegre fragancia de las flores. Jacob gimotea, la sangría lo ha debilitado de verdad. Los rasgos de su rostro se han afilado como después de aquella hemorragia. No tiene buen aspecto.

Primero les hacen esperar mucho tiempo, cosa hasta ahora inaudita. A través de las ventanas se ven grupos de personas paseando por el parque, las claras manchas de las sombrillas de las damas y el jugoso verde del césped recién segado. Llevan dos horas esperando, sin dirigirse una palabra, en completo silencio, y solo en una ocasión alguien se asoma para ofrecerles agua.

A continuación, se oyen voces divertidas y vigorosos pasos, y de pronto la puerta se abre: entra el emperador. Lleva un liviano atuendo estival, en absoluto francés, sino más bien campesino. La camisa desabrochada en la parte alta deja al descubierto su flaco cuello y subraya la prominente mandíbula inferior de los Habsburgo. No lleva peluca, su escaso cabello está despeinado; parece más joven. Tras él entran dos damas, dos risueñas y elegantes pastorcillas, y se apagan las últimas bromas.

Los invitados se levantan. Jacob se tambalea y Anusia se abalanza sobre él para sostenerlo. Ewa, como hipnotizada, mira al emperador.

Los dos hombres, rodeados de mujeres, se miden con la mirada. Jacob hace una profunda reverencia. Los vestidos de Ewa y de Anusia se marchitan al ponerse en cuclillas.

–¿Qué ven mis ojos? –pregunta el emperador, y se sienta, estirando sus largas piernas.

–Vuestra Majestad Imperial... –empieza Jacob con voz débil.

–Estoy al corriente de tu asunto –dice el emperador y, acto

seguido, entra su secretario con unos papeles. Le entrega una hoja señalando determinados puntos sobre los que el emperador se limita a echar una ojeada–. Las deudas hay que pagarlas con honradez. Muchas de ellas no se pueden soslayar. Otras se pueden ir aplazando. Nuestra ayuda consiste en que aquí se detalla cuáles son justas y cuáles no lo son. Estas os han sido impuestas y no deberíais pagarlas, pues son demandas infundadas. Es todo lo que podemos hacer por vosotros. Te aconsejo que cuides mejor de tus intereses. Que disuelvas tu corte y pagues tus deudas: ese es mi consejo.

–Majestad... –empieza Jacob, pero enseguida guarda silencio para al cabo de un rato añadir–: ¿No podríamos hablar a solas?

El emperador hace un gesto de impaciencia y todas las mujeres salen. Cuando toman asiento en la sala contigua ante una graciosa mesa, la princesa Kinsky pide horchata. Antes de que se la sirvan, desde el otro lado de la puerta se oye alzar la voz al emperador.

Ewa se arma de valor y, con voz temblorosa y la vista clavada en el suelo, habla deprisa, como si quisiera acallar esa voz tan airada:

–Pedimos ayuda no solo por nuestro bien, sino también por el de toda la ciudad. Brünn sin nosotros se quedará desierta, los comerciantes locales ya se quejan de sus bajos ingresos desde que tuvimos que enviar de vuelta a parte de nuestra compañía.

–Compadezco a los ciudadanos de Brünn por la pérdida de habitantes como vosotros –le responde cortésmente la princesa Kinsky. Es preciosa, tiene una belleza parecida a la de Ewa: menuda, de grandes ojos oscuros y frondosa cabellera negra.

–Si Vuestra Alteza se dignara interceder por nosotros... –empieza Ewa, las palabras a duras penas se abren paso a través de sus mandíbulas apretadas.

–Exagera usted, señora, mi influencia sobre el emperador. Nosotras estamos aquí para cosas agradables y superficiales.

Se hace un silencio hostil, inhóspito. Ewa siente que toda ella está mojada. Bajo las axilas aparecen manchas de sudor sobre la seda, cosa que le arrebata los restos de seguridad en sí misma. Tiene ganas de llorar. De pronto la puerta se abre y las mujeres se ponen en pie. El emperador es el primero en salir sin siquiera mirar a las damas, lo sigue su secretario.

–Lo siento –se limita a decir la princesa Kinsky, y sale en pos del emperador.

En cuanto desaparecen, Ewa expulsa todo el aire de sus pulmones y se siente de pronto ligera como un pedacito de papel.

THOMAS VON SCHÖNFELD Y SUS JUEGOS

Regresan en silencio, no pronuncian una palabra durante todo el

camino. Por la tarde, Jacob ni siquiera baja a la sala común. Como siempre, Zwierzchowska permanece a su lado. Para la cena, Jacob solo pide dos huevos duros, nada más.

Al día siguiente empieza a enviar a los jóvenes a sus casas. Consigue vender de inmediato una elegante calesa y la porcelana. Un comerciante de Frankfurt compra al por mayor los objetos más pequeños. Ewa evita salir a la ciudad, le da vergüenza, pues no hay donde no tenga una deuda.

Un mes después de la audiencia con el emperador aparece en Brünn Thomas von Schönfeld. Regresa del extranjero, trae a Ewa una caja de bombones. Ella le escribió varias cartas desesperadas pidiéndole ayuda. En cada una aparecía una mención al riesgo de prisión por las deudas.

–Los problemas son parte de la vida, al igual que el polvo es parte de un paseo –dice Thomas cuando los tres salen a las afueras de la ciudad a recorrer los senderos forestales favoritos de Jacob. Hace un hermoso tiempo estival. La mañana es fresca, más tarde probablemente hará mucho calor. Es sano pasar un poco de frío cuando se tiene en perspectiva la llegada de la canícula–. Soy de los que siempre intentan, y ello debe de formar parte de la naturaleza de nuestra familia, ver el lado bueno de todo lo que nos depara la vida –prosigue Thomas–. Es cierto que no hemos conseguido hacer algunas cosas, pero sí hemos logrado otras. Nuestra poción medicinal goza de un éxito considerable incluso aquí en Viena. Intento distribuirla con discreción y solo entre familiares y personas de confianza.

Su cháchara irrita a Ewa.

–Sí –dice–. Todos sabemos que los ingresos que genera no pueden sufragar ni una pequeña parte de la vida a la que estábamos acostumbrados, y menos aún mantener toda la corte.

Thomas camina un paso por detrás de Ewa y con la afilada punta de su bastón de bambú va cortando las cabezas de las ortigas.

–Por eso se lo digo con toda sinceridad –se dirige a Jacob–. Saludé con alivio la noticia de que usted, Señor, ordenó hace poco a los hermanos y hermanas y a toda a esa caterva de parásitos que regresaran a casa. Es una buena señal.

–También nos hemos deshecho ya de parte de nuestros bienes muebles… –añade Ewa.

Su padre guarda silencio.

–Muy bien, eso permitirá reunir fuerzas y dar el siguiente paso, cosa a la que le invito cordialmente, mi querido tío.

Solo ahora Jacob toma la palabra. Habla en voz baja, hay que hacer un esfuerzo para oírlo. Siempre lo hace cuando está furioso, es una especie de violencia preventiva que obliga a su interlocutor a escucharlo.

–Te confiamos el dinero recaudado entre hermanos y hermanas. Dijiste que lo multiplicarías en la bolsa de valores. Que lo prestarías a interés. ¿Dónde está?

–¡Ya vendrá! No cabe duda. –Thomas empieza a acalorarse–. Habrá una guerra, eso es seguro. El emperador tiene que cumplir los compromisos contraídos con Catalina y ella atacará Turquía. He recibido la noticia de un gran aprovisionamiento del ejército, y ya sabe usted que yo conozco a todo el mundo, a todas las personas importantes de Europa.

–Dijiste lo mismo cuando traíamos aquí alambiques y retortas.

Thomas estalla en una risa un tanto forzada.

–Es cierto, me equivoqué. Todos se equivocaron. Que yo sepa, nadie consiguió obtener oro, pese a los rumores que circulan. Sin embargo, hay algo mucho más seguro que cientos de experimentos en retortas, que todos esos nigredo y conniunctio. La nueva alquimia consiste en invertir con inteligencia. Invertir con audacia confiando en la voz interior, igual que en un taller alquímico..., probar y arriesgar...

–Ya hemos salido mal parados en una ocasión. –Jacob se sienta sobre el tronco de un árbol caído y con la punta de su bastón destruye un sendero de hormigas errantes. Eleva la voz–: Tienes que ayudarnos.

Thomas se planta ante Jacob. Lleva medias de seda. Su ceñido pantalón de color verde oscuro ciñe con fuerza sus delgadas caderas.

–Debo decirle algo, tío –dice al cabo de un rato–. Su persona de usted ha suscitado el interés de mis camaradas. No recibirá ningún apoyo del emperador, lo obtendrá de ellos. Su misión aquí ha llegado a su fin. El emperador tiene asesores que no le son favorables, eso está claro. Yo mismo he oído que se habla de usted como de un charlatán, que lo comparan injustamente con esos impostores que abundan en las cortes reales. Su crédito en Viena está cerrado y yo de momento tampoco puedo prestarle ayuda, puesto que tengo entre manos un gran proyecto y preferiría que no me asociaran con usted.

Jacob se levanta y acerca su cara a la de Thomas. Sus ojos se vuelven oscuros.

–Ahora te avergüenzas de mí.

Jacob, a grandes zancadas, emprende el camino de vuelta, Thomas, turbado, lo sigue, y se justifica:

–Yo nunca me he avergonzado de usted y nunca lo haré. Entre nosotros existe la diferencia de una generación, y si yo hubiera nacido cuando usted, tal vez haría lo posible por ser como usted. Pero ahora rigen otras leyes. Eso que usted dice a mí me gustaría hacerlo. Usted espera a unas señales místicas, a unas conspiraciones de los balakaben, mientras que a mí me parece que se puede liberar al hombre de manera más sencilla, y no en las esferas místicas, sino aquí en la tierra.

Ewa mira con temor a su padre, segura de que el descaro de Thomas desencadenará un ataque de ira. Jacob, sin embargo, permanece sereno, camina inclinado hacia delante, mirando sus pies. Thomas trota en pos de él.

–Al ser humano hay que enseñarle que puede influir en su vida y en el mundo entero. Que si da un golpe en el suelo, temblarán los tronos. Usted dice: la ley hay que quebrantarla de manera secreta, en las alcobas, y por fuera fingir que se la obedece. ¡Quebrantar la ley en dormitorios y alcobas! –Thomas presiente que se ha excedido en la crítica a su tío, y baja un poco el tono–. Yo digo lo contrario: cuando la ley es injusta y constituye una desgracia para la gente, hay que cambiarla, actuar a cara descubierta, audazmente, sin transigir en nada.

–El ser humano la mayoría de las veces no sabe que es desdichado –dice tranquilamente Jacob dirigiéndose a sus zapatos. Se ve que su calma anima a Thomas, porque este corre hasta ponerse delante de Jacob y sigue perorando mientras camina hacia atrás:

–Hay que hacer que tome conciencia de ello y alentarlo a actuar, en lugar de bailar en círculo y cantar agitando los brazos.

Ewa está segura de que Thomas von Schönfeld va a recibir una bofetada. Pero Jacob ni siquiera se detiene.

–¿Tú crees que se puede construir algo desde cero? –le pregunta Jacob mientras sigue mirando sus pies.

Thomas, atónito, se detiene y levanta la voz:

–¡Pero si son sus palabras, tío, son sus enseñanzas!

Cuando por la tarde Von Schönfeld se dispone a regresar a Viena, Jacob lo atrae hacia sí y lo abraza. Le dice algo al oído. El rostro de Thomas se ilumina, después Thomas carraspea. Ewa, que permanece cerca de su padre, no está segura de haber oído bien lo que le ha dicho. Le parece haber oído algo así como: «Tengo una confianza infinita en ti.» Y también la palabra «hijo».

Varios meses más tarde llega un paquete desde Viena. Lo trae un mensajero vestido de negro. Se trata de cartas de recomendación para el viaje, y entre ellas hay una noticia de Thomas:

... Mis hermanos, cuyas influencias son inmensas, han encontrado un hombre de bondad angelical, un príncipe de un pequeño Estado dispuesto a recibirle tanto a usted como a toda su corte. Posee un gran castillo a orillas del Meno, cerca de Frankfurt, que pondrá a su disposición si accede usted a adaptarlo a sus necesidades. Es una buena dirección de cambio: al oeste, lejos de la guerra que el emperador, aunque a regañadientes, ha declarado a Turquía. Os

conviene a todos levantar el campamento y trasladaros allí. Tenga en cuenta que todo esto se lo comunico en gran secreto.

Su muy devoto, Thomas von Schönfeld.

Ewa, al leer la carta que le ha enseñado su padre, dice consternada:

–¿Cómo lo ha hecho?

Su padre, con la chaqueta abotonada hasta el cuello y pegado al calor que emite la chimenea, permanece sentado con los ojos cerrados. Ewa se percata de que ya necesita un barbero. Ha apoyado los pies descalzos sobre un pequeño taburete mullido y tapizado, y Ewa ve los vasos capilares reventados que tiñen su piel de morado. De repente la embarga un cansancio terrible y le da igual lo que les pase.

–Esta ciudad me asquea –se queja. Mira por la ventana el patio desierto, que a duras penas se quita la capa de nieve sucia y deja al descubierto los desperdicios. Ewa ve un guante solitario que alguien abandonó en la nieve–. Simplemente me da asco. Ya no puedo mirar todo esto.

–Cállate –dice el padre.

La noche anterior a su partida de Brünn, llega a la ya vaciada corte de los Frank una embajada de burgueses locales. Como ya no hay muebles, los reciben de pie. Jacob sale a su encuentro, apoyado sobre el joven Czerniawski, Ewa se coloca a su lado. Los burgueses traen regalos de despedida: una caja del mejor vino de Moravia para el «señor barón» y una fuente de plata con la vista de la ciudad grabada junto a la inscripción: «Adiós a los amigos de Brünn. Sus habitantes.»

Jacob parece emocionado, todos lo están, y entre los burgueses aparece además un sentimiento de culpa, pues resulta que los que se van dejan una cuantiosa suma destinada a limosnas y a los concejales del municipio.

Jacob Frank, con su alto gorro turco y su abrigo de cuello de armiño, de pie sobre un pequeño escalón, dice en su rudo aunque correcto alemán:

–En cierta ocasión emprendí un largo viaje y estuve tan cansado que busqué un lugar donde reposar. De repente encontré un árbol que proyectaba una gran sombra. Lejos llegaba el aroma de sus frutos y a su lado brotaba un manantial del agua más pura. Así que me tumbé bajo ese árbol, comí de su fruto, bebí del agua del manantial y dormí plácidamente. «¿Cómo debo agradecértelo, árbol?», le pregunté. «¿Con qué debo bendecirte? ¿Debo desearte muchas ramas? Ya las tienes. ¿Que tu fruto sea dulce y aromático? Ya lo posees. ¿Que a tu lado brote un manantial de agua dulce? Ya te ha sido dado. De manera que no te puedo bendecir sino con que todos los transeúntes decentes

descansen a tu sombra y canten la gloria de Dios que te ha creado.» Y ese árbol no es sino Brünn.

Es el 10 de febrero de 1786 y vuelve a nevar.

RETAZOS. LOS HIJOS DE JACOB FRANK. MOLIWDA

Siempre he cumplido mis misiones con suma entrega, pues sabía que Jacob me honraba encomendándomelas. Pues ¿a quién, sino a mí? Hablaba un turco fluido y conocía aquellas costumbres como si me fueran propias. Sin embargo, los últimos reveses hicieron que Jacob me apartase en favor de Jan Wołowski, más joven y despabilado, cuya figura vestida a la cosaca, de rostro oscuro atravesado por un frondoso bigote polaco, lo acompañaba a todas partes. Otro acólito era Antoni Czerniawski, su cuñado. Revoloteaban como moscas a su alrededor. También hacían de las suyas Matuszewski y Wittel, y la que más, Ewa, quien lo defendía tanto que poco a poco de hija se fue convirtiendo en madre.

Jeruchim y yo teníamos mucho en común, y mientras que los más jóvenes se entregaban a lo que ellos llamaban pomposamente «la vida», nosotros preferíamos hablar de antiguos asuntos, aquellos que nadie aquí ya recordaba ni respetaba. Pues enarbolábamos nuestra causa desde el principio y veíamos más que cualquier otro de nuestra gran machna. Yo podía estar orgulloso de ser el único que llevaba con Jacob desde el principio, pues ni reb Mordke, ni Isochar, ni siquiera Moshe de Podhajce ni su padre, que fue enterrado en la cueva de Częstochowa, están ya entre los vivos, aunque siempre me inclino a pensar que ellos se han ido y que nos esperan en alguna parte, sentados a una gran mesa de madera, y que la puerta de su habitación se halla aquí mismo, en este gran castillo. ¿Acaso no es la muerte más que una mera apariencia, al igual que los numerosos fenómenos aparentes que pueblan el mundo y en los que creemos como niños?

Entonces pensé mucho en la muerte, pues durante una de mis ausencias de Varsovia murió mi Wajgełe al dar vida a una niña a la que llamé Rozalia y a quien quise mucho, como mi tercera hija. Era una niña nacida demasiado pronto, debilucha; su madre, ya no tan joven, no soportó las fatigas del parto. Se fue en silencio en nuestro piso de la calle Długa en presencia de sus dos hermanas, quienes me comunicaron esa terrible nueva cuando regresé de Brünn. Creo que Dios quiso decirme algo al darme a esa pequeñuela en aquellos momentos llenos de vacilación y miseria, a mí, que nunca estuve cerca de mi familia. Mi esposa y yo intimábamos muy rara vez entonces y hacía tiempo que no albergábamos esperanzas de ser padres. ¿Qué me quiso decir Dios al darme a Rozalia? Creo que de esa manera me hizo volver a ser padre, me recordó ese papel que había olvidado, para que

me encargase de velar por los hijos de Jacob.

Por eso de buena gana regresaba a Varsovia, donde me ocupaba de mis negocios, como también de las obligaciones hacia nuestra gran familia, sobre todo de velar por los dos hijos de Jacob: Józef y Roch (de momento había dejado a Rozalia en casa de sus tías), a los que dedicaba más atención que a mis propios hijos. Inscritos en escuelas, recibían educación de futuros oficiales. Jacob sabía bien lo que hacía encomendándolos a mi tutela, pues intenté que no se dejaran llevar por el elemento varsoviano, y tuve por ellos un cariño especial, sobre todo por el mayor, Roch, quien me pareció muy cercano, y conté muchas veces con los dedos aquellos meses tenebrosos de Częstochowa, cuando vino al mundo y cuando Jacob me levantó de las rodillas y perdonó con generosidad mi fallida misión. Mas Roch me evitaba tanto como podía e incluso se mostraba ante mí particularmente arisco. Tuve la impresión de que se avergonzaba de mi persona, de que para él no era lo suficientemente polaco, demasiado judío, que lo irritaba mi acento judío y que yo mismo le era insoportable. Cuando se me acercaba, arrugaba la nariz y decía: «Aquí huele a cebolla», lo que me provocaba un gran pesar. Su hermano pequeño, Józef, guiado por Roch, también se mostraba arisco conmigo, aunque a veces me trataba con ternura: creo que ninguno de los dos tenía a alguien más próximo que yo. Y que no tenían una vida fácil, pobres muchachos: siempre en casas ajenas, luego en los internados de la Escuela de Caballería, aparentemente rodeados de estima, pero tratados como criaturas extrañas, pronto se emanciparon, se relacionaron solo entre sí, como si el resto del mundo les fuera hostil. Ocultaron celosamente su origen judío, siempre más polacos que sus compañeros polacos.

Cuando eran más jóvenes, se vieron inscritos en Escuelas Pías. El primero en ingresar fue Roch. Le pregunté cómo se estaba allí y él se me quejó entre lágrimas de la diana a las seis de la mañana, justo después la misa, y después de la misa un pedazo de pan con mantequilla, pero si uno quería café, tenía que enviar a alguien a buscarlo y pagarlo. A las ocho, de nuevo al aula y clases hasta el mediodía. Luego, la ronda del encargado de guardia y el almuerzo. Hasta las dos, tiempo para jugar en el jardín en la parte trasera del edificio y de dos a cinco, vuelta a las clases. Hasta las ocho de la tarde, tiempo para repetir lo aprendido y hacer los deberes. De todo esto, solo les quedaba una hora para jugar: de ocho a nueve. A las nueve y media ya se acostaban. Y así, día tras día. ¿Es esta la vida de un niño feliz?

Se esforzaban por inculcarles que pertenecer a un linaje noble solo

se debía al azar y a la ciega fortuna y que la verdadera nobleza radicaba en la virtud, de la que era acicate, puesto que sin virtud, talento y buena conducta, la nobleza se volvía fútil y vacua. Por lo que al conocimiento se refiere, recibían sólidas enseñanzas de latín, para que más adelante entendieran bien las demás disciplinas. También había matemática, lenguas extranjeras, historia universal e historia de Polonia, así como geografía y filosofía moderna. Era obligatoria la lectura de periódicos en lenguas extranjeras. También tenían algo que no me cabía en la cabeza: «física experimental» acompañada de ejercicios prácticos. Por lo que me contó Józef, la asignatura me recordó un poco a las prácticas alquímicas.

Más tarde, ya en la Escuela de Cadetes, donde fueron aceptados como los ennoblecidos condes Frank, se les inculcó guardar silencio sobre sus orígenes, no hablar de sí mismos ni intimar demasiado con nadie. Roch, menudo, pelirrojo y nervioso, se daba confianza con inauditas bravatas y, más tarde, con el vino. Józef, en cambio, de tez delicada, recordaba más bien a una muchacha. A veces, al observarlo, me daba la impresión de que si no hubiera sido por el uniforme de cadete que lo ceñía, Józef Frank se habría derramado cual suero de mantequilla. Józef era más alto que Roch y también más fornido, tenía los grandes ojos de su hermana y labios carnosos, siempre llevaba el pelo corto. Sereno y complaciente, en esa actitud recordaba un poco a Franciszek Wołowski.

Las fiestas las pasaban ora en mi casa, ora en la de la familia de Franciszek Wołowski. Durante su estancia intenté transmitirles el conocimiento y la fe de los verdaderos creyentes, pese al recelo de los dos. Aparentemente escuchaban mis enseñanzas, mas parecían ausentes, igual que cuando su padre los castigaba por cualquier falta, pues Jacob sostenía que había que aplicarles mano dura. A menudo, en la época de Częstochowa, me apiadé de ellos, sobre todo de Roch, quien, hasta la muerte de Chana, pasó la infancia en prisión de manera que su mundo se reducía a una sala de oficiales y un pequeño patio junto a la torre donde tenía por compañeros de juego a unos veteranos y, en ocasiones, a algún que otro monje del noviciado. Se me antojaba como una pequeña planta que crecía en un sótano rodeada de humedad, tal vez por eso era tan pequeño y menudo, tan frágil. ¿Cómo iba a ser semejante criatura el sucesor de Jacob? Jacob no le tenía simpatía ni respeto; creo que la mera visión de sus hijos lo irritaba. Por eso me comprometí a velar por ellos. Mas, ay, hacer de padre de esas dos almas extraviadas no me salió bien.

También debía, a su debido tiempo, desempeñar un papel que reb Mordke y yo habíamos desempeñado en la época de nuestras peregrinaciones: el de casamentero. En un principio, Jacob quiso que

tomaran por esposa a mujeres de alta cuna, de la nobleza, pues en aquel entonces nos dirigía a todos hacia fuera: de ahí que debiéramos casarnos con extranjeros y extranjeras. Sin embargo, aquello no duró mucho.

Yo siempre he opinado que debíamos mantenernos unidos, de lo contrario, no sobreviviríamos. Mi hijo Aron, hijo único de Lea, se casó con Marianna Piotrowska, nieta de Moshek Kotlarz, y mis nietos están ahora en Varsovia; todos nuestros esfuerzos se centran en su educación. Mi hija mayor estaba destinada al hijo pequeño de Henryk Wołowski. Como no queríamos que se casara demasiado joven, esperamos a que la niña creciera.

En cierta ocasión me topé en una calle de Varsovia con Moliwda. Me sorprendí de lo poco que había cambiado, quizá había adelgazado y también perdido pelo, según constaté en cuanto se quitó el gorro, mas su rostro y su característica manera de caminar, todo en él parecía invariable. Solo su atuendo era diferente, extranjero, quizá en tiempos elegante, mas ahora un tanto descuidado. No me reconoció enseguida. Primero pasó a mi lado, mas luego se volvió y, como yo no sabía cómo debía comportarme, me quedé parado, dándole así el derecho a hablar en primer lugar. «Nachman», dijo sorprendido. «¿Eres tú?»

«Pues sí, yo mismo. Solo que ahora soy Piotr Jakubowski. ¿No te acuerdas?», respondí.

«¡Qué aspecto tan raro tienes! Te recordaba bien diferente.»

«También yo podría decir que mi memoria guarda otro Moliwda.»

Me dio una palmada en la espalda, igual que en aquel entonces, en Esmirna, y me tomó del brazo y abandonamos la calle para internarnos en un patio, turbados los dos al tiempo que felices. Me embargó tal emoción que las lágrimas pugnaron por inundarme los ojos. «Pensé que pasarías de largo...», dije.

Y entonces, en aquel patio, él hizo algo inaudito: me abrazó, hundió la cara en el cuello de mi abrigo y sollozó de manera tan desgarradora que tuve ganas de echarme a llorar también yo, aunque no tenía motivo alguno.

Desde aquel día lo vi en algunas ocasiones, siempre en una pequeña bodega en la parte trasera de la plaza del mercado donde servían un vino húngaro tan exquisito como el de muchos años atrás. Moliwda siempre acababa emborrachándose, mientras que yo..., a decir verdad..., también.

Ocupaba ahora un alto cargo en la cancillería real, frecuentaba a la mejor sociedad, escribía en los periódicos y me traía sus panfletos impresos; creo que me arrastraba hasta aquella bodega porque, al ocupar un sótano, estaba oscura, e incluso si alguien entrara allí, no lo

reconocería por el rostro. «¿Por qué no te has casado?», le preguntaba cada vez que nos veíamos, al no alcanzar a comprender que prefiriese vivir solo a que mujeres extrañas le lavaran la ropa y compartieran su cama. Aun si alguien no se siente atraído por las mujeres, no deja de ser útil vivir con una.

Él se limitaba a suspirar y contaba una historia, como solía, cada vez un poco diferente, se enredaba con los detalles, mas yo, entendedor, tan solo asentía con la cabeza, pues conocía su inclinación a contar cuentos de hadas.

«Me falta sosiego de espíritu, Nachman», decía inclinado sobre el vaso.

Después siempre acabábamos recordando la época de Esmirna y Giurgiu, y parecía que ahí se hubieran terminado nuestras aventuras y nada más hubiera existido. No quería ni oír hablar de Częstochowa, empezaba a ponerse inquieto y parecía que ya no le interesaba en absoluto lo que había ocurrido tras el encarcelamiento de Jacob. Le apunté asimismo la dirección de los Wołowski y de Chaja Lanckorońska, mas, que yo sepa, nunca los visitó. En cambio, sí vino a verme, ya un poco achispado, cuando me disponía a viajar a Brünn, y nos dirigimos a la bodega de la calle Grzybowska. Me contó cosas del rey, que este lo invitaba a comer y tenía en alto aprecio su poesía, y una vez que había bebido lo bastante, me dibujó en la mesa dónde y qué pelandusca recibía clientes.

Hace bien poco me enteré de que había recomendado para un puesto en la cancillería real al hijo de Michał Wołowski, un joven jurista, y de que velaba por el muchacho, que era muy capaz.

Es cuanto sé de Moliwda. Cuando el Señor nos convocó a Brünn para los últimos días del año 1786, justo antes de mi partida me enteré de que Moliwda había muerto.

LOS ÚLTIMOS DÍAS EN BRÜNN

Cuando, atendiendo a su llamada, llegamos a Brünn, la casa de Petersburger Gasse ya estaba casi vacía. Jacob había convocado para los últimos meses a aquellos que aún quedaban de nuestra javurá de Iwanie, a los más veteranos hermanos y hermanas: a Ewa Jezierzańska, Klara Lanckorońska, los hermanos Wołowski y a mí. Entre los hermanos menores, a Redecki y Bracławski. In situ ya estaban el viejo Pawłowski, Jeruchim Dembowski y algunos más.

Lo encontramos solo en sus nuevos aposentos, pues había ordenado a Ewa y Anusia Pawłowska que lo trasladaran a otra parte del edificio, cosa que me pareció bastante desatinada en vista de las hemorragias y la apoplejía que lo aquejaban últimamente. Estaba irritado y mandó que lo cuidara Redecki,

quien era la viva imagen del nunca suficientemente llorado Hershełe, que había muerto en Lublin. Jacob estaba enflaquecido y demacrado. Su barba de varios días ya estaba completamente blanca, al igual que su pelo: blanco, si bien aún espeso y ondulante. Caminaba apoyándose en un bastón. No me podía creer que lo viera así, y que todo hubiera sucedido en apenas un año, pues en mi memoria seguía siendo aquel Jacob de Esmirna, de Iwanie, un hombre seguro de sí mismo, gallardo y que hablaba en voz alta y se movía con presteza, incluso con cierta brusquedad.

«¿Por qué me miras así, Jakubowski?», me preguntó al saludarme. «Has envejecido, pareces un espantapájaros.»

Era obvio que a mí también el tiempo me había pasado factura, no lo sentía porque no me aquejaba dolencia alguna. Mas sobraba que me comparara con un espantapájaros delante de todo el mundo.

«Tú también, Jacob», respondí, mas él ni siquiera reaccionó a mi insolencia. Los demás soltaron una risita.

Cada mañana salíamos para ver a los acreedores, ora a Brünn, ora a Viena, donde los hijos de Salomón, Dios lo tenga en su gloria, bastante bien relacionados, nos aconsejaban cómo saldar las exorbitantes deudas de la corte.

Al caer la noche –las tardes se prolongaban entonces durante mucho tiempo–, solíamos sentarnos en la sala común; Jacob se aseguraba de que rezásemos en nuestra lengua, aunque brevemente, lo suficiente para no olvidar. De día nos dedicábamos a empaquetar y vender lo que aún era vendible. Al caer la noche Jacob se mostraba deseoso de contar historias y creo que se alegraba de ver a tantos de nosotros. Numerosas de esas historias las apuntamos tanto yo como mis camaradas.

«Hay un lugar al que os llevaré», decía –y yo podría escuchar esta historia infinitamente, me calmaba, y si quisiera que me contaran una en mi lecho de muerte, pediría precisamente esta–, «y aunque ahora pasáis estrecheces, no querríais ninguno de los tesoros del mundo si conocieseis ese lugar. Es el lugar del Gran Hermano, de ese Dios Bondadoso que es favorable al ser humano y lo obsequia con amor fraternal, y que se parece a mí. Y lo rodea un séquito igual que el nuestro: doce hermanos y catorce hermanas, y las hermanas son cómplices de lecho para los hermanos, también igual que aquí. Todas ellas son reinas, pues allí gobiernan las mujeres, no los hombres. Y algo que se os antojará extraño: los apellidos de esos hermanos y hermanas son idénticos a los vuestros en hebreo. Y también sus figuras se parecen a las vuestras, solo que jóvenes, como vosotros erais en Iwanie. Y justamente a ellos es adonde nos dirigimos. Cuando por fin

nos encontremos, vais a desposar a aquellas hermanas y aquellos hermanos.»

Yo conocía esa historia y los demás también la conocían. Siempre la habíamos escuchado emocionados, mas esta vez, en esa casa desierta, tuve la impresión de que todos hicieron oídos sordos. Como si hubiera dejado de significar lo mismo que siempre para convertirse tan solo en una simple aunque hermosa parábola.

Todos nosotros teníamos claro que ahora la figura más importante para Jacob era Moshe Dobruška, a quien llamaban Thomas von Schönfeld. Jacob esperaba días enteros su llegada de Viena y cada mañana preguntaba por una posible carta escrita de su puño y letra. Y la única persona que lo visitaba era el vicethesaurarius Wessel, un amigo de Dobruška, con quien lo relacionaban unos asuntos de los que nada nos dijo. A mí me tocó la labor de escribir cartas, dirigidas principalmente a los acreedores, tranquilizadoras y amables, así como cartas a nuestros hermanos de Altona y de Prossnitz.

Jacob incluso empezó a hablar del regreso a Polonia, por lo que me hizo muchas preguntas sobre Varsovia, por cómo se vivía allí, y a mí me dio la impresión de que la añoraba o que ya se sentía demasiado débil para empezar una nueva vida en un país extranjero. A última hora de la tarde le entraban ganas de evocar recuerdos, así que yo tomaba un papel y los apuntaba, y cuando me dolía la mano, los anotaba Anusia Pawłowska y luego, al día siguiente, lo corregía y copiaba en limpio Antoni Czerniawski.

«Mirad», dijo, «mientras estuve en Polonia, el país gozaba de paz y opulencia. En cuanto me encarcelaron, murió el rey y el país se sumió en una oleada de disturbios. Y cuando lo abandoné definitivamente, el reino fue desmigajado.»

Era difícil no darle la razón.

También dijo que se vestía a la turca, porque por Polonia corría una antigua leyenda según la cual vendría alguien de origen extranjero, hijo de una madre extranjera, que repararía el país y lo liberaría de toda opresión.

No cesaba de advertirnos de que no debíamos regresar a la antigua fe judía, mas aquel invierno, de repente, encendió la primera vela de la Janucá e hizo cocinar platos judíos; todo el mundo los comió de buena gana. Después cantamos en la antigua lengua aquella vieja canción que nos había enseñado reb Isochar:

¿Qué es el hombre? Una chispa.
¿Qué es la vida humana? Un instante.
¿Qué es ahora el futuro?

Una chispa. ¿Qué es el desbocado curso del tiempo? Un instante.

¿De qué nace el hombre?

De la chispa. ¿Y qué es la muerte? Un instante.

¿Quién era Él cuando entrañaba el mundo?

Una chispa. ¿Y quién será cuando engulla al mundo de nuevo? Un instante.

MOLIWDA EN BUSCA DEL CENTRO DE SU VIDA

Tiene que ser lo mejor, algo después de lo cual no duele la cabeza al día siguiente. Después del vino, sin embargo, no puede dormir, se despierta de madrugada, que es la peor parte del día: todo parece un problema, un terrible malentendido. Mientras da vueltas en la cama, regresan antiguos recuerdos, muy nítidos, con todo detalle. Cada vez más a menudo le viene a la cabeza un pensamiento recurrente: ¿en qué momento se produjo el centro de su vida? ¿En qué día su historia alcanzó el cenit, el mediodía, y desde entonces –aunque él no fuera consciente– empezó a declinar hacia el ocaso? Es un problema muy interesante, pues si la gente supiera qué día constituye el punto central de su vida, tal vez supiera dotar de un sentido a esa vida y a los acontecimientos que la acompañan. Desvelado, calcula fechas, crea combinaciones de cifras, como Jakubowski con su obsesión cabalística. Corre el año 1786, las postrimerías de otoño. Nació en el verano de 1718. De manera que tiene sesenta y ocho años. Si muriese ahora, significaría que el centro de su vida fue en 1752. Intenta recordar aquel año, pasa mentalmente las páginas de su calendario interior, no muy preciso, y, finalmente, lo encuentra: si muere ahora, ese punto sería el día en que llegó a Craiova. Curiosamente, lo recuerda muy bien. Incluso recuerda que llevaba una camisa blanca de lino de los bogomilos, que hacía mucho calor y que pequeñas ciruelas demasiado maduras caían sobre un camino reseco donde las aplastaban enseguida las ruedas de los carros. Grandes y gruesas avispas, parecidas más bien a abejorros, se embriagaban con el dulce jugo de las peras del huerto. Personas vestidas de blanco bailaban en círculo. Moliwda permanecía entre ellas sintiendo alegría, pero era esa especie de alegría a la que hay que obligarse: entonces florece.

El trabajo en la cancillería real no pertenece a los más pesados; él, siendo un empleado de mayor antigüedad, se dedica más a vigilar que a la mera escritura. Como conoce lenguas extranjeras, está a cargo de la sección de relaciones con la Sublime Puerta. A decir verdad, tiene una edad en la que ya se puede fingir que se trabaja, y es lo que hace Moliwda.

Moliwda es del agrado del rey por su sentido del humor, su voz un poco ronca y las historias que cuenta. A menudo cruzan alguna que otra frase; el intercambio siempre resulta divertido y acaba en un estallido de risa. Por eso Moliwda goza de estima general. Cuando Estanislao Augusto entra en la cancillería, todo el mundo se apresura a levantarse y hacer una reverencia, salvo Moliwda, quien se levanta con dificultad, y todo a causa de su enorme barriga; puesto que al rey no le gusta la exageración, la reverencia de Moliwda se limita a una inclinación de cabeza.

Moliwda se tiene ahora por una especie de sabio y, pese a algunas

pequeñas crisis, conserva buena opinión de sí mismo. En el fondo, no se considera damnificado por la vida. Intenta vivir como un filósofo cínico. Pocas cosas son capaces de afectarlo. Tiene una pluma afilada y la usa con frecuencia. Hace poco, un tal Antoni Felicjan Nagłowski escribió una Guía de Varsovia donde presentaba los lugares más bellos e importantes de la capital. Moliwda se burló de él, declarando que era una visión de la capital ilusoriamente amable y digna de colegialas. Al mismo tiempo decidió escribir un texto sobre las putas varsovianas, cuyas costumbres había estudiado en los últimos años como un científico que estudia la vida de los salvajes en islas remotas. Dicha obra, titulada Suplemento a la «Guía» editado por otro Autor, apareció en 1779 y se difundió rápidamente, y además, hizo célebres a algunas cortesanas de Varsovia. La posición social de Moliwda se afianzó aún más, pues aunque la edición era efímera y, por añadidura, anónima, todo el mundo sabía que aquel suplemento a la Guía había salido de la pluma de Moliwda.

Lleva años reuniéndose con un grupo de amigos: hay entre ellos algunos compañeros de la cancillería, pero también periodistas y quienes se dedican a escribir obras de teatro. Una alegre compañía que no rehúye las conversaciones inteligentes. Los señores se reúnen todos los miércoles, saborean el vino y fuman sus pipas para luego, animados por el vino, adentrarse en Varsovia en busca de lugares nuevos, aún mejores que los que encontraron la semana anterior. Por ejemplo, el barato establecimiento de Liza Szyndler en la calle Krochmalna, donde se sienten a gusto. Las muchachas llevan camisas holgadas, nada que ver con esas faldas rígidas que se ponen las mozas enfurruñadas de los salones. A Moliwda no le gustan nada esos intentos de fingirse damas. A veces van a la calle Trembacka, donde la planta baja de cada casa es un templo del amor y las mujeres, sentadas en las ventanas, animan a entrar a los clientes. Rara vez usa ahora sus servicios, pues su virilidad no comparte su entusiasmo por las muchachas que llevan camisas que apenas tapan sus posaderas, las «medioculitos», como las llaman en broma y con malicia. Las mujeres siguen atrayéndolo, pero pocas veces es capaz de llevar a cabo un coito normal, lo que lo expone a las sonrisas (mediosonrisitas) y miradas ambiguas. Desde hace un tiempo, ni siquiera lo intenta.

De eso se trata: las mujeres lo atraen, pero, al mismo tiempo, lo repugnan cada vez más. Tiene la impresión de que solo ahora se desmorona en su interior toda esa construcción que se ha ido erigiendo a lo largo de su vida respecto de las mujeres, de su indefensión, santidad y pureza. Siempre sufrió a causa de ellas, las amó sin cesar y las más de las veces fue un amor no correspondido. A ellas dirigió sus oraciones... Ahora, en cambio, las ve, en su inmensa mayoría, como seres simplones, putitas taimadas, vacuas y cínicas que

hacen gran negocio con su cuerpo, comerciando con su agujero, uno y otro, como si fueran eternas y su juventud, de granito. Conoce a muchas y contempla su decadencia con satisfacción. Algunas han sabido amasar con su chocho una fortuna. Tal es el caso de esa Maciejewska a la que visitaban todos los oficiales, uno tras otro, gracias a lo cual se hizo construir un pequeño edificio en Nowe Miasto. Después solo hubo soldados, pero no dejó de ejercer. Recientemente la ha visto hecha una respetable burguesa que goza de buena salud. Ese desprecio de Moliwda se traslada a todas las mujeres, incluso a las nobles (solo en apariencia, piensa), las que con altivez presumen de su origen, sobre el cual, a fin de cuentas, no tuvieron influencia alguna y que, siendo frígidas, se convierten en guardianas de la virtud ajena.

Sus camaradas parecen complacerse, como él, en esa senil aversión a las mujeres. Se pierden en disquisiciones sobre esas muchachas, juegan a confeccionar listas, comparaciones y clasificaciones. En su vejez, Moliwda se da cuenta de que desdeña a las mujeres, y no solo a las de sus listas, sino a todas. Y de que lo había hecho siempre, desde el principio, así fue educado y así funciona su cerebro. Y de que su puro amor juvenil no fue sino un intento de lidiar con ese sentimiento funesto que debe de ser el desdén. Una revolución ingenua, un intento de convertirse en un ser puro y libre de todo mal pensamiento. No lo logró.

Cuando se disponía a abandonar su trabajo para gozar de un merecido descanso, sus amigos encargaron un retrato suyo y pidieron al pintor que reflejara en el lienzo todas las aventuras de Moliwda, tal como se las había contado: sus azarosos viajes por el mar, los piratas, la isla de la que fue rey, sus amantes exóticas, la cábala judía, el monasterio del monte Athos, su contribución a la conversión de los paganos... La mayoría de esas cosas, por supuesto, era pura mentira. Erigieron un monumento a su mentirosa vida.

A veces deambula por las calles de Varsovia, embarradas y llenas de agujeros. En ocasiones llega hasta la calle Ceglana, donde viven numerosos artesanos de la corte y donde tienen sus negocios los Wołowski. Aquí se construyó una casa Shlomo Wołowski. Se trata de un edificio de dos plantas, aún sin acabar, con una tienda en la planta baja y las instalaciones de la cervecería en el patio. Por encima de todo esto se eleva un dulce olor a malta que despierta el apetito.

En cierta ocasión, al ver a una mujer joven, se armó de valor y le preguntó por Nachman Jakubowski.

La mujer le lanzó una mirada de pocos amigos y respondió:

–Debe de referirse a Piotr. No conozco a ningún Nachman.

Moliwda se apresuró a confirmarlo.

–Nos conocíamos cuando éramos jóvenes –añadió para tranquilizarla.

Saca ahora del bolsillo la hoja en que la mujer le ha apuntado la dirección de Jakubowski y decide visitarlo.

Lo encuentra en casa, preparado para salir de viaje. Menudo, mal afeitado y a todas luces no demasiado contento de verlo, Nachman baja de su regazo a un niño, quizá un nieto, y se levanta para saludar a Moliwda.

–¿Te vas de viaje? –le pregunta Moliwda y, sin esperar respuesta, se sienta en una silla libre.

–¿Acaso no salta a la vista? Soy emisario –dice Jakubowski sonriendo y enseñando unos dientes oscurecidos por el tabaco.

Moliwda también sonríe al contemplar a ese anciano menudo y gracioso que no hace mucho le hablaba de la luz que emana del ser humano. Resulta asimismo graciosa la palabra «emisario» referida a semejante alfeñique. Jakubowski está un poco turbado porque Moliwda lo haya encontrado en una situación tan embarazosa: los niños corretean alrededor de la mesa y la nuera irrumpe con gesto torcido para luego retirarse asustada. Dentro de un momento aparecerá con un jarro de refresco de fruta y una cesta de panecillos dulces. Sin embargo, Moliwda no beberá el refresco. Se van a una taberna donde Moliwda encarga un cántaro de vino. Nachman Jakubowski no protesta, aunque sabe que mañana tendrá ardor de estómago.

CONTINUACIÓN DE LA HISTORIA DE ANTONI KOSSAKOWSKI, LLAMADO MOLIWDA

–Tuve una esposa de los vuestros y un hijo de ella –empieza–. Hui de casa para desposarla cristianamente.

Jakubowski lo mira sorprendido, se toca con el dedo la barba de varios días. Sabe que tendrá que escuchar esta historia hasta el final. Moliwda dice:

–Y los abandoné.

Después de que el molinero Berek Kozowicz enviara a Lituania a su hija Małka y al joven Kossakowski, la pareja se alojó en casa de un primo de Małka, un aduanero del puente, un hombre superado por el trabajo y con una familia más que numerosa. Enseguida se dieron cuenta de que era un alojamiento provisional, pese a que les proporcionaron una estancia para su uso exclusivo junto al pequeño establo caldeado con el cuerpo de las vacas. Nadie de la familia, ni siquiera los niños más pequeños, le quitaba el ojo de encima a Kossakowski, como si fuera una extraña criatura de la naturaleza. Resultaba insoportable. Antoni ayudaba a su primo político con los papeles; vestido con un traje judío de uno de los hijos adolescentes del aduanero, iba a la aldea o se peleaba por el peaje junto al puente. Sin embargo, temía que su habla lo traicionara, así que adrede la embrollaba con diferentes acentos, insertaba palabras de otras lenguas, lituanas, rutenas y judías. Cuando regresaba, se le partía el corazón al ver a Małka repentinamente pesada, asustada, atónita ante su estado de mujer encinta, infantil. ¿Qué hacer? El aduanero, que olía a raki, le hacía leer siempre lo mismo, señalándole con una uña negra del dedo el mismo fragmento de un texto que Antoni aún desconocía, hasta que Małka le dijo que era la historia de Dina, la hija de Lea y Jacob, quien, pese a las advertencias, se había alejado demasiado de casa y fue violada por un extraño, Siquem.

–Y tú eres ese Siquem –añadió.

Y cuando en el puente un patán empezó a apuñalarle el pecho con un dedo y a preguntarle qué era, si judiito o polaquito, comenzó a tener miedo, como si, nadando en un río, perdiera pie y el agua lo arrastrase, indefenso, hacia lo desconocido. Lo embargó una inquietud cada vez mayor que acabó convirtiéndose en pánico, tal vez al presentir lo que iba a suceder. Entonces recordó que tenía unos familiares por parte de madre en Troki, unas parientes de la estirpe Kamiński, y se le metió en la cabeza la idea de acudir a ellas en busca de ayuda. Y en efecto, partió en enero, no sin antes cambiar su ropa judía por un traje polaco, noble. Al cabo de tres días llegó a Troki, pero no encontró a nadie apellidado Kamiński. La tía había muerto

varios años atrás y sus hijas se habían marchado con sus respectivos maridos, una a algún lugar de Polonia y la otra, a la Rusia profunda. Sin embargo, se enteró por casualidad de que un comerciante de Troki buscaba un preceptor polaco para sus hijos en Pskov, donde tenía su negocio. Así que Antoni envió al aduanero todo el dinero que poseía y en una extensa carta a él dirigida, y en otra, a su esposa, prometió enviar más en cuanto ganara algo, y suplicó a ese hombre extraño que cuidase de Małka y del niño hasta su regreso. Entonces todo se arreglaría. Que el niño no fuera un simple mamzer ilegítimo, sino un hijo nacido de una unión consagrada por la Iglesia cristiana.

Cuando partía rumbo a Rusia en un día gris de invierno, le llegó una carta, puesto que había dejado su dirección de Troki. Con una mano inexperta, el aduanero escribía que tanto Małka como el niño habían muerto en el parto y le deseaba de todo corazón que la imagen de esos dos seres no lo abandonase durante el resto de su vida y que siempre lo acompañara la idea de que había contribuido a su muerte, y que nada pudiera librarlo de la culpa. Leyó esa carta bajo un inmenso cielo frío, sobre un carro, apretujado entre otros viajeros, y sintió desesperación y alivio a un tiempo: como un nadador arrastrado por la corriente del agua que experimenta el terror hasta que se resigna a su pequeñez e indefensión y se convierte en ese trozo de madera del que nada depende, momento en que llega la paz.

El viaje a Pskov se prolongó durante un mes. La mayor parte lo anduvo a pie, a veces lo llevaban en un carro. Dormía en establos y en ocasiones le parecía que en su cerebro había crecido una úlcera dolorosa con la que se podía vivir siempre y cuando no se la tocase. Y, en efecto, fue posible aparte de algunos momentos que brotaban por sí mismos, sin advertencia alguna, momentos en que el dolor rebasaba los límites mágicamente trazados para embotarlo. Se daban situaciones como esta: iba en trineo con unos campesinos rutenos, helado y sucio, sin parar de llorar durante todo el camino, hasta que, finalmente, el cochero, un hombre robusto con zamarra de piel vuelta, detuvo el trineo y se le acercó para abrazarlo y mecerlo. Permanecieron así, uno en brazos del otro, en medio del inmenso desierto blanco y helado, los caballos exudaban vaho y los abrigadísimos campesinos esperaban pacientemente. Aquel cochero ni siquiera le preguntó por qué lloraba.

En Pskov descubrió que había llegado demasiado tarde, que ya tenían un preceptor, además con mayor experiencia que la suya.

Tras el largo viaje llegó hasta Petersburgo y se dio cuenta de que en adelante podría vivir así: en permanente movimiento, en un carro, a caballo, cada día con gentes distintas. Era amable, inteligente, hablador. Hechizaba enseguida a las personas, que, al presentir que

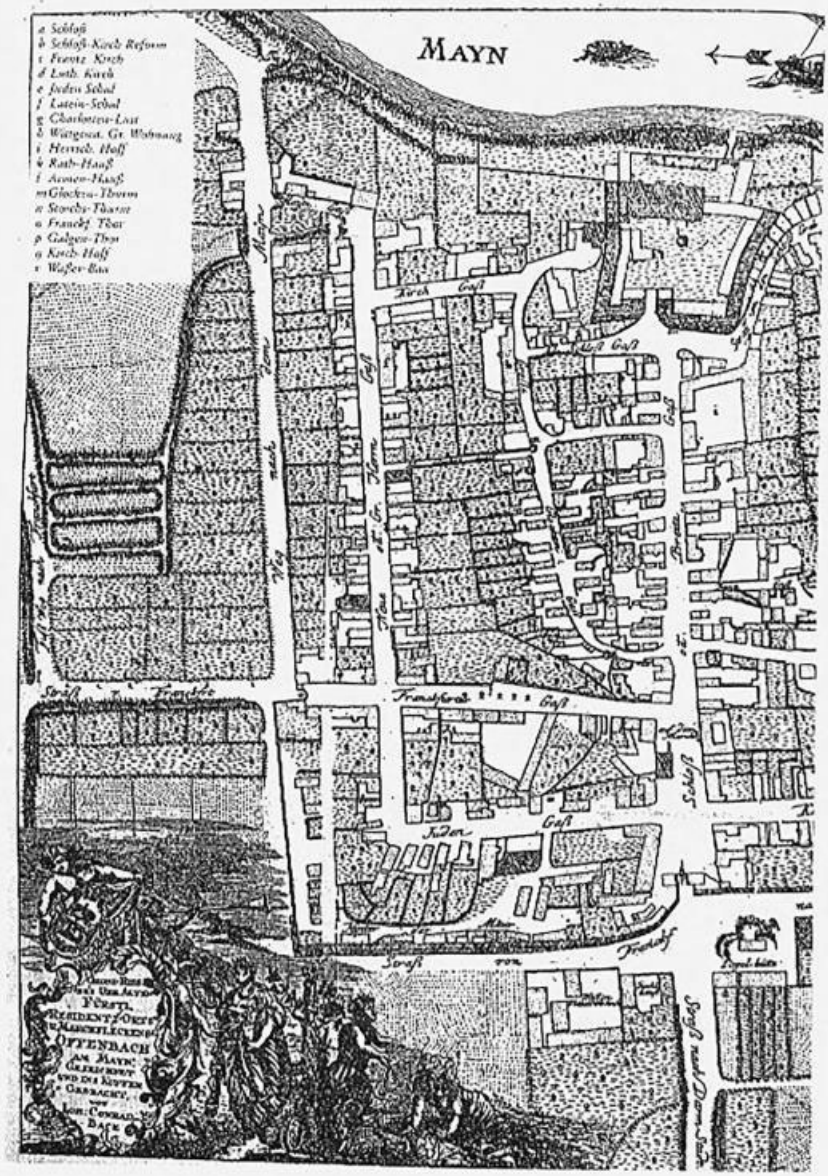
era más joven de como se presentaba, lo cuidaban. Se beneficiaba de su buena disposición sin cruzar jamás el límite del abuso. Bien mirado, el hombre no necesita mucho para vivir: una comida y alguna prenda de ropa. Uno puede dormir en cualquier sitio. A él, además, siempre lo acogían comerciantes a quienes servía de traductor o de contable, o de contador de historias divertidas. Lo ayudaban sencillos campesinos ante los cuales fingía ser un misterioso noble en apuros y a los que siempre trataba con deferencia, como si también ellos poseyeran título nobiliario. No evitaba ni a judíos ni a griegos, aprendió su lengua y de buena gana trabajó de traductor. Unas veces decía que se apellidaba Kamiński, como su madre, otras que Żmudziński, o se inventaba un apellido cualquiera para una noche o dos días. Como se expresaba de forma hermosa, era amable y bien educado, los mercaderes a los que encontraba por el camino lo recomendaban a sus conocidos, de modo que recorrió con sus caravanas todo el territorio otomano. Aquejado de frecuentes accesos de melancolía, acabó por alistarse en la flota del mar Negro. Navegó durante casi tres años y visitó numerosos puertos. Sobrevivió a un naufragio en el Egeo, pasó un tiempo en una cárcel turca de Tesalónica, injustamente acusado, por supuesto. Una vez en libertad, partió rumbo al sagrado monte Athos, confiando en que allí hallaría consuelo. Pero no lo halló. Después hizo de dragomán en Esmirna hasta que acabó recalando entre los bogomilos de Craiova, donde pensaba pasar el resto de sus días.

–Antes de que Jacob apareciera allí... Antes de que me encontraseis... –está diciendo ahora Moliwda.

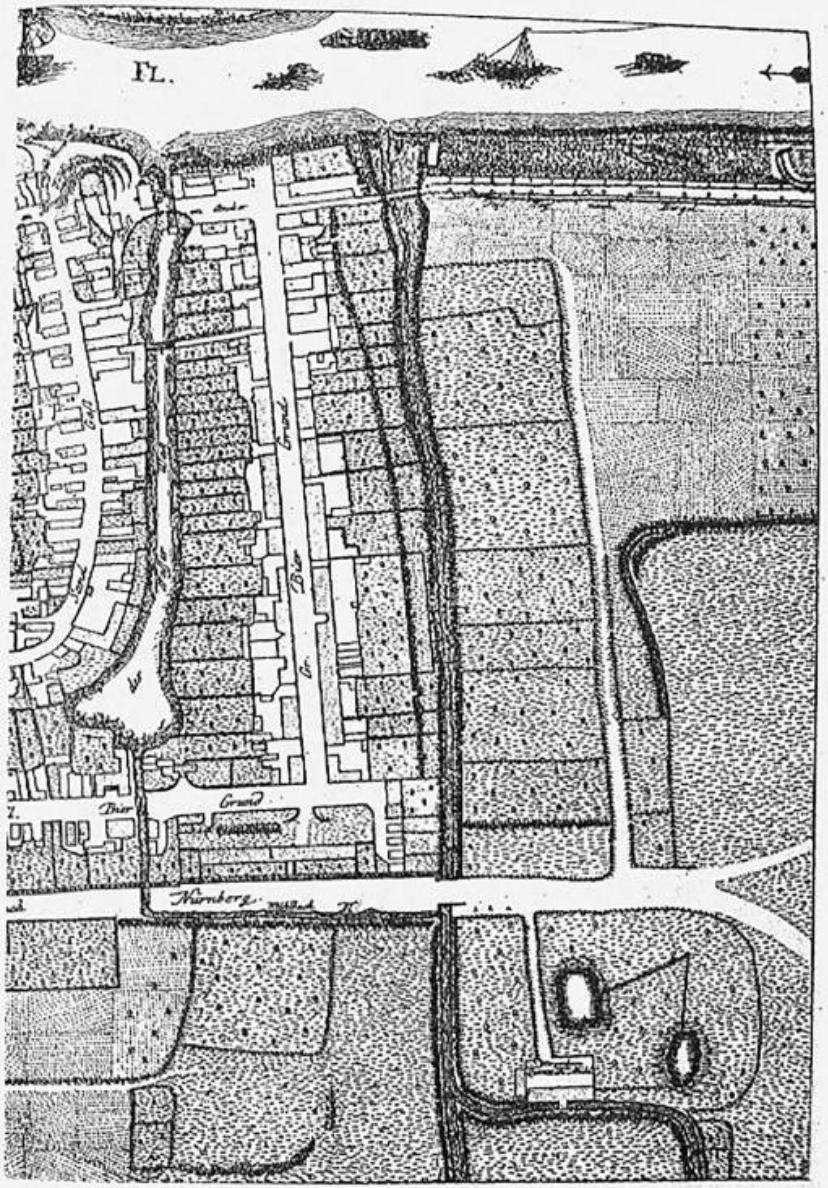
Entre los dos han vaciado dos cántaros de vino y Moliwda se siente muy cansado. Nachman guarda silencio durante un buen rato y luego se levanta y abraza a Moliwda igual que aquel campesino en medio del invernal desierto.

–¿Tú qué crees, Jakubowski, he vivido bien mi vida? –farfulla Moliwda al cuello de Nachman.

Mientras vuelve a casa con paso tambaleante, ve un incendio. Se detiene y durante un buen rato contempla la casa en llamas que albergaba un almacén de instrumentos musicales. Por efecto del calor, se rompen las cuerdas de las guitarras y estalla la tensa piel de los tambores: el fuego toca una música infernal que escucharán los transeúntes hasta el momento en que, con gran pompa, llegue el cuerpo de bomberos.



PLAN VON OFFENBACH 1750 (Joh. Conrad Back)


FL.
Grand
Nürnberg

29

DE LA BANDADA DE CABALLETAS QUE SE HA POSADO EN OFFENBACH DEL MENO

La visión es tan sorprendente que los carruajes locales se hacen espontáneamente a un lado para ceder el paso a esa extraña cabalgada de jinetes y vehículos. En vanguardia va un destacamento compuesto por seis soldados con ropa de colores armados con picas. Lucen imponentes bigotes y, pese a su gesto grave, incluso amenazador, recuerdan a esos heraldos que anuncian la llegada de un circo. Los conduce un guía armado cuyo bigote está fantasiosamente recortado en clave de sol. Tras ellos, avanza un suntuoso carruaje cuyas portezuelas están adornadas con un escudo de armas intrincado y difícil de recordar, y tras él, casi una veintena de vehículos tirados por robustos caballos orientales con numerosas personas a bordo. Al final de todo ruedan carros cargados hasta los topes, cuidadosamente tapados con lona. Tras ellos, más jinetes: jóvenes y apuestos. La cabalgada viene de Frankfurt, cruza el puente sobre el Meno y se dirige hacia Oberrad, que es un suburbio de Offenbach.

La señora Von La Roche, quien visita a su familia de Offenbach y que está a punto de tomar la decisión de establecerse en esa pequeña ciudad excepcionalmente tranquila que recuerda a unas termas, también ordena a su cochero que se haga a un lado. Contempla con curiosidad a esa gente tan extraña y se pregunta qué clase de personas viajan de ese modo. Los guardias llevan uniformes de colores chillones, como los de los ulanos, con predominio de tonos verde y oro, así como de galones y botones. Los altos gorros los adornan plumas de pavo real. Esos jóvenes, casi adolescentes, recuerdan a Sophie von La Roche a caballetas saltarinas de largas patas. De buena gana escudriñaría el interior de la carroza más opulenta, pero las cortinas de las ventanillas están perfectamente echadas. En cambio, no hay impedimento alguno para observar a los pasajeros de los otros vehículos: se trata sobre todo de mujeres y niños, todos primorosamente vestidos con trajes de colores, sonrientes y tal vez un poco avergonzados por el interés que suscitan.

–¿Quién es? –pregunta la intrigada señora Von La Roche a un burgués que no quita ojo al séquito.

–Dicen que es un barón polaco que viaja con sus hijos y su hija.

La cabalgada avanza sin prisas por el suburbio de la ciudad,

recorriendo los angostos callejones empedrados. Los jinetes van dando gritos en un idioma extraño, se oyen sus silbidos. La señora Von La Roche se siente como en una representación de ópera.

Más tarde, cuando Sophie saluda a su prima, igual de excitada, su estancia en Berlín pasa a un segundo plano. Todo el mundo habla del barón polaco, así como de su hija tan bella como misteriosa, que se ha trasladado aquí por invitación del príncipe, quien les ha alquilado el castillo donde se alojarán los recién llegados.

La prima había alquilado un carruaje a Oberrad y vio todo el ceremonioso descenso de la carroza. Ahora lo cuenta, excitada:

–Los dos hijos ayudaron a bajar a un anciano alto, de rojo todo él y con un gorro turco. Llevaba una estrella de brillantes prendida al pecho. De la segunda carroza descendió su hija, vestida como una princesa. Vi brillantes en su pelo. No te lo puedes imaginar: parecían una pareja imperial. Seréis vecinos cuando se muden al castillo.

Desde marzo de 1786, toda Offenbach está un poco soliviantada. En el castillo trabajan los albañiles, el polvo se levanta de las ventanas. Se han encargado cantidades ingentes de tapices, alfombras, telas para forrar paredes, muebles y ropa de cama, todo lo necesario para hacer la residencia del barón polaco cómoda y digna.

Sophie von La Roche, que es escritora y para quien escribir es un hábito, diligentemente apunta en su diario todo lo que ve:

Resulta harto curioso –escribe– ver cómo nuestros queridos offenbachianos se las apañan con la exigua información respecto a esos polacos con la que tienen que conformarse. La mente humana no soporta la incertidumbre ni las ambigüedades, así que enseguida dio pábulo a todas las historias posibles acerca de esa bandada de caballetas. Según los rumores, el hombre viejo vestido a la turca es un alquimista y cabalista, como el famoso Saint Germain, y debe su fortuna al oro que fabrica en su propio taller, cosa que han confirmado los obreros que llevaban allí misteriosos baúles llenos de vidrio, tarros y frascos. Me ha dicho nuestra querida señora Bernard que el barón Frank-Dobrucki no es otro que el mismísimo zar Pedro III milagrosamente salvado de la muerte, lo que explica la presencia de barriles de oro que llegan desde el este para mantener esa corte de Nabucodonosor. Me permití el lujo de participar en ese juego para decirle que no tenía razón. Pues la pretendida hija y sus dos hermanos no son sino hijos de la zarina Isabel y su amante Razumovski, y que el barón solo es su preceptor. Ella asintió con la cabeza, y, a última hora de la tarde del mismo día, mi versión volvió a mí por boca del médico que vino a hacerme una sangría, sin alteración alguna.

DEL ISENBURGER SCHLOSS Y SUS HELADOS HABITANTES

El castillo de Isenburg está situado junto al río y más de una vez sufrió el embate de las inundaciones. Dos marcas a diferente altura dan fe del nivel del agua. La de más arriba corresponde a dos años atrás. De ahí seguramente el moho de humedad sobre las murallas. Ewa tarda mucho en elegir su habitación, se pregunta si prefiere la de la vista al río, en tal caso dispondría de un balcón, o la de un gran ventanal que da a la ciudad. Finalmente, se decide por el río y el balcón.

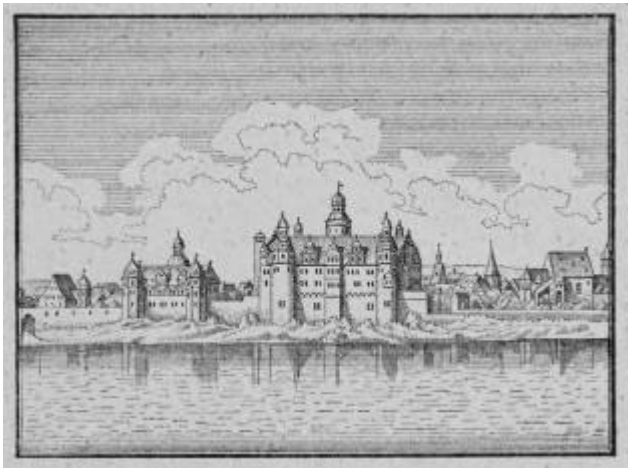
El río tiene muchos colores, es suave y apacible. Se llama Meno, pero su padre se obstina en llamarlo el Prut. La vista de las barcazas y barcos de doble velamen que por él navegan calma a Ewa. Podría pasar horas mirándolos sentada en el balcón; lo percibe como una especie de caricia, el manso fluir del agua, el movimiento de las velas, todo eso de alguna manera roza su cuerpo y deja una estela agradable sobre su piel. Ya ha encargado los muebles: un pequeño escritorio y dos armarios, así como un par de divanes tapizados con tela de color claro y una mesilla de café. A su padre le prepara dos habitaciones con vistas al Meno. Se desplazó a Frankfurt con el único fin de adquirir unas alfombras, ya que su padre no aprueba ni sillas ni sillones. La sala más bella, con una sucesión de ventanales con vidrieras de colores, será el templo, eso ya lo ha decidido. Allí se reunirán los hermanos y las hermanas.

El castillo es imponente, se trata del edificio más grande de la región, causa mayor impresión que cualquier iglesia. Lo separa de la llana orilla un camino permanentemente húmedo, reforzado cada año con piedras que traen hasta aquí unos obreros. También hay un embarcadero para el filibote que lleva el pasaje a la otra orilla. Al lado

del embarcadero hay una taberna y una fragua. En unas mesas de tablones de madera hechas de cualquier manera, se vende pescado del río, principalmente lucios y percas. Ellos, los Polacken, como los llaman en la ciudad, compran la pesca por cestas.

El castillo tiene cuatro plantas. Ewa y Matuszewski dibujaron el plano de uso de cada una de ellas. La planta baja albergará los grandes salones, en la primera vivirán ella, su padre y los hermanos y hermanas más veteranos. Más arriba habrá una cocina y estancias para las mujeres, y las dos plantas superiores las ocuparán los jóvenes. Habrá también una segunda cocina y un lavadero en el edificio anejo. Ewa, que tuvo mucho tiempo para observar los palacios imperiales de Viena, tiene una idea clara de cómo debe ser. Ha contratado a un arquitecto de Frankfurt para que dirija las obras; a veces resulta difícil explicarle qué es lo que quieren: la sala para las reuniones debe carecer de muebles, solo alfombras y cojines; la capilla no precisa de altar, tan solo un estrado en el centro. Hay tantas cosas que ese hombre no entiende... Pasan todo el verano pintando paredes y cambiando los carcomidos suelos. Lo peor está en la planta baja, que se anegó hace dos años. También hay que poner cristales nuevos en todas las ventanas. En Frankfurt ya han comprado un gran número de alfombras y mantas, pues dentro hace frío, incluso en verano. Los compradores pagan de buena gana y sin chistar. De inmediato se presentan banqueros de Frankfurt con ofertas de préstamos.

La mudanza al castillo no es ni mucho menos solemne y no se lleva a cabo en un solo día. Se mudan en la misma época en que la señora Sophie von La Roche, tras enviudar, se establece en Offenbach: en el invierno de 1788.



Las dos escaleras, de peldaños empinados, causarán dificultades a Jacob Frank: camina mal. El largo viaje a Offenbach a través de la

invernal Alemania le provocó un resfriado. En Meissen, donde se detuvieron unos días, tuvo un acceso de fiebre, deliró y volvió a afirmar que lo querían envenenar con la comunión. Mejoró un poco tras la visita a una fábrica de porcelana.

Ahora, desentendido de las obras, indiferente a las tapicerías y telas para las paredes, pasa días enteros dictando cartas que sus emisarios llevarán a Polonia, Moravia, Bucarest y todos los lugares donde hay verdaderos creyentes. Asimismo, convoca a los hermanos mayores. En verano los primeros en aparecer son Jakubowski y Jan Wołowski, y justo después llegan los hijos de los Łabęcki y los de los Lanckoroński, así como los «turcos», como llaman a los verdaderos creyentes de Valaquia. En la casa de Oberrad, donde en un principio se instalaron, no cabían, así que hasta que el castillo esté acondicionado, tienen que alquilar habitaciones en Offenbach, en esas casitas cuidadas y acogedoras de paredes de pizarra. A Jacob lo animan visiblemente las visitas de Thomas, que se deja caer por Offenbach durante sus frecuentes viajes de negocios a Frankfurt. En dos ocasiones han viajado más allá del río, donde Thomas ha presentado a su tío a los banqueros y le ha ayudado a obtener nuevos préstamos.

Sin embargo, por lo general se sientan para hablar. Ahora Jacob, como quien no quiere la cosa, ordena servir café en los pórticos del castillo, donde es posible entrar en calor en los espacios soleados, pero probablemente lo que quiere es que Thomas vea a un hombre apuesto con elegante uniforme blanco que dirige la instrucción militar en el claustro.

–Es el conde Lubomirski –dice Jacob con orgullo infantil.

Thomas guarda silencio, sorprendido, o tal vez simplemente incrédulo.

–¿De dónde lo ha sacado, tío? ¿Un auténtico conde?

Jacob se deleita contando la historia mientras saborea el café. El café importado de Turquía causa sensación en Offenbach. Uno de los verdaderos creyentes ya ha abierto en esa ciudad un pequeño café y frecuentarlo se ha puesto inmediatamente de moda entre los burgueses offenbachianos.

Jacob dice que Lubomirski está en la ruina y que, para evitar ser encarcelado a causa de sus deudas, tuvo que huir de Polonia. Y como en Varsovia había conocido a la bella Tekla Łabęcka, hija póstuma de Moshe Łabęcki y de Teresa, y se había enamorado de ella, la siguió hasta aquí. Jacob le dio un empleo: el conde Lubomirski fue nombrado comandante en jefe de la guardia. Ayudó incluso a diseñar sus uniformes, echando mano de su gran conocimiento en la materia.

Thomas ríe.

–¿Así que esos uniformes chillones son idea de Lubomirski?

A Jacob le indigna esa suposición. La idea de los uniformes fue suya: pantalón amaranto y chaqueta celeste con galones dorados. Los alabarderos llevan un lado de color azul y el otro carmesí.

DE LOS HUEVOS COCIDOS Y DEL PRÍNCIPE LUBOMIRSKI

En el castillo, que lleva años sin ser caldeado, han calado las heladas y todos los fríos posibles, las paredes son gélidas y están húmedas, las chimeneas y las estufas prenden perezosamente. Es cierto que se calientan enseguida, pero en cuanto se quema el último leño, la chimenea se enfría de inmediato. Por eso las figuras de todos tienden a la redondez: esto se debe a las varias capas de ropa que llevan una encima de la otra. El frío aquí es diferente, extraño: se adhiere a la piel, mantiene manos y pies en eterna rigidez, es difícil clavar la aguja en el tambor, es difícil pasar la página de un libro. Por eso en invierno la vida se concentra en una estancia de la planta baja, la más grande, junto a la chimenea y a las estufas turcas con brasas colocadas en los rincones, por lo que la ropa se empapa del familiar olor a humo húmedo. «Huele como en Iwanie», dice el Señor al entrar. La sala sirve también de comedor. Se sientan a la larga mesa colocada lo más cerca posible de la chimenea. Sobre el hermoso servicio prácticamente no hay más que huevos cocidos.

–Te estás volviendo una vieja. Ni siquiera Lubomirski te ha querido, aunque lo invitabas a tomar té en tus aposentos –dice de pronto Jacob a su hija mientras todos desayunan.

Así suele comenzar su mal humor: tiene que zaherir a alguien.

Ewa se cubre de rubor. Lo oyen: sus dos hermanos, Matuszewski, Anusia Pawłowska, Ewa Jezierzańska y, lo peor de todo, Thomas. Ewa deja los cubiertos y sale.

–Ya se sabe que él está aquí por Tekla Łabęcka –dice Ewa Jezierzańska de forma conciliadora y sirve a Jacob un poco de rábano picante–. Es un mujeriego de aquí te espero, hay que tener cuidado con él. Tekla se le resistía, pero es ella quien lo atrae.

–No se resistió durante mucho tiempo –dice Matuszewski con la boca llena, contento de haber logrado cambiar de tema.

Jacob guarda silencio durante un rato. Últimamente se alimenta tan solo de huevos cocidos o asados. Afirma que su estómago ya no digiere nada más.

–No deja de ser un príncipe polaco... –dice Jacob.

–Puede que sea un príncipe, pero está acabado económicamente y no le queda ni pizca de honor –dice Czerniawski en voz baja–. No cuenta ni con dinero ni con respeto alguno. Tuvo que huir de Polonia y de los acreedores. Menos mal que sirve como palafrenero...

–Es el general de la guardia de palacio –lo corrige Matuszewski.

–Pero es un príncipe –insiste Jacob, irritado–. Ve a buscarla –se dirige a Zwierzchowska.

Zwierzchowska ni siquiera hace el ademán de levantarse

–Ella no vendrá. La has ofendido –y tras una breve pausa, añade–: Señor.

En la mesa se hace el silencio. Jacob es incapaz de dominar su indignación, le tiembla el labio inferior. Ahora se ve claramente que tras la última apoplejía el lado izquierdo de su cara se ha marchitado y cae ligeramente.

–He asumido toda vuestra enfermedad –empieza en voz baja, luego habla cada vez más alto–. Mirad quiénes sois, y no me escuchabais y teníais mis palabras por nada. Os he traído hasta aquí, y si me hubierais escuchado desde el principio, habríais llegado aún más lejos. Ni siquiera sois capaces de daros cuenta. Ahora estaríais durmiendo en los palacios reales sobre plumones de cisne y cofres llenos de oro. ¿Quién de vosotros creyó en mí realmente? Todos sois necios, en vano me he sacrificado por vosotros. No habéis aprendido nada, os limitáis a esperar a lo que yo haga, ninguno de vosotros se pregunta cómo me siento y qué me aflige.

Aparta el plato con vehemencia. Los huevos pelados caen al suelo.

–Idos todos. Tú, Ewa, quédate –se dirige a Jezierzańska.

En cuanto se han ido, ella se inclina sobre él y le arregla la golilla de fina lana.

–Me rasca –se queja Jacob.

–Tiene que rascar, entonces calienta.

–Tú me fuiste la más querida, justo después de mi Chana.

Jezierzańska intenta zafarse, pero Jacob la agarra de la mano y la atrae hacia sí.

–Corre las cortinas –dice.

La mujer, obedientemente, corre la gruesa tela hasta el punto de que se hace oscuro y ahora están como metidos en una caja. Jacob dice con voz quejumbrosa:

–Mis pensamientos no son vuestros pensamientos. Estoy tan solo. Vosotros sois personas tal vez bellas y buenas, pero simplonas y sin discernimiento. Hay que hablaros como a los niños. Os hablo de cosas sencillas a través de parábolas sencillas. La sabiduría puede estar oculta en la necedad. Tú lo sabes porque eres sabia –dice Jacob, toma su cabeza y la posa en su regazo.

Ewa Jezierzańska, con cautela, le quita su inseparable gorro y separa con los dedos los canosos y grasientos mechones del Señor.

Jacob está viejo. Ewa Jezierzańska, que lo baña todas las semanas, conoce su cuerpo a la perfección. Su piel se ha secado y se ha vuelto muy fina, pero es lisa como el pergamino; incluso las cicatrices de su

rostro se han alisado, o tal vez solo se agazapan bajo las profundas arrugas. Ewa sabe que los seres humanos se dividen entre los que tienen arrugas horizontales en la frente y los que las tienen verticales. Los primeros son amables, siempre están de buen humor –eso piensa de ellos, ella misma es así–, sin embargo, rara vez logran sus propósitos. Los segundos, los de un surco sobre la nariz, son coléricos e impetuosos, pero logran lo que se proponen. Jacob pertenece a estos últimos. En tiempos, cuando era joven, esas arrugas airadas eran más visibles, ahora parecen haberse alisado; tal vez el objetivo ya se ha cumplido y han desaparecido los motivos de su existencia. En la frente apenas queda una sombra, difuminada a diario por la luz del sol.

La piel de Jacob se ha vuelto parduzca; el pelo en el pecho, en tiempos frondoso y negro, se ha vuelto gris y ralo. Y lo mismo las piernas: ahora están casi lisas. Los genitales de Jacob también han cambiado. Jezierzańska tiene algo que decir al respecto, pues a menudo yació con él, los acogió en su cuerpo. Hace tiempo que Ewa Jezierzańska no los ha visto en actitud de combate; ahora, también a causa de la hernia, recuerdan a un saquito informe que cuelga entre las piernas. En muslos y pantorrillas ha aparecido una red de varices, minúsculas, diminutas, de todos los colores posibles. Jacob ha adelgazado, aunque tiene el vientre hinchado por las malas digestiones.

Ewa vuelve con tacto la cabeza hacia la ventana mientras lava con una suave esponja sus genitales. Debe tener mucho cuidado con el agua para que no resulte, Dios la libre, ni demasiado fría ni demasiado caliente, pues de ser así Jacob grita como si lo asesinara. Y eso que nunca ha sido capaz de hacerle daño alguno. Es el cuerpo humano más valioso que conoce.

Fue ella quien tuvo la idea de enviar a alguien al campo para pedir a los campesinos unas pequeñas tijeras de podar, de esas con las que se cortan las pezuñas hendidas de los animales de granja, pues solo con ellas se pueden cortar las uñas de los pies de Jacob.

–Ve a ver a las mujeres más jóvenes, Ewa, y elígeme un par, tú sabes cómo me gustan: diles que preparen un traje blanco y que lo tengan listo. No tardaré en llamarlas.

Ewa Jezierzańska suelta un teatral suspiro y dice con fingida indignación:

–No conoces ni enfermedad ni vejez, Jacob... Debería darte vergüenza.

Se ve que eso lo halaga, esboza una sonrisa y abraza su oronda cintura.

CÓMO LA LOBA ZWIERZCHOWSKA MANTIENE EL ORDEN EN EL CASTILLO

Hay que empezarlo todo desde cero. Zwierzchowska es la cansada administradora de esa corte, lleva las llaves prendidas al cinto, ha tardado mucho en aprendérselas.

Allí donde se encuentre, Zwierzchowska asume siempre la mayordomía y se pone a gobernar. Es como una loba que cuida de su manada, la alimenta y la protege. Sabe ahorrar, entiende cómo se debe administrar una casa grande, lo aprendió ya en Iwanie, y después lo siguió aprendiendo allí donde se instalaban, en lugares como Wojsławice, Kobyłka, Zamość, en algunas mansiones nobles de menor categoría y en las aldeas donde los acogían. Sabe que ha contribuido a un crimen y que por su culpa han muerto catorce personas, pesan sobre su conciencia, e incluso ahora, pasados muchos años, recuerda perfectamente aquella escena en la que fingía ser la esposa del rabino Zyskiel de Wojsławice. Lo hizo con torpeza, todo el mundo debería haber descubierto el engaño. Se explicó a sí misma que así debía ser, que estaban en guerra y que en la guerra rigen otras leyes que en tiempos de paz. También se vengó por la hija violada que se había ahorcado. Tenía derecho a la venganza. Ahora su marido le repite que no se culpe; todo el mundo participó en aquello. Mordían como animales rabiosos. Parece que a nadie le atormenta más que a ella. Jacob le ha prometido que cuando lleguen los últimos días y se dirijan hacia la Doncella, él la llevará de la mano. Esa promesa la ha ayudado mucho. Espera que ningún sortilegio le caiga encima y que no la aceche ninguna maldición. Al fin y al cabo, luchó en defensa de su gente.

Ahora, cuando sufre de hinchazón de piernas, cuenta con la ayuda de su jovencísima nuera, Eleonora, de soltera Jezierzańska. Zwierzchowska, que se mueve con dificultad, a menudo se apoya en Eleonora, momento en que dicen de ellas que se parecen a Noemí y Rut.

Ewa Jezierzańska, la madre de la nuera de Zwierzchowska, cuando está junto a Jacob y no en Varsovia, gobierna a los jóvenes, se ocupa de su alojamiento, de las señoritas, de sus labores y diversiones. Se encarga de la correspondencia, fija el hospedaje y las fechas de llegada de los hermanos a Offenbach, como si fuera una posada de lo más concurrida. Cuando regresa a Varsovia, sus obligaciones recaen en Jakub Zalewski, yerno del joven Dembowski. Los Czerniawski, por su parte, se encargan de las finanzas; su hijo Antoni es el secretario del Señor, junto con Jeruchim Dembowski, a quien Jacob desea tener siempre a su lado. Junto a los aposentos del Señor tienen toda una cancillería aún más grande que en Brünn. Varios jóvenes copian las cartas antes de enviarlas a los verdaderos creyentes. Dembowska, la mujer de Jeruchim, desde su pequeña habitación arriba del todo, bajo

un tejado constantemente atacado por las garras de las palomas, se ocupa del comercio de las gotas de oro. Es una suerte de estafeta de correos: está repleta de cajas de madera y de montañas de estopa para forrarlas. Los estantes están reservados a la preciosa mercancía: cientos de frascos ya rellenados de gotas de oro; su hija escribe las etiquetas. La cocina está a cargo de una de los Matuszewski, quien se ha casado con un hijo de Michał Wołowski. Es una mujer autoritaria y segura de sí misma, su figura y temperamento encajan con los enseres de la cocina, pues aquí no hay cazuelas, sino calderos y enormes sartenes, y las ollas de asar son capaces de dar cabida a la oca más grasienta. Para los trabajos más pesados se contrata a muchachas de la ciudad, pero toda señorita que esté de paso tiene la obligación de ayudar en la cocina.

Franciszek Szymanowski, quien en Brünn se encargaba de la guardia y de la instrucción militar, de modo que ostentaba un poder absoluto, se ha visto obligado a compartirlo ahora con el príncipe Lubomirski. Lo ha hecho de buena gana, e incluso con solemnidad: le hizo entrega del bastón de mando encargado en Brünn que descansaba sobre un cojín. Ya acusa cansancio de la «legión» cada vez más numerosa. Solo ha conservado la función de conducir el séquito cuando cada domingo se dirigen a la iglesia por el camino que bordea el río. Entonces la gente sale de sus casas para observarlos. Szymanowski guía la cabalgada: va erguido y orgulloso a lomos de su caballo. En los labios siempre lleva una especie de media sonrisa entre pensativa e irónica. Pasea la vista por la gente como si esta fuera un césped aburrido y monótono. El príncipe Lubomirski cabalga junto a la carroza de Jacob y Ewa. El séquito aparece con tal puntualidad que los burgueses de Offenbach podrían poner sus relojes en hora: ¡es el momento del café matutino! He aquí un conde polaco de camino a Bürgel, a la única iglesia católica de la región, formando parte de una comitiva como si fuese un fauno.

La misa se celebra solo para ellos, y los Polacken, como aquí los llaman, llenan por completo la pequeña capilla. Rezan en silencio, cantan en polaco. Jacob tiene la costumbre de yacer con los brazos extendidos en forma de cruz frente al altar, lo que impresiona sobremanera a los pocos católicos de la localidad de Bürgel; desconocían la ostentosa religiosidad oriental. El párroco los alaba y los pone como ejemplo. Desde que están aquí no faltan velas ni incienso. Además, recientemente Ewa ha regalado a la parroquia nuevas vestimentas sacerdotales y una hermosa custodia de oro encastada con las piedras más caras. El sacerdote casi se desmaya al verla, y ahora se preocupa cada noche por si ese preciado objeto no irá a tentar a algún ladrón.

EL CUCHILLO INCRUSTADO DE TURQUESAS

El príncipe Jerzy Marcin Lubomirski estaba totalmente arruinado cuando llegó a Offenbach. De su inmensa fortuna, una de las más grandes de Polonia, no quedaba nada. En los últimos años se dedicó en cuerpo y alma a trabajar para el rey, quien apreció sus grandes conocimientos en actrices y coristas, así como en todos los asuntos que ocurren entre bambalinas: el príncipe Lubomirski estaba encargado de organizar el teatro real de Varsovia. Lamentablemente la mala fama de traidor y pendenciero lo perseguía. En un principio, todavía como comandante de la fortaleza de Kamieniec, mancilló su honor aristocrático casándose con una mujer sin el permiso de sus padres ni de los de ella. El matrimonio resultó breve y desgraciado. Tras el divorcio, volvió a casarse, pero ese segundo matrimonio tampoco duró. Tuvo también escarceos amorosos con hombres. A uno de sus amantes lo obsequió con una pequeña ciudad y varias aldeas. Probablemente no estaba hecho para el matrimonio. Siempre se ha considerado a sí mismo un soldado. A todas luces, se percató de sus talentos tácticos el mismísimo rey de Prusia Federico, pues lo nombró general durante las guerras de Silesia. Empujado por un aburrimiento difícil de explicar, inherente a la forma prusiana de hacer la guerra, el príncipe desertó del ejército de Prusia y fundó su propio destacamento con el que atacó a sus hasta entonces compañeros de armas. Combatió en dos frentes, luchó también contra el ejército polaco y al mismo tiempo se entregó con deleite a la violencia y el saqueo. El espacio entre dos frentes, la muy deliciosa anarquía, la suspensión de toda ley humana o divina, las aldeas calcinadas tras el paso del ejército, el campo de batalla repleto de cadáveres susceptible aún de saquear matando a los indigentes que allí rebuscan, el dulce olor a sangre mezclado con el hedor del alcohol digerido: ese era el principado de

Jerzy Marcin. Finalmente fue capturado por los polacos y condenado a muerte por traición y pillaje. Intercedió por él su familia y la condena a muerte fue conmutada por años de prisión. Sin embargo, cuando se fundó la Confederación de Bar, alguien se acordó de sus talentos para el mando y le ofrecieron la oportunidad de rehabilitarse. Pasó a abastecer las tropas de Pułaski en la fortaleza de Jasna Góra y visitaba el lugar con frecuencia.

Lubomirski aún recuerda bien la noche en Częstochowa en la que murió la esposa de aquel Frank. Observó a los neófitos formando un pequeño cortejo fúnebre y cómo, con el permiso del comandante de la fortaleza, estos salieron más allá de las murallas para enterrar el cuerpo en una cueva. Nunca en su vida había visto personas tan afligidas. Pobres, ajados, ennegrecidos, vestidos unos a la turca, otros a la cosaca, y las mujeres con baratos vestidos de colores chillones nada apropiados para un entierro. Le dieron pena. ¿Quién iba a pensar que ahora se encontraría entre ellos?

Durante el caótico asedio supo que, pese a la prohibición de contactar con los prisioneros, los soldados acudían a aquel Frank como si fuera un cura, y este les imponía las manos en la cabeza. Pues entre los soldados reinaba la convicción de que su tacto otorgaba protección ante golpes y balas. Y todavía recuerda a aquella muchacha, la hija de Frank, jovencísima y asustadiza, a quien su padre no permitía salir de la torre, temiendo seguramente por su virtud, pues a veces la veía volver a hurtadillas del pueblo al monasterio con la capucha cubriéndole la preciosa cabecita.

En la época de Częstochowa el príncipe cayó en un sombrío estado de ánimo. No sabía rezar, recitaba de carrerilla las oraciones, tampoco se sentía cómodo con los exvotos colgados de las paredes. ¿Y si a él le golpeara tamaña desgracia? ¿Si hubiera perdido una pierna o un estallido le hubiese desfigurado? Pero de una cosa sí estaba seguro: la Madre de Dios protege a los que son como él, lo ha demostrado en muchas ocasiones. Se comporta como un miembro de la familia, una bondadosa tía paterna que le ayudará a salir de cualquier aprieto.

Aburrido por el tedio reinante en el monasterio, se emborrachaba todas las noches y azuzaba a sus suboficiales a lanzarse sobre la joven hija del prisionero. En cierta ocasión, en un arranque de ebria generosidad, hastiado de ese lugar donde se sentía tan preso como ese judío extraño, obsequió a los neófitos con una cesta de víveres conseguidos con muchas dificultades en el pueblo y con un barril de un vino no muy bueno extraído de la bodega de los frailes. Frank le envió un amable agradecimiento junto con un hermoso cuchillo turco con una empuñadura de plata incrustada de turquesas, un regalo mucho más valioso que la cesta con comida y el vino ácido. Lubomirski extravió en alguna parte ese cuchillo, pero más tarde,

cuando se le complicó mucho la vida y se encontró en Viena, de pronto lo recordó.

Tras la caída de Jasna Góra regresó a Varsovia. Se decía que en la Dieta de la Partición él mismo había quitado de en medio a Rejtan, quien se rasgaba las vestiduras en un desesperado intento de impedir la pérdida de la independencia, y que después incluso había participado en el trazado de las nuevas fronteras, menoscabadas y tullidas, del Reino de Polonia. Por eso en Varsovia todos sus conocidos empezaron a cambiar de acera al verlo. Él, por su parte, en una Varsovia sumida en el caos, llevó una vida de desenfreno, dilapidando los restos de su fortuna y contrayendo deudas descomunales. Bebía, jugaba a las cartas..., lo llamaban «libertino», palabra recientemente puesta de moda, a pesar de que se mantuvo del lado de los ultracatólicos durante muchísimo tiempo. Cuando en 1781 se publicó la lista de sus deudas, figuraban en ella más de cien apellidos de acreedores. Estos calcularon minuciosamente la astronómica suma: dos millones seiscientos noventa y nueve mil doscientos noventa y nueve zlotys polacos. Estaba en la ruina, era tal vez el hombre más arruinado de Europa. Pasados unos años, por boca de una de sus conocidas, la vieja Kossakowska, se enteró de que la corte de Jacob Frank se había trasladado a Offenbach.

De repente, aquel cuchillo incrustado de turquesas, extraviado o regalado a una prostituta, desgajó del caos de los pensamientos del príncipe una idea sorprendente: que debía tener algo en común con esa gente, ya que se topaba con ella a cada paso, cada pocos años, pues por primera vez los había visto en Kamieniec, cuando todavía eran judíos, ocultos tras sus inmensas barbas; después, ya bautizados, cuando, atendiendo a la petición de la marimacho de Kossakowska, permitió que pasaran todo un invierno en su heredad. Debe de existir una fuerza invisible que liga los destinos humanos, pues ¿de qué otra manera se podría explicar coincidencias como la de encontrárselos de nuevo en Częstochowa? Lubomirski, ahora que prácticamente ya no tiene dónde caerse muerto, cree en los hilos invisibles del destino, aunque sobre todo confía en sí mismo. Además, está profundamente convencido de que su camino vital es consecuente y recto, como un sendero cortado con sable en un trigal. Tan solo lamenta no haber intercambiado palabra alguna en Częstochowa con aquel Jacob. Y ahora aquel prisionero ennegrecido posee un castillo y una corte propios. Y con toda seguridad los posee para salvar al príncipe Lubomirski cuando este se ve obligado a desaparecer de Varsovia.

Únicamente las ideas temerarias, anómalas, se podría decir incluso que excéntricas, tienen posibilidades de éxito: es lo que su turbulenta vida le ha enseñado. Pues toda la vida del príncipe Lubomirski hasta ahora está jalonada de decisiones anómalas que el vulgo es incapaz de

comprender.

Esta vez también fue así. Envió una carta a un antiguo amigo de la época prusiana, el príncipe Friedrich Karl Lichnowsky, pidiéndole que intercediera por él ante Frank, ya que este, sin saber cómo, se había hecho merecedor de tal honor. Le pidió que mencionase su antigua amistad, sin entrar en demasiados detalles, pero haciendo mención a su delicada y difícil situación. Al poco recibió de su amigo una carta escrita a toda prisa y en tono entusiasta que lo informaba de que el barón Frank-Dobrucki se sentiría honrado de poder ofrecer a Su Alteza el príncipe Lubomirski la comandancia de su guardia personal, pues de esa manera esperaba elevar el esplendor de su corte. Frank también ofrecía al príncipe una vivienda en la mejor parte de la ciudad, un carruaje y un ordenanza con rango de coronel.

Y fue lo mejor que podía ocurrir, pues el príncipe ni siquiera tenía el dinero suficiente para el viaje a Offenbach y tuvo que pelear en cada posta para que le dejaran los caballos a crédito.

DE LA CASA DE MUÑECAS

–Querida amiga, creo que puedo llamarla así –dice Sophie von La Roche con una desenvoltura por la que aquí ya es conocida y no sorprende a nadie.

Toma a la turbada Ewa del brazo y la conduce hacia una mesa donde hay sentadas otras personas. Se trata principalmente de burgueses y fabricantes de Offenbach, como por ejemplo los señores André y Bernard, descendientes de los hugonotes a los que acogió un antepasado del príncipe de Isenburg más de cien años atrás, igual que el príncipe de ahora ha acogido a Frank y su corte.

Algunos invitados deambulan por el salón, a través de la puerta abierta a la otra estancia se ve unas personas afinando instrumentos. Ewa Frank y Anusia Pawłowska toman asiento. Ewa, como siempre que se siente insegura y quiere parecer confiada en sí misma, e incluso grosera, hincha levemente los labios.

–Ya lo ve usted, aquí siempre reina el caos. ¿Cómo se puede trabajar en estas condiciones? Sin embargo, ayer, el señor André, nuestro buen amigo, trajo de Viena las partituras que están más de moda, nos disponemos a ensayar. ¿Tocan ustedes algún instrumento, señoras? Nos hace falta un clarinete.

–No tengo talento para la música –dice Ewa–. Mi padre le dio mucha importancia a la educación musical, pero, qué le vamos a hacer... ¿No podría acompañar con el clavicordio?

Le preguntan por su padre.

–Mi padre les pide disculpas, rara vez sale de la casa. Sufre de una dolencia.

Sophie von La Roche, mientras les sirve tazas de chocolate, pregunta preocupada:

–¿No necesitará un médico? En Frankfurt vive el mejor de los mejores, le escribo una nota ahora mismo.

–No, no se moleste, nosotros tenemos nuestros propios médicos.

Se hace el silencio, como si todo el mundo tuviera que detenerse a reflexionar sobre lo que ha dicho Ewa Frank, qué significará ese «nosotros» y qué significará «nuestros propios médicos». Gracias a Dios, de la estancia contigua empiezan a llegar los primeros compases de la música. Ewa suelta el aire de los pulmones y frunce los labios. Sobre la mesa hay desplegadas unas partituras, salta a la vista que están recién salidas de la imprenta, las páginas todavía sin cortar. Ewa coge una y lee: Musikalischer Spass für zwei Violinen, Bratsche, zwei Korner und Bass, geschrieben in Wien. W. A. Mozart.

El té, tomado en panzudas tazas, sabe a gloria. Ewa no está acostumbrada a esa bebida, detalle del que Sophie von La Roche toma diligente nota mental. Qué raro, todos los rusos beben té.

Ewa, con interés y también discreción, observa a Sophie: tiene alrededor de cincuenta años pero su rostro es sorprendentemente fresco y joven, y sus ojos son los de una muchacha. Va vestida con modestia, no como una aristócrata, sino más bien como una burguesa. El cabello peinado hacia arriba, entrecano, lo sujeta una delicada cofia con volantes cuidadosamente fruncidos. Le parece pulcra y cuidada hasta que repara en sus manos: están manchadas de tinta, como las de un niño que aprende a escribir.

Cuando el pequeño ensemble se pone a tocar, Ewa aprovecha que ya no tiene que hablar con nadie y pasea la vista por el salón. Ve algo que atrae su atención durante un buen rato. No puede concentrarse en la música y en cuanto llega el descanso quiere preguntar por ese algo a la anfitriona, pero los músicos regresan a la mesa, tintinean las tazas, los hombres bromean y la anfitriona en medio del alboroto presenta caóticamente a los nuevos invitados. Ewa nunca había visto personas de la alta sociedad tan espontáneas y divertidas. En Viena todos eran envarados y guardaban las distancias. De pronto, ella misma, sin saber cómo ha ocurrido –debe de ser por Anusia, quien, excitada, con rubor en las mejillas, elogia a Ewa, y por los bondadosos y sabios ojos de Sophie que parecen protegerla–, ya está sentada al clavicordio de la señora Von La Roche. El corazón le late con violencia, aun así sabe que su mayor destreza no es tocar el clavicordio, sino controlar los sentimientos: «La boca no se deja engañar por el corazón, ni el cuerpo desvelará lo que el corazón siente.» Es el efecto de las antiguas enseñanzas. Se pregunta qué tocar; le pasan las partituras, pero ella con calma las aparta y fluye bajo sus dedos aquello que estudió en Varsovia mientras su padre estaba

encerrado en Częstochowa. Toca una sencilla balada campesina.

Cuando Ewa y Anusia se marchan, Sophie von La Roche detiene a Ewa junto a la casa de muñecas.

–He notado que ha despertado su interés –dice–. Es para mis nietas. No tardarán en llegar. Estas pequeñas maravillas las hace un artesano de Bürgel. Mire, su última obra es esta calandria.

Ewa se acerca para poder contemplar hasta los detalles más minúsculos. Ve una pequeña cajonera y una cómoda para la ropa de cama sobre la que hay montados dos rollos de madera entre los cuales se prensa un pedacito de lino blanco.

Antes de acostarse repasa todos los detalles de la casa de muñecas. En la planta baja: un cuarto de costura y un lavadero lleno de tinas y herradas, una estufa y unas cacerolas, una tejedora y unos barriletes. También hay aquí un pequeño gallinero, cuidadosamente pintado de blanco, y una escalerita para aves de corral. Y las propias aves, patos y gallinas de madera en miniatura. En la primera planta: una estancia de mujer con paredes forradas de tela, una cama con dosel, y sobre una mesilla un hermoso servicio de café de color claro y a su lado una bonita cuna con una cortinita de encaje. En la segunda planta: el despacho del dueño de la casa y el propio dueño con una levita; en su escritorio descansan varios recados de escritura y una resma de papel no mucho más grande que la uña del pulgar. Del techo cuelga una araña de cristal de Bohemia y en la pared un espejo, también de cristal. Arriba de todo está la cocina, llena a rebosar de cacerolas, cedazos, platos y cuencos del tamaño de un dedal, y en el suelo hay incluso una mantequera de hojalata con una manivela de madera, igualita a la que tenían en Brünn, ya que las mujeres preferían hacer ellas mismas la mantequilla.

–Mírela usted de cerca, señora –dice la anfitriona y le entrega la minúscula mantequera. Ewa coge el objeto con dos dedos y se lo acerca a los ojos. Con sumo cuidado lo deja en su sitio.

Por la noche, Ewa no duerme. Anusia la oye llorar silenciosamente. Así que camina descalza por el helado suelo hasta la cama de su señora y se abraza a la espalda sacudida por el sollozo.

EL PELIGROSO OLOR A MOSCATEL Y AGUAMIEL DE FRAMBUESA

En plena noche Jakubowski pasa a limpio sus apuntes sobre el sueño del Señor. Ha soñado lo siguiente:

He visto a un polaco muy viejo cuyo pelo blanco le llegaba hasta el pecho. Junto con Avacha llegué hasta su morada. Su casa estaba situada en una solitaria llanura bajo un monte muy alto. Nos

dirigíamos a esa casa y bajo nuestros pies había hielo y sobre ese hielo crecían hermosas hierbas medicinales. El palacio estaba bajo tierra, constaba de seiscientas habitaciones, cada una tapizada de paño rojo; un poco más adelante, en un gran número de estancias se sentaban magnates polacos como los Radziwiłł, los Lubomirski y los Potocki, y ninguno de ellos llevaba lujosas fajas, sino que eran jóvenes e iban modestamente vestidos, con barbas negras y rojas, y se dedicaban a labores de costura. Aquello me sorprendió sobremanera. Después el anciano nos mostró una palanca en la pared de la cual se podía extraer una bebida, y junto con Avacha probamos ese maravilloso elixir, que tenía un sabor como de aguamiel o de moscatel tan indeciblemente bueno que lo seguí sintiendo incluso después de despertarme.

Estamos en plena noche de diciembre, se acaba de apagar la estufa, Jakubowski se dispone a acostarse. De pronto oye un estruendo en la planta baja, como si algo metálico se hubiera desplomado sobre el enlosado, y justo después gritos de mujeres y ruido de pisadas. Se echa por encima el abrigo y baja con cautela por la escalera de caracol. En la primera planta centellean las velas. A su lado pasa corriendo Zwierzchowska:

–¡El Señor se ha desmayado!

Jakubowski se cuela en la habitación. Casi todos están ya ahí (se alojan más abajo o bajan más deprisa por esa terrible escalera). Jakubowski se abre paso y comienza a rezar en voz alta: «Dio mio Baruchia…», pero alguien lo manda callar.

–No se oye si respira. Enseguida llegará el doctor.

Jacob yace boca arriba como si durmiera, tiembla ligeramente. Ewa, de rodillas junto a su padre, llora en silencio.

Antes de que llegue el doctor, Zwierzchowska echa a todos de la habitación de Jacob. Ahora esperan en el pasillo, se oye el aullido del viento, hace un frío helador. Jakubowski, con los dedos entumecidos, sostiene su abrigo y reza en voz baja, balanceándose hacia delante y hacia atrás. Los hombres que traen al doctor de Offenbach lo apartan airadamente a empujones. Se queda allí con los demás hasta la mañana, y justo antes del alba a alguien se le ocurre la idea de colocar unas estufas turcas en el pasillo.

La mañana siguiente es extraña, como si no hubiera empezado el día. La cocina no funciona, no hay desayuno. Los jóvenes, que se han reunido como todas las mañanas para asistir a clase, ya han sido informados de que esta se ha cancelado. La gente de la ciudad acude al castillo para preguntar por la salud del barón.

Es curioso, todo el mundo dice que el Señor sabía lo que sucedería, pues ¿cómo si no envió cartas a Varsovia recientemente en las que

ordenaba acudir a Offenbach a todos los verdaderos creyentes? ¿Y quién lo obedeció?

Han vuelto para quedarse sus hijos Roch y Józef, llegaron con baúles y sirvientes. Pero si albergaban alguna esperanza de ostentar a la diestra de su padre el poder que les correspondía por nacimiento, cometieron un craso error. Les proporcionaron hermosas habitaciones, pero, al igual que todos los demás, deben pedir oro para cualquier gasto a Czerniawski, quien gracias a Dios se muestra generoso con los hijos del Señor. También ha venido a Offenbach junto con sus dos hijas Anna y Rozalia (la mayor se quedó en Varsovia) Piotr Jakubowski, quien, tras la muerte de su esposa, consideró que no tenía nada que hacer en Varsovia y se puso bajo la protección del Señor. Ahora vive en una habitación de la última planta, con un ventanuco en la pared inclinada, y allí –por orden de Czerniawski– se dedica a recomponer las palabras del Señor y a sus propios e insólitos estudios. Cuando en su ausencia Czerniawski visita esa pequeña madriguera, encuentra en la mesa un montón de papeles y no tiene reparo en hurgar en ellos. No entiende nada de los cálculos, dibujos y esbozos hebreos de Jakubowski. En cambio, encuentra unas profecías extrañas escritas con letra temblorosa, una crónica de acontecimientos que se remonta a mucho tiempo atrás, así como unas hojas cosidas a mano en cuya primera página figura el título de Retazos. Czerniawski las hojea curioso sin comprender a qué corresponden esos retazos, a qué todo se refieren.

Antoni Czerniawski, el hijo de Israel Osman de Czerniowce, aquel judío turco que llevó a la compañía de Frank a través del Dniéster, en nada recuerda a su padre. Aquel era moreno, delgado y vehemente; este en cambio ya está entrado en carnes y es muy tranquilo y observador. Es un hombre de baja estatura, silencioso, muy concentrado, con una frente eternamente fruncida y preocupada que lo avejenta. Pese a su corta edad, ya ha criado barriga, por lo que su figura parece más maciza de lo que es. Tiene una cabellera tupida y completamente negra que le llega hasta los hombros, y una barba que se recorta de vez en cuando. El Señor no cuestiona esa barba, la única en el castillo de Offenbach. Le tiene una confianza infinita y a él encomienda el cuidado de las finanzas, asunto nada sencillo: los ingresos, aunque cuantiosos, son muy irregulares; en cambio, los gastos, que no son menores, lamentablemente, son muy regulares. También desempeña la función de secretario y tiene la costumbre de entrar en cualquier habitación cuando le viene en gana, sin llamar ni anunciarse. Sus ojos castaño oscuro examinan cada detalle. Sus frases son breves y concretas. A veces sonríe ligeramente, más bien con los ojos, que se convierten entonces en pequeñas rendijas.

Es él, Czerniawski, quien ha resultado digno de la mano de la hermana más pequeña del Señor, Ruta. Considera que ha recibido un tesoro. Ruta, Anna Czerniawska, es una mujer sabia y ponderada. La antigua intimidad mantenida por su hermana, Ewa Jezierzańska, con Jacob, hace que Czerniawski se sienta en cierto modo cuñado por partida doble (Ewa Jezierzańska hace tiempo que perdió a su marido y se ha convertido en una especie de esposa del Señor), lo que significa casi tanto como un hermano. Ahora, cuando Jacob está enfermo, es así como lo ve Antoni Czerniawski, como a un hermano mayor que se debilita por momentos. Él mismo no siente ninguna predisposición a tomar el mando. Prefiere vigilar que todo esté en orden, organizar. Lo único que escapa a veces a su control es la buena comida. Una vez a la semana envía un carro a Bürgel y a Sachsenhausen en busca de huevos, aves de corral y, sobre todo, gallinas pintadas, que son las que más le gustan. También goza de crédito en la ciudad con Kugler, el proveedor de quesos. A su queso Czerniawski es incapaz de resistirse. El vino de la región también lo compra por barriles. Mientras pasea por los silenciosos pasillos del castillo eso es precisamente lo que le ronda por la cabeza: barriles de vino y docenas de huevos.

Czerniawski se da cuenta de que entre todas las historias que han acontecido en el mundo, la historia de la machna y la compañía encabezadas por Jacob es excepcional; suele pensar en plural: «nosotros», lo que recuerda a una especie de pirámide en cuya cúspide está Jacob y cuya base está formada por esa multitud de Offenbach que deambula por los pórticos sin ocupación alguna y que se instruye

hasta el aburrimiento en el paso de desfile, y también la de Varsovia, la de Moravia, la de Altona y Alemania, la de la bohemia Praga (aunque el resto sean más bien ramas más pequeñas de ese «nosotros»). Y cuando hojea la crónica escrita por Jakubowski (lo exhorta a que la aborde con mayor precisión y establezca ciertos hechos con otros hermanos mayores, por ejemplo, con Jan Wołowski, que también ha llegado a Offenbach, o con Jeruchim Dembowski, que está aquí desde el principio), toma conciencia de que la historia de ese «nosotros» realmente es insólita. Se cerciora de ello cuando por las noches el Señor se entrega a sus relatos, que Jeruchim y Jakubowski anotan, hasta que de ese testimonio surge la vida de Jacob, que es al mismo tiempo la vida de ese «nosotros». Czerniawski se convierte entonces en uno de los hombres que lamentan sobremanera haber nacido demasiado tarde y no haber podido acompañar al Señor en sus peligrosos viajes, ni dormir a su vera en el desierto ni sobrevivir con él a aquella aventura marina. Esa historia es la favorita de todos, ya que el Señor imita tan bien a Jakubowski y su forma de gritar que de inmediato todos reconocen al malogrado héroe de la tempestad en alta mar.

–Prometió, desgañitándose, que ya no probaría ni una gota de vino –se burla Jacob, y todos los demás se ríen, incluido el propio Jakubowski–. Prometió ser como Jan Wołowski, al que llaman el Cosaco, quien hoy es un anciano de gran bigote pero que en tiempos supo escapar de las garras del sultán para pasar de contrabando dinero en barriles a través de las fronteras.

Czerniawski se toma muy en serio sus servicios al Señor, que además son para él una fuente de permanentes emociones; sin duda nadie más de esa multitud charlatana e inconsciente entiende tan bien como él lo que realmente sucedió cuando sus padres llegaron a Podolia en 1757 para unirse a Jacob. Ya nadie los llama sabsatzevitas ni conversos, y de aquel desdén que en tiempos formaba parte del aire que respiraban ya no queda nada. Contempla orgulloso el séquito que cada domingo se dirige a la iglesia de Bürgel, al Señor, al que llevan sosteniéndolo por debajo de los hombros, y a Ewa: todos los honores que se le rinden los considera absolutamente pertinentes, pese a que ella le parece poco expresiva. Sabe que los hijos del Señor lo odian, pero cree que esa inquina se debe a simples malentendidos y que con el tiempo se difuminará. Vela por esos solteros entrados en años, incapaces de cualquier trabajo, de actitud siempre demandante e infelices. Roch es un sibarita y Józef un hombre callado y bien extraño.

Czerniawski establece que al entrar a una audiencia ante el Señor, primero hay que prosternarse y esperar a que Jacob tome la palabra. Cuida de su dieta. Encarga sus atuendos. Cuanto más débil está Jacob,

tanto más seguro se siente Czerniawski, pero no busca su propio provecho, no desea gobernar las almas. Le basta con que el Señor no pueda prescindir de él, que lo reclame impaciente ante cualquier minucia. Czerniawski entiende todas las necesidades de Jacob, no las juzga y jamás se opone a ellas.

Se ha instalado junto a los aposentos del Señor y, ahora, toda persona que quiera hablar con Jacob debe primero informarle. Vela por el orden con mano de hierro; él mismo elige a los médicos del Señor y lleva la correspondencia de Ewa. Es a él a quien el Señor envía con cartas para el príncipe y con la embajada a Varsovia. Y fue por su intercesión como consiguieron hacerse con parte del dinero necesario para la mudanza a Offenbach.

En realidad se siente como un perro pastor –de esos que tenían los campesinos de Valaquia– que agrupa a las ovejas y vigila que no se dispersen.

El Señor mejora visiblemente, aunque persista la hemiplejia en el brazo izquierdo y el lado izquierdo del rostro, lo que le confiere una nueva expresión de tristeza y asombro. Las mujeres se afanan con caldos y manjares. Si al Señor se le antoja un siluro, corren a pedírselo a los pescadores del río. Ewa, Avacha, pasa días enteros a su lado, pero Jacob no recibe a sus hijos, pese a que estos llevan todo un día esperando audiencia.

Al cabo de una semana se encuentra tan bien que pide que lo lleven a la iglesia de Bürgel, y después a dar un paseo al sol por la orilla del río. Por la tarde pronuncia su primera lección tras la enfermedad. Dice que asumió esa dolencia en el camino a la Dáat, que es el conocimiento sagrado y el único camino a la salvación. Quien lo enfile será liberado de todos los dolores, de todas las plagas.

DE LOS GRANDES PLANES DE THOMAS VON SCHÖNFELD

Los aposentos de Jacob, con enormes vidrieras en las ventanas y entrada directa desde los pórticos, se encuentran en la primera planta. Están cubiertos de alfombras, según deseo del Señor. Aquí uno se sienta sobre cojines, a la turca. El lecho está tapado con gruesos kílims. Puesto que en esos aposentos reina la humedad, Ewa no se olvida de quemar incienso a diario. El incensario arde hasta mediodía y todo el mundo tiene la obligación de acudir al «templo», como aquí se llama a la sala de recepciones de Jacob, y, entre rezos, hacer una profunda reverencia al Señor, quien está oculto al fondo. Ewa sabe exactamente quién ha cumplido con su deber y quién no: la ropa se impregna de olor a incienso, basta con olerla.

Zwierzchowska, que goza del derecho a entrar en la habitación del

Señor a cualquier hora del día, le lleva unas niñas para que le calienten las sábanas. Cuanto más viejo es el Señor, más le gustan las jovencitas. Les ordena desnudarse y acostarse junto a él en la cama, de dos en dos. Por lo general, en un primer momento se quedan horrorizadas, pero no tardan en acostumbrarse y en reír entre las sábanas. El Señor a veces bromea con ellas. Los cuerpos así de jóvenes recuerdan a la chirivía: raíces largas y delicadas. Zwierzchowska no teme por su virtud. El Señor ladra más que muerde. Otros serán quienes pasen fatigas para despojarlas de su virginidad. Ellas están para calentar al Señor.

Zwierzchowska llama a la puerta y ni siquiera espera al «adelante».

–Ha llegado el joven Dobruška.

Jacob se levanta con un gemido y ordena que lo vistan para dar la bienvenida al huésped. Pese a estar a mitad de la noche, en el castillo poco a poco se encienden las luces.

Thomas von Schönfeld corre hacia su tío con los brazos abiertos. Tras él va su hermano menor, David-Emanuel.

Se quedan hablando casi hasta el alba, Jacob sobre el lecho, Thomas a los pies del mismo. El joven Emanuel se ha quedado dormido en la alfombra. Thomas le enseña unos recibos y dibujos y Jacob manda despertar a Czerniawski. Este acude con camisa y gorro de dormir. Si se convoca a Czerniawski, lo más probable es que se trate de dinero. Antes de franquear la puerta, Czerniawski, medio dormido, oye la voz de Thomas von Schönfeld:

–... me divorciaré de mi esposa y desposaré a Ewa. Usted ya está débil, no podrá cargar con todo esto, necesita paz. Los ricos de su edad se van al sur, allí donde el aire es mejor. En Italia el aire cura las peores enfermedades. Mírese, tío, apenas puede usted caminar.

Cuando Czerniawski llama y entra, aún penetra en su oído la última frase:

–Sé perfectamente que soy la persona más próxima a usted y que nadie entenderá tan bien todo lo que usted dice...

Después, ya en presencia de Czerniawski, hablan de inversiones. El dinero en la bolsa de valores de momento está bloqueado, pero pronto surgirán nuevas oportunidades: inversiones en América, bonos... Thomas está muy versado en la materia. Czerniawski piensa en términos de oro en baúles, no cree en bonos, no son más que pedazos de papel.

Thomas pasa todo el día junto a Jacob, hasta pide que les lleven allí la comida. Le lee todas las cartas y escribe las que Jacob le dicta. Intenta pactar con Czerniawski, pero este es inescrutable: amable, obediente, pero, cuando es preciso, del todo inflexible. Thomas intenta

ganarse también a los llamados «ancianos», es decir, a Dembowski y a Jakubowski, estos sin embargo guardan silencio y lo miran como si no entendieran en absoluto de qué les está hablando. Cuando llega Jan Wołowski, Thomas intenta encontrar en él a un aliado, pero tampoco lo consigue, pese a las muchas esperanzas que albergaba respecto a él. Los polacos siguen siendo los que más peso tienen en esta corte y lo manejan todo con mano de hierro. Los «alemanotes» tienen poco que decir, pese a que cada vez son más.

Ahora en el castillo se aloja un tal Hirschfeld, un burgués rico y culto, un judío excéntrico que nunca se ha convertido y que se lleva muy bien con Jakubowski. Fue él quien, azuzado por este último, acudió al Señor para advertirle contra Thomas von Schönfeld.

–Con toda seguridad es un hombre de talento –le dijo–. Pero también es un libertino. Ha sido expulsado de la Logia de los Hermanos Asiáticos que él mismo fundó y para la cual escribió un estatuto magnífico y digno. En Viena, siempre usaba su nombre, Señor, y el de Ewa: decía ser pariente suyo para conseguir sus propósitos y así tener mejor acceso a la corte. Se endeudó a causa de las mujeres y de la vida licenciosa. Lamento decirle esto porque he mantenido con él buenas relaciones –se justifica el tal Hirschfeld–, pero debo advertírselo, Señor, con lealtad: es un pendenciero y un manirroto.

Jacob lo escucha con el rostro impasible. Desde el ataque, solo parpadea con un ojo. El otro, el inmóvil, lagrimea. El ojo sano, en cambio, ha adquirido un brillo metálico.

–Ya no puede regresar a Viena, por eso está aquí –añade Hirschfeld.

Más tarde, Czerniawski descubre algo realmente abyecto: Thomas envió cartas a las comunidades de verdaderos creyentes, principalmente a las de Alemania y Moravia, diciendo ser la mano derecha de Jacob; sugirió además de forma clara, aunque intrincada en su astuta elocuencia, que tras la muerte del Señor, él sería su sucesor. Czerniawski enseña las cartas a Jacob, quien de inmediato manda llamar a Thomas von Schönfeld.

Jacob se inclina sobre él, con la mandíbula apretada. Todavía se tambalea, pero poco a poco recupera el equilibrio, y entonces –Jezierzańska lo ve porque está más cerca, pero también hay otros testigos– toma impulso para propinarle una bofetada. Thomas cae a plomo y en su chorrera de encaje blanco de inmediato aparecen manchas de sangre. Trata de levantarse, se protege con una silla, pero la fuerte y huesuda mano de Jacob lo agarra del brazo y lo atrae hacia sí. A continuación se oye un segundo golpe; Thomas, tras recibir la segunda y fuerte bofetada, vuelve a caer y se sorprende de tener sangre en los labios. No se defiende, atónito ante la fuerza que tiene

ese anciano medio paralizado. La mano de Jacob lo levanta del pelo para asestarle un nuevo golpe. Thomas empieza a gimotear:

–¡No me pegue, tío!

Sin embargo recibe una nueva bofetada, y Jezierzańska, que ya no puede soportarlo más, agarra a Jacob por las manos y se interpone entre los dos hombres. Intenta captar la mirada del Señor, pero esta no se deja atrapar. Su ojo está inyectado en sangre, la mandíbula le cuelga, la baba le cae, parece borracho.

Thomas, tirado en el suelo, llora como un niño, la sangre se mezcla con la saliva y los mocos. Se protege la cabeza mientras grita en dirección al suelo:

–Ya no tiene usted fuerza, tío. Ha cambiado. Ya no le cree nadie. Nadie le seguirá. Pronto va a morir.

–¡Cállate! –le grita Jakubowski horrorizado–. ¡Calla!

–De perseguido y víctima se ha convertido usted en tirano, en todo un señor barón por la gracia de Dios. Se ha vuelto como aquellos a los que se oponía. En lugar de la ley que rechazaba, ha impuesto sus propias leyes, aún más necias. Da usted pena, como un bufón en una comedia…

–Encerradlo –dice Jacob con voz ronca.

¿QUIÉN ES EL SEÑOR CUANDO YA NO ES QUIEN ES?

Nachman Jakubowski desciende de su madriguera, su habitación da ahora pared con pared con la de su hermano Paweł Pawłowski, quien también reside aquí desde el verano. A Jakubowski le lleva bastante tiempo bajar, la escalera de caracol es tortuosa y estrecha. Se agarra a la barandilla de hierro y da pequeños y lentos pasos. Se detiene cada pocos peldaños y se dice algo a sí mismo en una lengua que Antoni Czerniawski no entiende. Este espera a Jakubowski abajo. Se pregunta cuántos años puede tener ese anciano de manos retorcidas, bajo y menudo. El hermano Jakubowski, a quien el Señor siempre se dirigía como «Nachman» cuando estaban solo los más allegados. Ahora Czerniawski también piensa en él como Nachman.

–Todo ocurre según debe ocurrir –informa Nachman Jakubowski a Czerniawski. Este le da la mano y lo ayuda a bajar los últimos peldaños–. Primero nos llegó el cambio de nombre, tuvimos que cambiar nuestros nombres; esto se llama shinui hashem, algo que vosotros, los jóvenes, ya no queréis saber. Después ocurrió el cambio de lugar, el shinui ha-makom, cuando partimos de viaje de Polonia a Brünn, y ahora se está produciendo el shinui maase, el cambio de los actos. El Señor asumió la enfermedad para aliviarnos. Asumió todo el sufrimiento del mundo, tal y como queda dicho en Isaías.

«Amén», tiene ganas de responder Czerniawski, pero guarda

silencio. El anciano ya está abajo, de pronto enfila con vigor el pasillo.

–Debo verlo –dice.

Toda esa cháchara sobre el sufrimiento y la salvación tranquiliza a algunos. Pero no a Czerniawski. Él piensa de manera concreta, no cree en esas cábalas de las que nada entiende. Sin embargo, cree en que Dios vela por ellos y que los asuntos que no se entienden hay que dejárselos a los expertos. Ahora hay que concentrarse en otra cosa: alertados por la enfermedad del Señor, ha empezado a llegar a Offenbach un ingente número de seguidores a los que él debe alojar en la ciudad y recibir en el castillo. Las audiencias solamente se celebran una vez al día, a última hora de la tarde, y además son breves. La gente acude con sus hijos en busca de bendición. El Señor posa las manos sobre los vientres de las mujeres encinta, sobre las cabezas de los enfermos... Vaya, Czerniawski cae en la cuenta de que hay que encargar al impresor dibujos del árbol de las Sefirot para repartir entre los adeptos. Czerniawski deja atrás a Jakubowski, quien camina a pequeños pasos, que otros se ocupen de él, y se dirige a la cancillería, donde ve a dos jóvenes, seguramente de Moravia, dispuestos a ingresar en las filas de los seguidores y a aportar a la corte una respetable suma de dinero que les han entregado sus familias. Cuando entra, se levantan respetuosamente los dos secretarios: Zaleski y Czyński. Zaleski perdió a sus padres en Offenbach cuando todos vinieron en obligada peregrinación para ver al Señor. Tras su muerte, se encerró en sí mismo y, a decir verdad, ya no tiene por qué regresar a Varsovia. La compañía se ocupó de los asuntos de la herencia, vendió la pequeña tienda que los Zaleski tenían en la capital y envió el dinero a Offenbach. Aquí residen pocas personas como Zaleski, las más de las veces se trata de gente mayor, de hermanos de avanzada edad, como los dos Matuszewski, con una hija ciega que toca hermosamente el clavicordio, gracias a lo cual se ha convertido en maestra de música de la corte, o como Paweł Pawłowski, hermano de Jakubowski, hasta hace poco embajador del Señor. También están Jezierzańska, ya viuda, y dos hijos del célebre Elisha Shor: Wilk, con su esposa, a los que llaman los Wilkowski, y Jan el Cosaco, que ha enviudado hace poco, por lo que durante un tiempo se ha atenuado su contagioso sentido del humor, aunque ya parece estar recuperándose: alguien lo ha visto cortejando a una joven. Están también Józef Piotrowski y Jeruchim Dembowski, confidente del Señor a quien Jacob llama cariñosamente «Jędruś». Y entre los mayores hay que contar a Franciszek Szymanowski, varias veces divorciado, que dirige la guardia personal del Señor en sustitución de Lubomirski, pues este, desde que se trasladó a la ciudad, aparece rara vez y de manera irregular.

Una de las noches de otoño el Señor manda despertar a todos los hermanos y hermanas. En la oscuridad se oyen pasos en la escalera, se encienden velas. La gente, medio dormida, sin dirigirse la palabra, toma asiento en la sala más grande.

–No soy ese quien soy –dice el Señor tras un largo rato callado. En el silencio de la noche se oyen toses–. Estuve oculto entre vosotros bajo el nombre de Jacob Frank, pero ese no es mi verdadero nombre. Mi país está situado lejos de aquí, a siete años de travesía marina desde Europa. Mi padre se llamaba Tygier y en el sello de mi madre figuraba un lobo. Era hija de un rey...

Mientras el Señor habla, Czerniawski contempla los rostros de los reunidos. Los mayores lo escuchan con atención, asintiendo con la cabeza, como si lo supieran desde hace mucho tiempo y ahora solo les llegara una confirmación. Están acostumbrados a que cualquier cosa que diga Jacob es verdad. Y la verdad es como un milhojas, se compone de muchas capas que dan vueltas unas alrededor de otras y a veces se superponen, unas veces una absorbe a la anterior y otras es absorbida. La verdad es algo que se puede expresar a través de muchas historias, pues es como aquel jardín en el que entraron los sabios: cada uno vio una cosa distinta.

Los más jóvenes solo lo escuchan al principio; después la larga historia, intrincada como una leyenda oriental, los aburre; se revuelven en sus asientos, se susurran entre ellos, no acaban de oírlo del todo porque Jacob habla en voz baja, con dificultad, y la propia historia es tan extraña que ya no entienden de quién trata. ¿Trata de Jacob, que es de estirpe real y fue entregado al judío Buchbinder para que este, tras intercambiarlo por su hijo, también Jacob, lo educase y le enseñara el habla judía para guardar las apariencias ante los ojos de los demás? Por eso su hija Ewa, Avacha, Dios le dé salud, solo puede casarse con alguien de estirpe real.

Esos jóvenes parecen más interesados en las noticias que llegan desde Francia, y de las que los periódicos escriben con creciente inquietud. Extrañamente, algunas de esas noticias están en consonancia con las palabras de Jacob cuando cita a Isaías: cuando llegue la hora del bautismo de todos los judíos, se cumplirán las palabras de los profetas: «Él iguala al grande con el pequeño, a rabinos, sabios y maestros con humillados e ignorantes. Todos vestirán igual.» Esto sí impresiona a los jóvenes, pero cuando la cháchara deriva hacia la estrella Shabtai, que indica el camino a Polonia, donde hay escondido un gran tesoro, vuelven a perder el interés.

El Señor acaba su extraño parlamento con las siguientes palabras:

–Si os preguntan de dónde sois y adónde vais, haceos los sordos y fingid que no entendéis sus palabras. Que de vosotros digan: estos

hombres son hermosos y buenos, pero simplones, carecen de raciocinio. No les llevéis la contraria.

Helados y exhaustos, cada uno se va a su cama. Las mujeres aún se quedan para comentar entre susurros el largo e inesperado monólogo del Señor, pero, con la salida del sol, este palidece y se difumina como la noche.

Al día siguiente se celebra el bautizo del pequeño Kapliński, pues al enterarse de la debilidad del Señor, todos los Kapliński han acudido desde Valaquia. Al verlos, Jacob se anima y comienza a llorar de emoción, también lloran Czerniawski y todos los hermanos mayores, conmovidos por la sutil presencia de Chana reflejada en su hermano y avergonzados de que el tiempo los haya tratado sin misericordia. Chaim, ahora Jakub Kapliński, ha envejecido y cojea, pero su rostro sigue siendo bello y es tan parecido al de Chana que todos se estremecen.

El Señor toma en brazos al pequeño y sumerge la mano en el agua bendita traída de la iglesia. Primero le moja la cabeza y después le coloca un turbante en recuerdo de la religión turca. Y como señal del lugar en el que ahora se encuentran le ata al cuello un pañuelo de seda. Durante la ceremonia, por su rostro transido de dolor y medio inmovilizado corren las lágrimas. Porque parecen claras sus palabras de que los verdaderos creyentes navegan ahora en tres barcos, y que la nave en la que él mismo va será la que más felicidad ofrezca a sus compañeros de viaje. Pero también la segunda es buena, pues pronto llegará a puerto: se trata de los hermanos de Valaquia y Turquía. La tercera sale al ancho mundo: son los que se disolverán en las aguas marinas.

DE LOS PECADOS DE ROCH FRANK

Un día en que Jacob está enfermo y en el castillo han dado la orden de guardar silencio, abajo se produce un alboroto: pese a los guardias apostados alrededor, llega hasta la entrada principal una muchacha que irrumpe gritando en los pórticos. Czerniawski baja corriendo y se encuentra a su esposa que intenta tranquilizar a la mujer. El cabello rubio de la joven se ha desparramado por la espalda durante el zarandeo. Desata de su pecho un hatillo y lo deposita en el suelo. Czerniawski, horrorizado, ve que el hatillo se mueve, así que ordena a los guardias y a todos los testigos fortuitos del incidente que se retiren, hasta que se quedan los tres solos.

–¿Qué señor? –pregunta lúcidamente Anna Czerniawska.

Toma a la muchacha del brazo y suavemente la conduce al comedor. Pide a su marido que le traiga algo caliente porque hace frío y la muchacha tiembla.

–Herr Roch –dice la joven llorando.

–No tengas miedo. Todo se arreglará.

–Se casará conmigo. ¡Eso dijo!

–Recibirás una compensación.

–¿Qué significa compensación?

–Todo se arreglará. Déjanos a la criatura.

–Es que está... está... –empieza la muchacha, pero Czerniawska lo ve por sí misma en cuanto aparta los trapitos. La criatura está enferma, lo más probable es que la muchacha se ciñese con fuerza la barriga. Por eso el recién nacido está tan quieto, pasea la mirada de forma extraña, babea.

Czerniawski trae la comida, la muchacha come con apetito. Los esposos deliberan durante un rato. Después Czerniawska toma una decisión y su marido deposita sobre la mesa de madera varias monedas de oro. La muchacha desaparece. El mismo día, los Czerniawski van a una aldea donde, tras pagar una generosa suma a un campesino y entregarle al niño, firman con él un contrato de larga duración.

Las aventuras amorosas de Roch cuestan bastante. Ya es la segunda.

Informada por los Czerniawski, Ewa Frank ha mandado llamar a Roch y ahora lo llena de reproches. Su vestido barre ante él los jirones de tela que ha dejado aquí la costurera; un momento antes se estaba probando uno nuevo. Cada palabra de Ewa, pronunciada en voz baja y tensa, zahiere a Roch.

–En nada contribuyes a la causa, no sabes hacer nada útil, nada te interesa. Eres como una llaga en el trasero, solo esperas que te mimen. Tu padre te ha dado oportunidades pero no has hecho nada. Tan solo vino y mujeres.

Intercambia una mirada con Czerniawska, que está sentada junto a la pared con su marido.

–Se te racionará el vino. Órdenes de padre.

Roch, repantigado en el sillón, no levanta la vista de sus zapatos y parece sonreír. El pelo rojo claro asoma por debajo de la peluca mal puesta.

–Padre está enfermo y no vivirá mucho. No me hables de él. Me da náuseas.

Ewa pierde el control. Se inclina sobre su hermano y entre dientes le suelta:

–Cállate, miserable idiota.

Roch se tapa la cara con las manos. Ewa se vuelve bruscamente, su ancho vestido vuelve a barrer los jirones de tela enviándolos en todas direcciones. Se va.

Czerniawski, perplejo, ve sollozar a Roch.

–Soy el más infeliz de los hombres.

DE LA NESHIKA, EL BESO DE DIOS

El Señor vuelve a soñar con ese extraño olor, el olor a ambrosía. Varias horas después sobreviene el ataque. Gracias a la señora Von La Roche, se trae para Jacob Frank al mejor médico de Frankfurt, quien convoca un concilio con los colegas de Offenbach. Deliberan durante mucho tiempo, pero se vuelve evidente que a Jacob ya no se le puede ayudar. Está del todo inconsciente.

–¿Cuándo? –les pregunta Ewa Frank una vez que abandonan la habitación de Jacob.

–Imposible decirlo. El organismo del enfermo es extraordinariamente fuerte, y enorme su voluntad de vivir. Sin embargo, nadie sobreviviría a tamaña apoplejía.

–¿Cuándo? –repite Czerniawski.

–Solo Dios lo sabe.

Sin embargo, el Señor sigue con vida. Recupera por unos instantes la conciencia y se muestra contento del loro verde que sabe hablar y que alguien le ha traído en ofrenda. Le leen los periódicos, pero no se sabe hasta qué punto las noticias, cada vez más apocalípticas, llegan hasta su mente. Por la tarde ordena que se instruya a montar a caballo también a las mujeres. También ellas serán guerreras. Ordena vender todos los kílims y atuendos costosos para comprar más armas. Manda llamar a Czerniawski para dictarle cartas. Czerniawski apunta todas las palabras de Jacob sin mostrar siquiera con el más mínimo movimiento de cejas lo que piensa al respecto.

Asimismo, el Señor manda enviar una embajada a Rusia y hacer los preparativos para ponerse en camino. Sin embargo, la mayor parte del tiempo yace ausente, como si sus pensamientos vagaran por algún lugar remoto. Delira. Y en sus delirios aparecen siempre las mismas palabras. «¡Haced lo que os ordene!», grita una y otra vez a lo largo de la tarde.

«Los magnates temblarán», dice, y anuncia grandes disturbios y sangre en las calles de las ciudades. O reza y canta en la lengua antigua. Su voz se quiebra y se convierte en un susurro: «Achapro ponov bamincho...», o sea, en ladino: «Con una ofrenda pediré perdón a Su faz...» Debo estar muy débil para alcanzar la muerte... Renunciar a mi fuerza, solo entonces me renovará..., todo será renovado.

Abatido, Jakubowski da cabezadas junto a su lecho. Más tarde afirmará que apuntó las últimas palabras de Jacob y que sonaban así: «Cristo dijo que vino a liberar el mundo de las manos de Satanás. Pero yo vine para liberarlo de todas las leyes y disposiciones que hasta

entonces regían. Hay que destruirlo todo y solo entonces se revelará el Dios Bondadoso.»

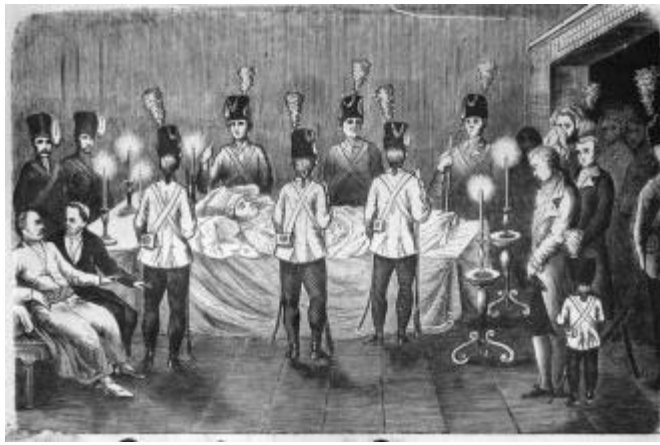
Pero lo cierto es que en los últimos momentos Jakubowski no estuvo junto al Señor. Se quedó dormido en el pasillo en una postura incómoda. Lo sustituyeron las mujeres, que ya no permitieron la entrada a nadie. Ewa y Anusia, la vieja Matuszewska, Zwierzchowska, Czerniawska y Ewa Jezierzańska. Colocaron cirios, dispusieron flores. La última persona que habló con él, si es que a aquello se puede llamar conversación, fue Ewa Jezierzańska. Permaneció sentada junto al lecho toda la noche anterior, pero de madrugada se retiró para dormir un poco. Entonces el Señor la mandó llamar diciendo tan solo «Ewa». Algunos pensaron que llamaba a la Doncella, pero no dijo «Doncella», sino «Ewa», y a su hija siempre se le dirigía con el nombre de Avacha. Así que acudió la vieja Jezierzańska, sustituyó a Jakubowski y a Ewa, se sentó en el borde del lecho y adivinó de inmediato lo que quería Jacob. Colocó la cabeza sobre su regazo, mientras él intentaba arquear los labios como para darle un beso, pero, debido a la inmovilidad de la mitad de su rostro, no le salió nada bien. Ella sacó uno de sus grandes pechos, ya marchito, y lo posó en los labios del Señor. Y él lo chupó pese a que estaba vacío. A continuación lo abandonaron las fuerzas y dejó de respirar. No dijo nada.

Jezierzańska, hundida, abandonó la estancia. No rompió a llorar hasta que cruzó la puerta.

Antoni Czerniawski lo anuncia por la mañana a quienes, preocupados, se han reunido allí, cuando el cuerpo ya está lavado, vestido y tendido en el catafalco. Dice:

–Nuestro Señor se ha ido. Murió por un beso, por la neshika. Dios lo visitó en plena noche y rozó los labios con los suyos, como a Moisés. Dios todopoderoso lo recibe ahora en sus aposentos.

Se oye un profundo sollozo, la noticia corre por los pórticos, sale volando del castillo y gira como un remolino de viento por las estrechas y pulcras calles de Offenbach. Al cabo de un instante, empiezan a tañer las campanas de todas las iglesias de la ciudad, sin importar la confesión.



Czerniawski repara en que todos los hermanos mayores ya han bajado, solo falta Jakubowski, quien pasó toda la noche junto a la puerta. De pronto empieza a preocuparse por si le ha pasado algo. Sube las escaleras hasta la última planta pensando en que fue una mala idea la de alojar allí arriba a los ancianos, hay que cambiarlos.

Jakubowski está sentado de espaldas a la puerta, inclinado sobre sus papeles, delgado, encorvado; su cabeza, con el pelo corto encanecido cubierto por una kipá de lana, parece pequeña como la de un niño.

–Hermano Piotr –le dice Czerniawski, pero no se produce ninguna reacción por parte de Nachman–. Hermano Piotr, él se ha ido.

Se hace un silencio bastante largo y Czerniawski entiende que debe dejar a solas al anciano.

–La muerte no es mala –dice súbitamente Jakubowski sin volverse–. En realidad, no debemos llamarnos a engaño, incumbe al Dios Bondadoso, quien de esa manera nos salva misericordiosamente de la vida.

–Hermano, ¿vas a bajar?

–No hay tal necesidad.

En la noche siguiente a la muerte de su padre, Ewa tiene un sueño. En ese sueño su cuerpo se hincha, algo se desliza sobre ella, se le tumba encima, ella sabe lo que es, pero no puede verlo. Lo peor (y al mismo tiempo lo mejor) es que siente que ese algo se acomoda en su vientre, se introduce en sus entrañas, en ese lugar entre las piernas cuyo nombre ni siquiera quiere pronunciar, y allí se agita, lo hace durante poco tiempo, y es porque todo eso se ve interrumpido por un repentino goce, un arrebato que de inmediato se convierte en debilidad, un extraño momento de desvergüenza y confusión. Pierden importancia las facturas impagadas, las miradas del alcalde, las cartas del señor Giacomo Casanova, los oscuros negocios de Roch y los

terrones de plata sobre el tapete blanco: la prueba del triunfo. Todo queda anulado en ese instante. Y, aún dormida, Ewa quiere olvidarlo todo, borrar para siempre ese goce y esa vergüenza. Y, aún en el sueño, se ordena a sí misma no recordar nada y nunca más volver sobre ello. Tratarlo del mismo modo que se tratan otros misterios del cuerpo: menstruaciones, urticarias, golpes de calor, pequeñas palpitaciones...

Por eso se despierta del todo inocente. Abre los ojos y ve su habitación luminosa, de color claro, y un tocador con un aguamanil de porcelana. Y también la casa de muñecas hecha en Bürgel por encargo. Parpadea y, mientras permanece acostada boca abajo, sigue teniendo acceso al sueño y a ese increíble goce, pero en cuanto se da la vuelta y se arregla el gorro con el que duerme para no desbaratar su esmerado peinado, el sueño se aleja y el cuerpo se encoge sobre sí mismo, se seca. El primer pensamiento que cruza por su mente es que su padre ha muerto. Y sin saber por qué ese pensamiento despierta en ella dos sentimientos contradictorios: una desesperación insoportable y una alegría extraña y desenfrenada.

RUMORES, CARTAS, DELACIONES, DIRECTRICES, INFORMES

He aquí lo que tenía que decir del entierro de Jacob Frank el Vossische Zeitung de Offenbach:

El cuerpo del barón Frank ha sido solemnemente enterrado el día 12 de diciembre de 1791 en Offenbach.

Fue el patriarca de la secta religiosa polaca que lo siguió hasta Alemania y a la que gobernó con enorme grandezza. Lo honraban casi como a un segundo Dalái Lama. Encabezaban el cortejo mujeres y niños, en número de unos doscientos, vestidos de blanco portando velas encendidas. A continuación iban los hombres con abigarrados atuendos polacos y fajas de seda sobre el hombro. Los seguía una orquesta de instrumentos de viento, y tras ella portaban el cuerpo del difunto tendido sobre un lecho de gala. A los lados iban: a la derecha, los hijos del difunto, una única hija y dos varones; a la izquierda, el príncipe Marcin Lubomirski, magnate polaco con la Orden de Santa Ana al cuello, así como numerosos dignatarios. El difunto yacía ataviado con un traje oriental rojo rematado con armiño y con el rostro vuelto hacia la izquierda como si durmiera. Rodeaba su féretro una guardia de ulanos, húsares y otros Polacken con magníficos atuendos. El difunto ordenó aún en vida que no lo llorasen y que no guardaran luto.

Después del entierro, al que acudió toda la ciudad de Offenbach y

la mitad de Frankfurt, la buena sociedad se reunió en casa de Sophie von La Roche. El primero en comentar el asunto fue el señor Bernard, siempre bien informado:

–Se dice que esos neófitos están intentando formar una especie de confederación de judíos. Bajo el estandarte de la oposición al Talmud, la Biblia judía, ponen en tela de juicio a las autoridades y se someten a leyes y confesiones turcas.

–Yo, en cambio, considero –dice el doctor Reichelt, quien asistió a Jacob Frank durante su enfermedad– que todo ese movimiento mesiánico no es otra cosa que un elaborado y complicado ardid para sacar dinero a los judíos ingenuos.

Después interviene un amigo de la casa, Von Albrecht, antiguo plenipotenciario prusiano en Varsovia, que conoce muy bien los asuntos orientales:

–Mis queridos amigos, me sorprende que hayan sido tan ingenuos. Siempre les advertí de que esa nueva secta no era sino un intento de apropiarse y de controlar las sinagogas de toda Polonia, y que, por lo tanto, sus actividades deberían haber sido objeto de estrecha vigilancia y se debería haber informado a la cancillería de Su Majestad Imperial sobre el desarrollo de la situación. Así lo vi yo hace muchos años, cuando apenas empezaban. Y ahora, al parecer, resulta que en su corte se encuentra una increíble cantidad de armas. Y que además entrenaban y daban instrucción militar a los hombres jóvenes...

–¡Y al parecer también a las mujeres! –exclama la señora Von La Roche.

–Todo esto hace sospechar –continúa el plenipotenciario retirado– que esos neófitos estaban preparando una sublevación en Polonia dirigida principalmente en contra de Prusia. Por eso me sorprende que vuestro príncipe se haya avenido tan generosamente a acogerlos aquí. Esa secta ha logrado fundar una especie de Estado dentro del Estado que se rige por sus propias leyes, cuenta con su propia guardia y maneja la mayoría de sus finanzas fuera de cualquier sistema bancario.

–Vivían de manera tranquila y honrada –intenta defender a «la bandada de caballetas» Sophie von La Roche, pero la interrumpe el doctor:

–Tienen deudas inimaginables...

–¿Quién no tiene hoy deudas, querido doctor? –pregunta retóricamente Sophie von La Roche–. Yo prefiero creer que la señorita Ewa y sus hermanos son hijos ilegítimos de la zarina Isabel y el príncipe Razumovski, eso pensamos aquí. Es más emocionante.

Se ríen cortésmente y cambian de tema.

–Son ustedes unos incrédulos –añade aún la señora Von La Roche, en tono fingidamente ofendido.

Sin embargo, la cuestión de Jacob y sus seguidores no se calma y ahora las cartas y delaciones las arrastra el viento cada vez más violento que recorre Europa despertando nuevos miedos y conjeturas.

Las cartas enviadas a las comunidades judías, y a las que no lo son, claman por una unión de todos los judíos y cristianos bajo el estandarte de la secta llamada Edom. El objetivo sería una hermandad que trascendiera las diferencias entre las dos religiones...

No se sabe a ciencia cierta qué objetivos persigue esa secta, sin embargo tenemos la certeza de que algunos de sus miembros mantienen estrecho contacto con la masonería, los illuminati, los rosacruces, así como con los jacobinos, pese a que no podemos probarlo ni a partir de su correspondencia ni por otras vías...

La directriz del rey Federico Guillermo, sin embargo, afirma claramente que

... ese hombre, Jacob Frank, era el guía de la secta al tiempo que un agente oculto de una fuerza aún desconocida. Recientemente, han salido a la luz cartas que exhortan a la unión de distintas sinagogas bajo el ala de su secta. Desde hoy, todo lo relacionado con las sociedades secretas fundadas bajo auspicios desconocidos o poco claros, cualquier muestra de entusiasmo político, requerirá especial atención, dado que las sociedades secretas actúan siempre con sigilo y en la oscuridad, y cada una de ellas utiliza la propaganda jacobina para sus terribles propósitos criminales...

Con el paso del tiempo –pues el tiempo tiene gran capacidad para desdibujar todo lugar incierto y remendar cualquier agujero– se empezó a escribir al unísono:

En lo referente a la secta de los frankistas, llamada ahora Edom, hasta hace poco considerada por muchos de nuestros aristócratas como un curiosum exótico, tras las terribles experiencias de la revolución en Francia y sus relaciones con el jacobinismo, deberíamos cambiar nuestro punto de vista y tratar los rituales místicos como subterfugio de verdaderas intenciones políticas y revolucionarias.

30

LA MUERTE DE LA PRINCESA POLACA, PASO A PASO

Las cosas se suceden en un orden que les es propio. Resulta difícil apreciarlo cuando se las mira desde el escenario donde transcurren. Desde aquí no se ve nada, hay demasiados planos que se superponen y transmiten una sensación de caos. En medio de la confusión pasa desapercibido el hecho de que Gitla Gertrudis Ascherbach muere el mismo día que el Señor. De este modo concluye un proceso iniciado en algún lugar de Podolia, en pleno invierno helado, cuando su gran y tormentoso amor, cuyo fruto es Samuel, tuvo una duración injustamente breve: un mero parpadeo entre los acontecimientos que se producen sobre este chato escenario.

Pero ese orden sí lo ve Yenta, cuyo cuerpo poco a poco se transforma en cristal en la cueva de Korolówka. El saúco ya cubre la entrada casi por completo, los exuberantes racimos de bayas demasiado maduras ya cayeron al suelo hace mucho, y los que quedaron para los pájaros se han congelado. Yenta ve la muerte de Jacob; no se detiene para observarla, porque la atrae otra, en Viena.

Asher, Rudolf Ascherbach, está junto a su mujer, Gertrudis, Gitla, desde que esta se desmayó. Lo comprendió todo dos o tres meses atrás, cuando vio el tumor en su pecho, al fin y al cabo, es médico. Le parece haberlo comprendido aun en la época en que Gitla todavía caminaba y, presa de un extraño nerviosismo, aún intentaba gobernar la casa. La enfurecían, por ejemplo, las cebollas para el invierno que habían encargado en gruesos sacos de lino: estaban podridas por dentro y no aguantarían hasta la primavera. O que la costurera destrozara los puños y que el hielo del nevero oliera extraño, igual que olía en Busk: a agua estancada. Mientras leía los periódicos arremetía contra la necedad de los políticos y su cabeza cubierta de pelo blanco desaparecía en el humo de la pipa turca, que fumó hasta el final.

Ahora la mayoría del tiempo permanece acostada en el diván, se niega a ir a la cama. Asher le administra dosis de láudano cada vez mayores y lo observa todo con la máxima atención. Esa observación, fría y desapasionada, le proporciona alivio y lo protege de la desesperación. Por ejemplo, pocos días antes de su muerte, la piel de Gitla se torna espesa, rígida y mate; refleja la luz del día de otra

manera, cosa que influye en las facciones de su rostro: se vuelven afiladas. En la punta de la nariz aparece una hendidura longitudinal. Asher la ve a última hora de la tarde del lunes, a la luz de las velas, cuando Gitla, pese a su extrema debilidad, se sienta a ordenar sus papeles. Saca de los cajones todo lo que tiene, todo lo que ha escrito: las cartas en hebreo a su padre en Lwów, los artículos, dibujos, proyectos... Los apila por separado y los mete en blandas carpetas de papel. A cada momento pregunta por algo a Asher, pero este no logra concentrarse. Ya ha visto ese surco y la angustia se ha apoderado de él. Ella sabe que morirá, piensa horrorizado, sabe que su enfermedad es incurable y que ya no se puede hacer nada. Pero no espera la muerte, sino otra cosa bien distinta. Lo sabe con su intelecto, es capaz de decirlo con palabras, de escribirlo, pero en el fondo su cuerpo, el animal que es, no se lo cree en absoluto.

En ese sentido, la muerte no existe, piensa Asher, nadie ha descrito esa experiencia. Siempre es de otros. No debemos temerla, pues tememos a otra cosa de lo que realmente es. Tememos a una muerte (o a la Muerte) imaginada, producto de nuestra mente, una maraña de pensamientos, relatos, rituales... Es una tristeza contratada, una cesura pactada que pone orden en la vida humana.

Así que cuando Asher ve el surco en la nariz y el extraño color de la piel, sabe que ha llegado la hora. El martes por la mañana Gitla le pide que la ayude a vestirse, se lo pide a él y no a Sofia, que es su criada. Asher le abrocha el vestido. Gitla se sienta a la mesa, pero no come; después vuelve a la cama y Asher le quita el vestido. Le cuesta trabajo sacar los cordones de los corchetes, pues sus manos son torpes e inseguras. Tiene la impresión de estar desempaquetando un objeto valioso y frágil –algo así como un jarrón chino, como una delicada copa de cristal de Bohemia, como una figurita de porcelana– para colocarlo en su lugar; ya no se le dará más uso. Gitla, soportándolo todo con paciencia, le suplica con voz débil una breve carta a Samuel. Le pide papel, pero no tiene fuerzas para escribir, así que se limita a dictar unas palabras, y luego, una vez tomado el láudano, se sume en el sueño, no muestra reacción alguna cuando Asher interrumpe la escritura. Permite que la alimenten (aunque tan solo a Asher) con sopa y caldo, pero apenas toma unas pocas cucharadas. Asher la sienta en el orinal, pero Gitla apenas deja escapar unas pocas gotas de orina, y Asher tiene la impresión de que su cuerpo se ha atascado como un mecanismo pequeño y complejo. Así continúa hasta la última hora de la tarde. En plena noche, Gitla se despierta, le pregunta por varias cosas, por ejemplo, si está pagada la cuenta del librero, y le recuerda que debe recoger las plantas del alféizar antes de la llegada del invierno. Le pide que recupere las telas de la costurera, ya no hará más vestidos con ellas. Seguro que no les gustarán a las muchachas

que van a la última moda, pero son de buena calidad. Puede dárselas a Sofia, ella se alegrará. Luego regresan los recuerdos y Gitla habla del invierno en que llegó hasta la puerta de Asher en Lwów, de los paseos en trineo, de la nieve y el séquito del Mesías.

El miércoles por la mañana da la impresión de encontrarse mejor, pero hacia el mediodía la vista se le nubla. Mira hacia un punto lejano, más allá de las paredes de su vivienda vienesa, a algún lugar en el aire, por encima de las casas. Sus manos, inquietas, vagan por las sábanas, los dedos forman pliegues en el damasco del edredón para de inmediato alisarlo con cuidado.

–Arréglame la almohada –dice a Adelaida, su amiga, que ha venido corriendo desde la otra punta de la ciudad después de que Asher la avisara.

Pero el arreglo no servirá para mucho, salta a la vista que no está cómoda. Rudolf Ascherbach manda llamar a las hijas, pero no se sabe cuándo llegarán. Una vive en Weimar y la otra en Breslau.

La voz de Gitla suena lenta, ha perdido su melodioso timbre; Ascherbach constata que su tono se ha vuelto uniforme, metálico, desagradable. Resulta difícil entenderla. Varias veces pregunta por el día de la semana. Miércoles. Miércoles. Miércoles. Asher contestará con un gesto a su sencilla pregunta:

–¿Me estoy muriendo?

Asiente con la cabeza en silencio, pero de inmediato se corrige y dice con voz ronca:

–Sí.

Y Gitla, una vez confirmadas sus sospechas, reúne las últimas fuerzas y alguien podría decir que toma en sus propias manos ese camino a la muerte, ese proceso problemático e irreversible, como si se tratara de una tarea más de las que debía cumplir. Mientras Asher mira su cuerpo menudo, enflaquecido y maltratado por la enfermedad, las lágrimas afluyen a sus ojos; es la primera vez que llora hasta donde alcanza su memoria, tal vez desde aquel día en que en su casa descansaba una duquesa polaca y todo el mundo intentaba recoger con trapos el vodka derramado de los barriles rotos.

Durante la noche velan por Gitla Adelaida y la señora Bachman, la vecina de abajo. Asher pregunta a su mujer:

–¿Quieres un cura?

Tras un momento de vacilación, añade:

–¿Un rabino?

Ella lo mira sorprendida, quizá no lo entienda. Ha tenido que preguntárselo. Pero no habrá cura ni rabino alguno. Gitla se sentiría mortalmente ofendida si él le hiciera tal cosa. En la madrugada del jueves da comienzo la agonía y las mujeres despiertan a Asher, quien se ha dormido con la cabeza sobre el escritorio. Encienden velas

alrededor de la cama. Adelaida empieza a rezar, pero lo hace en voz baja, como si se dirigiera a sí misma. Asher ve que las uñas de Gitla se han vuelto blancas y a continuación irreversiblemente moradas, y cuando toma su mano, esta está completamente fría. Gitla, más que respirar, resuella dificultosamente; cada aliento exige esfuerzo, al cabo de una hora comienzan los estertores. Resulta difícil escuchar su respiración, por lo que tanto Adelaida como la señora Bachman se echan a llorar, pero su aliento se debilita, o quizá se han acostumbrado a él los oídos. Gitla se calma y se va. Asher es testigo de ese momento: se produce mucho antes de que el corazón se detenga y cese del todo la respiración, Gitla se escapa, ya no está en ese cuerpo jadeante, se ha ido, ha desaparecido. Alguna otra cosa le ha llamado la atención. Ni siquiera se ha vuelto a mirar atrás.

A las trece horas y veinte minutos del jueves, el corazón de Gitla deja de latir. Gitla toma la última bocanada de aire y esta permanece en su interior, llena su pecho.

De modo que no existe un último aliento, piensa Asher con creciente ira, ningún alma se escapa del cuerpo; todo lo contrario, es el cuerpo el que atrae al espíritu para llevarlo a la tumba. Tantas veces lo ha visto y solo ahora lo acaba de comprender del todo. Es así. No existe último aliento. Ni tampoco alma alguna.

UNA MESA EN VARSOVIA PARA TREINTA PERSONAS

La noticia de la muerte de Jacob Frank llega a Varsovia con retraso, a principios de enero, cuando la ciudad, helada, se vacía de pronto y el mundo entero parece enroscarse sobre sí mismo, ceñido por una áspera cuerda.

En casa de los Wołowski, en la calle Waliców, se ha dispuesto una gran mesa para treinta personas, con un mantel blanco bajo servicios de porcelana. Al lado de cada plato hay un bollo. Las cortinas están echadas. Los niños de los Wołowski, Aleksander y Marynia, saludan cortésmente a los invitados, que los obsequian con pequeños regalos: frutas y golosinas. La preciosa Marynia, de pelo crespo negro azabache, hace una reverencia y repite: gracias, tío; gracias, tía. Luego los niños desaparecen. Los candelabros de siete brazos, distribuidos regularmente, iluminan a los reunidos: todos van vestidos a la burguesa, pulcramente, de negro. El viejo Franciszek Wołowski preside la mesa; a su lado, su hermana Marianna Lanckorońska, su hijo, el joven Franciszek, con su mujer Barbara, a continuación los hijos adultos de los otros hermanos Wołowski con sus respectivos esposos y esposas, y también los hijos de los Lanckoroński, los dos hermanos Jezierzański, Dominik e Ignacy, Onufry Matuszewski con su mujer, de soltera Łabęcka, los hermanos Majewski de Lituania y Jakub

Szymanowski con su nueva esposa, de soltera Rudnicka. Franciszek ayuda a su padre a levantarse, este último contempla a todos durante largo rato, luego extiende los brazos a los que están de pie a su derecha e izquierda y todos hacen otro tanto. El hijo piensa que su padre entonará uno de esos himnos que hay que cantar en voz baja, casi en un susurro, pero su padre se limita a decir:

–Demos gracias a Dios todopoderoso y a su gloria, así como a la Doncella luminosa, por habernos permitido perseverar. Demos gracias a nuestro Señor por habernos conducido hasta aquí, y que cada cual rece por Él según sepa, con todo el amor posible.

Ahora rezan en silencio, con las cabezas gachas, hasta que el viejo Franciszek Wołowski toma la palabra con su aún potente voz.

–¿Qué anuncia la llegada de los tiempos nuevos? ¿Qué dijo Isaías?

La mayor, Łabęcka, sentada a su izquierda, responde mecánicamente:

–El fin de las leyes de la Torá y la caída del reino en la herejía. Así quedó dicho desde los tiempos más remotos y eso era lo que esperábamos.

Wołowski carraspea y toma una buena bocanada de aire:

–Nuestros antepasados lo entendieron hasta donde fueron capaces, pensaron que la profecía se refería a cómo los cristianos habían dominado el mundo. Pero ahora sabemos que no se trataba de eso. ¡Todos los judíos deben pasar por el reino de Edom para que la profecía pueda cumplirse! Jacob, nuestro Señor, era la encarnación del Jacob que fue el primero en ir hasta Edom, pues la historia del Jacob de la Biblia, en el fondo, también contaba nuestra historia. Y como dice el Zohar: Nuestro padre Jacob no ha muerto. Su herencia terrenal la ha aceptado Ewa, que es la Raquel de aquel Jacob.

–En verdad Jacob no ha muerto –le responden a coro.

–Amén –les contesta Shlomo Franciszek Wołowski, se sienta a la mesa, parte el bollo por la mitad y empieza a comer.

DE LA VIDA NORMAL

Uno de los proveedores a los que los Wołowski compran lúpulo es particularmente entrometido. Con las manos en los bolsillos, mira cómo el joven Franciszek pesa los sacos y finalmente le pregunta:

–Dime, Wołowski, ¿para qué visitáis a ese Frank y le enviáis a vuestros hijos, cuando los bautizáis en nuestras iglesias? Dicen que lo tenéis por un patriarca y que le pagáis tributos. Y que no queréis casaros con católicos.

Wołowski intenta ser cordial, le da unas palmaditas en la espalda con familiaridad.

–La gente exagera. Es cierto que nos casamos entre nosotros, pero

eso mismo hacen en todas partes. Conocemos mejor a los nuestros, nuestras mujeres cocinan lo mismo que nuestras madres, y tenemos las mismas costumbres. Es natural. –Franciszek deposita un saco en la balanza y elige entre las pesas de porcelana–. Mi mujer, por ejemplo, hace los bollos igual que mi madre, nadie que no haya nacido en Podolia en una familia judía sería capaz de hacerlos. Me casé con ella por esos bollos. Ese Frank nos tendió la mano cuando más lo necesitábamos, ahora se lo pagamos con nuestra gratitud. Es una virtud, no un pecado.

Wołowski rebusca entre las pesas, necesita las más pequeñas para pesar el lúpulo seco hasta la última onza.

–Tienes razón –dice el proveedor–. Yo me casé por la col con garbanzos. La que hace la mía está para chuparse los dedos. Pero también dicen que os instaláis uno al lado del otro, en cuanto aparece una mansión noble, allí os plantáis, sea con una taberna, con mercancías, o incluso con una fanfarria...

–¿Y qué hay de malo en ello? –responde Wołowski jovialmente y apunta el peso en su correspondiente columna–. En eso consiste el comercio. Hay que encontrar un lugar donde te compren. ¿Tú mismo lo haces y no me lo permites a mí?

El proveedor le entrega otro saco, tan grande que apenas cabe en la balanza.

–¿Y los hijos? Dicen que habéis pagado un alto coste para que los hijos de Frank reciban la mejor educación y que los llamáis «baronets». Y eso que cuando estuvieron aquí en Varsovia los vieron a menudo en mascaradas, bailes y comedias, pavoneándose en suntuosos carruajes...

–¿Acaso no conoces a católicos que acuden a mascaradas y bailes? ¿Has visto los carruajes de los Potocki?

–Tú, Wołowski, no te compares con los aristócratas.

–No me comparo. Hay entre nosotros pobres y más ricos. Unos caminan per pedes, otros tienen suntuosos carruajes. ¿Y qué?

Wołowski ya está harto de ese impertinente que finge que observa el lúpulo seco, que lo huele y lo manosea, pero que en realidad no deja de escudriñar el patio. Y en su voz, durante todo el tiempo, se manifiesta una ira reprimida. El joven Franciszek Wołowski cierra la balanza y se dirige hacia la salida. El impertinente lo sigue a regañadientes.

–Y una cosa más que me ha venido a la mente. ¿Es cierto que mantenéis reuniones secretas, que corréis las cortinas de las ventanas para practicar cosas raras? –pregunta insidiosamente–. Es lo que dicen de vosotros.

Franciszek está alerta. Durante unos instantes sopesa las palabras como si eligiera las pesas adecuadas.

–Nosotros, los neófitos, nos preocupamos especialmente por amar al prójimo. ¿Acaso no es ése el principal mandamiento de todos los cristianos? –pregunta retóricamente. El otro asiente–. Sí, es verdad, nos reunimos y deliberamos, como ayer en mi casa, sin ir más lejos: qué ayuda nos podemos prestar, en qué debemos invertir, nos invitamos a casamientos y bautizos. Hablamos de los niños, de sus escuelas. Nos mantenemos unidos, y en ello no solo no hay nada malo, sino que es un ejemplo para otros cristianos.

–Que tengas suerte, señor Wołowski, entre nosotros –acaba diciendo el impertinente, un poco decepcionado, y se sientan a hacer las cuentas del lúpulo.

Cuando por fin Franciszek logra deshacerse de él, suspira con alivio. Pero de inmediato vuelve a ese permanente y agotador estado de alerta.

El ambiente que los rodea en Varsovia no es de los mejores. Algunos se han marchado a Wilno, como los jóvenes Kapliński y todos los Majewski, o han regresado a Lwów, como los Matuszewski, pero allí tampoco lo tienen fácil. Sin embargo, en Varsovia la situación es peor que en ninguna otra parte. Todo el mundo los mira, murmura... Barbara, la mujer de Wołowski, dice que Franciszek se involucra demasiado, por lo que se vuelve demasiado visible. Participó en la Procesión Negra que reclamaba derechos para la burguesía. También está muy activo en el gremio de comerciantes. Tiene una próspera cervecería, posee una casa, avala deudas; su apellido, multiplicado por sus hijos y primos, suscita envidias. Ayer mismo, sin ir más lejos, Barbara encontró un papel deslizado por debajo de la puerta con un texto impreso de cualquier manera:

Frank les infunde todo tipo de supersticiones
y a cambio de sus ducados les concede bendiciones.
Lo colman de honores, lo veneran como al Dios primero,
el mismo hombre que en Jasna Góra fue prisionero.
Le pagan diezmos del vodka y también de la cerveza,
le entregan millones enteros, ¿no es acaso gran vileza?
Pon coto a tal dislate, líbranos Señor de todo mal,
puesto que están bautizados, que lleven una vida normal.

HEILIGER WEG NACH OFFENBACH

La verdadera morada de Dios está en Offenbach, le dijeron al adolescente Josef von Schönfeld, sobrino de Thomas Schönfeld de Praga, y dieron comienzo los preparativos para la partida. Hay que admitir que además del camino santo que debe recorrer todo

verdadero creyente, también se trata de una cuestión práctica: huir antes de ser llamado a filas, a lo que los verdaderos creyentes, ya convertidos al cristianismo, estaban obligados. El viaje pasaba por Dresde, donde, sin dar explicaciones, los muchachos debían recibir cartas de recomendación del barón Eibeschütz, aunque –como le decía su madre– Josef, apellidado Von Schönfeld no las necesitaba para nada. Lo acompañaban dos muchachos que se encontraban en una situación parecida.

Cuando en junio de 1796 llegaron por fin a Offenbach, pasaron un día entero esperando audiencia con la Señora, entre la abigarrada multitud de jóvenes llegados de todas partes; algunos disfrazados con raros uniformes, practicaban el paso de desfile, otros sencillamente deambulaban por el patio, y cuando empezó a diluviar, se les permitió refugiarse bajo los pórticos. Josef observó con interés las esculturas de las columnas, cada una de ellas representaba una figura que el avispado adolescente identificó fácilmente como figuras de la mitología. Entre otros estaba Marte, al que él detestaba: un caballero con armadura y alabarda en mano, a cuyos pies se encontraba Aries, el signo del zodíaco gobernado por Marte, pero a Josef ese Aries le pareció más bien símbolo de todos aquellos que, cual rebaño de ovejas, se someten al gobierno de los generales y se convierten en carne de cañón. Decididamente, le gustaba más la Venus turgente y bien torneada, cuyas formas comentó con sus camaradas.

Solo al caer la noche han tenido el honor de ser recibidos por la Señora.

Es una mujer de unos cincuenta años, exquisitamente vestida, de cuidadas manos blancas y abundante cabellera aún oscura y recogida en un moño. Mientras lee la carta, Josef, fascinado, observa a su perro: alto y flaco, recuerda más a un gigantesco grillo que no quita ojo a los muchachos. Finalmente, la mujer dice:

–Habéis sido aceptados, queridos míos. Aquí os someteréis a una regla cuyo diligente cumplimiento os conducirá a la auténtica felicidad. Aquí se encuentra la verdadera salvación.

Habla en alemán con un fuerte acento del este. Manda alejarse a los demás muchachos mientras que a Josef le ordena quedarse. Se levanta y camina hacia él, ofreciéndole una mano para que se la bese.

–¿Eres sobrino de Thomas?

Él asiente.

–¿Es cierto que no está entre los vivos?

Josef agacha la cabeza. A la muerte de su tío paterno la rodea un secreto turbio y vergonzante nunca revelado por la familia. Josef no sabe si Thomas, por algún motivo desconocido, se dejó matar, o si se trata de otra cosa que nunca le han contado.

–Usted lo conocía, ¿verdad? –pregunta Josef para así alejar nuevas

preguntas.

–Te le pareces un poco –dice la Bella Señora–. Si quieres hablar conmigo, si echaras algo en falta, siempre te recibiré con agrado.

Durante unos instantes a Josef le parece que la Señora lo mira con ternura, cosa que lo anima. Quiere decir algo, de repente siente amor y gratitud por esa mujer triste, a la que une un misterioso hilo con la Venus de arenisca roja, pero nada le viene a la mente, así que se limita a farfullar:

–Gracias por haberme permitido llegar aquí. Seré un buen alumno.

Al oír estas palabras, la Señora sonríe con coquetería, o eso le parece a Josef, como una mujer joven.

Al día siguiente, ordenan que los muchachos suban hasta arriba del todo, hasta las pequeñas estancias donde residen los llamados ancianos.

–¿Ya habéis ido a ver a los ancianos? –les ha preguntado todo el mundo, así que Josef siente mucha curiosidad por descubrir quiénes son esos ancianos. Todo el tiempo tiene la sensación de encontrarse en uno de esos cuentos de hadas que le contaba su madre llenos de reyes, bellas princesas, travesías en alta mar y sabios sin pies que vigilan tesoros.

Estos, como descubre, sí tienen pies. Están sentados ante dos grandes mesas cubiertas de libros desplegados, de resmas de papel, de rollos... Salta a la vista que hay un trabajo en curso.

Los hombres tienen aspecto de judíos, de esos sabios judíos de los que se ven en Praga con luengas barbas, pero visten a la polaca, con chaquetas de vivos colores, ahora un tanto desteñidas. Llevan manguitos en los puños para protegerse de la tinta. Uno de los ancianos se levanta y, sin apenas mirarlos, les entrega una hoja en la que aparece impreso un extraño dibujo lleno de círculos unidos entre sí, y después, con el mismo acento que la Bella Señora, dice:

–Hijos míos, la Shejiná está cautiva, Edom e Ismael la tienen encarcelada. Nuestro cometido consiste en liberarla de sus grilletes. Esto ocurrirá cuando se produzca la unión de las tres Sefirot en una

Trinidad. Entonces se producirá la salvación –dice señalando los círculos con su huesudo dedo.

El compañero de Josef le lanza de soslayo una mirada burlona, se ve que se está aguantando la risa. Josef pasea la mirada por la estancia y advierte una extraña mezcla: en el lugar más destacado cuelga una cruz, y a su lado una imagen de la Madre de Dios católica, pero si se la mira con más atención, se descubre que se trata de un retrato de la Bella Señora adornado de la misma manera en que se adorna en iglesias y capillas a la Virgen María. Un poco más abajo se ven retratos de hombres y hay dispuestas unas figuras con letras hebreas cuyo significado no entiende en absoluto. Solo es capaz de reconocer en una de las tablas unos nombres que recuerda, pero cuyo significado profundo desconoce: Kéter, Jojmá, Biná, Jésed, Gevurá, Tiféret, Netsaj, Hod, Yesod y Maljut; todos ellos unidos por líneas, se unen en un solo concepto: Ein Sof.

El anciano dice:

–Dos de las Sefirot ya se han mostrado en forma humana. Ahora debemos esperar la venida de la última. Gloria a aquel que es el elegido para unirse con Tiféret, la Belleza; él será el salvador. Así que sed buenos alumnos y prestad atención a todo lo que se os diga para que podáis pertenecer al grupo de los elegidos.

El anciano pronuncia todo esto como si recitara algo que todo el mundo conoce, como si lo hubiera repetido miles de veces. Se vuelve y se va sin decir palabra. Es menudo y está como reseco, trota a pequeños pasos.

Una vez atravesada la puerta, los dos muchachos se echan a reír.

Nada más volver de la estancia de los ancianos, se incorporan a la guardia, entregan el dinero que han traído de sus casas y reciben ridículos uniformes de muchos colores. A partir de ahora participarán a diario en la instrucción militar, así como en las clases de tiro y combate cuerpo a cuerpo. Su única obligación consistirá en cumplir las órdenes del encargado de la instrucción, un hombre con bigote a la polaca, y en ponerse firmes ante un anciano que lleva galones de general en el uniforme y que aparece en la corte de vez en cuando para presidir los desfiles. La cocina ofrece tres copiosas comidas diarias y, por las tardes, los que están libres de servicio, acuden a la gran sala para recibir enseñanzas de los ancianos. Puesto que en esas enseñanzas participan tanto muchachos como muchachas es comprensible que estén más interesados en lanzar miradas en todas direcciones que en prestar atención. Josef capta solo algunas palabras sueltas de esas lecciones, todo el contenido le resulta muy raro y él no tiene cabeza para tales asuntos. No entiende si hay que tomar al pie de la letra lo que allí se dice o si es una especie de metáfora.

En las lecciones se repiten citas del profeta Isaías, así como la

palabra Maljut, «el Reino». Cuando Josef es convocado –seguramente por intercesión de la Bella Señora, que a veces lo invita a tomar café– para formar parte de la escolta de honor de la expedición dominical a la iglesia de Bürgel, empieza a comprender que el Reino significa el mismo Señor al que llevan al pueblo en una carroza perfectamente cerrada. Sostenido por dos altos fortachones, tapado con una gran capucha, entra con dificultad en la iglesia, donde se queda por un tiempo. Entonces Josef adivina que ese Señor es el mismo que murió hace poco, y que en verdad no ha muerto. Todos los guardias, vestidos con uniformes de muchos colores –Josef se siente ataviado como un artista de circo–, deben volverse de espaldas, de manera que ahora tienen ante sus ojos el río Meno, que fluye apaciblemente, y las velas de los pequeños barcos frágiles cual libélulas.

A veces los guardias disfrutan de un día libre. Entonces Josef y sus compañeros van a la ciudad donde se unen a la abigarrada y aburrida multitud de jóvenes que ya han ocupado todos los parques y plazas y que se dedican a cortejar a quien pueden o a tocar algún instrumento: con colorido exotismo hablan muchos idiomas. Aquí se puede oír tanto el dialecto septentrional de Hamburgo como el meridional de Bohemia y Moravia, así como el checo, y con menos frecuencia otras lenguas orientales que Josef no sabe reconocer. Sin embargo, lo que más se oye es el polaco, que ya es capaz de entender. Cuando los jóvenes no logran comunicarse, intentan hablar en judío o en francés. Florecen los amoríos; el propio Josef ha visto a un bello joven que, acompañándose de una guitarra, cantaba una melancólica canción bajo las ventanas de su amante.

Josef enseguida trabó amistad con un muchacho de Praga que, al

igual que él, ha huido de la severa figura de Marte. Se llama Moisés, pero se hace llamar Leopold. No está bautizado y en un principio todavía decía sus oraciones judías. Luego abandonó esa costumbre. Es con él con quien Josef pasa más tiempo, y eso está bien: así tiene a quien confiar la sensación –que lo embarga cada vez más– de lo ilusorio de esa ciudad, de ese país, de ese gran río que contempla su perezosa vida con mirada roma e indiferente.

Josef disfruta de una posición especial: adivina que no solo por ser pariente lejano de la Bella Señora, sino también gracias a su tío paterno. Varias veces es invitado a la mesa de la Señora y sus hermanos. Le preguntan por su familia, la Señora conoce bien a sus tías. Le pregunta por el reloj del salón de su abuela, si todavía funciona. Esto anima a Josef en la mesa. Cuenta anécdotas de Brünn, recuerda comerciantes, bodegas y confiterías, pero en el fondo conserva pocos de esos recuerdos, pues rara vez visitaba a su abuela. En cierta ocasión, aparecen lágrimas en los ojos de la Señora y esta le pide un pañuelo. Su perro lo mira con una calma inhumana, aunque con suspicacia. Sin embargo, cuando se queda con ella a solas, Josef pierde toda seguridad en sí mismo. Le parece que de esta mujer emana una particular bondad mezclada con una tristeza indefinida, de manera que regresa de sus salones con la mente confusa, indefenso.

Moisés-Leopold se muestra mucho más crítico.

–Todo esto no es más que una gran simulación –dice–. Mira, aquí nada es auténtico, es como si interpretásemos una obra.

Miran desde arriba el carruaje que se dispone a partir. Los caballos llevan grandes penachos en la cabeza. A ambos lados del carruaje se apostan muchachos con uniformes de colores chillones, irán corriendo a su lado. Moisés tiene razón.

–¿Y los ancianos? Pero si son ridículos. No paran de repetir lo mismo y cuando intentas enterarte de algo, se esconden detrás de quién sabe qué secreto. Y esos aires de sabios...

Moisés imita sus muecas y gestos. Entorna los ojos, alza la cabeza y recita una concatenación de palabras sin sentido. Josef se echa a reír. También en él nace la sospecha cada vez más profunda de que se encuentran en un gran teatro que se extiende sobre toda la ciudad donde cada uno interpreta el papel que le ha sido asignado sin conocer ni el argumento del drama en que actúan, ni su sentido ni su final. La instrucción militar, aburrida y agotadora, recuerda a los pasos de un baile colectivo: forman dos filas que después han de unirse y separarse, como en una contradanza. Josef goza de una suerte de la que no disfruta Moisés: el general lo elige para aprender a montar a caballo. Es la única cosa concreta y útil que aprende en Offenbach.

DE DOS MUJERES QUE PONEN LOS PIES A REMOJO

Hace tiempo que Ewa tuvo que avenirse a casar a Anusia Pawłowska. Anusia, sin embargo, pese a tener marido e hijos en Varsovia, visita Offenbach todos los años. No tuvo que ir muy lejos para encontrar marido: se casó con su primo Pawłowski, así que ni siquiera ha cambiado de apellido. Su marido es oficial, a menudo se ausenta de casa. Ahora Anusia Pawłowska ha traído a su hija, Paulinka, que acompañará a la señora durante el solitario invierno en Offenbach, por suerte ya no en el castillo, que no han logrado mantener, sino en un regio edificio de la calle principal Lo han comprado los Czerniawski y lo han puesto a su nombre, para de ese modo ayudar a Ewa a escapar de sus acreedores.

Paulinka se ha ido con una sirvienta a la ciudad, mientras que ellas, las viejas, han decidido poner los pies a remojo. A Ewa se le han hinchado los huesos del dedo gordo del pie y le duele mucho. Cuando Anusia se quita las medias blancas, se ve que la aqueja la misma dolencia. Han disuelto sales medicinales en agua caliente. Las recogidas faldas dejan al descubierto sus pies, que en el caso de Ewa están rojos por los vasos sanguíneos reventados. Las señoras han colocado sobre una mesilla una jarra con café y un plato con unos pequeños barquillos. Los que más le gustan a Ewa son los que están rellenos de masa de pistacho. Se preguntan cuántos hijos habrá tenido Jacob y quién debe formar parte de ese grupo. Ahora Ewa incluso se alegra de poder tener tantos hermanos. Al fin y al cabo, eso significa que tiene numerosos sobrinos nietos en Varsovia, Moravia, Valaquia... ¿Será uno de ellos alguno de los pequeños Kapliński, esos a los que Jacob bautizó con tanta emoción poco antes de morir? ¿Recuerdas? ¿Recuerdas? ¿Y Magda Jezierzańska? ¿Recuerdas? ¿Y el pequeño Ludwik Wołowski? Se le parecía tanto. ¿Y Barbara Szymanowska? ¿Y Janek Zwierzchowski? Barbara Jakubowska seguro: es el vivo retrato de Jacob.

De pronto Anusia pregunta:

–¿Y yo?

Ewa la mira con bondad y súbitamente le acaricia el cabello, como si la consolara.

–A lo mejor tú también. No lo sé.

–De todos modos, somos hermanas.

Se abrazan encima de las palanganas con agua. Después Ewa pregunta:

–¿Y tu madre? ¿Cómo era?

Anusia se queda pensativa, se lleva las manos a la nuca.

–Buena y despabilada. Tenía buen olfato para los negocios. Siempre estuvo en todo, hasta el final. Mi padre no habría podido

hacer nada sin ella. Fue ella quien hizo próspera la tienda, quien dio educación a los hermanos. Seguimos conservando esa tienda.

–Se llamaba Pesełe, ¿verdad? Mi padre la llamaba Pesełe.

–Lo sé.

–¿Y cómo va su matrimonio, señora Pawłowska? –le pregunta Ewa mientras se secan los pies con mullidas toallas.

–Bien. Me casé demasiado tarde. Me apegué demasiado a ti.

–Me abandonaste –dice Ewa como si la provocase.

–¿Y qué puede hacer una mujer sino contraer un buen matrimonio?

Ewa se queda pensativa. Luego se inclina y se frota el hueso hinchado.

–Puede convertirse en santa. Pudiste quedarte conmigo.

–Pero si lo estoy.

Ewa se echa hacia atrás, apoya la cabeza en el sillón y cierra los ojos.

–Pero te irás –dice, y se inclina con dificultad para ponerse las medias–. Yo me quedaré aquí sola con un hermano borracho y otro libertino.

–Espera, te ayudaré –dice Anusia y se inclina para coger las medias.

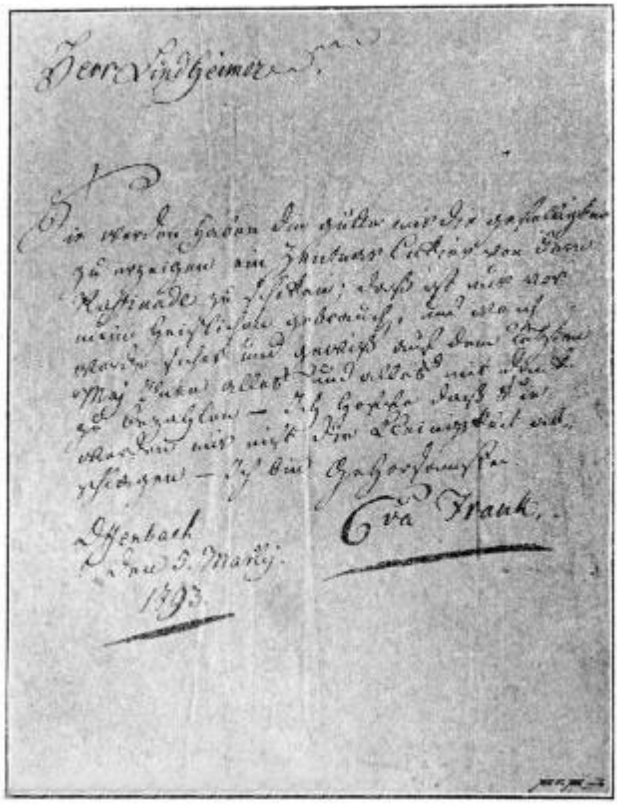
–Deudas por todas partes, no puedo salir de la ciudad. Los Czerniawski lo han abandonado todo y han huido a no sé qué Bucarest o Buda. Me han dejado sola. A mi alrededor no hay más que extraños.

Anusia logra poner una media en el pie de Ewa. Sabe a lo que se refiere. Ha visto carteles colgados en las calles de Offenbach informando de que los hermanos Frank prometen pagar todas las deudas contraídas con artesanos y comerciantes, y que con ese propósito el joven barón Frank va en busca de dinero a Petersburgo.

–¿Por qué a Petersburgo? –pregunta Anusia.

–Se le ocurrió a Zaleski. Ellos creen que somos rusos. De la familia del zar. Roch irá a Varsovia.

–Allí no encontrará nada. Salvo pobreza. ¿Quieres vodka? –pregunta Anusia y se levanta para, descalza, acercarse al aparador de donde saca una botella y dos copas. Al volver sirve en las copas la bebida dorada.



–De miel.

Saborean el vodka en silencio. Por la ventana penetra por un momento el rojo resplandor del ocaso invernal y la habitación se vuelve acogedora: un dormitorio de mujer, una cama mullida y sillones a rayas dispuestos alrededor de una mesilla de café, un escritorio clásico, «romano», con montones de facturas y una carta empezada. La punta de la pluma ya se ha secado.

Sin embargo, más tarde el sol desaparece y la habitación empieza a sumirse en una oscuridad cada vez más densa. Anusia se levanta para encender una vela.

–No enciendas la luz –dice Ewa–. ¿Recuerdas que en cierta ocasión me contaste que en la aldea de tu madre había una mujer que no murió del todo?

–Sí, es cierto. Mi madre decía que seguía respirando y que solo menguaba. Era una de nuestras bisabuelas. Al final se hizo tan pequeña como una niña, como una muñeca. La dejaron en la cueva.

Ewa se revuelve inquieta.

–¿Cómo es posible?

–No lo sé –responde Anusia y sirve una segunda copa–. Nunca lo sabrás.

RETAZOS. DE LA LUZ

Nachman ya está viejo, seco como una pasa y encorvado. Está sentado junto a un ventanuco por el cual apenas penetra la luz, el frío emana de los gruesos muros. La mano con la que sostiene la pluma tiembla visiblemente. En el reloj de arena colocado junto al tintero caen los últimos granos: de un momento a otro habrá que darle la vuelta. Nachman escribe:

Nuestros antepasados no paraban de repetir que, tal como queda dicho en Pesajim 3, hay cuatro clases de dinero que nunca traen felicidad: la remuneración de los escritores, la remuneración de los traductores, el subsidio de los huérfanos y el dinero llegado de ultramar.

Y creo que es una gran sabiduría del Talmud, pues en mi vida esas fueron las principales fuentes de ingresos, por lo que se vuelve comprensible que no haya alcanzado gran felicidad. Sin embargo, he alcanzado una satisfacción personal que se podría considerar pequeña felicidad humana y que sucedió en el momento en que me establecí aquí en Offenbach, y comprendí que aquí moriría. Justo entonces se alejó de mí mi mayor debilidad, mi pecado: la impaciencia. Pues ¿qué quiere decir ser impaciente?

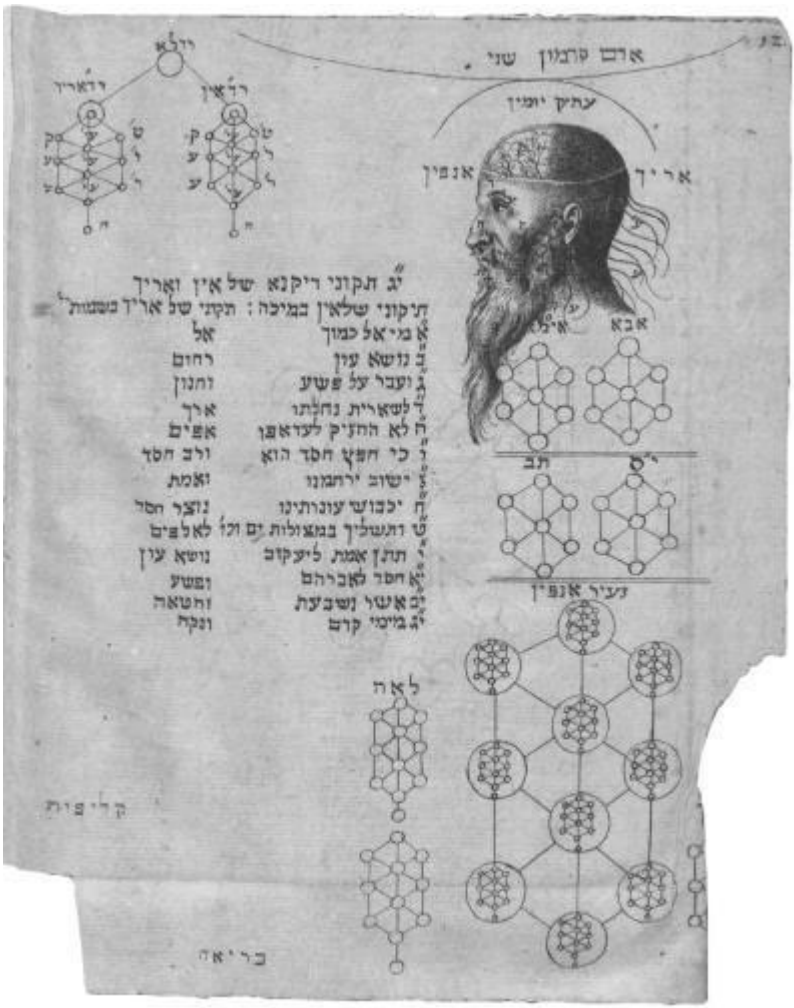
Ser impaciente quiere decir no vivir de verdad, sino vivir siempre en el futuro, en lo que ha de suceder pero aún no ha sucedido. ¿No recuerdan acaso los impacientes a los espíritus que nunca están aquí, en este lugar, ni ahora, en este preciso instante, sino que asoman la cabeza por la ventana de la vida, igual que esos viajeros de los que se dice que, en cuanto se hallaron en el fin del mundo, dirigieron su mirada más allá del horizonte? ¿Qué vieron allí? ¿Qué puede ver un impaciente?

Ayer me acordé de esa pregunta mientras debatíamos como siempre Jeruchim Dembowski y yo hasta bien entrada la noche. Se dice, me contestó, que allí, más allá del mundo, hay algo parecido a las bambalinas de un teatrillo de feria: un revoltijo de cuerdas, viejos decorados, disfraces y máscaras, los más diversos objetos y toda la maquinaria necesaria para crear una ilusión. Al parecer, ese es el aspecto que tiene. Achaia Aynayim, o en el idioma antiguo: ilusión del mago.

Así lo veo ahora desde mi pequeño cuarto. Ilusión. Representación. Mientras pude bajar las escaleras, cada mañana enseñábamos a los jóvenes, quienes cada año me resultaban más parecidos unos a otros, hasta que se me fundieron en una sola cara que cambiaba y ondulaba. En realidad, ya no encontraba en ellos nada de interés. Yo les hablaba

y ellos no me entendían, como si las ramas de nuestro mundo hubieran crecido en direcciones completamente diferentes. Mas tampoco esto ya me preocupa. Tras la muerte de Jacob llegó para mí un tiempo de gran calma. El estudio de la Merkabá se convirtió en mi principal ocupación, a lo que se añadieron mis conversaciones con Jeruchim Dembowski, puesto que el compartir habitación nos ha acercado. A él, Jeruchim, también le hablé de Chaja Shor, que había sido la única mujer a la que pude amar y que amé desde aquel hermoso momento en que me fue concedida por una noche, cuando llegué a Rohatyn con nuevas sobre Jacob. Mas a Jacob lo amé más que a nadie.

Ahora, aquí en Offenbach, una ciudad tranquila y soñolienta, pasábamos días enteros sin hacer otra cosa que estudiar palabras hebreas. Cambiábamos el orden de las letras y contábamos su valor, de modo que surgían nuevos significados y,



por lo tanto, nuevos mundos posibles. En cuanto obtenía un resultado, Jeruchim se reía entre dientes, y yo tenía la impresión de que así se rió Dios cuando nos creó a todos.

A veces sucumbíamos al impulso de evocar el pasado. En esas ocasiones le preguntaba: «¿Recuerdas cuando fuiste el judío favorito del obispo Dembowski? ¿Cómo te mimaba?», porque mi memoria se veía arrastrada hacia atrás, y el pasado estaba vivo, el presente apenas respiraba y el futuro yacía ante mí como un frío cadáver.

Los dos siempre esperábamos la llegada de nuestros hijos y nietos. Se suponía que a Jeruchim debían de visitarlo en Offenbach sus hijos, Jan y Joachim. Hablaba de ellos con tanta frecuencia y los describía con tanto detalle que al cabo de poco tiempo su visita resultó innecesaria. Todos los recordábamos de su infancia y adolescencia como muchachos un tanto altivos, pues los educaban los teatinos, y andaban siempre erguidos y orgullosos. Los dos eran altos, apuestos. «Uno vendrá con una levita de plata», decía el viejo Jeruchim, «y el otro con uniforme polaco.» Pero nunca aparecieron.

En cuanto a mí, encontré un gran consuelo en mis nietas que venían a visitar a nuestra Señora, y una incluso se casó en Offenbach con Piotrowski. Los nietos nos alegran hasta cierto momento, luego nos volvemos más sensibles a los asuntos del mundo y acabamos incluso confundiendo sus nombres.

Nadie quería escucharnos, todos estaban preocupados por sus propios asuntos. Ewa, la Doncella, con la ayuda de sus entregados secretarios Zaleski y el joven Czyński, regentaba la corte como si fuera una pensión. Deambulaban por ella unos cuantos huéspedes, pero una parte significativa de los hombres ya vivía en la ciudad. Abajo se celebraban conciertos a los que Jeruchim y yo nunca bajábamos pues preferíamos nuestros ejercicios de gematría y notaricón. El año pasado llegaron aquí los hermanos Wołowski y junto con Jeruchim pasaron todo el verano trabajando en una carta destinada a todas las comunidades judías del mundo. Copiaron esa carta cientos, quizá miles de veces, con tinta roja, una y otra vez. Se trataba de una advertencia ante la gran catástrofe que iba a abatirse sobre ellas si no aceptaban la fe de Edom, pues era la única que les permitiría escapar de esa aniquilación. Firmaron esa carta con sus nombres judíos: Franciszek Wołowski: Salomon ben Elisha Shor, Michał Wołowski: Natán ben Elisha Shor, y Jędrzej Dembowski: Jeruchim ben Hananiah Lippman de Czarnokozińce. Mas yo no quise estampar mi firma en esa carta. No creo en catástrofes futuras. Creo en las que conseguimos evitar.

En Bemidbar-Massey se dice que Dios ordenó a Moisés describir la

ruta del pueblo errante, y me parece que también a mí Dios me ordenó que lo hiciera. Y aunque no creo que lo consiga, pues he sido demasiado raudo e impaciente, o quizá demasiado perezoso para captarlo todo, intenté recordar a los verdaderos creyentes quiénes eran y de dónde partía nuestro camino. Pues ¿acaso no es cierto que nuestras historias son contadas por otros? Solo podemos saber de nosotros mismos lo que otros nos cuenten: quiénes somos y por qué nos esforzamos tanto. ¿Qué habría recordado yo de mi infancia de no ser por mi madre? ¿Cómo habría podido conocerme si no me hubiera visto reflejado en los ojos de Jacob? Así que me sentaba a su lado y les recordaba lo que juntos habíamos vivido, pues la previsión de catástrofes futuras les nublaba la razón. «Vete, Nachman, dedícate a tu trabajo. Estamos hartos de ti», en un principio me echaban de su lado. Mas yo era terco. Les recordaba cuáles fueron nuestros inicios. Evoqué las calles de Esmirna y Tesalónica, los meandros del Danubio y los crudos inviernos polacos cuando seguíamos en pos de Jacob con trineos al son de las campanillas en medio de la helada. Así como el cuerpo desnudo de Jacob cuando fuimos testigos del descenso del espíritu sobre él. El rostro de Chaja. Los libros del viejo Shor. Las severas caras de los jueces. ¿Recordáis aún la lóbrega época de Częstochowa?, les preguntaba.

Me escuchaban sin prestar atención, pues el hombre, con el paso del tiempo, olvida sus pasos y le parece que camina solo, allí donde quiere y no allí donde lo guía Dios.

¿Es posible alcanzar el conocimiento, la santa Dáat, que nos prometió Jacob?

Yo les decía: existen dos formas de imposibilidad de conocer. La primera se produce cuando alguien ni siquiera intenta preguntar y estudiar, al considerar que de todos modos no alcanzará el conocimiento completo. Y la segunda, cuando estudia y busca, y llega a la conclusión de que es imposible saber. En este punto evocaba un ejemplo para que mis hermanos pudieran comprender mejor la importancia de esa diferencia. Así que les decía que era como si dos hombres quisieran conocer a un rey. Uno piensa: puesto que es imposible conocer al rey, ¿de qué sirve entrar en su palacio y recorrer sus aposentos? El otro, en cambio, piensa diferente. Contempla las cámaras reales, se deleita ante el tesoro del rey, se admira antes los exquisitos tapices e, incluso cuando descubre que no puede conocer al monarca, al menos conoce sus aposentos.

Me escuchaban sin saber adónde quería ir a parar, así que quise recordarles el mismo principio y decirles una sola cosa: que en realidad nos ocupábamos de la luz. Admirábamos la luz en todo lo que existe, íbamos siguiendo sus huellas por los estrechos caminos de Podolia, por los vados del Dniéster, mientras cruzábamos el Danubio y

las fronteras mejor guardadas. La luz nos llamaba cuando tras ella nos zambullíamos en la oscuridad más profunda de Częstochowa, y era la luz la que nos conducía de un lugar a otro, de una casa a otra.

Y les recordé una cosa: ¿acaso en la antigua lengua, las palabras «luz» (or) e «infinito» (Ein Sof) no tienen el mismo valor numérico? Al fin y al cabo, or se escribe álef-vav-resc

רוא

lo que da $1 + 6 + 200 = 207$. Y Ein Sof, alef-yod-nun-sámejvav-pe:

ךוסם ויא

es decir: $1 + 10 + 50 + 60 + 6 + 80 = 207$. Mas también la palabra raz, es decir, misterio, tiene un valor numérico de 207.

Fijaos, les decía, todos los libros que hemos estudiado trataban de la luz: Séfer ha-Bahir es El Libro de la Claridad, Sha'are Orah son las Puertas de la Luz, Meor Enajim, Luz de los Ojos, y finalmente Séfer ha-Zohar, El Libro del Esplendor. No hacíamos otra cosa más que despertarnos a media noche, en la oscuridad más profunda, en pequeñas estancias de techo bajo, y, en medio del frío, estudiar la luz.

Esa luz nos reveló que el inmenso cuerpo de la materia y sus leyes no es mechut, real, lo mismo que todas sus formas y manifestaciones, sus infinitos contornos, sus leyes y hábitos. La verdad del mundo no es la materia, sino la vibración de las centellas de luz, ese incesante parpadeo que hállase en todas las cosas.

Recordad qué buscábamos, les dije. Todas las religiones, leyes, libros y costumbres viejas han caducado. Quien lee esos libros antiguos, observa las antiguas leyes y costumbres, es como si caminara hacia delante con la cabeza vuelta hacia atrás. Por eso tropezará y finalmente caerá. Pues todo lo pasado procede del lado de la muerte. El hombre sabio, sin embargo, mirará hacia delante a través de la muerte como si esta no fuese más que un velo de muselina, y se colocará del lado de la vida.

Y esto lo firmo yo: Nachman Samuel ben Levi, de Busk, o sea, Piotr Jakubowski.

VII. EL LIBRO DE LOS NOMBRES

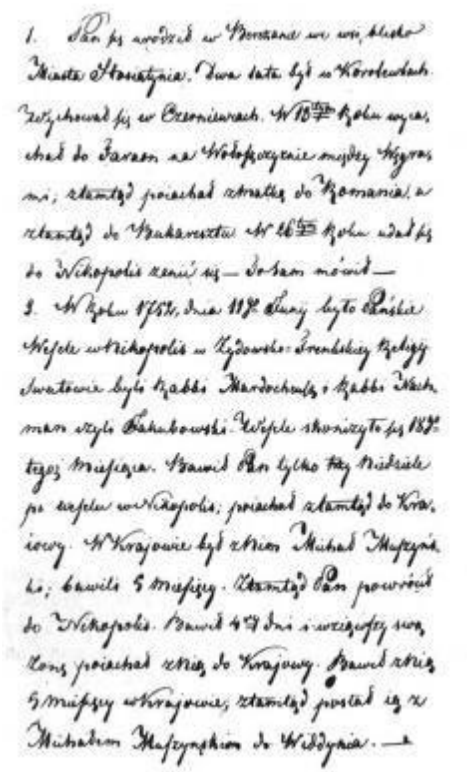
Hominem 1	Człowieka 1	Homo, m. 3. człowiek.
attingunt *conſanguinitate*,	dotykaią pokrewieństwem,	conſanguinitas, f. 1 pokrewny.
in *linea aſcendente*, (m. 2.	w Linii powſtaiącey,	linea, f. 1. aſcendens c. 3. linia powſtaiąca.
pater, m. 3. *vitricus*, 2 & *mater*, f. 3. *noverca*, 3 f. 1.	Ociec, Oyczym, 2 i Matka, macocha, 3	
avus, 4 m. 2.	dźiadek, 4	
& *avia*, 5 f. 1.	i babka, 5	
proavus, 6 m. 2.	pradźiadek, 6	
& *proavia*, 7 f. 1.	i prababka, 7	
abavus, 8 m. 2.	prapradźiadek, 8	
& *abavia*, 9 f. 1.	i praprababka, 9	
atavus, 10 m. 2.	dźiad pradźiada albo czwarty dźiad, 10	
& *atavia*, 11 f. 1.	prapradźiadowa matka, 11	

31

JAKUBOWSKI Y LOS LIBROS DE LA MUERTE

Jakubowski murió poco después que el Señor, le sobrevivió tan solo un año. La omnipresente mirada de Yenta ve cómo un empleado público inscribe su apellido en los Sterbe und Begräbnis Bücher de la ciudad de Offenbach, con fecha 19 de octubre de 1792, y como causa de la muerte: «An einer Geschwulst», un absceso. Como nadie sabe de verdad cuántos años tenía Jakubowski, a todo el mundo le parece que estaba presente desde los mismísimos comienzos. Solo uno de los jóvenes alcanza a decir que era muy viejo. Así que el empleado anota: noventa y cinco años, edad matusaleniana, digna de un hermano mayor. En realidad, Jakubowski nació en 1721, así que tenía setenta y un años, pero, consumido por la enfermedad, parecía un anciano. Un mes después de él murió en Offenbach una de sus hijas, Rozalia, de una hemorragia durante el parto.

Jędrzej Jeruchim Dembowski reunió sus papeles. Tampoco eran tantos, de manera que consiguió colocarlos todos en un pequeño baúl. La Vida del Santísimo Shabtai Tzvi, que Jakubowski, perdiéndose en digresiones cabalísticas, escribió durante toda su vida, constituía de hecho un gran fardo de papeles llenos de gráficos, dibujos, cálculos geométricos y extraños mapas. El capítulo «Anotaciones varias» contenía apuntes para una biografía de Jacob nunca escrita.



Un año más tarde murió Jan Wołowski, el Cosaco, y, poco después, Józef Piotrowski, como llamaban a Moshek Kotlarz, a quien trajeron aquí para que disfrutara de una vejez tranquila; se volvió infantil e intratable, pero estuvo bien cuidado.

En septiembre de 1795 se fue Mateusz Matuszewski, y apenas un mes después su esposa Wittel, llamada Anna. Tras la muerte de su marido cayó en un extraño entumecimiento del que nunca se recuperó. A veces ocurre que los esposos no pueden vivir sin la presencia del otro, así que prefieren morir uno tras otro.

También murieron uno tras otro los dos hermanos Szymanowski, Eliasz y Jakub, ya ancianos, y tras su muerte, el resto de la familia Szymanowski regresó a Varsovia. Después de la muerte del último de los ancianos presentes en la corte de Offenbach, Paweł Pawłowski, antiguo Chaim de Busk, hermano de Jakubowski, la corte se fue quedando desierta, y aunque en la ciudad seguían viviendo algunos verdaderos creyentes, originarios principalmente de Moravia y Alemania, cada vez estaban menos apegados a la corte. Cuando, tras larga y agotadora enfermedad, murió en 1807 Józef, el más joven de los hermanos Frank, Ewa Frank, quien lo cuidó con abnegación, consiguió burlar la vigilancia de los acreedores y huir a Venecia. La trajo de vuelta la noticia de la enfermedad de Roch. Roch Frank se fue

el 15 de noviembre de 1813, solo, en su habitación; fue necesario derribar la puerta y sacar de allí su infeliz y enorme cuerpo hinchado de alcohol para poder enterrarlo.

EWA FRANK SALVA OFFENBACH DEL SAQUEO NAPOLEÓNICO

A Roch, ya muy enfermo, lo intentaron empolvar un poco cuando, en marzo de 1813, visitó a Ewa Frank en su casa de la esquina de Canalstrasse y Judengasse el zar Alejandro. La noticia de la visita debía ser confidencial, pero enseguida se difundió por toda la ciudad. El zar deseaba conocer la célebre colonia judeo-cristiana, de la que había oído hablar durante su viaje por Europa. Siendo un gobernante ilustrado y con la mirada puesta en el progreso, tenía la intención de crear en el territorio de su inmenso Estado un pequeño país donde los judíos pudieran vivir en paz y dedicarse a cultivar sus tradiciones.

La visita del zar espoleó los rumores que desde hacía años circulaban por Offenbach de que Ewa Frank estaba íntimamente relacionada con el trono ruso, lo que le había permitido posponer por un tiempo el pago de muchas deudas. Al zar le gustó tanto lo que vio que unos años después creó el Comité para la Protección de las colonias de cristianos judíos, izráilskie jristiane, que debían establecerse en Crimea. El principal propósito de ese comité era la conversión de los judíos al cristianismo.

Una docena de años antes, en julio de 1800, Ewa y su hermano Roch, que aún gozaba de buena salud, se convirtieron en héroes de Offenbach durante las turbulencias bélicas que se abatieron sobre la hasta entonces pacífica ciudad.

El flanco izquierdo francés, que incluía a la Legión del Danubio, comandada por el polaco Kniaziewicz, se apoderó de los cañones austríacos y esa misma noche tomó Offenbach. Los soldados, furibundos y sedientos de saqueo, se abalanzaron sobre la ciudad inocente y solo la decidida actitud de Ewa y su hermano salvó Offenbach de la violencia y el pillaje. A saber: Ewa, con gran hospitalidad, abrió la puerta de su casa y recibió a sus compatriotas con alegría, los agasajó con esplendor, sin tener en cuenta el peligro y los enormes gastos, y de esa manera, con hospitalidad y buenas palabras, contuvo la codicia de los vencedores.

Los habitantes de Offenbach no olvidarían su actuación. La virtud de las mujeres, los escaparates de las tiendas y las mercancías de los almacenes, todo eso salió indemne de una guerra que asoló las ciudades vecinas. Y Ewa, ya profundamente endeudada, logró obtener nuevos préstamos.

Lamentablemente, los últimos años los pasó en arresto domiciliario con su freilina, Paulinka Pawłowska, y con el secretario Zaleski, responsable del aprovisionamiento. Tras su muerte, el 7 de septiembre de 1816, la casa fue precintada y los decepcionados acreedores ya no encontraron en su interior nada de valor salvo unos cuantos efectos personales de la baronesa, que no pasaban de ser meros recuerdos. Tan solo consiguieron vender la fabulosa casa de muñecas de cuatro plantas, numerosas habitaciones, salones, cuartos de baños, arañas de cristal de Bohemia, servicios de mesa de plata y el mejor de los vestuarios. El equipamiento de la casa de muñecas se subastó por separado y tal vez por eso alcanzó un precio nada desdeñable. Lo compró un banquero de Frankfurt.

Paulinka Pawłowska se casó con un consejero local y durante mucho tiempo entretuvo a la buena sociedad con extrañas historias acerca de las relaciones de Ewa Frank, de la corte de Viena y del milagroso macho cabrío de cuernos flexibles, el cual inspiró a un artista local a colocar su escultura sobre la entrada de uno de los edificios de Offenbach.

En cuanto a Franciszek Wiktor Zaleski –al que llamaban Der Grüne, puesto que vestía de verde, igual que su difunta señora–, vivió tranquilamente en Offenbach hasta mediados del siglo XIX. Ordenó que una vez muerto le cortaran la yugular, ya que le daba pánico que lo enterraran en estado de letargo.

EL CRÁNEO

Todos los neófitos de Offenbach fueron enterrados en el cementerio local, el cual, sin embargo, pasados unos años, comenzó a ser un estorbo para los planes de expansión de la ciudad y fue desmantelado en 1866. Los huesos de las personas allí sepultadas se recogieron y fueron respetuosamente enterrados en otro lugar. Con ese motivo fue retirado de la tumba el cráneo de Jacob Frank y, tras ser diligentemente descrito como «el cráneo de un patriarca judío», cayó en manos del historiógrafo de la ciudad de Offenbach. Muchos años más tarde, en circunstancias desconocidas, fue a parar a Berlín, donde lo sometieron a detalladas mediciones y estudios, y lo consideraron un ejemplo de la inferioridad racial de los judíos. Tras la guerra desapareció sin dejar rastro, destruido tal vez en medio del caos, acabó hecho añicos, o quizá aún permanece en los almacenes subterráneos de algún museo.

DE UN ENCUENTRO EN VIENA

Uno de los viajes más largos de Katarzyna Kossakowska fue el que hizo a Viena en 1777. Viajó hasta allí para recibir de manos de la emperatriz María Teresa el título de condesa y la Orden de la Cruz Estrellada. La acompañó su sobrino Ignacy Potocki, a quien quería como a un hijo. Al parecer, su espontaneidad agradó tanto a la emperatriz que esta la llamó «querida amiga».

Durante el baile celebrado en honor de los condecorados, un alborozado Ignacy le dio una sorpresa:

–Adivine, tía, a quién le traigo –dijo excitado.

Kossakowska vio a una dama con vestido verdeceledón, hermosa y de exquisita elegancia. Esta, con rubor en la cara, se plantó ante ella y le hizo una respetuosa reverencia mientras sonreía. Kossakowska, muy avergonzada, fulminó con la mirada al frívolo de su sobrino por haberla puesto en situación tan embarazosa. Entonces, aquella mujer, dijo con amabilidad y en polaco:

–Permítame recordarle a Vuestra Alteza quién soy. Me llamo Ewa Frank.

Sin embargo, no hubo demasiado tiempo para conversaciones.

Ignacy se limitó a susurrar al oído de su tía que allí, en la corte, corría el rumor de que Ewa Frank había sido la amante del mismísimo emperador, ante lo que Kossakowska se quedó tan atónita y evocó tal multitud de recuerdos que en el trayecto de regreso del baile se echó a llorar en la carroza.

Ignacy lo achacó a la natural emoción de una señora mayor ante los honores recibidos aquel día, así que aquel ataque de llanto ni siquiera lo sorprendió. Solo mencionó que del padre de Ewa Frank habían hablado muy bien los masones con los que el joven Potocki mantenía estrechas relaciones.

Katarzyna murió en sus tierras de Krystynopol, a edad muy avanzada, tiernamente cuidada por Agnieszka, a su vez vieja y decrépita.

SAMUEL ASCHERBACH Y SUS HERMANAS

Samuel Ascherbach, el hijo de Rudolf y Gertrudis Ascherbach, se rodeó de malas compañías durante sus estudios, que por fortuna completó, aunque no sin dificultades. Tras una breve y fracasada práctica en un bufete de abogados de Viena durante la cual entró en conflicto con su superior, lo dejó todo, se endeudó sobremanera, y, sin el conocimiento de sus padres, partió hacia Hamburgo. Una vez allí, encontró trabajo como escribano de un armador, y después ganó mucho dinero ejerciendo de hábil y prometedor abogado capaz de recuperar grandes sumas de los seguros. Por causas no del todo claras (al parecer relacionadas con ciertas extorsiones), desapareció después de un año de próspera carrera. Sus padres finalmente recibieron una carta suya de América, durante un largo rato estuvieron observando el sobre que había atravesado el océano. La carta venía de Pensilvania y en la firma figuraba el nombre de Samuel Uscher. Por la carta se enteraron de que se había casado con la hija de un gobernador y convertido en un respetable abogado. Por los periódicos de ultramar, que, pese a todo, no tuvieron la oportunidad de llegar al café vienés que frecuentaban Gertrudis y Rudolf Ascherbach, uno se podía enterar de que –a todas luces su esposa ejerció sobre él una buena influencia– la culminación de su carrera fue alcanzar el puesto de juez del Tribunal Supremo. Engendró siete hijos. Murió en 1842.

Sus hermanas gemelas se establecieron en Weimar y en Breslau, donde se casaron con respetables burgueses judíos. En Breslau, el marido de Christina, el doctor Löwe, fue un activo miembro de la Primera Sociedad de los Hermanos, organización de judíos con la mirada puesta en el progreso. Los dos contribuyeron a la construcción de la sinagoga La Cigüeña Blanca. Katarina, por desgracia, murió

durante su primer parto y no ha quedado rastro de ella.

LA BIBLIOTECA DE LOS HERMANOS ZAŁUSKI Y EL CANÓNIGO BENEDYKT CHMIELOWSKI

Las colecciones, reunidas con gran denuedo y no menor dispendio por los dos hermanos y obispos, por cuyo estado tanto se había preocupado el cura Chmielowski, con el tiempo alcanzaron una envergadura sin precedentes: alrededor de cuatrocientos mil volúmenes y veinte mil manuscritos, sin mencionar los miles de grabados y litografías. En 1774 se hizo cargo de ellos la Comisión de Educación Nacional, y en 1795, por orden de Catalina II, tras la última partición de la Res Publica, fueron trasladados durante meses: en carromatos y carros fueron llevados a San Petersburgo, donde permanecieron hasta la Primera Guerra Mundial. Parte de esos fondos regresó a la Polonia independiente, pero ardió durante la Sublevación de Varsovia.

Menos mal que el cura Chmielowski no tuvo que volver a presenciar semejante espectáculo: cómo el fuego devora las letras y los minúsculos trozos de papel se elevan hacia el cielo.

Si la gente supiera preservar su conocimiento del mundo, si supiera grabarlo en la roca, en los cristales, en el diamante, y transmitirlo así a sus descendientes, quizá el mundo sería distinto. ¿De qué nos sirve una materia tan frágil como el papel? ¿¡De qué nos sirve escribir libros!?

Pero en el caso del cura Chmielowski, también las materias más concretas, como la piedra o el ladrillo, fallaron igual que el papel. Nada queda de su casa parroquial, ni de su jardín ni de su lapidarium. Las tablas rotas se han cubierto de zarzas, sus rizomas se han multiplicado y las letras grabadas reinan ahora bajo tierra. Cada día pasan a su lado los ciegos topos y las lombrices en sus retorcidas peregrinaciones, indiferentes al hecho de que la letra «n» en «encontrará» esté escrita al revés.

EL MARTIRIO DE JUNIUS FREY

Tras la muerte de Jacob, Thomas von Schönfeld fue llamado por Ewa a Offenbach en calidad de «sobrino del Señor». Cosa curiosa, los más jóvenes, sobre todo los verdaderos creyentes de Moravia y Alemania, le dieron la bienvenida como sucesor de Jacob. Se les unieron algunos polacos, como Łabęcki y los hijos de Jan Wołowski. Al parecer, una tarde se produjo una gran riña, tras la cual Thomas hizo las maletas y se marchó al día siguiente.

Ese mismo mes, como Junius Brutus Frey, junto con su hermana Léopoldine y su hermano Emanuel, llegó a la Francia revolucionaria. Portaban varias cartas de recomendación, así que de inmediato se encontraron en el centro de los acontecimientos.

El día 10 de agosto de 1792, Junius Frey y su hermano Emanuel participaron en el asalto a las Tullerías, acción que les valió sendas condecoraciones, y para celebrar la proclamación de la República un mes más tarde, Junius Frey adoptó a un huérfano, se hizo cargo de por vida de una viuda ciega y empezó a pagar una pensión a un anciano decrépito.

En el verano de 1793 se publicó la obra de Junius Frey titulada Philosophie sociale, dédiée au peuple français par un citoyen de la section de la République française, o sea, «Filosofía social dedicada al pueblo francés por un ciudadano de la sección de la República Francesa», en la que Frey, o sea, Thomas von Schönfeld, o sea, Moshe Dobruška, sostenía que todo sistema político, al igual que toda religión, tiene su propia teología, y que sería necesario estudiar los fundamentos teológicos de la democracia. Dedicó un capítulo entero a una crítica demoledora de la constitución de Moisés, quien engañó a su pueblo de la siguiente manera: presentando como divinas unas leyes inventadas por él mismo que solo servían para avasallar al hombre y privarlo de su libertad. La cantidad de desgracias y plagas, de violencia y guerras que ocasionó al pueblo judío y a otras naciones del mundo fue desgarradora. Jesús actuó mejor y con más nobleza, y eso porque basó su sistema en la razón. Lamentablemente, sus ideas fueron pervertidas, al igual que las ideas de Mahoma. Sin embargo, se puede llegar hasta la verdad que Moisés ocultó con tanta eficacia rastreando los vínculos entre disciplinas aparentemente inconexas: las ciencias exactas, el arte, la alquimia y la Cábala, pues todas ellas se complementan y comentan entre sí. El libro concluía con un canto apoteósico a Kant, quien, temiendo un régimen funesto, se vio obligado a ocultar sus auténticos pensamientos bajo la apariencia de una oscura metafísica que le servía de «talismán contra la cicuta y la cruz».

Junius Frey llevaba en París una vida tan intensa como derrochadora. Tanto él como Chabot, quien se casó con Léopoldine, eran conocidos por su inclinación al desenfreno y contaban con numerosos enemigos. Thomas, o sea, Junius, disponía de inmensas sumas de dinero y era sospechoso de espiar a favor de Austria. Gracias a Chabot, entró a formar parte en la comisión encargada de liquidar los activos y pasivos de la Compañía de Indias, que había amasado una fortuna inimaginable. Acusado de falsificar documentos, Chabot

arrastró a Thomas en su caída.

Tras un breve juicio, el 15 de germinal del año II, o sea, el 5 de abril de 1794, Junius Frey, su hermano menor Emanuel, así como Danton, Chabot, Desmoulins y otros fueron condenados a muerte.

La decapitación de Danton fue el punto culminante de la ejecución, era su cabeza lo que esperaba con impaciencia el populacho. Se oyeron silbidos y aplausos, que sin embargo amainaban con cada nuevo condenado. Cuando le tocó el turno a Junius Frey, o sea, a Thomas von Schönfeld, o sea, a Moshe Dobruška, que era el último en la cola, el populacho ya había empezado a dispersarse.

Junius vio todas las cabezas cortadas mientras caían en la canasta colocada bajo la guillotina y, al intentar dominar la oleada de miedo animal que lo paralizaba, se puso a pensar intensamente en que por fin tendría la oportunidad de averiguar cuánto tiempo vivía la cabeza una vez cercenada, un tema que era objeto de acalorados debates desde que la guillotina hiciese su vertiginosa carrera. También pensó en que antes de renacer intentaría trasladar ese conocimiento a través de los campos vacíos de la muerte.

A los franceses les escribió: «Soy un extraño entre vosotros, el cielo de mi familia se halla lejos de aquí, pero mi corazón se inflamó con la palabra “Libertad”, que es la palabra más hermosa de nuestro siglo. Es ella la que guía todos mis actos, mis labios están pegados a los pezones de la Libertad y me alimento con la leche de la Libertad. Mi patria es el mundo; mi profesión, hacer el bien; mi misión, despertar a las almas sensibles.»

En las calles de París, mucho tiempo después, se seguía cantando una canción cuyo origen nadie intentó averiguar. Nosotros, en cambio, sabemos a ciencia cierta que se trataba de una traducción simplificada al francés popular de un poema de Junius Frey, que evidentemente era a su vez una traducción francesa de la versión alemana de la Oración de Nachman. Decía así:

Que nada tiene que ver mi alma
con lo que os aflige y desarma:
trono, corona, cetro, emblema,
ella vuela libre y blasfema.

Y así hoy baila mi alma liviana,
sobre el escenario es soberana.
Ni bien ni mal, ni palacio ni fragua,
ella es molino, el resto es agua.

Atraviesa muros, cruza fronteras,

y hace mofa de las banderas,
sopla la paja, sopla el grano
y perlas echa a los marranos.

Respóndeme, Tú, Señor celestial,
de la eternidad ciudadano,
antes que el baile llegue al final,
¿hay como Tú otros hermanos?

Pues si como Tú no hay ninguno,
concédeme las palabras apropiadas
para que los hijos que acuno
preserven en tu amor su morada.

LOS HIJOS

Tan solo Yenta es capaz de ver desde arriba y seguir el rastro de todos esos seres inquietos.

Así es como ve que el viejo Jeruchim Jędrzej Dembowski tenía razón cuando decía cómo se vestirían sus hijos cuando lo visitaran. Tampoco resulta sorprendente el porqué, finalmente, no lo visitaron. Jan Dembowski se convirtió en secretario de Ignacy Potocki, mientras que Joachim fue ayudante de campo del príncipe José Poniatowski, sobrino del rey. Jan luchó después en la Insurrección de Kościuszko con rango de capitán y al parecer fue el más activo de los conspiradores. Más tarde lo vieron dirigiendo al populacho mientras ahorcaban a los traidores. Tras la derrota de la insurrección se alistó, como otros muchos, en las legiones para batallar en Italia. Durante la guerra, en 1813, combatió a los austríacos y durante un tiempo fue gobernador de Ferrara. Se casó con la señorita Visconti y se estableció en Italia.

Su hermano Joachim luchó al lado de su príncipe hasta el final y compartió su trágico destino.

Al cumplir quince años, Antoni, único hijo del matrimonio de Józef Bonawentura Łabęcki y Barbara Piotrowska –hija de Moshek Kotlarz– y nieto de Moshe de Podhajce, tras terminar sus estudios en las Escuelas Pías, empezó a trabajar en la cancillería de la Dieta de los Cuatro Años, y ya a edad tan temprana publicó varios escritos en defensa de las reformas previstas. En la época del Reino de Polonia surgido del Congreso de Viena actuó como abogado y defendió a menudo a las minorías. Era bien conocido su estilo de defensa: se inclinaba visiblemente sobre la barrera que delimitaba el tribunal y, susurrando, bajaba la voz para de repente, en el momento que

consideraba particularmente importante, rugir a todo pulmón y dar un puñetazo en el borde de esa barrera, de manera que los jueces, arrullados por la momentánea monotonía de su relato, se sobresaltaban en sus asientos. Cuando veía que sus argumentos no eran eficaces y que llevaba las de perder, levantaba las manos, apretaba los puños, agitaba todo el cuerpo y de su pecho emergían sonidos desesperados que llamaban a los jueces a socorrerlo. Casado con Ewa Wołowska, tuvo cuatro hijos, entre los cuales destacó el mayor, Hieronim, organizador e historiador de la minería del Reino del Congreso.

Los hijos de Chaim Jakub Kapliński se dispersaron por toda Europa. Unos se quedaron en Nikopol y Giurgiu, otros se establecieron en Lituania, donde, tras recibir títulos nobiliarios, se dedicaron a la agricultura.

Yenta también puede ver algo extraño y significativo: las dos ramas de la familia, tras perder por completo la memoria de su mutua existencia, alumbraron poetas. Uno de los descendientes más jóvenes es un poeta húngaro que recientemente fue galardonado con un prestigioso premio estatal. El otro es un bardo de uno de los países bálticos.

Salomea Łabęcka, una de las dos hijas de los Majorkowicz que se salvaron de la plaga de Lwów y que fue adoptada por los Łabęcki, se casó con el administrador de la heredad del matrimonio y fue madre de ocho hijos y abuela de treinta y cuatro nietos. Uno de sus nietos fue un conocido político nacionalista ferozmente antisemita de la Polonia de entreguerras.

El hermano de su padre, Falk Majorkowicz –una vez bautizado, Walentyn Krzyżanowski–, se trasladó con toda su familia a Varsovia. Uno de sus hijos, Wiktor Krzyżanowski, entró en la Orden Basiliana. Su segundo hijo, oficial durante el Levantamiento de Noviembre, defendió las pequeñas tiendas judías del asalto de la muchedumbre. Junto con otros oficiales, intentó dispersar a la chusma que las saqueaba, suceso del que dejó bello testimonio Maurycy Mochnacki.

Hryćko, Chaim Rohatyński, se quedó en Lwów. Bajo influencia de la familia de su esposa, abandonó la herejía y se convirtió en un judío común y corriente dedicado a comerciar con vodka. Una de sus nietas se convirtió en una apreciada traductora de literatura yidis. En cuanto a aquel fugitivo, tras bautizarse por segunda vez, se puso de nombre Jan Okno y fue carbonero en Lwów. Al cabo de un año, se casó con una viuda con la que tuvo un hijo.

De quien más se podría hablar sería de la familia Wołowski, ya que alcanzó enormes dimensiones. Casi todas las ramas de la estirpe fueron ennoblecidas, unas recibieron el escudo Bawół, otras el escudo Na Kaskach. Sin duda, el que hizo mayor carrera fue Franciszek, hijo de Isaac Wołowski, aquel a quien el cura Chmielowski llamó Jeremías. Nacido en Brünn en 1786 y criado en Offenbach, se convirtió en uno de los mejores juristas y expertos en derecho de aquella época. Por extraño que parezca, cuando en la Dieta se presentó una moción a favor de otorgar la ciudadanía polaca a los judíos, Franciszek, en su calidad de diputado, argumentó en un encendido discurso que era demasiado pronto para dar ese paso. Primero el pueblo polaco debía lograr la independencia. Solo después habría tiempo para reformas sociales.

Ludwik, nieto de otro de los hijos de los Wołowski, tras la derrota del Levantamiento de Noviembre, se marchó a Francia, donde se hizo célebre por sus extraordinarios conocimientos de derecho, lo que le valió la Legión de Honor.

UNA PRECIOSA NIÑA TOCA LA ESPINETA

En el gran edificio de ladrillo recientemente levantado en la esquina de las calles Grzybowska y Waliców de Varsovia, perteneciente a Franciszek y Barbara Wołowski, se celebran conciertos. En las habitaciones destinadas a los invitados a menudo se alojan amigos de la familia. Franciszek, tranquilo y sosegado, acomoda a los invitados en el salón. Es aquí donde se suelen dar los conciertos, pero hoy la espineta está en otra habitación, porque a la pequeña artista la atenaza un tremendo miedo escénico y no es capaz de tocar ante un público tan numeroso. Así que la música que fluye de sus dedos llega al salón a través de una puerta abierta. El auditorio guarda silencio, da miedo hasta respirar profundamente ante la belleza de esta música. Es Haydn. La partitura ha venido de Offenbach, de la tienda del señor André. Antes de la actuación, la pequeña Marynia ha estado ensayando durante un mes entero. Su profesor, un hombre de mediana edad y temperamento excesivamente eufórico, está igual de nervioso que la pequeña pianista. Antes del concierto ha manifestado que ya es incapaz de enseñarle nada más. Están aquí los Szymanowski, los Majewski, los Dembowski y los Łabęcki. Está asimismo el señor Elsner, quien también le había dado clases, y un invitado de Francia, Ferdinando Paër, quien insta a los padres a que pulan este talento extraordinario. En una esquina está sentada una señora mayor vestida de negro de la que cuidan sus nietas. Se trata de Marianna Lanckorońska, o quizá Rudnicka, la tía Chaja, como la llaman en esta casa. El nombre de Marianna en su caso

nunca tomó carta de naturaleza. Está ya muy vieja y –para qué ocultarlo– completamente sorda, de manera que no oye los sonidos que fluyen de los dedos de Marynia Wołowska; al cabo de un instante su cabeza cae sobre el pecho y la mujer se queda dormida.

DE CIERTO MANUSCRITO

El primer libro sobre un viaje a través de tiempo, lugares, lenguas y fronteras fue terminado en 1825. Lo escribió un tal Aleksander Bronikowski, alias Julian Brinken, como pago de los honorarios del abogado Jan Kanty Wołowski, quien llevó y ganó el juicio por la fortuna de la señora Bronikowska, tal como figura en el prefacio.

Jan Kanty era descendiente de Yehuda Shor, o sea, de Jan Wołowski el Cosaco, y gozaba de gran reputación por ser un excelente jurista y un hombre culto de intachable honestidad. Durante muchos años desempeñó el cargo de decano de la universidad y de fiscal general. Se recuerda de él que, siendo decano de la Facultad de Derecho y Administración, no aceptó cobrar su sueldo, sino que lo destinó en su totalidad a becas para seis estudiantes pobres. El gobierno ruso le ofreció una cartera ministerial, pero la rechazó. Siempre subrayó su origen judío y frankista, así que al descubrir que su cliente no tenía dinero para pagar el juicio, le pidió un honorario en forma de novela.

–Una que todo el mundo sea capaz de leer y que describa las cosas tal como sucedieron –dijo.

Brinken le contestó:

–¿Y cómo sucedieron? ¿Quién podrá descubrirlo ahora, después de tantos años?

Wołowski lo invitó a su biblioteca, y allí, mientras tomaban un licor, le contó la historia de su familia, sesgada y plagada de lagunas, pues él mismo sabía bien poco.

–Es usted escritor, así que invente todo lo que aquí falta –le dijo al despedirlo.

Tras aquella velada, el escritor volvió caminando por las calles de Varsovia aturdido por el licor demasiado dulce mientras en su cabeza ya empezaba a gestarse la novela.

–¿Es todo eso cierto? –le preguntó años más tarde la bella y talentosa pianista Maria Szymanowska, de soltera Wołowska, cuando se encontraron en Alemania.

Julian Brinken, ya viejo, escritor y oficial primero prusiano, luego napoleónico, y finalmente del Reino de Polonia, se encogió de hombros:

–Es una novela, mi querida señora. Literatura.

–¿Y eso qué significa? –siguió inquiriendo la pianista–. ¿Es verdad o no?

–Yo exigiría de usted, como artista que es, que no pensara en categorías propias de la gente sencilla. La literatura es una singular forma de conocimiento, es... –buscó las palabras adecuadas y de pronto acudió a sus labios la siguiente frase–: la perfección de las formas imprecisas.

Confundida, Szymanowska guardó silencio.

Al día siguiente lo invitó a su salón, donde tocaba para unos invitados, y cuando todos se marchaban, le pidió que se quedara. Fue entonces cuando logró convencerlo –y esto duró casi hasta el alba– de que no publicase la novela.

–Mi primo, Jan Kanty, conserva un estado de ánimo envidiable en un país en que siguen reinando el caos y la bajeza. Resulta fácil acusar a alguien de... –vaciló y, tras un instante, concluyó–: todo, y después desacreditarlo. ¿Sabe usted? No duermo por las noches, siempre tengo miedo de que ocurra algo terrible. ¿De qué nos sirve ahora semejante conocimiento?

Brinken salió de la casa hechizado por el encanto de la anfitriona así como por las varias botellas de excelente vino. Tan solo a la mañana siguiente experimentó la ira y la indignación. ¿Cómo se ha atrevido? Por supuesto que publicará el libro en Varsovia. Ya tiene editor.

Sin embargo, pronto empezarían a ocurrir tantas cosas que ya no tuvo ánimo para ocuparse del manuscrito. Se puso a organizar ayuda para los refugiados de la Polonia insurrecta que venían del este, y en el invierno de 1834 cogió un resfriado y murió de repente. En cuanto al manuscrito, nunca publicado, descansa en las profundidades de los gigantescos almacenes de la Biblioteca Nacional.

LAS PEREGRINACIONES DE NUEVA ATENAS

También allí fue a parar el ejemplar rohatyniano de Nueva Atenas con el que Jacob Frank aprendía a leer en polaco. Primero viajó hasta Offenbach y, tras la liquidación de la corte, lo trajo de vuelta a Polonia, a Varsovia, Franciszek Wołowski. Durante mucho tiempo estuvo en su biblioteca donde lo leían sus nietas.

Por lo que se refiere al ejemplar regalado por el autor al obispo Dembowski, ardió casi por completo en una de las grandes bibliotecas privadas de la calle Hoża durante la Sublevación de Varsovia. El excelente trabajo del encuadernador de Lwów, quien apretó con mucha fuerza las páginas del libro, permitió que durante un tiempo se defendieran de las llamas. Por eso Nueva Atenas no ardió del todo: las

páginas centrales quedaron intactas y el viento las arrastró aún durante mucho tiempo.

La Nueva Atenas regalada a la señora Elżbieta Drużbacka se quedó en la familia y fue a parar a manos de su nieta; más tarde la solía leer el conde y dramaturgo Aleksander Fredro, bisnieto de Drużbacka. Tras la Segunda Guerra Mundial, dicho ejemplar, como la mayoría de las bibliotecas de Lwów, pasó a formar parte de los fondos del Ossolineum de Wrocław, donde se puede leer hasta hoy.

YENTA

Allí desde donde mira Yenta no existen fechas, así que no hay nada que celebrar ni nada por lo que preocuparse. La única señal del tiempo son las estelas que pasan a su lado, nebulosas, simplificadas, reducidas a unos pocos trazos, inasibles, privadas del habla, pero en cambio pacientes. Son los Muertos. Yenta, paulatinamente, adquiere la costumbre de contarlos.

Incluso cuando la gente deja de percibir su presencia, cuando ya no llega ninguna señal de su parte, ellos siguen atravesando su purgatorio de recuerdos. Privados del respaldo humano, no tienen lugar ni asidero alguno. De los vivos cuidan incluso los avaros, mientras que de los Muertos ni siquiera los más generosos se ocupan.

Yenta siente por ellos una especie de ternura cuando la rozan cual brisa cálida, a ella, que se quedó atrapada en la frontera. Les permite pasar un momento en su compañía, dedica atención a las figuras que aparecieron en su vida y que ahora, apartadas por la muerte a un segundo plano, son como aquellos veteranos de Częstochowa, olvidados por el rey y olvidados por el ejército, que ahora suplican una pizca de atención.

Así que, si Yenta llegó un día a profesar alguna religión, después de todas esas edificaciones mentales que levantaron sus antepasados y sus coetáneos, su religión es ahora la de los Muertos y de sus intentos fallidos, imperfectos y abortados de reparar el mundo.

Al final de esta historia, cuando su cuerpo se está convirtiendo en cristal puro, Yenta descubre una nueva capacidad: deja de ser un mero testigo, un ojo que vaga por el espacio y el tiempo, para poder también navegar a través de los cuerpos humanos, de mujeres, hombres y niños, momento en el que el tiempo se acelera y todo sucede muy deprisa, en un solo instante.

Y se vuelve evidente que esos cuerpos son como hojas en las que la luz se instaló lo que dura una estación, apenas unos meses. Después caen muertas y secas, y la oscuridad las reduce a polvo. Yenta quisiera abarcar con la mirada ese movimiento, cuando penetran unas en otras,

espoleadas por las almas que aspiran impacientes a una nueva encarnación, pero incluso para ella eso es un misterio.

Frejna, la hermana de Pesełe, y después de Anusia Pawłowska, llegó felizmente hasta la vejez en Korolówka, donde había nacido, y fue enterrada en ese hermoso cementerio judío que por la ladera de la colina desciende hasta el río. Nunca tuvo contacto con su hermana y, ocupada en criar a doce hijos, la olvidó por completo. Además, su marido, como buen judío, mantuvo en gran secreto todo lo que sabía sobre los parientes herejes de su esposa.

Sus bisnietos vivían también en Korolówka cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. El recuerdo de la cueva en forma de la letra álef y de la Vieja Abuela se conservó, sobre todo entre las mujeres mayores, que recordaban cosas a primera vista inútiles y fantasiosas que no servían para hacer pan o construir una casa.

Una tataranieta de Frejna, a la que apodaban Czarna, Negra, la mayor de la familia, se empeñó en no ir a Borszczów para registrarse, tal como habían ordenado los alemanes. Nunca confíes en ninguna autoridad, decía. Por eso, mientras todos los judíos de Korolówka partían con sus hatillos hacia el apeadero de la ciudad, ellos, a escondidas, en plena noche, arrastrando sus pertenencias en unas carretas, se internaron en el bosque.

El 12 de octubre de 1942, cinco familias de Korolówka, treinta y ocho personas, de las que el niño más pequeño tenía cinco meses y el adulto más viejo setenta y nueve años, tras abandonar sus casas en la aldea, justo antes del alba se adentraron en la cueva del bosque, allí donde la enorme álef subterránea traza su línea superior derecha.

Algunas salas de la cueva están cubiertas de cristales que crecen en paredes y bóvedas. Dicen que son gotas de luz petrificadas que se clavaron en la profundidad de la tierra y dejaron de brillar. Pero en cuanto los lame la llama de una vela, resplandecen y muestran su eterno y silencioso interior.

En una de esas salas sigue yaciendo Yenta. Durante años la humedad se ha posado en su piel, ya del todo adherida a los huesos, y ahora cristaliza, centellea, reluce. El brillo penetra en la profundidad del cuerpo y lo vuelve casi transparente. Yenta poco a poco se está convirtiendo en cristal y dentro de millones de años se volverá un diamante. Ese alargado cristal rosáceo incrustado en la roca que se ilumina por un instante por obra de las lámparas de aceite usadas siempre con moderación, revela un interior borroso e impreciso. Los niños, que ya se han acostumbrado a vivir en la cueva y ya saben aventurarse en sus profundidades, afirman que ese pedazo de roca está vivo y que si se intenta iluminarlo se verá allí un rostro humano, pero

evidentemente nadie se lo toma en serio, sobre todo porque el casi año y medio transcurrido en la oscuridad ha debilitado su vista para siempre.

Los adultos salen de cuando en cuando a buscar comida, pero nunca se aventuran más allá de las aldeas vecinas. Los campesinos los tratan como a espíritus y les dejan tras los pajares, como por casualidad, saquitos llenos de harina o de coles.

En abril de 1944 alguien arroja a la abertura que conduce a la cueva una botella con un papel en el que figura una frase torpemente escrita: «Los alemanes se han ido.»

Salen deslumbrados, tapándose los ojos de la luz.

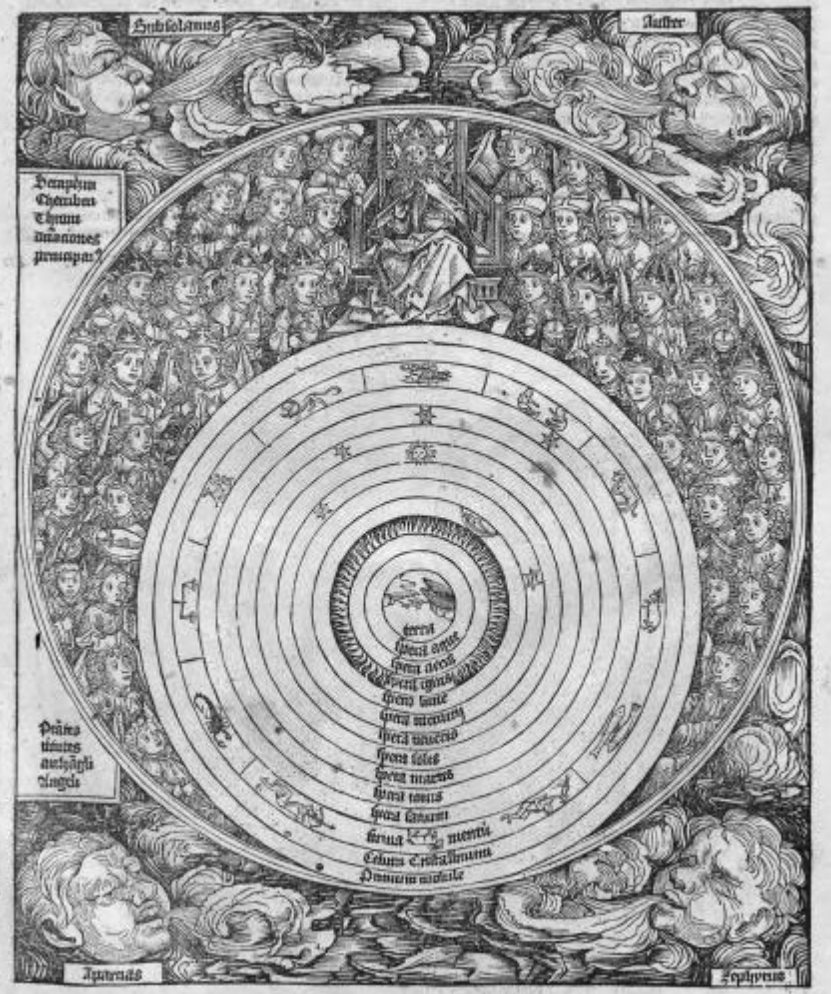
Todos sobrevivieron, y en el caos reinante tras la guerra, en su mayoría lograron emigrar a Canadá, donde relataron su historia, tan inverosímil que pocas personas les creyeron.

Yenta ve la maleza, los pequeños terrones de arándanos negros, las claras hojas de robles jóvenes junto a la entrada a la cueva, y después la montaña entera y la aldea y las carreteras por las que corren deprisa los coches. Ve el brillo del Dniéster, como el del filo de una navaja, y también otros ríos que llevan sus aguas a los mares, y mares cargados con grandes barcos que transportan mercancías. Asimismo, ve los faros que se comunican con briznas de luz. Se detiene un instante en su peregrinación hacia las alturas, porque le parece que alguien la llama. ¿Quién conocerá su nombre todavía? Y divisa una figura sentada abajo con el rostro iluminado por una pálida claridad, ve su particular peinado, su extraño atuendo, pero Yenta hace mucho que no se sorprende ante nada, ha perdido esa capacidad. Solo ve cómo, gracias a los movimientos de los dedos de esa figura, en medio de una clara y plana mancha de luz aparecen letras que se colocan en ordenadas filas. A Yenta se le asocian tan solo con las huellas en la nieve, pues al parecer los muertos pierden la capacidad de leer; es una de las consecuencias más desagradables de la muerte... Así que la pobre Yenta es incapaz de reconocer su propio nombre en ese YENTA YENTA YENTA que ahora aparece en la pantalla, de manera que pierde interés y desaparece en algún lugar allí arriba.

Aquí donde nos encontramos aparece en cambio un zumbido, el lóbrego sonido de la materia, y el mundo se oscurece, la tierra se apaga. Sin duda el mundo está hecho de oscuridad. Ahora estamos en el lado oscuro.

Sin embargo, está escrito que la persona que se ocupa de las cuestiones de los Mesías, incluso de los fracasados, aunque solo sea para contar su historia, será tratada como aquel que estudia los

eternos misterios de la luz.


Archelaus
Auster
Templum
Chambes
Thum
Dnationes
primpar
Primu
tinutes
archāgli
Angeli
Aquilo
Zephyrus
terra
Spera aque
Spera aeris
Spera ignis
Spera lune
Spera mercurij
Spera veneris
Spera solis
Spera martis
Spera iouis
Spera saturni
Spera mentis
Celum Crystallinum
Dominium mobile

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Por suerte la novela se acostumbra a tratar como ficción, de manera que no exige que el autor indique sus contextos bibliográficos. En este caso en particular eso ocuparía un espacio excesivo.

Toda persona interesada en la historia que se cuenta en este libro debería antes que nada consultar la obra en dos volúmenes de Alexander Kraushar, Frank i frankiści polscy 1726-1816. Monografia historyczna [Frank y los frankistas polacos 17261816. Una monografía histórica], del año 1895, así como la recopilación de las charlas del propio Frank, o sea Księgę Słów Pańskich. Ezoteryczne wykłady Jakuba Franka [El Libro de las Palabras del Señor. Prédicas esotéricas de Jacob Frank], en edición crítica de Jan Doktór (1997).

El trabajo de Paweł Maciejko The Mixed Multitude: Jakub Frank and the Frankist Movement 1755-1816, publicado en 2011 –ya en el transcurso de la escritura de este libro– por University of Pennsylvania Press, presenta un contexto histórico y político más amplio que permite comprender el fenómeno del frankismo en Polonia.

Un artículo sobre la doctrina de Shabtai Tzvi del mismo autor me permitió comprender lo que podía ser el frankismo en su esencia más profunda. Las tres paradojas consideradas por la teología shabtaiana discutidas por Nachman (pp. 826-827) las tomé prestadas del precursor trabajo de Paweł Maciejko Coitus interruptus in And I Came this Day unto the Fountain, en R. Jonathan Eibeschütz, And I Came this Day unto the Fountain, edición crítica e introducción de Paweł Maciejko, Los Ángeles: Cherub Press, 2014, capítulos IX-LII, por cortesía del autor.

La lectura fundamental que configuró todas las demás en materia de judaísmo fue, evidentemente, Major Trends in Jewish Mysticism [Las grandes tendencias de la mística judía], de Gershom Scholem, editado en polaco en 1997.

La descripción pormenorizada de la acusación del asesinato ritual de Markowa Wolica en 1752, así como numerosos documentos relacionados con este caso, los encontré en el trabajo de Kazimierz Rudnicki Biskup Kajetan Sołtyk 1715-1788 [El obispo Kajetan Sołtyk, 1715-1788], publicado en 1906 en Cracovia en el volumen V de la Monografia w zakresie dziejów nowożytnych [Monografía en materia de historia moderna], dirigida por Szymon Aszkenazy. Las intervenciones en el debate de Lwów están basadas en el libro de Gaudenty Pikulski, Sąd żydowski we lwowskim Kościele

Archikatedralnym 1759 r. [El juicio judío en la catedral de la archidiócesis de Lwów de 1759] (4.ª ed., 1906).

El retrato psicológico de Katarzyna Kossakowska está inspirado por el personaje que durante un momento aparece en Macocha [Madrastra], de Józef Ignacy Kraszewski, así como en la abundante correspondencia de la verdadera Kossakowska. La figura de Moliwda, sin duda, debe mucho a Andrzej Żuławski y a su Moliwda (1994). En cuanto a Thomas von Schönfeld, tomé numerosos datos del libro Kościół świętego Rocha. Przepowieści [La Iglesia de San Roque. Profecías] (2001), de Krzysztof Rutkowski.

Disfruté mucho trabajando sobre la figura del padre Benedykt Chmielowski, decano de Rohatyn y más tarde canónigo de Kíev, el primer enciclopedista polaco. A todos los interesados les recomiendo la lectura de Nowe Ateny albo Akademia Wszelkiej sciencyi Pełna [Nueva Atenas o Academia de toda ciencia plena] publicada en la excelente edición crítica y selección de Maria y Jan Józef Lipski de 1968. A decir verdad, este maravilloso libro se merecería ser reeditado. El encuentro del cura Chmielowski con la excelente –aunque hoy poco conocida por el gran público– poetisa barroca Elżbieta Drużbacka, no ha sido documentado en parte alguna, pero según todos los principios de la probabilidad habría sido posible, pues ambos se movían en órbitas próximas tanto en el tiempo como en el espacio.

El registro de defunciones, matrimonios y nacimientos que encontré en el archivo municipal de Offenbach del Meno me permitió reconstruir la composición del séquito que acompañó hasta el final a Jacob Frank en tierras extranjeras, así como seguir a grandes rasgos el devenir de las familias frankistas que regresaron a Polonia.

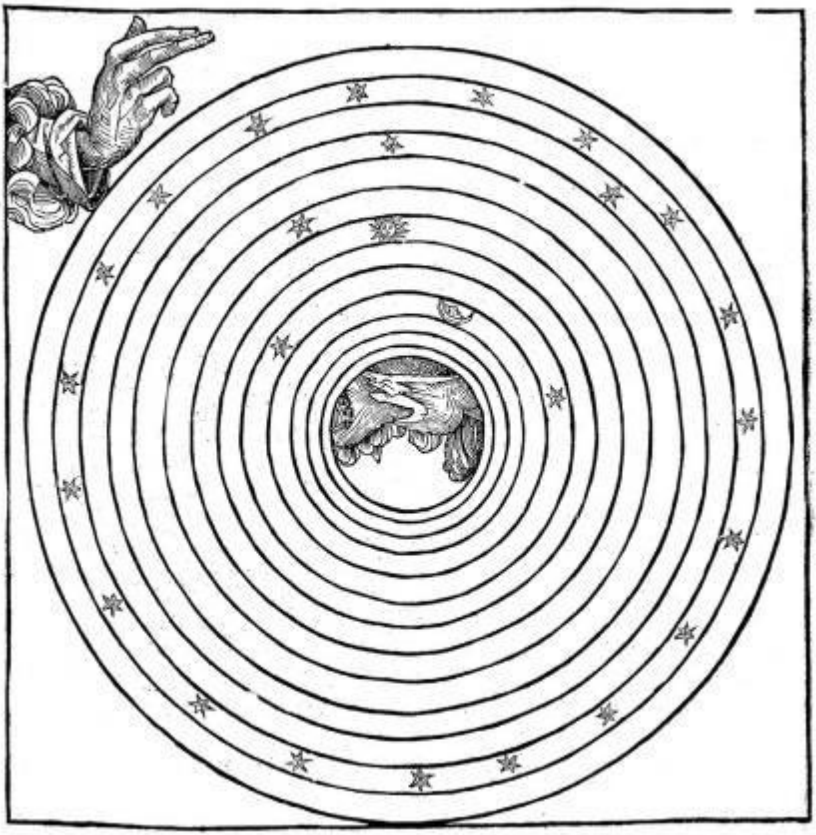
Podría ser este un tema para un nuevo libro.

Los grabados que constituyen la base de las ilustraciones del libro proceden en su inmensa mayoría de los fondos de la Biblioteca Ossolineum de Wrocław.

La numeración inversa de las páginas aplicada en esta obra es una reverencia a los libros escritos en hebreo y también un recordatorio de que todo orden es una cuestión de costumbre.

Estoy segura de que el cura Chmielowski se sentiría satisfecho al saber que su idea de un conocimiento accesible a todo el mundo y en todo momento ha podido cumplirse doscientos cincuenta años después de su muerte. Y es que mucho le debo a internet, gracias a este invento pansófico di con la pista del «milagro» de la cueva de Korolówka, una extraordinaria historia sobre cómo varias docenas personas se salvaron del Holocausto. Esta pista me permitió ver, en primer lugar, cuántas cosas quedan sutilmente entrelazadas y, en segundo lugar, que la historia no es sino un incesante intento de

comprender lo que sucedió y lo que pudo haber sucedido.



AGRADECIMIENTOS

Este libro nunca habría visto la luz en esta forma de no haber sido por la ayuda de numerosas personas. Deseo dar las gracias a todas aquellas a las que durante varios años martiricé con relatos sobre los frankistas, muchas de las cuales, reclamando explicaciones, plantearon pertinentes preguntas que me ayudaron a comprender la complejidad y los múltiples niveles de sentido de esta historia.

Doy las gracias al editor por su paciencia, a Waldemar Popek, por su lectura cuidadosa e inquisitiva, a Wojciech Adamski, por localizar numerosos anacronismos y verificar un sinfín de pequeños detalles, sin los cuales una novela corre el riesgo de parecer insulsa. Agradezco a Henrika Salawa, por un trabajo editorial benedictino, y a Alek Radomski, por dotar a Los libros de Jacob de una excepcional forma gráfica.

Estoy particularmente agradecida a Paweł Maciejko por sus valiosas observaciones en el campo del judaísmo y en los asuntos relacionados con la doctrina de Jacob Frank.

Doy las gracias a Karol Maliszewski por haber sabido llevar poéticamente la Oración de Nachman a través de tiempos y lugares. A Kinga Dunin, por la primera lectura, como siempre.

Al señor Andrzej Link-Lenczowski por su perspicaz asesoramiento histórico.

Las ilustraciones que se incluyen en este libro las agradezco a Adolf Juzwenko, el director de la Biblioteca del Instituto Nacional Ossoliński de Wrocław, quien me facilitó el acceso a sus fondos, y a Dorota Sidorowicz-Mulak, quien me ayudó a orientarme en su ingente cantidad. ¡Muchísimas gracias!

Mi madre, que es una persona muy perspicaz, al leer las primeras versiones, me llamó la atención sobre algunos detalles –pequeños pero esenciales– relacionados con los usos y costumbres de la vida cotidiana, por lo que le estoy muy agradecida.

Y sobre todo doy las gracias a Grzegorz por su talento casi detectivesco a la hora de seguir pistas; su habilidad para escarbar en las fuentes menos obvias me proporcionó muchas ideas y tramas. Y su paciente y reconfortante presencia me dio en todo momento la fuerza y la esperanza de que llevaría este libro hasta el final.

NOTA DE LOS TRADUCTORES

Habida cuenta del gran esmero que la autora puso en la elección del vocabulario dieciochesco, nosotros hemos procedido de igual manera. De ahí que la palabra «yidis», que no toma carta de naturaleza en español hasta finales del siglo XX, no aparezca sino tan solo en la parte final del libro, escrita ya desde la perspectiva actual. La gente habla en judío (que no deja de ser el jüdisch = judío alemán). Otro tanto ocurre con otros muchos términos, tales como «decapitación» (aquí descabezamiento) o «saltamontes» (aquí caballetas)... y podríamos seguir casi ad infinitum, pero confiamos en que estas breves pinceladas basten para que el lector vea que la querencia por muchas de estas trasnochadas palabras se debe a una fidelidad inquebrantable al espíritu del original.

En cuanto a los topónimos, hemos optado por mantenerlos en la lengua polaca, es decir, la mayoritaria en la Res Publica de las Tres Naciones, también conocida como Mancomunidad de Polonia-Lituania-Rutenia. A excepción de Varsovia y Cracovia, bien asentadas en español, el lector encontrará nombres usados por los hablantes de aquel entonces. De ahí Lwów (léase Lvuv), y no la actual Lviv, ni la rusa Lvov, ni la alemana Lemberg (aunque sí aparece Leopolis en latín cuando el texto así lo exige). Otro tanto ocurre con nombres de localidades que, tras la caída de los imperios prusiano, austrohúngaro y ruso (que engulleron el territorio de la Res Publica en las sucesivas particiones entre los años 1772 y 1795), recuperaron su nombre nacional. Tal el caso de las hoy moravas Brno-Brünn y ProstějovProssnitz, de las hoy lituanas Vilnius-Wilno, Trakai-Troki, y de las hoy ucranianas Borschiv-Borszczów, Medzhybizh-Międzybóż, Rogatín-Rohatyn, Pidgaitsi-Podhajce, Korolivka-Korolówka, Voislávichi-Wojsławice, etc. (Por suerte la también hoy ucraniana Busk sigue siendo Busk.)

Por lo que se refiere a los nombres propios, los hemos dejado (casi) todos en su grafía original: de ahí los diminutivos acabados en «ełe» (léase eue), tales como Chanełe, Chajkełe, Hershełe y otros, típicos de los judíos de Europa central y oriental. La excepción es Yenta (Jenta en polaco), que al ser una voz yidis (Yenta o Yente), a nuestro entender se puede transcribir y, de paso, evitar la pronunciación de la «j» española. Todos los nombres que empiezan por (o contienen) «ch» sí se pronuncian con «j»: Chaja-Jaya, Chaim-Jaim, Chmielowski-Jmielovski, NachmanNajman, Baruchia-Barujia, etc. La otra licencia

que nos hemos tomado es la conversión de «sz» en «sh» (sería muy poco natural poner, por ejemplo, Mosze en lugar de Moshe, que no deja de ser un diminutivo de Moisés, o Elisza Szor en lugar de Elisha Shor).

Estos son solo algunos de los innumerables criterios –la traducción es siempre también fruto de la conjetura– que han guiado nuestros pasos a lo largo de este proceloso gran viaje que llega ahora a su fin.

POSFACIO: EN TORNO A «LA CONSTELACIÓN» DE OLGA TOKARCZUK

El 10 de octubre de 2019, la Academia sueca otorgaba el Nobel de Literatura de 2018, año en el que no se había concedido, a Olga Tokarczuk. La autora polaca, aunque no era una absoluta desconocida en el mundo hispánico, tenía en aquel momento apenas dos libros traducidos al español: Un lugar llamado Antaño (traducción de Ester Rabasco Macías y Bogumiła Wyrzykowska) y Sobre los huesos de los muertos (traducción de Abel Murcia). El primero de los libros, publicado por Lumen en 2001 –año en el que aparecía también la traducción al catalán (Un lloc anomenat Antany, traducción de Anna Rubió y Jerzy Sławomirski para Edicions Proa)–, se encontraba descatalogado y el segundo había sido publicado en 2015 en México, en la Editorial Océano –gracias a la insistencia y al olfato editorial del escritor y editor mexicano Martín Solares–, y posteriormente, en 2016, en España en la Editorial Siruela. Ambos libros vieron, ya en un primer momento, cómo los títulos sufrían una cierta domesticación por parte de los editores en lengua española. Frente a propuestas de traducción como «Antaño y otros tiempos», más en la línea del original polaco, y «Conduce tu arado entre los huesos de los muertos», que reproducía –al igual que el original– el verso completo de Blake que da título al libro en polaco, se optó por fórmulas más convencionales o ya parcialmente acuñadas en las traducciones a otras lenguas. Si bien había dos libros traducidos al español, el día en que Olga Tokarczuk recibía el Premio Nobel, en las librerías solo se podía encontrar Sobre los huesos de los muertos –sin contar, claro está, ni el mercado del libro de viejo ni el entorno de internet–, situación que un mes después cambiaría significativamente con la aparición en la editorial Anagrama de Los errantes (traducido por Agata Orzeszek) –como sucediera en 2001 con Un lugar llamado Antaño, al mismo tiempo aparecería la traducción de Xavier Farré al catalán, Cos, en esta ocasión para la editorial Rata– y de El alma perdida en la editorial Thule, libro ilustrado por Joanna Concejo. Para ser más precisos habría que hablar de la aparición simultánea en español, catalán, gallego y euskera en esa editorial de El alma perdida, L'ànima perduda (traducciones ambas de Xavier Farré), A alma perdida (traducción de Ana Garrido González) y Arima Galdua (traducción de Izaskun Gracia Quintana). Quizá no resulte excesivamente aventurado ver en la concesión en 2018 del Premio Booker a la versión inglesa de

Los errantes (Flights, en traducción de Jennifer Croft) o en la Mención Especial del Bologna Ragazzi Award 2018 en la categoría de Ficción para Zgubiona dusza (El alma perdida) –una de las cuatro menciones en esa sección, galardón que también recibiría el español Raúl Guridi por Dos caminos–, así como en la inclusión del libro en el catálogo de ese año de la lista «Mirlos Blancos» de la Biblioteca Internacional de la Juventud de Múnich, que recoge anualmente los mejores libros de literatura infantil y juvenil publicados en todo el mundo, algunas de las razones de la aparición a finales de 2019 de ambos títulos en España, circunstancia extremadamente feliz al coincidir en el tiempo con la concesión del Premio Nobel de Literatura. Sea como fuera, si sumamos a ese hecho la reedición en la editorial Anagrama, recuperando la traducción en su día publicada por Lumen, de Un lugar llamado Antaño a principios de marzo de 2020 y, en otro orden de cosas, la aparición de la versión española del discurso del Nobel en diferentes entornos, el lector en español, apenas pasados seis meses desde el anuncio del Nobel, contaba con cuatro libros de Olga Tokarczuk (tres en catalán y uno tanto en gallego como en euskera).

Hasta aquí la presencia de la obra de Tokarczuk en el mercado editorial español y mexicano hasta finales de 2022, presencia que pasa a consolidarse con la publicación a principios de 2023 de Los libros de Jacob (Anagrama, traducción de Agata Orzeszek y Ernesto Rubio), considerada por muchos la obra magna de la autora.

En Polonia, Olga Tokarczuk –nombre completo Olga Nawoja Tokarczuk– era ya antes del Nobel una reconocida y laureada escritora que contaba en su haber con una veintena de libros y con casi una treintena de premios y galardones –no solo polacos–, entre los que destacan las más importante de las distinciones literarias en Polonia: el Premio Nike (por Los errantes en 2008 y por Los libros de Jacob en 2015; y en la categoría otorgada por los lectores por Un lugar llamado Antaño en 1997, por Dom dzienny, dom nocny [Casa de día, casa de noche] en 1999, por Gra na wielu bębenkach [Interpretación con múltiples tambores] en 2002, por Los errantes en 2008 y por Los libros de Jacob en 2015) y el Premio de la Fundación de los Kościelski (1997). Nacida en 1962, se licenció en Psicología en la Universidad de Varsovia y, finalizados sus estudios, ejerció como psicoterapeuta. Sus primeros relatos aparecerían publicados bajo seudónimo en la revista Na przełaj (Campo a través) en 1979, y diez años más tarde, acompañando al número de septiembre de la revista Okolice (Alrededores), vería la luz una plaquette de poesía de diecinueve páginas, Miasto w lustrach (La ciudad en los espejos). Si el escarceo con la poesía se limitaría a esas diecinueve páginas de entre los miles de páginas escritas por Tokarczuk, en el caso del relato, del cuento

literario, nos encontraremos ante un género recurrente en su obra, y no solo por la publicación de hasta seis libros de relatos –Szafa (El armario), 1997; Gra na wielu bębenkach (Interpretación con múltiples tambores), 2001; Ostatnie historie (Últimas historias), 2004; El alma perdida, 2017; Opowiadania bizarne (Cuentos bizarros), 2018; Profesor Andrews w Warszawie. Wyspa (El profesor Andrews en Varsovia. La isla), 2018–, sino también porque la estructura de sus novelas en más de una ocasión parece adoptar la forma de una peculiar concatenación de relatos que, como señala el poeta, traductor y crítico literario Xavier Farré en un artículo aparecido en diciembre de 2019 en la revista digital catalana de crítica literaria La lectora, viene a renovar «una estructura que ya se encuentra en la Biblia, en Las mil y una noches, en Don Quijote, en las narraciones medievales, en Gargantúa y Pantagruel, en la novela del siglo XVIII inglés». El relato estaría también en la base de esa denominada por Tokarczuk «construcción de tipo constelación», tan característica de su obra y cuyo primer ejemplo sería Dom dzienny, dom nocny (Casa de día, casa de noche), publicado en 1998, y posteriormente Los errantes (2007) y Los libros de Jacob (2014), pero que también se vislumbra en Un lugar llamado Antaño (2016).

En 1993 Tokarczuk debutará con una novela cuya acción nos trasladará en el tiempo al año 1685 y en el espacio a Francia y España. En Podróż ludzi Księgi (El viaje de las gentes del Libro), los protagonistas –un marqués perteneciente a una hermandad secreta, una cortesana y un carretero mudo llamado Gauche– emprenderán un viaje en busca del misterioso Libro que el mismo Dios habría ocultado a los ojos de los mortales, aún no preparados para sus revelaciones. Se dirigen a España, donde, en un inaccesible convento del Pirineo, se encuentra oculto el Libro que puede cambiar el futuro de la humanidad. Al mismo tiempo, grandes grupos de hugonotes peregrinarán en sentido contrario, buscando refugio ante el edicto del Rey Sol que instauraría el catolicismo como única confesión legal.

La novela anunciará ya muchos de los temas que aparecerán posteriormente en la obra de Tokarczuk. De carácter metafórico, el texto abunda en referencias a la gnosis, la alquimia, la cábala, y recuerda por momentos a una fábula filosófica.

El debut novelístico de Tokarczuk le valdría su primer premio, en este caso otorgado por la Asociación Polaca de Editores.

Dos años después de ese debut, aparecerá su segunda novela, E. E. (1995), ambientada en la Breslavia de principios del siglo XX, en unos tiempos en los que Sigmund Freud ve cómo el número de sus seguidores no deja de crecer. La protagonista, Erna Eltzner, una adolescente de quince años, resulta tener extraordinarias capacidades como médium. Los adultos que la rodean utilizan en su propio

beneficio el talento parapsicológico de la chiquilla. La niña pierde su identidad y se convierte en un caso clínico conocido por las iniciales de su nombre, E. E., que dan título al libro. Con un lenguaje preciso, rasgo este que caracterizará toda la obra de Tokarczuk, el libro ofrece una polifonía de voces alternas para narrar los mismos hechos.

La tercera novela de la Nobel polaca le permitiría a Tokarczuk abandonar su trabajo como psicoterapeuta y dedicarse de forma exclusiva a la literatura. Antaño, «un lugar situado en el centro del universo», es un pueblo polaco perdido en el interior del país y, al mismo tiempo, una metáfora de un mundo lleno de símbolos; de hecho, si entendemos ese espacio en un sentido amplio, representa el verdadero protagonista de Un lugar llamado Antaño (1996), protagonismo que se individualiza en personas, naturaleza, seres mágicos, sobrenaturales. En una saga sobre varias generaciones de dos familias, lo cotidiano se entrecruza con lo insólito, lo real con lo mítico, todo en un marco histórico circunscrito a las dos guerras mundiales y a la Polonia de posguerra. Nos encontramos ante una obra que algunos críticos han considerado la materialización centroeuropea del realismo mágico, si bien otros, como apunta y defiende Xavier Farré, ven más bien un tratamiento particular del mito que permite que coexistan «los niveles de la realidad y la ficción, de lo maravilloso y lo real».

Los dos años siguientes traerían consigo dos nuevos libros, uno de relatos, Szafa (1997; El armario), y la novela ya mencionada Dom dzienny, dom nocny (1998; Casa de día, casa de noche), presentada en forma de historias cortas que transcurren, tanto en el presente como en el pasado o en un tiempo legendario, en la región de la Baja Silesia, donde vive la propia Tokarczuk. «Cada uno de nosotros tiene dos casas, una concreta, situada en el tiempo y en el espacio, y otra infinita, sin dirección, sin posibilidades de ser recogida en los planes arquitectónicos [...]. Vivimos en ambas al mismo tiempo», dice la narradora. Esa otra casa pueden ser los sueños.

Tras esos cuatro fructíferos años, los dos libros siguientes, ambos de relatos, se harán esperar tres años cada uno: Gra na wielu bębenkach (2001; Interpretación con múltiples tambores) y Ostatnie historie (2004; Últimas historias). El primero, compuesto por diecinueve relatos, nos presenta de nuevo un mundo real y uno ficticio que se entrelazan. Una lectora interviene en el argumento del libro que está leyendo. Un soldado arrojado a una isla desierta encuentra a un bebé y lo alimenta. Tras el orden lógico de las cosas asoma una inexplicable realidad. En el segundo libro encontramos tres relatos independientes que, sin embargo, se encuentran interrelacionados, tres relatos en torno a la muerte y lo que la rodea y con las relaciones familiares como marco.

Tokarczuk volverá a profundizar en el tema de la muerte, esta vez desde la actualización de un mito sumerio. En Anna In w grobowcach świata (2006; Anna In en los sepulcros del mundo) reinterpreta el mito de Inanna, que traspasó la puerta del inframundo para encontrarse con su hermana, la diosa de la muerte, y consiguió regresar al mundo de los vivos. Con esa precisión léxica que caracteriza la prosa de Tokarczuk, la autora nos lleva al inframundo y al mismo tiempo consigue que nos hagamos desde nuestra contemporaneidad las eternas preguntas que han acompañado siempre la existencia del ser humano.

En 2007 Tokarczuk publicará Los errantes. El título del libro remite al nombre de una secta de cristianos ortodoxos que consideraba que el continuo movimiento permitía liberarse de la esclavitud del mal. Los protagonistas de Los errantes también están en permanente movimiento. Tokarczuk no se limita a la presentación de múltiples planos geográficos y de las instantáneas de hoteles, aviones, trenes, sino que intenta captar la esencia del viaje en un sentido psicológico. Annushka abandona su casa para instalarse en el metro de Moscú. Una emigrante polaca regresa a su país para apoyar a su antiguo amante en los últimos días de su vida. El anatomista Philip Verheyen explora las deformaciones del cuerpo humano. Un turista busca a su mujer y a su hija desaparecidas en Croacia. Lo único que tienen en común las narraciones que componen el libro es precisamente el movimiento. Los relatos, fragmentarios e inconexos, conforman lo que la propia autora denominará «constelación», esa particular forma de construir y estructurar sus novelas tan importante y tan presente en su obra.

Con Sobre los huesos de los muertos (2009), Tokarczuk se adentra en un género que no había cultivado hasta entonces. Considerada por parte de la crítica como una novela negra, bautizada también como thriller ecológico o como comedia negra feminista, la acción de la novela se desarrolla en un pueblo de los Sudetes en el que se suceden misteriosas muertes de cazadores. La protagonista, Janina Duszejko, amante de la astrología y de la poesía de Blake, tiene su propia teoría. Considera que los animales, asesinados y maltratados desde hace siglos, han empezado a tomarse la revancha. Como es de esperar, nadie hará caso a una excéntrica jubilada, considerada más bien una loca inofensiva. El libro, con todos los elementos de un western clásico, pero con una asignación de roles sorprendente e inesperada, será llevado a la gran pantalla por la directora Agnieszka Holland con el título de El rastro y obtendrá el Oso de Plata en el Festival de Cine de Berlín de 2017.

En 2014 llegará a las librerías la obra que el lector en español, gracias a la titánica labor de sus traductores, Agata Orzeszek y Ernesto Rubio, tiene ahora entres sus manos, Los libros de Jacob o gran viaje a

través de siete fronteras, cinco lenguas y tres grandes religiones, sin contar otras pequeñas, una novela a la que la escritora manifestará haberle dedicado ocho años y que se convertiría por así decirlo en una verdadera obsesión. «El tema era tan interesante que no podía alejarme de ese mundo, me interesaba todo lo del siglo XVIII, escuchaba música, leía de todo, estaba plenamente en ese mundo.» Se trata de la primera novela histórica de Tokarczuk, y fiel a su gusto por el detalle, la minuciosidad, esa visión de constelación que la caracteriza, habrá de documentar todo el universo que presenta y reconstruir gracias al conocimiento de esa realidad que ha ido conformando los fragmentos de la «fotografía» que nos quiere ofrecer y de los que carece. Se tratará de crear, de remedar, un mundo verosímil a partir de lo conocido cuando no se disponga de otra posibilidad. Tokarczuk nos cuenta una historia en la que aparecen decenas de protagonistas, tiempos, lugares, etc., y que ya intuimos en el título del libro. Toda esa complejidad obligará a la autora a buscar más de un narrador, distintas miradas, desde una visión interior como la de Nachman a esa otra visión externa de Yenta. Miradas, por otra parte, que se diferencian en la dimensión de género. Tokarczuk prestará una particular atención a las mujeres del libro y buscará restituirles el papel que desempeñaron en la historia pero que la historia recogida en los documentos les negaba. «Intenté, por una cuestión de justicia, darles su lugar en la historia.» Novela histórica realista, con importantes reflexiones metaliterarias, alejada de la tradición representada por ese otro Nobel de Literatura polaco (1905) que fue Henryk Sienkiewicz, más conocido para el lector en español como autor de Quo vadis que como autor de su famosa Trilogía –A sangre y fuego, El diluvio, Un héroe polaco (traducción de Pedro Pedraza y Páez), Aguilar, 1964– con marcados tintes románticos, en sus páginas encontramos una afirmación de Chmielewski que bien podría explicar la visión que del género de la novela histórica tiene la propia Tokarczuk: «Solo de este modo la gente tendrá acceso al conocimiento, pues la literatura es una forma del saber: nos enseña.»

En 2017 El alma perdida, relato breve bellamente ilustrado por la artista Joanna Concejo, presenta desde esa doble dimensión –texto e ilustración– la historia de un hombre que despierta en una habitación de hotel y no recuerda su nombre. El protagonista, entre las prisas de la cotidianeidad y los largos viajes, «ha perdido su alma», en palabras de una sabia médica. El libro, en forma de fábula, supone una especie de contrapunto a Los errantes. Galardonado con el Fiction Bologna Ragazzi Award en 2018, su profundidad haría bueno ese lugar común tan propio de los libros infantiles, y aquí plenamente justificado, de «para niños de todas las edades».

Un año más tarde, en 2018, Tokarczuk publica dos libros. El

primero es una obra –Opowiadania bizarne (Cuentos bizarros)– que reúne diez relatos que transcurren en espacios y tiempos diferentes y que tienen un denominador común: la excentricidad, la rareza. La realidad se tiñe de elementos grotescos, fantásticos, terroríficos, que nos hacen ver que el mundo no es lo que parece. Se acentúa la idea del hombre como parte de un todo mucho mayor o incluso en una etapa transitoria hacia otras formas. «En el sentido evolutivo seguimos siendo chimpancés, erizos, alerces [...]. Lo que nos separa son apenas unas muescas, unas insignificantes fisuras de la existencia. Unus mundus. El mundo es uno.» El segundo recupera un relato publicado originalmente en un libro conjunto, Opowieści wigilijne (2000; Cuentos de Nochebuena), escrito junto a otros dos grandes escritores: Jerzy Pilch y Andrzej Stasiuk (ambos traducidos también al español por Joanna Albin, Alfonso Cazenave, Elzbieta Bortkiewicz, Juan Carlos Vidal, Anna Rubió y Jerzy Sławomirski, y publicados en Acantilado). El relato –«Profesor Andrews w Warszawie» (El profesor Andrews en Varsovia)aparecerá junto a otro cuento, «Wyspa» (La isla). En el primer relato, el protagonista, el profesor Andrews, psicólogo que llega a Polonia por motivos laborales, de repente se ve inmerso en plena ley marcial, se sentirá totalmente perdido y se verá incapaz de situarse en medio de ese estado totalitario, rodeado de gente con un idioma incomprensible y que no sabe inglés...

Hasta aquí las obras que le valdrán a Tokarczuk el Nobel de Literatura. Unas obras en las que encontramos, en esa diversa y multicolor prosa de la autora, una serie de elementos comunes que aparecen de forma recurrente, obsesiva incluso. Entre ellos destaca, sin duda, el movimiento. La escritora es una apologeta del nomadismo, de la movilidad, del viaje. Según sus propias palabras, «durante el viaje uno adquiere rápidamente una "identidad líquida", se libera de sí mismo».

La narradora de Los errantes confiesa: «No me nutro de la savia de la tierra, soy lo contrario de Anteo. Mi energía es generada por el movimiento: el vaivén de los autobuses, el traqueteo de los trenes, el rugido de los motores de avión, el balanceo de los ferrys.»

Basta echar un vistazo al ámbito geográfico de Los libros de Jacob para percibir ese nomadismo: la Europa Central y del Este, los Balcanes, Alemania, Austria, Turquía. Un nomadismo que se corresponde también con la situación vital de los judíos que habitaban la zona fronteriza entre el Imperio otomano y la Europa cristiana. El propio «subtítulo» del libro indica que se trata de un «gran viaje a través de siete fronteras, cinco lenguas y tres grandes religiones, sin contar otras pequeñas».

El movimiento representa también, metafóricamente, la apertura a otras voces, a otras experiencias. Es el soporte de la búsqueda, la

búsqueda de un libro mítico, de un orden perdido, del conocimiento de uno mismo.

Al recorrer los espacios narrativos de Tokarczuk nos encontramos con frecuencia con personajes con capacidades parapsicológicas que desempeñan el papel de médiums. La propia autora, en uno de sus ensayos, dirá: «Los que escriben novelas son una especie de conchas que captan y amplifican los murmullos, los crujidos que suenan a través de los siglos. Hay que tener silencio para oírlos.»

En Los libros de Jacob, el personaje de la médium, que une los variopintos hilos argumentales de la novela, es Yenta. La anciana, tras haberse tragado un amuleto cabalista, se encuentra en un estado fronterizo entre la vida y la muerte, gracias a lo cual es capaz de percibir la totalidad de las cosas, más allá del tiempo que «gira como las faldas en el baile».

Los personajes que pueblan la obra de Tokarczuk son, indistintamente, seres reales e imaginarios, son tanto los vivos como los muertos. Tokarczuk percibe su papel de escritora como la voz concedida a los muertos: «A veces he tenido la fantástica y extraña sensación de que ellos, desde "el otro lado", exigían que "anotara" su vida, agitaban los brazos y me hacían señas, se abrían paso a empujones desde su purgatorio de inexistencia.» La escritora siente predilección por individuos marginados: un niño mudo, un monje transexual, una jubilada tomada por loca. Da también protagonismo a los animales, cuyo sufrimiento, según sus propias palabras, le es más difícilmente soportable que el de las personas.

Una de las efímeras protagonistas de Los errantes dice: «El verdadero Dios es un animal. Está en los animales, tan cerca que no somos capaces de verlo. Se sacrifica por nosotros todos los días, muere una y otra vez, nos alimenta con su cuerpo, nos viste con su piel, permite que lo usemos en nuestros ensayos clínicos en busca de medicinas que nos permitirán vivir más y mejor.»

No hay que olvidar, claro está, la obra ensayística de Tokarczuk: Lalka i perła (2001; La muñeca y la perla), Moment niedźwiedzia (2012; El momento del oso), algún guión –Skarb (El tesoro)–, varias obras colectivas y colaboraciones en revistas, todo ello aparecido antes del Nobel.

Tras la concesión del Nobel, concretamente en 2020, Olga Tokarczuk nos ofrece en un primer momento un libro de ensayos y conferencias, Czuły narrator (El narrador tierno), en el que recoge doce textos, incluido el discurso del Nobel, y en el que se adentra tanto en los misterios de su propia escritura como en una serie de reflexiones acerca del complejo mundo en el que nos encontramos. En 2022 publicará su primer libro de ficción tras el Nobel, una novela llena de referencias a La montaña mágica de Thomas Mann. Un

estudiante llega a un sanatorio en los Sudetes con la esperanza de que los métodos innovadores que han hecho famoso el lugar detengan el progreso de su enfermedad, la tuberculosis. Los pacientes, todos ellos hombres alojados en una Pensión para Señores, discuten sobre cuestiones importantes del mundo. Al mismo tiempo, en las montañas suceden hechos trágicos y misteriosos. Empuzjon (título que remite a las empusas, criaturas fantásticas asociadas a la diosa Hécate, y que habría de asociar al lector con el lugar habitado por las brujas) quizá sea el libro en el que más presentes están los planteamientos feministas de la autora.

Imposible, al acabar este texto, no volver a las palabras con las que Olga Tokarczuk cerraba su discurso al recibir el Premio Nobel de Literatura y que de alguna manera explican el porqué y el cómo de su literatura: «Por eso creo que debo contar las cosas como si el mundo fuera un todo en permanente formación ante nuestros ojos y nosotros una parte, pequeña y poderosa al mismo tiempo, de ese todo.»

ABEL MURCIA

Título de la edición original: Ksiegi Jakubowe

Edición en formato digital: febrero de 2023

© imagen de cubierta, Lookatcia

© de la traducción, Agata Orzeszek y Ernesto Rubio, 2023

© Olga Tokarczuk, 2014

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2023Pau Claris 172, Principal 2ª08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-1834-5

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es